

Judith G. Coffin y Robert C. Stacey

Breve Historia *de Occidente*

LAS CIVILIZACIONES
Y LAS CULTURAS



Lectulandia

LA HISTORIA MÁS CONCISA Y A LA VEZ MÁS COMPLETA DEL MUNDO OCCIDENTAL

Este relato dinámico del pasado explora nuestros ideales y también nuestras imperfecciones y lo hace colocando Occidente en el contexto más amplio del mundo.

Desde que empieza la historia de lo que hoy día llamamos Occidente, vemos cómo nuestro pasado siempre ha sido maleable debido a la incesante interacción con pueblos y sociedades de otras regiones del mundo. Pero siempre se ha contado ignorando muchas civilizaciones, como Bizancio, el Islam, y América del norte y del sur. Lo que hace grande esta obra es que los autores han conseguido cambiar la forma de estudiar la Historia para incluir estas culturas y, en el proceso, han demostrado que no sólo es necesario, sino que hace mucho más interesante el estudio de nuestro pasado.

Haciendo gala de una capacidad de análisis llena de perspicacia, los autores nos muestran aquí cómo las fuerzas políticas, sociales, culturales y económicas se han entrelazado de forma inextricable para forjar nuestra historia y nuestra identidad tanto en el pasado como en el presente.

Lectulandia

Judith G. Coffin & Robert C. Stacey

Breve historia de occidente

Las civilizaciones y las culturas

ePub r1.0

Oxobuco 14.04.14

Título original: *Western Civilizations, their history & their culture*

Judith G. Coffin & Robert C. Stacey, 2012

Traducción: Carmen Martínez Gimeno y Dulcinea Otero-Piñeiro

Ilustración de la cubierta: *Il Redentore* Giovanni Antonio Canal, *el Canaletto*

(Colección Particular). © Christies Images. The Art Archive - Collection Dagli Orti

Editor digital: Oxobuco

Imágenes SVG: isyntax

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

A nuestras familias —Robin, Willy Anna Stacey; y Willy, Zoé y Aaron Forbath— por su paciencia y apoyo. Ellos nos recordaban que los libros como éste merecen el trabajo que se les dedica y también que hay otras cosas en la vida.

A Robert Lerner, Standish Meacham, Edward McNall Burns y Marie Burns, nuestros predecesores, que lograron guiar Las civilizaciones occidentales durante trece ediciones que abarcaron seis décadas.

JUDITH G. COFFIN Y ROBERT C. STACEY

BREVE HISTORIA
DE OCCIDENTE

Basada en *Las civilizaciones occidentales*
de

EDWARD MCNALL BURNS, ROBERT E. LERNER Y STANDISH MEACHAM

Traducción de Carmen Martínez Gimeno
y Dulcinea Otero-Piñeiro

Prefacio

Desde los años veinte, los estudios en torno a la civilización occidental han tenido un lugar privilegiado en la programación de las universidades e institutos americanos. El concepto de «civilización occidental» es un tema que todavía hoy día continúa siendo polémico y que hay que evitar. Sin embargo, parece apropiado que comencemos definiendo nuestros términos. ¿Cómo podemos, los autores, concebir nuestra asignatura?

Durante la mayor parte del siglo xx, civilización «occidental» significó «la civilización del occidente de Europa», con la que se relacionó de una manera arbitraria a la más temprana historia del Antiguo Oriente Próximo. De este modo, la civilización occidental se hizo presente por primera vez en Sumeria, se extendió por Egipto y floreció más tarde en Grecia. Desde aquí conquistó Roma, para luego progresar por Francia, Alemania, Inglaterra y España, donde sus conquistadores la transfirieron más tarde a las Américas a partir del año 1492. Como un tren que atraviesa las estaciones, la civilización occidental se concibió para recoger «carga» en cada una de sus paradas, pero conservando siempre el mismo motor y los mismos vagones.

Esta visión de la civilización occidental no fue apodíctica, sino que a menudo proliferaron determinadas teorías opuestas a ella. De acuerdo con este supuesto, los poderes imperiales europeos proyectaron su dominio en todo el mundo entre 1800 y 1950, como culminación de un proceso de varios miles de años de desarrollo que los historiadores han descrito. También es previsible que la dominación europea en todo el mundo durante los siglos xix y xx reflejara y demostrara la superioridad de la civilización occidental sobre África, Asia y las civilizaciones indígenas americanas conquistadas durante el apogeo de su expansión imperial.

Hoy en día, los historiadores saben muy bien que un relato de estas características deja muchas cosas sin describir y que mitiga el uso de la fuerza y del fraude que tuvo lugar durante la expansión europea. Un relato así ignora el empaque, el dinamismo y la humanidad de las culturas que margina. Si omitimos la importancia trascendental que tienen el islam y Bizancio, transmitiremos una concepción engañosa y errónea sobre el desarrollo de la civilización europea. También daremos pie a malentendidos sobre las civilizaciones occidentales creadas en el norte y el sur de América a partir del año 1492, que fueron culturas criollas y no simplemente culturas europeas implantadas en otras tierras. Esto no supone pensar que los estudios en torno a las

civilizaciones occidentales deban dejar paso a los estudios sobre las civilizaciones del mundo. Supone simplemente impulsar el estudio del desarrollo histórico de Occidente que requiere de nuestra parte situar la investigación en un contexto geográfico y cultural más amplio. Por otro lado, es claro que, despojada de triunfalismo, la historia de la civilización occidental se presenta mucho más atractiva.

En este libro sostendremos que el Occidente no puede ser entendido como una única cultura histórica. Más aún, han existido distintas civilizaciones occidentales cuyos rasgos más notables han cambiado con el paso del tiempo. De ahí que queramos pedir al lector una atención seria y concienzuda hacia nuestro trabajo *Las civilizaciones occidentales*. Por nuestra parte, consideraremos «occidente» como un diseñador geográfico respecto de las principales civilizaciones que se desarrollaron dentro y en la periferia del mar Mediterráneo entre los años 3500 a. E. C. («antes de la Era Común» equivalente al calendario cristiano a. C., «antes de Cristo») y 500 E. C. («Era Común», equivalente al calendario cristiano A. D., *Anno Domini*, «el Año del Señor»). También consideraremos «occidente» las civilizaciones mediterráneas que emergieron en los siglos siguientes a 500 E. C., como el mundo greco-romano de la antigüedad, dividido en islámico, bizantino y los reinos cristianos latinos. La interdependencia y las influencias mutuas de estas tres civilizaciones occidentales serán un tema que se repita a lo largo del libro.

PRIMERA PARTE

Oriente Próximo antiguo

La historia de las civilizaciones occidentales comienza en Oriente Próximo hace unos trece mil años. Cuando los glaciares iniciaron su lenta retirada, en el extremo oriental del mar Mediterráneo surgió un nuevo mundo ecológico de pantanos, praderas y animales domesticables, donde los hombres llevaron a cabo una transformación trascendental, pasaron de formar pequeñas bandas de cazadores-recolectores a constituir comunidades mayores basadas en la agricultura. Hubo un segundo «gran paso adelante» hace unos cinco mil años, cuando aparecieron las primeras ciudades verdaderas entre los ríos Tigris y Éufrates, para extenderse después por todo Oriente Próximo.

Las tradiciones de independencia y autonomía urbanas pronto cedieron paso a configuraciones políticas mayores. En Egipto, durante el Reino Antiguo, los faraones gobernaron un territorio integrado que se extendía cientos de kilómetros a lo largo del río Nilo. En Mesopotamia, Sargón de Acad creó un imperio que inspiraría a imitadores durante mil quinientos años. En 1500 a. J.C. ya existía un «sistema internacional» de comercio y diplomacia que abarcaba el mundo mediterráneo oriental entero.

Sin embargo, hacia 1200 a. J.C. este sistema internacional se desplomó por completo, y arrastró consigo a la mayoría de los imperios renombrados de la época. El vacío de poder resultante creó espacio para el surgimiento de nuevos estados, en particular en Oriente Medio. Pero el hiato imperial resultó temporal. Cuando el hierro comenzó a reemplazar lentamente al bronce como materia prima esencial para la fabricación de herramientas y armas, aparecieron nuevos imperios más poderosos: mayores, mejor armados y organizados, así como más expansionistas que los de la Edad de Bronce precedentes. En el año 500 a. J.C. el mayor de estos imperios, Persia, ya era el dueño indiscutible del mundo de Oriente Próximo.

En la vida religiosa y cultural hubo avances igual de trascendentales. Las pirámides de Egipto, *La epopeya de Gilgamesh*, las obras de Homero y las tradiciones religiosas del zoroastrismo y del judaísmo ya habían tomado forma cuando este período concluyó hacia el año 500 a. J.C. Todas las civilizaciones posteriores del mundo occidental (es decir, mediterráneas) han continuado descansando sobre estos mismos cimientos.

CAPÍTULO 1

Los orígenes de las civilizaciones occidentales

La historia humana del mundo mediterráneo no comienza hasta hace unos cuarenta mil años con la evolución completa del *Homo sapiens sapiens*, la especie humana de nuestro tiempo a la que todos pertenecemos. La civilización es un avance aún más reciente. Para los pueblos del mundo antiguo, las manifestaciones características de la civilización —gobierno, literatura, ciencia y arte— fueron productos necesarios de la vida urbana. Sin embargo, las ciudades sólo resultaron viables como consecuencia de los descubrimientos agrícolas y tecnológicos que se produjeron entre el término de la última Edad de Hielo, hace unos trece mil años, y la aparición en Mesopotamia de las primeras ciudades verdaderas, hace unos cinco mil años. Así pues, la historia de las civilizaciones occidentales es corta. En tiempo geológico no supone más que una señal luminosa en una pantalla de radar.

Por qué las primeras ciudades del mundo se desarrollaron en la inhóspita región comprendida entre los ríos Tigris y Éufrates, en el actual Irak, es una pregunta para la que los historiadores no poseen una respuesta convincente. Sin embargo, una vez desarrollados los patrones básicos de la vida urbana, se propagaron con rapidez a otras partes del mundo de Oriente Próximo. Una red creciente de contactos comerciales se desplegó entre estas primeras ciudades, pero también una intensa competencia para obtener el control sobre pueblos y recursos. Durante el tercer milenio a. J.C. fracasaron los intentos de forjar imperios duraderos partiendo de esas ciudades-estado ferozmente independientes, pero a mediados del segundo milenio a. J.C. comenzó a ponerse de manifiesto que el futuro del mundo de Oriente Próximo antiguo no estaría determinado por las luchas intestinas de las ciudades mesopotámicas, sino por la competencia entre las potencias imperiales emergentes de Anatolia (Turquía actual) y Egipto.

Antecedentes de la Edad de Piedra

La «prehistoria», la era previa a la aparición de los registros escritos en torno al año 3000 a. J.C., es un período de duración mucho mayor que la historia humana. Los

antepasados homínidos aparecieron por primera vez en África oriental hace unos cuatro millones de años, y los homínidos fabricantes de herramientas (especie perteneciente al género *Homo*, en el que nosotros, como *Homo sapiens sapiens*, nos encontramos), hace unos dos millones de años. Como los primeros homínidos fabricaban la mayoría de sus herramientas de piedra, se considera que todas las culturas humanas hasta el cuarto milenio a. J.C. pertenecen a la «Edad de Piedra».

LA ERA DEL PALEOLÍTICO SUPERIOR

La Edad de Piedra se divide en varias etapas. Dominando el período, aparece el Paleolítico (la edad de la «Piedra Antigua»), que la mayoría de los antropólogos extenderían hasta el año 11000 a. J.C. aproximadamente. No obstante, dentro de este vasto lapso, los estudiosos hablan también de una era del Paleolítico Superior, que comenzaría hacia el año 40000 a. J.C. Los arqueólogos distinguen algunos cambios sorprendentes en la conducta humana en torno a esta fecha, entre los que se incluyen la aparición de sofisticadas obras de arte figurativas (como las pinturas rupestres de España y el sur de Francia) y pruebas de ideas religiosas. Asimismo, los hombres empezaron a producir utensilios más eficaces y mejor tallados, como anzuelos, puntas de flecha y agujas para la costura, fabricados con materiales orgánicos tales como madera, asta o hueso de animal. A pesar de estos importantes avances, los patrones básicos de la vida humana apenas cambiaron durante la era del Paleolítico Superior. Casi todas las sociedades humanas previas al año 11000 a. J.C. eran pequeñas bandas de cazadores-recolectores que probablemente jamás superaban unas cuantas decenas de individuos y se movían sin cesar en busca de comida. Como no podían permanecer en ningún emplazamiento por mucho tiempo, estos grupos no dejaron restos arqueológicos continuos que puedan servir para rastrear el desarrollo de su cultura. Por tanto, nuestro conocimiento al respecto es muy limitado.

Las consecuencias sociales, económicas y políticas de la caza y recolección del Paleolítico fueron profundas. Puesto que los primeros humanos no poseían animales domésticos para transportar sus bienes, no podían disponer de posesiones materiales considerables —riqueza—, aparte de las herramientas básicas que eran capaces de cargar ellos mismos. Y como no podían acumular bienes a lo largo del tiempo, era improbable que se dieran desigualdades en la riqueza individual, con sus distinciones concomitantes de rango y posición. Es muy posible que estas sociedades estuvieran bien organizadas —es un craso error suponer que las primeras sociedades eran necesariamente primitivas—, pero las estructuras jerárquicas de liderazgo eran raras y quizá desconocidas. Cuando surgían conflictos dentro de un grupo, la solución habitual era dividir y separar, proceso que también servía para mantener en equilibrio

el tamaño de la banda con lo que los recursos naturales de la zona podían soportar.

No conocemos cómo era la división del trabajo entre los miembros de estas bandas paleolíticas. Aunque los investigadores habían dado por sentado que los hombres se encargaban de la caza y las mujeres de la recolección, esas asunciones de género no reflejan las realidades complejas de las sociedades cazadoras-recolectoras actuales, y posiblemente tampoco son aplicables al período paleolítico. Es más probable que todos los miembros de una banda paleolítica (salvo los muy jóvenes o muy viejos) participaran en cierta medida en las actividades básicas del grupo. Hacerse con comida y herramientas constituiría la principal preocupación de casi todos. La especialización —el proceso por el que se libera a algunos miembros del grupo para que se ocupen en actividades distintas a la obtención de comida— era prácticamente imposible, pues requiere la acumulación de excedentes almacenables, y los pueblos paleolíticos carecían de la tecnología necesaria para conseguirlo.

La revolución neolítica

Los cambios fundamentales en la vida humana empezaron a cobrar forma hacia el año 11000 a. J.C., en los albores del Neolítico o era de la «Piedra Nueva». Entre los grandes adelantos se incluyeron el desarrollo de la producción de alimentos, el inicio de los asentamientos semipermanentes y permanentes, y la rápida intensificación del comercio, tanto local como de largo recorrido. Por primera vez era posible que los individuos y las comunidades acumularan y almacenaran riqueza a gran escala. Los resultados fueron de enorme alcance. Las comunidades lograron mayor estabilidad y las sociedades humanas se volvieron más complejas. Se desarrolló la especialización, junto con las distinciones de posición y rango. La «revolución» provocada por las innovaciones del Neolítico fue un paso necesario para que pudieran aparecer ciudades en el verdadero sentido de la palabra hacia el término del cuarto milenio a. J.C.

LOS ORÍGENES DE LA PRODUCCIÓN DE ALIMENTOS EN EL ANTIGUO ORIENTE PRÓXIMO

Durante la «Edad de Hielo» (c. 40000-11000 a. J.C.) del Paleolítico Superior las temperaturas medias diurnas en Europa y Asia mediterráneas rondaban los 16° centígrados en verano y -1° centígrado en invierno. Las especies de caza amantes del frío, como el reno, el alce, el jabalí, el bisonte y las cabras montesas, vagaban por las montañas y los valles. Pero cuando los últimos glaciares retrocedieron hacia el norte, esas especies se marcharon con ellos. Algunos humanos siguieron a la caza, pero otros permanecieron donde estaban para afrontar y crear un mundo extremadamente

diferente.

De manera específica, en el lapso de unos tres mil a cuatro mil años desde el fin de la Edad de Hielo, los pueblos que vivían en el extremo oriental del mar Mediterráneo alcanzaron una de las transformaciones más trascendentales de la historia de la humanidad: el paso de la recolección de comida para la subsistencia a su producción. Entonces muchos hombres comenzaron a domesticar animales y a cultivar cosechas, con lo que hicieron posible una mayor permanencia y estabilidad en sus patrones de asentamiento. A su vez, los asentamientos estables allanaron el camino para otros avances que asociamos de forma concreta con la civilización: la aparición de ciudades, la invención de la escritura y la evolución de funciones sociales especializadas. Un proceso que tarda varios miles de años tal vez no parezca «revolucionario» para nuestra percepción actual, pero sí que lo fue. En un tiempo relativamente corto, los pueblos que vivían en una pequeña zona del suroeste asiático alteraron de manera fundamental los patrones de existencia que tenían una antigüedad de millones de años.

La historia de esta transformación trascendental es más o menos la siguiente: hacia el año 11000 a. J.C., la mayoría de los grandes rebaños de animales de caza había abandonado el antiguo Oriente Próximo. No obstante, los pueblos que vivían en los territorios que en la actualidad comprenden Turquía, Siria, Israel y el oeste de Irán estaban prosperando porque el clima más cálido y húmedo creaba un entorno ideal para que florecieran los cereales silvestres. En toda esta región (conocida como el Creciente Fértil por su abundante provisión natural de alimentos y elevada productividad agrícola), los hombres disfrutaban ahora de recursos vegetales suficientes para sostener asentamientos estacionales, e incluso a veces permanentes. Este hecho posibilitó el paso a una existencia sedentaria.

El surgimiento de asentamientos semipermanentes y permanentes, permitidos por un abastecimiento de alimentos mayor y más fiable, provocó profundos efectos en la vida humana. El más importante fue el rápido incremento demográfico. Sin embargo, hacia el año 8000 a. J.C. la población humana ya comenzaba a sobrepasar la disponibilidad de alimentos silvestres. Para hacer frente a esta realidad, los hombres tuvieron que tomar medidas encaminadas a aumentar la capacidad productiva de la tierra, lo que marcó el inicio de la agricultura.

Pero la producción sistemática y organizada de los cultivos requería un paso intermedio crucial: el almacenamiento. Aunque el cereal sea abundante, no se puede cosechar durante el invierno. Para que una comunidad dependiente del cereal viviera permanentemente en un solo lugar, los residentes tenían que idear primero modos de conservarlo y almacenarlo entre las cosechas. Hacia el año 9500 a. J.C., los pueblos que vivían a lo largo de la costa oriental del Mediterráneo ya habían aprendido a conservar el grano en agujeros de almacenamiento y no se veían obligados a

abandonar sus comunidades asentadas durante los períodos del año en los que no había qué cosechar. A su vez, esta circunstancia alentó a algunos a construir viviendas circulares más permanentes sobre cimientos de piedra, si bien otros continuaron habitando en cuevas y demás refugios naturales de roca.

El almacenamiento se desarrolló como modo de garantizar el abastecimiento de alimentos en épocas de escasez natural, pero también permitió a los pueblos de comienzos del Neolítico guardar las semillas que podían utilizar para producir aún más grano al año siguiente. La importancia de este último descubrimiento es formidable. Una vez que los hombres empezaron a sembrar semillas de manera deliberada, fueron capaces de plantar cultivos con una mayor concentración, con lo que obtenían cosechas mayores, necesarias para sostener a una población superior (con el efecto de que el crecimiento demográfico se hizo aún más rápido). También podían compensar en cierta medida los desastres (como inundaciones o incendios) que inhibían la resiembra natural de los campos de cereal silvestre. No obstante, lo más importante es que la intensificación de la siembra y el almacenamiento proporcionaron a los humanos los excedentes estables y predecibles que precisaban para sostener a los animales domésticos, cuya alimentación se podían permitir ahora durante todo el año.

Las primeras pruebas arqueológicas de agricultura sedentaria plena provienen de varias zonas del Creciente Fértil entre aproximadamente los años 8500 y 7000 a. J.C. En el año 6000 a. J.C. buena parte de Oriente Próximo ya había adoptado la agricultura como modo primordial de supervivencia, complementada con la domesticación de animales, entre los que ahora incluían vacas y cerdos, así como ovejas y cabras. Por supuesto, la proteína animal era un antiguo componente de la dieta humana, pero la domesticación produjo una multitud de beneficios adicionales; garantizaba no sólo un suministro de carne, leche, cuero, lana, hueso y cuerno más fiable, sino que también proporcionaba la fuerza animal necesaria para tirar de carros y arados, así como para moler el grano para harina.

Es asunto de debate cómo llegó a extenderse con tanta rapidez el paso a la agricultura y la domesticación de animales. Condiciones demográficas y medioambientales similares en la región pueden haber auspiciado el cambio espontáneo a la agricultura en varios lugares a la vez. Otra posibilidad es que migraciones a gran escala de poblaciones con el conocimiento de los métodos agrícolas extendieran la nueva tecnología. Algunos investigadores hacen hincapié en el papel desempeñado por las redes comerciales en la difusión del conocimiento agrícola por la región. Otros creen que el crecimiento de nuevas comunidades basadas en la agricultura fue el resultado de una colonización deliberada desde asentamientos «madre», cuando resultó evidente que la mayor capacidad de sostén de la tierra, mejorada con las tecnologías agrícolas, continuaba siendo insuficiente para

las poblaciones en aumento. Como suele ser el caso cuando se trata de un cambio tan profundo y fundamental en la historia humana, ninguna explicación es suficiente por sí sola. Todos estos factores desempeñarían cierto papel en la expansión de la agricultura por el Creciente Fértil hasta Egipto e incluso los Balcanes para el año 5000 a. J. C., lo que permanece dudoso es el equilibrio que alcanzaron entre ellos.

LAS GRANDES ALDEAS DE ORIENTE PRÓXIMO

Los pasos siguientes en la evolución acelerada hacia la civilización de Oriente Próximo fueron el surgimiento de aldeas y la concurrencia de artesanos, comercio de largo recorrido y guerra, productos todos de la creciente especialización económica. Las aldeas constituyeron la forma más avanzada de organización humana en Asia occidental desde en torno a 6500 hasta 3500-3000 a. J.C., cuando algunas empezaron a evolucionar hacia ciudades. En esa época, una aldea típica de Oriente Próximo alcanzaría unos mil habitantes, pero esta cifra podía variar mucho. Al principio, todos los hombres y mujeres capacitados participarían en las labores del campo, mientras que las mujeres se ocuparían además de la producción de tela y la crianza de los hijos; pero de forma gradual fueron apareciendo los especialistas a tiempo completo en diversas artesanías, así como unos cuantos mercaderes.

Uno de los primeros ejemplos de la transición de comunidades preagrícolas a asentamientos permanentes y plenamente agrícolas proviene de Jericó, en la disputada Cisjordania, que se encuentra entre Israel y Jordania actuales. Jericó surgió como asentamiento estacional en torno al año 9000 a. J.C., debido probablemente a sus abundantes manantiales de agua dulce. Sin embargo, hacia el año 8000 a. J.C., los habitantes de Jericó emprendieron un importante plan de edificación. Se construyeron muchas viviendas nuevas sobre cimientos de piedra y se alzó una enorme muralla de piedra bien labrada que circundaba el borde occidental del asentamiento. Dentro del perímetro de esta muralla se erigió una torre circular, cuyos restos excavados siguen alcanzando una altura de algo más de nueve metros.

No sabemos por qué motivo se construyó esta muralla, ni el propósito de la torre. Puede que aquélla protegiera a la aldea de las riadas o de los maleantes humanos. La torre tal vez fuera un puesto de vigía, o quizá su ambiciosa altura se alzara hacia el cielo por alguna razón religiosa. Pero dejando a un lado cuáles fueran sus pretendidas funciones, la muralla y su torre dieron servicio a una población impresionante: el primer asentamiento de Jericó ocupaba al menos tres hectáreas y sostenía a una población de tres mil personas. Dicha población se sustentaba con el cultivo intensivo de variedades recién domesticadas de trigo y cebada, regadas con agua procedente de los manantiales cercanos.

A comienzos del octavo milenio a. J.C., los habitantes de Jericó también producían alguna de la primera cerámica conocida. Esta cerámica les permitía almacenar grano con mayor eficacia, además de guardar e intercambiar por primera vez líquidos como cerveza, vino y aceites. La producción de cerámica se convirtió pronto en una industria importante de Oriente Próximo, marcada por los estilos regionales en rápida evolución. Al estudiar estos estilos cambiantes que se reflejan en los fragmentos de cerámica encontrados (conocidos como tiestos), los arqueólogos son capaces de crear una cronología razonablemente precisa del mundo anterior a la historia escrita.

En la actual Turquía se ha descubierto otro asentamiento agrícola arcaico, Çatal Hüyük. En la cima de su prosperidad, entre aproximadamente los años 6500 y 5500 a. J.C., sus habitantes producían una amplia gama de comestibles agrícolas, entre los que se incluían guisantes, lentejas, fruta, frutos secos y cereales. La carne y los productos lácteos también constituían una parte importante de su dieta; entre otras muchas cosas, Çatal Hüyük nos proporciona las primeras pruebas de rebaños bobinos domésticos. Pero aunque sus dietas eran relativamente ricas, la esperanza de vida seguía siendo corta. Los hombres morían a una edad media de treinta y cuatro años, y las mujeres, en torno a los treinta.

Çatal Hüyük ilustra además el impacto que causarían los excedentes agrícolas almacenables en las relaciones sociales humanas. Por primera vez comenzaron a surgir diferencias significativas en la cantidad de riqueza que los individuos podían obtener y guardar para sí mismos y sus herederos. Al mismo tiempo, la dependencia de la agricultura dificultaba que las personas se separaran de la comunidad cuando las consecuencias de la diferenciación social y económica llegaban a ser opresivas. El resultado fue el surgimiento de una sociedad humana mucho más estratificada, con una mayor especialización de funciones sociales que antes.

Tanto en Jericó como en Çatal Hüyük los habitantes especulaban sobre los poderes sobrenaturales que a su entender regían el mundo y cómo podían relacionarse con ellos. Éste también fue un paso de tremenda importancia en la evolución de la cultura humana. Además, el hecho de que los hombres creyeran que esas fuerzas requerían servicios y regalos especiales en forma de ritual y sacrificio auspició el surgimiento, con el paso del tiempo, de una «clase sacerdotal», compuesta por individuos excepcionalmente dotados para establecer una comunión íntima con las fuerzas sobrenaturales que gobernaban la vida de la comunidad. Este liderazgo religioso fue el puente natural para el surgimiento de otras formas de autoridad más claramente «políticas»: acaudillar bandas guerreras, construir defensas y extraer recursos de quienes se hallaban sometidos a su autoridad. A través del mando sobre los recursos religiosos, militares y económicos de la comunidad, las élites de las aldeas comenzaron a afianzarse como clase gobernante por derecho propio.

El comercio fue otro avance importante en esas primeras aldeas neolíticas. En el año 5000 a. J.C. ya funcionaban redes comerciales de largo recorrido por todo Oriente Próximo. Las rutas comerciales locales eran sin duda aún más antiguas, pero apenas dejaron restos arqueológicos para seguirlos. Los artículos exóticos solían ser objeto del intercambio de largo recorrido: la obsidiana de Çatal Hüyük era un bien importante, así como las conchas marinas y las piedras semipreciosas, como la turquesa, el lapislázuli y el jade.

El comercio de largo recorrido aceleró el trueque de bienes e ideas por el Creciente Fértil, pero también contribuyó al incremento de la estratificación social manifestada en esas comunidades aldeanas. Como el acceso especial a bienes de lujo de elevado prestigio resaltaba la posición social, las élites locales trataron con frecuencia de monopolizar el comercio de largo recorrido organizando y controlando la producción de los artículos comercializables dentro de sus comunidades. Así fue como surgió el control sobre los artesanos especializados como un rasgo importante de la posición social que ocupaba la élite en estas comunidades aldeanas neolíticas.

Lo que subyacía en todos estos cambios sociales y económicos era el grado creciente de especialización que habían posibilitado los excedentes agrícolas. En las sociedades cazadoras-recolectoras, cada miembro de la comunidad tomaba parte en las tareas básicas de obtención de alimentos. Sin embargo, en una comunidad agrícola bien organizada, algunas personas podían dedicar al menos una parte de su trabajo a tareas distintas de la agricultura: hacer cerámica o tela, fabricar armas o herramientas, construir casas y fortificaciones, o facilitar el comercio. Los excedentes y la especialización condujeron también al surgimiento de las élites sociales que, organizando y explotando el trabajo y la producción de los demás, consiguieron convertir el mismo gobierno en otra ocupación especializada. A medida que se fue agrandando el tamaño y la complejidad de las aldeas, aumentó la especialización, hasta que una porción considerable de la población pudo abandonar por completo la agricultura. Éste fue un paso esencial para el desarrollo de las verdaderas civilizaciones basadas en las urbes.

El desarrollo de la civilización en Mesopotamia

Resulta sorprendente que el paso inicial de la aldea a la ciudad y de la prehistoria a la historia ocurriera en uno de los entornos más inhóspitos imaginables, el desierto meridional de Mesopotamia, conocido por los griegos como la «Tierra entre los Ríos», pero por los historiadores actuales como Sumer. Las precipitaciones de Sumer, ahora parte de Irak, sólo alcanzan los 20 centímetros anuales, y las temperaturas estivales suelen superar los 44° centígrados. Los suelos de la región son arenosos y

estériles, a menos que tengan riego. Y los dos ríos que proporcionan agua a esta llanura plana y en su mayor parte monótona —el Tigris y el Éufrates— son famosos por su violencia e imprevisibilidad. Ambos son proclives a las inundaciones, y el Tigris en particular era conocido en los tiempos antiguos por salirse de su lecho y cambiar de curso de un año para otro. No obstante, fue en este entorno poco acogedor donde surgieron las primeras ciudades de verdad.

LA CULTURA DE UBAID

Al parecer, los fundadores de la cultura de Ubaid (así llamada por el sitio mejor conocido, Al Ubaid, en Irak actual) se trasladaron al desierto sumerio en torno al año 5900 a. J.C. No está claro qué les atrajo hasta los confines hostiles del Tigris y el Éufrates, pero sí parece que se llevaron consigo su cultura rural. No eran cazadores-recolectores que se encontraron en circunstancias difíciles debido a la mala suerte.

Los rasgos más destacados de la vida en Ubaid fueron los sistemas de irrigación y la construcción de templos. Casi en el momento en que encontramos asentamientos agrícolas en Sumer, descubrimos pruebas de sistemas de irrigación bastante complejos. Aunque tal vez comenzaran como meros canales y albercas de recolección para aprovechar el exceso de agua de las inundaciones periódicas del Tigris y el Éufrates, los agricultores de Ubaid construyeron pronto estructuras más permanentes, cavando canales y albercas recubiertos de piedra para que duraran de una estación a la siguiente. También levantaron diques y compuertas para controlar las inundaciones estacionales de los ríos y dirigir la corriente de agua a los canales de irrigación. A pesar de la hostilidad del entorno, las comunidades agrícolas de Ubaid produjeron pronto excedentes para sostener especialistas en el hilado, la fabricación de cerámica, la metalistería, el comercio y la construcción, que constituyen los atributos típicos de una aldea neolítica.

También existen pruebas tempranas de estructuras centrales que cumplían funciones religiosas. Estos edificios, que comenzaron como santuarios sencillos y humildes, evolucionaron en seguida a templos impresionantes construidos con ladrillos de adobe (la escasez de piedra en la región obligó a los constructores de Ubaid a reservar ese material para las herramientas). Cada asentamiento mayor poseía un edificio de ese tipo, que se fue agrandando de manera paulatina con las reconstrucciones sucesivas. Desde esos templos la clase sacerdotal actuaba como oficiante de la vida religiosa y gestora de los recursos económicos de la comunidad, organizando la construcción de templos cada vez mayores y manteniendo los complejos sistemas de irrigación que posibilitaban la vida de la aldea en el desierto mesopotámico.

EL URBANISMO EN EL PERÍODO DE URUK, 4300-2900 A. J.C.

Al inicio del cuarto milenio a. J.C., los asentamientos de Ubaid ya se estaban fusionando en comunidades mayores y más prósperas, que disponían de templos, edificios y planificación urbana más elaborados. Este período, llamado así por su sitio más impresionante, la gran ciudad-estado sumeria de Uruk (la actual Warka), fue testigo de la transición de la aldea de Ubaid neolítica a la ciudad sumeria. Por tanto, marca el verdadero comienzo de la civilización en el mundo mediterráneo.

Entre los principales avances de este período se encuentra la mayor elaboración de la arquitectura del templo. Esta tendencia refleja no sólo el carácter central de la religión en la cultura sumeria, sino también la riqueza y el control crecientes de la clase sacerdotal sobre la vida económica. El Templo Blanco de Uruk proporciona un ejemplo asombroso de esta tendencia general. Sus constructores, entre los años 3500 y 3300 a. J.C., erigieron una enorme plataforma en pendiente que se alzaba casi 12 metros sobre las llanuras circundantes. La plataforma, orientada con sus cuatro esquinas hacia los puntos cardinales de la brújula, estaba revestida de ladrillo. En lo alto de la plataforma se levantaba otra estructura, el santuario o templo propiamente dicho, también recubierto de ladrillo, pero pintado de blanco brillante.

Dichos templos aumentaron por todo Sumer, y reflejaban el papel central que desempeñaban en la vida civil. Uruk en particular parece deber su rápido crecimiento urbano a su importancia como centro religioso. Sin embargo, las aldeas mayores de Sumer también crecían con celeridad, pues su ingente actividad económica atraía inmigrantes al igual que lo hacían las grandes ciudades. En el año 3400 a. J.C., Uruk y al menos media docena más de emplazamientos urbanos podían alardear ya de disponer de viviendas densamente apiñadas a las que se accedía por calles sinuosas. Al final del período de Uruk, estas ciudades también compartían una lengua común, hecho revelado gracias a la invención que traslada a los sumerios a la luz plena de la historia: la escritura.

EL DESARROLLO DE LA ESCRITURA

Al igual que muchos de los importantes adelantos que hemos analizado en este capítulo, la invención de la escritura no ocurrió de la noche a la mañana. En el año 4000 a. J.C., los pobladores de Oriente Próximo ya habían empezado a usar fichas de arcilla para registrar inventarios y facilitar el floreciente comercio de la región. La práctica acabó llevando a colocar todas las fichas de una transacción dentro de una bola hueca de arcilla y a inscribir en el exterior de la bola las formas de todas las fichas que contenía. En el año 3300 a. J.C. la clase sacerdotal (o quienes trabajaban

para ella) ya se había dado cuenta de que podía prescindir del engorroso sistema de fichas y bola para reemplazarlo por tablillas de arcilla planas sobre las que anotarían la información deseada inscribiendo los símbolos necesarios.

Así pues, en sus primeras fases la escritura evolucionó como un medio de registro que guardaba relación con actividades económicas —otro reflejo de la riqueza creciente de las protociedades del período de Uruk—, motivo por el cual continuó siendo puramente pictográfica: cada símbolo marcado en la arcilla se asemejaba al objeto físico que representaba. Sin embargo, con el curso del tiempo, cuando los usos de la escritura evolucionaron, un símbolo llegaría a emplearse no sólo para evocar el objeto físico que representaba, sino también como idea asociada con dicho objeto. De este modo, el símbolo de un cuenco de comida, *ninda* (un nombre), podía emplearse para expresar una noción más abstracta como pan o sustento, idea que de otro modo no resultaba fácil de representar mediante un rápido trazo en la arcilla blanda. A la larga, esos símbolos también pasarían a asociarse con un sonido fonético particular. De este modo, cada vez que un escriba sumerio necesitaba emplear el sonido *ninda*, incluso como parte de otra palabra o nombre, usaría el símbolo de un cuenco de comida. Más adelante se añadieron marcas especiales a la caligrafía para que el lector fuera capaz de discernir si el escritor pretendía que el símbolo representara el objeto en sí o el *fonograma* (el sonido representado por el símbolo).

Para el año 3100 a. J.C. los escribas sumerios ya habían abandonado casi por completo la escritura efectuada con palos afilados para pasar a emplear en su lugar estilos (punzones) de caña más duraderos. Como dichos estilos dejaban una impresión en forma de cuña (en latín, *cuneus*), nos referimos a esta caligrafía como *cuneiforme*. Los símbolos cuneiformes se imprimían con mayor rapidez en la arcilla blanda y las cañas se rompían menos que los palos. A continuación se horneaban las tablillas de arcilla, lo que creaba un registro permanente. Todavía se conservan decenas de miles de estas tablillas de arcilla. Sin embargo, el nuevo estilo sí dificultaba dibujar pictogramas que reflejaran con precisión la forma original (como un cuenco de comida) del objeto que se pretendía representar. Como resultado, los símbolos cuneiformes se fueron volviendo cada vez más abstractos, hasta que apenas se asemejaron a los pictogramas originales.

Acabaron inventándose símbolos para todas las combinaciones posibles de vocal y consonante en la lengua sumeria, con lo cual el número de dichos símbolos ascendió a varios cientos. Resulta comprensible que se tardara muchos años en aprender a leer y a escribir cuneiforme, y sólo una pequeña minoría de la población lo hacía. Sin embargo, aquellos que lo lograban se convertían en personas importantes e influyentes en la sociedad sumeria. Durante el tercer milenio completo, los hijos de la élite eran en su mayoría quienes asistían a las «Casas de la Tablilla», pues así se llamaban las escuelas de escribas. Pero a pesar de la amplia variedad de símbolos y la

naturaleza complicada de la caligrafía, la escritura cuneiforme resultó notablemente duradera. Durante más de dos mil años se mantuvo como el sistema de escritura principal del antiguo Oriente Próximo, incluso para sociedades que ya no hablaban la lengua sumeria. Todas las obras maestras de la literatura estaban escritas y conservadas en cuneiforme; ejemplos de esa caligrafía se seguían produciendo en fecha tan tardía como el siglo I de nuestra era.

Los sumerios entran en la historia

Hacia el año 2500 a. J.C. los sumerios comenzaron a utilizar la escritura para una amplia variedad de fines económicos, políticos y religiosos. Estos registros posibilitan que conozcamos mucho más sobre ellos que sobre otras sociedades humanas de la época. Podemos empezar a comprender sus relaciones políticas, sus sentimientos acerca de sus dioses y la estructura económica y social de su sociedad. En este sentido, los sumerios son la primera sociedad histórica (en contraposición a prehistórica).

Los grandes centros sumerios —Uruk, Ur, Lagash, Eridu, Kish y otros— compartían una cultura y lengua comunes. Sin embargo, la lengua sumeria no parece estar relacionada con ninguna otra conocida en el mundo. Han fracasado los intentos de conectarla con las lenguas del subcontinente asiático o las de Asia occidental, lo que ha llevado a enconadas discusiones eruditas sobre si los sumerios —etiqueta que les aplicaban sus vecinos— se trasladaron al sur de Mesopotamia desde otro lugar o si su cultura única (incluida la lengua) se desarrolló partiendo de la de Ubaid. La continuidad de la actividad de culto apoya la última postura, al igual que la falta de pruebas significativas de invasión; pero por el momento es imposible responder a esta cuestión con certeza.

Al igual que la lengua, la religión era otro elemento compartido de la cultura sumeria que, sin embargo, no produjo la paz entre las ciudades. Aunque todas las comunidades reconocían a los dioses del panteón sumerio (unos quinientos), los habitantes de cada ciudad-estado consideraban que la suya era propiedad de un dios determinado, a quien veneraban enalteciéndolo. El resultado era una competencia intensa entre las ciudades, que con frecuencia desembocaba en guerra abierta. Por supuesto, la tensión entre las distintas ciudades-estado también tenía una dimensión económica; los derechos sobre el agua, así como el acceso a la tierra cultivable y a las rutas comerciales, solían estar en juego en estos conflictos. Pero la posición central que ocupaban los santuarios de los templos en la sociedad sumeria suponía que los conflictos por los recursos económicos presentaran también una dimensión religiosa, porque habría sido una ofensa intolerable contra el dios de la ciudad conquistada que

ésta rindiera su independencia ante otra ciudad-estado. Los sumerios compartían una cultura y panteón comunes, pero el gobierno común era imposible.

Una proporción considerable de la tierra cultivable de cada ciudad pertenecía al templo del dios patrón. Por tanto, mucha de la producción económica de la ciudad pasaba por los complejos de almacenamiento del gran templo, donde los sacerdotes y sus funcionarios redistribuían los artículos a sus residentes. Durante el tercer milenio, estos grandes templos también comenzaron a controlar la producción de textiles, creando protofactorías que empleaban a miles de mujeres y niños siervos. Es previsible que los templos también desempeñaran un papel clave en el comercio de largo recorrido, tanto como compradores como vendedores de bienes.

Cada ciudad sumeria poseía una aristocracia gobernante, de la que sin duda procedían los sacerdotes y los cargos importantes de los templos; pero eran los sacerdotes quienes ocupaban la cima de estas sociedades altamente teocráticas. En este primer período de la civilización sumeria, puede que la mitad de la población estuviera compuesta por plebeyos, personas libres que poseían una pequeña parcela de tierra suficiente para sostenerse y efectuaban los pagos requeridos al complejo del templo. Los templos también tenían a su cargo grandes cantidades de personas legalmente libres que trabajaban como artesanos o peones agrícolas en sus terrenos.

En la sociedad sumeria había, asimismo, muchos esclavos. En Sumer, como en todas partes del mundo antiguo, los esclavos solían ser presos de guerra. Si el esclavo procedía de otra ciudad sumeria, el poder del dueño sobre él estaba estrictamente limitado y debía quedar en libertad, fuera hombre o mujer, a los tres años. Los que no eran sumerios podían retenerse indefinidamente, si bien algunas veces lograban comprar su libertad. A pesar de estas salvaguardas, en Sumer los esclavos seguían siendo un bien mueble de sus dueños. Podían ser apaleados, castigados, marcados como animales, comprados y vendidos, según el capricho de sus dueños. Quizá la esclavitud antigua no haya resultado tan horrible como en los casos más modernos (por ejemplo, la practicada en el Nuevo Mundo), pero no dejaba de ser una condición altamente indeseable.

LOS INICIOS DEL PERÍODO DINÁSTICO ARCAICO, 2900-2500 A. J.C.

La sociedad mesopotámica estuvo dominada por la élite religiosa del período de Ubaid hasta la primera parte del tercer milenio. Sin embargo, hacia el año 2900 a. J.C., la intensa competencia entre las ciudades-estado llevó al surgimiento de un nuevo tipo de liderazgo bélico que acabaría convirtiéndose en una especie de monarquía. Por esta razón, los historiadores se refieren a esta fase de la civilización sumeria como período Dinástico Arcaico.

Hacia el año 2900 a. J.C., los conflictos entre los grandes centros de la civilización sumeria se agudizaron. Cuando las ciudades-estado aumentaron de tamaño (ahora cada una sumaba de diez mil a cincuenta mil habitantes), la competencia por los escasos recursos se intensificó y las fronteras pasaron a ser de manera creciente objeto de disputa. La guerra se convirtió en un rasgo habitual de la vida, y los dirigentes victoriosos comenzaron a obtener gran prestigio y poder. Había una variedad de títulos que denotaban autoridad en la sociedad: *en* («señor»), *ensi* («gobernador») y *lugal* (literalmente, «gran hombre»). Pero *lugal* se convirtió en el título elegido para los hombres cuya autoridad descansaba ante todo en su habilidad marcial, y pronto su posición empezó a asumir algunos de los aspectos de la monarquía.

Aunque los *lugal* llegaron a eclipsar el poder de los sacerdotes del templo durante el período Dinástico Arcaico, no debemos concluir que fueran figuras seculares. Un *lugal* mandaba los ejércitos del dios de su ciudad en la batalla y, cuando su posición se empezó a institucionalizar y hacerse hereditaria y suprema, se cuidó de rodearse de la aprobación y santidad que proporcionaba la deidad patrona. La monarquía sumeria era «secular» en la misma medida que el templo —con todas sus actividades políticas y económicas— era «religioso». Más que una lucha entre la autoridad «secular» y la «religiosa», lo que se desarrolló fue cierta tensión entre el poder del templo y el poder del palacio, pues los dirigentes de cada uno creían que debían disfrutar de la importancia suprema en la vida de su comunidad.

La indicación más llamativa de la impresión que este nuevo cargo causó en la sociedad sumeria la proporciona la *Epopeya de Gilgamesh*, la primera gran obra literaria de la historia mundial, que narra las hazañas legendarias de un rey histórico de Uruk llamado Gilgamesh. La epopeya gozó de una gran popularidad y un vigor permanente en todo Oriente Próximo, además de traducirse y copiarse durante más de dos mil años desde que se compuso la versión sumeria original. Los estudiosos han reconstruido una proporción considerable de la narración partiendo de los diversos fragmentos —algunos extensos y otros más reducidos— descubiertos a lo largo del siglo pasado. Aunque la naturaleza heterogénea de la epopeya tal como existe hoy suponga que no tengamos una «versión» de la historia de Gilgamesh exactamente como se leía en el antiguo Sumer, la mayoría de los expertos está de acuerdo en que refleja en buena medida la sociedad y cultura sumerias durante la primera mitad del tercer milenio a. J.C.

Tal como aparece en la epopeya, Gilgamesh era un poderoso *lugal* que se había ganado su reputación mediante conquistas militares y un heroísmo general, sobre todo contra los «bárbaros» no urbanizados. Por la fama y el prestigio que obtuvo, llegó a ser tan poderoso que pudo hacer caso omiso de las restricciones de conducta que refrenaban a los hombres inferiores de su época. Escuchamos al comienzo de la

epopeya cómo el pueblo se quejaba de su rey, aunque seguía reverenciándolo, porque mantenía a sus hijos lejos en la guerra durante demasiado tiempo; no mostraba respeto por los nobles, se aprovechaba de sus mujeres e hijas cuando le venía en gana, y su conducta sacrílega le disgustaba. Así las cosas, el pueblo rezó a los dioses para pedirles ayuda, y éstos respondieron por fin creando a un hombre salvaje llamado Enkidu para que desafiara a Gilgamesh.

El enfrentamiento entre Gilgamesh y Enkidu abunda en información útil desde el punto de vista histórico. Gilgamesh era una criatura de ciudad; su retador, un salvaje, apenas más que una bestia, hasta que se «civiliza» mediante una cita sexual con una prostituta del templo, profesión urbana y especializada, por no decir más. Después de su contacto con ella, Enkidu fue incapaz de regresar a la vida sencilla, y los animales de la selva dejaron de hablarle; en términos sumerios, su urbanización le había convertido literalmente en un hombre.

Este episodio refleja la dicotomía que percibían los sumerios entre la ciudad y la selva, entre lo que estaba civilizado y lo que no. En Enkidu reconocemos al cazador-recolector que sin duda estaba mucho más cerca de la naturaleza que los sumerios tras siglos de vida cívica; pero esa «naturalidad» no era una cualidad que admiraran los sumerios. La epopeya no pretendía suscitar simpatía por la pérdida de la inocencia de Enkidu; más bien es esa pérdida la que le permite cumplir su destino: convertirse en humano a fin de pelear primero con el rey de Uruk y luego hacerse su amigo. Dicho desdén por parte de los urbanizados y civilizados hacia los que estaban incivilizados (y, por tanto, eran «bárbaros») se expresa en casi todas las civilizaciones antiguas. Hasta la famosa sentencia de Aristóteles de que «el hombre es un animal político» significa en esencia que los hombres son criaturas que deben vivir en ciudades; de lo contrario, no pueden ser plenamente humanos.

El episodio que sigue a la amistad forjada entre Gilgamesh y Enkidu ilustra la hostilidad y temor que los sumerios sentían hacia las tierras no exploradas. Los dos hombres se internan en el bosque para plantar batalla contra una naturaleza aterradora, el semidiós Humbaba, quien está a punto de vencer a los héroes. Sin embargo, al final se imponen, como otro triunfo de la humanidad civilizada sobre un mundo natural que destruiría a ésta y sus creaciones si surgiera la oportunidad. Teniendo en cuenta el duro clima y el entorno impredecible en el que vivían los sumerios, su relación adversa con el mundo natural resulta comprensible. Mientras batallaban contra los ríos poco dispuestos a colaborar, el calor abrasador, la salinización del suelo y las incursiones de gentes menos civilizadas, la actitud pesimista de los sumerios hacia su entorno natural se refleja no sólo en su visión general de la vida, sino también en su opinión acerca de los dioses.

Un relato sumerio sobre la creación sostiene que la gente fue creada cuando el poderoso dios Enlil usó el viento para separar el cielo masculino de la tierra femenina y luego fabricó un pico con el que abrió la tierra. De esta fisura surgió la humanidad —ya creada en el interior de la tierra— para poblar la superficie del mundo. Según sugiere este relato, los sumerios creían que la humanidad había sido arrebatada de la tierra inhóspita y creada para un fin, servir a los dioses. Por tanto, imbuían de religiosidad todo aspecto de su vida y de su cultura, reflejando sus obligaciones dominantes hacia los dioses. Por mucho que un *lugal* poderoso pudiera distanciarse de los sacerdotes del templo, constituía un axioma que debía su autoridad a los dioses que se la habían conferido.

Las relaciones entre los sumerios y sus dioses no eran cordiales. Como los dioses deseaban que se los ensalzara, de los santuarios cada vez más elaborados del período de Uruk se desarrollaron enormes templos llamados zigurats, fabricados con ladrillos de adobe, que se erguían hacia el cielo. El gran zigurat para la deidad patrona sería la expresión arquitectónica central de una ciudad sumeria, y llegaría incluso a eclipsar el palacio del *lugal*. Los sumerios también se tomaban grandes molestias para honrar debidamente a sus dioses con templos, festividades y sacrificios. Pero los dioses no inspiraban afecto ni se lo ofrecían a los seres humanos, sino que eran objetos de temor y recelo: crueles, mezquinos, vehementes y caprichosos, les preocupaban poco las consecuencias que sus actos pudieran tener sobre la humanidad, fueran positivas o negativas.

Al igual que la mayoría de los pueblos de la Antigüedad, el objetivo primordial de los sumerios era aplacar a sus dioses mediante una ejecución precisa del ritual y los sacrificios con la esperanza de que favorecieran a la ciudad y sus habitantes (o al menos no los castigaran). Las figuras humanas de ojos redondos como platos y aspecto inquieto esculpidas por los artistas sumerios eran ofrecidas a los dioses por quienes deseaban asegurarse su indiferencia benigna hacia la humanidad. Pedirles una ayuda más positiva era el último recurso en circunstancias desesperadas y estaba condenado al fracaso. Como descubrieron los habitantes de Uruk cuando suplicaron a los dioses que refrenaran al tirano Gilgamesh, invitarlos a participar de forma directa en la vida humana podía tener consecuencias imprevistas y con frecuencia desagradables.

Asimismo, la visión sumeria del más allá era pesimista y nada heroica. Tras la muerte no se esperaba castigo ni recompensa eternos de los dioses. Los muertos se limitaban a cruzar un río que se tragaba a los hombres para llegar a la «Tierra Sin Retorno», un lúgubre lugar carente de luz. Los familiares enterraban a los muertos con artículos básicos como comida, ropa y entretenimientos tales como instrumentos

musicales y juegos a fin de conseguir que el desdichado y sombrío infierno fuera un poco más soportable para el fallecido. Pero la mejoría, si es que la había, era modesta. En esencia, la otra vida no era más que la continuación de la existencia angustiada y cruda que los sumerios llevaban en este mundo, sólo que peor.

Este negativismo iba acompañado por una especie de resignación callada ante la rigurosidad y completa futilidad de la vida. Cuando la diosa Inanna (de quien Gilgamesh y Enkidu se habían burlado) mata a su amigo Enkidu, el horror que produce este hecho en Gilgamesh lo impulsa a intentar hacerse inmortal. Rechazando el consejo de otros personajes, continúa su búsqueda hasta que se entera de la existencia de una planta de la vida eterna en el fondo de una profunda charca. Gilgamesh nada hasta el fondo y se apodera de ella, pero cuando llega a la superficie, se la roba una serpiente que después desaparece, con lo que se lleva su única posibilidad de alcanzar la inmortalidad. Al final, Gilgamesh, el gran rey de Uruk, se queda cavilando sobre la futilidad de toda empresa humana. Al reflexionar sobre el carácter transitorio de sus hazañas e incluso de las potentes murallas de Uruk, se pregunta: «¿Por qué me molesto en trabajar para nada? ¿Hay alguien que se dé cuenta de lo que hago?».

CIENCIA, TECNOLOGÍA Y COMERCIO

El pesimismo estaba muy arraigado, pero no resultó paralizador para los sumerios. Su desconfianza ante los dioses y su relación adversa con el entorno les inculcaron un alto grado de independencia e ingenio, cualidades que ayudaron a convertirlos en el pueblo más creativo, desde el punto de vista tecnológico, del mundo antiguo.

Llegaron a ser metalúrgicos de primera, a pesar de que sus tierras carecían de recursos minerales naturales. En el año 6000 a. J.C., varias culturas de Oriente Próximo y Europa ya habían aprendido a producir armas y herramientas de cobre. Mesopotamia no tenía cobre, pero en el período de Uruk (4300-2900 a. J.C.) los sumerios ya lo procesaban para fabricar armas y herramientas. Poco después de 3000 a. J.C., quizá comenzando en Anatolia oriental, se descubrió que el cobre se podía alear con arsénico (y después estaño) para producir bronce. Este metal es casi tan maleable como el cobre, pero se vierte con mayor facilidad en moldes y cuando se enfría mantiene la rigidez y forma mejor que aquél. Debido al amplio uso del bronce por parte de los sumerios y las culturas vecinas, se ha establecido que en torno al año 3000 a. J.C. se inició la Edad de Bronce.

Junto con la escritura, la invención de la rueda se coloca en el primer lugar de toda lista de avances fundamentales en la tecnología humana. Los sumerios ya utilizaban ruedas de alfarero a mediados del cuarto milenio a. J.C., lo que les permitió

producir vasijas de arcilla de gran calidad y en mayor cantidad que antes. Hacia 3200 a. J.C. también utilizaban carros de dos ruedas y carretas de cuatro tirados por burros (los caballos eran desconocidos en Asia oriental hasta que los introdujeron los invasores occidentales entre 2000 y 1700 a. J.C.). Los carros con ruedas se empleaban sobre todo en la guerra; ilustraciones de en torno a 2600 a. J.C. los presentan pisoteando al enemigo. Sin embargo, las carretas constituyeron un avance aún más importante, pues aumentaron considerablemente la productividad de la mano de obra.

Puede que el uso de la rueda en la alfarería sugiriera su aplicación para el transporte, pero esa conexión no es ni mucho menos inevitable. Los egipcios ya empleaban la rueda de alfarero al menos en 2700 a. J.C., pero no para el transporte hasta un milenio después, cuando (probablemente) aprendieron la técnica de Mesopotamia. En el Hemisferio occidental, el transporte con ruedas no se conoció (salvo en los juguetes de los niños incas) hasta el siglo XVI de nuestra era. Los sumerios no inventaron la rueda; es probable que la adquirieran de los pueblos nómadas que vivían en las estepas del sur de Rusia, pero al adaptarla a tantos usos diferentes aumentaron enormemente sus posibilidades tecnológicas.

Los sumerios también fueron pioneros en el estudio de la matemática. Puede que su interés por esta ciencia se viera fomentado por la naturaleza de su agricultura: para construir sus elaborados sistemas de canales de irrigación, diques y represas, tuvieron que desarrollar técnicas precisas de medida y deslinde, así como el arte de la cartografía. Es probable que también subyacieran intereses agrícolas en el calendario lunar que inventaron, que constaba de doce meses, seis con una duración de treinta días y seis de veintinueve. Como de este modo se creaba un año de sólo 354 días, los sumerios acabaron descubriendo que tenían que añadir un mes a sus calendarios cada pocos años a fin de predecir la recurrencia de las estaciones con precisión suficiente. Pero su práctica de dividir el tiempo en múltiplos de sesenta ha perdurado hasta la época presente, no sólo en nuestras nociones del mes de treinta días (que se corresponde aproximadamente con las fases de la luna), sino también en nuestra división de la hora en sesenta minutos y el minuto en sesenta segundos. La matemática también contribuyó a la arquitectura sumeria, permitió la construcción de cúpulas y arcos miles de años antes de que los romanos adoptaran y extendieran estas formas arquitectónicas por todo el mundo mediterráneo.

La capacidad de los sumerios para emprender estas actividades dependía de la adquisición de materias primas a través del comercio, pues su territorio carecía casi por completo de recursos naturales. Así pues, fueron los pioneros en las rutas comerciales a lo largo del Tigris y el Éufrates, así como por los flancos montañosos de Mesopotamia, siguiendo los afluentes de esos grandes ríos. Abrieron senderos por los desiertos hacia el oeste, donde entraron en contacto con los egipcios y los

influyeron. Por mar comerciaron con los pueblos del golfo Pérsico y, de manera directa o indirecta, con las civilizaciones del valle del Indo. Al igual que los mercaderes neolíticos que transportaban bienes de aldea en aldea, los sumerios llevaron sus ideas consigo junto con sus mercancías, su literatura, su arte, su uso de la escritura y todo el complejo cultural que surgió de su modo de vida urbano. De este modo, desde sus raíces sumerias, la idea de la civilización se extendió por todo el mundo del antiguo Oriente Próximo.

FIN DEL PERÍODO DINÁSTICO ARCAICO, 2500-2350 A. J.C.

Durante este período (a veces citado como período Dinástico Arcaico III), la competencia entre las ciudades-estado sumerias por prestigio, poder y recursos llegó al paroxismo. Se intensificó la guerra entre ciudades, al igual que los intentos de los *lugal* ambiciosos de magnificar su posición y la de su ciudad. Sin embargo, las tensiones entre la aristocracia de los templos y el poder real disminuyeron, lo que llevó al surgimiento de una élite gobernante más unificada, pero que dejaba a los plebeyos con menor voz de la que habían disfrutado hasta entonces.

Las tumbas reales de Ur, fechadas entre 2550 y 2450 a. J.C., proporcionan una impresionante demostración de la riqueza de esta élite recién unificada. También señalan un cambio en las ideas sobre el más allá. Parece que al menos algunos miembros de la sociedad sumeria creían ahora que disfrutarían de un tipo de otra vida diferente y mejor, para la que sus tumbas estaban específicamente abastecidas. ¿Podría ser una idea que los sumerios tomaron de los faraones de Egipto? De momento, sólo cabe especular. Sin embargo, dichas prácticas sí nos proporcionan cierto sentido de lo elevados que se habían vuelto los poderes de los *lugal* y de la divisoria que se había abierto entre los dirigentes y sus súbditos en la sociedad sumeria.

Las abundantes pruebas documentales provenientes del período tratan sobre todo de las hazañas militares de estos poderosos reyes. Narran un ciclo de guerra brutal entre las principales ciudades-estado, cuando el *lugal* de cada una quiso establecer su supremacía sobre los demás derrotando sus ejércitos en la batalla y después obligando a las ciudades vencidas a pagarle tributo. Éste era el modelo tradicional de la guerra sumeria, que ahora se intensificó cuando la población aumentó y la lucha por el control de los recursos y las rutas comerciales se hizo más desesperada. Sin embargo, como era inevitable, esa supremacía era fugaz: las ciudades conquistadas se levantaban y el ciclo bélico volvía a empezar. Ningún *lugal* intentó nunca crear un imperio verdadero y duradero imponiendo un gobierno centralizado sobre las ciudades que conquistaba. Como resultado, Sumer continuó siendo un conjunto de

ciudades-estado independientes, obligadas periódicamente a reconocer la supremacía de un *lugal* particular, pero incapaces de forjar una estructura duradera de autoridad mayor que la de una ciudad individual y su dios patrón. Este hecho resultaría su perdición cuando Sumer se enfrentó a un nuevo estilo de gobierno imperial en la figura de Sargón de Acad.

EL IMPERIO ACADIO, 2350-2160 A. J.C.

Los acadios eran el pueblo predominante de Mesopotamia central, al norte de Sumer. Los sumerios habían ejercido sobre ellos una enorme influencia, que les llevó a adoptar la escritura cuneiforme, junto con buena parte de su cultura. Sin embargo, en el caso de la lengua, conservaron la suya propia semítica, perteneciente a la familia lingüística que incluye el asirio, el arameo, el hebreo, el árabe y el etíope. Por mucho que los sumerios tendieran a considerar bárbaros a los acadios, en realidad ambos pueblos eran de culturas muy similares.

Como no pertenecía a su sociedad, Sargón, el dirigente de los acadios, no se regía por las premisas y reglas tradicionales de la guerra sumeria y lanzó un plan de conquista sistemático con el fin de someter a su autoridad a todas las zonas que rodeaban Sumer. Los sumerios no se percataron de que Sargón los tenía a su merced hasta que no fue demasiado tarde. Hacia 2350 a. J.C. conquistó Sumer y luego avanzó deprisa para conseguir el control directo sobre toda Mesopotamia.

Desde su nueva capital en Acad, Sargón instaló gobernadores de lengua acadia para que administraran las ciudades de Sumer; les ordenó demoler las fortificaciones, cobrar impuestos e imponer su voluntad. De este modo, transformó las ciudades-estado independientes de Sumer y Acad en una unidad política mucho mayor: un reino o imperio. Sargón sostuvo su imperio (cabría argüir que fue el primero verdadero de la historia humana) con la administración y explotación de la red de rutas comerciales que recorrían Oriente Próximo. Como resultado, sus influencias económicas se extendieron de Etiopía al valle del Indo en la India. Su capital llegó a ser la ciudad más espléndida del mundo y ejerció un poder sin precedentes durante cincuenta y seis años.

A Sargón le sucedió su dotado nieto Naram-Sin, quien reinó, como su abuelo, durante más de medio siglo. Naram-Sin extendió las conquistas acadias y consolidó las rutas comerciales de largo recorrido. Promotor enérgico de la cultura y mecenas de las artes, fomentó las obras literarias y artísticas. Mediante la conquista y la aceleración del comercio, también contribuyó a estimular el crecimiento de ciudades en todo Oriente Próximo.

Aunque el énfasis otorgado por los acadios a la centralización política y la

organización imperial representaban una clara ruptura con el pasado sumerio, desde el punto de vista cultural sumerios y acadios se diferenciaban poco. En 2200 a. J.C. la mayoría de los pueblos del centro y sur de Mesopotamia ya era capaz de conversar en ambas lenguas. Si bien los acadios adoraban a sus propias deidades, también respetaban y veneraban a los dioses y las prácticas de los sumerios. Buena parte de la literatura y el arte acadios tenía raíces sumerias y se había traducido transformándola ligeramente para que resultara atractiva a los gustos acadios. Los estudiosos hablan de una síntesis cultural sumeroacadia y, en efecto, tras el reinado de Sargón, las dos civilizaciones eran casi indistinguibles, salvo por sus lenguas diferentes. A pesar de sus nuevos adornos imperiales, la civilización urbana que Sargón y Naram-Sin ayudaron a fomentar en Oriente Próximo continuó siendo en esencia el modelo urbano de los sumerios.

LA DINASTÍA DE UR, 2100-2000 A. J.C.

Al largo reinado de Naram-Sin siguieron las intrigas cortesanas y una serie de sucesores débiles. Tras un breve período en el que pueblos de la montaña invasores procedentes de la meseta iraní gobernaron sobre Sumer y Acad (2160-2100 a. J.C.), Sumer se disolvió de nuevo en una serie de ciudades-estado rivales e independientes. Sin embargo, hacia 2100 a. J.C., se estableció una nueva dinastía proveniente de Ur, la denominada III dinastía de Ur, bajo el gobierno de su primer rey, Ur-Nammu, y su hijo Shulgi. Ur-Nammu fue el responsable de la construcción del gran zigurat de Ur, que se alzaba más de 21 metros sobre la llanura circundante, y de muchas otras maravillas arquitectónicas. Shulgi continuó la obra de su padre, conquistó las tierras hasta las montañas de Zagros e impuso ingentes pagos tributarios (el tributo de un solo lugar alcanzaba 350.000 ovejas anuales). Construyó instalaciones de producción textil estatales para procesar la lana, cuya mano de obra eran mujeres de clase baja y niños. También promulgó una especie de código legal en el que se exigían pesos y medidas justos, la protección de las viudas y huérfanos, así como limitaciones sobre la pena de muerte por los delitos.

Ur-Nammu y Shulgi imitaron en sus reinados los de Sargón y Naram-Sin, persiguiendo conquistas militares, la centralización del gobierno sumerio, la expansión y consolidación del comercio, el patrocinio de las artes y la literatura, y una ideología elevada de gobierno imperial carismático. Así pues, los gobernantes acadios, junto con la III dinastía de Ur, establecieron un patrón de gobierno que influiría en la región durante los siglos venideros.

Cuando murió Sulghi en torno al año 2047 a. J.C., le sucedieron dos hijos incompetentes que fallecieron jóvenes. Como resultado, el trono recayó en el nieto de

Sulghi, Ibbi-Sin, individuo desventurado cuya descripción más caritativa sería como corto de luces. Especie de «niño de mamá», se las daba de joven imberbe cuando ya alcanzaba la mediana edad y de forma invariable se refería a su madre, incluso en los registros oficiales, como «mamita». Se rodeó de aduladores y la burocracia imperial se infló bajo su gobierno.

Los registros de su reinado trazan la anatomía de un imperio agonizante. Uno por uno, los archivos reales se van apagando en las ciudades bajo dominio de Ur, a medida que Ibbi-Sin fue perdiendo el control de su imperio. Al final recurrió a su mariscal de campo, hombre de origen amorita (semita) llamado Ishbi-Irra, para que lo rescatara de las consecuencias de su inanidad. Como Ishbi-Irra era astuto y despiadado, una y otra vez dejaba que las cosas alcanzaran un punto muerto para intervenir entonces en el último momento y obtener mayor poder. Gracias a la destreza militar de su mariscal, Ibbi-Sin permaneció en el trono veinticuatro años, hasta que por fin un ejército enemigo saqueó Ur. Sin embargo, hasta que no se lo llevaron cautivo, Ishbi-Irra no pasó heroicamente a la acción, rechazando a los invasores que quedaban y después reclamando para sí el reino de Ur. Ibbi-Sin desapareció, pero para los habitantes de Mesopotamia su nombre resonaría durante siglos como la personificación de la estupidez delictiva y la incompetencia redomada.

Ishbi-Irra no fue capaz de reafirmar el control sobre el imperio totalmente despedazado de Ur. Muchas de las ciudades se habían liberado para siempre y ahora se hallaban bajo el dominio de jefes amoritas ambiciosos y poderosos muy semejantes a Ishbi-Irra. Durante los dos siglos siguientes, la historia mesopotámica se caracterizaría por la guerra incesante entre un grupo de pequeños reinos amoritas ubicados en los grandes centros urbanos del pasado sumeroacadio. Hasta el siglo XVIII a. J.C., uno de estos reyes de descendencia amorita, el notable Hammurabi de Babilonia, no crearía una nueva unidad imperial en la región.

EL «RENACIMIENTO SUMERIO» Y EL ASCENSO DE LOS AMORITAS

Los gobernantes de Ur emitían sus documentos oficiales en sumerio y se empeñaron en reafirmar la cultura sumeria frente a la influencia de los acadios de lengua semita. Pero este retrógrado «Renacimiento sumerio» tuvo poco efecto en la cultura de Mesopotamia, que para entonces estaba completamente invadida por la influencia de los pueblos de lengua semita que dominarían la región durante los próximos mil quinientos años. Merecen nuestra atención en particular tres de estos grupos, los acadios, los amoritas y los asirios. Conoceremos a otros, incluidos los fenicios, los cananeos y los hebreos, en el capítulo 2.

Los acadios fueron el primer pueblo de lengua semita que se estableció en

Mesopotamia y los que más se asimilaron a la civilización sumeria. Se adaptaron rápidamente a la vida urbana y se convirtieron en importantes fundadores de ciudades en el mundo de Oriente Próximo. En contraste, los amoritas eran nómadas cuyas destrezas militares los convirtieron en valiosos aliados (y finalmente en dueños) de las ciudades sumerias y acacias. Al igual que los acadios, los amoritas acabaron urbanizándose, pero desde el punto de vista cultural retuvieron buena parte de los aspectos que reflejaban sus raíces errantes. El norte de Mesopotamia fue la cuna de los asirios, mercaderes de caravanas pioneros en las rutas comerciales de Anatolia (Turquía actual) poco después del año 2000 a. J.C. Muy influidos por la cultura sumeroacacia, los asirios acabarían fundando una importante y duradera civilización propia. Sin embargo, de momento estaban plenamente ocupados en contener los avances de sus primos amoritas por el sur.

El antiguo Imperio babilónico

En 1792 a. J.C., un joven gobernante amorita llamado Hammurabi ascendió al trono de Babilonia, reino débil del centro de Mesopotamia sustentado en una ciudad insignificante del mismo nombre. Cuando Hammurabi llegó al poder, Babilonia era frágil y se encontraba metida como una cuña entre otras monarquías amoritas más poderosas. Su emplazamiento junto al Tigris y el Éufrates poseía un gran potencial económico y trascendencia militar, pero también era peligroso porque se asentaba entre potentes rivales que a menudo sentían la tentación de asolar la ciudad a su paso hacia otras conquistas.

Hammurabi quizá haya sido el primer soberano de la historia mundial en comprender que el poder no precisa basarse en la fuerza bruta. Reconoció que la aplicación del intelecto, la estrategia política y la astucia despiadada podían conseguir lo que estaba fuera del alcance de su ejército. Un abundante archivo de tablillas encontrado en la ciudad de Mari (que acabó bajo el dominio de Hammurabi) atestigua el ingenio y talento de este rey notable.

Hammurabi empleó la escritura como arma, pero lo hizo con tanta sutileza que sus víctimas no se percataron hasta que fue demasiado tarde. En lugar de intentar enfrentarse a sus vecinos más fuertes de manera directa, a través de cartas y embajadas, diplomacia de doble juego y engaño en general, indujo a sus rivales más poderosos a enredarse cada vez más en conflictos armados entre sí. Mientras los demás reinos amoritas se agotaban en guerras costosas e inútiles, Hammurabi avivaba su odio mutuo al presentarse hábilmente en privado como amigo de todas las partes. Su valor como aliado potencial motivaba que los gobernantes vecinos le mandaran recursos con la esperanza de que los ayudara. Entre tanto, Hammurabi

consolidaba calladamente su reino, y aumentaba su fuerza, hasta que llegó el momento oportuno de caer sobre los restantes reinos, diezmados y exhaustos. Mediante esta política, transformó su pequeño estado amorita en lo que los historiadores describen como el antiguo Imperio babilónico.

Bajo el gobierno de Hammurabi, Mesopotamia consiguió un grado de integración política sin precedentes. Su reino acabó extendiéndose del golfo Pérsico a Asiria. La mitad meridional de la región, conocida antes como Sumer y Acad, pasaría a ser Babilonia durante el resto de la Antigüedad. Para lograr la unificación de estos territorios, Hammurabi introdujo una importante innovación, elevó a la poco conocida deidad patrona de Babilonia, Marduk, a dios regidor de todo su imperio. Aunque el rey puso cuidado en rendir homenaje también a los antiguos dioses de Sumer y Acadia, Marduk se asentó ahora en la cima del panteón oficial. El pueblo podía seguir adorando a las antiguas deidades patronas de sus ciudades si así lo deseaba, pero ahora todos debían lealtad a Marduk.

RELIGIÓN Y LEY

La noción de que el gobierno político se basaba en la aprobación divina no era nada nuevo, por supuesto. Sus cimientos descansaban en las prácticas y credos de los sumerios, y fue plenamente desarrollada por Sargón, Narum-Sin, Ur-Nammu y Shulgi. Sin embargo, la innovación de Hammurabi consistió en usar la supremacía de Marduk sobre los restantes dioses para legitimar su derecho a gobernar, en nombre de Marduk, sobre toda Mesopotamia, porque él era el rey de la ciudad cuna de Marduk, Babilonia. De este modo, Hammurabi se convirtió en el primer gobernante de Oriente Próximo que emprendió guerras de agresión justificadas de manera específica afirmando que eran en nombre de su dios supremo. Este precedente se convertiría en un rasgo característico de la política de Oriente Próximo a partir de entonces, como veremos en el capítulo 2.

Así pues, en la Babilonia de Hammurabi, el poder político y la práctica religiosa estaban completamente entrelazados. En su celebración anual del año nuevo, los babilonios representaban la victoria de Marduk sobre el dios sumerio del caos, que le había otorgado el lugar de dios supremo tanto en el cielo como en la tierra. A su vez, los babilonios creían que el triunfo de Marduk sobre el caos había posibilitado predecir y controlar el entorno natural, por lo que estaba íntimamente conectado con la fertilidad de la tierra. Para garantizar una fertilidad continuada, durante las mismas festividades de año nuevo, mientras los sacerdotes cantaban los relatos mitológicos que narraban el ascenso de Marduk, el rey se retiraba con una prostituta sagrada al interior del templo para mantener relaciones sexuales rituales. Al igual que los

faraones de Egipto y los emperadores de la antigua China, el rey de la antigua Babilonia era, de este modo, un eslabón esencial en la cadena de relaciones que ligaba a los seres humanos con la tierra y el cielo.

Hammurabi no recurrió sólo a la religión para unificar su imperio. Basándose en los precedentes de los siglos y gobernantes pasados, también emitió una serie de leyes válidas en todo su territorio. Conservado en una impresionante estela de 2,5 metros descubierta en el suroeste de Irán y que se halla ahora en el Louvre, el denominado Código de Hammurabi abarcaba un amplio abanico de aspectos legales. A diferencia de los códigos penales modernos, el de Hammurabi no prescribía remedios para todas las infracciones concebibles que pudieran ocurrir en la sociedad babilónica, sino que contenía resoluciones ciertas dictadas por el rey en casos legales particulares. La innovación de Hammurabi consistió en publicar sus decisiones en todo el imperio a fin de que sirvieran de guía a sus gobernadores y jueces para futuros fallos judiciales.

LA SOCIEDAD DE LA ANTIGUA BABILONIA

El código de Hammurabi revela también muchos aspectos sobre la estructura de la sociedad amorita de Babilonia. En general, los ordenamientos sociales más complejos de la civilización sumeria habían cedido paso a un sistema más sencillo pero opresor. Una clase elevada de nobles —funcionarios de palacio, sacerdotes del templo, militares de alto rango y ricos comerciantes— controlaba grandes fincas y una riqueza asombrosa. Por debajo de este pequeño estrato se hallaba una enorme clase de individuos legalmente libres que, sin embargo, eran «dependientes» de palacio o del templo, o que arrendaban tierra de las fincas de los poderosos. Entre estos dependientes se incluían los jornaleros y artesanos, los comerciantes y agricultores a pequeña escala, así como los cargos políticos y religiosos menores del estado.

En el estrato inferior de la sociedad babilónica estaban los esclavos, muchos más que en el período sumerio, y a los que también se trataba con mayor dureza. Además, eran un grupo separado fácilmente identificable, puesto que los hombres libres, ya fueran nobles o dependientes, lucían largas melenas y barbas, mientras que los esclavos iban afeitados y estaban marcados. Algunos esclavos se adquirían mediante comercio, otra diferencia con la práctica sumeria; otros eran capturados en la guerra o se trataba de gente libre que había caído en la esclavitud por deudas o como castigo por determinados delitos. Podían acumular propiedad y pedir préstamos como medio para obtener la libertad, pero es probable que esto no ocurriera con frecuencia.

La sociedad de la antigua Babilonia también estaba muy estratificada por la clase. Un delito cometido contra los nobles suponía un castigo mucho más severo que ese

mismo delito cometido contra un dependiente o un esclavo (aunque los nobles recibían castigos más severos que los plebeyos por delitos cometidos contra otros nobles). Los acuerdos matrimoniales y las costumbres reflejaban las diferencias de clase; el precio de la novia y su dote dependían de la posición de las partes implicadas.

El código de Hammurabi proporciona pruebas de la posición y trato de las mujeres en la sociedad babilónica. Las mujeres disfrutaron de cierta protección por parte de la ley, incluido el derecho a divorciarse de un marido abusivo, negligente o indigente. Si un marido se divorciaba de una mujer «sin motivo», estaba obligado a proporcionarle sostén financiero, así como a sus hijos. No obstante, pese a estas protecciones, la ley babilónica consideraba a las esposas propiedad de sus cónyuges. Una mujer que fuera por la ciudad difamando a su marido estaba sujeta a morir ahogada; sufriría el mismo destino, junto con su amante, si se la pillaba cometiendo adulterio. En contraste, los esposos tenían derecho legal a una considerable promiscuidad sexual no sólo con las prostitutas del templo, sino con esclavas y concubinas.

EL LEGADO DE HAMMURABI

Hammurabi murió en torno a 1750 a. J.C. Aunque bajo sus sucesores se produjo cierta contracción del antiguo Imperio babilónico, sus logros perduraron. Sus reformas administrativas, combinadas con sus innovaciones en el imperialismo religioso, crearon un estado duradero e importante en Mesopotamia. Durante dos siglos más el antiguo Imperio babilónico desempeñó un papel trascendental en Oriente Próximo, hasta que los invasores del norte saquearon la ciudad y la ocuparon. Babilonia continuó siendo la ciudad más famosa de la región durante otros mil años.

El legado de Hammurabi trascendió con creces las fronteras de su reino. Su éxito y la facilidad y aplomo con que lo consiguió fueron decisivos para dar forma a las concepciones de la monarquía en el antiguo Oriente Próximo. Después de su reinado las religiones de estado unificado ras desempeñarían un papel cada vez más importante en la política de los reyes de la región. También demostró la eficacia de la escritura como herramienta política. La diplomacia, el mantenimiento de extensos archivos y las relaciones internacionales caracterizarían a los imperios posteriores de Oriente Próximo, así como la declaración de que los reyes deben ser los protectores de los débiles y los árbitros de la justicia dentro de sus reinos. El código legal de Hammurabi se basó en las tradiciones de los reyes mesopotámicos previos, pero su grandeza consistió en que transformó la impartición de la ley en un imperativo para cualquier gobernante ambicioso de un futuro reino o imperio de Oriente Próximo.

El desarrollo de la civilización en Egipto

La otra civilización fundamental del mundo mediterráneo surgió en Egipto, más o menos a la vez que Sumer. Sin embargo, a diferencia de los sumerios, los egipcios no tuvieron que arrancar su supervivencia de un entorno hostil e impredecible, pues su tierra se renovaba cada año con las regulares crecidas estivales del Nilo. El rico sedimento negro que el río dejaba tras de sí hacía del valle del Nilo la región agrícola más fértil del mundo mediterráneo. Buena parte de las particularidades de la civilización egipcia se basa en este hecho ecológico fundamental.

El Antiguo Egipto era una franja de tierra estrecha y alargada que serpenteaba hacia el norte desde la Primera Catarata (una serie de rocas y rápidos en el río a la altura de la antigua ciudad de Elefantina), a lo largo de las dos orillas del Nilo hacia el mar Mediterráneo, durante una distancia de 1.100 kilómetros. Fuera de esta estrecha franja de territorio —cuya anchura variaba de unos cuantos cientos de metros hasta no más de 23 kilómetros— se extendía un desierto inhabitable, donde apenas caía lluvia. Este contraste entre la fértil «Tierra Negra» a lo largo del Nilo y la «Tierra Roja» desértica más allá influyó profundamente en la manera en que los egipcios veían su mundo. Consideraban Egipto el centro del cosmos, mientras que las tierras que se extendían más allá se hallaban por completo fuera de las fronteras de la vida civilizada.

Como tierra, nación y civilización, Egipto ha disfrutado de una continuidad notable. Las raíces de la cultura egipcia se remontan al menos al año 5000 a. J.C., y su independencia y diferencia continuarían asombrándonos hasta su asimilación en el Imperio romano desde el año 30 a. J.C. A partir del año 3000 a. J.C. aproximadamente, el elemento definidor en la cultura del Antiguo Egipto sería la influencia dominante de un estado poderoso, centralizado y burocrático, encabezado por faraones a quienes su pueblo consideraba dioses vivos. Ninguna otra civilización antigua fue gobernada con un control tan riguroso y durante tanto tiempo.

Por comodidad, los historiadores dividen la historia del Antiguo Egipto en «reinos» y períodos. Al igual que hicieron los antiguos escritores egipcios, los historiadores modernos suelen presentar los reinos Medio y Nuevo como tiempos de fortaleza, prosperidad y unidad, separados por caóticos intervalos en los que la autoridad central se derrumbó (los Primero, Segundo y Tercer Períodos Intermedios). Aunque seguiremos estas divisiones tradicionales, debemos destacar que reflejan la perspectiva centralizadora (y, por tanto, tal vez distorsionante) del mismo estado del Antiguo Egipto. Como veremos, el Primer Período Intermedio en particular parece mucho menos caótico y sombrío si se contempla desde la perspectiva de la sociedad local y no desde la corte del faraón.

Egipto prehistórico o predinástico es el período previo al surgimiento de los faraones y sus dinastías. Emplear la arqueología para recabar información sobre esta era es muy difícil. Muchos asentamientos predinásticos se encuentran ahora enterrados bajo innumerables capas de cieno o fueron destruidos hace mucho por las aguas del Nilo. Además, durante largo tiempo la abundancia del valle del Nilo desalentó la transición a la vida de aldea que tuvo lugar en otras partes del Oriente Próximo neolítico. En el Creciente Fértil, el aumento demográfico obligó a los mesopotámicos a adoptar una vida agrícola asentada durante el octavo milenio a. J.C. En Egipto, en contraste, la población en aumento fue capaz de sostenerse mediante la caza y la recolección hasta el quinto milenio a. J.C.

La población de Egipto aumentó por la combinación del incremento natural — producto de un abundante abastecimiento de comida— y la inmigración de otros lugares. Antes de 10000 a. J.C., la región que ahora constituye el Sahara contaba con una rica variedad de vida vegetal y animal. Sin embargo, con la retirada de los glaciares, la zona comenzó a convertirse lentamente en un desierto, y la gente y los animales buscaron condiciones mejores. Muchos lograron llegar al valle del Nilo. En el período Predinástico, una multitud de pueblos procedentes del norte y este de África y Asia occidental ya se habían asentado en Egipto. Así pues, la notable unidad de la cultura egipcia surgió de raíces extremadamente heterogéneas y no fue producto de ningún grupo étnico o racial particular.

El primer asentamiento permanente conocido en Egipto está fechado en torno a 4750 a. J.C. y se hallaba cerca del pueblo actual de Merimde Beni Salama, en el borde suroccidental del delta del Nilo. Era una próspera comunidad agrícola que tal vez albergara hasta dieciséis mil habitantes (si bien esta cifra, al basarse en restos de enterramientos que son difíciles de interpretar, está abierta a la discusión). A partir de entonces la economía egipcia comenzó a complicarse. En torno a 3500 a. J.C., los residentes de Maadi, a escasos cinco kilómetros de Merimde Beni Salama, ya contaban con extensos contactos comerciales con la península del Sinaí, Oriente Próximo y el tramo alto del Nilo, a varios cientos de kilómetros hacia el sur. El cobre fue una importación particularmente significativa, porque permitió a los habitantes reemplazar las herramientas de piedra por las de metal. Asimismo, se han descubierto muchos otros centros agrícolas neolíticos en el delta del Nilo o sus cercanías, donde ya se estaba desarrollando cierto grado de unidad cultural. En los siglos posteriores esta área se conocería como el Bajo Egipto (debido a que se hallaba corriente abajo del río). Fuera del delta también estaban surgiendo avances comparables. Al final del período Predinástico, la cultura material y las prácticas de enterramiento ya eran más o menos uniformes desde el borde meridional del delta hasta la Primera Catarata, una

vasta longitud del Nilo conocida como el Alto Egipto.

Aunque los pueblos del Bajo Egipto eran más numerosos, fue en el Alto Egipto donde se desarrollaron las primeras ciudades verdaderamente egipcias. En 3200 a. J.C., comunidades como Nejen, Naqada, This y Abidos ya habían alcanzado altos grados de especialización profesional y social. Se habían rodeado de complicadas fortificaciones y habían comenzado a construir elaborados complejos de templos y santuarios para honrar a los dioses locales.

Este último hecho tal vez resulte clave para explicar el paso de estos pueblos a ciudades. Al igual que en el caso de Uruk en Mesopotamia, sus funciones como centros de culto regionales atraían a los viajeros y fomentaban el crecimiento de las industrias. Pero a diferencia de Mesopotamia, el viaje por el Alto Egipto era relativamente fácil. Casi todos los egipcios vivían a la vista del Nilo, lo que permitía que el gran río sirviera de autopista que unía la nación. Así pues, gracias al Nilo, la región situada al sur del delta, pese a su enorme longitud geográfica, fue capaz de forjar una unidad cultural que acabó siendo también política.

El Nilo alimentaba y unía Egipto. Era un conducto para las personas, los bienes y las ideas. Los gobernantes centralizadores podían proyectar su poder con rapidez y eficacia curso arriba y abajo del río. Al término del período Predinástico, las ciudades del Alto Egipto ya se habían reunido en una confederación bajo el liderazgo de This. A su vez, la presión ejercida por esta confederación obligó a los pueblos del Bajo Egipto a adoptar su propia forma flexible de organización política. En 3100 a. J.C. la rivalidad entre estas regiones en competencia ya había dado origen a los dos reinos incipientes del Alto y Bajo Egipto.

LA UNIFICACIÓN DE EGIPTO:

EL PERÍODO ARCAICO, 3100-C. 2686 A. J.C.

Con el surgimiento de poderosos gobernantes que pretendían unificar estos dos reinos, entramos en la fase dinástica de la historia egipcia. El sistema de numeración para las dinastías faraónicas lo desarrolló (o al menos lo conservó en la escritura) un sacerdote egipcio del siglo III a. J.C. llamado Manetón. En líneas generales, su obra ha soportado el escrutinio de los historiadores y arqueólogos modernos, si bien la investigación reciente nos ha llevado a reconocer una «dinastía 0», un conjunto de primeros reyes cruciales para la unificación inicial de Egipto que Manetón no registró. Pero estos gobernantes, conocidos casi de forma exclusiva por las pruebas arqueológicas, continúan siendo, cuando mucho, figuras vagas. Entre ellos se encontraba un hombre fuerte, conocido como «Rey Escorpión» por una cabeza de maza que detalla en dibujos su reafirmación de autoridad sobre la mayor parte de

Egipto. Otro, el rey Narmer, parece que gobernó tanto el Alto como el Bajo Egipto y tal vez sea el legendario rey Menes o Min, a quien más tarde los egipcios adjudicaron esta hazaña. Estos reyes probablemente fueron originarios de Abidos, en el Alto Egipto, donde también los enterraron. Sin embargo, su capital administrativa estaba en Menfis, la ciudad capital del Bajo Egipto e importante centro para comerciar con la península del Sinaí y Oriente Próximo.

Después de la unificación del Alto y Bajo Egipto, los rasgos básicos del gobierno de los faraones adoptaron unas características que persistirían durante los tres mil años siguientes. Desde fecha muy temprana se identificó estrechamente al faraón con la divinidad. En la primera y segunda dinastías ya se le consideraba la manifestación terrenal de Horus, el dios halcón. Así pues, estos primeros gobernantes egipcios reclamaron una naturaleza sagrada diferente por completo de los primeros *lugal* sumerios, mortales que se limitaban a disfrutar del favor divino.

Lo misterioso es cómo consiguieron establecer su naturaleza divina estos primeros faraones, cuando sabemos que legitimar su gobierno sobre todo Egipto fue una tarea difícil. Las lealtades civiles y religiosas se mantenían firmes, y durante siglos los habitantes del Bajo Egipto continuarían considerándose diferentes en ciertos aspectos de sus primos del sur. No obstante, los esfuerzos por crear una identidad egipcia unificada comenzaron muy pronto, como se ve por la paleta de Narmer. Parece probable que los faraones se declararan divinos como una manera de resolver este problema de unidad política, y —dejando de lado los detalles de cómo se llevó a cabo dicha sacralización— su éxito resultó asombroso. A finales de la dinastía II, el faraón ya no era sólo el gobernante de Egipto; en cierto sentido era el mismo Egipto, una personificación de la tierra, del pueblo y de su conexión con lo divino.

LENGUA Y ESCRITURA

Entre las muchas facetas de la cultura egipcia que han fascinado y desconcertado a los observadores posteriores, se encuentra el sistema de escritura pictográfica. Denominado *hieroglifos* (grabados sagrados) por los griegos, estos símbolos extraños y elaborados se mantuvieron impenetrables y, por tanto, de lo más misteriosos, hasta el siglo XIX, cuando un erudito francés llamado Jean-François Champollion los descifró con la ayuda de la Piedra Rosetta. Este documento contiene tres versiones del mismo texto, escritas en griego antiguo, demótico (la caligrafía de una versión posterior de la lengua egipcia) y jeroglífico. Como sabía leer el texto en griego, Champollion fue capaz de desentrañar también los textos demótico y jeroglífico. A partir de este comienzo, generaciones de estudiosos han aumentado y refinado

nuestro conocimiento de la sociedad y lengua del Antiguo Egipto.

El desarrollo de la escritura jeroglífica en Egipto data de hacia 3200 a. J.C. Su naturaleza pictográfica puede delatar una primera influencia de Mesopotamia, pero las dos caligrafías son tan diferentes que probablemente se desarrollaron de manera independiente. Al igual que en Sumer, la tecnología de la escritura se convirtió pronto en una importante herramienta para el gobierno y la administración egipcios. Sin embargo, a diferencia del cuneiforme sumerio, los jeroglíficos egipcios nunca evolucionaron mucho hacia un sistema de fonogramas. En su lugar, los egipcios desarrollaron una caligrafía cursiva más sencilla y veloz para representar los jeroglíficos denominada *hierática*, que se empleaba para los asuntos cotidianos de gobierno y comercio. También desarrollaron una versión abreviada de la hierática que los escribas podían emplear para tomar notas rápidas.

Quedan pocos restos de la primera escritura hierática debido en buena medida a la naturaleza perecedera del medio sobre el que solía estamparse: el papiro. Producido mediante el empapamiento, secado y procesamiento de las cañas del río, el papiro era más ligero, fácil de escribir en él y transportable que las tablillas de arcilla empleadas por los sumerios. Cuando se cosían juntos en rollos, también posibilitaban registrar y guardar grandes cantidades de información en un espacio muy reducido. La producción de este versátil material de escritura se mantuvo como una de las más importantes industrias egipcias durante toda la Antigüedad, y se convirtió en un valioso artículo de exportación. Sin embargo, incluso en las condiciones arenosas y áridas de Egipto, el papiro es frágil y está sometido a la descomposición. En climas más húmedos, casi nunca sobrevive para que lo desentierren los arqueólogos. Así pues, la gran mayoría de documentos en papiro se ha perdido, hecho que limita considerablemente nuestra comprensión del Egipto del Reino Antiguo.

La lengua de los antiguos egipcios ha sido asunto de debate durante mucho tiempo. El egipcio arcaico presenta rasgos que lo enlazan tanto con las lenguas semíticas de Oriente Próximo como con diversos grupos lingüísticos africanos, pertenecientes todos a una «superfamilia» conocida como afroasiática. Algunos lingüistas históricos han propuesto que el egipcio arcaico podría representar la supervivencia de una lengua «raíz» de la que evolucionaron las demás del grupo afroasiático. Teniendo en cuenta los movimientos de pueblos dentro, fuera y a través del valle del Nilo en el período prehistórico, esta teoría constituye una clara posibilidad. Pero sean cuales fueren sus orígenes, la lengua egipcia ha disfrutado de una larga historia. La lengua del Reino Antiguo sobrevivió y evolucionó durante miles de años para convertirse en la conocida como copto en la Antigüedad clásica, que continúa empleándose en la liturgia de la Iglesia cristiana copta.

Como han sobrevivido tan pocos documentos de los asuntos rutinarios del Reino Antiguo, escribir una historia de este período es una empresa difícil. Los textos funerarios de las tumbas de la élite nos permiten decir algo sobre los logros de individuos particulares y obtener cierta impresión de la vida cotidiana, pero sabemos poco sobre las vidas de los egipcios normales y corrientes. Complica más nuestro problema la propia actitud de los egipcios del Reino Antiguo. Debido a su creencia en la naturaleza cíclica e invariable del universo, apenas les interesaban la historia y los acontecimientos históricos tal como nosotros los concebimos. Por tanto, es poco probable que alguna vez seamos capaces de reconstruir su historia con algún detalle.

No obstante, disponemos de rica documentación sobre individuos, prácticas y credos a través de los textos y el arte de ese período. Un rasgo que emerge claramente de estas fuentes es que los faraones de la dinastía III (c. 2686-2613 a. J.C.) ya habían construido en buena medida una administración potente y centralizada, dedicada a su auto-glorificación. Puesto que el faraón era Egipto, todos sus recursos le pertenecían. Controlaba el comercio de largo recorrido, y ya se habían desarrollado sistemas de recaudación fiscal y reclutamiento de mano de obra. Para administrar su imperio, los faraones establecieron gobernadores locales nombrados desde el centro (conocidos por los griegos como *nomarcas*), muchos pertenecientes a su propia familia, pero mantuvieron un estrecho control sobre ellos y sus ejércitos de funcionarios menores para impedirles que echaran raíces en los territorios que administraban.

La formación como escribas estaba muy extendida por el Reino Antiguo porque la escritura resultaba crucial para la gestión y explotación de la vasta riqueza de Egipto. Y como los burócratas instruidos en la escritura eran esenciales para el gobierno tanto en el ámbito nacional como en el local, disfrutaban de poder, influencia y posición. Hasta un niño que acababa de empezar su formación como escriba se consideraba merecedor de gran respeto. La preparación era difícil, pero un documento del Reino Medio llamado «La sátira de los oficios» recordaba al escriba en formación cuánto acabaría beneficiándole su educación y cuánto mejor le iría que a los practicantes de otros oficios.

Imhotep y la «Pirámide Escalonada»

En los albores del Reino Antiguo, nos encontramos con uno de los más grandes funcionarios administrativos de la historia de Egipto. Imhotep ascendió por la escala de la administración del faraón para convertirse en una especie de visir, la mano derecha de Zoser, uno de los primeros faraones de la dinastía III. Entre los conocimientos de Imhotep se incluían medicina, astronomía, teología y matemática,

pero sobre todo era arquitecto. Otros faraones anteriores ya habían dedicado enormes recursos a sus instalaciones de enterramiento en Abidos. Sin embargo, fue Imhotep quien diseñó la Pirámide Escalonada, el primer gran monumento en la historia mundial construido enteramente con piedra labrada. No sólo iba a ser el lugar de descanso final de Zoser, sino símbolo y expresión de su poder trascendente como faraón.

Construida al oeste de Menfis, la capital administrativa, cerca de la actual Saqqara, la Pirámide Escalonada se yergue sobre el desierto hasta una altura de 60 metros. Su diseño se basó en una forma más antigua de monumento funerario, la *mastaba*, edificio bajo y rectangular, construido por completo de adobe, con techo plano y laterales inclinados. Probablemente, Imhotep comenzó teniendo en la mente el modelo de la mastaba, pero lo alteró de forma radical al apilar unas mastabas encima de otras cada vez más pequeñas y al construirlas por entero de piedra caliza. Alrededor de este impresionante monumento se hallaba un enorme templo y complejo mortuario, tal vez siguiendo el modelo del palacio de Zoser en la capital. Estos edificios cumplían dos objetivos. El *ka* de Zoser (su espíritu tras la muerte; véase más adelante) tendría lo que necesitaba para gobernar en la otra vida, y el diseño de los edificios, con sus puertas inamovibles y pasadizos laberínticos, frustraría a los saqueadores de tumbas (eso se esperaba), problema crónico cuando los enterramientos faraónicos se hicieron más ricos y, de este modo, más tentadores para los ladrones.

Tal vez Imhotep pretendiera que su diseño piramidal evocara los rayos descendentes del sol dador de vida; o quizá la pirámide fuera el medio para que el *ka* del faraón ascendiera al cielo y se incorporara al sol en su viaje hacia el oeste tras la muerte. Pero dejando de lado la trascendencia teológica del diseño, a nadie se le podía escapar el poder faraónico que subyacía en esta construcción. Imhotep había sentado un precedente al que todos los faraones del Reino Antiguo aspirarían. A la larga, la competencia por construir pirámides cada vez mayores y más elaboradas los arruinaría.

En la dinastía IV (2613-2494 a. J.C.), período durante el cual se construyeron las grandes pirámides de Giza, el Reino Antiguo alcanzó su cima. Se trataba de las verdaderas pirámides que se han convertido en símbolos eternos de la civilización egipcia. La Gran Pirámide, construida para el faraón Jufu (o Keops en griego), tenía una altura original de 146,6 metros y una base de 233 metros, se erigió con más de 2.300 millones de bloques de piedra caliza y encerraba un volumen de 2,6 millones de metros cúbicos. Con la excepción de unos pocos canales de ventilación, pasadizos y cámaras de enterramiento, la estructura es completamente maciza. En tiempos antiguos, la pirámide entera estaba revestida de brillante piedra caliza blanca y rematada por un enorme coronamiento chapado en oro, al igual que las dos

imponentes pero ligeramente menores pirámides del mismo lugar, construidas para los sucesores de Jufu, Jafre (Kefrén) y Menkaure (Micerino). Durante la Edad Media, los constructores y gobernantes de la gran capital musulmana de El Cairo despojaron a estas pirámides de las piedras de revestimiento para emplearlas en la construcción y fortificación de su propia ciudad. Probablemente los coronamientos dorados ya habían desaparecido. Pero en la Antigüedad esas pirámides, con su brillante revestimiento de piedra caliza, resplandecerían bajo el intenso sol y resultarían visibles a muchos kilómetros a la redonda.

El historiador griego Herodoto, quien recorrió Egipto más de dos mil años después de la construcción de las pirámides, declaró que se necesitaron cien mil peones y veinte años para construir la Gran Pirámide, pero probablemente se trata de una exageración, pues entonces, como ahora, los guías egipcios disfrutaban contando cuentos a los visitantes. Sin embargo, el hecho de que se creyera lo que le habían dicho demuestra la impresión que le causaron estos monumentos. Aunque en otro tiempo se pensó que fueron obra de esclavos, en realidad las pirámides las levantaron decenas de miles de jornaleros campesinos, quienes trabajaban con mayor intensidad en ellas mientras sus campos se hallaban bajo el agua. Puede que algunos trabajadores fueran forzados, pero la mayoría es probable que participara por voluntad propia en los proyectos arquitectónicos que glorificaban al dios vivo que los gobernaba y les servía de vínculo con el orden cósmico.

Los monumentos de los faraones de las dinastías III y IV atestiguan el tremendo poder que ostentaban. Sin embargo, apenas cabe duda de que la ingente inversión en mano de obra y riqueza que requirieron causó grandes tensiones en la sociedad. Los recursos naturales se explotaron con mayor intensidad que antes; aumentó el control gubernamental sobre la vida de los individuos; y el número de funcionarios administrativos empleados por el estado se incrementó todavía más. Asimismo, se intensificó el contraste entre los espléndidos logros culturales de la capital faraónica, Menfis, y el resto de la sociedad. El culto al faraón se volvió más elaborado cuando los de las dinastías III y IV comenzaron a presentarse no sólo como manifestaciones del dios Horus, sino también como la personificación del dios solar Ra. No obstante, al mismo tiempo, se fue abriendo una brecha entre las pretensiones centralizadoras del faraón y las lealtades de los egipcios a sus dioses y dirigentes locales. Estas tensiones acabarían suponiendo el fin del Reino Antiguo y anunciarían los importantes cambios que tendrían lugar en el Primer Período Intermedio.

LA SOCIEDAD EN EL REINO ANTIGUO

La pirámide social del Reino Antiguo era extremadamente empinada. En su vértice se

encontraban el faraón y su familia. Durante las dinastías III y IV su posición, prestigio y poder eran tan grandes que los colocaban aparte del resto de los egipcios. Había una clase de nobles, pero hasta la dinastía V estaba claramente subordinada, su papel primordial era servir como sacerdotes y funcionarios del gobierno del faraón. Los escribas también solían escogerse entre los hijos de estas familias nobles. A pesar de su subordinación al faraón, las élites vivían en un lujo considerable. Poseían fincas extensas con artículos exóticos y buen mobiliario. Tenían perros, gatos y burros como mascotas, y se dedicaban a la caza y a la pesca por diversión.

Por debajo de la exigua minoría que representaban la realeza y la nobleza estaban todos los demás. La mayoría de los egipcios era pobre y vivía en condiciones de hacinamiento en sencillas viviendas de adobe. Sin embargo, durante el período de prosperidad, los artesanos diestros —joyeros, orfebres y demás— podían ascender y disfrutar de ambientes mejores, aunque no debemos pensar en ellos como en una «clase media». Los alfareros, tejedores, albañiles, cerveceros, comerciantes y maestros de escuela también gozaban de cierto respeto y prestigio, así como de un nivel de vida superior al resto. No obstante, la mayor parte de los egipcios eran campesinos: jornaleros sin cualificación que proporcionaban la fuerza bruta necesaria para la agricultura y la construcción. Por debajo de ellos se encontraban los esclavos, en general, cautivos de guerras exteriores. Pero a pesar de la naturaleza teocrática del gobierno faraónico y de las enormes exigencias que suponía para la riqueza del país, la sociedad no parece que fuera particularmente opresiva. Incluso los esclavos disfrutaban de ciertos derechos legales, entre los que se incluía la capacidad de poseer propiedades personales, disponer de ellas y legarlas.

Las mujeres en el Reino Antiguo

Para los parámetros del mundo antiguo, las egipcias disfrutaban de una condición y protección legales inusualmente altas. No se les permitía formarse para ser escribas ni ocupar puestos importantes, pero breves notas personales intercambiadas entre mujeres de posición social sugieren cierto grado de alfabetización. En tiempos de crisis, como en el caso de la reina Nitocris, al final de la dinastía VI, una mujer de la familia real podía asumir la autoridad faraónica (si bien solía ser cuidadosa en representarse de manera muy varonil). Las egipcias tenían capacidad legal ante los tribunales por su propia persona; podían iniciar pleitos (incluido el de divorcio), defenderse, dar testimonio y poseer propiedad, sin el guardián o representante masculino que solía requerirse en otras sociedades antiguas.

Nada de esto debe oscurecer el hecho de que, en el fondo, Egipto era una sociedad rígidamente patriarcal. Aparte de su papel como sacerdotisas, las mujeres estaban excluidas del funcionariado estatal. Si bien la mayoría de los egipcios

practicaba la monogamia, los hombres importantes y poderosos podían —y lo hacían— mantener harenes de esposas inferiores, concubinas y esclavas. Además, el hombre podía practicar la libertad sexual, casado o no, con impunidad legal; si lo hacía una esposa, estaba sujeta a severas penas legales. Puede que las divisiones de género estuvieran definidas con menor claridad entre el campesinado que entre las élites. Las campesinas trabajaban en los campos durante las cosechas y llevaban a cabo diversas tareas serviles pero vitales. No obstante, como es habitual en el mundo antiguo, sólo podemos vislumbrar las vidas de los campesinos a través de los ojos de sus superiores en la sociedad.

Ciencia y tecnología

Pese a su arquitectura monumental, los egipcios iban a la zaga de los sumerios y acadios en ciencia y matemática, así como en tecnología en general. Sólo realizaron avances notables en el cálculo del tiempo. Por motivos religiosos y agrícolas, su astronomía se dedicaba en buena parte a la observación del sol; el calendario solar que desarrollaron era mucho más preciso y elaborado que el lunar de los mesopotámicos. Mientras que los sumerios nos han legado su medio de dividir y medir el día, el calendario egipcio, adoptado en Roma por Julio César, es el antepasado directo de nuestro calendario occidental moderno. Por lo demás, la educación se restringía mayoritariamente a la lectura y la escritura, lo que hace que el ingenioso erudito Imhotep resulte mucho más asombroso e inusual. Los egipcios idearon eficaces sistemas de irrigación y control del agua, pero no adoptaron mecanismos de ahorro de trabajo como la rueda hasta mucho después que los sumerios, tal vez porque la abundante mano de obra disponible de campesinos parecía casi inagotable en un país tan densamente poblado. Tampoco las leyes y los documentos «civiles» emitidos por los *lugal* de Mesopotamia tienen paralelos en el Reino Antiguo. Al parecer, no había necesidad de leyes escritas: la ley era lo que el faraón, el dios vivo, proclamaba que fuera.

RELIGIÓN Y VISIÓN DEL MUNDO

Los egipcios del Reino Antiguo se consideraban completamente aparte de las restantes civilizaciones. Una persona era egipcia o bárbara, y la separación entre ambas era absoluta. Sin embargo, dentro de Egipto lo que importaba era el hecho de ser egipcio; aparte del género, todas las demás distinciones resultaban nimias en comparación con esta distinción fundamental entre egipcios y extranjeros. La confianza de los egipcios en su superioridad provenía de que tenían una clara

conciencia de la singularidad de su país, alimentado por el Nilo y protegido por los desiertos atroces y los vastos mares que lo circundaban. Resultaba patente que su país era el centro del mundo.

Aunque construyeron diversos mitos de creación acerca del mundo, no les interesaba demasiado cómo llegó a existir la humanidad. Les importaban más los medios por los que se creaba y recreaba la vida en un ciclo interminable de renovación. Esta concepción cíclica confería cierto tinte repetitivo, predecible y, en definitiva, estático a su modo de percibir el cosmos. Consideraban muchos fenómenos acontecimientos cíclicos, lo que no resulta sorprendente si se tiene en cuenta la dependencia de este pueblo de los ciclos anuales del Nilo.

En el centro de la religión egipcia se encontraba el mito de los dioses Osiris e Isis, hermano y hermana, marido y mujer, y dos de los nueve dioses «originales» de su credo. Osiris fue el primero que reinó en la tierra, pero su hermano Set quería el trono y lo mató, metiéndolo dentro de un féretro sellado. Con grandes esfuerzos, Isis logró recuperar el cadáver, pero Set se lo volvió a arrebatarse, lo cortó en pedazos y esparció sus restos por todo Egipto (de este modo, el país entero podía reclamar a Osiris y los santuarios que se le dedicaban se extendían por todo el territorio). Sin dejarse intimidar, Isis buscó la ayuda de Anubis, el dios de la momificación, y juntos consiguieron reunir a Osiris. Luego Isis lo revivió el tiempo suficiente para concebir un hijo de él, que se convirtió en el dios Horus. Con la ayuda de la magia de su madre, Horus resistió los ataques de Set y sus secuaces; después, Horus y Set compitieron por el trono vacante de Osiris, hasta que finalmente Horus venció y vengó a su padre.

Esta mitología era de una importancia extrema para los egipcios. El relato de Osiris es un mito sobre la vida que surge de la muerte, pero no es la narración de una resurrección: Osiris sólo revive temporalmente. La noción que encarna el mito, la nueva vida que surge de los muertos, tal vez apareciera en los primeros asentamientos agrícolas, donde ya se enterraban los cadáveres con abundante ajuar funerario y un cuidado especial. La promesa de la continuación de la vida —rítmica, cíclica, inevitable— encarnada por Osiris le convirtió en una importante deidad agrícola.

El culto a los muertos

Osiris también era una deidad central en el culto a los muertos de los egipcios. A diferencia de los sumerios, los egipcios no tenían una visión sombría de la muerte y el mundo de ultratumba. La muerte era un desagradable rito de paso, algo que era preciso soportar en el camino hacia la otra vida, que era más o menos como la existencia terrenal, aunque mejor. Pero esa travesía no era automática y estaba repleta de peligros. Después de la muerte, el ka del fallecido, o la existencia del más allá,

tendría que vagar por el infierno, el Duat, en busca de la Casa del Juicio. Allí Osiris y cuarenta y dos jueces más decidirían el destino del *ka*. Los demonios y los espíritus malignos podían intentar frustrar el camino del *ka* para llegar a la Casa del Juicio, y el viaje podía durar cierto tiempo. Sin embargo, si el fallecido lograba llegar y se le juzgaba merecedor, disfrutaría de inmortalidad como un aspecto de Osiris. Por esta razón, con frecuencia se referían a los muertos como «Osiris (y el nombre del fallecido)».

Debido a sus creencias acerca de la muerte, los egipcios desarrollaron elaborados rituales para ocuparse de ella. En primer lugar, resultaba crucial que el cadáver se conservara: ésta es la razón por la que desarrollaron sus sofisticadas técnicas de embalsamamiento y momificación. El cadáver se disecaba, se extraían todos los órganos vitales (salvo el corazón, que desempeñaba un papel clave en el juicio final) y después se trataba con productos químicos para conservarlo. Antes del entierro también se colocaba sobre la momia una máscara retrato funeraria a fin de que el cadáver continuara resultando reconocible en la muerte a pesar de estar envuelto en cientos de metros de lino. Para sustentar al fallecido en su viaje por el mundo de ultratumba, en la sepultura, junto al cuerpo, se colocaban comida, ropa, utensilios y otros artículos de vital importancia.

«Textos de ataúd» o «Libros de los muertos» también acompañaban al cadáver. Estos escritos contenían buena parte de lo que el fallecido necesitaría en su viaje por el Duat: hechizos mágicos, encantos rituales y demás. Este conocimiento le ayudaría a sortear los peligros en su camino hacia Osiris, así como a preparar su corazón para la prueba final. Al llegar a Osiris y los restantes jueces, el fallecido efectuaría una «confesión negativa», una negación formularia de una letanía de delitos. Entonces el dios Anubis pesaría su corazón delante de los jueces, colocándolo en la balanza con la pluma de la diosa Maat. Sólo si el corazón y la pluma conseguían un equilibrio perfecto, la persona fallecida alcanzaría la inmortalidad como un aspecto de Osiris. En el tercer milenio este privilegio estaba reservado para la familia real, pero a mediados del Reino Medio la participación en estos rituales funerarios ya resultaba accesible para la mayoría de los egipcios.

El cuidadoso detalle con el que los egipcios afrontaban la muerte ha solido llevar a la asunción errónea de que la suya era una «cultura de la muerte», obsesionada por completo con el problema que suponía. En realidad, la mayoría de sus prácticas y creencias ratificaban la vida, y el papel de Osiris (también, recordemos, un dios de la vida que regresa) y el mundo de ultratumba no se contemplaban con horror, sino con esperanza. Asimismo, la confianza de los egipcios en la naturaleza cíclica del cosmos y el poder resistente de la vida se ponen de manifiesto en su interpretación del ciclo solar. Cada mañana, el cielo, personificado como la diosa Nut, da a luz, literalmente, al sol (con frecuencia identificado con el dios Ra). A continuación el dios sol

emprende su camino hacia el oeste, cruzando las aguas celestiales del firmamento en su barca del día rumbo a la tierra de los muertos. (A Osiris solía llamársele «Aquel que gobierna Occidente», es decir, la tierra de los muertos.) El viaje del dios solar en su barca del día se podía observar, un recorrido pacífico y ordenado que cruzaba el cielo. El viaje en su «barca de la noche» estaba repleto de terrores, entre los que se incluía una serpiente gigantesca que intentaba bloquearle el camino por los infiernos. Sin embargo, en la parte más profunda de la noche, el sol llegaba al cadáver momificado de Osiris y los dos dioses se convertían en uno, lo que confería al dios sol fuerza para continuar su viaje hasta que su madre Nut pudiera darle a luz una vez más con el alba. La vida siempre triunfaba.

La *maat* era el elemento que ligaba este círculo interminable de vida, muerte y retorno a la vida. Como muchas otras palabras de la lengua egipcia, carece de equivalente exacto en español. Nuestros conceptos de armonía, orden, justicia y verdad encajarían con comodidad en él, si bien ninguno capta su sentido completo. La noción abstracta y su personificación como deidad femenina llamada Maat eran las que mantenían el universo girando de forma serena, repetitiva y predecible. Así pues, a diferencia de los sumerios, los egipcios del período Arcaico y el Reino Antiguo eran un pueblo seguro de sí mismo y optimista. Creían que vivían en el centro del universo creado, un paraíso donde la estabilidad y la paz estaban garantizadas por la *maat* y su conexión con ella a través del faraón, quien era la manifestación terrenal de los dioses que lo regían. Durante la mayor parte del tercer milenio, gracias a un largo período de crecidas del Nilo y el aislamiento geográfico de Egipto del mundo exterior, este pueblo fue capaz de mantener la fe en su paraíso perfectamente organizado, en el que percibían que apenas existían cambios.

FIN DEL REINO ANTIGUO

Por razones no del todo claras, las dinastías V y VI (2494-2181 a. J.C.) presenciaron la lenta erosión del poder faraónico. Aunque continuó la construcción de pirámides, los monumentos de este período fueron menos impresionantes en arquitectura, acabado y tamaño, lo que refleja la disminución de prestigio de los faraones que los edificaron. Los sacerdotes de Ra y Nejen también se impusieron ante ciertos faraones más débiles y acabaron degradándolos de ser una encarnación de Horus/Ra a simples hijos del dios. Sin embargo, lo más revelador es que los nomarcas comenzaron a evolucionar al tipo de nobleza hereditaria local que las vigorosas dinastías III y IV se habían negado a permitir. Estos nobles llegaron a cobrar tanta importancia que un faraón de la dinastía VI, Pepi I, estableció vínculos matrimoniales con ellos, de los que tuvo sucesores.

Los investigadores no están seguros de que estas autoridades locales y los sacerdotes restaran poder al centro faraónico. Tal vez los costosísimos esfuerzos constructores de la dinastía IV habían tensado demasiado la economía y se produjeron resentimientos y escasez fuera de la capital de Menfis. Otras pruebas señalan condiciones climáticas cambiantes que quizá alteraron las crecidas regulares del Nilo, lo que llevó a la hambruna e incluso a la inanición en el campo. Un relieve escultórico de finales del Reino Antiguo muestra una fila de egipcios gimientes con los ojos sobresaliendo de los rostros y las costillas claramente visibles bajo la piel. Estas imágenes inquietantes evocan el tipo de hambruna y sufrimiento que asuelan incluso hoy día el noreste de África. Para empeorar las cosas, se estaban empezando a formar pequeños estados en Nubia, al sur, tal vez en respuesta a los ataques egipcios. Dotados de mejor organización y equipo, puede que los nubios restringieran el acceso de los egipcios a los depósitos de metales preciosos en torno a la Primera Catarata, con lo que se paralizó más su economía.

En medio de esta aflicción, no es de extrañar que perdiera credibilidad la afirmación de los faraones de que eran el vínculo con la *maat*. En su lugar, comenzaron a surgir gobernadores y autoridades religiosas como los únicos garantes eficaces de la estabilidad y el orden en el campo. En 2160 a. J.C., cuando se inicia el Primer Período Intermedio, Egipto ya había dejado de existir en la práctica como país unido. La autoridad central de Menfis se derrumbó y reapareció un antiguo patrón de la historia egipcia: un centro de poder septentrional, con base en Nejen, al que se oponía un régimen meridional cuya sede era Tebas; cada una de estas dinastías declaraba que eran los faraones legítimos de todo el territorio.

Sin embargo, bajo el caos político, el Primer Período Intermedio fue testigo de algunos avances importantes en la sociedad. Hubo una distribución mucho más amplia y equitativa de la riqueza que en el Reino Antiguo, y lo mismo cabe afirmar de la cultura y, en especial, del arte. Los recursos que antes monopolizaba la corte de los faraones en Menfis ahora permanecían en sus lugares de origen, lo que permitía a las élites locales surgir como protectoras de la sociedad y mecenas de los artistas. El resultado fue una rápida difusión de formas culturales que se habían originado en la corte de los faraones y que ahora pasaron a ser parte integrante de la sociedad en su conjunto.

La guerra entre las dos dinastías faraónicas rivales continuaría hasta 2055 a. J.C., cuando el tebano Mentuhotep II conquistó a los norteños de Nejen y se proclamó gobernante de Egipto unido. Su reinado marca el comienzo del período del Reino Medio en la historia egipcia.

EL REINO MEDIO, 2055-C. 1650 A. J.C.

Con el restablecimiento del gobierno unificado, ahora centralizado en el sur en Tebas, Egipto entró en el período del Reino Medio. Poco después de la muerte de Mentuhotep II, un usurpador, el visir Amenemhet, se instituyó a sí mismo y a su descendencia como la brillante dinastía XII. Mantuvo Tebas como centro de poder, pero también construyó una nueva capital justo al sur de Menfis (cuyo nombre, Itj-taui, significa «Amenemhet toma posesión de las Dos Tierras»). La dinastía XII permaneció en el poder durante casi doscientos años y aportó una serie de notables faraones.

Bajo esta dinastía los egipcios empezaron a explotar más de lleno el potencial del comercio hacia el sur. Organizaron expediciones a la tierra de Punt (probablemente, la costa de Somalia) y aseguraron su frontera con Nubia. A mediados del siglo XIX a. J.C., Nubia ya se hallaba bajo firme control egipcio, y en los pequeños estados y principados de Palestina y Siria resultaba patente su fuerte influencia política y económica. Pero a pesar de la renovada fortaleza del país, los egipcios no incorporaron las tierras del noreste a su reino. En su lugar, Amenemhet I construyó las «Murallas del Príncipe» en el Sinaí para protegerse de las incursiones de sus vecinos de Oriente Próximo.

Las ingentes fortificaciones construidas a lo largo de las fronteras egipcias durante la dinastía XII demuestran los grandes recursos de estos faraones, pero también delatan un cambio marcado en su visión del mundo. Hacía mucho que había desaparecido la plácida serenidad cuyo arquetipo era la *maat*. Los egipcios del Reino Medio contemplaban el mundo más allá de sus fronteras con recelo y temor. Egipto aún no era una potencia imperial porque los faraones del Reino Medio no hicieron intento alguno de incorporar las conquistas a su reino. Pero a diferencia de sus antepasados del Reino Antiguo, los habitantes del Reino Medio manifestaban un interés directo y activo por acontecimientos acaecidos más allá de sus fronteras.

Asimismo, la posición de los faraones había cambiado. Ninguno de los del Reino Medio se representó con la serena confianza de los del Reino Antiguo. Continuaron disfrutando de una posición especial como rey-dios, pero su autoridad no derivaba de una posición remota y proclamada, sino que se representaban como —y se esperaba que fueran— buenos pastores, sensibles hacia sus rebaños de súbditos. La *maat* no les servía de ayuda en estos deberes; el único modo de proporcionar la paz, prosperidad y seguridad deseadas por su pueblo era proteger Egipto de un mundo exterior hostil. Los retratos de los grandes faraones de la dinastía XII reflejan dolorosamente la preocupación y angustia con las que vivían.

Los egipcios habían perdido esa visión del Reino Antiguo en la que la tierra era un paraíso perfecto e inviolable. La literatura del Reino Medio demuestra el cambio de actitud. Entre las formas literarias más populares estaban las «Instrucciones» a varios reyes, como las *Instrucciones al rey Merikare* o las *Instrucciones a*

Amenemhet. Esta literatura se caracteriza por el cinismo y la resignación. Un faraón no debe fiarse de nadie: ni de un hermano ni de un amigo ni de compañeros íntimos. Tiene que aplastar las ambiciones de los nobles locales con ferocidad implacable y ha de estar pendiente de los posibles problemas. A cambio de sus esfuerzos en beneficio de su pueblo, no debe esperar gratitud ni recompensa; sólo, que cada año nuevo traiga otros peligros y más desafíos apremiantes, tanto en el país como en el exterior. El chovinismo continuaba, pero se había hecho añicos el aislamiento confiado.

Aunque su actitud puede que nos sorprenda por exagerada, su sensación de inseguridad estaba justificada. Los egipcios se daban cuenta de que de una manera lenta pero inexorable se habían visto arrastrados a un mundo mucho más amplio. Sin embargo, debido precisamente a que perduraba la singularidad de su cultura, ese mundo más amplio que se extendía más allá de las fronteras de las Dos Tierras les parecía ajeno, aterrador y peligroso en potencia. A los faraones del Reino Medio les alarmaba mucho el creciente poder y las ambiciones imperiales de Hammurabi de Babilonia. Pero pronto descubrirían que había peligros aún mayores mucho más cerca de ellos.

Conclusión

Hacia el año 11000 a. J.C., los seres humanos del mundo mediterráneo oriental iniciaron una lenta transición de las sociedades cazadoras-recolectoras a comunidades asentadas agrícolas y pastoriles. Con la capacidad de producir y almacenar excedentes, empezaron a surgir aldeas mayores, lo que permitió un grado más elevado de especialización funcional y una diferenciación más amplia en riqueza y posición entre los individuos y familias. En Sumer, donde aparecieron las primeras ciudades durante el cuarto milenio a. J.C., éstas también fueron centros religiosos, con elaborados complejos de templos y santuarios para los dioses patronos. Hacia 2500 a. J.C. ya había surgido una complicada forma de escritura, conocida como cuneiforme, como importante herramienta para el comercio y la gestión de estos complejos de templos.

El tercer milenio a. J.C. contempló el surgimiento de ciudades-estado mayores y la intensificación de la guerra entre ellas. Las ciudades-estado mesopotámicas estaban ahora al mando de reyes que declaraban gobernar por sanción divina, y cuyo poder y riqueza los iban apartando cada vez más de sus súbditos. Hacia 2350 a. J.C., la vida política sumeria se transformó con el surgimiento de un nuevo pueblo de lengua semítica, los acadios, cuyas conquistas lograron la creación del primer imperio verdadero en la historia mundial. Dicho imperio se convertiría en el modelo que aspirarían a imitar los futuros gobernantes de Mesopotamia.

A pesar de sus vicisitudes políticas, la civilización mesopotámica continuó fiel a sus raíces sumerias durante miles de años. El cuneiforme se mantuvo como la caligrafía básica en la que escribían los pueblos de Oriente Próximo sus lenguas, y aunque el sumerio dejó de hablarse en torno al año 2000 a. J.C., pervivió como lengua de la literatura y la educación durante muchos siglos después de haber desaparecido del uso cotidiano. Nuevos pueblos se trasladaron a la región, pero en general se adaptaron a los patrones de vida urbana establecidos en Sumer siglos antes, absorbiendo su herencia y amoldándose a sus tradiciones políticas y religiosas.

En Egipto, el otro centro importante de la civilización de Oriente Próximo durante estos siglos, la consolidación política ocurrió hacia el año 3000 a. J.C., en un proceso favorecido por la importancia singular del régimen hidrológico del río Nilo. A partir de esa época, Egipto sería gobernado por una burocracia poderosa y muy centralizada encabezada por los faraones, a quienes su pueblo consideraba dioses vivos. Pero a pesar de las divisiones entre el Alto y el Bajo Egipto, la región, durante los Reinos Antiguo y Medio, nunca fue un imperio mantenido por la conquista. Era una sociedad altamente unificada pero provinciana, capaz de movilizar recursos a escala ingente, si bien casi siempre para objetivos internos.

Estas perspectivas distintas se sustentan en las diferencias fundamentales que existen en la ecología de ambas civilizaciones. A diferencia de los sumerios, los egipcios no tenían que luchar para conseguir vivir de un entorno hostil. Mientras existiera la crecida anual del Nilo, podían alimentarse con facilidad y una tensión social relativamente pequeña. Este hecho confirió a su arte un aire de confianza y calma que se echa completamente en falta en Mesopotamia.

Estas dos civilizaciones presentan muchas similitudes. Durante el tercer milenio, ambas pasaron por un proceso de consolidación política, la elaboración de la vida religiosa y la fusión del liderazgo religioso y político. Ambas emprendieron colosales proyectos arquitectónicos y movilizaron recursos a gran nivel para templos, monumentos y proyectos de irrigación. Al mismo tiempo, sin embargo, cada una de estas civilizaciones se desarrolló encerrada en sí misma, rayando en el provincianismo. Aunque tenían algunas relaciones comerciales y es probable que se produjeran algunas transferencias tecnológicas, hubo pocas interacciones políticas o culturales significativas. Habitaban mundos completamente separados en todos los aspectos. No obstante, este aislamiento relativo estaba a punto de cambiar. El siguiente milenio contemplaría el surgimiento en el mundo de Oriente Próximo de imperios a gran escala con base territorial que transformarían la vida en Mesopotamia, Egipto y las tierras que se extendían entre los dos.

Bibliografía seleccionada

- ALDRED, Cyril, *Los egipcios*, Madrid, Oberon, 2005.
- ARMOUR, Robert, *Dioses y mitos del antiguo Egipto*, Madrid, Alianza, 2004.
- BAINES, J., y J. MÁLEK, *Dioses, templos y faraones: atlas cultural del antiguo Egipto*, Barcelona, Folio, 2006.
- BLANCO FREJEIRO, Antonio, *El arte egipcio*, Madrid, Historia Viva, 1999.
- BONGIOANNI, Alessandro, *Atlas del antiguo Egipto*, Madrid, Anaya, 2001.
- BOTTÉRO, Jean, *Introducción al antiguo Oriente: de Sumer a la Biblia*, Barcelona, Grijalbo Mondadori, 1996.
- DONADONI, Sergio (et al.), *El hombre egipcio*, Madrid, Alianza, 1991. Hornung, Erik, *Historia de Egipto*, Madrid, Aldebarán, 2003.
- JAMES, T. G. H., *El pueblo egipcio: la vida cotidiana en el imperio de los faraones*, Barcelona, Crítica, 2004.
- KEMP, Barry, *El antiguo Egipto: anatomía de una civilización*, Barcelona, Crítica, 2004.
- LARA PEINADO, Federico, *Diccionario biográfico del mundo antiguo: Egipto y Próximo Oriente*, Madrid, Aldebarán, 1998.
- (ed.), *Libro de los muertos*, Madrid, Tecnos, 2005.
- LEICK, Gwendolyn, *Mesopotamia: la invención de la ciudad*, Barcelona, Paidós, 2007.
- MONTET, Pierre, *La vida cotidiana en Egipto*, Madrid, Temas de Hoy, 1996.
- OPPENHEIM, Leo, *La antigua Mesopotamia: retrato de una civilización extinguida*, Madrid, Gredos, 2003.
- Poema de Gilgamesh*, Madrid, Tecnos, 2005.
- ROAF, Michael, *Atlas cultural de Mesopotamia y el antiguo Oriente Medio*, Barcelona, Óptima, 2000.
- ROUX, Georges, *Mesopotamia: historia política, económica y cultural*, Madrid, Akal, 2002.
- SHAW, Ian, *Diccionario Akal del antiguo Egipto*, Madrid, Akal, 2004.
- , *Historia del antiguo Egipto*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2007.

CAPÍTULO 2

Dioses e imperios de Oriente Próximo antiguo

En el segundo milenio antes de Cristo, el antiguo Oriente Próximo sufrió una transformación debido a la llegada de nuevos grupos de población y el surgimiento de extensos imperios basados en el territorio y forjados mediante la conquista militar sistemática. Estas migraciones y conquistas dejaron a su paso abundante destrucción y conmoción, pero también propiciaron una extensa asimilación cultural, ahondaron la integración económica y favorecieron la aparición de un sistema internacional que abarcaba la mayor parte del mundo mediterráneo oriental.

En particular, la Edad de Bronce tardía (1500-1200 a. J.C.) fue un período de intensificación de la diplomacia, el comercio y el internacionalismo. Las dos grandes potencias imperiales de esta era fueron el Reino Nuevo de Egipto y el Imperio hitita de Anatolia (la actual Turquía). Sin embargo, entre estos dos imperios apareció una constelación de estados menores a lo largo de la costa mediterránea oriental, plenamente integrados en el boyante comercio y la cultura cosmopolita de la época. En el siglo XIII las naciones comprendidas entre el sur de los Balcanes y los límites occidentales de Irán ya formaban parte de una red de relaciones culturales y económicas de largo alcance. En el año 1250 a. J.C. estos primeros estados ya dependían en buena medida unos de otros para su prosperidad.

Este sistema internacional resultó más frágil de lo que sus integrantes habían imaginado. Hacia 1200 a. J.C. una nueva oleada de invasiones provenientes del mar Egeo causó el derrumbe político y económico de Grecia a Egipto y condujo a la destrucción de casi todos los grandes imperios de la Edad de Bronce tardía. Desaparecieron centros milenarios de poder político, económico y militar, por no mencionar sus grandes logros culturales. Como consecuencia, en torno al inicio del primer milenio a. J.C. entramos en un nuevo mundo, organizado siguiendo líneas muy diferentes de las de los grandes imperios del pasado de Oriente Próximo.

En los albores de la nueva era, el hierro iría reemplazando lentamente al bronce como componente primordial de las herramientas y armas. Surgirían nuevos imperios, mayores y más brutales, y nuevas ideas sobre los dioses y su relación con la humanidad comenzarían a desplazar a las antiguas. En el Oriente Próximo de la Edad de Hierro nacieron dos de las tradiciones religiosas más duraderas del mundo

occidental —judaísmo y zoroastrismo—, que alteraron de manera fundamental las concepciones de la religión, la política y la ética, así como la relación entre la humanidad y el mundo natural. La Edad de Hierro se convertiría en una aciaga encrucijada histórica para las civilizaciones occidentales al combinarse elementos antiguos y nuevos para reconfigurar el mundo del antiguo Oriente Próximo.

Las migraciones indoeuropeas

En 1786 sir William Jones, juez británico afincado en la India, efectuó un descubrimiento que transformó el saber sobre la prehistoria e inició el estudio formal de la lingüística histórica. Al dedicar su tiempo libre al estudio del sánscrito, la lengua antigua de la que derivaban las lenguas predominantes en el sur del subcontinente asiático, Jones descubrió que compartía rasgos de gramática y vocabulario con el latín y el griego antiguo en un grado inexplicable por la mera coincidencia. Como su interés aumentó, pasó a examinar la arcaica lengua germánica llamada gótico, las antiguas lenguas celtas de Europa y el persa antiguo, y descubrió que también presentaban marcadas similitudes con el sánscrito. Llegó a la conclusión de que todas estas lenguas habían evolucionado de una fuente lingüística común ya extinguida. En la generación siguiente, la lengua antigua cuya hipótesis había planteado Jones y las lenguas posteriores derivadas de ella se denominarían indoeuropeas para reflejar su amplia distribución de la India a Irlanda.

Desde entonces los investigadores han avanzado mucho para aumentar nuestra comprensión de las lenguas indoeuropeas y sus hablantes. Pero continúa existiendo una gran polémica. ¿En algún momento hubo una forma original de la lengua, el protoindoeuropeo, hablado por una única población? De ser así, ¿cuándo y dónde? ¿Cómo se extendió el indoeuropeo? ¿Por la conquista? ¿Por el comercio y el intercambio? ¿Por la simple emigración y la lenta infiltración? ¿O mediante un modelo de «oleada de avance» por el que los agricultores que lo hablaban propagaron poco a poco su lengua al buscar nuevas tierras que cultivar y establecer nuevos asentamientos? ¿Puede rastrearse arqueológicamente su difusión mediante la presencia de tipos de cerámica y prácticas de enterramiento característicos o tales elementos no están correlacionados con el cambio lingüístico? Por el momento, no contamos con respuestas concluyentes a ninguna de estas preguntas.

Sin embargo, lo cierto es que las formas lingüísticas del indoeuropeo empiezan a aparecer en Oriente Próximo y en el Mediterráneo oriental poco después de 2000 a. J.C., cuando los hablantes de las primeras formas del persa y el sánscrito se abrieron paso por la meseta iraní y los hititas llegaron a su cuna histórica en Anatolia central. En torno a este mismo momento otro grupo de pueblos de lengua indoeuropea

comenzó a trasladarse a la cuenca del Egeo, combinando dicha lengua con elementos lingüísticos autóctonos para crear una forma primitiva de griego. Otros grupos de indoeuropeos fueron hacia el este y puede que algunos llegaran incluso a China occidental.

Los indoeuropeos no fueron los únicos nuevos pueblos que se trasladaron a Oriente Próximo durante este período. Pueblos de lenguas semíticas también entraron en la región, comenzando por los acadios y continuando con los amoritas, los asirios, los fenicios y los cananeos. El impacto de estas migraciones fue enorme. A partir del segundo milenio las civilizaciones occidentales estarían dominadas por culturas de lenguas semíticas o indoeuropeas. Pero a pesar de la convulsión que causaron, estos recién llegados no fueron destructores apocalípticos que hicieron borrón y cuenta nueva. Por muy rudos que fueran cuando establecieron el primer contacto con las civilizaciones más antiguas de Oriente Próximo, en general se adaptaron con rapidez, extendieron y desarrollaron patrones ya establecidos de vida y organización urbanas.

EL ASCENSO DE ANATOLIA

Como hemos visto en el primer capítulo, la civilización urbana tomó forma primero en el sur y centro de Mesopotamia, en las regiones conocidas como Sumer y Acad. Sin embargo, más al norte, los asirios también adoptaron el modelo urbano y desempeñaron un papel clave en su introducción en las regiones vecinas de Anatolia. Esta zona montañosa poseía una riqueza natural asombrosa, pero sus copiosos recursos no habían sido muy explotados por los sumerios y los acadios. Fueron los asirios quienes abrieron brecha en la economía y aceleraron el ritmo de la vida urbana y de la sociedad en Anatolia, sobre todo en la región central conocida en los tiempos clásicos como Capadocia. De este modo, los asirios establecieron la base para que Anatolia surgiera como una importante potencia imperial en los siglos posteriores.

En 1900 a. J.C. los mercaderes de caravanas asirios ya habían comenzado a organizar extensas redes comerciales entre Mesopotamia y Anatolia, así como en el interior de ésta. Pero los asirios no buscaron victorias militares en la región, sino que llegaron a acuerdos con los soberanos capadocios, que reinaban desde fortalezas no distintas a las grandes aldeas de finales del período neolítico. Los comerciantes asirios contaron con la protección de estos potentados locales mientras organizaban el comercio que hacía ricos a los dirigentes de Capadocia y otras partes de Anatolia. Las grandes familias asirias se organizaban en juntas de comercio para determinar los precios, asignar las rutas comerciales y compartir los beneficios. Aunque los asirios solían vivir en los distritos alejados de los grandes centros del comercio de Anatolia, tuvieron una enorme repercusión en la cultura de Capadocia al actuar de consejeros y

altos cargos de los reyes y casarse con miembros de importantes familias urbanas; en el proceso, llevaron la civilización mesopotámica y su boato tanto a Anatolia como al norte de Siria.

HITITAS Y KASITAS

A la estela de esta urbanización favorecida por los asirios surgieron nuevos reinos y grupos de población en Anatolia, el norte de Siria y Mesopotamia. Los hititas fueron uno de los pueblos de lengua indoeuropea que se asentaron en Anatolia hacia 2000 a. J.C. Sin embargo, con el transcurso de varios siglos lograron imponerse junto con su lengua sobre los restantes pueblos de la región como clase gobernante minoritaria.

Los soberanos hititas se establecieron en las prósperas ciudades del centro de Anatolia, sobre todo en Capadocia, pero continuaron manteniendo la independencia política entre sí hasta aproximadamente 1700 a. J.C., cuando el soberano de una de estas ciudades-estado integró a las demás en un reino mayor. Unos cincuenta años después un gobernante de este reino engrandecido organizó a su nobleza guerrera en una máquina militar más eficaz, expandió las fronteras del territorio y tomó Hattusas, una fortaleza montañosa estratégica que dominaba la zona. Para reflejar que tenía una nueva capital, el rey cambió su nombre a Hattusilis; fue el fundador del Reino Antiguo hitita.

Los hititas contaron con uno de los mayores ejércitos de la Edad de Bronce, que reflejaba su intensa cultura militarista. Una gran parte de las energías de todo rey hitita se dedicaba necesariamente a la guerra y a mantener el control sobre su nobleza guerrera, susceptible y ambiciosa. Junto a esta tradición militar, los hititas adoptaron con entusiasmo las prácticas de los pueblos que conquistaban, como la adopción del cuneiforme para escribir su propia lengua y utilizarlo para registrar sus leyes.

Bajo Hattusilis I los hititas extendieron su poder por la meseta de Anatolia. Al igual que los asirios, ansiaban controlar las rutas comerciales de esta rica región; sin embargo, a diferencia de ellos, también pretendían la conquista militar. Por ambas razones les interesaban en particular las rutas terrestres de cobre y arsénico, pues este último es uno de los metales que pueden alearse con el cobre para producir bronce, el material básico de las herramientas y armas en el segundo milenio a. J.C. Combinando el saqueo con el comercio, Hattusilis transformó su reino en una potencia económica y militar.

Su nieto y sucesor, Mursilis I (c. 1620-1590 a. J.C.), resultó aún más dinámico y ambicioso. Se propuso controlar el alto Éufrates y sojuzgar algunos de los pequeños pero poderosos reinos del norte de Siria. En una brillante campaña, también avanzó hacia el sureste hasta Mesopotamia, reuniendo botín y tributos hasta que se encontró

ante las fabulosas puertas de Babilonia. Esta ciudad se mantenía como el centro de un reino amorita, ahora gobernado por un descendiente lejano de Hammurabi. Mursilis I tomó y saqueó Babilonia en el año 1595 a. J.C., y se quedó con las riquezas acumuladas durante siglos. Luego se marchó de la ciudad y la abandonó a su suerte.

Lo que siguió fue una especie de «edad oscura» en la historia de Oriente Próximo, debido en buena medida a que nuestras fuentes sobre el período son escasas. Los cien años posteriores al saqueo de Babilonia parece que se caracterizaron por la agitación. Un grupo conocido como los kasitas se trasladó a la ciudad devastada y tomó el control del antiguo Imperio babilónico. Los orígenes y la lengua de los kasitas son muy debatibles, pero como muchos invasores previos de Mesopotamia, se asimilaron con rapidez a la civilización más antigua que encontraron allí y gobernaron un territorio babilónico bastante pacífico y próspero durante los siguientes quinientos años.

Los hititas, en contraste, no brindaron estabilidad a la región. La creciente fortaleza de Mursilis alarmó a la nobleza guerrera, que no se mostraba muy dispuesta a ceder tanto prestigio y autoridad a un reino centralizado. Tal vez Mursilis se viera obligado a abandonar Babilonia tan deprisa por problemas en su reino, pues poco después de su regreso a su capital Hattusas cayó víctima de una conspiración palaciega. Tras su asesinato, el poder de los hititas decayó durante aproximadamente el siglo siguiente.

EL REINO DE MITANNI

Al igual que los hititas, los mitanos eran una minoría indoeuropea que se impuso sobre los pueblos autóctonos del alto Éufrates como clase gobernante. Después esta aristocracia guerrera penetró en el norte de Siria hacia 1550 a. J.C., asumió el control de los territorios que Mursilis ya había debilitado y unió el alto Éufrates y el norte de Siria en un único reino, el de Mitanni.

Los mitanos introdujeron una serie de innovaciones en la guerra, entre las que se incluyeron un carro de combate más ligero tirado por un caballo y con radios en las ruedas, que empleaban para trasladar a los arqueros por el campo y sobrecoger de terror a sus enemigos. También eran maestros en la doma de caballos y las tácticas de caballería. Durante un tiempo estas innovaciones les permitieron mantener a raya a los hititas por el oeste, mientras por el este reducían a los poderosos asirios a la posición de reino vasallo. Pero cuando los rivales de los mitanos empezaron a emplear carros de combate y armaduras de escamas imbricadas para protegerse de la infantería y la caballería, el equilibrio de poder militar se volvió rápidamente contra Mitanni.

Debilitado por una disputa dinástica a mediados del siglo XIV a. J.C., Mitanni acabó derrumbándose frente a una renovada agresión de los hititas, quienes permitieron la supervivencia de un retazo de reino como estado tapón entre ellos y Asiria. Pero la destrucción del reino de Mitanni en el norte de Siria propició que los egipcios y los hititas se enzarzaran en un conflicto militar de enormes consecuencias para ambos imperios. No obstante, para comprender dicho conflicto y el surgimiento del Reino Nuevo como potencia imperial, es preciso volver a Egipto al final del Reino Medio.

Egipto en el segundo milenio a. J.C.

Egipto también se transformó por los cambios dinámicos ocurridos a principios del segundo milenio a. J.C. Durante el Primer Período Intermedio penetraron en el «centro del cosmos» grandes cantidades de extranjeros procedentes de Asia occidental y Nubia. Algunos llegaron como inmigrantes y otros fueron llevados como mercenarios. Esta estrategia evitó una invasión armada a gran escala. Pero cuando los faraones del Reino Medio restauraron el gobierno central desde Tebas poco después del año 2000 a. J.C., la antigua confianza de los egipcios del Reino Antiguo en la *maat* y a se había hecho añicos irremediablemente. El Reino Medio era un lugar angustioso e incierto, penosamente consciente de que no podía seguir ignorando los acontecimientos acaecidos más allá de su frontera, pero todavía no dispuesto a convertirse en una potencia intervencionista en Nubia, Sinaí y Oriente Medio. Los contactos comerciales con todas estas regiones iban en aumento, así como la influencia egipcia dentro de ellas, pero nada de esto lograba que los egipcios se sintieran seguros detrás de sus murallas.

Sus preocupaciones se acrecentaron a partir de 1700 a. J.C., cuando un ejército extranjero llamado los hicsos (versión griega del egipcio *hekajasut*, o «gobernantes de tierras extranjeras») conquistó Egipto. Estos invasores —cuyos orígenes exactos son desconocidos, si bien tal vez fueran amoritas de Oriente Medio— formaron un reino en el delta oriental y proyectaron su autoridad sobre la mayoría del Bajo Egipto. Con esta conquista la autoridad central egipcia se volvió a disolver y el país entró en el Segundo Período Intermedio (c. 1650-1550 a. J.C.).

Sabemos relativamente poco de los hicsos y buena parte de la información proviene de relatos egipcios posteriores de carácter propagandístico. Sin embargo, es evidente que se hicieron con la maquinaria del gobierno faraónico en el norte y tomaron medidas para legitimar su gobierno de acuerdo con los precedentes egipcios. Algunos dirigentes hicsos llegaron a incorporar el nombre de Ra en los suyos propios, a pesar de las referencias posteriores egipcias que los señalan como

«aquellos que gobernaron sin Ra». Pero los hicsos también conservaron buena parte de su cultura material extranjera, a la vez que mantenían estrechos lazos económicos y diplomáticos con el mundo egeo, Siria y Palestina. Por el contrario, en el Alto Egipto su control no fue tan completo. Allí un régimen faraónico autóctono retuvo una exigua independencia en Tebas, si bien a veces también se vio obligado a reconocer el protectorado de los extranjeros que ocupaban el norte.

La dominación de los hicsos duró cerca de un siglo y, más tarde, se llegó a considerar la gran vergüenza de la historia nacional egipcia, a pesar de que, después del asesinato de Mursilis, lograran que Egipto fuera la potencia más importante de Oriente Próximo. Sin embargo, en el sur su conquista permitió la liberación de los nubios, quienes fundaron un reino independiente llamado Kush. Este reino nubio constituía una amenaza mucho mayor para la dinastía autóctona de Tebas que para los hicsos del norte, hecho que proporcionó un incentivo añadido a los faraones del sur para explotar el sentimiento nacionalista, lanzando «guerras de liberación» contra los «odiados» hicsos del norte. Al final esta estrategia alcanzó el éxito. A finales del siglo XVI a. J.C., Amosis, faraón del sur, ya había expulsado a los invasores, con lo que estableció la dinastía XVIII y una nueva era en Egipto.

EL REINO NUEVO, 1550-1075 A. J.C.

Durante el Reino Nuevo la civilización egipcia alcanzó la cumbre de su magnificencia y poder. Aunque continuaron las formas establecidas de la vida religiosa, económica, cultural y política, esta era también marcó un cambio radical en su historia y cultura. Su dinamismo, en especial su énfasis en el imperialismo y el militarismo, cambió la misma urdimbre de la vida egipcia.

El gobierno faraónico en la dinastía XVIII

La dinastía XVIII gobernó Egipto durante más de dos siglos y medio, período en el que se sucedieron acontecimientos sorprendentes. El más importante fue el surgimiento de un nuevo tipo de nobleza en la sociedad, una aristocracia de mandos y caudillos militares que adquirieron riqueza mediante la guerra no sólo con el saqueo, sino también con las tierras reales (y los esclavos para trabajarlas) recibidas del faraón como recompensa por sus servicios.

La dinastía XVIII se forjó en la batalla. El mismo Amosis consiguió fama por haber expulsado a los hicsos y reunificado Egipto. Poco después el faraón y sus herederos desviaron su atención al sur, hacia Nubia. Para entonces el oro se había convertido en el medio de cambio habitual en el comercio y las finanzas de Oriente

Próximo; por tanto, si Egipto quería prosperar en este mundo, necesitaba controlar las ricas minas de oro nubias. Bajo Tutmosis I (c. 1504-1492 a. J.C.) los egipcios también penetraron en el noreste, avanzaron por Siria y Palestina. Este gran faraón logró el gobierno de la tierra comprendida desde más allá de la Cuarta Catarata, en el sur, hasta las orillas del Éufrates, en el norte. Ningún otro faraón anterior había dominado tanto territorio, y su éxito no fue fugaz. En el norte, los egipcios mantendrían una presencia militar considerable en Oriente Próximo y Medio durante los siguientes cuatrocientos años. En el sur, los faraones emprendieron ingentes proyectos arquitectónicos de templos y estatuas en Sudán más de un siglo después de la muerte de Tutmosis.

Los faraones del Reino Nuevo siguieron una ambiciosa estrategia de defensa mediante el ataque. La vergüenza de la dominación de los hicsos se tradujo en una férrea determinación para impedir que tal episodio volviera a ocurrir, pero no preparándose para el día en que llegaran más invasores, sino proyectando su fortaleza a las regiones de las que podría provenir el peligro. Los egipcios también aprendieron de los hicsos tácticas de batalla, como el uso de los carros de combate tirados por un caballo que habían utilizado contra ellos con efectos devastadores sobre sus nuevos enemigos.

La reina Hatshepsuty Tutmosis II

La actividad militar alcanzó su punto culminante durante el siglo xv, tras la que podría haber sido una crisis para la dinastía XVIII. Tutmosis II murió joven, en 1479 a. J.C., y dejó como heredero al futuro Tutmosis III. En el pasado tales incidentes a menudo habían llevado a la inestabilidad e incluso a cambios de dinastía, pero en esta ocasión la política familiar y una notable personalidad sirvieron de fuerza de cohesión y continuidad. En el Reino Nuevo era costumbre que el faraón —él mismo manifestación de un dios— tomara en matrimonio como «reina oficial» a una persona merecedora de tal unión, lo que, hablando sin rodeos, significaba que debía casarse con la hija del faraón anterior y, por tanto, hermana del nuevo. Estas uniones entre hermano y hermana no parece que fueran el modo acostumbrado de concebir herederos: los faraones también disfrutaban de un vasto harén de esposas secundarias y concubinas con las que procrear. Éste fue el caso de Tutmosis II, cuya reina fue su hermana Hatshepsut, pero cuyo hijo y heredero se lo había dado otra esposa.

A la muerte de Tutmosis II, Hatshepsut asumió la autoridad faraónica junto con su hijastro/sobrino Tutmosis III, cuidándose mucho de enmascarar su feminidad ante la mayoría de los egipcios. Sus inscripciones suelen utilizar pronombres masculinos y muchas de sus estatuas monumentales la representan con la barba larga y estrecha de sus semejantes masculinos. Pero fue sin duda la fuerza dominante dentro del

gobierno. Las mujeres egipcias siempre habían disfrutado de una posición relativamente elevada comparada con las de otras culturas de Oriente Próximo, y unas cuantas incluso habían gobernado como reinas. El origen tebano de la dinastía XVIII, con sus fuertes conexiones nubias, tal vez permitiera también cierto elemento matriarcal en las prácticas sucesorias, al menos dentro de los círculos de la corte. Pero de todos modos, en una sociedad cada vez más militarista, Hatshepsut consideró necesario por lo menos no hacer ostentación ante sus súbditos del hecho de que era mujer.

Su arte de gobernar resultó crucial para la continuidad de la vitalidad dinástica y para Egipto. Durante veintidós años reinó como cogobernante con Tutmosis III, y bajo su nombre aparecen registradas varias campañas militares. Sin embargo, se la recuerda más por su espectacular templo mortuario, que marcó un hito crucial en el proceso por el que el lugar de enterramiento y el templo mortuario del faraón quedaron separados. Los rituales de culto en honor de los faraones fallecidos se siguió realizando en esos templos elaborados, pero durante el Reino Nuevo se instituyó el famoso Valle de los Reyes, cerca de la antigua Tebas, como necrópolis para los faraones: un lugar remoto donde se esperaba que las tumbas permanecerían ocultas y, de este modo, a salvo de los ladrones.

Tutmosis III aceptó la tutela y protección de su madrastra durante muchos años, si bien acabó cansándose de compartir con ella el poder. En torno a 1458 a. J.C., tras una revuelta en Palestina contra la dominación egipcia, Hatshepsut desaparece de los registros encontrados y Tutmosis III comienza sus treinta y dos años de gobierno en solitario. Desfiguró los monumentos de Hatshepsut y borró su nombre de las inscripciones, para crear la impresión de que siempre había gobernado solo.

A pesar de su ingratitud, Tutmosis III fue un gran faraón. Lanzó un total de diecisiete campañas militares y avanzó por Palestina, donde tomó la estratégica ciudad de Megido (Armagedón) al reino de Kadesh, un poderoso principado situado al sur del reino de Mitanni. Después de esta famosa victoria prosiguió apoderándose de muchos de los puertos vitales de la costa siria. Su hijo Amenhotep II (c. 1428-1400 a. J.C.) continuó las conquistas con más campañas en Siria, cruzando el río Orontes y tomando varias ciudades importantes.

Estas campañas no sólo pretendían aumentar la fortaleza egipcia, sino también socavar el poder económico y militar del reino de Mitanni, propósito que lograron, si bien con efectos irónicos. Mitanni quedó tan debilitado que los hititas consiguieron reafirmarse y reiterar sus ambiciones en Siria y Mesopotamia. Asimismo, los asirios se liberaron de su vasallaje a Mitanni y acabaron resultando un enemigo mucho más agresivo para Egipto que el primero. Sin embargo, en ese momento las consecuencias a largo plazo de la desaparición de Mitanni no resultaron evidentes, y la dinastía XVIII disfrutó del esplendor de sus triunfos militares.

Además del tremendo poder y riqueza acumulados por Tutmosis III y Amenhotep II, la dinastía XVIII creó fama de implacable y despiadada. Amenhotep III (c. 1390-1352 a. J.C.), conocido como «el Magnífico», se encontró, por tanto, con que no tenía que pretender conquistas militares como las de su abuelo y su bisabuelo. En términos generales, su tarea iba a consistir en administrar bien los territorios que Egipto ya había adquirido y en explotar las ventajas económicas y diplomáticas obtenidas, lo que hizo con destreza y aplomo. El faraón recibía tributo de todas partes, incluida una tierra llamada Keftiu (que se suele identificar con la bíblica «Caftor» y que probablemente sea la isla de Creta). Alcanzó tratados con Mitanni y recibió en su harén al menos a dos princesas de ese reino. Mientras Amenhotep III permaneciera vigilante y atendiera sus intereses diplomáticos, no tenía necesidad de dedicarse a nada más que a disfrutar de los beneficios conseguidos con los esfuerzos de sus predecesores.

CAMBIO Y RETO RELIGIOSOS

Las grandes conquistas de la dinastía XVIII produjeron cantidades increíbles de botines para Egipto. Mucha de esta riqueza se empleó para la glorificación personal del faraón mediante grandes templos, tumbas y otros monumentos, así como las ubicuas estelas reales (monumentos de piedra con inscripciones) que nos proporcionan abundante información histórica. Otra parte considerable del botín pasó a la aristocracia militar que hizo posible tales conquistas. Pero siguió quedando una gran riqueza que se dedicó a propiciarse la voluntad de los dioses con acciones de gracias por las victorias de Egipto. Los templos de todo el imperio disfrutaron de los beneficios de la conquista, y se hicieron ricos y poderosos, al igual que sus sacerdotes. Pero a ningún complejo de templos le fue tan bien como al dedicado a Amón en Tebas.

El templo de Amón

Tebas fue la capital de la dinastía XVIII y, por tanto, como deidad patrona de la ciudad, Amón desempeñó un papel importante en la imagen de dicha dinastía. Pero Amón era más que un dios local, porque su estatura y popularidad habían aumentado durante el Reino Medio. Se le identificaba cada vez más con el dios solar Ra (de ahí la formulación habitual del Reino Nuevo Amón-Ra). En 1550 a. J.C. Amón-Ra ya se había convertido en una especie de dios nacional egipcio, a cuyo alrededor la dinastía XVIII de Tebas reunió a Egipto en contra de los hicsos. Así pues, dicha dinastía tenía muchos motivos para sentir gratitud hacia Amón, cuyo apoyo había sido crucial en

sus esfuerzos de reunificar el país.

El favor mostrado a los sacerdotes de Amón en Tebas, emparejado con la tremenda riqueza allí depositada, hizo de ellos una formidable fuerza política y económica. A finales del reinado de Amenhotep II, la casta sacerdotal de Amón ya disfrutaba de un peso político que sobrepasaba incluso al de la clase funcionarial, y los mismos sacerdotes se habían convertido en personas influyentes en la corte del faraón. El prestigio de la dinastía estaba entrelazado con el de Amón, pero comenzaba a resultar confuso quién llevaba la voz cantante en esta relación.

El reinado de Ajenatón, 1352-1336 a. J. C.

Todos estos factores llegaron a una confluencia fatídica en una de las figuras más intrigantes de la historia. A la muerte de Amenhotep III le sucedió su hijo, Amenhotep IV, quien mostró una temprana inclinación hacia el culto del dios sol como algo distinto del culto de Amón: las primeras inscripciones de Amenhotep exaltan a Ra, no como aspecto de Amón, sino como una divinidad diferenciada, que se manifestaba visiblemente en la luz de los rayos solares. En sus consagraciones a Ra, Amenhotep dejó de lado la representación tradicional como un halcón (o un hombre con cabeza de halcón), y lo reemplazó por el *Atón*, el disco solar con los rayos de luz dirigidos hacia la tierra. Pero pronto el nuevo faraón llegó más lejos. Cambió su nombre de Amenhotep («Amón está satisfecho») por Ajenatón («Util a Atón»). Como Ajenatón, construyó una nueva capital a mitad de camino entre Menfis, en el norte, y Tebas, en el sur, y la llamó Ajetatón («el horizonte de Atón»), la actual Tell el-Amarna. La cultura de breve duración pero muy característica del reinado de Ajenatón se conoce, por tanto, como el período de Amarna.

Ajenatón introdujo diversas innovaciones en la religión y cultura egipcias. El culto a Atón era más rigurosamente monoteísta que la visión evolutiva de Amón. Mientras la teología tebana de Amón reconocía a otros dioses como aspectos de Amón, Ajenatón sólo reconoció el poder dador de vida de la luz, encarnado por el Atón. A diferencia de las deidades del Antiguo Egipto, Atón no podía ser captado ni representado en el arte. La imagen del Atón, rasgo dominante en el arte del período de Amarna, es, por tanto, una elaboración del jeroglífico que se utilizaba para «luz».

La vida y su afirmación eran los aspectos centrales de la revolución religiosa de Ajenatón. El Atón se representaba a menudo con una mano al final de cada rayo de luz. En cada mano aparecía el *anj*, el jeroglífico para «vida». Ajenatón también se hizo representar de una forma curiosa, aunque no está claro si dicha singularidad se debió a la ideología o a rasgos de su anatomía. En un distanciamiento completo de la virilidad inequívoca de sus antepasados, siempre se le muestra con la cabeza y las extremidades alargadas, una nariz exagerada y unos labios excepcionalmente

carne. Sus ojos son como de gato y la protuberancia pronunciada de su vientre recuerda en cierto modo a las figurillas femeninas de la fertilidad. El efecto general es de una cierta androginia, cuyo significado es incierto. Ajenatón fue sin duda un hombre familiar y se hizo representar como el más humano de los faraones, disfrutando de la compañía de su bella reina Nefertiti mientras jugaban con sus hijos. En efecto, una sensación de humanidad palpable —casi un toque «vulgar y corriente» comparado con otros artes faraónicos— impregna el período de Amarna.

Una gran polémica sigue rodeando los motivos que tuvo Ajenatón para efectuar esta revolución religiosa y cultural. Algunos le consideran el primer intelectual revolucionario del mundo, que aplicó la fuerza imaginativa y una percepción inusual para romper los lazos de la tradición. Otros lo ven como un reaccionario, preocupado por la absorción de Ra en Amón, que intentaba reafirmar el culto tradicional del sol. Los demás lo ven como un político cauteloso que intentó socavar la influencia de los sacerdotes de Amón instituyendo un nuevo régimen religioso.

Estas explicaciones no son excluyentes entre sí. La política y la religión estaban inextricablemente entrelazadas en Oriente Próximo antiguo, así como también lo estarían en Grecia y Roma. Sin embargo, la identificación particular de la dinastía de Ajenatón con Amón garantizó que su revolución religiosa también resultara revolucionaria desde el punto de vista político, porque requería que la legitimación de su dinastía se restableciera sobre nuevas bases.

No obstante, a pesar de la tremenda energía que gastó Ajenatón al tratar de lograr esta revolución, la mayoría de los egipcios no le siguió. Por mucho que la religión tradicional nos resulte asombrosamente compleja, al parecer los egipcios la prefirieron al remoto, benevolente pero impersonal dios que el faraón les ofrecía. Los poderosos sacerdotes de Amón también opusieron una feroz resistencia a las innovaciones religiosas de Ajenatón. Para empeorar las cosas, parece además que a Ajenatón no le interesaron mucho los asuntos militares. Sus esfuerzos a favor de su nuevo dios puede que incluso le llevaran a descuidar los intereses de Egipto en el exterior. Las revueltas que se organizaron le costaron el apoyo de la nobleza militar y su revolución naufragó.

Su fracaso fue el presagio del declive de la dinastía XVIII. Le acabó sucediendo Tutanjamón, quien cambió su nombre a Tutanjatón (el famoso «Rey Tut») para reflejar su rechazo a las herejías de Ajenatón y la restauración del dios Amón y su sacerdocio. La nueva capital de Ajetatón se abandonó y se maldijo su memoria; su olvido a partir de entonces es en buena medida responsable de su buen estado de conservación actual. Por su parte, al faraón revolucionario sólo se le recordó como el «hereje de Ajetatón». Se destruyeron sus monumentos por todo el territorio, pero el daño ya estaba hecho. La posición de Egipto en el mundo exterior se había ido erosionando a un ritmo sorprendente desde el inicio del reinado de Ajenatón, y

Tutanjatón, su heredero, era un adolescente enfermizo. Tras la muerte prematura del joven faraón, reinó la confusión hasta que un importante general llamado Horemheb asumió el trono en 1323 a. J.C. Horemheb mantuvo la estabilidad durante casi tres décadas, pero no tenía heredero, así que otorgó su puesto a otro general, Ramsés I, fundador de la dinastía XIX, que recobraría la gloria de Egipto en Oriente Próximo.

El «sistema internacional» de la Edad de Bronce tardía

Los destinos de muchas naciones desde 1500 a. J.C., incluida Egipto, sólo resultan inteligibles dentro del contexto más amplio de las relaciones internacionales. Durante los trescientos años siguientes, la suerte de los diversos reinos de Oriente Próximo se fue entrelazando cada vez más a medida que se desarrollaba un sistema internacional por el Mediterráneo oriental y central.

La Edad de Bronce tardía fue una época de superpotencias. Como hemos visto, los grandes faraones de la dinastía XVIII habían transformado Egipto en un estado conquistador, temido y respetado en la región. Pero la presión que ejercieron sobre el reino de Mitanni permitió el surgimiento de un Imperio hitita renovado desde 1450 a. J.C. Fueron los hititas quienes propinaron a Mitanni los golpes más duros, y así lograron hacerse de nuevo con el poder en el norte de la región. Los asirios también se recuperaron, y el reino kasita de Babilonia continuó constituyendo una fuerza importante en las relaciones económicas y comerciales de la época. Entre estas potencias imperiales surgieron numerosos estados menores pero significativos, concentrados a lo largo de las costas y valles fluviales de Siria, pero que se extendieron hacia el oeste a Chipre y el mar Egeo.

LA DIPLOMACIA INTERNACIONAL

Aunque la guerra se mantuvo como rasgo característico de las relaciones internacionales, los estados más poderosos de la Edad de Bronce tardía desarrollaron un equilibrio de poder que ayudó a estabilizar el comercio y la diplomacia a medida que avanzó el período. El internacionalismo había existido en cierto grado desde la época de Hammurabi; sin embargo, en el siglo XIV se desarrolló una norma internacional por la cual muchas naciones y sus dirigentes llegaron a comprender que la seguridad y la estabilidad ayudaban al florecimiento del comercio, mientras que la guerra podía resultar perjudicial y, a largo plazo, poco provechosa para todos los afectados.

Los archivos descubiertos por los arqueólogos modernos en la capital abandonada

de Ajenatón en Amarna nos proporcionan un claro retrato de esta norma diplomática internacional. Existía una animada correspondencia entre los dirigentes de las naciones, a veces sobre grandes asuntos, pero otras sólo para «mantener el contacto». Se desarrolló un lenguaje de rango diplomático en el que los gobernantes más poderosos se dirigían unos a otros como «hermano», mientras que los príncipes de estados menores mostraban su deferencia y respeto al faraón, al rey hitita o a otros soberanos poderosos llamándoles «padre». La violación de este protocolo podía provocar una gran ofensa. Cuando un rey asirio del siglo XIII se atrevió a dirigirse al gobernante hitita Hattusilis III como «hermano», recibió una fuerte reprimenda: «¿Cómo te atreves a hablar de “hermandad”? ¿Acaso tú y yo hemos nacido de la misma madre? Ni mucho menos; ni siquiera mi padre y mi abuelo tuvieron la costumbre de escribir sobre “hermandad” al rey de Asiria, así que deja de escribirme de hermandad y Gran Realeza».

Los gobernantes del período intercambiaban generosos presentes y establecían alianzas matrimoniales. Los enviados profesionales viajaban entre los centros de poder de Oriente Próximo, entregaban valiosos regalos y cumplían delicadas misiones políticas. En Egipto estos emisarios solían ser comerciantes enviados no sólo para ocuparse de asuntos diplomáticos, sino también para explorar la posibilidad de oportunidades comerciales para el faraón.

EL COMERCIO INTERNACIONAL

El comercio se convirtió en un aspecto cada vez más importante de las relaciones internacionales durante la Edad de Bronce tardía. El comercio marítimo floreció por la costa del Mediterráneo oriental, lo que permitió a centros portuarios menores como Ugarit y Biblos llegar a ser poderosas ciudades-estado mercantiles. Las grandes ciudades costeras del Mediterráneo oriental se volvieron prósperos centros de almacenaje y distribución de una amplia variedad de artículos. El cargamento de una única nave mercante podía contener multitud de bienes distintos, procedentes de diversos lugares que abarcaban desde el interior de África hasta el mar Báltico, como demuestra el impresionante naufragio descubierto en Ulu Burun. Al mismo tiempo, los grandes estados de la región continuaron explotando su control sobre las rutas mercantiles terrestres, basándose más que nunca en la introducción de los artículos en un mercado internacional. El comercio se estaba convirtiendo con rapidez en la cuerda de salvamento de todos estos imperios de la Edad de Bronce tardía.

Las rutas comerciales concurridas y lucrativas también servían como conducto para los motivos artísticos, las ideas literarias y religiosas, las formas arquitectónicas y las innovaciones en la fabricación de herramientas y armas. Mientras que en el

pasado estas influencias se extendían de manera lenta y desigual, las sociedades de esta época estaban desarrollando un verdadero cosmopolitismo. A los egipcios les deleitaba el vidrio cananeo; los griegos de la Edad de Bronce apreciaban los amuletos egipcios, y los mercaderes de Ugarit admiraban y deseaban la cerámica y lana griegas. Los ejemplos de este vivo interés por los productos de otras culturas podrían multiplicarse de manera interminable.

Este cosmopolitismo era particularmente marcado en los grandes pueblos mercantiles. En Ugarit puede que el auge del comercio y la multiplicidad de lenguas fuera lo que impulsara a sus ciudadanos a desarrollar una forma más sencilla de escritura que el sistema cuneiforme, todavía en uso en la mayor parte de Oriente Próximo. Aparece un alfabeto ugarítico al final de la Edad de Bronce que consta de unos treinta símbolos para representar consonantes. Las vocales tenían que inferirse, puede que sacrificando cierta claridad entre el lector y el auditorio, pero el sistema alfabético era más fácil de dominar y más flexible que el cuneiforme para registrar el ritmo impetuoso del comercio en los puertos de la ciudad.

La búsqueda de mercados, recursos y rutas comerciales intensificó la competencia económica, pero también fomentó un mayor entendimiento entre culturas. Después de una gran batalla entre Egipto y los hititas cerca de Kadesh (c. 1275 a. J.C.), el poderoso faraón de la dinastía XIX Ramsés II se dio cuenta de que se ganaría más con las relaciones pacíficas con sus vecinos del norte que mediante una guerra sin sentido. El tratado que selló con los hititas sirvió como pilar de estabilidad geopolítica en la región y permitió una mayor integración económica que se desarrollaría durante el siglo XIII a. J.C. Pero dicha integración también significaba mayor dependencia mutua. Si una economía sufría en este sistema internacional, era seguro que los efectos de su declive se sentirían en otro lugar.

EXPANSIÓN Y FRAGILIDAD

Con el transcurso de varios siglos, este sistema integrado de comercio y diplomacia creció hasta abarcar por entero el mundo del Mediterráneo oriental. Sin embargo, cuanto más se extendía el sistema, más frágil resultaba. Esta fragilidad aumentó por el hecho de que muchos de estos nuevos mercados incluían sociedades cuyo grado de «civilización» era modesto como mucho. Su carácter rudo y guerrero los hacía socios poco fiables, pero aún adversarios más peligrosos dentro de este mundo integrado de la Edad de Bronce tardía. Ahora pasamos a su historia.

La civilización egea: minoicos y micenos

Los griegos antiguos atesoraban muchas leyendas sobre su pasado heroico y distante, cuando los grandes hombres se mezclaban con los dioses, y reinos poderosos — mayores y más fuertes que cualquiera conocido para el mundo posterior de la Grecia clásica— competían por el poder y la gloria. Sin embargo, durante largo tiempo los investigadores desecharon toda sugerencia de que pudiera existir un componente «prehistórico» en la experiencia griega. Las narraciones sobre la guerra de Troya, Teseo y el Minotauro, y las grandes aventuras de Ulises se contemplaban como mitos, productos de la imaginación que no reflejaban ninguna verdad histórica. Así pues, la historia griega comenzaba en el año 776 a. J.C., la fecha de los primeros Juegos Olímpicos registrados. La Edad de Bronce en Grecia era un páramo que no desempeñaba ningún papel en el mundo mediterráneo contemporáneo o en la historia gloriosa posterior de la Grecia clásica.

A finales del siglo XIX, un arqueólogo aficionado llamado Heinrich Schliemann llegó al convencimiento de que estos mitos eran en realidad relatos históricos. Utilizando los poemas épicos de Homero como guía, encontró el emplazamiento de la gran ciudad de Troya cerca de la costa noroccidental de Anatolia. También descubrió tierra adentro varias ciudadelas en otro tiempo poderosas, entre las que se incluía la cuna del legendario rey Agamenón en Micenas. Poco después, sir Arthur Evans encontró un gran palacio en Cnosos, en la isla de Creta, cuya fecha era anterior a todas las importantes ciudadelas del interior de Grecia. Evans llamó «minoica» a esta cultura rica y magnífica por el rey Minos, el poderoso gobernante que los griegos posteriores creían que en otro tiempo dominaba el mar Egeo desde Creta.

Aunque muchas de sus conclusiones iniciales fueron erróneas, los descubrimientos de Schliemann y Evans obligaron a realizar un replanteamiento de la civilización griega y sus raíces. Ahora está claro que la Grecia de la Edad de Bronce (o, como se la denomina con mayor frecuencia, la Grecia micénica, por el poderoso reino del mito griego cuya cuna era Micenas) fue una parte importante y bien integrada del mundo mediterráneo durante el segundo milenio a. J.C., y que los cimientos de la cultura griega clásica se establecieron durante ese período. Debido a la naturaleza de las pruebas, buena parte de estas culturas continúa siendo un misterio, pero ya no cabe negar su importancia.

LA TALASOCRACIA MINOICA

En el siglo V a. J.C., el historiador ateniense Tucídides escribió que el rey Minos había gobernado una «talasocracia», es decir, un imperio marítimo. Hasta los descubrimientos de Evans en Cnosos, esta declaración resultaba descabellada, pero ahora parece básicamente acertada.

La civilización minoica floreció desde aproximadamente 1900 hasta 1500 a. J.C., lo que la convierte en contemporánea del Reino Nuevo en Egipto y el Reino Antiguo hitita. Pero los esbozos de una civilización en desarrollo son visibles en Creta en fecha tan temprana como el año 2500 a. J.C. En 1900 a. J.C. esta cultura ya había alcanzado un alto grado de elaboración material y arquitectónica; como resultado, a veces se hace referencia al período de la civilización minoica de 1900 a 1500 a. J.C. como la «Edad del Palacio». Como sus semejantes de Oriente Próximo, el palacio minoico se asentaba en el centro de una economía redistributiva, que recolectaba recursos para después repartirlos según el criterio de la burocracia palaciega. También era un centro de producción para los textiles, la cerámica y la metalistería. En Creta se han encontrado varios complejos de palacios procedentes de este período. El brillante palacio de Cnosos, con sus famosos murales y su sistema interior de tuberías, ocupaba varias hectáreas y comprendía cientos de estancias y sinuosos corredores. Para los excavadores, resultó evidente de inmediato que estos palacios podían haber inspirado el famoso relato del laberinto, en el que el héroe griego Teseo dio muerte al terrible Minotauro.

La prosperidad de los minoicos dependía del comercio marítimo. Intercambiaban una amplia gama de artículos exóticos con Egipto, Anatolia suroccidental y Chipre. A través de Chipre, los minoicos también mantenían contacto con la costa levantina de los actuales Líbano y Siria. Las influencias artísticas viajaban por estas rutas comerciales: entre muchas otras cosas, el estilo de las pinturas minoicas aparece con regularidad desde este período en el delta del Nilo y Levante.

Los palacios minoicos no estaban fortificados. Este hecho, unido a las escenas divertidas e idílicas representadas en los frescos (pinturas realizadas sobre yeso fresco), llevaron a los investigadores de comienzos del siglo xx a concluir que los minoicos eran un pueblo amante de la paz, interesado sólo en el intercambio de mercancías. Las pruebas de la devoción a una diosa madre, representada con frecuencia con serpientes en las manos mientras se ceñía una bestia salvaje a cada costado, se contemplaron como una prueba más de la naturaleza pacífica de la vida minoica, así como de un fuerte elemento matriarcal en su cultura.

Dicho romanticismo parece ahora infundado. El aislamiento geográfico de Creta disminuía la necesidad de fuertes defensas terrestres, pero sus extensas redes comerciales sugieren que poseían una potente flota, capaz de detener una fuerza hostil antes de que alcanzara sus costas. Abundan las pruebas de un culto al toro — que suele asociarse con sociedades patriarcales en Oriente Próximo— dentro de la civilización minoica. También hay pruebas de que el sacrificio humano era una parte regular de la vida religiosa. Las mujeres eran sin duda importantes en la cultura, no menos como productoras de los famosos textiles minoicos, una de las principales exportaciones de la isla. Pero ahora parece improbable que los minoicos fueran en

ningún sentido una sociedad pacífica ni matriarcal.

Ignoramos mucho sobre los minoicos. Tenían una lengua escrita, que sir Arthur Evans denominó Lineal A para distinguirla de otra caligrafía, similar pero claramente diferente y mucho mejor representada, que él descubrió y denominó Lineal B. Pero aunque no podemos determinar que la lengua recogida en Lineal A no sea indoeuropea, seguimos sin ser capaces de traducirla. Los investigadores deben basarse en los restos de cerámica y otros objetos arqueológicos para determinar cómo y cuándo se extendió la cultura minoica a las otras islas y costas del mar Egeo.

Un objetivo de la actividad comercial minoica era sin duda el interior de Grecia. La presencia allí de una amplia variedad de objetos minoicos, entre los que se incluyen cerámica, metalistería y textiles, sugiere la exportación de tecnologías y quizá incluso de artesanos de Creta. Pero la naturaleza exacta de la relación entre la Creta minoica y la Grecia micénica sigue siendo motivo de controversia. Hasta 1600 a. J.C. los minoicos eran claramente mucho menos sofisticados que los griegos del interior. Como resultado, puede que fueran capaces de dominar a los habitantes del rocoso paisaje griego, al menos comercial y puede que políticamente. El mito de Teseo y el laberinto afirma que el héroe fue a Creta como rehén con la pretensión de liberar a Atenas del pesado tributo que había establecido sobre la ciudad el rey Minos. ¿Tal vez esta historia conserve el recuerdo de un tiempo en que Creta sí dominaba a los griegos de tierra adentro?

Los estrechos contactos entre los minoicos y tierra adentro propiciaron diversas evoluciones en la Grecia micénica. La calidad de la cultura material aumentó y se estrechó la red de relaciones diplomáticas y comerciales que caracterizaron Oriente Próximo durante estos siglos. Los habitantes del interior de Grecia aprendieron a construir grandes palacios fortificados, híbridos de los palacios minoicos y las imponentes fortalezas que preferían los hititas. Los griegos del interior alcanzaron la fama en todo Oriente Próximo como mercenarios. De los minoicos, también aprendieron a escribir, tomaron la Lineal A y la modificaron para que se adaptara mejor a su lengua. La caligrafía resultante es la que sir Arthur Evans denominó Lineal B, la primera forma escrita del griego.

LOS MICENOS

Cuando se descifró por fin la Lineal B en la década de 1950, el mundo de la investigación sobre Grecia efectuó un arreglo de cuentas decisivo con el pasado de la Edad de Bronce. Hasta entonces los investigadores habían podido seguir preguntándose si los impresionantes sitios desenterrados por Schliemann, Evans y otros tenían algo que ver con la historia de la civilización griega clásica. El hecho de

que la Lineal B representara un antiguo pero indiscutible dialecto griego probó de forma concluyente que la historia griega se remontaba hasta la Edad de Bronce. Pero ¿qué papel desempeñaron los griegos micénicos en esa historia?

Los indoeuropeos de lengua griega entraron en Grecia en varias oleadas. Puede que un primer período de inmigración coincidiera con la destrucción de varios sitios importantes de Grecia hacia el fin del segundo milenio a. J.C. y con la aparición simultánea de nuevos estilos de arquitectura y cerámica. Otro desplazamiento significativo de población y bienes materiales ocurrió en torno a 1600 a. J.C. Estos diversos grupos de lengua griega se mezclaron entre sí y con el pueblo autóctono de lengua no indoeuropea conocido como pelasgios, a quienes asimilaron en buena medida. Pero nunca hubo un único momento decisivo en el que Grecia se convirtiera en «griega». Como ha sugerido el eminente estudioso micénico John Chadwick, durante la Edad de Bronce media y tardía los griegos se hallaron siempre en el proceso de «convertirse en griegos».

La civilización micénica representa la culminación de este proceso. En 1500 a. J.C. ya había salpicadas por el paisaje griego poderosas ciudadelas gobernadas por guerreros que proclamaban sus proezas marciales en sus lápidas y hacían que los enterraran con sus aperos de guerra. Sin duda, estos primeros gobernantes basaban su autoridad en su capacidad para acaudillar a los hombres en la batalla y recompensar a sus seguidores con el saqueo. Los más victoriosos conseguían obtener el control de lugares estratégicos desde donde podían explotar las principales rutas de Grecia, sin alejarse nunca demasiado del mar, donde se dedicaban tanto al comercio como a la piratería. La línea entre ambas actividades era muy delgada en el mundo antiguo, y así permanecería hasta el siglo XIX de nuestra era. Al igual que otros muchos pueblos marítimos, antiguos y modernos, los micenos asaltaban donde podían y comerciaban donde no tenían más remedio.

Con el paso del tiempo y quizá debido a la influencia de la cultura minoica, las ciudadelas con palacio micénicas se desarrollaron para convertirse en sociedades mucho más complejas. Las ciudadelas eran centros de gobierno y depósitos para el almacenamiento y redistribución de los excedentes económicos. En el siglo XIII a. J.C. algunos gobernantes ya habían conformado reinos territoriales con hasta cien mil habitantes, lo que hacía que pareciera pequeña la ciudad-estado típica del período clásico.

Estos centros con palacio eran una adaptación de un modelo de Oriente Próximo, pero su ingente tamaño no era el ideal para el paisaje griego. También en la guerra la imitación de los ejemplos de Oriente Próximo tenía sus límites. Aunque a los reyes micénicos les gustaban los carros de combate utilizados por sus contemporáneos de Oriente Próximo, resultaban muy poco prácticos en el terreno rocoso.

Pese a estas y otras diferencias con respecto a sus vecinos, los griegos micénicos

desempeñaron un papel importante en las etapas finales de la Edad de Bronce de Oriente Próximo. Hacia 1400 a. J.C. ya habían sometido a la isla de Creta, tomando Cnosos y utilizándolo como centro micénico; si el «Keftiu» mencionado por Amenhotep III es en efecto Creta, es probable que estuviera negociando con sus conquistadores micénicos. En Anatolia occidental, al menos un rey micénico ejercía la influencia necesaria para que un rey hitita se dirigiera a él como «mi hermano». Los micenos también disfrutaron de gran prestigio en Oriente Próximo como guerreros y mercenarios. Fueron sus actividades combinadas de comerciantes y asaltantes las que posibilitaron el sostén de las enormes poblaciones de sus ciudadelas, puesto que por sí solo el terreno interior circundante no era capaz de conseguirlo.

Los cimientos políticos y comerciales del mundo micénico —un poderoso palacio al mando de un rey, que también era un caudillo guerrero; una aristocracia guerrera; una burocracia de cargos locales; posesiones de tierra reguladas por el estado; una economía redistributiva; extensos reinos territoriales— fueron más comunes en el mundo contemporáneo de Oriente Próximo que en la edad clásica griega. No obstante, podemos seguir el rastro de importantes rasgos de la civilización griega posterior hasta los micenos, incluida, por supuesto, la lengua griega. Las tablillas de Lineal B hablan de un grupo social con considerables derechos económicos y políticos, el *damos*, que tal vez sea el precursor del *demos*, grupo popular que buscó plenos poderes políticos en muchas ciudades griegas más adelante. Las tablillas también conservan los nombres de varios dioses griegos conocidos del período clásico, como Zeus, Poseidón, Dionisos y (posiblemente) Deméter; sin embargo, otros están ausentes o sus identidades oscurecidas tras nombres completamente diferentes. Pero quizá lo más importante sea que los griegos clásicos creían que eran descendientes de estos micenos legendarios, a quienes atribuían hazañas sobrehumanas. En realidad, los griegos posteriores sabían poco acerca de sus antepasados micénicos, pero la repercusión sobre la imaginación colectiva de lo que pensaban que sabían fue considerable.

El mundo micénico parece que se derrumbó bajo su propio peso hacia el término del siglo XIII a. J.C. Es imposible precisar qué fue lo que desencadenó este suceso: se han planteado como posibles causas desastres naturales, sequías, hambrunas, enfermedad y descontento social. Con lo que hoy sabemos, no puede probarse ni desecharse ninguna de las teorías, pero las consecuencias del derrumbe micénico son más que evidentes. Como era una parte bien integrada de la red internacional de relaciones comerciales, políticas y militares, las reverberaciones del derrumbe del mundo micénico iban a sentirse en todo Oriente Próximo.

Cuando el mundo micénico se derrumbó, una ola de destrucción barrió de norte a sur Oriente Próximo. La naturaleza de esta devastación es oscura, porque fue obra de un pueblo tan concienzudo que lo arrasó todo a su paso hasta que alcanzó Egipto. Si no hubiera sido por la apretada victoria de Ramsés III hacia 1176 a. J.C., tal vez no supiéramos nada de los invasores que de forma tan repentina desbarataron el sistema internacional de la Edad de Bronce tardía.

En una inscripción y relieve colocados en Medinet Hebu para conmemorar su victoria, Ramsés III se refería a los invasores como los «Pueblos del Mar». Algunos de los grupos que nombraba como parte de esta coalición eran conocidos para los egipcios, que los habían empleado como mercenarios o se habían enfrentado a ellos también como mercenarios a sueldo de otros dirigentes. Por la descripción que hace Ramsés de su equipo y atuendo de batalla, también resulta evidente que muchos de los Pueblos del Mar eran egeos. Los más notables de ellos eran los peleset, que, tras su derrota a manos de Egipto, se retiraron para poblar el litoral de la región que, debido a ellos, recibió el nombre de Palestina.

El arco de aniquilación comenzó en el norte y puede que ayudara a desencadenar el derrumbe final de la Grecia micénica. La desorganización de las redes comerciales del norte debió de tener un profundo efecto en los reinos micénicos, que de improviso se verían enfrentados a una combinación apocalíptica de sobrepoblación, escasez drástica de alimentos y guerra incesante. Una oleada de refugiados desesperados debió de huir de la cuenca del Egeo. El debilitamiento del comercio en el norte también devastó la economía de los hititas, cuyo reino se derrumbó con una rapidez asombrosa. En nuestras fuentes sólo vislumbramos a un desesperado rey hitita que lucha por salvar a Hattusas de una miríada de enemigos.

A lo largo de la cuenca del Mediterráneo encontramos otras pistas. El rey de Ugarit escribió una carta a su «hermano» el rey de Alashiya, en Chipre, en la que le suplicaba ayuda inmediata. Tenemos esta carta porque la tablilla de arcilla sobre la que se escribió se coció bien en el fuego que destruyó su palacio. Nunca se envió. Ugarit fue arrasada, y los Pueblos del Mar continuaron avanzando.

Su irrupción acabó con buena parte de la civilización tal como la había conocido el mundo mediterráneo. Sin embargo, la destrucción no fue total: no desaparecieron todas las ciudades y el comercio no se extinguió; pero sí se eclipsó el Imperio hitita y fue reemplazado por una profusa variedad de principados débiles y fugaces. Las grandes ciudades cosmopolitas de la costa mediterránea oriental yacían en ruinas y nuevos grupos —a veces contingentes de Pueblos del Mar— poblaron el litoral. Las ciudadelas micénicas también se derrumbaron. Despoblada en cerca de un 90 por ciento durante el siglo siguiente, Grecia entró en una «edad oscura» de aislamiento

cultural y económico que duraría los dos siglos y medio siguientes. Los griegos tendrían que reinventar el urbanismo en formas más apropiadas para su entorno singular.

Por supuesto, Egipto sobrevivió a la invasión, pero como sus principales socios comerciales habían sido destruidos, también entró en un largo declive. Asimismo, Asiria sufrió los efectos de las invasiones. En los siglos siguientes los asirios lucharían por sobrevivir, mientras que en el sur el gobierno pacífico y próspero de los kasitas también se derrumbó, junto con la economía de Babilonia.

En los siglos inmediatamente posteriores a la invasión de los Pueblos del Mar no hubo grandes imperios en Oriente Próximo. El sistema internacional de la Edad de Bronce tardía, cuidadosamente elaborado durante medio milenio, había desaparecido. Sin embargo, tras su destrucción comenzaron a surgir nuevas tradiciones y experimentos culturales. Tomaron forma nuevas configuraciones políticas y religiosas, y una nueva tecnología metalúrgica, basada en el hierro, comenzó a suplantar el uso del bronce. De las cenizas de la Edad de Bronce tardía surgiría un mundo cultural más duradero y vibrante, la cultura de la Edad de Hierro en Oriente Próximo.

Los estados de pequeña escala de comienzos de la Edad de Hierro

Con la destrucción del equilibrio logrado por las superpotencias de la Edad de Bronce tardía, el mapa geopolítico de Oriente Próximo cambió considerablemente. En Anatolia, del derrumbe del Imperio hitita surgió un mosaico de pequeños reinos, en su mayoría indoeuropeos. Ocurrieron evoluciones similares en Levante, la zona costera del Mediterráneo oriental que hoy comprende Israel, Líbano y partes de Siria. Durante siglos esta área había estado controlada por los egipcios o los hititas. Con el derrumbe de ambos imperios, el vacío de poder resultante en la región permitió la emergencia de nuevos estados. Como potencias políticas y militares, los estados de pequeña escala de comienzos de la Edad de Bronce eran como mucho de segunda categoría; sin embargo, causaron un profundo impacto en la evolución intelectual y religiosa de las civilizaciones occidentales.

LOS FENICIOS

Los fenicios eran cananeos que hablaban una lengua semítica estrechamente relacionada con el ugarítico, el hebreo, el amorita y otros dialectos semíticos occidentales. Sus raíces culturales y políticas estaban firmemente enterradas en el

antiguo Oriente Próximo. Las ciudades fenicias eran independientes unas de otras, como en Sumer; la primera lealtad de un fenicio correspondía a su ciudad, no a la noción abstracta de ser fenicio. En su tierra natal levantina, cada ciudad fenicia vivía bajo su propia monarquía hereditaria. Sin embargo, en las colonias de ultramar surgió un nuevo tipo de gobierno en el que un puñado de familias de la élite compartía el poder. Esta forma de gobierno aristocrático se convertiría en un modelo para muchas otras ciudades del Mediterráneo occidental, incluida Roma.

Durante la Edad de Bronce tardía, la mayoría de las ciudades fenicias había estado controlada por Egipto. La erosión de su poder imperial a partir de 1200 a. J.C. les ofreció la oportunidad de capitalizar las ventajas comerciales que ya habían establecido. Una ciudad fenicia, Gubia, había sido un boyante centro comercial bajo el gobierno egipcio, sobre todo como depósito de papiros, el material de escritura altamente apreciado por los egipcios. Esta conexión con el comercio de papiros continuó durante la Edad de Hierro, tanto que el nombre griego para la ciudad, Biblos, se convirtió en la base de la palabra griega *biblion*, que significa «libro». El lecho marino frente a la costa fenicia producía un valioso tinte púrpura-rojizo proveniente del caracol múrce, de ahí el término griego «fenicio», que significa en esencia «pueblo púrpura». Los textiles fenicios alcanzaban un elevado precio dondequiera que fueran sus comerciantes; lo mismo ocurría con la madera de la cordillera del Antilíbano (sobre todo cedro) y el famoso vidrio cananeo. Los fenicios también se convirtieron en expertos metaleros, tallistas de marfil y constructores navales.

Las ciudades fenicias

Abrigadas por una costa montañosa hendida por profundos valles, las ciudades fenicias estaban orientadas hacia el mar. Sus habitantes cobraron fama como comerciantes y marinos. También eran agresivos colonizadores; enfrentados a las presiones dobles de la competencia comercial mutua y la limitada capacidad de sostén de su entorno, implantaron colonias comerciales en todo el Mediterráneo. Al término del siglo X a. J.C., sus comerciantes ejercían su actividad de un extremo a otro del Mediterráneo, y es probable que hubieran empezado a aventurarse a surcar el océano Atlántico. Tenemos buenas pruebas de que llegaron hasta Bretaña y Cornwall (la última, una buena fuente de estaño), y el historiador griego Herodoto relata una historia creíble de cómo los comerciantes-exploradores fenicios circunnavegaron África. A finales del siglo IX a. J.C. los colonos de Tiro fundaron Cartago, en la actual Túnez, que llegaría a convertirse en la potencia principal del Mediterráneo occidental, y que entró en conflicto con Roma siglos después.

Influencia cultural

Por sus extensos esfuerzos coloniales y mercantiles, los fenicios influyeron en las culturas de todo el Mediterráneo. Entre sus primeros socios comerciales de ultramar se encontraron los griegos, con quienes puede que desempeñaran un papel importante en la reintroducción de la vida urbana después del derrumbamiento de las ciudades micénicas. También llevaron consigo diversas influencias artísticas y literarias de Oriente Próximo. Sin embargo, resulta incuestionable que la principal contribución que hicieron los fenicios a la vida griega fue su alfabeto.

Como hemos visto, en Ugarit, a finales de la Edad de Bronce, se había desarrollado un alfabeto de treinta caracteres. Hacia 1100 a. J.C. los fenicios refinaron este sistema de escritura hasta los veintidós caracteres, que representaban sólo consonantes, pues los sonidos vocálicos tenían que inferirse del contexto, como todavía sucede en el árabe y hebreo modernos. Es probable que este sistema de escritura más sencillo y flexible ayudara a facilitar el comercio y la contabilidad. Es menos seguro el motivo por el que los fenicios decidieron compartir su invento con los griegos, antes analfabetos; tal vez pretendían fomentar entre ellos el tipo de comercio y registro que practicaban. Pero sea cual fuere la explicación, los griegos se dieron buena cuenta de la deuda que tenían con los fenicios: leyendas posteriores adjudican la invención de su alfabeto a Cadmo, un fenicio que se había afincado en Grecia. La deuda también se pone de manifiesto en la estrecha relación que existe entre los nombres de las letras griegas (alfa, beta, gamma, delta...) y fenicias (alef, bet, gimel, dalet...) y en las similitudes evidentes de sus formas.

LOS FILISTEOS

Al sur de la costa levantina de Fenicia se encontraba la tierra de los filisteos. Pocas culturas han disfrutado de una reputación histórica tan mala como la suya. Los filisteos se hallaban entre los grandes villanos de la tradición bíblica hebrea. Filisteo continúa siendo en la actualidad un adjetivo que describe a una persona zafia, inculta e ignorante. La mala fama proviene de su posición privilegiada en el Levante a comienzos de la Edad de Hierro, donde como descendientes de los peleset —uno de los Pueblos del Mar derrotados por Ramsés III— se asentaron, urbanizaron y en seguida se impusieron a sus vecinos pastores. Entre estos pueblos estaban los hebreos, de quienes los filisteos fueron el gran enemigo nacional.

Los filisteos conservaron una identidad separada de los restantes pueblos de la región durante varias generaciones; cada nuevo descubrimiento arqueológico arraiga más firmemente esta identidad en su pasado egeo. Sabemos poco sobre su lengua —

sobrevive escaso material escrito y adoptaron gradualmente un dialecto cananeo—, pero su cultura material, conducta y organización muestran estrechas afinidades con el mundo micénico. Los filisteos introdujeron las parras y los olivos en Levante desde la cuenca del Egeo. Con los beneficios de estas industrias crearon ejércitos poderosos que dominaron la región en los siglos XII y XI a. J.C. También establecieron un monopolio sobre la herrería en el sur de Levante, lo que hacía casi imposible que sus enemigos forjaran armas.

Su poder se basaba en cinco grandes fortalezas, la denominada Pentápolis: Gaza, Ascalon y Asod, en la costa; Ecron y Gad, en el interior. Menos ciudades que ciudadelas, estos grandes centros filisteos resultan sorprendentemente similares a los centros de palacio fortificados de finales del mundo micénico y parece que desempeñaron muchas de sus funciones. Desde esas ciudadelas bien fortificadas los filisteos pretendían dominar el campo circundante, organizando la producción agrícola y controlando las principales rutas comerciales. Un señor independiente gobernaba cada ciudadela, y no cabe duda de que existían tensiones y rivalidades entre ellos. Pero en buena medida como en el caso de los héroes épicos griegos, los filisteos eran capaces de dejar de lado sus diferencias para confederarse y librar una guerra.

Resulta difícil conocer a los filisteos de primera mano porque apenas han dejado registros escritos. Sabemos de ellos sobre todo a través de los ojos de sus enemigos hebreos, quienes al principio los temieron y después los despreciaron. Al igual que otras culturas de Oriente Próximo, la tradición histórica hebrea calumniaba a sus enemigos; declaraba, por ejemplo, que los moabitas y amonitas eran descendientes de la unión incestuosa de Lot con sus hijas, y condenaba las prácticas culturales de los fenicios como «malas a los ojos del Señor». No debemos dejarnos engañar por tales improperios. La arrogancia brutal de Goliat o la traición sexual de Dalila, los dos filisteos más infames en la Biblia hebrea, no ofrecen una base para conclusiones generales sobre el carácter de la sociedad filisteo. Sin embargo, por desgracia, no tenemos mucho más sobre lo que fundar nuestras valoraciones.

Los hebreos tenían buenas razones para temer a los filisteos. En la Edad de Bronce tardía, estos guerreros egeos eran mercenarios muy capaces; cuando se establecieron en Levante, en seguida pasaron a la conquista y explotación de sus vecinos más débiles y peor organizados. Su presión sobre la zona montañosa central de Efraín era constante, amenazaba el sagrado santuario de Shilo, el lugar de depósito original del Arca de la Alianza, que contenía las tablas de la ley que el dios hebreo Yahvé había entregado a Moisés en el monte Sinaí. En la tradición hebrea, las desesperadas tribus de Israel transportaron el Arca delante de ellos contra los filisteos, la perdieron en la batalla y fueron testigos de la destrucción de Shilo. Después los filisteos establecieron guarniciones por toda la tierra de los hebreos y les

negaron el acceso a la tecnología de la metalurgia. Mientras tanto cobraron tributo y, según el relato bíblico, se dedicaron a los abusos habituales de un pueblo ocupante.

LOS HEBREOS

Tendremos ocasión al final de este capítulo de exponer el rasgo central de la experiencia cultural hebrea, el desarrollo de su concepción monoteísta de la divinidad. En este apartado centraremos la atención en el desarrollo político de su sociedad dentro del Levante en la Edad de Hierro, si bien en cualquier análisis de la sociedad hebrea nunca pueden dejarse mucho de lado las concepciones y prácticas religiosas. Al igual que todas las culturas antiguas, los primeros hebreos establecieron pocas distinciones entre política y religión; lo que los diferenció, sin embargo, fue su teología inusual y el impacto que tuvo en su desarrollo como pueblo. Si no fuera por la resistencia de su tradición religiosa y la repercusión fundamental que ha tenido sobre el desarrollo posterior de las civilizaciones occidentales, apenas habría razón para analizar de manera extensa a los primeros hebreos. No obstante, fueron una de las culturas más importantes en la historia mundial.

Orígenes

Como historiadores, contamos con uno de los logros únicos de los hebreos: la Biblia, conocida por los cristianos como el Antiguo Testamento. Se trata de un recurso histórico sin igual, lleno de detalles extraordinarios sobre prácticas culturales y acontecimientos históricos, además de constituir una guía para la evolución intelectual de la tradición religiosa más importante del mundo occidental. Sin embargo, no es una historia como la concebimos en la actualidad. La Biblia es una obra colectiva, reunida durante muchos siglos, en su mayoría por autores y compiladores desconocidos. Aunque contiene algunos relatos ostensiblemente históricos, es en esencia una narración sobre la relación entre un dios creador trascendente e inmutable y los hebreos, a quienes señaló como su pueblo elegido; sobre la alianza que se forjó entre ellos, y sobre las tribulaciones mediante las que esta relación se probó y reafirmó repetidamente.

Los relatos históricos que contienen los cinco primeros libros de la Biblia son particularmente problemáticos. Aparte de las dificultades cronológicas que plantean una serie de patriarcas de longevidad imposible (Matusalén, por ejemplo, se dice que vivió durante más de novecientos años), buena parte de este material parece haberse tomado de otras culturas de Oriente Próximo. Los relatos de la creación y el diluvio presentan paralelismos sumerios; las leyes y prácticas de los patriarcas poseen claros

antecedentes hurrianos; y la historia de la infancia de Moisés es casi una réplica de la leyenda de Sargón. Incluso la narración del éxodo de Egipto está cargada de problemas desde el punto de vista histórico. Aunque el Libro de Josué afirma que los hebreos que regresaron de Egipto conquistaron y expulsaron a los cananeos, las pruebas arqueológicas y lingüísticas sugieren que los mismos hebreos eran cananeos del interior, que podrían haberse mezclado con refugiados hebreos dispersos de Egipto tras las invasiones de los Pueblos del Mar, pero que en su mayoría habían residido de forma continua en Canaán durante siglos. Es evidente que ocurrieron importantes transformaciones religiosas y culturales entre los hebreos del segundo milenio a. J.C., pero los cinco primeros libros de la Biblia dan la sensación de ser una extrapolación y justificación retrospectivas y no un registro histórico veraz.

Una vez que pasamos a los denominados libros históricos, la información se hace más creíble, pero continúa siendo extremadamente difícil confirmarla con las fuentes arqueológicas. En el Libro de los Jueces, por ejemplo, los hebreos aparecen como pastores errantes que acababan de empezar a establecer asentamientos permanentes alrededor de los manantiales y valles que les proporcionaban sustento en un paisaje por lo demás árido. Estaban organizados en doce «tribus», unidades de clanes extensos en las que las familias se ayudaban y protegían entre sí en tiempos de guerra, robos de ganado y disputas judiciales. Cada tribu estaba gobernada por un «juez», quien ejercía las funciones típicas de la autoridad en una sociedad de clanes: mando en la guerra, alto sacerdocio y resolución de disputas. A mediados del siglo XII a. J.C. estas tribus ya habían establecido una especie de «territorio» rudimentario, y se llamaban a sí mismas, las del sur, Judá, y las del norte, Israel.

Hebreos y filisteos

Estas etiquetas colectivas no deben confundirnos. En la práctica, las tribus hebreas tenían pocos mecanismos efectivos para la acción concertada, hecho que quedó patente cuando los filisteos conquistaron la región costera levantina hacia 1050 a. J.C. Enfrentados a la amenaza de la extinción, los hebreos opusieron una resistencia desesperada desde sus bases en el interior montañoso del país. Sin embargo, para arrostrar esta situación se necesitaba una forma de gobierno «nacional» más unida. Por consiguiente, hacia 1025 a. J.C., Samuel, un juez tribal y hombre santo, escogió a un rey llamado Saúl para que dirigiera la resistencia hebrea contra los filisteos.

Pero Saúl provocó en seguida el resentimiento de Samuel, quien retiró su apoyo al rey combatiente. Saúl también resultó ser un general mediocre: aunque bloqueó la penetración de los filisteos en la zona montañosa, no pudo arrojarlos de los valles o las llanuras costeras. Así pues, Samuel trasladó su apoyo a un joven guerrero que formaba parte de la corte real, David, quien desde entonces no cejó de conspirar para

despojar al rey del respaldo popular. Librando sus propias campañas militares independientes, David logró un triunfo tras otro sobre los filisteos. Por el contrario, los ejércitos de Saúl sufrían derrotas frecuentes, que los autores bíblicos presentan como castigo divino por las faltas del rey. David, sin embargo, no era exactamente un patriota nacional. Cuando Saúl acabó expulsándolo de su corte, David se convirtió primero en un bandido marginal de la sociedad hebrea y filistea, y luego en un mercenario al servicio de los filisteos. Fue como mercenario de los filisteos como luchó contra Saúl en la batalla culminante en la que el soberano resultó muerto. Poco después David se convirtió en rey, primero de Judá, su territorio natal, y luego también del reino de Israel, el territorio natal de Saúl.

La consolidación del reino hebreo

Con el ascenso al trono de David en torno al año 1000 a. J.C., se inició el período más glorioso de la historia política del antiguo reino hebreo. David sacó provecho de nuevos acontecimientos para fortalecer su reino. Lo más importante fue que Egipto cayó en un brusco declive al final del siglo XII, lo que debilitó la economía de los filisteos y trastornó su sociedad. Mediante la astucia, el oportunismo y el liderazgo inspirado, David redujo a los filisteos a una franja insignificante de tierra costera en el sur. También derrotó a sus vecinos moabitas y amonitas, con lo que extendió su control al este del río Jordán y el mar Muerto. A su muerte en 973 a. J.C., su reino se extendía desde el Éufrates medio, en el norte, hasta el golfo de Akaba, en el sur, y de la costa mediterránea, en el oeste, hasta los desiertos de Siria más allá del río Jordán. Israel era ahora una fuerza seria en la política de Oriente Próximo y su posición mejoró por la debilidad temporal de sus vecinos imperiales, Egipto y Asiria.

Cuando su poder y prestigio aumentaron, David fue capaz de aplicar a sus súbditos un sistema impositivo y de trabajo forzado muy impopular. Su meta era construir una gloriosa capital política y religiosa en Jerusalén, asentamiento cananeo que transformó en la ciudad central de su reino. Fue una sabia decisión. Como ciudad recién conquistada, Jerusalén no tenía afiliación previa con ninguna de las doce tribus de Israel y, de este modo, quedaba fuera de las antiguas rivalidades que había entre ellas. Además, geográficamente se encontraba entre las tribus meridionales de Judá y las septentrionales de Israel (de las que provenía Saúl). David también se propuso exaltar la ciudad como centro religioso al convertirla en el lugar de depósito del Arca de la Alianza y reorganizar el sacerdocio de Yahvé. Con estas medidas pretendía forjar una nueva identidad nacional, centrada en la Casa de David y sus conexiones con Yahvé, que trascenderían las viejas divisiones entre Israel y Judá.

El reinado del rey Salomón, 973-937a. J. C.

Continuando las políticas de su padre pero a escala mucho mayor, el rey Salomón construyó un gran complejo de templo en Jerusalén para albergar la sagrada Arca de la Alianza. Este apoyo visible al culto de Yahvé causó una impresión especialmente buena a los autores de las escrituras hebreas, quienes describieron el reino de Salomón como una edad de oro para los hebreos.

Sin embargo, a pesar de su sabiduría proverbial, fue un gobernante despiadado y a menudo brutal cuya promoción del culto de Yahvé coincidió con un programa de gobierno despótico y de autoengrandecimiento real. Salomón mantuvo un enorme harén de unas trescientas esposas y setecientas concubinas, muchas de ellas arrancadas de pueblos sometidos o aliados. Su complejo palaciego —del que formaba parte el templo— le permitía gobernar al gran estilo de los potentados del antiguo Oriente Próximo. Para financiar sus caros gustos y programas, instituyó una serie de impuestos opresivos y planes administrativos. Impuso aranceles aduaneros sobre el lucrativo comercio de caravanas que pasaba por su territorio. Con la ayuda de Hiram, el rey fenicio de Tiro, también construyó una flota comercial cuya base estaba en la cabecera del golfo de Akaba. Estos barcos surcaban las aguas del mar Rojo y más allá, y comerciaban, entre otros artículos, con el oro y el cobre que sacaban de las minas los esclavos del rey Salomón en el Negev meridional. La riqueza aflucía a Israel como nunca antes.

Pero no bastaba. Salomón mantenía un enorme ejército permanente formado por reclutas de su pueblo, equipado con carros de guerra y escuadrones de caballería cuyos caballos se compraban en el exterior. Para emprender su ambicioso programa arquitectónico, Salomón exigió que muchos de sus súbditos, en especial los del norte agrícola, realizaran trabajos forzados durante cuatro meses al año. Este grado de opresión fue demasiado para muchos israelitas. El norte era un hervidero de rebelión contra la capital real, y tras la muerte de Salomón, su hijo y sucesor se enfrentó a la revuelta. Poco después, la monarquía unida se había dividido en dos: la Casa de David gobernaba el reino meridional de Judá, con capital en Jerusalén, y las diez tribus del norte se reunieron en el reino de Israel, con capital en Siquén.

Los reinos del norte y del sur

La división no sólo debilitó políticamente a los hebreos, sino que también tuvo serias consecuencias religiosas. El primer rey del estado de Israel del norte, Jeroboam I, quiso detener las peregrinaciones y ofrendas de sus ciudadanos al templo de Jerusalén, que drenaban recursos de su reino, más populoso. Para lograrlo renovó dos antiguos santuarios en Dan y Betel, y apeló al simbolismo popular pero teológicamente tabú del culto cananeo. De este modo, Jeroboam y sus sucesores provocaron la ira de los compiladores de la Biblia hebrea, defensores del templo y

partidarios de Judá, que los condenaron como idólatras. Sin embargo, se trata de una visión retrospectiva. Tanto la arqueología como el relato bíblico demuestran que el culto a Yahvé estaba lejos de ser un monopolio tanto en el norte como en el sur. Rituales y cultos extranjeros, sobre todo los de las deidades cananeas Baal y Astarté, continuaron siendo un rasgo prominente de la vida religiosa hebrea durante varios siglos más.

Aunque los dos reinos hebreos mantendrían su independencia durante varios siglos —el norte, hasta el año 722 a. J.C., y el sur, hasta 586 a. J.C.—, la situación política cambiante de Oriente Próximo hizo que su estado dividido fuera cada vez más vulnerable. La monarquía hebrea unida creada por David y Salomón surgió en un momento en que las potencias imperiales tradicionales de la región sufrían un eclipse temporal. Sin embargo, a pocas generaciones de la muerte de Salomón los hebreos y otros pequeños estados de Oriente Próximo y Medio se verían amenazados por el renovado imperio de los asirios asentado en Mesopotamia.

El Imperio asirio

Los asirios eran un pueblo de lengua semítica cuya cuna se encontraba en el norte de Mesopotamia. Como hemos visto en el primer capítulo, en 1900 a. J.C. ya estaban aprovechando su posición geográfica para establecer rutas comerciales por Mesopotamia y Anatolia. También desempeñaron un papel importante en la expansión y organización de la vida urbana por la meseta de Anatolia. Sin embargo, a partir de entonces tuvieron que luchar de forma continuada para protegerse contra una serie de vecinos agresivos: primero, el antiguo Imperio babilónico de Hammurabi, luego, de los egipcios, los mitanos, los hititas y, por último, de los Pueblos del Mar.

Esta lucha de siglos por la existencia tuvo un profundo efecto sobre la visión del mundo de los asirios. Desde el siglo IX a. J.C. se convertirían a su vez en agresores, extenderían su poder e influencia mediante el avasallamiento terrible, brutal, duradero y sistemático de sus vecinos. No obstante, su agresión contribuyó a dar forma a las tradiciones religiosas y políticas de dichos vecinos, desplegando la cultura de Oriente Próximo a la cuenca del Egeo, sintetizando un nuevo tipo de organización imperial e impartiendo importantes lecciones acerca de qué hacer y no hacer para el buen gobierno de un extenso imperio internacional.

EL PERÍODO MEDIO ASIRIO, 1362-859 A. J.C.

El declive del reino de Mitanni en el siglo XIV otorgó a los asirios la primera oportunidad de establecerse como gran reino. Cuando la presión hitita acabó con Mitanni desde el oeste, los potentados asirios extendieron su control en el este. Por fin uno de esos gobernantes, el de la ciudad de Assur, adoptó el nombre de la deidad patrona de su ciudad y se declaró rey de Asiría. Assur-Uballit (1362-1327 a. J.C.) y sus sucesores extendieron su poder por el norte de Mesopotamia y atacaron a los reyes kasitas de Babilonia, a quienes consideraban usurpadores; pero, por lo demás, no alteraron el delicado equilibrio de poder en la región.

Sin embargo, con la sucesión de Tukulti-Ninurta I en 1244 a. J.C. se abandonó la moderación, pues fue un gran conquistador, recordado en la Biblia hebrea como Nimrod, y en la tradición griega, como Ninos. Saqueó Babilonia, llevó a su rey kasita y a su deidad patrona, Marduk, a la cautividad y reclamó para sí el prestigioso reino. No obstante, para mantener el dominio sobre Babilonia tuvo que lanzar campañas continuas, hecho que, unido al trato sacrílego que otorgó a su dios, le enajenó de sus propios súbditos, que lo asesinaron hacia 1208 a. J.C.

Siguió un siglo de declive asirio, mientras sus enemigos buscaban la venganza y el control sobre las vitales rutas comerciales que cruzaban el territorio. Más de una vez los asirios fueron casi destruidos, pero el ciclo constante de lucha desesperada los convirtió en un pueblo altamente militarista. Esta pugna por la supervivencia continuó hasta finales del período Medio, cuando un gobernante brutal pero brillante, Asurnasirpal II (883-859 a. J.C.) revivió la antigua fortaleza y fundó el Imperio neoasirio. Bajo su mando implacable los asirios llevaron a cabo agresivas campañas militares anuales. Las víctimas de su poderío tenían que pagar tributo o arrostrar la plena arremetida de su máquina de guerra, que con Asurnasirpal cobró una merecida fama de salvajismo y brutalidad. El gran estudioso de Oriente Próximo A. H. Olmstead calificaba la política de Asurnasirpal de «horror calculado», expresión refinada para una estrategia de terror militar y cobro de dinero por protección mediante el saqueo.

EL IMPERIO NEOASIRIO, 859-627 A. J.C.

Las conquistas de Asurnasirpal y su hijo, Salmanasar III, inspiraron una tenaz resistencia a la expansión asiria. El reino norte de Israel, junto con varios otros estados de la región de Siria-Palestina, formaron una alianza para detener a Salmanasar III (853-827 a. J.C.). Esta coalición acabó colocándolo en un punto muerto y le obligó a conformarse con victorias menores contra los armenios al noroeste y los medos al noreste, hasta que una gran revuelta en Asiria puso fin a su reinado y anuló sus conquistas occidentales. El respiro resultó breve. Un usurpador

que tomó el nombre de Tiglat-Pileser III se apoderó del trono en el año 744 a. J.C. y de inmediato preparó una gran campaña occidental. En su primer año exigió tributo a varios reinos occidentales que no habían pagado durante generaciones. Los que se negaron sufrieron pronto la acometida de los asirios.

Cuando Tiglat-Pileser III falleció en el año 727 a. J.C., muchos de estos estados recién conquistados se rebelaron, quizá con la esperanza de que se instalaría el modelo conocido de inestabilidad dinástica a la muerte del monarca usurpador. Pero el hijo de Tiglat-Pileser, Salmanasar IV, aplastó con energía las rebeliones. Cuando murió en la batalla, lo reemplazó de inmediato uno de sus generales, que tomó el nombre de Sargón II (722-705 a. J.C.). Con una conciencia histórica típicamente asiria, Sargón II consideraba a Sargón de Acad el «primer» Sargón; de este modo, declaraba ser el sucesor directo de un imperio de Oriente Próximo que se remontaba a un pasado de casi mil quinientos años. La dinastía que fundó Sargón II se denomina sargónida, y su siglo de gobierno resultó el más espléndido de la historia asiria.

Los sargónidas extendieron las fronteras del Imperio asirio desde Irán occidental hasta las costas del Mediterráneo; por poco tiempo llegaron incluso a sojuzgar partes de Egipto. El mismo Sargón puso fin al reino de Israel asumiendo el trono y aterrorizó al reino de Judá para que siguiera siendo un vasallo leal y tranquilo. El antiguo reino elamita de Irán también cayó durante el período sargónida. En el siglo VII a. J.C. Asiria ya era la potencia sin rival del antiguo Oriente Próximo.

Gobierno y administración

El Imperio neoasirio era un estado armado, basado en la destreza de su ejército para propagar el terror y oprimir tanto a los enemigos como a los súbditos. A la cabeza del gobierno se encontraba el rey, monarca hereditario y representante terrenal del dios Assur. Además de ser su caudillo militar, el rey era también la principal figura religiosa del imperio; cuando el ejército no estaba en el campo de batalla, el rey dedicaba su tiempo a elaborados sacrificios y rituales para aplacar al «gran dios» Assur. La adivinación y la consulta de los oráculos eran características centrales de la religión asiria. El rey, como sacerdote principal, tenía que ser capaz de discernir la voluntad de Assur a través de los augurios de la naturaleza.

Alrededor del gobierno central había una extensa burocracia de gobernadores, sumos sacerdotes y mandos militares, profesiones que de ningún modo eran excluyentes entre sí. Estos administradores formaban la clase más elevada de la sociedad y ejercían la autoridad en nombre del rey. Como pueblo que gobernaba primordialmente mediante las hazañas militares, los asirios también comprendían la importancia del transporte y las líneas de comunicación, por lo que construyeron una extensa red de carreteras que serviría de base para el viaje y la comunicación por todo

Oriente Próximo durante siglos. También pusieron en práctica un sistema de mensajeros y espías para informar a la corte real de las actividades de los súbditos y de los gobernadores provinciales.

Los gobernadores provinciales recaudaban el tributo, reclutaban el ejército, mantenían el control asirio y administraban la ley del rey. En un pueblo tan apegado a la tradición, no resulta sorprendente que inspiraran sus leyes en el Código de Hammurabi, si bien muchos de sus castigos eran más severos. Reservaban las penas más duras para las prácticas que se consideraban perjudiciales para la reproducción; en especial, las aplicadas a la homosexualidad y el aborto eran bárbaras y atroces. La ley asiria también era rigurosamente patriarcal: sólo los maridos tenían la facultad de divorciarse y legalmente se les permitía infligir una variedad de escarmientos a sus mujeres que iban del castigo corporal a la mutilación, e incluso la muerte.

Carácter militar-religioso de los asirios

Las ideas religiosas, políticas y militares cobraron forma en los siglos en que Asiria luchaba por su supervivencia. Sin embargo, cuando logró imponerse, este modo de ser se convirtió en el cimiento de las incesantes conquistas de su imperio.

Las dos características fundamentales de este modo de ser militar y religioso eran la guerra santa y la exigencia de tributo mediante el terror. Los asirios estaban convencidos de que su dios Assur reclamaba que su culto se extendiera a través de la conquista militar. Así pues, más que al rey, el ejército pertenecía a su dios; y todos aquellos que no aceptaran su supremacía eran, por ese único hecho, enemigos de su pueblo, los asirios. Por tanto, la humillación ritual de los dioses de una ciudad derrotada era un rasgo habitual de sus conquistas. Con frecuencia los dioses conquistados eran llevados a la capital asiria, donde «vivían» como rehenes en la «corte» de Assur. Mientras tanto, una imagen de Assur (usualmente representado como un disco solar con la cabeza y los hombros de un arquero) se instalaba en la ciudad derrotada y se obligaba al pueblo conquistado a adorarlo. Esta adoración no significaba necesariamente que los pueblos conquistados abandonaran a sus dioses anteriores, pero a los ojos de los asirios era incuestionable que Assur debía ser la deidad suprema de todos los pueblos de su imperio. Con el paso del tiempo, los otros dioses perdieron poco a poco sus características definidas, parecían cada vez más versiones menores de Assur, quien se fue haciendo más remoto y apartado, el dios de una religión de estado a quien se esperaba que sirvieran todos los habitantes del Imperio asirio.

Al principio, los asirios entendieron el tributo como un botín que se obtenía por saqueo. En lugar de derrotar a sus enemigos una vez e imponerles tributo formal a partir de entonces, los asirios atacaban todos los años incluso a sus enemigos

vencidos y extraían el tributo por la fuerza. Esta estrategia conseguía aterrorizar a sus súbditos y mantenía la máquina militar a punto para la batalla, pero también conllevaba dificultades. Las reconquistas perpetuas contribuían poco a inspirar lealtad entre los pueblos sometidos, quienes acababan llegando a un punto de desesperación en el que poco tenían que perder si se rebelaban. Además, estas invasiones anuales no sólo servían para entrenar al ejército asirio, sino también a las fuerzas de sus súbditos, y al final del siglo IX otras naciones de la región habían alcanzado gran destreza en este juego que les habían impuesto. No fue hasta el reinado de Tiglat-Pileser III cuando los asirios abandonaron la política de recabar tributo por la fuerza cada año, y en su lugar establecieron formas más ortodoxas de pago.

La guerra de los asirios también era notoriamente salvaje. En los tiempos antiguos siempre había sido brutal: eran habituales las mutilaciones de prisioneros, las decapitaciones, las violaciones y las deportaciones masivas o la esclavización de la población civil. Sin embargo, los asirios disfrutaban y celebraban tales barbaridades como no lo hizo ningún otro imperio antiguo. Sus obras de arte e inscripciones se deleitan en la matanza y tortura de sus enemigos. Se muestran arqueros sonrientes disparando por la espalda a enemigos que huyen, mientras soldados sin remordimientos arrojan desde las murallas a los ciudadanos de una ciudad tomada de Judea y los empalan en estacas abajo.

El mismo ejército, a mediados del siglo IX, se había convertido en una fuerza devastadora. Al igual que muchas sociedades antiguas, los asirios habían empleado al principio un ejército campesino estacional de soldados a tiempo parcial, pero a partir del reinado de Asumasirpal II reclutaron un ingente ejército permanente de más de cien mil soldados. Como dominaban las técnicas de fundido de hierro a gran escala, en el siglo IX ya fueron capaces de equipar a sus combatientes con armas de acero de gran calidad que les permitían arrollar a sus rivales, todavía dependientes del bronce.

La estrategia y tácticas asirias eran las más sofisticadas que había visto el mundo hasta entonces, debido en gran parte a la organización del ejército. Su núcleo lo constituían las tropas de choque, equipadas con una variedad de armas fiables y protegidas por armaduras y altos escudos. Estas tropas de asalto eran la fuerza principal para aplastar a la infantería enemiga en el campo de batalla y para derrotar a los habitantes de una ciudad rival una vez dentro. Para acosar a la infantería enemiga y romper su formación, los asirios desplegaban tiradores ligeros con hondas y jabalinas. También combinaban los arqueros y carros de combate como nunca antes. Con su diseño de dos ruedas veloz y eficaz, los carros corrían por el campo de batalla llevando uno o dos arqueros y otra pareja de portadores de escudos. De este modo, se convertían en plataformas de disparo móviles desde las que los expertos arqueros podían causar estragos. Los asirios también desarrollaron una verdadera fuerza de

caballería, en la que los guerreros montaban corceles guarnecidos con armadura, y blandían arcos y flechas o pesadas lanzas.

En campo abierto las tácticas marciales combinadas de los asirios superaban con creces las de sus rivales, quienes trataban de defenderse en ciudades fortificadas. Sin embargo, los asirios entrenaban unos cuerpos de ingenieros de combate muy diestros para zapar murallas y construir catapultas, máquinas de asedio, arietes y torres de batalla. Por tanto, las murallas de la mayoría de las ciudades proporcionaban poco refugio ante su acometida. Cuando una ciudad caía, solían iniciarse una serie de atrocidades especialmente crueles: además de los desmembramientos y mutilaciones usuales, los cautivos también podían ser quemados o despellejados vivos.

EL FIN DE ASIRÍA Y SU LEGADO

Los sucesores de Sargón II continuaron las políticas militares, al mismo tiempo que dedicaban gran energía a lo que cabría considerar a grandes rasgos «cultura». El sucesor inmediato de Sargón, Senaquerib (704-681 a. J.C.), reconstruyó la antigua ciudad de Nínive y la fortificó con una muralla doble en un circuito de 15 kilómetros. Edificó allí un enorme palacio, levantado sobre una plataforma gigante decorada con mármol, marfil y maderas exóticas, y ordenó la construcción de un colosal sistema de irrigación que incluía un acueducto para llevar agua dulce a la ciudad desde una distancia de 48 kilómetros. Su hijo Asaradón (681-669 a. J.C.) reconstruyó la ciudad conquistada de Babilonia y fue un famoso mecenas de las artes y las ciencias.

El hijo de Asaradón, Asurbanipal (669-627 a. J.C.), puede que haya sido el más grande de todos los reyes asirios. Mantuvo una fuerte presencia militar en el imperio y durante un tiempo gobernó la región completa del delta de Egipto. Cuando la aventura asiria en esa región terminó en fracaso, dedicó su atención a una serie de reformas internas, buscó otros modos de gobernar su imperio que no fueran las armas tradicionales del terror militar y el imperialismo religioso. Al igual que su padre, fue una especie de rey asirio «ilustrado», que quería transformar el imperio en algo más duradero que un campamento armado en perpetuo estado de guerra con sus súbditos y vecinos.

El estudio del antiguo Oriente Próximo guarda una deuda tremenda con Asurbanipal. Al igual que todos los reyes asirios, tenía un profundo sentido de las ricas tradiciones de la cultura e historia mesopotámicas y apelaba a esta herencia para justificar su gobierno sobre la región. Pero Asurbanipal fue más lejos: en la gran capital asiria de Nínive ordenó la construcción de una magnífica biblioteca, en la que, para su conservación, se iban a copiar en cuneiforme ejemplares de las grandes obras de la literatura mesopotámica. Esta biblioteca también servía de archivo para la

correspondencia y actos oficiales del rey. Por suerte, este tesoro de documentación histórica sobrevivió hasta el siglo XIX, cuando se redescubrió y conservó. Todas las ediciones modernas de *La epopeya de Gilgamesh* se basan en las versiones asirias procedentes de Nínive.

Cuando Asurbanipal murió en el año 627 a. J.C., el Imperio asirio parecía estar en su cenit. Sus fronteras eran seguras; el reino estaba, en términos generales, en paz con sus vecinos, y sus reyes habían adornado sus capitales con magníficas obras de arte y jardines colgantes. Su fin resulta más dramático por su carácter repentino. A los quince años del reinado del poderoso Asurbanipal, Nínive yacía en ruinas; unos años después, el estado asirio ya no existía, borrado de la faz de la tierra con la misma rapidez y violencia que se había establecido.

A pesar de los esfuerzos reformistas de Asaradón y Asurbanipal, el odio a los asirios continuaba siendo extenso, pues no se habían olvidado los siglos de ferocidad. Después de la muerte de Asurbanipal, se formó una coalición entre los medos de lengua indoeuropea de Irán y los caldeos, pueblo de lengua semítica que antaño había controlado la parte meridional de Babilonia. En el año 626 a. J.C., los aliados organizaron una revuelta en el sur de Babilonia; en el año 612 a. J.C., tomaron y quemaron la capital asiria de Nínive; en el año 605 a. J.C., los caldeos (también conocidos como neobabilonios) ya habían destruido los últimos vestigios del poder asirio en el alto Éufrates.

Los medos se retiraron a la meseta iraní para extender allí su protectorado, y los caldeos sucedieron a los asirios como potencia imperial predominante en Mesopotamia y Levante.

Los caldeos resultaron ser apenas mejores que los odiados asirios. Se ganaron pronto la enemistad de sus súbditos ejerciendo la misma crueldad que había hecho infames a los asirios, incluida la deportación masiva de los enemigos conquistados de sus lugares de origen. El ejemplo más famoso de esta política surgió en 587-586 a. J.C., cuando el despiadado rey caldeo Nabucodonosor tomó Jerusalén, destruyó el templo y trasladó a decenas de miles de hebreos a Babilonia, exilio conocido en la historia judía como la cautividad de Babilonia.

Los persas

El Imperio caldeo (612-539 a. J.C.), construido con el saqueo y el terror, tuvo una corta vida. Los caldeos no poseían la gran maquinaria bélica de los asirios, ni mostraban el fervor de su carácter militar y religioso. Pero, en el vacío de poder que se creó tras la caída de Asiria, apenas encontraron rivales. Las restantes grandes potencias de Oriente Próximo estaban demasiado distantes u ocupadas en otros

asuntos para desafiar su dominio. Los lidios de lengua indoeuropea habían conseguido un próspero reino en Anatolia occidental, pero tendieron a orientarse al oeste, hacia el Egeo y los griegos. Por su parte, los medos pretendían asegurarse el dominio sobre los diversos pueblos estrechamente relacionados de la meseta iraní, manteniéndose en la práctica fuera de la política mesopotámica y levantina. Los persas, gobernantes del antiguo reino elamita, estaban por entonces sometidos a los medos. Sin embargo, fueron los persas quienes surgirían para desbancar a los caldeos y volver a unir el antiguo Oriente Próximo.

LOS ORÍGENES DEL IMPERIO PERSA

No se sabe casi nada de los persas hasta mediados del siglo VI a. J.C., salvo que vivían en la costa oriental del golfo Pérsico, hablaban una lengua indoeuropea y estaban sometidos a los medos. Los persas surgieron de la oscuridad de repente, bajo un príncipe extraordinario llamado Ciro, quien alcanzó el gobierno de una tribu persa en el año 559 a. J.C. y poco después se convirtió en soberano de todos los persas. Hacia 549 a. J.C. se libró del señorío de los medos y se hizo con el dominio de las tierras que se extendían del golfo Pérsico al río Halys en Asia Menor. De este modo, Ciro se convirtió en vecino del reino de Lidia. Los lidios habían alcanzado gran prosperidad como productores de oro y plata, además de actuar de intermediarios del comercio por tierra entre Mesopotamia y el mar Egeo. Dominaban las acaudaladas ciudades griegas de la costa de Anatolia occidental y fueron el primer pueblo del antiguo Oriente Próximo que utilizó una acuñación de metales preciosos como medio de cambio para bienes y servicios.

Cuando Ciro alcanzó su frontera, el rey que gobernaba a los lidios era Creso, gran admirador de la cultura de los griegos y tan rico que la expresión «rico como Creso» continúa arraigada en nuestra lengua. Desconfiando de su nuevo vecino, Creso decidió en el año 546 a. J.C. lanzar una guerra preventiva en su contra para evitar la conquista de su propio reino. Según Herodoto, Creso preguntó al oráculo de Delfos en Grecia si debía atacar de inmediato. El oráculo respondió que, si cruzaba el Halys, destruiría una gran nación. Creso atacó, pero la nación que destruyó fue la suya. Ciro derrotó a sus fuerzas y anexionó Lidia al Imperio persa.

Ciro invadió Mesopotamia en el año 539 a. J.C., atacando con tanta rapidez que tomó Babilonia sin un combate. Una vez en esa ciudad, todo el Imperio caldeo fue suyo. Permitió a los hebreos cautivos en Babilonia desde los tiempos de Nabucodonosor regresar a Israel y establecer un estado vasallo semiindependiente. También permitió a otros pueblos conquistados una autodeterminación considerable, sobre todo en lo concerniente a las prácticas de culto, con lo que logró que el

gobierno persa supusiera un cambio bienvenido después de los asirios y los caldeos. Ciro cayó en la batalla en el año 529 a. J.C. a causa de las heridas que sufrió mientras hacía campaña contra las tribus bárbaras cerca del mar de Aral, y dejó tras de sí el mayor imperio que el mundo había contemplado hasta entonces. Sin embargo, la expansión persa continuó incluso tras su muerte. En el año 525 a. J.C., su hijo y sucesor Cambises conquistaría Egipto.

LA CONSOLIDACIÓN DEL IMPERIO PERSA

Cambises fue un general brillante, digno sucesor de la grandeza militar de su padre. Sin embargo, durante su reinado abundaron las dificultades, y tanto sus contemporáneos como los historiadores han discutido si estaba loco. En todo caso, murió joven y sin descendencia, dejó abierta la cuestión sucesoria y al estado persa con una engorrosa y poco organizada colección de conquistas rápidas.

Tras un corto período de guerra civil, el círculo interno aristocrático que había servido tanto a Ciro como a su hijo eligió a un miembro secundario de la familia real como nuevo rey. El sucesor de Cambises, Darío I, gobernó Persia entre los años 521 y 486 a. J.C. y se concentró en la consolidación de las victorias militares de sus predecesores con la mejora de la administración del estado. Dividió el imperio en provincias llamadas satrapías, cada una de ellas administrada por un sátrapa, que disfrutaba de extensos poderes y considerable flexibilidad política, pero debía tributos fijos y lealtad absoluta al gobierno central, al igual que los estados vasallos como el reino hebreo, técnicamente autónomo.

Sumándose a la política tolerante de Ciro, Darío permitió que los distintos pueblos del Imperio persa conservaran la mayor parte de sus instituciones locales, a la vez que imponía una moneda y un sistema de pesos y medidas tipificados. A lo largo de su imperio los persas exigían modestos pagos tributarios, pero por lo demás estaban poco interesados en imponer impuestos onerosos, ley marcial o sus propias prácticas religiosas a los pueblos sometidos. Después de siglos de tiranía asiria y caldea, la mano blanda del gobierno persa era bien recibida en todo Oriente Próximo.

Darío fue también un gran constructor. Erigió una nueva residencia real y capital ceremonial, que los griegos llamaron Persépolis («Ciudad de Persia»). Ordenó que se excavara un canal del río Nilo al mar Rojo para facilitar el comercio con el interior de Egipto e instaló sistemas de irrigación en la meseta persa y en los bordes del desierto sirio para aumentar la producción agrícola. También extendió el sistema de carreteras asirio para mejorar el comercio y las comunicaciones en sus extensos territorios. La más famosa fue el «Camino Real», que se extendía 2.500 kilómetros desde Susa, cerca del golfo Pérsico, a Sardis (la antigua capital lidia), cerca del Egeo. Los correos

gubernamentales que recorrían este camino fueron el primer sistema postal, transportaba mensajes y bienes en etapas de relevo de una «posta» a otra. Cada posta estaba a una jornada de un día a caballo de la siguiente: había un caballo descansado y un jinete dispuestos en cada posta para transportar lo que había llevado hasta allí el correo anterior. Una extensa red de espionaje imperial también utilizaba este sistema de postas para informar a la corona de los acontecimientos sucedidos en el ingente imperio. El «servicio de inteligencia» fundado por Darío tuvo fama en la historia persa de ser «los ojos y oídos del rey».

Darío fue un administrador extraordinariamente dotado. Sin embargo, como estratega militar cometió un error enorme cuando intentó extender la hegemonía persa a Grecia. La conquista de Lidia por parte de Ciro había convertido Persia en gobernante de las ciudades de lengua griega de la costa occidental de Asia Menor, pero dichas ciudades desdeñaban la tolerancia persa y anhelaban la libertad idealizada de otras ciudades-estado griegas. En consecuencia, entre los años 499 y 494 a. J.C. los griegos del interior de Asia libraron una guerra de independencia y lograron durante breve tiempo el apoyo de tropas de Atenas, que se unieron a los griegos asiáticos para incendiar el importante centro administrativo regional de Sardis. Después de sofocar el levantamiento en Asia, Darío envió una fuerza por el Egeo para castigar a Atenas y notificar su dominio de todos los griegos europeos. En la batalla de Maratón librada en el año 490, los atenienses causaron a Darío el único revés importante de su reinado. En el año 480 su hijo y sucesor, Jerjes, intentó vengar esta humillación aplastando a los griegos con una armada tremenda, pero la heroica resistencia de Atenas y Esparta le obligaron a retirarse y a abandonar sus planes un año después. En ese punto los persas se dieron cuenta de que habían alcanzado los límites de su expansionismo, así que se concentraron en sus posesiones asiáticas y se aprestaron a emplear dinero y diplomacia para inmiscuirse en los asuntos griegos.

En realidad, desde el año 479 a. J.C. hasta la invasión de Alejandro Magno de Asia Menor en el año 334 a. J.C., los griegos estuvieron en general demasiado enredados en rivalidades internas para plantear un desafío a Persia. Desde la perspectiva persa tal circunstancia fue una suerte, pues durante este período el imperio se vio sometido con frecuencia a la inestabilidad de gobierno que causaban las intrigas de palacio y las rebeliones de las provincias. No obstante, la naturaleza cosmopolita de su cultura y la tolerancia general que manifestaban contribuyeron al mantenimiento de su enorme imperio. A diferencia de los asirios o los caldeos, los persas podían contar a menudo con la lealtad —a veces incluso con el afecto— de sus súbditos. Establecieron un modelo imperial basado en la adaptación de las instituciones locales, la administración firme y constante mediante una burocracia entrenada y las comunicaciones rápidas entre el centro y la periferia. Tanto los macedonios como los romanos aprenderían mucho de este modelo en los siglos

posteriores.

EL ZOROASTRISMO

Más duradero que el legado político de Persia fue el religioso, encarnado en el zoroastrismo. Esta importante religión mundial, junto con el budismo y el judaísmo, fue una de las tres principales religiones universales y personales conocidas en el mundo antes del cristianismo y el islam. Su fundador fue Zoroastro (forma griega del nombre persa Zaratustra), persa que probablemente vivió poco después del año 600 a. J.C., aunque algunos de los escritos que se le atribuyen pueden ser unos cuatrocientos años más antiguos que esa fecha. Zoroastro pretendió purificar las costumbres tradicionales de las tribus persas erradicando el politeísmo, el sacrificio de animales y la magia, además de redefinir el culto atendiendo a la ética y no al ritual. Cabría sostener que fue el primer teólogo verdadero de la historia mundial en la medida en que trató de idear un sistema plenamente desarrollado de credo religioso.

Zoroastro enseñó que había un dios supremo en el universo a quien llamó Ahura-Mazda, «el señor de la sabiduría». Ahura-Mazda encarnaba los principios de la luz, la verdad y la rectitud; en él no había cólera ni mal, y su luz brillaba en todas partes, no sólo en una tribu. Como el mal y el sufrimiento eran inexplicables en referencia a Ahura-Mazda, Zoroastro planteó la existencia de una deidad opuesta, Ahriman, traicionera y maligna, que presidía sobre las fuerzas de la oscuridad y el mal. Zoroastro declaró que Ahura-Mazda era mucho más fuerte que Ahriman, pero más tarde los sacerdotes del zoroastrismo, los magi, resaltaron el carácter dual del pensamiento del fundador, insistiendo en que Ahura-Mazda y Ahriman estaban igualados y libraban una lucha desesperada por la supremacía. Según su planteamiento, sólo el último día triunfaría decisivamente la «luz» sobre la oscuridad, cuando Ahura-Mazda superaría en poder a Ahriman y lo arrojaría al abismo.

El zoroastrismo era una religión personal que contraponía las exigencias privadas y espirituales a las públicas, de culto y rituales. A diferencia de los cultos anteriores de Oriente Próximo, no exaltaba el poder de un rey divinizado. Sin embargo, la devoción de la dinastía persa a las enseñanzas de Zoroastro hizo de su religión un importante conducto del gobierno, que ayuda a explicar su eclecticismo y tolerancia generales. A diferencia de los asirios, los caldeos e incluso los egipcios, quienes trataban de imponer sus prácticas culturales sobre los pueblos conquistados, los reyes persas consideraban que presidían una reunión de naciones diferentes, cuyos cultos, costumbres y credos religiosos estaban dispuestos a tolerar. Mientras que los potentados mesopotámicos se denominaban a sí mismos «rey verdadero», los gobernantes persas adoptaron el título de «rey de reyes», con lo que daban por

sentado que reconocían la legitimidad de los restantes soberanos que gobernaban bajo el dosel del señorío persa. Este mismo espíritu se refleja en su arquitectura, que hizo uso libre de influencias mesopotámicas, babilónicas, asirias, egipcias y griegas, pero que sin embargo creó un estilo persa característico.

Ahura-Mazda no era patrono de tribus ni estados, sino sólo de las personas devotas a su causa de la verdad y la justicia. Los seres humanos poseían libre albedrío y podían elegir pecar o no. El zoroastrismo instaba a las personas a no pecar y a decir la verdad, a amarse y ayudarse mutuamente, a socorrer a los pobres y a practicar la hospitalidad generosa. Los que así actuaran serían recompensados en la otra vida, pues la religión planteaba la resurrección de los muertos el «día del juicio» y su envío a un reino de dicha o llamas. En las escrituras de la fe zoroástrica, conocidas como el Avesta (obra compilada por aditamentos a lo largo de muchos siglos), se explicitan las recompensas para los justos.

Esta relación de los principios del zoroastrismo revela numerosas similitudes con el judaísmo y el cristianismo. Su universalización ética recuerda las enseñanzas de los profetas hebreos; su cielo e infierno se parecen a las ideas cristianas sobre la otra vida, y su preocupación por el día del juicio es semejante en estas otras dos tradiciones. Sin embargo, no debemos pensar que estas similitudes son simples préstamos de una fe a otra. Las tradiciones religiosas e intelectuales del antiguo Oriente Próximo cobraron forma en un mundo caracterizado por el ingente cruce de influencias. Rara vez es posible rastrear una idea o credo religioso hasta una fuente única y original. El zoroastrismo, el judaísmo y el cristianismo surgieron del rico «caldo» cultural del mundo de Oriente Próximo en la Edad de Hierro, al igual, por supuesto, que la misma idea de una religión universal.

El desarrollo del monoteísmo hebreo

De todos los avances culturales que ocurrieron en Oriente Próximo durante la Edad de Hierro, ninguno tuvo mayor trascendencia para las civilizaciones de Occidente que el monoteísmo, la creencia en un solo dios, creador y soberano de todas las cosas. De forma tradicional y acertada, este avance se ha asociado con los hebreos. Pero este pueblo no siempre fue monoteísta. Los que defendían el culto exclusivo de Yahvé — grupo al que nos referiremos como yahvista— eran a menudo minoritarios dentro de la sociedad hebrea, si bien se hacían escuchar por su energía. El hecho de que los hebreos acabaran reconociendo a Yahvé como único ser divino del universo y arraigando su identidad como pueblo en ese planteamiento religioso exclusivo es una evolución que sólo cabe explicar contra el telón de fondo del mundo confuso y tumultuoso en el que surgió la misma sociedad hebrea.

El surgimiento del monoteísmo hebreo tuvo lugar en un mundo condicionado por el politeísmo. Para aquellos que más tarde defendieron el culto exclusivo de Yahvé, los primeros tiempos de la historia hebrea están llenos de vergüenza. A cada paso cabe encontrar a los hebreos de los siglos XII a X a. J.C. adorando a otros dioses y, sobre todo, a los de sus vecinos cananeos. Hasta el mismo Yahvé, al ordenar que su pueblo «no debía tener otros dioses más que a mí», parecía reconocer implícitamente que había esos otros dioses a los que su pueblo adoraba. En el Libro de los Jueces se representa a Yahvé más o menos igual que al dios moabita Quemos. Una veta politeísta más antigua también resulta visible en los espíritus de la naturaleza hebreos como Azazel y en la popularidad del dios cananeo El, cuyo nombre es un elemento importante en muchas construcciones de palabras hebreas (por ejemplo, Betel). Hasta Salomón incluyó símbolos de Baal y altares a Astarté en el complejo del templo que construyó para Yahvé en Jerusalén. Más tarde los reyes hebreos también continuaron dicha tolerancia de prácticas de culto no yahvistas, pese a las protestas de los puristas religiosos que defendían el culto exclusivo a Yahvé.

Sin embargo, a pesar de este politeísmo persistente, al comienzo del primer milenio la religión hebrea ya había pasado claramente a una nueva etapa de *monolatría* nacional, la adoración exclusiva de un dios sin negar por completo la existencia de otros. No está claro cómo sucedió este hecho. Aunque se suele atribuir a Moisés el inicio de la ascendencia del culto a Yahvé, pruebas más fiables sugieren que el impulso de dicho culto tuvo lugar después, bajo los auspicios de los levitas, tribu cuya reclamación solitaria de la autoridad sacerdotal los convirtió en una élite religiosa dentro de la sociedad hebrea. Al apoyar los elementos rituales y proféticos del culto a Yahvé, los levitas pretendían mejorar su poder y prestigio con la exaltación de ese dios por encima de los restantes tradicionalmente reverenciados en la sociedad hebrea y cananea.

Los levitas también disfrutaban de un grado superior de alfabetización que la mayoría de los hebreos. El poder de la palabra escrita como instrumento para moldear las tradiciones y la conciencia de una sociedad resulta formidable: lo fue en especial en el mundo antiguo, donde lo escrito gozaba de una especie de aura mágica, y la autoridad que rodeaba a los textos inspiraba un sobrecogimiento literal. Así pues, en una era de amenazas constantes para la soberanía religiosa y política de los hebreos, la alfabetización de los levitas ayudó a conservar y fomentar el culto a Yahvé. Por supuesto, también colaboró a este respecto la Casa de David, que, al promocionar dicho culto y centralizarlo en Jerusalén, contribuyó a vincular la identidad religiosa y política de los hebreos con la adoración de Yahvé como dios supremo (si bien no todavía el único) del universo.

Sin embargo, persistió la adoración a otros dioses. La popularidad de los cultos cananeos a la fertilidad creció en los siglos VIII y VII, tal vez como reacción a la moralidad austera exigida e impuesta por los yahvistas. Figuras religiosas tan posteriores como Jeremías (c. 637-587 a. J.C.) continuaron combatiendo los cultos «extranjeros» y advirtiendo sobre las consecuencias desastrosas que provocarían si el pueblo de Yahvé no permanecía fiel sólo a él. No obstante, a pesar de su supremacía sobre todos los restantes dioses, Yahvé continuaría siendo un dios algo limitado en los siglos VIII y VII a. J.C. incluso a los ojos de los yahvistas. Se le concebía como poseedor de un cuerpo físico y a veces era caprichoso o irascible; tampoco era omnipotente, pues su poder estaba en buena medida limitado al territorio ocupado por los hebreos.

Pese a estos vestigios politeístas, algunas de las más importantes contribuciones hebreas al pensamiento religioso occidental posterior ya habían surgido a mediados del siglo VIII a. J.C. Una fue su *teología trascendental* única. A los ojos de sus sacerdotes y profetas, Yahvé no era parte de la naturaleza, sino que estaba fuera de ella por completo. Por tanto, podía comprender en términos puramente intelectuales o abstractos, separados por entero de las operaciones del mundo natural que había creado. Complementando este principio de la trascendencia divina, estaba la creencia de que Yahvé había elegido a los seres humanos para que fueran los soberanos de la naturaleza por mandato divino. El famoso renglón del Génesis en el que Yahvé ordena a Adán y Eva «creced y multiplicaos, y henchid la tierra, sometedla y dominad sobre [...] todas las criaturas vivientes» ofrece un asombroso contraste con los relatos de la creación babilónicos en los que los seres humanos son creados simplemente para servir a los dioses, «a fin de que los dioses puedan estar a gusto». Por último, si bien no plenamente desarrolladas, en este período también están presentes en el pensamiento religioso hebreo consideraciones éticas universalizadoras. Según el relato del diluvio babilónico, un dios muy irascible decidió destruir a los hombres porque su ruido le impedía dormir. En contraste, en el Génesis Yahvé envía un diluvio en respuesta a la maldad humana, pero salva a Noé y su familia porque «era un hombre justo».

Los hebreos honraron a Yahvé durante el período de monolatría aceptando preceptos morales, rituales y tabúes. La forma exacta de los Diez Mandamientos (como se conocieron a partir del siglo VII a. J.C. y como aparecen en el Éxodo 20, 3-17) tal vez no existiera hasta la cautividad de Babilonia, pero sin duda los hebreos observaban un conjunto de mandamientos, entre los que se incluían prohibiciones éticas contra el asesinato, el adulterio, sostener falso testimonio y «desear los bienes ajenos». Además, observaban exigencias rituales, como abstenerse de trabajar el séptimo día y no hervir al hijo en la leche de la madre. Pero las normas morales a las que sometía Yahvé a la comunidad hebrea no eran necesariamente vinculantes

cuando se trataba de extranjeros. Prestar con interés, por ejemplo, no era aceptable entre hebreos, pero sí entre un hebreo y un no hebreo. Tales distinciones también se aplicaban a asuntos más serios, como el asesinato de civiles en la batalla. Cuando los hebreos conquistaron territorios en Canaán, «todo el botín de las ciudades [...] lo tomaron para ellos los israelitas, pero a todas las personas las pasaron a filo de espada hasta su total exterminio, sin dejar ni un superviviente». En lugar de albergar dudas sobre una política tan brutal, los yahvistas creían que había sido ordenada por su señor, que Yahvé había inspirado a los cananeos a resistirse para que hubiera motivo para matarlos: «Porque el señor había decretado que todas estas ciudades endureciesen su corazón para que combatiesen contra los israelitas; y los israelitas los exterminaron por completo y sin piedad» (Josué 11, 20).

Con la fragmentación del reino unificado tras la muerte de Salomón, también surgieron dentro del culto a Yahvé importantes distinciones regionales. Los soberanos del reino del norte disuadieron a sus ciudadanos de participar en actividades de culto en Jerusalén, con lo que se ganaron el desprecio de los yahvistas de esa ciudad que dieron forma a la tradición bíblica. Los asirios aceleraron la desunión y la pérdida de la identidad hebrea, pues con Sargón II absorbieron el reino del norte como provincia y deportaron a casi veintiocho mil hebreos —las famosas Diez Tribus Perdidas de Israel— al interior del Imperio asirio. El reino meridional de Judá sobrevivió, pero encontró conveniente convertirse en un estado vasallo asirio. Sin embargo, como hemos visto, la colaboración política con los asirios también supuso la aceptación de su dios Assur.

Esta amenaza asiria fue la piedra de afilar en la que los profetas yahvistas aguzaron sus exigencias no por la monolatría, sino por un monoteísmo exclusivo. Los profetas eran figuras políticas tanto como religiosas, y la mayoría comprendía que la resistencia militar a los asirios era inútil. Para que los hebreos sobrevivieran como pueblo tenían que exaltar lo único que los separaba de los demás de la región: la adoración a Yahvé. La insistencia de los profetas durante los siglos VIII y VII a. J.C. de que sólo debía adorarse a Yahvé y que nunca había existido ningún otro dios fue, de este modo, una reacción agresiva a la promoción igualmente agresiva de Assur por parte de los asirios. Tampoco podía haber ningún espacio para la concesión en su exigencia de un monoteísmo completo y exclusivo. Sólo mediante la adoración única a Yahvé podían combatir los hebreos los efectos infiltrantes del imperialismo religioso asirio.

Aunque la palabra *profeta* ha llegado a denotar a alguien que predice el futuro, su significado original está más cerca de «predicador»; más exactamente, alguien que tiene un mensaje urgente que proclamar porque cree que dicho mensaje proviene de la inspiración divina. Los principales profetas hebreos fueron Amós y Oseas, que predicaron en el reino de Israel antes de que cayera bajo el dominio asirio en el año

722 a. J.C.; Isaías y Jeremías, quienes profetizaron en Judá antes de su caída en el año 586 a. J.C.; y Ezequiel y el segundo Isaías (el Libro de Isaías lo escribieron al menos dos, y posiblemente tres, autores diferentes), quienes profetizaron «junto a las aguas de Babilonia» durante el exilio.

A pesar de algunas diferencias en el énfasis, los mensajes de los profetas eran lo bastante parecidos entre sí para garantizarles que se los tratara como si formaran un único cuerpo coherente de pensamiento religioso. Tres doctrinas constituían el núcleo de sus enseñanzas: 1) monoteísmo absoluto, Yahvé es el gobernante del universo; incluso utiliza a otras naciones que no son la hebrea para cumplir sus objetivos; los dioses de las demás son falsos; 2) Yahvé es exclusivamente un dios de la justicia; sólo desea el bien, y el mal en el mundo proviene de la humanidad, no de él; 3) puesto que Yahvé es justo, exige una conducta ética a su pueblo hebreo sobre todo lo demás; se preocupa menos por el ritual y el sacrificio que porque sus seguidores «busquen la justicia, rediman a los oprimidos, protejan a los huérfanos y defiendan a las viudas». El profeta Amós del siglo VIII a. J.C. sintetizó «la revolución profética» y marcó uno de los momentos que hacen época cuando expresó la rotunda advertencia de Yahvé en palabras que resuenan hasta nuestros días (Amos 5, 21-24):

Odio, aborrezco vuestras fiestas,
no me agradan
vuestras solemnidades.
Si me ofrecéis holocaustos
y ofrendas, no los aceptaré;
no me digno mirar el sacrificio
de vuestros novillos cebados.
Aparta de mí el ruido
de tus canciones;
no quiero oír el sonido de la lira.
Quiero que el derecho fluya como el agua,
y la justicia como torrente perenne.

EL JUDAÍSMO COBRA FORMA

Mediante su insistencia en que el monoteísmo yahvista era la piedra angular de la identidad hebrea como pueblo, los yahvistas posibilitaron su supervivencia bajo la dominación asiría. Cuando esta amenaza se desvaneció a finales del siglo VII a. J.C., los yahvistas triunfaron tanto religiosa como políticamente. El nuevo rey de Judá, Josías (621-609 a. J.C.), era un monoteísta comprometido que empleó en su corte a

profetas prominentes, incluido Jeremías. Con el desplome del poder asirio, Josías se encontró en posición de emprender la purificación de las prácticas de culto. Sus esfuerzos se centraron en realizar una nueva redacción y revisión de la «Ley Mosaica» y la expulsión de los sacerdotes corruptos y las prácticas «extrañas» de los santos lugares de adoración. Fue durante su reinado cuando se descubrió el Libro del Deuteronomio y se aclamó como otra obra de Moisés. Puesto que se trata del más estrictamente monoteísta de los libros de la Biblia hebrea, parece probable que se escribiera durante (o quizá algo después) el reinado de Josías para aportar el peso y la credibilidad del gran nombre de Moisés al programa religioso y político que perseguía el rey.

Para pesar de los yahvistas, Josías murió en combate mientras intentaba impedir que una fuerza egipcia ayudara a los últimos vestigios de la potencia asiria. Con su muerte, el monoteísmo cayó del poder. Jeremías fue puesto bajo arresto domiciliario, se le negó el derecho a hablar en público y acabó siendo llevado a Egipto, donde fue asesinado. Pero durante ese tiempo continuó denunciando la corrupción de los hebreos, sugiriendo que caerían ante los caldeos, del mismo modo que lo habían hecho previamente ante los asirios, en castigo por su desobediencia a Yahvé.

Antes de que hubiera transcurrido una generación desde la muerte de Josías, las predicciones de Jeremías se cumplieron. Los caldeos a las órdenes de Nabucodonosor conquistaron Jerusalén, destruyeron el templo y se llevaron a miles de hebreos a Babilonia. La cautividad de Babilonia supuso muchos desafíos para los hebreos que vivieron allí, y el más importante fue el mantenimiento de su identidad religiosa y étnica. Las voces cantantes en la definición de dicha identidad continuaron siendo las de los yahvistas patrióticos, la misma gente que después encabezaría el retorno a Palestina tras la toma de Babilonia por parte de Ciro. De este modo, la tradición profética continuó entre los yahvistas, incluso en tierra extranjera. El profeta Ezequiel resaltó que sólo podía encontrarse la salvación mediante la pureza religiosa, lo que significaba ignorar a todos los dioses ajenos y reconocer nada más a Yahvé. Afirmaba que, a la larga, no importaban los estados, los imperios ni los tronos, y explicitaba con sus palabras las observaciones de pasada de predecesores como Nahún y Jeremías, que también habían comentado la naturaleza transitoria del poder y la existencia humana. Lo importante para los hebreos que vivían en el exilio era la criatura que Dios había creado a su imagen —el hombre— y la relación entre ese dios creador, su pueblo elegido y su creación.

La disociación de la identidad política y la práctica religiosa que triunfó durante la cautividad de Babilonia fue una intensificación de corrientes intelectuales ya discernibles en la tradición profética previa. No obstante, el período de cautividad fue decisivo para el surgimiento del judaísmo como religión universalizadora. En Babilonia el judaísmo se convirtió en algo más que el culto nacional de los hebreos.

La adoración de Yahvé dejó de estar ligada a una entidad o dinastía particulares, porque a partir del año 586 a. J.C. ya no existía un estado hebreo ni una dinastía gobernante. Tampoco su culto estaba ligado a un lugar específico. En Babilonia y en Tierra Santa el judaísmo sobrevivió a la destrucción del templo y el exilio del pueblo hebreo de su tierra, lo que en el mundo antiguo constituía un logro sin igual. No se conoce ningún otro pueblo antiguo que haya sobrevivido a un exilio tan largo de su lugar sagrado central.

Desde el año 538 a. J.C., cuando Ciro permitió a los hebreos de Babilonia que regresaran a Tierra Santa y reconstruyeran el templo, Jerusalén se convirtió de nuevo en el lugar sagrado central de su vida religiosa. Pero los nuevos avances que habían surgido dentro del judaísmo durante la cautividad resultaron duraderos, pese a los conflictos religiosos que pronto irrumpirían entre los exiliados que volvían y los hebreos que habían logrado permanecer en Tierra Santa y, por tanto, no habían sufrido los cambios que habían tenido lugar dentro del judaísmo durante el exilio. Estos conflictos constituyen una medida de hasta qué punto el mismo judaísmo se había transformado en Babilonia.

Las enseñanzas religiosas judías se presentarían cada vez más en términos éticos, como obligaciones debidas por todos los seres humanos a su creador, con independencia del lugar o la identidad política. En contraste, los requisitos del ritual y los tabúes religiosos permanecerían como obligación exclusiva de los judíos, para quienes simbolizarían la alianza especial que ligaba a Yahvé con su pueblo; y los reforzaría de forma rigurosa el soberano Nehemías a finales del siglo V a. J.C. Pero la noción de un dios creador que existía fuera del tiempo, la naturaleza, el lugar y el reino se hizo aún más fuerte en el judaísmo del Segundo Templo, y después la adoptarían el cristianismo y el islam. Asimismo, los hebreos afirmarían que Yahvé era un dios celoso que no permitía a sus fieles adorar a ninguna otra divinidad de forma alguna. En el contexto del mundo antiguo, ambas seguirían siendo ideas peculiares que no llegarían a ser plenamente absorbidas durante un milenio. Pero a pesar de su peculiaridad, el monoteísmo trascendental desarrollado por los hebreos acabaría convirtiéndose en un rasgo fundamental del planteamiento religioso de todas las civilizaciones occidentales.

Conclusión

Los siglos comprendidos entre 1700 y 500 a. J.C. fueron una época de imperios. Las dos grandes potencias del segundo milenio a. J.C. fueron el Reino Nuevo de Egipto y el Imperio hitita de Anatolia. Pero también apareció una multitud de imperios menores durante este período, entre los que se incluyeron la Creta minoica y la

Grecia micénica, el reino de Mitanni y la Asiria del Imperio Medio. Todos estos imperios estaban sostenidos por una complicada red de comercio y diplomacia internacionales; cabe hablar incluso de un sistema internacional que ya los unía en la Edad de Bronce tardía. Sin embargo, en el núcleo de todos estos imperios se encontraba un modelo muy antiguo de organización social: la ciudad-estado mesopotámica tal y como se había desarrollado en Sumer. Con la excepción discutible del Reino Nuevo de Egipto, ninguno de estos imperios llegó a ser un estado territorial integrado. No eran más que conjuntos de ciudades gobernadas por reyes que declaraban algún tipo de sanción divina para justificar su soberanía.

Entre 1200 y 1000 a. J.C. la devastación que trajeron consigo los Pueblos del Mar puso fin a este sistema internacional. Combinadas con el poder en declive de Egipto, las invasiones allanaron el camino para que un número de nuevos grupos menores, entre los que se incluyeron los fenicios, los filisteos, los hebreos y los lidios, establecieran estados en Oriente Próximo y Medio. Muchos de los cruciales desarrollos culturales y económicos de comienzos de la Edad de Hierro empezaron en estos pequeños estados, incluidos la escritura alfabética, la acuñación de moneda, el monoteísmo exclusivo y la colonización mercantil. Pero los estados dominantes de comienzos de la Edad de Hierro en el mundo mediterráneo continuaron siendo los grandes imperios territoriales centrados en Asia oriental: primero, los asirios, luego, los caldeos, y para finalizar, los persas.

Así pues, a primera vista parecería que nada había cambiado de manera espectacular desde mediados del segundo milenio a. J.C., si bien esas continuidades geográficas pueden resultar engañosas. Los imperios de comienzos de la Edad de Hierro eran completamente diferentes del conjunto de ciudades-estado casi independientes que habían dominado Oriente Próximo mil años antes. Estos nuevos imperios estaban mucho más unificados que los anteriores. Tenían ciudades capitales, sistemas de comunicación centralizados, elaboradas estructuras administrativas e ideologías que justificaban su imperialismo agresivo como una obligación religiosa impuesta por un único dios todopoderoso. Mandaban ejércitos de tamaño sin precedentes y exigían de sus súbditos un grado de obediencia imposible de imaginar para cualquier imperio de la Edad de Bronce. Sin embargo, no eran todopoderosos. Como revela el caso asirio, a veces, una coalición de pequeños estados todavía podía derrotarlos. Pero eran mayores, más fuertes y más rigurosos en sus exigencias de obediencia política y religiosa que ninguno de los imperios occidentales anteriores.

Al mismo tiempo que estos grandes imperios territoriales declaraban ser los instrumentos elegidos por la voluntad divina de sus dioses, también se marca el surgimiento de tradiciones monoteístas más personalizadas a comienzos de la Edad de Hierro. El culto y el sacrificio eran obligaciones religiosas importantes tanto en el zoroastrismo como en el judaísmo, al igual que en todas las religiones antiguas. El

zoroastrismo en particular resultó plenamente compatible con una ideología imperialista y se convirtió en la fuerza espiritual impulsora del Imperio persa. En contraste, el judaísmo se forjó en la lucha por resistir el imperialismo religioso de Asiria y la Babilonia caldea. Pero tanto el zoroastrismo como el judaísmo añadieron un énfasis nuevo e importante a la conducta ética personal como elemento fundamental en la vida religiosa, y ambos fueron pioneros en el desarrollo de textos sagrados autorizados como cimiento de sus enseñanzas religiosas. Estos adelantos ejercerían una enorme influencia en la vida religiosa occidental y proporcionarían los modelos sobre los que el cristianismo y el islam acabarían erigiendo sus propias tradiciones imperiales.

Bibliografía seleccionada

Para el Egipto del Imperio Nuevo, consultar también la bibliografía del capítulo 1.

- ALVAR, Jaime, *Las claves de los imperios del Próximo Oriente (3500-500 a. C.)*, Barcelona, Planeta, 1993.
- , *Los persas*, Madrid, Akal, 1989.
- AUBET, María Eugenia, *Tiro y las colonias fenicias de occidente*, Barcelona, Crítica, 1997.
- BERGUA, Juan B. (ed.), *El avesta: textos relativos al mazdeísmo o zoroastrismo*, Madrid, Ediciones Ibéricas, 1992.
- BLASCO, María Concepción, *El bronce final*, Madrid, Síntesis, 1993.
- BRYCE, Trevor, *El reino de los hititas*, Madrid, Cátedra, 2001.
- COTTEREL, Arthur (ed.), *Historia de las civilizaciones antiguas*, Barcelona, Crítica, 2000.
- DICKINSON, Oliver, *La edad del bronce egea*, Madrid, Akal, 2000.
- DOTHAN, Trude, *Los pueblos del mar: tras las huellas de los filisteos*, Barcelona, Bellaterra, 2002.
- FINKELSTEIN, Israel, *La Biblia desenterrada: una nueva visión arqueológica del antiguo Israel y de los orígenes de sus textos sagrados*, Madrid, Siglo XXI, 2005.
- FINLEY, Moses, *La Grecia antigua: economía y sociedad*, Barcelona, Crítica, 2000.
- HEALY, Mark, *Los antiguos asirios*, Madrid, Ediciones del Prado, 1995.
- KUHRT, Amélie, *El Oriente Próximo en la antigüedad (c. 3000-330 a. C.)*, Barcelona, Crítica, 2001.
- LARA PEINADO, Federico, *Así vivían en Babilonia*, Madrid, Anaya, 2000.
- , *Leyendas de la antigua Mesopotamia*, Madrid, Temas de Hoy, 2002.
- LAUGHLIN, John, *La arqueología y la Biblia*, Barcelona, Crítica, 2004.

- LIVERANI, Mario, *Más allá de la Biblia: historia antigua de Israel*, Barcelona, Crítica, 2005.
- METZGER, Bruce, y Michael COOGAN (eds.), *Quién es quién en la Biblia*, Madrid, Acento, 2002.
- PÉREZ LARGACHA, Antonio, *Historia antigua de Egipto y del Próximo Oriente*, Madrid, Akal, 2006.
- RENFREW, Colin, *Arqueología y lenguaje: la cuestión de los orígenes indoeuropeos*, Barcelona, Crítica, 1990.
- SANDARS, Nancy, *Los pueblos del mar: invasores del Mediterráneo*, Madrid, Oberon, 2005.
- TREUIL, René, *Las civilizaciones egeas del neolítico y de la edad del bronce*, Barcelona, Labor, 1992.

SEGUNDA PARTE

Los mundos griego y romano

Las civilizaciones clásicas de Grecia y Roma dominaron el mundo mediterráneo desde el siglo VI a. J.C. hasta el siglo VI de nuestra era. Ambas se inspiraron abundantemente en las tradiciones y logros de Oriente Próximo, pero cada una representó una innovación definida de ese mundo anterior. Sin embargo, Grecia y Roma juntas constituyeron el semillero a partir del cual se desarrollarían todas las civilizaciones occidentales posteriores.

La civilización griega comenzó a cobrar forma en el siglo VIII a. J.C. en las ciudades-estado guerreras, particularistas y ferozmente independientes que prosperaron en torno a los mares Egeo y Adriático, pero no se convirtió en la moneda cultural común de los mundos del Mediterráneo y Oriente Próximo hasta el término del siglo IV a. J.C., cuando las conquistas de Alejandro Magno crearon un imperio que se extendía desde Grecia, atravesaba Persia y llegaba hasta la India y Egipto.

En el centro de Italia, la ciudad de Roma fue ampliando lentamente su dominio por la península. En los dos últimos siglos a. J.C., expandió su poderío por todo el mundo mediterráneo y Europa occidental. A finales del primer siglo de nuestra era ya había construido un imperio aún mayor que el de Alejandro. En un triunfo extraordinario de organización, disciplina y adaptabilidad cultural, los romanos mantuvieron ese imperio prácticamente intacto durante los siguientes cuatrocientos años.

CAPÍTULO 3

El experimento griego

La imagen que con más frecuencia viene a la mente cuando los americanos o europeos piensan en el mundo antiguo es la Acrópolis de Atenas, con sus brillantes templos y santuarios todavía impresionantes pese a sus años y estado ruinoso. La racionalidad, armonía y serenidad de este símbolo de la cultura griega a muchos les parece que revela algo esencialmente «occidental»: el triunfo de la razón y la libertad sobre la «superstición» y el «despotismo» de las culturas «orientales» como Asiria o Persia.

Estos contrastes fáciles y autocomplacientes dicen más sobre nosotros mismos que sobre los griegos antiguos. En realidad, la civilización griega ha sufrido una profunda influencia de sus vecinos de Oriente Próximo desde el período micénico hasta nuestros días. Sus logros habrían sido imposibles sin la deuda que había contraído con los ejemplos fenicio, asirio y egipcio.

No obstante, el florecimiento de la civilización griega durante el primer milenio a. J.C. constituye una divisoria en el desarrollo de las civilizaciones occidentales. Basándose en sus experiencias históricas tras el derrumbe de la Edad de Bronce, los griegos de la Edad de Hierro llegaron a apreciar asunciones y valores que diferían mucho de los de sus vecinos de Oriente Próximo. Dignidad humana, libertad individual, gobierno participativo, innovaciones artísticas, investigación científica, experimentación constitucional, confianza en las capacidades creativas de la mente humana: los griegos abrazaron todos estos valores, si bien, como siempre ocurre en los asuntos humanos, a menudo la práctica no estuvo a la altura de sus ideales.

Aunque lo que hoy entendemos por términos como democracia, igualdad, justicia y libertad difiere de lo que significaba para los griegos, al mundo occidental moderno le resultan inteligibles las instituciones y creencias de ese pueblo tenaz, pendenciero y enérgico, cuyas sociedades de pequeña escala iniciaron una revolución cultural y crearon una civilización nítidamente diferente de todo lo anterior. Las democracias del mundo occidental actual no sólo son herederas de este experimento griego, sino que resultan inimaginables sin él.

La edad oscura de Grecia, 1150-800 a. J.C.

A finales del siglo XII, los últimos vestigios de la civilización micénica se habían desvanecido y Grecia entró en una edad oscura no documentada. El interior del país se despobló hasta un 90 por ciento durante más o menos un siglo a partir de 1200. Salvo Atenas, las grandes ciudadelas fueron destruidas en las conflagraciones al término de la Edad de Bronce; e incluso en Atenas la población descendió de manera constante. Muchos habitantes huyeron a las tierras altas del sur de Grecia o cruzaron el mar hasta Chipre y la costa de Anatolia. Según la tradición histórica griega, esta huida se vio precipitada por la llegada de un nuevo grupo de griegos procedentes del norte llamados dorios. Aunque los estudiosos dudan ahora de la veracidad de esta tradición, las tensiones entre los hablantes del dialecto dórico (como los espartanos y los corintios) y los hablantes más «antiguos» del jónico-ático (como los atenienses, los habitantes de las islas del Egeo y los pobladores de la costa de Anatolia) continuaron hasta el fin del período clásico de la historia griega.

La despoblación de comienzos de la edad oscura tuvo graves efectos sobre la organización social, la economía y la cultura material de Grecia. Los asentamientos disminuyeron de tamaño y se trasladaron hacia el interior, lejos de emplazamientos vulnerables cerca del mar. Los restos de cerámica y enterramientos sugieren un mundo que permaneció estático y atrasado, aislado de los centros de la civilización de Oriente Próximo. Hasta las comunidades griegas cercanas mantenían escaso contacto económico entre sí. Puede que algunas aldeas tuvieran jefes, pero su casa y posesiones materiales diferían poco de las de sus vecinos. Este contexto de la edad oscura, con sus presunciones de igualdad política y económica de cada hogar autosuficiente, tuvo un profundo efecto sobre las asunciones políticas posteriores de los griegos clásicos.

La religión y el ritual estaban imbricados en la urdimbre de la sociedad, pero los griegos recelaban de sus dioses y no los consideraban fuerzas necesariamente positivas. Los dioses eran caprichosos y poseían todos los defectos de los seres humanos, a la vez que gozaban de un poder sobrenatural y disfrutaban interfiriendo en los asuntos de los hombres. Tenían que ser aplacados y había que propiciarse su voluntad, pero no convenía fiarse jamás de ellos por completo. Aunque los griegos confiaban mucho más en el poder del espíritu humano individual que en la intervención divina, también desarrollaron la idea de *hubris* (orgullo excesivo) para desalentar a los hombres de que se enorgullecieran demasiado de sus logros. El *hubris* atraía la atención de los dioses y los amenazaba; por tanto, sentirían gran deleite en castigar a los hombres que mostraran tal actitud.

En el año 1000 a. J.C. el completo aislamiento de Grecia estaba llegando a su fin y su sociedad se volvió más compleja. La cerámica también se hizo más elaborada, reflejaba la mejora de la cultura material y la prosperidad de los griegos continentales y proporcionaba a los comerciantes artículos valiosos que intercambiar por bienes de lujo del exterior.

A medida que el comercio fue cobrando importancia en la edad oscura, la riqueza aumentó y la estratificación social se hizo más pronunciada. Comenzó a despuntar un pequeño grupo de aristócratas que justificó su preeminencia en virtud de sus cualidades superiores como «los mejores hombres». Su riqueza provenía de una combinación variable de comercio, saqueo y piratería. Pero en la edad oscura la riqueza no bastaba para establecer una posición aristocrática. Un gran hombre también tenía que cantar canciones, recitar hazañas, ganar batallas y, sobre todo, ser favorecido por los dioses. En pocas palabras, tenía que ser un héroe.

La mayoría de lo que sabemos sobre el ideal heroico de finales de la edad oscura proviene de la *Ilíada* y la *Odisea*, poemas épicos atribuidos a Homero. Aunque estas obras asombrosas, que se encuentran entre los mejores ejemplos de la literatura en la tradición occidental, no se escribieron hasta después del año 800 a. J.C., se basaban en tradiciones orales mucho más antiguas. Para los historiadores, este hecho las convierte en fuentes complejas y difíciles de analizar. Los poemas de Homero se sitúan a finales de la Edad de Bronce, pero a lo largo de siglos y siglos de narración continuada, las relaciones sociales y políticas que se representaban en ellos cambiaron para reflejar las asunciones de eras posteriores. Como resultado, aunque los grandes acontecimientos y muchos de los objetos materiales descritos en la épica homérica pertenecen a la Edad de Bronce, la sociedad que nos revela corresponde, en general, a la de finales de la edad oscura de Grecia.

Homero presenta un mundo en el que la competencia y la posición son la preocupación primordial de la élite guerrera. Mediante el intercambio de costosos presentes y hospitalidad, los aristócratas podían crear importantes lazos de amistad mutua. En realidad, en cierto sentido, los aristócratas tenían más en común entre sí que con las sociedades locales que dominaban. Pero este hecho no disminuía sus rivalidades.

La competencia entre las casas aristocráticas llevaba con frecuencia a la violencia, como sucedió durante la guerra de Troya, pero también podía adoptar una forma religiosa en la creación de cultos a los héroes. Dichos cultos podían comenzar cuando una familia importante reclamaba una majestuosa tumba micénica cercana como perteneciente a un antepasado famoso y practicaba en ella el sacrificio debido y demás rituales. Esta devoción podía extenderse a sus seguidores y dependientes; a veces, una comunidad entera se identificaba con ese famoso héroe local. De este modo, el ideal heroico se convirtió en un rasgo profundamente arraigado en la

sociedad griega, que los poemas de Homero conservarían y propagarían por el período clásico y más allá.

CONTACTOS EXTERIORES Y ASCENSO DE LA POLIS

En el siglo IX a. J.C. se produjeron cambios espectaculares por toda la cuenca del Egeo. Se intensificaron los contactos entre griegos y fenicios, pero lo más crucial fue que los griegos adoptaron el alfabeto de los fenicios y lo mejoraron reformando símbolos consonánticos innecesarios para representar vocales. Ahora no sólo se podían escuchar la melodía vibrante y la fuerza de los poemas homéricos, sino también escribirse y leerse. Además, los fenicios introdujeron en Grecia muchas tradiciones artísticas y literarias de Oriente Próximo, que los griegos incorporaron y remodelaron para sus propios fines.

Los fenicios también abrieron paso a una nueva actividad entre los griegos: la navegación. Hasta el siglo X a. J.C., la mayoría de los comerciantes griegos esperaba en su casa a que llegaran los fenicios; sin embargo, a finales de la edad oscura ya habían copiado los diseños fenicios para los navíos mercantes, lo que les permitió zarpar en empresas comerciales propias y también participar en la piratería. Cuando la actividad comercial aumentó, muchísimos griegos iniciaron el traslado entre su tierra natal, las islas y Anatolia, con lo que se adelantaron a la explosión colonial que surgiría desde el Egeo en los siglos VIII y VII a. J.C.

Estos avances económicos y culturales estuvieron acompañados de un crecimiento demográfico espectacular. Puede que la población alrededor de Atenas llegara a cuadruplicarse durante el siglo IX y comienzos del VIII. Este rápido aumento demográfico puso a prueba los recursos de Grecia, país montañoso con tierra agrícola limitada. Cuando las aldeas menores se convirtieron en ciudades, los habitantes de estas comunidades rivales establecieron contactos mutuos más frecuentes. Pronto se hizo necesario cierto grado de colaboración económica, política y social, pero los valores heroicos de la sociedad de la edad oscura no facilitaban las cosas. Cada comunidad guardaba como un tesoro su autonomía e independencia tradicionales, celebraba sus propios cultos religiosos y honraba a sus propias lumbreras. Así pues, ¿en virtud de qué podían unirse esas comunidades?

La solución griega a este desafío fue la *polis*, mezcla singular de estructuras organizativas institucionales e informales. Aunque *polis* es la raíz de la que proviene la palabra *político*, muchos griegos concebían su polis menos como un estado que como una colectividad social. Las fuentes antiguas hacen referencia a «los atenienses», «los espartanos» o «los tebanos» más a menudo que a las *poleis* (plural de *polis*). E incluso cuando los griegos hablaban de la polis como tal, con frecuencia

lo hacían como si todos sus residentes fueran miembros de una única familia extendida que a su vez estaba dividida en grupos menores basados en el parentesco, como tribus, clanes y hogares.

Las poleis diferían ampliamente en tamaño y organización. Sin embargo, desde el punto de vista estructural, en su mayoría, estaban organizadas en torno a un centro político y social conocido como el *asty*, donde se celebraban el mercado y las reuniones importantes y se resolvían al aire libre los asuntos cruciales de la polis. Rodeando al *asty* urbanizado estaba la *chora*, la «tierra». La *chora* de una polis grande podía sostener a otros pueblos además del *asty*, así como a numerosas aldeas; por ejemplo, todos los residentes del territorio completo de Ática eran considerados ciudadanos de Atenas. La vasta mayoría de los atenienses eran, de este modo, campesinos que podían acudir al *asty* para participar en los asuntos de su polis, pero que no residían en el centro urbano.

Synoikismos (o sinecismo, «reunión de las moradas») fue el modo de describir el proceso de las primeras formaciones de polis. Podía producirse por conquista o absorción, o mediante el lento proceso de trabajo mutuo y acomodación entre comunidades vecinas. Qué espoleó el sinecismo es asunto de debate. Algunas poleis se conformaron en torno a cumbres defendibles como la Acrópolis en Atenas. Puede que los griegos también copiaran una práctica de Oriente Próximo (y fenicia en particular) de ubicar un centro urbano alrededor del recinto de un templo. Sin embargo, en Grecia el templo central de una polis no siempre estaba situado dentro de las murallas de la ciudad; en Argos, por ejemplo, el ingente templo a Hera se encontraba a varios kilómetros de cualquier asentamiento considerable. Además, en muchas ciudades griegas la edificación del templo puede haber sido consecuencia de la formación de la polis y no su causa, cuando las élites competían entre sí para exaltar a su polis y cubrirse de gloria. Como era habitual en la vida griega en general, probablemente no existiera un patrón estandarizado en virtud del cual cobraron forma las primeras poleis.

Grecia arcaica, 800-480 a. J.C.

Con el surgimiento de la polis y el regreso de la escritura y la alfabetización, comienza la edad arcaica. Después de haber languidecido en la oscuridad durante casi cuatro siglos, la civilización griega irrumpe ahora con un dinamismo y energía asombrosos. La Grecia arcaica es notable no sólo por sus logros, sino también por su disposición para explorar nuevas vías en religión, sociedad y política. Este período también ha sido denominado acertadamente como la «era del experimento».

En los siglos VIII y VII, las aventuras comerciales y migraciones griegas a pequeña escala por el Egeo evolucionaron hasta convertirse en un esfuerzo de colonización plenamente desarrollado. Cada colonia era una fundación independiente, con lazos emocionales y sentimentales con su ciudad matriz, pero sin obligaciones políticas. Los griegos, a finales del siglo VI a. J.C., ya habían fundado varios cientos de nuevas colonias desde el mar Negro hasta el Mediterráneo occidental, lo que alteró de manera permanente la geografía cultural del mundo mediterráneo. Las costas occidentales de Anatolia continuarían siendo un bastión de la cultura griega hasta el final de la Edad Media; tantos griegos se asentaron en el sur de Italia y Sicilia, que los romanos llamaron a la región la Magna Grecia, la «Grecia mayor»; en el siglo IV a. J.C. ya vivían allí más griegos que en la propia Grecia. Asimismo, podían encontrarse colonias griegas más hacia el oeste, en el norte de África y a lo largo de la costa meridional de Francia.

Los motivos para la colonización variaban. Algunas polis, como Corinto, estaban bendecidas por la geografía, pero maldecidas por la pobreza agrícola de sus tierras. Por tanto, el comercio se convirtió en su vida. El clan aristocrático dirigente del siglo VIII emprendió un ambicioso plan de colonización con el establecimiento de colonias por la costa del Adriático y en Sicilia como modo de fomentar el comercio. Otras poleis, enfrentadas a las presiones demográficas y la agitación política, utilizaron la colonización como salida para el exceso de población y los disidentes.

La expansión colonial intensificó los contactos con otras culturas, sobre todo con Egipto y Fenicia. La cerámica fenicia llevó a Grecia nuevos motivos artísticos y figuras mitológicas; Egipto influyó enormemente en las primeras representaciones escultóricas griegas de la forma humana. Al mismo tiempo, sin embargo, el contacto intensificado con otras culturas agudizó la conciencia griega de su identidad común y peculiaridad como «helenos» (nombre que se daban a sí mismos los griegos). Este «helenismo» consciente no llevó de manera forzosa a una mayor colaboración política entre las poleis ferozmente independientes. Al igual que los sumerios, los griegos eran particularistas poco inclinados a asociaciones políticas permanentes mayores que la polis. También estaban divididos por distinciones lingüísticas entre hablantes jónicos y dóricos, si bien comenzaba a surgir, pese a su rebeldía política, un sentimiento de cultura y conceptos comunes.

El helenismo también alentó el desarrollo de lugares de culto pan-helénicos («todos los griegos»), como el Oráculo de Delfos, y de festividades panhelénicas, como los Juegos Olímpicos. A Delfos llegaba gente procedente de todo el mundo griego para buscar el consejo de la sacerdotisa de Apolo, que se hallaba sentada sobre una grieta de la tierra y mascaba hojas de eucalipto. Sus respuestas ininteligibles,

ofrecidas mientras se encontraba en estado de trance, las traducían entonces en verso perfecto los sacerdotes que la asistían. Estas respuestas eran lo suficientemente vagas como para que el oráculo rara vez se equivocara, incluso juzgado a posteriori. En los Juegos Olímpicos los griegos honraban al rey de los dioses, Zeus, cerca de su templo gigantesco en Olimpia. Les enorgullecían tanto estas competiciones atléticas, que hasta los historiadores fechaban los acontecimientos por las «Olimpiadas», períodos de cuatro años que comenzaron con la supuesta fecha de los primeros juegos en 776 a. J.C. Sólo se permitía la participación de griegos y todas las guerras entre ellos tenían que cesar mientras tenían lugar. Una victoria en los juegos proporcionaba gran prestigio al ganador, quien podía catapultarse a una posición de poder social e incluso político en su polis. Como era de esperar, estas competiciones contribuían poco a detener las disputas y rivalidades entre las poleis, pero sí fortalecían el sentimiento de que compartían una cultura común, pese a las diferencias políticas y lingüísticas.

LA GUERRA HOPLITA

Durante la edad oscura, la fuerza militar de la comunidad griega descansaba en la élite, cuyos miembros contaban con tiempo, recursos y entrenamiento para convertirse en héroes guerreros «homéricos». Los soldados de infantería rasos desempeñaban un papel secundario como seguidores y partidarios de los guerreros aristócratas que se batían en duelo en un combate individual. Este monopolio de las hazañas militares proporcionaba a la aristocracia una tremenda influencia política y social dentro de las poleis incipientes. Como resultado, los aristócratas dominaban los cargos políticos y el sacerdocio, así como la vida económica.

La introducción de las tácticas hoplitas durante el período arcaico puso fin al dominio militar de la aristocracia. Los hoplitas eran soldados de infantería, armados con lanzas o espadas cortas, que estaban protegidos por un gran escudo redondo (*hopla*), un peto, un casco y a veces muñequeras y rodilleras. En la batalla, los hoplitas se colocaban hombro con hombro en una estrecha formación llamada falange en varias filas a lo ancho y a lo largo, y cada hoplita portaba el escudo en la mano izquierda para proteger el costado derecho sin escudo del hombre que estaba a su lado; en la mano derecha blandía un arma arrojadiza, como una lanza o una espada corta, de modo que, al aproximarse una falange, presentaba una muralla casi impenetrable de armaduras y armas a sus rivales. Si un hombre de la primera fila caía, el que estaba detrás se adelantaba para ocupar su lugar; en realidad, el peso de la falange completa estaba literalmente detrás de la primera línea, pues cada soldado ayudaba al ataque inclinándose con su escudo hacia el hombre que tenía delante. La cerrada formación y la pesada armadura (más de 31 kilos incluido el casco) requerían

una única destreza: la capacidad de mantenerse juntos. Mientras la falange permaneciera intacta, era una formación casi invencible.

Continúa siendo un misterio dónde, cuándo y cómo llegaron a Grecia las tácticas hoplitas. Puede que los griegos las aprendieran de los asirios. Pero dejando de lado su procedencia, una vez que se introdujeron, todas las poleis se apresuraron a adoptarlas. Las tácticas hoplitas ya eran un elemento normal en la guerra griega, a finales del siglo VII a. J.C.

El resultado fue una revolución social y política. Puesto que toda polis necesitaba una fuerza hoplita para proteger su independencia, los campesinos que podían permitirse la adquisición de la armadura requerida se convirtieron pronto en una fuerza política y social dentro de la polis arcaica, «la clase hoplita». Pero los sacrificios que exigía este tipo de guerra eran grandes, y cundió la agitación entre los hombres que ahora se habían vuelto indispensables para la supervivencia de la polis, pero que no participaban en la toma de decisiones. En un principio los estudiosos creyeron que su malestar bastó por sí solo para forzar concesiones de la aristocracia que incluirían el acceso a la toma de decisiones y la redacción de leyes para garantizar una justicia «igual», pero en realidad puede que fueran algunos aristócratas descontentos quienes impulsaran el cambio político.

LA CULTURA ARISTOCRÁTICA Y EL ASCENSO DE LA TIRANÍA

Durante la mayor parte de los siglos VII y VI a. J.C., los aristócratas continuaron dominando las poleis griegas. Eran habituales las luchas por conseguir influencia entre familias aristocráticas competidoras, que pretendían dar jaque mate a sus rivales utilizando nuevas leyes y el despacho de expediciones coloniales como armas. Sin embargo, a pesar de sus peleas, los aristócratas gozaban de todo el poder dentro de la polis, no menos porque eran los únicos miembros de la sociedad que podían permitirse ocupar estos cargos políticos que no tenían sueldo pero que ocupaban tiempo.

Los aristócratas de la edad arcaica no sólo pretendían riqueza, poder y gloria, sino también una cultura y un estilo de vida definidos. Ocupar cargos y participar en la política eran parte de este estilo de vida, pero también lo era el simposio, una reunión íntima en la que los hombres de la élite disfrutaban del vino (a veces en cantidades ingentes), la poesía (de la épica a las canciones de borrachera subidas de tono), concursos de baile y cortesanas que proporcionaban música y servicios sexuales. Las mujeres respetables estaban excluidas de estas reuniones, al igual que de los restantes aspectos de la vida social y política. También quedaban excluidos los hombres que no pertenecían a la aristocracia. Así pues, el simposio era mucho más que un acto social.

Constituía un rasgo esencial de la vida masculina aristocrática dentro de la polis.

La homosexualidad era otro aspecto importante de la cultura aristocrática en el período arcaico. La conducta homosexual aristocrática estaba regulada por la costumbre social. Lo habitual era que un hombre de entre veintitantos a treinta y tantos años en ascenso en la vida política tomara como amante y protegido a un joven aristócrata de diez y pocos años. Los dos formarían un lazo de amistad estrecho e íntimo en el que las relaciones sexuales desempeñaban un papel importante. Se creía que este lazo íntimo entre hombre y muchacho beneficiaba al miembro más joven de la pareja, pues aprendía el funcionamiento del gobierno y la sociedad, y por mediación de su amante mayor establecía importantes conexiones sociales y políticas de las que sacaría provecho más adelante en la vida. En efecto, Platón sostendría que el amor verdadero sólo podía existir entre dos amantes masculinos porque sólo dentro de esa relación podía un hombre encontrar una pareja merecedora de su afecto.

Así pues, en el período arcaico un complejo íntegro de valores, ideas, prácticas y asunciones informaba la identidad aristocrática. Como resultado, era imposible para los que se encontraban fuera de este mundo elitista participar de lleno en la vida pública de la polis. Sin embargo, a mediados de la era arcaica el círculo de la élite aristocrática se estrechó aún más. Un pequeño número de aristócratas dominaba ahora los cargos más elevados de la polis, con lo que se encontraban en posición de controlar una amplia zona de la vida cívica a expensas de sus rivales. Se dejó a muchos aristócratas fuera de su propia cultura, como meros observadores. Pero estos hombres tenían a mano el remedio a su problema: los hoplitas, quienes también se quejaban de su exclusión del poder político.

Cuando los círculos de poder político se estrecharon en el siglo VII, aumentó la violencia entre los grupos aristocráticos y acabó propiciándose el surgimiento de la tiranía como forma alternativa de gobierno. La palabra *tyrannos* no era originalmente griega, sino que se tomó de Lidia para significar a alguien que se hacía con el poder y gobernaba fuera del marco constitucional tradicional. De este modo, en la Grecia arcaica un tirano no era necesariamente un gobernante abusivo, y los pensadores de esa era se sintieron fascinados y horrorizados por su poder sin freno. Aristóteles condenaría la tiranía como perversión de la forma «pura» de la monarquía hereditaria, por mucho que en el período arcaico sirviera a menudo para abrir camino a la concesión de derechos políticos más amplios.

El tirano griego solía ser un aristócrata cansado de su exclusión de la élite o frustrado por las disputas mezquinas de las facciones aristocráticas dentro de la polis. Los futuros tiranos apelaban a la clase hoplita, cuya fuerza armada podía impulsarlos a una posición de poder único; a cambio, le extendían derechos de participación política o al menos le ofrecían nuevas garantías económicas y judiciales, a la vez que se esforzaban en retener las riendas del poder en sus manos. Era un estado de cosas

inestable de por sí, porque una vez que el tirano original había satisfecho los deseos de los hoplitas, la continuación de la tiranía se convertía en un obstáculo para la obtención de mayor poder para el pueblo, el *demos*. Por esta razón, las tiranías rara vez duraron más de dos generaciones. Las más de las veces sirvieron de estaciones de paso en el camino de la aristocracia a formas de gobierno más participativas, como la democracia.

LA POESÍA LÍRICA

La característica de la cultura griega arcaica es la poesía lírica, un nuevo cambio en la literatura que se originó en el siglo VII a. J.C. y ha continuado desde entonces. Las primeras obras maestras de la literatura griega son los imponentes poemas épicos de Homero, cuya esfera de acción es grandiosa y en los que abundan temas heroicos provenientes de la sociedad griega de la edad oscura. El sucesor de Homero, Hesiodo (c. 700 a. J.C.), compuso poemas épicos más cortos imbuidos de las visiones tradicionales. Su *Teogonía* describe los orígenes de los dioses y el cosmos creado; *Los trabajos y los días* es una diatriba personal contra su intrigante hermano y la élite de su ciudad natal que también aborda temas como las recompensas al trabajo tenaz, el lugar de la justicia en la polis y la importancia de tratar bien a los vecinos.

Las siguientes generaciones de poetas fueron menos ambiciosas en alcance, pero su obra con frecuencia goza de mayor atractivo debido a su naturaleza muy personal. Era habitual que los poetas hablaran de sí mismos en los versos de sus poemas. Los poetas líricos evitaban los tropos convencionales para concentrarse en temas que les interesaban más. Algunos se burlaban abiertamente de costumbres y valores típicos. Arquíloco de Paros (c. 680-640 a. J.C.), por ejemplo, conmemoró su servicio como mercenario escribiendo: «Algún sayo alardea con mi escudo, arma sin tacha, / que tras un matorral abandoné, a pesar mío. / Puse a salvo mi vida, ¿qué me importa el tal escudo? / [...] Ahora adquiriré otro no peor». ¿Dónde quedan el heroísmo y el mantenerse firme en la batalla? Arquíloco arrojó su equipo y huyó para salvarse. También dio rienda suelta a su enfado personal con una amante infiel y su mejor amigo, con el que ella se marchó, comparándola con una higuera que alimenta a todos los cuervos y deseando que se la llevaran como esclava al país salvaje de Tracia.

Entre los poetas líricos más famosos y consumados se encontraba Safo (c. 620-550 a. J.C.), que vivía en la polis de Mitilene, en la isla de Lesbos. Safo escribía poemas bellos y conmovedores sobre el anhelo romántico y el deseo sexual, a veces hacia hombres, pero con mayor frecuencia y pasión hacia otras mujeres. En un famoso poema escribió: «Me parece igual a los dioses ese hombre / que frente a ti se

sienta, y tan de cerca / te escucha absorto hablarle con dulzura / y reírse, deseable / [...] Y cuando te miro un solo instante, ya no puedo decir ni una palabra / mi lengua queda rota, / y un sutil fuego no tarda en recorrer mi piel [...]». Otro poema se inicia con los versos siguientes: «Dicen unos que lo más bello sobre la tierra oscura / es un ecuestre tropel; la infantería, otros, y éstos, / que una flota de naves, pero yo afirmo / que lo más bello es aquella a quien se ama».

Aunque algunos poetas líricos ensalzaron las virtudes marciales y elogiaron el heroísmo, el carácter intimista de la lírica nos revela algo completamente nuevo en la historia de Occidente: al individuo que expresa sus sentimientos, aunque estén en desacuerdo con la cultura dominante de la época.

La polis arcaica en acción

Las poleis arcaicas se desarrollaron de formas muy diferentes. Para ilustrar esta diversidad, examinaremos tres ejemplos particularmente bien documentados: Atenas, Esparta y Mileto. Sin embargo, ninguna es «típica» del desarrollo histórico de las poleis griegas en su conjunto. Hubo más o menos mil poleis en Grecia y de la mayoría no sabemos apenas nada. Parece improbable que entre tanta diversidad seamos capaces alguna vez de describir una polis «típica».

ATENAS

Los atenienses creían que ellos y su ciudad habían existido de forma continuada desde la Edad de Bronce, afirmación que formaba parte esencial de su identidad y su sentimiento de importancia dentro del mundo griego mayor. Pero aunque Ática se encontraba entre las regiones más pobladas y prósperas en la edad oscura, Atenas apenas contaba en esos primeros tiempos. Incluso al comienzo del período arcaico Corinto era la principal ciudad comercial de Grecia; Atenas destacaba como la potencia militar preeminente; y las islas egeas, junto con la costa central de Anatolia, eran los centros culturales primordiales.

Atenas surgió de la edad oscura con una economía claramente agrícola. Los ingresos que sus aristócratas habían obtenido mediante el comercio los habían reinvertido en tierra. A comienzos de la era arcaica, la élite aristocrática consideraba el comercio un medio dudoso de ganarse la vida. La orientación de su ciudad hacia el Egeo, junto con los excelentes puertos que había en el litoral de Ática, acabarían convirtiendo Atenas en una polis famosa en la actividad mercantil y marinera, pero hasta el siglo VI a. J.C. la aristocracia ateniense permaneció firmemente atrincherada

en la tierra.

El dominio aristócrata de Atenas descansaba sobre los magistrados elegidos, que monopolizaban, y el consejo de estado, que estaba compuesto por antiguos magistrados. A comienzos del siglo VII a. J.C., unos cargos aristocráticos llamados arcontes ya ejercían el poder ejecutivo. Dichos arcontes acabaron siendo nueve y presidían las funciones civiles, militares, judiciales y religiosas de la polis. Ocupaban el cargo durante un año y después se convertían en miembros vitalicios del consejo del Areópago, que era donde residía el poder real en Atenas. El Areópago elegía a los arcontes, con lo que controlaba a sus futuros miembros; también servía de especie de «tribunal supremo» y tenía una influencia tremenda en los procesos judiciales.

Durante el siglo VII se desarrollaron profundas divisiones económicas y sociales en la sociedad, cuando una proporción considerable de la población cayó en la esclavitud por deudas (la práctica de conseguir un préstamo poniendo como garantía a la persona que lo pedía y, cuando no era capaz de pagarlo, convirtiéndose en esclavo del acreedor). Asimismo, las rivalidades entre las facciones políticas de la aristocracia desestabilizaron la polis. En el año 632 a. J.C., un aristócrata prominente llamado Quilón intentó establecer una tiranía, pero se rindió cuando le ofrecieron un salvoconducto. Sin embargo, sus rivales políticos violaron su promesa de inmunidad, asesinaron a sus partidarios y lo enviaron al exilio. Los resentimientos perdurarían durante una generación.

El ciclo interminable de asesinatos por venganza que siguió al golpe de estado fallido de Quilón inspiró el primer intento de ley escrita en Atenas. En el año 621 a. J.C., a un aristócrata llamado Dracón se le encargó «fijar las leyes», y se propuso en particular controlar los homicidios mediante duros castigos («draconianos»). Sin embargo, su intento de estabilizar Atenas fracasó, y la ciudad se vio pronto al borde de la guerra civil. Con la esperanza de evitarla, en el año 594 a. J.C. los aristócratas y los hoplitas convinieron en que Solón fuera el único arconte durante un año y en otorgarle amplios poderes para reorganizar el gobierno. Solón era un aristócrata que había conseguido fama y fortuna como comerciante, lo que hizo que la sociedad ateniense confiara en él porque no estaba en deuda con ningún interés particular.

Sus reformas políticas y económicas pusieron los cimientos para el desarrollo posterior de la democracia ateniense. Prohibió la esclavitud por deuda y estableció un fondo para comprar a los esclavos por deuda atenienses que se habían vendido al extranjero. Fomentó el cultivo de olivos y viñas, con lo que espoleó la agricultura de cultivos comerciales y las industrias urbanas (como la alfarería, la producción de aceite y la construcción naval), necesarias para hacer de Atenas una potencia comercial. También amplió los derechos de participación política. Estableció tribunales en los que una mayor diversidad de ciudadanos servía de miembros del jurado y a los que podía apelar cualquier ateniense si le disgustaba una decisión del

Areópago. Basó la elección de los cargos políticos en criterios de propiedad, y de este modo posibilitó a quienes no habían nacido aristócratas lograr el acceso al poder mediante la acumulación de riqueza. Además, otorgó a la asamblea de ciudadanos (conocida como *ekklesia*) el derecho a elegir a los arcontes, paso que resultó crucial, puesto que todos los hombres atenienses de más de dieciocho años nacidos libres podían participar en la asamblea.

Con todo, las reformas de Solón no tuvieron éxito. La aristocracia las consideró demasiado radicales, y el demos, insuficientes. En la agitación que se suscitó, un aristócrata llamado Pisístratos consiguió establecerse como tirano en el año 546 a. J.C. Pisístratos permitió que los órganos de gobierno funcionaran como había pretendido Solón y lanzó una ingente campaña de proyectos de obras públicas. Sin embargo, detrás de la aparente moderación de su gobierno subyacía la intimidación callada pero persistente que practicaba mediante la contratación de mercenarios extranjeros y la crueldad con la que aplastaba toda disensión de su régimen. Al poner en práctica las reformas de Solón, fortaleció al demos y fomentó el gusto por el autogobierno. Fue un gobernante popular hasta su muerte. Sus hijos, sin embargo, resultaron mucho menos populares, y después de que uno de ellos fuera asesinado en una disputa aristocrática, el otro fue derrocado en seguida con la ayuda de los espartanos.

Tras la caída de los pistrátidas en el año 510 a. J.C., llegó un breve régimen contrarrevolucionario aristocrático, apoyado por los espartanos. Pero dos generaciones de acceso a un poder en aumento habían hecho que el demos ateniense no tuviera el más mínimo interés en volver a una oligarquía elitista. Por primera vez en la historia, el pueblo en general se levantó de forma espontánea y derrocó al gobierno. Se congregó en torno a Clístenes, también aristócrata, pero que había servido bien en el gobierno pistrátida y había abrazado la causa del demos tras la caída de la tiranía. Una vez votado como arconte en 508-507 a. J.C., Clístenes tomó medidas de inmediato para limitar el poder de la aristocracia. Al reorganizar a la población ateniense en diez «tribus» votantes, suprimió las identidades regionales dentro de Ática, que habían sido una importante fuente de influencia para la aristocracia. Fortaleció más la asamblea de ciudadanos atenienses y extendió la maquinaria del gobierno democrático al ámbito local por toda Ática. También introdujo la práctica del ostracismo, por la cual los atenienses podían decidir cada año si querían desterrar a alguien durante diez años y, de ser así, a quién. Clístenes creía que con este poder el demos podría impedir el regreso de un tirano y sofocar las luchas de facciones si la guerra civil parecía inminente.

En el año 500 a. J.C. Atenas ya se había convertido en la principal exportadora de aceites de oliva, vinos y cerámica del mundo griego. Las contiendas políticas del siglo VI también le habían otorgado un carácter mucho más democrático que el que

poseían cualquiera de las restantes polis griegas, y fortaleció de forma simultánea sus instituciones de gobierno central. Los atenienses estaban en disposición de asumir el papel que reclamarían para sí durante el siglo V como modelo de la cultura griega y defensores de su estilo de democracia participativa.

ESPARTA

Situada en la parte meridional del Peloponeso (la gran península que forma el sur de Grecia), Esparta significaba todo lo que no eran los atenienses. Atenas era culta, sofisticada y cosmopolita; Esparta, básica, llana y tradicional. Dependiendo del punto de vista de cada cual, ambos conjuntos de adjetivos podrían servir de admiración o de crítica.

Esparta tomó forma cuando cuatro aldeas (y al final una quinta) se unieron para crear la polis. Tal vez como reliquia del proceso de unificación, mantuvo una monarquía doble a lo largo de la historia, con dos familias reales y dos líneas de sucesión. Aunque la antigüedad o la capacidad solían determinar cuál de los dos reyes gobernantes gozaba de mayor influencia, ninguno era técnicamente superior al otro, situación que condujo a la intriga política intestina.

El sistema espartano dependió de su conquista de Mesenia, rica región agrícola situada al oeste de Esparta. Hacia el año 720 a. J.C., los espartanos subyugaron la región y esclavizaron a la población. Estos *ilotas* (como entonces se denominó a los mesenios esclavizados) siguieron trabajando la tierra, que ahora se parceló entre los espartanos. Sin embargo, hacia el año 650 a. J.C., los ilotas se levantaron en una revuelta y obtuvieron el apoyo de varias ciudades vecinas, y llegaron a amenazar brevemente a Esparta con la aniquilación. Al final, ésta triunfó, pero la conmoción de esta rebelión produjo una transformación permanente en su sociedad.

Dispuesta a impedir otro levantamiento, Esparta se convirtió en la polis más militarizada de Grecia. En el año 600 a. J.C. toda la polis ya se orientaba al mantenimiento de su ejército hoplita, una fuerza tan superior que los espartanos, confiados en su seguridad, dejaron sin fortificar su ciudad. El sistema espartano hacía de todo ciudadano pleno, llamado *espartiate* (o, de forma alternativa, «igual»), un soldado profesional de la falange. En una época en la que la sociedad ateniense se estaba volviendo más democrática, en Esparta la ciudadanía se iba «aristocratizando», convirtiendo a cada ciudadano-soldado en un guerrero-campeón de la falange hoplita.

Esparta llegó a ser una sociedad organizada para la guerra. Las autoridades examinaban a todos los niños que nacían y determinaban si estaban sanos para ser criados (en caso contrario, se los abandonaba en las montañas). Si resultaban dignos

de crianza, a los siete años se los colocaba en el sistema educativo estatal. Los niños y las niñas se instruían juntos hasta los doce años, participaban en ejercicios, gimnasia, otra preparación física y competiciones. Luego los niños pasaban a vivir en los barracones, donde iniciarían en serio su formación militar. Las niñas continuaban una educación en letras hasta que se casaban, por lo general en torno a los dieciocho años.

La formación en los barracones era rigurosa con miras a acostumbrar al joven a las privaciones físicas. A los dieciocho años tenía que intentar ser aceptado en un *syssition*, una tienda comedor comunal, además de una especie de fraternidad de combate. Si fracasaba, no podría convertirse en un espartiatas completo y perdería sus derechos como ciudadano. Sin embargo, si era aceptado, permanecería en los barracones hasta que tuviera treinta años. Aunque se pedía que los hombres se casaran entre los veinte y los treinta años, a los que vivían en los barracones sólo se les permitía reunirse con sus esposas a escondidas, hecho que quizá explique en parte la tasa de nacimientos tan baja entre las parejas de espartiatas. Una vez cumplidos los cincuenta, el varón espartiatas podía vivir con su familia, pero permanecía como militar en activo hasta los sesenta años, si bien no era probable que participara en el combate de falanges una vez que sobrepasara los cuarenta y cinco años.

Todos los varones espartiatas de más de treinta años eran miembros de la asamblea de ciudadanos, la *apella*, que votaba sí o no, sin debate, en asuntos que les proponía un consejo formado por veintiocho ancianos (la *gerousia*), además de los dos reyes. La *gerousia* era el principal organismo normativo de la polis, así como su tribunal fundamental. Sus miembros eran elegidos por la *apella* de por vida, pero tenían que sobrepasar los sesenta años. Cinco éforos, elegidos anualmente por la *apella*, supervisaban el sistema educativo y actuaban de guardianes de las tradiciones. En su último papel podían incluso deponer a un rey descarriado del mando del ejército cuando estaba en campaña. Los éforos también supervisaban el servicio secreto, la *kripteia*, y reclutaban agentes entre los jóvenes espartiatas más prometedores. Los agentes espiaban a los ciudadanos, pero su principal labor consistía en infiltrarse entre la población de los ilotas, identificar a posibles perturbadores y matarlos.

La política espartana solía girar en torno a la precaria relación entre los ilotas y los espartiatas. Los ilotas superaban a los espartiatas en número en una proporción de diez a uno, y Mesenia ardía en revueltas cada poco tiempo. Los ilotas acompañaban a los espartanos durante las campañas como portadores de escudos y lanzas, además de como responsables del bagaje; resulta notable que no sepamos de revueltas en estas circunstancias. Sin embargo, cuando no estaban en campaña, los ilotas eran una preocupación de seguridad constante. Todos los años, de forma ritual, los espartanos les declaraban la guerra, como recuerdo de que no tolerarían intentos de liberación.

Pero los espartiatas nunca descansaban tranquilos en sus camas; los espartanos eran renuentes a mandar fuera a su ejército, debido en parte a que temían que su ausencia prolongada pudiera alentar un alzamiento de los ilotas en el país. La esclavitud de los ilotas hizo posible el sistema espartano, pero el hecho de que Esparta tuviera que depender de una población hostil de esclavos también fue una limitación seria para su poder.

Los espartiatas tenían prohibido participar en intercambios o comercio debido a que la riqueza podría distraerlos de su persecución de la virtud marcial. Tampoco labraban sus tierras. La actividad económica en el estado espartano recaía en los ilotas o en los residentes libres de otras ciudades peloponesas (conocidos como los *perioikoi* [periecos], «los que moran alrededor»). Los periecos disfrutaban de ciertos derechos y protección en la sociedad espartana, y algunos se hicieron ricos administrando sus negocios. Sin embargo, no ejercían derechos políticos dentro del estado espartano y era Esparta quien dirigía su política exterior. Los espartiatas que perdían sus derechos como ciudadanos también se convertían en periecos.

Los espartanos rechazaban de forma consciente la innovación o el cambio. Se llamaban a sí mismos los protectores de las «constituciones tradicionales» de Grecia, entendiendo por tales los regímenes aristocráticos más antiguos. En este papel, Esparta intentó evitar el establecimiento de tiranías en los estados vecinos y derrocarlas cuando surgieron. Su tenaz defensa de la tradición la convirtió en objeto de admiración en todo el mundo griego, aunque pocos griegos sintieran algún deseo de vivir como lo hacían los espartanos.

El defecto fatal del sistema espartano fue demográfico. Había muchos modos de perder la posición de espartiatas, incluidas la conducta criminal y la cobardía, pero la única manera de llegar a serlo era por la cuna, y la tasa de nacimientos no podía mantenerse a la par que la demanda de espartiatas. Como consecuencia, el número de espartiatas de pleno derecho descendió de unos diez mil en el período arcaico a sólo unos mil a mediados del siglo IV a. J.C.

MILETO

Al otro lado del Egeo, enfrente de la Grecia continental, se encontraban las ciudades griegas de Anatolia. Durante el período arcaico, Mileto, una estrecha franja costera que dominaba la parte central del litoral occidental, fue la potencia más comercial, cultural y militar de Jonia. Formaba parte del mundo griego desde hacía largo tiempo, pero las influencias de Oriente Próximo también moldearon su cultura en aspectos importantes. Jonia fue el lugar de nacimiento de la épica griega, y continúa el debate sobre en qué medida podrían haber influido los modelos de Oriente Próximo en los

poemas homéricos. Sin duda, había otros empeños creativos que mostraban influencia de Oriente Próximo. Animales fantásticos, un tema antiguo del arte decorativo oriental, se representaron con frecuencia en la cerámica milesia durante los siglos VII y VI a. J.C. Los intelectuales milesios también conocían bien las tradiciones de la literatura y el saber orientales. Algunos incluso recurrían a los grandilocuentes comienzos de los decretos imperiales persas («así habla Darío el gran rey [...]») para efectuar sus propias observaciones, completamente diferentes («así habla Hecateo de Mileto: los dichos de los griegos son muchos y necios»).

La relación estrecha pero difícil entre los jonios de la costa y el reino interior de Lidia llevó a un intercambio cultural cruzado particularmente extenso. Fue a través de los jonios como se introdujo en el mundo griego la invención lidia de la acuñación. A su vez, los jonios desempeñaron un papel crucial en la helenización del interior de Asia Menor. Bajo la presión de los lidios —quienes querían para sí los fabulosos puertos de la costa de Anatolia—, las ciudades importantes de Jonia acabaron reuniéndose para formar la Liga Jónica, una confederación política y religiosa de poleis independientes comprometidas en el apoyo mutuo en tiempos de necesidad. Fue la primera organización de este tipo conocida en el mundo griego.

Los milesios fundaron muchas colonias, sobre todo en el mar Negro y sus alrededores. También desarrollaron su actividad en Egipto, donde los principales puestos de avanzada comerciales fueron fundaciones milesias. Sus esfuerzos coloniales, combinados con su ventajosa posición para el comercio con el resto de Asia Menor, proporcionaron gran riqueza a Mileto, que alcanzó la cumbre de su poder a comienzos del siglo VI a. J.C., cuando su tirano Trasíbulo logró rechazar el ataque lidio y (probablemente) construyó una flota para proteger sus intereses navales. Sin embargo, tras su muerte, la continua presión de Lidia, combinada con la competencia de la isla jónica de Samos, llevaron al lento declive de Mileto en el curso del siglo VI.

Asimismo, Mileto se convirtió en el centro del pensamiento especulativo y la filosofía griega. Desde el siglo VI a. J.C., una serie de pensadores conocidos como los «presocráticos» (porque llegaron antes que el gran filósofo Sócrates) planteó serias preguntas sobre la relación entre el mundo natural (el *kosmos*), los dioses y los hombres. Con frecuencia sus explicaciones trasladaban a los márgenes la agencia divina o la suprimían por completo, motivo por el cual los griegos de la época los miraban con recelo. La denominada Escuela de Mileto contó con tres pensadores sucesivos: Tales, Anaximandro y Anaxímenes. Los tres recurrieron a tradiciones más antiguas del saber de Oriente Próximo, como la astronomía babilónica, pero según el modo habitual entre los griegos, le daban muchas vueltas a esas ideas. Calculando y observando los movimientos del firmamento, los pensadores de la Escuela de Mileto buscaron explicaciones físicas para lo que veían, y se negaban a suponer que los

cuerpos celestiales eran dioses. Al hacer de la observación de los hombres y no de la voluntad de los dioses el punto de partida de su pensamiento, esta escuela comenzó a formular teorías racionales para explicar el universo físico que observaba.

Estimulados por el cosmopolitismo de su ciudad, los filósofos milesios también empezaron a replantearse su lugar en el mundo humano, y así inauguraron lo que a veces se ha denominado «la revolución jónica en el pensamiento». Hecateo de Mileto, el primer griego que dibujó un mapa del mundo conocido, escribió sus comentarios sobre la necesidad de los griegos después de extensos viajes durante los que estudió otras culturas y a sus dioses. Jenófanes de Colofón observó que los tracios (pueblo bárbaro que vivía al norte de los griegos) creían que los dioses tenían los ojos azules y el cabello pelirrojo, mientras que los etíopes representaban a los suyos con la piel oscura y el cabello rizado. Llegó a la conclusión de que los seres humanos creaban a los dioses a su imagen y semejanza, y no al revés. Declaró que si los bueyes pudieran hablar y fabricar objetos, rezarían y darían forma a dioses que parecerían bueyes. Este relativismo era nuevo, pero se convertiría en una corriente característica en la filosofía griega posterior.

Esta fisura creciente entre el credo religioso y la especulación filosófica fue un avance crucial en la historia del pensamiento occidental. Sin embargo, fue menos completa de lo que se suele imaginar. La filosofía era un juego para unos pocos griegos, no para el ciudadano medio; y cuando los filósofos dirigieron su atención a la relación de los seres humanos con los dioses, se pusieron nerviosos hasta los ciudadanos de las poleis más progresistas. Los dioses eran una parte demasiado central de la vida cotidiana como para no sentirse amenazados por un pensamiento filosófico tan impío.

La lucha entre la religión y la filosofía acabaría librándose no en Mileto, sino en Atenas más de cien años después de la atrevida proclamación de Jenófanes. La revolución jónica del pensamiento perdió fuerza a partir del año 546 a. J.C., cuando los persas conquistaron Lidia y asumieron su protectorado sobre las ciudades-estado griegas de Asia Menor, incluida Mileto. A la larga, la resistencia milesia al dominio persa desencadenaría el mayor enfrentamiento que había conocido el mundo griego hasta entonces: la guerra con el poderoso Imperio persa.

Las guerras médicas

El período arcaico de la historia griega se cerró entre dramáticas batallas contra los persas. Cuando se iniciaron las hostilidades, Persia era el estado más poderoso que el mundo había visto, capaz de reunir más de un millón de hombres armados. En contraste, los griegos seguían siendo un conjunto de poleis ferozmente desconfiadas

unas de otras y competitivas al máximo. Una polis excepcionalmente grande como Atenas o Esparta podía poner en el campo diez mil hoplitas, pero la inmensa mayoría de los estados griegos apenas era capaz de aportar unos cuantos cientos cada uno. Durante dos décadas la amenaza de la conquista persa se cernió en el horizonte, y cuando por fin se alejó el peligro inmediato a la libertad, la experiencia de la guerra había cambiado el mundo griego de manera inconmensurable.

LA REVUELTA JÓNICA, 499-494 A. J.C.

Nuestra fuente principal para las guerras médicas es Herodoto, el «padre de la historia». Su relato refleja muchas de las corrientes intelectuales de Atenas a mediados del siglo V, donde vivió y trabajó. Exhibiendo una especie de determinismo geográfico y cultural, atribuyó la guerra entre Persia y Grecia a un antiguo odio entre Europa y Asia, pero su misma narración muestra que la causa inmediata fue un conflicto político surgido en Mileto.

En el año 501 a. J.C., Aristágoras —el tirano de Mileto, marioneta de los persas— estaba muy preocupado porque sus días como favorito de Darío el Grande estaban contados. Pasando de marioneta a patriota, enardeció a los milesios y al resto de Jonia para que se rebelaran contra el dominio persa. También buscó el apoyo militar de la Grecia continental. Los espartanos se negaron a enviar su ejército al exterior, pero los atenienses y la ciudad de Eretria, en la isla de Eubea, se apiadaron de sus camaradas jonios y aceptaron enviar un total de veinticinco barcos con sus tripulaciones. Esta pequeña fuerza tomó la antigua capital lidia de Sardis (entonces centro administrativo persa) y la quemó hasta los cimientos. Pero los atenienses y los eretrios se retiraron después de esta hazaña, y dejaron a los jonios a su suerte. Tras cinco años de valiente combate, los rebeldes acabaron aplastados por el poder, muy superior, de Persia en el año 494 a. J.C.

Sin embargo, Darío se dio cuenta de que mientras sus súbditos griegos de Asia Menor pudieran recurrir a sus primos del otro lado del Egeo, anhelarían la libertad, así que decidió enviar una expedición punitiva para dar una lección a Atenas y Eretria. Mandó veinte mil soldados a las órdenes de dos de sus mejores generales en una campaña que saltaría de isla en isla por el Egeo. Las fuerzas persas desembarcaron en Eubea en el verano del año 490, saquearon y quemaron Eretria, y mandaron a su población a la cautividad en Persia. Después cruzaron el angosto estrecho hasta Ática, para desembarcar en la llanura de Maratón.

MARATÓN Y SUS CONSECUENCIAS

Los atenienses, reconociendo el peligro que arrostraban, buscaron la ayuda de los espartanos, quienes respondieron que no se la podían brindar porque estaban celebrando una festividad religiosa. Únicamente la pequeña polis vecina de Platea se ofreció a auxiliarlos. Los atenienses tendrían que entablar combate solos contra los poderosos persas.

La falange ateniense, superada con creces en número y sin una caballería eficaz con la que hacer frente a los persas, tomó posición entre dos cerros para bloquear el acceso al camino principal al asty. Tras un pulso de varios días, el general ateniense Milcíades recibió noticias de que los persas estaban abrevando a sus caballos y que la infantería (numéricamente superior, pero mal equipada en comparación con los diez mil hoplitas atenienses) era vulnerable, así que dirigió un ataque que aplastó a la fuerza persa, le causó pérdidas catastróficas. Herodoto relata que murieron 6.400 persas y sólo 192 atenienses. Los persas se retiraron.

Los atenienses habían derrotado al mayor imperio del mundo, y lo habían hecho sin la ayuda espartana. Fue un tremendo estímulo para su confianza y muchos se regocijaron de su victoria, la victoria del demos. Sin embargo, el político ateniense Temístocles creía que no sería la última vez que Grecia vería a los persas, quienes, inevitablemente, regresarían con una fuerza mucho mayor. En el año 483 a. J.C., los atenienses descubrieron un rico yacimiento de plata en la campiña de Ática y Temístocles los persuadió para que no dividieran las ganancias entre ellos (según la práctica acostumbrada), sino que las utilizaran para construir una flota de doscientos triremes, lo último en barcos de guerra en la época. De este modo, Atenas se transformó en la potencia naval preeminente del mundo griego justo a tiempo para afrontar una nueva acometida persa.

LA INVASIÓN DE JERJES

Darío murió en el año 486 a. J.C. y le sucedió su hijo Jerjes, quien comenzó a preparar una masiva invasión por tierra de Grecia, diseñada para conquistar el país completo. Apoyado por una flota de seiscientos barcos, el gran ejército de Jerjes (que alcanzaba al menos los 150.000 hombres y puede que incluso llegara hasta los 350.000) partió de Sardis en el año 480 a. J.C. y cruzó el angosto estrecho que separaba Europa de Asia sobre puentes de pontones. A diferencia de su padre, que había enviado a excelentes generales contra Atenas, Jerjes encabezó en persona esta campaña.

Muchas ciudades griegas capitularon de inmediato. Sin embargo, Atenas, Esparta, Corinto y unas treinta más se negaron a doblegarse y formaron la Liga Helénica para acabar con la amenaza persa. Bajo la dirección militar de Esparta, los aliados griegos,

inferiores en número, se enfrentaron a Jerjes en el paso de las Termopilas en agosto del año 480. Durante tres días los griegos rechazaron a la multitud persa, mientras su flota libraba batalla con una flotilla persa cerca de Artemisio. La defensa de las Termopilas liderada por Esparta fracasó, pero su sacrificio permitió a la flota, bajo la guía de Temístocles, infligir graves pérdidas a los persas y luego retirarse sin percances hacia el sur.

Temístocles se dio cuenta de que ya no podían defender su ciudad y convenció a los atenienses para que la abandonaran y se retiraran a la isla de Salamina, situada frente a la costa de Atica. A comienzos de septiembre, los atenienses observaron cómo los persas prendían fuego a Atenas. Sin embargo, el tiempo corría a favor de Temístocles. El ingente ejército de Jerjes dependía de su flota para los suministros. Como el mal tiempo hacía muy arriesgada la navegación por el Egeo en otoño, los persas buscaban desesperados forzar una batalla decisiva antes de que la estación se pusiera en su contra.

A finales de septiembre, la flota persa, superior en número, creyendo que los griegos estaban a punto de huir de Salamina, navegó hasta la bahía de Eleusis, donde se encontró con que Temístocles tenía a la flota griega dispuesta para el combate. Los griegos aplastaron a la flota persa mientras Jerjes contemplaba el desastre desde un trono colocado en lo alto de una colina. Al año siguiente, un ejército griego se impuso en tierra en la batalla de Platea y expulsó por completo a los persas de la Grecia continental. Contra todas las previsiones, las poleis griegas, pequeñas, díscolas e inferiores en número, habían derrotado al imperio más poderoso del mundo mediterráneo. Fue un momento decisivo en la historia de Grecia que anunció la entrada en la edad clásica o dorada.

La «edad dorada» de la Grecia clásica

En el medio siglo posterior a la batalla de Salamina, Atenas disfrutó de un ascenso meteórico de poder y prestigio, se convirtió en la primera potencia naval del Mediterráneo oriental y en un rival militar incluso para Esparta. También surgió como líder de la Confederación de Delos, un grupo de poleis dispuestas a continuar la guerra contra Persia. Como líder de la confederación, Atenas controlaba sus fondos y recursos, hecho que permitió a los atenienses hacer de su polis —en palabras de su brillante dirigente político Pericles— «la escuela de la Hélade». El siglo v a. J.C. fue testigo de los mayores logros de la cultura griega y del florecimiento de la democracia ateniense. Sin embargo, ambos fueron avivados por la relación cada vez más difícil que Atenas mantenía con sus aliados, quienes en la década de 430 ya habían empezado a parecer más súbditos atenienses que poleis libres.

Las reformas de Clístenes alentaron más experimentos en la democracia griega, incluida la selección por sorteo de los cargos más importantes. Sólo un puesto clave se cubría ahora por la votación tradicional: el de *strategos* o general. Como un hombre podía ser elegido estratego año tras año, este puesto se convirtió en la meta de las figuras públicas con mayor talento y ambición de Atenas. Temístocles había sido estratego, al igual que Cimón, quien dirigió la Confederación de Delos a asombrosas victorias sobre Persia en las décadas de 470 y 460. Pero Cimón también volvió la confederación contra los miembros que intentaban abandonarla, aniquiló sus «revueltas» por la fuerza de las armas y convirtió la confederación cada vez más en un instrumento de la política ateniense.

Las victorias militares de Cimón le hicieron el político más poderoso de Atenas. Sin embargo, en la década de 460 el talante político de la polis estaba cambiando: nuevas voces exigían un mayor papel en el gobierno, sobre todo los *thetes*, la clase inferior de las cuatro establecidas por Solón. Como remeros, estos hombres eran la espina dorsal de la importantísima flota ateniense; sin embargo, como ciudadanos, desempeñaban un papel insignificante en el gobierno de su polis.

Y surgió un inesperado adalid para su causa, un aristócrata de una de las familias nobles más prestigiosas de Atenas: Pericles. Rival político de Cimón, Pericles utilizó un programa de concesión de mayores derechos políticos a los *thetes* y una política exterior antiespartana para derrotarlo. Fue elegido estratego para el período 462-461 y consiguió el ostracismo de Cimón de Atenas. Entonces impulsó reformas para consolidar la democracia. Otorgó a todos los ciudadanos el derecho a proponer y enmendar la legislación, sin limitarse a votar sí o no en la asamblea. También facilitó a los ciudadanos más pobres la participación en la asamblea y en los tribunales superiores de apelación, pagando el salario medio de un día por asistencia. Mediante esta y otras medidas, los *thetes* se convirtieron en una fuerza dominante en la política, leales al hombre que había hecho posible dicho dominio.

Pericles glorificó la democracia ateniense con un ambicioso plan de edificación pública y espléndidas fiestas para los dioses, en especial Atenea. También fue un mecenas generoso de las artes, las ciencias y la literatura, atrajo a las mejores mentes de la época a la ciudad. Su postura política populista, combinada con su habilidad para inspirar el sentimiento de que Atenas era superior, le aseguró su reelección como estratego durante las siguientes tres décadas. En esos años la cultura floreció como nunca antes. Pericles demostró ser un dirigente político desastroso, pero su Atenas marca un momento espectacular y brillante en la historia de las civilizaciones occidentales.

La Atenas de Pericles produjo grandes obras literarias durante la edad dorada. Nuestro conocimiento de la literatura griega clásica está dominado por la poesía y el teatro (tanto tragedia como comedia) que se crearon allí. La poesía épica y la lírica ya estaban bien asentadas en las formas literarias griegas cuando se inició el siglo v. Sin embargo, el teatro parece que fue una innovación que se desarrolló en Atenas a partir de las odas poéticas cantadas por los coros al dios Dioniso en los grandes festivales de primavera que se le dedicaban. Probablemente fue el tirano Pisístratos quien primero organizó la Gran Dionisiaca, y Cístenes quien la convirtió en un festival en el que se representaban obras dramáticas trágicas. Así pues, desde el comienzo, el teatro ateniense estuvo estrechamente conectado con la vida política y religiosa del estado que lo patrocinaba. Sin embargo, la transformación de las odas dionisiacas en una obra dramática genuina, con personajes y un coro, corresponde al gran autor de tragedias Esquilo (525-456 a. J.C.), quien al introducir un segundo personaje (y después un tercero) en la representación hizo posible ofrecer en el escenario por primera vez una conversación y, de ahí, conflictos humanos. La puesta en escena continuó siendo muy sencilla, pero el impacto emocional de la tragedia podía resultar abrumador.

Aristóteles declaró que el objetivo de la tragedia era inspirar piedad y temor al público y, de este modo, purgar estas emociones a través de una catarsis. A pesar de su enorme influencia, esta formulación resulta probablemente demasiado limitada para que sea útil a la hora de comprender la tragedia griega. Sus temas fundamentales —justicia, ley y las exigencias en pugna de la piedad y el deber que conducen a los hombres y mujeres a la destrucción— se derivaban de Homero. La mayoría de las tragedias cuenta historias bien conocidas de un pasado legendario: el sacrificio que hizo Agamenón de su hija, su asesinato a manos de su mujer Clitemnestra y la venganza que se toma su hijo Orestes; o la historia de Edipo, sobre un rey que, sin saberlo, mata a su padre y se casa con su madre. Pero la tragedia también podía tener un aspecto marcadamente contemporáneo. En *Los persas*, Esquilo contaba de nuevo la gran victoria ateniense en Salamina (en la que puede que participara) a través de los ojos del rey persa Artajerjes, quien de este modo se convertía en su héroe trágico. La gran obra maestra de Sófocles (496-406 a. J.C.), *Edipo en Colono*, se presentó en medio de la desastrosa guerra de Atenas contra Esparta. *Las troyanas* de Eurípides (485-406 a. J.C.) se representó en 415, el año de la expedición a Siracusa y el momento clave de la marcha ateniense hacia la derrota en la guerra del Peloponeso. La tragedia trata de absolutos, quizá de la forma más memorable en la *Antígona* de Sófocles, la historia de la colisión entre la justicia y la ley, y los deberes en pugna de la piedad familiar y la obligación cívica; pero este contexto era inevitable en la

historia de Atenas en el período de sus mayores logros y fracasos.

La comedia era un género aún más directo de comentario político. Era cruda, paródica y franca, llena de bufonadas, absurdos y vulgaridades. Sus temas eran (en palabras del estudioso Peter Levi) «el sexo, la vida en el campo, los buenos tiempos pasados, la pesadilla de la política, las rarezas de la religión y los extraños modales del pueblo». Aristófanes (c. 448-382 a. J.C.), el más grande de los escritores de comedias atenienses, ridiculizaba todo lo que le ofendía o le divertía: la filosofía de Sócrates, las tragedias de Eurípides y, en especial, la belicosidad imperialista de políticos contemporáneos como Cleón. Pero, por encima de todo, Aristófanes fue un crítico social que como rutina atacaba con ferocidad a las figuras políticas poderosas que (con justicia) creía que estaban llevando a Atenas a su perdición. Fue arrastrado repetidas veces a los tribunales para defenderse de los políticos a los que había atacado. Pero, a pesar de su cólera, dichos políticos nunca osaron cerrar el teatro de comedias por mucho tiempo, porque era una parte demasiado importante del espíritu de la Atenas democrática.

La Atenas de Pericles también fue campo fértil para el desarrollo de la prosa. Durante el siglo VI, lo habitual era que los griegos expresaran las ideas mediante la poesía; los pensadores milesios y Jenófanes conservaron sus pensamientos en verso, y Solón, del mismo modo, utilizó la poesía para justificar sus reformas políticas. Sin embargo, en el siglo V, tal vez como reflejo de la creciente alfabetización de los atenienses, la prosa surgió como una forma literaria definida. Herodoto encontró un mercado preparado para sus «indagaciones» (*historiai*) en Atenas. Su contemporáneo más joven, Tucídides (c. 460-c. 400), escribió una historia magistral sobre la gran guerra entre Atenas y Esparta. Entre estos dos historiadores desarrollaron un nuevo planteamiento de la historia, en el que destacaba la fiabilidad de sus fuentes y la búsqueda de explicaciones humanas a los acontecimientos. El desarrollo de la prosa posibilitaría en el siglo IV otros logros literarios, como los grandes tratados filosóficos de Platón y Aristóteles y los apasionantes discursos políticos y legales de los grandes oradores de Ática que nos encontraremos en el capítulo siguiente.

ARTE Y ARQUITECTURA

Los griegos de la edad dorada revelaron la misma variedad de genio en las artes visuales que en sus obras teatrales. Su vis cómica —exuberancia, sensualidad jovial e ingenio grosero— puede verse en especial en sus jarrones y jarras de «figuras negras», cuyos personajes suelen parecer granujas que están cometiendo algún tipo de travesura, por lo general sexual. Más dignas eran las estatuas de mármol y los relieves escultóricos que los griegos hacían para los templos y lugares públicos. Los

escultores atenienses en particular adoptaron como tema la grandeza humana, representaron la belleza de la forma humana en unas estatuas que eran a la vez naturalistas e idealistas.

Tal vez el avance más asombroso en la escultura griega del siglo V sea la aparición relativamente repentina del desnudo naturalista bien proporcionado. Sucedió primero en Atenas en torno a los años comprendidos entre 490 y 480 a. J.C. No se había visto nada igual hasta entonces y es difícil no llegar a la conclusión de que el triunfo de los ideales griegos de dignidad y libertad humanas en las guerras médicas tuvo algo que ver. Convencidos de que todos los persas se doblegaban ante sus gobernantes como esclavos, mientras que ellos disfrutaban de igualdad política y social, los griegos expresaron el ideal de la grandeza humana conmemorando en piedra la dignidad del cuerpo sin adornos.

Asimismo, los atenienses realizaron contribuciones excepcionales a la arquitectura. Todos sus templos intentaban crear una impresión de armonía y reposo, pero el Partenón de Atenas, construido entre los años 447 y 438 a. J.C., suele considerarse el ejemplo más consumado de su género. Pericles fue quien urgió a los atenienses para que construyeran este edificio asombroso, caro y difícil, pues lo consideraba un símbolo de devoción a su diosa patrona, Atenea, y una celebración de su poder y confianza.

MUJERES Y HOMBRES EN LA VIDA COTIDIANA DE ATENAS

Hacia el final de su famosa oración fúnebre, Pericles instaba a las mujeres casadas a hacer tres cosas: criar más hijos por el bien de Atenas; no demostrar más debilidad que la «natural de su sexo» y evitar las murmuraciones. Sus comentarios revelan actitudes machistas hacia las mujeres muy generalizadas en la Grecia clásica, pero sobre todo en Atenas.

En lugar de llevar a una mayor igualdad entre los sexos, el aumento de la democracia tuvo el resultado opuesto. En la edad oscura, a veces se describía a las mujeres aristócratas como poseedoras de extraordinarios rasgos de belleza, sabiduría o valor. Estas mujeres daban certeros consejos en asuntos políticos y militares, además de desempeñar un papel activo en el mundo que las rodeaba. Pero cuando los ideales aristocráticos cedieron paso a otros más democráticos, la vida en la sombra se convirtió cada vez más en la suerte de las mujeres. El auge de la infantería hoplita y su espíritu de igualdad alentó a los hombres a formarse juntos y a desarrollar relaciones estrechas, a veces de naturaleza homosexual. Este mismo espíritu de igualdad también desalentaba las exhibiciones de riqueza, especialmente en las mujeres. En su lugar, la crianza de los hijos para abastecer a la infantería se convirtió

en un imperativo femenino. Los espacios públicos estaban restringidos a actividades masculinas como el atletismo y las reuniones políticas, mientras que los espacios domésticos y privados estaban reservados para las actividades femeninas como la crianza de los hijos y el hilado. En el siglo V a. J.C. las mujeres «respetables» vivían en reclusión, rara vez se aventuraban a salir fuera de sus casas.

Las jóvenes podían casarse a los catorce años —tan pronto como fueran biológicamente capaces de concebir— con maridos que doblaban con creces esa edad. (Se suponía que los hombres más jóvenes debían dedicarse a la guerra.) El padre de una joven concertaba su matrimonio sin preocuparse por sus preferencias y le proporcionaba una dote que su marido podía emplear en su sostén. Sin embargo, legalmente las esposas se convertían en propiedad de sus cónyuges. Poco después de que una esposa entraba en su nueva casa, solía comenzar un programa regular de embarazos. El intervalo habitual entre los nacimientos iba de los dos a los cuatro años, lo que significaba que la joven esposa media daría a luz entre cuatro y seis hijos hasta su muerte, por lo general en torno a los treinta y cinco años.

Las mujeres casi no salían de casa, pues se consideraba poco recatado que las vieran otros hombres. Los esclavos hacían las compras y los recados que necesitara el hogar. Incluso en él, se esperaba que las mujeres se retiraran a habitaciones privadas si llegaban invitados. Como la ideología de la Atenas democrática se oponía a la exhibición excesiva de riqueza o lujo, no se suponía que las mujeres debían permanecer sentadas e indolentes, sino que su principal ocupación era probablemente el tejido de la ropa. Pero puesto que el «trabajo femenino» era de ínfima categoría, los hombres las miraban con desprecio por hacerlo. Las pruebas disponibles sugieren que los maridos sentían poco apego emocional por sus mujeres y las consideraban inferiores por naturaleza. En un pasaje revelador, Herodoto afirma de cierto rey lidio: «Este Candaules se enamoró de su propia esposa, capricho que tuvo extrañas consecuencias». Un orador ateniense señalaba: «Para el placer tenemos prostitutas, concubinas para la asistencia física cotidiana, y esposas para que nos den hijos legítimos y sean nuestras fieles amas de casa».

La sociedad ateniense era tan dependiente de sus esclavos como la espartana de sus ilotas. Sin la esclavitud no hubieran sido posibles ninguno de los extraordinarios logros en la política, el pensamiento o el arte. El ideal ateniense de dividir y rotar los deberes de gobierno entre todos los hombres libres dependía de los esclavos que trabajaban en los campos, los negocios y los hogares mientras los hombres libres se ocupaban de la política. En realidad, el sistema democrático comenzó a funcionar plenamente con la expansión de la minería y el comercio en torno al año 500 a. J.C., lo que permitió a los atenienses comprar esclavos del norte y el este en ingentes cantidades. La libertad y la esclavitud estaban ineludiblemente unidas.

Aunque extendida, la esclavitud en Atenas era de pequeña escala. La única

excepción eran las minas de plata estatales, donde grandes cantidades de esclavos trabajaban en condiciones miserables. Pero una amplia variedad de familias, incluidas las relativamente pobres, era dueña de esclavos en pequeños números. Como servidores domésticos y trabajadores agrícolas, rara vez se los trataba con brutalidad absoluta, si bien sus dueños eran libres para golpearlos y abusar de ellos sexualmente. Pero tampoco se consideraba a los esclavos humanos del todo, noción que facilitaba a los hombres libres atenienses asumir que la naturaleza había elegido a algunos para el trabajo servil, y a otros, como ellos, para la vida política.

Sin embargo, para los hombres libres la vida cotidiana en la Atenas de Pericles tenía numerosos atractivos. Los ciudadanos masculinos disfrutaban de una igualdad social y económica considerable. La norma era la agricultura y el comercio a pequeña escala, y la escasa industria que existía —en su mayoría manufactura de cerámica y armamento— se llevaba a cabo en tiendas propiedad de artesanos particulares que producían sus propias mercancías. Las fábricas que empleaban grandes cantidades de trabajadores eran escasas, pero iban en aumento: una de las mayores en el siglo v, una fábrica de escudos, contaba con una plantilla de ciento veinte trabajadores y era propiedad de un residente extranjero. Algunos ciudadanos, por supuesto, eran más ricos que los demás, pero a los muy ricos se les requería donar parte de sus bienes para financiar las festividades públicas o equipar a la marina. La Atenas del siglo v era un centro de comercio y de cultura apasionante, animado y cosmopolita, una ciudad de la que los atenienses estaban desmesuradamente orgullosos.

La creación de la confederación y la guerra del Peloponeso

Los atenienses se consideraban los hombres más libres, pero su libertad descansaba en la servidumbre de otros. Los esclavos realizaban buena parte del trabajo en el país, mientras que los aliados de la Confederación de Delos proporcionaban los recursos que sostenían la grandeza ateniense. Sin el excedente de riqueza que aflucía a Atenas de la confederación, ninguno de los proyectos que emprendió Pericles —pago por la participación política, ingentes proyectos arquitectónicos (además, de paso, un plan de empleo para los ciudadanos más pobres), patrocinio del teatro— habría sido posible. Estos proyectos hicieron que Atenas fuera poderosa, y su democracia, vibrante, además de mantener la popularidad y el poder de Pericles. Pero sus logros democráticos descansaban en su control de una alianza que había transformado en un imperio.

Desde la década de 470 Atenas se venía enfrentando a los intentos de sus aliados de romper la confederación, aplastándolos sin piedad. En la década de 450 estas revueltas fueron raras, pero a comienzos de la de 440 Pericles estableció una política

más agresiva hacia Esparta, por entonces la única rival verdadera de Atenas para la supremacía en el mundo griego. A fin de tener la mano más libre, firmó un tratado de paz con Persia, que acabó con el objetivo de la Confederación de Delos; Atenas ya no tenía justificación para obligar a sus aliados a permanecer en ella. No obstante, muchos continuaron siendo leales, pagaron sus contribuciones y disfrutaron de los beneficios económicos de las cálidas relaciones con Atenas; pero otros no lo hicieron, y Atenas tuvo que forzarlos a entrar en razón, a menudo con la instalación de guarniciones y el asentamiento de colonos —que mantenían la ciudadanía ateniense—, para asegurarse la lealtad futura.

En el contexto de la cultura griega, esta conducta era sorprendente. La Confederación de Delos se había formado para salvaguardar la independencia griega frente a los persas. Ahora muchos griegos acusaron a Atenas de haberse convertido también en un imperio tiránico. Los más señalados entre los acusadores eran los corintios, cuya posición económica se veía seriamente amenazada por el dominio ateniense del Egeo. Los corintios eran estrechos aliados de los espartanos, la potencia dominante en la que los historiadores denominan la Liga del Peloponeso. (Los griegos se limitaban a llamarla «los espartanos y sus aliados».) Cuando por fin estalló la guerra entre Atenas y Esparta, el gran historiador Tucídides la achacó al poder creciente de Atenas y al temor y la envidia que esto inspiraba en Esparta. Ningún historiador moderno ha mejorado su análisis. Para la democracia ateniense y su dirigente, no cabía plantearse la renuncia al imperio, la piedra angular de su ascendencia cultural y política. Sin embargo, en la década de 430 Atenas ya no podía conservar dicho imperio sin amenazar los intereses de Esparta y sus aliados.

ESTALLA LA GUERRA DEL PELOPONESO

Después de una serie de provocaciones, los atenienses y los espartanos se declararon la guerra en el año 431 a. J.C. Atenas no podía derrotar a Esparta por tierra; pero ni Esparta ni sus aliados poseían una flota capaz de enfrentarse a los atenienses en el mar. Así pues, Pericles llevó a cabo una osada estrategia: pondría a toda la población de Ática dentro de los muros de Atenas y su puerto, abandonando el campo a Esparta, mientras que la flota superior ateniense aprovisionaría a la ciudad desde el mar y saquearía las costas del territorio espartano. Como en muchas de las contiendas capitales de la historia, ambas partes creían que la guerra acabaría pronto, pero se prolongó durante veintisiete años.

Los espartanos asolaron las granjas y pastos de Ática, frustrados porque los atenienses no enviaban a sus hoplitas a librar una batalla decisiva. Entre tanto, los atenienses causaron una destrucción considerable en el territorio espartano con una

serie de incursiones relámpago, además de incitar una revuelta entre los ilotas. El tiempo parecía jugar a favor del bando ateniense, pero en el año 429 a. J.C. el hacinamiento que se sufría en la ciudad sitiada dio lugar a una epidemia que mató a más de un tercio de la población, incluido Pericles. Su muerte mostró que era el único hombre capaz de manejar las fuerzas políticas democráticas que había desatado. Sus sucesores fueron en su mayoría demagogos y ambiciosos que jugaron con los peores instintos del demos para obtener el poder. El que más éxito alcanzó fue un belicista llamado Cleón —blanco particular de la invectiva de Aristófanes—, quien rechazó una oferta de paz espartana en el año 425 a. J.C. y continuó la guerra hasta su propia muerte en la batalla cuatro años después.

Siguió a continuación una breve tregua, alcanzada por un hábil dirigente ateniense llamado Nicias. Pero el demos no estaba en disposición de llegar a una paz duradera y cayó pronto bajo el encanto de un aristócrata atrayente, flamante y carente de escrúpulos llamado Alcibíades, quien convenció a sus conciudadanos en el año 415 a. J.C. para reanudar las hostilidades con un ataque mal aconsejado sobre la distante ciudad de Siracusa, en Sicilia. La expedición fracasó y murieron o fueron esclavizados miles de atenienses.

Las noticias del desastre de Siracusa destrozaron al demos ateniense, y comenzaron de inmediato las recriminaciones. Muchos dirigentes políticos fueron expulsados de la polis, y en el año 411 a. J.C. el demos sufrió una falta de confianza momentánea pero colosal. Mientras los remeros de la flota se encontraban fuera de la ciudad, los atenienses votaron para que dejara de existir la democracia y se sustituyera por una oligarquía de cuatrocientos ciudadanos. La flota ateniense, fondeada en Samos, respondió declarando un gobierno democrático en el exilio bajo el liderazgo de no otro que Alcibíades. La oligarquía resultó breve y la democracia se restauró en el año 409 a. J.C. Pero el hecho de que la guerra fuera capaz de producir tal desesperación no auguraba un buen futuro.

EL FIN DE LA GUERRA

Los espartanos también estaban desesperados por poner término a la guerra. A pesar de los problemas atenienses, su flota seguía resultando invencible. Esparta acabó recurriendo a los persas, quienes aceptaron suministrarle el oro y la experiencia naval precisos para crear una flota eficaz. En el año 407 a. J.C., un comandante espartano inteligente y ambicioso llamado Lisandro ya había logrado acosar a los atenienses por el mar Egeo oriental.

Tal vez el acontecimiento más sorprendente de los años finales de la guerra fuera la pasión autodestructiva con la que los atenienses empezaron a acometerse unos a

otros. Por tomar un solo ejemplo, en el año 406 los atenienses consiguieron una victoria naval clave en Arginusas. Sin embargo, tras el combate se presentó una tormenta repentina que impidió a los comandantes atenienses rescatar a los marineros cuyos barcos habían naufragado en la batalla. Los marineros se ahogaron y estalló en Atenas una enorme protesta, avivada por demagogos, que consiguieron mediante juicios truculentos la ejecución de los generales que fueron tan necios como para regresar a Atenas. Uno de los ejecutados fue Pericles, hijo de Pericles, quien de este modo se convirtió en víctima de la democracia que su padre había creado. Con estas medidas los atenienses mataron o enviaron al exilio a muchos de sus mandos más diestros y experimentados.

El resultado debía haber resultado predecible. Lisandro destruyó la flota griega mal dirigida en el año 404 a. J.C., y sin ella los atenienses no podían alimentarse ni defender su ciudad. Lisandro navegaba por el Egeo sin encontrar resistencia, instalaba oligarquías pro espartanas entre los antiguos aliados de los atenienses y, finalmente, sitió Atenas. Enfrentados a lo inevitable, los atenienses se rindieron. Corinto y Tebas pidieron su destrucción. Los espartanos se negaron a permitirla, pero impusieron duras condiciones: el desmantelamiento de sus murallas, el desguace de su flota y la aceptación de un gobierno oligárquico de treinta atenienses.

El epílogo de la guerra fue sombrío. En Atenas, los denominados Treinta Tiranos confiscaron la propiedad y asesinaron a más de mil quinientos rivales políticos en los dieciocho meses que duró su mandato. Sus excesos llevaron a los demócratas comprometidos a la resistencia desesperada, y sólo se evitó un baño de sangre por la intervención razonada del rey de Esparta Pausanias. Al término del año 401, Atenas ya era de nuevo una democracia, y más moderada en su conducta que durante la guerra, por mucho que, como veremos, todavía tuviera que llevar a cabo un último acto de brutalidad y miopía.

Con la victoria, Esparta sucedió a Atenas como árbitro del mundo griego. Se trataba de un trabajo desagradecido, empeorado por las pérdidas que la propia Esparta había sufrido durante la guerra y por el hecho de que los espartanos ejercían un control aún más estrecho sobre el Egeo que los atenienses. Ahora los espartanos se encontraron en una posición que habían evitado a lo largo de la historia, pues sus intereses imperiales lejanos drenaban sus recursos humanos y socavaban su control sobre los ilotas. También se enfrentaban a un Imperio persa revigorizado que había usado las luchas fratricidas griegas para aumentar su influencia sobre el mundo egeo. Antes de que hubiera transcurrido una década desde el final de la guerra del Peloponeso, Esparta arrojó la oposición de cuatro poleis, cuya antigua aversión mutua era legendaria: Atenas, Tebas, Argos y Corinto. Su colaboración habla por sí sola de lo impopular que había llegado a ser la preeminencia espartana en unos cuantos años.

Para los griegos, la guerra del Peloponeso fue un desastre. Desde la larga perspectiva que ofrece la distancia histórica, podemos considerarla una demostración de la limitación del sistema de poleis. El espíritu competitivo que caracterizaba a las poleis griegas resultó ser su defecto trágico. Sin embargo, la guerra no ofreció una lección tan clara a los griegos, se limitó a provocar la desmoralización y el cuestionamiento de todas las antiguas certezas. Las democracias se habían derrumbado, los imperios se habían desmoronado y las oligarquías como Atenas habían resultado incapaces de estar a la altura de los desafíos que ahora arrostraban. Hasta los dioses parecían estar desorganizados. Éstas fueron las circunstancias en las que el gran filósofo ateniense Sócrates (469-399 a. J.C.) intentó refundar la vida ética y política sobre principios nuevos y más seguros. Sin embargo, para entender sus logros debemos trazar brevemente la historia de la especulación filosófica en el medio siglo anterior a su nacimiento.

LOS PITAGÓRICOS Y LOS SOFISTAS

Después de la conquista persa de Asia Menor, muchos de los filósofos milesios huyeron a Sicilia y al sur de Italia. De este modo, la especulación filosófica continuó en el «lejano oeste» griego, pero ahora estaba teñida de pesimismo y de un matiz religioso que reflejaban la aflicción de los griegos por la pérdida de su libertad. Representativo de esta reacción era Pitágoras, pensador que emigró hacia el año 530 a. J.C. de la isla de Samos al sur de Italia, donde fundó una secta —medio filosófica, medio mística— en la ciudad de Crotón. Consideraba junto con sus seguidores que la vida especulativa era el bien supremo, pero creía que para perseguirla debían purificarse los deseos de la carne. Los pitagóricos opinaban que la esencia de las cosas no era la materia, sino el número, y por ello se concentraron en el estudio de la matemática y la teoría musical, descubriendo armonías y dividiendo los números en categorías como pares y nones. Los pitagóricos también probaron una antigua asunción babilónica, conocida hoy como el «teorema de Pitágoras»: el cuadrado de la hipotenusa de todo triángulo rectángulo es igual a la suma de los cuadrados de los catetos. Así pues, aunque los pitagóricos se apartaron del mundo material, siguieron presentando la característica indagación griega acerca de la regularidad y la previsibilidad en ese mundo.

La victoria en las guerras médicas permitió a los griegos superar la falta de valor ejemplificada por los pitagóricos. Sobre todo en Atenas, el poder creciente del ciudadano individual inspiró la indagación filosófica sobre la mejor manera de actuar en una circunstancia determinada. Para satisfacer la demanda de cultivar esa sabiduría mundana, surgió un nuevo grupo de maestros, conocidos como los

«sofistas», término que sólo significaba «los que son sabios». A diferencia de los milesios o los pitagóricos, los sofistas eran maestros profesionales que se ganaban la vida vendiendo su conocimiento.

Los sofistas no eran una escuela filosófica coherente, por más que su obra mostrara algunos hilos comunes. El mejor ejemplo lo constituye Protágoras, quien trabajó en Atenas desde en torno al año 445 hasta el 420 a. J.C. Su famosa máxima «el hombre es la medida de todas las cosas» quiere decir que la bondad, la verdad y la justicia están en relación con las necesidades e intereses de los seres humanos. En asuntos religiosos, Protágoras era agnóstico, declaraba que no sabía si los dioses existían ni qué hacían, «porque hay muchos impedimentos para tal conocimiento: la oscuridad del tema y la brevedad de la vida». Puesto que no sabía nada de los dioses, llegó a la conclusión de que no podía haber verdades absolutas o normas eternas de bueno y malo. Si la percepción sensitiva era la única fuente de conocimiento, sólo podía haber verdades particulares válidas para uno mismo.

Dichas enseñanzas impresionaron a muchos atenienses por peligrosas. Al alentar a la gente a examinar cada nueva situación según sus circunstancias y entender, los sofistas convirtieron por primera vez la vida cotidiana en un tema de discusión filosófica. Pero el relativismo de sofistas como Protágoras podía degenerar fácilmente en la doctrina de que el hombre sabio es aquel que conoce mejor cómo manipular a los demás y complacer sus propios deseos y, por tanto, podría usarse para racionalizar monstruosos actos de brutalidad. Para algunos críticos tales ideas eran antidemocráticas; para otros, olían a ateísmo y anarquía. Si no había una verdad última, y si la verdad y la justicia eran relativas según los caprichos del individuo, no podían sostenerse la religión, la moralidad, el estado ni la propia sociedad. Esta convicción condujo al nacimiento de un nuevo movimiento filosófico basado en la teoría de que la verdad es real y sí existen normas absolutas. El iniciador de esta nueva tendencia fue Sócrates.

LA VIDA Y EL PENSAMIENTO DE SÓCRATES

Sócrates era lo bastante rico como para no haber tenido nunca que enseñar para ganarse la vida. Había combatido dos veces como parte de la infantería ateniense y era un ardiente patriota que creía que Atenas se estaba corrompiendo por las vergonzosas doctrinas de los sofistas. Pero no era un patriota irreflexivo amante de los eslóganes, sino que le gustaba someter toda verdad presupuesta a un examen riguroso con el fin de reconstruir la vida ateniense sobre un cimiento firme de certeza ética. Es una amarga ironía que sus propios conciudadanos condujeran a la muerte a un idealista tan devoto. Poco después del final de la guerra del Peloponeso, en el año

399 a. J.C., cuando Atenas todavía se tambaleaba por la impresión de la derrota y las violentas convulsiones internas, una facción democrática decidió que Sócrates era una amenaza para el estado. Una corte democrática estuvo de acuerdo y lo condenó por impiedad y por «corromper a la juventud». Aunque sus amigos prepararon su huida, Sócrates decidió aceptar el juicio popular y acatar las leyes de su polis. Murió bebiendo tranquilo una copa de veneno.

Como Sócrates no escribió nada, es difícil determinar con exactitud lo que enseñaba. Sin embargo, los informes contemporáneos, en especial los de su discípulo Platón, aclaran algunos puntos. En primer lugar, Sócrates sometía todas las asunciones heredadas a una crítica rigurosa. Llamándose a sí mismo «crítico», continuamente hacía participar a sus contemporáneos en interrogatorios «socráticos» con el fin de demostrarles que todas sus supuestas certezas no eran más que prejuicios no analizados que se basaban en asunciones falsas. Según Platón, un oráculo dijo una vez que Sócrates era la persona más sabia del mundo, y Sócrates estuvo de acuerdo: todos los demás pensaban que él sabía algo, pero él era más sabio porque sabía que no sabía nada. En segundo lugar, pretendía basar sus especulaciones filosóficas en definiciones consistentes de las palabras, y en tercer lugar, centraba su atención en la ética y no en el estudio del mundo físico. Rechazaba las tradicionales discusiones de los filósofos milesios sobre por qué existen las cosas, por qué crecen y por qué mueren, y en su lugar instaba a la gente a reflexionar sobre los principios de la conducta adecuada, tanto por su bien como por el de la sociedad. Cada persona debe considerar el significado de sus acciones y vida en todo momento, pues, según una de sus máximas más memorables, «una vida que no se examina no merece la pena vivirla».

Puede que todo esto hiciera que Sócrates pareciera un sofista; de hecho, durante su juicio se sintió obligado a insistir en que no lo era. Como los sofistas, era un «filósofo del mercado» que ponía en duda la tradición y los tópicos con el fin de ayudar a la gente a mejorar sus vidas. Pero la diferencia abrumadora entre Sócrates y los sofistas radicaba en su creencia en certezas —aunque evitara decir qué eran— y en la norma del bien absoluto en lugar de la conveniencia que aplicaba a todos los aspectos de la vida. Sin embargo, su muerte puso de manifiesto que para restablecer la polis sería necesario ir más lejos de lo que lo había hecho el filósofo, construyendo un sistema que revelara un marco positivo de verdad y realidad. Ésta fue la tarea que su discípulo más brillante, Platón, emprendería tras los desastres de la guerra del Peloponeso. Al hacerlo, pondría los cimientos para todo el pensamiento filosófico occidental posterior hasta la actualidad.

Conclusión

Desde el Renacimiento, a los europeos les ha gustado pensar que son los herederos de los griegos clásicos e imaginárselos como sus imágenes especulares. Tal admiración ciega resulta engañosa tanto acerca de los primeros como de los segundos. Pese al escepticismo religioso de unos cuantos intelectuales, los griegos no eran laicistas ni racionalistas. Aunque inventaron el concepto de democracia, sólo a un mínimo porcentaje de la población masculina de Atenas se le permitía desempeñar un papel en los asuntos políticos. Los espartanos mantenían a la masa de su población en un sometimiento servil y los atenienses daban por descontada la esclavitud. En el mundo griego las mujeres eran explotadas por lo que hoy denominaríamos un «patriarcado», un sistema represivo gestionado por padres y esposos. El arte de gobernar se caracterizaba por el imperialismo y la guerra de agresión. Los griegos no efectuaron grandes avances en la actividad económica y desdeñaron el comercio. Para finalizar, ni siquiera a los atenienses cabría describirlos como tolerantes. Sócrates no fue el único hombre llevado a la muerte por limitarse a expresar sus opiniones.

Sin embargo, es innegable el profundo significado del experimento griego para la historia de las civilizaciones occidentales, significado que puede verse con claridad particular si comparamos los rasgos culturales griegos con los de Mesopotamia y el Antiguo Egipto. Estas dos últimas civilizaciones estaban dominadas por la autocracia, el sobrenaturalismo y el sometimiento del individuo al grupo. El régimen político habitual del antiguo Oriente Próximo era el de la monarquía absoluta, apoyada por una casta sacerdotal poderosa. La cultura era ante todo un instrumento para realzar el prestigio de los gobernantes y sacerdotes, y la vida económica tendía a estar controlada por órganos gubernamentales y religiosos bien organizados.

En contraste, la civilización de Grecia, en especial en su forma ateniense, se basaba en ideales de libertad, competencia, logro individual y gloria humana. La palabra griega para libertad —*eleutheria*— no puede traducirse a ninguna lengua del antiguo Oriente Próximo, ni siquiera al hebreo. La cultura de los griegos fue la primera de Occidente que se basó en la primacía del intelecto humano; no había ningún tema que temieran investigar. Herodoto relata que un griego (en este caso, un espartano) dijo a un persa: «Tú entiendes qué es ser esclavo, pero no sabes nada de libertad [...]. Si hubieras llegado a probarla, nos aconsejarías que lucháramos por ella no sólo con lanzas, sino también con hachas».

Otro modo de valorar la importancia duradera de la civilización griega para el mundo occidental es recordar algunas de las palabras que nos han llegado de ella: política, democracia, filosofía, metafísica, historia, tragedia. Todas son formas de pensar y actuar que han enriquecido la vida humana de una manera inconmensurable, que apenas se habían conocido antes de que los griegos las inventaran. Incluso el mismo concepto de «humanidad» —el papel exaltado dentro de la naturaleza que se otorga a la raza humana, en general, y al ser humano como individuo, en particular—

nos ha llegado en grado sorprendente de los griegos, para quienes la meta de la existencia era el pleno desarrollo del potencial humano de cada cual: la tarea de convertirse en persona, llamada en griego *paideia*, suponía que todo hombre libre debía ser el escultor de su propia estatua. Cuando los romanos adoptaron este ideal de los griegos, lo denominaron *humanitas*, término del que se deriva la palabra «humanidad». Los romanos admitieron su deuda cuando señalaron que «en Grecia fue donde se inventó la humanidad». Es difícil poner en duda que estaban en lo cierto.

Bibliografía seleccionada

Colecciones como Biblioteca Clásica Gredos y Biblioteca de Clásicos de Grecia y Roma de Alianza Editorial ofrecen traducciones fiables de textos literarios, filosóficos e históricos de la Grecia antigua.

BENGTSON, Hermann (comp.), *El mundo mediterráneo en la edad antigua I. Griegos y persas*, Madrid, Siglo XXI, 1989.

BOARDMAN, John, Jasper GRIFFIN y Oswyn MURRAY (eds.), *Historia Oxford del mundo clásico*, Madrid, Alianza, 1988.

BRUNSCHWIG, Jacques, *El saber griego: diccionario crítico*, Madrid, Akal, 2000.

CANFORA, Luciano, *El misterio Tucídides*, Madrid, Aldebarán, 2002.

CARTLEDGE, Paul, *Termopilas: la batalla que cambió el mundo*, Barcelona, Ariel, 2007.

DOMÍNGUEZ MONEDERO, Adolfo, *Esparta y Atenas en el siglo V a. C.*, Madrid, Síntesis, 1999.

—, *Solón de Atenas*, Barcelona, Crítica, 2002.

ESLAVA GALÁN, Juan, *Amor y sexo en la antigua Grecia*, Madrid, Temas de Hoy, 1997.

GARCÍA MORENO, Luis (et al), *Historia del mundo clásico a través de sus textos*, Madrid, Alianza, 1999.

GUZMÁN GUERRA, A., J. GÓMEZ ESPELOSÍN e I. GUZMÁN GÁRATE, *Grecia: mito y memoria*, Madrid, Alianza, 2005.

HOLLAND, Tom, *Fuego persa: el primer imperio mundial y la batalla por Occidente*, Barcelona, Planeta, 2007.

LEVI, Peter, *Atlas cultural de Grecia*, Barcelona, Óptima, 2000.

LÓPEZ MELERO, Raquel, *La formación de la democracia ateniense*, Madrid, Akal, 1989.

MANGAS, Julio, *Textos para la historia antigua de Grecia*, Madrid, Cátedra, 1986.

- MOSSÉ, Claude, *La mujer en la Grecia clásica*, San Sebastián, Nerea, 2001.
- OSBORNE, Robin, *La formación de Grecia, 1200-479 a. C.*, Barcelona, Crítica, 1998.
- PLÁCIDO, Domingo, *Las claves del mundo griego, 2700-323 a. C.*, Barcelona, Planeta, 1993.
- POMEROY, Sarah, Stanley BURSTIN y Walter DONLAN, *La antigua Grecia: historia política, social y cultural*, Barcelona, Crítica, 2002.
- RATTO, Stefania, *Grecia*, Barcelona, Electa, 2007.
- SOUVIRÓN, Bernardo, *Hijos de Homero: un viaje personal por el alba de Occidente*, Madrid, Alianza, 2007.
- STRAUSS, Barry, *La batalla de Salamina*, Barcelona, Edhasa, 2006.
- VÁZQUEZ HOYS, Ana María, *Historia del mundo antiguo. Grecia*, Madrid, Sanz y Torres, 2007.
- VERNANT, Jean-Pierre (et al.), *El hombre griego*, Madrid, Alianza, 2000.

CAPÍTULO 4

La expansión de Grecia

La tragedia suprema de los griegos fue que no lograron resolver el problema del conflicto político interno. El siglo v había terminado con una guerra de desgaste debilitadora y destructiva entre Atenas y Esparta; el siglo iv continuó en buena parte por el mismo camino, pues las poleis principales —Esparta, luego Tebas y, después, otra vez Atenas— no cejaban de competir por el dominio dentro del mundo griego. Pero el carácter independiente de la vida política no podía aguantar tal dominio por mucho tiempo, y tan pronto como parecía que una gran polis estaba a punto de hacer realidad su meta, se formaba una coalición de enemigos antes ancestrales para derrotarla. Pese a las abundantes invocaciones a que se dejaran de lado las diferencias locales y se unieran en una causa común, los griegos no podían escapar de su herencia de particularismo.

Las dificultades sociales y económicas también aumentaron debido a las guerras civiles de motivos ideológicos dentro de las poleis y a la beligerancia endémica que existía entre ellas. La fe en los viejos ideales igualitarios decayó cuando se abrió una gran brecha entre ricos y pobres. Los ricos fueron abandonando cada vez más la política, a la vez que el número de ciudadanos libres se reducía porque los hombres y las mujeres libres, acuciados por la pobreza, caían en la esclavitud. El resultado fue la desesperación y el cinismo.

La época no careció de energía creativa. En el siglo iv florecieron la filosofía, la ciencia y la literatura, pues hubo hombres de talento que rechazaron los caprichos de la vida pública y dedicaron su atención a la vida de la mente. Cuando el sistema de la polis entró en declive, pensadores serios debatieron sobre qué era, cómo y por qué funcionaba, así como de qué modo podía mejorarse. Pero incluso los mejores de estos pensadores permanecieron encerrados dentro de su mundo restringido.

El equilibrio inestable del ámbito griego quedó hecho añicos en la segunda mitad del siglo iv por la aparición repentina del reino de Macedonia. Las extraordinarias conquistas de Filipo de Macedonia unificaron Grecia; las de su hijo Alejandro Magno extendieron la cultura griega por la fuerza de las armas de Egipto a Persia y las fronteras de la India. El imperio de Alejandro no perduró, pero la cultura helenística (en contraposición a helénica) y cosmopolita a la que dio lugar se convirtió en la influencia más poderosa y dominante que conocería Oriente Próximo hasta el ascenso

del islam casi mil años después.

Fracasos de la polis del siglo IV a. J.C.

Apenas hay nada a comienzos del siglo IV a. J.C. que haga sugerir que la mayor época de influencia cultural griega todavía estaba por llegar. La guerra del Peloponeso había dejado Esparta como potencia preeminente del mundo griego, pero sus ciudadanos mostraron poco talento para la posición que su victoria inesperada les había confiado. En política interior, los espartanos continuaban muy divididos sobre la conveniencia de enviar a sus fuerzas más allá de sus fronteras, mientras que en política exterior demostraron menos freno que los atenienses en su trato de mano dura hacia sus súbditos-aliados. En el año 395 una parte considerable de Grecia — incluidos enemigos tan tradicionales como Atenas, Argos, Corinto y Tebas— se unió contra Esparta en la denominada guerra de Corinto (395-387 a. J.C.). Por su parte, los espartanos fueron capaces de solucionar el conflicto imponiendo a sus vecinos griegos una paz gestada desde el exterior con la ayuda y garantía de los persas. Este modelo se repetiría una y otra vez durante los próximos cincuenta años, en los que la ventaja fue pasando de forma paulatina a Persia.

LA LUCHA POR LA HEGEMONÍA

Después de la guerra de Corinto, los espartanos emplazaron una guarnición en Tebas durante cuatro años, hecho que constituyó una grave afrenta a la libertad de otra gran polis. Cuando los tebanos recuperaron su autonomía, eligieron como líder a Epaminondas, feroz patriota y genio militar. Durante décadas los griegos habían experimentado con la forma básica de la falange hoplita, a la que añadieron escaramuzas ligeras y arqueros para aumentar su efectividad. Ahora Epaminondas fue más lejos. Imitando el sistema espartano, formó una unidad de élite hoplita conocida como la «Banda Sagrada Tebana», compuesta por ciento cincuenta parejas homosexuales. También desarrolló tropas de armamento ligero, y a comienzos de la década de 370 ya estaba preparado para otra prueba de fuerza con los espartanos.

Los ejércitos tebano y espartano entablaron combate en Leuctra en el año 371. Epaminondas abandonó la tradición y colocó a sus mejores tropas (la Banda Sagrada) no en el flanco derecho de su formación, sino en el izquierdo. Alineó en el flanco izquierdo de su falange una profundidad de cincuenta filas de soldados, sorpresa que disimuló con una lluvia de flechas y jabalinas. Cuando las dos partes se encontraron, el peso del flanco izquierdo tebano aplastó al flanco derecho espartano, y una vez que

sus mejores tropas fueron sobrepasadas, la falange espartana se derrumbó. Epaminondas prosiguió su victoria marchando por Mesenia y liberando a los ilotas. El poder espartano —y, en cierto sentido, su sociedad— había terminado. De la noche a la mañana Epaminondas había reducido Esparta a una simple potencia local.

Cuando el poder tebano aumentó, también lo hizo la animosidad de las restantes poleis griegas en su contra. En el año 371 Atenas había apoyado a Tebas contra Esparta, pero cuando los tebanos y los espartanos volvieron a enfrentarse en el año 362, los atenienses se aliaron con los espartanos. Aunque el ejército tebano consiguió de nuevo la victoria, Epaminondas cayó en la batalla, y la hegemonía tebana murió con él. Atenas intentó llenar el vacío estableciendo una confederación naval, organizada de modo más equitativo que la Confederación de Delos. Pero pronto volvieron a abusar de sus aliados y la confederación se disolvió en rebeliones. De este modo, Grecia continuó siendo una constelación de estados guerreros diminutos, muy debilitados por las luchas entre sí.

Las poleis también estaban acosadas por la agitación interna. Atenas se había librado de las revoluciones políticas que muchas otras ciudades sufrían debido sobre todo a que los Treinta Tiranos habían desacreditado la causa de la «oligarquía»; pero en el resto del mundo griego empeoraron las disputas entre demócratas y oligarcas. Incluso se llegó a descubrir un golpe de estado abortado en Esparta, planeado por un espartiatas que había perdido sus derechos ciudadanos y esperaba congregarse a los elementos desafectos de la sociedad.

CRISIS SOCIALES Y ECONÓMICAS

La guerra incesante, combinada con las luchas políticas internas, afectó profundamente a la sociedad y la economía del mundo griego. Incluso ciudades tan ricas como Atenas y Esparta habían agotado sus recursos por la guerra. Muchas fortunas personales se habían perdido y mucha gente había sido arrojada de su casa o reducida a la esclavitud. Las aldeas del campo habían sido arrasadas, algunas de forma repetida, al igual que las tierras agrícolas de toda Grecia. La destrucción de huertos y viñedos fue particularmente devastadora debido al largo tiempo que se tarda en poner en producción olivos y cepas; pero incluso la tierra arable era ahora menos productiva que antes. Como resultado, los niveles de vida descendieron de manera considerable durante el siglo IV. Aunque los precios crecieron en general en torno al 50 por ciento (y algunos productos básicos triplicaron y cuadruplicaron su coste), los salarios permanecieron más o menos invariables. Aumentaron los impuestos, y en Atenas se exigió a los ricos que emplearan sus bienes personales para financiar la construcción de teatros y edificios públicos, el mantenimiento de los

barcos de guerra y la celebración de festivales. Con todo, la hacienda estatal no volvió a hallarse nunca tan desahogada como en el siglo v, y el ambicioso gasto público asumido por los tiranos o Pericles no se conoció en la polis del siglo siguiente.

El desempleo estaba muy extendido, sobre todo entre la población en aumento de las ciudades. Durante la guerra, los hombres podían encontrar trabajo como remeros o soldados al servicio de su ciudad; cuando llegaba la paz, muchos pasaban a convertirse en mercenarios. Los estados griegos de Sicilia e Italia contrataban mercenarios de la Grecia continental, al igual que lo hizo Esparta para reforzar sus campañas en Asia Menor. También un pretendiente al trono persa contrató un ejército mercenario compuesto en su mayoría por soldados griegos en un intento de derrocar a su hermano mayor, el monarca reinante. Estos diez mil mercenarios griegos se abrieron paso luchando hasta el centro del Imperio persa y, cuando el pretendiente cayó en la batalla, tuvieron que seguir combatiendo para volver a su tierra. Fue una asombrosa demostración de lo que podía conseguir un minúsculo ejército griego en suelo persa.

El servicio mercenario de larga duración en el extranjero causó trastornos en la cultura basada en la unidad familiar de muchas poleis griegas. Cuando los mercenarios no encontraban trabajo fuera, es probable que se dedicaran a aterrorizar la campiña, pillajes que se sumaban al ciclo desastroso de destrucción, inflación y sobrepoblación causado por la insuficiencia de la tierra.

La respuesta cultural e intelectual

El desmoronamiento de la sociedad de la polis durante el siglo iv tuvo una enorme repercusión en la filosofía, las artes y el pensamiento político. Esta evolución puso los cimientos para las innovaciones creativas aún más asombrosas de la era helenística. A veces los estudiosos han presentado la cultura del siglo iv como si constituyera un declive de los grandes logros artísticos e intelectuales del siglo v a. J.C., pero este veredicto tan general es injustificado, porque no sólo infravalora las continuidades que hubo entre ambos siglos, sino también la originalidad y creatividad de estos nuevos avances.

ARTE Y LITERATURA

Cuando comenzó el siglo iv a. J.C., los escultores ya pretendían conseguir mayor sensación de realismo, sobre todo en el retrato. El realismo había sido el sello del arte

clásico, pero en este siglo los artistas se propusieron todavía más representar los objetos tal y como los veían en lugar de mostrarlos de una forma idealizada y dignificada. Asimismo, prestaron mayor atención a la vida y al movimiento, tendencia que culminaría en las impresionantes obras del período helenístico.

El teatro, en contraste, cambió profundamente. No surgieron en este siglo autores que igualaran a los grandes creadores de tragedias de la edad dorada ateniense. Parece que el público prefería las tragedias de Sófocles, Esquilo y Eurípides a las obras de sus contemporáneos. Tampoco el genio cómico de Aristófanes tuvo verdaderos sucesores en el siglo IV, aunque durante su vida su estilo mordaz y satírico fue cediendo paso a obras más suaves y menos provocativas que guardan cierta semejanza con las comedias actuales de la televisión. Fue este nuevo estilo el que puso los cimientos para la «Nueva Comedia» de los siglos IV y III a. J.C.

Tal vez la innovación más sorprendente en las obras dramáticas del siglo IV sea la huida del comentario social y político. En el teatro, el público buscaba diversión y evasión; ya no le preocupaba la crítica mordaz de la sociedad y los personajes prominentes en los que Aristófanes había sido pionero. El humor de la comedia se basaba ahora en la confusión de identidades, enredos familiares, malentendidos cómicos y rupturas de la etiqueta. Tendencias similares se reflejan en la novela, un nuevo género literario que surgió durante el siglo IV. Ahí también los amantes se enfrentan a obstáculos extraordinarios, pero sus asuntos casi siempre terminan felizmente, con los amantes reunidos después de peligrosas aventuras y una larga separación.

El más famoso comediógrafo de la época fue Menandro (342-292 a. J.C.). La mayoría de su obra nos ha llegado en fragmentos, y algunos críticos modernos sostienen que sus comedias pueden resultar afectadas y artificiales. Sin embargo, para sus contemporáneos y también para los romanos (quienes basaron su propia tradición de comedia en el trabajo de este autor y sus contemporáneos), sus obras triviales y ligeras de la vida diaria tenían un gran atractivo.

EL PENSAMIENTO FILOSÓFICO Y POLÍTICO EN LA ERA DE PLATÓN Y ARISTÓTELES

El cambio intelectual comenzado por Sócrates fue proseguido con brillantez por su discípulo más aventajado, Platón. Nacido en Atenas en una familia aristocrática hacia el año 429 a. J.C., se unió al círculo de Sócrates de joven y pronto vio cómo condenaban a muerte a su mentor. Esta experiencia le causó una impresión tan indeleble que desde entonces hasta su muerte, en torno al año 349 a. J.C., rechazó la participación política directa y se dedicó a reivindicar a su maestro construyendo un sistema filosófico basado en los preceptos socráticos. Platón enseñó este sistema en

Atenas en una escuela informal (sin edificios, matrícula ni programa de estudios establecido) llamada la Academia, y también escribiendo una serie de *diálogos* (tratados compuestos de forma dramática) en los que Sócrates era el personaje principal. Los diálogos platónicos, entre los que destacan por su importancia *Fedro*, *El banquete* y *La República*, son obras duraderas de la literatura, así como las primeras obras completas conservadas de la filosofía.

Platón estaba influido por los dos mundos en los que vivió. De joven había observado a su maestro participar en el relativismo de los sofistas; de adulto vivió en un mundo que cambiaba con tanta rapidez que le hizo perder la fe en las verdades absolutas. Comprendió que para combatir el escepticismo y refutar a los sofistas era necesario dotar a la ética de una base segura: su doctrina de las Ideas. Concedió que la relatividad y el cambio son características del mundo que percibimos con nuestros sentidos, pero negó que ese mundo de apariencias fuera una base apropiada para la filosofía. Existe un ámbito más elevado, espiritual, compuesto por formas eternas de Ideas que sólo puede captar la mente. Estas Ideas inmutables no son meras abstracciones, sino que poseen una existencia real. Cada una es el modelo de cierta clase de objetos, o de relación entre objetos, en la tierra. De este modo, hay Ideas de silla, árbol, forma, color, proporción, belleza y justicia. La más elevada es la Idea del Bien, la causa y principio rector del universo. Las cosas que percibimos a través de los sentidos no son más que copias imperfectas de las realidades supremas, las Ideas, y están relacionadas con ellas como las sombras con los objetos materiales. Al comprender y contemplar el Bien, se puede lograr la meta suprema de la realización a través de la virtud.

Entendiendo que sería difícil alcanzar una vida virtuosa en una sociedad llena de agitación, Platón abordó la política en uno de sus más famosos diálogos, *La República*, el primer tratado sistemático de filosofía política que se ha escrito. Como Platón buscaba la armonía y el orden social, y no la libertad o la igualdad, defendió un estado elitista en el que la mayoría de la gente —los campesinos, los artesanos y los comerciantes— sería gobernada por un grupo intelectualmente superior de «guardianes», a los que se escogería por sus excelentes atributos naturales de inteligencia y carácter. Todos los guardianes servirían primero como soldados, y vivirían juntos sin propiedad privada; los que resultaran más inteligentes recibirían entonces mayor educación y acabarían por convertirse en «reyes-filósofos». Estos gobernantes ilustrados se encargarían de que todos los aspectos de la vida estuvieran subordinados a la Idea del Bien y, a su vez, elegirían sólo a los más inteligentes para sucederlos. A los comentaristas posteriores este ideal de ser gobernados por los más inteligentes les ha parecido a menudo atractivo, pero preguntan a Platón: «¿Quién guardará a los guardianes?». Su sistema daba por sentado que los gobernantes bien educados jamás serían corrompidos por el poder o la riqueza, proposición que todavía

ha de demostrarse en la práctica.

El pensamiento aristotélico

Estas consideraciones prácticas fueron más propias del pensamiento del mejor discípulo de Platón, Aristóteles (384-322 a. J.C.). Hijo de un médico, aprendió de su padre la importancia de observar con cuidado los fenómenos naturales. Aceptó la asunción de Platón de que hay algunas cosas que sólo puede captar la mente, pero su sistema filosófico se basó en la confianza en que la mente humana podía comprender el universo a través de la ordenación racional de la experiencia sensible. En contraste con Platón, quien pensaba que todo lo que vemos y tocamos no es más que un reflejo poco fiable de una verdad intangible, Aristóteles creía en la realidad objetiva de los objetos materiales y pensaba que la investigación sistemática de las cosas tangibles, combinada con la indagación racional sobre cómo funcionan, podía originar la plena comprensión del orden natural y del lugar que ocupaban en él los seres humanos.

Aristóteles investigó una amplia variedad de temas en tratados separados pero interrelacionados sobre lógica, metafísica, ética, poética y política. Fue el primer lógico formal conocido en la historia humana y probablemente el mejor. Estableció reglas para el silogismo, una forma de razonamiento en el que ciertas premisas llevan de manera inevitable a una conclusión válida, e instauró categorías precisas para sustentar todo análisis filosófico y científico, como sustancia, cantidad, relación y lugar. Su credo central era que todas las cosas del universo están constituidas por la impronta de la forma sobre la materia. Se trataba de un compromiso entre el platonismo, que tendía a ignorar la materia, y el materialismo más puro, que no veía más patrones en el universo que los accidentes de la materia incidiendo sobre la materia. Para Aristóteles las formas son las fuerzas determinantes que moldean el mundo de la materia; de este modo, la presencia de la forma de la humanidad moldea y dirige el embrión humano hasta que se acaba convirtiendo en un ser humano. Puesto que todo tiene una forma determinante, el universo de Aristóteles es teológico; es decir, todo elemento y toda clase de elementos se encaminan de forma inherente hacia su propio fin particular. Así pues, el universo aristotélico está en estado constante de movimiento, pues todo dentro de él se mueve hacia su forma perfeccionada suprema (conocida en griego como *telos*).

La filosofía moral de Aristóteles se expresó más plenamente en la *Ética a Nicómaco*, si bien también aparecen importantes aspectos de sus ideas en la *Política*. Pensaba que el bien supremo consiste en el funcionamiento armónico de la mente y el cuerpo del individuo. Los seres humanos difieren de los animales en virtud de sus capacidades racionales y, por tanto, encuentran la felicidad ejercitándolas apropiadamente. Para la mayoría de las personas esto significaría ejercer la razón en

los asuntos prácticos. La buena conducta es la virtuosa, y la virtud reside en el justo medio: valor en lugar de temeridad o cobardía; templanza en lugar de complacencia excesiva o abnegación ascética. Sin embargo, mejor que la vida práctica es la vida contemplativa, pues permite a los pocos hombres dotados para ella por la naturaleza ejercer al máximo sus capacidades racionales. Así pues, Aristóteles creía que los filósofos eran los más felices de los hombres, pero comprendía que ni siquiera ellos podían dedicarse a la contemplación ininterrumpida. Además, como persona práctica, consideraba necesario que intercalaran sus actividades especulativas con la vida práctica en el mundo real.

Mientras Platón concebía la política como un medio para un fin, la consecución ordenada del Bien sobrenatural, Aristóteles pensaba que era un fin en sí misma, el ejercicio colectivo de la vida buena. Pero también daba por sentado que algunas personas —«los bárbaros»— no eran plenamente humanas y, por tanto, estaban destinadas por la naturaleza a ser esclavas. También excluía a las mujeres de la vida de la polis y, de este modo, de la medida plena de humanidad, puesto que no podían compartir la vida del estado en el que las facultades racionales humanas gozaban de su ejercicio más completo. Por su parte, todos los ciudadanos varones estaban destinados a participar, pues, según sus palabras, «el hombre es un animal político» (o, para ser más fieles con el griego, «una criatura de la polis»). Sin embargo, este planteamiento no significaba que la mejor forma de gobierno fuera la democracia; como Platón, Aristóteles la consideraba una forma de gobierno «degradada». Prefería la organización política en la que se combinaban elementos monárquicos, aristocráticos y democráticos mediante controles y equilibrios. Dicho gobierno permitiría a los hombres libres darse cuenta de sus potenciales racionales al mostrarles que estaban situados en la jerarquía natural por encima de los animales y justo debajo de los dioses.

A pesar de su brillantez y originalidad, Platón y Aristóteles no fueron capaces de pensar fuera del marco de su mundo del siglo IV. Su respuesta a los males de la sociedad no fue reestructurar la vida política griega, sino mejorar la vida de una polis particular. En efecto, ambos filósofos indicaron que poleis como Atenas o Tebas eran ya demasiado grandes para funcionar como ciudades ideales. Ambos imaginaron una sociedad perfecta compuesta por unos cuantos miles de hogares, dedicados en buena medida a la agricultura y viviendo en una sociedad participativa, cara a cara. Aunque la civilización griega había comenzado en un mundo como éste, las realidades de la vida política del siglo IV eran muy diferentes. El hecho de que Platón y Aristóteles llegaran a considerar el problema confirma su reconocimiento de que algo iba mal en la polis, pero la respuesta fue la reorganización del sistema existente, no algo nuevo en su lugar.

Otro producto de la tradición intelectual socrática fue Jenofonte, contemporáneo de Platón. Había prestado servicio en el ejército mercenario que luchó en Persia y también había combatido para el rey espartano Agesilao en Asia Menor. Desilusionado con lo que habían hecho sus conciudadanos atenienses con su maestro Sócrates, vivió la mayoría de su vida en un cómodo exilio en territorio espartano. Allí compuso historias (incluida la de los diez mil griegos que se abrieron paso combatiendo para volver de Persia), biografías, sus recuerdos de Sócrates y tratados sobre la monarquía ideal, la constitución espartana, la administración de la casa (el *Oikonomikos*, raíz de la palabra economía) y sobre la crianza de perros de caza. Como la mayoría de los griegos, Jenofonte asumía que el buen gobierno debía buscarse mediante modelos y dechados de moral, lo que le llevó a embellecer u omitir hechos que no contribuían a la elevación moral. Con todo, se daba cuenta de que el mundo había cambiado a peor, punto que remachó cuando contempló cómo Epaminondas debilitaba el estado que Jenofonte tanto admiraba, Esparta. Tanto lo despreciaba, que en su «continuación» de la historia de Tucídides se negó a registrar el nombre del dirigente tebano.

El orador ateniense Isócrates (436-338 a. J.C.) también se dio buena cuenta de que algo había salido muy mal. De nuevo, su solución no fue una revisión general de la polis griega o la creación de formas mayores de organización política. Lo que propuso fue una ingente invasión de Persia dirigida por un hombre de visión y habilidad, alguien capaz de unir el mundo griego en su causa. Isócrates dedicó la mayor parte de su vida a buscar a ese hombre; durante un tiempo se decidió por Agesilao de Esparta y otras veces por tiranos de las partes occidental y septentrional del mundo griego. Hacia el final de su vida empezó a pensar que el indicado era un hombre al que la mayoría de los atenienses no consideraba griego: Filipo II, rey de Macedonia. Isócrates envió una carta abierta a Filipo en la que detallaba los males del mundo griego y declaraba que se necesitaba una acción magistral para rescatarlo de su ciclo interminable de autodestrucción.

El ascenso de Macedonia y las conquistas de Alejandro

A mediados del siglo IV, los griegos estaban tan inmersos en la agitación política y socioeconómica que al principio apenas se percataron del creciente poder de Macedonia, reino situado en los bordes septentrionales del mundo griego. Tenían pocos motivos para hacerlo, pues hasta el siglo IV Macedonia había sido un reino débil, gobernado por una casa real con escasa fuerza incluso para controlar a su

nobleza y acosada por las intrigas y la ambición asesina. Hasta fecha tan reciente como la década de 360, parecía tambalearse hacia el derrumbe, rodeada de vecinos bárbaros que estuvieron a punto de invadir el reino. La mayoría de los griegos consideraba bárbaros a los macedonios, pese al esfuerzo de unos cuantos reyes por añadir un poco de cultura helénica a su corte. (Un rey de finales del siglo v había logrado invitar a Eurípides y a Sófocles a Macedonia; Sócrates había rechazado una petición similar.) Así pues, cuando un joven y enérgico rey macedonio llamado Filipo II consolidó los Balcanes meridionales bajo su dominio, muchos patriotas griegos lo vieron como un acontecimiento no menos preocupante que la aproximación de los «bárbaros» persas en el siglo v.

EL REINO DE FILIPO II, 359-336 A. J.C.

Filipo llegó al trono de Macedonia tras la muerte de su hermano mayor durante un combate contra una invasión bárbara. Éste había dejado como heredero a su hijo pequeño y Filipo se nombró regente, pero pronto prescindió de esta ficción y ocupó el trono. En el año 356 ya se consideraba el rey sin lugar a dudas; ese mismo año le nació un hijo, al que llamó Alejandro y señaló como su sucesor.

El primer problema de Filipo fue estabilizar su frontera norte. Mediante una combinación de guerra y diplomacia, sometió a las tribus del sur de los Balcanes e incorporó su territorio a Macedonia. Su éxito tuvo mucho que ver con la reorganización del ejército. De niño, Filipo había sido rehén en la corte de Epaminondas; como era observador, tal vez aprendió algo al ver al general tebano. En cualquier caso, Filipo convirtió la falange macedonia de un ejército campesino mal organizado en una máquina de combate bien entrenada y armada. Los recursos minerales de los que se había apoderado al inicio de su reinado le proporcionaron la riqueza necesaria para crear lo que en esencia era un ejército profesional, pues una sola de sus minas de oro producía tanto al año como había recaudado en el mismo período la Confederación de Delos en su punto culminante. Filipo también organizó una escuadra de caballería de élite —los Compañeros— que luchaba junto al rey. Estos jinetes de élite provenían de la nobleza; Filipo esperaba inspirar un mayor espíritu de cuerpo entre ellos, así como una lealtad más profunda hacia la casa real. Reclutaba a los futuros Compañeros (y obtenía valiosos rehenes) mandando a los hijos más prometedores de la nobleza a su capital en Pella, donde los formaba como pajes con el príncipe heredero, Alejandro. Mediante una serie de matrimonios dinásticos, Filipo también consiguió ganarse la buena voluntad y la alianza de muchos reinos vecinos.

El creciente poder de Macedonia alarmó a algunos personajes del mundo griego,

entre los que destacó un orador ateniense llamado Demóstenes. Mientras algunos griegos, como Isócrates, veían en Filipo una respuesta potencial a los infortunios de Grecia, Demóstenes y otros creían que era un agresor medio bárbaro cuyo designio supremo era acabar con la independencia de las poleis y someter Grecia a su dominio.

Era indudable la amenaza que ahora planteaba Filipo; pero Demóstenes y otros atenienses malinterpretaron sus verdaderos objetivos. La expansión de Filipo por el norte no se dirigía a Atenas, sino a asegurar sus fronteras y los recursos necesarios para apoyar la invasión de Persia. A partir del año 348 mostró mucho interés en propiciarse a las principales poleis griegas, en especial Atenas. Llegado el momento, incluso propuso una alianza en virtud de la cual los atenienses proporcionarían la flota bélica para la invasión que proyectaba del Imperio persa y, a cambio, él apoyaría su pretensión de obtener la hegemonía sobre Grecia. Los atenienses hicieron caso del consejo de Demóstenes y se negaron a colaborar con Filipo. Este error de cálculo resultaría desastroso.

La imposibilidad de llegar a algún acuerdo con Atenas pese a los agotadores esfuerzos diplomáticos de Filipo acabó llevando a la guerra entre los macedonios, en un bando, y Atenas, Tebas y varias poleis menores, en el otro. (Esparta permaneció al margen.) En la batalla de Queronea en el año 338 a. J.C., los macedonios obtuvieron una estrecha victoria sobre los atenienses y sus aliados. A continuación Filipo convocó a los delegados de toda la Grecia continental en Corinto, donde estableció una nueva liga. En términos generales, dejó intacta la independencia de las principales poleis griegas. El objetivo primordial de la «Liga de Corinto» era proporcionar fuerzas para la invasión de Asia Menor, con Filipo como jefe militar, pero también desempeñaba cierto papel en el mantenimiento de la paz entre las poleis griegas rivales.

Filipo no llegó a hacer realidad su sueño de invadir el territorio persa. En una fiesta celebrada en Macedonia en el año 336 a. J.C., un amante despechado se abalanzó contra el rey y lo asesinó. La monarquía recayó entonces en el joven de veinte años que había mandado la caballería de su padre en Queronea, Alejandro III. Los griegos lo conocerían como Alejandro Poliorcetes, el «saqueador de ciudades»; para los romanos, a quienes los conquistadores les impresionaban mucho más que a los griegos, sería Alejandro Magno.

LAS CONQUISTAS Y EL REINADO DE ALEJANDRO, 336-323 A. J.C.

Alejandro resulta una figura difícil de entender para los historiadores, no menos porque durante su vida ya se había creado a su alrededor una leyenda romántica sobre sus hazañas. Los investigadores han visto en él un visionario y un genio, además de

un carnicero; lo que hizo fue nada menos que transformar el mundo, convirtiendo la cultura griega de un territorio provinciano a pequeña escala en una cultura mundial y difundiéndola a distancias tan lejanas como los estados actuales de Afganistán y Pakistán.

Sus victorias militares son bien conocidas. Después de sofocar primero las revueltas que estallaron en Grecia tras la muerte de su padre, en el año 334 ya estaba preparado para invadir el Imperio persa, entonces bajo el mando de Darío III. Persia sufría debilidades internas desde hacía más de una década. A Darío III lo había colocado en el trono un visir intrigante que pretendía controlar al joven noble, pero que descubrió que su marioneta tenía designios propios. Darío mató al intrigante y después gobernó con destreza durante los pocos años de paz que disfrutó hasta la aparición de Alejandro en Asia.

El rey macedonio obtuvo una serie de asombrosas victorias que comenzaron en el noroeste de Asia Menor. Llegó un momento en que Darío le ofreció cederle sus posesiones occidentales a cambio de su familia (a la que Alejandro había capturado en batalla) y un tratado de paz. El mariscal de campo de Alejandro, Parmenio, le aconsejó: «Si yo fuera tú, lo aceptaría». Alejandro replicó: «Y yo también, si yo fuera Parmenio». Antes de los tres años del inicio de su invasión, Alejandro había sometido Anatolia y la costa sirio-palestina, y había separado Egipto del Imperio persa. Durante el tiempo que pasó en Egipto, parece que Alejandro reflexionó sobre lo que ya había logrado y poco a poco llegó al convencimiento de que tenía cualidades sobrehumanas. En efecto, para muchos ya había conseguido más de lo que habría cabido esperar de los dioses insignificantes y pendencieros del monte Olimpo, que parecían empequeñecerse todavía más en comparación con lo que el monarca y su brillante cuadro de oficiales seguían alcanzando.

En septiembre del año 331 a. J.C., Darío reunió las fuerzas restantes de su imperio para hacer frente al ejército greco-macedonio de Alejandro en lo que hoy es el norte de Irak. En la batalla de Gaugamela, Alejandro destruyó al ejército persa. Darío huyó a las montañas, donde fue capturado y asesinado por un jefe tribal que quería congraciarse con Alejandro. Pero como nuevo rey de Persia, Alejandro ejecutó al jefe por haber matado a su predecesor. La primavera siguiente destruyó la capital persa de Persépolis para que no sirviera de punto de encuentro de la resistencia persa.

Durante los años siguientes Alejandro avanzó por las montañas de Bactria (Afganistán actual), donde se libraron los combates más duros de la campaña. Por fin consiguió conquistar buena parte de la región, pero su dominio fue débil. Entre los bactrianos encontró a la mujer que convertiría en su reina, Roxana. Desde allí descendió por el valle del Indo, en el que encontró una tenaz resistencia. En la desembocadura del Indo sus soldados se amotinaron y se negaron a proseguir el ataque. A su pesar, Alejandro los dirigió de vuelta hacia Babilonia, donde llegaron a

finales del año 324 a. J.C.

Es difícil precisar qué pretendía hacer Alejandro con su nuevo imperio. Algunos estudiosos lo ven como un simple pirata, inclinado a la conquista y el saqueo en una búsqueda interesada de la gloria digna de los héroes homéricos de quienes declaraba descender. Otros rebaten esta postura y señalan la fundación sistemática de poleis de estilo griego a lo largo de la ruta de sus campañas. Estas nuevas ciudades no sólo servían como guarniciones para controlar a las poblaciones autóctonas, sino también como focos de la cultura griega. No hay que olvidar tampoco el extravagante matrimonio en masa al que obligó a sus oficiales, al imponerles el abandono de sus esposas y la aceptación de nobles persas como novias. Este acto, contemplado en otro tiempo como un reflejo del supuesto deseo visionario de Alejandro de eliminar las distinciones étnicas dentro de su imperio, ahora se considera un intento de crear una nueva nobleza que no fuera leal a los intereses macedonios ni persas, sino únicamente a él y a sus sucesores. Alejandro no dio pasos realistas con miras a crear una administración para su nuevo reino, aunque sí trasladó a algunos oficiales y grupos de veteranos en un intento de redistribuir ciertas responsabilidades. Nuestras fuentes dan a entender planes para proseguir las conquistas, quizá de Arabia o puede que de Italia y Sicilia al oeste. Teniendo en cuenta lo que conocemos de él, es difícil imaginarlo satisfecho con lo que ya había hecho.

Nunca lo sabremos con certeza. A finales de mayo del año 323, Alejandro cayó enfermo con síntomas de malaria y, sin prestar atención a los consejos de sus médicos, continuó representando el papel de rey homérico, bebiendo en abundancia y haciendo esfuerzos imprudentes. A menudo había resultado herido en la batalla durante el curso de su carrera y sin duda su cuerpo estaba resentido. Su estado físico se fue deteriorando, hasta que el 10 de junio del año 323 a. J.C. murió, cuando aún no había cumplido treinta y tres años. Sus amigos y oficiales, reunidos alrededor de su lecho de muerte, le preguntaron a quién deseaba dejar su imperio. Una fuente declara que, justo antes de perder la conciencia, una sonrisa irónica adornó su cara y susurró: «Al más fuerte». Eso podía significar a cualquiera de los generales brillantes y ambiciosos que lo rodeaban, que eran los segundos del rey en prestigio y destreza marcial.

Los reinos helenísticos

Después de la muerte de Alejandro, se desataron luchas épicas entre quienes querían mantener unido el reino, los que deseaban demarcar sus propios reinos y, entre estos últimos, quienes querían la mayor parte posible. Las guerras e intrigas que se sucedieron en las dos generaciones posteriores a la muerte del gran conquistador son

demasiado complejas para describirlas en detalle. Sin embargo, en el año 275 a. J.C. ya habían surgido tres ejes separados de poder militar y político, cada uno con un planteamiento claro a pesar de sus orígenes comunes y su clase gobernante greco-macedonia. Uno de los rasgos llamativos del período es la renovación de antiguos modelos políticos, sobre todo en Oriente Próximo y Egipto, donde los sucesores de Alejandro Magno establecieron ciudades extendidas y revivieron el concepto del rey dios.

EGIPTO PTOLEMAICO

Después de la muerte de Alejandro en Babilonia, su círculo interno se reunió para decidir el destino de su imperio. De momento, permaneció unido, pero Ptolomeo pidió que le hicieran gobernador de Egipto. El resto de los generales de Alejandro parece que aceptó de buena gana que Ptolomeo se quedara con la tierra caliente y sofocante de Egipto, pero éste se había dado cuenta del vasto potencial y virtual invulnerabilidad del país ante el ataque. En cuanto llegó, Ptolomeo se propuso hacer de Egipto un reino independiente bajo su mando. La dinastía que estableció gobernaría el país durante los trescientos años siguientes. Todos los herederos varones de la línea adoptarían el nombre de Ptolomeo, y de ahí viene la denominación de Egipto ptolemaico.

Gobernando desde Alejandría, la gran ciudad costera fundada por Alejandro, los ptolomeos actuaron como reyes macedonios con sus súbditos griegos y macedonios que vivían en la próspera capital. Sin embargo, fuera de Alejandría desempeñaron el papel de faraones, se rodearon del boato y los símbolos propios de la herencia egipcia. Los ptolomeos no fueron en absoluto un fracaso político. El siglo III en particular fue una época de prosperidad y paz interna en Egipto, pero incluso en la Antigüedad la gente reconocía la divisoria existente entre los reyes macedonios y la antigua tierra que gobernaban. Los geógrafos describían Alejandría como una ciudad que había dentro de Egipto, pero no como parte de él. Por mucho que imitaran a los gobernantes egipcios del pasado, la clase dirigente macedonia desdeñaba ampliamente a sus súbditos. Hasta la última gobernante ptolemaica, Cleopatra VII, ningún monarca de la casa dinástica se preocupó por aprender egipcio.

Para los ptolomeos, al igual que para los faraones antiguos, todo Egipto era básicamente tierra de la corona que debía explotarse en beneficio de la casa real. Sin embargo, junto a esta tradición egipcia estaba la idea macedonia de que la tierra conquistada —tierra «ganada por la lanza»— era botín que debía usarse para el enriquecimiento y enaltecimiento personales. Los ptolomeos intentaron exprimir hasta la última gota de riqueza de la campiña egipcia, que en su mayor parte acababa

en Alejandría. Había escaso interés en mejorar la suerte del campesinado egipcio; en el mundo antiguo se asumía con frecuencia que lo que mantenía a los pobres sumisos y complacientes era su pobreza desesperada. No obstante, los ptolomeos se pasaron de la raya y desde finales del siglo III se enfrentaron a revueltas regulares y peligrosas del campesinado autóctono.

Sin embargo, el Egipto ptolemaico resultó ser el más duradero de los reinos helenísticos. La dinastía empleó la riqueza del país para patrocinar la ciencia y las artes. Al comienzo de la dinastía se fundaron el museo y la biblioteca de Alejandría, y la ciudad se convirtió en un centro de erudición que atrajo a las mejores mentes del mundo helenístico, incluso llegó a desplazar a Atenas, que había conservado cierta importancia como una especie de ciudad «universitaria». Muchos avances en astronomía, ciencias aplicadas y física tuvieron lugar en Alejandría, y el estudio de la medicina adelantó mucho bajo la dinastía ptolemaica. Libres de los tabúes de su tierra natal, a los investigadores médicos griegos de Egipto se les permitía realizar autopsias en los cuerpos de los delincuentes muertos, lo que posibilitó que la anatomía se convirtiera en una disciplina científica por derecho propio. Los ptolomeos no fueron mecenas desinteresados. Les importaban mucho más la gloria y el prestigio que su mecenazgo les proporcionaba que los beneficios prácticos que pudieran surgir de la investigación que patrocinaban. Pero fueran cuales fueran sus motivos, la erudición alejandrina dejó una marca indeleble en el mundo mediterráneo.

ASIA SELÉUCIDA

Las vastas posesiones asiáticas de Alejandro Magno acabaron recayendo en otro macedonio, Seleuco, en el año 281 a. J.C. Durante la vida de Alejandro, Seleuco no había sido un oficial de alto rango, pero había logrado medrar en la confusión surgida tras su muerte explotando los temores y sospechas de sus más prominentes sucesores.

Gobernar un reino tan dilatado resultó más una maldición que una bendición. La dinastía persa fundada por Seleuco, los seléucidas, luchó con el problema de la sucesión a lo largo de toda su historia. Su dominio en las provincias más orientales fue especialmente débil —lo mismo había ocurrido durante la vida de Alejandro—, como Seleuco reconoció. Por tanto, cedió buena parte del valle del Indo al gran rey guerrero indio Chandragupta a cambio de la paz y una escuadra de elefantes de guerra. A mediados del siglo III los seléucidas también habían perdido el control de Bactria, donde estaban surgiendo una serie de estados indo-griegos con un singular complejo cultural propio. (En la tradición budista se recuerda a un rey bactriano-griego, Menandro, que tal vez sintiera inclinaciones hacia esa religión.) En la década de 260 habían perdido además el control de la parte occidental de Asia Menor. El

territorio seléucida lo constituían ahora Siria-Palestina, Mesopotamia y la parte occidental de Persia: era todavía un reino grande y rico, pero mucho menor del que había dejado Alejandro.

Al igual que los ptolomeos, los seléucidas ofrecían dos caras a sus súbditos, una arraigada en la tradición del antiguo Oriente Próximo para sus súbditos persas y mesopotámicos, y otra mucho más griega para la población fuertemente helenizada de la costa. El hijo de Seleuco, Antíoco I, proclamaba, siguiendo la tradición de Sargón o Hammurabi: «Yo soy Antíoco, el Gran Rey, el rey legítimo [...] rey de Babilonia, rey de todos los países». Por todo su imperio los seléucidas fomentaban el reconocimiento de su categoría divina y los honores divinos que se les debían. En los grandes centros urbanos del Asia seléucida se construyeron santuarios y templos para el culto del gobernante vivo.

Los monarcas seléucidas continuaron la tradición de Alejandro y fundaron nuevas ciudades a lo largo del imperio, ciudades que eran griegas en sus premisas, pero que en muchos casos crecieron para convertirse en prósperos centros comerciales e industriales, como Antioquía. Estas ciudades atrajeron hacia Oriente buena parte del talento profesional y mercantil, lo que fomentó el comercio y las manufacturas sobre las que los seléucidas aplicaban una amplia variedad de impuestos, aranceles y levadas. Aunque su burocracia estaba menos organizada que la de los ptolomeos, en un imperio de más de 30 millones de habitantes, hasta una recaudación de impuestos aleatoria podía recoger ingentes ingresos. Sin embargo, como sus predecesores persas, los seléucidas no reinvertían sus ganancias en lo que denominaríamos mejoras de capital, sino que la acumulaban en grandes tesorerías estatales. Al mismo tiempo, contaron con dinero en metálico más que suficiente para costear el buen funcionamiento de su gobierno y defender sus fronteras a lo largo de todo el siglo III, período de guerras regulares con los ptolomeos. No fue hasta el siglo II, al perder una cara contienda con los romanos, cuando Antíoco III tuvo que saquear los templos y la riqueza privada a fin de pagar su indemnización de guerra.

MACEDONIA Y GRECIA ANTIGÓNIDAS

El suelo macedonio no poseía la vasta riqueza de los nuevos reinos surgidos de las conquistas de Alejandro. También permaneció muy inestable desde la época de su muerte hasta el año 276 a. J.C., cuando un general llamado Antígono por fin fue capaz de establecer su dominio sobre la zona. Macedonia obtenía su fortaleza de los considerables recursos naturales y de su influencia sobre el comercio por el Egeo, así como de su señorío de facto sobre el suelo griego. Además, los macedonios todavía podían poner en el campo el mejor ejército de todos los estados sucesores, y sus reyes

antigónidas conservaban lo que muchos de los monarcas del mundo helenístico deseaban, el reino de la tierra cuna de Filipo y Alejandro.

Antígono estaba influido por el planteamiento estoico (véase más adelante) y contemplaba el reino como una especie de servidumbre noble, un cargo que había que soportar en lugar de disfrutar. Este punto de vista, combinado con sus restringidos recursos, le convenció de que no debía competir con los seléucidas y los ptolomeos por el dominio. En su lugar, la política antigónida consistió en mantener en guerra a estas otras dos potencias y lejos de la esfera de influencia macedonia. Así pues, Antígono y sus sucesores persiguieron una política que recordaba más a Filipo que a Alejandro. Aseguraron las fronteras septentrionales, sostuvieron un fuerte ejército permanente y mantuvieron a raya a los quisquillosos griegos del sur.

Sin embargo, los griegos estaban inquietos bajo los antigónidas, y dos fuerzas emergentes en el mundo heleno servirían de puntos de concentración para clamar por la libertad y la guerra contra los «bárbaros». Estas dos fuerzas, la Liga Etolia y la Liga Aquea, fueron una innovación en la organización política griega. A diferencia de las alianzas defensivas del período clásico, estas dos ligas representaban una unificación política real, con cierta centralización de funciones gubernamentales. Los ciudadanos de las poleis miembros participaban en consejos de estado que se ocupaban de la política exterior y los asuntos militares, los juicios por traición y la elección anual de un general de las ligas (también el principal cargo ejecutivo) y su segundo en el mando. A los nuevos miembros se los admitía en igualdad de condiciones que a los antiguos, y todos los ciudadanos de las distintas poleis gozaban de ciudadanía conjunta en la liga. Además, se aplicaban las mismas leyes, pesos y medidas, moneda y procedimientos judiciales en todo este sistema federal. Tan impresionante fue el grado de colaboración y unificación, que James Madison, John Jay y Alexander Hamilton emplearon la Liga Aquea como uno de sus modelos al abogar por el federalismo en Estados Unidos.

La expansión del comercio y la urbanización

En líneas generales, el mundo helenístico fue próspero debido al crecimiento del comercio de largo alcance, las finanzas y las ciudades. Las conquistas de Alejandro abrieron una amplia zona comercial que se extendía de Egipto al golfo Pérsico, dominado por monarcas de lengua griega y comunidades mercantiles de reciente establecimiento. Estas conquistas también estimularon la economía comercial al poner en circulación grandes cantidades de monedas de oro y plata, joyas y utensilios persas adquiridos mediante el saqueo. Las industrias también se beneficiaron, porque los monarcas autócratas fomentaron la manufactura como medio de aumentar sus

ingresos mediante el comercio.

Las nuevas aventuras comerciales fueron particularmente vigorosas y lucrativas en el Egipto ptolemaico y la zona de Asia occidental gobernada por los monarcas seléucidas, cuyo territorio central era Siria. Los ptolomeos ofrecieron todos los servicios para el fomento del comercio. Se mejoraron los puertos, se enviaron barcos para patrullar los mares y se construyeron caminos y canales. Los ptolomeos emplearon incluso geógrafos para descubrir nuevas rutas a tierras distantes y, de este modo, abrir valiosos mercados. Como resultado de estos métodos, Egipto desarrolló un comercio floreciente en la más amplia variedad de productos. Al puerto de Alejandría llegaban especias de Arabia, oro de Etiopía y la India, estaño de Britania, elefantes y marfil de Nubia, plata de Iberia, alfombras finas de Asia Menor e incluso seda de China. Los beneficios para el gobierno y para algunos comerciantes alcanzaban a menudo el 20 o 30 por ciento.

Las ciudades crecieron enormemente durante la era helenística, tanto por razones políticas como económicas. Fuera por completo de los motivos económicos, los monarcas griegos importaban oficiales y, sobre todo, soldados griegos para mantener el control sobre la población no griega. Muchos de esos asentamientos fueron nuevas fundaciones. El propio Alejandro Magno había fundado unas setenta ciudades como puestos de avanzada del dominio griego, y en los dos siglos siguientes sus sucesores establecieron unas doscientas más. Pero la urbanización también creció debido a la expansión del comercio y de la industria, así como a la proliferación de las delegaciones gubernamentales.

El crecimiento demográfico en algunos centros urbanos fue explosivo. En Antioquía, ciudad siria, la población se cuadruplicó en un solo siglo. Seleucia, junto al Tigris, pasó de la nada a convertirse en una metrópolis de varios cientos de miles de habitantes en menos de dos siglos. Alejandría, en Egipto, la ciudad mayor y más famosa de todas las helenísticas, tenía medio millón de habitantes. Hasta la Roma imperial, ninguna otra ciudad de los tiempos antiguos la había sobrepasado en tamaño o magnificencia. Sus calles estaban bien pavimentadas y trazadas en un orden regular. Contaba con espléndidos edificios públicos y parques, un museo y una biblioteca de medio millón de rollos.

A pesar del crecimiento general de la economía helenística, no todos disfrutaron de prosperidad. La agricultura se mantuvo como fuente de riqueza primordial, y los pequeños campesinos sufrieron mucho por las políticas impositivas explotadoras de los monarcas helenos. Aunque la producción industrial aumentó, la industria continuó basándose en el trabajo manual de los artesanos particulares, que en su mayoría vivían en la pobreza. Entre las poblaciones ingentes de las ciudades, el desempleo era una preocupación constante. Los que no podían encontrar trabajo se veían obligados a mendigar, robar o prostituirse para sobrevivir.

Incluso quienes prosperaron en la nueva economía estaban a menudo sometidos a drásticas fluctuaciones de sus fortunas debido a la precariedad natural de las empresas mercantiles. Un comerciante al que le fuera muy bien vendiendo tela de lujo podía invertir mucho en ella para después descubrir que los gustos habían cambiado o que el barco que había enviado para transportar sus mercancías había naufragado. Los mercaderes también estaban muy expuestos al síndrome del «auge-quebra». Calculando que podía hacer una fortuna durante una espiral de precios en auge, un comerciante podía contraer deudas a fin de aprovechar la tendencia ascendente y descubrir al poco que la oferta del artículo con que comerciaba excedía de repente a la demanda, con lo cual no le quedaba margen para pagar a sus acreedores.

Sin embargo, dicho todo esto, parece claro que el paisaje económico del mundo helenístico era de contrastes extremos, una imagen que merece la pena recordar cuando pasamos a considerar su pensamiento y cultura.

La cultura helenística: filosofía y religión

La filosofía helenística mostraba dos tendencias que corrían casi paralelas a lo largo de la civilización. La tendencia principal, ejemplificada por el epicureísmo y el estoicismo, presentaba un interés fundamental por la razón como clave para la solución de los problemas humanos. Esta tendencia era una manifestación de la influencia griega, por más que la filosofía y la ciencia, tal como las había combinado Aristóteles, hubieran llegado ahora a una bifurcación de caminos. La tendencia menor, ejemplificada por los escépticos y diversos cultos, tendía a rechazar la razón, a negar la posibilidad de alcanzar la verdad y en ciertos casos a acudir al misticismo y a confiar en la fe. A pesar de las diferencias en su enseñanza, los filósofos y entusiastas religiosos de la era helenística solían estar de acuerdo en una cosa: la necesidad de hallar algún alivio de las pruebas a las que sometía la existencia, pues con el declive de la actividad cívica libre como medio de expresión del idealismo humano, era preciso encontrar alternativas para que la vida tuviera significado o por lo menos resultara soportable.

EPICUREÍSMO Y ESTOICISMO

El epicureísmo y el estoicismo se originaron hacia el año 300 a. J.C. Los fundadores fueron, respectivamente, Epicuro (c. 342-270 a. J.C.) y Zenón (vivió a partir del año 300 a. J.C.), los dos residentes en Atenas. Las dos filosofías tenían varios rasgos en

común. Ambas eran individualistas, preocupadas no por el bienestar de la sociedad, sino por el bien del individuo. Eran materialistas, negaban la existencia de toda sustancia espiritual; se declaraba incluso que los seres divinos y el alma estaban formados de materia. El estoicismo y el epicureísmo también contenían elementos de universalismo. Ambos enseñaban que la gente es igual en todo el mundo y no reconocían distinciones entre griegos y no griegos.

Pero en la mayoría de los restantes aspectos, los dos sistemas eran completamente diferentes. Los estoicos creían que el cosmos es un todo ordenado en el que las contradicciones se resuelven para el bien supremo. Por tanto, el mal es relativo; las desgracias particulares que acosan a los seres humanos no son más que incidentes necesarios para la perfección final del universo. Todo lo que sucede está rígidamente determinado de acuerdo con un objetivo racional. Ninguna persona es dueña de su suerte; el destino humano es un eslabón en una cadena continua. La gente sólo es libre en el sentido de que puede aceptar su sino o rebelarse contra él. Pero en cualquiera de los casos no puede vencerlo. Su deber supremo es someterse al orden del universo a sabiendas de que ese orden es bueno. Mediante tal acto de resignación se alcanzará la felicidad más elevada, que consiste en la tranquilidad mental. Aquellos verdaderamente felices son quienes mediante la afirmación de sus naturalezas racionales han conseguido un ajuste perfecto de sus vidas al fin cósmico y han purgado sus almas de toda amargura y protesta contra los avatares de la fortuna.

La ética y la teoría social del estoicismo surgieron de su filosofía general. Creyendo que el bien más elevado es la serenidad mental, destacaban el deber y la autodisciplina como virtudes cardinales. Al reconocer el predominio de males particulares, enseñaban tolerancia y perdón mutuo. También instaban a la participación en los asuntos públicos como un deber para quienes poseían una mente racional. Condenaban la esclavitud y la guerra, si bien no emprendieron acciones reales contra esos males, puesto que creían que los resultados que surgirían de las medidas violentas de cambio social serían peores que las enfermedades que pretendían curar. Con las reservas pertinentes, la filosofía estoica fue uno de los productos más nobles de la era helenística porque enseñaba igualitarismo, pacifismo y humanitarismo.

Los epicúreos basaron su filosofía en el «atomismo» materialista de un pensador griego anterior llamado Demócrito, que vivió en la segunda mitad del siglo v a. J.C. Según esta teoría, los componentes finales del universo son los átomos, infinitos en número, indestructibles e indivisibles. Todo objeto u organismo individual del universo es producto de un concurso fortuito de átomos. Una vez sentada esta premisa, Epicúreo y sus discípulos propusieron que, puesto que no hay un objetivo final en el universo, el bien más elevado es el placer: la satisfacción moderada de los apetitos corporales, el placer mental de contemplar la excelencia y las satisfacciones

ya disfrutadas, y, sobre todo, la serenidad de alma. El último fin puede lograrse mejor mediante la eliminación del miedo, en especial del miedo a lo sobrenatural, puesto que es la mayor fuente de dolor mental. El individuo debe comprender que el alma es materia y, por tanto, no puede sobrevivir al cuerpo, que el universo funciona por sí mismo y que no hay dioses que intervengan en los asuntos humanos. Así pues, los epicúreos llegaron por un camino diferente a la misma conclusión general que los estoicos: nada es mejor que la tranquilidad mental.

Las enseñanzas morales prácticas y la política de los epicúreos descansaban en el utilitarismo. En contraste con los estoicos, no insistían en la virtud como fin en sí misma, sino que enseñaban que la única razón por la que se debe ser bueno es para aumentar la felicidad propia. De igual manera, negaban que existiera la justicia absoluta: las leyes y las instituciones sólo son justas en la medida en que contribuyan al bienestar del individuo. En toda sociedad se han hecho necesarias ciertas reglas para el mantenimiento del orden. Deben obedecerse únicamente porque redundan en nuestro beneficio. Epicuro consideraba que el estado era una mera conveniencia y enseñaba que el hombre sabio no debía tomar parte activa en la política. No proponía que hubiera que abandonar la civilización, pero su concepción de la vida más feliz era esencialmente pasiva y derrotista. Enseñaba que la persona pensante reconocerá que los males del mundo no pueden erradicarse mediante el esfuerzo humano; por tanto, el individuo se retirará al estudio de la filosofía y a disfrutar de la compañía de unos cuantos amigos agradables.

ESCEPTICISMO

Los escépticos propusieron una filosofía más radicalmente derrotista. El escepticismo alcanzó el cenit de su popularidad hacia el año 200 a. J.C. bajo el influjo de Carnéades. Su principal fuente de inspiración fue la enseñanza de que todo conocimiento se deriva de la percepción sensual y, por tanto, debe ser limitado y relativo. De ahí dedujeron que no se puede probar nada. Puesto que las impresiones de nuestros sentidos nos engañan, ninguna verdad puede ser segura. Todo lo que cabe afirmar es que las cosas parecen ser de tal y tal modo; no sabemos cómo son en realidad. No tenemos un conocimiento definitivo de lo sobrenatural, del significado de la vida y ni siquiera de lo bueno y lo malo. Se deduce que el camino sensato que hay que seguir es la suspensión del juicio, pues es lo único que puede llevar a la felicidad. Si abandonáramos la búsqueda infructuosa de la verdad absoluta y dejáramos de preocuparnos por el bien y el mal, alcanzaríamos la paz mental, que es la satisfacción suprema que ofrece la vida. A los escépticos les interesaban todavía menos que a los epicúreos los problemas políticos y sociales. Su ideal era la huida de

un mundo no reformable ni comprensible.

RELIGIÓN

De forma similar, la religión helenística tendió a ofrecer vehículos de escape de los compromisos políticos colectivos. Aunque la religión griega en el período de las ciudades-estado había destacado el culto a los dioses asociados con ciudades determinadas para mejorar la suerte de dichas ciudades, ese culto de orientación cívica estaba perdiendo vitalidad. Para muchos dirigentes sociales, su lugar lo ocuparon las filosofías del estoicismo, el epicureísmo y el escepticismo. Por su parte, la gente más llana tendía a abrazar religiones personales emocionales que ofrecían rituales elaborados en este mundo y salvación en el otro. En las comunidades de lengua griega, los cultos que resaltaban la expiación ascética extrema, la unión mística extática con la divinidad y demás salvación mundana atraían aún más seguidores. Entre estos cultos de misterio, así llamados porque la pertenencia era un secreto y sus ritos se realizaban en privado, uno de los más populares era el dionisiaco, basado en el mito de la muerte y resurrección del dios Dioniso. Todavía hoy la palabra *dionisiaco* connota dedicación a prácticas religiosas de éxtasis que bordean lo orgiástico. En las comunidades persas el zoroastrismo se hizo aún más extremo en su dualismo, los magi insistían en que todo lo material era malo y exigían que los creyentes practicaran la austeridad a fin de preparar sus almas inmateriales para la dicha etérea en la otra vida. Por último, tanto entre los griegos como los no griegos, fue cobrando cada vez mayor popularidad una rama del zoroastrismo conocida como mitraísmo.

No se sabe con exactitud cuándo se convirtió el mitraísmo en una religión independiente, pero no fue más tarde del siglo IV a. J.C. El culto obtuvo su nombre de Mitras, al principio una deidad menor del zoroastrismo. Poco a poco muchos le reconocieron como el dios más merecedor de adoración, debido probablemente a su atractivo emocional. Se creía que había vivido una existencia terrenal que supuso gran sufrimiento y sacrificio. Realizó milagros, dio pan y vino a la humanidad y puso fin a una sequía, así como a una inundación desastrosa. Proclamó que el domingo era el día más sagrado de la semana, puesto que el sol era el dador de luz. Declaró el 25 de diciembre el día más sagrado del año porque, como fecha aproximada del solsticio de invierno, era el «cumpleaños» del sol, cuando sus poderes de dar vida comenzaban a aumentar para beneficio de la humanidad. El mitraísmo extraía a la mayoría de sus conversos de las clases más bajas de la sociedad helenística, les ofrecía un ritual elaborado, desprecio por la vida en este mundo y una doctrina claramente definida de redención a través de Mitras, un salvador personal. No es sorprendente que perdurara

más allá del período helenístico; a partir de en torno al año 100 a. J.C. se convirtió en una de las religiones más populares del Imperio romano y ejerció cierta influencia sobre el cristianismo.

La cultura helenística: literatura y arte

Tanto el arte como la literatura de la era helenística se caracterizaron por la tendencia de llevar a los extremos aspectos de logros griegos anteriores. Es difícil aseverar las razones de esta postura, pero parece que los escritores y artistas deseaban demostrar sus destrezas puramente formales a fin de complacer a sus mecenas autócratas. Las mayores incertidumbres de la existencia en los tiempos helenísticos puede que también llevaran a los consumidores del arte a buscar satisfacción en formas más espectaculares y menos sutiles de expresión artística. Sea cual fuere el caso, durante este período, el arte, en lugar de ser una expresión integral de actividades cívicas, se convirtió más en un producto. Las obras artísticas se hicieron más numerosas y asequibles: conocemos los nombres de al menos mil cien autores helenísticos. Muchas de estas obras son mediocres, pero algunas constituyen duraderas obras maestras del arte y la literatura.

LITERATURA BUCÓLICA

La forma poética helenística más prominente fue la égloga, un nuevo género que presentaba un mundo fantástico de pastores y ninfas del bosque. El inventor del género fue un griego llamado Teócrito, quien escribió hacia el año 270 a. J.C. en el entorno de la gran ciudad de Alejandría. Teócrito era un mercader del escapismo. En medio del ajetreo urbano, enfrentado a gobernantes déspotas y teniendo ante los ojos las condiciones de apiñamiento propias de los barrios bajos, celebró los encantos de los vagos valores campestres e idealizó los «placeres sencillos» de la gente rústica. Uno de sus poemas bucólicos podría empezar así: «Comenzad mi canción pastoril, dulces musas, comenzad, yo soy Tirsis de Etna, ésta es la amable voz de Tirsis». Para muchos la falsedad de estos versos es alienante: ¿cómo podían los pastores hablar de esa forma? Pero a otros lectores les gusta la exuberancia poética. Al crear los poemas bucólicos, Teócrito dio con una tradición duradera que pervivió al período helenístico y que maestros como Virgilio y Milton adoptaron, además de proporcionar gran riqueza de temas para las artes visuales. Incluso compositores de música moderna para concierto, como Claude Debussy en su *Preludio a la siesta de un fauno*, están en deuda con este poeta escapista de Alejandría.

PROSA

La literatura en prosa helenística estuvo dominada por historiadores y biógrafos. El más profundo de los escritores de historia fue el griego Polibio, que vivió durante el siglo II a. J.C. Sostenía que el desarrollo histórico avanza en ciclos y que las naciones pasan de forma tan ineludible por etapas de crecimiento y declive, que es posible predecir con exactitud hacia dónde se dirige una determinada si se sabe lo que le ha sucedido en el pasado. Desde la perspectiva del método histórico, Polibio merece ocupar el segundo lugar, detrás de Tucídides, entre los historiadores de los tiempos antiguos, e incluso sobrepasó a este último en su comprensión de la importancia que tienen las fuerzas sociales y económicas. Aunque la mayoría de las biografías de la época era ligera y estaba llena de chismes, su popularidad ofrece un elocuente testimonio sobre los gustos literarios del período.

ARQUITECTURA

En consonancia con el estilo de gobierno despótico, los rasgos principales de la arquitectura helenística fueron la grandiosidad y la ornamentación. En lugar del equilibrio y el comedimiento que habían distinguido a la arquitectura griega del siglo V y comienzos del IV a. J.C., los edificios públicos helenísticos se basaron en elementos griegos, pero se desplazaron hacia las pautas establecidas por los monarcas persas y los faraones egipcios. Dos ejemplos (por desgracia, ya no sobrevive ninguno) son el gran faro de Alejandría, que se erguía hasta una altura de casi 120 metros, con tres pisos decrecientes y ocho columnas para sostener la luz en la cúspide, y la ciudadela de Alejandría, construida en piedra revocada de azul y de la que un contemporáneo afirmaba que «ascendía hasta el aire». En Pérgamo, Asia Menor, sobre una alta colina, se levantaron un enorme altar a Zeus (trasladado a Berlín en tiempos modernos) y un gran teatro al aire libre. En Éfeso, no muy lejos, las calles estaban pavimentadas de mármol. La «firma» de la arquitectura helenística de cualquier dimensión era la columna corintia, una forma más adornada que las sencillas y dignas alternativas dórica y jónica, predominantes en la edificación griega anterior.

ESCULTURA

En el análisis final, quizá el más influyente de todos los productos de la cultura helenística fueran las obras escultóricas. Mientras que la escultura griega anterior

había buscado ensalzar a la humanidad y expresar los ideales griegos de modestia mediante una compostura sobria, la escultura helenística resaltó el naturalismo extremo y la extravagancia sin reparos. En la práctica esto significó que los escultores se esforzaran en recrear los surcos faciales, las distensiones musculares y los pliegues complejos de los ropajes. Se consideraba que las posturas humanas extrañas ofrecían los mayores desafíos a los artistas de la piedra, hasta el grado de que los escultores llegaban a preferir representar a personas estirándose o balanceándose sobre una pierna en contorsiones que rara vez se dan en la vida real. Puesto que la mayoría de la escultura se realizaba para ricos mecenas privados, es evidente que la meta era crear algo singular por su concepción y destreza, algo que un coleccionista pudiera mostrar como ejemplar único de su tipo. Por tanto, no resulta sorprendente que se llegara a admirar la complejidad por sí misma, y que el naturalismo extremo se tambaleara a veces al borde de la estilización distorsionada. No obstante, cuando los espectadores actuales ven esas obras, es frecuente que tengan la impresión de reconocerlas, pues las posturas extrañas y exageradas de las esculturas helenísticas ejercieron una enorme influencia en Miguel Ángel y sus discípulos, y más adelante inspiraron a algunos de los escultores más «modernos» de los siglos XIX y XX. Cabe citar aquí tres de los más famosos ejemplos de la escultura helenística que revelan diferentes aspectos de sus ideales estéticos: el *Galo moribundo*, tallado en Pérgamo hacia el año 220 a. J.C., demuestra una destreza consumada en la representación de un cuerpo humano girado; la *Victoria alada de Samotracia*, fechada hacia el año 200 a. J.C., exhibe un ropaje ondulante que no parece de piedra, sino de tela real; y el grupo de *Laoconte*, del siglo I a. J.C., ofrece una de las composiciones más intensamente conmovedora y compleja de toda la historia del arte escultórico.

Ciencia y medicina

El período helenístico fue la época más brillante de la historia de la ciencia hasta el siglo XVII de nuestra era. Hay dos razones fundamentales para ello. Una fue el enorme estímulo otorgado a la indagación intelectual por la fusión de la ciencia mesopotámica y egipcia con la erudición y la curiosidad de los griegos. La otra fue que muchos gobernantes helenísticos se convirtieron en mecenas generosos de la investigación, subvencionaban a los científicos que pertenecían a sus séquitos del mismo modo que lo hacían con los escultores.

En otro tiempo se pensó que los motivos de tal patrocinio eran prácticos, que los gobernantes creían que el progreso de la ciencia fomentaría el auge de la industria en sus territorios, además de mejorar sus comodidades materiales. Pero los estudiosos de la civilización helenística dudan ahora de que algún monarca esperara una

«revolución industrial» en el sentido de aplicar la tecnología para ahorrar mano de obra humana, pues ésta era barata y a los príncipes autócratas les tenían sin cuidado los sufrimientos de las clases obreras. En cuanto a la supuesta conexión entre la ciencia y la mejora de la comodidad material, los monarcas helenísticos poseían el número preciso de esclavos para que los abanicaran y no eran proclives a introducir dispositivos mecánicos que habrían disminuido la grandiosidad pública de ser atendidos por subalternos respetuosos.

Sin duda, razones prácticas motivaron el patrocinio de la ciencia en ciertas áreas, en particular en medicina y todo lo que se relacionara con la tecnología militar. Pero los gobernantes que financiaban empresas científicas lo hacían fundamentalmente por motivos de prestigio: los monarcas podían enseñar a los visitantes un artilugio científico del mismo modo que exhibían sus esculturas. Entre las clases acomodadas de lengua griega se admiraban tanto hasta los logros puramente teóricos, que el príncipe helenístico mecenas de dichos avances compartiría el prestigio que proporcionaban, del mismo modo que hoy una ciudad podría llenarse de orgullo si su equipo de fútbol ganara la Supercopa.

ASTRONOMÍA, MATEMÁTICA Y GEOGRAFÍA

Las principales ciencias helenísticas fueron la astronomía, la matemática, la geografía, la medicina y la física. El más renombrado de los primeros astrónomos fue Aristarco de Samos (310-230 a. J.C.), a veces llamado el «Copérnico helenístico». Su primer logro fue la deducción de que la Tierra y los demás planetas giran alrededor del Sol. Sus sucesores no aceptaron este planteamiento porque chocaba con las enseñanzas de Aristóteles y con la convicción de los griegos de que la humanidad y, por tanto, la Tierra debían estar en el centro del universo. Más tarde la fama de Aristarco quedó eclipsada por la de Ptolomeo de Alejandría (siglo II de nuestra era), que hizo pocos descubrimientos originales, pero sistematizó la obra de otros. Su escrito principal, el *Almagesto*, basado en el punto de vista de que todos los cuerpos celestiales giran alrededor de la Tierra, pasó a la Europa medieval como el compendio clásico de la astronomía antigua.

Estrechamente ligadas con la astronomía estaban la matemática y la geografía. El matemático más influyente fue Euclides, maestro de la geometría. Hasta mediados del siglo XIX su *Elementos de geometría* (escrito hacia el año 300 a. J.C. como síntesis de la obra de otros) se mantuvo como la base aceptada para el estudio de esa rama de la matemática. El más original de los matemáticos helenísticos fue probablemente Hiparco (siglo II a. J.C.), que estableció los fundamentos para la trigonometría plana y esférica. La geografía helenística debe la mayor parte de su

desarrollo a Eratóstenes (c. 276-c. 196 a. J.C.), astrónomo y bibliotecario de Alejandría. Valiéndose de relojes de sol colocados con una separación de unos cientos de kilómetros, calculó la circunferencia de la Tierra con un error de menos de 320 kilómetros. También fue el primero en sugerir la posibilidad de llegar a Asia oriental navegando hacia Occidente. Uno de sus sucesores dividió la Tierra en las cinco zonas climáticas que todavía se reconocen y explicó el flujo y reflujo de las mareas por el influjo de la Luna.

MEDICINA

Otros avances helenísticos en la ciencia se dieron en el campo de la medicina. Especialmente significativa fue la obra del erudito alejandrino Herófilo de Calcedonia (c. 335-c. 280 a. J.C.), el mayor anatomista de la Antigüedad y probablemente el primero que practicó la disección humana. Entre sus logros se cuentan la descripción detallada del cerebro, con insistencia (en contra de Aristóteles) de que es la sede de la inteligencia humana; el descubrimiento del significado del pulso y su uso en el diagnóstico de enfermedades; y el descubrimiento de que las arterias contienen sólo sangre (no una mezcla de sangre y aire, como había enseñado Aristóteles), y que su función consiste en transportar la sangre del corazón a todas las partes del cuerpo. A mediados del siglo III, Erasítrato de Alejandría obtuvo un conocimiento considerable de las funciones corporales mediante la vivisección. Descubrió las válvulas del corazón y distinguió entre nervios motores y sensoriales. Además, rechazó la teoría de Hipócrates de que el cuerpo constaba de cuatro «humores» y, en consecuencia, criticó las sangrías excesivas como método de cura. Por desgracia, la teoría humoral y el valor de las sangrías los revivió Galeno, el gran enciclopédico de la medicina que vivió en el Imperio romano en el siglo II de nuestra era. Su funesta influencia perduró hasta el siglo XVIII.

FÍSICA

Hasta el siglo III a. J.C., la física había sido una rama de la filosofía. La convirtió en una ciencia experimental separada Arquímedes de Siracusa (c. 287-212 a. J.C.), quien inventó la ley de los cuerpos flotantes o de la gravedad específica y formuló con exactitud científica los principios de la palanca, la polea y la hélice. Entre sus inventos memorables se encuentran la polea compuesta y el propulsor de hélice para barcos. Aunque ha sido considerado el mayor genio técnico de la Antigüedad, en realidad no puso demasiado empeño en sus artilugios mecánicos y prefirió dedicar su

tiempo a la investigación científica pura. Cuenta la tradición que descubrió «el principio de Arquímedes» (la gravedad específica) mientras reflexionaba sobre posibles teorías en su baño: cuando llegó a su asombrosa percepción, salió a la calle desnudo, gritando «Eureka» («lo encontré»).

La transformación de la polis

El período helenístico contempló la creación de grandes reinos en Egipto y Asia Menor, así como el surgimiento de nuevas formas de organización política en el mundo griego, como la Liga Aquea. Sin embargo, ¿qué fue de la polis, el cimiento de la cultura griega clásica?

Su eclipse aparente es resultado en cierta medida de una impresión engañosa. Algunas siguieron prosperando como centros de comercio. También es importante recordar que los grandes reinos helenísticos continuaron siendo, en muchos aspectos, conjuntos de ciudades y que, en su mayor parte, los monarcas greco-macedonios conservaron el bagaje cultural y político del mundo de la polis.

Sin embargo, por mucho que la polis helenística no se hubiera convertido en una megalópolis extendida como Alejandría o Antioquía, era diferente en diversos sentidos fundamentales de su precursora clásica. Como hemos visto, los cambios acaecidos en el siglo IV habían tensado los lazos tradicionales de la vida social y política griega, y las conquistas de Alejandro proporcionaron la oportunidad para que muchos ciudadanos escaparan de las restricciones constantes de su tierra natal. Tal vez sin quererlo, Alejandro había creado un mundo cosmopolita lleno de oportunidades económicas para quienes hablaban griego; una cultura común basada en la lengua que abarcaba el Mediterráneo oriental y Asia occidental; y un sentido de «ser griego» que trascendía las fronteras políticas y geográficas. Los griegos salieron en masa a este mundo vasto e interesante, con lo que redujeron la población de la Grecia continental a la mitad en el siglo comprendido entre los años 325 y 225 a. J.C. Cientos de miles de personas abandonaron Grecia para buscar fortuna —financiera o de otro tipo— en un mundo mediterráneo de imperios ingentes y ciudades cosmopolitas cuya escala empujaba todo lo imaginable incluso en la Atenas de Pericles.

Esta transformación tuvo considerables efectos en la cultura y la polis griegas. Las pequeñas comunidades de la edad oscura y las poleis arcaicas de las que surgió la cultura griega eran sociedades en las que todos se conocían; innumerables lazos sociales y políticos ligaban a los ciudadanos. Las tradiciones de participación en el gobierno habían llevado a que los derechos se compartieran mucho más que en ninguna otra cultura de la Antigüedad. Todos los ciudadanos del mundo griego, en

mayor o menor medida, tenían cierta parte, cierto interés, en su sociedad, sus instituciones, sus dioses, su ejército y su vida cultural.

Si trasladamos este planteamiento arraigado al cosmopolitismo turbulento de la ciudad helenística, tal vez podamos apreciar la magnitud del cambio. Todas las cosas que habían definido la vida como persona y ciudadano habían desaparecido en buena parte. La conexión íntima con la vida política del estado, a menudo incluso en el plano local, se había desvanecido. En lugar del nexo de las relaciones sociales y familiares prevaleciente en la Grecia continental, el griego medio de uno de los reinos helenísticos probablemente sólo contaba con su familia inmediata, y a veces ni eso. El resultado fue la separación traumática entre los valores y asunciones tradicionales de la vida griega y las realidades sociales y políticas de la época.

Conclusión

Juzgada desde la superioridad de la cultura griega, la civilización helenística puede que no parezca al principio más que una fase degenerada de la primera. Los gobiernos autocráticos de la era helenística resultan repugnantes en contraste con la democracia ateniense, y el gusto helenístico por la extravagancia tal vez se antoje degradado en contraste con la tendencia griega hacia la belleza casta. Incluso las mejores obras literarias helenísticas carecen de la majestad inspirada de las grandes tragedias griegas, y ninguno de los filósofos helenísticos igualó la profundidad de Platón y Aristóteles. Sin embargo, la civilización helenística también alcanzó logros que la edad clásica no pudo igualar. Buena parte de las ciudades helenísticas ofrecía mayor variedad de instalaciones públicas, como museos y bibliotecas, que las ciudades griegas, y hemos visto que numerosos pensadores, escritores y artistas helenísticos dejaron a la posteridad importantes ideas nuevas, impresionantes géneros nuevos e imaginativos estilos nuevos. Los avances científicos también demuestran la creatividad cultural que marcó al mundo helenístico.

Probablemente la contribución más importante de la era helenística al desarrollo histórico posterior fuera el papel que desempeñó como intermediaria entre Grecia y Roma. En algunos casos, la aportación helenística se limitó a la conservación. La mayor parte de lo que los romanos antiguos conocerían del pensamiento de la Grecia clásica les llegaría a través de copias de los textos filosóficos y literarios conservados en las bibliotecas helenísticas. Sin embargo, en otros ámbitos la transferencia supuso transmutación. El arte helenístico, por ejemplo, evolucionó del arte griego previo a algo relacionado pero completamente diferente, y fue este arte «semejante al griego» el que ejerció la mayor influencia en los gustos y logros artísticos de los romanos. Algo similar ocurrió con las obras teatrales.

Para concluir, merecen un comentario especial dos aspectos particularmente notables de la cultura helenística: el cosmopolitismo y la «modernidad». La misma palabra «cosmopolita» proviene de un término griego que significa «ciudad universal», y de los pueblos occidentales fueron los griegos del período helenístico quienes más se acercaron a convertir en realidad este ideal. Hacia el año 250 a. J.C., un griego de clase acomodada podía viajar de Sicilia a las fronteras de la India y encontrarse siempre con gente que «hablara su lengua», tanto de forma literal como en el sentido de ideales compartidos. Este mismo griego tampoco sería un nacionalista que profesara una lealtad exclusiva a una ciudad-estado o reino; es más probable que se considerara un «ciudadano del mundo».

El cosmopolitismo helenístico fue en parte producto del cosmopolitismo de Persia y, a su vez, ayudó a crear el cosmopolitismo de Roma; pero, en contraste con ambos, no fue imperial —esto es, estaba enteramente divorciado de los constreñimientos impuestos por un estado supranacional—, aunque se logró explotando a los pueblos sometidos. Otros aspectos de la civilización helenística resultarán aún más conocidos para los observadores actuales. Gobiernos autoritarios, cultos al gobernante, inestabilidad económica, escepticismo extremo coexistiendo codo con codo con una religiosidad intensa, ciencia racional conviviendo estrechamente con la superstición irracional, arte extravagante y coleccionismo de arte ostentoso: todos estos aspectos de la era helenística podrían hacer que el estudiante de historia reflexivo la considerara una de las más relevantes de los anales de la humanidad si se la compara con la nuestra.

Bibliografía seleccionada

La editorial Gredos y la Biblioteca de clásicos de Grecia y Roma de Alianza Editorial ofrecen abundantes traducciones fiables de textos literarios e históricos de este período. Especialmente importantes son las obras históricas de Arriano (*Anábasis de Alejandro Magno*) y Plutarco (*Vidas paralelas*).

BOSWORTH, A. B., *Alejandro Magno*, Madrid, Akal, 2005.

FORNIS, César, *Esparta: historia, sociedad y cultura de un mito historiográfico*, Barcelona, Crítica, 2003.

GARLAN, Yvon, *La guerra en la antigüedad*, Madrid, Aldebarán, 2003.

GUZMÁN GUERRA, Antonio, y F. J. GÓMEZ ESPELOSÍN, *Alejandro Magno*, Madrid, Alianza, 2005.

HAMMOND, N. G. L., *El genio de Alejandro Magno*, Barcelona, Ediciones B, 2007.

HEINEN, Heinz, *Historia del helenismo: de Alejandro a Cleopatra*, Madrid, Alianza,

2007.

LÉVÉQUE, Pierre, *El mundo helenístico*, Barcelona, Paidós, 2005.

LOZANO, Arminda, *El mundo helenístico*, Madrid, Síntesis, 1991.

MAS TORRES, Salvador, *Historia de la filosofía antigua: Grecia y el helenismo*, Madrid, UNED, 2003.

PASCUAL GONZÁLEZ, José, *Grecia en el siglo IV: del imperialismo espartano a la muerte de Filipo de Macedonia*, Madrid, Síntesis, 1997.

POLLITT, Jerome J., *El arte helenístico*, San Sebastián, Nerea, 1998.

PRÉAUX, Claire, *El mundo helenístico: Grecia y Oriente desde la muerte de Alejandro hasta la conquista de Grecia por Roma (323-146a. J. C.)*, Barcelona, Labor, 1984.

RODRÍGUEZ ALFAGEME, Ignacio, *Literatura científica griega*, Madrid, Síntesis, 2004.

SINCLAIR, R. K., *Democracia y participación en Atenas*, Madrid, Alianza, 1999.

VÁZQUEZ HOYS, Ana María, *Historia del mundo antiguo, II: el mundo mediterráneo hasta Augusto (Macedonia, Alejandro, reinos helenísticos, Roma I)*, Madrid, Sanz y Torres, 2005.

CAPÍTULO 5

La civilización romana

Mientras los griegos luchaban contra los persas y entre sí, a orillas del río Tíber surgía una nueva civilización en el centro de Italia. A finales del siglo IV a. J.C., Roma era ya la potencia dominante de la península italiana, y a partir de entonces, durante cinco siglos, su poder no dejó de aumentar: en el siglo primero de nuestra era ya gobernaba la mayor parte del mundo helenístico, así como el grueso de Europa occidental. Sus conquistas unieron el mundo mediterráneo por primera vez e hicieron de ese mar un «lago romano». El Imperio romano llevó las instituciones e ideas griegas no sólo a la mitad occidental del mundo mediterráneo, sino también a Bretaña, Francia, España y Rumania. Así pues, Roma fue la constructora de un gran puente histórico que conectó Europa con la herencia cultural y política de Oriente Próximo antiguo. Sin ella no habría existido la civilización europea tal como la conocemos.

Roma presentaba hondas influencias de la cultura griega, pero también era una civilización singular por derecho propio. Los romanos eran mucho más tradicionales que los griegos. Roma veneraba sus antiguas tradiciones agrícolas, sus dioses del hogar y sus adustos valores militares. Pero cuando su imperio creció, los romanos también pasaron a considerar que tenían la misión divina de civilizar el mundo, enseñando las artes de la ley y del gobierno que constituían su genio peculiar. Virgilio (70-19 a. J.C.), el gran poeta épico, expresó este sentimiento consciente de su misión histórica en la *Eneida*, que cuenta una de las diversas leyendas existentes sobre la fundación de Roma. En ella, Anquises de Troya habla proféticamente a su hijo Eneas, quien (en el relato de Virgilio) llegaría a convertirse en uno de los fundadores de la ciudad. Al referirse a los romanos, Anquises relata a su hijo el futuro de su pueblo:

Labrarán otros con más gracia bronce animados,
no lo dudo; sacarán vivos rostros del mármol;
dirán mejor sus discursos; los caminos del cielo
trazarán con su compás y describirán el orto de los astros.
Tú, romano, piensa en regir bajo tu poder a los pueblos.
Éstas serán tus artes: imponer de la paz la costumbre,
perdonar a los sometidos y abatir a los soberbios.

No todos los pueblos a los que Roma conquistó acogieron de buena gana la experiencia, pero todos fueron transformados por ella.

Los inicios de Italia y la monarquía romana

La geografía de la península italiana tuvo una influencia decisiva en el desarrollo de Roma. La antigua Italia poseía bosques considerables y suelo mucho más fértil que Grecia, pero nunca fue una tierra próspera. Contaba con pocos recursos minerales, aparte de excelentes yacimientos de mármol y pequeñas cantidades de plomo, estaño, cobre, hierro (en la isla de Elba) y plata. Su extenso litoral no contaba más que con unos pocos puertos buenos y la mayoría se encontraba en la costa occidental, la opuesta a Grecia y Oriente Próximo. La tierra tampoco disponía de defensas naturales seguras. Los Alpes no constituían una barrera eficaz para evitar la afluencia de los pueblos de Europa y el bajo litoral invitaba a la conquista por mar. En pocas palabras, Italia era lo bastante rica como para resultar atractiva, pero no tanto como para que fuera fácil su defensa. La sociedad romana se militarizó casi desde el momento en que se asentó en suelo italiano porque se vio continuamente obligada a proteger su conquista ante otros invasores.

LOS ETRUSCOS

Los primeros colonos dominantes en la península italiana fueron un pueblo de lengua no indoeuropea conocido como los etruscos. Lo que sabemos de ellos es muy limitado, porque su lengua, aunque escrita en un alfabeto griego, todavía no se ha descifrado por completo. Sin embargo, parece que sus asentamientos se remontan a la Edad de Bronce tardía y que mantuvieron contactos antiguos y frecuentes con Grecia y Asiria. En el siglo VI a. J.C. ya habían establecido una confederación de ciudades-estado independientes en el norte-centro de Italia. Eran diestros metalúrgicos, artistas y arquitectos, de quienes los romanos posteriores tomaron su conocimiento del arco y la bóveda, entre muchas otras cosas. Además del alfabeto, los etruscos también compartían con los griegos una religión basada en el culto a los dioses con forma humana (y no animal o meteorológica).

En contraste con la práctica griega, las mujeres etruscas disfrutaban de una posición comparativamente elevada en la sociedad. Participaban en la vida pública y los acontecimientos deportivos, asistían a las representaciones teatrales y las

competiciones atléticas (ambas prohibidas para las mujeres griegas) y bailaban de un modo que chocaba tanto a los griegos como a los romanos. Las esposas comían con sus cónyuges y se reclinaban sobre el mismo lecho hasta en los banquetes formales; y cuando morían, se los enterraba juntos en la misma cripta funeraria. Algunas familias etruscas incluso seguían su descendencia por la línea femenina. Es probable que las mujeres romanas estuvieran menos recluidas que las griegas en los siglos V y IV a. J.C., pero en ningún caso fueron tan libres como las etruscas.

En otros aspectos, sin embargo, la sociedad romana en sus inicios estuvo muy influida por el ejemplo etrusco. No sólo el arco y la bóveda tenían orígenes etruscos, sino también el cruel deporte del combate de gladiadores y la predicción del futuro analizando las entrañas de animales o el vuelo de los pájaros. Es probable que también proviniera del ejemplo etrusco la práctica romana de centralizar la vida urbana alrededor de enormes templos de piedra y los cultos que conllevaban. Puede incluso que los romanos tomaran de los etruscos los dos mitos más famosos que narraban la fundación de Roma: el de Eneas de Troya (citado antes en conexión con la *Eneida* de Virgilio) y el de los gemelos Rómulo y Remo, criados por una loba tras ser abandonados por sus padres.

Los romanos también asimilaron mucho de los pobladores griegos de Italia. Los colonos procedentes de la Grecia continental comenzaron a llegar al sur de Italia y Sicilia en grandes cantidades durante el siglo VIII a. J.C. Al término del siglo VII a. J.C. la civilización griega en Italia ya era tan avanzada como la de la misma Grecia. Griegos tan famosos como Pitágoras, Arquímedes, e incluso Platón durante algún tiempo, vivieron en la Italia griega, que se convirtió en un campo de batalla clave en la guerra del Peloponeso entre Atenas y Esparta. De los griegos, los romanos derivaron su alfabeto, muchos conceptos religiosos (es difícil en este caso deslindar la influencia griega de la etrusca) y buena parte de su arte y mitología. La elevada cultura de Roma fue en buena medida griega en cuanto a inspiración e imitación.

EL ASCENSO DE ROMA

Los romanos eran descendientes de un conjunto de pueblos de lengua indoeuropea que cruzaron los Alpes hasta Italia durante el segundo milenio a. J.C. La investigación arqueológica reciente ha remontado los orígenes de la ciudad al menos hasta el siglo X a. J.C., varios siglos antes que la fecha tradicional de 753 a. J.C., que los mismos romanos consideraban el año de fundación de su ciudad. La situación estratégica de Roma junto al Tíber le proporcionaba muchas ventajas. Los buques mercantes —pero no grandes flotas de guerra— podían navegar por el río hasta Roma, pero no más allá, con lo que la ciudad hacía de puerto sin verse amenazada

por los ataques desde el mar. Sus famosas colinas aumentaban su capacidad defensiva. También se hallaba junto al primer buen vado del río Tíber, lo que la convertía en una tierra importante y cruce fluvial. Su emplazamiento en la frontera entre el Lacio (el territorio de los «latinos», es decir, los romanos) y Etruria (la cuna de los etruscos) contribuyó asimismo a que cobrara importancia comercial y estratégica.

La topografía del Lacio —amplia llanura con escasos obstáculos naturales— también influyó en la forma en que Roma se relacionó con las comunidades vecinas. En fecha temprana los romanos establecieron con las restantes comunidades latinas una serie de «derechos» comunes, entre los que se incluían el *comercium* (los contratos entre los latinos eran de cumplimiento obligado en todo el Lacio), el *connubium* (los latinos podían casarse entre sí con reconocimiento legal en la comunidad de ambos cónyuges) y la *migratio* (un latino de un pueblo podía emigrar a otro y, si permanecía en él durante un año, trasladar su ciudadanía). Estos privilegios, conocidos como el «derecho latino», destacaban en agudo contraste con el particularismo rígido y el recelo celoso que dividían las ciudades de Sumer o Grecia. La disposición romana a extender el derecho latino incluso más allá del Lacio fue un factor clave para conseguir su expansión posterior por Italia.

Según la leyenda, el gobierno romano fue en su inicio una monarquía en la que un rey patriarcal ejercía la jurisdicción sobre sus súbditos, comparable a la que un cabeza de familia ejercería sobre los miembros de su hogar. Había un senado o consejo de ancianos (*senex* en latín), compuesto por los jefes de los diversos clanes que formaban la comunidad, pero su función en este período arcaico no está clara. Es probable que fuera un órgano consultivo para los reyes de Roma.

Sin embargo, la monarquía no duró. Cuenta la leyenda que en el año 534 a. J.C., un tirano etrusco, Tarquino el Soberbio, obtuvo el reino de Roma, circunstancia que ayudó a transformarla de una aldea próspera en un verdadero centro urbano, pues Tarquino utilizó su emplazamiento ventajoso para dominar el Lacio y el próspero distrito agrícola de Campania al sur. Pero Tarquino mandaba sobre los romanos con una crueldad extrema. La ignominia final llegó en el año 510 a. J.C., cuando su hijo violó a una virtuosa matrona romana, Lucrecia. Cuando ésta se suicidó para no vivir «en la deshonra», los romanos se alzaron en una revuelta y derrocaron no sólo al tirano etrusco, sino toda la forma de gobierno monárquico.

La historia de Lucrecia es probablemente un mito patriótico, pero sí hubo un cambio de gobierno en Roma en torno al año 500 a. de C. (no se sabe si gradual o repentino) que puso fin a la monarquía y la reemplazó con la república. A partir de entonces los romanos sentirían por la monarquía el mismo temor y desprecio que acabarían profesando los griegos por el «tirano». Así pues, prescindiendo de la verdad que haya en la historia de Lucrecia, sí nos dice algo importante acerca de las

actitudes de los primeros romanos hacia el gobierno y la familia.

Los inicios de la república

Los primeros tiempos de la república romana estuvieron marcados por una guerra casi constante. Al principio los romanos se situaron a la defensiva, pero con el paso de los años fueron ganando terreno, conquistando primero los demás territorios latinos y después Etruria y las ciudades griegas del sur de Italia. No solían imponer pesadas cargas a las ciudades que tomaban; lo más frecuente era que exigieran a sus enemigos derrotados aportar soldados al ejército romano. Roma también extendió el derecho latino a muchas de las ciudades que conquistaba, les otorgaba mayor parte en su continuo éxito político y militar. De este modo, obtenía reservas casi inagotables de combatientes; a mediados del siglo III a. J.C. su ejército rondaría los trescientos mil hombres, una fuerza ingente para los criterios del mundo antiguo o medieval.

Esta larga serie de conflictos reforzó tanto el carácter agrario como militar de la nación romana. La adquisición de nuevas tierras posibilitó que los ciudadanos necesitados se ganaran el sustento como agricultores en las nuevas colonias romanas. Al acomodar de este modo a su población creciente, Roma consiguió mantenerse como una civilización firmemente agrícola durante largo tiempo, lo que hizo que tardara en desarrollar interés en la navegación y el comercio si se la compara con los griegos o los fenicios. La guerra continua también fortaleció entre los romanos un férreo ideal militar. Muchas de las más conocidas leyendas de heroísmo marcial provienen de los inicios del período republicano, incluida las historias de Horacio, quien defendió un puente clave frente a un ejército completo, y del soldado retirado y estadista Cincinato (con quien se compararía a menudo a George Washington), quien dejó su granja en cuanto se lo requirieron para luchar por Roma en el campo de batalla.

EL GOBIERNO DE LOS INICIOS DE LA REPÚBLICA

Mientras tanto, Roma sufrió una lenta evolución política. Incluso el reemplazo de la monarquía fue muy conservador: su efecto principal fue sustituir al rey por dos cargos electos llamados *cónsules* y exaltar la posición del senado otorgándole el control sobre los fondos públicos. Aunque a los cónsules los elegían los *comitia centuriata* (el «pueblo en armas» romano), este órgano difería de la asamblea de ciudadanos de la antigua Atenas porque se reunía en grupos. Cada grupo de la asamblea romana tenía un voto, y como los que estaban compuestos por los

ciudadanos más ricos votaban primero, se podía alcanzar la mayoría antes de que se emitieran los votos de los grupos más pobres. En consecuencia, resultaba inevitable que los cónsules, que ocupaban el cargo durante un año, fueran senadores que actuaban como agentes de los intereses aristocráticos. Cada cónsul ejercía la plena autoridad ejecutiva y judicial que antes ostentaba el rey, limitada por el derecho que poseía cada uno de vetar la actuación del otro. Si surgía un conflicto entre ambos, se podía convocar al senado para que decidiera; o en tiempo de urgencia grave, podía nombrarse un dictador por un plazo no mayor de seis meses.

Tras el establecimiento de la república, el dominio político de la aristocracia inicial, conocida como los *patricios*, comenzó a verse desafiado por los *plebeyos*, que constituían el 98 por ciento de la población ciudadana, pero que al principio no tenían acceso al poder político. La pelea de doscientos años entre ellos se conoce a veces como la «lucha de los órdenes». Los plebeyos constituían un grupo diverso. Algunos se habían hecho ricos con el comercio o la agricultura, pero la mayoría eran pequeños agricultores, mercaderes o pobres urbanos. Sus quejas eran numerosas. Se los obligaba a servir en el ejército en tiempos de guerra y, sin embargo, les estaban vedados los cargos. Con frecuencia se sentían víctimas de decisiones discriminatorias en los procesos judiciales. Ni siquiera sabían de qué derechos gozaban, pues las leyes no estaban escritas y sólo los patricios tenían poder para interpretarlas. Lo peor de todo era la opresión que podían originar las deudas, pues un acreedor podía vender a su deudor como esclavo fuera de Roma.

Estas afrentas incitaron una rebelión plebeya a comienzos del siglo V a. J.C. que obligó a los patricios a aceptar la elección de dos nuevos cargos, los *tribunos*, que podían proteger a los plebeyos vetando las leyes ilegales de los patricios. A esta victoria siguió la exigencia de codificar las leyes. El resultado fue la aparición, hacia el año 450 a. J.C., de la famosa Ley de las Doce Tablas, llamada así porque estaba escrita en tablas de madera. Aunque más adelante los romanos veneraron esta ley como una especie de fuero de las libertades del pueblo, en realidad, en términos generales, perpetuaba la costumbre antigua, sin abolir siquiera la esclavitud por deudas. Pero al menos ahora existía una definición clara de cuál era la ley. Una generación después más o menos, los plebeyos alcanzaron el derecho a ocupar cargos como magistrados inferiores, y hacia el año 367 a. J.C. se eligió el primer cónsul plebeyo. De forma gradual, también obtuvieron acceso al senado. La victoria final llegó en el año 287 a. J.C. con la aprobación de una ley que estipulaba que las medidas promulgadas por el *concilium plebis* (una asamblea organizada de forma más democrática, compuesta sólo por plebeyos) serían vinculantes para el gobierno romano, las aprobara o no el senado. De la decisión de esta asamblea de ciudadanos deriva la palabra actual «plebiscito».

Estas reformas tuvieron varias consecuencias importantes, si bien tardaron mucho

tiempo en manifestarse debido a la visión conservadora de los romanos y a las garantías constitucionales de la república. Como ahora los plebeyos prósperos podían abrirse paso hasta los ámbitos más elevados de la sociedad y el gobierno, poco a poco la aristocracia pasó a basarse (al menos hasta cierto grado) más en la riqueza que en la cuna. Para que la riqueza no se convirtiera en un factor demasiado decisivo en la vida política, se aprobaron leyes que prohibían a los senadores tomar parte activa en el comercio. Pero esta restricción no sirvió más que para fomentar el ascenso de la importante orden «ecuestre»: los hombres que tenían la riqueza e influencia de los senadores, pero que habían preferido la vida empresarial a la política. No obstante, los ecuestres y los senadores nunca llegaron a diferenciarse entre sí por completo. Con frecuencia algunos miembros de familias importantes se mantenían «al margen» de la política, se convertían en ecuestres a la vez que apoyaban las carreras políticas de sus hermanos y primos, quienes actuaban de «socios comanditarios» en los negocios familiares. Mientras tanto, las pocas familias que lograban ganar elecciones generación tras generación se volvieron cada vez más prestigiosas e influyentes. Como resultado, en el siglo I a. J.C. incluso los romanos poderosos y aristócratas empezaban a sentirse excluidos de la influencia política real dentro de su ciudad, lo que tentó a algunos a impulsar sus programas políticos particulares presentándose como adalides de un interés público atropellado.

Los estudiosos continúan debatiendo cómo era la Roma «democrática» en los siglos IV, III y II a. J.C. La república difiere de la monarquía en la medida en que el poder supremo reside en un órgano de ciudadanos y lo ejercen cargos que son de algún modo responsables ante dichos ciudadanos. Pero la república no es necesariamente democrática, puesto que puede concebir sistemas para reservar el poder a una oligarquía o grupo privilegiado. La constitución romana aseguraba el gobierno oligárquico mediante el equilibrio entre instituciones gubernamentales en pugna: la asamblea, el senado y los cargos como cónsules, tribunos, jueces y administradores. En este sistema ningún individuo o camarilla familiar particulares podía conseguir una fuerza excesiva, ni la expresión directa de la voluntad popular podía afectar indebidamente la política romana. Para el historiador griego Polibio, la constitución romana era, de este modo, un equilibrio ideal de principios monárquicos, oligárquicos y democráticos. En su opinión, era un sistema de gobierno aristotélico perfecto.

CULTURA, RELIGIÓN Y MORALIDAD

En los inicios de la Roma republicana, tanto los cambios políticos como los intelectuales y culturales resultaban apenas perceptibles. Aunque ya en el siglo VI a.

J.C. se había adoptado la escritura, los romanos la utilizaban poco, salvo para las leyes, tratados e inscripciones funerarias. La educación se limitaba en buena medida a la instrucción impartida por los padres a los hijos en deportes masculinos, artes prácticas y virtudes militares; como resultado, la cultura literaria ocupó durante largo tiempo un papel menor en la vida romana, incluso entre la aristocracia. La guerra y la agricultura continuaron siendo las actividades principales para el grueso de la población. En las ciudades se podían encontrar algunos artesanos y se había producido un desarrollo menor del comercio, pero el hecho de que no hubiera un sistema normalizado de acuñación hasta el año 289 a. J.C. refleja la insignificancia comparativa del comercio romano en esta época.

La religión asumió el carácter que mantuvo a lo largo de la mayor parte de la historia romana. Esta religión se parecía en varios aspectos a la griega, lo que no resulta sorprendente, puesto que estaba directamente influida por el conocimiento que tenían los romanos de las creencias griegas. Así pues, las principales deidades romanas realizaban las mismas funciones que sus equivalentes griegas: Júpiter se correspondía con Zeus como dios de los cielos; Neptuno, con Poseidón como dios de las olas; y Venus, con Afrodita como diosa del amor. Como los griegos, los romanos carecían de dogmas o sacramentos y no hacían gran hincapié en las recompensas y castigos después de la muerte. Pero también existían diferencias considerables entre las dos religiones. Una era que los romanos veneraban a sus antepasados; entre sus «dioses del hogar» o lares se incluían los miembros fallecidos del linaje, a los que se adoraba para asegurar la prosperidad continuada de la familia. Otra diferencia era la enorme vinculación de la religión romana con la vida política. En el mundo antiguo, religión y política siempre aparecían estrechamente integradas, pero como los romanos concebían su estado como un hogar gigante, creían que éste, como sus hogares, sólo prosperaría si los dioses de Roma le prestaban su apoyo continuo y activo. Por consiguiente, el estado romano nombraba comités de sacerdotes casi como si se tratara de ramas del gobierno para atender el culto de los dioses de la ciudad, presidir los ritos públicos y servir de guardianes de la tradición sagrada. Estos sacerdotes no eran profesionales a tiempo completo, sino aristócratas prominentes que se rotaban en los cargos sacerdotales mientras también servían de dirigentes del estado. Este doble papel hacía de la religión una parte aún más integrada en la urdimbre de la vida pública y política de lo que lo había sido en Grecia.

Los romanos recurrían a los dioses para que concedieran a sus hogares y ciudad las bendiciones de la prosperidad, la victoria y la fertilidad. La moralidad resaltaba el patriotismo, el deber, el autocontrol viril y el respeto a la autoridad y la tradición. Sus principales virtudes eran la valentía, el honor, la autodisciplina y la lealtad al país y a la familia. El deber primordial del romano era honrar a sus antepasados con su conducta, pero el mayor honor correspondía a quienes se sacrificaban por Roma. Así

pues, por el bien de la república, los ciudadanos tenían que estar dispuestos no sólo a sacrificar sus vidas, sino, si era necesario, las de su familia y amigos. La sangre fría de ciertos cónsules que mandaron a la muerte a sus hijos por incumplimientos de la disciplina militar producía a los romanos una profunda admiración, que rayaba en el temor reverente.

Las funestas guerras con Cartago

En el año 265 a. J.C., los romanos ya controlaban la mayor parte de la península italiana y estaban dispuestos a embarcarse en aventuras de ultramar. Los estudiosos disienten acerca de si se dedicaron a extender continuamente su dominio como resultado de una política deliberada o si sus conquistas aumentaron de modo más fortuito por una serie de reacciones ante cambios en el statu quo que parecían amenazar su seguridad. Lo probable es que la verdad se encuentre entre ambos extremos. Sea cual fuere el caso, desde 264 a. J.C., un año después de su victoria final sobre los etruscos, Roma se vio enredada en una serie de guerras con naciones de ultramar que alteraron marcadamente el curso de su historia.

LAS GUERRAS PÚNICAS

La guerra más crucial fue la mantenida con Cartago, gran imperio marítimo que se extendía por la costa septentrional de África del actual Túnez al estrecho de Gibraltar, y que incluía partes de Hispania, Sicilia, Cerdeña y Córcega. Cartago se había fundado hacia el año 800 a. J.C. como una colonia fenicia, pero evolucionó a estado independiente, rico y poderoso. En poderío naval, pericia comercial y control de recursos materiales cruciales, en el siglo III a. J.C., Cartago era muy superior a Roma.

Las luchas prolongadas entre Roma y Cartago se conocen de forma colectiva como guerras púnicas porque los romanos llamaban a los cartagineses poeni, es decir, fenicios. La primera guerra púnica comenzó en el año 264 a. J.C. debido, al parecer, al temor genuino que sentía Roma de que los cartagineses pudieran obtener el control de Mesina, puerto siciliano situado frente a la costa italiana. Siguieron veintitrés años de encarnizados combates, hasta que por fin, mediante un tratado de paz alcanzado en el año 241, Cartago se vio obligada a ceder toda Sicilia a Roma y a pagar una fuerte compensación. De este modo, aquélla se convirtió en la primera provincia de ultramar de Roma. Poco después de la guerra, una facción de senadores romanos quiso renegociar los términos, apoderándose de Córcega y Cerdeña en el proceso; resulta comprensible que el resentimiento se arraigara profundamente entre los

cartagineses.

Como los romanos habían luchado tanto para derrotar a Cartago, no estaban dispuestos a permitir que su enemigo extendiera su control a otras zonas mediterráneas. Por consiguiente, en el año 218 interpretaron el intento de Cartago de expandir su dominio en Iberia como una amenaza a los intereses romanos y respondieron con una declaración de guerra. Los renovados combates, conocidos como la segunda guerra púnica, se prolongaron durante dieciséis años. Al principio, las brillantes hazañas del famoso general cartaginés Aníbal, que condujo un ejército ibérico, incluidos elefantes de guerra, por el sur de la Galia y luego cruzando los Alpes hasta Italia, pillaron desprevenida a Roma. Con las tropas cartaginesas en suelo italiano, Roma escapó de la derrota por un margen estrechísimo. Las «tácticas dilatorias» salvaron la situación, pues el tiempo jugaba de su parte si eran capaces de mantener al invasor escaso de suministros y agotado por el acoso constante. Sin embargo, igualmente decisivo fue el fracaso de Aníbal a la hora de obtener el apoyo de los aliados latinos de Roma. El trato generoso recibido los había convertido en firmes defensores de Roma.

Las grandes reservas de recursos humanos y la disciplina de Roma y sus más estrechos aliados acabaron venciendo al genio militar de Aníbal. A partir del año 212 a. J.C., los romanos pusieron a los cartagineses a la defensiva en Italia, Sicilia e incluso Iberia. El arquitecto de la ofensiva ibérica, Publio Cornelio Escipión, invadió entonces el norte de África y derrotó a Aníbal en Zama, cerca de Cartago, en el año 201 a. J.C. Su victoria puso fin a la segunda guerra púnica y Escipión fue honrado con el nombre añadido de Africano, el conquistador de África.

En ese momento se obligó a Cartago a abandonar todas sus posesiones, salvo la ciudad de Cartago y el territorio circundante en África, y a desembolsar una compensación tres veces mayor que la que había pagado al término de la primera guerra púnica. Pero el recelo romano continuó siendo obsesivo. A mediados del siglo II a. J.C., Cartago ya había recuperado parte de su antigua prosperidad, lo que bastó para provocar el disgusto de los romanos. Nada que no fuera la demolición total del estado cartaginés satisfaría ahora a senadores romanos tan influyentes como Catón el Censor, quien concluía siempre sus discursos con las mismas palabras: «Cartago debe ser destruida». El senado estuvo de acuerdo, y en el año 149 a. J.C. recurrió a un pretexto menor para exigir que los cartagineses abandonaran su ciudad y se asentaran al menos a 16 kilómetros de la costa. Puesto que esta pretensión suponía la sentencia de muerte para una nación dependiente del comercio, se rechazó, como era de esperar. El resultado fue la tercera guerra púnica, librada entre los años 149 y 146 a. J.C. Cuando por fin los romanos lograron romper las murallas de Cartago, hubo una carnicería horrorosa. Mientras el victorioso general romano Escipión Emiliano, nieto del Africano, contemplaba las llamas que devoraban Cartago, dijo: «Éste es un

momento glorioso y, sin embargo, estoy sobrecogido de temor y presiento que el mismo sino caerá sobre mi propia patria». Los cincuenta y cinco mil cartagineses que sobrevivieron a la matanza acabaron vendidos como esclavos, y su otrora magnífica ciudad fue arrasada hasta los cimientos. (La leyenda de que los romanos sembraron de sal la tierra es claramente una exageración, porque una generación después un político propuso fundar una colonia romana en ese lugar.)

LA EXPANSIÓN TERRITORIAL

Las guerras con Cartago provocaron la extensión del territorio romano, que llevó a la creación de nuevas provincias ultramarinas en Sicilia, el norte de África e Iberia. Este hecho no sólo proporcionó mucha mayor riqueza —sobre todo grano siciliano y africano, así como plata ibérica—, sino que fue el inicio de una política de expansión hacia Occidente que resultó una de las mayores influencias formativas de la historia de Europa.

El aumento de los compromisos ultramarinos también causó conflictos con potencias del Mediterráneo oriental, y allanó el camino para conquistas sucesivas. Durante la segunda guerra púnica, Filipo V de Macedonia se alió con Cartago; poco después avanzó enérgicamente por Grecia, y corrieron rumores de que tenía los ojos puestos en Egipto. Roma envió un ejército para arrojarlo fuera de Grecia; una década más tarde, otro ejército romano frustró planes semejantes del monarca seléucida Antíoco III. En ninguna de las campañas Roma tuvo la intención de conquistar Grecia militarmente; sin embargo, en el año 145 a. J.C. tanto Grecia como Macedonia ya se habían convertido en provincias romanas, a Asia seléucida se le había privado de la mayor parte de sus territorios y Egipto ptolemaico era en buena medida un peón de los intereses comerciales y navales romanos.

La sociedad y la cultura a finales de la república

La conquista «involuntaria» de Grecia y Asia Menor transformaron la vida económica, social e intelectual de la república. Afluyó a Roma una ingente riqueza que aumentó las desigualdades sociales y económicas dentro de la sociedad y socavó los valores tradicionales de austeridad y abnegación. Los pequeños campesinos abandonaron la tierra para acudir a las ciudades, incapaces de competir con las inmensas fincas agrícolas (conocidas como *latifundia*) propiedad de los aristócratas y labradas por cuadrillas de esclavos. Estos últimos también desempeñaron un papel creciente en la sociedad como artesanos, comerciantes y siervos domésticos. El

dominio romano sobre el Oriente helenístico también tuvo un impacto penetrante en la vida cultural de la república; fue de tal calibre, que al final del período republicano los romanos se preguntaban si habían conquistado Grecia o era ésta la que había conquistado Roma.

CAMBIO ECONÓMICO Y SOCIAL

Al igual que casi todos los pueblos del mundo antiguo, los romanos daban por sentada la esclavitud. Sin embargo, nada en su experiencia previa preparó a Roma para el ingente aumento de esclavos que resultó de sus conquistas occidentales y orientales. En el año 146 a. J.C. fueron esclavizados 55.000 cartagineses tras la destrucción de su ciudad; no mucho antes, 150.000 prisioneros de guerra griegos habían sufrido la misma suerte. Al término del siglo II a. J.C. ya había un millón de esclavos sólo en Italia, lo que la convertía en una de las economías más cimentada en la esclavitud de la historia.

La mayoría de estos esclavos trabajaban como peones agrícolas en las vastas y crecientes fincas de la aristocracia. Algunas de éstas eran resultado de conquistas romanas anteriores dentro de Italia, pero otras las habían formado los aristócratas comprando las parcelas a miles de pequeños agricultores que fueron incapaces de competir con los grandes latifundios en la producción de grano para el mercado. A los soldados en particular —a los que ahora se les podía requerir que prestaran servicio durante años en tiempos de campañas en Hispania o el Oriente griego— a menudo les resultaba imposible mantener sus granjas familiares, así que se trasladaban a la ciudad y vendían sus tierras (con frecuencia a muy buen precio) a aristócratas ávidos de invertir en suelo los ingentes beneficios que habían obtenido de la guerra y el imperio. Sin embargo, en las ciudades solía haber poco trabajo que hacer. Roma nunca llevó a cabo la transición a la industrialización. Como había esclavos para realizar cualquier trabajo duro, no existían incentivos que llevaran a la industrialización; pero sin una manufactura a gran escala, la población urbana permanecía desempleada y volátil desde el punto de vista político. En el siglo I a. J.C., casi un tercio del millón de habitantes de Roma recibía grano gratis del estado, en parte para su subsistencia y en parte para mantener la tranquilidad.

Como hemos visto, la economía romana continuó siendo fundamentalmente agraria y no comercial hasta mediados del siglo III a. J.C. No obstante, durante el siglo siguiente las conquistas orientales condujeron de lleno a Roma a la elaborada economía comercial del mundo helenístico. Los principales beneficiarios de esta transformación económica fueron los ecuestres, el segundo de los cuatro órdenes en los que se dividía la sociedad de la república (aristócratas senatoriales, plebeyos y

esclavos eran los tres restantes). Como comerciantes de ultramar, los ecuestres obtuvieron ingentes beneficios del voraz apetito de Roma por los bienes de lujo extranjeros. Como representantes del gobierno romano en las provincias, explotaban minas, construían carreteras y recaudaban impuestos, siempre pendientes de su propio beneficio. También eran los principales prestamistas del estado romano y las personas en aprietos. Los tipos de interés eran altos, y cuando el estado no podía pagar sus deudas, a menudo pedía a los prestamistas que se las cobraran explotando a la población indefensa de las provincias.

No cabe duda de que los plebeyos que perdieron sus tierras padecieron estos cambios económicos, pero las víctimas principales de la transformación de Roma fueron sus esclavos. Rara vez se los consideraba personas, sólo instrumentos de producción como el ganado. A pesar de que algunos eran extranjeros cultos tomados como prisioneros de guerra, el criterio habitual de los dueños era obtener de ellos el mayor trabajo posible hasta que murieran de agotamiento o fueran liberados ya ancianos para que se las arreglaran por su cuenta. El hecho de que los esclavos fueran baratos y abundantes como consecuencia de las conquistas hizo de la esclavitud romana una institución mucho más impersonal y brutal de lo que había sido en otras civilizaciones antiguas. Por mucho que a algunos esclavos domésticos se los tratara con decencia y que a algunos esclavos artesanos de la ciudad de Roma se les permitiera llevar sus propios negocios, su suerte general era horrenda.

Los esclavos cultivaban buena parte de los alimentos de Roma y también realizaban la mayoría del trabajo en las tiendas de la urbe. Asimismo, se los empleaba en numerosas actividades improductivas. Algunos empresarios compraban esclavos y los entrenaban como gladiadores para que los mataran animales salvajes u otros gladiadores como diversión. El aumento del lujo también requería el empleo de miles de esclavos en el servicio doméstico. Las familias ricas insistían en tener porteros, porteadores de literas, mensajeros, mayordomos y tutores para sus hijos. Algunas grandes casas tenían servidores especiales sin más deberes que secar al señor después del baño o cuidar de sus sandalias. Todos estos servidores habrían sido esclavos.

Esta dependencia extrema de la mano de obra esclava, combinada con su precio relativamente bajo, fomentó un modo de pensar ajeno a la aplicación de la ciencia mecánica y los inventos que ahorraban recursos humanos. Entre las muchas posibles innovaciones industriales, los romanos conocieron en el curso de su historia los molinos de agua y un motor de vapor rudimentario, pero mostraron escaso interés. Poco necesitaban esos ingenios cuando la barata mano de obra humana parecía inagotable.

Otro cambio que acompañó la adquisición de nuevos territorios ocurrió en la naturaleza de la vida familiar y la posición de las mujeres. En tiempos anteriores, la familia romana se basaba en la potestad casi absoluta del marido sobre su hogar. Sin embargo, durante el siglo II a. J.C., dos innovaciones legales alteraron este patrón de control patriarcal. Una fue la introducción del «matrimonio libre», por el cual la parte correspondiente a la esposa de la propiedad de su padre continuaba siendo suya en lugar de pasar a su marido y luego revertía a su padre o a los herederos de su padre a su muerte. Junto con el «matrimonio libre» llegaron nuevas normas para el divorcio, por las cuales cualquiera de las dos partes, no sólo el hombre, podía iniciar la demanda.

Así se pretendía impedir la transferencia de propiedad de una familia a otra, lo que disminuiría el tamaño de las grandes fincas creadas con la afluencia de esclavos. Pero también otorgaban a las esposas mayor independencia legal. El sistema esclavista concedió además mayor independencia práctica a las mujeres ricas, pues ahora los esclavos podían hacerse cargo de las tareas femeninas tradicionales de criar a los hijos y mantener la casa. Las mujeres romanas de clase alta pasaban más tiempo fuera del hogar y comenzaron a participar en diversas actividades sociales, intelectuales y artísticas.

La conquista del Oriente helenístico también produjo la adopción de ideas y costumbres griegas en la vida romana de la clase alta. En los siglos anteriores, los romanos se habían enorgullecido de la simpleza de sus vidas culturales. Sin embargo, ahora la clase alta comenzó a considerar la cultura griega una marca de refinamiento que se podía permitir por su riqueza. Se generalizó el bilingüismo en latín y griego, y la literatura griega se convirtió en el patrón con el que se medían los autores romanos. A los niños se les daba educación griega, y se pusieron de moda el teatro y la literatura. Pronto, los conquistadores romanos del mundo mediterráneo adoptaron las comodidades materiales que disfrutaban los griegos helenísticos en Siria y Egipto. Algunos romanos contemplaron tales cambios con repugnancia. Para ellos, las «buenas costumbres antiguas» de autoridad paterna y disciplina militar firme estaban cediendo paso a la fascinación debilitante de la vida muelle. Su protesta tocó una fibra sensible, pero apenas sirvió para detener la marea del cambio. Roma se estaba transformando de manera irreversible de una república de campesinos en una sociedad compleja, con grandes brechas entre ricos y pobres, así como nuevos hábitos de autonomía personal tanto para los hombres como para las mujeres.

EPICUREÍSMO Y ESTOICISMO

El período final de la república también sufrió la profunda influencia de las ideas

filosóficas griegas. El más renombrado de los exponentes romanos del epicureísmo fue Lucrecio (98-55 a. J.C.), autor de un extenso poema filosófico en seis cantos, *De la naturaleza de las cosas*. Al escribir esta obra, Lucrecio deseaba explicar el universo para que desapareciera el miedo a lo sobrenatural, que consideraba el principal obstáculo para la paz mental. Enseñaba que los mundos y todas las cosas que hay en ellos son el resultado de combinaciones fortuitas de átomos. Aunque admitía la existencia de los dioses, los concebía como seres que vivían en paz eterna, sin crear ni gobernar el universo. Todas las cosas son producto de la evolución mecánica, incluidos los seres humanos con sus costumbres y credos. Puesto que la mente está indisolublemente ligada a la materia, la muerte significa la extinción completa; en consecuencia, ninguna parte de la personalidad humana puede sobrevivir para ser recompensada o castigada en el más allá. Su concepción de la buena vida era sencilla: afirmaba que lo que uno necesita no es placer, sino «paz y un corazón puro». Sus ideas filosóficas no eran originales, pero sus cadencias musicales, la majestuosidad constante de su expresión y su entusiasmo contagioso le hacen uno de los más grandes poetas que han existido.

El estoicismo se introdujo en Roma hacia el año 140 a. J.C. y pronto contó entre sus conversos con muchos dirigentes influyentes de la vida pública. El más importante fue Cicerón (106-43 a. J.C.), el «padre de la elocuencia romana». Aunque Cicerón adoptó doctrinas de diversos filósofos, incluidos Platón y Aristóteles, extrajo más ideas de los estoicos que de ninguna otra fuente. Su filosofía ética se basaba en las premisas estoicas de que basta la virtud para alcanzar la felicidad y que la tranquilidad mental es el bien más elevado. Concibió al ser humano ideal como alguien a quien la razón ha guiado a la indiferencia hacia el pesar y el dolor. Divergió de los estoicos griegos en conceder una mayor aprobación a la vida política activa y siguió hablando de la antigua tradición romana del servicio al estado. Nunca declaró ser un filósofo original; su meta era llevar lo mejor de la filosofía griega a Occidente, y tuvo un éxito considerable, pues escribió en un estilo de prosa latina rico y elegante que jamás se ha superado. Esta prosa se convirtió de inmediato en la norma para la composición latina, y así ha seguido hasta el presente siglo. Aunque no era un gran pensador, Cicerón fue el transmisor latino más influyente del pensamiento antiguo a la Europa medieval y moderna.

Lucrecio y Cicerón fueron los dos exponentes principales del pensamiento griego, pero no los únicos buenos escritores del período final de la república. Se había puesto de moda entre las clases altas aprender griego y esforzarse en reproducir en latín algunas de las formas más populares de la literatura griega. Algunos resultados de mérito literario duradero fueron las comedias picarescas de Plauto (257?-184 a. J.C.), los poemas de amor apasionado de Catulo (84?-54? a. J.C.) y las escuetas memorias militares de Julio César.

RELIGIÓN

Las creencias religiosas de los romanos también se alteraron en los dos últimos siglos de la república, una vez más, sobre todo, por la relación de Roma con el mundo helenístico. Lo más destacado fue la propagación de los cultos de misterio orientales, que satisfacían las ansias de una religión más emotiva que el culto tradicional romano y ofrecían la recompensa de la inmortalidad a los desdichados de la tierra. De Egipto llegó el culto a Osiris (o Serapis, como entonces se solía llamar al dios), mientras que desde Asia Menor se introdujo la adoración a la Gran Madre, con sus sacerdotes eunucos y orgías rituales. El más popular de todos al final del período era el culto persa del mitraísmo, que ofrecía sobrecogedores ritos bajo tierra y una doctrina acerca de la vida ulterior del alma. Pero a pesar de los atractivos de estos nuevos cultos, la mayoría de los romanos continuó honrando a los dioses tradicionales de su hogar y de su ciudad. El politeísmo romano no era un sistema exclusivo. Mientras se les prestara la veneración debida a los dioses tradicionales, podían añadirse y honrarse dioses nuevos.

Las luchas sociales de la etapa final de la república

El período comprendido entre el fin de la tercera guerra púnica en el año 146 y aproximadamente el año 30 a. J.C. fue de enorme agitación. Eran corrientes los conflictos sociales, los asesinatos, las luchas entre dictadores rivales y las insurrecciones. Los alzamientos de los esclavos también formaron parte del desorden general. Unos setenta mil esclavos derrotaron a un ejército romano en Sicilia en el año 134 a. J.C. antes de que la revuelta fuera aplastada por la llegada de refuerzos. Los esclavos volvieron a saquear Sicilia en el año 104 a. J.C., pero la revuelta más amenazadora fue la que encabezó un esclavo llamado Espartaco, que había sido entrenado como gladiador (lo que significaba la muerte segura en la arena). Se escapó con una banda de fugitivos al monte Vesubio, cerca de Nápoles, y atrajo a una enorme multitud de esclavos fugitivos. Del año 73 al 71 a. J.C., los fugitivos bajo su mando rechazaron a los ejércitos romanos e invadieron buena parte del sur de Italia, hasta que por fin fueron derrotados y Espartaco cayó en la batalla. Seis mil de los capturados quedaron crucificados a lo largo del camino que iba de Capua a Roma (unos 240 kilómetros) para que sirvieran de terrible escarmiento.

LOS GRACOS

Mientras tanto, en el año 133 a. J.C. se inició un extenso conflicto entre elementos de la clase gobernante romana debido a los intentos de reforma social y económica instituidos por los dos hermanos Graco. Aunque eran de linaje aristocrático, los Graco propusieron aliviar la tensión social y económica concediendo tierras del gobierno a los que carecían de ella. Junto con sus aliados senatoriales, pretendían ganar la lealtad electoral de los muchos clientes que habrían recibido esa tierra, pero parece que a Tiberio Graco también le pudo motivar una preocupación genuina por el bienestar de los campesinos y la escasez concomitante de recursos humanos en el ejército. Un hombre tenía que cumplir ciertos requisitos de propiedad para alistarse en el ejército, y en un tiempo en que los compromisos militares de Roma iban en aumento, la disponibilidad de ciudadanos soldados disminuía. En el año 133 a. J.C. Tiberio Graco, como tribuno, propuso una ley que restringía las fincas de los arrendatarios o poseedores de tierras estatales a un máximo de 120 hectáreas por ciudadano, más 60 hectáreas por cada hijo que hubiera en la familia. El excedente se entregaría a los pobres en pequeñas parcelas. Los aristócratas conservadores se opusieron encarnizadamente a esta propuesta y gestionaron su veto mediante Octavio, compañero tribuno de Tiberio. Entonces Tiberio quitó del cargo a Octavio en una acción muy irregular, y cuando terminó su propio período en el puesto, intentó presentarse a la reelección. Ambas jugadas parecían amenazar con una dictadura y ofrecieron a los senadores conservadores una excusa para la resistencia. Armados con porras, provocaron tumultos durante las elecciones y asesinaron a Tiberio y a muchos de sus partidarios.

Nueve años después, el hermano menor de Tiberio, Cayo Graco, reanudó la lucha. Aunque finalmente el senado aprobó la ley de Tiberio sobre la tierra, Cayo creía que la campaña debía llegar más lejos. Elegido tribuno en el año 123 a. J.C. y reelegido en el año 122, promulgó varias leyes en beneficio de los menos privilegiados. Una estabilizó el precio del grano en Roma con la construcción de graneros públicos junto al Tíber. Otra impuso controles sobre los gobernadores sospechosos de explotar las provincias en su beneficio y otorgó al orden ecuestre un papel judicial en la vigilancia de los abusos administrativos de la clase senatorial. En un intento de obtener mayor apoyo, Cayo también propuso extender la plena ciudadanía romana a una gran cantidad de aliados italianos, paso que habría alterado por completo el paisaje político de Roma. Ésta y otras medidas similares provocaron tanta ira entre los intereses creados que resolvieron eliminar a su enemigo. El senado romano declaró fuera de la ley a Cayo Graco y autorizó a los cónsules a que tomaran todas las medidas necesarias para la defensa de la república. En el conflicto que siguió Cayo encontró la muerte, y alrededor de tres mil de sus partidarios perdieron la vida en purgas vengativas.

Tras la caída de los Graco, dos dirigentes militares que habían alcanzado fama en las guerras exteriores se convirtieron sucesivamente en gobernantes del estado. El primero fue Mario, a quien el partido plebeyo elevó a cónsul en el año 107 a. J.C. y que resultó reelegido seis veces. Sin embargo, no era un estadista y consiguió poco para sus partidarios más allá de demostrar lo fácil que era para un general con un ejército a sus espaldas anular a la oposición. En parte por motivos políticos y en parte para afrontar la escasez de recursos humanos, Mario abolió por completo los requisitos de propiedad para acceder al ejército. A partir de entonces los soldados romanos procederían cada vez más de las filas de los pobres urbanos y de los campesinos sin tierra. El resultado fue que de forma gradual los ejércitos romanos mostraron mayor lealtad hacia los intereses individuales de sus generales que hacia los de la república, puesto que el éxito político de sus generales podía garantizar mejores recompensas para los soldados empobrecidos.

Tras la muerte de Mario en el año 86 a. J.C., les llegó el turno a los conservadores de gobernar a través del ejército. Su elegido fue Sila, otro caudillo victorioso. Designado dictador en el año 82 a. J.C. por un período ilimitado, procedió a exterminar sin piedad a sus adversarios. Extendió los poderes del senado (cuyas filas, reducidas por la guerra civil, llenó de hombres que le eran leales) y recortó la autoridad de los tribunos. Después de tres años de gobierno, decidió que había terminado su labor y se retiró a una vida de lujo en su finca campestre.

POMPEYO Y JULIO CÉSAR

El efecto de los decretos de Sila fue otorgar el control a un patriciado egoísta. Sin embargo, pronto surgieron nuevos dirigentes que abrazaron la causa del pueblo. Los más prominentes fueron Pompeyo (Cneo Pompeyo Magno, 106-48 a. J.C.) y Julio César (100-44 a. J.C.). Durante un tiempo colaboraron en un complot para lograr el control del gobierno, pero después se convirtieron en rivales e intentaron superarse mutuamente en la búsqueda del apoyo popular. Ambos eran hombres que, a pesar de sus éxitos, no habían logrado la aceptación completa de la élite establecida, pero que en cualquier caso habrían encontrado que las «normas» eran un obstáculo excesivo para sus talentos y ambiciones personales. Pompeyo consiguió fama como conquistador de Siria y Palestina, mientras que César dedicó sus energías a una serie de campañas contra los galos. Dichas campañas añadieron al estado romano el territorio de las actuales Bélgica, Alemania al oeste del Rin y Francia, lo que aumentó inmensamente la reputación de César y cimentó la lealtad de su ejército. No obstante,

los galos pagaron un precio muy alto: en torno a un millón murió en estas campañas y otro millón pasó a la esclavitud.

En el año 52 a. J.C., tras prolongados desórdenes callejeros en Roma, el senado recurrió a Pompeyo y urdió su elección como cónsul único. César, destacado en la Galia, fue tachado de enemigo del estado y Pompeyo conspiró con el senado para privarlo de poder político. El resultado fue una guerra mortal entre los dos hombres. César, en el año 49 a. J.C., cruzó el río Rubicón para entrar en Italia (desde entonces, imagen de una decisión irrevocable) y marchó sobre Roma. Pompeyo huyó a Oriente con la esperanza de reunir un ejército lo suficientemente grande como para recuperar el control de Italia. En el año 48 a. J.C., las fuerzas de los dos rivales se encontraron en Farsalo, Grecia. Pompeyo fue derrotado y, poco después, asesinado por partidarios de César.

Entonces César intervino en la política egipcia en la corte de Cleopatra (a quien dejó embarazada). A continuación dirigió otra campaña militar en Asia Menor, en la que la victoria fue tan rápida que pudo informar: «Vine, vi, vencí» (*Veni, vidi, vici*), tras lo cual regresó a Roma. Ahora nadie se atrevía a poner en tela de juicio su poder. Con la ayuda de sus veteranos, intimidó al senado para que le concediera todos sus deseos. En el año 46 a. J.C. se le nombró dictador durante diez años, y dos años después, vitalicio. Además, asumió casi todos los restantes títulos que podían incrementar su poder. Obtuvo del senado autoridad plena para declarar la guerra y hacer la paz, así como para controlar los ingresos del estado. A efectos prácticos, se hallaba por encima de la ley, y corrieron rumores de que pretendía convertirse en rey. Dichos temores llevaron a su asesinato en los Idus de marzo (el día 15) del año 44 a. J.C., a manos de un grupo de conspiradores bajo el liderazgo de Bruto y Casio, quienes esperaban devolver a Roma un gobierno republicano.

Aunque César fue en otro tiempo venerado por los historiadores como un héroe sobrehumano, ahora a menudo se le desprecia por insignificante. Deben evitarse las dos interpretaciones extremas. Es cierto que no «salvó Roma» ni fue el mayor estadista de todos los tiempos. Trató a la república con desdén e hizo que el problema de la gobernación fuera más difícil para sus sucesores. Sin embargo, algunas de las medidas que tomó como dictador tuvieron efectos duraderos. Con la ayuda de un astrónomo griego, revisó el calendario para hacer un año de 365 días (con un día adicional añadido cada cuatro años). Este calendario «juliano» —ajustado por el papa Gregorio XIII en el año 1582— es por el que aún nos regimos, y el séptimo mes recibe el nombre de julio por él. Al otorgar la ciudadanía a miles de hispanos y galos, César dio un paso importante hacia la eliminación de la distinción entre italianos y provincianos. También ayudó a aliviar las desigualdades económicas asentando a algunos de sus veteranos y a algunos de los pobres urbanos en tierras no utilizadas. No obstante, lo más importante fue su resolución clarividente, efectuada antes de que

tomara el poder, de invertir sus esfuerzos en Occidente. Mientras que Pompeyo —y, antes que él, Alejandro— fue a Oriente a lograr fama y fortuna, César fue el primer dirigente romano en reconocer el significado potencial de Europa noroccidental. Al incorporar la Galia al mundo romano, llevó a Roma gran riqueza agrícola y ayudó a trasladar la vida y la cultura urbanas a lo que era entonces el salvaje Oeste. La civilización europea occidental, que más adelante se cimentaría justo en las regiones que César había conquistado, tal vez no habría sido la misma sin él.

El Principado o Alto Imperio, 27 a. J.C.-180 d. J.C.

En su testamento, Julio César había designado como principal heredero a su sobrino nieto Octavio (63 a. J.C.-14 d. J.C.), por entonces un joven de dieciocho años al servicio de su tío en Iliria, al otro lado del mar Adriático. Al enterarse de la muerte de César, Octavio se apresuró a acudir a Roma para intentar reclamar su herencia y pronto descubrió que tenía que unir fuerzas con dos poderosos amigos de César, Marco Antonio y Lépido. Al año siguiente los tres establecieron una alianza para aplastar a la facción política responsable de su asesinato. Los métodos empleados no hablaron bien de los nuevos dirigentes: se dio caza a prominentes miembros de la oposición para asesinarlos y se confiscaron sus propiedades. La más notable de las víctimas fue Cicerón, brutalmente asesinado por los matones de Marco Antonio; aunque no había tomado parte en la conspiración contra la vida de César, Cicerón se había esforzado en debilitar a Marco Antonio durante su mandato como cónsul y le había declarado enemigo público. Los asesinos reales de César, Bruto y Casio, huyeron y organizaron un ejército, pero fueron derrotados por Marco Antonio y Octavio cerca de Filipos en el año 42 a. J.C.

Con la oposición «republicana» aplastada, crecieron las tensiones entre los miembros de la alianza, inspiradas fundamentalmente por los celos que sentía Marco Antonio por Octavio. Lo que siguió fue una contienda entre Oriente y Occidente. Marco Antonio se fue a Oriente y estableció una alianza con Cleopatra, pues esperaba poder utilizar los recursos del reino de Egipto en la lucha de poder con Octavio. Éste, como socio más joven, se estableció en Italia y Occidente. Era una jugada arriesgada: Octavio tenía que resolver los problemas de reubicación de sus veteranos, a la vez que mantenía su posición en el cambiante entorno político romano. Pero Italia le proporcionaba recursos humanos y la oportunidad de presentarse como el protector de Roma y su herencia ante Marco Antonio, a quien supo describir como presa en las garras de una soberana extranjera que pretendía convertirse en reina de Roma. Al igual que en la contienda anterior entre César y Pompeyo, la victoria fue para Occidente. En la batalla naval de Actio (31 a. J.C.), las fuerzas de Octavio derrotaron

a las de Marco Antonio y Cleopatra, por lo que ambos se suicidaron poco después. La existencia independiente de Egipto llegó a su fin y Roma reinó sin contestación sobre todo el mundo mediterráneo.

EL SISTEMA AUGUSTAL DE GOBIERNO

La victoria de Actio marcó el comienzo de un nuevo período de la historia romana, el más glorioso y próspero que experimentó jamás. Cuando Octavio regresó a Roma, anunció la restauración de la paz completa, lo que constituyó un gran alivio para el pueblo italiano, que había sufrido lo indecible desde hacía una década por la guerra civil. Durante cuatro años gobernó como cónsul, hasta que aceptó del senado los títulos honoríficos de *imperator* (emperador) y *augustus* (augusto), paso que los historiadores cuentan como el inicio del Imperio romano. Esta periodización es algo arbitraria porque Octavio fue igual de fuerte después del cambio de título que antes; es más, por entonces *imperator* sólo significaba «venerable» o «digno de honor». Pero de forma gradual, después de que sus sucesores también adoptaran el título de emperador, se convirtió en la designación primordial para el gobernante del estado romano. El título que Octavio prefería era el más modesto de *princeps* o «primer ciudadano». Por esta razón, el período de su gobierno y el de sus sucesores se denomina justamente el Principado (o, de forma alternativa, el Alto Imperio), para distinguirlo de los períodos de la República (c. 500-27 a. J.C.), la «Crisis del siglo III» (180-284 d. J.C.) y el Bajo Imperio o «Dominación» (284-610 d. J.C.)

Octavio, o Augusto, como ahora se le llamaba, no estaba dispuesto a parecer un dictador. Por tanto, dejó intacta la mayoría de las instituciones republicanas, aunque ahora ejercían escaso poder independiente. En teoría, el senado y los ciudadanos seguían siendo las autoridades supremas, pero en la práctica Augusto controlaba el ejército y determinaba la política gubernamental. Por fortuna, era un gobernante capaz. Instituyó un nuevo sistema de acuñación en todo el imperio; introdujo una serie de servicios públicos en la ciudad de Roma, incluidos policías y bomberos; reorganizó el ejército, y permitió a las ciudades y provincias derechos más esenciales de autogobierno de los que habían disfrutado antes. También abolió el antiguo sistema corrupto de recaudación de impuestos. Antes a los recaudadores se los remuneraba permitiéndoles quedarse con una parte de lo que cobraban, sistema que llevaba de forma inevitable al soborno y la extorsión. Ahora Augusto nombró a sus propios representantes como recaudadores, les pagó sueldos regulares y los mantuvo bajo una estricta supervisión. También creó nuevas colonias en las provincias para sacar de Italia el exceso de población libre y, de este modo, acabó con una importante fuente de tensión social y política, además de fomentar la integración del centro

romano con su extenso imperio.

Augusto se presentó como un firme defensor de la moral tradicional. Reconstruyó templos y prohibió a los romanos adorar a dioses extranjeros. En un intento de aumentar la tasa de nacimientos, sancionó a los ciudadanos que no se casaban y requirió a las viudas que volvieran a contraer matrimonio a los dos años de la muerte de sus esposos. También introdujo leyes que castigaban el adulterio e hizo más difíciles de obtener los divorcios. Para remachar el mensaje, la propaganda augusta retrataba a la familia imperial como un modelo de virtud doméstica y decoro sexual, pero su éxito fue moderado. Los devaneos extramatrimoniales del emperador eran bien conocidos y la promiscuidad sexual de su hija Julia le acabó llevando a exiliarla en una isla distante.

Desde la época de Augusto hasta la de Trajano (98-117 d. J.C.), el Imperio romano continuó extendiéndose. Augusto obtuvo más tierra para Roma que ningún otro gobernante romano. Sus generales avanzaron por Europa central, conquistaron los territorios actuales de Suiza, Austria y Bulgaria. Las tropas romanas no encontraron la derrota hasta llegar a lo que hoy es el centro de Alemania, contratiempo que convenció a Augusto de que debía mantener las fronteras de su imperio en el Rin y el Danubio. Más adelante, en el año 43 d. J.C., el emperador Claudio inició la conquista de Britania, y al comienzo del siglo siguiente, Trajano avanzó más allá del Danubio para añadir Tracia (hoy Rumania). Trajano conquistó también territorios de Mesopotamia, pero al hacerlo suscitó la enemistad de los gobernantes partos de Persia. Su sucesor, Adriano, detuvo las conquistas y se embarcó en una política defensiva que culminó con la construcción de la Muralla de Adriano en el norte de Britania. El Imperio romano había alcanzado sus límites territoriales; en el siglo III esos límites comenzarían a retroceder.

Cuando Augusto murió en el año 14 a. J.C. tras cuatro décadas de gobierno, sus notables experimentos en el arte de gobernar podrían haber desaparecido con él. Sin embargo, su sistema era tan ingenioso que Roma disfrutó de casi dos siglos de paz, prosperidad y estabilidad como resultado de sus reformas. Aparte de un breve período de guerra civil en el año 68, la transición de poder entre emperadores fue por lo general pacífica, y la creciente burocracia imperial administraba los asuntos con destreza incluso cuando algunos emperadores resultaban depravados. Sin embargo, cada vez era más difícil de ocultar el hecho de que Roma se había convertido en un imperio autocrático. Varios hombres de talento sucedieron a Augusto, pero pocos tuvieron su gracia para disfrazar el verdadero poder del *princeps*. Muchos de sus sucesores mantuvieron relaciones dificultosas con el senado, y como sus miembros solían ser los historiadores de la época, varias reputaciones imperiales sufrieron injustamente. Tiberio (14-37 d. J.C.) y Claudio (41-54 d. J.C.) fueron administradores diestros, pero las tensiones con el senado les llevaron a veces a tomar medidas

extremas que irritaron a la élite. Nerón (54-68 d. J.C.) y Domiciano (81-96 d. J.C.) fueron vilipendiados por la aristocracia senatorial, pero eran populares entre las masas de Roma y en las provincias; de hecho, las reformas que efectuó Domiciano en el gobierno provincial y su indiferencia mortal hacia los privilegios senatoriales explican la hostilidad del patriciado y la adoración de sus súbditos.

El apogeo del sistema augustal se produjo entre los años 96 y 180 de nuestra era bajo los denominados «cinco emperadores buenos»; Nerva (96-98), Trajano (98-117), Adriano (117-138), Antonino Pío (136-171) y Marco Aurelio (161-180). Todos fueron administradores capaces y resultaron dignos sucesores de Augusto, pues respetaron al senado y mantuvieron las formas de la república mientras dirigían gobiernos esencialmente autocráticos. Hasta el año 180 ninguno tuvo un hijo que le sobreviviera, por lo que cada uno adoptó a un hombre digno de sucederlo. De este modo, evitaron las dificultades de la política dinástica, uno de los grandes horrores de la vida imperial del siglo I a los ojos de los historiadores senatoriales.

El buen gobierno por parte de Roma de tan vasto imperio desde los tiempos de Augusto hasta los de Marco Aurelio fue sin duda uno de sus mayores logros. Durante estos dos siglos, Roma tuvo pocos enemigos externos. El Mediterráneo se hallaba ahora bajo el control de una única potencia militar; en tierra, las autoridades romanas gobernaban desde las fronteras de Escocia hasta las de Persia. Un orador contemporáneo se vanagloriaba con justeza de que «todo el mundo civilizado depone las armas que eran su antigua carga como si estuviera de fiesta [...]. Todos los lugares están llenos de gimnasios, fuentes, accesos monumentales, templos, talleres, escuelas; cabe afirmar que el mundo civilizado, que había estado enfermo desde el comienzo [...], ha sido conducido por el conocimiento justo a un estado saludable».

ROMANIZACIÓN Y ASIMILACIÓN

Esta «Paz romana» (*Pax Romana*) no fue universal. En Britania, el ejército romano masacró a decenas de miles de británicos tras la revuelta de la reina Boudica. En Judea, quizá la más descontenta de las provincias, un ejército romano destruyó el templo de Jerusalén en el año 70 d. J.C. como consecuencia de una rebelión y en el año 135 destruyó la ciudad completa tras otra rebelión, mató a sus habitantes y dispersó a los supervivientes por el imperio. Puede que murieran más de medio millón de personas en Judea durante esos años, y un número igual pasó a la esclavitud. Mientras tanto, el emperador Adriano refundó Jerusalén como capital pagana con el nombre de Aelia Capitolina. Durante los quinientos años siguientes, los judíos tendrían prohibido vivir en ella.

Sin embargo, estas rebeliones no fueron la norma, ni siquiera en Judea. Aunque el

Imperio romano se apoyaba en la fuerza de sus ejércitos, no era realmente una ocupación militar. Roma controlaba sus extensos territorios asimilando a sus residentes en la vida cultural y política común. Los dioses locales pasaron a ser dioses romanos y fueron adoptados en el panteón de divinidades. Se construyeron ciudades y se introdujeron los servicios de la vida urbana: baños, templos, anfiteatros, acueductos y calzadas. Se extendieron los derechos de ciudadanía y los provincianos capaces podían ascender mucho en el servicio de Roma. Algunos, como Trajano y Adriano, incluso llegaron a emperadores.

Las fronteras del imperio también deben comprenderse a la luz de esto, pues eran muy fluidas y permeables. Con más propiedad, debemos hablar de «límites» y no de «fronteras» y contemplarlos como zonas de interacción particularmente intensa entre los romanos de las provincias y los pueblos no romanos que vivían más allá de ellas. De este modo, la influencia romana trascendía con creces las zonas fronterizas, cruzando el Rin y el Danubio hasta el centro de Germania y las tierras góticas del este. Cuando en el siglo III se retiraron las guarniciones fronterizas para tomar parte en las guerras civiles dentro del mismo imperio, muchos de esos germanos y godos se trasladaron al imperio, a veces como saqueadores, pero con frecuencia como colonos y aspirantes a romanos.

La cultura y la vida en el período del Principado

Los cambios culturales e intelectuales que comenzaron en Roma a finales del período republicano fructificaron en el Principado. Durante este período vivieron en Roma tres notables exponentes del estoicismo: Séneca (4 a. J.C.-65 d. J.C.), acaudalado consejero de Nerón durante un tiempo; el esclavo Epicteto (60?-120 d. J.C.); y el emperador Marco Aurelio (121-180 d. J.C.). Todos ellos convinieron en que la serenidad interior es la meta humana suprema y que la felicidad verdadera sólo puede encontrarse en el sometimiento al orden benevolente del universo. Predicaban el ideal de la virtud por sí misma, deploraban la pecaminosidad de la naturaleza humana e instaban a obedecer a la conciencia. Séneca y Epicteto expresaron profundos anhelos místicos como parte de su filosofía, con lo que la convirtieron casi en una religión. Adoraban al cosmos como divino, gobernado por una providencia todopoderosa que ordenaba cuanto ocurría para el bien supremo. El último de los estoicos romanos, Marco Aurelio, era más fatalista y menos optimista. Aunque no rechazaba el concepto de un universo ordenado y racional, no creía que la inmortalidad equilibrara el sufrimiento en la tierra y se inclinaba a pensar en los seres humanos como criaturas zarandeadas por una mala suerte a los que ninguna perfección distante podía compensar del todo. Sin embargo, instaba a que la gente continuara viviendo con

nobleza, que no se abandonara a la complacencia exagerada o a la protesta airada, sino que extrajera la satisfacción posible de la resignación circunspecta al sufrimiento y la sumisión tranquila a la muerte.

LA LITERATURA DE LAS EDADES DORADA Y PLATEADA

La literatura romana del Principado se divide por norma en dos períodos: las obras de la *Edad Dorada*, escritas durante el reinado de Augusto, y las obras de la *Edad Plateada*, escritas durante los siglos I y II de nuestra era. En general, la literatura de la Edad Dorada fue vigorosa, positiva y animosa, y buena parte de ella sirvió a los objetivos propagandísticos del gobierno de Augusto. La poesía del mayor poeta romano, Virgilio (70-19 a. J.C.), fue el prototipo. En un conjunto de poemas pastorales, las *Eglogas*, expresó una visión idealizada de la vida humana en armonía con la naturaleza, a la vez que encomiaba implícitamente a Augusto como el causante de esa paz y abundancia. Su obra maestra, la *Eneida*, es un poema épico sobre un héroe troyano, Eneas (reclamado como antepasado por la familia de César y Augusto), a quien se otorgaba un papel importante en la formación del pueblo romano. Escrita en verso métrico elevado, pero enérgico y conmovedor («Canto a las armas y al hombre [...]»), la *Eneida* narra la fundación de un gran estado mediante la guerra y el esfuerzo, y predice el glorioso futuro de Roma.

Otros escritores importantes de la Edad Dorada fueron Horacio (65-8 a. J.C.), Tito Livio (59 a. J.C.-17 d. J.C.) y Ovidio (43 a. J.C.-17 d. J.C.). De ellos, Horacio fue el más filosófico. Sus *Odas* combinaban la justificación epicúrea del placer con la fortaleza estoica frente al sufrimiento. La *Historia de Roma* de Tito Livio suele ofrecer datos poco fiables, pero está repleta de relatos dramáticos destinados a apelar a las emociones patrióticas. Ovidio fue el menos típico de los escritores latinos de la Edad Dorada en la medida en que su punto de vista tendía a ser más satírico que heroico. Su principal logro poético fue una nueva narración bien elaborada de los mitos griegos en un largo poema de quince libros, la *Metamorfosis*, lleno de ingenio y erotismo. A Augusto le deleitaba la *Eneida*, pero el tono burlón y disoluto de los versos de Ovidio le resultaba tan aborrecible que lo desterró de Roma. Augusto intentaba presentarse como un firme moralista, mientras que los versos de Ovidio trataban temas tales como de qué modo atraer a las mujeres en el hipódromo y su aventura adúltera (aunque tal vez imaginaria) con la esposa de un senador romano.

La literatura de la Edad Plateada fue, en general, menos calmada y equilibrada que la de la Edad Dorada y recurría con mayor frecuencia al artificio afectado para lograr efectos. Los relatos de Petronio y Apuleyo describen los aspectos más exóticos y a veces sórdidos de la vida romana. El propósito de los autores no es tanto instruir o

elevar como contar una historia entretenida o componer una frase ingeniosa. Pero hay dos importantes escritores de esta época que presentan un punto de vista completamente diferente. El satírico Juvenal (60?-140 d. J.C.) escribió con indignación feroz acerca de la degeneración moral que veía en sus contemporáneos. Su gusto por las frases retóricas concisas y mordaces le ha convertido en una de las fuentes favoritas para las citas. Una actitud similar hacia la sociedad romana caracterizó los escritos de Tácito (55?-117? d. J.C.), historiador senatorial que no describió los acontecimientos de su época planteándose un análisis desapasionado, sino en buena medida con el fin de lanzar una acusación moral. Sus *Anales* ofrecen un retrato sutil pero devastador del sistema político construido por Augusto y utilizado por sus herederos; su *Germania* contrasta las virtudes varoniles de los bárbaros germanos con los vicios afeminados de los romanos decadentes. Al igual que Juvenal, Tácito fue un maestro de la ironía y un aforista brillante. Al referirse a las conquistas romanas, hace que un caudillo bárbaro diga: «Y cuando han creado un páramo, lo llaman paz».

ARTE Y ARQUITECTURA

El arte romano asumió por primera vez su carácter distintivo durante el Principado. Antes de esta época, lo que pasaba por arte de Roma era en realidad una importación del Oriente helenístico. Los ejércitos conquistadores trajeron a Italia carretadas de estatuas, relieves y columnas de mármol como parte de su saqueo de Grecia y Asia Menor, que se convirtieron en propiedad de los ricos y se utilizaron para embellecer sus suntuosas mansiones. Cuando la demanda de esas obras creció, los artesanos romanos hicieron cientos de copias. Ninguna, sin embargo, representaba un estilo artístico romano verdadero y autóctono.

Fomentado por el patrocinio de Augusto, el Principado fue testigo del desarrollo de un arte más nítidamente romano, más variado de lo que suele suponerse al abarcar desde la arquitectura pública más espléndida hasta las pinturas de los muros más íntimas. La arquitectura romana solía ser grandiosa y de ingentes proporciones, posibilitadas por la experiencia que los ingenieros habían desarrollado al trabajar con hormigón. Entre los más grandes de esos edificios públicos estaba el Panteón, con una cúpula de 8,9 metros de diámetro, y el Coliseo, que podía albergar a cincuenta mil espectadores en los combates de gladiadores. Salvo en los monumentos públicos, la escultura romana era menos ampulosa. La escultura en relieve fue particularmente notable durante este período por su delicadeza y naturalismo. Hasta en las monedas se retrataba a los emperadores tal como eran en la vida real; y como las imágenes de las monedas se volvían a grabar todos los años, podemos seguir en las emisiones

sucesivas la incipiente calvicie o la doble papada en avance de un gobernante. Sin embargo, la pintura fue el arte romano más original e intimista. A los romanos les gustaban los colores intensos; quienes podían permitírselo, se rodeaban de brillantes pinturas murales y mosaicos (imágenes producidas uniendo pequeñas piezas de vidrio o piedra de colores), que creaban un espectro de efectos que iban de las fantásticas marinas a los paisajes oníricos y los retratos introspectivos.

Estrechamente relacionados con sus logros en arquitectura, estaban los triunfos en ingeniería. Los romanos imperiales construyeron calzadas y puentes maravillosos, muchos de los cuales todavía sobreviven. Bajo Trajano, once acueductos llevaban agua a Roma de las colinas cercanas y proporcionaban a la ciudad 114 millones de litros diarios para beber y bañarse, así como para sanear un sistema de alcantarillado bien diseñado. El agua se canalizaba diestramente a las casas de los ricos para abastecer sus jardines, fuentes y piscinas privados. El emperador Nerón construyó una famosa «Casa Dorada» en el centro de Roma con tuberías dispuestas para rociar a sus huéspedes con perfume, termas de aguas medicinales y un estanque «como un mar». Además, había un techo esférico en el salón de banquetes que giraba día y noche como el cielo; todo ello contribuía a la merecida fama que gozaba Nerón de voluptuoso. (Se cuenta que cuando el emperador se mudó a ella, se le oyó decir: «Por fin puedo vivir como un ser humano».)

LAS MUJERES PATRICIAS DURANTE EL PRINCIPADO

Uno de los aspectos más sorprendentes de la sociedad romana durante el Principado fue el importante papel que desempeñaron las mujeres de clase alta. Como hemos visto, las mujeres acomodadas de Roma a finales del período republicano estaban mucho menos confinadas a la vida doméstica que sus semejantes de la Atenas clásica. Este rasgo se hizo más pronunciado durante el Principado. Es cierto que a las romanas se les asignaban los nombres de sus padres con terminaciones femeninas; por ejemplo, Julia de Julio, Claudia de Claudio o Marcia de Marcio. Sin embargo, al mismo tiempo, gozaban de una posición independiente por completo de la de sus esposos. No solían adoptar el nombre de sus cónyuges cuando se casaban. A pesar de las leyes que las mantenían formalmente bajo la supervisión legal de un guardián masculino, en la práctica, las mujeres ricas podían poseer propiedades, invertir en empresas comerciales y efectuar obras de beneficencia según su voluntad. No podían ocupar cargos políticos, pero sí ejercer como sacerdotisas y mecenas cívicas. Ambos papeles les otorgaban considerable influencia en los asuntos públicos. Con abundantes esclavos para cuidar sus hogares y caudales propios a los que recurrir, las romanas de clase alta eran libres para participar en actividades intelectuales y

artísticas. Algunas escribían poesía, otras estudiaban filosofía y otras más presidían salones literarios. También ejercían cierta libertad sexual, desconocida en el resto del mundo antiguo y muy desconcertante para los críticos masculinos conservadores. A menudo las patricias se hacían pintar retratos o cincelarlos en piedra. Algunas esposas o hijas de emperadores aparecían incluso en las monedas romanas, en parte porque los emperadores deseaban proclamar la grandeza de sus familias y, en parte, porque algunas de esas mujeres desempeñaban un influyente papel (si bien informal) en los asuntos de estado.

Las vidas de las mujeres de clase inferior son mucho menos conocidas. Es probable que la mayoría se casara en algún momento de su vida, y las esposas de los tenderos en particular tenían una función importante en el negocio que sostenía a la familia. Las casadas que sobrevivían a los peligros del parto puede que dieran a luz tres o cuatro hijos, pero no todos llegarían a la edad adulta. Las tasas de mortalidad eran elevadas, sobre todo para las mujeres. En Roma su edad media de fallecimiento era a los treinta y cuatro años; para los hombres, entre los cuarenta y los cuarenta y seis años. Si las esclavas estuvieran plenamente representadas en esas cifras, es probable que fueran todavía más bajas.

LOS COMBATES DE GLADIADORES

Para la mayoría de las sensibilidades actuales, el aspecto más repelente de la cultura romana durante el período del Principado era su crueldad. Mientras que los griegos se entretenían con el teatro, los romanos preferían cada vez más los «circos», que en realidad eran exhibiciones de matanzas humanas. Durante el Principado los espectáculos se volvieron más sangrientos que nunca. A los romanos ya no les bastaba la emoción de la mera demostración de proezas atléticas: ahora se les requería a los púgiles que se vendaran las manos con correas de cuero forradas de hierro o plomo. La diversión más popular de todas era contemplar combates de gladiadores en anfiteatros construidos para miles de espectadores. Las peleas entre gladiadores no eran nada nuevo, pero ahora se presentaban con mucha mayor elaboración. No sólo asistía a ellas la gente común, sino los patricios acaudalados e incluso el mismo emperador. Los gladiadores combatían con el acompañamiento de furiosos gritos e insultos del público. Cuando uno caía con una herida discapacitante, se le pedía a la muchedumbre que decidiera si se le debía perdonar la vida o si se le debía hundir en el corazón el arma de su rival. En el curso de una exhibición se sucedía una contienda tras otra, y a menudo se presentaba el sacrificio de hombres entre las garras de animales salvajes. Si la arena se empapaba demasiado de sangre, se cubría con una capa nueva y el espectáculo proseguía. Los gladiadores, en su

mayoría, eran delincuentes condenados o esclavos, pero algunos eran voluntarios hasta de las clases respetables. Cómodo, el perturbado e inútil hijo de Marco Aurelio, salió a la arena varias veces para recibir las aclamaciones del populacho, imaginándose que era un Hércules redivivo.

NUEVAS RELIGIONES

La época del Principado se caracterizó por un interés mayor en las religiones salvíficas que habían prevalecido en los últimos tiempos de la República. El mitraísmo ganó miles de adeptos, absorbió a muchos seguidores de los cultos de la Gran Madre y Serapis. Poco a poco se convirtió en la religión favorita del ejército romano. Hacia el año 40 de nuestra era aparecieron los primeros cristianos en Roma, siguiendo la estela de las considerables comunidades judías que ya se habían esparcido por todo el mundo helenístico. La nueva secta cristiana creció de forma constante y acabó desplazando al mitraísmo como la más popular de las fes salvíficas, debido en parte a su inclusión de las mujeres casi en pie de igualdad al principio con los hombres. Pero quizá la evolución religiosa más asombrosa de comienzos del período imperial fuera el surgimiento y la popularidad del culto al emperador. Aunque la mayoría de los emperadores de los siglos I y II de nuestra era evitó declararse divino durante su vida, a partir de Julio César se los «deificaba» de modo rutinario después de su muerte. La forma que tal adoración adoptó variaba de un lugar a otro dentro del imperio. Sin embargo, es evidente que no era un culto impuesto a súbditos renuentes por un estado romano todopoderoso, sino que su extensa popularidad reflejaba la opinión compartida y extendida de que existían conexiones esenciales entre los gobernantes humanos y el orden divino del mundo.

EL DERECHO ROMANO

Uno de los legados más importantes que dejaron los romanos a las culturas posteriores fue su sistema legal, cuya evolución gradual comenzó con la publicación de las Doce Tablas hacia el año 450 a. J.C. A lo largo de varios siglos, este primitivo código legal fue transformado por nuevos precedentes y principios que reflejaban los cambios en las costumbres; nuevas ideas filosóficas, sobre todo el estoicismo; las decisiones de los jueces, y los edictos de los *pretors*, que tenían autoridad para definir e interpretar la ley en un caso particular y para dictar instrucciones a los jueces.

Sin embargo, los cambios más extensos ocurrieron durante el Principado, debido

en parte a que, con el crecimiento del Imperio romano, su ley abarcaba un ámbito de jurisdicción mucho más amplio, que incluía las provincias lejanas y a los ciudadanos de Italia. Pero la razón principal para el rápido desarrollo del pensamiento legal durante esos años fue el hecho de que Augusto y sus sucesores nombraron a un pequeño número de eminentes juristas para que opinaran sobre los temas legales suscitados por los casos que se juzgaban en los tribunales. Los más prominentes de estos juristas fueron Cayo, Ulpiano, Papiniano y Paulo. Aunque la mayoría ocupaba altos cargos judiciales, cobraron fama fundamentalmente como abogados y escritores de temas legales. Sus opiniones llegaron a plasmar una filosofía sistemática del derecho diferente de todo lo que había habido antes y se convirtieron en la base de la jurisprudencia romana posterior.

El derecho romano tal como lo desarrollaron los juristas comprendía tres grandes ramas o divisiones: derecho civil, derecho de gentes y derecho natural. El derecho civil era la ley de Roma y sus ciudadanos, tanto en su forma escrita como no escrita. Incluía las leyes del senado, los decretos del emperador, los edictos de los magistrados y también algunas costumbres antiguas que funcionaban con fuerza de ley. El derecho de gentes era la ley común para todas las personas, prescindiendo de su nacionalidad, una especie de «derecho internacional» rudimentario. Este derecho autorizaba la esclavitud y la propiedad privada, además de definir los principios de la compra y la venta, la asociación y el contrato. No era superior al derecho civil, sino que lo complementaba, sobre todo en relación con los habitantes extranjeros del imperio.

La rama más interesante y en muchos sentidos más importante del derecho romano fue el derecho natural, producto no de la práctica judicial, sino de la filosofía. Los estoicos habían desarrollado la idea de que existía un orden racional en la naturaleza que era la encarnación de la justicia y el derecho. Habían afirmado que todos los hombres son iguales por naturaleza y que poseen ciertos derechos básicos que los gobiernos carecen de autoridad para transgredir. Sin embargo, el padre del derecho natural como principio legal no fue uno de los estoicos helenísticos, sino Cicerón. Declaró que: «la verdadera ley es una recta razón conforme a la naturaleza, general para todos, constante y eterna, que con sus mandatos llama al cumplimiento de la obligación y disuade del mal con sus prohibiciones. Esta ley no puede anularse ni derogarse en todo o en parte, y ni siquiera por la autoridad podemos ser dispensados de la misma». Este derecho era previo al mismo estado y todo gobernante que lo desafiara se convertía automáticamente en tirano.

La mayoría de los grandes juristas suscribió conceptos de derecho natural muy similares a los de los filósofos. No obstante, los juristas no consideraban este derecho una limitación automática del derecho civil, sino que lo concebían como un ideal al que debían conformarse las leyes y los decretos de los hombres. El derecho práctico

que se aplicaba en los tribunales romanos a menudo se asemejaba poco al derecho natural. Pero su desarrollo del concepto de justicia abstracta como principio legal fue uno de los logros más nobles de la civilización romana.

LA ECONOMÍA DE ITALIA DURANTE EL PRINCIPADO

El establecimiento de un gobierno estable por parte de Augusto marcó el comienzo de un período de prosperidad para Italia que duró más de dos siglos. El comercio se extendió ahora a todas las partes del mundo conocido, incluso a Arabia, la India y China. Aumentó la manufactura, sobre todo en la producción de cerámica, textiles y artículos de metal y vidrio. La riqueza afluyó a Roma, lo que permitió a las clases altas vivir en un lujo espectacular e incluso a los pobres de las urbes llevar una vida digna.

Pero la prosperidad no estaba distribuida de forma equitativa. En el campo, el número menor de esclavos capturados en la guerra comenzaba a ocasionar escasez de mano de obra en los grandes latifundios de los patricios. Esta escasez se palió en parte por el descenso de posición social y económica de los pequeños agricultores, muchos de los cuales acabaron como jornaleros agrícolas semiserviles (conocidos como *colonii*) ligados a las grandes fincas. En las ciudades, asimismo, la producción estaba destinada a declinar en cuanto la provisión de esclavos descendiera, puesto que seguían realizando la mayor parte del trabajo cualificado en la sociedad romana. Italia también presentaba una balanza comercial muy desfavorable. Su escaso grado de desarrollo industrial no permitía producir suficientes artículos de exportación para cubrir la demanda de bienes de lujo importados de las provincias y del mundo exterior. Como consecuencia, poco a poco se vació de su caudal de metales preciosos. En el siglo III la economía ya comenzaba a derrumbarse.

La crisis del siglo III, 180-284 d. J.C.

Con la muerte de Marco Aurelio en el año 180 de nuestra era, llegó a su fin el período de buen gobierno imperial. Una de las razones del éxito de los «cinco emperadores buenos» fue que los primeros cuatro designaron como sucesores a jóvenes muy prometedores en lugar de hijos o parientes cercanos. Pero Marco Aurelio rompió este patrón con resultados desastrosos. Aunque fue uno de los monarcas más filósofos y reflexivos que habían reinado, no tuvo la inteligencia suficiente para darse cuenta de que su hijo Cómodo era un adolescente indolente que carecía de la disciplina o la capacidad para gobernar con eficacia. Además, hasta cierto punto, tenía las manos

atadas, pues es probable que cualquier intento de convertir en heredero a otra persona que no fuera su hijo natural hubiera encontrado una firme resistencia por parte del ejército. Sin embargo, Cómodo se enajenó en seguida a dicho ejército y puso fin a las costosas guerras que no producían beneficio alguno a Roma. Fue un paso sensato, pero lo hizo impopular tanto entre los militares como en el senado. A partir de entonces, vaciló entre complacer a los senadores y acosarlos para que se sometieran. Si ninguna postura funcionaba, intentaba aplacarlos ejecutando a uno o más de sus consejeros; es comprensible que en estas circunstancias las personas de talento se mostraran renuentes a trabajar para él. También menospreció la conducta patricia tradicional que se esperaba de él, se recreó en perversiones públicas y privadas e incluso apareció como gladiador en el coliseo. Su comportamiento errático y a menudo violento originó una conspiración dentro del propio palacio: su entrenador de lucha acabó estrangulándolo en el año 192 de nuestra era. A partir de entonces las cosas empeoraron. Sin un sucesor claro, los ejércitos de las provincias elevaron a sus propios candidatos y se desencadenó una guerra civil. Un general, Septimio Severo (193-211 d. J.C.), salió victorioso, lo que puso de manifiesto que ahora los ejércitos provincianos podían interferir a voluntad en la política imperial.

LA DINASTÍA SEVERINA

Severo y sus sucesores agravaron el problema, eliminaron incluso los derechos teóricos del senado y gobernaron como dictadores militares. En su lecho de muerte, Severo aconsejó a sus dos hijos: «Enriqueced a los soldados, muchachos, y despreciad al resto». Su hijo Caracalla fue poco más que un matón que asesinó a su hermano y coemperador Geta. Tan desesperado estaba Caracalla por obtener ingresos y pagar primas a sus ejércitos cada vez más codiciosos (sobre todo para apaciguarlos tras el asesinato de su hermano, más popular), que hizo ciudadanos romanos a todos los habitantes del imperio. Pero no se trató de un acto ilustrado, sino que pretendía aumentar la base impositiva del estado. En el proceso, abarató la ciudadanía romana, en otro tiempo apreciado cohesivo que mantenía unido al vasto imperio. Sus sucesores de la dinastía severina no resultaron mejores. Heliogábalo trató de introducir un culto al sol oriental como religión oficial de Roma e insultó las normas sexuales y morales en el mismo suelo del senado.

Si no hubiera sido por una serie de notables mujeres imperiales que lucharon para mantener unidos la dinastía y el imperio, los resultados habrían sido desastrosos. Primero Julia Domna, esposa de Septimio Severo, ayudó a administrar el imperio a su hijo Caracalla y parece que actuó de freno a su personalidad viciosa; le costó la vida, porque fue asesinada en el año 217. Su hermana Julia Mesa fue abuela de

Heliogábalo y de su sucesor, Severo Alejandro. Su influencia política fue considerable y resultó decisiva en la caída de Heliogábalo cuando sus abusos pusieron en peligro el estado. Por último, su hija Julia Mamea, madre de Severo Alejandro, disfrutó de una prominencia y popularidad inusuales durante el reinado de su joven hijo (222-235 d. J.C.) y ejerció una autoridad casi de regente dentro de su gobierno. Pero no pudieron contener la marea iniciada por el fundador de la dinastía, Septimio. La prominencia en aumento del ejército lo hizo cada vez más incontrolable. Una vez que se reveló abiertamente el papel de la fuerza bruta, cualquier general aspirante podía probar suerte a hacerse con el poder. Severo Alejandro y Julia Mamea fueron asesinados en el año 235 de nuestra era, cuando el ejército se les puso en contra. Siguió cincuenta años de guerra civil endémica. De 235 a 284 de nuestra era hubo nada menos que veintiséis «emperadores cuarteros», de los cuales sólo uno consiguió librarse de una muerte violenta.

CULMINACIÓN DE LA CRISIS DEL SIGLO III

El medio siglo comprendido entre los años 235 y 284 de nuestra era fue sin duda el peor para Roma desde su ascenso al poder mundial y constituyó la culminación de la «Crisis del siglo III». El caos político se combinó con una serie de factores para llevar al imperio al borde de la ruina. Las guerras civiles socavaron la economía; no sólo interfirieron con la agricultura y el comercio, sino que también fomentaron que los aspirantes a emperadores enriquecieran a sus soldados devaluando la moneda e imponiendo exorbitantes impuestos a la población civil de sus provincias. Así pues, los latifundistas, pequeños agricultores y artesanos tenían pocos motivos para producir en una época en la que era muy necesario. En términos humanos, los pobres, como suele suceder en tiempos de contracción económica, fueron los que más sufrieron; a menudo se los abandonó a la más abyecta indigencia. A la estela de la guerra y la hambruna también proliferaron las enfermedades. En el reinado de Marco Aurelio una terrible epidemia barrió el imperio, diezmo al ejército y a la población en general. A mediados del siglo III la peste regresó y golpeó a la población con su temible guadaña durante quince años.

El resultante descenso de población llegó en un momento en que Roma apenas podía permitírselo, pues el imperio se veía amenazado además por el avance de sus enemigos exteriores. Con las filas romanas reducidas por la enfermedad y los ejércitos luchando entre sí, los germanos en Occidente y los persas en Oriente rompieron las viejas líneas de defensa. En el año 251 de nuestra era los godos derrotaron y mataron al emperador Decio, cruzaron el Danubio y saquearon a su voluntad los Balcanes. En el año 260 los persas capturaron al emperador Valeriano, al

que sometieron a reiteradas humillaciones hasta su muerte. Durante un tiempo, las provincias occidentales se separaron como imperio independiente por derecho propio, pues habían perdido la esperanza en que Roma pudiera ayudarlas, y ya no digamos proporcionar soluciones duraderas a sus problemas. Era evidente que los días de Augusto habían quedado en el pasado lejano.

EL NEOPLATONISMO

Resulta comprensible que la cultura del siglo III estuviera marcada por una angustia dominante. Se puede ver la preocupación incluso en la estatuaria que ha sobrevivido, como el busto del emperador Filipo (244-249 d. J.C.), que parece casi darse cuenta de que pronto lo matarán en la batalla. Cuando cundió la desesperación, surgieron nuevos sistemas filosóficos que predicaban a sus seguidores el retiro del mundo que los rodeaba. Uno de esos sistemas fue el neoplatonismo. Aunque en líneas generales se basaba en las tendencias espiritualistas del pensamiento platónico, su fundador real fue Plotino (204-270 d. J.C.), egipcio que llegó a Roma y logró muchos seguidores entre la clase alta.

El neoplatonismo ofrecía a sus adeptos una explicación de los males del mundo basada en un conjunto de creencias acerca de la creación. Plotino enseñaba que todo lo que existe procede de la divinidad en una corriente continua de emanaciones. El estadio inicial del proceso es la emanación del mundo-alma. De éste provienen las Ideas divinas, o patrones espirituales, y luego las almas de las cosas particulares. La emanación final es la materia. Pero ésta no tiene forma ni cualidad propias; no es más que el residuo que queda después que los rayos espirituales de la divinidad se han quemado. Así pues, la materia debe desdeñarse como símbolo del mal y la oscuridad.

La segunda doctrina trascendental de Plotino era el misticismo. El alma humana era en su origen parte de Dios, pero mediante su unión con la materia ha quedado separada de su fuente divina. La meta suprema de la vida debe ser la reunión mística con la divinidad, que puede alcanzarse mediante la contemplación y la emancipación del alma de la atadura a la materia. Los seres humanos tienen que avergonzarse por el hecho de poseer un cuerpo físico y han de intentar someterlo de todas las maneras posibles. Por tanto, el ascetismo era la tercera enseñanza fundamental de su filosofía.

Los sucesores de Plotino diluyeron sus ideas filosóficas con más y más supersticiones extravagantes. Pero a pesar de su punto de vista irracional y su completa indiferencia hacia el estado, el neoplatonismo se hizo tan popular en Roma durante los siglos III y IV, que casi logró suplantar al estoicismo. También llegó a tener una influencia considerable sobre el cristianismo, como veremos en el capítulo 6. Cuesta imaginar una filosofía más en desacuerdo con los valores y compromisos

tradicionales de la sociedad romana. Por consiguiente, su popularidad constituye un elocuente testimonio de los cambios que causaron las crisis en la sociedad y el gobierno del siglo III.

Balance del gobierno romano en Occidente

Roma no se construyó en un día, del mismo modo que tampoco se perdió en otro. Como veremos en el siguiente capítulo, en el año 284 de nuestra era volvió un gobierno fuerte. A partir de entonces, el Imperio romano duró en Occidente doscientos años más, y en Oriente, un milenio. Pero el estado romano restaurado difería considerablemente del antiguo, tanto que lo apropiado en este punto es dar por terminada la historia de la civilización romana característica y revisar las razones por las que se transformó en un tipo de sociedad diferente, que analizaremos con detalle en el capítulo 6.

EXPLICACIÓN DEL «DECLIVE Y CAÍDA» DE ROMA

Se ha escrito más sobre el declive y caída de Roma que sobre la desaparición de cualquier otra civilización. Las teorías ofrecidas para explicar el declive han sido muchas y variadas. Quizá la más curiosa es que Roma cayó por los efectos del plomo ingerido debido a los utensilios de cocina, pero, si fuera cierto, tendríamos que preguntarnos por qué le fue tan bien durante tanto tiempo. Los moralistas han encontrado la explicación del declive en las descripciones de lascivia y gula presentadas por autores como Juvenal y Petronio. Sin embargo, este planteamiento pasa por alto el hecho de que muchas de estas pruebas están patentemente exageradas y que casi todas provienen del inicio del Principado: en los siglos posteriores, cuando era más evidente que el imperio se estaba desmoronando, la moral se hizo más austera por la influencia de las religiones ascéticas. Una de las explicaciones más sencillas es que Roma cayó debido a la fortaleza de los ataques germanos. Pero estos «bárbaros» siempre habían estado dispuestos a atacarla: las invasiones germanas no tuvieron éxito hasta que Roma estuvo debilitada internamente. De hecho, desde el siglo IV de nuestra era en adelante, cada vez más tribus germanas mostraban menos interés en destruir Roma que en convertirse en parte de ella. Muchas de esas tribus que invadirían el imperio occidental durante el siglo V eran en realidad aliadas, incitadas a la invasión por la intolerancia, la mala administración y los abusos romanos.

FRACASOS POLÍTICOS

Así pues, lo mejor es concentrarse en los problemas internos más graves de Roma. Algunos eran políticos. El fallo más evidente de la constitución romana bajo el Principado era la falta de una ley sucesoria clara. Cuando un monarca moría de repente, no había certeza sobre quién le iba a suceder, nadie lo sabía, y la consecuencia cada vez más habitual era la guerra civil. Por muchos logros que hubiera alcanzado Augusto, éste fue el mayor fallo de su sistema. En efecto, como la realidad del gobierno autocrático se disfrazaba detrás de formas republicanas, había poco que un emperador pudiera hacer para proporcionar una sucesión ordenada a una posición imperial que no existía de manera oficial. Mientras perduraron la prosperidad y la deferencia hacia las instituciones de la antigua Roma, las transiciones podían efectuarse más o menos suavemente. Pero del año 235 al 284 la guerra y la inestabilidad se alimentaron mutuamente. También avivó la guerra la falta de medios constitucionales para la reforma. Si los regímenes se volvían impopulares, como les sucedió a la mayoría a partir del año 180 de nuestra era, el único medio de alterarlos era derrocarlos. Pero recurrir a la violencia siempre engendra más violencia, en especial cuando la soldadesca se convierte en el árbitro del éxito o fracaso de un régimen imperial.

CRISIS ECONÓMICA

El Imperio romano también tuvo su cuota de problemas económicos, aunque las lecciones que deben extraerse de ellos siguen sin estar claras. Los peores problemas económicos de Roma se derivaron de su sistema esclavista y de la escasez de mano de obra. La civilización romana se basaba en las ciudades, y éstas existían en buena medida en virtud de un excedente agrícola producido por los esclavos, a los que se explotaba tanto que no solían reproducirse para aumentar sus filas. Hasta la época de Trajano (98-117 d. J.C.), las conquistas proporcionaron nuevos suministros de esclavos para mantener en funcionamiento el sistema, pero a partir de entonces la economía comenzó a quedarse sin combustible humano. Los terratenientes ya no podían ser tan derrochadores con la vida humana, la esclavitud de los barracones llegó a su fin y el campo produjo menos del excedente necesario para alimentar a las ciudades. El hecho de que no surgiera ningún avance tecnológico también puede atribuirse a la esclavitud. Más adelante, en la historia occidental, los excedentes agrícolas los produjeron las revoluciones tecnológicas, pero los latifundistas romanos mostraban indiferencia hacia la tecnología porque se pensaba que interesarse por ella era degradante. Mientras hubiera esclavos para hacer el trabajo, a los romanos les

tenían sin cuidado los mecanismos que ahorraban mano de obra, y la atención a cualquier tipo de maquinaria se consideraba un signo de servilismo. Los terratenientes probaban su nobleza por su interés en las «cosas elevadas», pero mientras se dedicaban a contemplarlas, sus excedentes agrícolas se fueron agotando poco a poco.

La escasez de mano de obra también agravó los problemas económicos de Roma, sobre todo en Occidente. Con el fin de las conquistas exteriores y el declive de la esclavitud, había una necesidad apremiante de gente que labrara el campo, pero la presión de los bárbaros también suponía que hubiera una necesidad constante de hombres para servir en el ejército. Las epidemias de los siglos II y III redujeron abruptamente la población justo en el peor momento. Se ha calculado que entre el reinado de Marco Aurelio y la restauración del gobierno fuerte en el año 284 de nuestra era, se combinaron la enfermedad, la guerra y la tasa de nacimientos descendente para reducir la población del Imperio romano en un tercio. El resultado fue que no había suficientes agricultores para trabajar la tierra ni suficientes soldados para luchar contra los enemigos de Roma.

A pesar de todo esto, es importante recordar que la pobreza apenas había golpeado Roma. La riqueza seguía afluyendo a la sociedad desde Oriente, pero en las provincias occidentales, sobre todo, tendía a concentrarse en las manos de unas pocas familias. De forma gradual, éstas acumularon tan extensos privilegios que rara vez aportaban algo a las arcas del estado romano. De este modo, la carga del mantenimiento de las ciudades recayó cada vez más en una élite local que no podía soportarlo; cuando esos hombres se vieron reducidos a la pobreza o huyeron de las ciudades, la base urbana de la civilización romana clásica y sus ideales cívicos compartidos se socavaron aún más. Las diferencias regionales también se hicieron más pronunciadas y llevaron a una serie de movimientos secesionistas entre las provincias occidentales. Es posible que una enorme dedicación y esfuerzo por parte de su ciudadanía hubiera salvado el imperio, pero había muy pocos ciudadanos dispuestos a trabajar por el bien público. En última instancia, el declive de Roma estuvo marcado por la falta de interés entre sus ciudadanos en conservarlo. Como resultado, el mundo romano llegó a su fin, más que con estrépito, con un quejido.

LOGROS ROMANOS

La atención concedida a la dinámica del declive de Roma en Occidente no debe hacer que pasemos por alto los muchos aspectos en los que la sociedad romana alcanzó un éxito imponente. Ningún estado ha abarcado nunca tanto territorio, con un porcentaje tan grande de la población mundial bajo su dominio y durante un lapso tan largo. El

gobierno romano mantuvo su vitalidad en Occidente desde el siglo I a. J.C. hasta el siglo V de nuestra era. En Oriente, el Imperio romano sobrevivió hasta 1453. Parte de ese éxito se debió a la capacidad del gobierno romano para crear y mantener sistemas de comunicación, comercio y transporte como ningún otro estado lo había hecho antes y como ninguno lo volvería a hacer hasta los tiempos modernos. Bajo estos éxitos se encontraba la fortaleza fundamental de la economía. Aunque se ha hablado mucho de su derrumbe en el siglo III de nuestra era y de su inflación galopante, los romanos habían mantenido una moneda relativamente estable y un comercio internacional próspero durante los cuatro siglos anteriores sin ninguno de los mecanismos o salvaguardas de una economía de mercado moderna, lo cual también constituye un logro sin precedentes.

Sin embargo, lo fundamental es que la supervivencia del Imperio romano fue un logro político. Su sistema político fue incluyente hasta un grado que no ha igualado jamás ningún imperio moderno. Mediante su disposición a extender los derechos a los no romanos, a permitir hasta a los provincianos convertirse en senadores y al final en emperadores, Roma otorgó una cuota de poder a su población que ningún imperio de Oriente Próximo o Grecia ni siquiera podría haber imaginado. Aunque los persas fueron tolerantes con las prácticas de cultos extranjeros, y los atenienses, generosos con los derechos políticos entre su propia ciudadanía, la extensión del poder político real a los «extraños» estaba fuera de cuestión. Para los romanos, la extensión de los derechos fue la clave de su éxito, del mecanismo del derecho latino al comienzo de Italia a la concesión de la ciudadanía a todos los habitantes del imperio con Caracalla. Como señaló una vez un prominente historiador de Roma, si el Imperio británico se hubiera mostrado tan dispuesto a extender sus derechos como el romano, la revolución americana no hubiera tenido lugar.

Conclusión

Resulta tentador creer que hoy guardamos muchas similitudes con los romanos: primero, porque Roma está más cerca de nosotros en el tiempo que las restantes civilizaciones de la Antigüedad; y segundo, porque Roma parece guardar un parentesco muy estrecho con el temperamento moderno. Se han citado a menudo las semejanzas entre la historia romana y la de Gran Bretaña o Estados Unidos en los siglos XIX y XX. Al igual que la estadounidense, la economía romana se desarrolló de un agrarismo sencillo a un complejo sistema urbano con problemas de desempleo, flagrantes disparidades de riqueza y crisis financieras. Como el Imperio británico, el Imperio romano se basó en la conquista. Y al igual que los imperios británico y estadounidense, aquél se justificó celebrando la paz que supuestamente llevaban al

mundo sus conquistas.

Sin embargo, en última instancia, esos paralelismos son superficiales. Roma era una sociedad antigua, no una moderna, que difería profundamente de todas las sociedades del mundo moderno occidental. Como ya se ha señalado, los romanos desdeñaban las actividades industriales. Tampoco tenían idea alguna sobre el estado nacional moderno; su imperio se parecía más a un conjunto de ciudades que a una comunidad territorial y política integrada. Los romanos no desarrollaron nunca un gobierno representativo adecuado ni resolvieron el problema de la sucesión al poder imperial. Sus relaciones sociales tampoco eran comparables con las de los siglos más recientes. La economía se fundaba en la esclavitud hasta un grado no igualado en ninguna sociedad moderna. La tecnología era primitiva; la estratificación social, extrema; y las relaciones de género, muy desiguales. La religión se basaba en la asunción de que la práctica religiosa y la vida política eran inseparables, y los emperadores eran adorados (sobre todo en Oriente) como dioses vivientes.

No obstante, la civilización de Roma ejerció gran influencia sobre las culturas posteriores. Las formas arquitectónicas romanas sobreviven hasta nuestros días en el diseño de muchos edificios gubernamentales y sus estilos de vestir los continúa utilizando el clero de varias iglesias cristianas. El derecho romano pasó a la Edad Media y a los tiempos modernos a través del código del siglo VI del emperador Justiniano (véase el capítulo 6). Los jueces siguen citando máximas legales acuñadas por Cayo o Ulpiano; y los precedentes legales del siglo III continúan siendo válidos en los sistemas legales de casi todos los países de Europa continental y el estado estadounidense de Luisiana. La escultura romana proporcionó el modelo en el que se basa la práctica totalidad de la escultura moderna, y los escritores romanos marcaron las pautas de la composición en prosa en Europa y América hasta el siglo XX. Incluso la organización de la Iglesia católica se adaptó de la estructura del estado romano; hoy el papa lleva el título de supremo pontífice (*pontifex maximus*), otrora ostentado por el emperador en su papel real como cabeza de la religión cívica romana.

Pero quizá la contribución más importante de Roma al futuro fuera su papel en la transmisión de la civilización griega a lo ancho y largo de su imperio. Cuando al final el Imperio romano unido se derrumbó, surgieron tres civilizaciones sucesoras diferentes para ocupar sus antiguos territorios: Bizancio, el islam y Europa Occidental. Cada una de estas civilizaciones se caracterizaría por una tradición religiosa distintiva y cada una adoptaría diferentes aspectos de su herencia romana. Sin embargo, lo que estas tres civilizaciones occidentales compartían era una herencia cultural común derivada de Grecia a través de Roma, una herencia de urbanismo, cosmopolitismo, imperialismo e instrucción que marcaría para siempre a Occidente como experimento único en la historia humana.

Esta herencia cultural sería el epitafio de Roma; y a mediados del siglo III puede

que pareciera que un epitafio era cuanto se necesitaba para poner término al Imperio romano. Pero en realidad éste no se derrumbó. Prosiguió para disfrutar de varios siglos más de vida. Roma no cayó en el siglo III, en el IV o ni siquiera en el V, pero sí se transformó, y en este estado transformado la herencia romana pasaría a las civilizaciones occidentales de la Edad Media. A esas transformaciones dedicaremos ahora nuestra atención.

Bibliografía seleccionada

La editorial Gredos y la Biblioteca de Clásicos de Grecia y Roma de Alianza Editorial, entre otras, ofrecen traducciones fiables de los autores romanos.

ALVAR, Jaime, *Los misterios: religiones «orientales» en el Imperio romano*, Barcelona, Crítica, 2001.

ARIES, Philippe, y Georges DUBY (dirs.), *Historia de la vida privada. 1, Imperio romano y antigüedad tardía*, Madrid, Taurus, 1995.

BOARDMAN, John, Jasper GRIFFIN y Oswyn MURRAY (eds.), *Historia Oxford del mundo clásico. 2, Roma*, Madrid, Alianza, 1988.

CORNELL, Tim, *Los orígenes de Roma, c. 1000-264a. C.: Italia y Roma de la edad del bronce a las guerras púnicas*, Barcelona, Crítica, 1999.

CRAWFORD, Michael, *La república romana*, Madrid, Taurus, 1988.

GARCÍA MORENO, Luis (et al.), *Historia del mundo clásico a través de sus textos. 2, Roma*, Madrid, Alianza, 1999.

GARNSEY, Peter, y Richard SALLER, *El imperio romano: economía, sociedad y cultura*, Barcelona, Crítica, 1990.

GIARDINA, Andrea (et al.), *El hombre romano*, Madrid, Alianza, 1991.

GRIMAL, Pierre, *La civilización romana: vida, costumbres, leyes, artes*, Barcelona, Paidós, 2007.

— (comp.), *El mundo mediterráneo en la edad antigua II. El helenismo y el auge de Roma*, Madrid, Siglo XXI, 1990.

— (comp.), *El mundo mediterráneo en la edad antigua III. La formación del imperio romano*, Madrid, Siglo XXI, 1990.

HARRIS, William, *Guerra e imperialismo en la Roma republicana, 327-70 a. J. C.*, Madrid, Siglo XXI, 1989.

HOLLAND, Tom, *Rubicón: auge y caída de la república romana*, Barcelona, Planeta, 2007.

LANCEL, Serge, *Cartago*, Barcelona, Crítica, 1994.

LÓPEZ BARJA DE QUIROGA, Pedro, y Francisco Javier LOMAS SALMONTE, *Historia de*

Roma, Madrid, Akal, 2004.

MILLAR, Fergus (comp.), *El mundo mediterráneo en la edad antigua IV. El Imperio romano y sus pueblos limítrofes*, Madrid, Siglo XXI, 1990.

POMEROY, Sarah, *Diosas, rameras, esposas y esclavas: mujeres en la antigüedad clásica*, Madrid, Akal, 1990.

VIÑAS, Antonio, *Instituciones políticas y sociales de Roma: monarquía y república*, Madrid, Dykinson, 2007.

WELLS, Colin, *El imperio romano*, Madrid, Taurus, 1986.

CAPÍTULO 6

El cristianismo y la transformación del mundo romano

El Imperio romano empezó su declive a partir del año 180 de nuestra era, pero no se derrumbó. En el año 284 el vigoroso emperador soldado Diocleciano inició una reorganización del imperio que le devolvió la vida. A lo largo del siglo IV continuó abarcando todo el mundo mediterráneo. Durante el siglo V la mitad occidental del imperio cayó bajo el control político de los invasores de lengua germánica, pero muchas instituciones romanas continuaron funcionando en estos nuevos reinos germánicos, y en el siglo VI el emperador Justiniano reconquistó buena parte del litoral occidental mediterráneo. Fue en el siglo VII cuando se puso plenamente de manifiesto que las divisiones entre las mitades oriental y occidental del Imperio romano serían permanentes y que las dos regiones se desarrollarían a partir de entonces de maneras totalmente diferentes. Con esta transición llegó a su fin el mundo de la Antigüedad clásica.

Los historiadores acostumbraban a infravalorar la longevidad de las instituciones romanas e iniciaban sus análisis de la historia medieval en los siglos III, IV o V de nuestra era. Como la periodización histórica es siempre aproximada y depende en buena medida de los aspectos del desarrollo que se deseen destacar, no cabe desechar este planteamiento. Sin duda, la transición del mundo antiguo al medieval fue gradual, y algunas costumbres «medievales» surgieron en Occidente en fecha tan temprana como el siglo III. No obstante, ahora resulta más habitual entender que la historia antigua continuó después del año 284 y duró hasta que el Imperio romano perdió el control del Mediterráneo en el siglo VII. El período comprendido entre los años 284 y 610, aproximadamente, aunque de transición (como, por supuesto, lo son todas las eras), posee características propias y la mejor manera de describirlo no es como romano ni como medieval, sino como la Antigüedad tardía.

Tres tendencias culturales importantes caracterizaron el mundo de la Antigüedad tardía. La primera fue el triunfo extendido del cristianismo por el mundo romano. Al principio, el cristianismo no fue más que una de las muchas religiones místicas que atrajeron a cantidades crecientes de personas a finales del imperio, pero en el siglo IV fue adoptada como religión estatal de Roma y a partir de entonces se convirtió en una

de las mayores fuerzas formativas en el desarrollo de las civilizaciones occidentales.

La extensión gradual del cristianismo, primero de ciudad en ciudad y luego de la ciudad al campo, fue un elemento dentro de un proceso mayor de asimilación cultural que caracterizó el mundo entero de la Antigüedad tardía. Los nuevos avances culturales se difundieron más ampliamente que antes y un conjunto más dilatado de gente participó en ellos. Sin embargo, cuando la cultura romana se hizo más uniforme y generalizada, también perdió complejidad y singularidad. El resultado fue que la cultura de la era clásica perdió altura, proceso que denominaremos «vulgarización».

Asimismo, las influencias culturales ajenas al mundo mediterráneo aumentaron su impacto, sobre todo en las partes occidentales del imperio. Los romanos llamaron a este proceso «barbarización», de la palabra griega *barbaros*, que significa «extranjero». La cultura bárbara no era necesariamente primitiva, pero no era urbana ni griega, factores que a los ojos de las élites mediterráneas bastaban para estigmatizarla. No obstante, la influencia «bárbara» aumentó de forma constante, primero dentro del ejército y luego en toda la sociedad. Por mucho que ninguno de estos procesos supusiera un cataclismo, a finales del siglo VI la cristianización, la vulgarización y la barbarización se habían combinado para poner fin al mundo mediterráneo antiguo.

La reorganización del imperio

El caos de mediados del siglo III muy bien podría haber destruido el Imperio romano. Que se evitara se debió en buena medida a los esfuerzos de un soldado notable llamado Diocleciano, que gobernó como emperador entre los años 284 y 305 e impuso diversas reformas políticas y económicas fundamentales. Sin embargo, lo más importante fue que restauró la majestad y el prestigio del emperador. Al hacerlo, puso los cimientos sobre los que todos los emperadores romanos y bizantinos posteriores basarían su autoridad.

EL REINADO DE DIOCLECIANO

Como Augusto, Diocleciano tenía muy presentes la dignidad de su cargo imperial y la importancia del simbolismo político para mantenerlo. Pero a diferencia de Augusto, quien trató de disimular la realidad de su poder entre los adornos del republicanismo, Diocleciano se presentó a sus súbditos sin ambages como autócrata. Su título no era el de *princeps* («primer ciudadano»), sino el de *dominus* («señor»). Vestía una diadema y una túnica púrpura de seda entretejida con oro, e introdujo en

su corte la deferencia ceremonial de estilo persa. Sus autoridades ostentaban títulos elaborados que indicaban su rango; un solicitante podía juzgar la importancia que se le confería por el rango superior o inferior de los administradores a los que se le permitía ver. El mismo Diocleciano permanecía al margen de los asuntos ordinarios de la corte, alejado físicamente detrás de un laberinto de entradas, estancias y cortinas. Aquellos afortunados que lograban una audiencia con él tenían que postrarse a sus pies; a unos pocos privilegiados se les permitía besarle la túnica. La excesiva familiaridad de los «emperadores cuarteros» de comienzos del siglo III con sus soldados y cortesanos había engendrado desprecio, y como emperador soldado, Diocleciano estaba resuelto a evitar ese error.

Rompiendo de nuevo con la tradición augustal, Diocleciano tomó medidas para definir reglas formales en la sucesión imperial. Comprendió que el imperio se había vuelto demasiado grande para que un único gobernante todopoderoso fuera capaz de controlarlo con eficacia, así que lo dividió por la mitad y confió la parte occidental a un joven y fiable emperador asociado llamado Maximiano, mientras retenía para sí la parte oriental más rica. Después los dos *augusti* (como se llamaban Diocleciano y Augusto) eligieron cada cual a un lugarteniente, llamado cesar, para que gobernara una subsección de sus territorios respectivos. Cuando ambos augustos se retiraran, los césares ocuparían su lugar y nombrarían a su vez a dos césares para que los ayudaran. Este sistema (conocido como tetrarquía, el «gobierno de cuatro») pretendía proporcionar un gobierno más efectivo en el imperio, lo que permitía cierto grado de descentralización. Pero también estaba diseñado para poner fin a las disputas sucesorias que se habían revelado como la debilidad fatal del sistema político augustal y que pusieron de rodillas al imperio durante el siglo III.

Diocleciano también fue un enérgico reformista de la administración. Aunque retuvo un estrecho control personal sobre el ejército, tomó medidas para separar las cadenas de mando militares de las civiles. Nunca más los ejércitos romanos harían y desharían emperadores, como había sucedido en el siglo III. Para controlar las altísimas tasas de inflación que estaban socavando la economía del imperio, Diocleciano estabilizó la moneda e intentó (sin demasiado éxito) fijar precios y salarios por ley. Reformó el sistema impositivo, ajustó el cálculo de impuestos y nombró un pequeño ejército de nuevos recaudadores (inmensamente impopular). También trasladó la capital administrativa del imperio de Italia a Nicomedia, en la actual Turquía. Roma continuó siendo la capital espiritual y simbólica, porque el senado seguía reuniéndose en esa ciudad. Pero Diocleciano apenas necesitaba el consejo del senado, y la creciente disparidad de riqueza entre las regiones orientales y occidentales hacía de Nicomedia una capital más conveniente que Roma para un imperio que ahora descansaba en las espaldas de sus burócratas.

En el año 305 Diocleciano se retiró al palacio que se había construido en Spalatum, la actual Split (Croacia), proceder sin precedentes para un gobernante tardorromano. Al mismo tiempo, obligó a su colega Maximiano a que se retirara también, y sus dos césares ascendieron de forma pacífica en la escala sucesoria. Pero la concordia apenas duró. Entre los sucesores de Diocleciano estalló la guerra civil y continuó hasta que Constantino, hijo de uno de los césares originales, salió victorioso. De los años 321 a 324 Constantino gobernó como augusto sobre el imperio occidental, mientras que un augusto más joven imperaba en el oriental. En el año 324 Constantino puso fin a este concierto y gobernó en solitario el imperio reunificado hasta su muerte, en el año 337.

Salvo por el hecho de que favoreció al cristianismo (decisión trascendental que se examinará en el capítulo siguiente), el gobierno de Constantino siguió los precedentes establecidos por Diocleciano. Ambos imperaban por decreto y ambos se basaban en una extensa red de espías e informadores para controlar su imperio. En un intento de asegurarse un número adecuado de tropas, Diocleciano ya había declarado hereditario el servicio militar; Constantino extendió esta política, ligó también a campesinos y artesanos a las ocupaciones de sus padres. Estas restricciones no entraron en vigor de manera generalizada, pero constituyen una buena prueba de la reglamentación social y política que tanto Diocleciano como Constantino aspiraron a imponer en el imperio.

El arte y la arquitectura también reflejaron este nuevo espíritu de conformidad. El palacio de Diocleciano en Split se trazó como un campamento militar. Las termas que construyó en Roma abarcaban 12 kilómetros; con su tamaño suplían su falta de gracia. Los retratos de busto imperiales del siglo IV se volvieron impersonales, inexpresivos y casi intercambiables en sus rasgos, lo que constituyó una variación marcada con respecto a los naturalistas e individualizados del siglo III. También fueron cada vez más ostentosos y propagandísticos: una de las estatuas de Constantino, situada cerca del foro de Roma, mostraba al emperador sedente siete veces mayor que el tamaño natural, y los ojos alargados destacaban su discernimiento espiritual.

En consonancia con la grandiosa concepción que de sí mismo tenía Constantino, en el año 324 inició la construcción de una nueva capital y la llamó Constantinopla. Fundada en el sitio de la antigua ciudad de Bizancio, esta nueva capital personificó el paso incesante del «peso» de la civilización romana hacia Oriente. Situada en la desembocadura del mar Negro, en la frontera entre Europa y Asia, Constantinopla poseía considerables ventajas como centro de comunicaciones, comercio y defensa. Rodeada por agua en tres de sus flancos y protegida por tierra con murallas, se mantendría como centro político y económico del Imperio romano hasta 1453,

cuando, finalmente, los turcos otomanos la conquistaron.

Sin embargo, en un aspecto crucial Constantino abandonó los precedentes establecidos por Diocleciano. Al hacer hereditaria la sucesión al trono imperial dentro de su propia familia, Constantino restituyó a Roma el principio de la monarquía dinástica, de la que se había librado hacía ochocientos años. Para empeorar las cosas, a su muerte dividió el imperio entre sus tres hijos. La guerra civil fue el resultado previsible, agravado por las diferencias en el tipo de cristianismo que cada uno profesaba.

Los conflictos dinásticos entre los descendientes de Constantino se prolongaron durante la mayor parte del siglo IV, interrumpidos periódicamente por los desafíos de aspirantes usurpadores al trono imperial. Pero estos conflictos nunca fueron tan serios como las guerras civiles del siglo III, y de cuando en cuando un contendiente todavía era capaz de reunificar el imperio. El último que lo logró fue Teodosio I (379-395), quien mató a miles de ciudadanos inocentes de Tesalónica en castigo por la muerte de uno de sus oficiales, pero cuyos esfuerzos por proteger el imperio contra los invasores todavía le confirieron cierto derecho a su título de «el Grande». Sin embargo, antes de morir siguió la tradición de su familia y dividió el imperio entre sus dos hijos, esta vez con resultados desastrosos, como veremos a continuación.

Detrás de estas peleas por el trono imperial también cabe discernir algunas tendencias mayores en la historia del imperio durante el siglo IV. La más importante fue que las divisiones entre las mitades oriental y occidental del imperio se iban pronunciando cada vez más. A medida que el Oriente de lengua griega se hacía más populoso, próspero y central para la política imperial, el Occidente de lengua latina se volvía más pobre y periférico para la vida política, económica y cultural del imperio. Muchas ciudades occidentales dependían ahora de las transferencias de fondos de Oriente para seguir funcionando; cuando estos fondos se agotaban o las unidades militares se transferían a otros lugares, estas ciudades declinaban. Hasta la misma Roma se estaba convirtiendo en una especie de páramo dentro de su propio imperio. Cuando los emperadores residían en Occidente, les resultaba más conveniente vivir en Milán o Rávena, o en la frontera del Rin en Tréveris. Desde comienzos del siglo IV ningún emperador vivió en Roma y a partir de entonces sólo dos veces un emperador visitó la ciudad.

Las divisiones entre Oriente y Occidente tampoco eran las únicas líneas de fractura dentro de un imperio cada vez más sedicioso. Afloraron movimientos secesionistas repetidas veces entre los habitantes de Britania, la Galia, Hispania y Germania, que estaban comenzando a considerarse ciudadanos de un imperio separado. En particular, los egipcios sufrían unos elevados impuestos sobre sus tierras agrícolas. Los norteafricanos se sentían abandonados por los emperadores, preocupados primordialmente por la defensa de sus fronteras orientales contra los

persas, los godos y los hunos. Bajo la superficie de la autocracia imperial, el imperio del siglo IV se disolvía lentamente en sus partes constituyentes.

Surgimiento y triunfo del cristianismo

Entre los siglos I y V de nuestra era, el cristianismo pasó a convertirse, desde su oscuro inicio en Judea, en la religión de estado oficial del mundo romano. A partir de entonces se convirtió en una fuerza dominante (quizá incluso la imperante) en la conformación de las civilizaciones del mundo occidental hasta la actualidad. Para los cristianos, el extraordinario crecimiento y repercusión de su religión es testimonio de su verdad. Sin embargo, para los historiadores plantea un enorme problema interpretativo: ¿cómo podemos explicar el atractivo del cristianismo primitivo sin hacer que su éxito posterior resulte predecible o incluso inevitable?

En este intento, puede resultar útil reconocer como punto de partida que el cristianismo atrajo a diferentes grupos de personas en etapas distintas de sus comienzos y que cada uno de dichos grupos entendió su atractivo de manera muy diferente. El cristianismo empezó con las enseñanzas de Jesús, impartidas a los judíos de Judea y Galilea en torno al año 30 de nuestra era, pero arraigó firmemente entre los habitantes de las ciudades de lengua griega del Mediterráneo oriental durante los siglos II y III, y luego, a partir de Constantino, se convirtió en la religión preferida de la familia imperial hasta que llegó a ser la oficial del Imperio romano. Examinaremos estas etapas en orden, comenzando con la trayectoria del mismo Jesús.

LA TRAYECTORIA DE JESÚS

No hay duda de que Jesús fue una figura histórica; de hecho, es una de las figuras mejor atestiguadas del mundo antiguo. Pero aún hoy resulta muy difícil documentarse sobre él. No hay fuentes estrictamente contemporáneas que lo mencionen, si bien sí existen referencias de algunos de sus rivales, incluido el gobernador romano de Palestina, Poncio Pilatos, y el sumo sacerdote, Caifás. Las primeras fuentes escritas que mencionan a Jesús son las cartas de uno de sus discípulos, el apóstol Pablo, escritas durante los años 50 y 60 de nuestra era; y los relatos de los cuatro «evangelios» de la vida de Jesús, más los Hechos de los Apóstoles, escritos todos más o menos entre los años 70 y 100. Estas obras, junto con varias fuentes posteriores, están contenidas en el Nuevo Testamento, una colección de escritos cristianos añadidos a los textos de la Biblia hebrea durante los primeros tres siglos de nuestra era. Durante esos años también circularon otras fuentes, entre las que se

incluía una compilación ahora perdida de los dichos de Jesús, de los que los escritores de los evangelios extrajeron algún material. Así pues, es posible que incluso fuentes no bíblicas bastante tardías como el «Evangelio de Tomás» del siglo II conserven algunos registros auténticos de las enseñanzas de Jesús. Sin embargo, la mayoría de los historiadores prefiere fiarse de las fuentes del siglo I para tratar de interpretar su trayectoria.

Jesús nació en una familia judía de Galilea poco antes del comienzo de la era cristiana. No nació precisamente en el «año 1»: debemos este error en nuestro sistema de datación a un monje del siglo VI. Cuando Jesús rondaba los treinta años, fue proclamado por un predicador de la reforma moral, Juan el Bautista, alguien «más fuerte que yo, cuyas sandalias no soy digno de desatar». A partir de entonces, la trayectoria de Jesús fue un curso continuo de predicación, sanación y enseñanza, sobre todo en las zonas rurales de Galilea y Judea. Sin embargo, hacia el año 30 de nuestra era organizó una entrada abiertamente mesiánica en Jerusalén durante la Pascua, festividad religiosa durante la que acudían a la ciudad ingentes y fogosas multitudes de judíos. Tres de los relatos evangélicos cuentan que agravó esta infracción atacando físicamente a los mercaderes y cambistas asociados con los sacrificios del templo. Los dirigentes religiosos de la ciudad lo detuvieron de inmediato y lo llevaron ante Poncio Pilatos, el gobernador romano, para que lo condenara. La preocupación principal de Pilatos era conservar la paz durante una festividad religiosa inestable y, sin duda, también ansiaba mantener buenas relaciones con las autoridades religiosas de Jerusalén, así que decidió dar ejemplo con Jesús y lo condenó a la muerte por crucifixión, pena normal para aquellos a los que se juzgaba culpables de sedición contra Roma.

Éste podría haber sido el final de la historia. Pero poco después de la ejecución de Jesús comenzaron a correr rumores de que estaba vivo y de que algunos de sus discípulos lo habían visto. Había resucitado de entre los muertos, proclamaban ahora aquéllos, y después de cuarenta días había ascendido a los cielos, con la promesa de regresar de nuevo en el fin de los tiempos. En vida, Jesús había sido un maestro religioso y un sanador; en la muerte, sin embargo, se había revelado como algo más. Ahora sus discípulos debían replantearse y reinterpretar toda su trayectoria. La prueba de esta reinterpretación nos ha llegado en las cartas de Pablo y en las narraciones de los evangelios de Mateo, Marcos, Lucas y Juan.

JESÚS Y EL JUDAÍSMO DEL SEGUNDO TEMPLO

En 1947 un chico beduino descubrió un extraordinario alijo de textos religiosos judíos que habían sido escondidos en una cueva cerca de Qumrán en algún momento

durante el siglo I de nuestra era. Sin embargo, hasta esta última década el grueso de este material, conocido colectivamente como los «Manuscritos del Mar Muerto», no ha estado al alcance general de los estudiosos. Estos manuscritos han revolucionado nuestra comprensión de la práctica y el credo religiosos de los judíos en torno a la época de Jesús, y de ellos destaca sobre todo su extraordinaria diversidad.

Cuando nació Jesús, hacía menos de una década que Roma había conquistado Judea. El bandolerismo, a veces teñido de nacionalismo, era habitual en el campo; en los pueblos y ciudades se hablaba de rebelión y se esperaba un mesías que restaurara el dominio judío sobre la tierra santa de Israel. Los más extremistas de quienes buscaban esperanza en la política eran los zelotes, que pretendían expulsar a los romanos por la fuerza de las armas. Sus actividades acabaron llevando a dos revueltas desastrosas. La primera, entre los años 66 y 70 de nuestra era, causó la destrucción del templo judío de Jerusalén a manos de los vengativos romanos. La segunda, en los años 132-135, provocó la destrucción de la ciudad de Jerusalén y la expulsión de toda la población judía. En sus ruinas se refundó la ciudad pagana de Aelia Capitolina; durante los siguientes quinientos años se prohibió a los judíos que vivieran allí.

Este contexto político es importante para comprender la decisión de Pilatos de ejecutar a Jesús; pero nos dice poco sobre lo que enseñaba Jesús en realidad o cómo lo entendían sus congéneres judíos. A este respecto, las divisiones dentro del judaísmo contemporáneo son mucho más importantes.

En los siglos siguientes al regreso de los judíos de Babilonia y la reedificación del templo, el judaísmo se convirtió en una religión monoteísta intransigente, basada en la alianza entre Yahvé y su pueblo elegido. Sin embargo, en el siglo I de nuestra era, ya habían surgido diferencias importantes sobre la forma en que los judíos entendían lo que esa alianza requería de ellos. Las enseñanzas de Jesús deben verse en el contexto de estos debates.

Los guardianes de las tradiciones escritas conservadas en la Tora (los cinco primeros libros de la Biblia hebrea) eran la casta sacerdotal hereditaria del templo y sus aliados aristócratas, un grupo conocido como los saduceos. Como cabría esperar en el mundo antiguo, la alianza entre las autoridades religiosas y políticas de Judea era cerrada. Antes de la conquista romana, al sumo sacerdote del templo de Jerusalén lo nombraban los monarcas judíos hasmoneos, que habían conseguido su independencia de los gobernantes seléucidas de Siria durante el siglo II a. J.C. Sin embargo, tras la conquista romana, al sumo sacerdote lo designaba Roma. Como resultado, fue inevitable que los saduceos se vieran teñidos por la sospecha de colaboracionismo, a pesar del papel central que desempeñaban en el culto del templo.

Sus principales rivales en fidelidad religiosa eran los fariseos, grupo de maestros y predicadores de la ley religiosa y herederos en cierta medida de la tradición profética del período del Primer Templo. En contraste con los saduceos, quienes

consideraban que la mayoría de los preceptos contenidos en la ley religiosa concernía sólo a los sacerdotes, los fariseos insistían en que los 613 mandamientos de Yahvé ligaban a todos los judíos. Como intérpretes de la ley mosaica, basaban su autoridad en su declaración de que Yahvé había entregado a Moisés una Tora escrita y otra oral en el monte Sinaí. La Tora escrita estaba contenida en la Biblia, pero la oral, que explicaba cómo debía interpretarse y aplicarse la escrita en la vida diaria, había sido transmitida de palabra de los maestros a los alumnos y de generación en generación desde Moisés hasta el día presente.

Los fariseos instaban a una devoción rigurosa a la ley mosaica, pero también eran bastante flexibles al aplicarla a la vida diaria. Por ejemplo, para permitir que los judíos comieran juntos el sabbat, día de descanso (cuando los judíos tenían prohibido trabajar, incluso llevar comida fuera de sus casas), los fariseos estaban dispuestos a considerar que todo un barrio constituía una sola casa para la observancia del sabbat. También creían en la otra vida después de la muerte, caracterizada por recompensas y castigos individuales. Buscaban la conversión mediante la predicación y esperaban la llegada inminente del mesías que Dios había prometido a su pueblo. En todos estos aspectos diferían de los saduceos más tradicionales. Sin embargo, más radicales aún eran algunos colectivos escindidos, como los esenios, grupo casi monástico que buscaba la liberación espiritual mediante el ascetismo, el arrepentimiento y una estricta separación sectaria de sus semejantes judíos.

Aunque algunos estudiosos ven influencia esenia tras la trayectoria de Jesús, es probable que sus contemporáneos judíos lo consideraran algún tipo de fariseo radical. Su hincapié en las exigencias éticas de la ley (amor a Dios y al prójimo; obligación de hacer el bien incluso a aquellos que te perjudican y perdonar a quienes te hacen mal); su aparente creencia en la vida después de la muerte y en el advenimiento inminente del «reino de Dios»; y sus exhortaciones a obedecer el espíritu y no la letra de la ley religiosa encajaban bien dentro de un marco farisaico. No obstante, parece que Jesús llevó mucho más lejos esos principios que la mayoría de los fariseos; cuando, por ejemplo, sus discípulos rompían las leyes del sabbat reuniendo grano para comer, Jesús los justificaba: «El sabbat se hizo para el hombre, no el hombre para el sabbat». Al extender hasta tal punto el razonamiento farisaico, las enseñanzas de Jesús amenazaban con socavar por completo la naturaleza obligatoria de la ley judía tal como la entendían los fariseos.

Ninguno de estos grupos era monolítico; incluso los esenios, los más sectarios de todos, incluían una variedad de credos y prácticas diferentes dentro de su orden. Y la vasta mayoría de los judíos no se habría identificado con ninguno de estos grupos. Ni siquiera cabe considerar a los saduceos una secta dentro del sacerdocio mayor del templo. Para la mayoría de los judíos de la época de Jesús, el judaísmo consistía en acudir al templo de Jerusalén unas cuantas veces al año en los días sagrados; pagar el

diezmo anual al templo; recitar las oraciones matutinas y vespertinas, y observar ciertas leyes religiosas, como la circuncisión (para los hombres), la pureza ritual (sobre todo para las mujeres) y las prohibiciones del trabajo en el sabbat y del consumo de alimentos prohibidos tales como el cerdo, la sangre y los mariscos.

Puede que Jesús se apartara un poco de esas observancias, pero no hay pruebas de que intentara derogarlas. Más bien lo que lo convirtió en polémico dentro de la comunidad judía mayor fue la afirmación de sus discípulos de que era el mesías prometido por Dios para librar a Israel de sus enemigos. Después de su muerte y supuesta resurrección, dichas afirmaciones se volvieron más clamorosas e inequívocas; pero nunca convencieron más que a una pequeña minoría de judíos compañeros de Jesús. Sin embargo, cuando sus discípulos empezaron a predicar a públicos no judíos, reinterpretaron el papel de Jesús como mesías en términos extraídos de las ideas teológicas griegas. Jesús, proclamaron ahora sus discípulos, no era solamente un mesías para los judíos. Era el «Cristo» (en griego, «el ungido»), el hijo divino de Dios enviado a la tierra para sufrir y morir por los pecados de toda la humanidad, que se había levantado de entre los muertos y ascendido a los cielos, y que volvería para juzgar a todos los habitantes del mundo al final de los tiempos.

LA EXPANSIÓN DEL CRISTIANISMO EN EL MUNDO HELENÍSTICO

La figura clave en el desarrollo de esta nueva comprensión teológica del carácter mesiánico de Jesús fue Saúl de Tarso (c. 10-c. 67 d. J.C.), judío nacido en el sureste de Asia Menor. Fariseo intransigente, persiguió al principio a los discípulos de Jesús, pero tras una cegadora experiencia de conversión, se unió al «movimiento de Jesús», cambió su nombre por el de Pablo y dedicó energías ilimitadas a interpretar y predicar la nueva fe a las comunidades de lengua griega en su mayoría no judías de Grecia y Asia Menor. Declarándose el apóstol de los gentiles (no judíos), Pablo rechazó la naturaleza vinculante de la ley mosaica, afirmó que carecía de importancia para la salvación de los discípulos de Jesús. Esta postura resultó al principio ofensiva para los cristianos judíos de Jerusalén, grupo dirigido por el hermano de Jesús, Santiago, pero, tras un doloroso debate, triunfó la posición de Pablo. Algunos cristianos continuarían obedeciendo la ley religiosa judía, pero el futuro del movimiento se hallaba ahora sin duda en los conversos no judíos que estaba logrando fuera de Judea y Galilea.

No resulta del todo claro quiénes constituían la mayoría de esos nuevos conversos. En el siglo I de nuestra era, ya existían comunidades cristianas considerables en la mayoría de las ciudades importantes del mundo mediterráneo oriental, incluida Roma. Estas comunidades ya habían comenzado a reinterpretar las

ideas religiosas judías dentro de un contexto intelectual y cultural griego. Como sugiere el propio ejemplo de Pablo, las nuevas enseñanzas cristianas les resultarían atractivas a algunos de esos judíos helenizados. Es probable, sin embargo, que el cristianismo atrajera más a los grupos de no judíos (conocidos como «temerosos de Dios») que tendían a congregarse alrededor de las comunidades judías de lengua griega. Los temerosos de Dios no seguían todos los preceptos de la ley judía (la mayoría de los griegos y romanos contemplaban la circuncisión con un horror particular), pero admiraban a los judíos por su monoteísmo, su moral inflexible y sus criterios éticos, y organizaban sus vidas siguiendo su ejemplo. Pero el cristianismo también se habría abierto paso entre los griegos normales, muchos de los cuales ya conocían otros cultos similares superficialmente (como el mitraísmo y el culto a Serapis) que también hacían hincapié en elaboradas ceremonias de iniciación (para los cristianos, el bautismo) y la importancia de un conocimiento religioso especial para la salvación.

Sin embargo, resultaban patentes ciertas discrepancias entre el cristianismo y las restantes religiones. A diferencia de otras sectas contemporáneas que también subrayaban la transformación a través de la conversión personal, el cristianismo presentaba un aspecto fuertemente comunal. Las estructuras organizativas evolucionaron muy pronto; a mediados del siglo II la Iglesia cristiana de Roma ya tenía un obispo que presidía un pequeño ejército de prelados menores, entre los que se incluían sacerdotes, diáconos, confesores y exorcistas. Las mujeres también alcanzaron una prominencia notable en estas primeras comunidades cristianas, no sólo como mecenas y benefactoras (papel que las romanas de clase alta habían desempeñado con frecuencia en los nuevos cultos religiosos), sino también como titulares de cargos (aunque no conocemos obispas ni sacerdotisas, las diáconas sí están bien atestiguadas). Esta posición relativamente alta de las mujeres era muy poco habitual y distinguía marcadamente al cristianismo del mitraísmo, que las excluía hasta de la pertenencia al culto, y mucho más de la ocupación de algún cargo dentro de él. Los cristianos también eran conocidos por apoyar a sus miembros más pobres mediante la caridad. El cristianismo extraía a sus fieles de una amplia variedad de clases sociales, pero quizá presentara un aliciente especial para la gente (como los artesanos urbanos) cuyo medio de vida podía desaparecer con un cambio de viento económico.

Estos factores ayudan a explicar el atractivo de la nueva religión, sobre todo para los habitantes de las poblaciones de lengua griega, que constituyeron la vasta mayoría de los conversos al cristianismo durante los siglos II y III. No obstante, los historiadores siguen sin poder responder a ciencia cierta por qué la gente decidía hacerse cristiana. Se suele sugerir que la promesa de salvación era un acicate poderoso, sobre todo en el mundo caótico del siglo III. Tal vez así fuera, pero la

afirmación se basa en dos hechos constatables: que el cristianismo creció en el siglo III y que los cristianos creían en la vida después de la muerte. El inconveniente es que no existe modo de probar que el segundo hecho llevó al primero. Todo lo que cabe asegurar es que en los siglos II y III hubo cada vez más gente en el mundo mediterráneo que creía en las enseñanzas cristianas y estaba dispuesta a aceptarlas, pese a la desaprobación que generaban dentro de la sociedad grecorromana y judía.

Una consecuencia final de la expansión del cristianismo dentro de las comunidades de lengua griega fue la generación de hostilidad entre éste y el judaísmo. Ambas religiones se redefinieron durante los siglos II y III: el cristianismo, para acomodarse a su nuevo entorno cultural griego, y el judaísmo, para adaptarse a la destrucción del templo y el exilio masivo de judíos de la Tierra Santa. En general, los eruditos judíos que dieron nueva forma a la comprensión de la ley mosaica durante estos años ignoraron el cristianismo, pues no les importaba más que el mitraísmo o el culto a Serapis. Sin embargo, los cristianos no podían pasar por alto el judaísmo porque su religión se basaba en la creencia de que Jesús era el salvador prometido por Dios a Israel en la Biblia hebrea. Por tanto, el hecho de que tan pocos judíos aceptaran esta afirmación se consideraba una repulsa permanente de su fe que socavaba (al menos en potencia) la credibilidad del mensaje cristiano.

Los cristianos podían haber respondido como hizo el erudito Marción en el siglo II al declarar que la Biblia hebrea carecía de valor para el cristianismo, pero la mayoría se negó a abandonar las raíces judías de su nueva religión y prefirió reinterpretar las profecías mesiánicas y la alianza entre Dios e Israel. Ahora se sostenía que los cristianos eran el verdadero Israel; cuando los judíos rechazaron a Jesús como mesías, Dios rechazó a los judíos e hizo de los cristianos su nuevo pueblo elegido. Al final de los tiempos el judaísmo desaparecería; hasta entonces, la única razón para su existencia era atestiguar, mediante sus profecías mesiánicas y las tragedias de su pueblo, que los cristianos estaban en lo cierto acerca de Jesús, y los judíos, equivocados.

EL CRISTIANISMO Y EL IMPERIO ROMANO

Mientras el cristianismo se mantuvo como religión minoritaria dentro del Imperio romano, estas actitudes no tuvieron repercusión alguna en la posición de los judíos. Durante los siglos II y III de nuestra era, el judaísmo continuó como religión legalmente reconocida dentro del imperio, pues los romanos, prescindiendo de la valoración que les mereciera su credo y prácticas religiosas, no dejaban de respetar el hecho de que los judíos conservaran las costumbres religiosas de sus antepasados.

En contraste, el cristianismo era una innovación, y a los ojos de los romanos

tradicionales, la novedad en la religión no era buena cosa. No obstante, la actitud oficial hacia el cristianismo fue, por regla general, de indiferencia. Durante los siglos I y II, las autoridades romanas toleraron a los cristianos, salvo cuando los magistrados locales decidían enjuiciarlos por negarse a adorar a los dioses estatales. Durante el siglo III hubo algunas persecuciones concertadas y centralizadas; la última se llevó a cabo al final del reinado de Diocleciano y el comienzo del de su sucesor, Galerio, pero fueron demasiado intermitentes y breves para ocasionar un daño irreparable. Al inicio del siglo IV la religión había obtenido demasiados adeptos para que se la pudiera suprimir por la persecución, hecho que Galerio acabó reconociendo con la emisión de un edicto de tolerancia justo antes de su muerte en el año 311 de nuestra era.

Sin embargo, el número de cristianos todavía no era grande. No existen cifras fiables, pero la mayoría de los estudiosos cree que en el año 300 sólo era cristiana de un 1 a un 5 por ciento de la población total del imperio. Incluso en las partes orientales relativamente más cristianizadas, no más de un 10 por ciento de la población había abrazado la fe, y es probable que el cálculo sea generoso. Aunque el cristianismo iba en aumento, no parece factible que se hubiera convertido en la religión mayoritaria del imperio sin la ayuda del emperador Constantino.

Su decisión de hacerse cristiano continúa intrigando a los historiadores. Debió de tener cierto contacto con el cristianismo en su juventud; puede que hasta fuera un cristiano nominal en el momento en que decidió aspirar al trono imperial. Sin embargo, su compromiso real con la fe llegó más adelante, cuando vio un símbolo cristiano en el cielo mientras se preparaba para la batalla en el puente Milvio (312 d. J.C.) y escuchó una voz celestial que decía: «Con este signo vencerás». Constantino ordenó a sus soldados que pintaran el símbolo en sus escudos; la victoria que obtuvo ese día le impulsó al trono.

Como emperador, Constantino favoreció al clero cristiano y sufragó la construcción de iglesias por todo el imperio. Al final de su reinado, su apoyo al cristianismo le costaba más que todo su funcionariado. Pero no lo convirtió en la religión oficial del imperio ni prohibió el culto pagano. No obstante, como pasó a ser la religión favorita de la familia imperial, alcanzó de la noche a la mañana el prestigio necesario para que las clases dirigentes consideraran su adopción potencialmente beneficiosa. Poco a poco el resto de los ciudadanos siguió su ejemplo. A finales del siglo IV, una clara mayoría ya era cristiana y habían surgido los obispos como influencias dominantes en la vida política de las ciudades.

Constantino mantuvo cargos paganos y cristianos en su corte y se cuidaba en sus declaraciones públicas de hablar de modo que resultara aceptable para un auditorio no cristiano. Sin embargo, la orientación cristiana de sus sucesores se fue volviendo cada vez más inflexible y menos inclinada a tolerar las fes competidoras. Una breve

excepción fue el reinado de Julián el Apóstata (360-363), quien abandonó el cristianismo e intentó revivir el paganismo romano tradicional. Pero murió en batalla contra los persas, sus edictos en pro del paganismo fueron revocados y las autoridades cristianas de la corte redoblaron su insistencia en que debía utilizarse el poder imperial para acabar con los restantes cultos. Finalmente lo hizo Teodosio el Grande (379-395), al prohibir el culto pagano de cualquier tipo dentro del imperio y eliminar el altar a la diosa Victoria de la cámara del senado en Roma. Cincuenta años después, Roma cayó ante los visigodos. Los portavoces paganos no dejaron de señalar la conexión.

Los nuevos contornos del cristianismo del siglo IV

Cuando el cristianismo logró influencia política y prestigio social, sufrió importantes cambios en cuanto a doctrina, organización y miras. Como resultado, al final del siglo IV era, en muchos aspectos, una religión completamente diferente de la perseguida por Diocleciano y Galerio apenas un siglo antes.

DISPUTAS DOCTRINALES

Una consecuencia de la nueva prominencia del cristianismo fue el estallido de encarnizadas disputas doctrinales. Por supuesto, los cristianos habían mantenido antes algunos desacuerdos sobre asuntos doctrinales, pero mientras la religión fue minoritaria, sus consecuencias políticas o sociales fueron escasas. Sin embargo, con el acceso de Constantino al trono imperial, ahora tenían potencial para inflamar disputas políticas (incluso disturbios) entre los obispos y sus rivales, y de socavar el apoyo imperial a la Iglesia. Así pues, resultaba obligado que esas disputas se resolvieran, si era necesario, mediante la intervención activa del mismo emperador cristiano.

La disputa doctrinal más importante surgió entre los arrianos y los atanasianos por la naturaleza de la Trinidad. Los arrianos eran discípulos de un sacerdote llamado Arrio. Influidos por la filosofía griega, rechazaban la idea de que Jesús, como Cristo, pudiera ser igual que Dios. Mantenían que, como hijo de Dios, Jesús fue creado por el Padre en el tiempo y, por tanto, no era eterno como él ni estaba formado de la misma sustancia. Los discípulos de san Atanasio argumentaban lo contrario: aunque Cristo era el Hijo, también era plenamente Dios y, de este modo, Padre, Hijo y Espíritu Santo (la Trinidad) eran iguales y estaban compuestos de una sustancia idéntica. Después de luchas prolongadas, la doctrina atanasiana se convirtió en la

posición cristiana ortodoxa y el arrianismo se declaró herejía. Pero Arrio continuó atrayendo discípulos durante los doscientos años siguientes.

Este nuevo énfasis en la importancia de la ortodoxia (término griego para «enseñanza correcta») fue una de las evoluciones más importantes dentro del cristianismo del siglo IV, que teñiría toda la historia posterior de la Iglesia. Desde sus primeros días, el cristianismo había resaltado la importancia de creer para alcanzar la salvación, pero las creencias en las que insistía eran bastante sencillas: había un Dios; Jesús era el Cristo; para ser salvados, sus discípulos tenían que renunciar al pecado y ser bautizados para pertenecer a la Iglesia. Pero en el siglo IV la teología cristiana ya había asumido una complejidad considerable, y ahora los eruditos tenían que demostrar que su credo podía soportar el escrutinio filosófico más intenso. Para presentar su fe como una «filosofía verdadera», la teología cristiana tenía que ser compatible con las presunciones filosóficas griegas y romanas. Pero del mismo modo que había muchas escuelas diferentes de pensamiento griego y romano, surgieron muchas interpretaciones distintas de la doctrina cristiana.

Resolver tales disputas era muy difícil. A menudo no sólo había en juego diferencias doctrinales, sino también regionales y políticas; además, suscitaban complicadas cuestiones de autoridad. En los siglos II y III, las disputas doctrinales se habían resuelto mediante la discusión entre los obispos en concilios locales o regionales; pero si la parte perdedora se negaba a aceptar el veredicto, dichos concilios carecían de autoridad coercitiva para hacer cumplir las decisiones. Sin embargo, ahora lo que estaba en juego era mayor; en el siglo IV las disputas doctrinales tenían a menudo consecuencias políticas y en ellas participaba hasta el emperador. Como resultado, el estado romano cada vez se fue implicando más en el gobierno de la Iglesia, sobre todo en la parte oriental del imperio. Constantino inició este proceso en el año 325, cuando convocó y presidió el Concilio de Nicea, que condenó el arrianismo. Sus sucesores llegaron mucho más lejos. Poco a poco, estos emperadores romanos empezaron a declarar que al presidir los concilios estaban asumiendo un papel como representantes de Cristo en la tierra que les daba derecho a decidir cuál era y debía ser la doctrina cristiana. Algunos llegaron incluso a despachar tropas para acabar con grupos cristianos que se negaban a aceptar las decisiones del emperador sobre la ortodoxia. A los que rechazaban esas decisiones se los etiquetaba de herejes y podían sufrir castigos legales y eclesiásticos.

Desde la época de Augusto los emperadores romanos habían actuado como las autoridades religiosas responsables de la observancia cívica del paganismo romano. Constantino y los emperadores cristianos que le sucedieron mostraban ahora cómo podía adaptarse este papel imperial tradicional para hacer frente a las nuevas realidades de un Imperio romano cristianizado.

Esta consolidación de la autoridad religiosa con la imperial se reflejó también en la organización interna de la Iglesia. Como hemos visto, los cargos eclesiásticos habían existido desde al menos el siglo II de nuestra era. Sin embargo, durante el siglo IV la Iglesia se volvió una organización jerárquica mucho más definida cuando los obispos radicados en las ciudades (a menudo procedentes de poderosas familias locales) comenzaron a ejercer un control más estrecho sobre los sacerdotes y diáconos de las zonas circundantes. Asimismo, aparecieron las distinciones de rango entre los mismos obispos: los que gobernaban desde las ciudades mayores pasaron a llamarse metropolitanos (conocidos hoy en Occidente como arzobispos), con autoridad sobre el clero de una provincia completa; en el siglo IV se estableció el rango superior de patriarca para designar a los obispos que gobernaban sobre las comunidades cristianas más antiguas y grandes, como Roma, Jerusalén, Constantinopla, Antioquía y Alejandría. Así pues, en el año 400, el clero cristiano ya comprendía una jerarquía definida de patriarcas, metropolitanos, obispos, sacerdotes y diáconos, de la que las mujeres estaban ahora firme y completamente excluidas.

El punto culminante de este proceso fue la primacía del obispo de Roma, o el surgimiento del papado. El derecho a la preeminencia del obispo de Roma sobre los restantes patriarcas de la Iglesia se basaba en varios fundamentos. Los fieles veneraban Roma como el lugar donde los apóstoles Pedro y Pablo habían sido martirizados. Se consideraba que Pedro había sido el primer obispo de Roma; y el Nuevo Testamento (Mateo, 16, 18-19) decía que Jesús lo había nombrado su representante en la tierra, con el poder de admitir o negar la entrada de cualquier cristiano al reino de los cielos. Como sucesores de Pedro, los obispos siguientes de Roma reclamaron ejercer los mismos poderes que Jesús había otorgado a Pedro.

El obispo de Roma también disfrutaba de ventajas más prosaicas sobre los restantes obispos dentro de la Iglesia. A diferencia de los orientales, el obispo de Roma, desde el año 330, rara vez tuvo un emperador a sus puertas. Como resultado, podía actuar con mayor independencia que el patriarca de Constantinopla. Sin embargo, al mismo tiempo, solía resultar conveniente para los emperadores orientales apoyar las reclamaciones papales a la autoridad sobre los obispos occidentales como modo de mantener cierta apariencia de control imperial sobre el imperio occidental. Esto era probablemente lo que subyacía en el decreto del año 445 del emperador Valentiniano III, que ordenaba a todos los obispos occidentales someterse a la jurisdicción del papa. Siglos después este decreto se citaría para justificar el dominio que el papado había logrado por entonces sobre la Iglesia occidental. Pero en su momento fue ignorado por todos, salvo el papa. La mayoría de los obispos orientales consideraba que las reclamaciones del papa de la primacía sobre la Iglesia entera eran

una desfachatez descarada; muchos obispos occidentales tampoco le prestaron atención. No obstante, el prestigio de los obispos de Roma fue creciendo durante los siglos IV y V, y aunque los papas no eran todavía los gobernantes monárquicos en que acabarían convirtiéndose, ahí se encuentran las raíces de su primacía.

La creciente efectividad de su organización y administración durante el siglo IV ayudó a la Iglesia a conquistar el mundo romano y a atender las necesidades de los fieles a partir de entonces. La existencia de una estructura administrativa episcopal fue particularmente importante en Occidente cuando el Imperio romano entró en declive y acabó derrumbándose durante el siglo V. En el caos cada vez mayor, los obispos occidentales asumieron muchas funciones del gobierno urbano y mantuvieron los vestigios del dominio romano. Como resultado, cuando llegaron los ejércitos bárbaros, en general fue con los obispos locales con quienes negociaron.

LA EXPANSIÓN DEL MONACATO

A la mayoría de los cristianos les parecieron naturales las crecientes responsabilidades administrativas de la Iglesia: la religión y la política siempre habían estado estrechamente conectadas a lo largo de la historia del Imperio romano. Sin embargo, a algunos el nuevo mundo se les antojaba algo muy distinto de la fe sencilla de Jesús y sus apóstoles. El monacato surgió de esa desilusión. En la actualidad tendemos a pensar en los monjes como grupos de sacerdotes que viven en comunidad y se dedican a la contemplación y la oración. Pero en sus orígenes no eran sacerdotes, sino laicos, casi siempre vivían solos y buscaban la abnegación extrema en lugar de una vida ordenada de oración y servicio comunitarios.

El monacato comenzó a surgir en el siglo III como respuesta a las zozobras de esa época, pero no se convirtió en un movimiento dominante dentro del cristianismo hasta el siglo IV. Hubo dos razones principales para que resultara atractivo: cuando terminó la persecución de los cristianos, el ascetismo extremo actuó a veces como sustituto del martirio; sin embargo, es más evidente que el aumento del monacato fue una respuesta a la creciente mundanería de la Iglesia del siglo IV. Los cristianos que pretendían evitar las tentaciones terrenales huían a los desiertos y los bosques para practicar una vida ascética completamente diferente de la que llevaban los hombres y mujeres acomodados que ahora se apresuraban a abrazar la religión de su emperador. En una Iglesia repleta de esos «cristianos sociales», a algunos puristas el monacato les parecía el único camino cierto para la salvación.

La vida monástica surgió primero en Oriente, donde se extendió con rapidez durante el siglo IV. Los primeros monjes vivían en su mayoría como ermitaños y practicaban proezas extraordinarias de abnegación y humillación. Algunos pastaban

en los campos como vacas; otros pendían dentro de pequeñas jaulas, y otros más se colgaban enormes pesos del cuello. Un monje llamado Ciriaco estuvo durante horas a la pata coja como una grulla hasta que no pudo resistir más. Otro, san Simeón el Estilita, vivió sobre un alto pilar durante treinta y siete años realizando ejercicios de mortificación mientras las multitudes se congregaban debajo para adorar a «los gusanos que caían de su cuerpo».

Sin embargo, los dirigentes monásticos se dieron cuenta pronto del beneficio que supondría para el movimiento una mayor organización y disciplina. En Oriente, el artífice más importante de esta nueva forma de vida monástica más comunal fue san Basilio (c. 330-379). Sus reglas prohibían a los monjes hacer ayunos prolongados o lacerarse la carne; en cambio, los alentaba a disciplinarse con el trabajo útil. También los instaba a abrazar las virtudes de la pobreza y la humildad, y a pasar muchas horas diarias en silenciosa meditación religiosa. Pero continuaba exhortándolos a vivir tan lejos del «mundo» como pudieran; como resultado, el monacato basiliano acabó teniendo menos repercusión en el mundo externo del claustro que la tradición monástica benedictina en Europa occidental.

En su inicio, el monacato no se extendió tan deprisa en Occidente como en Oriente. En Europa occidental no comenzó a aumentar hasta el siglo VI, cuando san Benito de Nursia (c. 480-c. 547) esbozó su famosa Regla en latín, e incluso entonces adoptó muchas formas, de las cuales la tradición benedictina fue sólo una y no se convirtió en el modelo dominante hasta el siglo VIII; a partir del siglo XIII volvió a tener muchos rivales. Sin embargo, su repercusión fue enorme, sobre todo durante la Edad Media.

Benito copió buena parte de su Regla de un texto latino anterior mucho más duro, conocido como la «Regla del Maestro», pero creó un documento muy diferente: una «regla sencilla para principiantes», lo denominó, notable por su brevedad, flexibilidad y moderación. La Regla establecía un ciclo cuidadosamente definido de oraciones, lecciones y culto comunal diarios. Fijaba pautas sobre cómo debían vivir los monjes juntos; qué tenían que comer (alimentos suficientes y sencillos; un poco de vino; pero carne sólo para los enfermos o las ocasiones especiales); y cómo debía realizarse el trabajo del monasterio. Se alentaban las tareas físicas —según declaraba Benito, la indolencia era «un enemigo del alma»—, pero también reservaba tiempo para el estudio y la contemplación privados. Sin embargo, en todos estos asuntos Benito dejaba mucho a la discreción del abad, la cabeza del monasterio, a quien se esperaba que todos los monjes obedecieran sin vacilación.

Los que pretendían entrar en un monasterio benedictino tenían que cumplir un extenso período de prueba y sólo una vez transcurrido podían hacer los votos perpetuos como monjes. A veces los estudiosos han resumido los votos benedictinos en «pobreza, castidad y obediencia»; sin duda, éstas eran virtudes importantes, pero

no constituían la esencia de la Regla a la que se comprometía un monje benedictino. Más bien las virtudes principales de la vida benedictina eran la estabilidad, la perseverancia y el compromiso con la vida monástica. La meta de la Regla, como la de la vida monástica en general, era permitir a los monjes que vivían según marcaba transformar sus vidas de acuerdo con la voluntad de Dios. La Regla era el medio por el cual esta transformación podía lograrse.

CAMBIO DE ACTITUDES HACIA LAS MUJERES, EL MATRIMONIO Y EL CUERPO

Los cambios generalizados en las actitudes e instituciones cristianas que tuvieron lugar durante el siglo IV repercutieron en particular sobre la posición de las mujeres. Como hemos visto, habían ejercido un grado de influencia inusual dentro de la primera Iglesia. San Pablo había recurrido mucho al apoyo de mujeres prominentes en sus viajes misioneros. En su carta a los Galateos (3, 28) declaró que en los cristianos no debían existir distinciones espirituales entre esclavos y hombres libres, ni entre hombres y mujeres: todos eran iguales a los ojos de Dios. Las mujeres de clase alta también fueron importantes mecenas de la primera Iglesia en Roma y otros lugares. Destacaban entre los primeros mártires y en algunas iglesias servían además de maestras, profetas y autoridades de la congregación local. Sus funciones eran sin duda polémicas, pero la diversidad de opiniones reflejadas en el Nuevo Testamento muestra claramente que la Iglesia de los primeros tiempos no era una institución patriarcal uniforme.

Con el aumento del ascetismo como ideal espiritual durante los siglos III y IV, la denigración de las mujeres como peligrosas criaturas «carnales» se hizo más pronunciada. Los monjes, por supuesto, las rechazaban por completo, razón por la que huían a los desiertos y bosques. Pero el clero cristiano también se vio arrasado por las actitudes sexuales y sociales cada vez más «puritanas» que caracterizaron al mundo tardoantiguo. Varios de los apóstoles de Jesús estaban casados y en la primera Iglesia era común aceptar que los sacerdotes y obispos lo estuvieran. En realidad, el matrimonio era una marca tan importante de respetabilidad social en el mundo romano, que un hombre soltero a menudo suscitaba suspicacias. Sólo se acostumbraba a eximir de la obligación del matrimonio a los filósofos. Sin embargo, durante el siglo IV se desarrolló la idea de que, al igual que los filósofos, los sacerdotes y obispos tampoco debían casarse; o si ya estaban casados, tenían que vivir en castidad con sus esposas.

De este modo, la virginidad tanto para hombres como para mujeres acabó aceptándose como la norma espiritual más elevada dentro de la Iglesia. El matrimonio continuó admitiéndose para los laicos, pero era en buena medida una

«segunda opción» para quienes carecían de la voluntad necesaria para abstenerse del sexo. San Jerónimo expresó esta postura de manera más vulgar cuando declaró que la virginidad era trigo; el matrimonio, cebada; y las relaciones sexuales fuera del matrimonio, excremento de vaca. Puesto que la gente no podía comer excremento de vaca, Dios le permitía la cebada; pero el trigo era con creces el alimento preferible. El propósito del matrimonio era evitar la fornicación y procrear hijos; sin embargo, san Jerónimo elogiaba el matrimonio debido principalmente a que traía al mundo más vírgenes.

Como las mujeres se consideraban más lujuriosas por naturaleza que los hombres, esta denigración de la sexualidad tuvo un efecto desproporcionadamente negativo sobre las actitudes masculinas hacia ellas. Pero al rechazar el matrimonio (o al menos presentarlo como una alternativa indeseable a la virginidad) y exaltar la retirada monástica del mundo, el cristianismo del siglo IV también llevó a cabo una ruptura decisiva con las actitudes romanas anteriores hacia el cuerpo humano y el estado. De forma tradicional, los romanos habían considerado que los cuerpos de los ciudadanos estaban al servicio del estado: los hombres, como soldados y padres; las mujeres, como madres y esposas. Ahora, sin embargo, los cristianos afirmaban que sus cuerpos no pertenecían al estado, sino a Dios, y que servirle plenamente significaba que ya no servirían más al estado aportando hijos. Suponía un cambio revolucionario de postura, un signo más de cómo el mundo antiguo iba desapareciendo lentamente durante la Antigüedad tardía.

Las invasiones germánicas y la caída del Imperio romano occidental

Mientras el cristianismo transformaba el Imperio romano desde el interior, también sufría una renovada presión desde más allá de sus fronteras. El imperio occidental ya había padecido una devastadora serie de ataques de las tribus germánicas a mediados del siglo III de nuestra era; a lo largo del siglo IV las relaciones entre los romanos y los germanos fueron en general pacíficas, pero al inicio del siglo V una serie de invasiones asoló la mitad occidental del imperio. De este derrumbe surgió un grupo de nuevos reinos germánicos en Europa occidental que alterarían de manera permanente la historia y la cultura de la región.

LAS RELACIONES ENTRE LOS GERMANOS Y LOS ROMANOS

Los germanos eran bárbaros a los ojos de Roma porque no vivían en ciudades y eran analfabetos, pero de ningún modo eran salvajes, sino agricultores sedentarios y

diestros metaleros que habían disfrutado de relaciones comerciales con el mundo romano durante siglos. Los soldados germanos eran figuras familiares en los ejércitos romanos; un germano llamado Flavio Estilicón ostentaba el mando militar del Imperio romano occidental a comienzos del siglo v, cuando se iniciaron las invasiones germánicas. En algunas zonas fronterizas, se habían asentado tribus germánicas enteras dentro de las fronteras de Roma como *foederati* para reforzar las guarniciones romanas mermadas o retiradas. A finales del siglo iv, muchas tribus germanas también habían adoptado el cristianismo, si bien de la variedad herética arriana. Todas estas relaciones hicieron que los bárbaros conocieran bien la civilización romana y la apreciaran.

Fue en realidad el maltrato romano y no la agresión germana lo que puso en marcha la secuencia de acontecimientos que llevó al derrumbe del imperio occidental. Durante la década de 370, se invitó a un gran grupo de visigodos (los «godos occidentales») a que se asentaran en tierras romanas junto al Danubio con el fin de guardar esa frontera contra las incursiones de otros «bárbaros». Sin embargo, en el año 378 los visigodos iniciaron una revuelta cuando los romanos no les proporcionaron el alimento y la tierra agrícola que les habían prometido. El ejército romano que se envió para aplastarlos fue derrotado en la batalla de Adrianópolis, y el emperador Valente (que acaudillaba la expedición) resultó muerto. El nuevo emperador, Teodosio el Grande (379-395), restauró la paz de inmediato, aceptó las demandas de los visigodos y los enroló en el ejército romano.

Sin embargo, antes de su muerte, Teodosio dividió el imperio entre sus dos jóvenes hijos, cuyos consejeros se pusieron de inmediato a tratar de socavar al contrario. En estas prometedoras circunstancias, los visigodos renovaron y aumentaron sus demandas al imperio. El emperador oriental los sobornó y los alentó para que atacaran a su rival imperial en Occidente. Bajo el brillante mando militar de Alarico, los visigodos hicieron precisamente eso. Tras varios años de vagar por el imperio occidental en busca de botín, comida y tierra, en el año 410 llegaron a las puertas de Roma. Pero la ciudad tenía poco que ofrecerles en cuanto a comida o tierra y después de saquearla siguieron su camino, para asentarse por fin en el sur de la Galia e Hispania, donde establecieron un reino.

Mientras tanto, la víspera de Año Nuevo de 406-407, un grupo de tribus germánicas aliadas dirigidas por los vándalos cruzó el Rin helado. Aprovechando la preocupación del emperador occidental con los visigodos, penetraron en tromba en la Galia e Hispania, cruzaron el estrecho de Gibraltar y acabaron asentándose en las fértiles regiones agrícolas del norte de África romano, desde donde en el año 455 lanzaron un ataque naval sobre Roma. Otras tribus germánicas, entre las que se incluían los alanos, los francos, los borgoñones y los alamanes, los siguieron pronto, cruzando el Rin hasta la Galia, donde se pusieron en seguida a erigir reinos.

En el año 476 el último emperador romano de Occidente, un usurpador incapaz conocido con sorna como Rómulo Augústulo («pequeño Augusto»), fue derrocado por Odoacro, huno procedente de Asia central al mando de un ejército mixto de germanos, hunos y romanos descontentos. Este acontecimiento marca convencionalmente la fecha final del Imperio romano occidental. Sin embargo, en Oriente continuaba gobernando un emperador romano, que reclamaba su autoridad sobre la parte occidental del imperio. Pero en el año 476 el emperador oriental ya sólo podía influir en los acontecimientos de Occidente alentando a un rey bárbaro a que depusiera a otro. Para afirmar su control sobre Italia, el emperador Zenón encargó a Teodorico que dirigiera su ejército ostrogodo («godos orientales») desde los Balcanes hasta Roma para expulsar a Odoacro. En una década de feroces combates, los godos eliminaron por completo a los hunos de Italia. A partir de entonces Teodorico estableció allí un reino ostrogodo, que gobernó con apoyo imperial hasta poco antes de su muerte en el año 526.

ÉXITO E IMPACTO DE LAS INVASIONES GERMÁNICAS

Aunque los manuales pintan a veces estas invasiones como una especie de «oleada humana» que cayó sobre las líneas romanas, en realidad los ejércitos germánicos eran notablemente pequeños. El ejército visigodo en Adrianópolis sólo ascendía a unos diez mil hombres; el número total de las «hordas» vándalas, incluidos mujeres y niños, era de unos ochenta mil. Es probable que estos ejércitos crecieran «sobre la marcha», cuando se les unían romanos descontentos y *foederati* germanos ya asentados dentro del imperio. Pero si las cifras seguían siendo muy bajas, ¿cómo podemos explicar entonces su éxito?

Los ejércitos romanos de las fronteras occidentales se encontraban en un estado lamentable. Algunos habían sido retirados para proteger la mitad oriental del imperio y los que quedaban estaban a menudo muy mermados. Hacía un tiempo que la población del imperio occidental iba en descenso; había escasez de soldados, agricultores y artesanos. La financiación del ejército era inadecuada; para sostenerse, muchos soldados se casaban y algunas unidades cultivaban sus alimentos, haciéndolos cada vez más indistinguibles de la población civil que los rodeaba. La moral también era baja entre los civiles. El régimen burocrático del siglo IV inspiraba poca lealtad, incluso entre los aristócratas; y los germanos provocaban escaso terror porque se habían convertido en un elemento familiar en la sociedad romana a lo largo de varios siglos. Como resultado, se libraron pocas batallas campales (Adrianópolis fue una de las pocas y tuvo lugar en Oriente). Lo más frecuente era que los ejércitos germánicos triunfaran por incomparencia, porque los romanos no tenían demasiado

interés en defenderse. Y cuando se libraban las batallas, a menudo presentaban ejércitos mixtos de romanos, germanos y hunos en ambos bandos, cada cual combatiendo en nombre de su caudillo respectivo.

Tal vez la moral fuera más alta en el imperio oriental, pero la razón primordial por la que sobrevivió fue su mayor riqueza. En el siglo v la mayoría de las ciudades occidentales ya se había reducido a una pequeña fracción de su antiguo tamaño; a menudo eran poco más que estructuras administrativas vacías o fortificaciones. La economía era ahora predominantemente agrícola y la riqueza que producía acababa a menudo en las manos de terratenientes orientales asentistas. En contraste, en Oriente las ciudades continuaban siendo abarrotados centros de comercio e industria. Como la parte oriental del imperio tenía mayores reservas de riqueza para gravar, podía sostener las cargas de la burocracia imperial con mayor facilidad que Occidente. Sus fronteras eran más cortas y sus ejércitos estaban mejor pertrechados; también podía permitirse comprar a los invasores dispuestos a redirigir su atención a Occidente. Por todas estas razones, el imperio oriental se mantuvo a flote durante el siglo v, mientras que el occidental hizo aguas y se hundió.

Los efectos de las conquistas germánicas en Occidente no fueron catastróficos. Las ciudades romanas occidentales ya se encontraban en un declive severo; las invasiones sólo aceleraron un proceso avanzado de decadencia urbana. En cuanto a la tierra, los patrones agrícolas romanos continuaron invariables bajo terratenientes germanos y romanos. Las invasiones fracturaron la unidad política del imperio occidental, pero, en general, dentro de los nuevos reinos germánicos continuaron las tradiciones administrativas romanas, al menos durante unas cuantas generaciones más. Sin embargo, lo más importante es que las invasiones no pusieron término a la cultura romana ni a la influencia de su ejemplo sobre los nuevos inmigrantes. Como le gustaba señalar a Teodorico, el conquistador ostrogodo de Italia, «el romano miserable imita al godo y el godo útil imita al romano».

La conformación del pensamiento cristiano occidental

Cuando el Imperio romano declinó durante los siglos iv y v, un pequeño grupo de pensadores cristianos occidentales formularon un punto de vista teológico sobre el mundo que guiaría el pensamiento occidental durante los ochocientos años siguientes. Esta concurrencia de declive político y avance teológico no fue una coincidencia. Cuando el imperio occidental se derrumbó, a los pensadores cristianos les pareció más evidente que nunca que la herencia clásica estaba desapareciendo y que Dios no había pretendido que el mundo fuera otra cosa que un lugar de prueba transitorio. ¿Cómo, entonces, debían vivir los cristianos? ¿Qué requería Dios de ellos?

Las respuestas a estas preguntas fueron elaboradas por los cuatro grandes «padres» de la Iglesia occidental: san Jerónimo (c. 340-420), san Ambrosio (c. 340-397), san Agustín (354-430) y el papa san Gregorio Magno (540-604). Jerónimo, Ambrosio y Agustín fueron contemporáneos que se conocieron e influyeron mutuamente. Trataremos de su obra en este capítulo, mientras que las contribuciones del papa Gregorio se analizarán en el capítulo 7.

SAN JERÓNIMO Y SAN AMBROSIO

La mayor contribución de san Jerónimo fue la traducción de la Biblia del hebreo y griego al latín. Conocida como la Vulgata (o versión «común»), no fue el primer intento de contar con una Biblia latina, pero pronto se convirtió en la estándar y continuaría siéndolo hasta el siglo XVI. La traducción de Jerónimo era vigorosa, coloquial y clara; su prosa intensa y su poesía influirían a todos los autores latinos posteriores durante mil años. También fue un comentarista acreditado sobre cómo debía interpretarse la Biblia; en buena medida, a él se le debe la tradición occidental de interpretar los pasajes bíblicos de forma alegórica y simbólica, así como literal e históricamente.

Jerónimo era un asceta riguroso y ferviente defensor de la vida monástica. Aunque mantenía relaciones respetuosas con diversas mujeres contemporáneas, sus posturas al respecto como grupo eran intensamente misóginas. No fue un pensador muy original, pero ejerció gran influencia por sus formulaciones elocuentes de las ideas de otros. También constituyó una influencia muy importante al sostener que los cristianos podían y debían estudiar el saber clásico siempre que se subordinara por completo a los objetivos cristianos. Sin embargo, él no estaba seguro de haber logrado subordinar su amor por lo clásico a su amor por Dios. Cuando se imaginó en un sueño llegando a las puertas del cielo, Dios le reprochaba haber sido más discípulo de Cicerón que de Cristo.

Jerónimo fue por encima de todo un erudito. En contraste, san Ambrosio fue un hombre de mundo. Como arzobispo de Milán, el aristócrata Ambrosio reprendía sin miedo hasta al emperador cristiano Teodosio el Grande por masacrar a inocentes civiles en Tesalónica. Por supuesto, Teodosio seguía siendo el emperador, pero hasta que no hiciera penitencia por sus pecados como cristiano, Ambrosio se negó a recibirlo en la iglesia, declarando que en asuntos de fe «el emperador está dentro de la iglesia, no por encima de ella». Al final Teodosio capituló e hizo penitencia ante Ambrosio en su catedral de Milán. Este famoso incidente refleja el sentimiento de autonomía sobre materias religiosas que se estaba desarrollando en la Iglesia occidental, incluso frente al poder de un emperador.

Al igual que Jerónimo, Ambrosio era un admirador de Cicerón y escribió una obra ética, *Sobre los deberes de los ministros*, que se inspiraba mucho en el tratado de Cicerón *Sobre los deberes*. Sin embargo, a diferencia del filósofo, Ambrosio sostenía que el principio y el fin de la conducta humana deben ser venerar a Dios y no el ascenso social o político. Pero lo fundamental es que también sostenía que aunque Dios ayuda a todos los cristianos compartiendo con ellos la fuerza de la gracia divina, concede más gracia a algunos cristianos que a otros. Su énfasis en la necesidad y misterio de la gracia (¿por qué concede Dios más gracia a unos que a otros?) sería refinado y ampliado por su discípulo, Agustín de Hipona.

VIDA Y PENSAMIENTO DE SAN AGUSTÍN

Agustín fue el más grande de todos los Padres latinos; en realidad, fue uno de los pensadores cristianos más poderosos de todos los tiempos. Su influencia en el pensamiento medieval fue incalculable, pero su teología también tuvo una profunda repercusión en el desarrollo del protestantismo. Incluso en el siglo XX muchos importantes pensadores cristianos se describirían como neoagustinianos.

Tal vez el cristianismo de Agustín fuera tan inquisitivo porque comenzó su trayectoria buscándolo. Aunque su madre era cristiana, dudó ser bautizado hasta los treinta y tres años, y pasó de un sistema filosófico a otro sin encontrar satisfacción intelectual o espiritual en ninguno. Sus crecientes dudas sobre las restantes alternativas, el atractivo de las enseñanzas de san Ambrosio sobre la gracia y la experiencia mística descrita conmovedoramente en sus *Confesiones* autobiográficas le llevaron a abrazar la fe con entusiasmo en el año 387. A partir de entonces ascendió deprisa en los puestos eclesiásticos y se convirtió en obispo de la ciudad norteafricana de Hipona en el año 395. Aunque llevó una vida extraordinariamente activa como obispo (murió en el año 430 mientras defendía Hipona contra los vándalos), encontró tiempo para escribir más de cien tratados profundos, complejos e influyentes que analizaban los problemas más importantes del credo cristiano.

La teología de Agustín giraba en torno a una única cuestión fundamental: cómo podía ser tan pecadora la humanidad si los seres humanos fueron creados por un Dios omnipotente cuya naturaleza es enteramente buena. Agustín no dudaba de la plena extensión de la depravación humana. Una de sus ilustraciones más vividas al respecto aparece en las *Confesiones*, donde cuenta cómo una vez otros chicos y él robaron peras del huerto de un vecino no porque tuvieran hambre o porque las peras fueran bonitas, sino simplemente por el gusto de hacer el mal. Toda sugerencia de que los humanos obraban mal porque no sabían hacerlo mejor le resultaba inaceptable. La inclinación humana hacia el mal estaba arraigada mucho más hondo que la falta de

conocimiento.

Su respuesta a la cuestión del mal se remontaba al Jardín del Edén, donde Dios había otorgado a Adán y Eva, la primera pareja humana, la libertad de seguir la voluntad divina o la propia. Al comer una fruta que Dios les había prohibido, Adán y Eva eligieron seguir su propia voluntad y no la de Dios. A partir de entonces, dice Agustín, Dios dejó a su suerte a los descendientes de Adán y Eva retirando de los seres humanos la fuerza divina (la gracia) por la que podrían vencer su propia voluntad para seguir la de Dios. Así pues, todos los males que asuelan el mundo son, en definitiva, el resultado de la propensión humana innata de colocar nuestros deseos por delante de los de Dios.

Dios estaría justificado si condenara a todos los seres humanos al infierno, pero como también es misericordioso, decidió salvar a algunos mediante el sacrificio de su hijo, Jesús. Sin embargo, nadie tiene por naturaleza la gracia necesaria para convertirse en cristiano, y mucho menos para merecer la salvación. Sólo Dios hace esta elección; concediendo la gracia a unos y no a otros, predestina a una parte de la raza humana a la salvación y sentencia al resto a ser condenados. Si parece injusto, la respuesta de Agustín es, primero, que la «justicia» estricta condenaría a todos al infierno y, segundo, que la base de la elección de Dios es un misterio envuelto en su omnipotencia, mucho más allá del alcance de la comprensión humana.

Por mucho que pudiera parecernos que las consecuencias prácticas de esta rigurosa doctrina de la predestinación serían el aletargamiento y el fatalismo, ni Agustín ni sus discípulos posteriores lo vieron de este modo. Aquellos que son «elegidos» obrarán bien, por supuesto; pero como nadie sabe quién es elegido y quién no, todos deben intentar obrar bien en la medida en que Dios les posibilite hacerlo. Para Agustín, la guía central para obrar bien era la doctrina de la «caridad», que significaba llevar una vida devota de amar a Dios y amar al prójimo por amor a Dios, en lugar de una vida de «codicia», de amor a las cosas terrenales por sí mismas.

Para responder a quienes acusaban al cristianismo de la caída de Roma en el año 410, Agustín escribió una de sus obras más famosas, *La ciudad de Dios*, donde desarrolló sus ideas sobre la predestinación en una interpretación de toda la historia humana. Sostenía que la raza humana entera desde la creación hasta el juicio final estaba compuesta por dos sociedades en pugna, los que «viven de acuerdo con el hombre» y se aman a sí mismos, y los que «viven de acuerdo con Dios». Los primeros pertenecen a la «Ciudad del Hombre»; sus recompensas son la riqueza, la fama y el poder que pueden disfrutar en la tierra. La Ciudad del Hombre no es inútil; los gobernantes terrenales traen la paz y el orden; por tanto, merecen la obediencia de los cristianos. Pero sólo a aquellos predestinados a la salvación y que, de este modo, son miembros de la Ciudad de Dios, se les vestirá el día del juicio con la prenda de la inmortalidad. Por consiguiente, los cristianos deben comportarse en la tierra como si

fueran viajeros o «peregrinos», sin olvidar nunca que su verdadero hogar está en el cielo. En cuanto al momento en que llegaría el juicio final, Agustín sostenía con vehemencia que ningún ser humano era capaz de conocer la fecha exacta; sin embargo, como podría ocurrir en cualquier momento, todos los mortales debían dedicar sus máximos esfuerzos a prepararse para él llevando vidas rectas.

Aunque san Agustín formuló importantes aspectos nuevos de la teología cristiana, creía que no estaba haciendo más que extraer verdades que se encontraban en la Biblia. En efecto, estaba convencido de que sólo la Biblia contenía toda la sabiduría digna de conocerse, pero también creía que buena parte estaba expresada de forma oscura y que se precisaba cierta cultura para entenderla por completo. Por tanto, aprobaba que algunos cristianos adquirieran educación en las artes liberales (como él mismo había hecho), siempre que la dirigieran hacia el fin adecuado: el estudio de la Biblia. De este modo, junto con san Jerónimo, san Agustín estableció las bases para que los cristianos occidentales conservaran las tradiciones literarias y educativas del pasado clásico. Pero Agustín pretendía que la educación liberal se restringiera a una élite; la mayoría de los cristianos sólo necesitaba ser catequizada o instruida en la fe. También pensaba que era mucho peor estudiar el pensamiento clásico por sus propios méritos que no saber nada de él. La verdadera sabiduría de los mortales, insistía, era la piedad.

BOECIO VINCULA EL PENSAMIENTO CLÁSICO Y EL MEDIEVAL

Uno de los discípulos más interesantes e influyentes de Agustín fue Boecio, aristócrata romano que vivió desde en torno al año 480 hasta 524. Como le interesaba la filosofía antigua, escribía en un estilo pulido, casi ciceroniano, y procedía de una familia noble romana, a menudo se le ha descrito como el «último de los romanos». Pero lo que en realidad pretendía es que los estudios clásicos se amoldaran a los objetivos cristianos, como Agustín había prescrito, y sus enseñanzas fueron básicamente agustinianas.

Como Boecio vivió un siglo después que Agustín, pudo ver con mucha mayor claridad que el mundo antiguo estaba llegando a su fin. Así pues, su meta fue conservar al máximo lo mejor del saber clásico, por lo que escribió una serie de manuales, traducciones y comentarios. Redactó manuales sobre dos de las siete artes liberales (aritmética y música; las restantes eran gramática, retórica, lógica, astronomía y geometría), en los que resumió todo lo que un cristiano debía saber sobre cada tema. Sin embargo, dedicó la mayor parte de su atención a la lógica; tradujo del griego al latín varios de los tratados de Aristóteles, junto con una obra introductoria sobre lógica de Porfirio (otro filósofo antiguo). También escribió sus

propios comentarios explicativos sobre estas obras para ayudar a los principiantes. Como los escritores romanos nunca habían demostrado demasiado interés por la lógica, las traducciones y comentarios de Boecio establecieron un vínculo crucial entre el pensamiento de los griegos y el de la Edad Media. También dotaron a la lengua latina de un vocabulario lógico; cuando se reavivó el interés por la lógica en Occidente durante el siglo XII, se recurrió a la base que había creado Boecio.

Aunque Boecio fue un exponente de la lógica aristotélica, su visión del mundo no era aristotélica sino agustiniana, lo que cabe apreciar en sus tratados sobre la teología cristiana y su obra maestra, *La consolación de la filosofía*. La escribió al final de su vida, después de que Teodorico el ostrogodo, a quien había servido como funcionario en su corte, lo hubiera condenado a muerte por traición. (Los historiadores dudan sobre la justicia de las acusaciones.) En ella, Boecio plantea la vieja pregunta de en qué consiste la felicidad humana y concluye que no se encuentra en recompensas terrenales como las riquezas o la fama, sino sólo en el «bien supremo», que es Dios. Puesto que Boecio habla en *La consolación* más como filósofo que como teólogo, no se refiere a la revelación cristiana ni al papel de la gracia divina en la salvación, pero su mensaje agustiniano resulta inconfundible. *La consolación de la filosofía* se convirtió en una de las obras más populares de la Edad Media porque estaba muy bien escrita, porque adecuaba y subordinaba ideas clásicas dentro de un marco claramente cristiano y sobre todo porque parecía ofrecer un sentido real a la vida. En una época en que las cosas terrenales se antojaban groseras o fugaces, resultaba muy consolador que se afirmara elocuente y filosóficamente que la vida posee un objetivo si se dirige hacia Dios.

La cristianización de la cultura clásica en Occidente

Como hemos visto, ninguno de los intelectuales cristianos de la Antigüedad tardía estaba dispuesto a deshacerse de las tradiciones del saber clásico que había heredado, por mucho que para todos plantearan varios retos. En primer lugar, eran completamente paganas, y el paganismo seguía constituyendo una amenaza considerable para el cristianismo incluso después de que el imperio adoptara formalmente dicha fe. El saber clásico también se asociaba con el sincretismo, es decir, con la aceptación complaciente de los credos cristiano y pagano de manera simultánea, lo que había sido un rasgo muy marcado en la cultura aristocrática durante el siglo IV. Además, no se negaba la tentación seductora de la literatura y filosofía clásicas. Jerónimo no ocultó su preocupación de que el día del juicio Dios descubriera que era menos discípulo de Cristo que de Cicerón; y Agustín pasó años luchando para liberarse de la atracción que sentía por sistemas filosóficos paganos

como el maniqueísmo, que explicaba por qué existía el mal en el mundo planteando la presencia de dos dioses en pugna, uno bueno y otro malo.

Los pensadores cristianos se movían dentro de un mundo en el que todavía se alababa a los filósofos porque eran quienes instruían sobre la vida recta. Por este motivo, dichos pensadores —y, en general, el clero cristiano— ansiaban ser considerados filósofos para reemplazar las doctrinas filosóficas paganas por la doctrina de Cristo. Pero para lograrlo necesitaban hallar un modo intelectual satisfactorio de cristianizar la herencia clásica y transmitirla a las masas cristianas. El derrumbe político del imperio occidental y la creciente barbarización de su cultura romana resaltó más la urgencia de la tarea. En consecuencia, los intelectuales cristianos de los siglos IV, V y VI se consagraron a la conservación y reinterpretación de la cultura latina clásica para un público mixto de romanos vulgares y aspirantes bárbaros.

Este proceso adoptó dos formas. La primera de ellas fue la selección gradual de los textos clásicos producidos en Grecia y Roma, y tuvo lugar entre el siglo V a. J.C. y el siglo II de nuestra era. Buena parte de esta selección ya se había realizado. En líneas generales, los lectores romanos de los siglos III y IV de nuestra era tenían escaso gusto por las obras científicas y matemáticas de los griegos clásicos. Preferían los bestiarios, con sus entretenidos relatos de hienas que cambiaban de sexo anualmente y de comadreas que concebían por la oreja. Tampoco les interesaban mucho las obras filosóficas de Platón o Aristóteles, ni las obras literarias de los dramaturgos griegos clásicos. Preferían el neoplatonismo (véase el capítulo 5), un conjunto casi místico de doctrinas que planteaban un principio divino de algún tipo subyacente en el mundo creado y que contemplaban la creación y la existencia como parte de un proceso continuado por el que el mundo material emanaba de esa divinidad y de forma gradual regresaba a ella. En literatura, los gustos de los tardorromanos se dirigían hacia las comedias y las novelas, de las que el *Satiricón* de Petronio constituía un ejemplo impúdico pero no atípico.

El segundo reto era llegar a un entendimiento de los objetivos de la cultura clásica para un público cristiano. Tertuliano había suscitado esta cuestión en el siglo II al preguntar: «¿Qué tiene que ver Atenas [símbolo del saber clásico] con Jerusalén [símbolo de la salvación cristiana]?». Su respuesta había sido: «Nada». Pero no se ceñía a las nuevas circunstancias de la Iglesia cristiana a partir del siglo IV. Jerónimo y Agustín mostraron más esperanzas acerca de la cristianización de la tradición clásica, pero en su conjunto el primer movimiento monástico se puso de parte de Tertuliano. A pesar del papel que los monasterios benedictinos desempeñarían más adelante en el copiado y la conservación de los textos literarios latinos, el mismo san Benito no fue un admirador de la cultura clásica. Muy al contrario, quería que sus monjes sirvieran sólo a Cristo, no a la literatura o la filosofía. Pero a diferencia de

algunos de sus contemporáneos monásticos, sí creía que los monjes debían ser capaces de leer lo suficientemente bien como para estudiar la Biblia. Para garantizarlo era necesario que existiera cierta escolarización dentro del monasterio, sobre todo para los niños entregados desde su nacimiento a la profesión monástica. Sin embargo, para Benito la conservación del saber clásico no era parte de los deberes propios de un monasterio.

CASIODORO Y LA TRADICIÓN DE ERUDICIÓN BENEDICTINA

El ímpetu para el desarrollo de la tradición erudita en la vida monástica benedictina no provino de Benito, sino de Casiodoro (c. 490-c. 583), otro funcionario de la corte ostrogoda de Teodorico. Al comienzo de su carrera, Casiodoro escribió una *Historia de los godos* para su señor bárbaro, que mostraba a los godos reflejados en un espejo romano, como pueblo cuya historia formaba parte de la de Roma. También compuso (y acabó publicando) varios volúmenes de su correspondencia oficial que evidencian su formación en la tradición retórica clásica. Sin embargo, durante los últimos cuarenta años de su vida Casiodoro giró su atención hacia la religión, compuso comentarios sobre los salmos y fundó un importante monasterio en Vivario, en el sur de Italia.

Casiodoro compuso su obra más influyente, las *Instituciones*, para sus monjes. Inspirado por san Agustín, creía que el estudio de la literatura clásica era el preliminar esencial para una comprensión adecuada de la Biblia y los padres de la Iglesia. Su obra era básicamente una lista de lecturas que comprendía primero las obras esenciales de la literatura clásica pagana que un monje debía conocer antes de pasar al estudio más dificultoso y exigente de la teología y la Biblia. De este modo, mediante las *Instituciones* definió un canon literario clásico que influiría la práctica educativa cristiana hasta el final de la Edad Media.

Para hacerse con estos libros, Casiodoro también alentó a sus monjes a copiar manuscritos, pues sostenía que se trataba de una «tarea manual» del tipo que había demandado san Benito y que incluso podía ser un trabajo más apropiado para los monjes que labrar los campos. Cuando los benedictinos comenzaron a admitir estas ideas, sus monasterios surgieron como los centros más importantes para la conservación y el estudio de la literatura clásica en el Occidente de lengua latina. Apenas sobreviviría alguna obra de la literatura latina clásica, incluidos textos tan «licenciosos» como los poemas de Catulo y Ovidio, si los monjes benedictinos no la hubieran copiado y conservado durante la Alta Edad Media siguiendo el ejemplo de Casiodoro.

También hubo otros que trataron de conservar y cristianizar lo que quedaba de la

tradición literaria clásica. A instancias del papa Simaco (498-514), Prisciano (c. 500) compuso el que se convertiría en el tratado estándar de la Edad Media sobre gramática latina. A petición de otro papa, el erudito del siglo VI Dionisio el Exiguo emprendió la tarea de recoger y codificar las leyes de la Iglesia romana; otro papa más, Agapito (535-536), reunió la mayor biblioteca cristiana en Roma, biblioteca de la que su pariente, el papa Gregorio Magno (590-604), extraería la mayor parte de su conocimiento sobre san Agustín. Por supuesto, todos estos esfuerzos iban dirigidos en cierto grado hacia una élite culta y aristocrática que iba desapareciendo deprisa del Occidente latino del siglo VI. Pero este hecho no debe ensombrecer hasta qué punto esta cultura clásica cristianizada se fue convirtiendo lentamente en una posesión común no sólo de los obispos cristianos aristocráticos, sino también de sus señores bárbaros.

Boecio y Casiodoro trabajaron en la corte de Teodorico el ostrogodo, el monarca más romanizado del mundo bárbaro del siglo VI. Pero todos sus esfuerzos por extender, conservar y cristianizar la tradición cultural clásica atestiguan su percepción de que este mundo estaba desapareciendo. Teodorico gobernaba Italia como representante designado del emperador de Constantinopla. Gran admirador de la civilización romana, fomentó la agricultura y el comercio, reparó los edificios públicos y las calzadas, patrocinó el saber y mantuvo una política de tolerancia religiosa. En pocas palabras, proporcionó a Italia el gobierno más ilustrado que había conocido en varios siglos. Pero nada de esto bastó para borrar la desconfianza corrosiva que en los años finales de Teodorico destruyó su reino. El problema era que a pesar de toda su *romanitas* («romanidad»), Teodoro y los godos eran herejes arrianos, mientras que los obispos y terratenientes de Italia eran cristianos trinitarios ortodoxos, hecho que hacía a los aristócratas italianos súbditos fieles no a Teodoro, sino de su patrocinador imperial de Constantinopla. Cuando en el año 523 el emperador dictó una orden, válida también en Italia, que prohibía a los judíos, paganos y herejes (por los cuales probablemente se refería a los arrianos) ostentar cargos públicos, estalló la tormenta. Aunque Casiodoro permaneció leal a Teodorico, Boecio fue encarcelado, acusado de conspirar para devolver Italia al gobierno imperial directo. Los últimos años de Teodorico estuvieron marcados por su persecución continua de los cristianos trinitarios. Cuando murió en el año 526, no dejó un hijo que lo sucediera, mientras las tensiones religiosas continuaban destrozando su reino. Diez años después se confirmarían sus temores cuando un nuevo emperador, Justiniano, intentó reconstituir el Imperio romano de Augusto reconquistando Italia a los ostrogodos.

Roma oriental y el imperio occidental

La ejecución de Boecio a manos de Teodorico en el año 524 fue en muchos sentidos un importante punto de inflexión histórico. Fue el último filósofo digno de mención y el último escritor en prosa latina culta que iba a tener Occidente durante muchos cientos de años. También era laico; durante cientos de años después casi todos los escritores de Europa occidental serían sacerdotes o monjes. Su ejecución también fue un presagio del derrumbe político del reino ostrogodo en Italia, porque mostró que los cristianos arrianos y católicos no podían vivir en armonía en el imperio occidental barbarizado. Poco después los ostrogodos fueron derrocados por el Imperio romano oriental. Ese acontecimiento, a su vez, iba a ser un factor crucial en el divorcio definitivo entre Oriente y Occidente, y la consiguiente desintegración final del mundo romano antiguo.

JUSTINIANO Y EL RENACIMIENTO DEL IMPERIO ROMANO

La conquista de los ostrogodos formó parte de un plan mayor para que renaciera el Imperio romano concebido y dirigido por el emperador romano oriental Justiniano (527-565). El imperio oriental, con su capital en Constantinopla, había arrojado muchas presiones internas y externas desde la época de Teodosio (muerto en el año 395), pero había logrado sobrellevar estos ataques y divisiones, y a comienzos del siglo VI ya había recuperado buena parte de su fortaleza. Aunque el imperio oriental —que entonces abarcaba los territorios actuales de Grecia, Turquía, la mayor parte de Oriente Medio y Egipto— era en su mayoría de lengua griega y siria, Justiniano provenía de una provincia occidental (la actual Serbia) y hablaba latín. Estudioso de la historia, se veía como el heredero de la Roma imperial, cuyo antiguo poder y territorios occidentales aspiraba a restaurar. Ayudado por su astuta y resuelta esposa Teodora, quien desempeñaba un papel influyente en su reino, Justiniano trabajó sin descanso para recuperar Occidente y restaurar el imperio. Aunque sus esfuerzos acabaron fracasando, tuvieron un impacto duradero en todo el mundo mediterráneo.

LA CODIFICACIÓN DEL DERECHO ROMANO

Uno de los logros más impresionantes y duraderos de Justiniano fue la codificación del derecho romano. Este proyecto formaba parte de su intento de destacar las continuidades con la Roma imperial previa y también pretendía ensalzar su prestigio y poder absoluto. La codificación del derecho era necesaria porque entre los siglos III y VI el volumen de las leyes había continuado creciendo y el vasto cuerpo legal contenía muchos elementos contradictorios u obsoletos. Además, las condiciones

habían cambiado de forma tan radical que muchos de los antiguos principios legales ya no podían aplicarse. Cuando Justiniano llegó al trono en el año 527, decidió de inmediato revisar y sistematizar el derecho existente para armonizarlo con las nuevas condiciones e instituirlo como base autorizada para su gobierno.

Para llevar a cabo esta labor nombró una comisión de abogados bajo la supervisión de su ministro Triboniano. Antes de los dos años, la comisión publicó el primer resultado de su trabajo. Fue el Código, una compilación sistemática de todas las leyes imperiales que se habían emitido desde el reinado de Adriano hasta el de Justiniano. Más adelante se complementó con las Novelas, que contenían la legislación de Justiniano y sus sucesores inmediatos. En el año 529 la comisión había completado también el Digesto, un resumen de los textos de los grandes juristas. La obra final de la comisión fue las Instituciones, manual de los principios legales reflejados en el Digesto y el Código. Los cuatro volúmenes juntos constituyen el *Corpus Iuris Civilis*, o «cuerpo de derecho civil».

El *Corpus* de Justiniano fue un logro brillante: sólo el Digesto se ha llamado con justicia «el más notable e importante libro de derecho que el mundo ha visto nunca». En Oriente, el *Corpus* se convirtió de inmediato en el cimiento sobre el que todos los avances legales posteriores se asentarían. En Occidente, en contraste, el *Corpus* fue poco conocido al principio; los primeros códigos medievales se inspiraron en la compilación del siglo V del emperador Teodosio II (408-450). Sin embargo, desde el siglo XII en adelante el *Corpus* de Justiniano se estudiaría intensamente también en Occidente, e influyó tanto la conducta del gobierno como los sistemas legales en desarrollo de la Europa de la Baja Edad Media y la Edad Moderna. Incluso el Código napoleónico del siglo XIX (cuyo espíritu está aún muy vigente en los códigos de Francia, España y buena parte de América Latina, además del estado de Luisiana) no es más que las Instituciones de Justiniano con un ropaje moderno.

El *Corpus* también tuvo una influencia crucial en el pensamiento político occidental. Comenzando por la máxima de que «lo que place al príncipe tiene fuerza de ley», otorgaba poderes ilimitados al emperador y, por tanto, los monarcas europeos de la Baja Edad Media y comienzos de la Edad Moderna lo adoptaron como fundamento para el absolutismo. Pero el *Corpus* proporcionó además cierto soporte teórico para el constitucionalismo porque mantenía que los poderes del soberano se los había delegado el pueblo: puesto que el gobierno provenía del pueblo, en teoría se le podían devolver. Igualmente importante e influyente era su visión del estado como una entidad abstracta mucho más parecida a una sociedad anónima. En la Edad Media el estado se consideraba con frecuencia propiedad privada del gobernante o una creación sobrenatural para controlar el pecado. La concepción moderna del estado como entidad pública con sus propios intereses y objetivos cobró fuerza hacia el final de la Edad Media debido en buena medida al renacimiento de las asunciones

contenidas en la compilación de Justiniano.

LAS CONQUISTAS MILITARES DE JUSTINIANO

Los intentos iniciales de Justiniano de reconquistar el Imperio romano occidental alcanzaron éxito con facilidad. En el año 533 su brillante general Belisario conquistó el reino vándalo del noroeste de África; en el año 536 Belisario ya parecía haber conquistado Italia, donde fue bien recibido por los súbditos católicos de los ostrogodos. Pero las primeras victorias de la campaña italiana fueron ilusorias; la guerra se prolongaría durante décadas hasta que las exhaustas fuerzas imperiales acabaron reduciendo los últimos puestos de avanzada godos en el año 563. Como Justiniano ya había reconquistado el noroeste de África y el litoral de Hispania, el Mediterráneo era de nuevo un «lago» romano cuando murió en el año 565. Pero los costes de esta empresa habían sido enormes y pronto pondrían en tela de juicio la misma existencia del Imperio romano oriental.

Las campañas occidentales de Justiniano estuvieron mal aconsejadas por dos razones. Una era su enorme coste. Belisario rara vez contó con tropas suficientes para hacer bien su labor: inició su campaña italiana con sólo ocho mil hombres. Para proporcionar a sus generales las tropas que precisaban, Justiniano impuso opresivos gravámenes que socavaron el apoyo al imperio en regiones de importancia tan vital como Egipto y Siria. Incluso los cristianos trinitarios de Italia y el norte de África se resentieron de los costes que les imponía su liberación. Las campañas occidentales también distrajeron la atención de los peligros más próximos: en particular, la fuerza creciente de Persia. Para responder a la amenaza persa, los sucesores de Justiniano se vieron obligados a retirar sus tropas de Italia y el norte de África, lo que dejó a ambas regiones peligrosamente expuestas a otras invasiones bárbaras, pero no bastó para garantizar la seguridad del imperio oriental. Sólo una heroica reorganización del imperio oriental a partir del año 610 salvó Constantinopla de caer ante los persas; pero, como veremos, esta reorganización también marca el punto final del sueño de Justiniano de volver a unir los mundos mediterráneos oriental y occidental.

LA REPERCUSIÓN DE LA RECONQUISTA DE JUSTINIANO EN EL IMPERIO OCCIDENTAL

Las guerras de Justiniano causaron una devastación tremenda en el norte y el centro de Italia. Alrededor de Roma se cortaron los acueductos y parte del campo volvió a empantanarse; algunas zonas no se drenarían de nuevo hasta el siglo xx. En el año 568 otra tribu germánica mucho más primitiva, los lombardos, aprovecharon el caos

para conquistar el tercio norte de la península. A partir de entonces Italia se dividiría entre los territorios lombardos en el norte, los territorios romanos en el sur y los territorios papales situados precariamente entre ambos. Los actores cambiarían, pero esta división entre norte, centro y sur continuaría caracterizando la vida política italiana hasta el siglo XIX.

El control romano oriental sobre el norte de África duró sólo unas cuantas generaciones más que en Italia. Debilitado por la disensión religiosa y los fuertes impuestos, esta zona cayó durante el siglo VII ante los ejércitos invasores del islam, junto con Egipto y el resto de África romana. Entonces desapareció casi por completo el cristianismo en el norte de África.

Más al norte, el reino visigodo de Hispania continuó controlando la porción interior del país, a pesar de la conquista por parte de Justiniano de la costa mediterránea. Una vez que se marcharon los ejércitos imperiales, los visigodos retomaron el control que siempre habían ejercido sobre esas regiones costeras. Pero las tensiones entre los visigodos arrianos y sus súbditos católicos continuaron incluso después del año 582, cuando el rey visigodo Recaredo acabó convirtiéndose al cristianismo ortodoxo. La hostilidad entre los reinos visigodos, sus obispos católicos y la población romanizada del litoral mediterráneo duraría hasta el fin del reino visigodo. A pesar de los esfuerzos de los reyes visigodos por ajustar su gobierno al ejemplo bizantino, su reino se derrumbó con rapidez a comienzos del siglo VIII, cuando los ejércitos musulmanes cruzaron el estrecho de Gibraltar. A finales de ese siglo, los monarcas cristianos sólo gobernaban las partes más septentrionales de la península Ibérica y la zona circundante de Barcelona. Durante los trescientos años siguientes, Hispania sería una parte importante del mundo musulmán.

Conclusión

Desde sus primeros días Roma se había caracterizado por su notable capacidad para asimilar las culturas dispares de las tierras que conquistaba. En este proceso Roma y su imperio se fueron transformando de forma constante. Sin embargo, el ritmo de estas transformaciones se aceleró marcadamente a partir de mediados del siglo III, tanto que los historiadores suelen referirse al período comprendido entre mediados del siglo III y comienzos del siglo VII como la «Antigüedad tardía» para distinguirlo del mundo romano clásico que le precedió. Durante estos siglos, entraron en el Imperio romano más cantidades que nunca de inmigrantes, arrastrados por una combinación de afección de tierra, oportunidad y deseo de participar en los beneficios materiales y culturales de la vida romana. En el imperio occidental, en especial, aumentó tanto el número de nuevos inmigrantes a finales del siglo IV y durante el

siglo siguiente, que sus zonas fronterizas dejaron de ser distinguibles de las zonas más «romanizadas» del interior.

Al mismo tiempo, dos procesos culturales internos estaban transformando lo que significaba ser romano. La cultura erudita de los mundos griego y romano se iba extendiendo de forma constante a un número mayor de personas, pero en el proceso esa cultura se iba vulgarizando. Y al final el mismo imperio se volvió cristiano, primero por persuasión, cuando Constantino y sus sucesores lograron que resultara atractivo convertirse a la nueva religión, y después por coerción, cuando el cristianismo pasó a ser la religión oficial de todo el Imperio romano. Como resultado, comenzó a desarrollarse una nueva fusión de cultura cristiana y gobierno tardorromano, no sólo en torno a la corte imperial en Constantinopla, sino también en las provincias.

Sin embargo, lo que no cambió fue el epicentro mediterráneo de este mundo tardoantiguo en evolución. A pesar del surgimiento de nuevas unidades políticas en el Imperio romano occidental, la civilización romana en los siglos V y VI se mantuvo firmemente centrada en el mar Mediterráneo. Pero eso también iba a cambiar pronto. El siglo VII sería testigo de la fractura final de este mundo mediterráneo unificado y del surgimiento en su lugar de tres civilizaciones occidentales completamente diferentes: Bizancio, Europa occidental y el islam. Esta evolución marca el fin del mundo clásico y el inicio de la Edad Media. Ahora nos ocuparemos de dicha evolución.

Bibliografía seleccionada

AGUSTÍN, SAN, OBISPO DE HIPONA (354-430), *La ciudad de Dios*, Madrid, Tecnos, 2007.

—, *Las confesiones*, Madrid, Tecnos, 2007.

—, «La doctrina cristiana», en *Obras completas de San Agustín*, xv, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1969.

—, «Manual de fe, esperanza y caridad», en *Obras completas de San Agustín*, iv, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1976.

BOECIO, *Consolación de la filosofía*, Madrid, Alianza, 2005.

BROWN, Peter, *Agustín de Hipona*, Madrid, Acento, 2001.

—, *El cuerpo y la sociedad: los hombres, las mujeres y la renuncia sexual en el cristianismo primitivo*, Barcelona, Muchnik, 1993.

—, *El mundo de la Antigüedad tardía: (de Marco Aurelio a Mahoma)*, Madrid, Taurus, 1991.

—, *El primer milenio de la cristiandad occidental*, Barcelona, Crítica, 1997.

- BURCKHARDT, Jacob, *Del paganismo al cristianismo: la época de Constantino el Grande*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1996.
- CAMERON, Averil, *El bajo Imperio romano: 284-430 d. C.*, Madrid, Encuentro, 2001.
- , *El mundo mediterráneo en la Antigüedad tardía, 395-600 d. C.*, Barcelona, Crítica, 1998.
- CASIODORO, *Iniciación a las Sagradas Escrituras*, Madrid, Ciudad Nueva, 1998.
- CHADWICK, Henry, *Agustín*, Madrid, Cristiandad, 2001.
- EUSEBIO DE CESAREA, *Historia eclesiástica*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 2002.
- , *Vida de Constantino*, Madrid, Gredos, 1994.
- GARCÍA MORENO, Luis A., *El bajo Imperio romano*, Madrid, Síntesis, 1998.
- JORDANES, *Origen y gestas de los godos*, Madrid, Cátedra, 2001.
- LAPORTE, Jean, *Los padres de la Iglesia: padres griegos y latinos en sus textos*, Madrid, San Pablo, 2004.
- LAWRENCE, Clifford Hugo, *El monacato medieval: formas de vida religiosa en Europa occidental durante la Edad Media*, Madrid, Gredos, 1999.
- MOMIGLIANO, Arnaldo, *El conflicto entre el paganismo y el cristianismo en el siglo IV*, Madrid, Alianza, 1989.
- MUSSET, Lucien, *Las invasiones: las oleadas germánicas*, Barcelona, Labor, 1982.
- PARDO, Jesús, *La gran derrota de Diocleciano: el emperador romano que persiguió a los cristianos*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2004.
- PROCOPIO DE CESAREA, *Historia secreta*, Madrid, Gredos, 2000.
- SANDERS, E. P., *La figura histórica de Jesús*, Estella, Verbo Divino, 2000.
- SUÁREZ BILBAO, Fernando, *De Jerusalén a Roma: la historia del judaísmo al cristianismo (de 272 a. J. C. a 392 d. J. C.)*, Barcelona, Ariel, 2006.
- WARD-PERKINS, John Bryan, *La caída de Roma y el fin de la civilización*, Madrid, Espasa, 2007.

TERCERA PARTE

La Edad Media

El término «Edad Media» lo acuñaron los europeos en el siglo xvii para expresar su postura de que después de los magníficos logros de Grecia y Roma se había extendido un largo y sombrío período de interrupción hasta la «Edad Moderna». El término alcanzó tanta popularidad que forma parte imborrable de nuestro vocabulario histórico, pero ningún investigador serio lo emplea hoy con el sentido de desdén que en otro tiempo conllevaba. Por el contrario, la mayoría de los estudiosos sostendría que fue durante la Edad Media —aproximadamente los años comprendidos entre 600 y 1500— cuando se establecieron los cimientos culturales, políticos y religiosos de las tres civilizaciones occidentales. Hablemos de Bizancio, el mundo islámico o Europa, la Edad Media fue un período formativo y creativo en la historia de las civilizaciones occidentales.

Sin embargo, los años comprendidos entre 600 y 1500 sólo constituyen una verdadera «edad media» con respecto a Europa. Para el mundo islámico esos siglos presenciaron el nacimiento, la expansión y la maduración de una nueva civilización que se inspiró mucho en el pasado clásico, pero fundió dicho pasado con una visión religiosa nueva y arrolladora. Para Bizancio, la denominada Edad Media finalizó en 1453 con la conquista de su imperio por los turcos otomanos. Incluso para Europa la metáfora de una edad media es en cierto modo engañosa. Al igual que la civilización islámica, la europea comenzó a tomar forma a partir del siglo vii, pero no fue hasta el siglo xii cuando surgió una tradición europea verdaderamente característica en política, religión y arte.

CAPÍTULO 7

Los tres herederos de Roma: los mundos bizantino, islámico y altomedieval

En el siglo VII comenzó un nuevo período en la historia de las civilizaciones occidentales. En el año 600 todavía era posible que los monarcas del Imperio romano que vivían en Constantinopla imaginaran que sus dominios unían por entero el mundo mediterráneo. Sin embargo, a finales del siglo VII ya habían surgido tres civilizaciones sucesoras, diferentes del mundo grecorromano de la Antigüedad: la bizantina, la islámica y la europea occidental, cada una con su propia lengua y un estilo de vida característico. La historia de las civilizaciones occidentales de los siglos VII al XI es, en líneas generales, el relato de las rivalidades y relaciones entre esos tres mundos emergentes, cada uno de los cuales conservaba y ampliaba diferentes aspectos de la herencia tardoantigua que compartían.

Al igual que las provincias del Imperio romano oriental sobre las que se asentaba, desde el año 610 la civilización bizantina hablaba griego. Combinaba las tradiciones burocráticas e imperiales del gobierno tardorromano con un intenso seguimiento de la fe cristiana, fusión de la que fueron pioneros Constantino y sus sucesores, pero que continuó reelaborándose sin cesar a partir de entonces en el Imperio romano oriental. Por su parte, la civilización islámica tenía como lengua el árabe y era la más cosmopolita y de mayor alcance (tanto geográfica como culturalmente) de las tres civilizaciones sucesoras. El mundo islámico era heredero del ideal romano de imperio expansivo y de la asimilación cultural y religiosa como atributos esenciales del dominio imperial. Combinando los intereses filosóficos y científicos del mundo helenístico con la cultura literaria y artística de Persia, el islam creó la amalgama cultural más dinámica de la Alta Edad Media.

La civilización cristiana occidental de la Alta Edad Media se arraigaba en el latín, pero presentaba importantes influencias culturales de las lenguas germánicas, célticas y vernáculas derivadas del latín. En contraste con Bizancio y el islam, debía relativamente poco a los ideales romanos de imperio, salvo un corto período durante la etapa carolingia. Sin embargo, sí estaba muy influida por los ideales romanos de derecho y gobierno local, lo que suponía un influjo continuado de las tradiciones republicanas de la antigua Roma. Para Europa occidental, derecho y cristianismo latino constituían los pináculos del logro cultural romano. En efecto, eran la misma

esencia de lo que significaba ser romano; y ser romano se mantenía como una aspiración casi universal en Occidente. Si medimos la civilización por sus más elevados logros filosóficos y literarios, Europa occidental estaba rezagada en comparación con Bizancio y el islam. Era, además, la menos avanzada desde el punto de vista económico de los tres estados sucesores y arrostraba las mayores debilidades organizativas en gobierno y religión. No obstante, a finales del siglo XI la civilización cristiana latina ya no se hallaba a la defensiva ante sus rivales en aspectos militares, económicos o religiosos, sino que estaba a punto de iniciar un extraordinario período de expansión y conquista que acabaría llevándola a ocupar una posición dominante en los asuntos mundiales durante la Edad Moderna.

El Imperio bizantino y su cultura

Es imposible fechar con precisión el inicio de la historia del Imperio bizantino porque fue el sucesor ininterrumpido del estado romano. Por esta razón, el comienzo depende de las preferencias del historiador. Algunos sostienen que ya habían surgido características «bizantinas» en la historia romana bajo Diocleciano; otros aseguran que la historia bizantina comenzó cuando Constantino trasladó su capital de Roma a Constantinopla, la ciudad que con posterioridad se convertiría en el centro del mundo bizantino. Sin embargo, Diocleciano y Constantino continuaron gobernando un Imperio romano unido. Como hemos visto, incluso en el siglo VI, después de que la mitad occidental del imperio hubiera caído ante los germanos, el emperador romano oriental Justiniano seguía considerándose heredero de Augusto y se empeñó en reconquistar Occidente. Su reinado fue sin duda un momento crucial en la dirección que tomaría la civilización bizantina, porque contempló la cristalización de nuevas formas de pensamiento y arte que pueden considerarse más «bizantinas» que «romanas». Pero dichas apreciaciones siguen reflejando un orden de prioridades subjetivo: algunos estudiosos destacan estas nuevas formas, mientras que otros alegan que Justiniano continuó hablando latín y soñando con restaurar la antigua Roma. Hasta el año 610 no surgió una dinastía nueva procedente de Oriente que hablaba griego y mantuvo una orientación plenamente oriental o «bizantina». De ahí que, aunque se puedan presentar buenos argumentos para situar el inicio de la historia bizantina en Diocleciano, Constantino o Justiniano, nosotros lo hagamos con el acceso al trono del emperador Heraclio en el año 610.

También resulta conveniente comenzar en el año 610 porque desde entonces hasta 1071 las principales líneas de su historia militar y política las determinó la resistencia a las oleadas sucesivas de invasiones procedentes de Oriente. Cuando Heraclio llegó al trono, la misma existencia del Imperio bizantino estaba en entredicho, pues los

persas habían conquistado casi todos los territorios imperiales asiáticos. En el año 614, como símbolo de su triunfo, los persas llegaron a sacar de Jerusalén la reliquia que, según la creencia, formaba parte de la cruz original en la que Jesús había sido crucificado. Esta reliquia se había convertido en un potente símbolo de legitimidad cristiana para los emperadores romanos orientales. Con un enorme esfuerzo, Heraclio reunió las fuerzas bizantinas y cambió el curso de los acontecimientos al derrotar a los persas, reconquistar Jerusalén y recobrar la cruz en el año 627. Entonces Persia quedó reducida al sometimiento y Heraclio reinó glorioso hasta el año 641. Pero en sus últimos días nuevos ejércitos comenzaron a invadir su territorio, ejércitos que surgieron en avalancha de la hasta entonces plácida Arabia. Inspirados por la nueva religión del islam y aprovechándose del agotamiento de Bizancio tras la lucha contra Persia, los árabes avanzaron a una velocidad pasmosa. En el año 650 ya habían tomado la mayor parte de los territorios bizantinos que habían ocupado los persas por poco tiempo a comienzos del siglo VII, incluida Jerusalén, que se convirtió en lugar tan santo para los musulmanes como para los cristianos y judíos. Los ejércitos árabes también conquistaron Persia y en seguida se abrieron paso hacia el oeste por el norte de África, donde el control bizantino hacía tiempo que se resentía. Una vez convertidos en una potencia mediterránea, los árabes también se echaron a la mar. En el año 677 trataron de conquistar Constantinopla con una flota. Fracasaron, pero volvieron a intentarlo en el año 717 con un ataque concertado por tierra y mar.

Esta amenaza a Constantinopla marcó un nuevo revés en la suerte de Bizancio, pero fue arrostrado por el emperador León el Isaurio (717-741) con la misma resolución que había demostrado Heraclio contra los persas un siglo antes. Con la ayuda de una mezcla incendiaria secreta, conocida como «fuego griego», y una gran destreza militar, León fue capaz de derrotar a las fuerzas árabes por mar y tierra. Su defensa de Constantinopla en el año 717 fue una de las batallas más significativas de la historia europea. Si los ejércitos islámicos hubieran tomado la ciudad, nada les habría impedido invadir el resto de Europa. Sin embargo, durante las décadas posteriores los bizantinos reconquistaron la mayor parte de Asia Menor, que se convirtió en el núcleo central de su imperio durante los trescientos años siguientes. No obstante, en el siglo XI una nueva potencia islámica, los turcos selyúcidas, trocó los triunfos bizantinos. En 1071 aniquilaron un ejército bizantino en Manzikert, Asia Menor, en una asombrosa victoria que les permitió invadir las provincias orientales de Bizancio. Constantinopla había vuelto a quedar a su suerte más o menos como en la época de Heraclio y León. En general, permanecería a la defensiva durante los cuatrocientos años siguientes. Los últimos restos del Imperio bizantino caerían ante los turcos otomanos en 1453. Los turcos continuarían gobernando en Constantinopla—cuyo nombre cambiaron por Estambul— hasta nuestros días.

No resulta sorprendente que Constantinopla acabara siendo conquistada. Lo que sí causa admiración es que el estado bizantino sobreviviera tantos siglos frente a fuerzas hostiles tan diferentes. Esa admiración aumenta cuando reconocemos que la historia política interna del imperio era agitadísima. Puesto que el poder estaba tan centralizado en la corte imperial de Constantinopla y ya que los soberanos imitaban a sus predecesores tardorromanos al reclamar los poderes de los monarcas absolutos nombrados por la divinidad, no había modo de oponerse a ellos más que mediante la intriga y la violencia. De ahí que la historia bizantina se viera marcada por repetidas revueltas palaciegas que entrañaban mutilaciones, asesinatos y cegamientos. La política bizantina alcanzó tanta fama por su complejidad entre bastidores que seguimos utilizando la palabra *bizantino* para hacer referencia a maquinaciones encubiertas, complejas y taimadas. Por fortuna para el imperio, de vez en cuando surgieron monarcas diestros que supieron ejercer con acierto sus poderes desmedidos, y para mayor suerte, incluso en los tiempos de agitación palaciega, continuó funcionando una burocracia eficiente.

La administración eficiente fue una de las principales razones del éxito y longevidad de Bizancio. Los burócratas instruidos supervisaban la educación y la religión, y presidían todas las formas de la actividad económica. Los funcionarios imperiales de Constantinopla regulaban precios y salarios, mantenían los sistemas de licencias, controlaban las exportaciones y obligaban al cumplimiento del sabbat. Hasta las carreras de carros estaban sometidas a una estricta supervisión gubernamental. Los métodos burocráticos también regulaban el ejército y la marina, los tribunales y el servicio diplomático, con lo que dotaban a estos organismos de fortalezas organizativas incomparables para su época.

Otra explicación para la pervivencia de Bizancio es la base comparativamente sólida del estado, al menos hasta el siglo XI. Como ha afirmado el historiador sir Steven Runciman, «si Bizancio debía su fuerza y seguridad a la eficacia de sus servicios, fue su comercio el que le permitió pagarlos». El comercio y las ciudades continuaron floreciendo en el Oriente bizantino igual que lo habían hecho en el período tardoantiguo. En los siglos IX y X Constantinopla era un emporio comercial vital para los artículos de lujo del Lejano Oriente y las materias primas occidentales. El imperio también fomentaba y protegía sus industrias propias, de las cuales la más destacada era la fabricación de seda, además de alcanzar fama hasta el siglo XI por su estable sistema monetario de oro y plata. Pero Constantinopla (que en algunos momentos pudo haber alcanzado una población cercana al millón de habitantes) no era su único gran centro urbano. Durante algunos períodos Antioquía y, hasta el final de la historia bizantina, las bulliciosas ciudades de Tesalónica y Trebisonda fueron

también grandes y prósperas.

Los historiadores destacan el comercio y la industria porque eran muy avanzados para su época y proporcionaban la mayor parte del excedente de riqueza que sostenía al estado. Pero la agricultura constituía el núcleo de su economía. Su historia agrícola estaba marcada por las luchas de los campesinos independientes para librarse de las invasiones de las grandes fincas propiedad de los aristócratas y monasterios ricos. Hasta el siglo XI el campesinado libre logró mantener su posición con la ayuda de la legislación estatal. Sin embargo, a partir de 1025 la aristocracia ganó poder en el gobierno y empezó a transformar a los campesinos en arrendatarios empobrecidos, lo que tuvo muchas consecuencias desastrosas, la menor de las cuales no fue que los campesinos perdieran interés por rechazar al enemigo. La derrota de Manzikert en 1071, en parte, fue resultado de la miope aquiescencia del gobierno ante las ambiciones de la aristocracia.

LA RELIGIÓN BIZANTINA

Hasta ahora hemos hablado de campañas militares, gobierno y economía como si fueran la clave de la supervivencia de Bizancio. Contemplado desde la distancia lo fueron, pero lo que más preocupaba a los bizantinos era la ortodoxia religiosa de su imperio. Por curioso que pueda parecer, los bizantinos peleaban por cuestiones religiosas abstrusas con tanta vehemencia como hoy discutimos de política y deportes; en realidad, se peleaban con mayor vehemencia, pues con frecuencia estaban dispuestos a luchar e incluso morir por las palabras de un credo religioso. Esta intensa preocupación por las cuestiones doctrinales podía causar un gran daño en momentos de disensión religiosa, pero también dotaba al estado de un potente sentido de confianza y misión.

Las disputas doctrinales se complicaban mucho por el hecho de que el emperador desempeñaba un papel activo en ellas. Los emperadores ejercían un gran poder en la vida de la Iglesia; algunos incluso determinaban el resultado de los debates religiosos. No obstante, sobre todo ante el separatismo provincial, los soberanos nunca podían obligar a todos sus súbditos a creer en las mismas doctrinas que ellos. Ni siquiera la autoridad gubernamental llegaba tan lejos. Tuvieron que perderse muchas provincias orientales y refinarse las fórmulas doctrinales para que en el siglo VIII se atisbara la aproximación de la paz religiosa, pero entonces quedó hecha añicos durante un siglo más por lo que se conoce como la controversia iconoclasta.

Los iconoclastas deseaban prohibir la adoración de los iconos, esto es, las imágenes de Cristo y los santos. Su veneración les parecía que olía a idolatría y paganismo. Sostenían que no se debía adorar nada hecho por los seres humanos; que

Cristo era tan divino que no se podía representar artísticamente de ningún modo; y que la prohibición de adorar «imágenes talladas» en los Diez Mandamientos (Éxodo, 20, 4) hacía irrefutable el asunto. Los tradicionalistas respondían que no era a las imágenes a las que se adoraba, sino a la realidad celestial subyacente en ellos. Al igual que en el caso del arte bizantino en general, se pretendía que los iconos actuaran como ventanas a través de las cuales los seres humanos de la tierra podían vislumbrar el cielo.

El movimiento iconoclasta lo inició el emperador León el Isaurio y lo dirigió después con mayor energía su hijo Constantino V (740-775). Sus motivos continúan generando polémica entre los historiadores. Puesto que León el Isaurio fue el emperador que salvó a Constantinopla de la acometida del islam y como los musulmanes se oponían a todas las imágenes religiosas por considerarlas «obra de Satán» (Corán, V, 92), tal vez la iconoclasia fuera un intento de responder a una de las mayores críticas que hacía el islam del cristianismo y, de este modo, privarle de parte de su atractivo. Puede que también hubiera consideraciones políticas y financieras detrás de la campaña. Al proclamar un movimiento religioso radicalmente nuevo, quizá los emperadores pretendieran reafirmar su control sobre la Iglesia y combatir la fuerza creciente de los monasterios. Al final estos últimos se alinearon con la causa de las imágenes y, como resultado, fueron implacablemente perseguidos por Constantino V, quien aprovechó la oportunidad para confiscarles buena parte de su riqueza.

La controversia iconoclasta se resolvió en el siglo IX volviendo al statu quo, a saber, la adoración de las imágenes, pero el siglo de agitación que había suscitado tuvo algunas profundas consecuencias. Una fue la destrucción, por orden imperial, de una gran cantidad de arte religioso. El que ha sobrevivido anterior al siglo VIII proviene en su mayoría de lugares como Italia o Palestina, que estaban fuera del alcance de los emperadores iconoclastas. Una segunda consecuencia de la controversia fue la apertura de una seria brecha religiosa entre Oriente y Occidente. El papa, que hasta el siglo VIII solía ser un estrecho aliado de los bizantinos, se opuso tenazmente a la iconoclasia, no menos porque tendía a cuestionar el culto a los santos, y la supremacía papal se basaba en su papel como sucesor de san Pedro. La oposición del sumo pontífice a la iconoclasia durante el siglo VIII llevó a un empeoramiento de las relaciones entre Oriente y Occidente que culminó con la coronación del caudillo franco Carlomagno como nuevo emperador romano de Occidente el día de Navidad del año 800.

La derrota definitiva de la iconoclasia llevó a la reafirmación de algunos rasgos importantes de la religiosidad bizantina, que desde el siglo IX hasta el final de la historia de Bizancio se mantuvieron como predominantes. Uno de estos rasgos fue el énfasis renovado en la fe ortodoxa tradicional del imperio como clave para su unidad

política y éxito militar. La tradición religiosa se convirtió en la piedra de toque de la corrección doctrinal y la legitimidad política. Como afirmó un adversario de la iconoclasia, «si un ángel o un emperador os anuncia otro evangelio del que habéis recibido, cerrad los oídos». Esta postura fortaleció la religión bizantina y puso fin a la polémica y la herejía, además de ayudar a la religión a ganar nuevos adeptos en los siglos IX y X. Pero también reforzó la hegemonía de las tradiciones religiosas de Constantinopla dentro del imperio, con lo que marginó aún más las tradiciones religiosas diferentes del cristianismo sirio y armenio. Asimismo, el temor a la herejía tendió a inhibir la libre especulación, no sólo en religión, sino también en asuntos intelectuales relacionados. Aunque los emperadores bizantinos fundaron y sostuvieron una universidad en Constantinopla, jamás le permitieron ejercer un grado significativo de libertad intelectual, en marcado contraste con la despreocupada atmósfera intelectual que imperaba en las cada vez más abundantes universidades de los siglos XII y XIII en Europa occidental.

LA CULTURA BIZANTINA

La religión dominaba la vida en Bizancio, pero el compromiso con el cristianismo no inhibía en absoluto la veneración y conservación de la antigua herencia griega. Las escuelas basaban su instrucción en la literatura griega clásica, y en especial en Homero, hasta un grado asombroso. La gente culta que rodeaba la corte podía citar un solo verso de Homero y esperar que su auditorio conociera de inmediato el pasaje entero del que provenía. En el mundo de habla inglesa, sólo la Biblia del rey Jacobo ha alcanzado un grado de saturación cultural comparable con Homero en Bizancio. Al igual que la Biblia del siglo XVIII, para los bizantinos, Homero era a la vez un modelo literario, un libro de texto y una guía para la moralidad y la sabiduría personales.

Los eruditos bizantinos también estudiaban intensamente la filosofía de Platón y la prosa histórica de Tucídides. Se conocían además las obras de Aristóteles, pero se consideraban menos interesantes. En general, se había abandonado la tradición científica y matemática griega e incluso la filosofía estaba muy restringida. Justiniano, por ejemplo, cerró las academias filosóficas atenienses que habían existido desde tiempos de Platón y declaró que todo lo que era digno de saberse ya se sabía. Se apreciaba la inventiva, pero la originalidad no era la meta hacia la que se dirigía la vida intelectual. La conservación, más que la innovación, fue el sello del clasicismo bizantino. No obstante, un clasicismo tan devoto enriqueció la vida intelectual y literaria, además de ayudar a conservar los clásicos griegos para las generaciones posteriores. El grueso de la literatura griega clásica con que contamos

hoy ha sobrevivido porque fue copiada por escribas bizantinos.

El clasicismo bizantino era producto de un sistema educativo para los laicos que se extendía tanto a las mujeres como a los hombres. Teniendo en cuenta las actitudes y prácticas en el Occidente cristiano y el islam contemporáneos, el compromiso bizantino con la educación femenina era ciertamente inusual. Las niñas de las familias aristocráticas o prósperas no iban a la escuela, pero las educaban en casa tutores privados. En el mundo bizantino de los siglos IX, X y XI, se alababa a las mujeres instruidas por ser capaces de disertar como Platón o Pitágoras. La más famosa de estas intelectuales fue la princesa Ana Comnena, quien describió las hazañas de su padre Alejo en una biografía bien escrita en la que cita profusamente a Homero y Eurípides. Pero además de estas figuras literarias, en el Imperio bizantino también había médicas, hecho digno de mención por su escasez en otras sociedades occidentales hasta época reciente.

Son más conocidos los logros bizantinos en los campos de la arquitectura y el arte. El ejemplo arquitectónico más bello es la iglesia de Santa Sofía (Sagrada Sabiduría) en Constantinopla, construida en el siglo VI por el emperador Justiniano con un coste enorme. Aunque se edificó antes de la fecha que hemos tomado como inicio de la historia bizantina, su estilo e influencia posterior son inequívocamente bizantinos. La diseñaron arquitectos de origen helenístico, pero era completamente diferente de cualquier templo griego. Su objetivo no era enorgullecerse de las proezas humanas, sino simbolizar la naturaleza introspectiva y espiritual de la religión cristiana. Por esta razón, los arquitectos prestaron poca atención a la apariencia externa del edificio. Para los muros exteriores sólo se utilizó ladrillo recubierto de yeso; no había revestimientos de mármol, gráciles columnas ni frisos esculpidos. Sin embargo, el interior estaba decorado con mosaicos de ricos colores, pan de oro, columnas de mármol y trozos de vidrio tintado colocados en ángulo para que refractaran los rayos de sol como si se tratara de gemas resplandecientes. A fin de resaltar la impresión de milagro, el edificio se construyó de tal modo que la luz no parecía provenir del exterior, sino generarse dentro.

El diseño estructural de Santa Sofía fue algo completamente nuevo en la historia de la arquitectura. Su rasgo central era la aplicación del principio de la cúpula a un edificio de planta cuadrada. La iglesia se diseñó en forma de cruz con una magnífica cúpula sobre su cuadrado central. El principal problema era cómo ajustar la circunferencia de la cúpula a la zona cuadrada que pretendía cubrir. La solución fue contar con cuatro grandes arcos que surgían de pilares en las cuatro esquinas del cuadrado. El borde de la cúpula se hacía descansar entonces en las dovelas de los arcos, mientras que los espacios triangulares curvados que quedaban entre los arcos se cubrían con ladrillos. El resultado fue una estructura arquitectónica con una resistencia maravillosa, que al mismo tiempo posibilitaba un estilo de grandeza y

delicadeza imponentes. La gran cúpula de Santa Sofía tiene un diámetro de 31,87 metros y se yergue a una altura de 56,6 metros del suelo. Hay tantas ventanas colocadas alrededor de su borde que parece carecer de soporte y estar suspendida en el aire.

BIZANCIO Y EL MUNDO CRISTIANO OCCIDENTAL

Después de las escaramuzas del período iconoclasta, las relaciones entre los cristianos orientales y occidentales continuaron tensas, debido en parte a que a Constantinopla le molestaban las reclamaciones occidentales (iniciadas por Carlomagno en el año 800) para gobernar un Imperio romano rival, pero sobre todo porque continuaban aumentando las diferencias religiosas entre ambos. Desde el punto de vista bizantino, los occidentales eran zafios e ignorantes, incapaces de entender la lengua griega, en la que todos los teólogos serios se desenvolvían; mientras que a los ojos de los europeos occidentales los bizantinos eran arrogantes, afeminados y proclives a la herejía. En 1054, las reclamaciones papales a la primacía sobre la Iglesia oriental provocaron un cisma religioso que nunca se ha cerrado. A partir de entonces las cruzadas remacharon la brecha divisoria.

Después del saqueo de Constantinopla en 1204 a manos de los cruzados, el odio bizantino a los occidentales se intensificó. «Entre ellos y nosotros —escribió un bizantino— existe ahora un profundo cisma: no tenemos un solo pensamiento en común.» Los occidentales llamaban a los orientales «la escoria de la escoria [...] indignos de la luz del sol». Los orientales llamaban a los occidentales los hijos de la oscuridad, en alusión al hecho de que el sol se pone por el oeste. Los beneficiarios de este odio fueron los turcos, que conquistaron Constantinopla en 1453 y poco después la mayor parte de Europa suroriental.

En vista de esta larga historia de hostilidades (que analizaremos con mayor extensión en el capítulo siguiente), es mejor concluir aquí el repaso sobre la civilización bizantina recordando lo mucho que le debe el mundo europeo occidental. El Imperio bizantino actuó de barrera frente al islam de los siglos VII al XI, con lo que ayudó a conservar un Occidente independiente y cristiano. Los europeos occidentales también mantienen una enorme deuda cultural con los eruditos bizantinos, que conservaron la mayor parte de la tradición literaria griega clásica durante siglos, cuando sus textos eran totalmente desconocidos en Europa occidental. El arte bizantino ejerció asimismo una profunda influencia en el de Europa occidental. La basílica de San Marcos de Venecia refleja dicha influencia, así como el arte de pintores occidentales tan grandes como Giotto y El Greco. Los viajeros modernos que contemplan mosaicos bizantinos en ciudades como Rávena y Palermo se quedan

sobrecogidos; los que llegan a Estambul todavía encuentran Santa Sofía impresionante. En una joya tan bella, la luz del Imperio bizantino continúa brillando.

La expansión del islam

En contraste con la historia bizantina, que no cuenta con un claro comienzo datable, pero sí con un final definitivo en 1453, la de la civilización islámica presenta un nítido punto de origen con la trayectoria de Mahoma en el siglo VII, pero no un final. Los creyentes del islam, conocidos como musulmanes, abarcan en la actualidad en torno a un séptimo de la población global: en sus mayores concentraciones se extienden desde África, Oriente Medio y los estados de la antigua Unión Soviética hasta el sur de Asia e Indonesia. Todos los musulmanes admiten una religión y un modo de vida comunes, pues el islam siempre ha exigido a sus seguidores no sólo la adhesión a formas comunes de culto, sino también a ciertas normas sociales y culturales. De hecho, más que el judaísmo y el cristianismo, el islam ha sido un gran experimento al tratar de construir una sociedad mundial basada en la plena armonía entre los requerimientos religiosos y los preceptos de la existencia cotidiana. En este apartado esbozaremos el inicio de la historia del experimento islámico, destacando sobre todo su expansión hacia Occidente. No obstante, debemos recordar que se extendió en muchas direcciones y que a la larga tuvo tanta influencia en la historia de África y el sur de Asia como en la de Europa o Asia occidental.

EL ASCENSO DEL ISLAM

El islam nació en Arabia, tierra desierta tan atrasada antes de su fundación, que los dos imperios vecinos dominantes, el romano y el persa, nunca se preocuparon de conquistarla. Los árabes, en su mayoría, eran beduinos, pastores de camellos nómadas que vivían de la leche de sus animales y de los productos de los oasis. En la segunda mitad del siglo VI, Arabia contempló una aceleración de la vida económica debido a un cambio en las rutas comerciales largas. Las prolongadas guerras entre los Imperios bizantino y persa la convirtieron en una ruta de paso más segura que otras alternativas para las caravanas que viajaban entre África y Asia. Algunos pueblos crecieron para dirigir y aprovechar este aumento del comercio. El más prominente fue La Meca, que no sólo se hallaba en la encrucijada de importantes rutas comerciales, sino que era un centro religioso desde hacía mucho tiempo. En La Meca se encontraba la Kaaba, un santuario de peregrinación que servía como lugar central de culto para muchos clanes y tribus árabes diferentes. (Dentro de la Kaaba estaba la

Piedra Negra, un meteorito adorado como reliquia milagrosa por los adeptos de muchas divinidades diferentes.) Los hombres que controlaban este sepulcro y también dirigían la vida económica de la zona de La Meca pertenecían a la tribu de los quraysíes, una aristocracia de comerciantes y empresarios que proporcionaba el escaso gobierno que conocía la región.

Mahoma, el fundador del islam, nació en La Meca en una familia quraysi hacia el año 570. Huérfano a edad temprana, entró al servicio de una viuda rica con quien más tarde se casó, lo que le proporcionó seguridad financiera. Hasta la madurez vivió como comerciante próspero, difería poco de sus semejantes del pueblo, pero en torno al año 610 sufrió una experiencia religiosa que cambió el curso de su vida y, a la larga, también el de una buena parte del mundo. Aunque hasta entonces la mayoría de los árabes eran politeístas que reconocían cuando mucho la vaga superioridad de un dios más poderoso al que llamaban Alá, en el año 610 Mahoma escuchó una voz procedente del cielo que le decía que no había más dios que Alá. En otras palabras, como resultado de una experiencia de conversión, se transformó en un monoteísta intransigente. A partir de entonces recibió otros mensajes que pasaron a ser la base de una nueva religión y que le mandaban que aceptara la llamada como «Profeta» para proclamar la fe monoteísta a los quraysíes. En un principio no tuvo mucho éxito en ganar conversos más allá de un círculo limitado, tal vez porque los hombres principales de los quraysíes creyeron que el establecimiento de una nueva religión privaría a la Kaaba, y por ende a La Meca, de su lugar central en el culto local. Sin embargo, el pueblo de Yathrib, al norte, no tenía esas preocupaciones, y sus representantes invitaron a Mahoma a que emigrara allí y sirviera de árbitro neutral en las rivalidades locales. En el año 622 Mahoma y sus seguidores aceptaron la invitación. Como su emigración —la Hégira— supuso el comienzo de un nuevo destino para Mahoma, los musulmanes consideran que marca el inicio de su era: del mismo modo que los cristianos empiezan su era con el nacimiento de Cristo, los musulmanes comienzan su sistema de datación con la Hégira del año 622.

Mahoma cambió el nombre de Yathrib a Medina (la «ciudad del Profeta») y se estableció de inmediato como su gobernante. Mientras lo hacía, de forma consciente comenzó a organizar a sus conversos en una comunidad política y religiosa, pero seguía necesitando encontrar algún medio de sostén para sus seguidores originales de La Meca y además deseaba consolidar su autoridad política y profética entre los quraysíes. Por consiguiente, se puso a lanzar incursiones contra las caravanas quraysíes que viajaban más allá de La Meca. Los quraysíes lucharon por defenderse, pero al cabo de unos cuantos años la banda de Mahoma, encendida de entusiasmo religioso, logró derrotarlos. En el año 630, tras varias batallas en el desierto, Mahoma entró triunfante en La Meca. A partir de entonces los quraysíes se sometieron a la nueva fe y la Kaaba no sólo se conservó, sino que se convirtió en el principal

santuario del islam, como lo sigue siendo. Después de la toma de La Meca, otras tribus de Arabia aceptaron a su vez la nueva fe. Aunque Mahoma murió en el año 632, vivió lo suficiente para ver triunfar la religión que había fundado.

LAS ENSEÑANZAS RELIGIOSAS DEL ISLAM

La palabra *islam* significa «sumisión», y la fe del islam llama a la sumisión absoluta a Alá, el creador, dios todopoderoso, la misma deidad omnipotente adorada por los cristianos y judíos. Así pues, en lugar de afirmar que los musulmanes creen que «no hay más dios que Alá», es más acertado observar que creen que «no hay más divinidad que Dios». En consonancia con este monoteísmo estricto, los musulmanes creen que Mahoma fue el último y mayor profeta de Dios, pero no que fuera Dios.

Los hombres y mujeres deben someterse por completo a Dios porque el juicio divino es inminente. Los mortales tienen que realizar una elección fundamental: empezar una nueva vida de servicio divino; si así lo deciden, Dios los guiará hacia la bendición, pero en caso contrario les dará la espalda y se convertirán en malvados irredimibles. El día del juicio final a los piadosos se les concederá la vida eterna en un paraíso de delicias, pero los condenados serán enviados a un reino de fuego y tortura eternos. Los pasos prácticos que debe dar el creyente se encuentran en el Corán, la compilación de las revelaciones enviadas por Dios a Mahoma y, por lo tanto, la escritura islámica suprema. Estos pasos incluyen dedicación completa a la rectitud moral y la compasión, así como fidelidad a una serie de prácticas religiosas: un régimen de oraciones y ayunos, peregrinación a La Meca y la recitación frecuente de partes del Corán.

No es coincidencia el que buena parte de la religión del islam se asemeje al judaísmo y al cristianismo; sin duda, a Mahoma le influyeron ambas religiones. (Había muchos judíos en La Meca y Medina; Mahoma también conocía el pensamiento cristiano, si bien de manera más indirecta.) En lo que más se parece el islam al judaísmo y al cristianismo es en su monoteísmo estricto, su énfasis en la moralidad y compasión personales, y su confianza en la escritura revelada y escrita. Mahoma proclamó que el Corán era la fuente suprema de autoridad religiosa, pero aceptaba que tanto la Biblia hebrea como el Nuevo Testamento cristiano eran obras de inspiración divina. Puede que también extrajera del cristianismo sus doctrinas sobre el juicio final y la resurrección de la carne, con las recompensas y castigos posteriores, así como su creencia en los ángeles (informó de que Dios le había enviado el primer mensaje con el ángel Gabriel). Pero aunque Mahoma aceptaba a Jesucristo como uno de los mayores profetas de una larga lista, no creía en su divinidad. Tampoco afirmaba haber realizado más milagros que escribir el Corán.

El islam es una religión sin sacramentos ni sacerdotes. Todo creyente musulmán tiene la responsabilidad directa de vivir la vida de la fe sin intermediarios; en lugar de sacerdotes, sólo hay eruditos religiosos que comentan los problemas de la fe y la ley islámica, y que actúan como jueces en las disputas. Los musulmanes deben rezar juntos en las mezquitas, pero no cuentan con una liturgia. La ausencia de clero asemeja el islam al judaísmo, similitud que se resalta por el énfasis islámico en la conexión inextricable entre la vida religiosa, social y política de la comunidad de inspiración divina. Sin embargo, a diferencia del judaísmo, el islam ha aspirado históricamente a unir el mundo en una comunidad única de creyentes bajo el gobierno de Alá.

LAS CONQUISTAS ISLÁMICAS

Esta inclinación hacia la influencia mundial se inició inmediatamente después de la muerte de Mahoma. Como no había hecho provisiones para el futuro y como los árabes no tenían un concepto preciso de sucesión política, no estaba claro si la comunidad de Mahoma iba a sobrevivir. Pero sus seguidores más cercanos, encabezados por su suegro Abu Bark y uno de los primeros conversos llamado Omar, tomaron en seguida la iniciativa y nombraron a Abu Bark califa, es decir, representante del Profeta y, por tanto, dirigente supremo religioso y político de todos los musulmanes. En cuanto se convirtió en califa, Abu Bark comenzó una campaña militar para someter a varias tribus árabes que habían seguido a Mahoma, pero que no estaban dispuestas a aceptar la autoridad de su sucesor. En el curso de esta victoriosa acción militar, las fuerzas de Abu Bark empezaron a extenderse hacia el norte más allá de las fronteras de Arabia. Probablemente para su sorpresa, encontraron escasa resistencia de las fuerzas bizantina y persa.

Abu Bark murió dos años después de su ascensión, y le sucedió Omar como califa, que continuó dirigiendo sus ejércitos contra Bizancio y Persia. En los años siguientes, los triunfos árabes se sucedieron casi sin interrupciones. En el año 636 los árabes derrotaron a un ejército bizantino en Siria y de inmediato tomaron toda la zona y ocuparon las importantes ciudades de Antioquía, Damasco y Jerusalén. En el año 637 destruyeron el principal ejército de los persas y marcharon contra la capital, Ctesifonte. Una vez tomado este centro administrativo, el Imperio persa, como estaba muy centralizado, ofreció escasa resistencia. En el año 651 la conquista árabe de todos los dominios persas ya era completa. Las fuerzas islámicas se dirigieron entonces al oeste, hacia el norte de África, tomaron el Egipto bizantino en el año 646 y extendieron su control por el resto del área norteafricana durante las décadas siguientes. Los intentos por tomar Constantinopla en los años 677 y 717 fracasaron,

pero en el año 711 los árabes cruzaron desde el norte de África a la Hispania visigoda y muy pronto dominaron también casi toda esa zona. De este modo, en menos de un siglo las fuerzas del islam habían conquistado la antigua Persia y buena parte del mundo tardorromano.

¿Cómo cabe explicar esta expansión prodigiosa? La mejor manera es considerar primero qué impulsaba a los conquistadores y después valorar qué circunstancias contribuyeron a facilitar su camino. En contra de la creencia extendida, la propagación inicial del islam no se logró con una cruzada religiosa. Al principio los árabes no estaban interesados en convertir a otros pueblos; esperaban más bien que las poblaciones conquistadas no se convirtieran para mantener su identidad como comunidad de gobernantes y recaudadores de impuestos. Pero aunque sus motivos para la expansión no eran religiosos, el entusiasmo religioso sí desempeñó un papel crucial para conseguir que los hasta entonces ingobernables árabes aceptaran órdenes del califa y en instilar el sentimiento de que estaban realizando la voluntad de Dios. En realidad, lo que sacó a los árabes del desierto fue la búsqueda de un territorio y un botín más ricos, y lo que hizo que prosiguieran su avance fue la facilidad con que adquirirían riqueza a medida que conquistaban.

La inspiración árabe en el islam también coincidió con un período de debilidad en sus principales enemigos. Los bizantinos y los persas estaban tan agotados por las largas guerras entre ellos y contra los «bárbaros» que apenas les quedaban fuerzas para afrontar un nuevo desafío. Además, muchas de las poblaciones de Egipto, el norte de África y Asia Menor estaban hartas de las exigencias financieras de sus gobernantes burocráticos. La conquista del islam suponía la liberación no sólo de unos impuestos opresivos, sino también de la persecución de la ortodoxia religiosa de Constantinopla, que de forma sistemática se había propuesto suprimir a los grupos cristianos «herejes» en todas estas zonas. Como los árabes no exigían la conversión y reclamaban menos impuestos que los bizantinos y los persas, a menudo se los prefería a los antiguos gobernantes. Un escritor cristiano de Siria iba más lejos al declarar: «el Dios de la venganza nos libró de las manos de los romanos [es decir, del Imperio bizantino] valiéndose de los árabes». Por todas estas razones, el islam se propagó con rapidez por el territorio comprendido entre Egipto e Irán, y allí arraigó desde entonces.

EL CISMA CHIÍ-SUNÍ

Mientras los árabes extendían sus conquistas, se toparon con las primeras divisiones políticas serias. En el año 644 murió el califa Omar; le sucedió Utmán, un gobernante débil que para muchos tenía el inconveniente añadido de pertenecer a la familia

Omeya, un clan acaudalado de La Meca que al principio no había aceptado la llamada de Mahoma. Los descontentos con Utmán se congregaron en torno al sobrino y yerno del profeta, Alí, cuya sangre, orígenes y espíritu guerrero le hacían parecer un dirigente más apropiado para la causa. Cuando los amotinados asesinaron a Utmán en el año 656, los partidarios de Alí lo elevaron a califa. Pero la poderosa familia de Utmán y sus seguidores no estaban dispuestos a aceptarlo. En los disturbios posteriores Alí fue asesinado y el partido de Utmán salió triunfante. En el año 661 un miembro de la familia Omeya se alzó como califa y esa casa gobernó el mundo islámico hasta el año 750. Los seguidores de Alí no aceptaron la derrota. Con el tiempo, se consolidaron en un partido religioso minoritario conocido como chií (*shi* en árabe, «partido» o «facción»); este grupo insistía en que sólo los descendientes de Alí podían ser califas o gozar de autoridad sobre la comunidad musulmana. A los que apoyaban la evolución histórica del califato y se comprometieron con sus costumbres se los llamó suníes (*sunna* significa «costumbre religiosa»). La brecha entre los dos partidos ha sido duradera en la historia islámica. Los chiíes, perseguidos con frecuencia, desarrollaron una gran militancia y un profundo sentimiento de ser los únicos verdaderos conservadores de la fe. De cuando en cuando lograron alcanzar el poder en alguna zona, pero nunca consiguieron convertir a la mayoría de los musulmanes. En la actualidad gobiernan en Irán y son muy numerosos en Irak, pero no suponen más que en torno a la décima parte de la población islámica mundial.

OMEYAS Y ABASÍES

El triunfo de los omeyas en el año 661 dio inicio a un período más estable en la historia del califato que duraría hasta el siglo x. Durante estos siglos hubo dos orientaciones de gobierno principales: la occidental, representada por los omeyas, y la oriental de sus sucesores, los abasíes. La capital omeya fue Damasco, en el antiguo territorio bizantino de Siria, y en muchos sentidos el califato omeya funcionó como un estado sucesor de Bizancio, que continuó empleando incluso a burócratas antes bizantinos. Los omeyas concentraron sus energías en el dominio del Mediterráneo y la conquista de Constantinopla. Cuando en el año 717 fracasó el ataque masivo a la capital, su fuerza se vio seriamente debilitada; era sólo cuestión de tiempo que surgiera una nueva orientación.

Esta nueva perspectiva llegó con el acceso al poder de una nueva familia, los abasíes, en el año 750. Su gobierno resaltó más los elementos persas que los bizantinos. Reflejo de este cambio fue la elección de una capital diferente: el segundo califa abasí construyó su nueva capital de Bagdad en Irak, cerca de las ruinas de la antigua ciudad persa, e incluso se apropió de piedras de sus restos. Los abasíes

desarrollaron su propia administración musulmana e imitaron el absolutismo persa. Sus califas mataron sin piedad a sus enemigos, se rodearon de elaboradas ceremonias cortesanas y patrocinaron generosamente una literatura muy elaborada. Éste es el mundo descrito en *Las mil y una noches*, colección de relatos de esplendor deslumbrante en Bagdad bajo los abasíes. La presencia dominante en estos relatos, Harún al-Rashid, reinó como califa entre los años 786 y 809, y su conducta fue tan extravagante como se describe: lanzaba monedas a las calles, hacía suntuosos regalos a sus favoritos y propinaba castigos severos a sus enemigos.

Los monarcas abasíes de Hispania fueron igualmente pródigos en su mecenazgo literario y cultural. El califa Al-Hakam II de Córdoba (961-976), por ejemplo, reunió una biblioteca de más de cuatrocientos mil volúmenes —sólo su catálogo de títulos alcanza los cuarenta y cuatro volúmenes— en una época en la que en Europa occidental un monasterio con cien libros ya parecía un centro de erudición.

Para los cristianos de Bizancio y Europa occidental, el califato abasí fue significativo no sólo por sus logros culturales, sino también porque su orientación hacia el este restó cierta presión militar al Occidente mediterráneo. En consecuencia, el estado bizantino pudo recuperarse un poco tras un siglo de presión militar de los omeyas. Más hacia el oeste, los francos de la Galia también se beneficiaron del advenimiento de los abasíes. Como una dinastía omeya continuaba controlando Hispania, el gran monarca franco Carlomagno (768-814) mantuvo relaciones diplomáticas y comerciales con el califato abasí de Harún al-Rashid contra su enemigo omeya común. El símbolo más famoso de esta conexión fue el elefante que Harún al-Rashid envió a Carlomagno. Sin embargo, fue más importante el flujo de plata que se abrió paso desde el Imperio abasí por el norte a través de Rusia y el Báltico hasta Renania, a cambio de las exportaciones francas de pieles, esclavos, cera, miel y cuero. Joyas, sedas, especias y otros artículos de lujo procedentes de la India y el Lejano Oriente también fluían por el norte y el oeste hasta el mundo franco a través del Imperio abasí. Estos vínculos comerciales con el mundo abasí ayudaron a financiar los extraordinarios logros culturales del renacimiento carolingio.

El cambiante mundo islámico

Sin embargo, durante los siglos IX y X el poder de la dinastía abasí declinó con rapidez. Siguió un extenso período de descentralización que se vio reflejado durante el siglo XI en la Hispania omeya. Una causa fundamental del derrumbe abasí fue el empobrecimiento gradual de su base económica —la riqueza agrícola de la cuenca del Tigris-Éufrates— como resultado de crisis ecológicas y una devastadora revuelta de la mano de obra africana esclavizada que labraba las marismas del sur de Irak. Los

ingresos fiscales del Imperio abasí también estaban disminuyendo porque los gobernantes provinciales del norte de África, Egipto y Siria retenían para sí porciones cada vez mayores de lo que recaudaban. Con menores ingresos, los abasíes fueron incapaces de mantener su extenso funcionariado o el nuevo ejército mercenario que habían creado. Éste estaba compuesto en su mayoría por esclavos cuya lealtad no pertenecía al califato en sí, sino a los califas que los empleaban. Para defender sus intereses, el ejército se convirtió pronto en una fuerza dominante para nombrar y asesinar califas. Los carísimos proyectos de construcción, entre los que se incluían la refundación de la capital abasí de Bagdad, exacerbaron más la crisis fiscal, militar y política.

Detrás de la crisis abasí se encontraban dos circunstancias fundamentales, de gran significado para el futuro del mundo islámico: el aumento del regionalismo y las crecientes divisiones religiosas entre suníes y chiíes y entre los mismos chiíes. En el año 909 se sumaron las hostilidades regionales y religiosas cuando una dinastía chií local, conocida como los Fátimidas, se hizo con el control de la provincia abasí del norte de África. En el año 909 los Fátimidas consiguieron conquistar también Egipto. Entre tanto, otro grupo chií, rival tanto de los Fátimidas como de los abasíes, atacó Bagdad en el año 927 y La Meca en 930, y tomó la Kaaba. A partir de entonces, el poder efectivo de los abasíes sobre el imperio se derrumbó por completo. Aunque en Bagdad continuó existiendo un califato abasí hasta 1258, cuando los ejércitos mongoles invasores acabaron con él, en la práctica había desaparecido en la década de 930. En su lugar comenzó a surgir un nuevo orden en el mundo musulmán oriental, centrado en un reino egipcio independiente y un nuevo estado musulmán ubicado en Persia.

En Hispania, la debilidad de los omeyas fue consecuencia más directa de los fracasos políticos y las disputas sucesorias que del desplome económico. En los siglos IX y X la Hispania musulmana era una región agrícola y comercial enormemente próspera. Pero desde mediados del siglo IX la renovada presión militar de los renacidos reinos cristianos del norte y el este exacerbó las dificultades políticas internas del califato omeya, que acabó disolviéndose en los primeros años del siglo XI para dar lugar a una multitud de pequeños reinos de taifas, algunos de los cuales pagaban tributo a los monarcas cristianos del norte. En 1085 la gran ciudad de Toledo cayó ante el rey cristiano Alfonso VI de León. Alarmado, un nuevo grupo de puristas norteafricanos conocido como los almorávides invadió la Hispania musulmana, controló el avance cristiano y amalgamó la Hispania islámica con su imperio norteafricano. Otro de esos grupos, los almohades, repitió este patrón durante el siglo XII. Pero ni los unos ni los otros consiguieron volver a unir los insignificantes reinos enfrentados de la Hispania islámica. Uno a uno, estos reinos de taifas cayeron víctimas de las fuerzas arrolladoras de los reinos cristianos peninsulares. Aunque el

último reino musulmán, el principado de Granada, no caería hasta 1492, la reconquista cristiana de Hispania ya se había completado prácticamente a mediados del siglo XIII.

Sin duda, la extravagancia e incompetencia de los gobernantes musulmanes del siglo XI desempeñaron un papel importante en el derrumbe del califato omeya. Pero actuaron factores mayores en la ruptura de la unidad del mundo islámico que trascendieron los fallos de los califas particulares. Aunque la sociedad islámica era tolerante en cuanto a la religión, al menos hacia los judíos y cristianos (a quienes, como *dhimmis*, «pueblos del Libro», se les permitía mantener su religión pagando un impuesto especial a sus gobernantes musulmanes; sin embargo, a los paganos se los obligaba a convertirse al islam), abundaban las tensiones étnicas y causaron más divisiones cuando el idealismo de las conquistas iniciales se desvaneció con el tiempo. Estas tensiones étnicas entre los árabes, turcos, bereberes, africanos subsaharianos y persas también complicaron las profundas divisiones regionales que habían caracterizado esta zona del mundo durante siglos antes de que se iniciaran las conquistas islámicas. A la inestabilidad política del mundo musulmán se añadía además el monoteísmo intransigente y el igualitarismo religioso del islam. Los monarcas musulmanes (como algunos de los Abásíes) que adoptaron estilos persas de gobierno semidivino a menudo fueron asesinados por blasfemos. Así pues, las tensiones entre la universalidad del credo islámico y las realidades del particularismo regional, la hostilidad étnica y el conflicto religioso entre suníes y chiíes se combinaron para socavar la unidad política del Imperio islámico.

SOCIEDAD Y CULTURA MUSULMANAS, 900-1250

Sin embargo, la descentralización política del mundo musulmán no causó de forma automática la decadencia cultural. En realidad, la civilización islámica prosperó mucho en el «período medio», sobre todo desde en torno al año 900 hasta 1250, aproximadamente. Durante estos siglos el gobierno islámico se extendió a las actuales Turquía y la India, pese al derrumbe de los califatos. La historia islámica no es ni mucho menos un relato de declive constante desde la época de Harún al-Rashid; por el contrario, el período cultural más creativo acababa de comenzar cuando llegó a su fin el siglo IX.

La cultura y la sociedad islámicas fueron extraordinariamente cosmopolitas y dinámicas desde sus primeros días. El propio Mahoma no era un árabe del desierto, sino un comerciante de ciudad imbuido de ideales avanzados. Después la cultura musulmana se volvió muy cosmopolita por varias razones: heredó la sofisticación de Bizancio y Persia; permaneció centrada en las encrucijadas del comercio de largo

recorrido entre el Lejano Oriente y Occidente; y la próspera vida urbana en la mayoría de los territorios musulmanes sirvió de contrapeso a la agricultura. La importancia del comercio suponía gran movilidad geográfica. Las enseñanzas de Mahoma fomentaron más la movilidad social porque el Corán destacaba la igualdad de todos los musulmanes. El resultado fue que en las cortes de Bagdad y Córdoba, y después en las de los estados musulmanes que las sucedieron, para las personas con talento había posibilidades de prosperar. Como la alfabetización estaba notablemente extendida —un cálculo aproximado para el año 1000 más o menos señala que el 20 por ciento de los musulmanes varones sabía leer el árabe del Corán—, muchos podían ascender mediante la educación. Rara vez los cargos se consideraban hereditarios, y «nuevos hombres» podían llegar a la cima si demostraban iniciativa y habilidades.

Había una importante excepción a esta regla de igualitarismo: el trato a las mujeres. Tal vez porque la posición social era tan fluida, los hombres de éxito ansiaban a toda costa conservar y mejorar su situación y «honor»; podían lograrlo manteniendo o ampliando sus posesiones mundanas, entre las que se incluían las mujeres. Puesto que las mujeres de un hombre eran lo más «valioso» de su posición, tenía que asegurarse su inviolabilidad. El Corán permitía a un hombre casarse con cuatro esposas, así que las mujeres escaseaban y las casadas se segregaban de los restantes hombres. Un hombre rico tendría además un número de sirvientas y concubinas, a quienes guardaba en una parte de su residencia llamada el harén, donde estaban protegidas por eunucos, es decir, hombres castrados. Dentro de estos cotos las mujeres rivalizaban por la preeminencia y participaban en intrigas para mejorar el destino de sus hijos. Aunque sólo los más ricos podían mantener grandes harenes, el sistema lo imitaban al máximo todas las clases sociales. Basadas en el principio de que las mujeres eran bienes muebles, estas prácticas fomentaron su degradación y las actitudes de dominio en la vida sexual. Aunque en la sociedad de clase alta se toleraban las relaciones homosexuales masculinas, éstas también se basaban en patrones de dominio, por lo general de un adulto poderoso sobre un muchacho adolescente, en buena medida como sucedía en el mundo griego antiguo.

Había dos vías importantes abiertas para los hombres que deseaban dedicarse a la vida religiosa islámica. Una era la de los *ulemas*, hombres instruidos cuya labor consistía en estudiar y ofrecer consejo sobre todos los aspectos de la religión y la ley religiosa. No resulta sorprendente que estos hombres apoyaran con frecuencia la tradición y el mantenimiento riguroso de la fe; a menudo ejercían una gran influencia sobre la conducta de la vida pública. Los ulemas se complementaban con los *sufis*, místicos religiosos que equivaldrían a los monjes cristianos si no fuera por el hecho de que no estaban obligados al celibato y rara vez se retiraban de la vida de la comunidad. Los sufís se centraban en la contemplación y el éxtasis, mientras que los

ulemas lo hacían en la ley religiosa; no tenían un programa común y en la práctica se comportaban de manera muy diferente. Algunos sufís eran «derviches giradores», conocidos así en Occidente por sus danzas; otros eran faquires, asociados en Occidente con el encantamiento de serpientes en los mercados, y otros más eran hombres tranquilos y reflexivos que no practicaban ritos exóticos. Los sufís solían estar organizados en «hermandades» que se esforzaban en convertir zonas distantes como África y la India. En todo el mundo islámico el sufismo proporcionaba un canal para los impulsos religiosos más intensos. La habilidad para coexistir de los ulemas y los sufís atestigua el pluralismo cultural del mundo islámico. Pero la ausencia de vías para las mujeres religiosas comparables a los conventos del mundo cristiano es un recordatorio de los límites impuestos por el género a dicho pluralismo.

FILOSOFÍA, CIENCIA Y MEDICINA MUSULMANAS

La filosofía islámica de la Edad Media estaba firmemente arraigada en la tradición filosófica griega. Incluso antes del ascenso del islam, varios textos filosóficos griegos habían sido traducidos al siríaco, un dialecto semítico. Las traducciones al árabe no se hicieron esperar, patrocinadas muchas de ellas por la corte abasí de Bagdad, que estableció una escuela especial para este fin, conocida como la Casa de la Sabiduría. A finales del siglo X ya se disponía de las traducciones árabes de Aristóteles, Porfirio, Plotino y Platón, muy estudiadas en todo el mundo musulmán. Incluso en la remota ciudad persa de Bujara, el gran filósofo Avicena (Ibn Sina, 980-1037) fue capaz de leer todas las obras de Aristóteles antes de cumplir los dieciocho años.

Las dos mayores influencias en la filosofía islámica medieval fueron el aristotelismo y el neoplatonismo. Los filósofos musulmanes se esforzaron por reconciliar estas dos tradiciones filosóficas tan diferentes y los dogmas de la teología islámica. En cierto modo, reconciliar el aristotelismo y el neoplatonismo era la tarea más fácil. Muchas de las traducciones y comentarios aristotélicos con los que trabajaban los filósofos musulmanes ya estaban profundamente imbuidos de neoplatonismo. Aristóteles y los neoplatónicos compartían además varias asunciones comunes, incluida la eternidad del mundo, la racionalidad (quizá incluso la necesidad racional) de la existencia del mundo y la libertad de los seres humanos individuales para elegir entre el bien y el mal.

Conciliar la filosofía griega con la teología islámica resultaba más difícil. Al igual que el judaísmo y el cristianismo, el islam sostiene firmemente que un único Dios omnipotente creó el mundo en el tiempo como un acto de voluntad pura y que el mundo continuará existiendo hasta que Dios lo quiera. La teología islámica también cree en la inmortalidad del alma humana individual, otra doctrina plenamente en

pugna con el pensamiento aristotélico y neoplatónico. También había conflictos sobre la predestinación y el libre albedrío. Aunque los teólogos musulmanes medievales resaltaban la responsabilidad individual de los creyentes para elegir entre el bien y el mal, casi todos los musulmanes estaban de acuerdo en que nada malo podía ocurrirles a menos que Dios lo quisiera. A veces dichas convicciones podían llegar a un fatalismo reñido con las conjeturas filosóficas griegas.

Los filósofos islámicos adoptaron muchas posiciones diferentes en respuesta a estos retos. Alfarabí (muerto en el año 950) usó la lógica aristotélica para apoyar las conclusiones de la teología musulmana, pero sus ideas neoplatónicas acerca del mundo creado que emanaba de Dios y volvía a él le llevaron a posiciones místicas en pugna con la corriente teológica principal. Avicena, tal vez el más original de todos estos grandes pensadores, ofreció famosas pruebas sobre la realidad de la conciencia humana y la existencia de Dios. Pero el neoplatonismo le llevó también hacia posturas potencialmente heréticas sobre la eternidad del mundo y el emanacionismo. Algazel (1058-1111), en contraste, fue un aristoteliano mucho más cabal que atacó a Alfarabí y Avicena por su heterodoxia religiosa. Sin embargo, sólo fue capaz de resolver los conflictos entre la filosofía aristotélica y la teología islámica mediante una experiencia de conversión mística que le acabó llevando al sufismo. Su consejo a todas las partes de moderar sus posturas tuvo escaso efecto; y su propio misticismo filosófico era demasiado idiosincrásico para lograr una amplia aceptación.

El sucesor de Algazel, el español Averroes (Ibn Rusd, 1126-1198), dio la espalda al misticismo que había caracterizado el pensamiento de Avicena y Algazel. Racionalista cabal y el mayor erudito aristotélico de su época, escribió una serie de comentarios sobre las obras de Aristóteles que pretendían purgarlos de todas las influencias neoplatónicas. Traducidos del árabe al latín, estos comentarios influyeron el modo como leyeron y entendieron a Aristóteles los eruditos cristianos del siglo XIII, incluidos santo Tomás de Aquino y Dante. Al igual que Avicena, Averroes también era experto en la ley musulmana, además de teólogo y médico. Sin embargo, a diferencia de Avicena, subordinó por completo la teología a la filosofía; consideraba que ambas eran ciertas, pero de maneras diferentes. Las aserciones filosóficas eran ciertas en su significado literal, mientras que las declaraciones teológicas con frecuencia sólo lo eran cuando se interpretaban alegórica o simbólicamente, y sólo los filósofos estaban capacitados para determinar qué declaraciones teológicas eran literalmente ciertas, puesto que sólo ellos eran expertos en el significado literal.

Tales posturas no sentaron bien a los gobernantes fundamentalistas almohades de Hispania. Tras quemar varias de las obras de Averroes, lo exiliaron a Marruecos, donde falleció en 1198. Su muerte marca un momento decisivo en la filosofía islámica. A partir de entonces tendió a mezclarse con el misticismo sufista, la dirección tomada por Algazel, o quedó demasiado constreñida por las exigencias de

la ortodoxia islámica para llevar una existencia independiente. Pero en su apogeo entre los años 900 y 1200 la filosofía islámica era mucho más avanzada y sofisticada que la encontrada en Bizancio o Europa occidental.

A menudo, los filósofos islámicos eran también distinguidos médicos y científicos. La filosofía proporcionaba pocas recompensas en el mundo musulmán, pero los médicos y astrólogos de éxito podían ascender a posiciones de riqueza y poder, sobre todo si gozaban de conexiones con los monarcas y sus cortes. Tanto la astrología como la medicina eran ciencias aplicadas que se basaban en una observación minuciosa y precisa de los fenómenos naturales. De hecho, las observaciones musulmanas del firmamento eran tan precisas que algunos astrónomos llegaron a la conclusión de que la Tierra rotaba sobre su eje y giraba alrededor del Sol, en lugar de permanecer quieta con el Sol y los planetas rotando en torno a ella. Como tales teorías entraban en conflicto con las antiguas asunciones griegas, en general no fueron aceptadas. Sin embargo, tal vez ejercieran cierta influencia sobre Copérnico, el astrónomo europeo del siglo XVI al que suele adjudicarse que fue el primero en sugerir que la Tierra se movía alrededor del Sol.

Los avances islámicos en medicina fueron igualmente notables. Avicena descubrió la naturaleza contagiosa de la tuberculosis, describió la pleuresía y diversas variedades de dolencias nerviosas, además de señalar que las enfermedades podían propagarse por el agua y el suelo contaminados. Su *Canon de medicina* se mantendría como manual prestigioso en el mundo islámico y Europa occidental hasta el siglo XVII. Razes (865-925) descubrió mediante su labor clínica la diferencia entre sarampión y viruela. Médicos islámicos posteriores aprenderían el valor de la cauterización y los agentes hemostáticos, diagnosticarían el cáncer de estómago, prescribirían antídotos en casos de envenenamiento y realizarían notables avances en el tratamiento de las enfermedades oculares. También reconocieron el carácter infeccioso de la peste bubónica y señalaron que podía transmitirse por la ropa. Asimismo, los médicos musulmanes fueron pioneros en la organización de hospitales y concesión de títulos para practicar la medicina. Al menos había treinta y cuatro grandes hospitales en las principales ciudades de Persia, Siria y Egipto, cada uno con pabellones separados para enfermedades particulares, un dispensario para recetar medicinas y una biblioteca. Los principales médicos y cirujanos daban conferencias a los estudiantes y licenciados, los examinaban y otorgaban licencias para practicar la medicina. Incluso los dueños de las sanguijuelas (utilizadas para sangrados, práctica médica habitual en la época) tenían que someterse a su inspección en intervalos regulares.

Los científicos islámicos también realizaron importantes avances en óptica, química y matemática. Los físicos estudiaron la teoría de las lentes de ampliación y la velocidad, transmisión y refracción de la luz. La química fue consecuencia de la

alquimia, un sistema griego helenístico basado en el principio de que todos los metales podían transmutarse en oro si se empleaban las técnicas correctas. Los alquimistas musulmanes no produjeron oro, pero descubrieron diversas sustancias y compuestos nuevos entre los que se incluyeron el carbonato sódico, el alumbre, el bórax, el nitrato de plata, el salitre y los ácidos sulfúrico y nítrico. También fueron los primeros en describir los procesos químicos de la destilación, la filtración y la sublimación.

Los matemáticos islámicos unieron la geometría de los griegos con la ciencia de los números de los hindúes. Utilizando lo que los occidentales conocen como «números arábigos» (pero que en realidad son de origen hindú), desarrollaron una aritmética decimal basada en valores según la posición (el cero era crítico a este respecto). Además, realizaron avances fundamentales en álgebra y algoritmos (ambas palabras árabes). Basándose en la geometría griega referente a la moción celestial, también adelantaron mucho en la trigonometría esférica. De este modo, los matemáticos musulmanes reunieron e impulsaron todas las áreas del conocimiento matemático que se adoptarían y desarrollarían en Europa occidental desde el siglo XVI en adelante.

LITERATURA Y ARTE

La poesía era una forma literaria muy desarrollada en el mundo árabe incluso antes de la conversión al islam. A partir de entonces pasó a ser una vía de progreso en las cortes omeya y abasí. No toda esta poesía estaba escrita en árabe; en la corte abasí en especial, los poetas que escribían en persa disfrutaban de gran renombre. El más conocido de estos poetas para los públicos de Europa occidental es Omar Jayyam (muerto en 1123), cuyo *Robaiyyat* fue convertido en un popular poema inglés por el Victoriano Edward Fitzgerald. Aunque su traducción desvirtúa mucho el original, el hedonismo del poema de Omar («una jarra de vino, una barra de pan, y tú») refleja de manera fiel un tema común en buena parte de la poesía musulmana del período. La poesía lírica era particularmente desinhibida. Un poeta escribió de su amante: «tal fue mi beso, tal mi absorción de su boca / que casi lo dejé sin dientes». Como sugieren estos versos, una parte considerable de esta poesía era francamente homosexual, hecho que no provocaba inquietud dentro de los círculos cortesanos elitistas para los que se componía y recitaba.

Los judíos también participaron en este mundo literario elitista, sobre todo en Hispania, donde escribieron poemas sensuales y festivos tanto en hebreo como en árabe, elogiando el vino, la sexualidad y el canto. La Hispania musulmana contempló además un gran florecimiento de la cultura religiosa judía. El mayor erudito judío del

período fue Moisés Maimónides (1135-1204), cuya exposición sistemática de la ley judía en su famosa *Mishná Tora* le ganó el título de «segundo Moisés». Multitud de eruditos judíos —gramáticos, comentaristas bíblicos y autoridades legales— lo precedieron, pero pocos lo siguieron, al menos en Hispania. Los almohades enviaron a Maimónides al exilio, primero al norte de África y luego a Egipto, donde se convirtió en médico de la corte para el soberano musulmán de El Cairo. Su historia es un recordatorio de los vientos religiosos reaccionarios que soplaban por el mundo islámico durante el siglo XII y que acabarían causando el fin de su florecimiento cultural, primero en Hispania, pero después en todo el mundo mediterráneo.

Al igual que la filosofía y la literatura, el arte musulmán era muy ecléctico. Sus principales influencias provenían de Bizancio y Persia. La arquitectura fue quizá la más singular de todas las artes islámicas. Sus elementos característicos (la cúpula, la columna y el arco) procedían de Bizancio, pero se modificaron con el paso del tiempo hasta convertirse en un estilo arquitectónico propio que presentaba cúpulas bulbosas, arcos de herradura, minaretes, tracería en piedra, columnas trenzadas, mosaicos y bandas alternas de color. De Persia, los artistas musulmanes tomaron los diseños intrincados no naturalistas que usaron como elementos decorativos en todas las artes, junto con el gusto (compartido también por los bizantinos) por el color rico y sensual. Puesto que la teología musulmana consideraba idólatra toda representación artística de Alá, se desarrolló un prejuicio generalizado contra cualquier imagen de la forma humana en el arte, lo que tendió a inhibir el desarrollo de la pintura y la escultura. Sin embargo, los artistas musulmanes produjeron espléndidas alfombras, magníficos artículos de cuero, sedas brocadas y tapices, metalistería, cristalería esmaltada y cerámica pintada, todo decorado con caligrafía árabe, diseños geométricos entrelazados, plantas, frutas, flores y figuras de animales fantásticos (otra influencia persa). Estos complejos diseños pueden parecer con frecuencia asombrosamente modernos debido a su carácter no figurativo y abstracto.

COMERCIO E INDUSTRIA

Aunque la economía de Arabia en el siglo VII era relativamente primitiva, muchos de los territorios conquistados por los seguidores de Mahoma eran prósperos y estaban muy urbanizados. Siria, Egipto y Persia en particular se encontraban en las encrucijadas del mundo mediterráneo y unían las principales rutas comerciales entre África, Europa, la India y China. La conversión al islam no disminuyó su importancia económica; en todo caso la aumentó, pues sus contactos comerciales crecieron conjuntamente con la ampliación del mundo islámico. En el siglo X los comerciantes musulmanes ya habían penetrado en el sur de Rusia y África ecuatorial, además de

haberse convertido en los dueños de las rutas de caravanas que se dirigían al este hacia la India y China. Los barcos procedentes del mundo musulmán establecieron nuevas rutas comerciales por el océano Índico, el golfo Pérsico y el mar Caspio, y durante un tiempo dominaron también el mundo mediterráneo. Sin embargo, en los siglos X y XI los comerciantes cristianos occidentales fueron tomando poco a poco el control de las rutas del mar Mediterráneo; en el siglo XVI extenderían ese control al océano Índico. Ambos hechos fueron golpes serios a la economía del mundo musulmán.

El crecimiento del comercio musulmán a comienzos de la Edad Media refleja asimismo el desarrollo de diversas industrias importantes. Mosul, en Irak, era un centro de manufactura de tela de algodón; Bagdad se especializó en cristalería, joyería, cerámica y sedas; Damasco se hizo famosa por su fino acero y por su seda con dibujos formados por el tejido conocida como «damasco»; Marruecos e Hispania destacaban en la marroquinería; Toledo producía además excelentes espadas. Los mercaderes musulmanes también transportaban medicamentos, perfumes, alfombras, tapices, brocados, lanas, satenes, artículos de metal y multitud de otros productos fabricados por los artesanos musulmanes a todo el mundo mediterráneo.

Sin embargo, un producto merece una mención especial: el papel. Los musulmanes aprendieron a fabricarlo de los chinos, pero en seguida dominaron el arte. A finales del siglo VIII sólo Bagdad tenía ya más de cien tiendas donde se vendía papel blanco y libros escritos sobre papel. El papel era barato de producir, más fácil de almacenar y todavía más fácil de escribir en él que sobre papiro o pergamino. Como resultado, a comienzos del siglo XI ya había reemplazado al papiro incluso en Egipto, el centro de la producción de este último durante al menos cuatrocientos años.

La amplia disponibilidad del papel produjo una revolución en el mundo islámico. Muchos de los rasgos característicos de su civilización —registros burocráticos, altos niveles de alfabetización y producción de libros (sobre todo ejemplares del Corán), incluso la forma estándar de la caligrafía árabe cursiva conocida como cúfica— habrían sido imposibles sin esta abundancia de papel. Los europeos occidentales no lograron dominar la fabricación de papel hasta el siglo XIII, pero en cuanto lo hicieron, comenzaron a socavar el mercado de producción islámica. A finales del siglo XV, el mundo musulmán ya importaba casi todo su papel de Europa occidental, a pesar de que sus marcas de agua solían contener símbolos cristianos ofensivos para el islam.

EFFECTOS DE LA CIVILIZACIÓN ISLÁMICA EN EUROPA

En todas las zonas que hemos examinado, la civilización islámica eclipsaba tanto la

del Occidente cristiano que no cabe establecer una comparación. Cuando Occidente comenzó a avanzar, pudo hacerlo en parte debido a lo que había aprendido del islam. En la esfera económica, los occidentales absorbieron muchos logros de la tecnología islámica, como las técnicas de irrigación, la siembra de nuevos cultivos, la fabricación de papel y la destilación del alcohol. En la vida científica e intelectual también existió una gran deuda, como ponen de manifiesto las palabras tomadas del árabe o persa: álgebra, cifra, cero, nadir, amalgama, alambique, alquimia, soda, almanaque; y los nombres de muchas estrellas, como Aldebarán y Betelgeuse, se derivan de sus originales árabes. La civilización islámica conservó y extendió el conocimiento filosófico y científico griego cuando casi se había olvidado en Occidente. Todas las obras científicas griegas importantes de los tiempos antiguos se tradujeron al árabe; durante los siglos XII y XIII la mayoría se tradujo a su vez al latín mediante los esfuerzos combinados de eruditos musulmanes, judíos y cristianos occidentales. La conservación e interpretación de las obras de Aristóteles fue uno de los logros más duraderos del islam. Casi dos tercios de sus obras se recuperaron en Occidente por medio de traducciones latinas de textos árabes. Sus ideas también se interpretaron con ayuda islámica, sobre todo la de Averroes, cuyo prestigio era tan grande que los escritores occidentales medievales le llamaban simplemente «el Comentador». Los números arábigos, adoptados de la India por los matemáticos musulmanes, son otro legado intelectual de enorme importancia, como cualquiera descubrirá si trata de cuadrar las cuentas con números romanos.

Aparte de estas contribuciones específicas, podría decirse que la mayor influencia de la civilización islámica sobre Occidente consistió llanamente en situarse como un rival poderoso y espolear la imaginación. La civilización bizantina había estado demasiado relacionada con el Occidente cristiano y a partir del siglo XI era demasiado débil para cumplir esta función. En general, los occidentales de la Alta y Baja Edad Media desdeñaron a los griegos bizantinos, pero respetaron y temieron a los musulmanes. Y tenían razón para hacerlo, pues la civilización islámica en su cenit (por emplear otra palabra árabe) fue sin duda una de las mayores del mundo. Aunque su organización era poco cohesionada, reunió a los árabes, persas, turcos, africanos e indios en un mundo cultural y religioso común, con lo que creó una sociedad diversa y un legado espléndido de descubrimientos y logros originales.

La civilización cristiana occidental en la Alta Edad Media

En Europa occidental, el siglo VII marcó la transición entre los mundos tardoantiguo y altomedieval. Al final del siglo VI el cronista franco Gregorio de Tours todavía se veía viviendo en un mundo discerniblemente romano de ciudades, comercio, impuestos y

administraciones locales. Estaba orgulloso de la posición de su familia como senadores romanos y daba por sentado que sus parientes masculinos debían ser obispos que gobernarán, por derecho de cuna y posición, sobre sus ciudades episcopales y el campo circundante. Al igual que otros de su clase, Gregorio seguía hablando y escribiendo en latín; sin duda, un latín muy diferente de la prosa pulida de Cicerón seis siglos antes, pero era la misma lengua y había cambiado menos desde la época de Cicerón de lo que ha cambiado el español desde la época de Berceo. Es evidente que Gregorio se daba cuenta de que el Imperio romano occidental estaba ahora en manos de los reyes francos, visigodos, ostrogodos y lombardos. Pero los consideraba romanos porque gobernaban de acuerdo con los modelos romanos y, en el caso de los francos, porque lo hacían con la aprobación del emperador romano de Constantinopla. Era también una fuente de satisfacción para Gregorio que en los últimos años todos esos reyes bárbaros se hubieran convertido al cristianismo católico ortodoxo, hecho que reforzaba su *romanitas* («romanidad») y, de este modo, prestaba legitimidad a su mandato tanto en el cielo como en la tierra.

Sin embargo, doscientos años después, cuando Carlomagno, el más grande de todos los monarcas francos, fue coronado como nuevo emperador de Occidente, el sentido de continuidad directa que Gregorio de Tours mantenía con el mundo romano había desaparecido. Cuando Carlomagno emprendió la reforma cultural, religiosa y política de su imperio, su meta era revivir un Imperio romano del que ahora él y sus contemporáneos se consideraban distanciados. Buscaba una *renovatio Romanorum imperii* —una renovación del Imperio romano—, reconociendo de este modo en su mismo lema que pretendía revivir un imperio que había desaparecido. En algún punto entre Gregorio de Tours y Carlomagno se había producido una ruptura en la relación de los europeos con su pasado romano. Los europeos cultos dejaron de considerar que vivían en un Imperio romano continuado y empezaron a soñar con reconstruir ese imperio. Esta percepción de ruptura con el pasado romano se desarrolló durante el siglo VII y fue consecuencia de profundos cambios económicos, religiosos y culturales, lo que marcó el comienzo de una nueva era en la historia de la civilización europea occidental.

DESINTEGRACIÓN ECONÓMICA E INESTABILIDAD POLÍTICA

Como hemos visto, la economía del Imperio romano occidental empezó a regionalizarse cada vez más a partir del siglo III de nuestra era. Sin embargo, el mundo mediterráneo continuó siendo una unidad económica bastante bien integrada hasta finales del siglo VI. En el año 550 todavía circulaban las mismas monedas de oro en el Imperio romano oriental y occidental; un comercio de lujo en sedas,

especias, vino, grano y joyas continuaba viajando hacia el oeste; y esclavos, vino, grano y marroquinería seguía dirigiéndose al este desde el norte de África, Galia e Hispania hacia Constantinopla, Egipto y Siria. Sin embargo, en el año 650 la unidad del mundo mediterráneo ya se había quebrado, debido en parte al carácter destructivo de los esfuerzos de Justiniano por reconquistar el imperio occidental. En parte también fue una consecuencia de los ruinosos gravámenes bizantinos sobre las tierras agrícolas, en especial en Egipto y el norte de África, donde el resentimiento de los campesinos agobiados por los impuestos allanó el camino a las conquistas islámicas. La piratería musulmana desempeñó asimismo cierto papel en la socavación de la economía del mundo mediterráneo del siglo VII, si bien los musulmanes se convirtieron pronto en importantes mercaderes marítimos y a largo plazo sus conquistas contribuyeron más a la reconstrucción que a la destrucción de los patrones del comercio mediterráneo.

Sin embargo, para Europa occidental las causas más importantes de estos cambios económicos del siglo VII fueron internas. Las ciudades de Italia, Galia e Hispania continuaron declinando. Aunque los obispos todavía gobernaban desde las ciudades y, de este modo, proporcionaban un mercado para ciertos tipos de artículos de lujo, los reyes y nobles se trasladaron poco a poco al campo y vivieron lo más posible del producto de sus fincas en lugar de comprar sus suministros. Al mismo tiempo, la tierra agrícola se iba dejando de cultivar, sobre todo en las fincas mayores, a cuyos dueños les resultaba demasiado caro mantener las cuadrillas de esclavos jornaleros que habían constituido la espina dorsal de la agricultura comercial tardorromana. Cuando declinó el comercio, también lo hicieron los beneficios que obtenían los señores de los peajes. El sistema tardorromano de impuestos sobre la tierra también se estaba derrumbando, entre otras razones porque los francos y godos nacidos libres reclamaban su exención, lo que dejaba esta carga a la población romana y el campesinado servil. Además, los sistemas monetarios de Europa occidental se estaban viniendo abajo. A partir de la década de 630, las conquistas islámicas redujeron considerablemente el suministro de oro disponible; pero las monedas de oro eran ya demasiado valiosas para su utilización en las transacciones comerciales locales. A partir de la década de 660, los monarcas de Europa occidental cambiaron de un sistema monetario de oro a otro de plata. Europa continuaría siendo una economía basada en la plata durante los mil años siguientes.

Así pues, durante el siglo VII, Europa occidental se convirtió en una economía de dos niveles. El oro, la plata y los artículos de lujo circulaban entre los ricos, pero el campesinado recurría fundamentalmente al trueque y a diversos sustitutos de la moneda para facilitar sus transacciones. Los señores recaudaban las rentas de sus campesinos en comestibles, pero les resultaba difícil convertir esos pagos de grano, vino y carne en las armas, joyas y sedas que compraban prestigio en la sociedad

aristocrática de su época. En un mundo en que el poder de los señores dependía de su destreza para entregar esos presentes de elevado prestigio a sus partidarios militares, la imposibilidad de convertir las rentas campesinas en dinero contante y sonante suponía un impedimento serio. Significaba que para que los grandes hombres regalaran armas y joyas a sus seguidores, primero tenían que adquirirlos de los mercaderes y artesanos o mediante el saqueo y el tributo. De todos modos, los procesos por los que se adquirirían esos presentes probablemente resultarían desestabilizadores.

Los gobernantes triunfadores de los siglos VII, VIII y IX tendían a ser aquellos cuyos territorios lindaban con otros ricos pero mal defendidos que podían ser fácil y provechosamente atacados. Esas «lindes débiles» proporcionaban a los señores tierra y riqueza para distribuir entre sus partidarios, lo que les otorgaba más apoyo; mientras se fueran sucediendo las conquistas, el proceso de amasar poder y riqueza continuaría. Pero el poder adquirido por el saqueo y la conquista era intrínsecamente inestable. Unas pocas derrotas podían invertir todo el proceso con rapidez.

También contribuyeron a la inestabilidad del poder en este mundo los problemas que todas las dinastías reales de la Edad Media experimentaban al tratar de regular la sucesión a los tronos. Los reyes que se establecieron durante el período de invasión de los siglos V y VI no provenían de las tradicionales familias reales de sus pueblos. Es más, los ejércitos bárbaros que ocuparon el Imperio romano occidental durante estos años rara vez estaban compuestos por un único pueblo; por lo general, comprendían varios pueblos diferentes, incluidos un número considerable de romanos descontentos. La unidad que poseían era en buena medida creación de los reyes guerreros carismáticos que los dirigían, y este carisma no era fácil de transmitir mediante la herencia.

De todos los grupos bárbaros que establecieron reinos en el imperio occidental durante los siglos V y VI, sólo los francos lograron forjar una única dinastía real de la que saldrían sus futuros reyes durante los siguientes doscientos cincuenta años. Esta dinastía la fundó Clodoveo (muerto en el año 511), el gran rey guerrero de los francos que, al convertirse al cristianismo católico ortodoxo, también estableció una alianza entre su dinastía y los poderosos obispos romanos de la Galia. Pero la dinastía acabó conociéndose como Merovingia por Meroveo, el legendario abuelo de Clodoveo, que era un dragón marino. No es preciso tomar en serio esta afirmación, si bien, en definitiva, constituye un elocuente indicador de lo corta que era la genealogía conocida de Clodoveo, y de que nadie podía estar completamente seguro de quién era en realidad su abuelo.

Sin embargo, ni siquiera en la Galia eran los merovingios la única familia noble que podía reclamar la realeza; y en la Hispania visigoda, la Britania anglosajona y la Italia lombarda, el número de esas familias reales en pugna era aún mayor. Tampoco

se limitaba el derecho de sucesión al varón mayor de cada familia real competidora. La Europa alto-medieval era un mundo en el que todos los hijos de un rey (y con frecuencia todos sus primos y sobrinos además) podían reclamar el trono. En la Hispania visigoda, las sangrientas disputas sucesorias que surgían cuando fallecía un rey horrorizaban tanto a la población romana residente, que se refería a su incapacidad para regular la sucesión como una enfermedad: la *morbus Gothorum*, «la enfermedad de los godos». En la Galia, los francos lograron restringir las demandas al trono a los descendientes de la dinastía merovingia; pero su costumbre de dividir el reino en sus partes regionales constituyentes y de instalar un rey diferente en cada una garantizó allí también abundantes contiendas civiles.

LA GALIA MEROVINGIA

Los brutales conflictos entre estos reyes merovingios rivales, junto con la desacreditación que sufrieron por parte de sus rivales y sucesores carolingios, pueden opacar fácilmente la fuerza y sofisticación reales de sus gobiernos. Muchos elementos de la administración local tardorromana sobrevivieron a lo largo de todo el período merovingio. La alfabetización continuó siendo un elemento importante en la administración merovingia, proporcionó el cimiento en el que se basarían los carolingios. Incluso el renacimiento cultural asociado con el reinado de Carlomagno comenzó en realidad a finales del siglo VII, con la producción de lujosos manuscritos bíblicos y otros en monasterios merovingios como Luxeuil.

Los monasterios crecieron notablemente con los merovingios, sobre todo durante el siglo VII, y reflejaron la gran riqueza del país. De los cerca de quinientos cincuenta monasterios que existían en la Galia en el año 700, más de trescientos se habían establecido en el siglo anterior. Los obispados francos también prosperaron mucho bajo los merovingios, amasaron cerca de tres cuartos de sus posesiones totales de tierras a finales del siglo VII. Esta redistribución masiva de la riqueza reflejaba un cambio fundamental en el centro de gravedad económico del reino franco. En el año 600 la riqueza económica de la Galia todavía se concentraba en el sur, donde había estado durante todo el período tardorromano. Sin embargo, en el año 700 el centro económico del reino ya se hallaba al norte del Loira, en los territorios que se extendían desde la Renania al oeste hasta el mar del Norte. Fue allí donde se estableció la mayoría de las nuevas fundaciones monásticas de la Galia en el siglo VII.

Detrás de este cambio de riqueza del sur al norte había un gran esfuerzo por poner en cultivo las tierras fértiles del norte de Francia. Ayudó a este esfuerzo el desarrollo de arados pesados con ruedas, capaces de cortar los pastizales y remover la tierra arcillosa, y los arneses cada vez más eficaces para que los animales (en particular,

bueyes, pero a veces caballos) tiraran de dichos arados. El clima cada vez más templado mejoró la fertilidad de estos suelos húmedos septentrionales, alargando la estación de cultivo y posibilitando, de este modo, sistemas de rotación de cosechas más eficientes. La población comenzó a expandirse a medida que hubo más alimentos. El norte de Francia continuó siendo una tierra de asentamientos dispersos, separados por densos bosques, pero en el año 750 era una región con una densidad demográfica mucho mayor que la existente en el año 600. Todas estas tendencias continuarían durante el período carolingio y más allá. No obstante, aunque los carolingios disfrutarían de los frutos de esta creciente prosperidad agrícola del norte, las circunstancias que la hicieron posible comenzaron durante el siglo VII bajo sus predecesores merovingios.

MONACATO Y CONVERSIÓN

Asimismo, durante el siglo VII hubo desarrollos cruciales en la vida religiosa, sobre todo en los monasterios. En la Europa cristiana proliferó la fundación de casas monacales. Habían existido monasterios en la Galia, Italia e Hispania desde el siglo IV, pero la mayoría se encontraba en las ciudades altamente romanizadas del sur de Hispania, la Galia y el norte de Italia. En la Galia, donde los reyes merovingios eran católicos, los monarcas habían comenzado a forjar lazos con los monasterios durante el siglo VI. En Hispania, Italia y Britania, cuyos soberanos habían sido previamente herejes arrianos (Hispania e Italia) o paganos (Britania), los lazos entre el monacato y la monarquía no surgieron hasta el siglo VII, una vez que los soberanos de estas zonas se hubieron convertido al cristianismo católico. Sin embargo, incluso en la Galia, las relaciones entre los reyes merovingios y los monasterios francos se estrecharon marcadamente desde finales del siglo VI, cuando la dinastía real y las principales familias nobles se embarcaron en una ingente campaña de nuevas fundaciones monásticas que alteraron de forma permanente la geografía espiritual de Europa occidental.

La mayoría de estas nuevas fundaciones monásticas del siglo VII se localizó deliberadamente en zonas rurales, donde desempeñaron un papel importante en la lucha continua para cristianizar el campo. A menudo se les concedían privilegios especiales, conocidos como dispensas, que al liberarlos del control de los obispos cimentaron la dependencia de sus fundadores. Estas nuevas fundaciones solían ser monasterios dobles (en los que a una casa de religiosos se unía otra de religiosas) o conventos, establecidos sólo para mujeres. En ambos casos, a menudo estaban dirigidos por abadesas provenientes de la familia real: reinas viudas, princesas reales o a veces incluso una reina gobernante.

La vida monástica tenía un gran atractivo para las mujeres reales y nobles de la Alta Edad Media. Les proporcionaba un ámbito sancionado por la sociedad en el que podían ejercer cierto grado de poder sobre sus vidas, poder que se les negaba fuera del claustro. Les otorgaba una posición honorable en la sociedad desde la que podían influir en los asuntos de sus familias, mientras las protegía del rapto, la violación o matrimonios forzosos, concertados para promocionar los intereses diplomáticos o dinásticos de su familia. Y además garantizaba su salvación en un tiempo en que fuera del claustro se antojaba una perspectiva peligrosamente incierta. Pero los conventos y monasterios dobles también servían a los intereses de los miembros masculinos de esas dinastías reales, razón por la que los fundaban y sostenían. Los conventos proporcionaban un lugar de retiro digno para mujeres molestas pero potencialmente poderosas, como las reinas viudas. Las oraciones de las mujeres sagradas se consideraban muy efectivas para alcanzar el apoyo divino para el reino. Y al limitar el número de mujeres reales que podían reproducirse, los conventos también ayudaban a reducir el número de aspirantes potenciales al trono. Así pues, la instalación de las mujeres reales en los conventos era un modo importante de controlar las disputas sucesorias que con tanta regularidad destrozaban esos reinos altomedievales.

Muchos de los nuevos establecimientos monásticos desempeñaron además un papel importante en la nueva actividad misionera que caracterizó el mundo del siglo VII. El ejemplo más famoso de dicha actividad es la conversión de la Inglaterra anglosajona. En el norte de Inglaterra, la labor de cristianización comenzó a finales del siglo VI, dirigida por monjes misioneros de Irlanda. Sin embargo, el momento decisivo llegó en el año 597, cuando un grupo de cuarenta monjes benedictinos, enviados por el papa Gregorio I (590-604) y encabezados por san Agustín de Canterbury (no debe confundirse con san Agustín de Hipona), llevó las tradiciones del cristianismo romano al reino de Kent, en el sureste de Inglaterra. A pesar de ciertos contratiempos iniciales, a finales del siglo VII toda Inglaterra se hallaba firmemente dentro de las fronteras del mundo cristiano romano, y los monjes ingleses habían iniciado sus propias campañas misioneras en Frigia y Sajonia. Los misioneros francos también actuaban en esas zonas, al igual que en los Países Bajos y las tierras vascas del suroeste. Pero fue la lealtad particular que los monjes ingleses sentían hacia el papado la que tendría las consecuencias más cruciales no sólo para éste, sino también para la Galia.

EL REINADO DEL PAPA GREGORIO I

El artífice de esta nueva alianza entre el papado romano y el monacato benedictino

fue el papa Gregorio I, conocido como san Gregorio Magno. Hasta su época, los papas romanos habían estado generalmente subordinados a los emperadores de Constantinopla y al mayor prestigio religioso del Oriente cristiano. Sin embargo, el poder bizantino estaba declinando en Italia y, aunque Gregorio se esforzó mucho para evitar la ruptura con Constantinopla, también quería crear una Iglesia latina occidental más autónoma. Como teólogo —el cuarto «padre latino» de la Iglesia—, se basó en la obra de san Jerónimo, de san Ambrosio y, sobre todo, de san Agustín de Hipona para articular una teología con elementos occidentales distintivos, entre los que destacaban el énfasis en la necesidad de hacer penitencia para conseguir el perdón de los pecados y el concepto del purgatorio como lugar donde las almas se purificaban antes de ser admitidas en el cielo. (A partir de entonces la creencia occidental en el purgatorio se convertiría en una de las principales diferencias en las enseñanzas de las iglesias oriental y occidental.) Gregorio destacó la importancia del cuidado pastoral de los obispos hacia los laicos y escribió un influyente libro sobre el tema en prosa latina deliberadamente simplificada que lo convirtió en uno de los textos más influyentes y accesibles de la Alta Edad Media. El canto litúrgico de música vocal en latín sin acompañamiento acabó conociéndose como «gregoriano», si bien el papel del papa en su creación se basa en conjeturas y es discutible. Todas estas innovaciones contribuyeron a hacer que el Occidente cristiano fuera más independiente religiosa y culturalmente del Oriente de lengua griega.

Gregorio fue también un estadista y gobernante según el modelo de sus antepasados romanos. Dentro de Italia, aseguró la supervivencia del papado contra los lombardos bárbaros mediante una diplomacia inteligente y la gestión experta de las fincas e ingresos papales. Mantuvo buenas relaciones con Bizancio, a la vez que afirmaba su autoridad como papa sobre los restantes obispos de la Iglesia occidental. Sobre todo, patrocinó la orden de los monjes benedictinos, lo que la ayudó a convertirse en la orden monástica predominante en Occidente y a surgir como el grupo misionero más importante de la Alta Edad Media. Entre estos misioneros benedictinos, merecen una mención especial ingleses como san Bonifacio y san Willibrord. Su labor misionera en Frisia y Germania llevaron a ambas regiones a la Iglesia católica occidental y pusieron los cimientos para el establecimiento de una alianza entre el papado y la monarquía franca que transformaría la Europa altomedieval. Gregorio no vivió para ver dicha alianza, pero su política de vigorización de la Iglesia occidental contribuyó mucho a su consecución.

El ascenso de los carolingios

En la Galia, las debilidades de la dinastía Merovingia se hicieron cada vez más

manifiestas cuando el siglo VII llegaba a su fin. Las tensiones entre las familias nobles del núcleo central merovingio de Neustria y las de la región fronteriza de Austrasia iban en aumento. Los nobles austrasianos habían sacado provecho de su empuje constante en las zonas de «lindes débiles» del Rin, con lo que adquirieron riqueza y poder militar en el proceso. Los merovingios, centrados en Neustria, no tenían a mano conquistas tan fáciles; además, una parte considerable de la tierra de que disponían había sido entregada a la Iglesia en el curso del siglo VII. Una sucesión de reyes merovingios de corta vida complicó más las cosas y produjo una serie de guerras civiles entre Austrasia y Neustria. En el año 687 el caudillo de la nobleza austrasiana, Pipino de Heristal, logró por breve tiempo alzarse con el título de intendente de palacio, con lo que pretendía controlar tanto Austrasia como Neustria. Pero hasta que en el año 717 Carlos Martel («el martillo»), hijo ilegítimo de Pipino, triunfó por fin sobre sus rivales de ambos territorios, la familia de Pipino no se afirmó sobre la corte merovingia; a partir de entonces, los reyes merovingios fueron en buena medida figuras decorativas en un reino gobernado por Carlos Martel y sus hijos.

En ocasiones se considera a Carlos Martel el segundo fundador (después de Clodoveo) del estado franco. Su derecho a este título es doble. En primer lugar, en el año 733 o 734 (la fecha tradicional de 732 es errónea) rechazó una fuerza musulmana procedente de Hispania en la batalla de Tours (no Poitiers), a unos 242 kilómetros de la capital merovingia de París. Aunque el contingente musulmán era una partida de asalto más que un ejército a plena escala, la incursión constituyó el máximo avance de los omeyas hacia Europa noroccidental, y la victoria de Carlos le supuso un gran prestigio. Igualmente importante fue la alianza que comenzó a desarrollar con los misioneros benedictinos ingleses que intentaban convertir Frisia y el centro de Germania al cristianismo. Su familia hacía mucho que pretendía conquistar y colonizar esas zonas y entendió claramente que la labor misionera y la expansión franca podían ir de la mano. Carlos se mostró dispuesto a ayudar a san Bonifacio y sus discípulos en sus esfuerzos de conversión. A cambio, los benedictinos ingleses pondrían en contacto a Martel y sus descendientes con el papado y le ayudarían a reformar (y, de este modo, controlar) la Iglesia franca.

Carlos Martel murió en el año 741. Aunque nunca pretendió llegar a rey, durante los últimos años de su vida era tan evidente que era el soberano efectivo de la Galia, que ni siquiera se molestó en concertar la elección de un nuevo rey cuando en el año 737 murió el monarca merovingio reinante. Sin embargo, en el año 743 los hijos de Martel, Carlomán y Pipino, cedieron ante las fuerzas de la legitimidad y ocupó el trono un nuevo rey merovingio. Pero en el año 750 Carlomán ya se había retirado de la vida pública a un monasterio y Pipino había decidido hacerse con el trono. Para efectuar ese cambio de dinastías, Pipino necesitaba el apoyo de la Iglesia franca. No

obstante, era muy improbable que los obispos de la Galia merovingia respaldaran tal usurpación sin la aprobación papal. Esto no disuadió a Pipino, porque, debido al apoyo que había otorgado su familia a san Bonifacio, sabía que era bien considerado en Roma. Y el papado, encerrado en una encarnizada lucha con los emperadores bizantinos por la iconoclasia y con los reyes lombardos por el control sobre el centro de Italia, se mostró encantado de colaborar en la elevación de Pipino, con la esperanza de que un nuevo monarca franco poderoso relevaría a los emperadores bizantinos en la responsabilidad de proteger los intereses papales en Italia contra los lombardos.

En el año 751, san Bonifacio, actuando como emisario papal, ungió a Pipino como rey de los francos. La idea de ungir a un rey recién creado con el óleo santo se tomó de la Biblia, donde el profeta hebreo Samuel había ungido a Saúl como primer rey de Israel. El poder de estas asociaciones del Antiguo Testamento aumentaría bajo el hijo de Pipino, Carlomagno (que, de este modo, se convertiría en David), y su nieto, Luis el Piadoso (que se convertiría en Salomón). Sin embargo, en el año 751 lo que se subrayó principalmente fue la novedad e incertidumbre del proceso por el que el último rey merovingio fue depuesto y enviado a un monasterio, y un nuevo rey, que no tenía ni una gota de sangre merovingia, fue alzado al trono franco por vez primera en casi tres siglos. En el año 756 Pipino pagó su deuda con el papa lanzando una expedición militar contra los lombardos en Italia; pero cuando la expedición fracasó, Pipino la abandonó y regresó a su corte. Su coronación simbolizó la integración de la nueva monarquía franca en la órbita papal-benedictina. Sin embargo, de momento, Pipino tuvo bastante con tratar de controlar su nuevo reino.

EL REINO DE CARLOMAGNO

La consolidación real de este nuevo patrón de relaciones papales, francas y benedictinas tuvo lugar durante el reinado del hijo de Pipino, Carlomagno, de quien toma el nombre la nueva dinastía como Carolingia (de «Carolus», forma latina de Carlos). Cuando Carlomagno llegó al trono en el año 768, parecía posible que el reino franco se rompiera en sus partes regionales hostiles de Austrasia, Neustria y Aquitania, pero en una asombrosa serie de campañas militares, Carlomagno unió a los francos y los dirigió en conquistas que anexionaron el reino lombardo de Italia, la mayor parte de Germania, incluida Sajonia, partes de Europa central y Cataluña. Estas conquistas pusieron un sello de aprobación divina a la nueva dinastía Carolingia, además de proporcionar el saqueo, botín y nuevas tierras que permitieron a Carlomagno ascender a sus seguidores francos a cumbres vertiginosas de prosperidad y grandeza. Muchos de los pueblos a los que conquistó ya eran

cristianos. Sin embargo, en Sajonia sus ejércitos lucharon durante veinte años hasta someter por fin a los paganos sajones y obligarlos a convertirse al cristianismo. De este modo, Germania fue integrada a la fuerza en el reino franco. Resultó igualmente crucial la conexión que la toma de Sajonia forjó entre conquista y conversión, que caracterizaría el pensamiento cristiano occidental durante los mil años siguientes.

Para gobernar el vasto imperio que había conquistado, Carlomagno nombró a aristócratas francos llamados condes (en latín, *comites*, seguidores) para supervisar la administración local dentro de sus territorios. Entre las muchas obligaciones de los condes, estaban la administración de justicia y el reclutamiento de ejércitos. También estableció una red de otros administradores locales para supervisar los tribunales, cobrar peajes, gestionar las tierras de la corona y recaudar impuestos. Creó asimismo un sistema monetario basado en una división de la libra de plata en doscientos cuarenta centavos que duraría en Francia hasta la Revolución francesa, y en Gran Bretaña, hasta la década de 1970, cuando fue reemplazada por una moneda de base decimal. Como hemos visto, buena parte de la plata para este nuevo monedaje se originaba en el Imperio abasí. Los comerciantes escandinavos la transportaban al norte por Rusia y el mar Báltico, y luego por la Renania, donde la cambiaban por pieles, telas y esclavos capturados en las guerras de Carlomagno contra los sajones, que después transportaban a Badgad.

Al igual que en líneas generales la administración carolingia, este nuevo sistema monetario dependía del uso regular de registros e instrucciones escritos. Pero Carlomagno no recurrió sólo a la palabra escrita para hacer sentir su voluntad. Mandaba periódicamente representantes especiales de su corte (conocidos como *missi*) a recorrer el país para transmitir sus instrucciones en persona y controlar a los administradores locales. Su sistema de gobierno estaba lejos de ser perfecto: las autoridades locales abusaban de sus cargos; los nobles pretendían convertir a los campesinos libres en siervos de la gleba; en los tribunales locales se negaba la justicia más veces que se hacía. Con todo, produjo el mejor gobierno que Europa había visto desde los romanos y se convirtió en el modelo en que basarían los soberanos occidentales sus administraciones durante los trescientos años siguientes.

CRISTIANISMO Y MONARQUÍA

Carlomagno se tomó en serio sus responsabilidades como rey cristiano en todo su reino. Sin embargo, cuando su imperio se expandió, llegó a verse no sólo como el monarca de los francos, sino también el caudillo de una sociedad cristiana unificada, la cristiandad, a la que estaba obligado a defender militar y espiritualmente contra sus enemigos. El mundo carolingio no establecía las distinciones entre los ámbitos

religiosos y políticos que caracterizarían la vida europea a partir del siglo XII, del mismo modo que tampoco lo hacían Bizancio ni el islam. Entre los eclesiásticos en especial, la monarquía se consideraba un cargo divino creado por Dios para proteger a la Iglesia, defender al pueblo cristiano y promover su salvación. Las reformas religiosas eran, por tanto, no menos centrales para la monarquía justa que la justicia y la defensa. En efecto, en ciertos sentidos, las responsabilidades de un rey hacia la vida religiosa de su reino llegaban a ser más importantes que todas las demás: era indudable que un reino no podía prosperar si las vidas de sus súbditos resultaban desagradables a Dios.

Estas ideas sobre las responsabilidades espirituales de la monarquía no eran nuevas a finales del siglo VIII, pero adquirieron importancia reiterada como resultado del extraordinario poder que ostentaba Carlomagno sobre su imperio. Al igual que otros reyes altomedievales, Carlomagno nombraba y deponía obispos y abades, lo mismo que si fueran condes u otros cargos. Pero también cambió la liturgia de la Iglesia franca, reformó reglas de culto en los monasterios francos, declaró cambios en las aseveraciones básicas del credo cristiano, prohibió los cultos paganos, obligó al pago de diezmos a los campesinos (el diezmo era la décima parte de la producción de un campesino que se le debía a la Iglesia) e impuso a los pueblos conquistados de Sajonia prácticas cristianas básicas, entre otras el bautismo. Para Carlomagno estas medidas eran claramente necesarias para que el nuevo Israel de Dios, los francos, evitara el destino que sufrió el Israel bíblico siempre que su pueblo se apartaba de la obediencia divina.

Como poder político dominante en el centro de Italia, Carlomagno era además el protector del papado. Aunque reconocía el papel del papa como dirigente espiritual del cristianismo occidental, Carlomagno lo trataba de forma muy similar al resto de los obispos del Imperio franco. Supervisaba y aprobaba las elecciones de papas y los protegía de sus enemigos. En el año 796, justo después de la elección del papa León III, Carlomagno explicó la relación de ambas autoridades con las siguientes palabras: «Nuestra tarea es, con el auxilio de la misericordia divina —le escribió a León—, defender en todos los lugares a la Iglesia de Cristo contra los ataques de los paganos y los estragos de los infieles, de darle como defensa, dentro y fuera, el reconocimiento de la fe católica. La vuestra es [...] ayudar así a nuestros combates, a fin de que mediante vuestras plegarias, bajo su mando y con la gracia de Dios, el pueblo cristiano pueda en todos los lugares lograr la victoria sobre los enemigos de su sagrado nombre y que el nombre de Nuestro Señor Jesucristo sea glorificado en todo el universo».

Ideales similares se encontraban tras el renacimiento carolingio, florecimiento cultural e intelectual que tuvo lugar en torno a la corte real. Al igual que sus modelos bíblicos, los reyes hebreos David y Salomón, Carlomagno y Luis el Piadoso se tomaron en serio su papel como mecenas de la poesía y la instrucción, y al hacerlo crearon un ideal de corte como centro intelectual y cultural que influiría profundamente la vida cultural de Europa occidental hasta finales del siglo XIX. Sin embargo, bajo el respaldo carolingio a la erudición subyacía su convicción de que la cultura clásica era el cimiento sobre el que descansaba el saber cristiano, y que dicho saber era esencial para la salvación del pueblo de Dios. Por tanto, apoyar la erudición era la obligación suprema de todo rey cristiano.

Para fomentar la instrucción clásica y el saber cristiano, Carlomagno reunió en su corte a eruditos de toda Europa. Los estudiosos carolingios produjeron abundante poesía latina original y un número impresionante de tratados teológicos y pastorales. Sin embargo, sus principales esfuerzos se dedicaron a recopilar, corregir y copiar textos clásicos latinos, entre los que se incluyó el de la Biblia latina, que había acabado corrompiéndose por generaciones de errores de los copistas. Para detectar y corregir dichos errores, los eruditos carolingios reunieron cuantas más versiones diferentes pudieron a fin de compararlas palabra por palabra. Tras determinar la versión correcta entre todas las variantes, hicieron una nueva copia corregida y destruyeron las demás versiones. También desarrollaron un nuevo estilo de caligrafía con formas simplificadas para las letras y espacios insertados entre las palabras que reducían la posibilidad de que los copistas posteriores malinterpretaran los textos corregidos. Aunque modificado de nuevo por los eruditos renacentistas italianos en el siglo XV, este nuevo estilo de escritura, conocido como minúscula carolingia, es la base de los caracteres de imprenta con los que casi todos los libros europeos, incluido éste, siguen imprimiéndose.

CARLOMAGNO Y LA RESTAURACIÓN DEL IMPERIO ROMANO OCCIDENTAL

El clímax de la trayectoria de Carlomagno llegó el día de Navidad del año 800 en Roma, donde fue coronado como nuevo emperador romano de Occidente por el papa León III. Siglos después los papas citarían su papel en este acontecimiento como precedente de la superioridad política que reclamaban sobre el sacro emperador romano (título que se hizo común en el siglo XII, pero que puede utilizarse por comodidad para designar a los emperadores occidentales desde Carlomagno). Sin embargo, en el año 800 Carlomagno tenía metido en un puño al papa León. Aunque más tarde dijo que nunca habría acudido a la iglesia ese día de haber sabido los planes del papa León para coronarlo, es altamente improbable que éste hubiera

montado semejante ceremonia sin su conocimiento o consentimiento, no menos porque era seguro que irritaría a los bizantinos, con quienes Carlomagno ya mantenía relaciones tirantes. Tampoco el título imperial añadía mucho a la posición de Carlomagno como rey de los francos. ¿Por qué, entonces, lo aceptó y en el año 813 lo transfirió a su hijo, Luis el Piadoso?

Los historiadores no lo saben. Sin embargo, lo que está claro es el significado simbólico de la acción. Hasta el año 800 sólo el emperador romano que gobernaba en Constantinopla podía reclamar ser el heredero directo de César Augusto. Aunque los bizantinos habían perdido la mayoría de su influencia en Occidente, continuaban considerándolo una provincia lejana de su imperio. La asunción del título imperial por parte de Carlomagno era un bofetón en la cara a los bizantinos, que ya sospechaban de su relación con el enemigo de Bizancio, Harún al-Rashid, el califa abasí de Bagdad. Pero en Occidente fue una declaración de seguridad e independencia que jamás se olvidaría. Con escasas interrupciones esporádicas, los europeos occidentales continuarían coronando emperadores romanos hasta el siglo XIX, cuando Napoleón retiró el título. Prescindiendo de los motivos específicos que pudiera tener, la restauración que hizo Carlomagno del Imperio romano occidental resultó un paso crucial en el desarrollo de la conciencia identitaria de la civilización europea occidental.

EL DERRUMBE DEL IMPERIO CAROLINGIO

Cuando Carlomagno murió en el año 814, su imperio pasó intacto a su único hijo vivo, Luis el Piadoso, pero pronto comenzó a desintegrarse. Cuando falleció Luis en el año 843, el imperio se dividió entre sus tres hijos. Francia occidental, que se convirtió en Francia, correspondió a Carlos el Calvo; Francia oriental, que se convirtió en Alemania, pasó a Luis el Germánico, y el denominado Reino Medio, que se extendía desde la Renania hasta Roma, le tocó a Lotario, junto con el título imperial. Cuando el linaje de Lotario desapareció en el año 856, estalló una guerra civil entre los francos orientales y los occidentales por el control de los antiguos territorios de Lotario y el manto imperial. Lotaringia (o Alsacia-Lorena) seguiría siendo un punto crítico de hostilidades entre Francia y Alemania hasta el término de la Segunda Guerra Mundial.

Del desplome del Imperio carolingio se suele culpar a la incapacidad de Luis el Piadoso como gobernante, pero es una simplificación excesiva. Aunque Luis no era un gobernante incompetente, se enfrentó a una tarea casi imposible al tratar de mantener unido el imperio que su padre había creado. El imperio de Carlomagno se había ido construyendo con las conquistas. Sin embargo, en el año 814 ya había

empujado las fronteras lo más lejos que podían avanzar de manera razonable. Al oeste se enfrentaba ahora a los monarcas omeyas de España, y al norte, a los vikingos; en el este, sus ejércitos estaban demasiado ocupados con colonizar los territorios germanos que ya habían conquistado para introducirse más en las tierras eslavas que se extendían más allá. No obstante, las presiones que habían impulsado las conquistas francas —la necesidad de botín, tierra y saqueos con que recompensar a sus seguidores— se habían vuelto más pronunciadas como resultado de las victorias de Carlomagno. Bajo éste, el número de condes en el Imperio franco se había triplicado, había pasado de aproximadamente cien a trescientos. Era imposible que Luis el Piadoso pudiera pasar de trescientos a novecientos, puesto que no existían los recursos necesarios para hacerlo.

Los nobles francos, frustrados por la incapacidad de su emperador para recompensarlos, se pelearon entre sí. Estallaron guerras civiles entre los hijos peleonos de Luis; rebrotaron las hostilidades regionales entre austrasianos, neustrianos y aquitanos. Cuando la autoridad imperial central se quebró, los campesinos libres, un grupo crítico en el mundo carolingio del siglo VIII, se vieron cada vez más sometidos por los nobles locales que los trataban como si fueran siervos de la gleba, ligados al suelo sin posibilidad de abandonarlo. Al mismo tiempo, los problemas internos del Imperio abasí causaron una interrupción en las rutas comerciales exteriores por las que los mercaderes vikingos llevaban plata abasí a los dominios carolingios. Entonces los vikingos recurrieron a las incursiones destructivas a lo largo de la costa y por los sistemas fluviales. Sometido a estas presiones combinadas, el Imperio carolingio se deshizo por completo y comenzó a surgir un nuevo mapa político de Europa.

EL LEGADO DE LOS CAROLINGIOS

Del mismo modo que el período carolingio fue crucial para marcar los comienzos de una civilización europea occidental noratlántica común, el siglo X lo fue para señalar el inicio de las principales entidades políticas europeas modernas. Inglaterra, que nunca había formado parte del imperio de Carlomagno y que hasta entonces había estado dividida entre estados anglosajones guerreros menores, quedó unificada a finales del siglo IX y comienzos del X debido a la obra del rey Alfredo el Grande (871-899) y sus sucesores. Alfredo y sus herederos reorganizaron el ejército, infundieron nuevo vigor al gobierno local, fundaron nuevos pueblos y codificaron las leyes inglesas. Además, Alfredo estableció una escuela en la corte y fomentó el interés por la escritura anglosajona y otros elementos de la cultura nacional. En todos estos aspectos siguió de cerca el modelo carolingio. Su éxito en la defensa de su reino

sajón occidental de los ataques vikingos, combinado con la destrucción de las restantes dinastías reales anglosajonas a manos de los vikingos, permitió a Alfredo y sus sucesores reclamar para sí el manto de una única monarquía inglesa unida. La creciente prosperidad del país, en buena medida producto del comercio de lana, también brindó a la monarquía un poder en aumento. En el año 1000, la Inglaterra anglosajona ya se había convertido en el estado con una administración más desarrollada de la Europa cristiana occidental.

En el continente, los monarcas más poderosos del siglo X eran los duques de Sajonia, que se convirtieron en reyes de Alemania (Francia oriental) en el año 917, una vez que se extinguió el linaje de reyes carolingios. Al igual que los monarcas sajones occidentales de Inglaterra, los reyes sajones de Alemania siguieron el modelo carolingio. Sin embargo, se inspiraron en aspectos diferentes de su herencia carolingia común. La Inglaterra del siglo X se convirtió en una monarquía administrativa muy eficaz, con un sistema monetario y judicial centralizado y un control extenso sobre ciudades y comercios. En Alemania, por el contrario, en el siglo X el poder real descansaba mucho más en los beneficios de la conquista que en los del comercio y la administración. En el siglo VIII los carolingios habían construido su poder sobre las conquistas en Sajonia. En el siglo X los reyes otonianos de Alemania, enclavados en Sajonia, construyeron su autoridad sobre las conquistas de las tierras eslavas que se encontraban en la «débil» frontera oriental. También se cuidaron de fomentar su imagen como reyes cristianos según el modelo carolingio. En el año 955 Otón I derrotó a los húngaros paganos en una batalla decisiva mientras portaba una lanza sagrada que en otro tiempo había pertenecido a Carlomagno. Esta victoria estableció a Otón como poder dominante en Europa central y como monarca digno de heredar el trono imperial de Carlomagno. En el año 962, Otón fue a Roma para ser coronado emperador occidental por el papa, un joven disoluto llamado Juan XII, quien esperaba usarlo en sus luchas entre facciones romanas. Sin embargo, Otón se negó a volver a su tierra cuando el papa Juan ya no le necesitaba; escandalizado por su conducta como papa, lo depuso y lo reemplazó por otro.

Al convertirse en emperador, Otón esperaba fortalecer su control sobre la Iglesia en Alemania y reclamar diversos derechos imperiales latentes pero potencialmente lucrativos en el norte de Italia y Borgoña, partes del «Reino Medio» que en otro tiempo había pertenecido al emperador Lotario. Por supuesto, proteger al papado era responsabilidad de Otón como emperador al estilo carolingio, pero también necesitaba el apoyo papal para lograr esos otros objetivos más concretos. Sin embargo, en Italia, Otón descubrió en seguida que si no permanecía en Roma de forma continuada, no podría controlar al papado, y mucho menos las ciudades del norte de Italia, que crecían con rapidez y eran cada vez más independientes. Pero si se quedaba allí demasiado tiempo, su autoridad en Sajonia se resentiría cuando los

señores locales se pusieran a dirigir las conquistas del este eslavo y a sacarles provecho. Equilibrar sus intereses en Sajonia con sus inquietudes imperiales en Italia supuso un dilema que ni Otón I ni su hijo (Otón II, 973-983) ni su nieto (Otón III, 983-1002) fueron capaces de resolver. El resultado fue el distanciamiento creciente entre la nobleza sajona y su emperador. Este alejamiento se aceleró considerablemente desde 1024, cuando el trono alemán pasó a una nueva dinastía, la Saliana, con sede en Franconia y no en Sajonia. No fue hasta la década de 1070 cuando el rey saliano Enrique IV trató por fin de reafirmar su control sobre las antiguas tierras reales de Sajonia y el este eslavo, con lo que desencadenó una guerra civil con la nobleza sajona que iba a tener repercusiones trascendentales no sólo para Alemania, sino para toda Europa occidental. Las consecuencias de esta gran guerra sajona se analizan con mayor detalle en el capítulo 9.

En el mundo mediterráneo del siglo X también sobrevivían aspectos de la herencia carolingia. En Cataluña, los condes descendientes de los nombrados por los carolingios continuaron administrando el derecho territorial en tribunales públicos. Los campesinos libres prosperaron al colonizar nuevas tierras. La instrucción clásica y cristiana floreció en las abadías y catedrales benedictinas reformadas. Los condes obtenían sus beneficios de las tierras fiscales públicas y de los peajes sobre el comercio que se extendía con rapidez; y la ciudad de Barcelona crecía deprisa tanto como mercado de larga distancia como regional bajo la protección de los condes de Cataluña. Asimismo, en Aquitania los condes de Poitiers y Toulouse continuaron basando su autoridad en los cimientos carolingios hasta el siglo XI, cuando tanto en Aquitania como en Cataluña estas tradiciones carolingias de autoridad pública acabaron por derrumbarse.

El siglo X fue además testigo de un notable crecimiento de pueblos y ciudades en Europa occidental, sobre todo en zonas donde los gobernantes seguían el modelo carolingio. En la Inglaterra anglosajona, los reyes sajones occidentales fundaron nuevos pueblos y fomentaron los existentes. Regularon estrictamente la moneda y alentaron el fomento del comercio, en especial al insistir en que se le pagaran los impuestos en moneda. En 1066, cuando Inglaterra cayó ante los normandos invasores, al menos un 10 por ciento de la población inglesa ya vivía en pueblos, con lo que se convirtió en el país más urbanizado de Europa en el siglo XI. Las ciudades también crecieron con rapidez en los Países Bajos y la Renania, impulsadas por el comercio de largo recorrido (sobre todo de lana y telas de lana) y por el descubrimiento de yacimientos de plata en las montañas de Sajonia. En Cataluña, el crecimiento de Barcelona estaba comenzando a transformar la vida social y política del país; mientras, en Aquitania, Toulouse y Poitiers prosperaron por su situación junto a la ruta comercial terrestre que conectaba el Mediterráneo con la Europa atlántica.

En la Italia de los siglos X y XI, el crecimiento urbano tuvo lugar en ausencia de un gobernante eficaz de estilo carolingio. La prosperidad de sus ciudades dependía del éxito de los emperadores bizantinos para impedir la piratería musulmana en el Mediterráneo oriental. Las ciudades más prósperas de la Italia del siglo X se encontraban en las zonas de la península controladas por Bizancio: Venecia en el norte, Amalfi, Nápoles y Palermo en el sur. Su prosperidad dependía de su papel en el comercio de sedas, especias y otros artículos de lujo desde Bizancio y el mundo musulmán hasta Europa occidental. Sin embargo, en el siglo XI las invasiones normandas en el sur de Italia interrumpieron este comercio cuando las invasiones turcas de Asia Menor dirigieron la atención de Bizancio hacia el este. A finales del siglo XI las ciudades septentrionales de Italia ya poseían flotas que controlaban el Mediterráneo oriental y se beneficiaban de su papel como intermediarias en el lucrativo tráfico entre Bizancio, el mundo musulmán y Europa occidental.

No obstante, en el núcleo central carolingio estos hechos tuvieron escasa influencia. La monarquía de estilo carolingio se desintegró durante el siglo X bajo el peso combinado de las incursiones vikingas, el derrumbe económico y el poder creciente de los señores locales. En algunas zonas unas cuantas instituciones carolingias, como los tribunales públicos y la acuñación centralizada de moneda, sobrevivieron en manos de los condes y duques que las utilizaron para crear nuevos principados territoriales autónomos, como Anjou, Normandía, Flandes y Aquitania. En otros lugares de Francia desapareció incluso esta mínima continuidad con el mundo carolingio. Francia seguía teniendo un rey que era reconocido como monarca de la parte occidental de los antiguos territorios de Carlomagno, pero desde el año 987 sus monarcas ya no fueron carolingios; una nueva dinastía, la Capeta, había ocupado el trono después de haber logrado fama como condes de París al defender esa ciudad contra los vikingos. No obstante, pasaría otro siglo antes de que los reyes capetos invirtieran las tendencias que habían destruido a sus predecesores y comenzaran a reconstruir el poder monárquico en Francia sobre nuevos cimientos.

Conclusión

El espectáculo del derrumbe carolingio puede sugerir que poco había cambiado en Europa occidental entre los años 750 y 1000. Sin embargo, dicha impresión es engañosa. Es cierto que, comparada con Bizancio o el mundo musulmán, Europa occidental seguía estando atrasada intelectual y culturalmente, y más en el año 1000 de lo que lo había estado dos siglos antes. En el aspecto político, ningún monarca europeo se acercaba al poder del emperador bizantino o del califa omeya de Córdoba. En cuanto a la economía, Europa occidental era dependiente de Bizancio y el islam,

importaba artículos acabados y de lujo, y exportaba pieles, cuero y esclavos. No obstante, en el fondo, la sociedad europea se iba fortaleciendo. La urbanización avanzaba deprisa en los márgenes del mundo carolingio derrumbado. El comercio a larga distancia también crecía. Los mercaderes italianos operaban en Constantinopla y los comerciantes musulmanes eran comunes en los puertos italianos meridionales. Los mercaderes anglosajones eran visitantes regulares de Italia, los Países Bajos y la Renania. Los mercaderes judíos de la Renania efectuaban un comercio activo con las comunidades judías del Egipto musulmán, mientras que los mercaderes vikingos habían reanudado las rutas comerciales desde el Báltico por Rusia hasta el mar Negro y no dejaban de fundar ciudades de Novgorod a Dublín.

Las fronteras de Europa occidental también se estaban expandiendo. En el año 1000 ya se extendían del mar Báltico al Mediterráneo y de los Pirineos a Polonia. Además, dentro de este vasto territorio todos los monarcas eran —o iban a serlo pronto— cristianos. La Iglesia cristiana era aún muy localista, pero el surgimiento de nuevas confederaciones de monasterios benedictinos reformados bajo protección papal comenzaba a señalar el camino hacia una Iglesia cristiana latina más unificada y centralizada. Los augurios políticos eran menos prometedores, pero del caos del siglo X empezaban a surgir principados y reinos territoriales más eficaces. Durante la Alta Edad Media, Europa se había convertido en una sociedad movilizadora para la guerra hasta un grado inigualado en Bizancio o el islam, lo que sin duda tenía sus pros y sus contras. En los siglos venideros la militarización de la sociedad europea occidental iba a resultar un factor decisivo en el cambio incesante del equilibrio de poder entre Europa, Bizancio y el mundo musulmán.

Bibliografía seleccionada

- ARIES, Philippe, y Georges DUBY, *Historia de la vida privada. 2, La Alta Edad Media*, Madrid, Taurus, 1995.
- BECKWITH, John, *El arte de la Alta Edad Media: carolingio, otónico, románico*, Barcelona, Destino, 1995.
- BENDRISS, Ernest, *Breve historia de los merovingios: los orígenes de la Francia medieval*, Madrid, Dilema, 2007.
- BLOOM, Jonathan, *Islam: mil años de ciencia y poder*, Madrid, Tecnos, 2007.
- CAVALLO, Guglielmo (et al), *El hombre bizantino*, Madrid, Alianza, 1994.
- CHRYSOS, Evangelos, *El imperio bizantino 565-1025*, Barcelona, Icaria, 2005.
- COLLINS, Roger, *La Europa de la Alta Edad Media, 300-1000*, Madrid, Akal, 2000.
- CRUZ HERNÁNDEZ, Miguel, *Historia del pensamiento en el mundo islámico*, Madrid, Alianza, 2000.

- DAWSON, Christopher, *Los orígenes de Europa*, Madrid, Europa, 2007.
- DHONDT, Jan, *La Alta Edad Media*, Madrid, Siglo XXI, 1993.
- EGINHARD, *Vida de Carlomagno*, Madrid, Gredos, 1999.
- FLETCHER, Richard, *La España mora*, Hondarribia, Nerea, 1999.
- GARCÍA DE CORTÁZAR, José Ángel, *Historia general de la Alta Edad Media*, Madrid, Mayfe, 1984.
- GARCÍA MORENO, Luis, *La construcción de Europa, siglos V-VIII*, Madrid, Síntesis, 2001.
- GRAHAM-CAMPBELL, James, *Los vikingos*, Barcelona, Folio, 2005.
- HERRÍN, Judith, *Mujeres en púrpura: soberanas del medievo bizantino*, Madrid, Taurus, 2002.
- HOURLANI, Albert, *Historia de los pueblos árabes*, Barcelona, Ariel, 1992.
- ISLA FREZ, Amando, *La alta Edad Media: siglos VIII-XI*, Madrid, Síntesis, 2002.
- , *La Europa de los carolingios*, Madrid, Síntesis, 1992.
- KENNEDY, Hugh, *Las grandes conquistas árabes*, Barcelona, Crítica, 2007.
- KRAUTHEIMER, Richard, *Arquitectura paleocristiana y bizantina*, Madrid, Cátedra, 2005.
- MAIER, Franz Georg, *Las transformaciones del mundo mediterráneo: siglos III / VIII*, Madrid, Siglo XXI, 1990.
- MCKITTERICK, Rosamond, *La Alta Edad Media: Europa, 400-1000*, Barcelona, Crítica, 2002.
- MITRE, Emilio, *Historia de la Edad Media en Occidente*, Madrid, Cátedra, 1999.
- PATLAGEAN, Evelyne, *Historia de Bizancio*, Barcelona, Crítica, 2005.
- PIRENNE, Henri, *Mahoma y Carlomagno*, Madrid, Alianza, 2005.
- RICE, David Talbot, *Historia de las civilizaciones. 5, La Alta Edad Media: hacia la formación de Europa*, Madrid, Alianza, 1988.
- SUÁREZ FERNÁNDEZ, Luis, *Los creadores de Europa: Benito, Gregorio, Isidoro y Bonifacio*, Pamplona, Eunsa, 2005.
- TREADGOLD, Warren, *Breve historia de Bizancio*, Barcelona, Paidós, 2001.
- VALDEÓN, Julio, *La Alta Edad Media*, Madrid, Anaya, 2005.
- VERNET, Juan, *Los orígenes del Islam*, Madrid, Alba Libros, 2005.
- WATT, W. Montgomery, *Historia de la España islámica*, Madrid, Alianza, 2006.
- , *Mahoma: profeta y hombre de estado*, Barcelona, Melusina, 2004.

CAPÍTULO 8

La expansión de Europa: economía, sociedad y política en la Alta Edad Media, 1000-1300

Entre los años 1000 y 1300, el equilibrio de poder entre Europa occidental, Bizancio y el mundo islámico cambió de forma radical. En el año 1000 Europa permanecía fracturada políticamente y se veía amenazada por los ataques militares de los vikingos, los húngaros y los musulmanes. Aunque los pueblos empezaban a crecer, ninguno podía compararse en tamaño o refinamiento con las antiguas ciudades mediterráneas de Bizancio y el mundo islámico. En la economía, Europa continuaba dependiendo de los comerciantes bizantinos e islámicos para el algodón, la seda, las especias y el oro; en literatura e instrucción, los desequilibrios eran aún mayores. Los europeos sólo tenían acceso a una pequeña parte del acervo cultural e intelectual que Bizancio y el islam habían heredado del mundo clásico. Fuera de Sicilia, Venecia y las zonas de la península Ibérica controladas por los musulmanes, los europeos occidentales no sabían árabe y apenas entendían el griego; incluso el latín, vehículo de la cultura occidental durante más de mil años, se iba convirtiendo en una lengua ajena. El rey Alfredo (871-899) se quejaba de que en su época apenas había nadie en Inglaterra que supiera el latín suficiente para llevar a cabo como era debido los oficios religiosos de la Iglesia cristiana. Un siglo después la enseñanza del latín en Inglaterra y Alemania había mejorado un poco; es probable que en Francia e Italia hubiera empeorado.

Sin embargo, en el año 1300 Europa ya era la potencia dominante militar, económica y políticamente de las tres civilizaciones occidentales sucesoras de Grecia y Roma. Hungría, Polonia y Bohemia se habían integrado de lleno en el mundo europeo católico. Combinando la conquista con la conversión, los cristianos europeos habían impulsado por la fuerza de las armas sus fronteras hacia el este hasta Prusia, Lituania, Livonia y los Balcanes. Habían conquistado la península Ibérica a los musulmanes y Constantinopla a los bizantinos. También habían establecido (y perdido justo en 1300) un reino latino en Oriente Medio, con capital en Jerusalén. Las flotas europeas controlaban el mar Mediterráneo y tenían puestos de avanzada en el mar Negro y el Caspio, lo que permitía a los mercaderes europeos dominar las largas

rutas comerciales que traían artículos de lujo orientales a Europa occidental. Los misioneros y comerciantes europeos estaban comenzando a seguir estas rutas comerciales hasta Asia central, abriendo conexiones con Mongolia y China. Hacia el oeste, los mercaderes italianos habían iniciado una ruta comercial marítima por el estrecho de Gibraltar, con lo que se conectaba así el Mediterráneo y el mundo del Atlántico norte.

A esta expansión del comercio europeo, tanto local como de larga distancia, la acompañó una urbanización considerable. En 1300 Europa ya podía presentar al menos una docena de ciudades con poblaciones entre los cincuenta y los cien mil habitantes, y cientos de ciudades y pueblos menores se esparcían por el paisaje. El crecimiento de las ciudades reflejaba el aumento de la población general europea, que, grosso modo, se triplicó entre 1000 y 1300. Sin embargo, la economía creció incluso con mayor velocidad, lo que produjo un incremento de la riqueza per cápita y la mejora de los niveles de vida. Pero estas ventajas económicas no se distribuían por igual entre toda la población. Los gobiernos se hicieron más poderosos y aumentó la estratificación social. La nueva riqueza acrecentó la demanda de artículos de lujo entre las élites sociales y liberó ingentes sumas de dinero para la inversión en la agricultura, el comercio y la construcción. También impulsó notablemente nuevas transformaciones religiosas, culturales e intelectuales.

No todo este crecimiento resultó sostenible. En 1300, los niveles de vida de muchos europeos empezaron a descender cuando la región se acercó a los límites demográficos de sus recursos naturales. Los gobiernos más poderosos mantenían mejor la paz interna, pero también reclamaban una proporción mayor de la riqueza de sus súbditos, que empleaban para sostener ejércitos mayores y campañas de conquista y dominio más extensas. En el siglo XIV la hambruna, la guerra y la peste redujeron la población europea al menos un tercio, y transformaron de forma fundamental el orden económico, político y social de la Alta Edad Media. Sin embargo, a pesar de estos contratiempos, el predominio que Europa occidental había establecido sobre Bizancio y el mundo islámico durante esta era perduraría, y proporcionaría así los cimientos sobre los que se construirían los imperios del mundo europeo de la era moderna.

La primera revolución agrícola

Al igual que en el caso de todas las economías premodernas, la de Europa occidental en la Edad Media se basaba en la agricultura. Por mucho que el cambio en las prácticas agrícolas tienda a ser lento, parecería absurdo afirmar que los ocurridos en la agricultura a lo largo de seiscientos años constituyeron una revolución. Sin

embargo, los que hubo en Europa occidental entre los años 700 y 1300 fueron tan arrolladores, y sus consecuencias tan profundas, que parecen justificadas las comparaciones con la revolución agrícola más famosa de comienzos del siglo XVIII. Las innovaciones tecnológicas, combinadas con una mejoría del clima, nuevos sistemas de rotación de cultivos y aumento de inversiones en herramientas, ganado y molinos, incrementaron la productividad de la agricultura europea de manera espectacular. Y cuando dicha productividad aumentó, también lo hizo la comercialización de los excedentes obtenidos, lo que llevó a una mayor especialización de la producción, con sus rendimientos de escala resultantes. Sin estos cambios, Europa occidental nunca habría podido soportar que se multiplicara por tres su población total o las ingentes inversiones en edificios, barcos, libros, ejércitos y arte que moldearon el mundo altomedieval.

AVANCES TECNOLÓGICOS

Los avances tecnológicos básicos que posibilitaron el aumento de productividad en la agricultura se desarrollaron en la Alta Edad Media. El arado pesado con ruedas, provisto de una reja con punta de hierro y tirado por yuntas de bueyes, podía cortar y voltear el suelo rico y húmedo del norte de Europa a una profundidad imposible de alcanzar con el arado ligero de rascado mediterráneo, aireando de este modo el terreno y proporcionando un excelente drenaje a las zonas anegadas. El nuevo arado también ahorra mano de obra y permitía un labrado más frecuente y mayor control de las malas hierbas. Las mejoras en colleras y arneses incrementaron el rendimiento de los bueyes y posibilitaron por primera vez que los caballos tiraran de pesadas cargas sin asfixiarse. Los bueyes continuaron siendo los animales de tiro más usados para el arado en Europa hasta al menos el siglo XIV. Eran más baratos, más potentes y menos proclives a la enfermedad que los caballos y, cuando morían, podían comerse. Sin embargo, los caballos eran más rápidos y animales de tiro más eficientes, sobre todo después del desarrollo de las herraduras de hierro (hacia 900) y de arneses que permitían uncir varios caballos para que tiraran uno detrás de otro (hacia 1050). Cuando la comercialización de la producción agrícola ascendió durante los siglos XII y XIII, también lo hizo la presencia de los caballos en el campo europeo.

Otros aparatos para ahorrar mano de obra incrementaron más la productividad de la agricultura altomedieval. A pesar de la llegada del arado pesado con ruedas, la mayoría de las labores de labranza las seguían realizando los campesinos con herramientas manuales. A medida que el hierro se hizo más común, la calidad de dichas herramientas mejoró. Las azadas, horcas y palas de hierro eran mucho más efectivas que las herramientas de madera con las que la mayoría de los agricultores

del siglo VIII habían tenido que trabajar; el creciente número de hoces y guadañas de hierro permitía una cosecha más rápida y precisa del heno y el cereal, sobre todo a las mujeres, cuyo trabajo en el campo era crucial, en particular durante la época de la recolección. Las carretillas fueron otra innovación tecnológica casera pero importante. También apareció el escarificador, herramienta que se pasaba después del arado para igualar la tierra y mezclar la semilla. Asimismo, la tecnología tuvo su repercusión en las técnicas de cocina y, de este modo, en la nutrición. Las ollas de hierro permitían cocer la comida en lugar de limitarse a calentarla, lo que reducía las posibilidades de contaminación; por su parte, los hornos comunales conservaban una mayor parte de los nutrientes en los alimentos que la cocción.

Los molinos representaron otra innovación tecnológica importante en el procesamiento de la comida. Los romanos conocían los molinos de agua, pero apenas los utilizaron; para moler el grano y convertirlo en harina, preferían las ruedas movidas por fuerza humana o animal. Sin embargo, en torno a 1050, en el norte de Europa se multiplicaron los molinos de agua con un rendimiento cada vez mayor. En una zona francesa se pasó de catorce molinos de agua en el siglo XI a sesenta en el siglo XII; en otra parte de Francia se construyeron unos cuarenta molinos entre los años 850 y 1080, cuarenta más entre 1080 y 1125, y doscientos cuarenta y cinco entre 1126 y 1175. Una vez que los europeos hubieron dominado la compleja tecnología de la construcción de molinos de agua, dirigieron su atención a los molinos de viento, que proliferaron de prisa a partir de la década de 1170, sobre todo en tierras llanas como Holanda, que no tenían arroyos de corrientes rápidas. Aunque el principal uso de los molinos era moler el grano, podían adaptarse para hacer funcionar una sierra, procesar tela, prensar aceite, proporcionar energía a las fraguas de hierro y aplastar la pulpa para fabricar papel. No cabe exagerar la importancia de estos molinos, pues continuarían siendo la única fuente de energía mecánica con que contaba el mundo para poder fabricar hasta el siglo XVIII, cuando se inventó el motor de vapor.

Con la excepción del molino de viento y el arnés doble, los carolingios ya conocían la mayoría de las innovaciones tecnológicas que se encuentran tras la revolución agrícola medieval. Sin embargo, hasta mediados del siglo XI no se habían extendido lo suficiente para tener un efecto decisivo en la producción agrícola europea. Se han ofrecido varias explicaciones para este retraso. El cambio climático debió desempeñar cierto papel, pero aunque el calentamiento benefició al norte de Europa secando el suelo y prolongando la estación de cultivo, dañó la agricultura mediterránea en igual medida. También contribuyó la mayor seguridad física: los ataques vikingos, los húngaros y los musulmanes disminuían, y los gobiernos más poderosos mantenían mejor la paz interna que un siglo antes. Sin embargo, el cambio fundamental radicó en que los campesinos y señores emprendedores confiaron cada vez más en que, si invertían su trabajo y dinero en mejoras agrícolas, se beneficiarían

de los excedentes resultantes.

Más que cualquier otra cosa, fue la demanda en aumento de producción agrícola la que alentó a los campesinos y terratenientes a efectuar inversiones productivas en la tierra. Tras la demanda creciente de productos alimenticios estaban los dos factores económicos fundamentales que impulsaron la economía altomedieval: un rápido aumento demográfico y un mercado cada vez más eficaz para los bienes.

SEÑORÍO, SERVIDUMBRE Y PRODUCTIVIDAD AGRÍCOLA

En Inglaterra, el norte de Francia y Alemania occidental, el uso creciente del arado pesado con ruedas entre los años 800 y 1500 coincidió con un cambio fundamental en los patrones de asentamiento de los campesinos. Durante la Alta Edad Media, la mayoría de las familias campesinas libres vivía en parcelas individuales de tierra que labraba con sus propios recursos y por las que pagaba a su señor algún tipo de renta acostumbrada. Sin embargo, desde el siglo IX muchas de esas parcelas individuales empezaron a fusionarse en campos comunes mayores, labrados comunalmente por campesinos que vivían en aldeas. El complejo resultante de arrendamientos, contribuciones, derechos, traspasos y campos se denomina a veces «señorío».

En algunas zonas, el ímpetu de estos cambios en los patrones de asentamiento puede que proviniera de los mismos campesinos. Los campos grandes se labraban mejor que los pequeños; los costes de inversión eran menores: un único arado y una docena de bueyes bastarían para toda una aldea, obviando la necesidad de que cada campesino mantuviera su propio arado y yunta. Los campos comunes también eran en potencia más productivos, pues permitían que los aldeanos experimentaran con nuevos cultivos y sistemas de rotación, además de soportar una cantidad mayor de animales en los pastos comunes. Los campesinos que vivían juntos en una aldea podían sostener una iglesia parroquial, un horno comunal, una herrería, un molino y una taberna. También podían conversar y socializar, celebrar y hacer duelo con sus vecinos, lo que en un entorno natural difícil y exigente no eran consideraciones despreciables.

Pese a las posibles ventajas que ofrecía a los campesinos el sistema señorial, fueron los señores quienes desempeñaron el papel dominante en forzar su creación, y también fueron ellos quienes obtuvieron los mayores beneficios. Era más fácil para los señores controlar y explotar a los campesinos que vivían en aldeas que a los que vivían en granjas diseminadas. El señorío también les permitía reclamar una parte mayor de la producción agrícola de sus campesinos. En muchos señoríos, los campos comunes se dividían en estrechas franjas asignadas de forma alternativa a los campesinos: por cada una se tenía que pagar arrendamiento al señor, pero también se

obtenían sus beneficios. Sin embargo, además de estas rentas, la mayoría de los señores reclamaba de un tercio a la mitad de la extensión total de los campos comunes como posesión propia y tomaba para su uso privado todo lo que producían. Para cultivar esta tierra que retenían para sí, los señores imponían o aumentaban servicios de labranza a los campesinos, lo que reducía a siervos a muchos agricultores antes libres.

Los siervos habían existido en Europa durante siglos, incluso en zonas donde el sistema señorial nunca se impuso. Sin embargo, no cabe duda de que el desarrollo de los señoríos aumentó de forma considerable la incidencia de la servidumbre en el norte de Europa si se compara con España, el norte de Italia, el sur de Francia y Alemania central. A diferencia de los campesinos libres, los siervos no podían abandonar su tierra o a su señor sin su permiso (aunque en la práctica muchos lo hacían, sobre todo para irse a vivir a los pueblos); trabajaban para sus señores de forma regular y sin sueldo, pagaban multas humillantes a su señor cuando fornicaban ilícitamente, se casaban o morían, y estaban sujetos a la jurisdicción del tribunal de su señorío. Al igual que los esclavos, sus obligaciones para con su señor estaban determinadas por la costumbre y no se los vendía aparte de la tierra que ocupaban.

NUEVOS SISTEMAS DE ROTACIÓN DE CULTIVOS

Desde la perspectiva de la productividad agraria, la mayor ventaja del sistema señorial era el hecho de que posibilitaba la adopción de nuevos sistemas más eficaces de rotación de cultivos. Durante siglos los agricultores habían sabido que, si sembraban el mismo cultivo en la misma tierra un año tras otro, acabarían agotando el suelo. La solución tradicional a esta dificultad era dividir la tierra, plantando la mitad en otoño para cosechar en primavera y dejando la otra mitad en barbecho. En las tierras secas y poco densas del Mediterráneo, éste continuó siendo el patrón de cultivo más común durante la Edad Media. No obstante, en los suelos húmedos y fértiles del norte de Europa, los agricultores descubrieron poco a poco que un sistema de rotación de cultivos de tres campos podía producir un incremento sostenible en la producción agrícola general. Con este sistema se dejaba en barbecho un tercio de la tierra, que a menudo se utilizaba para pasto con el fin de que los excrementos de los animales fertilizaran el suelo; otro tercio se plantaba con trigo o centeno de invierno, que se sembraba en otoño y se cosechaba a comienzos del verano; y el tercio restante se plantaba con otro cultivo (por lo general, avena o cebada, pero a veces legumbres o plantas forrajeras, como alfalfa, trébol o algarroba) que podía sembrarse en primavera y cosecharse en otoño. De este modo, los campos se rotaban en un ciclo de tres años.

Este sistema aumentó inmediatamente del 50 al 67 por ciento la cantidad de tierra

cultivada en un año. No menos importante, también produjo mayores rendimientos por hectárea de trigo y centeno, sobre todo si las legumbres o las plantas forrajeras (que reemplazan el nitrógeno que el trigo y el centeno filtran del suelo) formaban parte regular del patrón de rotación de cultivos. Con dos estaciones de cultivo separadas, el sistema proporcionaba cierta seguridad contra la pérdida por desastres naturales. También produjo nuevos tipos de alimentos. La avena la podían consumir tanto los humanos como los caballos, mientras que las legumbres proporcionaban una fuente de proteínas para equilibrar la principal ingesta de hidratos de carbono de cereales provenientes del pan y la cerveza, los dos elementos básicos de la dieta campesina. El forraje adicional posibilitó sostener más animales y más sanos, lo que aumentaba el rendimiento del arado, diversificaba la economía del señorío y proporcionaba una fuente adicional de proteínas en la dieta humana mediante la carne y la leche. El nuevo sistema de rotación de cultivos también ayudó a distribuir mejor la labranza a lo largo del año, y permitió así una atención más cuidadosa al control de las malas hierbas, al abono con cal y a la fertilización de los campos comunes.

LA SERVIDUMBRE Y LOS LÍMITES DEL SEÑORÍO

Es importante recordar que el señorío «clásico» de tipo altomedieval, con campesinos serviles labrando las tierras del señor, nunca fue la forma predominante de la agricultura europea. En líneas generales, el sistema de señoríos se limitó a Inglaterra, el norte de Francia y Alemania occidental. Además, incluso en estas zonas empezó a venirse abajo a finales del siglo XII, cuando los señores comenzaron a conmutar los servicios de labranza por pagos en efectivo, a liberar a sus siervos (de nuevo a cambio de pagos en efectivo) y a vivir de las rentas y no de la producción agrícola de sus fincas.

Las razones del declive de la servidumbre durante el siglo XIII son complejas y no afectaron a todas las zonas de Europa por igual. Cuando la economía se fue volviendo cada vez más monetarista, a muchos señores les resultó más cómodo recaudar las rentas de sus campesinos en metálico que asumir los riesgos que conllevaba la comercialización de la producción agrícola. No obstante, esta estrategia también tenía sus peligros. En las circunstancias inflacionistas del siglo XIII, los señores que no podían aumentar las rentas que pagaban sus campesinos sufrían marcados descensos en sus ingresos reales, lo que llevó a muchos caballeros y señores de poca monta a la crisis económica. En contraste, en Inglaterra y Cataluña, que presentaban dos de las economías agrícolas más comercializadas de la Europa medieval, la servidumbre duró más que casi en el resto de Europa occidental. En Austria y Polonia, que estaban mucho menos monetizadas, la servidumbre también aumentó durante el siglo XIII, al

igual que en el norte de España. Así pues, no existe una correlación simple entre la comercialización y el declive de la servidumbre. Sin embargo, en la mayor parte de Europa se mantiene la generalización: los siervos y los campesinos libres resultaron cada vez menos distinguibles en el siglo XIII cuando los señores liberaron a los siervos a cambio de dinero. No obstante, incluso en Francia continuarían existiendo algunas obligaciones serviles como vejaciones persistentes hasta la Revolución francesa de 1789. Y en Europa central y oriental, además de Rusia, la servidumbre pasó por un resurgimiento a finales de la Edad Media que haría que este período se prolongara hasta los siglos XVIII y XIX.

El crecimiento de los pueblos y el comercio

Esta revolución agrícola fue la base sobre la que se asentó la revolución comercial de la Alta Edad Media. También en este caso los cimientos del nuevo desarrollo se habían establecido en los siglos IX y X. En el año 1000 la plata procedente de las montañas de Harz en Sajonia ya estaba impulsando un comercio triangular entre Inglaterra, Flandes y las ciudades en expansión de la Renania, que llevaba lana cruda de Inglaterra a Flandes y tela de lana de Flandes a la Renania, cuyos mercaderes la distribuían después a lugares tan lejanos como Italia y Bizancio. Millones de peniques de plata circulaban por el mar del Norte, donde se había desarrollado un sistema integrado de cambio entre las monedas inglesas, escandinavas y renanas. Los comerciantes ingleses operaban en Constantinopla y el norte de España, donde cambiaban plata septentrional por sedas bizantinas, especias islámicas y oro africano. Los comerciantes y guerreros escandinavos llegaron aún más lejos y establecieron ciudades en Irlanda, principados en Normandía y el sur de Italia, y puestos comerciales avanzados como Novgorod y Kiev junto a las rutas mercantiles rusas que iban del mar Báltico al Negro (y de ahí a Constantinopla) y al mar Caspio (y de ahí al Imperio abasí).

COMERCIO

Sin embargo, durante los siglos XI y XII los mayores avances en el comercio de largo recorrido tuvieron lugar en las pujantes ciudades del norte de Italia. Una serie de victorias de las fuerzas navales venecianas, pisanas y genovesas otorgaron a esas ciudades el control sobre el transporte comercial entre Constantinopla, Alejandría y Occidente. La prosperidad creciente de los nobles y eclesiásticos europeos creó y amplió el mercado para los artículos de lujo orientales, mientras que la seguridad

interna de la región posibilitó a los comerciantes proporcionar dichos artículos asumiendo menores riesgos. En el siglo XIX surgió en la región francesa central de Champagne un sistema de ferias donde los mercaderes flamencos vendían tela a los italianos, y los comerciantes italianos vendían especias musulmanas y sedas bizantinas a los flamencos, franceses y alemanes. No obstante, en 1300 esas ferias iniciaron su declive cuando los mercaderes italianos lograron abrir una ruta marítima directa entre Italia y los puertos atlánticos del norte de Europa. Entonces lo práctico fue importar lana cruda directamente de Inglaterra al norte de Italia, donde ciudades como Florencia podían producir tela de lana ellas mismas. Cuando aumentó la industria textil italiana, la flamenca declinó, un signo más de que Europa se estaba convirtiendo en una economía unificada.

El comercio de larga distancia era una empresa arriesgada. Podían perderse fortunas con tanta facilidad como se hacían. La piratería era habitual, y se sabía de la peligrosidad del mar Mediterráneo para los marineros y sus barcos. La aristocracia terrateniente solía desdeñar a los comerciantes porque no podían presumir de antiguos linajes y porque era demasiado evidente su relación con los beneficios pecuniarios. Sin embargo, era innegable su valor; incluso en la batalla, las milicias ciudadanas de Milán o Florencia con frecuencia sacaban ventaja a sus rivales aristocráticos. Pero sobre todo los italianos consiguieron abrir nuevas rutas comerciales debido a la disposición de los mercaderes y nobles a invertir considerables sumas de dinero en barcos, mercancías y animales de carga. Para facilitar dicha inversión, los mercaderes italianos desarrollaron nuevas formas de contratos de sociedad comerciales, nuevos métodos de contabilidad (incluida la teneduría de doble entrada) y nuevos mecanismos de crédito, algunos de ellos tomados de los ejemplos bizantino y musulmán. Parte de estos nuevos conciertos crediticios se topó con el rechazo de la Iglesia cristiana occidental, que condenaba casi todas las formas de préstamo de dinero como usura. Pero la demanda de capital para impulsar la nueva economía comercial era irresistible, y poco a poco las actitudes comenzaron a cambiar. Desde el siglo XIII importantes eclesiásticos empezaron a hablar de manera más favorable de los comerciantes. San Buenaventura, franciscano italiano del siglo XIII, sostenía, por ejemplo, que en la época del Antiguo Testamento Dios había mostrado un favor especial hacia los pastores como el rey David; en la época del Nuevo Testamento, había favorecido a pescadores como san Pedro; pero en los tiempos modernos el favor de Dios se dirigía a los comerciantes como san Francisco de Asís.

Sin embargo, resultaría engañoso pensar que la revolución comercial o urbana de la Alta Edad Media fue resultado sobre todo del comercio de larga distancia. Algunas poblaciones recibieron grandes estímulos de dicho comercio, y el crecimiento de ciudades tan importantes como Venecia (cerca de 100.000 habitantes en 1300) y

Génova (80.000 habitantes) habría sido imposible sin él, pero la prosperidad de la mayoría, incluidas ciudades tan enormes como París (200.000 habitantes en 1300), Florencia (100.000 habitantes), Milán (de 80.000 a 100.000 habitantes) y Londres (de 60.000 a 80.000 habitantes), dependía fundamentalmente de la riqueza de los territorios circundantes, de los que extraían sus alimentos, sus materias primas y el grueso de su población. La aceleración de la vida económica en general fue la causa principal del crecimiento urbano durante la Alta Edad Media. El comercio de largo recorrido no fue más que un aspecto de esta transformación económica y comercial de mayor alcance en la vida europea.

LAS POBLACIONES

Las poblaciones, grandes y pequeñas, existían en relación simbiótica con el campo que las rodeaba; proporcionaban mercados y artículos manufacturados mientras se alimentaban de los excedentes agrícolas y se extendían por la inmigración constante de campesinos libres y siervos huidos en busca de una vida mejor. Una vez que las ciudades comenzaron a florecer, muchas de ellas se especializaron en ciertas iniciativas. París y Bolonia lograron riqueza considerable albergando importantes universidades; Venecia, Génova, Colonia y Londres se convirtieron en centros de comercio de larga distancia; Milán, Florencia, Gante y Brujas se especializaron en manufacturas. Las industrias urbanas más importantes fueron las dedicadas a la fabricación y acabado de la lana (y en Venecia, el algodón). La mayor parte de la fabricación urbana la realizaban artesanos particulares en talleres pequeños de su propiedad, cuya producción la regulaban asociaciones profesionales conocidas como gremios.

En general, sólo a los maestros artesanos, que eran expertos en su oficio y dirigían su propio taller, se les permitía ser miembros plenos con voto de un gremio. Como resultado, los gremios solían fomentar los intereses de sus miembros más ricos y situados, intentando conservar los monopolios y limitar la competencia. Para dichos fines, los términos del empleo estaban estrictamente regulados. Si un aprendiz u oficial deseaba convertirse en maestro, con frecuencia tenía que producir una «obra maestra» para que la juzgaran los maestros del gremio. Si se dictaminaba que el mercado era demasiado débil para soportar más maestros artesanos, ni siquiera una obra maestra aseguraría a un artesano el codiciado derecho de establecer su propio taller; pero sin esa posición algunas ciudades llegaban incluso a prohibir a un oficial que se casara. Los gremios artesanales también controlaban los precios y salarios, prohibían el trabajo fuera de horas y formulaban regulaciones detalladas que regían los métodos de producción y la calidad de los materiales que debían emplear sus

miembros. También desempeñaban importantes funciones sociales como asociaciones religiosas, sociedades benéficas y clubes de bebida, se ocupaban de sus miembros en momentos de tribulación y apoyaban a sus dependientes cuando un maestro artesano fallecía.

Los comerciantes también fundaron gremios, y en algunas ciudades llegaron a ser tan poderosos que la pertenencia a uno de ellos se convirtió en un prerrequisito para tomar parte en el gobierno municipal. Al igual que los más numerosos pero menos poderosos gremios artesanales, los gremios de comerciantes pretendían mantener el monopolio del mercado local para sus miembros, restringían la competencia y obligaban a cumplir unos precios uniformes. A menudo, también controlaban la concesión de la ciudadanía a los nuevos solicitantes. Por su naturaleza, los gremios eran una organización excluyente: como eran explícitamente cristianos, estaban cerrados para judíos y musulmanes. También restringían en buena medida las oportunidades económicas a los asalariados comunes, en especial las mujeres, si bien no estaban excluidas de forma automática de la mayoría e incluso había unos cuantos específicamente femeninos. Sin embargo, a pesar del importante papel que desempeñaban como asalariadas urbanas, la mayoría de los gremios dominados por los hombres se aseguraba de que las mujeres no tuvieran influencia sobre los términos y condiciones en los que trabajaban o los salarios que se les pagarían por su labor.

Para los ojos modernos, los pueblos y ciudades medievales aún parecerían casi rurales en 1300. Con frecuencia las calles estaban sin pavimentar, las casas poseían huertas para cultivar verduras y había animales de granja por doquier. A comienzos del siglo XII, el heredero al trono de Francia resultó muerto cuando su caballo tropezó y cayó debido a un cerdo que corría suelto por las calles de París. Las condiciones higiénicas eran malas y el aire apestaba a menudo a excrementos animales y humanos. Un londinense del siglo XIV canalizó durante meses sus aguas negras al sótano de la casa de su vecino; sólo cuando dicho sótano se llenó y las aguas negras empezaron a inundar la calle pública se detectó su delito. En un mundo semejante proliferaban las enfermedades, sobre todo en los barrios atestados donde vivían los más pobres. Pero en todos los estratos de la sociedad urbana las tasas de fertilidad eran bajas, y la mortalidad infantil, elevada. La mayoría de las ciudades sostenía su población con la inmigración continua del campo. Los incendios eran un peligro omnipresente, y las tensiones económicas y las rivalidades familiares podían llevar a disturbios sangrientos. A pesar de todo, la gente urbana estaba muy orgullosa de sus nuevas ciudades y modos de vida. Un famoso himno a Londres, por ejemplo, escrito por un morador de la ciudad del siglo XII, elogiaba su prosperidad, piedad y clima perfecto, y declaraba que, salvo por los frecuentes incendios, la única molestia de Londres «era que la gente bebía sin moderación». Este orgullo se repetía en las

alabanzas de otras ciudades europeas, en las que sus ciudadanos afirmaban cada vez más sus identidades características y sus privilegios comunitarios como comerciantes, artesanos y corporaciones con autogobierno.

Bizancio, el islam y las cruzadas

Cuando el poder del califato abasí declinó durante los siglos IX y X, el Imperio bizantino se expandió. A mediados del siglo IX, la posición de Bizancio todavía era precaria. Hacía poco que una flota musulmana había tomado Sicilia y Creta; la inmigración eslava pagana en los Balcanes estaba mermando de prisa el control bizantino en esa región; la presión musulmana sobre las fronteras orientales del imperio continuaba incólume, si bien dichas fronteras se mantenían en buena medida donde habían estado desde comienzos del siglo VIII; y un nuevo enemigo había surgido en los saqueadores y comerciantes vikingos que se habían establecido junto a los sistemas fluviales rusos que vertían al mar Negro y al Caspio. Las conexiones comerciales más importantes de los rus eran con los abasíes; intercambiaban esclavos, miel, cera y pieles por plata, especias indias y sedas chinas. Pero también conocían el camino hasta Constantinopla: en el año 860, cuando el emperador bizantino y su ejército estaban ocupados en la frontera oriental con los musulmanes, una flota de los rus navegó por el mar Negro y saqueó Constantinopla.

EL RESURGIMIENTO BIZANTINO

Sin embargo, en 1025 la posición de Bizancio ya se había transformado. Después de varios siglos de inactividad, los misioneros del siglo IX, los famosos santos Cirilo y Metodio, convirtieron a los eslavos de los Balcanes al cristianismo ortodoxo, idearon para ellos una lengua escrita conocida como eslavo eclesiástico antiguo y crearon el alfabeto cirílico, que todavía se emplea en Bulgaria, Serbia y Rusia. Siguió de inmediato la conquista militar. En 1025, cuando el emperador Basilio II («el matador de búlgaros») murió, los bizantinos habían anexionado a su imperio Grecia, Bulgaria y la actual Serbia. Asimismo, habían forjado una alianza militar y comercial con el reino ruso occidental establecido en torno a Kiev, reorientando de forma decisiva a los rus hacia Constantinopla y alejándolos del islam. En el año 911 setecientos rus tomaron parte en el ataque de la flota bizantina a la Creta musulmana; en el año 945 se estableció un tratado comercial; en el año 957 una princesa cristiana kievana llamada Olga fue atendida con grandes agasajos en una visita de estado a Constantinopla, y en el año 989 el emperador Basilio II recurrió a Vladimir, príncipe

de Kiev, para pedirle las tropas que necesitaba para ganar una guerra civil contra su rival imperial, Bardas Fokas, miembro de la nobleza cada vez más poderosa de las fronteras orientales del imperio. A cambio de la ayuda de Vladimir, Basilio le entregó a su hermana Ana en matrimonio. Vladimir, junto con su pueblo, aceptó el bautismo para entrar en la Iglesia ortodoxa. Rusia ha permanecido como bastión ortodoxo hasta la actualidad.

Entre las décadas de 930 y 970, los bizantinos también lanzaron una serie de victoriosas campañas a lo largo de sus fronteras oriental y suroriental con los abasíes y reconquistaron territorios que no habían estado en sus manos desde el siglo VII. Aunque la mayoría de los pueblos de los territorios reconquistados había continuado siendo cristiana durante tres siglos de gobierno islámico, los armenios y los sirios en particular poseían sus tradiciones cristianas características que estaban en pugna doctrinaria y lingüísticamente con la Iglesia de lengua griega de Constantinopla. Para un imperio que se había definido durante siglos en virtud de su ortodoxia (la misma palabra significa «credo correcto»), la incorporación de esos «herejes» amenazaba los cimientos sobre los que se asentaba su unidad.

Sin embargo, lo más importante fue que las conquistas orientales aumentaron mucho el dominio de las familias nobles locales que las dirigieron y aprovecharon, y crearon por primera vez un centro de poder dentro del imperio que se encontraba fuera de la capital, Constantinopla. Las tensiones y rivalidades entre estas familias nobles orientales y las autoridades imperiales de la capital agitaron la política durante la mayor parte del siglo X. Tras un fallido golpe de estado encabezado por el jefe de una de dichas familias, el emperador Basilio II (976-1025) suprimió salvajemente a las principales, además de redirigir el poderío militar bizantino a Occidente hacia Bulgaria, que conquistó con la ayuda de una fuerza naval aportada por los venecianos. Pero este freno a las ambiciones de los magnates orientales sólo fue temporal. Después de la muerte de Basilio, el trono imperial pasó a una serie de parientes ancianos e incompetentes. En el vacío de poder resultante, las familias nobles militares llegaron a dominar cada vez más el campo, mientras que en la corte disminuían los ingresos fiscales a la vez que aumentaban los gastos imperiales. Para pagar las facturas, los emperadores rebajaron la moneda de oro bizantina, redujeron su valor un 50 por ciento entre 1040 y 1080, con lo que socavaron el comercio precisamente cuando Venecia, Génova y Pisa consolidaban su control sobre las rutas comerciales del Mediterráneo oriental. En 1081, cuando las familias potentadas orientales triunfaron y colocaron a Alejo Comneno en el trono imperial, el Imperio bizantino ya estaba debilitado como potencia mediterránea.

A finales del siglo XI Bizancio arrojó nuevas amenazas procedentes de varios frentes. Venecia, Génova y Pisa habían surgido como potencias navales dominantes en el Mediterráneo oriental y se habían adueñado de buena parte del lucrativo comercio entre el norte de África islámico (incluido Egipto) y Occidente. El creciente poder del Egipto fatimí estaba comenzando a reducir los ingresos bizantinos a lo largo de la frontera suroriental con Siria. Pero lo más desastroso era que había emergido una nueva potencia musulmana en Asia, los turcos seljuquitas, que empezaban a trasladarse a Asia Menor, el verdadero núcleo central del Imperio bizantino. Cuando los turcos tomaron Armenia, el emperador intentó expulsarlos; pero las familias nobles orientales le negaron su apoyo, y en la decisiva batalla de Manzikert (1071) el ejército imperial fue aniquilado. Ahora los turcos tenían libre el camino para hacerse con toda Anatolia; de golpe, la parte más rica y productiva del Imperio bizantino cayó en manos turcas. En el mismo año, otro grupo turco conquistó Jerusalén de los fatimíes chiíes y devolvió la Ciudad Santa al control suní. Antes de que hubieran transcurrido cinco años, casi toda Siria y Asia Menor se hallaban en manos turcas. En el oeste, casi al mismo tiempo estalló una rebelión organizada por los eslavos de los Balcanes, lo que mermó más el erario, ya de por sí precario, del Imperio bizantino.

Sin embargo, en la década de 1090 Alejo Comneno había recuperado el erario y restaurado el control bizantino sobre los Balcanes, y empezaba a planear una campaña contra los turcos. Durante el siglo XI habían aparecido los caballeros occidentales que, provistos de pesadas armaduras, se convirtieron en las tropas montadas más efectivas del mundo. Alejo se había enfrentado a esos caballeros en 1085, cuando rechazó una invasión normanda de Grecia, y ansiaba utilizarlos contra los turcos, montados pero con armaduras ligeras. Para reclutar una fuerza de caballería pesada, envió una petición al papa Urbano II, esperaba un contingente de unos miles de tropas con las que podría recuperarse de los avances turcos en Anatolia. Sin embargo, antes de un año el papa había puesto en movimiento un vasto ejército cruzado de 100.000 occidentales con el objetivo de recuperar la Ciudad Santa de Jerusalén para la cristiandad.

LA PRIMERA CRUZADA

Las razones por las que los llamamientos de Urbano obtuvieron una respuesta tan masiva son complejas. Es probable que el mismo papa considerara la cruzada un medio de lograr al menos cuatro fines. Uno era devolver la Iglesia ortodoxa a la comunión con el papado. Las relaciones entre las dos iglesias se habían roto en 1054, cuando un emisario papal y el patriarca ortodoxo de Constantinopla se habían

excomulgado mutuamente. Si Urbano conseguía unir las dos iglesias, alcanzaría una gran victoria para el programa gregoriano de monarquía papal, una de cuyas metas era establecer la primacía del papado sobre los restantes obispos e iglesias. Un segundo motivo era avergonzar al mayor enemigo de Urbano, el emperador alemán Enrique IV. Éste y el papado llevaban en guerra más de veinte años por sus reclamaciones respectivas de supremacía dentro de la cristiandad. Al convocar una poderosa cruzada para reconquistar Jerusalén, Urbano probablemente esperaba confirmar su derecho como papa a ser el dirigente verdadero de la sociedad cristiana occidental. En tercer lugar, al enviar un gran contingente de combatientes, el papa esperaba lograr la paz interna. Unos años antes, varios obispos y abades franceses habían apoyado un «movimiento pacifista» que prohibía los ataques sobre los no combatientes (la «paz de Dios»), así como luchar en ciertos días sagrados (la «tregua de Dios»). En 1095, en el concilio eclesiástico celebrado en Clermont, en el que anunció la primera cruzada, Urbano promulgó también la primera aprobación papal plena de este movimiento pacifista. En la práctica, Urbano comunicó a los caballeros reunidos que, si deseaban combatir, sólo podían hacerlo por una causa cristiana en ultramar. Por último, también la meta de Jerusalén inspiró a Urbano. Los geógrafos medievales lo consideraban el centro de la Tierra, y además era el santuario más sagrado de la religión cristiana porque era la cuna de Jesús. A los incultos caballeros cristianos de Europa occidental, al igual que quizá para el propio Urbano (cuya familia provenía de la caballería del sur de Francia), les parecía justo ayudar a su señor Jesucristo a recuperar su tierra de los musulmanes que se la habían arrebatado.

La respuesta a la llamada de Urbano superó todas las expectativas. Antes de un año, un ejército de 100.000 hombres, mujeres y niños, procedentes de todos los confines de Europa occidental, se puso en marcha hacia Constantinopla, donde pretendían reunirse antes de partir hacia Jerusalén. Como en toda gran iniciativa, los motivos de los participantes para unirse a la cruzada eran variados. Algunos esperaban obtener tierras o establecer principados para sí en Oriente. A otros les había atraído la simple perspectiva de correr una aventura. Muchos eran subordinados de grandes señores y los acompañaban porque era su deber. Puede que a unos cuantos les motivaran profecías oscuras y un fervor apocalíptico. La mayoría, probablemente, no tenía idea de lo que duraría el viaje o incluso en qué dirección viajarían.

Pero el motivo dominante para participar en la primera cruzada fue religioso. Salvo en el caso de unos cuantos grandes señores —en su mayoría normandos del sur de Italia—, la perspectiva de obtener nuevas tierras en Oriente era improbable y no deseable. En realidad, uno de los mayores desafíos que arrostró el reino latino (cruzado) de Jerusalén a partir de 1099 fue precisamente el hecho de que los cruzados muy rara vez querían permanecer en Oriente. Tras cumplir sus promesas, la vasta mayoría volvía a su lugar de origen. Los riesgos de morir en dicho viaje eran altos, y

los costes de embarcarse, enormes. Los caballeros cruzados necesitaban un mínimo de dos años de ingresos en la mano para financiar su viaje. Para conseguir dichas sumas, muchos se vieron obligados a hipotecar tierras y a pedir prestado a la familia, los amigos, los monasterios y los comerciantes. Luego tenían que encontrar algún modo de devolver estos préstamos, si es que volvían. Si se hacía un juicio racional de sus ventajas financieras, la cruzada era un asunto de locos, pero ofrecía consuelo al alma cristiana. Durante siglos, el peregrinaje había sido la forma más popular de penitencia cristiana, y la peregrinación a Jerusalén se consideraba la más sagrada y eficaz de todas. Urbano II explicitó esta circunstancia en Clermont, donde prometió que los cruzados serían liberados de todas las demás penitencias impuestas por la Iglesia. Algunos predicadores de la cruzada llegaron aún más lejos al prometer lo que acabó conociéndose como indulgencia plenaria: que los cruzados serían completamente liberados de los castigos del más allá en el purgatorio por todos los pecados que hubieran cometido hasta ese momento de sus vidas y que las almas de quienes murieran en la cruzada irían derechas al cielo. La indulgencia plenaria era una oferta sin duda extraordinaria, y multitudes acudieron para aprovecharla.

Los sermones de la cruzada hacían hincapié en la venganza que los soldados de Cristo se tomarían sobre sus enemigos en Oriente, pero a algunos cruzados les parecía absurdo esperar hasta su llegada a Jerusalén para asumir este aspecto de sus obligaciones. Si bien era cierto que los musulmanes se habían adueñado de Jerusalén, que era propiedad de Jesús, era a los judíos a quienes la teología cristiana culpaba de su muerte. En el curso del siglo XII habían crecido comunidades judías en la mayoría de los pueblos y ciudades grandes de la Renania y en muchos de los pueblos y ciudades menores del norte de Francia. En la primavera de 1096 comenzaron los asaltos de grupos de cruzados contra las comunidades judías en el norte de Francia, que se extendieron en seguida a la Renania cuando los cruzados iniciaron su avance hacia el este. Cientos de judíos fueron asesinados en Maguncia, Worms, Speyer y Colonia, y cientos más fueron bautizados a la fuerza como precio para escapar de la muerte a manos de los caballeros cruzados. A pesar de los esfuerzos de las autoridades eclesiásticas para evitarlos, los ataques a los judíos pervivirían como rasgo regular y predecible del movimiento cristiano de las cruzadas hasta el siglo XIII.

Sorprendido por la naturaleza y la escala de la respuesta occidental a su llamada, Alejo Comneno hizo cuanto pudo para trasladar con rapidez a los cruzados de Constantinopla a Asia Menor. Sin embargo, pronto se pusieron de manifiesto las diferencias de perspectivas entre el emperador bizantino y los cruzados. Alejo tenía escaso interés en una expedición a Jerusalén, pero insistió en que los cruzados prometieran devolver al Imperio todo territorio que tomaran de los musulmanes. Los cruzados sospecharon que esta exigencia era una traición, y esta impresión se convirtió en certeza cuando los suministros que esperaban de Constantinopla durante

el viaje no se materializaron. Desde el punto de vista de Alejo, el ejército cruzado constituía una amenaza, entre otras cosas porque incluía a varios dirigentes normandos que habían intentado conquistar su imperio diez años antes. Pero los cruzados consideraban que cumplían una misión de Dios. No entendían la disposición del emperador bizantino a establecer alianzas con algunos gobernantes musulmanes contra otros gobernantes musulmanes y llegaron de inmediato a la conclusión de que, en realidad, los bizantinos pretendían socavar el esfuerzo de la cruzada, tal vez incluso apoyando a los musulmanes contra ellos. Dichas sospechas eran infundadas, pero se sumaron a la creciente convicción occidental de que el Imperio bizantino era un obstáculo para la recuperación de Jerusalén para la cristiandad.

En contra de todos los pronósticos, la primera cruzada fue un triunfo. En 1098 los cruzados tomaron Antioquía y la mayor parte de Siria. A finales de 1099 conquistaron Jerusalén, matando sin piedad y por igual a sus habitantes musulmanes, judíos y cristianos. Su victoria se debió sobre todo al hecho de que los rivales musulmanes de los cruzados se hallaban en ese momento divididos por rencillas internas. Los fatimíes habían recobrado Jerusalén de los turcos unos meses antes de la llegada de los cruzados, y los propios turcos estaban en guerra entre ellos. Pero las tácticas militares occidentales, en particular el dominio en campo abierto de los caballeros con sus armaduras pesadas, también desempeñaron un importante papel en el éxito de los cruzados.

Asimismo, resultó crucial el apoyo naval que recibió la primera cruzada de Génova y Pisa, que esperaban que una victoria les permitiera controlar el comercio de especias indias que pasaba por el mar Rojo para llegar hasta Alejandría, en Egipto. En este sentido, la primera cruzada contribuyó a un mayor declive del comercio bizantino, que ya sufría la competencia italiana en el Mediterráneo y el impacto negativo de las invasiones turcas sobre las rutas comerciales que antes conectaban Constantinopla con Bagdad y la ruta de la seda de Asia Central a China. Todas estas tendencias ya existían antes de que comenzara la cruzada, pero la fundación del reino latino las aceleró. En este sentido, la primera cruzada contribuyó considerablemente al cambio en el equilibrio de poder entre Bizancio y Occidente.

LAS CRUZADAS POSTERIORES

La primera cruzada no tuvo un gran impacto en el equilibrio de poder entre el islam y Occidente. El reino de los cruzados nunca llegó a ser más que una estrecha franja de colonias poco pobladas a lo largo del litoral de Siria y Palestina. Puesto que los cruzados no controlaban el mar Rojo, las principales rutas del comercio islámico con la India y el Lejano Oriente no se vieron afectadas por el cambio de lealtad religiosa

en Jerusalén. Los cruzados tampoco interfirieron en las rutas de caravanas que pasaban por sus territorios. Para los musulmanes, la pérdida de Jerusalén constituyó mucho más una afrenta religiosa que económica, y fue por motivos religiosos por lo que planearon su recuperación. En 1144 la mayoría de los principados cruzados en Siria ya se había reconquistado. Cuando los guerreros cristianos dirigidos por el rey de Francia y el emperador de Alemania llegaron a Oriente en la segunda cruzada para recuperar lo perdido, estaban demasiado divididos entre sí para obtener alguna victoria. No mucho después, Siria y Egipto se unieron bajo el gran dirigente musulmán Saladino, quien por fin reconquistó Jerusalén en 1187. En respuesta, se lanzó la tercera cruzada, encabezada por el emperador alemán Federico Barbarroja, el rey francés Felipe Augusto y el rey inglés Ricardo Corazón de León. Esta campaña también fracasó. Barbarroja se ahogó en Asia Menor cuando se dirigía a Jerusalén y Felipe Augusto regresó a Francia en seguida. Los heroicos esfuerzos de Ricardo Corazón de León permitieron al reino latino sobrevivir durante un siglo más, pero no pudo recuperar Jerusalén.

Sin embargo, el sueño no murió. Cuando Inocencio III se convirtió en papa en 1198, su principal ambición era reconquistar Jerusalén. Convocó la cuarta cruzada para ese fin, pero resultó un desastre. La guerra civil en Alemania, combinada con la guerra entre Inglaterra y Francia, redujo de forma considerable el número de caballeros dispuestos a participar, y cuando los venecianos, que habían contratado transportar al ejército cruzado a Tierra Santa, descubrieron que sólo llegarían la mitad de los previstos y que, por tanto, no se les pagaría tanto como esperaban, desviaron la cruzada a un ataque a Constantinopla en 1204. El resultado fueron unas enormes ganancias imprevistas para Venecia, pero la destrucción efectiva del Imperio bizantino, que durante los sesenta años siguientes quedó dividido en provincias latinas y provincias griegas. En 1261 los rivales de los venecianos, los genoveses, ayudaron a un nuevo aspirante imperial, Miguel VIII Paleólogo, a recuperar el trono bizantino y, con él, el control sobre Constantinopla. Pero el Imperio bizantino estaba ahora reducido a poco más que la propia ciudad, con lo que dejaba tanto Asia Menor como los Balcanes abiertos a la conquista final a manos de los turcos otomanos.

Pese al desastre de la cuarta cruzada, los esfuerzos occidentales por recuperar Jerusalén continuaron a lo largo del siglo XIII. Sin embargo, hasta 1229, cuando el emperador romano occidental Federico II negoció un tratado con el sultán egipcio que devolvió Jerusalén al control cristiano por un período de diez años, ningún dirigente occidental había intentado lograr este objetivo de forma directa. En su lugar, las cruzadas del siglo XIII se dirigieron principalmente a Egipto (1217-1219, 1248-1254), y en 1270, a Túnez. La meta estratégica de los cruzados era cortar las cuerdas de salvamento que sostenían el control musulmán de la Tierra Santa. Sin embargo, al explicar estas cruzadas posteriores, resulta cada vez más difícil desentrañar los

cálculos para reconquistar Jerusalén (que, en todo caso, era una ciudad destrozada, sin murallas y con una población escasa) de las aspiraciones de los comerciantes italianos de controlar el comercio del Lejano Oriente que pasaba por Egipto y el comercio del oro procedente del África subsahariana que recorría Túnez. La gran ciudad mercantil del reino latino del siglo XIII era San Juan de Acre, no Jerusalén. Su caída en 1291 marcó el final de todas las expediciones occidentales (aunque no de los planes para dichas expediciones) para reconquistar la Tierra Santa del islam.

LAS CONSECUENCIAS DE LAS CRUZADAS

Para Bizancio la repercusión del movimiento cruzado fue desastrosa. Los cruzados coincidieron con —y en cierta medida causaron— un cambio decisivo en el equilibrio de poder económico y militar entre Europa occidental y el tambaleante Imperio bizantino. En contraste, en el mundo musulmán el impacto de las cruzadas fue mucho más modesto. El comercio entre el islam y Occidente continuó a pesar de las interrupciones periódicas provocadas por los ataques cruzados a Siria, Egipto y el norte de África. Las mayores ganancias económicas correspondieron a las repúblicas marítimas italianas de Venecia y Génova, pero los comerciantes islámicos también pasaron a depender cada vez más de los mercados occidentales para sus productos. Además, ambas partes ganaron a efectos militares: los occidentales aprendieron nuevas técnicas de fortificación, y los musulmanes, nuevos métodos de guerra de asedio y nuevos aspectos para el uso de la caballería pesada. Por último, las cruzadas también ayudaron a cristalizar las doctrinas cristiana e islámica de la guerra santa contra los infieles. Ni la guerra santa cristiana ni la yihad islámica se inspiraron mucho doctrinalmente entre sí, pero la colisión de ambas profundizó la hostilidad mutua que ya separaba al mundo islámico de la Europa cristiana.

Las consecuencias de las cruzadas en Europa occidental son más difíciles de valorar. Tal vez cabría considerarlas un capítulo de una historia en general victoriosa de expansionismo occidental durante la Alta Edad Media que acabó en fracaso. Sin embargo, en dicha época, al igual que en Groenlandia y Norteamérica, los europeos occidentales fueron demasiado ambiciosos. No pudieron mantener las colonias que establecieron y a la larga se vieron obligados a abandonarlas. Las cruzadas tampoco abrieron a los europeos a un mundo más amplio del que antes no sabían nada. Ese mundo más amplio ya existía en 1095 y los europeos ya formaban parte de él. El comercio con el mundo islámico y más allá con la India y el Lejano Oriente produjo enorme prosperidad a las repúblicas marítimas italianas, en especial a Génova y Venecia, pero estos vínculos comerciales habían existido antes de las cruzadas y continuarían después de que terminaran. Cabe sostener incluso que las cruzadas

disminuyeron, en lugar de aumentar, el intercambio económico y cultural entre Europa occidental y el mundo islámico que de otro modo habría tenido lugar.

Pero sería erróneo poner fin a nuestra exposición de las cruzadas con una nota menor. Resulta claramente visible en el movimiento cruzado del siglo XIII un impulso de los mercaderes occidentales, respaldados por la fuerza militar, para controlar el comercio de especias, sedas y oro «deshaciéndose de los intermediarios islámicos». Este impulso continuaría y, a partir del siglo XVI, acabaría llevando a la creación de imperios mercantiles y coloniales europeos a escala mundial. Tampoco debemos pasar por alto o despreciar la influencia duradera del ideal de las cruzadas en la imagen que de sí mismos se forjaron los europeos. Las cruzadas tuvieron un éxito considerable en la península Ibérica, donde entre 1100 y 1250 los reyes de Castilla y Portugal y la corona de Aragón dirigieron su reconquista del islam. En Iberia en particular, el movimiento cruzado mantuvo su significado ideológico hasta finales del siglo XVI, proporcionando una importante motivación a los viajes de descubrimiento portugueses y españoles durante el siglo XV y la conquista de América durante el siglo XVI. Las cruzadas seguirían tiñendo las relaciones europeas con el islam y sobre todo con los turcos otomanos, cuyas conquistas los llevarían a las puertas de Viena y las fronteras de Italia. Ni siquiera Napoleón, el último emperador romano occidental, fue inmune al ideal cruzado, pues también encabezaría una reconquista triunfal pero breve de Jerusalén.

Movilidad y desigualdad sociales en la Europa altomedieval

La creciente riqueza de la Europa altomedieval también transformó la estructura de la sociedad. En el siglo X todavía era posible describirla dividida «entre quienes trabajaban, quienes rezaban y quienes combatían». Sin embargo, en 1300 esas descripciones funcionales ya no mantenían la más mínima relación tangencial con la realidad. En las pujantes ciudades habían surgido nuevas élites comerciales y profesionales; los miembros más prósperos de la sociedad eran los comerciantes y los banqueros, no los nobles. Las familias más nobles fingían desdén por el comercio, pero los nobles también se vieron arrastrados al mundo comercial, pese a su desprecio por semejantes «calculadores». Por supuesto, los nobles seguían combatiendo; pero también lo hacían los caballeros, los ballesteros urbanos, los arqueros campesinos, las milicias ciudadanas y las levadas rurales. Hasta el trabajo se había vuelto más complejo. En 1300 la mitad de los campesinos de Inglaterra labraba parcelas de tierra demasiado pequeñas para sostener a sus familias. Sobrevivían y a veces prosperaban mediante una combinación cambiante de labranza, trabajo asalariado, caza, recolección y caridad. Las líneas que existían entre el pueblo y el

campo se cruzaban con facilidad. La gente rural se trasladaba a las ciudades y la de las ciudades volvía al campo con regularidad y facilidad. Habían surgido escuelas de todo tipo, y sus productos —abogados, médicos, administradores de propiedades, escribanos y funcionarios gubernamentales— constituían una nueva y creciente clase profesional que complicaba más los esfuerzos por describir la sociedad europea atendiendo a los «tres órdenes» de trabajadores, oradores y combatientes.

La riqueza en aumento hizo más compleja la sociedad, que también se volvió más fluida. La imagen de la «rueda de la fortuna», cuyo giro incesante elevaba a la grandeza a los insignificantes, a la vez que reducía a los grandes a la pobreza, fue una de las imágenes favoritas durante la Alta Edad Media, y por buenas razones. Un naufragio, un flete robado, una mala inversión o un error de cálculo político podían arruinar hasta a las familias más ricas y poderosas. Al mismo tiempo, la gente pobre con habilidad y suerte podía a veces elevarse a alturas extraordinarias. La carrera en la Iglesia estaba particularmente abierta para los hombres de talento. El servicio real era otra vía de ascenso social. Pero la rueda de la fortuna también hacía caer a los hombres. Dante Alighieri, figura prominente en el gobierno de su ciudad natal de Florencia, fue exiliado de por vida en 1301 y escribió su mejor poesía «saboreando las amargas migajas del pan de otros hombres».

NOBLES Y CABALLEROS

La nueva riqueza provocó movilidad social, pero también creó una sociedad más estratificada. Ya hemos señalado las jerarquías de posición y riqueza que caracterizaban el sistema de gremios. Con el surgimiento de la servidumbre, aparecieron nuevas distinciones entre familias libres y no libres dentro de la sociedad campesina. Sin embargo, en ninguna parte resulta tan manifiesta la estratificación creciente de la sociedad europea como entre la nobleza. En el período carolingio, la nobleza comprendía un número relativamente pequeño de antiguas familias de igual o parecido rango social que se casaban entre sí. No obstante, durante los siglos X y XI, comenzaron a establecerse nuevas familias como señores territoriales que rivalizaban con las antiguas familias nobles carolingias en poder y riqueza, y que incluso a veces las sobrepasaban. Algunas de estas nuevas familias eran descendientes de autoridades que habían aprovechado el derrumbe carolingio para independizarse. Otras no eran más que saqueadores cuyo poder residía en el control sobre castillos, caballeros y casas solariegas. Hasta el siglo XII, las antiguas familias nobles carolingias intentaron resistir las reclamaciones de estas nuevas familias al rango y la posición de nobles, pero a finales del siglo XIII ya había surgido una nobleza en Europa occidental que incluía a estas nuevas familias de condes, señores de castillos y caballeros, pero

también establecía una serie de meticulosas distinciones de rango entre duques, condes, castellanos y caballeros.

Los caballeros no eran necesariamente nobles en el siglo XI. La caballería era un «orden» social formado por hombres de rango muy variado. Algunos caballeros del siglo XI eran hijos de grandes nobles, pero otros eran poco más que campesinos montados a caballo y armados con espadas. Como grupo guerrero especializado, los caballeros se asociaban con la nobleza, por lo que obtenían cierto grado de prestigio social. Pero los acontecimientos clave que elevaron a los caballeros al rango de la nobleza sucedieron durante los siglos XII y XIII, y tuvieron una conexión directa con la riqueza creciente de la sociedad medieval. Cuando ascendió el coste del equipo de caballero, el número de hombres que podían permitirse los caballos más pesados, las espadas más fuertes y la armadura mejorada que se necesitaban descendió considerablemente. Asimismo, el estilo de vida doméstica que se esperaba de los caballeros se volvió más refinado y caro. En 1100, un caballero podía pasar con una sobreveste de lana, dos caballos y un mozo de cuadra; en 1250 ya requería una caballeriza, ropa de seda y un séquito de servidores, escuderos y mozos de cuadra. Para sostener un modo de vida tan extravagante, un caballero necesitaba un considerable estipendio anual de su señor o poseer grandes fincas, un mínimo de 480 hectáreas. A diez peniques por hectárea en arrendamiento, 480 hectáreas producirían unos ingresos anuales de veinte libras, el mínimo considerado preciso en la Inglaterra del siglo XIII para sostener a un caballero. En comparación, un jornalero común, que trabajaba por salarios que rondaban los dos peniques diarios, podía esperar ganar una o dos libras anuales.

CABALLERÍA Y AMOR CORTÉS

Cuando los costes de la caballería ascendieron, también lo hizo su prestigio social. Desde mediados del siglo XII, los caballeros y nobles de Europa empezaron a abrazar y fomentar el código de valores conocido como «caballería», que destacaba la valentía, la lealtad, la generosidad, la destreza con las armas y los buenos modales como elementos esenciales de la verdadera nobleza. Caballería significa literalmente «equitación», y el combate a caballo (en el campo de batalla o en torneos) perduraría durante mucho tiempo como el elemento definitorio en la imagen que de sí misma tenía la nobleza europea. Sin embargo, por encima de todo la caballería era una ideología social que atrajo a los caballeros y nobles de Europa occidental porque les otorgaba un modo de distinguirse de los restantes grupos de la sociedad altomedieval —mercaderes, abogados, artesanos y prósperos campesinos libres— con los que rivalizaban en riqueza y, a veces, influencia política. Aunque tradicionalmente la

nobleza había destacado que descendía de antepasados nobles como elemento clave en el rango social, en el mundo cambiante de la Alta Edad Media, muchas familias que vivían noblemente carecían de antepasados de prestigio, mientras que otras que sí los tenían ya no contaban con la riqueza necesaria para mantener un estilo de vida apropiado. Entonces, ¿en qué consistía la nobleza? ¿La posición de noble dependía de la cuna o era resultado de los logros individuales? La amalgamación entre caballería y nobleza fomentada por la primera ofrecía algo a ambas partes. A las antiguas familias nobles les proporcionaba la seguridad de la virtud heredada en su sangre y de que los valores caballerescos se solían encontrar en los nacidos de padres nobles. Sin embargo, a los caballeros, así como a los mercaderes y abogados que a veces adoptaban su lenguaje y costumbres, la caballería les ofrecía un modo de legitimar las posiciones sociales que ya habían obtenido mediante su lealtad, valentía y destreza.

La caballería comenzó como el sistema de valores de un orden de caballeros socialmente diverso. A finales del siglo XII se había convertido en la ideología de una clase social que funcionaba para demarcar a quienes eran nobles (o aspiraban a serlo) de quienes no lo eran. Estas líneas de demarcación social quedaban particularmente claras en el campo de batalla, donde el código de la caballería pertenecía de manera exclusiva a los caballeros. La caballería obligaba a un caballero a tratar a un rival con cortesía y respeto; lo capturaba para exigir rescate en lugar de matarlo y confiaba en su palabra de que dicho rescate se pagaría. Sin embargo, estos escrúpulos no se aplicaban a los soldados rasos, las milicias urbanas y los arqueros, a quienes, con arreglo a las leyes marciales de la caballería, se podía asesinar a voluntad de los caballeros, sin ninguna perspectiva de que se los capturara para exigir rescate.

Estrechamente ligado a la ideología de la caballería estaba el denominado culto al amor cortés, que convertía a las mujeres nobles en objetos de veneración para sus admiradores caballeros. En él también existía un importante elemento de clase social. El amor cortés era el amor «refinado», el amor «comedido» apropiado para una corte real o noble. Pero los exponentes del amor cortés distinguían claramente entre las mujeres nobles, que eran las únicas capaces de amor «refinado» (y a las que, por tanto, se cortejaba y conquistaba mediante buenos modales, poesía y proezas valerosas), y las campesinas, con quienes tal «cortesía» supondría un desperdicio. Las nobles tenían que ser cortejadas, pero las campesinas podían tomarse por la fuerza si no accedían de buena gana a los deseos de un noble.

¿En qué medida afectaron las nuevas doctrinas de amor cortés las actitudes de los hombres nobles hacia las mujeres nobles? La cuestión continúa siendo polémica por dos razones. Una es que la mayoría de nuestros datos sobre el amor cortés provienen de la literatura, y los historiadores difieren acerca de la precisión con que ésta refleja la vida. La otra es que colocar a las mujeres en un pedestal es en sí otro modo, si bien más delicado, de constreñir sus opciones. Sin embargo, no cabe cuestionar que hubo

un cambio en las actitudes literarias hacia el sexo femenino. Hasta el siglo XII, a las mujeres prácticamente se las ignoraba en la literatura. El poema épico francés por excelencia, *El cantar de Roldán*, hablaba de hazañas sangrientas y marciales que no las mencionaban o las retrataban de pasada como esposas y madres obsequiosas. Pero unas décadas después de 1100, las nobles se convirtieron de pronto en objetos de elaborada veneración por parte de los poetas líricos y los escritores de romances.

Aunque la literatura de amor cortesano era extremadamente idealista y algo artificial, expresaba los valores de una cultura noble más amable en la que las mujeres de clase alta eran más respetadas que antes. Es más, ciertas mujeres reales de los siglos XII y XIII llegaron a gobernar sus posesiones en varias ocasiones cuando sus esposos o hijos fueron incapaces de hacerlo. Desde 1109 hasta su muerte en 1126, la reina Urraca gobernó el reino combinado de León y Castilla en España. La indomable Leonor de Aquitania (1122?-1204), esposa de Enrique II, desempeñó un papel crucial en el gobierno de Inglaterra cuando su hijo Ricardo I (Corazón de León) se fue a las cruzadas de 1190 a 1194. La tenaz Blanca de Castilla gobernó Francia con destreza dos veces en el siglo XIII, primero durante la minoría de edad de su hijo Luis IX y de nuevo cuando éste se marchó a las cruzadas. Por supuesto, las reinas no son mujeres típicas y desde una perspectiva moderna las nobles altomedievales seguían estando muy limitadas. Pero desde el punto de vista del pasado, la Alta Edad Media fue un tiempo de avance para las mujeres de las clases superiores. El símbolo más llamativo de este cambio proviene de la historia del juego de ajedrez. Antes del siglo XII, al ajedrez se jugaba en el mundo islámico, pero allí el equivalente de la reina era una figura masculina, el gran visir, que sólo podía moverse en diagonal un cuadrado cada vez. En la Europa del siglo XII, esta pieza se convirtió en reina, y en algún momento antes del final de la Edad Media, comenzó a moverse por todo el tablero.

Política y gobierno

Los profundos cambios sociales y económicos de la Alta Edad Media también dieron origen a nuevas formas de gobierno y vida política. A comienzos de esta época, la monarquía era prácticamente la única forma de gobierno que conocían los europeos occidentales. Los pueblos eran pequeños y solían estar gobernados por sus obispos o reyes; los reinos también eran reducidos y se pensaba que pertenecían a un pueblo particular como los lombardos, los visigodos, los sajones occidentales o los francos salianos. Durante los siglos VIII y IX, la mayoría de esos reinos étnicos desapareció cuando surgieron en Inglaterra y el Imperio carolingio otros mayores y más poderosos basados en el territorio. En Inglaterra, la monarquía sajona occidental sobrevivió a las invasiones vikingas del siglo IX para convertirse en la única

gobernante de un reino inglés unido. Asimismo, en Alemania durante el siglo x apareció una única dinastía real, la Otoniana, como reyes indiscutibles de la provincia franca oriental. Pero en Francia, Cataluña y el norte de Italia, el derrumbe carolingio estuvo a punto de acabar con la soberanía monárquica. En el vacío de poder resultante, dos nuevas estructuras de autoridad política comenzaron a surgir poco a poco en el núcleo del antiguo Imperio carolingio; principados feudales y ciudades con gobierno propio.

EL GOBIERNO URBANO

Los soberanos altomedievales se daban cuenta perfectamente del valor de los pueblos, y donde sobrevivieron monarquías fuertes (como, por ejemplo, Inglaterra y Alemania), los reyes del siglo x fueron fundadores activos de pueblos y ciudades. Pero en Flandes, Cataluña y el norte de Italia, donde los reinos se derrumbaron a finales del siglo ix y durante el siglo x, en esa misma época se desarrollaron ciudades con gobierno autónomo sin control monárquico estricto. Ya hemos hablado de los factores económicos generales que llevaron al crecimiento de las ciudades durante la Alta Edad Media: el aumento de riqueza agrícola en el campo, el incremento de población y el desarrollo de redes de comercio locales y de larga distancia. Estos factores congregaron en las ciudades grandes cantidades de inmigrantes; también atraieron a la nobleza local, muchos de cuyos miembros acabaron participando en su floreciente vida económica y política, sobre todo cuando dichos centros empezaron a extender su control sobre el campo circundante. En el norte de Italia en especial, los nobles se trasladaron a las ciudades, donde vivían en torres urbanas fortificadas, rodeados por sus séquitos de caballeros, sus siervos y sus partidarios, del mismo modo que lo habrían hecho en un castillo en el campo. Su presencia dotó de un matiz aristocrático a la vida política de los pueblos, pero también introdujo una cultura violenta de honor y venganza en la vida urbana. En un intento de controlar dicha violencia, en el siglo xiii, algunas ciudades italianas (como Florencia) pretendieron prohibir que los nobles ostentaran cargos gubernamentales. Pero los efectos desestabilizadores de esas contiendas continuaron y acabaron socavando las tradiciones de gobierno urbano republicano, con lo que allanaron el camino para el surgimiento durante la Baja Edad Media de familias principescas tan poderosas como los Visconti de Milán y los Medici de Florencia, cuyo gobierno dinástico ridiculizaba las formas democráticas de la vida política urbana.

Considerando lo grandes que llegaron a ser algunas ciudades de Europa occidental durante los siglos xii y xiii, resulta asombroso descubrir lo informales y acomodaticios que eran sus acuerdos de gobierno. Donde seguían gobernando reyes o

señores feudales poderosos, los pueblos y ciudades solían recibir fueros especiales de libertad que definían sus derechos jurisdiccionales y establecían las estructuras básicas de autogobierno urbano. En el norte de Europa, solían consistir en un alcalde y un consejo elegido entre los ciudadanos principales. En otros lugares (por ejemplo, en Roma), los gobernantes poderosos como el papa se resistieron a todos los esfuerzos de establecer gobiernos urbanos independientes. Sin embargo, en el norte de Italia sólo quedaban unos cuantos señores poderosos —en su mayoría obispos— para apoyar las demandas de autogobierno o rechazarlas, por lo que los habitantes de pueblos y ciudades tuvieron que resolver por sí mismos sus pactos de gobierno.

En el siglo XII muchas ciudades del norte de Italia confiaron formalmente sus gobiernos a «cónsules» elegidos entre los principales magnates. No obstante, era frecuente que una asociación informal de ciudadanos conocida como la «comuna» asumiera una amplia variedad de funciones gubernamentales mano a mano con los cónsules. Pero hasta las comunas tenían un carácter manifiestamente oligárquico. Cuando aumentó la estratificación social durante el siglo XIII, muchas ciudades se encontraron divididas entre una clase dirigente de «magnates» y un partido popular que se sentía excluido de las estructuras entrelazadas de poder que controlaban el gobierno y los gremios. Estas tensiones las fomentaron los magnates que pretendían movilizar a los *populares* contra sus enemigos de otras facciones. Para controlar la violencia resultante, las ciudades recurrieron a veces a alguien ajeno, conocido como *podestá*, que solía ser un noble con formación legal y que gobernaba en realidad como dictador durante un mandato estrictamente limitado. Otras ciudades adoptaron el modelo de Venecia y se hicieron más oligárquicas en la forma, desechando incluso la pretensión de ser repúblicas populares. Sin embargo, en 1300 hasta las ciudades que en principio se mantenían como repúblicas, en la práctica se estaban volviendo cada vez más oligárquicas. La duración de los mandatos se prolongaba; los derechos jurisdiccionales de los gobiernos urbanos se extendían, y las tradiciones de sucesión dinástica al cargo estaban iniciando lo que conduciría a los principados urbanos de finales de la Edad Media.

El feudalismo y el surgimiento de las monarquías nacionales

En teoría, Europa continuó siendo un continente formado por reinos incluso durante los siglos X y XI, cuando el poder monárquico en Francia e Italia se hallaba en su punto más bajo. En Francia, la dinastía Capeta sucedió a la Carolingia sin interrupción en el año 987, manteniendo viva la memoria de que, en otro tiempo, toda la nación había debido lealtad a un único rey. En el norte de Italia, varios dirigentes locales se pelearon entre sí para reclamar el manto caído de la realeza carolingia,

hasta que por fin en el año 962 hicieron valer sus derechos los recién coronados emperadores otomanos de Alemania. Pero en la práctica ni los otomanos en Italia ni los capetos en Francia fueron capaces de controlar los territorios sobre los que reclamaban gobernar. En el año 1000 el verdadero poder político y militar había pasado a las manos de hombres de rango inferior —duques, condes, castellanos y caballeros— debido a su capacidad para canalizar en su favor la riqueza creciente del campo. El símbolo de su autoridad era el castillo, a menudo poco más que una torre de madera situada en una colina y rodeada por una empalizada; pero cuando estaba defendido por una fuerza suficiente de caballeros montados, hasta un castillo de madera podía convertirse en una fortificación formidable, sin duda suficiente para intimidar a los campesinos de una zona y con frecuencia capaz de resistir los ataques de los señores rivales. Desde sus castillos, esos condes, castellanos y caballeros construían «feudos»: territorios independientes en los que ejercían no sólo los derechos de propiedad como terratenientes sobre los campesinos, sino también los derechos públicos de acuñar moneda, juzgar casos legales, realizar levas, librar la guerra, recaudar impuestos e imponer peajes. De este modo, en el año 1000 Francia ya se había convertido en un reino de mosaicos, compuesto por principados territoriales independientes, gobernados por condes o duques, que a su vez estaban divididos en señoríos menores regidos por castellanos y caballeros.

EL PROBLEMA DEL FEUDALISMO

A este sistema político altamente descentralizado, en el que los poderes «públicos» de amonedación, justicia, tributación y defensa se conferían a señores particulares, se hace referencia de manera convencional como *feudalismo*. Como término, «feudalismo» resulta insatisfactorio en muchos sentidos, y no menos porque los historiadores lo han empleado para dar a entender muchas cosas diferentes. Los historiadores marxistas lo usan para describir un sistema económico —en términos marxistas, un «modo de producción»— en el que la riqueza es mayoritariamente agrícola y todavía no se han formado las ciudades. Los historiadores sociales consideran que la «sociedad feudal» se caracteriza por un orden social aristocrático unido por lazos mutuos de posesión de la tierra y sostenido por el trabajo de los siervos atados a los señoríos. Los historiadores del derecho hablan del feudalismo como de un sistema de tenencia de la tierra en la que los hombres de posición inferior la guardaban para los hombres de posición superior a cambio de servicios de varios tipos, mientras que los historiadores militares ven el feudalismo como un método de reclutar tropas, un sistema por el cual los reyes, duques y condes concedían tierra a señores inferiores a cambio de cuotas específicas de servicio militar de caballería.

Reflejando esta plétora de significados, algunos historiadores recientes han sugerido que debemos abandonar por completo el término *feudalismo*, sostienen que, puesto que las relaciones económicas, sociales y políticas diferían tanto de una zona a otra de Europa medieval, resulta engañoso hablar de él como si se tratara de una especie de «sistema».

No obstante, si definimos el feudalismo como un sistema político en el que los poderes públicos los ejercen señores privados, existe un acuerdo general en cuanto a que tomó forma por primera vez y plenamente en la Francia de los siglos X y XI, después de que el Imperio carolingio se desintegrara. El lenguaje y las costumbres feudales se extendieron desde allí a otras zonas de Europa, pero cambiaban a medida que se adaptaban a las circunstancias sociales, económicas y políticas particulares de las diferentes regiones y países. Finalmente, en los siglos XII y XIII, el feudalismo se desarrolló como una ideología que justificaba un orden jerárquico legal y político que subordinaba los caballeros a los condes, y los condes, a los reyes. En esta forma modificada, el feudalismo dio origen a poderosas monarquías feudales y ayudó a establecer los cimientos para el surgimiento de los estados-nación europeos.

¿Qué era, entonces, el feudalismo? En su plano más simple, un «feudo» (en latín, *feudum*) era un tipo de contrato en el que alguien concedía algo de valor —con frecuencia tierra, pero a veces ingresos de peajes o molinos, o un estipendio anual de dinero— a una persona, a cambio de algún tipo de servicio. Con frecuencia existía cierto grado de desigualdad en dichos contratos, sobre todo si había tierra de por medio, porque se consideraba el don máspreciado que una persona podía entregar a otra. Cuando un hombre aceptaba tierra de otro a cambio de promesas de servicio, solía darse por sentado cierto grado de subordinación del receptor hacia el donante. En algunas zonas, el receptor de un feudo podía convertirse de este modo en «vasallo» (de la palabra celta que significa «muchacho») del otorgador del don, quien, así, se convertía en su «señor»; y su nueva relación podía solemnizarse mediante un acto de «homenaje», por el cual el vasallo se convertía en «el hombre» (en francés, *l'homme*) de su señor a cambio de su feudo. Sin embargo, en otros lugares existían feudos sin vasallaje y vasallaje sin homenaje. Los términos en sí importan menos que la relación que surgía cuando un individuo poseía la tierra de otro a cambio de servicio. Era esta relación la que se hallaba en el núcleo del feudalismo cuando surgió en el caos de la Francia del siglo X.

En un mundo en que la autoridad del gobierno central se había derrumbado, estas relaciones esencialmente personales de servicio a cambio de posesiones de tierra se convirtieron en un elemento importante en la ordenación de las relaciones sociales y políticas entre condes, castellanos y señores. Sin embargo, al mismo tiempo, estas relaciones eran asistemáticas por completo. Incluso en Francia, donde el feudalismo dominaba la vida aristocrática, muchos castellanos y caballeros poseían sus tierras

libremente, sin deber servicio alguno al conde o duque dentro de cuyos territorios se encontraban. Las relaciones feudales tampoco eran necesariamente jerárquicas. A veces los condes recibían tierras de los caballeros; los caballeros con frecuencia se entregaban tierras entre sí, y muchos terratenientes poseían feudos de diversos señores diferentes. En los siglos X y XI, el feudalismo no creó «pirámides feudales» en las que los caballeros recibían de los condes y los condes de los reyes en un ordenado sistema jerárquico de tenencia de la tierra y lealtad. Esta clase de feudalismo no surgió hasta los siglos XII y XIII, cuando los reyes poderosos empezaron a insistir en que debía estructurarse de esa manera ordenada en la que los monarcas ocupaban el vértice de una pirámide política y social.

LA CONQUISTA NORMANDA DE INGLATERRA

En Inglaterra, el feudalismo surgió por primera vez como sistema ordenado y jerárquico de tenencia de la tierra y servicio militar en las circunstancias peculiares que resultaron de la conquista normanda de 1066. Durante los siglos X y XI, Inglaterra era el reino más rico y centralizado, y su administración la más avanzada de Europa occidental. Sin embargo, en 1066 el duque Guillermo de Normandía, descendiente de los vikingos (conocidos como «hombres del norte» y, de ahí, «normandos») que se habían asentado en este extremo noroccidental de Francia durante el siglo X, reclamó la corona inglesa y cruzó el canal para conquistar lo que pretendía. Por fortuna para él, el recién instalado rey inglés Harold acababa de rechazar un ataque vikingo en el norte y, de este modo, no pudo ofrecer una resistencia plena. En la batalla de Hastings, Harold y sus tropas lucharon con valentía, pero no fueron capaces de rechazar la acometida de los soldados normandos más vigorosos. Cuando declinaba el día, Harold cayó mortalmente herido por una flecha perdida; sus fuerzas se dispersaron y los normandos tomaron el campo y, con él, el reino de Inglaterra. Entonces el duque Guillermo se convirtió en el rey Guillermo el Conquistador y se dispuso a explotar su nuevo premio.

Recompensó a sus seguidores normandos con extensas concesiones de tierras inglesas. No obstante, como conquistador del reino, podía reclamar con cierta justicia que la tierra de Inglaterra le pertenecía en última instancia a él y que, por tanto, podía entregarla a cambio de ciertos servicios feudales. Los señores feudales ya estaban acostumbrados al feudalismo en Normandía, pero en Inglaterra, a partir de 1066, fue un sistema mucho más centralizado, porque Guillermo podía recurrir a la autoridad administrativa del estado inglés para hacer valer su derecho a ser el señor feudal del país entero.

Como rey de Inglaterra, Guillermo también ejerció una variedad de derechos

públicos que no se derivaban del feudalismo. Sólo el rey podía acuñar allí moneda, y sólo se permitía la circulación de la moneda real. Al igual que sus predecesores anglosajones, Guillermo y sus hijos recaudaban un impuesto nacional sobre la tierra, supervisaban la justicia en los tribunales públicos y tenían autoridad única para levantar en armas a la población inglesa. Los reyes normandos también mantuvieron el cargo sajón del gobierno local conocido como *sheriff* para que los ayudaran a administrar y hacer valer sus derechos. Asimismo, Guillermo insistió en que todos los terratenientes de Inglaterra debían lealtad suprema al rey, aun cuando no tuvieran un surco de tierra directamente de él. De este modo, su reinado representó una potente fusión de tradiciones carolingias de poder público con las nuevas estructuras feudales de poder y tenencia de la tierra que se habían desarrollado en el norte de Francia en los siglos X y XI.

LA MONARQUÍA FEUDAL EN INGLATERRA

La historia del gobierno inglés en los dos siglos posteriores a Guillermo es en esencia la de unos reyes que controlaron el sistema feudal en su provecho hasta que lo sustituyeron creando una monarquía nacional fuerte, proceso al que a veces se hace referencia como «el ascenso de la monarquía administrativa». El primer rey que dio pasos en esta dirección fue el enérgico hijo del Conquistador, Enrique I (1100-1135). Para supervisar la contabilidad financiera de su corte, Enrique creó un cargo administrativo especializado, conocido como *exchequer*, así llamado porque usaba una tela de cuadros a modo de ábaco para calcular los ingresos y gastos. También fortaleció el sistema anglosajón de administración local nombrando poderosos *sheriffs* para supervisar los condados. Instituyó además un sistema de jueces de distrito itinerantes para administrar la justicia real en el campo y actuar como control de los *sheriffs*. Su estilo de gobierno autoritario era impopular y tras su muerte contribuyó a provocar una guerra civil, pero también proporcionó a Inglaterra varios años de paz y prosperidad internas.

El reinado de Enrique II

Después de las guerras civiles que marcaron el reinado del rey Esteban (1135-1154), el pueblo inglés ansiaba un rey que le devolviera a los «buenos tiempos antiguos» de Enrique I, y lo encontró en su nieto, Enrique II (1154-1189). Como ya era el gobernante de Normandía, Anjou, Maine y Aquitania cuando se convirtió en rey de Inglaterra, el país pasó a integrarse en seguida en el mundo político y cultural de Francia occidental. Sin embargo, Inglaterra era el territorio más rico de Enrique II y

su único reino; por ambas razones, resultaba imperativo reparar el daño causado al país durante el reinado de Esteban.

Enrique II restauró el sistema administrativo de su abuelo con una rapidez notable. Se recuperó el *exchequer* antes de un año y poco después los jueces reales itinerantes reanudaron sus giras por el campo. Para facilitar su labor, Enrique II ordenó a los miembros de los jurados de cada localidad que informaran bajo juramento de cualquier asesinato, incendio provocado, robo u otros delitos importantes de que tuvieran conocimiento desde la última visita de los jueces. Extendió además el uso de jurados para determinar los hechos en las causas civiles. Estas innovaciones son el origen de nuestro sistema moderno de gran jurado y jurado de juicio. Para facilitar a los demandantes la presentación de demandas civiles en los tribunales reales, desarrolló un sistema de «mandatos judiciales» que proporcionaban un modo regularizado y económico para que la gente común buscara justicia. No siempre la obtenía, pero por lo menos tenía la posibilidad de intentarlo. Estas innovaciones legales fueron inmensamente populares; como llevaron a muchas más personas ante los tribunales reales (tanto como demandantes como de jurados), también fortalecieron el sentimiento de unión con el gobierno real.

Asimismo, para mejorar la administración de justicia, el rey Enrique II intentó reformar el funcionamiento de los tribunales eclesiásticos, pero se topó con una tenaz oposición encabezada por el extravagante arzobispo de Canterbury, Thomas Becket. En la época de Enrique I, las causas criminales que implicaban a clérigos se habían visto en los tribunales de condado, presididos conjuntamente por los *sheriffs* y las autoridades eclesiásticas. Sin embargo, en la época de Enrique II se había desarrollado un nuevo sistema independiente de tribunales eclesiásticos en Inglaterra y otros lugares de Europa, que reclamaban el derecho exclusivo de juzgar y sentenciar al clero acusado de cometer delitos. En general, el castigo en los tribunales eclesiásticos era mucho más suave que en los tribunales reales; en particular, los tribunales eclesiásticos tenían prohibido imponer penas capitales incluso a los clérigos que hubieran asesinado a sus superiores. Enrique II consideraba injusta esta situación. En las Constituciones de Clarendon (1164), Enrique intentó obligar a los obispos de Inglaterra a aceptar su reclamación de que, según la costumbre antigua, los clérigos declarados culpables en los tribunales eclesiásticos de delitos graves debían perder primero su condición sacerdotal y pasar luego al tribunal real para recibir sentencia como legos. Thomas Becket se opuso a este procedimiento, declaró que suponía un «doble peligro»: castigar a alguien dos veces por el mismo delito. Becket y Enrique, en otro tiempo, habían sido amigos íntimos, pero la terca insistencia del primero acerca de que la meta manifiesta del rey era socavar los derechos de la Iglesia rompió su relación. Becket huyó a refugiarse con el papa, quien por entonces vivía en Francia bajo la protección del enemigo de Enrique II, el rey

Luis VII. Cuando Becket regresó por fin a Inglaterra en 1170, fue asesinado casi de inmediato en la catedral de Canterbury por cuatro caballeros de Enrique, después de que éste, en un arrebato de cólera, les hubiera reprochado que no hicieran nada por librarle de «ese sacerdote entrometido». Becket fue proclamado mártir y santo de inmediato; a Enrique se le obligó a aparecer como penitente, descalzo y vestido sólo con una camisa, ante la tumba de Becket para pedir perdón al santo por las precipitadas palabras que habían provocado su asesinato.

Sin embargo, a largo plazo, estos acontecimientos dramáticos no socavaron demasiado la relación de Enrique II con el papado ni con la Iglesia inglesa. El rey se vio obligado a ceder en algunas de sus reclamaciones, incluido el derecho a sentenciar a los clérigos implicados en delitos en tribunales reales y a restringir las apelaciones de los demandantes ingleses al tribunal papal. Pero mantuvo el derecho a nombrar clérigos para los altos cargos de la Iglesia y a que dichas elecciones se realizaran en su presencia. Como resultado, los candidatos del rey eran confirmados casi siempre para los cargos nombrados.

La prueba más patente del éxito de Enrique II es que su gobierno siguió funcionando muy bien después de su muerte. Su hijo, el aventurero Ricardo I Corazón de León, gobernó el imperio de su padre durante diez años, de 1189 a 1199, pero pasó sólo unos seis meses en Inglaterra por su participación en las cruzadas o en la defensa de sus posesiones en el continente. No obstante, su gobierno fue cada vez más eficiente debido a la labor de administradores y funcionarios capaces. El sistema legal continuó desarrollándose y el país recaudó dos enormes sumas para Ricardo mediante los impuestos: una, para pagar su cruzada a Tierra Santa, y la otra, para pagar su rescate cuando, a su regreso, fue capturado por un enemigo. También sostuvo de manera continuada sus guerras para defender el Imperio angevino contra el rey Felipe Augusto de Francia.

El reinado de Juan y la Carta Magna

Si Ricardo hubiera vivido, quizá hoy el mapa de Europa sería muy diferente: si hubiera derrotado al rey Felipe (como muy bien podría haberlo hecho), Francia no existiría con sus fronteras actuales. Pero en 1199, mientras sitiaba un pequeño castillo en el sur de Francia, un ballestero lo mató. Su sucesor, su hermano Juan (1199-1216), era un dirigente militar menos capaz y perdió en seguida casi todas las tierras angevinas en Francia. A finales de 1204, el rey Felipe ya había expulsado a Juan de Normandía, Anjou, Bretaña y Maine, sólo dejó en manos inglesas Aquitania (la herencia de Leonor de Aquitania, esposa del rey Enrique II).

Juan dedicó el resto de su reinado a conseguir el dinero necesario para recuperar los territorios franceses perdidos, para lo que tensó al límite sus derechos feudales al

forzar ingentes multas sobre la nobleza e imponer onerosos tributos sobre el campo. Cuando en 1214 la expedición militar a Francia arrojó otra derrota aplastante a manos de Felipe Augusto en la batalla de Boyuines, los exasperados potentados de Inglaterra se rebelaron. En 1215 obligaron a Juan a renunciar a sus prácticas fiscales abusivas en un gran estatuto de libertades conocido para la posteridad como la Carta Magna. Como Juan había recurrido tanto a sus poderes feudales, la mayor parte de las disposiciones de la Carta Magna trataba directamente de esos asuntos, insistía en que el rey debía respetar en el futuro los derechos tradicionales de sus vasallos. Pero también establecía algunos principios generales importantes: que la corona no debía recaudar los impuestos sin el consentimiento otorgado por la nobleza en un consejo común y que ningún hombre libre podía ser castigado por la corona salvo por el juicio de sus iguales y por el derecho común. Pero la importancia fundamental de la Carta Magna estribó en que dio expresión al principio de que el rey está obligado a cumplir la ley.

Como ha manifestado el medievalista estadounidense J. R. Strayer, «la Carta Magna dificultó el gobierno arbitrario, pero no imposibilitó el gobierno centralizado». En el siglo siguiente a su promulgación, prosiguió el rápido avance del gobierno centralizado. En el reinado del hijo de Juan, Enrique III (1216-1272), la nobleza peleó con el rey por el control gubernamental, pero siempre dando por sentado que el gobierno centralizado era algo bueno. A lo largo del reinado de Enrique III, los administradores continuaron perfeccionando instituciones legales y administrativas más eficaces, incluido un sistema de tribunales centrales y locales, y un sistema fiscal que gravaba tanto a los nobles como a los plebeyos en proporción a su riqueza.

La última y más famosa innovación del sistema gubernamental inglés durante la Edad Media fue el parlamento. Surgió de forma gradual como una rama de gobierno separada en las décadas previa y posterior a 1300, debido sobre todo a los deseos del hijo de Enrique III, Eduardo I (1272-1307). Aunque más tarde el parlamento se convirtió en un freno contra el absolutismo real, en sus orígenes fue en buena medida una institución real convocada porque a los reyes les resultaba útil consultar con sus nobles, caballeros y ciudadanos en una única asamblea. Eduardo I convocó parlamentos frecuentes para recolectar dinero con el fin de financiar sus guerras en Gales, Escocia y Francia. La Carta Magna exigía que no se impusieran cargas fiscales sin el consentimiento común del reino; el parlamento proporcionaba una vía eficaz para alcanzar dicho consentimiento, así como para informar a los presentes (fundamentalmente la nobleza, pero también con frecuencia representantes caballeros de los condados y los pueblos principales) por qué eran necesarios dichos impuestos. Eduardo utilizó además los parlamentos para pedir consejo sobre asuntos acuciantes, para ver causas judiciales que implicaban a grandes hombres y para revisar la

administración local, escuchar las quejas del campo y promulgar nuevas leyes en respuesta a esas quejas. Los parlamentos eran, de este modo, instituciones tan políticas como financieras y judiciales. A partir del siglo XIV desempeñaron un papel crucial en el gobierno inglés.

LA MONARQUÍA FEUDAL EN FRANCIA

Las monarquías administrativas se desarrollaron más despacio en Francia que en Inglaterra, si bien en 1300 ya habían alcanzado un estadio comparable en ambos países. En Francia, durante el siglo X, se derrumbaron la mayoría de las instituciones carolingias de gobierno local, motivo por el cual la nueva dinastía Capeta de reyes (987-1328) se vio obligada a reconstruirlas de la nada. Durante casi doscientos años pareció improbable que lograra su empeño. Como reyes de Francia, los primeros capetos gobernaban directamente una pequeña zona alrededor de París, conocida como Île-de-France; fuera de su territorio de origen, sólo podían reclamar ser los señores feudales de los condes y duques independientes que gobernaban el resto del territorio. Como legado del Imperio carolingio, había sobrevivido la idea de Francia, pero en los restantes aspectos los capetos tuvieron que reinventar su reino.

En muchos sentidos, los capetos fueron afortunados. En contra de los pronósticos biológicos, consiguieron procrear hijos durante trescientos años ininterrumpidos. También resultaron asombrosamente longevos: de media, cada rey capeto gobernó treinta años; como resultado, evitaron las disputas sucesorias y los destructivos gobiernos minoritarios. Reinaban sobre un territorio agrícola notablemente fértil, que les proporcionaba una fuente de ingreso en aumento constante. También adquirieron un prestigio considerable como protectores de los papas que huían de los emperadores alemanes y como mecenas de la Universidad de París, que se convirtió en el principal centro europeo del saber durante los siglos XII y XIII. Sin embargo, más allá de todo esto, resultaron un linaje de reyes sagaces y astutos, que dosificaron cuidadosamente sus fuerzas, mientras sus enemigos más poderosos iban más allá de sus posibilidades.

El aumento del poder monárquico en Francia

El poder monárquico inició su ascenso con Luis VI el Gordo (1108-1137), quien consolidó el control sobre la Île-de-France al someter a sus turbulentos «barones ladrones». Una vez conseguido su cometido, prosperaron la agricultura y el comercio, y la vida intelectual de París comenzó a florecer. Aunque su hijo Luis VII (1137-1180) quedó ensombrecido por su rival, el rey Enrique II de Inglaterra, logró

aumentar los recursos y el prestigio de la monarquía francesa (en determinado momento, llegó a proteger a Thomas Becket y al papa Alejandro III al mismo tiempo); incitando rebeliones del hijo de Enrique II contra su padre, también mantuvo al Imperio angevino en un estado constante de discordia.

Fue el hijo de Luis VII, Felipe II, quien por fin cambió el curso de los acontecimientos en contra de los angevinos y quien marca el comienzo verdadero de la monarquía administrativa en Francia. Al igual que su padre, Felipe comprendió que no podía ganar en una confrontación militar directa contra Enrique II o Ricardo I. Sin embargo, el rey Juan —conocido por sus detractores como «espada blanda»— era otra cosa. Para facilitar su sucesión al trono de su hermano, Juan aceptó rendir homenaje a Felipe por todas sus tierras en Francia. Luego el sagaz Felipe sacó provecho de su posición como señor feudal para socavar el control de Juan sobre esos territorios. Cuando Juan se negó a permitir tal incursión, Felipe ordenó que se confiscaran todas las tierras de Juan en Francia para la corona francesa, y siguió de inmediato una guerra de conquista. En 1204 la parte más rica de los territorios angevinos en Francia ya estaba en manos de Felipe.

Entonces el monarca francés contó con los recursos necesarios para construir un sistema eficaz de administración local. Ya había tomado medidas para profundizar el control administrativo sobre la Île-de-France; ahora extendió esas lecciones a los territorios recién conquistados de Normandía, Maine y Anjou. Aunque decidió sabiamente mantener la mayoría de las instituciones administrativas que los angevinos habían creado, para supervisar esos territorios nombró nuevos cargos reales conocidos como *bailíos*, con plena autoridad judicial, administrativa y militar. Eligió a sus bailíos de los caballeros y nobles de menor rango de la Île-de-France, rotándolos con frecuencia de región en región para asegurarse no sólo de que le serían leales, sino también de que no desarrollarían peligrosas conexiones con los territorios que gobernaban en nombre del rey. También mejoró la administración central al adoptar sistemas más estrictos de contabilidad financiera y mantenimiento de registros.

El modelo administrativo de diversidad local que Felipe estableció, combinado con un control real centralizado, continuaría caracterizando al gobierno francés durante los quinientos años siguientes. Su hijo, Luis VIII (1223-1226) lo extendería a los territorios recién conquistados del sur de Francia, y su nieto, Luis IX (1226-1270) lo profundizaría y ampliaría aún más. Sin embargo, lo más importante fue que Luis IX lo legitimaría con su extraordinaria devoción a la justicia en su reino y a las cruzadas en el exterior, y se convirtió así en el arquetipo de la monarquía del siglo XIII; tras su muerte, la Iglesia lo canonizaría como san Luis. Sus sucesores harían uso del prestigio del «buen rey Luis» durante los siglos venideros.

Sin embargo, ese prestigio estuvo a punto de malgastarlo su despiadado nieto

Felipe IV el Hermoso (1285-1314), quien libró guerras de agresión contra Flandes en el noreste y contra los territorios ingleses que quedaban en el suroeste. Como veremos en el capítulo 9, también quiso socavar el control papal sobre la Iglesia en Francia. Para financiar estas campañas, su administración se convirtió en una voraz máquina de reunir dinero. No obstante, a pesar de sus enormes recursos, no pudo igualar la capacidad de su enemigo, Eduardo I, de obtener dinero de sus súbditos mediante impuestos voluntarios. Aunque Felipe experimentó con asambleas representativas similares al parlamento inglés, estos estados generales (como acabaron denominándose) nunca desempeñaron en el gobierno francés un papel comparable al parlamento en Inglaterra. Hubo muchas razones para ello, pero quizá la fundamental fuera el hecho de que la nobleza francesa reclamó con éxito quedar exenta de pagar impuestos directos a la corona. Desde el período anglosajón, los monarcas ingleses habían dispuesto del poder necesario para conseguir que su nobleza pagara los impuestos a los que había dado su consentimiento. La debilidad de los primeros reyes capetos impidió que una costumbre similar arraigara en Francia, e incluso a Felipe IV le resultó más fácil aceptar este estado de cosas que ponerlo en entredicho. Así pues, las exenciones de impuestos a la nobleza continuarían constituyendo un problema político para la monarquía gala hasta la Revolución francesa de 1789.

INGLATERRA Y FRANCIA: COMPARACIONES Y CONTRASTES

Durante la Alta Edad Media, tanto Inglaterra como Francia desarrollaron monarquías administrativas, centralizadas y efectivas, además de definir sus identidades nacionales. En 1300 Francia ya se había convertido en la monarquía nacional más formidable de Europa. Inglaterra también era una potencia imperial incipiente, con ambiciones de dominio en todas las islas británicas y de mantener su control sobre el suroeste de Francia. La rivalidad entre estos dos reinos ya había llevado a la guerra en la década de 1290; esta actividad bélica continuaría de manera intermitente durante los doscientos años siguientes.

A pesar de sus similitudes, los dos países se habían desarrollado de manera muy diferente durante la Alta Edad Media, circunstancia que marcaría la historia de ambos hasta el siglo XIX. Inglaterra era un país mucho más pequeño que Francia, pero estaba más unificado; en su interior (excluyendo las reclamaciones inglesas a gobernar sobre Gales y Escocia) no había lenguas ni lealtades regionales que amenazaran la unidad del reino. Los nobles ingleses podían (y lo hicieron) rebelarse contra sus reyes, pero no encontraban apoyo en los resentimientos regionales contra la capital. En contraste, el separatismo regional continuaba constituyendo en Francia una fuerza considerable.

El sur, en particular, seguía considerándose una tierra ocupada; pero incluso a los normandos les irritaba ser gobernados desde París. Los nobles franceses desafectos y los invasores ingleses obtendrían apoyo de este regionalismo durante los siglos venideros.

Los dos países también estaban gobernados de maneras completamente diferentes. En Inglaterra, los reyes normandos y los angevinos construyeron su administración sobre una sólida base de instituciones locales provenientes del período anglosajón. También pudieron recurrir a sus habitantes, sobre todo a los caballeros, para que se ocuparan de buena parte del gobierno local sin goce de sueldo, lo que hacía que la administración inglesa resultara económica, pero también conllevaba que las medidas gubernamentales tenían que ser populares, pues, de lo contrario, este trabajo voluntario se detendría. En general, los reyes ingleses fueron cuidadosos al buscar el consentimiento formal para sus acciones en las asambleas de nobles, caballeros y plebeyos. Como resultado, Inglaterra se convirtió de forma gradual en una monarquía limitada por el requisito de que su pueblo debía consentir las medidas que se adoptaran.

En contraste, los reyes franceses gobernaban un país mucho mayor y rico, que les proporcionaba ingresos suficientes para pagar una administración burocrática asalariada, central y local. Como los funcionarios eran representantes reales sin posición independiente en la sociedad en que se asentaban, tendían a obedecer las órdenes del rey sin cuestionarlas. Su papel estribaba en controlar el separatismo regional, no en fomentarlo, lo que significaba que los reyes capetos tenían menos necesidad de convocar las asambleas representativas de cuyo apoyo dependían los soberanos ingleses. Sin embargo, como consecuencia, los capetos carecían de un mecanismo institucional eficaz para movilizar la opinión pública en su favor. La debilidad de los primeros reyes capetos también les había impedido requerir a su nobleza que pagara impuestos a la corona. En la Baja Edad Media, bajo la presión de una guerra casi constante, estas debilidades resultarían desastrosas.

ALEMANIA

En la Alta Edad Media, Alemania siguió un modelo muy diferente. En el año 1050 aparentaba ser la monarquía más fuerte de Europa occidental. Aunque el país estaba dividido en numerosos ducados casi autónomos, los emperadores alemanes habían construido una monarquía poderosa sobre cimientos carolingios: una estrecha alianza con la Iglesia, una tradición de soberanía sagrada y conquistas provechosas en las tierras eslavas del este. Para gobernar sus amplios territorios —que incluían Suiza, el este de Francia y la mayor parte de los Países Bajos, así como pretensiones en el

norte de Italia—, los emperadores recurrían mucho a la colaboración con la Iglesia. Los principales administradores reales eran arzobispos y obispos a los que los emperadores nombraban e instalaban en sus puestos sagrados, igual que lo habían hecho sus predecesores carolingios. Hasta el mismo papa era con frecuencia un nombramiento imperial. Estos dirigentes eclesiásticos solían ser miembros de la familia imperial que podían compensar la fortaleza de los duques regionales. Alemania no era tan sofisticada a efectos administrativos como la Inglaterra del siglo XI, pero no se cuestionaba la eficacia de la autoridad monárquica; simplemente descansaba sobre cimientos distintos.

El conflicto con el papado

Sin embargo, en 1059 falleció el emperador Enrique III, que dejó como heredero a su hijo pequeño, el futuro Enrique IV. A partir de ese momento, la fortaleza de la monarquía comenzó a resquebrajarse. Enrique III había instalado a un nuevo grupo de clérigos reformistas en la corte papal. Los conflictos entre los regentes del rey niño Enrique IV y los reformistas papales comenzaron casi de inmediato. También surgieron disputas entre los regentes (que provenían del centro y sur de Alemania) y la nobleza de Sajonia. Cuando Enrique IV empezó a gobernar por sí mismo, los conflictos con los sajones aumentaron. En 1073 estas hostilidades dieron lugar a una guerra civil desastrosa y destructiva.

No obstante, justo cuando terminó la guerra sajona, estalló un nuevo conflicto con los reformistas papales de Roma. Por razones que se expondrán en el capítulo siguiente, el recién elegido papa Gregorio VII (1073-1085) llegó al convencimiento de que, para reformar la vida espiritual de la Iglesia, era necesario en primer lugar librarla del control laico, incluido el emperador. Enrique se negó a aceptar los intentos papales de prohibirle elegir y colocar en el cargo a sus obispos y abades, y comenzó a conspirar para separarlo del papado. Por su parte, Gregorio se alió con la nobleza sajona, con lo que se reavivó la guerra civil de la que Alemania todavía no se había recuperado. Esta vez la guerra se volvió contra Enrique, y los nobles disidentes, apoyados por el papa, empezaron a conspirar para deponerlo. Entonces sucedió una de las escenas más dramáticas de la Edad Media. En los rigores invernales del año 1077, Enrique IV se apresuró a cruzar los Alpes para humillarse ante el papa Gregorio en el castillo de Canossa, al norte de Italia. Según describió la escena el papa en una carta a los príncipes alemanes, «allí, durante tres días sucesivos, apostado ante las puertas del castillo, desprovisto de toda insignia imperial, descalzo y vestido con tosca indumentaria, Enrique no dejó de implorar con muchas lágrimas la ayuda y consuelo apostólicos». Ningún soberano alemán, y mucho menos un emperador romano, había sido nunca tan humillado. El recuerdo se grabaría en la

conciencia histórica alemana durante los siglos futuros.

Los acontecimientos de Canossa impidieron la deposición de Enrique, pero no resolvieron la guerra. La lucha entre el papa y el emperador continuaría hasta 1122, cuando el hijo del segundo, Enrique V, acabó alcanzando un compromiso con el papado. Sin embargo, para entonces la nobleza alemana había logrado una independencia de la corona mucho más práctica de la que gozaban antes. Tras cincuenta años de guerra casi constante, también estaba más militarizada y era más peligrosa. En 1125, cuando Enrique V murió sin descendencia, obtuvo mayor autoridad al lograr elegir un nuevo gobernante prescindiendo de la sucesión hereditaria, principio que a partir de entonces la llevaría con frecuencia a seleccionar a los sucesores más débiles o a sumir al país en la guerra civil. El derecho del papa a coronar a todo nuevo emperador romano hacía que también tuviera interés en el proceso de selección. Por motivos obvios, el papado temía un monarca alemán poderoso. Aunque los papas valoraban a los emperadores alemanes como contrapeso de los normandos en el sur de Italia, los temían en igual medida. Si los emperadores alemanes conseguían gobernar el norte y centro de Italia de forma directa, el papado —de cuya independencia espiritual pendía la salvación de todos los cristianos— se arriesgaba a convertirse en su marioneta. Este miedo propulsó el siglo siguiente de conflictos entre el papado y el imperio.

Federico Barbarroja y Enrique VI

Federico I (1152-1190), proveniente de la familia Staufen (o Hohenstaufen, que significa «alto Staufen»), realizó un intento crucial para detener el curso de los acontecimientos contrarios a la monarquía alemana. Este emperador, llamado Barbarroja, reafirmó la dignidad independiente del imperio, llamando a su reino el «Sacro Imperio Romano», en virtud de la teoría de que era un imperio universal descendiente de Roma y bendecido por Dios. Sin embargo, al mismo tiempo intentó gobernar en colaboración con los príncipes alemanes, apoyó sus esfuerzos para poner freno a sus propios nobles territoriales y confió en que los príncipes, a su vez, respaldarían sus intentos de reafirmar el poder imperial sobre las ciudades ricas pero cada vez más independientes del norte de Italia.

En líneas generales, Federico consiguió que este sistema funcionara, pero a costa de una prolongada guerra en Italia y un conflicto destructivo con el papado. Encabezadas por Milán y apoyadas por el papado, las ciudades del norte de Italia formaron una coalición urbana, la Liga Lombarda, para hacer frente a la pretensión de Federico de gobernar en Italia. Entretanto, los príncipes de Alemania no dejaron de reunir fuerza, en especial colonizando las fértiles tierras agrícolas situadas al este del Elba.

No obstante, al final Federico alcanzó un compromiso con la Liga Lombarda y el papado que garantizaba la independencia política de las ciudades, a cambio de grandes pagos en dinero al emperador. Su dieta imperial de Maguncia en 1184 fue uno de los más espléndidos acontecimientos del siglo XII. Consiguió la aprobación de los príncipes para que le sucediera su hijo Enrique como rey y emperador, y concertó su matrimonio con la hermana del rey normando de Sicilia. Por último, en 1189 partió en la tercera cruzada y murió de camino a Tierra Santa.

La cuidadosa planificación de Barbarroja dio frutos en el reinado de su hijo Enrique VI, que le sucedió en el trono sin dificultad, disfrutando de enormes ingresos provenientes de las ciudades del norte de Italia, y cuando el hermano de su esposa murió de repente sin herederos, se convirtió también en el rey de Sicilia. Ésta era la pesadilla que siempre había temido el papado, pues entonces un único soberano poderosísimo controlaba el norte y el sur de Italia, pues las tierras papales del centro peninsular quedaban rodeadas por todas partes. Sin embargo, por suerte para el papado, Enrique VI murió en 1197, a los treinta y dos años, y dejó como heredero a su hijo de tres años, el futuro Federico II. El nuevo papa, Inocencio III (1198-1216), puso toda su energía en un intento de romper los lazos que Barbarroja y Enrique VI habían forjado entre Alemania, el norte de Italia y el reino de Sicilia. Cuando estalló una guerra civil en Alemania por la sucesión al trono, Inocencio simultaneó su apoyo entre los dos principales aspirantes con la esperanza de conseguir algún tipo de promesa del vencedor que devolviera Sicilia al papado, puesto que sostenía que se había concedido a los normandos como feudo. Cuando pareció por fin que Otón IV, el aspirante al trono no Staufen, había obtenido una victoria decisiva, Inocencio jugó su última carta. Envío a Federico II, que tenía dieciséis años, al norte con un pequeño ejército, sin imaginar que una fuerza tan nimia, al mando de un muchacho de tan corta edad, podría triunfar. Sin embargo, Otón unió su suerte a la de su primo, el rey Juan de Inglaterra, y cuando las fuerzas de Otón fueron aplastadas en la batalla de Bouvines por el rey Felipe Augusto de Francia, Federico II surgió como el nuevo e incontestable rey de Alemania.

Federico II

Federico II (1216-1250) fue uno de los soberanos medievales más fascinantes. Como había crecido en Sicilia, hablaba árabe, además de latín, alemán, francés e italiano. Fue un mecenas del saber que compuso un famoso tratado sobre la cetrería que ocupa un lugar de honor en el inicio de la historia de la ciencia observacional occidental. Mantenía una colección de animales exóticos, una tropa de arqueros musulmanes y un harén de mujeres cubiertas de velos y recluidas que le acompañaban en sus viajes. Cuando entraba en un pueblo, el efecto era electrizante. Pero a pesar de su apariencia

de exotismo, también era un gobernante medieval muy convencional que pretendía proseguir la política de su abuelo, basada en el apoyo a los príncipes territoriales en Alemania, a la vez que hacía respetar los derechos imperiales en Italia. Sin embargo, las circunstancias habían cambiado mucho en las dos décadas de anarquía que siguieron a la muerte del emperador Enrique VI. En Alemania, los príncipes habían llegado a ser tan autónomos que había poco que Federico pudiera hacer, salvo reconocer sus privilegios. Y lo hizo, pero a cambio obtuvo de ellos la elección de sus hijos (primero Enrique y después Conrado) para sucederle como reyes. Los mayores problemas de Federico estaban en Italia. En el norte, las ciudades de la Liga Lombarda se habían vuelto a zafar de sus obligaciones de pagar impuestos al imperio, mientras que en Sicilia el reino poderosísimo con una administración depurada creado por los normandos se había sumido en el caos.

Federico abordó por orden estos problemas. De 1212 a 1220 permaneció en Alemania solidificando su relación con la nobleza germana y recuperando las tierras que pudo tras veinte años de guerra. De 1220 a 1226 estuvo en Sicilia y el norte de Italia restableciendo su autoridad. De 1227 a 1229 se fue a las cruzadas, donde logró reconquistar Jerusalén mediante negociaciones con el soberano musulmán de Egipto, con quien el emperador hablaba en árabe y compartía la afición por la cetrería. De 1230 a 1235 estuvo de nuevo en Sicilia para restaurar su autoridad después de una fallida invasión papal del territorio. De 1235 a 1237 permaneció en Alemania, y parece que fueron los años culminantes de su reinado. Sin embargo, en 1237 se extralimitó al afirmar sus derechos como emperador a gobernar las ciudades del norte de Italia de manera directa, saltándose sus estructuras gubernamentales. El resultado fue otra Liga Lombarda y otra guerra prolongada, que continuó hasta la muerte del emperador en 1250. El papado fue un elemento clave en esta guerra; llegó tan lejos como para excomulgar a Federico de la Iglesia y, tras su muerte, prohibió a todos sus descendientes volver a ocupar los tronos de Alemania o Sicilia. No sabremos nunca si el papado podría haber hecho efectivo este veto, pues en 1254 murió el último hijo legítimo del emperador, y con él desapareció toda perspectiva de que hubiera continuidad en el gobierno monárquico germano. Continuarían eligiéndose emperadores, pero, en la práctica, la autoridad monárquica se había derrumbado. A partir de entonces el poder se dividiría entre varios cientos de príncipes territoriales, cuyas rivalidades embrollarían la política alemana hasta el final del siglo XIX.

IBERIA

La península Ibérica estaba más regionalizada que Alemania. Sin embargo, en contraste con ésta, surgiría de la Edad Media con la monarquía más poderosa de

Europa. La clave de la fortaleza de las monarquías hispanas de la Alta Edad Media radica en la reconquista de la Península de manos musulmanas y en las tierras, botines y pillajes que dichas conquistas proporcionaron. Durante la Alta Edad Media, Iberia contenía cuatro reinos cristianos principales: el estado montañoso septentrional de Navarra, que siempre continuaría siendo comparativamente insignificante; Portugal, en el oeste; el reino combinado de Aragón y Cataluña, en el sureste, y Castilla, en el centro. A lo largo del siglo XII, los ejércitos cristianos avanzaron de forma constante hasta culminar en el año 1212 con la importante victoria alcanzada por un ejército combinado aragonés y castellano sobre los musulmanes en Las Navas de Tolosa. A finales del siglo XIII, todo lo que quedaba de la dominación musulmana previa era el pequeño estado de Granada en el extremo meridional, y si existía era sobre todo porque se mostraba dispuesto a pagar tributo a los cristianos. Castilla se convirtió en el mayor reino con diferencia de la zona, pero estaba equilibrado en riqueza por el reino de Aragón y Cataluña, más urbano y orientado al comercio. Las guerras entre estos dos rivales los debilitaron durante la Baja Edad Media, pero cuando el matrimonio de Fernando de Aragón e Isabel de Castilla juntó a estos antiguos enemigos, nació una monarquía española unida. En 1492 los Reyes Católicos (como eran conocidos Fernando e Isabel) tomaron Granada, el último resto de territorio musulmán en España. Unos meses después Isabel encargó a un aventurero llamado Cristóbal Colón que navegara hasta la India dirigiéndose hacia el oeste por el océano Atlántico. Colón fracasó, pero su encuentro accidental con el continente americano convirtió a la España del siglo XVI en el reino más poderoso de Europa.

Conclusión

En el año 1000, Europa era la menos poderosa, la menos próspera y la menos sofisticada intelectualmente de las tres civilizaciones occidentales que habían surgido del mundo romano. En 1300, su posición frente al mundo bizantino e islámico ya se había transformado. Esta evolución descansó en cimientos económicos: una agricultura cada vez más eficiente, una población creciente y un comercio en expansión. Estos cambios produjeron una sociedad dinámica, expansiva, segura de sí misma y móvil, en la que los individuos se despojaban de los antiguos papeles y asumían otros nuevos con asombrosa velocidad. Sin embargo, no fueron menos importantes los cambios políticos y militares que sufrió Europa occidental durante estos siglos. En 1100 ya habían surgido los caballeros montados con sus pesadas armaduras como el arma militar más formidable de la época. Pero no fue hasta los siglos XII y XIII cuando los gobiernos europeos desarrollaron la capacidad

administrativa y política para controlar a esos caballeros y dirigirlos hacia objetivos mayores que el mero bandolerismo y la extorsión.

Hasta la Alta Edad Media, el mundo occidental había conocido dos modelos básicos de gobierno humano: las ciudades-estado y los imperios. Las ciudades-estado eran más capaces de movilizar la lealtad de sus ciudadanos; como resultado, a veces podían alcanzar victorias extraordinarias contra rivales imperiales más poderosos, como hicieron los griegos contra los persas. Pero las ciudades-estado estaban a menudo divididas por rivalidades económicas y sociales internas; y a la larga no contaban con la fortaleza militar necesaria para defenderse contra los conquistadores extranjeros. Los imperios, por su parte, podían ganar batallas y mantener potentes burocracias administrativas, pero en general eran demasiado distantes y rapaces para inspirar lealtades profundas entre sus súbditos.

Las monarquías nacionales de la Alta Edad Media resultaron ser el «justo medio» entre estos extremos. Eran lo bastante grandes para defenderse y lo bastante ricas para desarrollar técnicas administrativas depuradas. Pero también merecían suficiente participación y lealtad ciudadanas para apoyarlas en los tiempos de tensión en los que los imperios habrían zozobrado. En 1300 los reyes de Inglaterra, Francia y la península Ibérica ya habían logrado afirmar con holgura la lealtad fundamental de sus súbditos, habían superado las reivindicaciones locales, regionales o incluso de la Iglesia. Su victoria todavía no era completa, y en la Baja Edad Media Francia en particular se vería al borde del derrumbe. Pero al final las monarquías nacionales de la Alta Edad Media perdurarían para convertirse en los cimientos sobre los que se construirían los estados-nación de la era moderna. Este pedigrí histórico llegaría a cobrar tanta importancia que los estados-nación modernos sin un origen medieval con frecuencia se verían obligados a inventárselo.

Bibliografía seleccionada

- ARIÈS, Philippe, y Georges DUBY (dirs.), *Historia de la vida privada. 3, Poder privado y poder público en la Europa feudal*, Madrid, Taurus, 1991.
- BARRI, Giraud de, Raúl de COGGESHALL y Ricardo de DEVIZES, *Ricardo Corazón de León: historia y leyenda*, Madrid, Siruela, 2007.
- BARTLETT, Robert, *La formación de Europa: conquista, colonización y cambio cultural, 950-1350*, Valencia, Universidad, 2003.
- BENOIST-MÉCHIN, *El emperador Federico II (1194-1250)*, Barcelona, Civilización, 1989.
- BLOCH, Marc, *Reyes y siervos y otros escritos sobre la servidumbre*, Granada, Universidad, 2006.

- CARDINI, Franco, *Barbarroja, vida, triunfos e ilusiones de un emperador medieval*, Barcelona, Península, 1987.
- GANSHOF, François-Louis, *El feudalismo*, Barcelona, Ariel, 1985.
- HEERS, Jacques, *La invención de la Edad Media*, Barcelona, Crítica, 2000.
- KEEN, Maurice, *La caballería*, Barcelona, Ariel, 1986.
- LE GOFF, Jacques, *La bolsa y la vida: economía y religión en la Edad Media*, Barcelona, Gedisa, 2003.
- (et al.), *El hombre medieval*, Madrid, Alianza, 1999.
- LÓPEZ, Roberto S., *La revolución comercial en la Europa medieval*, Barcelona, El Albir, 1981.
- MITRE, Emilio, *Iglesia, herejía y vida política en la Europa medieval*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 2007.
- MONSALVO, José María, *Las ciudades europeas del medievo*, Madrid, Síntesis, 1997.
- MONTANELLI, Indro, *Historia de la Edad Media*, Barcelona, Nuevas Ediciones de Bolsillo, 2004.
- PERNOUD, Régine, *Blanca de Castilla, la gran reina de la Europa medieval*, Barcelona, Belacqva, 2002.
- , *Leonor de Aquitania, la reina de los trovadores*, Barcelona, Salvat, 1995.
- , *La mujer en tiempos de las cruzadas*, Madrid, Editorial Complutense, 2001.
- POGNON, Edmond, *La vida cotidiana en el año mil*, Madrid, Temas de Hoy, 1994.
- POHL, Walter (et al.), *La Edad Media a debate*, Madrid, Akal, 2003.
- POLY, Jean-Pierre, y Eric BOURNAZEL, *El despertar de Europa, 950-1250*, Barcelona, Crítica, 2000.
- REILLY, Bernard, *Las Españas medievales*, Barcelona, Península, 1996.
- RUIZ-DOMÈNEC, José Enrique, *El despertar de las mujeres: la mirada femenina de la Edad Media*, Barcelona, Península, 1999.
- RUNCIMAN, Steven, *Historia de las cruzadas*, Madrid, Alianza, 1989.
- SOUTHERN, Richard W., *La formación de la Edad Media*, Madrid, Alianza, 1984.
- VALDEÓN, Julio, *El feudalismo*, Madrid, Alba Libros, 2005.
- VAUCHEZ, André, *La espiritualidad del Occidente medieval (siglos VIII-XII)*, Madrid, Cátedra, 1985.

CAPÍTULO 9

La Alta Edad Media: desarrollo religioso e intelectual, 1000-1300

Los cambios religiosos e intelectuales de la Alta Edad Media alteraron en profundidad la vida europea. En realidad, no sería exagerado afirmar que el carácter fundamental de la civilización europea se vio transformado de manera permanente por los acontecimientos ocurridos en estos siglos cruciales. En la vida religiosa, el período fue testigo del surgimiento del papado como fuerza organizativa dominante en la cristiandad occidental, y de un notable esfuerzo por parte de la Iglesia para extender y ahondar la influencia del cristianismo entre los laicos. Proliferaron las iglesias parroquiales por el paisaje y se desarrollaron nuevas órdenes religiosas y monásticas; muchas de ellas asumieron como misión primordial la tarea de atender las necesidades del mundo exterior, más allá del claustro monacal. Por vez primera desde el período tardorromano, la predicación, la confesión, las peregrinaciones y la oración privada se convirtieron en elementos centrales de la vida religiosa de los cristianos europeos. Sin embargo, simultáneamente, estos nuevos modelos de piedad cristiana resaltaban las distinciones religiosas y sociales entre los cristianos y sus vecinos no cristianos. El resultado fue un aumento marcado de la persecución de los grupos minoritarios y la creación de lo que algunos historiadores han denominado una «sociedad persecutoria» en la que la identificación y la opresión de los herejes, judíos, homosexuales, leprosos y musulmanes se convirtieron en un elemento esencial del poder creciente tanto de la Iglesia como del estado.

Asimismo, en la Alta Edad Media hubo un notable renacimiento de la vida intelectual y cultural. Desde mediados del siglo XII, cientos de nuevas obras de literatura y filosofía clásicas, entre las que se incluyeron la totalidad de las obras conservadas de Aristóteles, se transmitieron a Europa occidental desde el mundo islámico y, en menor medida, desde Bizancio. No obstante, antes de que surgiera el estímulo de estos nuevos textos, los intelectuales europeos ya habían comenzado a pensar de formas nuevas y más rigurosas acerca de los problemas fundamentales de la teología, la filosofía y el derecho. Esta revolución intelectual (a la que a veces se hace alusión como el «Renacimiento del siglo XII») fue avivada por la aparición y rápido desarrollo de las universidades, acompañadas por una expansión aún más extensa de la escolarización elemental. También comenzaron a surgir nuevas formas

literarias: poesía lírica vernácula, alegorías extensas y, sobre todo, los romances. Por primera vez en siglos empieza a ser posible hablar de un público lector europeo.

En educación, pensamiento y artes, al inicio de la Edad Media Europa se hallaba muy atrasada, en especial si se comparaba con Bizancio y el islam, pero en 1300 ya se había colocado a la cabeza de las tres civilizaciones occidentales. Los europeos actuales se vanaglorian de que el saber y las artes les llegaron de Egipto, Grecia y Roma, y de que, como pigmeos que se sentaron sobre los hombros de gigantes, fueron capaces de ver más lejos y con mayor claridad que esos gigantes intelectuales de la Antigüedad. Tal presunción está justificada en buena medida. Los europeos altomedievales erigieron sus logros intelectuales y artísticos sobre cimientos antiguos, pero también realizaron importantes contribuciones propias.

La reforma de la Iglesia

Los efectos combinados del derrumbe carolingio, los ataques vikingos, musulmanes y húngaros, más el poder creciente de las familias nobles, fueron desastrosos para la vida religiosa de los siglos IX y X en Europa. Los reformistas de la Iglesia llevaban varios siglos pretendiendo mejorar la vida religiosa de los laicos, fortaleciendo el control que los obispos poderosos ejercían sobre el clero dentro de sus diócesis. Pero a mediados del siglo X esa estrategia yacía en ruinas. Muchas iglesias parroquiales habían sido abandonadas o destruidas, mientras que las que habían sobrevivido se consideraban a menudo propiedad particular de alguna familia poderosa, cuya responsabilidad de protegerlas había pasado a ser una licencia para oprimirlas. En estas circunstancias, la iglesia parroquial se había convertido en un aditamento más de la casa solariega, al igual que el molino o la forja de los señores, que sus campesinos estaban obligados a utilizar y de los que obtenían beneficios. Hasta los obispados habían caído en manos de las familias nobles, que nombraban a parientes para ocuparlos o los vendían como si fueran parte de la hacienda propia. Los monasterios sufrieron un proceso similar de «privatización»: algunos se convirtieron en lugares donde arrumbar a los hijos menores de la aristocracia, quienes podían vivir en ellos sin tomar los votos. Otros monasterios se habían confiado a tropas de caballeros e incluso algunos eran regidos por abades laicos. La situación se alejaba mucho de lo que san Benito había esbozado en su *Regla para los monasterios*.

Al no haber una monarquía efectiva, los obispos se hallaban indefensos ante un poder local tan afianzado. El papado tampoco podía corregir la situación. En realidad, como obispos de Roma, los papas se encontraban entre los peores ejemplos de la repercusión negativa que la excesiva influencia local podía ocasionar sobre los criterios espirituales del clero. La mayoría de los papas del siglo X fueron

incompetentes o corruptos, hijos o marionetas de familias romanas poderosas que pretendían controlar el papado con miras a gobernar la ciudad de Roma. Algunos hicieron gala de un libertinaje asombroso. El peor de todos, Juan XII, se convirtió en papa en 955 a los dieciocho años por influencia de su familia, que había gobernado Roma durante medio siglo. El papa Juan era casi analfabeto y completamente depravado. Sus críticos declaraban que las peregrinas no osaban entrar en el palacio Laterano por miedo a que el papa las forzara, y se dice que murió en medio de un acto carnal, bien por un esfuerzo amoroso excesivo o por la espada de un esposo celoso que lo encontró en la cama con su mujer. Como guardián de las tumbas de san Pedro y san Pablo y cabeza espiritual de la cristiandad occidental, el papado continuó siendo una institución respetada incluso en su nadir del siglo x. Pero los papas que ocuparon la silla de san Pedro dejaron mucho que desear como dirigentes morales y espirituales de la sociedad occidental.

LA REFORMA MONÁSTICA, 900-1050

Los primeros indicios de reforma surgieron en los monasterios europeos del siglo x, comenzando con el de Cluny en Borgoña. Fundado en el año 910 por un noble piadoso, era una casa benedictina, pero con dos importantes innovaciones constitucionales. La primera fue que, con miras a mantenerlo libre del dominio de las familias nobles o del obispo de la localidad, Cluny se colocó directamente bajo la protección del papado. La segunda fue que emprendió la reforma o fundación de un gran número de monasterios «hermanos». Mientras antes todas las casas benedictinas habían sido independientes e iguales, Cluny estableció una red de casas cluniacenses por Europa, subordinadas todas a la casa matriz. En 1049 ya había sesenta y siete prioratos cluniacenses (así se denominaban los monasterios hermanos), donde se realizaba la misma elaborada ronda de oración y culto que les dio fama, libres del control de los poderes seculares o eclesiásticos locales. Bajo la dirección de una serie de abades devotos y notablemente longevos, Cluny se hizo famoso por sus elevadas normas espirituales y su vida litúrgica cuidadosamente ordenada. Sin embargo, a los ojos de los cluniacenses, su éxito dependía de su libertad absoluta ante la interferencia externa en su vida religiosa. Por tanto, cuando Cluny reformaba un monasterio, insistía en dos cosas: primero, que los votos benedictinos fueran estrictamente obligatorios para todos los monjes; y segundo, que la selección de nuevos abades y priores se llevara a cabo por libre elección de los monjes, sin compra ni venta del cargo (pecado conocido como simonía por Simón el Mago, quien aparece en el Nuevo Testamento intentando comprar el poder del Espíritu Santo a los discípulos de Jesús).

La influencia cluniacense fue más fuerte en Francia e Italia, donde la práctica ausencia de una monarquía efectiva hizo imposible las reformas monásticas patrocinadas por la realeza. Aquí, al igual que en la Lotaringia, los nobles piadosos tomaron en general la iniciativa para alentar las reformas monásticas. En contraste, en Alemania e Inglaterra dichas reformas surgieron en los siglos X y XI como responsabilidad esencial de un rey cristiano. Siguiendo el ejemplo cluniacense, estos reyes insistieron en la observancia estricta de la pobreza, la castidad y la obediencia dentro del monasterio, e instituyeron elaboradas rondas de oración litúrgica en grupo. Sin embargo, a diferencia de Cluny, eran los mismos reyes quienes garantizaban la libertad de los monasterios reformados ante la interferencia exterior, así como también eran ellos quienes nombraban a los abades, igual que elegían a los obispos de sus reinos.

Como resultado de estos movimientos paralelos de reforma monástica, el monacato se convirtió en el modelo espiritual dominante para el cristianismo latino de los siglos X y XI. Se consideraba que la tranquila y ordenada rutina de culto diario observada por los monjes reflejaba la armonía perfecta del cielo; sus oraciones se estimaban muy eficaces para preservar al mundo pecador de la destrucción a la que de otro modo un Dios justo lo sometería; y los monjes eran percibidos como «hombres angelicales» cuya pobreza, castidad y obediencia perfectas reflejaban fielmente las virtudes celestiales. Pero los monasterios tuvieron además una influencia importante sobre los modelos de devoción que surgieron fuera del claustro. Durante siglos, habían sido los depositarios y guardianes de las reliquias de los santos difuntos, se creía que sus poderes protegían los monasterios que albergaban sus cuerpos terrenales. A partir del siglo X dichos monasterios atrajeron cada vez más la atención de laicos devotos que acudían buscando curas milagrosas del santo (o los santos) cuyas reliquias guardaban. La vasta mayoría de estas peregrinaciones se realizaba a santuarios locales, pero también empezaron a desarrollarse rutas regulares de larga distancia a lugares como Santiago de Compostela y la iglesia de la Santa Fe, en el sur de Francia. Asimismo, aumentó la concurrencia hacia lugares tradicionales como Roma y Jerusalén. La peregrinación fue una de las vías más importantes por las que los nuevos modelos de piedad cristiana desarrollados en los monasterios iniciaron su propagación al laicado fuera de los muros monásticos.

EL MOVIMIENTO DE REFORMA PAPAL

Desde los monasterios, el movimiento de reforma empezó a afectar también a los obispos. En Inglaterra, los reyes nombraron arzobispos a varios monjes reformados. En Alemania, los reyes mantuvieron en sus puestos a obispos que no eran monjes,

pero impusieron estrictas condiciones de santidad personal a quienes nombraron para ocupar dichos cargos. Con el aliento real, los obispos empezaron a reedificar y extender sus iglesias catedrales para convertirlas en reflejos más ajustados de la majestad divina, de acuerdo con el ejemplo cluniacense. Sin embargo, los cluniacenses llegaron más lejos y comenzaron a propugnar la reforma de la Iglesia completa, incluidos obispos, monasterios no reformados y hasta el clero parroquial. Centraros sus ataques en la simonía, pero también exigieron que se impusiera a todos los monjes y sacerdotes la pobreza personal y el celibato. Esta última demanda era en cierto sentido la más radical. Aunque una serie de concilios eclesiásticos de los siglos IV y V había declarado que los sacerdotes debían ser célibes, en general se había ignorado este requisito a partir de entonces. En el año 1000 la gran mayoría de los sacerdotes párrocos de toda Europa estaban casados. Los obispos casados eran más raros, pero no desconocidos. En Bretaña, el arzobispo de Dol y su esposa celebraron públicamente el matrimonio de sus hijas y les dieron como dote tierras pertenecientes al obispado; en Milán, los arzobispos rechazaron sin ambages la exigencia de celibato de los reformistas, declararon que su santo patrón, el arzobispo Ambrosio de Milán, había estado casado y había concedido permiso a su diócesis para que tuviera sacerdotes casados por siempre.

En Roma, el papado permaneció sin reforma alguna hasta 1046, cuando el emperador alemán Enrique III llegó a la ciudad santa, depuso a los tres nobles locales que proclamaban ser el papa y nombró en su lugar a uno de su familia, un reformista monástico alemán que adoptó el nombre de León IX (1049-1054). León y sus partidarios (en su mayoría alemanes, pero también algunos italianos) tomaron de inmediato el control de la corte papal y comenzaron a promulgar decretos contra la simonía, el matrimonio del clero y la inmoralidad de todo tipo que embargaba a la Iglesia. Para hacerlos cumplir, León y su séquito viajaron por Francia, Italia, Alemania y Hungría castigando y deponiendo a los clérigos que habían comprado sus puestos o que se negaban a abandonar a sus esposas (a quienes los reformistas insistían en llamar «concubinas»). De este modo, en los esfuerzos reformistas del papa había implícita una nueva visión de la Iglesia como organización jerárquica en la que los sacerdotes obedecían a los obispos y éstos al papa, no sólo como dirigente espiritual y doctrinal de la cristiandad occidental, sino como el soberano legal y jurisdiccional de toda la Iglesia cristiana.

León y los papas reformistas consiguieron hacer cumplir sus decretos sólo en las zonas de Europa donde podían contar con el respaldo de los monarcas seculares. Por su puesto, el más importante de estos monarcas fue el emperador Enrique III, cuya protección aisló a los reformistas papales de las familias nobles romanas, que, de otro modo, los habrían depuesto. Sin embargo, murió en 1056 y dejó como heredero a su hijo pequeño, el futuro Enrique IV. Sin su protector imperial, los reformistas se

vieron entonces a merced de las facciones políticas romanas. Cuando murió el papa reformista reinante en 1058, los nobles romanos aprovecharon la oportunidad para instalar en la silla pontifical a uno de sus lacayos. Durante un breve período pareció que iba a perderse el programa iniciado, pero los reformistas se congregaron fuera de Roma y eligieron a su propio papa (que adoptó el nombre de Nicolás II); después se aliaron militarmente con los monarcas normandos del centro y sur de Italia y expulsaron de la ciudad santa al papa no reformista.

En 1059 el papa Nicolás II emitió un nuevo decreto por el que se confería el derecho único a elegir papa a los cardenales, si bien «salvaguardaba los derechos del emperador». Este decreto resulta significativo por dos motivos muy diferentes. En primer lugar, representa un hito en la evolución del Colegio Cardenalicio como cuerpo especial dentro de la Iglesia. Desde el siglo X varios obispos y clérigos procedentes de las iglesias de Roma y sus alrededores habían asumido un importante papel como consejeros y ayudantes administrativos de los papas, pero en este decreto fue donde por primera vez se reconocieron de forma manifiesta las facultades de los cardenales. A partir de entonces el Colegio Cardenalicio asumió una identidad cada vez mejor definida y se convirtió en una importante fuerza para que hubiera continuidad en la política papal, sobre todo cuando existía una rápida sucesión de pontífices. En la actualidad, siguen siendo los cardenales los que eligen al papa.

Sin embargo, el decreto también fue significativo porque abrió una brecha entre el partido de la reforma en Roma y la corte imperial alemana. En las circunstancias de 1059, el decreto electoral pretendía justificar las acciones de los reformistas durante el año previo y proteger las elecciones papales futuras de la influencia de la aristocracia romana. Era evidente que el decreto estaba inspirado por los ideales cluniacenses de elecciones libres como elemento esencial en una Iglesia reformada, pero no aspiraba a privar al emperador alemán de su papel tradicional como protector del papado. No obstante, se daba la circunstancia de que en 1059 no había emperador que pudiera desempeñar ese papel, y si la alternativa era el retorno de la nobleza romana y la destrucción de todo el esfuerzo reformista, parecía preferible incluso una alianza con los brutales y poco de fiar normandos. No obstante, el decreto electoral ofendió mucho a los consejeros del joven rey Enrique IV, quienes lo vieron como un desafío a los derechos del emperador de nombrar nuevos papas y consideraron una afrenta terrible la alianza de los reformistas con los normandos, cuyos designios sobre los territorios imperiales en el centro de Italia eran bien conocidos. La hostilidad resultante entre los regentes del joven rey y la corte papal envenenó la atmósfera en la que Enrique IV alcanzó la madurez.

Una fase nueva y crucial en la historia del movimiento de reforma comenzó en 1073 con la llegada del papa Gregorio VII (1073-1085), romano cuya elección fue violentamente apoyada por una turba de conciudadanos. Era un reformista bien conocido con larga experiencia en la corte papal, y es probable que hubiera sido elegido por los cardenales sin la interferencia del populacho romano, pero las circunstancias de su acceso al pontificado violaron sin ambages los términos del decreto electoral de 1059, hecho que le debilitó en sus primeros años como papa. Enrique IV ansiaba reconciliarse con Roma, sobre todo porque entre 1073 y 1075 se vio implicado en una importante guerra civil con su nobleza sajona. Así pues, Gregorio y Enrique empezaron tratándose con gran deferencia. Éste culpó a los consejeros de su juventud de los problemas que habían surgido entre su corte y Roma, y prometió enmendarlos. Por su parte, Gregorio habló del papa y el emperador como los dos ojos de un único cuerpo cristiano y prometió dejar la Iglesia al cuidado de Enrique si él, Gregorio, dirigía (como esperaba hacerlo en breve) una expedición militar a Oriente contra el islam. A primera vista pareció que las relaciones armoniosas entre el papado y el imperio prevalecientes durante el reinado del padre de Enrique habían quedado plenamente restablecidas.

Sin embargo, a finales de 1075 ya estaban otra vez al borde de la ruptura. Durante el medio siglo siguiente, Europa occidental se vio dividida por un conflicto entre el papado y el imperio que alteraría de forma permanente la relación entre la autoridad espiritual y temporal en la cristiandad occidental. En apariencia, el tema que dividía a Gregorio y Enrique era si el primero o algún otro laico podía nombrar a un obispo o abad y después investirlo con los símbolos de su cargo espiritual, práctica conocida como «investidura laica». No obstante, en realidad la «querrela de las investiduras» suscitaba importantes cuestiones acerca de la naturaleza de la monarquía cristiana, la relación entre la autoridad política y religiosa, y el control que los papas y reyes debían ejercer sobre el clero. No todos estos temas se habían llegado a resolver por completo en 1122, cuando un compromiso conocido como Concordato de Worms puso fin a la querrela, pero constituyó un hito porque acabó de forma permanente con las antiguas tradiciones carolingias de monarquía sagrada y estableció de una vez por todas la autoridad jurisdiccional independiente de la Iglesia frente a todos los gobernantes laicos.

Gregorio era un reformista devoto cuyas metas eran las tradicionales de acabar con la simonía y el matrimonio del clero. Sin embargo, a diferencia de los reformistas papales previos, llegó al convencimiento de que esas metas no podrían alcanzarse hasta que no se hubiera logrado el objetivo cluniacense de asegurar elecciones libres a todos los cargos eclesiásticos. Así pues, procedió a prohibir a los clérigos la aceptación de cualquier cargo eclesiástico de un laico y declaró que esta prohibición era «una verdad [...] necesaria para la salvación». Enrique IV se negó rotundamente

a aceptar este decreto, no sólo porque infringía sus derechos tradicionales como rey y emperador de estilo carolingio, sino también porque los obispos y abades de Alemania y el norte de Italia eran cruciales para su capacidad de gobernar el reino. Por tanto, decidió nombrar e investir a un nuevo arzobispo en Milán y desafió así la prohibición del papa. Gregorio respondió recordándole que él, Gregorio, ocupaba la silla de san Pedro y que, por consiguiente, Enrique le debía la misma obediencia que al santo, que era el portero del cielo. Para hacer valer su postura, el papa excomulgó a varios consejeros de Enrique, incluidos algunos de los obispos del norte de Italia que habían participado en la investidura del nuevo arzobispo de Milán. Acto seguido, Enrique abjuró de su obediencia a Gregorio y le recordó que su elección había violado los términos del decreto electoral de 1059, por lo que le exigió que renunciara. Gregorio respondió excomulgando a Enrique, junto con un gran número de obispos alemanes e italianos que lo apoyaban.

En sí misma, la excomunión de un rey no era algo demasiado inusual. Sin embargo, Gregorio fue mucho más lejos equiparándola con la deposición al declarar que, como Enrique ya no era un hijo fiel de la Iglesia, había dejado de ser rey de Alemania. Llamó a sus súbditos a rebelarse, incitó a la nobleza sajona a reanudar la guerra civil que había terminado pocos meses antes. En enero de 1077, Enrique se vio obligado a efectuar un humillante sometimiento público al papa Gregorio en Canossa, los Alpes italianos; pero cuando el papa lo absolvió de la excomunión, Enrique aprovechó la oportunidad para reunir sus fuerzas, aplastar a sus rivales sajones y expulsar a Gregorio de Roma (véase capítulo 8). En 1085 el anciano papa murió en el exilio en Salerno, prisionero en la práctica de sus aliados normandos. Al parecer, sus últimas palabras fueron: «He amado la justicia y odiado la iniquidad; ése es el motivo por el que muero en el exilio».

Por instinto, el papa Gregorio era un radical con una confianza en su rectitud que no conocía límites. Al comienzo de su carrera había formado parte de la delegación que provocó el cisma de 1054 con la Iglesia bizantina al exigir que el patriarca de Constantinopla reconociera la primacía del papado. Como papa, Gregorio estaba convencido de que hablaba con la voz de san Pedro y, por tanto, no podía errar. Cuando se le decía que sus ideas eran novedosas, replicaba: «El Señor no dijo “Soy la costumbre”, sino “Soy la verdad”». Cuando se le sugería que sus políticas habían causado la guerra y no la paz, replicaba citando las Escrituras: «Maldito sea quien contenga su espada de la sangre». Los llamamientos que efectuó para que el pueblo de Alemania se alzara contra su rey descarriado y sus obispos pecadores fueron verdaderamente revolucionarios. Hasta sus admiradores se referían a él como un «Satanás sagrado», lo que recordaba al ángel rebelde cuyo orgullo había causado su caída.

No obstante, los instintos radicales de Gregorio no deben oscurecer su visión

profundamente tradicional de la cristiandad. Aunque la solución definitiva de la querrela de las investiduras iba a distinguir entre «Iglesia» y «estado», reservando los símbolos del cargo espiritual para el clero, a la vez que permitía a los laicos conceder los símbolos de gobierno temporal, tal distinción no formaba parte de la visión del mundo del pontífice. En realidad, fue precisamente debido a que ni Enrique ni Gregorio eran capaces de concebir la cristiandad nada más que como una sociedad política y religiosa bien unificada por lo que el conflicto entre ambos fue tan obstinado. Compartían la presunción carolingia habitual de que era responsabilidad de los gobernantes terrenales dirigir a sus súbditos al cielo. Sólo discrepaban en cuanto a si el gobernante supremo de esta sociedad cristiana unificada debía ser el emperador o el papa. Tampoco imaginaban un mundo en el que el cargo espiritual de obispo pudiera separarse de las tierras y las fuerzas militares que controlaba o en el que hubiera dos sistemas de tribunales separados por completo, uno para tratar los asuntos religiosos, controlado por el papado, y otro para ocuparse de los asuntos seculares, controlado por los reyes. Sin embargo, sin esa división entre lo espiritual y lo temporal, la querrela de las investiduras era irresoluble. Ni el papa ni el emperador disponían del poder suficiente para derrotar al otro, además de que toda Europa aceptaba que ambas autoridades, la espiritual y la temporal, eran necesarias.

Así pues, las consecuencias de la querrela de las investiduras fueron muy diferentes de lo que el papa Gregorio o el rey Enrique habían imaginado. Sobre el tema inmediato de la investidura laica, el Concordato de Worms fue un compromiso. Se prohibió al emperador alemán investir prelados con los símbolos religiosos de su puesto, pero se le permitió investirlos con los símbolos de sus derechos como gobernantes temporales porque se reconocía al emperador como su señor temporal. En la práctica, los emperadores alemanes, al igual que los restantes reyes de Europa occidental, lograron de este modo conservar mucha influencia en los nombramientos a los obispados y abadías, pese a consentir la apariencia de que se trataba de elecciones libres.

La consecuencia final del conflicto de las investiduras fue crear una distinción conceptual duradera entre religión y política en Europa occidental e identificar a la Iglesia con la autoridad religiosa, y al estado, con la autoridad política. En líneas generales, ambas ideas habían estado ausentes desde la revolución constantiniana en el siglo IV. Cuando comenzó la querrela de las investiduras, los principales defensores de Enrique fueron sus obispos; los partidarios de Gregorio fueron en su mayoría la nobleza sajona y los restantes príncipes alemanes desafectos. Por tanto, no se inició en absoluto como un conflicto entre la Iglesia y el estado, si bien en 1122 ya se había convertido en eso. El Concordato de Worms lo resolvió distinguiendo entre el poder temporal de los reyes y el poder espiritual del clero. También identificó con firmeza a los obispos como parte de un orden clerical jerárquico cuya cabeza era el papa. Las

fronteras entre la autoridad temporal y espiritual continuarían sujetas a polémica en la Europa medieval. Al clero que cometía delitos seculares, ¿debían juzgarlo los reyes o los eclesiásticos? ¿Quién tenía que determinar la validez de los matrimonios cuando estaban en juego derechos a heredar propiedades? Pero se trataba de conflictos jurisdiccionales que pretendían definir los límites entre religión y política; no ponían en tela de juicio la presunción fundamental de que tal distinción existía y, por tanto, eran resolubles mediante la ley, una razón por la que la elaboración de los sistemas legales, tanto eclesiástico como secular, se convirtió en una preocupación tan apremiante en los siglos XII y XIII. A este respecto, la querrela de las investiduras también marca una divisoria en la historia europea.

LA CONSOLIDACIÓN DE LA MONARQUÍA PAPAL

El Concordato de Worms fue un compromiso, pero la querrela de las investiduras en su conjunto constituyó una victoria para el papado porque ayudó a congregar al clero occidental detrás del papa, fortaleciendo su reclamación de supremacía jurisdiccional sobre toda la jerarquía eclesiástica. La dramática lucha también impelió al populacho. Según informó un contemporáneo, no se hablaba de otra cosa «incluso en las estancias donde hilaban las mujeres y los talleres de los artesanos». El papa Gregorio y sus sucesores habían apremiado al vulgo europeo a rechazar la autoridad de los obispos simoníacos y los sacerdotes casados. Muchos respondieron, a veces con violencia. El resultado fue un interés mucho mayor por los asuntos religiosos, que a partir de entonces la Iglesia lucharía por mantener dentro de los límites de la ortodoxia religiosa.

Al igual que Gregorio VII, los papas de los siglos XII y XIII se comprometieron de lleno con el establecimiento de la autoridad soberana del papado sobre la Iglesia. Pero fueron mucho menos impetuosos que Gregorio, optaron por perseguir sus metas con una cuidadosa elaboración del aparato gubernamental de la Iglesia. Enviaron fuera de Roma legados con el encargo especial de transmitir y hacer cumplir las órdenes papales. Muchas de estas órdenes surgían de los cientos (y al final miles) de causas legales que llegaban a Roma de litigantes que buscaban justicia del papa. A su vez, esta masa creciente de litigios fomentó el desarrollo de un cuerpo autorizado de derecho eclesiástico mediante el cual podían resolverse dichas causas. El paso clave en esta evolución lo dio hacia 1140 en Bolonia un profesor de derecho llamado Graciano, cuya ingente compilación y codificación de los decretos de los papas previos y los concilios eclesiásticos (conocido como el *Decretum* o, de forma más descriptiva, *Concordia de los cánones discordantes*) se convirtió de inmediato en la norma de derecho eclesiástico o derecho «canónico».

El *Decretum* de Graciano declaraba la jurisdicción eclesiástica para toda clase de causas, no sólo las pertenecientes al clero, sino también las de la esfera laica, incluidos asuntos tales como el matrimonio, la herencia y los testamentos. Aunque se suponía que todas estas causas se veían primero en los tribunales eclesiásticos locales, los papas insistían en que sólo ellos podían conceder dispensas de la estricta letra de la ley y que el consistorio papal —el papa y los cardenales— debían ser el tribunal de apelación final para todas las causas de derecho canónico. Cuando aumentaron el poder del papado y el prestigio de la Iglesia, se incrementaron con rapidez las causas de los tribunales de derecho canónico y las apelaciones a Roma. A mediados del siglo XII, la pericia legal ya había cobrado tal importancia que casi todos los papas eran experimentados abogados canónicos, mientras antes lo habitual era que se tratara de monjes. Los puristas condenaron este proceso, pero era una consecuencia inevitable del creciente poder y sofisticación de la monarquía papal.

El reinado de Inocencio III

Según la opinión unánime, el más capaz y eximio de los papas altomedievales fue Inocencio III (1198-1216). Elegido a los treinta y siete años, fue una de las personas más jóvenes y vigorosas elevadas al papado, que además poseía una extensa formación en teología y había estudiado derecho canónico. Su meta primordial fue unificar toda la cristiandad bajo la hegemonía papal y, de este modo, llevar al mundo «el orden justo» que tanto había deseado el papa Gregorio VII. A diferencia de este último, Inocencio nunca cuestionó el derecho de los reyes y príncipes a gobernar de forma directa en la esfera secular, si bien creía que el papa estaba obligado a castigar a los reyes siempre que pecaran. Y no se mostró menos insistente que Gregorio VII acerca de la obligación que tenía todo cristiano de obedecer al representante de san Pedro, al señalar que, del mismo modo que «todas las rodillas se doblan ante Jesús [...], todos los hombres deben obedecer a su vicario [esto es, al papa]».

Trató de conseguir sus metas por medios diferentes. Para situar la independencia papal en una base territorial sólida, consolidó y expandió los dominios papales en el centro de Italia, razón por la que suele considerársele el fundador de los Estados Pontificios, de los que la ciudad del Vaticano es lo último que queda en la actualidad. En Alemania consiguió el triunfo de su candidato para el puesto imperial, el emperador Federico II, si bien sus sucesores en el papado acabarían lamentándolo. Castigó al rey francés Felipe Augusto por su mala conducta marital y obligó al rey Juan de Inglaterra a aceptar a Stephen Langton, el elegido del papa, como arzobispo de Canterbury. También impuso a Juan que concediera Inglaterra al papado como feudo; y reclamó con diverso éxito un señorío feudal comparable a Aragón, Sicilia y Hungría. Cuando el sur de Francia se vio amenazado por la propagación de la herejía

albigense (que se expondrá más adelante), convocó una cruzada para acabar con ella por la fuerza. Asimismo, gravó al clero con el primer impuesto sobre la renta para financiar una cruzada a Tierra Santa. Sin embargo, el logro culminante de su pontificado fue la convocatoria del IV Concilio Laterano de Roma en 1215. Esta asamblea representativa de toda la Iglesia occidental definió dogmas centrales de la fe y puso más de manifiesto que nunca el liderazgo del papado dentro de la cristiandad. Ahora quedaba claro que el papa castigaba a los reyes y regía la Iglesia sin impedimentos.

Los papas del siglo XIII

El pontificado de Inocencio constituyó sin duda el cenit de la monarquía papal, pero también sembró algunas semillas de su ruina futura. Inocencio fue capaz de administrar los Estados Pontificios y buscar nuevas fuentes de ingresos sin que pareciera comprometer la dignidad espiritual de su cargo, pero sus sucesores que siguieron esa misma política tuvieron menor estatura y, de este modo, empezaron a presentarse más como gobernantes codiciosos comunes. Además, como los Estados Pontificios limitaban con el reino de Sicilia, los sucesores de Inocencio entraron en conflicto con el soberano vecino, que no era otro que Federico II. Inocencio lo había elevado al trono sin imaginarse que más tarde se convertiría en un rival inveterado del poder papal en Italia.

Al principio, este y otros problemas no resultaron plenamente patentes. Los papas del siglo XIII continuaron aumentando sus poderes y centralizando el gobierno de la Iglesia. Consolidaron de forma gradual su derecho a nombrar candidatos para los puestos eclesiásticos altos y bajos, y reafirmaron su control sobre el plan de estudios y la doctrina que se impartían en la Universidad de París. Pero también acabaron implicándose en una prolongada lucha política que llevó a su desaparición como poder temporal. Esta lucha comenzó con el intento de los papas de destruir a Federico II. Hasta cierto punto, actuaban en defensa propia, puesto que el emperador amenazaba su poder en el centro de Italia, pero al combatirlo se excedieron en el empleo de sus armas espirituales. En lugar de limitarse a excomulgar y deponer a Federico, también reclamaron una cruzada en su contra, y fue la primera vez que se hizo por objetivos ostensiblemente políticos.

Tras la muerte de Federico en 1250, una serie de papas cometieron un error aún mayor al renovar y mantener la cruzada contra todos los herederos del emperador, a quienes llamaban «la camada de la víbora». Para llevar a cabo esta cruzada se ocuparon de recaudar fondos y buscaron como adalid militar a un miembro menor de la casa real francesa, Carlos de Anjou. Pero Carlos ayudó a los papas sólo por el motivo puramente político de hacerse con el reino de Sicilia, lo que consiguió en

1268 al derrotar al último heredero masculino de Federico II. Pero gravó al reino con unos impuestos tan elevados que los sicilianos se alzaron en revuelta en 1282 y ofrecieron su corona al rey de Aragón, que se había casado con la nieta de Federico II. De este modo, el rey de Aragón entró en el ruedo italiano y estuvo a punto de quedarse con el antiguo reino de Federico. Para impedirlo, Carlos de Anjou y el papa reinante persuadieron al rey de Francia —entonces Felipe III (1270-1285)— para que se embarcara en una cruzada contra Aragón, que fue un fracaso terrible y durante la cual murió Felipe III. Como consecuencia de estos acontecimientos, el hijo heredero del rey francés, Felipe IV, resolvió alterar la política a favor del papado. Por aquel entonces Francia había llegado a ser tan fuerte que tal decisión resultó funesta; además, al hacer un mal uso de la institución de la cruzada e intentar recaudar sumas cada vez mayores de dinero para apoyarla, los papas perdieron buena parte de su prestigio espiritual. En 1291 el último puesto de avanzada de los cruzados en Tierra Santa cayó sin que se le ofreciera ninguna ayuda del papado, que seguía intentando salvar su cruzada perdida contra Aragón. El jubileo de 1300 del papa Bonifacio VIII, que ofrecía indulgencia plenaria de cruzado a todo aquel que hiciera una peregrinación a Roma, fue un reconocimiento tácito de que, a partir de entonces, sería la Ciudad Eterna y no la Tierra Santa la meta central de la peregrinación cristiana.

EL DECLIVE DE LA MONARQUÍA PAPAL

El poder temporal de la monarquía papal se derrumbó por fin en el reinado de Bonifacio VIII (1294-1303), pero no todos sus problemas fueron resultado de sus actos. Su mayor obstáculo era que las monarquías nacionales habían logrado mayor lealtad de sus súbditos que el papado debido al aumento constante del poder real y la erosión del prestigio papal. Bonifacio tuvo también la mala suerte de suceder a un papa particularmente piadoso, aunque inepto, que renunció al cargo antes de un año. Como Bonifacio carecía por completo de la piedad o humildad tradicionales, el contraste puso en su contra a muchos observadores cristianos. Gobernó con autoridad y presidió el primer «jubileo» papal de Roma en 1300, lo que constituyó una demostración manifiesta pero, como los hechos señalarían, vacía de poder pontifical.

Dos disputas con los reyes de Inglaterra y Francia resultarían la perdición del papa. La primera tuvo que ver con la tributación del clero que había iniciado Inocencio III. Aunque este papa había exigido el impuesto para apoyar una cruzada y lo había recaudado él mismo, durante el siglo XIII los reyes de Inglaterra y Francia habían empezado a gravar al clero con el pretexto de que usarían los fondos para ayudar a los papas en futuras cruzadas a Tierra Santa o contra los Hohenstaufen. Después, al finalizar el siglo, los reyes comenzaron a imponer sus impuestos bélicos

al clero sin pretexto alguno. Resulta comprensible que Bonifacio tratara de prohibir este paso, pero pronto descubrió que había perdido el respaldo tanto del clero inglés como del francés. Así pues, cuando los reyes ofrecieron resistencia, tuvo que echarse atrás.

La segunda disputa de Bonifacio fue con el rey Felipe IV de Francia, quien desafió a propósito al papa al pretender juzgar a un obispo francés por traición, lo que suponía una violación de las protecciones del derecho canónico para el clero. Como en la lucha previa entre Gregorio VII y Enrique IV de Alemania, a continuación hubo una enconada propaganda bélica, pero esta vez casi nadie escuchó al papa. Por su parte, Felipe forzó absurdas acusaciones de herejía contra Bonifacio y envió a sus subalternos a detenerlo para llevarlo a juicio. En 1303, en la residencia papal de Anagni, Bonifacio, que ya era septuagenario, fue capturado y maltratado por las fuerzas de Felipe. Aunque al final lo rescataron los habitantes de la localidad, la impresión que le causaron estos acontecimientos fue excesiva para la precaria fortaleza del anciano, que murió un mes después. Pero Felipe siguió aprovechando su ventaja y obligó al nuevo papa, Clemente V, no sólo a justificar su ataque, sino a agradecerle públicamente su celosa defensa de la fe católica. A partir de entonces desapareció cualquier vestigio de independencia papal con respecto a los intereses de la monarquía francesa. Durante los setenta años siguientes, los papas no residirían en Roma, sino en Aviñón, en los límites del reino de Francia; y el papado se llegaría a considerar en la práctica un peón de los intereses diplomáticos franceses.

La humillante derrota del papa Bonifacio VIII a manos del rey Felipe de Francia ilustra la enorme brecha que ya se había abierto en 1300 entre la retórica y la realidad del poder papal. Aunque Bonifacio continuó reclamando la autoridad espiritual y temporal sobre la cristiandad al declarar que los reyes gobernaban por la «voluntad y el consentimiento» de la Iglesia, en realidad la monarquía papal ejercía ahora su autoridad por la voluntad y el consentimiento de los reyes. El aumento del nacionalismo, combinado con la complejidad creciente de la justicia real, el sistema fiscal real y la propaganda real, había desplazado el equilibrio de poder en Europa de manera decisiva hacia el estado y lejos de la Iglesia. Los europeos no eran menos religiosos que antes, sino todo lo contrario, pero desde finales del siglo XIII los cristianos piadosos mirarían cada vez más hacia el estado y no hacia el papado para que encabezara campañas de mejora moral y espiritual dentro de sus territorios. Tras ciento cincuenta años, durante los que la naturaleza religiosa de la autoridad real se había socavado de manera constante, los reyes de finales del siglo XIII estaban comenzando a restaurar su lustre sagrado. Esta tendencia continuaría durante la Baja Edad Media y no desaparecería hasta el siglo XVII, al final de cien años de guerras religiosas causadas por la Reforma protestante. Sólo entonces quedarían firmemente instauradas como principios fundamentales de la vida europea las distinciones entre

religión y política que había establecido la querrela de las investiduras.

El estallido de vitalidad religiosa

El movimiento de reforma papal encabezado por el papa Gregorio estimuló un renacimiento religioso por dos razones. Una fue que la campaña para depurar la Iglesia obtuvo un éxito más que suficiente: los laicos podían respetar más al clero y muchos sintieron la vocación de unirse a él. Según un cálculo fiable, la cantidad de personas que entraron en órdenes monásticas en Inglaterra se multiplicó por diez entre 1066 y 1200, y esta cifra no incluye el aumento de sacerdotes. La otra razón por la que la labor de Gregorio VII en particular ayudó a inspirar un renacimiento fue que apeló de forma explícita a los laicos para que le ayudaran a corregir a sus sacerdotes. En cartas de gran poder propagandístico denunció los pecados de los «sacerdotes fornicadores» (refiriéndose en realidad a los casados) e instó a los laicos a arrojarlos de los púlpitos o boicotear sus oficios religiosos. No resulta sorprendente que desencadenara una especie de movimiento de vigilancia en muchas partes de Europa. Esta excitación, aunada con el hecho de que la lucha papal con Enrique IV fue el primer acontecimiento europeo de interés universal, aumentó con creces el compromiso religioso. Hasta 1050, aproximadamente, la mayoría de los europeos occidentales eran cristianos de nombre, pero desde el período gregoriano el cristianismo se fue convirtiendo en un ideal y una práctica que comenzaron a regir realmente las vidas humanas.

CISTERCIENSES Y CARTUJOS

Una de las manifestaciones más visibles de la nueva piedad fue la propagación del movimiento cisterciense en el siglo XII. En torno a 1100, ninguna forma de monacato benedictino se antojaba plenamente satisfactoria a los aspirantes a la santidad que buscaban un gran ascetismo y, sobre todo, una «interioridad» intensa: examen de conciencia inexorable y esfuerzo meditativo hacia el conocimiento de Dios. El resultado fue la fundación de nuevas órdenes para proporcionar una expresión plena de idealismo monástico. Una de ellas fue la orden cartuja, a cuyos monjes se les requería vivir en celdas separadas, abstenerse de comer carne y ayunar tres días a la semana a pan, agua y sal. Los cartujos no pretendieron nunca atraer a mucha gente y, por tanto, se mantuvieron como un grupo reducido. Pero no cabe afirmar lo mismo de los cistercienses, monjes que se organizaron por primera vez hacia 1100 y que pretendían seguir la regla benedictina del modo más puro y austero posible. Para

evitar las tentaciones mundanas, fundaron nuevos monasterios en bosques y eriales lo más alejados posible de la civilización. Evitaron toda la decoración eclesiástica innecesaria y los utensilios ostentosos, abandonaron el énfasis cluniacense en la liturgia elaborada, optaron por una oración más contemplativa y privada, y se comprometieron seriamente con el duro trabajo manual. Bajo el liderazgo carismático de san Bernardo de Clairvaux (1090-1153), predicador persuasivo, escritor brillante y la personalidad religiosa europea más influyente de su época, la orden cisterciense creció de manera exponencial. En 1115 no existían más que cinco casas, pero en 1153 ya habían pasado a ser no menos de 343. Este crecimiento no sólo significó que muchos hombres se hicieran monjes, sino también que muchos seglares piadosos donaran fondos y tierras para sostener los nuevos monasterios.

Al tiempo que cada vez entraba más gente en los nuevos monasterios o los patrocinaba, la naturaleza del credo religioso y la devoción estaban cambiando. Uno de los muchos ejemplos fue la separación del culto a los santos para resaltar la adoración a Jesús y la veneración a la Virgen María. En la nueva orden cisterciense, la veneración a las reliquias de los santos se reemplazó con la concentración en la eucaristía o el sacramento de la Cena del Señor. Por supuesto, la celebración de la eucaristía siempre había sido una parte importante de la fe cristiana, pero hasta el siglo XII no se convirtió en central, pues sólo entonces los teólogos elaboraron plenamente la doctrina de la transustanciación. Según esta doctrina, durante la misa, el sacerdote colabora con Dios en la realización de un milagro por el cual el pan y el vino del altar se cambian o «transustancian» en el cuerpo o la sangre de Cristo. El fervor popular por la eucaristía se hizo tan grande en el siglo XII que se inició entonces la práctica de elevar el pan consagrado, u hostia, para que toda la congregación pudiera verlo. La nueva teología de la Eucaristía mejoró con creces la dignidad del sacerdote, además de fomentar la meditación de los fieles sobre los sufrimientos de Cristo. Como resultado, muchos desarrollaron un intenso sentido de identificación con Cristo e intentaron imitar su vida de maneras diferentes.

EL CULTO A LA VIRGEN MARÍA

En el siglo XII, la veneración a la Virgen María ocupó el segundo lugar junto al culto renovado a Cristo, hecho sin precedentes, pues hasta entonces apenas había sido honrada en la Iglesia occidental. No está del todo claro por qué la veneración a la Virgen se hizo tan acusada en esa época, pero sea cual fuere la explicación, lo cierto es que su culto floreció por toda Europa occidental. Los cistercienses la convirtieron en su santa patrona, san Bernardo hablaba constantemente de su vida y virtudes, y casi todas las catedrales nuevas se consagraron a ella: estaban Notre-Dame («Nuestra

Señora») de París y también una Notre-Dame en Chartres, Rheims, Amiens, Rouen, Laon y muchos otros lugares. El papel teológico de María era el de intercesora ante su hijo por la salvación de las almas humanas. Se sostenía que María era la madre de todos, un recipiente infinito de gracia que instaba a la salvación incluso de los pecadores, siempre que la amaran y al final se arrepintieran. Circulaban numerosos relatos sobre supuestos depravados que se salvaron porque veneraban a María, quien habló por ellos en la hora de la muerte.

El significado del nuevo culto era múltiple. Por primera vez se concedía a una mujer un papel central y honroso en la religión cristiana. Los teólogos seguían enseñando que el pecado había entrado en el mundo a través de Eva, la primera mujer, pero ahora lo contrarrestaban explicando cómo el triunfo sobre el pecado había llegado a través de María, quien alumbró a Cristo, el segundo Adán. Los artistas y escritores que retrataban a María también eran capaces de concentrarse en la feminidad y escenas de ternura humana y vida familiar, lo que contribuyó en buena medida a una suavización general del estilo artístico y literario. Pero tal vez lo más importante fuera que el surgimiento del culto a María estuvo estrechamente asociado con un aumento general de la esperanza y el optimismo en el Occidente del siglo XII.

Hildegarda de Bingen

No fue sólo una mujer, María, quien obtuvo un papel particularmente importante en el culto religioso del siglo XII; también unas cuantas mujeres vivas gozaron de gran autoridad religiosa. La más famosa e influyente fue la monja y visionaria alemana Hildegarda de Bingen (1098-1179). Las descripciones que realizó de sus visiones religiosas, dictadas en prosa latina expresiva y original, resultaban tan atrayentes que los contemporáneos no dudaron en creer que estaba directamente inspirada por Dios. Por consiguiente, cuando el papa visitó Alemania, le concedió su bendición, y los dirigentes religiosos y seculares buscaron su consejo. Hildegarda escribió también sobre otros temas, como la farmacología y la medicina para las mujeres. También compuso cantos religiosos cuya belleza se ha vuelto a descubrir en tiempos recientes.

EL RETO DE LA HEREJÍA POPULAR

A veces el gran entusiasmo religioso del siglo XII traspasó los límites aprobados por la Iglesia. Después de que Gregorio VII hubiera apelado a los laicos para que le ayudaran a disciplinar a su clero, era difícil controlar su entusiasmo. A medida que avanzó el siglo XII y la monarquía papal se concentró en fortalecer su administración legal y financiera, algunas personas empezaron a preguntarse si la Iglesia, que en otro

tiempo había sido tan estimulante, no había comenzado a perder de vista sus metas idealistas. Otra dificultad fue que el creciente énfasis en los poderes milagrosos de los sacerdotes tendió a inhibir el papel religioso de los laicos y a colocarlos en una nítida posición de inferioridad espiritual. Como resultado, en la segunda mitad del siglo XII, movimientos de herejía popular a gran escala barrieron Europa occidental por primera vez en su historia.

Las dos principales herejías del siglo XII fueron el catarismo y el valdismo. Los cátaros, cuya fortaleza se concentraba en el norte de Italia y el sur de Francia, creían que toda la materia había sido creada por un principio del mal y que la santidad requería prácticas ascéticas extremas. Algunos cátaros llegaban a sostener que había dos dioses, uno bueno y otro malo; que el mundo creado estaba en poder del dios malo, y que la gente espiritual debía intentar escapar de él. Tales enseñanzas estaban en pugna con el cristianismo, pero aun así la mayoría de los cátaros se creían cristianos. Las mujeres nobles del sur de Francia desempeñaron un papel crucial en la expansión del catarismo al cobijar a los predicadores itinerantes de la secta y convertir sus hogares a la nueva fe.

Más característico de la disensión religiosa del siglo XII fue el valdismo, movimiento que se originó en la ciudad francesa de Lyón y se propagó hacia el sur de Francia, el norte de Italia y Alemania. Los valdenses eran laicos que deseaban imitar la vida de Cristo y los apóstoles en su plenitud. Por tanto, traducían y estudiaban los Evangelios y llevaban una vida de pobreza y predicación. Como los primeros valdenses no atacaban ninguna doctrina católica, al principio la jerarquía eclesiástica no interfirió. De hecho, tal vez se los considerara un contramovimiento ante el catarismo. Pero el papado les prohibió predicar sin autorización y los condenó por herejía cuando se negaron a obedecer. En ese momento se hicieron más radicales y comenzaron a crear una Iglesia alternativa, que, según ellos, ofrecía la única vía para la salvación.

Cuando Inocencio III se convirtió en papa en 1198, se enfrentó con un serio desafío de las herejías proliferantes. Su respuesta doble fue decisiva y aciaga para el futuro de la Iglesia. Por una parte, resolvió aplastar toda desobediencia a la autoridad papal, pero, por otra, decidió apoyar a los grupos religiosos idealistas que estuvieran dispuestos a aceptar la obediencia. De este modo, la monarquía papal podía protegerse sin frustrar toda la espiritualidad dinámica dentro de la Iglesia.

Para acabar con el catarismo, Inocencio autorizó a los nobles del norte de Italia a lanzar una cruzada contra los nobles franceses del sur que habían permitido el florecimiento de la herejía dentro de sus territorios. La «cruzada albigense», como se conoce esta expedición, se convirtió pronto en una guerra de conquista que llevó a la desposesión de miles de terratenientes del sur a manos de los invasores del norte. Pero logró destruir buena parte de la infraestructura organizativa que había apoyado

al catarismo. El papado no se contentó con esta victoria y fomentó procesamientos inquisitoriales para erradicar a los herejes que quedaban. A partir de 1252 se permitió la tortura en esos juicios. A los herejes convictos se los sentenciaba a penas severas e incluso algunos fueron quemados en la hoguera. Se adoptaron procedimientos similares contra los valdenses, pero con menor éxito. A comienzos del siglo XIV se había acabado con el catarismo, pero hasta el siglo XVII sobrevivirían pequeños grupos de valdenses, sobre todo en las regiones montañosas de Suiza y el sur de Alemania.

Otro aspecto del programa de Inocencio fue dictar nuevas doctrinas religiosas que resaltaban la posición especial de los sacerdotes y la jerarquía eclesiástica. Así pues, en el IV Concilio Laterano de 1215 reafirmó la doctrina de que los sacramentos administrados por la Iglesia eran los medios indispensables para procurar la gracia de Dios y que nadie podía salvarse sin ellos. Los decretos del Concilio Laterano destacaron dos sacramentos: la eucaristía y la penitencia. Se definió formalmente la doctrina de la transustanciación. Se requirió a todos los católicos —y se les sigue requiriendo— que confesaran sus pecados a un sacerdote y luego recibieran la eucaristía al menos una vez al año. El concilio promulgó también otras definiciones doctrinales y medidas disciplinarias que se oponían a la herejía y afirmaban la dignidad singular del clero.

FRANCISCANOS Y DOMINICOS

Como ya se ha señalado, la otra cara de la política de Inocencio fue apoyar los movimientos idealistas obedientes dentro de la Iglesia. Los más importantes eran las nuevas órdenes de frailes, los dominicos y los franciscanos. Los frailes se parecían a los monjes en que hacían votos de seguir una regla, pero diferían mucho en su conducta práctica. Sobre todo, no se retiraban de la sociedad a monasterios, sino que imitaban la vida de Jesús y sus apóstoles, vagando por los pueblos y el campo en pequeños grupos, predicando y ofreciendo guía espiritual. También aceptaban la pobreza voluntaria y pedían para subsistir. En estos aspectos se asemejaban a los herejes valdenses, pero profesaban una obediencia inequívoca al papa y se proponían combatir la herejía.

La orden dominica, fundada por el español santo Domingo (1170-1221) y aprobada por Inocencio III en 1216, se dedicaba en particular a la lucha contra la herejía, así como a la conversión de judíos y musulmanes. Al principio los dominicos esperaban alcanzar estos fines mediante la predicación y el debate público, y por ello se orientaron a la preparación intelectual. Muchos miembros de la orden obtuvieron puestos de enseñanza en las incipientes universidades europeas y contribuyeron

mucho al desarrollo de la filosofía y la teología. El pensador más influyente del siglo XIII, santo Tomás de Aquino, fue un dominico que dedicó una de sus principales obras teológicas a la conversión de los «gentiles» (es decir, de todos los no cristianos). Los dominicos tuvieron siempre fama de instruidos, pero también llegaron a creer que la mejor forma de controlar a los herejes pertinaces eran los procedimientos legales. En consecuencia, se convirtieron en los principales administradores medievales de los juicios inquisitoriales.

En sus orígenes, la orden franciscana era totalmente diferente de la dominica, se caracterizaba menos por su compromiso con la doctrina y la disciplina, y más por un sentimiento de fervor emocional. Mientras santo Domingo y sus primeros seguidores eran sacerdotes ordenados autorizados a predicar por su cargo, el fundador de los franciscanos, el italiano san Francisco de Asís (1182-1226), era un seglar que al principio se comportó como un rebelde social y un hereje. Hijo de un rico comerciante, acabó sintiéndose insatisfecho con los valores materiales de su padre y determinó convertirse en siervo de los pobres. Regaló todas sus pertenencias, se despojó de sus ropas en público, se puso los andrajos de un mendigo y, sin aprobación oficial, comenzó a predicar la salvación en las plazas de los pueblos y a cuidar de los marginados en los rincones más lúgubres de las ciudades italianas. Imitaba rigurosamente la vida de Cristo y mostraba indiferencia por la doctrina, la forma y la ceremonia, salvo en la veneración al sacramento de la eucaristía. Pero sí deseaba obtener el respaldo del papa. Un día de 1209 apareció en Roma con un pequeño grupo de seguidores desharrapados para pedir que Inocencio III aprobara una «regla» primitiva que era poco más que un conjunto de preceptos evangélicos. Cualquier otro papa habría rechazado al seglar Francisco como anarquista religioso irremediamente quimérico, pero como estaba dispuesto a profesar obediencia, Inocencio tuvo la genialidad de aprobar su regla y concederle permiso para predicar. Con el apoyo papal, la orden franciscana se propagó y, aunque poco a poco se hizo más «civilizada» al conceder importancia a la estabilidad administrativa y la formación doctrinal de todos sus miembros, continuó especializándose en la predicación evangélica al aire libre y ofreciendo un modelo de «vida apostólica» dentro de un marco ortodoxo. De este modo, Inocencio III logró aprovechar una nueva fuerza vital que le ayudaría a mantener un sentimiento de entusiasmo religioso dentro de la Iglesia.

Hasta finales del siglo XIII los franciscanos y los dominicos trabajaron juntos con la monarquía papal en una relación de apoyo mutuo. Los papas ayudaron a los frailes a establecerse por Europa y a menudo les permitieron infringir los deberes de los párrocos. Por su parte, los frailes combatieron la herejía, ayudaron a predicar las cruzadas papales, realizaron una labor misionera activa y llevaron a cabo misiones especiales para los pontífices. Y sobre todo, mediante la fuerza de su ejemplo y la

predicación enérgica, ayudaron a mantener la intensidad religiosa durante el siglo XIII.

El éxito de los franciscanos y los dominicos en combatir el atractivo de los movimientos heréticos constituyó una gran victoria para la Iglesia, pero no bastó para que se sintiera segura de su dominio sobre los pueblos de Europa. Muy al contrario, pese a estos triunfos sobre los cátaros y los valdenses, los procesos inquisitoriales de la Iglesia prosiguieron, descubriendo herejes incluso donde no los había.

JUDÍOS Y CRISTIANOS

Asimismo, aumentó la preocupación de la Iglesia por la amenaza que creía que suponían los judíos para la fe de los cristianos, pese al hecho de que en 1300 la persecución y los impuestos explotadores ya habían conseguido que las comunidades judías fueran más pequeñas y débiles que en 1150. Aunque la Iglesia nunca aprobó de manera oficial las fantasías más desenfrenadas del antisemitismo popular, tampoco hizo mucho por combatirlas. Como resultado, en 1300 muchos cristianos corrientes habían llegado a creer que los judíos que vivían entre ellos eran nada menos que agentes de Satanás que se dedicaban a crucificar a niños cristianos, consumían sangre cristiana y profanaban el cuerpo de Cristo en la eucaristía. El fracaso de las campañas organizadas para convertir a los judíos al cristianismo se sumó a la impresión entre los cristianos de que había algo demoníaco en la continuada presencia judía en la sociedad cristiana. Los relatos fantasiosos sobre la riqueza de los judíos añadieron un elemento económico al desarrollo del antisemitismo en la sociedad europea, al igual que el hecho de que en Europa, durante buena parte del siglo XIII, muchos judíos se ganaban la vida como prestamistas.

A lo largo de todo el siglo XIII la Iglesia había colaborado con los reyes para imponer cada vez más restricciones a la vida judía. Sin embargo, desde finales de la década de 1280, los reyes empezaron a expulsar a sus súbditos judíos de sus reinos: en 1288, del sur de Italia; en 1290, de Inglaterra, y en 1306, de Francia. Hubo más expulsiones durante el siglo XIV en la Renania y en 1492 en España. En 1500 sólo Italia y Polonia seguían conservando poblaciones judías considerables, que sobrevivirían hasta el Holocausto nazi durante la Segunda Guerra Mundial.

La renovación intelectual medieval

Los principales logros intelectuales de la Alta Edad Media fueron de cuatro tipos relacionados pero diferentes: la expansión de la educación primaria y la literatura profana; el origen y la extensión de las universidades; la adquisición del saber clásico

y musulmán, y el desarrollo de nuevas ideas filosóficas y teológicas. Uno solo de estos logros habría bastado para que la Alta Edad Media ocupara un puesto señalado en la historia de la erudición occidental; tomados en su conjunto, marcan el inicio de una era en la historia intelectual de Europa que duraría hasta la revolución científica del siglo XVII.

EL CRECIMIENTO DE LAS ESCUELAS

Hacia el año 800 Carlomagno ordenó que se establecieran escuelas primarias en cada obispado y monasterio de su reino. Aunque resulta dudoso que su orden se cumpliera al pie de la letra, se fundaron muchas escuelas durante el período carolingio, aunque más adelante las invasiones vikingas pusieron en peligro su existencia. La educación primaria consiguió sobrevivir en algunos monasterios y catedrales, pero hasta alrededor de 1050 su extensión y calidad fueron escasas en el Occidente europeo. Sin embargo, a partir de entonces, hasta los contemporáneos mostraron su sorpresa por la rapidez con la que brotaban escuelas por toda Europa. Un monje francés escribió en 1115 que durante su infancia, en torno a 1075, había «tal escasez de maestros que casi no existía ninguno en los pueblos y apenas alguno en las ciudades», pero que en su madurez había «gran número de escuelas» y el estudio de la gramática «florecía por doquier». La renovación económica, el crecimiento de los pueblos y el surgimiento de gobiernos fuertes permitieron que los europeos se dedicaran a la educación básica como nunca antes.

El auge de la educación altomedieval fue más que un simple aumento de las escuelas, pues la naturaleza de éstas cambió, y a medida que pasó el tiempo, también lo hizo el programa de estudios y el alumnado. La primera mutación básica fue que los monasterios del siglo XII abandonaron la práctica de educar a externos. Antes los monasterios enseñaban a leer a unos cuantos alumnos privilegiados ajenos a la casa porque no había otras escuelas para ellos. Pero en el siglo XII ya existían suficientes alternativas. Los principales centros de educación europeos eran ahora las escuelas de las catedrales, situadas en las ciudades prósperas. La monarquía papal apoyó con vigor este cambio; en 1179 ordenó que todas las catedrales reservaran ingresos para un maestro de escuela, que entonces instruiría a todo el que lo deseara, rico o pobre, sin pagar matrícula. El papado estaba en lo cierto al creer que esta medida aumentaría el número de clérigos bien instruidos y administradores potenciales.

Al principio, las escuelas catedralicias existieron casi en exclusiva para la formación elemental de los sacerdotes, con un plan de estudios diseñado para enseñar sólo la alfabetización necesaria para llevar a cabo los oficios religiosos básicos de la iglesia. Pero poco después de 1100 el plan de estudios se amplió cuando el

crecimiento de los gobiernos eclesiásticos y seculares creó una demanda creciente de funcionarios instruidos que tenían que saber algo más que leer unas cuantas oraciones. Comenzó a inculcarse un conocimiento completo de la gramática y composición latinas, basado en el estudio de autores romanos clásicos como Cicerón y Virgilio. Algunas escuelas empezaron a centrarse también en el estudio de la filosofía, en particular la lógica, por lo que recurrieron de nuevo a autores clásicos como Aristóteles y Porfirio. Este nuevo interés por los textos literarios y filosóficos clásicos ha llevado a los estudiosos a referirse a este movimiento como el «Renacimiento del siglo XII».

Hasta 1200, aproximadamente, los alumnos que acudían a las escuelas urbanas, en su mayoría, continuaron siendo clérigos, pues incluso quienes esperaban convertirse en abogados o administradores y no en sacerdotes solían encontrar ventajoso tomar las órdenes eclesiásticas. Pero después entraron más pupilos que no formaban parte del clero ni pretendían hacerlo. Algunos eran los hijos de las clases superiores que comenzaban a considerar la alfabetización un distintivo de posición; otros eran futuros notarios (los hombres que redactaban documentos oficiales), funcionarios estatales o comerciantes que necesitaban conocimientos de letras y números para progresar en sus carreras. Lo común era que los últimos grupos no asistieran a las escuelas catedralicias sino a otras alternativas con orientación más práctica. Estas escuelas aumentaron con rapidez en el curso del siglo XIII y alcanzaron una independencia total del control eclesiástico. No sólo sus alumnos eran laicos, sino también, por regla general, sus profesores. A medida que pasó el tiempo, la instrucción dejó de impartirse en latín como había sido la norma hasta entonces y se ofreció en las lenguas vernáculas. No obstante, las escuelas continuaron siendo estrictamente masculinas. Algunas mujeres seculares obtuvieron una educación elevada, pero la recibían en casa, impartida por tutores privados.

El ascenso de la educación fue un avance de enorme importancia en la historia europea occidental. Cuando la Iglesia perdió el monopolio educativo, el aprendizaje se hizo más secular en orientación y objetivos. Los laicos podían seguir nuevas líneas de indagación no religiosas; de manera gradual, la cultura europea se volvió más independiente de la religión y del tradicionalismo asociado con ésta que ninguna otra cultura en el mundo. El crecimiento de las escuelas llevó asimismo a un enorme aumento de la alfabetización entre los laicos. En 1340, cerca del 40 por ciento de la población florentina sabía leer; a finales del siglo XV, en torno al 40 por ciento de la población total de Inglaterra también estaba alfabetizada. (Estas cifras incluyen a las mujeres, a quienes por lo general enseñaban a leer, en el hogar y no en las escuelas, tutores pagados o miembros femeninos de la familia.) Cuando consideramos que hacia 1050 la alfabetización estaba casi por completo limitada al clero y que los alfabetizados comprendían menos del 1 por ciento de la población de Europa

occidental, podemos apreciar que había ocurrido una revolución impresionante. Sin ella habrían resultado inconcebibles muchos otros logros europeos.

EL ASCENSO DE LAS UNIVERSIDADES

El surgimiento de las universidades formó parte del mismo auge altomedieval de la educación. En su origen fueron instituciones que ofrecían instrucción en estudios avanzados que no podían seguirse en las escuelas catedralicias medias: las artes liberales avanzadas y los estudios profesionales de derecho, medicina y teología. La primera universidad italiana fue la de Bolonia, institución que cobró forma durante el curso del siglo XII. Aunque en ella se enseñaban artes liberales, su mayor prominencia desde sus orígenes en el siglo XII hasta el final de la Edad Media fue como centro principal de Europa para el estudio del derecho. Al norte de los Alpes, la primera y más prestigiosa universidad fue la de París, que comenzó como escuela catedralicia, al igual que muchas otras, pero que en el siglo XII se convirtió en un centro reconocido de la vida intelectual del norte. Una razón para ello fue que los estudiosos encontraban allí las condiciones necesarias de paz y estabilidad que proporcionaba el reino francés cada vez más poderoso; otra, que abundaba el alimento porque la zona era rica en producción agrícola; la tercera fue que la escuela catedralicia de París en la primera mitad del siglo XII se enorgullecía de contar con el profesor más carismático y polémico de la época, Pedro Abelardo (1079-1142). Abelardo atraía grandes cantidades de alumnos de todas partes de Europa. Según un relato apócrifo de la época, era un profesor tan interesante que cuando le prohibieron enseñar en tierras francesas por su posturas polémicas, se subió a un árbol y sus alumnos se congregaron debajo para escuchar su conferencia; cuando le prohibieron enseñar desde el aire, comenzó a dar clase desde una barca y los alumnos acudieron en masa a las orillas a escucharlo. Como resultado de su fama, otros muchos profesores se asentaron en París y comenzaron a ofrecer una instrucción mucho más avanzada y variada que la impartida en otras escuelas catedralicias francesas. En 1200 la escuela de París ya se estaba convirtiendo en una universidad que se especializó en artes liberales y teología. Por aquel entonces, Inocencio III, que había estudiado en París, llamó a la escuela «el horno que cuece el pan para el mundo entero».

Hay que destacar que la institución de la universidad fue realmente una invención medieval. El término «universidad» significaba corporación o gremio. Todas las universidades medievales eran corporaciones de profesores o estudiantes, organizadas como los restantes gremios para proteger sus intereses y derechos. Pero poco a poco la palabra «universidad» cobró el sentido de institución educativa con una escuela de artes liberales y una o más facultades de derecho, medicina y teología. Bolonia y

París se establecieron antes de 1200. Durante el siglo XIII se fundaron o se concedió un reconocimiento formal a instituciones tan famosas como Oxford, Cambridge, Montpellier, Salamanca y Nápoles.

Había dos modelos diferentes a los que se ajustaban todas las universidades de la Europa medieval. En Italia, España y el sur de Francia, se seguía en general el modelo de la Universidad de Bolonia, en el que los mismos alumnos constituían la corporación. Contrataban a los profesores, pagaban sus sueldos y los multaban o despedían por descuidar sus deberes o impartir una instrucción deficiente. Las universidades del norte de Europa seguían el modelo de París, que no era un gremio de estudiantes, sino de profesores. Incluían cuatro facultades —artes, teología, derecho y medicina—, encabezada cada una por un decano. En la gran mayoría de las universidades del norte, las artes y la teología eran las ramas principales de estudio. Antes del término del siglo XIII, se establecieron colegios separados dentro de la Universidad de París. El colegio original no era más que una casa dotada de fondos para alumnos pobres, pero acabaron convirtiéndose en centros de instrucción además de residencias. Aunque la mayoría de los colegios de este tipo ha desaparecido de Europa, las universidades de Oxford y Cambridge aún conservan el modelo de organización federal copiado de París. Los colegios que las componen son unidades educativas semiindependientes.

La mayor parte de nuestras titulaciones modernas, así como nuestra organización universitaria, se deriva del sistema medieval, pero los programas de estudio han sufrido una enorme alteración. Ningún plan de la Edad Media incluía historia ni nada parecido a las ciencias sociales modernas. Se asumía que el alumno medieval dominaba la gramática latina antes de entrar en la universidad, pues la aprendía en las escuelas primarias o «gramáticas». Después de la admisión —limitada a alumnos masculinos—, se le requería que pasara unos cuatro años estudiando las artes liberales básicas, lo que significaba efectuar una labor avanzada en gramática y retórica latinas, así como dominar las reglas de la lógica. Si aprobaba los exámenes, recibía el título preliminar de *baccalaureus artium* (bachiller en artes), que no le confería una distinción fuera de lo común. Para asumir un lugar en la vida profesional tenía que dedicar entonces años adicionales a la consecución de un título superior, como el de *magister artium* (maestro en artes) o doctor en derecho, medicina o teología. Esto se conseguía leyendo y comentando obras antiguas reglamentarias como las de Euclides y, en especial, Aristóteles. Los requisitos para obtener los grados de doctor incluían una formación más especializada. Los necesarios para el doctorado en teología eran particularmente arduos: a finales de la Edad Media, el curso de doctorado en teología de la Universidad de París se había extendido a doce o trece años después de los cerca de ocho años que suponía obtener el grado de maestro. En sentido estricto, los títulos de doctor, incluido el de medicina, sólo

conferían el derecho a enseñar, pero en la práctica las titulaciones universitarias de todos los grados obtenían un reconocimiento oficial y abrían el camino para hacer carrera fuera del mundo académico.

La vida estudiantil en las universidades medievales solía ser agitada. Muchos alumnos eran muy inmaduros, porque los estudios universitarios se solían comenzar entre los doce y los quince años. Además, todos los estudiantes universitarios creían que constituían una comunidad independiente y privilegiada, separada de la que formaban los ciudadanos de la localidad. Como los últimos intentaban obtener beneficios financieros de los estudiantes y éstos eran escandalosos por naturaleza, los alborotos y a veces las batallas campales eran frecuentes entre ambos. Pero el estudio era muy intenso. Como se hacía hincapié en el valor de la autoridad y además los libros eran prohibitivamente caros (estaban escritos a mano y sobre pergamino), el trabajo de memorización era enorme. A medida que los alumnos avanzaban en sus disciplinas, también se esperaba que desarrollaran sus destrezas en debates públicos formales, que podían llegar a ser extremadamente complejos y abstractos, e incluso durar varios días. Con todo, el dato más importante sobre los estudiantes universitarios medievales es que, desde aproximadamente 1250, fueron muchos. En el siglo XIII la Universidad de París contaba con unos siete mil alumnos, y Oxford, con unos dos mil, lo que significaba que una proporción apreciable de hombres europeos que eran más que campesinos o artesanos estaban obteniendo cierta educación en los grados más elevados.

LA RECUPERACIÓN DEL SABER CLÁSICO

La calidad de la enseñanza aumentó enormemente, al igual que el número de alumnos, debido sobre todo a la recuperación del conocimiento griego y a la asimilación de los adelantos intelectuales efectuados por los musulmanes. Como casi ningún europeo occidental sabía griego ni árabe, las obras escritas en dichas lenguas tenían que transmitirse mediante traducciones al latín, pero había pocas antes de 1140: de las muchas obras de Aristóteles, sólo se disponía de la traducción latina de unos cuantos tratados sobre lógica antes de mediados del siglo XII. Sin embargo, una explosión repentina de actividad traductora hizo accesible para los europeos occidentales casi todo el saber científico griego antiguo y árabe. Esta actividad ocurrió en España y Sicilia porque allí los cristianos vivían en estrecha proximidad con gente de lengua árabe y judíos que sabían latín y árabe, y ambos podían ayudarlos en su tarea. El resultado fue que hacia 1260 ya se disponía en latín del corpus aristotélico prácticamente completo que se conoce hoy día, así como de las obras básicas de pensadores científicos griegos tan importantes como Euclides,

Galeno y Tolomeo. Aún no se conocían en Europa las obras de Platón, así como las de los poetas y dramaturgos griegos; en su mayoría, continuaron constituyendo la reserva cultural celosamente guardada de Bizancio. Pero además del pensamiento de los griegos, los eruditos occidentales llegaron a conocer los logros de los principales filósofos y científicos islámicos como Avicena y Averroes.

Una vez adquirido lo mejor del pensamiento científico y especulativo griego y árabe, Occidente fue capaz de realizar sus propios avances sobre esa base. Este progreso llegó por vías diferentes. En ciencias naturales, los occidentales pudieron progresar sin mucha dificultad en este nuevo saber porque rara vez entraba en pugna con los principios del cristianismo. Uno de los científicos más avanzados del siglo XIII fue el inglés Robert Grosseteste (c. 1168-1253), quien dominaba hasta tal punto el griego que tradujo toda la *Ética* de Aristóteles. También realizó avances considerables en matemática, astronomía y óptica. Formuló una elaborada explicación científica del arco iris y planteó el uso de lentes de aumento. Su principal discípulo fue Roger Bacon (c. 1214-1294), quien hoy es más famoso que su maestro porque parece que predijo los automóviles y las máquinas voladoras. En realidad, Bacon no tenía un interés real por la maquinaria, pero sí continuó la labor de Grosseteste en óptica al analizar, por ejemplo, otras propiedades de las lentes, la velocidad de la luz y la naturaleza de la visión humana. Grosseteste, Bacon y algunos de sus discípulos de la Universidad de Oxford sostenían que el conocimiento natural era más seguro cuando se basaba en el testimonio sensorial que cuando descansaba en la razón abstracta. En este sentido, cabe considerarlos los primeros precursores de la ciencia moderna, si bien hay que establecer la salvedad importante de que no realizaron ningún experimento de laboratorio real.

EL ESCOLASTICISMO

El encuentro altomedieval entre la filosofía griega y árabe con la fe cristiana es básicamente el relato del surgimiento del escolasticismo. Esta palabra puede definirse de muchos modos. En su origen, escolasticismo significaba solamente el método de enseñanza y aprendizaje seguido en las escuelas medievales: sistemático en extremo, además de muy respetuoso con la autoridad. No obstante, no sólo era un método de estudio, sino también una visión del mundo. Como tal, enseñaba que había una compatibilidad fundamental entre el saber que los humanos podían alcanzar de forma natural —esto es, por la experiencia o la razón— y las enseñanzas impartidas por la revelación divina. Puesto que los eruditos medievales creían que los griegos eran los maestros del conocimiento natural y que la revelación se hallaba en la Biblia, el escolasticismo, por consiguiente, era la teoría y la práctica de conciliar la filosofía

clásica con la fe cristiana.

Pedro Abelardo

Uno de los pensadores más importantes que allanaron el camino para el escolasticismo sin ser todavía un escolástico pleno fue el tempestuoso Pedro Abelardo, que vivió en París y sus alrededores en la primera mitad del siglo XII. Probablemente fue el primer europeo occidental que se propuso a sabiendas forjarse una carrera como intelectual (y no limitarse a ser un clérigo que de paso enseñaba, o un maestro de escuela que no tenía la meta de ampliar el conocimiento), y además era tan versado en la lógica que incluso de estudiante eclipsó con facilidad a los expertos de su época que tuvieron la mala suerte de ser sus maestros. Tal vez otros se habrían mostrado discretos acerca de su superioridad, pero Abelardo se vanagloriaba de humillar sin ambages a sus mayores en el debate público, con lo que se ganó muchos enemigos. Para complicar más las cosas, en 1118 sedujo a una brillante joven, Eloísa, a quien daba clases particulares. Cuando Eloísa se quedó embarazada, Abelardo, en contra de los deseos de la joven, se casó con ella, pero ambos decidieron mantener el matrimonio en secreto por el bien de su carrera. Este hecho encolerizó al tío de Eloísa, porque pensó que Abelardo planeaba abandonarla y vengó el honor familiar haciendo que lo castraran. Después de buscar refugio como monje, Abelardo presencié en seguida cómo sus enemigos lograban su primera condena por herejía. Todavía incansable y pendenciero, no encontró solaz en el monacato y después de pelearse y romper con los monjes de dos comunidades diferentes, regresó a la vida mundana y trabajó como maestro en París aproximadamente de 1132 a 1141, años que constituyeron la cima de su carrera. Pero en 1141 volvieron a acusarlo de herejía, esta vez debido al influyente san Bernardo, y un consejo eclesiástico lo condenó. No mucho después el perseguido pensador abjuró y en 1142 murió en el retiro.

Abelardo relató muchos de estos juicios en una carta llamada *Historia de mis calamidades*, una de las primeras autobiografías escritas en Occidente desde las *Confesiones* de san Agustín. En la primera lectura esta obra resulta atípicamente moderna porque el autor parece desafiar la virtud cristiana medieval de la humildad vanagloriándose de manera constante. Pero Abelardo no escribió de sus calamidades para alardear, sino que su intención principal era moralizar acerca de cómo le habían castigado con justeza por su «lujuria» mediante la pérdida de aquellas partes que habían «pecado» y por su orgullo quemando sus escritos tras la primera condena. Puesto que Abelardo instaba al examen de conciencia intenso y al análisis de los motivos humanos en un tratado ético titulado *Conócete a ti mismo*, lo más acertado parece concluir que nunca pretendió recomendar el egotismo, sino que fue uno de los varios pensadores prominentes del siglo XII (entre los que irónicamente se incluye su

enemigo mortal san Bernardo) que pretendió hacer inventario de la personalidad humana valiéndose de la introspección personal.

Las mayores contribuciones de Abelardo al desarrollo del escolasticismo las realizó en *Sic et non* (*Si y no*) y en varias obras teológicas originales. En la primera preparó el camino para el método escolástico reuniendo un grupo de declaraciones de los padres de la Iglesia que hablaban en sentidos contradictorios de ciento cincuenta cuestiones teológicas. Se llegó a pensar que Abelardo lo había hecho para poner en un brete a la autoridad, pero no era así: lo que pretendía era iniciar un proceso de estudio meticuloso por el cual pudiera demostrarse que la Biblia era infalible y que las restantes autoridades, pese a todas las apariencias de lo contrario, estaban de acuerdo. Los escolásticos posteriores seguirían su método de estudiar la teología planteando preguntas fundamentales y reuniendo las respuestas ofrecidas en los textos autorizados. Abelardo no proponía ninguna solución propia en *Sic et non*, pero sí comenzó a hacerlo en sus escritos teológicos originales, en los que propugnaba tratar la teología como una ciencia, estudiándola del modo más completo posible y aplicándole las herramientas de la lógica, en la que era un maestro. Ni siquiera se amilanó al aplicar la lógica al misterio de la Trinidad, por uno de cuyos excesos fue condenado. Pedro Abelardo fue uno de los primeros en intentar armonizar la religión con el racionalismo, postura en la que fue un precursor del punto de vista escolástico.

El triunfo del escolasticismo

Inmediatamente después de la muerte de Abelardo, otros dos acontecimientos prepararon el camino para que el escolasticismo llegara a su madurez. Uno fue la aparición de *El libro de las sentencias* entre 1155 y 1157, escrito por el alumno de Abelardo Pedro Lombardo, y en el que se suscitaban todas las cuestiones teológicas fundamentales en riguroso orden consecutivo, se aportaban respuestas de la Biblia y las autoridades cristianas en sentidos contradictorios para cada una y luego se proponían juicios sobre cada caso. En el siglo XIII la obra de Pedro Lombardo ya se había convertido en un texto reglamentario. Una vez que se establecieron escuelas formales de teología en las universidades, se requirió a todos los aspirantes al doctorado que la estudiaran y comentaran; no resulta sorprendente que los teólogos también siguieran sus procedimientos organizativos en sus escritos. Así nació el método escolástico pleno.

El otro paso básico en el desarrollo del escolasticismo fue la recuperación de la filosofía clásica que tuvo lugar hacia 1140. Es probable que Abelardo se hubiera inspirado de muy buena gana en el pensamiento de los griegos, pero no fue posible porque había muy pocas obras traducidas. Sin embargo, los teólogos posteriores sí pudieron sacar buen provecho del saber griego y, sobre todo, de las obras de

Aristóteles y sus comentaristas árabes. Hacia 1250 la autoridad de Aristóteles en materias puramente filosóficas era tan grande que se hacía referencia a él como «el Filósofo». En consecuencia, los escolásticos de mediados del siglo XIII se adhirieron al método organizativo de Lombardo, pero tomaron en consideración a las autoridades filosóficas griegas y árabes, junto con las puramente teológicas cristianas. Al hacerlo, intentaron construir sistemas de entendimiento que armonizaran al máximo los ámbitos antes separados de la fe y el conocimiento natural.

Los escritos de santo Tomás de Aquino

Los mayores logros con creces en esta empresa los realizó santo Tomás de Aquino (1225-1274), el principal teólogo escolástico de la Universidad de París. Como miembro de la orden dominica, estaba comprometido con el principio de que la fe podía defenderse mediante la razón. Más importante, creía que el conocimiento natural y el estudio del universo creado eran modos legítimos de plantearse la sabiduría teológica porque la «naturaleza» complementa a la «gracia». Quería decir que, puesto que Dios había creado el mundo natural, cabía abordar la existencia de Dios a través de los atributos del mundo, por mucho que la certeza suprema acerca de las verdades más elevadas sólo pueda obtenerse mediante la revelación sobrenatural de la Biblia. Imbuido de una profunda confianza en el valor de la razón y experiencia humanas, así como de su capacidad para armonizar la filosofía griega con la teología cristiana, Tomás fue el más sereno de los santos. En una larga carrera de enseñanza en la Universidad de París y otras partes, se permitió pocas polémicas y trabajó pausadamente en sus dos grandes síntesis de teología: la *Summa contra gentiles* (*Suma contra los gentiles*) y la mucho más amplia *Summa theologiae* (*Suma teológica*), en las que esperaba asentar la fe sobre los cimientos más firmes.

Las vastas síntesis de santo Tomás causan impresión por su orden riguroso y su agudeza intelectual. Admite en ellas que hay ciertos «misterios de la fe», como las doctrinas de la Trinidad y la encarnación de Dios en Cristo, que no pueden abordarse por el intelecto humano sin ayuda; por lo demás, somete todas las cuestiones teológicas a la indagación filosófica. Para ello, recurrió abundantemente a la obra de Aristóteles, pero no fue en absoluto un «Aristóteles bautizado», sino que subordinó por completo el aristotelismo a los principios cristianos básicos, con lo que creó así su propio sistema filosófico y teológico original. Los estudiosos discrepan acerca de en qué medida diverge este sistema del pensamiento cristiano anterior de san Agustín, pero parece haber pocas dudas en el hecho de que Tomás de Aquino otorgó un valor más elevado a la razón humana, la vida humana en este mundo y las facultades humanas para participar en su salvación. Fue canonizado poco después de su muerte, pues sus logros intelectuales parecían milagros. Su influencia pervive en la actualidad

en la medida en que ayudó a inspirar confianza en el racionalismo y la experiencia humana. De forma más directa, se supone que en la Iglesia católica y romana moderna se enseña la filosofía con arreglo al método, doctrina y principios tomistas.

La cumbre del pensamiento medieval occidental

Con los logros de santo Tomás de Aquino a mediados del siglo XIII, el pensamiento medieval occidental alcanzó su cima. No fue una coincidencia que otros aspectos de la civilización medieval llegaran a su punto culminante en el mismo momento. Francia disfrutaba de su período más propicio de paz y prosperidad bajo el reinado de (san) Luis IX, la Universidad de París definía sus formas organizativas básicas y se estaban construyendo las mayores catedrales góticas. Por estos resultados, algunos admiradores ardientes de la cultura medieval se han decidido a llamar al siglo XIII «el mayor de los siglos». Por supuesto, esta valoración es subjetiva y muchos aducirían que la vida seguía siendo demasiado dura y las exigencias de la ortodoxia religiosa demasiado restrictivas para justificar esta celebración extrema del pasado perdido. Dejando a un lado nuestros juicios personales, parece acertado poner fin a este apartado corrigiendo algunas falsas impresiones sobre la vida intelectual medieval.

Se especula con frecuencia que los pensadores medievales eran excesivamente conservadores, pero en realidad los mejores de la Alta Edad Media se mostraron muy receptivos hacia las nuevas ideas. Como cristianos comprometidos no podían permitir que se arrojaran dudas sobre los principios de la fe, pero, por lo demás, estaban dispuestos a incorporar lo más posible de los griegos y árabes. Considerando que el pensamiento aristotélico difería radicalmente de todo lo aceptado con anterioridad en su énfasis en el racionalismo y la bondad y sentido fundamentales de la naturaleza, su rápida aceptación por parte de los escolásticos constituyó una revolución filosófica. Otra falsa impresión es que los pensadores escolásticos estaban muy constreñidos por la autoridad. Sin duda, la veneraban más de lo que lo hacemos hoy, pero escolásticos como santo Tomás no consideraban que la mera cita de textos —salvo la revelación bíblica concerniente a los misterios de la fe— fuera suficiente para resolver una discusión. Las autoridades se aportaban para esbozar las posibilidades, pero luego eran la razón y la experiencia las que demostraban la verdad. Por último, se suele creer que los pensadores escolásticos eran «antihumanistas», pero los estudiosos modernos están llegando a la conclusión contraria. Sin lugar a dudas, los escolásticos otorgaban primacía al alma sobre el cuerpo y a la salvación en el más allá sobre la vida terrenal, pero también exaltaban la dignidad de la naturaleza humana porque la consideraban una gloriosa creación divina y creían en la posibilidad de que existiera una alianza de trabajo entre ellos y Dios. Es más, tenían una fe extraordinaria en las facultades de la razón humana, probablemente más de la que tenemos hoy.

El florecimiento de la literatura, el arte y la música

La literatura de la Alta Edad Media fue variada, vivaz e impresionante. La recuperación de los estudios gramaticales en las escuelas catedráticas y universidades llevó a la producción de una excelente poesía latina. Los mejores ejemplos fueron letras de canciones profanas, sobre todo las escritas en el siglo XII por un grupo de poetas conocidos como los goliardos. No se sabe con certeza de dónde proviene su nombre, pero es probable que signifique «gente del demonio», lo que resultaría apropiado, porque los goliardos eran poetas pendencieros que escribían parodias de la liturgia y burlas de los evangelios. Su lírica celebraba la belleza del cambio de estaciones, la vida despreocupada del camino, los placeres de la bebida y la diversión, y, sobre todo, los goces del amor. Los autores de estas canciones alegres y satíricas eran en su mayor parte estudiantes vagabundos, aunque algunos eran hombres de edad más avanzada. Los nombres de la mayoría son desconocidos. Su poesía es notable tanto por su gran vitalidad como por su claro rechazo del ascetismo cristiano.

LITERATURA VERNÁCULA

Además del latín, las lenguas vernáculas francesa, alemana, española e italiana fueron cobrando popularidad como medios de expresión literaria. Al principio, la mayoría de la literatura en lenguas vernáculas estaba escrita en forma de poemas épicos heroicos. Entre los principales ejemplos se hallaban *El cantar de Roldán* francés, las Eddas y sagas nórdicas, *El cantar de los Nibelungos* alemán y *El cantar de mió Cid* español. La mayoría de estas obras se compusieron entre 1050 y 1150, si bien algunas (como *El cantar de mió Cid* y las sagas nórdicas) no se escribieron hasta el siglo XIII. Estos poemas épicos presentaban una sociedad guerrera viril pero poco refinada. La sangre fluía en abundancia, se partían cráneos con hachas de batalla, y la guerra heroica, el honor y la lealtad eran los temas principales. Si llegaba a mencionarse a las mujeres, aparecían subordinadas a los hombres. Se esperaba que las novias murieran por sus amados, pero los maridos eran libres de pegar a sus esposas. En un poema épico francés, una reina que intentaba influir en su esposo se encontró con un puñetazo en la nariz; aunque le manaba sangre, replicó: «Muchas gracias, cuando te plazca, puedes hacerlo de nuevo». Estos pasajes nos resultan repugnantes, pero los mejores poemas épicos en lenguas vernáculas poseen una gran fuerza literaria a pesar de su orientación implacablemente masculina.

La poesía trovadoresca y los romances cortesanos

En Francia, en el siglo XII, los poetas trovadores y los escritores de romances cortesianos introdujeron un enorme cambio en temas y estilo si se los compara con los poemas épicos. Se discute el origen de su inspiración, pero no cabe duda de que iniciaron un movimiento de gran importancia para toda la literatura occidental posterior. Su estilo era mucho más elaborado que el de los poetas épicos y sus letras líricas más elocuentes, que estaban pensadas para ser cantadas con música, originaron el tema del amor cortés. Los trovadores idealizaron a las mujeres como seres maravillosos que podían conceder intensa gratificación espiritual y sensual. Pero como las mujeres que decidían amar solían ser las esposas de señores poderosos, escribían con mayor frecuencia de añoranza que de satisfacción romántica.

Además de sus letras líricas de amor, los trovadores escribieron otros tipos de poemas breves. Algunos eran muy subidos de tono y no se mencionaba el amor, sino que el poeta revela pensamientos de carnalidad comparando, por ejemplo, montar su caballo con «montar» a su amante. Otros poemas de los trovadores tratan de hazañas marciales o comentan acontecimientos políticos contemporáneos; unos pocos incluso meditan sobre asuntos religiosos. Pero prescindiendo del tema que aborden, los mejores poemas de los trovadores eran siempre ingeniosos e innovadores. La tradición literaria iniciada por los *troubadours* del sur de Francia la continuaron los *trouvères* del norte y los *Minnesinger* de Alemania. A partir de entonces muchas de sus innovaciones las desarrollaron poetas líricos posteriores en todas las lenguas occidentales. Algunos de sus recursos poéticos los revivieron conscientemente en el siglo XX modernistas literarios como Ezra Pound.

Una innovación francesa del siglo XII de igual importancia fue la composición de poemas narrativos más extensos conocidos como romances, así llamados porque estaban escritos en lengua vernácula, romance (es decir, derivada del latín). Los romances contaban relatos atractivos; solían recrearse en retratar a los personajes y su tema central era por lo general el amor y las aventuras. Algunos romances elaboraban temas griegos, pero los más famosos y mejores eran «artúricos», narraban las hazañas legendarias del heroico rey británico Arturo y sus numerosos caballeros. El primer gran escritor de romances artúricos fue el francés septentrional Chrétien de Troyes, entre los años 1165 y 1190. Chrétien ayudó a crear y moldear la nueva forma, además de introducir innovaciones en el tema central y las actitudes. Mientras los trovadores exaltaban el amor extramarital, Chrétien fue el primero que sostuvo el ideal del amor romántico dentro del matrimonio. Describió no sólo las hazañas de sus personajes, sino también sus pensamientos y emociones.

Una generación después, su obra la continuaron los grandes poetas alemanes Wolfram von Eschenbach y Gottfried von Strassburg, reconocidos como los mejores escritores en lengua alemana antes del siglo XVIII. El *Parsifal*, un relato de amor y de búsqueda del Santo Grial, es más sutil, complejo y de perspectiva más amplia que las

restantes obras medievales, salvo la *Divina comedia* de Dante. Al igual que Chrétien, Wolfram creía que el amor verdadero sólo podía alcanzar su plenitud en el matrimonio, y en *Parsifal*, por primera vez en la literatura occidental desde los griegos, se puede ver el desarrollo psicológico completo del héroe. El *Tristán* de Gottfried von Strassburg es una obra más sombría que cuenta el amor trágico y adúltero entre Tristán e Isolda. De hecho, casi cabría considerarla el prototipo del romanticismo trágico moderno. A diferencia de los trovadores, sólo podía ver la realización plena del amor en la muerte. *Parsifal* y *Tristán* han cobrado mayor fama en la actualidad debido a las nuevas concepciones operísticas que les otorgó el compositor alemán del siglo XIX Richard Wagner.

No todas las narrativas altomedievales eran tan elevadas como los romances en cuanto a forma o contenido. Una nueva creación muy diferente fue el *fabliaux* o fábula en verso. Aunque se derivaban de los cuentos morales de animales escritos por Esopo, en seguida evolucionaron a relatos cortos que se escribían menos para edificar o instruir que para divertir. Con frecuencia eran muy groseras y a veces abordaban relaciones sexuales de modo humorístico y nada romántico. Muchas eran también fuertemente anticlericales, convertían a los monjes y sacerdotes en el blanco de sus burlas. Resultan significativas como expresiones de la creciente mundanería y como primeras manifestaciones del enérgico realismo que más adelante iban a perfeccionar Boccaccio y Chaucer.

La Divina comedia

La *Divina comedia* constituye una categoría por sí sola como la obra más grande de la literatura medieval. Su autor, Dante Alighieri (1265-1321), participó durante la primera parte de su carrera en los asuntos políticos de su ciudad natal de Florencia y permaneció durante toda su vida muy conectado con esta ciudad. A pesar de su actividad política y del hecho de que era seglar, logró alcanzar un asombroso dominio del saber religioso, filosófico y literario de su época. No sólo conocía la Biblia y a los padres de la Iglesia, sino que también —muy poco usual en un laico— se empapó de la teología escolástica más reciente. Además, era buen conocedor de Virgilio, Cicerón, Boecio y otros escritores clásicos; asimismo, estaba al tanto de los poemas de los trovadores y de la poesía italiana de su época. En 1301 fue expulsado de Florencia tras una convulsión política y obligado a vivir el resto de su vida en el exilio.

La *Divina comedia*, su obra principal, la escribió durante este período final. Se trata de una narración monumental en brioso verso rimado italiano que describe el viaje del poeta por el infierno, el purgatorio y el paraíso. Al comienzo, Dante habla de que se encuentra en un «bosque oscuro», metáfora que emplea para la profunda

crisis personal de la madurez en la que había vagado lejos de la fe cristiana. De este bosque de desesperación le saca el poeta romano Virgilio, quien representa la cumbre de la razón y la filosofía clásicas. Virgilio le guía en un viaje por el infierno y el purgatorio; luego, la amada muerta de Dante, Beatriz, que simboliza la sabiduría y la bienaventuranza cristianas, le acoge y guía por el paraíso. En el transcurso de esta marcha del infierno al cielo, Dante se topa con personajes históricos y contemporáneos suyos, que explican por qué se encontraron con sus diversos destinos. A medida que se desarrolla el poema, aumenta la sabiduría y el entendimiento de Dante, hasta que al final regresa a su fe cristiana perdida con nueva confianza y certidumbre.

Cada lector descubre una combinación diferente de admiración y satisfacción en la magnífica obra de Dante. Algunos —sobre todo los que saben italiano— se maravillan por la energía y el ingenio de la lengua y las imágenes. A otros les sobrecoge su sutil complejidad y simetría poética, su amplio saber o la vitalidad de sus personajes y relatos individuales; y a otros más, su imaginación desmesurada. El historiador encuentra particularmente notable que Dante fuera capaz de compendiar lo mejor del saber medieval de un modo artístico tan cabal, destacando la prioridad de la salvación, pero considerando que la tierra existe para el beneficio de la humanidad. Dante concedía que los seres humanos disponían de libre albedrío para elegir entre el bien y el mal, y aceptaba la autoridad de la filosofía griega dentro de su propia esfera; por ejemplo, llamaba a Aristóteles «el maestro de aquellos que saben». Sobre todo, su sentido de la esperanza y su fe suprema en la humanidad —notable en un exiliado derrotado— expresan con la mayor fuerza el talante dominante de la Alta Edad Media y convierten a Dante en uno de los dos o tres escritores más conmovedoramente optimistas que han existido.

ARTE Y ARQUITECTURA

Los equivalentes arquitectónicos más cercanos a la *Divina comedia* son las grandes catedrales góticas altomedievales, pues también muestran como cualidades una amplia perspectiva, equilibrio entre el detalle intrincado y la simetría cuidadosa, altura desmesurada y grandeza religiosa optimista. Pero antes de abordar el estilo gótico, es mejor presentarlo valiéndonos de su predecesor altomedieval, el estilo arquitectónico conocido como románico. Este estilo tuvo su origen en el siglo X, pero alcanzó la plenitud en el siglo XI y la primera mitad del XII, cuando el movimiento de reforma religiosa propició la construcción de muchos monasterios nuevos y grandes iglesias. El estilo románico pretendía manifestar la grandeza de Dios en piedra, subordinando rigurosamente todos los detalles arquitectónicos a un sistema uniforme.

Los rasgos esenciales del románico eran el arco redondo, muros macizos de piedra, pilares enormes, ventanas pequeñas y el predominio de líneas horizontales. Juntos, estos rasgos dotaban al románico de una sensación de estabilidad y permanencia. Los interiores eran sencillos, pero a veces había mosaicos o frescos de colores brillantes y —una innovación muy importante para el arte cristiano— decoración escultórica tanto dentro como fuera. Por primera vez aparecieron en la fachada figuras humanas de cuerpo entero, que por lo general están serias y son mucho más alargadas de las dimensiones naturales, pero poseen una gran fuerza evocadora y representan la primera manifestación de un interés renovado por la escultura de la forma humana.

En el curso de los siglos XII y XIII el estilo gótico sustituyó al románico en la mayor parte de Europa. Aunque los historiadores del arte entendidos pueden ver que ciertos rasgos de un estilo llevaron al desarrollo del otro, la apariencia de ambos es completamente diferente. En realidad, resultan tan distintos como la épica del romance, analogía apropiada porque el estilo gótico surgió en Francia a mediados del siglo XII, justo cuando lo hizo el romance, y porque era mucho más elaborado, refinado y elegante que su predecesor, lo mismo que cabe afirmar del romance si se compara con los poemas épicos.

La arquitectura gótica fue uno de los estilos de edificación más intrincados. Sus elementos básicos eran el arco apuntado, la bóveda de crucería y el arbotante. Estos componentes hicieron posible una construcción mucho más ligera y elevada de la que se podría haber logrado con el arco redondo y el pilar parcialmente empotrado del románico. En realidad, cabría describir la catedral gótica como una estructura esquelética de piedra circundada por enormes ventanas. Entre los restantes rasgos se incluían elevadas agujas, rosetones, delicada tracería en piedra, elaboradas fachadas esculpidas, columnas múltiples y el uso más frecuente de gárgolas o representaciones de monstruos míticos como elementos decorativos. En general, la ornamentación se concentraba en el exterior, pero el interior de una catedral gótica no era jamás lúgubre ni tenebroso. Los vitrales no servían para excluir la luz, sino para ensalzarla, para captar los rayos de sol y bañarlos con una riqueza y variedad de colores que difícilmente podría reproducir la naturaleza ni en sus mejores condiciones.

Mucha gente sigue pensando que la catedral gótica es la expresión pura de la espiritualidad ascética, pero esta valoración es errónea. Sin duda, todas las iglesias se dedican a la gloria de Dios y a la esperanza de la vida eterna, pero las góticas incluían a veces escenas de la vida cotidiana que no tenían ningún significado religioso manifiesto. Más importante, las esculturas religiosas de figuras como Jesús, la Virgen y los santos se estaban volviendo mucho más naturalistas que ninguna de las creadas hasta entonces en el Occidente medieval. Lo mismo cabe afirmar de la representación escultórica de la vida vegetal y animal, que alcanzó niveles extraordinarios de precisión botánica y zoológica. Además, la arquitectura gótica fue también una

expresión del genio intelectual medieval. Cada catedral, con sus muchas figuras simbólicas, era una especie de enciclopedia del saber medieval tallada en piedra. Por último, las catedrales góticas eran manifestaciones de orgullo urbano. Situadas siempre en las pujantes ciudades medievales, se pretendía que fueran centros de vida comunitaria y expresiones de la grandeza de una población. Cuando se construía una nueva catedral, en la obra participaba la comunidad entera, que la consideraba por derecho casi de su propiedad.

TEATRO Y MÚSICA

Las investigaciones sobre los logros medievales no deben pasar por alto el teatro y la música. Nuestras obras de teatro modernas descienden al menos por igual de la forma medieval y de la clásica. En el período medieval se conocían en manuscrito algunas obras clásicas latinas, pero nunca se representaron. El teatro nació de nuevo dentro de la iglesia. Al principio de la Edad Media, comenzaron a interpretarse ciertos pasajes de la liturgia; luego, en el siglo XII, se inició la composición de obras religiosas breves en latín para su representación dentro de las iglesias. Poco después, estas obras en latín fueron complementadas o sustituidas por otras en lengua vernácula para que toda la congregación pudiera comprenderlas. Hacia 1200 se empezaron a representar fuera, delante de la iglesia, para que no quitaran tiempo a los oficios religiosos. En cuanto sucedió esto, el teatro entró en el mundo cotidiano: se introdujeron relatos no religiosos, se extendió la descripción de los personajes y se preparó el camino para los isabelinos y Shakespeare.

Al igual que el teatro, la música se desarrolló dentro de la liturgia y luego la trascendió. Hasta la Alta Edad Media, la música occidental era homofónica; es decir, desarrollaba una sola melodía a la vez sin acompañamiento armónico. La gran invención altomedieval fue la polifonía, tocar o cantar juntas dos o más melodías armoniosas. Puede que algunos experimentos al respecto comenzaran en fecha tan temprana como el siglo X, pero el avance más fundamental se logró en la catedral de París hacia 1170, cuando dos voces cantaron misa por primera vez entrelazando dos melodías diferentes en «contrapunto». Casi al mismo tiempo se inventaron sistemas de notación musical. Como los intérpretes ya no tenían que recurrir a la memoria, la composición pudo hacerse más compleja. Toda la grandeza de la música europea parte de estos primeros pasos.

Conclusión

Durante casi cien años, los estudiosos han declarado que los arrolladores cambios intelectuales, religiosos y culturales de la Alta Edad Media constituyeron el «Renacimiento del siglo XII». Esta categorización sigue pareciendo válida. Al igual que los del más famoso Renacimiento italiano de los siglos XIV y XV, los cambios intelectuales de la Alta Edad Media estuvieron profundamente influidos por la recuperación y el estudio intenso de los textos clásicos, si bien el uso que se dio a dichos textos en ambos períodos fue característico y singular. Ninguno de estos movimientos fue una mera renovación, sino adaptaciones creativas de las ideas clásicas a una cultura nueva y claramente cristiana.

Sin embargo, incluso más que el Renacimiento italiano, el del siglo XII marca el origen de un conjunto de actitudes e ideas peculiares que han caracterizado desde entonces a la civilización europea occidental. Nuestras concepciones modernas del amor y la amistad; nuestra fascinación por la motivación e intención humanas; incluso nuestro mismo interés por la psicología se derivan de los avances del siglo XII. También la importancia que otorgamos a la interioridad esencial de la piedad cristiana; nuestra visión de que la «verdadera religión» debe expresarse en obras prácticas de caridad en el mundo, y nuestra presunción de que la religión y la política son esferas separables de la actividad e incumbencia humanas. Hasta nuestro impulso moderno de definir y perseguir a los grupos minoritarios tiene sus raíces en los esfuerzos de los siglos XII y XIII para acabar con los judíos, herejes y minorías sexuales.

Muchas de las personas que realizaron contribuciones tan importantes al saber, el pensamiento, la literatura, la arquitectura, el teatro y la música se debieron de entremezclar en el París de la Alta Edad Media. Algunas, sin duda, rezaron juntas en la catedral de Notre-Dame. Se recuerdan los nombres de los principales eruditos, pero la gran mayoría son desconocidos. No obstante, en su conjunto, hicieron tanto por la civilización de Europa y crearon tantos monumentos duraderos como sus homólogos de la antigua Grecia. Tal vez se hayan olvidado sus nombres, pero sus logros aún perduran.

Bibliografía seleccionada

ARIÈS, Philippe, y Georges DUBY (DIRS.), *Historia de la vida privada. 4, El individuo en la Europa feudal*, Madrid, Taurus, 1992.

BARTLETT, Robert, *Panorama medieval*, Barcelona, Blume, 2002.

BERNARDO DE CLARAVAL (SANTO) y Régine PERNOUD, *Elogio de la nueva milicia templaria. Los templarios*, Madrid, Siruela, 2005.

BOSWELL, John, *Cristianismo, tolerancia social y homosexualidad: los gays en*

- Europa occidental desde el comienzo de la era cristiana hasta el siglo XIV*, Barcelona, El Aleph, 1998.
- CAROCCI, Sandro, *El nepotismo en la Edad Media: papas, cardenales y familias nobles*, Valencia, Universidad, 2007.
- Cartas de Abelardo y Eloísa*, Madrid, Alianza, 2007.
- CHRÉTIEN DE TROYES, *El Cuento del grial de Chrétien de Troyes y sus Continuaciones*, Madrid, Siruela, 1989.
- COHN, Norman, *En pos del milenio: revolucionarios milenaristas y anarquistas místicos de la Edad Media*, Madrid, Alianza, 1997.
- DANTE ALIGHIERI, *Divina comedia*, Madrid, Alianza, 2007.
- DRONKE, Peter, *Las escritoras de la Edad Media*, Barcelona, Crítica, 1995.
- DUBY, Georges, *El caballero, la mujer y el cura: el matrimonio en la Francia feudal*, Madrid, Taurus, 1999.
- ECHTERNACH, Theoderich von, y Hildegard von BINGEN, *Vida y visiones de Hildegard von Bingen*, Madrid, Siruela, 2001.
- EILHART VON OBERG y Gottfried von STRASSBURG, *Tristán e Isolda*, Madrid, Siruela, 2001.
- ESCHENBACH, Wolfram von, *Parzival*, Madrid, Siruela, 2005.
- GALLEGO BLANCO, Enrique, *Relaciones entre la Iglesia y el estado en la Edad Media*, Madrid, Revista de Occidente, 1973.
- GARCÍA GUIJARRO, Luis, *Papado, cruzadas y órdenes militares, siglos XI-XIII*, Madrid, Cátedra, 1995.
- GILSON, Étienne, *La filosofía en la Edad Media: desde los orígenes patrísticos hasta el fin del siglo XIV*, Madrid, Gredos, 2007.
- LAMBERT, Malcolm, *La herejía medieval, movimientos populares de los bogomilos a los husitas*, Madrid, Taurus, 1986.
- , *La otra historia de los cátaros*, Madrid, MR Ediciones, 2001.
- LAWRENCE, Clifford Hugh, *El monacato medieval: formas de vida religiosa en Europa occidental durante la Edad Media*, Madrid, Gredos, 1999.
- LECLERQ, Jean, *Bernardo de Claraval*, Valencia, Edicep, 1991.
- MITRE, Emilio, *La Iglesia en la Edad Media: una introducción histórica*, Madrid, Síntesis, 2003.
- NEWMAN, John-Henry, *La civilización de los monasterios medievales*, Madrid, Encuentro, 1988.
- NIETO SORIA, José Manuel, *La época medieval: iglesia y cultura*, Madrid, Istmo, 2002.
- PERNOUD, Régine, *Los hombres de las cruzadas, historia de los soldados de Dios*, Madrid, Swan, 1986.
- , *Para acabar con la Edad Media*, Palma de Mallorca, José J. de Olañeta, 1999.

RIDDER-SYMOENS, Hilde de, *Las universidades en la Edad Media*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 1995.

ZUMTHOR, Paul, *La poesía y la voz en la civilización medieval*, Madrid, Abada, 2006.

CUARTA PARTE

Del mundo medieval al moderno

Durante la mayor parte del siglo xx, los historiadores sostenían que el Renacimiento italiano y la Reforma protestante marcaron una ruptura drástica en la historia europea que puso fin a la Edad Media y anunció la llegada del mundo moderno. Sin duda, los siglos xvi y xvii presenciaron transformaciones decisivas en la vida europea. Por primera vez, los marinos, soldados y comerciantes forjaron redes mercantiles mundiales que introdujeron los minerales y productos agrícolas del Hemisferio occidental en sus puertos atlánticos. La Reforma protestante puso término a la unidad religiosa de Europa, y un siglo de guerras de religión no sirvió más que para cimentar las divisiones. Mientras tanto, comenzaron a extenderse por el resto de Europa nuevas tendencias en la vida cultural e intelectual, muchas de ellas iniciadas en Italia durante los siglos xiv y xv.

Sin embargo, cada vez resultan más patentes las profundas raíces bajomedievales subyacentes en la mayoría de los hechos novedosos de los siglos xvi y xvii. Los viajes que emprendieron los europeos del siglo xvi alrededor del globo se iniciaron en el siglo xv con la conquista del «Mediterráneo atlántico». El estudio intensivo de la literatura clásica romana y griega que caracterizó al Renacimiento italiano desarrolló la renovación clásica emprendida en los siglos xii y xiii. Incluso las doctrinas teológicas de los reformistas protestantes hundían sus raíces en las polémicas teológicas de la Baja Edad Media. Y todos estos hechos tuvieron lugar en el contexto de un intercambio cultural y económico continuado entre Europa, el mundo islámico y Bizancio.

CAPÍTULO 10

La Baja Edad Media, 1300-1500

Si la Alta Edad Media fue un tiempo de abundancia, la Baja Edad Media lo fue de hambruna. Desde aproximadamente 1300 hasta mediados o finales del siglo xv las calamidades golpearon Europa occidental con persistencia implacable. La hambruna prevaleció, primero, porque el agotamiento del suelo, el clima más frío y las lluvias torrenciales dificultaron la agricultura. Después, para culminar estas «obras de Dios», llegó el más terrible de todos los desastres naturales: la espantosa peste conocida como la «Peste Negra», que causó una enorme mortandad en toda la zona. Y como si no fuera bastante, la guerra incesante produjo privaciones y desolación. La gente común fue la que más sufrió, porque estaba más expuesta a las violaciones, los acuchillamientos, los saqueos y los incendios a manos de soldados y bandas organizadas de filibusteros. Tras el paso de un ejército por una región, se podían divisar kilómetros de ruinas humeantes, repletas de cadáveres en putrefacción esparcidos por todas partes; en muchos lugares la desolación era tan grande que los lobos vagaban por el campo e incluso se adentraban en los barrios limítrofes de las ciudades. En pocas palabras, si la Virgen serena fue el símbolo de la Alta Edad Media, el rostro sarcástico de la Muerte lo fue del período posterior. Pero a pesar de las penalidades que arrostraban, los europeos mostraron una gran perseverancia ante la adversidad. En lugar de abandonarse a la apatía, procuraron amoldarse al cambio de circunstancias y, de este modo, la civilización no se derrumbó. Un período de creatividad e innovación conservó y extendió los rasgos más duraderos de la vida altomedieval.

La depresión económica y el surgimiento de un nuevo equilibrio

Hacia 1300 la expansión agrícola de la Alta Edad Media había alcanzado sus límites. A partir de entonces las cosechas y las zonas de cultivo comenzaron a descender, lo que causó un deterioro económico en toda Europa que se vio acelerado por los efectos degradantes de la guerra. En consecuencia, la primera mitad del siglo xiv fue una época de creciente depresión económica tanto en la ciudad como en el campo. Cuando la Peste Negra atacó Europa entre 1347 y 1350, provocó una crisis

económica y demográfica; la reaparición de la peste y la guerra prolongada continuaron deprimiendo la economía hasta bien entrado el siglo xv. Pero entre 1350 y 1450, aproximadamente, los europeos aprendieron a sacar provecho de las nuevas circunstancias económicas. Los salarios ascendieron, mientras los precios del grano cayeron. Aunque este hecho perjudicaba a los productores de grano a gran escala, beneficiaba a los agricultores menores (capaces de diversificar con mayor facilidad su producción agrícola) y los asalariados. La prosperidad resultante se reflejó en una mejora de las dietas y viviendas entre los jornaleros y campesinos, así como en la recuperación gradual de la población en general. Aunque el tamaño total de la economía se redujo casi con certeza en el siglo posterior a la Peste Negra, en 1450 Europa presentaba ya mayor riqueza per cápita que en 1300, además de estar distribuida de forma más equitativa entre la población. Dicho todo esto, cabe afirmar que Europa surgió de finales del siglo xv con una economía más próspera de la que había conocido antes.

CAMBIO CLIMÁTICO Y FRACASO AGRÍCOLA

Los frenos a la expansión agrícola que aparecieron hacia 1300 fueron naturales. Había un límite en la cantidad de tierra que se podía desbrozar y también en el número de cosechas que podían cultivarse sin la introducción de la agricultura científica. En realidad, los europeos habían llegado más lejos de lo que debían en el rozado y la labranza: durante el entusiasmo del movimiento colonizador altomedieval, se habían rozado tierras marginales que no eran lo bastante fértiles para soportar un cultivo intenso. Además, hasta las mejores parcelas se estaban cultivando demasiado. Para empeorar las cosas, a partir de 1300 aproximadamente el clima se deterioró. Mientras que Europa occidental se había visto favorecida por una tendencia de tiempo más seco y cálido durante los siglos xi y xii, en el siglo xiv el clima se volvió más frío y húmedo. Aunque el descenso medio de la temperatura en el transcurso del siglo no supuso más que en torno a un grado centígrado, bastó para reducir las estaciones de cultivo de forma considerable, sobre todo en el norte de Europa. El aumento de las precipitaciones también causó víctimas. Inundaciones terribles anegaron el norte de Europa en 1315, arruinaron las cosechas y provocaron una hambruna prolongada y mortal que empeoró por las enfermedades epidémicas que se propagaron entre el ganado ovino y bovino. Durante tres años los campesinos se vieron tan acosados por el hambre que se comieron el grano para la siembra, lo que arruinó sus oportunidades para recuperarse en la estación siguiente; en su desesperación, también comieron gatos, perros y ratas. Debilitados por la malnutrición, resultaron más vulnerables a las enfermedades. La tasa de mortalidad era

atroz. Entre 1316 y 1322, del 10 al 15 por ciento de la población europea pereció en esta «Gran Hambruna». Las condiciones agrícolas mejoraron a partir de 1322, pero el clima continuó inestable. En Italia, las inundaciones arrastraron los puentes de Florencia en 1333; un maremoto destruyó el puerto de Amalfi en 1343. Con una naturaleza tan repetidamente caprichosa, a la vida económica no le quedaba más que sufrir.

A pesar de esta elevada tasa de mortalidad, en 1340 Europa todavía estaba superpoblada en relación con su oferta de alimentos. Entonces sucedió un desastre tan horrible que muchos creyeron que presagiaba el fin del mundo.

LA PESTE NEGRA

La Peste Negra fue un ataque combinado de peste bubónica y neumónica que barrió Europa por primera vez de 1347 a 1350, y que regresó a intervalos periódicos durante los trescientos años siguientes. Esta epidemia se originó en el desierto de Gobi, en Mongolia, donde el bacilo de la peste es endémico entre los roedores y las pulgas que viven en ellos. Ambos animales son capaces de transmitir la peste; no tenemos modo de saber qué transportó inicialmente la enfermedad a finales de la década de 1330 desde Mongolia hasta China, el norte de la India y Crimea. En 1346 la peste ya había alcanzado los puertos del litoral del mar Negro y desde allí, en 1347, las galeras genovesas la llevaron sin percatarse de ello a Sicilia y el norte de Italia. De Italia se propagó por toda Europa occidental a lo largo de las rutas comerciales; primero golpeó en los puertos de mar y luego avanzó tierra adentro.

Los efectos clínicos de la enfermedad eran horrorosos. Una vez infectada con la peste bubónica por una picadura de pulga, la persona enferma desarrollaba enormes bultos en las ingles o axilas, aparecían manchas negras en los brazos y piernas, a continuación se presentaba diarrea y la víctima moría entre los cuatro y siete días siguientes. Si la infección aparecía en la forma neumónica (causada por inhalación), había también tos con sangre, y la muerte se producía antes de tres días. Unos pocos se recuperaron de la peste y algunos no se contagiaron, pero la mayoría de los infectados moría de ella antes de una semana.

Los efectos demográficos de la peste fueron devastadores. En Inglaterra, la población total del país descendió al menos un 40 por ciento entre 1347 y 1381. La población total de Normandía oriental cayó un 30 por ciento entre 1347 y 1357, y de nuevo un 30 por ciento antes de 1380; en la zona rural alrededor de Pistoia, en Italia, hubo un descenso demográfico de en torno al 60 por ciento entre 1340 y 1404. En conjunto, los efectos combinados de la hambruna, la guerra y la peste redujeron la población total de Europa occidental al menos a la mitad, y quizá hasta los dos tercios

entre 1300 y 1450.

Al principio, la Peste Negra causó una gran privación a la mayoría de los supervivientes. Como cundía el pánico y se deseaba evitar el contagio, muchos abandonaron sus puestos de trabajo para aislarse. Los habitantes de las poblaciones huyeron al campo, mientras que los campesinos huían unos de otros. Hasta el mismo papa se retiró al interior de su palacio y no permitió a nadie la entrada. Con tantos muertos y los trabajos abandonados, las cosechas se dejaron sin recoger, la manufactura se interrumpió y el comercio se derrumbó. Los artículos básicos escasearon y subieron los precios, razón por la que el ataque de la peste intensificó con creces la crisis económica europea.

Sin embargo, en 1400 las nuevas realidades demográficas empezaron a alterar los patrones básicos de la economía. Los precios de los alimentos esenciales (por ejemplo, los cereales) comenzaron a descender debido a la normalización gradual de la producción y a que había menos bocas que alimentar. La reaparición de la peste u otros desastres naturales causaron grandes fluctuaciones en los precios durante ciertos años, pero, en líneas generales, a lo largo de la mayor parte del siglo xv los artículos básicos descendieron de precio o lo mantuvieron estable. Como los cereales eran más baratos, la gente podía permitirse gastar un porcentaje mayor de sus ingresos en lujos relativos como productos lácteos, carne y vino, lo que dio como resultado el surgimiento de economías regionales especializadas: partes de Inglaterra se dedicaron a la cría de ganado lanar o la producción de cerveza; partes de Francia se concentraron en la producción de vino, y los suecos intercambiaban mantequilla por grano alemán barato. La mayoría de las zonas de Europa recurrieron a lo que mejor sabían hacer, y el intercambio recíproco de artículos básicos entre regiones distantes creó un nuevo y próspero equilibrio comercial.

LA REPERCUSIÓN EN LAS CIUDADES

Las ciudades sirvieron de barómetros especialmente sensibles para medir el clima económico variable de la Baja Edad Media. Tras alcanzar su pico demográfico hacia 1300, muchas de ellas ya estaban experimentando descensos de población y crisis económicas antes de que hiciera su aparición la Peste Negra, pero sin duda ésta empeoró con creces la situación existente. La masificación, combinada con las condiciones por lo general insalubres de la vida urbana medieval, aumentó la vulnerabilidad ante la enfermedad: en algunos centros urbanos, la mortandad achacable sólo a la peste superó el 60 por ciento. Sin embargo, en el norte de Italia, el sur de Francia y partes de España, la guerra fue aún más destructiva para la vida urbana que la Peste Negra. Toulouse, por ejemplo, soportó la aparición de la peste

relativamente bien. Entre 1355 y 1385 su población no disminuyó más que cerca de un 15 por ciento, de aproximadamente 30.000 a 26.000 habitantes. No obstante, en 1430, después de varias décadas de guerra, su población había descendido hasta más o menos los 8.000 habitantes. En 1450, cuando llegaba a su fin un siglo de guerra y las visitas de la peste eran menos frecuentes y devastadoras (probablemente porque los europeos estaban comenzando a desarrollar cierta resistencia al bacilo que la provocaba), la vida urbana ya estaba en vías de recuperación. En 1500, un gran porcentaje de europeos vivía en las ciudades, y éstas desempeñaban un papel mayor en la economía que en los siglos previos.

Algunos centros urbanos, sobre todo en el norte de Alemania y el norte de Italia, sacaron buen provecho de las nuevas circunstancias económicas. En Alemania, un grupo de ciudades y pueblos bajo el liderazgo de Lübeck y Bremen se aliaron en la denominada Liga Hanseática para controlar el comercio de larga distancia en los mares Báltico y del Norte. Sus flotas transportaban grano alemán a Escandinavia y regresaban con productos lácteos, pescado y pieles. El mayor mercado para los artículos de lujo también produjo nueva riqueza a las ciudades comerciales del norte de Italia. Génova y, sobre todo, Venecia controlaban la importación de especias de Oriente. Los mayores gastos en lujo contribuyeron también a mejorar las economías de Florencia, Venecia, Milán y otras ciudades vecinas que se concentraron en la manufactura de sedas y linos, prendas de lana ligeras y otras telas finas. Milán prosperó por su industria de armamento, que mantenía bien provistos de armaduras y armas a los estados europeos en guerra. Algunas ciudades y pueblos, sobre todo los de Flandes, entraron en depresión económica, pero la mayoría de los centros urbanos europeos se benefició de las nuevas circunstancias económicas creadas por la peste.

Asimismo, estas nuevas circunstancias constituyeron un estímulo para el desarrollo de negocios, contabilidad y técnicas bancarias más elaborados. Como la fuerte fluctuación de los precios provocaba que las inversiones fueran precarias, se crearon nuevas formas de asociación para minimizar los riesgos. También se inventaron los contratos de seguros para paliar algunos riesgos de las embarcaciones. La invención más útil de la contabilidad, el sistema de partida doble, se puso en servicio por primera vez en Italia a mediados del siglo XIV y desde entonces se extendió con gran velocidad. Este método permitía el descubrimiento rápido de errores de cálculo y el fácil repaso de beneficios y pérdidas, créditos y débitos. La banca a gran escala ya había surgido durante el siglo XIII, pero las crisis económicas de la Baja Edad Media dieron pie a que se alteraran algunos de sus modos de hacer negocios. Lo más importante fue el desarrollo de las prudentes técnicas basadas en las sucursales bancarias, en las que destacó la casa florentina de los Medici. Los bancos anteriores también habían fundado sucursales, pero la banca de los Medici, que floreció de 1397 a 1494, organizó las suyas según los parámetros de una sociedad

de cartera de inversiones moderna. Las sucursales de los Medici, situadas en Londres, Brujas y Aviñón, así como en varias ciudades italianas, estaban controladas por socios antiguos de la familia Medici que seguían políticas comunes. Sin embargo, cada sucursal era una sociedad separada y formal que no arrastraba consigo a ninguna otra si se derrumbaba. Otros bancos italianos experimentaron con técnicas de crédito avanzadas. Algunos llegaron a permitir a sus clientes transferir fondos entre sucursales sin que ningún dinero real cambiara de manos. Tales «transferencias contables» se ejecutaron al principio sólo por mandato oral, pero hacia 1400 comenzaron a realizarse mediante órdenes escritas, que constituyen los primeros antepasados del cheque moderno.

EL NUEVO EQUILIBRIO

Al estudiar la historia económica bajomedieval, debemos resaltar tanto el papel de la naturaleza como el de los seres humanos. La naturaleza intervino cruelmente en los asuntos humanos, pero por muy atroces que fueran sus efectos inmediatos, los resultados acabaron resultando beneficiosos. En 1450, una población mucho más reducida disfrutaba ya de un nivel de vida medio más elevado que la de 1300. En este hecho los seres humanos también tuvieron su parte, pues con su determinación de sacar el mayor provecho a las nuevas circunstancias y evitar la reaparición de la depresión, lograron reorganizar la vida económica y asentarla sobre pilares más firmes. El producto bruto europeo de 1450 era probablemente inferior al de 1300, pero este dato no resulta sorprendente si se tiene en cuenta que la población era mucho menor. En realidad, la producción per cápita había aumentado junto con el ingreso per cápita, y la economía estaba preparada para pasar a nuevas conquistas.

Convulsiones sociales y emocionales

Las crisis económicas de la Baja Edad Media contribuyeron a provocar una avalancha de insurrecciones rurales y urbanas de las clases bajas más numerosas de las que Europa había presenciado hasta entonces. Se llegó a pensar que todas las había causado la privación extrema, pero, como veremos, a menudo ése no fue el caso.

LA JACQUERIE

La revuelta rural a gran escala más claramente causada por las penurias económicas fue la Jacquerie del norte de Francia en 1358. Tomó el nombre del campesino prototípico francés, «Jacques Bonhome», que había sufrido más de lo que podía soportar. En 1348 y 1349 la Peste Negra había aterrorizado y causado estragos en la economía. Luego, el estallido de una guerra con Inglaterra había extendido la desolación por el campo. Los campesinos fueron los que más sufrieron por el pillaje y los incendios a manos de soldados rapaces, algo habitual en la Baja Edad Media. Para que las cosas resultaran más insoportables aún, una vez que los ingleses derrotaron sin remedio a los franceses en 1356 en la batalla de Poitiers, el rey francés, Juan II, y numerosos aristócratas tuvieron que ser rescatados, y el enorme peso de esta carga recayó también sobre el campesinado, que en 1358 se alzó con una ferocidad asombrosa: quemó castillos, asesinó a los señores y violó a sus esposas. Sin duda, su intenso resentimiento económico fue la causa principal de la revuelta, si bien hay que establecer dos salvedades. La primera es que los campesinos que participaron en la Jacquerie se hallaban, en términos comparativos, entre los más ricos de Francia. La segunda salvedad es que hubo factores políticos que ayudaron a explicar la Jacquerie. Mientras el rey se encontraba cautivo en Inglaterra, algunos grupos de ciudadanos intentaron reformar el sistema de gobierno limitando los poderes monárquicos, a la par que las facciones aristocráticas conspiraban para hacerse con el poder. Parece que los campesinos percibieron una oportunidad en la confusión política reinante, pero antes de un mes los órdenes privilegiados cerraron filas, masacraron a los rebeldes y pusieron término a la rebelión.

LA REVUELTA DE LOS CAMPESINOS INGLESES

La revuelta de los campesinos ingleses de 1381 —la rebelión más seria de las clases bajas en la historia inglesa— se suele colocar en la misma categoría que la Jacquerie, por más que sus causas fueran muy diferentes. En lugar de ser una revuelta de desesperación, surgió de una combinación de expectativas económicas crecientes y agravios políticos asociados con las derrotas inglesas en la guerra con Francia. En 1381, los efectos de la Peste Negra debían haber favorecido a los campesinos, pero los señores de la aristocracia lograron aprobar leyes que mantenían los salarios en los niveles previos a la peste y obligaban a los jornaleros libres a trabajar a cambio de sueldos inferiores. Asimismo, los aristócratas intentaron exigir todos sus antiguos derechos y servicios no pagados a los siervos que permanecían bajo su control. Como los campesinos no estaban dispuestos a dejarse llevar de nuevo a la pobreza y el servilismo previos, resultó inevitable la colisión.

La mecha que prendió la gran revuelta de 1381 fue el intento de recaudar un

nuevo tipo de impuesto nacional para pagar la guerra fracasada contra Francia. Tradicionalmente, los impuestos ingleses se habían determinado pueblo por pueblo en proporción aproximada a su riqueza, pero en 1377 y 1379 el gobierno estableció un impuesto de capitación mucho menos escalonado en lugar del impuesto sobre la renta tradicional. Estos dos impuestos se recaudaron sin resistencia, pero cuando los agentes intentaron cobrar un tercero mucho más gravoso en 1381, los campesinos, artesanos y habitantes de las poblaciones del este de Inglaterra se levantaron para oponerse. Primero quemaron los registros locales y saquearon las viviendas de quienes consideraban sus explotadores; luego marcharon hacia Londres, donde ejecutaron al lord canciller y tesorero de Inglaterra, a cuya mala gestión fiscal culpaban de las recientes derrotas en la guerra contra Francia. Reconociendo la gravedad de la situación, Ricardo II, el rey de catorce años, salió a recibir a los campesinos y se ganó su confianza prometiendo abolir la servidumbre y mantener bajos los arrendamientos; entretanto, durante las negociaciones, el dirigente campesino Wat Tyler fue asesinado en un altercado con la escolta real. Al carecer de mando, los campesinos, que erraron al pensar que habían conseguido sus objetivos, se dispersaron de inmediato. Pero una vez que el joven rey comprobó que su vida ya no estaba en peligro, no mantuvo ninguna de sus promesas. En su lugar, se dio caza a las dispersas fuerzas campesinas, y unos cuantos supuestos cabecillas fueron ejecutados sin que hubiera ninguna represalia contra el populacho. Así pues, la revuelta no alcanzó sus objetivos, si bien atemorizó profundamente a la nobleza inglesa. No se volvió a intentar la recaudación de impuestos de capitación y llegaron a su fin los controles de salarios obligatorios sobre la mano de obra rural. En pocas décadas el juego natural de las fuerzas económicas mejoró de manera considerable la suerte de los agricultores de pequeña y mediana escala y los jornaleros rurales, y antes de un siglo se produjo la desaparición efectiva de la servidumbre en Inglaterra. El resultado fue una especie de «edad dorada» para el campesinado inglés a mediados del siglo XV.

LAS REBELIONES URBANAS

Las revueltas urbanas de la Baja Edad Media se consideran a veces alzamientos de trabajadores explotados que sufrían el cambio de circunstancias económicas del período, pero se trata de una simplificación exagerada. Al igual que la Jacquerie y la revuelta de los campesinos, la mayoría de las rebeliones urbanas surgieron de una compleja combinación de agravios políticos, económicos y sociales que diferían de una ciudad a otra. Por ejemplo, el alzamiento de la ciudad de Brunswick en el norte de Alemania en 1374 fue menos una rebelión de los pobres contra los ricos que una

conmoción política en la que una alianza política desplazó a otra. Ocurrió un levantamiento similar en 1408 en Lübeck cuando una facción política intentó forzar su paso al poder iniciando una forma de gobierno menos costosa, que se ha descrito acertadamente como una «revuelta de contribuyentes».

Incluso en Florencia, donde la revuelta de los Ciompi de 1378 adoptó aspectos de rebelión proletaria, los problemas eran tanto políticos como económicos. Los *ciompi* eran cardadores de lana, trabajadores mal pagados en una industria deprimida, acosados por un alto desempleo y con frecuencia estafados por sus patronos, que controlaban la industria lanera y dominaban el gobierno florentino. Sin embargo, en 1378, después de tres años de guerra con el papado, la clase gobernante de Florencia se dividió. Cuando una de las facciones quiso afianzar su posición apelando a las clases bajas, los Ciompi aprovecharon la oportunidad para plantear su propio programa de reformas mucho más radical: exención de impuestos, pleno empleo y representación política en el gobierno para sí mismos y otros grupos de trabajadores. Pero, transcurridas seis semanas, los Ciompi perdieron el control del poder y un nuevo gobierno oligárquico revocó todas sus medidas reformistas.

Si no hubieran existido agravios económicos, es probable que no hubieran brotado las rebeliones urbanas de la Baja Edad Media. Pero pocas fueron revueltas específicas de clase. En la mayoría de los casos, los rebeldes procedían de una amplia variedad de grupos sociales y ocupacionales, y sus agravios tenían un origen tanto político como económico. Algunas eran poco más que disputas entre facciones políticas, mientras que otras suponían desafíos directos al orden establecido de la sociedad urbana. Sin embargo, ninguna logró alterar la naturaleza oligárquica fundamental de la vida urbana bajomedieval. La respuesta usual de las clases dirigentes a esas rebeliones fue estrechar más su dominio del poder dentro de las poblaciones.

INCERTIDUMBRES DE LA ARISTOCRACIA

Aunque las clases altas lograron superar los levantamientos populares, se daban buena cuenta de la amenaza que esas rebeliones planteaban a su posición social privilegiada. Los aristócratas bajomedievales se encontraban en una situación económica precaria porque la mayoría de sus ingresos provenían de la tierra. En el momento en que los precios del grano y los arrendamientos descendían y los salarios aumentaban, los terratenientes se veían en dificultades económicas. Los aristócratas también se sentían amenazados por el rápido ascenso de los mercaderes y financieros que podían obtener éxitos repentinos debido a la fuerte fluctuación del mercado. En la práctica, los comerciantes realmente ricos compraban tierra y se metían de lleno en

la aristocracia, mientras que los aristócratas dueños de tierras lograban evitar el desastre económico mediante la cuidadosa gestión de sus propiedades y los matrimonios provechosos. Pero la mayoría de los aristócratas se sentían aún más expuestos a las incertidumbres sociales y económicas que antes. El resultado era que intentaban establecer barreras sociales y culturales con las que separarse de las otras clases.

Dos de los ejemplos más llamativos de esta separación fueron el énfasis en el lujo y la formación de órdenes de caballería exclusivos. La Baja Edad Media fue el período por excelencia de la ostentación aristocrática. Mientras la hambruna o la enfermedad causaban estragos, los aristócratas se entretenían con banquetes espléndidos y magníficas representaciones al aire libre. En un banquete celebrado en Flandes en 1468, la decoración de una mesa tenía una altura de 14 metros. La ropa de la aristocracia era también extremadamente ostentosa: los hombres vestían largos zapatos puntiagudos, y las mujeres, tocados profusamente adornados. A lo largo de la historia, a la gente rica siempre le ha gustado vestirse de gala, pero los aristócratas de la Baja Edad Media parecen que lo hacían de manera obsesiva. Llegaron a imponer leyes suntuarias especiales que definían el tipo de vestimenta que cada rango de la sociedad podía llevar. Esta insistencia en mantener una jerarquía social bien definida también explica la proliferación de órdenes de caballería, como las de los caballeros de la Jarretera o del Toisón de Oro. Al unirse en órdenes exclusivas que prescribían una conducta especial y hacían gala de una insignia de pertenencia característica, los aristócratas intentaban situarse aparte de los demás mediante un símbolo que indicaba «sólo para miembros».

EXTREMOS EMOCIONALES

Sin embargo, no debemos pensar que los europeos bajomedievales se entregaron a la vida desenfadada sin interrupción. En realidad, las mismas personas que buscaban diversiones elegantes o bulliciosas pasaban con igual frecuencia al otro extremo emocional y se abandonaban al dolor. Durante todo el período, hombres y mujeres hechos y derechos derramaron abundantes lágrimas. La reina madre de Francia lloró en público cuando vio por primera vez a su nieto recién nacido; el gran predicador san Vicente Ferrer tuvo que interrumpir sus sermones sobre la pasión de Cristo y el juicio final porque él y su público sollozaban de manera demasiado convulsiva; y se dice que el rey inglés Eduardo II lloró tanto cuando estaba encarcelado, que derramó el agua caliente necesaria para afeitarse. La última historia pone a prueba la imaginación, pero ilustra algo que los contemporáneos consideraban posible. Sabemos con certeza que la Iglesia alentaba el llanto debido a la conservación de

estatuillas de san Juan llorando, que sin duda estaban diseñadas para provocar las lágrimas a quienes las contemplaban.

Los predicadores también alentaban a la gente a que se afligiera al reflexionar sobre la pasión de Cristo y la propia muerte. Abundaban los crucifijos truculentos; incluso la Virgen María era ahora con menor frecuencia una *madonna* sonriente y más una madre desolada, desplomada a los pies de la cruz o sosteniendo en su regazo a Cristo muerto. Asimismo, las esculturas, los frescos y las ilustraciones de los libros recordaban a quienes los veían la brevedad de la vida y los tormentos del infierno. Las tumbas características de la Alta Edad Media estaban coronadas por esculturas que mostraban a los difuntos en alguna acción que indicara sus logros en la vida o en un estado de reposo que expresara que la muerte no era más que un sueño tranquilo. Pero a finales del siglo XIV, las tumbas parecían representar los estragos físicos de la muerte de los modos más truculentos imaginables: se exhibían cadáveres descarnados con intestinos prominentes o cubiertos de culebras o sapos. Algunas tumbas lucían inscripciones que declaraban que quienes las contemplaban serían pronto «un cadáver fétido, alimento para los gusanos»; otras, advertían de forma escalofriante: «Lo que tú eres, lo era yo; lo que yo soy, lo serás tú». Ilustraciones omnipresentes mostraban figuras de la Muerte sonriente con su guadaña llevándose a hombres y mujeres sanos y elegantes, o a demonios sádicos asando a humanos devorados por el pánico en el infierno. Puesto que la misma gente que pintaba estas escenas o se angustiaba contemplándolas podía deleitarse al día siguiente con juergas excesivas, la cultura bajomedieval parece hallarse con frecuencia al borde de la depresión maníaca, pero tales reacciones extremas eran al parecer necesarias para ayudar a afrontar los temores.

Las tribulaciones de la Iglesia y el anhelo por lo divino

La intensa concentración en el significado de la muerte era también manifestación de una religiosidad muy profunda y generalizada. El entusiasmo religioso de la Alta Edad Media no decayó a partir de 1300; en todo caso, se hizo más intenso. Pero cobró nuevas formas de expresión debido a las dificultades institucionales de la Iglesia y la confusión de la época.

EL PAPADO BAJOMEDIEVAL

Después de la humillación y muerte del papa Bonifacio VIII (1294-1303) a manos del rey Felipe IV de Francia, el papado bajomedieval entró en un largo período de crisis

institucional. De 1305 a 1378 residió de forma continua en Aviñón, un pequeño territorio papal situado en la frontera suroccidental de Francia, donde resultó inevitable que los papas cayeran bajo la estrecha tutela de la monarquía francesa. Allí construyeron una vasta burocracia, dedicada de forma especial a exigir dinero al clero europeo. En 1377, después de una costosa serie de campañas militares en Italia, el papa logró por fin regresar a Roma; pero cuando murió al poco tiempo, la confusión resultante ocasionó que primero dos y más adelante tres personas diferentes reclamaran ser los sucesores de san Pedro legítimamente elegidos. Esta división, conocida como el Gran Cisma, duraría de 1378 a 1417, si bien los conflictos que surgieron de ella continuarían un siglo más y disminuirían la influencia del papado sobre las iglesias de Europa occidental y lo convertirían cada vez más en un principado territorial italiano.

Cuando los papas se establecieron en Aviñón, no pretendían quedarse allí, pero la ciudad pronto demostró que ofrecía diversas ventajas sobre Roma: estaba más cerca de los principales centros de poder de la Europa del siglo XIV; se encontraba mucho más alejada de la tumultuosa política local de Roma y el centro de Italia, y se hallaba a salvo de las agresivas atenciones de los emperadores alemanes. Todos los papas elegidos en Aviñón procedían del sur de Francia; a medida que pasó el tiempo y creció el tamaño de la burocracia, Aviñón llegó a parecer cada vez más la nueva sede permanente de los obispos de Roma.

A pesar de las ventajas de Aviñón, sus papas nunca abandonaron por completo la esperanza de regresar a Roma. Sin embargo, para hacerlo tenían que recuperar primero el control militar sobre los Estados Pontificios de Italia central, y este esfuerzo llevó décadas. Para financiar estas costosas campañas militares, los papas gravaron con una variedad de impuestos nuevos a las iglesias de Francia, Inglaterra, Alemania y España. También reclamaron la prerrogativa de nombrar candidatos directos a los cargos eclesiásticos vacantes, con lo que se imponían a los derechos del clero local a elegir a sus obispos y abades. Las causas judiciales fueron otro provechoso ejercicio de autoridad papal, y su número aumentó enormemente durante el período de Aviñón.

Con estas y otras medidas, los papas de Aviñón fortalecieron mucho su control administrativo sobre la Iglesia, pero lo que ganaban en poder lo perdían en respeto y lealtad. El papado, con sus exigencias insaciables de dinero, se enajenó al clero y a los laicos, y pronto se extendieron cuentos sobre la lujuria desatada de la corte papal. En realidad, la mayoría de los papas de Aviñón fueron rectos en lo moral y abstemios en lo personal, pero hubo uno, Clemente VI (1342-1352), notoriamente corrupto e inmoral. Clemente vendía sin sonrojo beneficios espirituales, se vanagloriaba de que nombraría obispo a un imbécil si las circunstancias políticas lo justificaban y defendía sus incesantes transgresiones sexuales insistiendo en que fornicaba por

prescripción médica. Sus cardenales llevaban vidas igual de lujuriosas, comían pavos reales, faisanes, urogallos y cisnes, y bebían de fuentes elaboradamente esculpidas de las que manaban los vinos más finos.

Tras un intento frustrado de Urbano V en 1367, el papa Gregorio XI regresó por fin a Roma en 1377. Pero cuando murió un año después, surgió el desastre. Temerosos de que si el nuevo papa era francés querría regresar a Aviñón, los romanos se amotinaron para exigir que los cardenales (que en su mayoría eran franceses) eligieran a un romano como pontífice. Temiendo por sus vidas, los cardenales cedieron en seguida y eligieron a un italiano, que adoptó el nombre de Urbano VI y se puso a pelearse de inmediato con los cardenales, lo que reveló unas probables tendencias paranoicas. Temiendo de nuevo por sus vidas, los cardenales huyeron de Roma, declararon nula la elección de Urbano VI y seleccionaron como nuevo papa a un cardenal francés, que tomó el nombre de Clemente VII. Entonces, Urbano VI nombró un nuevo colegio de cardenales enteramente italiano y se preparó para defenderse en Roma. Clemente VII y sus cardenales se retiraron a Aviñón y comenzó el Gran Cisma.

Francia y sus aliados políticos, entre los que se incluían Escocia, Castilla y Aragón, reconocieron a Clemente como el papa legítimo. Inglaterra, Alemania, Italia y la mayoría del resto de Europa siguieron a Urbano. Durante tres décadas, las lealtades religiosas de Europa estuvieron divididas. Tampoco existía ningún modo claro de poner fin a este vergonzoso estado de cosas. Tanto Urbano VI como Clemente VII habían sido elegidos por el mismo grupo de cardenales; y a partir de entonces, cada vez que moría un papa, sus partidarios elegían de inmediato a un sucesor, lo que prolongaba de este modo el cisma. Por fin, en 1409, algunos cardenales de ambos bandos se reunieron en Pisa, donde depusieron a ambos papas y nombraron a uno nuevo. Pero ni el papa italiano ni el francés aceptaron la decisión del concilio. Como resultado, desde 1409 hubo tres papas rivales maldiciéndose mutuamente en lugar de dos.

El Gran Cisma concluyó en 1417 gracias al Concilio de Constanza, la mayor reunión eclesiástica de la Edad Media. Este concilio contó con el fuerte apoyo de varios príncipes europeos, incluidos los reyes de Inglaterra y Alemania. También se ocupó de deponer a los restantes reclamantes del papado antes de nombrar a su nuevo papa, un italiano que adoptó el nombre de Martín V. La elección del papa Martín V restableció la unidad eclesiástica de Europa, pero no puso fin a la lucha sobre cómo debía gobernarse la Iglesia en el futuro. Para poner término al cisma, el Concilio de Constanza había declarado que la autoridad suprema dentro de la Iglesia no descansaba en el papa, sino en él y todos los «concilios generales» futuros. También había ordenado que a partir de entonces se reunieran con regularidad dichos concilios generales para supervisar el gobierno y la reforma de la Iglesia.

Estos decretos «conciliares» constituyeron un desafío revolucionario a las tradiciones de la monarquía papal. No resulta sorprendente que Martín V y sus sucesores hicieran cuanto estuvo a su alcance para socavarlos. En 1423, cuando se reunió en Siena el siguiente concilio general requerido, el papa Martín hizo volver de inmediato a sus representantes. Constanza había especificado que se debía reunir un concilio, pero no cuánto tiempo debía durar. En 1431, cuando se reunió en Basilea el siguiente concilio general, sus miembros tomaron medidas para que el papa no pudiera disolverlo. Pronto se desató una prolongada lucha por el poder en la que los papas y los conciliaristas competían por lograr el apoyo de los príncipes europeos. El Concilio de Basilea se disolvió por fin en 1449 con un fracaso abyecto, frustrando las esperanzas de los reformistas eclesiásticos y poniendo el colofón a este experimento radical de gobierno conciliar.

La victoria del papado sobre los conciliaristas resultó costosa. Para lograr el apoyo de reyes y príncipes contra los conciliaristas, los papas negociaron una serie de tratados (conocidos como «concordatos») que concedían a esos gobernantes autoridad extensa sobre las iglesias dentro de sus territorios. De este modo, los papas se aseguraron la supremacía teórica sobre la Iglesia al precio de ceder el poder real para gobernarla. Como se habían desprendido de buena parte de sus restantes ingresos, los papas de finales del siglo XVI aumentaron su dependencia de sus territorios del centro de Italia. Sin embargo, para construir los Estados Pontificios tuvieron que gobernar como los demás príncipes italianos: dirigiendo ejércitos, intrigando para obtener alianzas y socavando a sus rivales por todos los medios posibles. Juzgados desde la perspectiva secular, estos esfuerzos no fueron un fracaso, pero era comprensible que dichos métodos no contribuyeran en absoluto a aumentar su fama de devoción.

DEVOCIÓN Y HEREJÍA POPULARES

Mientras el papado soportaba estas vicisitudes, el clero de toda Europa perdió prestigio debido en parte a que las mayores exigencias financieras del pontífice le obligaron a su vez a reclamar más de los laicos, lo que suscitó un amargo resentimiento, sobre todo durante los tiempos de crisis económica. Además, durante los brotes de peste, los clérigos abandonaron sus puestos igual que los demás, pero, al hacerlo, perdieron toda reivindicación de superioridad moral.

Es probable que la razón primordial para que creciera el descontento hacia el clero fuera el aumento de la alfabetización entre los laicos. La proliferación continua de escuelas y el descenso del coste de los libros —tema que trataremos más adelante— posibilitaron que un mayor número de seculares aprendieran a leer, con lo que

fueron capaces de dedicarse a la lectura de la Biblia o, con mayor frecuencia, de silabarios religiosos populares. Esta lectura puso de manifiesto que sus sacerdotes no vivían de acuerdo con las normas establecidas por Jesús y los apóstoles. Mientras tanto, las revueltas y horrores de la época impulsaron a que, más que nunca, se buscara consuelo religioso. Cuando los seculares consideraron insuficientes los canales convencionales de asistencia a la iglesia, confesión y sumisión a la autoridad del clero, escudriñaron rutas complementarias o alternativas a la devoción que diferían con creces entre sí, pero todas pretendían satisfacer un anhelo inmenso de lo divino.

La ruta más transitada era efectuar actos repetidos de devoción externa con la esperanza de que los devotos lograran con ellos el favor divino en la tierra y la salvación en la otra vida. Se acudía más que nunca a las peregrinaciones y se participaba con regularidad en procesiones religiosas con los pies descalzos: las últimas solían celebrarse dos veces al mes y, en ocasiones, incluso todas las semanas. Hombres y mujeres pagaban con presteza miles de misas que decían por sus almas y las de sus parientes sacerdotes dedicados a esta labor a tiempo completo, además de dejar legados para la celebración de numerosas misas de réquiem por la salvación de sus almas tras la muerte. La obsesión por las oraciones repetidas alcanzó su cima cuando algunas personas devotas intentaron contar el número de gotas de sangre que Cristo había derramado en la cruz para rezar el mismo número de padrenuestros. La forma más dramática de ritual religioso en la Baja Edad Media fue la flagelación. Algunas mujeres que vivían en casas comunales se golpeaban con bastos cueros de animales, cadenas y correas con nudos. Una joven que entró en una de esas comunidades en Polonia en 1331 sufrió heridas internas extremas y quedó completamente desfigurada en once meses. Por lo general, los azotamientos no se realizaban en público, pero durante la primera embestida de la Peste Negra en 1348 y 1349, grupos enteros de seculares recorrían Europa cantando y pegándose mutuamente con látigos rematados con puntas de metal con la esperanza de aplacar la ira divina.

El misticismo

Una vía opuesta hacia la divinidad era el camino interior del misticismo. A lo largo de todo el continente europeo, pero sobre todo en Alemania e Inglaterra, los místicos masculinos y femeninos, clérigos y laicos, buscaban la unión con Dios mediante la «distancia», la contemplación o los ejercicios espirituales. El teórico místico más original y elocuente de la Baja Edad Media fue Meister Eckhart (c. 1260-1327), dominico alemán que enseñaba que había una fuerza o «chispa» profunda dentro de todas las almas humanas donde moraba Dios. Renunciando a todo sentido de individualidad, uno podía retirarse a sus interioridades más remotas para encontrar

allí la divinidad. Eckhart no recomendó dejar de acudir a la iglesia, pero puso de relieve que los ritos externos eran, en comparación, poco importantes para llegar a Dios. También daba la impresión a sus públicos seculares de que se podía alcanzar la divinidad en buena medida por volición propia. Por ello, las autoridades religiosas le acusaron de incitar a «la gente ignorante e indisciplinada a excesos desenfrenados y peligrosos». Aunque Eckhart argumentó su ortodoxia doctrinal, algunas de sus enseñanzas fueron condenadas por el papado.

Los críticos de Eckhart no estaban del todo desencaminados en sus preocupaciones, como lo demuestra el hecho de que algunos laicos de Alemania influidos por él cayeran en la herejía de creer que podían alcanzar la unión plena con Dios en la tierra sin intermediarios sacerdotales. Pero estos herejes llamados del Libre Espíritu fueron pocos. Mucho más numerosos fueron los místicos ortodoxos posteriores, unas veces influidos por Eckhart y otras no, que otorgaron mayor énfasis a la iniciativa divina en la unión del alma con Dios y dejaron patente que los cuidados de la Iglesia eran una contribución necesaria a la vía mística. Sin embargo, ellos también creían que «las iglesias no hacen al hombre sagrado, sino que los hombres hacen sagradas a las iglesias». En el siglo XIV la mayoría de los grandes maestros y practicantes del misticismo fueron clérigos, monjas o ermitaños, pero en el siglo XV se extendió una forma modificada de credo místico entre los seculares. Este «misticismo práctico» no pretendía la plena unión extática con Dios, sino una sensación continuada de presencia divina durante el curso de la vida cotidiana. El manual más popular que señalaba el camino para esta meta era *Imitación de Cristo*, compuesto hacia 1427 probablemente por el canónigo del norte de Alemania Tomás de Kempis. Como este libro estaba escrito en un estilo sencillo pero vigoroso y enseñaba cómo ser un devoto cristiano mientras se seguía viviendo de manera activa en el mundo, resultó particularmente atractivo para los lectores seculares y pronto se tradujo a las principales lenguas europeas. Desde entonces hasta hoy los cristianos lo han leído más que cualquier otra obra religiosa con excepción de la Biblia. *Imitación* insta a sus lectores a participar en una ceremonia religiosa —el sacramento de la eucaristía—, pero por lo demás resalta la devoción interior. Según sus enseñanzas, el cristiano es más capaz de convertirse en el «compañero» de Jesucristo recibiendo la comunión, ocupándose en la meditación bíblica y llevando una vida sencilla y moral.

Lolardos y husitas

Una tercera forma distinta de piedad bajomedieval constituyó una franca protesta religiosa o herejía. En Inglaterra y Bohemia en especial, los movimientos herejes se convirtieron en una amenaza seria para la Iglesia. El iniciador de la herejía en Inglaterra fue un teólogo de Oxford llamado John Wyclif (c. 1330-1384), cuya

rigurosa fidelidad a la teología de san Agustín lo llevó a creer que cierto número de cristianos estaba predestinado a la salvación, mientras que el resto estaba condenado de manera irrevocable. Pensaba que los predestinados debían vivir con sencillez, según las normas del Nuevo Testamento, pero descubrió que, en realidad, la mayoría de los miembros de la jerarquía eclesiástica se recreaban en extravagancias ostentosas. De ahí concluyó que la mayoría de las autoridades religiosas estaban condenadas. La única solución que encontró fue que los gobernantes seculares se apropiaran de la riqueza de la Iglesia y la reformaran, que sustituyeran a los sacerdotes y obispos corruptos por hombres que vivieran con arreglo a los criterios apostólicos. La postura de Wyclif atrajo a algunos aristócratas cercanos a la corte real inglesa, que la utilizó para aterrorizar al papa y al clero local con el fin de obligarles a pagar los impuestos a la corona. Pero al final de su vida Wyclif pasó de limitarse a abogar por la reforma a atacar a algunas de las instituciones básicas de la Iglesia, sobre todo el sacramento de la eucaristía. Este radicalismo alarmó a sus protectores influyentes, y en caso de haber vivido más, puede que hubiera sido condenado formalmente.

Sin embargo, su muerte no dio tregua a la Iglesia, porque había atraído a numerosos seguidores laicos —llamados lolardos— que continuaron con celo la divulgación y el desarrollo de sus ideas. Sobre todo, los lolardos enseñaban que los cristianos devotos no debían confiar su salvación a los sacramentos de una Iglesia corrupta, sino que tenían que estudiar la Biblia (que tradujeron en seguida al inglés) y los tratados religiosos lolardos. En las dos últimas décadas del siglo XIV lograron muchos adeptos, pero tras la introducción en Inglaterra de la pena de muerte por herejía en 1401 y el fracaso de un alzamiento lolardo en 1414, la ola herética cedió. No obstante, los lolardos sobrevivieron hasta el siglo XVI, cuando se fundieron en los nuevos movimientos religiosos desencadenados por la Reforma protestante.

Mucho mayor fue la influencia del wyclifismo en Bohemia. Hacia 1400, algunos alumnos checos que habían estudiado en Oxford llevaron consigo a la capital bohemia de Praga las ideas de Wyclif. Allí el wyclifismo lo adoptó con entusiasmo un predicador elocuente llamado Jan Hus (c. 1373-1415), quien ya arremetía en sermones muy concurridos contra «el mundo, el demonio y la carne». Hus utilizó las ideas de Wyclif para respaldar sus llamamientos a poner fin a la corrupción eclesiástica, y congregó a muchos bohemios en la causa de la reforma entre los años 1408 y 1415. Sin embargo, en contraste con los lolardos, cuyas posturas heréticas sobre la eucaristía les costaron mucho apoyo, Hus resaltaba la centralidad de la eucaristía en la devoción cristiana y exigía que los laicos debían recibir no sólo el pan consagrado de la misa, sino también el vino consagrado, que la Iglesia bajomedieval reservaba sólo para los sacerdotes. Esta demanda, conocida como *utraquismo*, obtuvo un amplio respaldo popular entre los laicos bohemios y se convirtió en el símbolo de

unión del movimiento husita.

Influyentes aristócratas apoyaron a Hus, en parte, por orgullo nacional, pero también con la esperanza de que sus reformas les permitieran recuperar los ingresos que habían perdido ante el clero católico ortodoxo en el siglo anterior. Sin embargo, por encima de todo, Hus obtuvo un seguimiento masivo debido a su elocuencia e interés por la justicia social. Por tanto, la mayoría de Bohemia le apoyaba cuando en 1415 aceptó viajar al Concilio de Constanza para defender sus puntos de vista y tratar de convencer a los prelados reunidos de que sólo una reforma total podía salvar a la Iglesia. Pero aunque le habían garantizado su seguridad personal, dicha garantía fue revocada en cuanto llegó al Concilio: en lugar de concederle una audiencia justa, fue juzgado por herejía y quemado.

Sus seguidores de Bohemia se sintieron ultrajados con razón e izaron de inmediato la bandera de la revuelta. Los aristócratas aprovecharon la situación para apoderarse de las tierras de la Iglesia, y los sacerdotes, artesanos y campesinos más pobres aunaron sus fuerzas con la esperanza de alcanzar las metas de Hus sobre la reforma religiosa y la justicia social. Entre 1420 y 1424, los ejércitos de los husitas radicales conocidos como taboritas, acaudillados por un brillante general ciego, Jan Zizka, derrotaron con rotundidad a varias fuerzas invasoras de caballeros cruzados enviados contra ellos por el papado. Estas victorias aumentaron el radicalismo de los taboritas y les inspiraron a alcanzar cotas de fervor apocalíptico. Por fin, en 1434, husitas más conservadores, dominados por la aristocracia, redujeron a los radicales y negociaron un acuerdo con la Iglesia que permitió el utraquismo junto con la ortodoxia católica en la Iglesia bohemia. Bohemia no regresó por completo al redil católico hasta el siglo XVI. La declaración husita de independencia religiosa fue tanto un anticipo de lo que iba a llegar cien años después con el protestantismo, como la más lograda expresión bajomedieval de descontento con el gobierno eclesiástico.

Crisis política y recuperación

La Baja Edad Media estuvo marcada por una actividad bélica incesante. Para librar las guerras, los gobernantes victoriosos desarrollaron nuevos poderes para gravar y controlar a sus súbditos, hechos que tuvieron consecuencias de largo alcance. Los ejércitos aumentaron de tamaño, la tecnología militar se volvió más mortífera y la sociedad se militarizó más. Como resultado, en 1500 los gobiernos europeos (en particular, las monarquías nacionales de Portugal, España y Francia) eran más fuertes y expansionistas que dos siglos antes. Las repercusiones de esta transformación se sentirían en todo el mundo, como veremos en el capítulo 12. Sin embargo, de momento, pasemos a examinar los conflictos europeos que provocaron esta

transformación.

ITALIA

En el sur de Italia, el reino de Nápoles permaneció envuelto en una belicosidad endémica y mala administración durante los siglos XIV y XV. El siglo XIV fue también una época de problemas para los Estados Pontificios del centro de Italia, pero tras el fin del Gran Cisma en 1417, los papas consolidaron dichos territorios y se convirtieron en los gobernantes efectivos de buena parte del centro de la península italiana. Más al norte, algunas de las principales ciudades-estado —como Florencia, Venecia, Siena y Génova— habían experimentado contiendas sociales ocasionales y con frecuencia prolongadas durante el siglo XIV debido a las presiones económicas de la era. Pero antes o después las familias más poderosas o los grupos de interés superaron la resistencia interna. Hacia 1400, las tres ciudades principales del norte —Venecia, Milán y Florencia— habían fijado de manera definitiva sus diferentes formas de gobierno: Venecia estaba gobernada por una oligarquía mercantil; Milán, por un despotismo dinástico; y Florencia, por un complejo sistema supuestamente republicano que en realidad estaba controlado por los ricos. (A partir de 1434, la república florentina estuvo dominada en la práctica por la familia de banqueros Medici.)

Una vez resueltos sus problemas internos, Venecia, Milán y Florencia procedieron desde en torno a 1400 a expandir su territorio, y conquistaron casi todas las restantes ciudades y pueblos septentrionales de Italia, salvo Génova, que permaneció próspera e independiente, pero no obtuvo nuevos territorios. Así pues, a mediados del siglo XV Italia ya estaba dividida en cinco partes principales: los estados de Venecia, Milán y Florencia en el norte; los Estados Pontificios en el centro, y el reino de Nápoles en el sur. Un tratado de 1454 dio inicio a cuarenta años de paz entre estos estados; cuando uno amenazaba con desestabilizar el «equilibrio de poder», los restantes se solían aliar en su contra antes de que estallara una guerra seria. No obstante, en 1494 una invasión francesa abrió un período de guerra renovada en el que España hizo frente con éxito al intento francés de dominar Italia.

ALEMANIA

Al norte de los Alpes prevaleció la conmoción política durante todo el siglo XIV y se prolongó hasta el siglo XV. Es probable que la peor inestabilidad la experimentara Alemania. Allí los príncipes prácticamente independientes guerreaban de forma

continúa tanto con los emperadores muy debilitados como entre sí. Entre 1350 y 1450 aproximadamente, reinó casi la anarquía, porque mientras los príncipes combatían y subdividían sus herencias en territorios más pequeños, potencias menores como ciudades libres y caballeros dueños de uno o dos castillos luchaban por sacudir su yugo. En la mayor parte del oeste alemán estos intentos lograron el éxito necesario para fragmentar la autoridad política más que nunca, pero en el este, desde 1450, algunos príncipes alemanes más fuertes consiguieron asentar su autoridad sobre las fuerzas divisorias. Una vez logrado, comenzaron a gobernar con firmeza sobre estados de tamaño medio, según el modelo de las monarquías nacionales mayores de Inglaterra y Francia. Los príncipes más fuertes eran los de los territorios orientales como Baviera, Austria y Brandeburgo, porque allí los pueblos eran menos y más pequeños, y los príncipes habían sabido aprovechar la debilidad imperial para presidir la colonización de grandes extensiones de tierra. Los príncipes Habsburgo de Austria y los Hohenzollern de Brandeburgo —territorio unido en el siglo XVI con las tierras del extremo oriental de Prusia— serían las potencias más influyentes en el futuro de Alemania.

FRANCIA

Francia también se vio desgarrada por las contiendas durante buena parte del período, primordialmente en la forma de la Guerra de los Cien Años con Inglaterra. Esta guerra fue en realidad una serie de conflictos que duraron de 1337 a 1453 y cuyas raíces se remontaban a la década de 1290. De las varias causas de esta lucha prolongada, la principal fue el antiguo problema del territorio francés que dominaban los reyes ingleses. Al comienzo del siglo XIV, los reyes ingleses, como vasallos de la corona de Francia, seguían gobernando buena parte de las fértiles tierras meridionales francesas de Gasconia y Aquitania. Obviamente, los franceses, que desde el reinado de Felipe Augusto habían expandido y consolidado su gobierno, esperaban expulsar a los ingleses, circunstancia que hizo inevitable la guerra. Otra causa de disputa fue que sus intereses económicos en el mercado lanero con Flandes llevaron a Inglaterra a apoyar los intentos frecuentes de los burgueses flamencos de rebelarse contra el dominio francés. Por último, en la guerra se mezcló una disputa sucesoria sobre la corona francesa. En 1328, el último de los tres hijos del rey Felipe IV murió sin dejar descendencia directa. Una nueva dinastía, los Valois, reemplazó a partir de entonces a los capetos en el trono de Francia. Sin embargo, los reyes Valois reclamaron ser los herederos más directos de los capetos prohibiendo la herencia a través de las mujeres, pues de lo contrario el heredero legítimo al trono de Francia habría sido el rey Eduardo III de Inglaterra, cuya madre era hija de Felipe IV de Francia. En 1328

Eduardo sólo tenía quince años y no protestó cuando sus primos Valois ascendieron al trono. No obstante, en 1337, cuando estallaron hostilidades entre Francia e Inglaterra, Eduardo respondió reclamando que era el rey legítimo de Francia, reivindicación que todos los reyes ingleses posteriores sostendrían hasta el siglo XVIII.

Francia era el país más rico de Europa y sobrepasaba a Inglaterra en población al menos en una proporción de tres a uno. Sin embargo, hasta la década de 1430 los ingleses ganaron la mayoría de las batallas campales. Una de las razones era que los ingleses habían aprendido tácticas militares superiores en sus batallas anteriores con los galeses y escoceses, y de este modo podían emplear arqueros bien disciplinados para rechazar y dispersar a los caballeros franceses montados y bien armados. En las tres mayores batallas del largo conflicto —Crécy (1346), Poitiers (1356) y Agincourt (1415)— los ingleses, inferiores en número, contaron con un ejército profesional muy disciplinado y el uso eficaz del arco para infligir derrotas aplastantes a los franceses. Otra razón del éxito inglés fue que la guerra se libró siempre en suelo francés, lo que hacía que los soldados ingleses se mostraran dispuestos a combatir porque pensaban en el rico botín que obtendrían mientras su tierra natal no sufría ninguno de los desastres de la guerra. Lo peor para los franceses era que con frecuencia se hallaban muy divididos. La corona francesa siempre había temido los intentos provinciales de afirmar la autonomía: durante el largo período bélico, muchos dirigentes aristócratas de provincias aprovecharon la confusión para aliarse con el enemigo y buscar su propio provecho. El ejemplo más llamativo y fatídico fue la separación de Borgoña, cuyos duques se aliaron con los ingleses de 1419 a 1435, acto que puso en entredicho la existencia de una corona francesa independiente.

Fue en este período oscuro cuando apareció la figura heroica de Juana de Arco para unir a los franceses. En 1429 Juana, campesina analfabeta pero extremadamente devota, buscó al monarca francés no coronado Carlos VII para anunciarle que ella tenía la misión divina de expulsar a los ingleses de Francia. Carlos le permitió tomar el mando de sus tropas, y su piedad y sinceridad causaron una impresión tan favorable en los soldados que su moral se elevó inmensamente. En pocos meses Juana infligió varias derrotas a las fuerzas inglesas en el centro de Francia e hizo conducir a Carlos a Reims, donde fue coronado rey. Pero en mayo de 1430 los borgoñones la capturaron y la entregaron a los ingleses, que la acusaron de bruja y la juzgaron por herejía. Condenada en 1431 tras un juicio amañado, fue quemada en la hoguera en la plaza del mercado de Rouen. No obstante, los franceses, animados por sus victorias iniciales, continuaron avanzando en su ofensiva. Cuando Borgoña abandonó la alianza con Inglaterra en 1435 y el rey inglés Enrique VI demostró ser totalmente incompetente, el bando francés disfrutó de una serie ininterrumpida de triunfos. En 1453 la toma de Burdeos, la última plaza fuerte inglesa en el suroeste, puso término a la larga guerra. Los ingleses ya no dominaban ninguna tierra francesa,

salvo el puerto del canal, Calais, que acabaron perdiendo en 1558.

La Guerra de los Cien Años no se limitó a expulsar a los ingleses del territorio francés, sino que además fortaleció grandemente los poderes de la corona francesa. Aunque varios de los monarcas galos que se sucedieron durante la larga guerra fueron personalidades incompetentes —uno, Carlos VI (1380-1422), sufría ataques periódicos de locura—, la monarquía demostró un poder de permanencia notable. Y cuando las exigencias de la guerra se gestionaron con habilidad, permitieron a los reyes Valois aglutinar nuevos poderes, sobre todo el derecho a recaudar impuestos nacionales y a mantener un ejército permanente. Por ello, una vez que Carlos VII consiguió derrotar a los ingleses, la corona fue capaz de renovar la tradición real altomedieval de gobernar el país con firmeza. Durante los reinados de los sucesores de Carlos, Luis XI (1461-1483) y Luis XII (1498-1515), la monarquía cobró mayor fuerza todavía. Su triunfo fundamental fue la destrucción del poder de Borgoña en 1477, cuando su duque Carlos el Temerario cayó en la batalla víctima de los suizos. Como el duque murió sin dejar heredero varón, Luis XI de Francia marchó sobre Borgoña y se anexionó el ducado independizado. Más adelante, cuando Luis XII obtuvo Bretaña por matrimonio, los reyes galos afianzaron su poder sobre casi todo el territorio que en la actualidad se incluye en las fronteras de Francia.

INGLATERRA

Aunque la Guerra de los Cien Años se libró en suelo francés y no inglés, también produjo gran inestabilidad en Inglaterra. Cuando los ejércitos ingleses triunfaban en Francia —como en general fue el caso durante los reinados de Eduardo III (1327-1377) y Enrique V (1413-1422)—, la corona alcanzó la cima de la popularidad y el país prosperó por los botines militares y los rescates de los prisioneros franceses capturados. Sin embargo, cuando el curso de la batalla cambió en contra de los ingleses —como ocurrió en los reinados de Ricardo II (1377-1399) y Enrique VI (1422-1461)—, los exasperados contribuyentes de Inglaterra hicieron responsables a sus monarcas de estos caros y vergonzosos fracasos militares. Así pues, la derrota en el exterior socavaba de inmediato el apoyo político y fiscal de un rey en su reino, lo que políticamente imposibilitaba la retirada de la guerra a pesar de sus ingentes costes. Para empeorar las cosas, durante la Baja Edad Media gobernó Inglaterra un número inusualmente grande de reyes peligrosos o incompetentes. De los nueve reyes que llegaron al trono entre 1307 y 1485, no menos de cinco fueron depuestos y asesinados por sus súbditos.

La propensión particular de los ingleses a asesinar a sus monarcas (tema comentado en toda Europa) era una consecuencia de su peculiar sistema político.

Como hemos visto, Inglaterra era el reino de Europa con el gobierno más estrictamente controlado, pero su sistema político dependía de la capacidad del monarca para movilizar el respaldo popular a favor de sus medidas mediante el parlamento, a la vez que mantenía el apoyo de su nobleza a través de las victoriosas guerras en Gales, Escocia y Francia. Como resultado, una monarquía incompetente o tiránica resultaba más desestabilizadora y peligrosa allí que en el resto de Europa debido a la complejidad y el poder del estado inglés. En Francia, los nobles soportaron la locura de Carlos VI porque su gobierno no era lo bastante poderoso para amenazarlos. Sin embargo, en Inglaterra la inanidad y locura final de Enrique VI (1422-1461) provocaron una rebelión de la aristocracia en su contra conocida como la Guerra de las Rosas, así llamada (por el novelista del siglo XIX sir Walter Scott) debido a los emblemas de las dos facciones rivales: la rosa roja de la familia Lancaster de Enrique, y la rosa blanca de su primo rival, el duque de York. En 1461, tras una lucha de seis años, Eduardo, duque de York, consiguió por fin derrocar a Enrique VI y gobernar con destreza hasta su muerte en 1483. Pero cuando Ricardo, el hermano de Eduardo, quitó del trono a los hijos pequeños del rey, la estabilidad política de Inglaterra volvió a derrumbarse. En 1485, Ricardo III fue a su vez derrotado y cayó muerto en la batalla de Bosworth Field a manos del último pretendiente al trono que quedaba de los Lancaster, Enrique Tudor, quien resolvió la enemistad entre Lancaster y York casándose con Isabel de York. Enrique VII se dedicó a eliminar de forma sistemática a sus rivales al trono, evitó las caras guerras en el extranjero, amasó un excedente financiero mediante la gestión cuidadosa de sus posesiones y reafirmó el control real sobre la aristocracia. Cuando murió en 1509, la nueva dinastía Tudor se hallaba firmemente asentada en el trono inglés y el poder de la monarquía se había restablecido por completo. Su hijo Enrique VIII (1509-1547) construiría sobre los cimientos que había establecido su padre, disolvería los monasterios ingleses y declarararía el país religiosamente independiente de Roma.

A pesar de la conmoción causada por la guerra y la rebelión, la vida política inglesa bajomedieval gozó de una estabilidad esencial. Las instituciones locales continuaron funcionando; el parlamento dispuso de una importancia creciente como punto de contacto entre corona, aristocracia y comunidades locales; y la misma comunidad política se fue ampliando a medida que la prosperidad proporcionaba prominencia a nuevos grupos sociales. Pero lo más importante de todo fue que no se planteó nunca un desafío fundamental al poder del estado. Hasta los aristócratas rebeldes intentaron siempre controlar el gobierno central en lugar de destruirlo o separarse de él. De este modo, cuando Enrique VII llegó al trono, no tuvo que recuperar ningún territorio inglés, como fue el caso de Luis XI de Francia respecto a Borgoña, y además el antagonismo de la Guerra de los Cien Años surtió el benéfico efecto final de fortalecer la identidad nacional inglesa. Desde la conquista normanda

hasta el siglo XIV, el francés había sido la lengua preferida por la corona y aristocracia inglesas, pero el creciente sentimiento antifrancés contribuyó al triunfo del inglés como lengua nacional hacia 1400. La pérdida de tierras en Francia también acabó resultando beneficiosa. Inglaterra se convirtió en una nación isla, sin intereses significativos en el continente europeo. Este hecho le otorgó mayor maniobrabilidad diplomática en la política europea del siglo XVI y más adelante ayudó a fortalecer su capacidad de invertir sus energías en la expansión ultramarina en América y otros lugares.

ESPAÑA

Mientras Luis XI de Francia y Enrique VII de Inglaterra reafirmaban el poder real en sus países respectivos, los monarcas españoles Fernando e Isabel hacían lo propio en la península Ibérica. El territorio había padecido contiendas incesantes en la Baja Edad Media; Aragón y Castilla habían combatido con frecuencia entre ellos, y las facciones aristocráticas dentro de esos reinos habían luchado sin cesar contra la corona. Pero en 1469 Fernando, heredero de Aragón, se casó con Isabel, heredera de Castilla: su unión estableció las bases de la España moderna.

Aunque Aragón y Castilla mantuvieron sus instituciones separadas hasta 1716, la guerra entre los dos reinos antes independientes terminó y el nuevo país fue capaz de emprender políticas unidas. Isabel y Fernando, que gobernaron respectivamente hasta 1504 y 1516, sometieron a sus noblezas y, en el mismo año (1492), se anexionaron Granada, el último estado musulmán que quedaba en la Península, y expulsaron a los judíos de España. Algunos historiadores creen que la expulsión de los judíos fue motivada por intransigencia religiosa; otros, que fue un acto de estado cruel pero desapasionado que pretendía evitar que los conversos (judíos que se habían convertido al cristianismo) reincidieran. Sea como fuere, el obligado éxodo judío llevó a suponer a Fernando e Isabel que habían eliminado una amenaza interna para la cohesión nacional y les animó a iniciar una ambiciosa política exterior: no sólo pasaron a interesarse por la expansión ultramarina, apoyando a Cristóbal Colón fundamentalmente, sino que también intervinieron de forma decisiva en la política italiana. Enriquecida por la afluencia del oro y la plata americanos tras las conquistas de México y Perú, y casi invencible en los campos de batalla, España se convirtió en el estado más poderoso de la Europa del siglo XVI.

EL TRIUNFO DE LAS MONARQUÍAS NACIONALES

La Baja Edad Media contempló el surgimiento de estados europeos mucho más poderosos que los que existían en 1300. Pero los modelos básicos de la vida política altomedieval cambiaron muy poco. Alemania e Italia estaban políticamente divididas en 1300 y así permanecían en 1500, a pesar del surgimiento de unos cuantos estados capaces de tamaño medio en ambos países. Inglaterra y Francia, las monarquías nacionales más poderosas de la Alta Edad Media, seguían manteniendo la misma condición en 1500, si bien España había surgido como nueva y poderosa rival para ambas. Sólo Sicilia había sufrido una transformación fundamental. Agotada económicamente por las exigencias de sus gobernantes de los siglos XII y XIII, en la Baja Edad Media se convirtió en la tierra empobrecida que ha continuado siendo hasta el día de hoy.

Sin embargo, el rasgo más notable de la política bajomedieval fue el triunfo de las monarquías nacionales, cuya superioridad ante formas rivales de organización política se ve con la mayor claridad en Italia. Hasta 1494, parecía que las ciudades-estado italianas estaban relativamente bien gobernadas y eran poderosas, pero cuando Francia y España invadieron la Península, el orden político se desplomó como un castillo de naipes. Alemania sufriría el mismo sino unas generaciones después. Los recursos de dinero y tropas empleados por las monarquías nacionales eran mucho mayores que los que estaban al alcance de los principados de Alemania o las ciudades-estado de Italia. Como resultado, las monarquías nacionales heredaron el futuro de Europa.

Los rus kievanos y el ascenso de Moscovia

Al igual que a finales del siglo XV se produjo la consolidación del poder de las monarquías nacionales de Europa occidental, también se afianzó el estado que se convertiría en la potencia dominante de Europa oriental, Rusia. Pero Rusia no se parecía en absoluto a las naciones-estado occidentales; hacia 1500 ya había dado los primeros pasos decisivos para convertirse en el principal imperio europeo de estilo oriental.

Si no hubiera sido por una combinación de circunstancias bajomedievales, uno o varios estados eslavos orientales podrían muy bien haberse desarrollado con arreglo a criterios occidentales más típicos. Como vimos en el capítulo 8, los fundadores de la primera entidad política situada en los territorios de las actuales Rusia, Ucrania y Bielorrusia fueron occidentales, vikingos suecos (conocidos como rus) que en el siglo X establecieron un principado en Kiev junto a las rutas comerciales que llevaban de Escandinavia a Constantinopla. Como el estado kievano que fundaron se encontraba en el extremo más occidental de la estepa rusa, era natural que Kiev (hoy capital de

Ucrania) mantuviera relaciones diplomáticas y comerciales con Europa occidental, así como con Bizancio. En el siglo XI el rey Enrique I de Francia se casó con una princesa kievana, Ana; por consiguiente, a su hijo se le puso el nombre kievano de Felipe, cristianización que marcó la introducción de este nombre hasta entonces ajeno en Occidente. Además de estos lazos directos con la cultura occidental, el gobierno kievano también guardaba algunas similitudes con los modelos monárquicos occidentales, puesto que el poder de gobernar del príncipe kievano estaba limitado por la institución del *veche* o asamblea popular.

LAS INVASIONES DE LOS MONGOLES

Pero a partir de 1200 cuatro acontecimientos trascendentales conspiraron para separar a Rusia de Europa occidental. El primero fue la conquista de la mayoría de los estados eslavos orientales por los mongoles en el siglo XIII. Ya en el siglo XI Kiev había padecido las incursiones de una tribu asiática conocida como los polovtsy, pero junto con los restantes principados rusos federados consiguió al final mantenerlos a raya. Los mongoles, que invadieron Rusia en 1237, fueron un asunto completamente diferente. Acaudillados por Batu, nieto del gran Gengis Jan (o Kan), los mongoles causaron tal devastación a medida que avanzaban hacia el oeste que, según un contemporáneo, «no quedaba ningún ojo abierto para llorar a los muertos». En 1240 los mongoles invadieron Kiev y dos años más tarde crearon su propio estado en el bajo Volga —el janato (o kanato) de la Horda Dorada—, que ejerció su protectorado sobre casi toda Rusia durante los ciento cincuenta años posteriores. En el siglo XIII, los gobernantes mongoles de Rusia llevaron a cabo censos directos, instalaron sus propios cargos administrativos y exigieron que los príncipes de Rusia viajaran a Mongolia con el fin de obtener permiso del gran jan para gobernar sus territorios. Sin embargo, hacia 1300 los mongoles cambiaron de proceder. En lugar de pretender gobernar Rusia de forma directa, toleraron la existencia de varios estados eslavos, a quienes exigieron obediencia y pagos de tributos regulares. Kiev, no obstante, nunca recuperó la posición dominante que había disfrutado antes de las invasiones de los mongoles.

EL ASCENSO DE MOSCOVIA

El principado autóctono que acabó surgiendo para derrotar a los mongoles y unificar buena parte de Rusia fue el gran ducado de Moscú, que ascendió al poder a comienzos del siglo XIV como centro de recaudación de tributos para el janato

mongol. La alianza de Moscú con los mongoles no le protegía necesariamente de sus ataques: la ciudad fue destruida en el momento de las invasiones y de nuevo en 1382. Pero a pesar de estos contratiempos, Moscú fue capaz, con el apoyo mongol, de absorber el territorio del gran principado de Vladimir y, de este modo, convertirse poco a poco en la potencia política dominante en el noreste de Rusia.

Moscú presentaba además la ventaja de hallarse muy lejos de la base de poder de los mongoles en el bajo Volga. Su situación remota lo convertía en un aliado particularmente valioso para el janato mongol, a la vez que permitió a los grandes duques consolidar su fuerza sin atraer demasiada atención de los janas. A pesar de su lejanía, el gran ducado mantenía algunos contactos comerciales con las regiones de los mares Báltico y del Norte. Lo que en realidad distanciaba a Moscú de Europa occidental era la enorme hostilidad religiosa que existía entre las Iglesias ortodoxas orientales (Moscú era una de ellas) y la Iglesia occidental encabezada por el papado. La hostilidad entre estas dos grandes ramas del cristianismo tenía profundas raíces históricas. Sin embargo, en la Baja Edad Media lo que de verdad excitaba la animosidad religiosa de Moscú hacia los cristianos europeos occidentales era la creciente fortaleza del reino de Polonia y las circunstancias que llevaron a la caída de Constantinopla ante los turcos otomanos en 1453.

LA RIVALIDAD CON POLONIA

Durante la mayor parte de la Edad Media, el reino de Polonia había sido una potencia de segunda, por lo general, situada a la defensiva ante las invasiones alemanas. Pero en el siglo XIV la situación cambió de manera espectacular, debido en parte a que por entonces la fortaleza alemana no era ya ni la remota sombra de lo que había sido y, sobre todo, a que el matrimonio en 1386 de Jadwiga, la reina de Polonia, con Jagiello, gran duque de Lituania, había duplicado con creces el tamaño del país, lo que permitió que se convirtiera en un importante estado expansionista. Antes incluso de 1386 el gran ducado de Lituania había empezado a hacerse con un extenso territorio, no sólo en las orillas del Báltico donde se encuentra el estado actual, sino en Bielorrusia y Ucrania. El impulso expansionista de Lituania aumentó tras la unión con Polonia. En 1410, las fuerzas combinadas polaco-lituanas en la batalla de Tannenberg infligieron una rotunda derrota a la orden militar alemana de los Caballeros Teutónicos que gobernaba la vecina Prusia. A comienzos del siglo XV Polonia-Lituania extendió tanto sus fronteras hacia el este que pareció que la nueva potencia estaba a punto de conquistar Rusia entera. Aunque mucha de la nobleza lituana era ortodoxa oriental, Polonia apoyaba el catolicismo romano, y la Iglesia oficial de Lituania también era la católica romana. Así pues, cuando Moscú

emprendió la ofensiva contra Polonia-Lituania a finales del siglo xv, pudo apelar tanto a los sentimientos religiosos como a los nacionales. Siguió una guerra prolongada que exacerbó mucho los antagonismos hacia Polonia y la tradición cristiana latina que representaba a los ojos de los moscovitas.

MOSCÚ Y BIZANCIO

El creciente distanciamiento entre Moscú y Europa occidental aumentó más por los acontecimientos que llevaron a la caída de Constantinopla ante los turcos otomanos en 1453. Los contactos entre los otomanos y los rus se remontaban al siglo x, cuando los misioneros procedentes del Imperio bizantino habían convertido a los eslavos kievanos al cristianismo ortodoxo. Las relaciones entre las iglesias oriental y occidental se habían tensado a partir de 1054, cuando ambas se separaron debido a la primacía papal y la formulación del credo niceno. Pero odio exacerbado es la única expresión que describe las actitudes bizantinas hacia Roma desde 1204, cuando la cuarta cruzada saqueó Constantinopla. Los rusos ortodoxos orientales se compadecieron de sus mentores bizantinos y creyeron más que nunca que tenían razones extraordinarias para huir de la «infección romana» tras la hecatombe de 1453. Fue así porque en 1438 los bizantinos de Constantinopla, al percibir que estaba a punto de ponerse en marcha un potente ataque turco, aceptaron someterse a la autoridad papal y unirse con la Iglesia occidental en la esperanza de que estas promesas les proporcionaran apoyo militar de Occidente para su última batalla. Pero a pesar de su sumisión, no llegó ninguna ayuda, y Constantinopla cayó ante los turcos en 1453 sin que un solo caballero católico romano levantara una mano.

La jerarquía ortodoxa de Moscú se había negado a seguir a Bizancio en su sometimiento religioso, pues lo consideraba una traición a la ortodoxia cristiana. Así pues, tras la caída de Constantinopla, los moscovitas concluyeron que la victoria turca era un castigo divino por la perfidia religiosa de los bizantinos. El estado moscovita se convirtió de este modo en el centro de una ideología antirromana particularmente celosa, cuando Moscú empezó a verse como el sucesor de Bizancio nombrado por Dios. El gobernante ruso adoptó el título de zar —que significa «cesar»— y los rusos afirmaron que Moscú era «una segunda Jerusalén» y «la tercera Roma»: «Dos Romas han caído —dijo un representante ruso—, la tercera todavía se sostiene y no habrá una cuarta». Esta ideología derivada de Bizancio subyació tanto en el aumento posterior del imperialismo ruso como en la posición sagrada otorgada a los gobernantes del estado moscovita (y más adelante ruso).

Bajo esta confianza imperial yacía el poder cada vez mayor de los grandes duques de Moscú. En la práctica, Moscú había sido independiente de los mongoles desde finales del siglo XIV, cuando un gobernante mongol rival llamado Timur el Cojo (Tamerlán) había destruido el janato de la Horda Dorada. Pero fue Iván III, conocido habitualmente como el Grande, quien transformó el gran ducado de Moscú en una verdadera potencia imperial. Declarando que era el Zar Blanco (y, por tanto, el sucesor legítimo de la Horda Dorada), Iván se lanzó a una serie de conquistas entre 1468 y 1485 que anexionaron, uno tras otro, los principados rusos independientes que se encontraban entre Moscú y la frontera de Polonia-Lituania. Tras dos invasiones sucesivas de Lituania en 1492 y 1501, Iván logró también el control de partes de Bielorrusia y Ucrania. Las batallas entre Rusia y Polonia-Lituania continuarían durante varios siglos a partir de entonces, pero en 1505, cuando Iván murió, ya había establecido Moscú como una potencia que había que tener en cuenta en el escenario europeo.

Bajo Iván III, Moscú fue evolucionando en la dirección de la autocracia política y el imperialismo. Su asunción del título imperial significaba que se declaraba sucesor no sólo de los janes mongoles, sino también de los emperadores bizantinos difuntos, quienes a su vez habían sido los herederos de los césares romanos. En 1452 Iván se casó con la sobrina del último gobernante bizantino; después adoptó como insignia el águila bicéfala y reconstruyó la residencia principesca fortificada de Moscú, el Kremlin, con un magnífico estilo renacentista italiano que exhibía su esplendor imperial. Como zar, Iván se concebía como el potentado autócrata no sólo de los rusos de Moscú, sino de todos los rusos e incluso, en potencia, de los bielorrusos y ucranianos. En el siglo XVI el expansionismo ruso se dirigió principalmente hacia el sur y el este, contra los pequeños estados sucesores de la Horda Dorada mongola. Sin embargo, a partir de mediados del siglo XVI, la presión moscovita contra Ucrania se intensificaría, lo que conduciría al enorme imperio territorial que Pedro el Grande construiría a comienzos del siglo XVIII. No se puede trazar una línea directa de Iván III a Pedro el Grande, pero éste recurriría a los cimientos que Iván estableció para justificar su derecho a incorporar a los rusos y una amplia variedad de pueblos no rusos en el que se convertiría en el mayor imperio de Europa.

Pensamiento, literatura y arte

Aunque las privaciones extremas a las que se vio sometida Europa occidental en la Baja Edad Media podrían haber llevado al declive o estancamiento de las empresas

intelectuales y artísticas, lo cierto es que el período fue extremadamente fructífero en los ámbitos del pensamiento, la literatura y las artes. En este apartado pospondremos el tratamiento de algunos desarrollos más relacionados con la historia incipiente del Renacimiento italiano para centrarnos en el análisis de algunos de los logros restantes más importantes de la época en el campo intelectual y artístico.

TEOLOGÍA Y FILOSOFÍA

Desde aproximadamente 1300, la teología y la filosofía se enfrentaron a una crisis de duda no acerca de la existencia de Dios y sus poderes sobrenaturales, sino sobre la capacidad humana para comprender lo sobrenatural. Santo Tomás de Aquino y otros escolásticos de la Alta Edad Media habían delimitado serenamente el número de los «misterios de la fe» y creían que todo lo demás, tanto en el cielo como en la tierra, lo podían comprender totalmente los humanos. Pero las inundaciones, hambrunas, guerras y pestes del siglo XIV contribuyeron a socavar tal confianza en las facultades del entendimiento humano. Una vez que los seres humanos experimentaron que el universo era arbitrario e impredecible, los pensadores del siglo XIV empezaron a preguntarse si no había mucho más en el cielo y en la tierra que no pudieran entender sus filosofías. El resultado fue una revisión completa del punto de vista teológico y filosófico previo.

El principal pensador abstracto bajomedieval fue el franciscano inglés William Ockham, quien nació en torno a 1285 y falleció en 1349, al parecer a causa de la Peste Negra. Por tradición los franciscanos habían albergado mayores dudas que los dominicos como santo Tomás de Aquino sobre las facultades de la razón humana para comprender lo sobrenatural; Ockham, convencido por los acontecimientos de su época, expresó esas dudas de la forma más terrible. Negó que la existencia de Dios y otros diversos asuntos teológicos pudieran demostrarse fuera de la revelación de las Escrituras y resaltó la libertad de Dios y su poder absoluto para hacer lo que se le antojara. En la esfera del conocimiento humano en sí, el intelecto inquisitivo de Ockham le llevó a buscar certezas absolutas en lugar de meras teorías. Al investigar los asuntos terrenales, desarrolló la postura, conocida como nominalismo, de que sólo las cosas individuales, no las colectividades, son reales y que, por tanto, una cosa no puede comprenderse mediante otra: para conocer una silla hay que verla y tocarla en lugar de limitarse a saber cómo son otras sillas. El sistema lógico formal que desarrolló Ockham a partir de este principio fundamental se convirtió en el sistema filosófico más influyente de la Baja Edad Media.

Su punto de vista obtuvo un amplio reconocimiento en las universidades e influyó mucho en el desarrollo del pensamiento occidental. Su preocupación por lo que Dios

podía hacer llevó a sus discípulos a plantear algunas de las aparentes preguntas absurdas por las que la teología medieval ha recibido burlas: por ejemplo, inquirir si Dios puede deshacer el pasado o si un número infinito de espíritus puros pueden habitar simultáneamente el mismo lugar (los pensadores medievales más cercanos llegaron a preguntarse cuántos ángeles pueden bailar en la cabeza de un alfiler). No obstante, el énfasis de Ockham en preservar la autonomía de Dios llevó a resaltar la omnipotencia divina hasta convertirla en una de las presuposiciones básicas del protestantismo. Es más, la determinación de Ockham por encontrar certezas en el ámbito del conocimiento humano acabó contribuyendo a hacer posible el análisis de los asuntos humanos y la ciencia natural sin recurrir a explicaciones sobrenaturales, lo que constituye uno de los cimientos más importantes del método científico moderno. Por último, la oposición de Ockham a estudiar las colectividades y a aplicar la lógica a categorías abstractas ayudó a alentar el empirismo, o la creencia de que el conocimiento del mundo debe descansar en la experiencia sensible y no en la razón abstracta, lo que también constituye una presuposición para el progreso científico. Así pues, probablemente no resulte una coincidencia que algunos de los discípulos de Ockham del siglo XIV realizaran avances significativos en el estudio de la óptica y la física.

LITERATURA VERNÁCULA

Al igual que la obra filosófica de Ockham, la literatura de la Baja Edad Media se caracterizó por una preocupación intensa por describir el mundo como era. Este naturalismo no era nuevo. Autores altomedievales como Wolfram von Eschenbach y Dante ya habían establecido los precedentes para sus sucesores bajomedievales. Pero éstos fueron mucho más lejos, sobre todo en la descripción de las flaquezas y fracasos de la vida humana cotidiana. También fueron pioneros en el desarrollo de nuevas formas literarias para la escritura vernácula, a veces en poesía, pero en especial en prosa. La mayoría de los autores bajomedievales también continuaron componiendo en latín, pero cada vez más la obra literaria más innovadora y ambiciosa se escribía en las lenguas vernáculas de Europa. Tras este desarrollo se encontraban tres cambios fundamentales de la Baja Edad Media: una identificación creciente entre lenguas vernáculas y nacionalismo; la extensión continuada de la educación secular, y el surgimiento de un considerable público lector para la literatura vernácula. Podemos ver estas influencias en tres de los principales autores vernáculos de la Baja Edad Media: Giovanni Boccaccio (1313-1375), Geoffrey Chaucer (c. 1340-1400) y Christine de Pisan (c. 1350-c. 1435).

Boccaccio

Este autor merecería un lugar de honor en la historia de la literatura incluso por sus obras menores, entre las que se incluyen romances cortesianos, poesía pastoril y tratados eruditos. Sin embargo, su obra maestra es el *Decamerón*, una colección de cien cuentos en prosa, en su mayoría sobre el amor, el sexo, la aventura y los embustes, contados por un grupo distinguido de siete mujeres jóvenes y tres hombres que residen temporalmente en una villa campestre a las afueras de Florencia para escapar a la Peste Negra. Boccaccio tomó el esbozo de muchos de estos cuentos de fuentes anteriores, pero los transformó con su exuberancia e ingenio característicos.

De forma deliberada, escribió en un estilo coloquial y desenfadado, evitando la «elegancia» literaria para representar a los hombres y mujeres tal como eran. Sus mujeres no son juguetes pálidos, diosas distantes ni vírgenes inmutables, sino criaturas de carne y hueso con mentes y cuerpos que se relacionan con los hombres con mayor comodidad y naturalidad de lo que lo había hecho ninguna otra de su género hasta entonces en la literatura occidental. Sus clérigos son también demasiado humanos, mucho más semejantes a los demás hombres que a ángeles sobre la tierra. Su tratamiento de las relaciones sexuales es a menudo gráfico, pero nunca degradante. Al igual que otras funciones naturales, el deseo sexual humano es insistente y controlable, pero no debe ser contrariado. Por todas estas razones, el *Decamerón* constituye una saludable y deliciosa apreciación de lo que significa ser humano.

Chaucer

Similar en muchos aspectos a Boccaccio como creador de una literatura naturalista en lengua vernácula fue el inglés Geoffrey Chaucer (c. 1340-1400), el primer escritor importante cuyo inglés puede seguir leyéndose hoy con relativo poco esfuerzo. Resulta extraordinario que fuera un fundador de la potente tradición literaria de Inglaterra y uno de los cuatro o cinco más grandes que contribuyeron a ella: la mayoría de los críticos lo colocan justo detrás de Shakespeare y en la misma categoría que Milton, Wordsworth y Dickens.

Chaucer escribió varias obras impresionantes, pero su pieza maestra es sin duda *Los cuentos de Canterbury*, compuesta al final de su carrera. Al igual que el *Decamerón*, se trata de una colección de relatos unidos por una estructura, en el caso de Chaucer utilizando como recurso un grupo de personas que cuentan historias mientras peregrinan de Londres a Canterbury. Pero también existen diferencias entre el *Decamerón* y *Los cuentos de Canterbury*. Los relatos de Chaucer se cuentan en chispeante verso y no en prosa, además de que los narradores son personas de

diferentes clases sociales, desde un caballero andante hasta un devoto estudiante universitario y un molinero ladrón con una verruga en la nariz. También aparecen animadas mujeres, la más memorable de todas la desdentada y casada repetidas veces Comadre de Bath, que conoce «todos los remedios del amor». Cada personaje cuenta un relato que ilustra su ocupación y visión del mundo. Mediante este recurso Chaucer fue capaz de crear una «comedia humana» extremadamente diversa. Su variedad es mayor que la de Boccaccio y aunque no es menos ingenioso, franco y ameno que el italiano, a veces resulta más profundo.

Christine de Pisan

En la Baja Edad Media surgieron también autores profesionales que vivieron de sus plumas. Resulta significativo que uno de los primeros *litterati* profesionales fuera una mujer, Christine de Pisan. Aunque había nacido en Italia, Christine pasó su vida adulta en Francia, donde su esposo era miembro de la casa real. Cuando éste murió, la viuda se puso a escribir para mantenerse a sí misma y a sus hijos. Escribió en una amplia variedad de géneros literarios, entre los que se incluyeron tratados sobre la caballería y sobre el arte de la guerra que dedicó a su patrono, el rey Carlos VI de Francia. Pero también escribió para un público más numeroso y popular. Su imaginativo tratado *La ciudad de las damas* es una defensa extendida contra sus detractores masculinos, escrito en forma de alegoría. Asimismo, tomó parte en una enérgica literatura panfletista que debatía las reclamaciones misóginas realizadas en el *Roman de la rose (El libro de la rosa)*. Este debate se prolongó varios siglos y cobró tanta fama que se le dio un nombre: la *querelle des femmes*, «la disputa de las mujeres». Christine no fue la primera escritora de la Edad Media, pero sí la primera que se ganó la vida escribiendo.

ESCULTURA Y PINTURA

El naturalismo fue un rasgo dominante no sólo en la literatura bajomedieval, sino también en su arte. En el siglo XIII los escultores góticos prestaron mayor atención que sus predecesores románicos a la apariencia real de las plantas, animales y seres humanos. Mientras el arte altomedieval había hecho hincapié en el diseño abstracto, ahora se resaltaba más el realismo: en el siglo XIII las tallas de hojas y flores se realizaron por observación directa y resultan claramente reconocibles para los botánicos modernos como especies definidas. Las estatuas humanas también se fueron volviendo cada vez más naturales y realistas en su reflejo de las expresiones faciales y las proporciones corporales. Hacia 1290 el interés por el realismo era ya tan

grande que se cuenta que un escultor que trabajaba en una estatua funeraria para la tumba del emperador alemán Rodolfo de Habsburgo hizo un viaje apresurado para verlo en persona porque le habían dicho que había aparecido una nueva arruga en su rostro.

En los dos siglos siguientes la tendencia hacia el naturalismo continuó en la escultura y se extendió a la iluminación de manuscritos y la pintura. La última, en ciertos aspectos, era un arte nuevo. En la Edad Media fue común el arte de la pintura mural y mucho después, sobre todo en la forma de frescos, la pintura sobre yeso húmedo. Pero además de los frescos, los artistas italianos del siglo XIII empezaron a pintar cuadros sobre trozos de madera o tela, primero al temple (pigmentos mezclados con agua y gomas naturales o clara de huevo), pero hacia 1400 se introdujo en el norte de Europa la pintura al óleo. Este avance técnico creó nuevas oportunidades artísticas. Ahora los pintores fueron capaces de pintar escenas religiosas sobre retablos para las iglesias y las devociones privadas practicadas en sus hogares por los seglares más ricos. Los artistas bajomedievales pintaron además los primeros retratos occidentales. Algunos de los más realistas y sensibles de todas las épocas proceden del siglo XV.

El pintor más innovador de la Baja Edad Media fue el florentino Giotto (c. 1267-1337). No realizó retratos individuales, pero impregnó de una profunda humanidad las imágenes religiosas que pintó tanto en muros como en paneles móviles. Giotto fue sobre todo un imitador de la naturaleza. Sus seres humanos y animales no sólo se antojan más vivos que los de sus predecesores, sino que parecen hacer cosas más naturales. Cuando Cristo entra en Jerusalén el Domingo de Ramos, los niños se suben a los árboles para ver mejor; cuando san Francisco yace muerto, un curioso aprovecha la oportunidad para comprobar si el santo ha recibido de verdad las llagas de Cristo; y cuando los padres de la Virgen, Joaquín y Ana, se encuentran tras una larga separación, se abrazan y besan de verdad —tal vez sea el primer beso tierno del arte occidental—. Sin duda, no fue cierto, como un imaginativo narrador contó después, que a un espectador le resultó tan real una mosca que Giotto había pintado, que trató de apartarla a manotazos, pero de hecho logró algo más. En concreto, fue el primero en concebir un espacio pintado plenamente tridimensional: como ha señalado un historiador del arte, sus frescos fueron los primeros en «hacer un agujero en la pared». Tras la muerte de Giotto se inició una reacción en la pintura italiana. Los artistas de mediados del siglo XIV se apartaron brevemente del naturalismo para pintar figuras religiosas severas y adustas que parecían flotar en el espacio, pero hacia 1400 ya habían regresado a la tierra y comenzaron a crear sobre la influencia de Giotto hasta llegar al gran Renacimiento italiano.

En el norte de Europa la pintura no avanzó de manera impresionante más allá de la iluminación de manuscritos hasta comienzos del siglo XV, pero entonces hubo un

florecimiento repentino. Los principales pintores fueron flamencos: Jan van Eyck (c. 1380-1441), Roger van der Weyden (c. 1400-1464) y Hans Memling (c. 1430-1494). Estos tres fueron los mejores iniciadores profesionales de la pintura al óleo, medio que les permitió emplear un colorido brillante y un realismo ajustado. Van Eyck y Van der Weyden sobresalieron en dos cosas: la comunicación de una impresión de profunda piedad religiosa y la representación de detalles minuciosos de la experiencia familiar cotidiana. Puede que ambos aspectos parezcan a primera vista incompatibles, pero debe recordarse que los manuales contemporáneos de misticismo práctico como *Imitación de Cristo* también pretendían ligar la devoción profunda con la existencia diaria. Por tanto, no era nada blasfemo que un pintor flamenco representara detrás de una tierna Virgen con el Niño una vista de la vida contemporánea con gente ocupada en sus quehaceres habituales e incluso a un hombre orinando contra un muro. Esta unión de lo sagrado y lo profano tendió a deshacerse en la obra de Memling, quien sobresalió en los cuadros estrictamente religiosos o en los retratos seculares, pero retornaría en la obra de los más grandes pintores de los Países Bajos, Brueghel y Rembrandt.

Avances en tecnología

Ninguna explicación de los logros bajomedievales duraderos estaría completa sin la mención de ciertos avances tecnológicos trascendentales. Es triste, pero probablemente no inesperado, tener que iniciar este tema haciendo referencia a la invención de la artillería y las armas de fuego. La frecuencia de la guerra estimuló el desarrollo de nuevo armamento. La pólvora fue un invento chino, pero por primera vez se le dio un uso militar devastador en el Occidente bajomedieval. Los cañones pesados se emplearon por primera vez hacia 1330. Los primeros eran tan primitivos que a menudo resultaba más peligroso permanecer detrás de ellos que delante, pero a mediados del siglo xv ya se habían mejorado mucho y comenzaron a revolucionar la naturaleza de la guerra. En un año, 1453, la artillería pesada desempeñó un papel primordial para determinar el resultado de dos conflictos cruciales: los turcos otomanos utilizaron cañones alemanes y húngaros para romper las defensas de Constantinopla —hasta entonces las más inexpugnables de Europa— y los franceses usaron artillería pesada para tomar la ciudad de Burdeos, con lo que se puso fin a la Guerra de los Cien Años. A partir de entonces, los cañones dificultaron que los aristócratas rebeldes se escondieran en sus castillos de piedra y, de este modo, ayudaron a la consolidación de las monarquías nacionales. Colocados a bordo, los cañones permitieron también que los barcos europeos dominaran las aguas extranjeras en la era posterior de expansión ultramarina. Las armas de fuego

manuales, inventadas asimismo en el siglo xv, se perfeccionaron de manera gradual. Poco después de 1500, el eficaz mosquete permitió a los soldados de infantería poner fin de una vez por todas al dominio militar del que habían gozado hasta entonces los caballeros montados con pesadas armaduras. Una vez que los caballeros portadores de lanzas quedaron desfasados y fue más fácil que todos participaran en la batalla, los estados monárquicos capaces de disponer de los mayores ejércitos sometieron por completo la resistencia interna y dominaron los campos de batalla de Europa.

Otros adelantos tecnológicos bajomedievales se dedicaron a la mejora de la vida. Las gafas, inventadas en la década de 1280, se perfeccionaron en el siglo xiv y permitieron a la gente mayor continuar leyendo cuando la presbicia se lo habría impedido. El gran erudito del siglo xiv Petrarca, quien se vanagloriaba de una excelente vista en su juventud, llevó anteojos desde los sesenta años y de este modo fue capaz de completar algunas de sus obras más importantes. Hacia 1300 el uso de la brújula ayudó a los barcos a navegar más alejados de tierra y a aventurarse en el Atlántico. Un resultado inmediato fue la apertura del comercio naval directo entre Italia y el norte. Después, numerosas mejoras en la construcción naval, la cartografía y los aparatos de navegación permitieron a Europa comenzar a expandirse en ultramar. En el siglo xiv se llegó a las islas Azores y Cabo Verde; luego, tras una larga pausa causada por las pestes y guerras, se dobló el cabo de Buena Esperanza en 1488, se alcanzaron las Indias Occidentales en 1492, se llegó a la India por mar en 1498 y se avistó Brasil en 1500. Debido en parte a la tecnología, de pronto el mundo se hizo mucho más pequeño.

Entre los artículos más familiares de nuestra vida moderna que inventaron los europeos en la Baja Edad Media se encuentran los relojes y los libros impresos. Los relojes mecánicos se inventaron poco después de 1300 y proliferaron de inmediato en los años posteriores. Los primeros eran demasiado caros para que los compraran los particulares, pero las ciudades rivalizaron entre sí para instalar los más elaborados en sus edificios públicos. La nueva invención tuvo finalmente dos grandes efectos. Uno fue la estimulación del interés europeo por la maquinaria compleja de toda clase. Dicho interés ya lo había despertado la proliferación de molinos en la Alta Edad Media, pero los relojes acabaron siendo aún más omnipresentes porque desde 1650 se abarataron mucho y casi todos los hogares europeos pudieron adquirirlos. Los relojes de las casas servían como modelos de máquinas maravillosas. Igual de significativo, si no más, fue el hecho de que los relojes comenzaran a racionalizar el curso de los asuntos diarios. Hasta su llegada, el tiempo era flexible. Los hombres y las mujeres no tenían más que una idea aproximada de cuánto había avanzado el día y se levantaban y acostaban más o menos con el sol. Sin embargo, en el siglo xiv los relojes se pusieron a marcar sin cesar horas asombrosamente iguales durante el día y la noche, y así empezaron a regular el trabajo con nueva precisión. Se esperaba que la

gente comenzara y terminara de trabajar «a tiempo», y muchos llegaron al convencimiento de que «el tiempo es oro». Este hincapié en el control del tiempo produjo nuevos rendimientos, pero también nuevas tensiones. El conejo blanco de Lewis Carroll, que siempre está mirando su reloj de bolsillo y murmurando «Voy a llegar tarde», es una elocuente caricatura de la humanidad occidental obsesionada por el tiempo.

La invención de la imprenta con tipos móviles fue igualmente trascendental. El principal estímulo para este invento fue la sustitución del pergamino por el papel como material de escritura primordial en Europa entre 1200 y 1400. El pergamino, fabricado con piel de oveja o vaca, era extremadamente caro: como sólo era posible obtener unas cuatro buenas hojas de pergamino por animal, era necesario sacrificar entre doscientas y trescientas ovejas o vacas para obtener el necesario para una Biblia. El papel, fabricado con trapos transformados en pulpa por molinos, rebajó los precios de manera espectacular. Los registros bajomedievales muestran que el papel se vendía a un sexto del precio del pergamino. Por consiguiente, se abarató aprender a leer y escribir. Cuando la alfabetización se fue extendiendo, se amplió el mercado para libros más baratos, y la invención de la imprenta con tipos móviles hacia 1450, asociada con la Biblia imprimida por Johann Gutenberg en 1454, vino a satisfacer plenamente esta demanda. Al ahorrar mucha mano de obra, el invento hizo que en unas dos décadas el precio de los libros impresos fuera alrededor de un quinto del que alcanzaban los escritos a mano.

En cuanto los libros resultaron accesibles, la alfabetización aumentó todavía más y su cultura se convirtió en una parte básica del modo de vida europeo. Desde aproximadamente 1500, los europeos pudieron permitirse leer y comprar libros de toda clase, no sólo tratados religiosos, sino también manuales de instrucción y textos de entretenimiento, y en el siglo XVIII, periódicos. La imprenta propició que las ideas se propagaran de forma rápida y fiable; además, una vez que las ideas revolucionarias se habían plasmado en cientos de ejemplares de libros, fue difícil extinguirlas. De este modo, el mayor reformista religioso del siglo XVI, Martín Lutero, logró de inmediato seguidores en toda Alemania al emplear la prensa para sacar panfletos: si no hubiera dispuesto de ella, puede que Lutero hubiera muerto como Hus. La divulgación de los libros también contribuyó a estimular el aumento del nacionalismo cultural. Antes de la imprenta, los dialectos regionales en la mayor parte de Europa eran con frecuencia tan diversos que la gente que supuestamente hablaba la misma lengua apenas se entendía. Sin embargo, tras la invención de la imprenta, cada país europeo comenzó a desarrollar sus propias normas lingüísticas, que los libros se encargaron de divulgar por todas partes. El «inglés del rey» era el que se imprimía en Londres y se llevaba a Yorkshire o Gales. Así se mejoraron las comunicaciones y los gobiernos pudieron operar con mayor eficacia.

Conclusión

A pesar de la crisis económica y el derrumbe demográfico, la Baja Edad Media fue uno de los períodos más creativos e inventivos de la historia europea occidental. Por qué sucedió así será siempre una especie de misterio, hasta que los eruditos futuros puedan desentrañar los secretos de la creatividad humana. Sin embargo, lo que cabe apreciar tras los avances artísticos, filosóficos, literarios y tecnológicos del período es un impulso constante por comprender, controlar y reproducir el funcionamiento del mundo natural. Este hecho tal vez ofrezca algunas claves para explicar los orígenes de estos adelantos.

Quizá lo fundamental sea que en la Baja Edad Media los intelectuales rompieron con la visión neoplatónica tradicional de la naturaleza como un libro en el que se puede leer la mente de Dios. En su lugar, pasaron a considerar que el mundo natural funcionaba con arreglo a sus propias leyes, que eran verificables empíricamente, pero no podían contarles a los seres humanos nada del Dios que se hallaba detrás de ellas. El sentimiento resultante acerca de la contingencia e independencia del mundo natural fue un paso esencial hacia el surgimiento de una visión científica del mundo. También alentó a los europeos a creer que la naturaleza podía manipularse y dirigirse hacia fines humanos.

Poderosos factores económicos y políticos fomentaron, asimismo, la inventiva tecnológica del período. A pesar del impacto perjudicial de la peste y la guerra, el mercado de bienes no se destruyó; más bien la escasez de mano de obra resultante fomentó que los empresarios europeos experimentaran con tecnologías que ahorraban trabajo y nuevos cultivos. La guerra incesante alentó en particular una notable explosión de inventiva militar, además de permitir a los gobiernos más poderosos extraer un mayor porcentaje de la riqueza de sus súbditos mediante los impuestos, que después invertían en barcos, cañones, mosquetes y los ejércitos permanentes que el nuevo armamento hizo posibles. La riqueza per cápita creciente produjo el capital necesario para invertir en molinos, fábricas, relojes, libros y brújulas. También posibilitó un notable aumento del nivel educativo de la población europea. Entre 1300 y 1500 se establecieron cientos y quizá miles de nuevas escuelas de gramática y surgieron multitud de nuevas universidades, porque los padres consideraban esas escuelas una vía fiable para el ascenso social de sus hijos. Las mujeres siguieron excluidas de las escuelas, pero cada vez había más niñas que aprendían en sus casas, lo que las convertía en una parte extremadamente importante (tal vez incluso la dominante) del «público lector» que estaba surgiendo en la Europa bajomedieval.

Para terminar, puede que la dificultad fomente la innovación, siempre que no destruya la confianza de la gente en la capacidad final para mejorar sus vidas. Los europeos sufrieron mucho por la guerra, la peste y las crisis económicas durante la

Baja Edad Media, pero los que sobrevivieron aprovecharon las oportunidades que su nuevo mundo les brindaba. La confianza que habían desarrollado en la Alta Edad Media no la destruyeron las penalidades de la época siguiente. En 1500 la mayoría de los europeos ya vivían existencias más seguras que sus antepasados doscientos años antes; y estaban a punto de iniciar un nuevo período de expansión y conquista extraordinario que llevaría a sus ejércitos, mercaderes y colonos por todo el globo.

Bibliografía seleccionada

- ALLMAND, Christopher, *La Guerra de los Cien Años*, Barcelona, Crítica, 1990.
- BARASCH, Moshe, *Giotto y el lenguaje del gesto*, Madrid, Akal, 1999.
- BLANCO REBOLLO, Ángel, *La peste negra*, Madrid, Anaya, 1995.
- BOCCACCIO, Giovanni, *Decamerón*, Madrid, Cátedra, 2007.
- BROOKE, Christopher (et al.), *Historia de las civilizaciones. 6, La Baja Edad Media: el florecimiento de la Europa medieval*, Madrid, Alianza, 1988.
- CHAUCER, Geoffrey, *Cuentos de Canterbury*, Madrid, Gredos, 2004.
- COHN, Norman, *Los demonios familiares de Europa*, Barcelona, Altaya, 1997.
- DUBY, Georges, *La época de las catedrales: arte y sociedad, 980-1420*, Madrid, Cátedra, 1995.
- DYER, Christopher, *Niveles de vida en la baja Edad Media: cambios sociales en Inglaterra, c. 1200-1520*, Barcelona, Crítica, 1991.
- FROISSART, Jean, *Crónicas*, Madrid, Siruela, 1998.
- GIRARDI, Mónica, *Giotto: la confianza en el hombre y en la historia*, Barcelona, Electa, 1999.
- GUINOT, Enric, *La Baja Edad Media: economía y sociedad*, Madrid, Síntesis, 2003.
- HILTON, Rodney, *Siervos liberados: los movimientos campesinos medievales y el levantamiento inglés de 1381*, Madrid, Siglo XXI, 1985.
- HOLMES, George, *Europa: jerarquía y revuelta, 1320-1450*, Madrid, Siglo XXI, 1984.
- HUIZINGA, Johan, *El otoño de la Edad Media, estudios sobre la forma de vida y del espíritu durante los siglos XIV y XV en Francia y los Países Bajos*, Madrid, Alianza, 2001.
- KEEN, Maurice (ed.), *Historia de la guerra en la Edad Media*, Madrid, A. Machado Libros, 2005.
- LE GOFF, Jacques, *La Baja Edad Media*, Madrid, Siglo XXI, 1990.
- MACEK, Joseph, *La revolución husita: orígenes, desarrollo y consecuencias*, Madrid, Siglo XXI, 1975.
- MEISS, Millard, *Pintura en Florencia y Siena después de la peste negra*, Madrid, Alianza, 1988.

- MITRE, Emilio, *La guerra de los 100 años*, Madrid, Alba Libros, 2005.
- PERNOUD, Régine, *La mujer en el tiempo de las catedrales*, Barcelona, Andrés Bello, 1999.
- PERROY, Edouard, *La guerra de los 100 años*, Madrid, Akal, 2005.
- PÍO II, papa, *Así fui Papa*, Cerdanyola, Argos Vergara, 1980.
- RIU, Manuel, *La Baja Edad Media (siglos XIII al XV)*, Barcelona, Montesinos, 1985.
- RÖSENER, Werner, *Los campesinos en la Edad Media*, Barcelona, Crítica, 1990.
- SACKVILLE-WEST, Vita, *Juana de Arco*, Madrid, Siruela, 2003.
- VULDEÓN, Julio, *La Baja Edad Media*, Madrid, Anaya, 2005.
- (et al.), *Baja Edad Media*, Madrid, Historia 16, 1996.

CAPÍTULO 11

Comercio, conquista y colonización, 1300-1600

La gran expansión europea de la Alta Edad Media estaba llegando a su fin en 1300. En Iberia no habría más conquistas de territorio musulmán hasta 1492, cuando Granada cayó en poder de los Reyes Católicos. En Oriente, los reinos cruzados de Constantinopla y Acre se derrumbaron en 1261 y 1291, respectivamente. Sólo continuó el avance alemán hacia Europa oriental, pero a mediados del siglo XIV también había disminuido por el surgimiento de un nuevo estado báltico en Lituania. Asimismo, la expansión interior estaba a punto de concluir, pues Europa había alcanzado los límites ecológicos de los recursos con que contaba. A partir de entonces la presión sobre dichos recursos sólo se aminoró por las ingentes pérdidas de población que hubo durante el siglo XIV debido a los efectos combinados de las hambrunas, la peste y la guerra.

Pero a pesar de estos impedimentos, los europeos de la Baja Edad Media no se encerraron en sí mismos. Si bien se redujeron las conquistas de tierras, durante los siglos XIV y XV surgieron nuevos imperios marítimos en el mundo mediterráneo con colonias que se extendían desde el mar Negro hasta las islas Canarias. Se abrieron nuevas rutas comerciales por mar cruzando el estrecho de Gibraltar que facilitaron la mayor integración económica entre las economías atlántica y mediterránea, aumentando la demanda en el noroeste de Europa de especias asiáticas y oro africano. A finales del siglo XV los marineros y colonos mediterráneos ya habían extendido su dominio por el Atlántico desde las Azores en el norte hasta las islas Canarias en el sur. Los navegantes portugueses también estaban recorriendo la costa occidental de África. En 1498, una de esas expediciones navegaría rodeando el cabo de Buena Esperanza hasta arribar a la India.

La conquista en el siglo XV del «Mediterráneo atlántico» sirvió de preliminar esencial para los asombrosos acontecimientos que comenzaron en 1492 con el intento de Colón de llegar a China navegando hacia el oeste por el océano Atlántico y que llevaron, en 1600, a las conquistas española y portuguesa de América. Como estos acontecimientos son tan conocidos, resulta fácil menospreciar su importancia. Para los pueblos e imperios indígenas de América, los resultados del contacto con Europa fueron de cataclismo. En 1600, entre el 50 y el 90 por ciento de los pueblos indígenas

americanos ya había perecido por enfermedad, matanza o esclavitud. Para los europeos, los resultados de sus conquistas fueron mucho menos fatales, pero de un alcance igual de trascendental. Aunque en 1300 Europa ya había eclipsado tanto a Bizancio como al islam como potencias mediterráneas, fuera del Mediterráneo y el Atlántico norte, su poder era insignificante; sin embargo, en 1600 ya había destacado como la primera potencia verdaderamente global en la historia mundial, capaz de impulsar sus ambiciones imperiales e intereses comerciales allí donde pudiera navegar con sus barcos y alcanzar con sus cañones. Los europeos no conseguirían el control pleno sobre el interior de los continentes africano, asiático y americano hasta finales del siglo XIX, y tal control duraría menos de un siglo. No obstante, en 1600 los navíos europeos dominaban los mares, y eran manos europeas las que canalizaban de manera creciente los recursos del mundo, pautas que han continuado hasta hoy.

Los mongoles

El comercio entre el mundo mediterráneo y el Lejano Oriente se remontaba a la Antigüedad, pero no fue hasta finales del siglo XIII cuando los europeos comenzaron a establecer conexiones mercantiles directas con la India, China y las «islas de las Especias» del archipiélago indonesio. Para los europeos, estas conexiones resultarían muy importantes, si bien no tanto por su significado económico como por su impacto en la imaginación colectiva. Sin embargo, para los pueblos de Asia la aparición de los comerciantes europeos en la «Ruta de la Seda» entre Asia central y China fue simplemente una curiosidad. En realidad, el acontecimiento trascendental fue el ascenso del Imperio mongol que hizo posibles esas conexiones.

EL ASCENSO DEL IMPERIO MONGOL

Los mongoles eran uno de los diversos pueblos nómadas que habitaban las estepas de Asia central. Aunque guardaban vínculos estrechos con varios pueblos de lengua turca, a menudo casándose entre sí, hablaban su propia lengua característica y tenían su cuna en el norte del desierto de Gobi, en la actual Mongolia. Los rebaños de ovejas les proporcionaban refugio (en forma de tiendas de lana), ropa, leche y carne. Al igual que muchos otros pueblos nómadas a lo largo de la historia, los mongoles eran soldados de caballería muy diestros que complementaban su actividad de pastoreo y producción artesanal con incursiones sobre los pueblos sedentarios que habitaban al sur. (Fue en parte para controlar estas incursiones de Mongolia por lo que, muchos siglos antes, los chinos habían construido la famosa Gran Muralla.) Sin embargo,

China se defendía ante todo intentando asegurarse de que los mongoles permanecieran divididos internamente para que dedicaran sus mayores energías marciales a combatir entre ellos.

No obstante, a finales del siglo XII un jefe mongol llamado Temujin comenzó a unir a las diversas tribus bajo su mando. Incorporando el ejército de cada tribu derrotada al suyo propio, creó pronto una gran fuerza militar. En 1206 todos los mongoles reconocieron formalmente su supremacía y asumió el título de Chingiz (Gengis) Jan (Kan), el «gobernante oceánico» (lo que posiblemente significaba universal). Entonces dirigió su enorme ejército contra sus vecinos no mongoles. En ese tiempo, China estaba dividida en tres estados hostiles. En 1209 Chingiz lanzó un ataque sobre el noroeste chino, y en 1211 invadió el Imperio Chin en el norte. Puede que al principio estos ataques fueran expediciones de saqueo más que intentos deliberados de conquista, pero en la década de 1230 ya estaba en marcha la invasión a plena escala del norte y oeste de China, que culminó en 1234 con la caída del Imperio Chin. En 1279, el nieto de Chingiz, Kublai Jan, completó la conquista del sur de China (Imperio Sung), con lo que la reunificó por primera vez en siglos.

Mientras tanto, Chingiz dirigió sus fuerzas al oeste, conquistó buena parte de Asia central e incorporó a su imperio en expansión las importantes ciudades mercantiles de Taskent, Samarcanda y Bujara. Cuando murió en 1227, le sucedió su tercer hijo, Ugedei, quien completó la conquista del Imperio Chin, conquistó las tierras que se extendían entre el río Oxo y el mar Caspio, y después estableció los planes para una invasión masiva hacia el oeste. Entre 1237 y 1240, la horda mongola (así llamada por la palabra turca *ordu*, que significa «tienda» o «campamento») conquistó el sur de Rusia y a continuación lanzó un asalto doble más al oeste. El menor de los dos ejércitos mongoles cruzó Polonia en dirección a Alemania oriental; el ejército más grande marchó hacia el sur hasta Hungría. En abril de 1241 la fuerza menor se enfrentó a un ejército reunido a toda prisa de alemanes y polacos en la batalla de Liegnitz, donde ambos bandos combatieron hasta llegar a un sangriento punto muerto. Dos días después el ejército mongol mayor aniquiló al ejército húngaro en el río Sajó.

Cuánto más podrían haber avanzado los ejércitos mongoles hacia el oeste será siempre una incógnita, pues en diciembre de 1241 murió el Gran Jan Ugedei y sus fuerzas abandonaron Europa oriental. Pasaron cinco años hasta que un nuevo gran jan pudo establecerse y, cuando murió en 1248, el interregno resultante duró tres años más. Las conquistas mongolas continuaron en Persia, Oriente Medio y China, pero a partir de 1241 los mongoles no reanudaron jamás sus ataques a Europa. En 1300 el período de expansión de los mongoles había llegado a su fin.

No obstante, la amenaza que suponían no desapareció de repente. Los descendientes de Gengis Jan continuaron gobernando su enorme imperio territorial

(el mayor de su clase en la historia mundial) hasta mediados del siglo XIV. Después, bajo el liderazgo de Timur el Cojo (conocido como Tamerlán por los europeos) pareció durante un tiempo breve que el Imperio mongol podría reunificarse. Pero Timur murió en 1405 cuando iba a invadir China; a partir de entonces, varias partes del Imperio mongol cayeron en manos de gobernantes locales, incluidos (en Asia menor) los turcos otomanos. Sin embargo, su influencia cultural continuó y puede verse en las impresionantes obras de arte producidas durante los siglos XV y XVI en Persia y la India Mughal.

Los mongoles debieron su éxito al tamaño, velocidad y entrenamiento de sus ejércitos montados; a la ferocidad intimidante con que despedazaban a quienes les ofrecían resistencia, y a su habilidad para adaptar las tradiciones administrativas de sus súbditos a sus propios objetivos. Debido en parte a que los mongoles daban poco valor a sus tradiciones religiosas chamanísticas, eran también inusualmente tolerantes con los credos religiosos de los demás, clara ventaja para controlar un imperio que comprendía un abigarrado conjunto de sectas budistas, cristianas y musulmanas. Sin embargo, había poco que cupiera distinguir como «mongol» en su modo de gobernar el imperio. Salvo en China, donde la dinastía Yuan mongola heredó y mantuvo una compleja burocracia administrativa, el gobierno mongol era relativamente poco sofisticado y se encaminaba de forma primordial a asegurar que sus súbditos pagaran sin falta el tributo.

EUROPA, LOS MONGOLES Y EL LEJANO ORIENTE

Los mongoles tenían buena vista para las ventajas económicas que podía ofrecerles su imperio. Tomaron medidas para controlar las rutas de caravanas que llevaban de China por Asia central al mar Negro; también fomentaron los contactos mercantiles con los comerciantes europeos, sobre todo a través de la ciudad iraní de Tabriz, desde la que tanto la ruta terrestre como la marítima conducían a China. Hasta las conquistas de los mongoles, la «Ruta de la Seda» a China había estado cerrada a los mercaderes y viajeros occidentales, pero casi tan pronto como se estableció su imperio, encontramos europeos aventurándose por ella. Los primeros viajeros fueron misioneros franciscanos como Guillermo de Rubruck, enviado por el rey Luis IX de Francia en 1253 como embajador ante la corte mongola, pero los comerciantes occidentales los siguieron de inmediato. Los más famosos de estos primeros comerciantes fueron tres venecianos, Niccolò, Maffeo y Marco Polo. La narración de Marco Polo de su viaje de veinte años por China al servicio de Kublai Jan y de su viaje de vuelta por las islas de las Especias, la India e Irán es uno de los más famosos relatos de viajeros de todos los tiempos. Los efectos que produjo en la imaginación de

sus contemporáneos fueron enormes. Durante los dos siglos siguientes, la mayoría de lo que los europeos supieron sobre el Lejano Oriente lo aprendieron de los *Viajes* de Marco Polo. Todavía se conserva el ejemplar de este libro que guardaba Cristóbal Colón.

Las conexiones europeas con el extremo occidental de la Ruta de la Seda continuarían hasta mediados del siglo XIV. Los genoveses desempeñaron una actividad extraordinaria en este comercio, sobre todo porque sus rivales venecianos ya dominaban el comercio mediterráneo con Alejandría y Beirut, puntos por los que continuaba pasando el grueso de los bienes suntuarios procedentes del Lejano Oriente con destino a Europa. Pero los mongoles de Irán fueron mostrando cada vez mayor hostilidad hacia los occidentales a medida que avanzó el siglo XIV. En 1344 los genoveses ya habían abandonado Tabriz, pues los ataques sufridos hicieron insostenible su presencia allí. En 1346 los mongoles de la Horda Dorada sitiaron la colonia genovesa de Caffa junto al mar Negro, con lo que se paralizó su comercio por ese mar. Sin embargo, este asedio resulta memorable en particular porque fue durante su curso cuando la Peste Negra pasó del ejército mongol (que la había traído sin advertirlo del desierto de Gobi, donde la enfermedad era endémica) a los defensores genoveses, que regresaron con ella a Europa occidental, donde mató al menos a un tercio de su población total.

Así pues, los viajes de Marco Polo abrieron una «ventana de oportunidad» relativamente breve. A mediados del siglo XIV las hostilidades entre las diversas partes del Imperio mongol hacían peligroso el viaje por la Ruta de la Seda. A partir de 1368, cuando la dinastía mongola (Yuan) fue derrocada, los occidentales quedaron totalmente excluidos de China, y los mongoles, restringidos al servicio de caballería en los ejércitos imperiales Ming. Las rutas comerciales terrestres de China al mar Negro continuaron operando, pero los europeos ya no podían viajar por ellas. Sin embargo, el nuevo mundo comercial más integrado que los mongoles habían creado causó un impacto duradero en Europa, a pesar del tiempo relativamente corto en el que pudo tomar parte de forma directa. Los recuerdos del Lejano Oriente se conservarían y el sueño de restablecer las conexiones directas entre Europa y China sobreviviría para influir en una nueva ronda de expansión comercial e imperial europea desde finales del siglo XV.

El ascenso del Imperio otomano

Al igual que los mongoles, los turcos otomanos fueron en su inicio un pueblo nómada cuya economía continuó dependiendo de las incursiones incluso después de que hubieran conquistado un imperio extenso. Los pueblos que se convertirían en los

otomanos ya estaban asentados en el noroeste de Anatolia cuando llegaron los mongoles y ya eran, al menos nominalmente, musulmanes. Aunque los mongoles destruyeron las potencias musulmanas establecidas en la región, los turcos otomanos fueron de los principales beneficiarios de sus conquistas. Al derrocar al sultanato selyúcida y al califato abasí de Bagdad, los mongoles eliminaron las dos autoridades tradicionales que antes mantenían a raya a los cacicazgos de la frontera turca. Ahora los otomanos eran libres para realizar sin obstáculos incursiones a lo largo de sus difusas fronteras con Bizancio. Sin embargo, se cuidaron de mantenerse bien alejados de los centros de autoridad de los mongoles para evitar que los destruyeran.

LA CONQUISTA DE CONSTANTINOPLA

Al término del siglo XIII la dinastía otomana ya se había establecido como la familia principal entre los señores fronterizos de Anatolia. A mediados del siglo XIV había afirmado su preeminencia tomando varias ciudades importantes. Estas victorias llamaron la atención del emperador bizantino, quien en 1345 contrató a un contingente otomano como mercenarios. Introducidos de este modo en Europa, los otomanos pronto se sintieron como en casa. En 1370 ya habían extendido su control a lo largo del Danubio. En 1389, fuerzas otomanas derrotaron al poderoso Imperio serbio en la batalla de Kosovo, lo que les permitió consolidar su control sobre Grecia, Bulgaria y los Balcanes.

En 1396, los otomanos atacaron Constantinopla, pero se retiraron para rechazar una fuerza cruzada occidental que se había enviado en su contra. En 1402 volvieron a atacar Constantinopla, pero de nuevo se vieron obligados a retirarse, esta vez para enfrentarse a la invasión de Anatolia por parte de los mongoles. Acaudillados por Timur el Cojo, el ejército mongol capturó al sultán otomano y destruyó su ejército; durante la década siguiente pareció que la hegemonía otomana sobre Anatolia desaparecería para siempre. Sin embargo, en 1413, Timur ya había muerto, había surgido un nuevo sultán y los otomanos lograron reanudar sus conquistas. La presión otomana sobre Constantinopla continuó durante las décadas de 1420 y 1430, lo que produjo un flujo constante de refugiados bizantinos que llevaron consigo a Italia las obras maestras conservadas de la literatura griega clásica. Pero no fue hasta 1451 cuando un nuevo sultán, Mehmet II, dirigió toda su atención a la conquista de la ciudad imperial. En 1453, tras un asedio llevado a cabo con brillantez, Mehmet consiguió romper las murallas de la ciudad. El emperador bizantino murió en el asalto, la ciudad completa fue saqueada y su población acabó vendida como esclava. Entonces los otomanos se asentaron para regir su nueva capital con un estilo que evocaba a sus predecesores bizantinos.

Por mucho que la conquista de Constantinopla constituyera un enorme choque psicológico para la Europa cristiana, su repercusión económica fue menor. El control otomano sobre el antiguo Imperio bizantino redujo el acceso europeo al mar Negro, pero el grueso del comercio suntuario del Lejano Oriente con Europa nunca había pasado por los puertos de dicho mar. Los europeos obtenían la mayoría de sus especias y sedas a través de Venecia, que las importaba de Alejandría y Beirut, y estas dos ciudades no cayeron ante los otomanos hasta la década de 1520. Así pues, no cabe considerar a este pueblo en modo alguno el acicate que impulsó los esfuerzos portugueses durante finales del siglo xv por establecer una ruta marítima directa entre Europa, la India y las islas de las Especias. En todo caso, habría que afirmar lo contrario. Una vez que los portugueses establecieron una ruta marítima directa entre Europa y la India, fueron sus intentos de excluir a los musulmanes del comercio de especias del océano Índico los que espolearon las conquistas otomanas de Siria, Egipto y los Balcanes durante las décadas de 1520 y 1530. Sin duda, estas conquistas otomanas también tuvieron otros motivos, incluido el deseo de controlar el comercio de grano egipcio. Pero al eliminar a los mercaderes que tradicionalmente habían dominado el comercio terrestre de especias por Beirut y Alejandría, los otomanos esperaban además redirigir este comercio a través de Constantinopla y luego por el Danubio hasta Europa occidental.

Los efectos de la conquista de Constantinopla en Europa occidental fueron modestos, pero dicha conquista sí transformó a los otomanos. La sociedad otomana recibió nueva e ingente riqueza, que supo acrecentar atendiendo con cuidado los intereses industriales y comerciales de su nueva ciudad capital. Las rutas comerciales se redirigieron para alimentar a la capital, y los otomanos se convirtieron en una potencia marítima en el Mediterráneo oriental y el mar Negro. Como resultado, la población de Constantinopla creció de menos de 100.000 habitantes en 1453 a más de 500.000 en 1600, con lo que se convirtió en la ciudad más grande del mundo fuera de China.

GUERRA, ESCLAVITUD Y ASCENSO SOCIAL

A pesar del minucioso cuidado que dedicaron los otomanos al comercio, su imperio descansaba en las incursiones y la conquista; por tanto, hasta finales del siglo xvi estuvieron en constante pie de guerra. Para continuar sus conquistas crecieron de modo exponencial el ejército y la administración, pero dicho crecimiento exigía cada vez mayores recursos humanos del imperio. Como el ejército y la administración estaban integrados por esclavos, el mejor modo de afrontar la demanda de más soldados y administradores era aumentar las conquistas, pero éstas requerirían un

ejército aún mayor y una burocracia más extensa y, de este modo, el ciclo continuaba.

Los esclavos constituían la espina dorsal del ejército y la administración otomanos, al igual que lo habían sido en el Egipto mameluco. Pero los esclavos también resultaban cruciales para mantener la calidad de vida de las clases altas otomanas. Uno de los criterios importantes para establecer la posición dentro de la sociedad era el número de esclavos que había en una casa. A partir de 1453, la nueva riqueza permitió a algunos notables sostener hogares en los que miles de esclavos atendían los caprichos de su señor. En el siglo XVI sólo la casa del sultán contaba con más de 20.000 servidores esclavos, sin incluir sus guardaespaldas y sus unidades de infantería de élite, ambas compuestas asimismo por esclavos.

El resultado era una demanda casi insaciable de esclavos, sobre todo en Constantinopla. Muchos de ellos eran capturados en la guerra; otros muchos se tomaban de Polonia y Ucrania en incursiones llevadas a cabo por los traficantes de esclavos de Crimea, que después embarcaban a sus cautivos hasta los mercados de Constantinopla. Pero también se reclutaban (a veces de buena gana y otras a la fuerza) en las áreas rurales del Imperio otomano. Como la inmensa mayoría de los esclavos otomanos eran servidores domésticos y administradores en lugar de jornaleros, algunos aceptaban de buen grado la esclavitud, pues creían que les iría mejor como esclavos en Constantinopla que como campesinos pobres en el campo. En los Balcanes en especial, a mucha gente se la esclavizaba en la infancia, entregada por sus familias para pagar el infame «impuesto en hijos» que los otomanos recababan en zonas rurales demasiado pobres para pagar un tributo monetario. Aunque no cabe duda de que esta práctica era una experiencia desgarradora para las familias, abría oportunidades para el ascenso social. En Constantinopla se crearon academias especiales para formar a los niños esclavos más capaces con el fin de que ejercieran como soldados o administradores, y algunos lograron convertirse en poderosas figuras dentro del Imperio otomano. Así pues, la esclavitud comportaba un estigma social relativamente pequeño. Incluso el sultán era la mayor parte de las veces hijo de una mujer esclava.

Como a los musulmanes no se les permitía esclavizar a otro musulmán, la vasta mayoría de los esclavos otomanos procedía de familias cristianas (aunque muchos se convertían al islam más adelante), pero como algunos de los puestos principales dentro del gobierno los ocupaban esclavos, el resultado paradójico de esta circunstancia fue que los musulmanes, incluidos los turcos, en la práctica quedaban excluidos de las principales vías de ascenso social y político en la sociedad otomana. Tampoco se caracterizaba dicha sociedad por una nobleza poderosa y hereditaria del tipo que dominaba la sociedad europea contemporánea. Como resultado, en los siglos XV y XVI el poder en el Imperio otomano estaba abierto fundamental y quizá únicamente a los hombres de capacidad y talento, siempre que dichos hombres fueran

esclavos y, por tanto, no musulmanes de nacimiento. Este modelo de exclusión musulmana no se limitaba al gobierno y el ejército. El comercio y los negocios, asimismo, estaban en buena parte en manos de no musulmanes, la mayoría de las veces, griegos, sirios y judíos. Los judíos en particular encontraron en el Imperio otomano un refugio acogedor ante las persecuciones y expulsiones que habían caracterizado su vida en la Europa bajomedieval. Tras su expulsión de España en 1492, más de cien mil sefardíes acabaron emigrando allí.

CONFLICTOS RELIGIOSOS

Los sultanes otomanos eran musulmanes suníes ortodoxos que prestaban un firme apoyo a los pronunciamientos religiosos y legales de las escuelas eruditas islámicas. En 1516 los otomanos tomaron las ciudades de Medina y La Meca, con lo que se convirtieron en los defensores de los sitios sagrados. Poco después tomaron Jerusalén y El Cairo, con lo que pusieron fin al sultanato mameluco de Egipto. En 1538, el monarca otomano adoptó formalmente el título de califa, y se declaraba así el sucesor legítimo del profeta Mahoma.

En consonancia con las tradiciones suníes, los otomanos se mostraron tolerantes hacia los no musulmanes, sobre todo durante los siglos xv y xvi. Organizaron los principales grupos religiosos del imperio en unidades legalmente reconocidas, llamadas *mijos*, a las que permitían considerables derechos de autogobierno religioso. Sin embargo, a partir de 1453 prestaron un cuidado particular a proteger y fomentar la autoridad del patriarca ortodoxo griego de Constantinopla sobre los cristianos ortodoxos de su imperio. Como resultado, disfrutaron del firme apoyo de sus súbditos cristianos ortodoxos durante las guerras del siglo xvi con los cristianos latinos de Europa occidental. De este modo, a pesar de la diversidad religiosa de su imperio, los principales conflictos religiosos de los otomanos no fueron con sus súbditos, sino con la dinastía musulmana chií que gobernaba la vecina Persia. Una y otra vez, durante el siglo xvi, tuvieron que abandonarse expediciones contra Europa occidental cuando estallaban hostilidades con los persas.

LOS OTOMANOS Y EUROPA

Durante el siglo xvi, los monarcas Habsburgo de España, Alemania y Austria estuvieron distraídos por sus conflictos con los reyes católicos de Francia (con quienes los otomanos establecieron una alianza) y con los príncipes protestantes de Alemania, los Países Bajos e Inglaterra. Por consiguiente, la contienda entre el

Imperio otomano y las potencias occidentales nunca estuvo a la altura de la retórica de «guerra santa» que ambas partes emplearon en su propaganda. En 1396, los otomanos aniquilaron un ejército cruzado occidental en la batalla de Nicópolis. En los siglos XVI y XVII los ejércitos otomanos sitiaron varias veces Viena. Pero a pesar de estos momentos dramáticos, los conflictos entre los otomanos y los monarcas de Europa occidental se resolvieron sobre todo mediante incursiones piratas y batallas navales en el Mediterráneo. El resultado principal de esta contienda fue, de este modo, una escalada constante en el tamaño y precio de las marinas de guerra. En 1571, cuando una fuerza combinada de los Habsburgo y Venecia derrotó a la flota otomana en Lepanto, tomaron parte más de cuatrocientos barcos y ambas partes exhibieron fuerzas navales diez veces superiores a las que poseían medio siglo antes.

Aunque la batalla de Lepanto constituyó una victoria innegable para los Habsburgo y sus aliados venecianos, resultó mucho menos decisiva de lo que se suele sugerir. La armada otomana se reconstruyó de inmediato y Lepanto no puso fin de ningún modo a la influencia de los turcos sobre el Mediterráneo oriental. No obstante, a partir de 1571, tanto los intereses otomanos como los de los Habsburgo se apartaron de su conflicto mutuo. Los otomanos se embarcaron en una guerra larga y costosa con Persia, mientras que los Habsburgo españoles dirigieron su atención hacia su nuevo imperio en el Atlántico. A mediados del siglo XVII, cuando se inició una nueva tanda de conflictos entre otomanos y europeos, la fortaleza del Imperio otomano ya había sido minada por una serie de sultanes indolentes, amantes del placer, y por las tensiones que surgieron dentro del propio imperio cuando dejó de expandirse; pero desde mediados del siglo XVII ya no hubo un rival serio a la hegemonía global que las potencias europeas estaban empezando a alcanzar.

El colonialismo mediterráneo

Durante el siglo XV, los europeos fueron centrando cada vez más sus ambiciones coloniales y comerciales en el mundo mediterráneo oriental y atlántico. Aunque los historiadores han sostenido a veces lo contrario, esta reorientación no se debió al poder en ascenso del Imperio otomano, sino que fue producto de dos circunstancias relacionadas: la creciente importancia del comercio del oro africano para la Europa bajomedieval y el aumento de sus imperios coloniales en el mar Mediterráneo oriental.

LA ESCASEZ DE PLATA Y LA BÚSQUEDA DEL ORO AFRICANO

Los europeos habían trocado oro africano durante siglos, principalmente a través de intermediarios musulmanes que transportaban este metal precioso en caravanas desde la zona del río Níger, donde se producía, hasta los puertos norteafricanos de Argel y Túnez. A partir del siglo XIV, los comerciantes catalanes y genoveses mantuvieron colonias en Túnez, donde cambiaban tela de lana por grano norteafricano y oro subsahariano.

Sin embargo, lo que aceleró la demanda bajomedieval de oro fue una severa escasez de plata que afectó a toda la economía europea durante los siglos XIV y XV. La producción de plata en Europa cayó de forma pronunciada durante la década de 1340 y permaneció en un nivel bajo desde entonces, pues se habían alcanzado los límites de la capacidad tecnológica para extraer mineral de plata de las profundas minas. Esta escasez de producción se vio acompañada en el siglo XV por un grave problema en la balanza de pagos: afluía más plata europea al mercado de especias de la que podía reemplazarse utilizando las técnicas mineras existentes en los yacimientos argentíferos conocidos. Puesto que las monedas de oro representaban una alternativa clara para las transacciones grandes, desde el siglo XIII los monarcas europeos que podían acuñaban monedas en ese metal. Pero como Europa contaba con pocas reservas naturales de oro, mantener y ampliar esta acuñación precisaba de nuevos y mayores suministros. Y la fuente más evidente para proporcionarlos era África.

LOS IMPERIOS MEDITERRÁNEOS: CATALUÑA, VENECIA Y GÉNOVA

El creciente interés europeo por el comercio de oro africano coincidió con la creación de imperios marítimos mediterráneos por parte de los catalanes, venecianos y genoveses. Durante el siglo XIII, los catalanes conquistaron y colonizaron una serie de islas mediterráneas occidentales entre las que se incluían Mallorca, Ibiza, Menorca, Sicilia y Cerdeña. Salvo en Sicilia, el modelo de la explotación catalana era prácticamente el mismo en todas las islas: expropiación o exterminación de la población nativa (por lo general, musulmana); concesiones económicas para atraer nuevos colonos, y una fuerte dependencia de la mano de obra esclava para producir alimentos y materias primas dedicadas a la exportación.

A diferencia de la colonización catalana, que en su mayoría llevaban a cabo particulares que operaban bajo licencia de la corona, la colonización veneciana fue dirigida por los gobernantes de la ciudad y se centró en el Mediterráneo oriental, donde dominaban el comercio de las especias y las sedas. Los genoveses, en contraste, tenían intereses más extensos en el mundo mediterráneo occidental, donde comerciaban con artículos voluminosos como telas, cueros, grano, madera y azúcar.

Las colonias genovesas tendían a ser más informales y basadas en la familia que las venecianas o catalanas, constituían más una red que una extensión de un imperio soberano. También estaban más integradas en las sociedades autóctonas del norte de África, España y el mar Báltico que las venecianas o las catalanas. Las colonias genovesas fueron pioneras en la producción de azúcar y los vinos dulces tipo Madeira en el Mediterráneo occidental, primero en Sicilia y después en las islas atlánticas frente a la costa occidental de África. Para transportar estos productos tan voluminosos, los genoveses abandonaron las galeras provistas de remos empleadas por los venecianos para recurrir a buques veleros con mayor tamaño, capaces de transportar volúmenes más grandes de cargamento. Con diversas modificaciones para adaptarlos a las condiciones de navegación más duras del océano Atlántico, éstos fueron los barcos que llevarían a los europeos del siglo XVI alrededor del mundo.

DEL MEDITERRÁNEO AL ATLÁNTICO

Hasta finales del siglo XIII el comercio marítimo europeo se había dividido entre el mundo mediterráneo y el mundo del Atlántico norte. Sin embargo, hacia 1270 los mercaderes italianos se pusieron a navegar cruzando el estrecho de Gibraltar para llegar a las regiones productoras de lana de Inglaterra y los Países Bajos. Éste fue el primer paso esencial para la extensión de los modelos mediterráneos de comercio y colonización al océano Atlántico. El segundo paso fue el descubrimiento (o puede que redescubrimiento) durante el siglo XIV de la cadena de islas atlánticas conocidas como las Canarias y las Azores por los marinos genoveses. Los esfuerzos para colonizar las islas Canarias y convertir y esclavizar a sus habitantes se iniciaron casi de inmediato, pero la conquista práctica no se llevó a cabo hasta el siglo XV, cuando la emprendió Portugal y la completó Castilla. Las Canarias, a su vez, se convirtieron en la base desde la que prosiguieron los viajes portugueses por la costa occidental de África, además de constituir el punto de partida desde el que Cristóbal Colón navegaría hacia el oeste por el océano Atlántico con la esperanza de alcanzar Asia.

LA TECNOLOGÍA NAVAL Y LA NAVEGACIÓN

Los imperios europeos de los siglos XV y XVI se asentaron en el dominio de los océanos. Las carabelas portuguesas —el barco habitual de los viajes a África del siglo XV— se basaron en diseños de barcos y velas que habían empleado los pescadores portugueses desde el siglo XIII. Sin embargo, a partir de la década de 1440 los carpinteros de ribera portugueses empezaron a construir carabelas mayores, con

un desplazamiento aproximado de cincuenta toneladas y dos mástiles, cada uno dotado de una vela triangular (latina). Estos barcos eran capaces de navegar contra el viento con mayor eficacia que los antiguos navíos con velas de cruz. También requerían tripulaciones mucho menores que las galeras provistas de múltiples remos, que aún se usaban habitualmente en el Mediterráneo. Al final del siglo xv ya se construían carabelas todavía más grandes, de unas doscientas toneladas, con un tercer mástil y una combinación de velas cuadradas y latinas. La *Niña* de Colón tenía este diseño y se la había dotado de dos velas cuadradas en las islas Canarias para que pudiera navegar con mayor empuje cara al viento durante la travesía atlántica.

Los europeos también realizaron considerables avances en la navegación durante los siglos xv y xvi. El uso de los cuadrantes, que calculaban la latitud en el Hemisferio norte por la altura de la Estrella Polar en el horizonte, estaba muy extendido en la década de 1450. Sin embargo, a medida que los marinos se iban acercando al ecuador, los cuadrantes perdían utilidad, por lo que se veían obligados a reemplazarlos por los astrolabios, que determinaban la latitud por la altura del sol. Al igual que los cuadrantes, hacía siglos que los astrolabios se conocían en Europa occidental, pero hasta la década de 1480 no se convirtieron en un instrumento útil para la navegación marítima con la preparación de tablas reglamentarias patrocinadas por la corona portuguesa. Asimismo, durante el siglo xv se aumentó el uso de las brújulas. No obstante, la longitud siguió siendo imposible de calcular con precisión hasta el siglo xviii, cuando la invención del cronómetro marino permitió establecer la hora en el mar con una exactitud suficiente. En general, durante el siglo xvi los europeos que navegaban hacia el este o el oeste por los océanos tenían que fiarse de su destreza para determinar a ojo de buen cubero en qué punto del globo se encontraban.

Los marineros europeos se beneficiaron también del nuevo interés por los mapas y las cartas de navegación. Especialmente importantes para los marinos atlánticos fueron los libros conocidos como portulanos, que contenían detalladas instrucciones de navegación y descripciones de los puntos de referencia costeros que un piloto podía esperar encontrarse en su ruta a diversos destinos. Los marineros mediterráneos contaban con portulanos similares desde al menos el siglo xiv. Sin embargo, en el siglo xv esta tradición se extendió al océano Atlántico, y a finales del siglo xvi, los portulanos abarcaban el globo.

PORTUGAL, ÁFRICA Y LA RUTA MARÍTIMA A LA INDIA

Fue entre los portugueses donde estos intereses dobles —el comercio del oro africano y la colonización atlántica— se unieron por primera vez. En 1415 una expedición

portuguesa tomó el puerto norteafricano de Ceuta. Durante la década de 1420 los portugueses colonizaron tanto la isla de Madeira como las islas Canarias. Durante la década de 1430 extendieron estos esfuerzos colonizadores a las Azores. En la década de 1440 ya habían alcanzado las islas de Cabo Verde. En 1444 los exploradores portugueses desembarcaron por primera vez en la zona comprendida entre las desembocaduras de los ríos Senegal y Gambia en el continente africano, donde comenzaron a reunir cargamentos de oro y esclavos para exportarlos a Portugal. En la década de 1470 los marinos portugueses ya habían rodeado el «saliente» africano y estaban explorando el golfo de Guinea. En 1483 alcanzaron la desembocadura del río Congo. En 1488 el capitán portugués Bartolomeu Dias rodeó la punta meridional de África. Arrastrado hasta allí accidentalmente por un temporal, lo llamó el «cabo de las Tormentas», pero el rey de Portugal tuvo una visión más optimista de la hazaña, lo rebautizó como cabo de Buena Esperanza y comenzó a planear una expedición naval a la India. Por fin, en 1497-1498, Vasco de Gama dobló el cabo y después, con la ayuda de un navegante musulmán llamado Ibn Mayid, cruzó el océano Índico hasta Calcuta, en la costa suroccidental de la India, con lo que abrió por primera vez una ruta marítima directa entre Europa y el comercio de especias del Lejano Oriente. Aunque Vasco de Gama perdió la mitad de su flota y un tercio de sus hombres en este viaje de dos años, su cargamento de especias era tan valioso que los percances se consideraron insignificantes. Su heroísmo se volvió legendario y su historia se convirtió en la base del poema épico nacional portugués la *Lusiada*.

Dueño ahora de la ruta más rápida a las riquezas del mundo, el rey de Portugal capitalizó de inmediato la hazaña de Vasco de Gama. A partir de 1500 zarparon flotas regulares portuguesas a la India. En 1509 los portugueses derrotaron a una flota otomana y luego bloquearon la desembocadura del mar Rojo para cortar una de las rutas tradicionales por las que habían viajado las especias a Alejandría y Beirut. En 1510 las fuerzas militares portuguesas ya habían establecido una serie de fuertes a lo largo del litoral indio occidental, incluido el cuartel general en Goa. En 1511 los barcos portugueses tomaron Malaca, centro del comercio de especias en la península Malaya. En 1515 ya habían alcanzado las islas de las Especias y la costa de China. Ahora dominaban de forma tan completa el comercio de especias, que en la década de 1520 incluso los venecianos se vieron obligados a comprar su pimienta en la capital portuguesa de Lisboa.

ARTILLERÍA E IMPERIO

Barcos mayores y más maniobrables e instrumentos de navegación mejorados posibilitaron que los portugueses y otros marinos europeos alcanzaran África, Asia y

América por mar. Pero estos imperios comerciales europeos del siglo XVI fueron primordialmente una hazaña militar. Como tales, reflejaron lo que los europeos habían aprendido en sus guerras mutuas durante los siglos XIV y XV. Tal vez el avance militar más trascendental de la Baja Edad Media fuera el creciente perfeccionamiento de la artillería posibilitado no sólo por la pólvora, sino también por la mejora de las técnicas metalúrgicas para vaciar cañones. A mediados del siglo XV el uso de las piezas de artillería ya había vuelto obsoletas las murallas de piedra de los castillos y ciudades medievales, hecho que quedó patente en 1453 con el asedio francés de Burdeos (que puso fin a la Guerra de los Cien Años) y con el asedio otomano de Constantinopla (que puso fin al Imperio bizantino).

Una de las razones por las que los nuevos diseños navales (primero carabelas y después galeones aún mayores) cobraron tanta importancia era porque su mayor tamaño posibilitaba montar en ellos piezas de artillería más efectivas. Durante el siglo XVI los buques europeos se concibieron cada vez más como plataformas flotantes de artillería, con multitud de cañones montados en posiciones fijas a ambos costados y cañones giratorios montados de proa a popa. Estos cañones eran muy caros, al igual que los barcos que los transportaban, pero a los monarcas que podían permitirse su posesión les facilitaba la proyección de su poder militar por el mundo. En 1498 Vasco de Gama se convirtió en el primer capitán portugués que navegó por el océano Índico, pero los portugueses no lograron el control de ese océano hasta 1509, cuando derrotaron a una fuerza naval combinada otomana e india en la batalla de Div. Sus puestos de avanzada comerciales en África y Asia eran fortificaciones, construidas no sólo para defenderse de los ataques de los pueblos nativos, sino también para rechazar los asaltos de otros europeos. Sin este componente militar esencial, los imperios marítimos europeos del siglo XVI no habrían existido.

EL PRÍNCIPE ENRIQUE EL NAVEGANTE

Puesto que sabemos que estas expediciones portuguesas del siglo XV por la costa africana acabaron abriendo una ruta marítima a la India y el Lejano Oriente, es tentador presumir que ésta era su meta desde el principio. Pero no fue así. La narración tradicional de estos acontecimientos, que presenta las exploraciones como su misión, la India como su meta y al príncipe Enrique el Navegante como el genio guiador, ha dejado de merecer la confianza de la mayoría de los historiadores. La India no se convirtió en la meta hacia la que se dirigieron estos viajes hasta la década de 1480. Antes, la empresa portuguesa en África estaba impulsada por objetivos más tradicionales: ambiciones de cruzada contra los musulmanes del norte de África; el deseo de establecer lazos directos con las fuentes de producción del oro africano al

sur del desierto del Sahara; la aspiración de colonizar las islas atlánticas; el floreciente mercado para los esclavos en Europa y el Imperio otomano; y la esperanza de que en algún lugar de África podrían encontrar al legendario Preste Juan, un rey cristiano mítico de quien los europeos creían que, si lograban localizarlo, sería su aliado contra los musulmanes. En los siglos XII y XIII lo habían buscado en Asia, pero desde la década de 1340 se creía que residía en Etiopía, término amplio que para la mayoría de los europeos parece que significaba «en un lugar de África».

El príncipe Enrique el Navegante (sobrenombre que no se le asignó hasta el siglo XVII) tampoco parece una figura tan central en la exploración portuguesa como se pensaba. En realidad, sólo dirigió ocho de los treinta y cinco viajes a África entre 1419 y su muerte en 1460; y los relatos sobre que reunió una escuela de navegantes y cartógrafos en las costas atlánticas de Portugal, sobre su papel en el diseño de buques e instrumentos de navegación mejores y sobre su fomento del saber científico en general se ha demostrado que son falsos. Sí desempeñó un papel importante en la organización de la colonización de Madeira, las islas Canarias y las Azores, además de ser pionero en el tráfico de esclavos portugués, primero, en las Canarias (cuya primitiva población fue esclavizada casi por completo), y después, a lo largo de la costa senegalesa-gambiana de África. Sin embargo, su meta principal era hacerse con el comercio de oro africano interceptándolo en su fuente. Para este fin construyó una serie de fuertes a lo largo del litoral africano —el más famoso, en Arguim— a los que esperaba desviar las caravanas de oro que cruzaban el Sahara. Ésta fue también la razón para colonizar las islas Canarias, que veía como lugar de escala para las expediciones al interior de África. No hay pruebas de que soñara con alcanzar la India navegando alrededor de África. En realidad, parece más bien lo contrario. El avance portugués hacia el cabo de Buena Esperanza se aceleró mucho más en los años posteriores a su muerte que durante su vida. Enrique fue un cruzado contra el islam; un príncipe en busca de un reino; un señor necesitado de recursos para sostener a sus seguidores, y un aspirante a comerciante que esperaba hacer su agosto con el comercio del oro, pero que encontró los mayores beneficios en la esclavitud. En todos estos aspectos, fue un hombre de su tiempo, es decir, del siglo XV. No fue el artífice y ni siquiera el visionario del imperio marítimo portugués del siglo XVI.

LA COLONIZACIÓN ATLÁNTICA Y EL AUMENTO DE LA ESCLAVITUD

Los beneficios que el príncipe Enrique había esperado obtener del comercio del oro africano no se materializaron durante su vida. Por tanto, tuvo que pagar sus expediciones por otros medios, y uno de ellos fue el tráfico de esclavos. Aunque en la mayor parte de Europa occidental la esclavitud había desaparecido prácticamente a

comienzos del siglo XII, continuó en Iberia (y, en menor grado, en Italia) en la Alta y la Baja Edad Media, pero hasta mediados del siglo XV su escala era muy pequeña. Los principales mercados de esclavos mediterráneos de los siglos XIV y XV se encontraban en tierras musulmanas y, en especial, en el Imperio otomano. Relativamente pocos de los esclavos que pasaban por esos mercados eran africanos; la mayoría eran cristianos europeos, de los que predominaban polacos, ucranianos, griegos y búlgaros. Así pues, en el mundo mediterráneo bajomedieval, los patrones de la esclavitud no atendían a prejuicios raciales, salvo en la medida en que los pueblos «primitivos» como los nativos de las islas Canarias o Cerdeña tenían más probabilidades de ser considerados blancos para la esclavitud.

Sin embargo, a partir de mediados del siglo XV, Lisboa comenzó a surgir como mercado en alza de africanos esclavizados. Durante la vida del príncipe Enrique se vendieron en Lisboa del orden de quince a veinte mil africanos, en su mayoría entre las décadas de 1440 y 1460. En el medio siglo posterior a su muerte, las cifras crecieron, y en 1505 llegaron a alcanzar cerca de 150.000 esclavos importados a Europa. En su mayoría estos esclavos se consideraban símbolos de posición, razón por la que con tanta frecuencia se los representaba en las pinturas del período. Incluso en las colonias atlánticas —Madeira, las Canarias y las Azores—, la tierra la labraban fundamentalmente los colonos y aparceros europeos. Si se empleaba mano de obra esclava, se limitaba en general a los ingenios de azúcar, motivo por el que en las Azores, que continuó como colonia productora de trigo, la esclavitud no llegó a implantarse. En Madeira y las Canarias, por su parte, donde el azúcar se convirtió en el cultivo comercial predominante durante el último cuarto del siglo XV, se introdujeron algunos esclavos, pero tampoco llegaron a generalizarse.

No fue hasta la década de 1460 cuando surgió un nuevo estilo de plantaciones de azúcar basadas en la esclavitud en las colonias atlánticas de Portugal, que comenzó en las islas de Cabo Verde y se extendió a continuación hacia el sur hasta el golfo de Guinea. Estas islas no estaban pobladas cuando los portugueses iniciaron su asentamiento, pero su clima dificultó que acudieran grandes cantidades de europeos. No obstante, su localización era ideal para comprar peones en los mercados de esclavos a lo largo de la cercana costa africana occidental. Desde el período de los romanos no se había visto en Europa un sistema comparable de producción a gran escala de plantaciones basadas en la mano de obra esclava, pero sería este sistema el que exportarían los conquistadores españoles a las islas del Caribe en América, con incalculables consecuencias para África, América y Europa.

Europa encuentra un Nuevo Mundo

La decisión de los monarcas españoles de costear el famoso viaje de Colón fue una consecuencia de estas aventuras portuguesas. A partir de 1488, cuando Dias logró doblar el cabo de Buena Esperanza, se puso de manifiesto que Portugal dominaría pronto las rutas marítimas que conducían a Asia por el este. La única alternativa para sus rivales españoles era financiar a alguien lo bastante intrépido para intentar alcanzar Asia navegando hacia el oeste. La imagen popular de Cristóbal Colón (1451-1506) como un visionario que luchó para convencer a ignorantes empedernidos de que el mundo era redondo no resiste un examen riguroso. En realidad, el hecho de que la Tierra es esférica ya se conocía ampliamente en la sociedad europea al menos desde el siglo XII. Lo que hizo que el plan de Colón resultara plausible para los Reyes Católicos fue, primero, el descubrimiento y colonización de las islas Canarias y Azores, que habían reforzado la postura de que el Atlántico estaba salpicado de islas hasta Japón; y, segundo, el asombroso error de cálculo del marino sobre el tamaño real de la Tierra, que les convenció de que podría alcanzar Japón y China en un mes más o menos de navegación hacia el oeste desde las islas Canarias. En realidad, los europeos redescubrieron América a finales del siglo XV como resultado de un error de cálculo colosal. Colón jamás se dio cuenta de su error. Cuando alcanzó las Bahamas y la isla de La Española en 1492 después de un solo mes de navegación, regresó a España para informar de que, en efecto, había llegado a las islas más distantes de Asia.

EL DESCUBRIMIENTO DE UN NUEVO MUNDO

Colón no fue el primer europeo que puso los pies en el continente americano. Marineros vikingos habían alcanzado y colonizado por corto tiempo los actuales Terranova, Labrador y quizá Nueva Inglaterra hacia el año 1000. Pero la noticia de estos desembarcos vikingos se había olvidado o desconocido en Europa durante cientos de años. En el siglo XV se habían abandonado incluso los asentamientos escandinavos en Groenlandia. Así pues, sería execrable negar a Colón el mérito de sus proezas. Aunque nunca llegó a aceptar la realidad de lo que había descubierto, quienes le siguieron sí lo hicieron y se dieron prisa en ponerse a explotar este nuevo mundo.

Como era de esperar, Colón no volvió de este viaje con especias asiáticas, pero sí trajo algunas pequeñas muestras de oro y unos cuantos indígenas, cuya existencia prometía tribus enteras que podrían ser «salvadas» (mediante la conversión al cristianismo) y esclavizadas por los europeos. Esto produjo el incentivo suficiente para que los monarcas españoles financiaran tres expediciones más de Colón y muchas otras de diversos exploradores. Pronto se descubrió el territorio continental,

así como más islas, y en seguida resultó ineludible la conclusión de que se había encontrado un nuevo mundo. Fue el geógrafo italiano Américo Vesputio quien se dedicó a divulgar la existencia de este nuevo mundo y, aunque tal vez no se mereciera ese honor, el continente del Hemisferio occidental acabó conociéndose a partir de entonces como «América» por su nombre de pila.

Al principio, la percepción de que se trataba ciertamente de un nuevo mundo fue una decepción para los españoles, puesto que si había una importante masa de tierra situada entre Europa y Asia, España tendría que desistir de vencer a Portugal en la carrera por las especias asiáticas. Cualquiera duda que quedara de que no uno sino dos vastos océanos separaban Europa de Asia quedó completamente despejada en 1513, cuando Vasco Núñez de Balboa contempló por primera vez el océano Pacífico desde el istmo de Panamá. Sin admitir del todo la derrota, en 1519, el nieto de Fernando e Isabel, el sacro emperador romano Carlos V, aceptó la oferta de Fernando de Magallanes de comprobar si podía encontrarse una ruta a Asia circunnavegando el continente americano. Pero su viaje demostró con rotundidad que el globo terráqueo era demasiado grande para que dicho plan resultara factible. Sólo sobrevivieron ochenta marineros de una tripulación de 265. La mayoría había muerto de escorbuto e inanición; incluso Magallanes había hallado la muerte en una escaramuza con los pueblos indígenas de las Filipinas. Este fracaso puso fin a toda esperanza de descubrir un «paso suroccidental» viable a Asia, pero sobrevivió el sueño de un «paso noroccidental», que continuó motivando a los exploradores europeos de Norteamérica hasta el siglo XIX.

LA CONQUISTA ESPAÑOLA DE AMÉRICA

Aunque el descubrimiento de este nuevo continente fue al principio un desengaño para los españoles, pronto resultó evidente que poseía grandes riquezas. Desde el comienzo, las muestras de oro de Colón, por insignificantes que fueran, habían alimentado esperanzas de que en América el oro podría encontrarse amontonado en lingotes, listo para enriquecer al aventurero europeo que lo descubriera. Y los rumores crecieron, hasta que unos pocos soldados españoles lograron hacerse ricos mucho más allá de sus sueños más avariciosos. Entre 1519 y 1521, el conquistador Hernán Cortés, con una fuerza de seiscientos hombres, pero con la ayuda de miles de súbditos descontentos con sus dominadores, derrocó al Imperio azteca y se apoderó de la fabulosa riqueza atesorada por sus gobernantes. Después, en 1533, otro conquistador, Francisco Pizarro, esta vez con sólo ciento ochenta hombres, derrocó al Imperio inca altamente centralizado y se quedó con sus grandes reservas de oro y plata. Cortés y Pizarro gozaron de la ventaja de contar con algunos cañones y unos

cuantos caballos (ambos desconocidos para los pueblos indígenas de América), pero consiguieron sus victorias fundamentalmente por su gran audacia, valor y astucia. También les ayudó la falta de disposición de los pueblos indígenas a los que los aztecas y los incas habían sometido para luchar en nombre de sus opresores. Poco sabían estos primeros aliados de los españoles que sus nuevos conquistadores resultarían pronto mucho peores.

LOS BENEFICIOS DEL IMPERIO EN EL NUEVO MUNDO

Cortés y Pizarro fueron saqueadores que se apoderaron con un solo golpe del tesoro de oro y plata acumulado durante siglos por las civilizaciones indígenas de México y Perú. Sin embargo, en seguida se inició la búsqueda de las fuentes de dichos metales preciosos. Los primeros yacimientos de oro se descubrieron en La Española, donde se establecieron de inmediato minas a cielo abierto utilizando peones indígenas que morían en grandes cantidades de enfermedad, brutalidad y exceso de trabajo. Del cerca de millón de indígenas que vivían en La Española en 1492, sólo sobrevivían cien mil en 1510, y el número había descendido a quinientos en 1538.

Con la pérdida de tantos trabajadores, las minas de La Española dejaron de resultar rentables y los colonos europeos se dedicaron a la cría de ganado y la producción de azúcar. Copiando en sus plantaciones de caña de azúcar el modelo de las islas de Cabo Verde y Santo Tomé en el golfo de Guinea, se importaron esclavos africanos para que trabajaran en la nueva industria. Por su propia naturaleza, la producción de azúcar era una empresa que requería una elevada inversión de capital, y la necesidad de importar mano de obra esclava aumentaba sus costes, lo que garantizaba que el control de esa industria recaería en manos de unos pocos plantadores y financieros acomodados.

A pesar de la importancia de la producción azucarera en las islas del Caribe y de la cría de ganado en el interior de México, la minería fue la que moldeó fundamentalmente las colonias españolas de América central y del sur. El oro fue el cebo que en un inicio arrastró a los conquistadores españoles al Nuevo Mundo, pero la plata se convirtió en su exportación más lucrativa. Entre 1543 y 1558 se descubrieron ingentes yacimientos argentíferos al norte de la ciudad de México y en Potosí en Bolivia. Incluso antes del descubrimiento de estos depósitos, la corona española había tomado medidas para asumir el control gubernamental directo sobre sus colonias centro y sudamericanas. Por tanto, fue a ella a la que afluyeron los beneficios de estas minas tan productivas. Potosí se convirtió pronto en la ciudad minera más importante del mundo. En 1570 ya había alcanzado 120.000 habitantes, a pesar de estar situada a una altura de más de 4.500 metros y gozar de una temperatura

que nunca superaba los 15° centígrados. Como en La Española, los peones indígenas esclavizados murieron por miles en esas minas y en los pueblos infestados de enfermedades que las rodeaban.

Las nuevas técnicas mineras (en particular, el proceso de amalgamación con mercurio, introducido en México en 1555 y en Potosí en 1571) posibilitaron la producción de mayores cantidades de plata a expensas de un incremento de la mortandad entre los peones indígenas. Entre 1571 y 1586, la producción de plata en Potosí se cuadruplicó, y alcanzó su nivel máximo en la década de 1590, cuando llegaban a España procedentes de América diez millones de onzas de plata al año. En la década de 1540 la cifra correspondiente sólo era de un millón y medio de onzas. En los años culminantes de producción de plata en Europa, entre 1525 y 1535, no se producían más que unos tres millones de onzas al año, y esta cifra descendió de forma constante a partir de 1550. La escasez de plata llegó a su fin durante el siglo XVI, pero el mineral que ahora circulaba procedía casi por completo del Nuevo Mundo.

Esta afluencia masiva de plata a la economía europea aceleró una inflación que ya había comenzado a finales del siglo XV. Al principio, esta inflación fue impulsada por el crecimiento renovado de la población europea, la economía en expansión y un suministro de alimentos relativamente fijo. Sin embargo, a partir de la década de 1540 la inflación fue en buena parte producto del enorme aumento de la plata que ahora entraba en la economía europea. El resultado fue lo que los historiadores han denominado «la revolución de los precios». Aunque los efectos de esta inflación se sintieron en todo el continente europeo, España se vio afectada con particular severidad: entre 1500 y 1560 los precios se duplicaron, y volvieron a hacerlo entre 1560 y 1600. A su vez, unos precios tan extraordinariamente elevados socavaron la competitividad de sus industrias. Cuando el flujo de la plata del Nuevo Mundo se redujo de manera considerable durante las décadas de 1620 y 1630, la economía española se derrumbó.

A partir de 1600 entraron en la economía europea cantidades decrecientes de plata procedente del Nuevo Mundo, pero los precios siguieron subiendo, si bien con mayor lentitud que antes. En 1650, el precio del grano dentro de Europa había ascendido entre cinco y seis veces el alcanzado en 1500, lo que produjo agitación social y miseria extendida para muchos de los habitantes más pobres. En Inglaterra, el período comprendido entre 1590 y 1610 fue probablemente el más desesperado que el país había experimentado durante trescientos años. Cuando la población aumentó y los salarios cayeron, los niveles de vida descendieron de manera espectacular. Si calculamos los niveles de vida dividiendo el precio de la cesta de la compra media por el salario diario medio de un obrero de la construcción, los niveles de vida en Inglaterra eran más bajos en 1600 de lo que lo habían sido incluso en los terribles

años de comienzos del siglo XIV. No es de extrañar, entonces, que a muchos se les antojara una perspectiva tentadora la emigración a América. En realidad, lo que deberíamos preguntarnos es qué habría sucedido en la Europa del siglo XVII si el nuevo mundo americano no hubiera existido como una salida para la creciente población europea.

Conclusión

En 1600, la colonización y la conquista ultramarinas habían cambiado de manera profunda tanto Europa como el mundo en general. El surgimiento durante el siglo XVI de Portugal y España como los principales comerciantes europeos en el comercio de larga distancia trasladó de forma permanente el centro de gravedad de la economía europea de Italia y el Mediterráneo al Atlántico. Privada de su papel como principal conducto para el comercio de las especias, Venecia fue declinando poco a poco. Los genoveses se introdujeron cada vez más en el mundo de las finanzas, respaldando las aventuras comerciales de otros, en particular de España. En contraste, los puertos atlánticos de España y Portugal bullían de barcos y relucían de riqueza. Sin embargo, a mediados del siglo XVII el predominio económico ya estaba pasando a los estados del Atlántico norte de Inglaterra, Holanda y Francia. España y Portugal conservarían sus colonias americanas hasta el siglo XIX, pero a partir del siglo XVII serían los holandeses, los franceses y, sobre todo, los ingleses quienes establecerían nuevos imperios europeos en Norteamérica, Asia, África y Australia. En general, estos nuevos imperios durarían hasta la Segunda Guerra Mundial.

Bibliografía seleccionada

CHAMBERS, James, *Gengis Kan*, Madrid, Acento, 2001.

CHAUNU, Pierre, *La expansión europea (siglos XIII al XV)*, Barcelona, Labor, 1982.

COLÓN, Cristóbal, *Los cuatro viajes del Almirante y su testamento*, Madrid, Espasa, 2006.

—, *Libro de las profecías*, Madrid, Alianza, 1992.

FERNÁNDEZ-ARMESTO, Felipe, *Antes de Colón, exploración y colonización desde el Mediterráneo hacia el Atlántico, 1229-1492*, Madrid, Cátedra, 1993.

—, *Colón*, Barcelona, Folio, 2004.

GIL, Juan, *En demanda del Gran Khan: viajes a Mongolia en el siglo XIII*, Madrid, Alianza, 1993.

GOODWIN, Jason, *Los señores del horizonte: una historia del Imperio otomano*,

- Madrid, Alianza, 2005.
- GOODY, Jack, *El Islam en Europa*, Barcelona, Gedisa, 2005.
- IMBER, Colin, *El imperio otomano: 1300-1650*, Barcelona, Byblos, 2006.
- KAMEN, Henry, *La sociedad europea (1500-1700)*, Madrid, Alianza, 1986.
- LAMB, Harold, *Genghis Khan, emperador de todos los hombres*, Barcelona, Altaya, 1998.
- LARNER, John, *Marco Polo y el descubrimiento del mundo*, Barcelona, Paidós, 2001.
- El libro secreto de los mongoles*, Barcelona, El Aleph, 1985.
- MAN, John, *Genghis Khan, vida, muerte y resurrección*, Madrid, Oberon, 2006.
- MORGAN, David, *Los mongoles*, Madrid, Alianza, 1990.
- ORTOLÁ SALAS, Francisco Javier (ed.), *Historia turco-bizantina: Ducas*, Madrid, Antonio Machado Libros, 2006.
- PARKER, Geoffrey, *La revolución militar: innovación militar y apogeo de occidente, 1500-1800*, Madrid, Alianza, 2002.
- PÉRONNET, Michel, *El siglo XVI: de los grandes descubrimientos a la contrarreforma (1492-1620)*, Madrid, Akal, 1989.
- PHILLIPS, J. R. S., *La expansión medieval de Europa*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1994.
- POLO, Marco, *Viajes*, Madrid, Espasa, 2004.
- RAMÍREZ BELLERÍN, Laureano (ed.), *Historia secreta de los mongoles*, Madrid, Miraguano, 2000.
- ROSSABI, Morris, *Kublai Khan: su vida y su tiempo*, Madrid, Edaf, 1992.
- WEATHERFORD, Jack, *Genghis Khan y el inicio del mundo moderno*, Barcelona, Crítica, 2006.

CAPÍTULO 12

La civilización del Renacimiento, c. 1350-1550

La noción moderna generalizada de que a la Edad Media europea siguió un «período de Renacimiento» la expresaron por primera vez numerosos escritores italianos que vivieron entre 1350 y 1550. Según ellos, mil años de oscuridad continua se habían interpuesto entre la era romana y la suya propia. Durante esta «edad oscura», las musas del arte y la literatura habían huido de Europa ante la acometida de la barbarie y la ignorancia. Sin embargo, casi de forma milagrosa, las musas regresaron de pronto en el siglo XIV, y los italianos colaboraron gustosos con ellas para producir un glorioso «renacimiento de las artes».

Desde que se presentó esta periodización, los historiadores han dado por sentada la existencia de cierta clase de «renacimiento» intermedio entre los tiempos medievales y modernos. En realidad, desde finales del siglo XVIII hasta comienzos del XX muchos eruditos sostuvieron que el Renacimiento no fue sólo una época en la historia del saber y la cultura, sino que un «espíritu renacentista» singular transformó todos los aspectos de la vida europea, políticos, económicos y religiosos, así como intelectuales y artísticos. Sin embargo, en la actualidad la mayoría de los expertos han dejado de aceptar esta caracterización porque les resulta imposible localizar una política, economía o religión «renacentistas» que puedan considerarse verdaderamente características. En su lugar, reservan el término de «Renacimiento» para describir ciertas tendencias en el pensamiento, la literatura y las artes que surgieron en Italia en torno a 1350 y se mantuvieron hasta 1550, para extenderse a continuación al norte de Europa durante la primera mitad del siglo XVI. Éste es el planteamiento que seguiremos en nuestra exposición; por tanto, cuando nos referimos a un período de «Renacimiento» en este capítulo, nos limitamos a señalar una época en la historia intelectual y cultural.

El Renacimiento y la Edad Media

Una vez establecida esta restricción, se hacen necesarias algunas precisiones más. Debido al significado literal de la palabra «renacimiento», a veces se piensa que hacia

1350 algunos italianos que acababan de conocer los logros culturales griegos y romanos iniciaron una renovación de la cultura clásica tras un largo período en el que había estado muerta. Sin embargo, la realidad es que la Edad Media no fue testigo de la «muerte» del saber clásico. Santo Tomás de Aquino consideraba que Aristóteles era «el Filósofo» y Dante reverenciaba a Virgilio. Pueden citarse ejemplos similares casi ilimitados. Sería igualmente falso contrastar un imaginario «paganismo renacentista» con una «era de la fe» medieval, puesto que por más que apreciaran a los clásicos la mayoría de las personalidades renacentistas, ninguna consideraba que su clasicismo se impusiera sobre su cristianismo. Y, por último, todos los análisis sobre el Renacimiento deben reflejar el hecho de que no existió una postura renacentista única sobre nada. Los pensadores y artistas renacentistas fueron muy diversos en sus actitudes, logros y posturas. Cuando valoramos sus obras, debemos tener cuidado para no obligarlos a encajar en moldes demasiado estrechos.

EL CLASICISMO RENACENTISTA

No obstante, en las esferas del pensamiento, la literatura y las artes, se encuentran sin duda rasgos distintivos que dan significado al concepto de «Renacimiento» para la historia intelectual y cultural. En primer lugar, en lo que respecta al conocimiento de los clásicos, hubo una diferencia cuantitativa considerable entre el saber de la Edad Media y el del Renacimiento. Los eruditos medievales conocían a muchos autores romanos, como Virgilio, Ovidio y Cicerón, pero durante el Renacimiento se redescubrieron y divulgaron las obras de otros como Tito Livio, Tácito y Lucrecio. De igual importancia, si no mayor, fue la recuperación de la literatura de la Grecia clásica procedente de Bizancio. En los siglos XII y XIII los occidentales habían dispuesto de tratados científicos y filosóficos griegos en traducciones latinas a través del islam, pero ninguna de las obras maestras de la literatura griega y casi ninguna de las obras principales de Platón se conocían todavía. Además, apenas un puñado de occidentales medievales era capaz de leer la lengua griega. Por otra parte, durante el Renacimiento, muchos eruditos occidentales aprendieron griego y dominaron casi por completo la herencia literaria griega que se conoce en la actualidad.

En segundo lugar, los pensadores renacentistas no sólo conocían más textos clásicos que sus equivalentes medievales, sino que los utilizaron de nuevas maneras. Mientras que los escritores medievales suponían que sus fuentes antiguas complementarían y confirmarían sus asunciones cristianas, los escritores renacentistas tenían una percepción más clara de la brecha conceptual y cronológica que separaba su mundo del de sus fuentes clásicas. Sin embargo, al mismo tiempo, las similitudes estructurales entre las ciudades-estado antiguas y las de la Italia

renacentista fomentaron que los pensadores italianos en particular encontraran en esas fuentes modelos de pensamiento y acción aplicables directamente a su época. Esta firme determinación a aprender de la Antigüedad clásica resultó aún más marcada en la arquitectura y el arte, esferas en las que los modelos clásicos contribuyeron a la creación de estilos «renacentistas» plenamente característicos.

En tercer lugar, aunque la cultura renacentista no era en modo alguno pagana, sí era más mundana y manifiestamente materialista en su orientación que la de los siglos XII y XIII. La evolución de las ciudades-estado italianas creó un entorno de apoyo para las actitudes que resaltaban la importancia del ámbito político urbano y de la buena vida en este mundo. Tales ideales contribuyeron a crear una cultura cada vez menos eclesiástica. La debilidad relativa de la Iglesia en Italia colaboró además a que surgiera una cultura más secular. Los obispados eran pequeños y en su mayoría estaban mal dotados. Asimismo, las universidades italianas eran muy independientes de la supervisión y el control eclesiásticos. Hasta el papado tenía una capacidad muy restringida para intervenir en la vida cultural de estas ciudades-estado, sobre todo porque su papel como rival político en el centro de Italia comprometía su autoridad moral como árbitro de los valores culturales y religiosos. Todos estos factores coadyuvaban a crear un espacio dentro del cual pudo emerger la cultura mundana y materialista del Renacimiento, libre de la oposición eclesiástica.

EL HUMANISMO RENACENTISTA

Una palabra por encima de todas resume los ideales intelectuales renacentistas más comunes y básicos, a saber, el *humanismo*. El humanismo renacentista era un programa de estudios que aspiraba a reemplazar el énfasis escolástico de los siglos XIII y XIV en la lógica y la metafísica con el estudio de la lengua, la literatura, la retórica, la historia y la ética. Los humanistas prefirieron siempre la literatura antigua; aunque algunos (en especial Francesco Petrarca y Leon Battista Alberti) escribieron tanto en latín como en lengua vernácula, la mayoría consideró la literatura vernácula, como mucho, una diversión para las personas sin cultura. La erudición y literatura serias no podían escribirse más que en latín o griego; es más, el latín tenía que ser el de Cicerón y Virgilio. Los humanistas renacentistas eran elitistas deliberados que condenaban el latín vivo de sus contemporáneos escolásticos como una desviación bárbara de los antiguos criterios (y, por tanto, correctos) del estilo latino. A pesar de creer que, de este modo, estaban reviviendo el estudio de los clásicos, su posición resultó intrínsecamente irónica, pues al insistir en los criterios antiguos de la gramática, sintaxis y elección de términos latinos, lo que consiguieron fue acabar convirtiendo el latín en una lengua fosilizada que a partir de entonces dejó de

evolucionar. Así pues, contribuyeron sin quererlo al triunfo definitivo de las lenguas vernáculas europeas como vehículo primordial de la vida intelectual y cultural.

Los humanistas estaban convencidos de que su programa educativo —que colocaba el estudio de la lengua y literatura latinas en el centro del plan de estudios y luego animaba a los alumnos a proseguir con el griego— era el mejor modo de formar ciudadanos virtuosos y cargos públicos capaces. Su elitismo era en este sentido intensamente práctico y se conectaba de forma directa con la vida política de las ciudades-estado en las que vivían. Como las mujeres estaban excluidas de la vida política italiana, su educación preocupó poco a la mayoría de los humanistas, si bien algunas aristócratas sí adquirieron formación humanística. Sin embargo, cuando cada vez más ciudades cayeron en manos de los príncipes, el programa de estudios humanista perdió su conexión inmediata con los ideales republicanos de la vida política italiana. No obstante, los humanistas nunca abandonaron la convicción de que el estudio de las «humanidades» (como acabó conociéndose su programa educativo) era la mejor vía para forjar dirigentes para la sociedad europea.

El Renacimiento en Italia

Aunque el Renacimiento se acabó convirtiendo en un movimiento intelectual y artístico de toda Europa, se desarrolló primero y de forma más singular en la Italia de los siglos XIV y XV. Determinar por qué fue así resulta importante no sólo para explicar los orígenes de este movimiento, sino para entender sus características fundamentales.

LOS ORÍGENES DEL RENACIMIENTO ITALIANO

El Renacimiento se originó en Italia por varias razones. La más fundamental fue que, en la Baja Edad Media, Italia era la sociedad urbana más avanzada de toda Europa. A diferencia de los aristócratas del norte de los Alpes, los italianos acostumbraban a habitar en centros urbanos más que en castillos rurales y, en consecuencia, participaban plenamente en los asuntos públicos urbanos. Además, desde que la aristocracia italiana había construido sus palacios en las ciudades, estaba menos separada de la clase de los ricos comerciantes que en el norte. De ahí que, mientras que en Francia o Alemania la mayoría de los aristócratas vivían de los ingresos que les producían sus fincas rurales y los ricos moradores de las ciudades (burgueses) lograban su sustento con el comercio, en Italia había tantos aristócratas de las ciudades que tomaban parte en empresas bancarias o mercantiles y tantas familias de

mercaderes ricos que imitaban los modales de la aristocracia, que en los siglos XIV y XV ya apenas resultaban distinguibles la nobleza y la alta burguesía. Los renombrados Medici, por ejemplo, surgieron como familia de médicos (tal como sugiere su nombre), hicieron su fortuna en la banca y el comercio, y ascendieron a la aristocracia en el siglo XV. Las consecuencias de estos hechos para la historia de la educación son patentes: no sólo existía una gran demanda de formación en los conocimientos de lectura y contabilidad necesarios para llegar a ser un comerciante de éxito, sino que las familias más ricas y prominentes pretendían sobre todo encontrar maestros que impartieran a sus hijos el saber y las competencias necesarias para debatir bien en la esfera pública. En consecuencia, Italia produjo un gran número de educadores laicos, muchos de los cuales no sólo se dedicaban a enseñar a sus alumnos, sino que también demostraban su saber componiendo tratados políticos y éticos, así como obras de literatura. Las escuelas italianas crearon al público de clase alta mejor educado de toda Europa, junto con un número considerable de mecenas ricos que estaban dispuestos a invertir en el cultivo de nuevas ideas y formas de literatura y expresión artística.

Una segunda razón por la que la Italia bajomedieval fue la cuna de un renacimiento intelectual y artístico estriba en el hecho de que tenía un sentido mucho mayor de relación con el pasado clásico que cualquier otro territorio de Europa occidental. Los antiguos monumentos romanos eran omnipresentes en la península, y la literatura latina clásica hacía referencia a ciudades y lugares que los italianos renacentistas reconocían como propios. Los italianos pusieron un interés particular en recuperar su herencia clásica en los siglos XIV y XV porque también pretendían establecer una identidad cultural independiente en oposición a un escolasticismo más estrechamente asociado con Francia. Además de que el traslado del papado a Aviñón durante la mayor parte del siglo XIV y después el Gran Cisma de 1378 a 1417 avivaron los antagonismos entre Italia y Francia, la reacción intelectual que surgió durante el siglo XIV contra el escolasticismo en todos los frentes incitó a los italianos a preferir las alternativas intelectuales que ofrecían las fuentes de la literatura clásica. Cuando la literatura y el saber romanos echaron raíces en Italia, también lo hicieron el arte y la arquitectura, pues sus modelos podían ayudar a crear una espléndida alternativa artística al gótico francés, del mismo modo que el saber romano ofrecía una alternativa intelectual al escolasticismo francés.

Por último, el Renacimiento italiano no habría tenido lugar sin el sostén de la riqueza. Es probable que la economía en su conjunto fuera más próspera en el siglo XIII que en los siglos XIV y XV, pero la Italia bajomedieval era más rica en comparación con el resto de Europa de lo que lo había sido antes, hecho que significó que sus escritores y artistas tuvieran más probabilidades de quedarse en su país que de buscar empleo en el exterior. En la Italia bajomedieval, la inversión intensiva en

cultura surgió tanto de una intensificación del orgullo urbano como de la concentración de la riqueza per cápita. Durante el siglo XIV, las propias ciudades fueron los principales mecenas del arte y el saber. Sin embargo, durante el siglo XV, cuando la mayoría de las ciudades-estado sucumbieron al gobierno hereditario de las familias nobles, el patrocinio fue monopolizado por la aristocracia principesca. Entre estos grandes príncipes se hallaban los papas de Roma, que basaban su fortaleza en el control temporal de los Estados Pontificios. Los más mundanos de los papas renacentistas —Alejandro VI (1492-1503); Julio II (1503-1513) y León X (1513-1521), hijo del gobernante florentino Lorenzo de Medici— emplearon a los más grandes artistas de la época, con lo que durante unas cuantas décadas hicieron de Roma la capital artística de Europa occidental.

EL RENACIMIENTO ITALIANO: LITERATURA Y PENSAMIENTO

Al investigar los logros de los eruditos y escritores renacentistas italianos, lo natural es comenzar por la obra de Petrarca (Francesco Petrarca, 1304-1374), el «padre del humanismo renacentista» y católico profundamente comprometido, que creía que el escolasticismo estaba equivocado porque se concentraba en la especulación abstracta y no en enseñar a vivir de manera virtuosa a la gente para alcanzar la salvación. Pensaba que el escritor cristiano debía cultivar la elocuencia literaria para inspirar al prójimo a hacer el bien. Para él, los mejores modelos de elocuencia se encontraban en los textos clásicos de la literatura latina, que resultaban doblemente valiosos porque también estaban repletos de sabiduría ética. Así pues, se dedicó a redescubrir dichos textos y a escribir sus propios poemas y tratados morales en un estilo latino que seguía el modelo de los autores clásicos. Pero Petrarca fue también un notable poeta en lengua vernácula. Los sonetos italianos —después llamados sonetos petrarquistas— que escribió a su amada Laura al estilo caballeresco de los trovadores fueron muy imitados y admirados en el período renacentista y se continúan leyendo en la actualidad.

Como era un cristiano muy tradicional, su ideal supremo para la conducta humana era la vida solitaria de contemplación y ascetismo. Pero entre 1400 y 1450 aproximadamente, pensadores y eruditos italianos posteriores, casi todos residentes en Florencia, desarrollaron una visión diferente que suele denominarse humanismo cívico. Sus principales representantes, como el florentino Leonardo Bruni (c. 1370-1444) y Leon Battista Alberti (1404-1472), coincidían con Petrarca en la necesidad de la elocuencia y el valor de la literatura clásica, pero también enseñaban que la naturaleza del hombre le dotaba para la acción, para que fuera útil a su familia y a la sociedad, y para servir al estado, idealmente una ciudad-estado republicana,

siguiendo el modelo florentino clásico o contemporáneo. En su opinión, la ambición y la búsqueda de gloria eran impulsos nobles que debían alentarse. Se negaron a condenar el esfuerzo por alcanzar posesiones materiales, pues sostenían que la historia del progreso humano es inseparable de nuestro éxito en el dominio de la tierra y sus recursos.

Tal vez el escrito más famoso de los humanistas cívicos sea *Libros de la familia* de Alberti (1443), en el que sostenía que la familia nuclear había sido instituida por la naturaleza para el bienestar de la humanidad. Dentro de este marco, sin embargo, Alberti destinaba a las mujeres a papeles puramente domésticos, pues afirmaba que «el hombre es por naturaleza más enérgico e industrioso» y que la mujer fue creada «para aumentar y continuar las generaciones y para alimentar y cuidar a los ya nacidos». Aunque tal menosprecio de las facultades intelectuales femeninas fue rotundamente rechazado por unas cuantas humanistas notables, en su mayor parte el humanismo renacentista italiano se caracterizó por una denigración general de las mujeres, denigración que también se expresaba en las obras de la literatura clásica que los humanistas admiraban tanto.

EL SURGIMIENTO DE LA ERUDICIÓN TEXTUAL

Los humanistas cívicos también superaron con creces a Petrarca en su conocimiento de la literatura y filosofía clásicas (en especial griegas), ayudados por diversos eruditos bizantinos que habían emigrado a Italia en la primera mitad del siglo xv y dieron instrucción en lengua griega. Los eruditos italianos también viajaron a Constantinopla y otras ciudades orientales en busca de obras maestras griegas hasta entonces desconocidas en Occidente. En 1423, un solo italiano, Giovanni Aurispa, se trajo 238 libros manuscritos entre los que se incluían las obras de Sófocles, Eurípides y Tucídides, que fueron traducidas de inmediato al latín, no palabra por palabra, sino atendiendo al sentido, para conservar así la fuerza literaria del original. En 1500 ya se disponía en Europa occidental de la mayoría de los clásicos griegos, incluidos los escritos de Platón, los dramaturgos y los historiadores.

El atípico pero influyente pensador renacentista Lorenzo Valla (1407-1457) se relaciona con los humanistas cívicos italianos por su interés en los textos, pero en modo alguno fue miembro pleno del movimiento. Nacido en Roma, su actividad principal fue de secretario al servicio del rey de Nápoles y no compartía los ideales republicanos de los humanistas cívicos florentinos. Empleó su formación gramatical y retórica, así como el minucioso análisis de los textos griegos y latinos, para mostrar que el estudio concienzudo de la lengua podía desacreditar viejas verdades. A este respecto, el logro más notable fue su brillante demostración de que la Donación de

Constantino era una falsificación medieval. La propaganda papal había sostenido que los derechos del papa al gobierno temporal en Europa occidental se derivaban de este decreto supuestamente otorgado por el emperador Constantino en el siglo IV, pero Valla demostró que estaba repleto de usos latinos que no eran clásicos y de términos anacrónicos. De ahí llegó a la conclusión de que la «Donación» era obra de un falsificador medieval, cuya «impudencia monstruosa» quedaba de manifiesto por la «estupidez de su lenguaje». Esta demostración no sólo desacreditó un apreciado espécimen de «ignorancia medieval», sino que —lo que es más importante— introdujo el concepto de anacronismo en el estudio de los textos y el pensamiento histórico posteriores. Valla también empleó su destreza en el análisis lingüístico y la argumentación retórica para poner en tela de juicio una amplia variedad de posturas filosóficas. En sus *Anotazioni sul testo latino del Nuovo Testamento* aplicó su conocimiento filológico griego para dilucidar el verdadero significado de las cartas de san Pablo, que creía que había sido oscurecido por la traducción de la Vulgata latina de san Jerónimo. Esta obra iba a resultar un vínculo importante entre la erudición renacentista italiana y el humanismo cristiano posterior del norte.

EL NEOPLATONISMO RENACENTISTA

Entre aproximadamente 1450 y 1600 el pensamiento italiano se vio dominado por una escuela de neoplatónicos que pretendían fusionar con el cristianismo el pensamiento de Platón, Plotino y varias corrientes de misticismo antiguo. Los más destacados de dicha escuela fueron Marsilio Ficino (1433-1499) y Giovanni Pico della Mirandola (1463-1494), miembros ambos de la Academia Platónica fundada por Cosme de Medici en Florencia. La Academia era una sociedad difusamente organizada de eruditos que se reunían para escuchar lecturas y conferencias. Su héroe era Platón: a veces festejaban su cumpleaños con un banquete en su honor, después del cual todos daban sus discursos como si fueran personajes en un diálogo platónico. Desde la perspectiva de la posteridad, el mayor logro de Ficino fue su traducción al latín de las obras de Platón, lo que las puso a disposición de los europeos occidentales por vez primera, si bien el mismo autor consideraba que su contribución principal al saber era su *Corpus hermético*, una colección de pasajes extraídos de diversos escritos místicos antiguos, entre los que se incluía la cábala hebrea.

Es discutible que la filosofía de Ficino deba llamarse humanística, puesto que pasó de la ética a la metafísica y enseñaba que el individuo tenía que dedicarse sobre todo a considerar el más allá. En su opinión, «el alma inmortal siempre está abatida en su cuerpo mortal». Lo mismo cabe afirmar de su discípulo Giovanni Pico della Mirandola. Sin duda, éste no fue un humanista cívico, puesto que los asuntos

públicos mundanos le merecían poco aprecio; también compartía plenamente la inclinación de su maestro por la extracción y combinación de fragmentos de antiguos tratados místicos sacados de contexto. Pero creía además —y así lo argumenta en su famoso *Discurso sobre la dignidad del hombre*— que no hay «nada más maravilloso que el hombre», porque lo creía dotado de la capacidad para lograr la unión con Dios si así lo deseaba.

MAQUIAVELO

Apenas ninguno de los pensadores italianos comprendidos entre Petrarca y Pico fueron originales de verdad: su grandeza consistió sobre todo en la forma de expresión, la erudición y la divulgación de diversos temas del pensamiento antiguo. Sin embargo, no cabe afirmar lo mismo acerca del mayor filósofo político de la Italia renacentista, el florentino Nicolás Maquiavelo (1469-1527), cuyos escritos reflejan la condición inestable de la región en su época, pues al final del siglo xv Italia se había convertido en el reñidero de las luchas internacionales. Tanto Francia como España habían invadido la península italiana y competían por la fidelidad de las ciudades-estado, que a su vez estaban desgarradas por disensiones internas. En 1498, Maquiavelo se convirtió en un funcionario prominente del gobierno de la república florentina, establecida cuatro años antes, cuando la invasión francesa había llevado a la expulsión de los Medici; las misiones diplomáticas a otras ciudades-estado italianas formaron parte importante de sus deberes políticos. Mientras se hallaba en Roma, quedó fascinado por el intento de César Borgia, hijo del papa Alejandro VI, de crear su propio principado en el centro de Italia; señaló con aprobación la crueldad y sagacidad de César, así como su completa subordinación de la moralidad personal a los fines políticos. En 1512 los Medici regresaron para derrocar la república florentina, y Maquiavelo fue privado de su cargo. Desengañado y amargado, pasó lo que le restaba de vida en su finca del campo, dedicando su tiempo a la escritura.

Maquiavelo continúa siendo una figura polémica en la actualidad. Algunos eruditos modernos lo ven como un teórico amoral de la *realpolitik*, despectivo con la moral y piedad cristianas, sin preocuparse por los objetivos justos de la vida política e interesado únicamente en la adquisición y el ejercicio del poder como fin en sí mismo. Otros lo consideran un patriota italiano, que contempló la tiranía de los príncipes como el único modo de liberar a Italia de sus conquistadores extranjeros. Otros más lo ven como un seguidor de san Agustín de Hipona, quien comprendía que en un mundo perdido, poblado por pecadores, las buenas intenciones de un gobernante no garantizan que sus políticas vayan a obtener buenos resultados. Maquiavelo insistía en que las acciones de un príncipe deben ser juzgadas por sus

consecuencias y no por su cualidad moral intrínseca. Los seres humanos, sostenía, «son ingratos, inconstantes y engañosos, siempre dispuestos a evitar los peligros y ávidos de obtener ganancias». Por ello, «la necesidad de mantener el estado obligará con frecuencia a un príncipe a emprender acciones que son contrarias a la lealtad, caridad, humanidad y religión [...]. En la medida de lo posible, un príncipe debe apegarse al camino del bien, pero si surge la necesidad, debe saber cómo seguir el mal».

El rompecabezas se complica por el hecho de que, en apariencia, las dos grandes obras de análisis político de Maquiavelo parecen contradecirse. En sus *Discursos sobre la primera década de Tito Livio* alababa al antiguo republicano romano como modelo para sus contemporáneos, elogiaba el gobierno constitucional, la igualdad entre los ciudadanos de una república, la independencia política de las ciudades-estado y la subordinación de la religión al servicio del estado. Así pues, cabe escasa duda de que Maquiavelo era un republicano comprometido, que creía en la ciudad-estado libre como forma ideal de gobierno humano. Pero también escribió *El príncipe*, «un manual para los tiranos» a los ojos de sus críticos, y dedicó esta obra a Lorenzo, hijo de Pedro de Medici, cuya familia había derrocado la república florentina a la que Maquiavelo había servido.

Como *El príncipe* se ha leído mucho más que los *Discursos*, las interpretaciones del pensamiento político de Maquiavelo han confundido a menudo la admiración que expresaba en dicha obra por César Borgia con una aprobación de la tiranía del soberano, pero su posición real fue completamente diferente. En el caos político de la Italia de comienzos del siglo XVI, Maquiavelo consideró que un príncipe cruel como Borgia era la única esperanza para revitalizar el espíritu de independencia entre sus contemporáneos y lograr que, de este modo, volvieran a ser aptos para el autogobierno republicano. Por oscura que fuera su visión de la naturaleza humana, Maquiavelo nunca dejó de esperar que sus contemporáneos italianos se alzaran, expulsaran a sus conquistadores franceses y españoles, y restauraran sus antiguas tradiciones de libertad e igualdad republicanas. Príncipes como Borgia eran pasos necesarios hacia ese fin, pero su gobierno no era la forma ideal para la humanidad. Sin embargo, en la caótica situación política italiana, el estado de un príncipe como Borgia era la mejor forma de gobierno a la que podían aspirar sus oprimidos conciudadanos.

EL IDEAL DEL CORTESANO

Mucho más compatible con los gustos de la época que las insólitas teorías políticas de Maquiavelo fueron las pautas para la buena conducta aristocrática que ofreció en

El libro del cortesano (1528) el diplomático y conde Baltasar de Castiglione. Este ingenioso precursor de los manuales modernos de etiqueta contrasta enormemente con los tratados previos de los humanistas cívicos Bruni y Alberti, pues mientras que éstos enseñan las sobrias virtudes «republicanas» del servicio tenaz en nombre de la ciudad, el estado y la familia, Castiglione, que escribió en una Italia dominada por las espléndidas cortes de los príncipes, enseñaba cómo alcanzar las cualidades elegantes y aparentemente naturales que se precisaban para actuar como un «verdadero señor». Más que ningún otro, Castiglione popularizó el ideal del «hombre renacentista»: alguien que sobresale en muchas actividades diferentes y que además es valiente, ingenioso y «cortés», lo que quiere decir civilizado y culto. A diferencia de Alberti, Castiglione no dijo nada sobre el papel de las mujeres en la «tierra y el hogar», sino que resaltó las formas en las que las damas de la corte podían resultar «graciosas anfitrionas». Leído ampliamente en toda Europa durante más de un siglo desde su publicación, *El cortesano* de Castiglione divulgó los ideales italianos de «urbanidad» en las cortes de los príncipes al norte de los Alpes, lo que se tradujo en un patrocinio cada vez mayor de las artes y la literatura por parte de la aristocracia europea.

Los italianos del siglo XVI también fueron excelentes creadores de prosa y verso imaginativos. El mismo Maquiavelo escribió un delicioso relato corto, «Belfagor», y una obra de teatro obscena, *La mandrágora*; el gran artista Miguel Ángel escribió muchos sonetos conmovedores, y Ludovico Ariosto (1474-1533), el más eminente de los poetas épicos italianos del siglo XVI, compuso una extensa narración en verso llamada *Orlando furioso*. Aunque tejida en esencia con materiales tomados del ciclo medieval de Carlomagno, esta obra difería radicalmente de todos los poemas épicos anteriores porque introducía elementos de fantasía lírica y, sobre todo, porque se dedicaba por completo al idealismo poético. Ariosto escribió para lograr que los lectores se rieran y para deleitarlos con descripciones del esplendor tranquilo de la naturaleza y la pasión amorosa. Su obra encarna la desilusión de finales del Renacimiento, la pérdida de la esperanza y la fe, además de la tendencia a buscar consuelo en la persecución del placer y el deleite estético.

El Renacimiento italiano: pintura, escultura y arquitectura

A pesar de los numerosos avances intelectuales y literarios, los logros más duraderos del Renacimiento italiano se efectuaron en la esfera de las artes y, de todas, la pintura fue sin duda la suprema. Ya hemos visto el genio artístico de Giotto en torno a 1300, pero no fue hasta el siglo XV cuando la pintura italiana comenzó a alcanzar su mayoría de edad. Una razón para ello fue que a inicios del siglo XV se descubrieron las leyes de la perspectiva lineal y se emplearon por primera vez para dar una

sensación plena de las tres dimensiones. Los pintores del siglo xv también experimentaron con los efectos de la luz y la sombra (claroscuro), y por vez primera estudiaron minuciosamente la anatomía y las proporciones del cuerpo humano. Asimismo, en el siglo xv la riqueza privada creciente y el aumento del patrocinio laico habían abierto el dominio del arte a una variedad de temas y personajes no religiosos. Hasta los temas de la historia bíblica se mezclaban con frecuencia con asuntos no religiosos. Los pintores querían realizar retratos que revelaran los misterios ocultos del alma. A las pinturas que pretendían atraer sobre todo al intelecto se unieron otras cuyo principal objetivo era deleitar la vista con la viveza del color y la belleza de la forma. La introducción de la pintura al óleo, probablemente procedente de Flandes, caracterizó también al siglo xv. Sin duda, el uso de la nueva técnica tuvo mucho que ver con el avance artístico de este período. Como el óleo no se seca con tanta rapidez como el pigmento del fresco, el pintor podía trabajar ahora con mayor lentitud, dedicar tiempo a las partes más difíciles del cuadro y efectuar correcciones si era necesario a medida que avanzaba.

LA PINTURA RENACENTISTA EN FLORENCIA

La mayoría de los grandes pintores del siglo xv fueron florentinos. El primero de ellos fue el precoz Masaccio (1401-1428), conocido por sus contemporáneos como el «Giotto renacido». Aunque murió a los veintisiete años, Masaccio inspiró la obra de los pintores italianos durante cien años. Su grandeza como pintor se basa en su pericia para «imitar la naturaleza», que se convirtió en un valor fundamental en la pintura renacentista. Para alcanzar esta meta empleó la perspectiva, como se puede apreciar en su fresco de la Trinidad, que tal vez constituya el ejemplo más espectacular en este aspecto; también usó el claroscuro con originalidad para conseguir efectos asombrosamente llamativos.

Su sucesor más conocido fue el florentino Sandro Botticelli (1445-1510), quien se interesó tanto por temas clásicos como cristianos. Su obra sobresale en los ritmos lineales y la representación sensual del detalle natural. Es muy famoso por las pinturas que presentan figuras de la mitología clásica sin un marco de referencia manifiestamente cristiano. Su *Alegoría de la primavera* y *El nacimiento de Venus* emplean un estilo que le debe mucho a las representaciones romanas de dioses, diosas, céfiros y musas moviéndose armónicamente en escenarios naturales. Por ello, en el pasado, estas obras se entendieron como la expresión del «paganismo renacentista» en su expresión más plena, como una celebración de las delicias terrenales que estaba en pugna con el ascetismo cristiano. Sin embargo, en fecha más reciente los eruditos han preferido considerarlas alegorías compatibles con las

enseñanzas cristianas. Según esta interpretación, Botticelli se dirigía a espectadores aristócratas cultos, bien versados en las teorías neoplatónicas de Ficino, que consideraban que los dioses y diosas antiguos representaban varias virtudes cristianas. Venus, por ejemplo, podría haber encarnado una especie de amor casto. Aunque las grandes obras «clásicas» de Botticelli continúan siendo crípticas, dos puntos son seguros: todo espectador es libre para disfrutarlas en su plano sensual naturalista y no cabe duda de que Botticelli no había roto con el cristianismo, puesto que pintó frescos para el papa en Roma justo al mismo tiempo.

Leonardo da Vinci

Tal vez el mayor artista florentino haya sido Leonardo da Vinci (1452-1519), uno de los genios más versátiles que han existido. Personificó al «hombre renacentista»: era pintor, arquitecto, músico, matemático, ingeniero e inventor. Hijo ilegítimo de un notario y una campesina, estableció un taller en Florencia cuando tenía veinticinco años y obtuvo el patrocinio del gobernante Medici de la ciudad, Lorenzo el Magnífico. Pero si Leonardo tenía algún defecto, era su lentitud para trabajar y su dificultad para terminar cualquier cosa. Como es natural, esto disgustaba a Lorenzo y a los restantes mecenas florentinos, quienes pensaban que un artista era poco más que un artesano, encargado de producir cierta pieza de determinado tamaño por un precio concertado en una fecha definida. No obstante, Leonardo se oponía a este planteamiento porque consideraba que él no era un operario insignificante, sino un creador inspirado. Así pues, en 1482 abandonó Florencia para dirigirse a la corte de los Sforza en Milán, donde se le concedió más libertad para estructurar su tiempo y su trabajo. Permaneció allí hasta que los franceses invadieron la ciudad en 1499; después vagó por Italia hasta acabar aceptando el patrocinio del rey francés Francisco I, bajo cuyos auspicios vivió y trabajó en Francia hasta su muerte.

Las pinturas de Leonardo da Vinci inician lo que se conoce como el Alto Renacimiento en Italia. Su planteamiento de la pintura era que debe ser la imitación más precisa posible de la naturaleza. Leonardo era naturalista y basó su obra en las observaciones detalladas de una brizna de hierba, el ala de un pájaro o una cascada. Obtenía cadáveres humanos para diseccionarlos y reconstruir en el dibujo los rasgos mínimos de la anatomía, y trasladaba después este conocimiento a sus pinturas. Adoraba la naturaleza y estaba convencido de que existía una divinidad esencial en todos los seres vivos. Por tanto, no resulta sorprendente que fuera vegetariano y que acudiera al mercado a comprar pájaros enjaulados para soltarlos en sus hábitats originales.

Hay un acuerdo general sobre que sus obras maestras son *La Virgen de las rocas* (de la que existen dos versiones), *La última cena* y sus retratos de Mona Lisa y

Ginebra de Benci. *La Virgen de las rocas* no sólo plasma su maravillosa destreza técnica, sino también su pasión por la ciencia y su creencia en el universo como lugar bien ordenado. Las figuras están dispuestas geométricamente, y cada roca y cada planta aparecen con detalles precisos. *La última cena*, pintada en los muros del refectorio de Santa Maria delle Grazie en Milán, es un estudio de reacciones psicológicas. Un Cristo sereno, resignado a su terrible destino, acaba de anunciar a sus discípulos que uno de ellos lo va a traicionar. El artista logra representar las emociones mezcladas de sorpresa, horror y culpa en los rostros de los discípulos a medida que van percibiendo el significado de la afirmación de su maestro. *Mona Lisa* y *Ginebra de Benci* reflejan un interés similar en los humores variados del alma humana.

LA ESCUELA VENECIANA

El inicio del Alto Renacimiento en torno a 1490 también fue testigo del ascenso de la denominada escuela veneciana, cuyos miembros principales fueron Giovanni Bellini (c. 1430-1516), Giorgione (1478-1510) y Tiziano (c. 1490-1576). La obra de todos estos pintores reflejaba la vida lujosa dedicada a los placeres de la próspera ciudad mercantil de Venecia. La mayoría de los pintores venecianos demostraron escaso interés por los temas filosóficos y psicológicos de la escuela florentina; su meta era atraer los sentidos pintando paisajes idílicos y retratos suntuosos de los ricos y poderosos. En la subordinación de la forma y el significado al color y la elegancia, reflejaban los gustos ostentosos de los mercaderes ricos para quienes se creaban.

LA PINTURA EN ROMA

La pintura del Alto Renacimiento alcanzó su punto culminante en la primera mitad del siglo XVI. Durante este período, Roma se convirtió en el principal centro artístico de la península italiana, si bien las tradiciones de la escuela florentina siguieron ejerciendo una fuerte influencia.

Rafael

Entre los pintores eminentes de este período, destaca Rafael (1483-1520), natural de Urbino y quizá el artista más querido de todo el Renacimiento. El atractivo duradero de su estilo se debe primordialmente a sus retratos ennoblecedores de los seres humanos como criaturas comedidas, sabias y dignas. Aunque Rafael estaba influido

por Leonardo, cultivó una postura mucho más simbólica o alegórica en su pintura. Su *Disputa del sacramento* ilustraba la relación entre la Iglesia del cielo y la Iglesia de la tierra. En un emplazamiento mundano contrapuesto a un cielo resplandeciente, los teólogos debaten el significado de la eucaristía, mientras que en las nubes superiores los santos y la Trinidad reposan en posesión de un sagrado misterio. *La escuela de Atenas* plasma la armonía entre el platonismo y el aristotelismo. Platón (pintado como un retrato de Leonardo) se muestra señalando hacia arriba para destacar la base espiritual de su mundo de ideas, mientras que Aristóteles extiende una mano hacia delante para ejemplificar su afirmación de que el mundo creado encarna estos mismos principios en forma física. Rafael también destaca por sus retratos y *madonnas*. A las últimas, en especial, les otorgó una dulzura y calidez que parecían dotarlas de una delicadeza y piedad completamente diferentes de las *madonnas* enigmáticas y algo distantes de Leonardo.

Miguel Ángel

La última figura destacada del Alto Renacimiento fue Miguel Ángel (1475-1564), natural de Florencia. Si Leonardo fue un naturalista, Miguel Ángel fue un idealista: mientras que el primero pretendía volver a captar e interpretar fenómenos fugaces de la naturaleza, Miguel Ángel, quien abrazaba el neoplatonismo como filosofía, estaba más interesado en expresar verdades abstractas duraderas. Miguel Ángel fue pintor, escultor, arquitecto y poeta, y en todas estas formas se expresó con similar fuerza y de manera parecida. El centro de su pintura lo constituye la figura masculina, que siempre es poderosa, colosal y magnífica. Si la humanidad, encarnada en el cuerpo masculino, se encuentra en el centro del Renacimiento italiano, Miguel Ángel, que representó la figura masculina sin cesar, es el artista renacentista por excelencia.

Sus mayores logros en la pintura aparecen en un solo lugar, la Capilla Sixtina de Roma, pero son producto de dos períodos diferentes en la vida del artista y, por consiguiente, ejemplifican dos estilos artísticos y dos perspectivas sobre la condición humana distintos. Los más famosos son los sublimes frescos que Miguel Ángel pintó sobre el techo de la Capilla Sixtina de 1508 a 1512, que representaban escenas del libro del Génesis. Todos los paneles de esta serie, incluidos *Dios separando la luz de la oscuridad*, *La creación de Adán* y *El diluvio*, ilustran el compromiso del joven artista con los principios estéticos clásicos griegos de armonía, solidez y comedimiento circunspecto. Todos rezuman un sentimiento de afirmación sublime con respecto a la creación y las cualidades heroicas de la humanidad. Pero un cuarto de siglo después, cuando Miguel Ángel volvió a trabajar en la Capilla Sixtina, su estilo y talante habían cambiado por completo. En el enorme *Juicio final*, fresco realizado para el muro del altar de la Capilla Sixtina en 1536, Miguel Ángel repudió

el comedimiento clásico y lo sustituyó por un estilo que destacaba la tensión y la distorsión con miras a comunicar la concepción pesimista del hombre más viejo de una humanidad atezada por el miedo y doblegada por la culpa.

LA ESCULTURA

En la esfera de la escultura, el Renacimiento italiano dio un gran paso adelante al crear estatuas que ya no se tallaban como partes de columnas o vanos de puertas en edificios eclesiásticos o como efigies sobre tumbas; en su lugar, los escultores italianos, por primera vez desde la Antigüedad, esculpieron estatuas independientes de bulto redondo. Al liberar a la escultura de su esclavitud a la arquitectura, el Alto Renacimiento la restableció como forma de arte separada y potencialmente secular.

Donatello

El primer gran maestro de la escultura renacentista fue Donatello (c. 1386-1466). Su estatua de bronce de David triunfante sobre la cabeza del caído Goliat, el primer desnudo aislado desde la Antigüedad, imitaba la escultura clásica no sólo en la representación de un cuerpo desnudo, sino también en la postura del personaje al descansar el peso sobre una pierna. Pero este David es claramente un ágil adolescente y no un atleta griego musculoso. Más avanzada su carrera, Donatello imitó de manera más consciente la estatuaria antigua en su imponente retrato del orgulloso guerrero Gattamelata, la primera estatua ecuestre monumental en bronce ejecutada en Occidente desde la época de los romanos.

Miguel Ángel

Sin duda, el mayor escultor del Renacimiento italiano —en realidad, probablemente el mayor escultor de todos los tiempos— fue Miguel Ángel. Creyendo como Leonardo que el artista era un creador inspirado, Miguel Ángel consideraba la escultura la más sublime de todas las artes porque permitía a los artistas imitar a Dios con mayor plenitud en la recreación de las formas humanas. Además, según su postura, el escultor que más se asemejaba a Dios desdeñaba la esclavitud del naturalismo, pues cualquiera podía hacer un vaciado de yeso de una figura humana, pero sólo un genio creativo inspirado era capaz de dotar a sus figuras esculpidas de un sentimiento de vida. Por consiguiente, Miguel Ángel subordinó el naturalismo a la fuerza de su imaginación y buscó incesantemente expresar sus ideales en formas cada vez más deslumbrantes.

Al igual que su pintura, la escultura de Miguel Ángel siguió una trayectoria del clasicismo al manierismo, es decir, del modelado armonioso a la distorsión dramática. Su obra temprana más distinguida, el *David*, realizada en 1501, es sin duda su estatua clásica más perfecta. Cuando, como Donatello, eligió representar un desnudo masculino, Miguel Ángel concibió su *David* como una expresión pública de los ideales cívicos florentinos y, de este modo, heroico más que meramente armonioso. Para este fin trabajó con mármol —el medio escultórico «más noble»— y creó una figura el doble del tamaño natural. Al esculpir a un hombre joven, sereno y seguro en la cima de su forma física, celebraba la «fortaleza» de la república florentina para rechazar a los tiranos y sostener los ideales de justicia civil. La serenidad que se ve en el *David* ya no destaca en las obras del período medio de Miguel Ángel; más bien, en una obra como su *Moisés*, de hacia 1515, el escultor ha comenzado a explorar el uso de la distorsión anatómica para crear efectos de intensidad emocional, en este caso, la justa ira del profeta bíblico. Aunque estas estatuas continuaban siendo sobrecogedoramente heroicas, a medida que la vida de Miguel Ángel se acercaba a su fin, experimentó cada vez más con manierismos estilísticos exagerados con miras a comunicar estados de ánimo de meditación reflexiva o patetismo franco. La culminación de esta tendencia en su estatuaria la constituye *El descendimiento de la cruz*, obra inacabada pero intensamente conmovedora, que representa a un anciano parecido al escultor llorando sobre el cuerpo deformado y desplomado de Cristo muerto.

LA ARQUITECTURA

La arquitectura renacentista hundió sus raíces en el pasado en mucha mayor proporción que la escultura o la pintura. El nuevo estilo de edificación era una mezcla de elementos derivados de la Edad Media y la Antigüedad. Sin embargo, no fue el gótico, estilo que nunca encontró suelo hospitalario en Italia, sino el románico el que proporcionó la base medieval a la arquitectura del Renacimiento italiano. En general, los grandes arquitectos renacentistas adoptaron sus planes de edificación de las iglesias románicas, creyendo por error que algunas eran romanas y no medievales. También copiaron sus elementos decorativos de las ruinas de la antigua Roma. El resultado fue una arquitectura basada en la planta cruciforme de transepto y nave, pero incorporando los rasgos decorativos de la columna y el arco, o de la columna y el dintel, la columnata y, con frecuencia, el domo. Asimismo, la arquitectura renacentista destacó la proporción geométrica porque los constructores italianos, bajo la influencia del neoplatonismo, llegaron a la conclusión de que determinadas proporciones matemáticas reflejaban la armonía del universo. Un bello ejemplo de

arquitectura renacentista lo constituye la basílica de San Pedro en Roma, construida con el patrocinio de los papas Julio II y León X y diseñada por algunos de los arquitectos más célebres de la época, incluidos Donato Bramante (c. 1444-1514) y Miguel Ángel. Igualmente impresionantes resultan las villas campestres de la aristocracia diseñadas por el arquitecto del norte de Italia Andrea Palladio (1508-1580), quien creó miniaturas seculares de templos antiguos como el Panteón romano para ensalzar a los aristócratas que moraban en ellas.

El declive del Renacimiento italiano

Hacia 1550 el Renacimiento inició su declive en Italia por causas variadas. La invasión francesa de 1494 y la guerra incesante posterior fueron factores principales. El rey francés Carlos VIII consideraba Italia un blanco atractivo para sus ambiciones dinásticas expansivas. En 1494 se puso al frente de un ejército de treinta mil soldados bien adiestrados que cruzaron los Alpes para reclamar el ducado de Milán y el reino de Nápoles. Florencia capituló de inmediato; antes de que hubiera transcurrido un año, los franceses se habían paseado por la península y conquistado Nápoles. Sin embargo, al hacerlo suscitaron el recelo de los monarcas españoles, quienes temieron un ataque a su territorio de Sicilia. La alianza entre España, los Estados Pontificios, el Sacro Imperio Romano, Milán y Venecia acabó forzando a Carlos a abandonar Italia, pero la tregua fue breve. El sucesor de Carlos, Luis XII, lanzó una segunda invasión, y desde 1499 hasta 1529 Italia se halló en guerra casi de forma ininterrumpida. Se sucedieron las alianzas y contraalianzas, pero no sirvieron más que para prolongar las hostilidades. Los franceses lograron una gran victoria en Marignano en 1515, pero fueron derrotados de manera decisiva por los españoles en Pavía en 1525. El peor desastre vino en 1527, cuando las tropas bajo el mando del monarca español y sacro emperador romano Carlos V saquearon la ciudad de Roma y causaron una destrucción enorme. Hasta 1529 Carlos V no consiguió hacerse con el control de la mayor parte de la península italiana, lo que puso fin a la guerra durante un tiempo. Una vez victorioso, Carlos conservó para España dos de las mayores partes de Italia —el ducado de Milán y el reino de Nápoles— e instaló a príncipes de su agrado en casi todas las restantes entidades políticas, salvo Venecia y los Estados Pontificios. Estos protegidos de la corona española continuaron presidiendo sus cortes, patrocinando las artes y adornando sus ciudades con edificios lujosos, pero eran marionetas de una potencia extranjera, incapaces de inspirar a sus séquitos un sentimiento fuerte de independencia cultural.

A los desastres políticos se unió el descenso de la prosperidad. El monopolio casi total de Italia sobre el comercio con Asia en el siglo xv había sido uno de los

principales puntales económicos de la cultura renacentista, pero el paso gradual de las rutas comerciales de la región mediterránea a la atlántica tras los descubrimientos ultramarinos en torno a 1500 costaron a Italia lenta pero inexorablemente su supremacía como centro del comercio europeo. La guerra contribuyó también a la penuria económica, así como las exacciones financieras españolas en Milán y Nápoles. Cuando disminuyó la riqueza italiana, cada vez hubo menos excedente disponible para dedicar a las empresas artísticas.

Una causa final del declive del Renacimiento fue la Contrarreforma. Durante el siglo XVI la Iglesia romana se propuso de forma creciente ejercer un control firme sobre el pensamiento y las artes como parte de una campaña para combatir la mundanería y la propagación del protestantismo. En 1542 se estableció la Inquisición romana; en 1564 se publicó el primer Índice romano de Libros Prohibidos. Hasta el gran *Juicio final* de Miguel Ángel en la Capilla Sixtina fue criticado por mostrar demasiados cuerpos desnudos. Así pues, el papa Pablo IV ordenó a un artista de segunda fila que pintara ropa donde fuera posible. (El infortunado pintor fue conocido a partir de entonces como el «Braghettone».) Aunque este incidente parezca simplemente grotesco, la determinación de los censores eclesiásticos para obligar a la uniformidad doctrinal podía llevar a la muerte, como sucedió en el caso del desafortunado filósofo neoplatónico Giordano Bruno, cuya insistencia en que podía existir más de un mundo (en contravención del libro bíblico del Génesis) dio como resultado que la Inquisición romana lo quemara en la hoguera en 1600.

El ejemplo más tristemente famoso de la censura inquisitorial sobre la especulación intelectual fue el castigo al gran científico Galileo, cuyos logros analizaremos con mayor detalle en el capítulo 16. En 1616 el Santo Oficio de Roma condenó la nueva teoría astronómica de que la Tierra se mueve alrededor del Sol como «necia, absurda, filosóficamente falsa y formalmente herética». Cuando Galileo publicó una brillante defensa del sistema heliocentrista en 1632, la Inquisición le ordenó que se retractara de sus «errores» y lo sentenció a detención domiciliaria por el resto de su vida. Galileo no estaba dispuesto a morir por sus creencias, pero después de haberse desdicho públicamente de su opinión de que la Tierra gira alrededor del Sol, parece que murmuró: *Eppur si muove* («y sin embargo, se mueve»). No resulta sorprendente que los grandes descubrimientos astronómicos de la siguiente generación se realizaran en el norte de Europa y no en Italia.

No obstante, los logros artísticos y literarios no se extinguieron en Italia a mediados del siglo XVI. Muy al contrario, entre 1540 y 1600 aproximadamente los pintores cultivaron nuevos estilos artísticos impresionantes, basándose en elementos encontrados en la obra postrera de Rafael y Miguel Ángel. En el siglo XVII llegó el deslumbrante estilo barroco, que nació en Roma bajo los auspicios eclesiásticos. De manera similar, la música italiana registró logros enormes casi sin interrupción de los

siglos XVI al XX. Pero cuando la cultura renacentista se extendió de Italia al resto de Europa, el dominio cultural italiano empezó a descender, y el centro de la alta cultura europea se desplazó hacia las cortes reales de España, Francia, Inglaterra, Alemania y Polonia.

El Renacimiento en el norte

Los contactos entre Italia y el norte de Europa continuaron a lo largo de los siglos XIV y XV. Los comerciantes y financieros italianos eran figuras familiares en las cortes norteñas; había alumnos de toda Europa estudiando en universidades italianas como las de Bolonia o Padua; los autores (incluido Chaucer) y sus obras viajaban fuera y dentro de Italia; y los soldados del norte participaban con frecuencia en las guerras italianas. Sin embargo, hasta finales del siglo XV las nuevas corrientes del saber renacentista italiano no empezaron a afianzarse en España y el norte de Europa.

Se han ofrecido diversas explicaciones para este retraso. La vida intelectual del norte de Europa en la Baja Edad Media estaba dominada por universidades como las de París, Oxford y la Carolina de Praga, cuyos planes de estudio se centraban en la lógica filosófica y la teología cristiana; este planteamiento dejaba poco espacio para el estudio de la literatura clásica. En Italia, en contraste, las universidades solían ser con mayor frecuencia escuelas profesionales de derecho y medicina, que ejercían mucha menos influencia en la vida intelectual; estas circunstancias propiciaron que se forjara una tradición educativa mucho más secular y urbana, en la que pudo desarrollarse el humanismo renacentista. En el norte, incluso en el siglo XVI, los eruditos influidos por los ideales del Renacimiento italiano trabajaron por lo general fuera del sistema universitario bajo el patrocinio de reyes y príncipes.

Asimismo, antes del siglo XVI, los monarcas del norte se mostraron menos interesados en financiar a artistas e intelectuales que las ciudades-estado y los príncipes italianos. En Italia, este mecenazgo era una importante esfera de competencia entre rivales políticos. En el norte de Europa las unidades políticas eran mayores, y los rivales políticos, menos. También resultaba mucho más difícil usar el arte para objetivos políticos en un reino que en una ciudad-estado. En Florencia, una estatua erigida en una plaza céntrica sería vista por casi todos los residentes de la ciudad; en París sólo vería la estatua una escasa minoría de los súbditos del rey francés. Hasta el siglo XVI, cuando los nobles del norte empezaron a pasar más tiempo residiendo en la corte real, los reyes no pudieron estar razonablemente seguros de que aquellos a los que trataban de impresionar percibirían su patrocinio a los artistas e intelectuales.

El Renacimiento al otro lado de los Alpes fue producto del injerto de ciertos ideales renacentistas italianos sobre tradiciones preexistentes en la región. Se puede ver con mucha claridad en el caso del movimiento intelectual renacentista más destacado de la zona, el humanismo cristiano. Aunque compartían el desdén de los humanistas italianos por el escolasticismo, los humanistas cristianos del norte buscaron con mayor frecuencia la guía ética en los preceptos bíblicos y religiosos que en Cicerón o Virgilio. Al igual que sus equivalentes italianos, aspiraron a alcanzar la sabiduría de la Antigüedad, pero la que tenían en la mente era la cristiana y no la clásica; es decir, la Antigüedad del Nuevo Testamento y los primeros padres de la Iglesia. De igual modo, los artistas del Renacimiento del norte, inspirados por los logros de los maestros italianos, se propusieron aprender las técnicas clásicas, pero representaron temas clásicos con mucha menor frecuencia que los italianos y casi nunca reprodujeron figuras humanas completamente desnudas.

Erasmus de Rotterdam

Todo análisis sobre las excelencias del Renacimiento al otro lado de los Alpes dentro del ámbito del pensamiento y la expresión literaria debe comenzar con la labor de Desiderio Erasmo (c. 1469-1536), «el príncipe de los humanistas cristianos». Hijo ilegítimo de un sacerdote, Erasmo nació cerca de Rotterdam, en Holanda, pero más tarde, como resultado de sus extensos viajes, se convirtió en la práctica en ciudadano de todo el norte de Europa. Obligado a entrar en un monasterio en contra de su voluntad cuando era un adolescente, el joven Erasmo encontró en él escasa instrucción religiosa y ninguna formal, pero sí libertad total para leer cuanto se le antojaba. Devoró todos los clásicos que cayeron en sus manos y los escritos de muchos de los padres de la Iglesia. Cuando rozaba los treinta años, obtuvo permiso para abandonar el monasterio y entrar en la Universidad de París, donde completó los requisitos para obtener el grado de bachiller en teología. Pero con posterioridad se rebeló contra lo que consideraba el árido saber del escolasticismo parisino y tampoco ejerció labores de sacerdote. Se ganó la vida con la enseñanza, la escritura y los ingresos de varios cargos eclesiásticos que no le exigían deberes espirituales. Siempre en busca de nuevos mecenas, viajó a menudo a Inglaterra, permaneció tres años en Italia y residió en varias ciudades diferentes de Alemania y los Países Bajos antes de asentarse al final de su vida en Basilea, Suiza. Por medio de la voluminosa correspondencia que mantenía con los amigos cultos que hacía por dondequiera que fuese, Erasmo se convirtió en el dirigente de una camarilla humanista noreuropea, y gracias a la popularidad de sus numerosas publicaciones llegó a ser el árbitro de los

gustos culturales de la región mientras vivió.

El mejor modo de apreciar su actividad intelectual multifacética es valorarla desde dos puntos de vista diferentes: el literario y el doctrinal. Como estilista en prosa latina, Erasmo era inigualable desde la época de Cicerón. Extraordinariamente culto e ingenioso, se recreaba en ajustar el modo de su discurso para que cuadrara con el tema, creaba brillantes efectos verbales y acuñaba juegos de palabras que adoptaban un significado añadido si el lector sabía griego además de latín. En particular, Erasmo sobresalía en el diestro uso de la ironía, se burlaba de todo lo habido y por haber, incluido él mismo. Por ejemplo, en sus *Coloquios* hizo que un personaje ficticio se lamentara de este modo de los signos del mal perceptibles en la época: «los reyes hacen la guerra, los sacerdotes se esfuerzan por llenarse los bolsillos, los teólogos inventan silogismos, los monjes vagan fuera de sus claustros, la plebe se rebela y Erasmo escribe coloquios».

Pero aunque su culto estilo latino y su ingenio le otorgaron un amplio público por razones puramente literarias, con todo lo que escribía pretendía fomentar lo que denominaba «la filosofía de Cristo». Creía que la sociedad de su época estaba atrapada en la corrupción y la inmoralidad porque la gente había perdido de vista las enseñanzas sencillas de los evangelios. En consecuencia, ofreció a sus contemporáneos tres categorías diferentes de publicaciones: sátiras inteligentes que pretendían mostrar a la gente el error de sus modos de actuar, tratados morales serios para ofrecer guía hacia una conducta cristiana adecuada y ediciones eruditas de textos cristianos básicos.

A la primera categoría corresponden las obras de Erasmo que más se siguen leyendo, *El elogio de la locura* (1509), en la que expone al ridículo la pedantería y el dogmatismo escolásticos, así como la ignorancia y la credulidad supersticiosa de las masas; y los *Coloquios* (1518), donde examina las prácticas religiosas contemporáneas en un tono más serio, pero también agudo e irónico. En estas obras, Erasmo hace hablar a personajes de ficción, por lo que sus opiniones sólo pueden determinarse por inferencia. Pero en su segunda categoría no dudó en hablar a las claras con su propia voz. Los tratados más destacados de este segundo género son el elocuente, *Manual del soldado de Cristo* (1503), que instaba a los laicos a llevar vidas de serena devoción interior, y la *Queja de la paz* (1517), que abogaba conmovedoramente por el pacifismo cristiano. Dicho pacifismo era uno de sus valores más arraigados y volvió sobre él una y otra vez en sus obras publicadas.

A pesar del éxito de sus obras literarias, Erasmo consideraba su erudición textual su logro mayor. Veneraba la autoridad de los primeros padres latinos Agustín, Jerónimo y Ambrosio, y preparó ediciones fiables de todas sus obras. También utilizó su extraordinario dominio del latín y el griego para realizar una edición más precisa del Nuevo Testamento. Después de leer las *Anotazionni* de Lorenzo Valla en 1504,

Erasmus quedó convencido de que nada era más imperativo que despojar al Nuevo Testamento de los innumerables errores de transcripción y traducción que se habían acumulado durante la Edad Media, pues nadie podía ser un buen cristiano sin estar seguro de cuál era con exactitud el verdadero mensaje de Cristo. De ahí que dedicara diez años a estudiar y comparar los mejores manuscritos bíblicos griegos que pudo encontrar con miras a establecer un texto autorizado. Cuando por fin apareció en 1516, el Nuevo Testamento griego de Erasmo, publicado junto con notas explicativas y su propia traducción latina, fue uno de los hitos más importantes de la erudición bíblica de todos los tiempos. En manos de Martín Lutero desempeñaría un papel crucial en los primeros estadios de la Reforma protestante.

Sir Tomás Moro

Uno de los amigos más íntimos de Erasmo y muy próximo a él en distinción entre las filas de los humanistas cristianos fue el inglés sir Tomás Moro (1478-1535). Después de una brillante carrera como abogado y representante de la Cámara de los Comunes, en 1529 fue nombrado lord canciller de Inglaterra, pero no llevaba mucho tiempo en el cargo cuando desató la cólera del rey Enrique VIII. Moro, que era fiel al universalismo católico, se opuso al designio real de establecer una Iglesia nacional bajo su control. Finalmente, en 1534, cuando Moro se negó a prestar juramento para reconocer a Enrique como cabeza de la Iglesia de Inglaterra, fue encarcelado en la Torre de Londres y un año después encontró la muerte en el cadalso como mártir católico. No obstante, mucho antes, en 1516, cuando Moro aún no tenía ni la más ligera idea de cómo iba a terminar su vida, publicó la única obra por la que se le recordará siempre, *Utopía*. Pretendiendo describir una comunidad ideal en una isla imaginaria, el libro es en realidad una crítica erasmista a los flagrantes abusos de la época: pobreza inmerecida y riqueza caprichosa, castigos drásticos, persecución religiosa y la matanza sin sentido de la guerra. Los habitantes de Utopía comparten todos sus bienes, sólo trabajan seis horas diarias para poder contar con tiempo para dedicarse a empeños intelectuales y practican las virtudes naturales de la sabiduría, la moderación, la fortaleza y la justicia. El hierro es el metal precioso «porque es útil», no existen la guerra ni el monacato y se concede tolerancia a todo aquel que reconoce la existencia de Dios y la inmortalidad del alma. Aunque Moro no adelantaba argumentos explícitos a favor del cristianismo en su *Utopía*, daba a entender sin ambages que si los «utopianos» podían administrar tan bien su sociedad sin el beneficio de la revelación cristiana, los europeos que conocían los evangelios serían capaces de hacerlo aún mejor.

Ulrico de Hutten

En esencia, mientras que Erasmo y Moro tuvieron temperamentos conciliadores y prefirieron expresarse mediante declaraciones comedidas e irónicas, el discípulo alemán del primero, Ulrico de Hutten (1488-1523) presentó una disposición mucho más combativa. Entregado a la causa del nacionalismo cultural alemán, se expresó con truculencia para defender el «orgullo y la libertad» del pueblo alemán contra los extranjeros. Pero su principal derecho a la fama lo debe a su colaboración con otro humanista alemán, Crotus Rubianus, en la autoría de las *Cartas de los hombres oscuros* (1515), una de las sátiras más mordaces de la historia de la literatura. Se escribió como parte de una guerra propagandística a favor de un erudito llamado Johann Reuchlin que deseaba continuar su estudio de los escritos hebreos, sobre todo el Talmud. Cuando los teólogos escolásticos y el inquisidor general alemán intentaron que se destruyeran todos los libros hebreos que hubiera en Alemania, Reuchlin y su grupo se opusieron con fuerza a la medida. Pasado un tiempo, se puso de manifiesto que la argumentación directa no servía de nada, así que los defensores de Reuchlin recurrieron al ridículo. Hutten y Rubianus publicaron una serie de cartas, escritas adrede en mal latín supuestamente por algunos de los rivales escolásticos de Reuchlin de la Universidad de Colonia. Estos rivales, a los que se dio nombres tan ridículos como el Ordeñador de Cabras, el Calvo y el Esparcidor de Estiércol, se mostraban como doctos idiotas que hacían gala de un absurdo literalismo religioso o una erudición grotesca. Heinrich Boca de Oveja, por ejemplo, el supuesto escritor de una de las cartas, profesaba estar preocupado porque había pecado gravemente por haber comido el viernes un huevo que contenía el embrión de un pollo. El autor de otra se vanagloriaba de su «brillante descubrimiento» de que Julio César no había escrito historias latinas porque estaba demasiado ocupado con sus hazañas militares para haber aprendido latín. Aunque la Iglesia las prohibió de inmediato, las cartas circularon y fueron muy leídas, lo que otorgaba mayor aceptación a la proposición erasmista de que debían dejarse de lado la teología escolástica y las prácticas religiosas externas para dedicarse de lleno a las enseñanzas sencillas de los evangelios.

EL DECLIVE DEL HUMANISMO CRISTIANO

Con Erasmo, Moro y Hutten la lista de humanistas cristianos enérgicos y elocuentes no se agota en absoluto, pues el inglés John Colet (c. 1467-1519), el francés Jacques Lefèvre d'Étaples (c. 1455-1536) y los españoles cardenal Francisco Jiménez de Cisneros (1436-1517) y Juan Luis Vives (1492-1540) también efectuaron contribuciones señeras a la empresa colectiva de editar textos bíblicos y cristianos primitivos para exponer la moral evangélica. Pero a pesar de la multitud de logros, el

movimiento humanista cristiano, que poseyó un grado tan extraordinario de solidaridad y vigor internacionales entre 1500 y 1525 aproximadamente, cayó en la confusión por el surgimiento del protestantismo y después perdió su impulso. Resulta evidente la ironía de que el énfasis que habían puesto los humanistas cristianos en la verdad literal de los evangelios y su crítica devastadora a la corrupción clerical y el ceremonialismo religioso ayudaran sin duda a allanar el camino para la Reforma protestante iniciada por Martín Lutero en 1517. Pero, como veremos en el capítulo 13, muy pocos miembros de la generación previa de humanistas cristianos se mostraron dispuestos a unirse a Lutero en su rechazo de los principios fundamentales en los que se basaba el cristianismo, y los pocos que lo hicieron se convirtieron en protestantes tan ardientes que perdieron el sentido de la ironía calmada que había sido su sello distintivo. La mayoría de los humanistas cristianos trataron de permanecer dentro del redil católico, a la vez que seguían abrazando su ideal de piedad interior sin rituales. Pero a medida que transcurrió el tiempo, los dirigentes del catolicismo se hicieron más intolerantes porque se empezaron a cerrar filas en la guerra contra el protestantismo. De ahí que toda crítica interna de las prácticas religiosas católicas pareciera que otorgaba una ayuda encubierta al «enemigo». Erasmo, que continuó siendo católico, escapó con su fallecimiento del oprobio, pero varios de sus seguidores menos afortunados vivieron para sufrir como víctimas de la Inquisición.

LA LITERATURA, EL ARTE Y LA MÚSICA EN EL RENACIMIENTO DEL NORTE

Aunque el humanismo cristiano se desvaneció con rapidez hacia 1525, el Renacimiento continuó floreciendo en el norte durante el siglo XVI en la literatura y las artes. En Francia, Pierre de Ronsard (c. 1524-1585) y Joachim du Bellay (c. 1522-1560) escribieron elegantes sonetos al estilo de Petrarca, y en Inglaterra los poetas sir Philip Sidney (1554-1586) y Edmund Spenser (c. 1552-1599) se inspiraron grandiosamente en las innovaciones literarias italianas. De hecho, *La reina de las hadas* de Spenser, un largo cantar de gesta escrito a la manera del *Orlando furioso* de Ariosto, comunica tan bien como cualquier obra italiana la sensualidad gozosa típica de su cultura renacentista.

Rabelais

Más original que todos los poetas ya mencionados fue el prosista satírico francés François Rabelais (c. 1494-1553), probablemente el más apreciado de los grandes escritores creativos europeos del siglo XVI. Al igual que Erasmo, a quien admiraba mucho, Rabelais comenzó su carrera en el clero, pero poco después de tomar las

órdenes sagradas dejó el claustro para estudiar medicina. Como médico, intercaló sus actividades profesionales con empeños literarios, compuso almanaques, sátiras contra los curanderos y astrólogos, así como parodias de las supersticiones populares. Pero su obra más duradera con creces fueron sus cinco volúmenes de «crónicas» publicadas bajo el título colectivo de *Gargantúa y Pantagruel*.

Su relato de las aventuras de ambos personajes, en su origen los nombres de gigantes medievales legendarios, famosos por su fabuloso tamaño y enorme apetito, sirvió de vehículo para su vigoroso humor y su inclinación por la narración exuberante, así como para la expresión de su filosofía del naturalismo. En cierta medida, Rabelais se inspiró en los precedentes del humanismo cristiano y, de este modo, al igual que Erasmo, satirizó el ceremonialismo religioso, ridiculizó el escolasticismo, se mofó de las supersticiones y ridiculizó toda forma de fanatismo. Pero a diferencia de Erasmo, quien escribió en un estilo latino clásico muy erudito sólo comprensible para los lectores más cultos, Rabelais eligió dirigirse a un público mucho más amplio, escribiendo en un francés realista, repleto de las vulgaridades más crudas. De igual manera, quiso evitar parecer que «sermoneaba» y desechó toda sugerencia de moral para dar la impresión de que sólo deseaba ofrecer a sus lectores un buen entretenimiento. No obstante, aparte de la sátira crítica de *Gargantúa y Pantagruel*, un tema común recorre los cinco volúmenes, el ensalzamiento de lo humano y lo natural. Para Rabelais, cuyos robustos gigantes eran en realidad seres humanos amantes de la vida ostensiblemente enormes, todo instinto de la humanidad era saludable siempre que no se dirigiera hacia la tiranía sobre los demás. Así pues, en su comunidad ideal, la utópica «abadía de Thélème», no había ninguna represión, sino sólo un entorno amable para la confirmación de la vida y los logros humanos naturales, guiados por la única regla de «ama y haz lo que te plazca».

ARQUITECTURA

Del mismo modo que Rabelais narraba historias de gigantes medievales con miras a afirmar los valores renacentistas, los arquitectos franceses que construyeron castillos tan espléndidos en el Loira como Ambroise, Chenonceaux y Chambord combinaron elementos del estilo gótico flamígero bajomedieval con un énfasis actualizado en la horizontalidad clásica para producir algunos de los hitos arquitectónicos más impresionantes y singulares construidos en Francia. No obstante, también se dio una imitación arquitectónica mucho más estrecha de los modelos italianos, pues del mismo modo que Ronsard y Du Bellay moldearon su estilo poético siguiendo muy de cerca a Petrarca, Pierre Lescot, el arquitecto francés que comenzó a trabajar en el nuevo palacio real del Louvre en París en 1546, se ciñó al clasicismo de los maestros

renacentistas italianos para construir una fachada que destacaba las pilastras y los frontones clásicos.

PINTURA

La pintura del Renacimiento del norte es otro ámbito en el que cabe discernir vínculos entre el pensamiento y el arte. Sin duda, las encarnaciones visuales más conmovedoras de los ideales del humanismo cristiano fueron concebidas por el artista más destacado del Renacimiento al otro lado de los Alpes, el alemán Alberto Durero (1471-1528). Fue el primer pintor del norte que dominó las técnicas renacentistas italianas de la proporción, la perspectiva y el modelado. También compartía con sus contemporáneos italianos la fascinación por la reproducción de las variadas obras de la naturaleza con los detalles más minuciosos y el gusto por representar el desnudo humano en diversas posturas. Pero mientras que Miguel Ángel exhibió a su *David* o *Adán* despojados de toda cobertura, a los desnudos de Durero rara vez les faltan las hojas de higuera en deferencia a las tradiciones del norte mucho más restrictivas. Además, Durero se resistió constantemente a abandonarse al puro clasicismo y la suntuosidad de buena parte del arte renacentista italiano, porque su inspiración primordial procedía de los ideales cristianos más tradicionales de Erasmo. De este modo, el grabado serenamente resplandeciente de san Jerónimo expresa el sentimiento de realización que Erasmo o cualquier otro humanista cristiano contemporáneo debieron de experimentar mientras trabajaban tranquilos en su estudio; y sus *Cuatro apóstoles* entonan un himno solemne a la dignidad y clarividencia de los autores del Nuevo Testamento favoritos de Durero, san Pablo, san Juan, san Pedro y san Marcos.

A Durero nada le habría gustado más que haber inmortalizado a Erasmo en un gran retrato pintado, pero las circunstancias le impidieron hacerlo porque los caminos de los dos hombres sólo se cruzaron una vez, y cuando Durero comenzó a esbozar su obra en esa ocasión, tuvo que interrumpirla debido a la ingente actividad de Erasmo. La tarea de captar en óleo el espíritu pensativo de Erasmo se dejó a otro gran artista renacentista del norte, el alemán Hans Holbein el Joven (1497-1543). La buena suerte quiso que durante una estancia en Inglaterra Holbein también pintara un retrato extraordinariamente preciso del amigo y alma gemela de Erasmo, Tomás Moro, que nos permite ver con claridad por qué sus contemporáneos le llamaban «hombre de [...] triste gravedad; hombre para todas las estaciones». Estos dos retratos marcan una importante diferencia entre la cultura medieval y la renacentista. Mientras que la Edad Media no produjo un parecido naturalista convincente de ninguna figura intelectual prominente, el mayor compromiso de la cultura renacentista para captar la

esencia de la individualidad humana creó el entorno en el que Holbein fue capaz de hacer que Erasmo y Moro cobraran vida.

MÚSICA

En los siglos xv y xvi la música de Europa occidental alcanzó tal punto de desarrollo que constituye, junto con la pintura y la escultura, uno de los aspectos más brillantes del empeño renacentista. La teoría musical del Renacimiento fue impulsada en gran medida por el esfuerzo de inspiración humanista, si bien en general infructuoso, de recuperar e imitar las formas y modos de la música clásica, aunque la práctica musical mostró mucha mayor continuidad con las tradiciones medievales de número y proporción. Sin embargo, al mismo tiempo, surge una nueva expresividad musical, junto con un nuevo énfasis en la coloración y la calidad emocional. También se desarrollaron nuevos instrumentos, entre los que se incluyeron el laúd, la viola, el violín y una variedad de instrumentos de viento de madera y teclado, incluido el clavicémbalo. Surgieron, asimismo, nuevos géneros musicales: madrigales, motetes y, al final del siglo xvi, un novedoso tipo de composición italiano, la ópera. Como antes, el liderazgo musical provino de hombres formados al servicio de la Iglesia, pero la distinción entre música sagrada y profana se fue haciendo menos pronunciada, y la mayoría de los compositores no restringieron sus actividades a un único campo. La música había dejado de considerarse una simple diversión o un complemento del culto para convertirse en un arte serio e independiente.

Durante el siglo xiv floreció en Italia y Francia un movimiento musical prerrenacentista llamado *ars nova* («arte nueva»). Sus compositores sobresalientes fueron Francesco Landini (c. 1325-1397) y Guillaume de Machaut (c. 1300-1377). Los madrigales, baladas y otras canciones compuestas por los músicos del *ars nova* atestiguan la rica tradición de música secular del siglo xiv, pero el mayor logro del período fue un estilo contrapuntístico muy complicado aunque delicado, adaptado para los motetes eclesiásticos. Además, Machaut fue el primer compositor conocido que proporcionó una versión polifónica para las principales partes de la misa.

El siglo xv marcó el comienzo de una síntesis de elementos franceses, flamencos e italianos en la corte ducal de Borgoña. Esta música era melodiosa y suave, pero en la segunda mitad del siglo se endureció un poco cuando cobraron importancia elementos flamencos septentrionales. Al inicio del siglo xvi aparecían compositores franco-flamencos en todas las cortes y catedrales importantes de Europa, lo que supuso el establecimiento gradual de escuelas regionales-nacionales por lo general en combinaciones atractivas de cultura musical flamenca con alemana, española e italiana. Los diversos géneros creados de este modo muestran una estrecha afinidad

con el arte y la poesía renacentistas. En la segunda mitad del siglo XVI los principales compositores del estilo franco-flamenco nacionalizado fueron el flamenco Roland de Lassus (1532-1594), el más versátil de la época, y el italiano Giovanni Pierluigi da Palestrina (c. 1525-1594), que se dedicó a la música coral polifónica altamente especializada, escrita para los oficios religiosos católicos bajo el patrocinio de los papas de Roma. También floreció la música en la Inglaterra del siglo XVI, donde los monarcas de la dinastía Tudor Enrique VIII e Isabel I fueron mecenas activos de las artes. No sólo el madrigal italiano, importado a finales del siglo XVI, adquirió una notable vida nueva en Inglaterra, sino que también las canciones y la música instrumental de molde original se anticiparon a futuros avances en el continente. En William Byrd (1543-1623) la música inglesa produjo un maestro de la talla de los grandes compositores flamencos e italianos del período renacentista. El nivel general de competencia musical parece que fue superior en la época de la reina Isabel que en la nuestra: la interpretación de cantos polifónicos era un pasatiempo popular en las casas y en las reuniones sociales informales, y se esperaba de la élite culta que fuera capaz de leer una partitura a simple vista.

Aunque los logros en el contrapunto ya estaban muy avanzados en el período renacentista, nuestro sistema armónico moderno seguía en mantillas y, por tanto, quedaba mucho espacio para la experimentación. Al mismo tiempo, debemos tener en cuenta que la música del Renacimiento no es una simple etapa en la evolución, sino una consecución magnífica, con maestros que se encuentran entre los más grandes de todos los tiempos. Los compositores Lassus, Palestrina y Byrd son tan representativos del triunfo artístico del Renacimiento como los pintores Leonardo, Rafael y Miguel Ángel. Su herencia, durante mucho tiempo menospreciada, ha comenzado a valorarse en los años recientes y ahora está cobrando popularidad gracias a grupos de músicos interesados que se dedican a revivirla.

Conclusión

El contraste entre el Renacimiento italiano y el noreuropeo es real, pero no debe exagerarse. Los intelectuales de la Italia renacentista se habían formado en un entorno educativo más secular y urbano que sus equivalentes del norte, pero no eran menos fervientes en su cristianismo. La crítica de Petrarca al escolasticismo no se debía a que fuera demasiado cristiano, sino a que no lo era lo suficiente. Petrarca se opuso a la aridez emocional y la falta de elegancia estilística del escolasticismo porque creía que amenazaba la salvación de los cristianos. Lo mismo cabría afirmar de Lorenzo Valla. Su crítica a las reclamaciones temporales del papado surge no sólo de las conclusiones de su erudición textual, sino también de una firme devoción cristiana.

La Academia Platónica tal vez honrara a Platón como si fuera un santo de la Iglesia, pero esos hombres se acercaban a sus obras con el mismo espíritu con el que los teólogos escolásticos del siglo XIII se habían acercado a las de Aristóteles. Como cristianos comprometidos, estaban convencidos de que las conclusiones alcanzadas por las más grandes mentes filosóficas de la Antigüedad clásica debían ser compatibles con la verdad cristiana. Era tarea de los intelectuales cristianos revelar esta compatibilidad y, al hacerlo, fortalecer la única fe verdadera.

Al considerar los contrastes entre humanismo «cívico» y «cristiano» tampoco debemos olvidar la enorme diversidad del pensamiento renacentista. Maquiavelo no es un pensador renacentista italiano más «típico» que Ficino, Alberti o Bruno. Así pues, al comparar a los pensadores italianos con los noreuropeos debemos tener cuidado en elegir las «parejas». Con demasiada frecuencia los estudiosos exageran los contrastes entre el pensamiento renacentista en Italia y el norte de Europa escogiendo a Maquiavelo, por ejemplo, para representar todo el humanismo italiano y a Erasmo para representar el humanismo del norte. Surge un cuadro muy diferente si comparamos, por ejemplo, a John Colet, como representante del humanismo del norte, con Marsilio Ficino, como representante del humanismo italiano, o comparamos a Petrarca con Tomás Moro.

Tampoco deben exagerarse los contrastes entre el Renacimiento y la Alta Edad Media. Los humanistas italianos y noreuropeos compartían una visión optimista de la naturaleza humana como perfectible a pesar de las consecuencias de la desobediencia de Adán y Eva; pero nadie fue más optimista a este respecto que santo Tomás de Aquino. Ambos grupos destacaban la importancia de la introspección personal y el examen de conciencia, pero ninguno se tomó este precepto más en serio que los pensadores cistercienses del siglo XII. Y, para finalizar, ambos grupos compartían la creencia de que las exhortaciones de los intelectuales elevarían la moral de todos y los conducirían a nuevas cimas de virtud. En este sentido, la vida intelectual del Alto Renacimiento presenta una especie de optimismo ingenuo que contrasta agudamente con el mundo más oscuro y más complejo desde el punto de vista psicológico de la Edad Media y con la era de la Reforma que estaba a punto de comenzar.

Bibliografía seleccionada

ALBERTI, Leon Battista, *De la pintura y otros escritos sobre arte*, Madrid, Tecnos, 2007.

ASTON, Margaret, *Panorama del Renacimiento*, Barcelona, Destino, 1997.

BAXANDALL, Michael, *Pintura y vida cotidiana en el Renacimiento*, Barcelona, Gustavo Gili, 2000.

- BURCKHARDT, Jacob, *La cultura del Renacimiento en Italia*, Madrid, Akal, 2004.
- BURKE, Peter, *El Renacimiento europeo*, Barcelona, Crítica, 2005.
- , *El Renacimiento italiano: cultura y sociedad en Italia*, Madrid, Alianza, 2001.
- CAPPELLI, Guido, *El humanismo italiano: un capítulo de la cultura europea entre Petrarca y Valla*, Madrid, Alianza, 2007.
- CASTIGLIONE, Baldassare, *El cortesano*, Madrid, Espasa, 2001.
- CELLINI, Benvenuto, *Vida*, Madrid, Cátedra, 2006.
- DEIMLING, Barbara, *Sandro Botticelli, 1444/45-1510*, Colonia, Taschen, 2001.
- ERASMO DE ROTTERDAM, *Elogio de la locura*, Madrid, Espasa, 2005.
- GANDILLAC, Maurice de, *La filosofía en el Renacimiento*, Madrid, Siglo XXI, 1987.
- GARIN, Eugenio (et al.), *El hombre del Renacimiento*, Madrid, Alianza, 1999.
- GIL FERNÁNDEZ, Luis, *Panorama social del humanismo español (1500-1800)*, Madrid, Tecnos, 1997.
- HALE, John, *La civilización del Renacimiento en Europa, 1450-1620*, Barcelona, Crítica, 1996.
- , *La Europa del Renacimiento, 1480-1520*, Madrid, Siglo XXI, 1993.
- HALE, J. R. (dir.), *Enciclopedia del Renacimiento italiano*, Madrid, Alianza, 1984.
- JOHNSON, Paul, *El Renacimiento*, Barcelona, Mondadori, 2001.
- KING, Margaret, *Mujeres renacentistas: la búsqueda de un espacio*, Madrid, Alianza, 1993.
- KRAYE, Jill (ed.), *Introducción al humanismo renacentista*, Madrid, Cambridge University Press, 1997.
- KRISTELLER, Paul Oskar, *Ocho filósofos del Renacimiento italiano*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1997.
- , *El pensamiento renacentista y sus fuentes*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1993.
- MACKENNEY, Richard, *La Europa del siglo XVI: expansión y conflicto*, Madrid, Akal, 1996.
- MAQUIAVELO, Nicolás, *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, Madrid, Alianza, 2005.
- , *El príncipe*, Madrid, Espasa, 2006.
- MÍNGUEZ PÉREZ, Carlos, *Filosofía y ciencia en el Renacimiento*, Madrid, Síntesis, 2006.
- MURRAY, Linda, *El alto Renacimiento y el manierismo*, Barcelona, Destino, 1995.
- RABELAIS, François, *Gargantúa*, Madrid, Alianza, 2008.
- REESE, Gustave, *La música en el Renacimiento*, Madrid, Alianza, 1995.
- RICO, Francisco, *El sueño del humanismo: de Petrarca a Erasmo*, Barcelona, Destino, 2002.
- SILVA, Álvaro de, *Tomás Moro: un hombre para todas las horas*, Madrid, Marcial

Pons, 2007.

TOMÁS MORO, Santo, *Utopía*, Madrid, Espasa, 2007.

VALLA, Lorenzo (*et al.*), *Humanismo y Renacimiento*, Madrid, Alianza, 2007.

VÁZQUEZ DE PRADA, Andrés, *Sir Tomás Moro: lord canciller de Inglaterra*, Madrid, Rialp, 2004.

YNDURÁIN, Domingo, *Estudios sobre Renacimiento y Barroco*, Madrid, Cátedra, 2006.

CAPÍTULO 13

Las reformas de la religión

Tras dos siglos de confusión económica, social y política, en el año 1500 Europa se hallaba en la senda de la recuperación. La población aumentaba, la economía se expandía, las ciudades crecían y los monarcas nacionales de Francia, Inglaterra, España, Escocia y Polonia estaban bien asentados en sus tronos. Todos los gobiernos extendían y ahondaban su control sobre la vida de sus súbditos. Tras un paréntesis a finales del siglo XIV, también se había reanudado la expansión comercial y colonial. Incluso el cristianismo católico parecía marchar viento en popa cuando despuntó el siglo XVI. Aunque el papado seguía sumido en guerras territoriales en Italia, la Iglesia había capeado las tormentas que la habían acosado durante el siglo XV. Se había acabado con los lolardos y los husitas se habían reincorporado a la Iglesia. En la lucha por el conciliarismo, el papado había logrado el apoyo de todos los principales monarcas europeos, lo que redujo a los conciliaristas al aislamiento académico en la Universidad de París. Mientras tanto, en el plano parroquial, probablemente nunca había sido tan elevada la devoción del pueblo llano a su fe cristiana. Sin duda, también había dificultades. Aunque la formación educativa del clero parroquial era mejor que nunca, los reformistas no tardaron en señalar que todavía había demasiados sacerdotes ausentes, ignorantes o que descuidaban sus deberes espirituales. En líneas generales, parecía que el monacato había perdido su llama espiritual; entre la plebe, el entusiasmo religioso conducía a veces a los fieles a supersticiones flagrantes y errores doctrinales, pero eran problemas subsanables. En su conjunto, «el panorama de Europa» no había resultado tan brillante desde hacía varios siglos.

Nadie en 1500 habría predicho que en menos de cincuenta años la unidad religiosa europea quedaría hecha añicos de forma irreparable por un potente movimiento reformista protestante o que en el siglo posterior una pasmosa serie de destructivas guerras de religión sacudiría los cimientos de la vida política. Pero lo más notable es que estos acontecimientos extraordinarios comenzaron con un solo monje alemán llamado Martín Lutero (1483-1546), cuya búsqueda personal de una comprensión más precisa del pecado, la gracia y la salvación cristiana puso en marcha una reacción en cadena que provocó la separación de millones de europeos de la Iglesia católica romana y afectó las prácticas religiosas de casi todos los cristianos de Europa, fueran católicos o protestantes. El movimiento religioso que desencadenó

Lutero fue mucho mayor que su persona, y tampoco se debe considerar su viaje espiritual el compendio de todo el protestantismo. Pero, dicho esto, no hay duda de que el movimiento de Reforma comenzó con Martín Lutero, y lo mismo haremos nosotros para comprender el extraordinario cataclismo que causó.

La convulsión luterana

Para explicar el éxito de la revuelta luterana en Alemania, debemos responder a tres preguntas centrales: 1) ¿Por qué las ideas teológicas de Lutero le llevaron a romper con Roma? 2) ¿Por qué se unieron a su causa gran número de alemanes? 3) ¿Por qué tantos príncipes y ciudades alemanes impusieron la religión dentro de sus territorios? Como hemos visto, los que siguieron a Lutero encontraron atractivo su mensaje por diferentes razones. Muchos campesinos esperaban que la nueva religión los liberara de las extorsiones de sus señores; las ciudades y los príncipes pensaron que les ayudaría a consolidar su independencia política; y los nacionalistas creyeron que liberaría a Alemania de las exigencias de los papas extranjeros, proclives a barrer hacia su propia casa en el centro de Italia.

Sin embargo, todos los seguidores de Lutero compartían la convicción de que su nueva comprensión del cristianismo les conduciría al cielo, y el catolicismo, no. En este sentido, *reforma* resulta una etiqueta engañosa para el movimiento, pues aunque el propio Lutero empezó como reformista que pretendía limpiar el cristianismo de sus abusos, se convirtió en seguida en un rival inflexible de los principios básicos del credo y la práctica católicos. Muchos de sus seguidores se hicieron aún más radicales. Así pues, el movimiento religioso que comenzó con Martín Lutero no fue una mera «reforma», sino un ataque frontal a los cimientos de la vida religiosa bajomedieval.

LA BÚSQUEDA DE LA CERTIDUMBRE RELIGIOSA

Aunque Martín Lutero se convirtió en la inspiración de millones de personas, al principio causó un gran desengaño a su padre, campesino de Turingia que había prosperado con el arrendamiento de algunas minas. Anhelando ver ascender más a su inteligente hijo, lo envió a la Universidad de Erfurt para que estudiara derecho. Sin embargo, en 1505 Martín destruyó sus esperanzas al hacerse monje de la orden agustina. En cierto modo, permaneció siempre fiel a los humildes orígenes de su padre. Toda su vida vivió de manera sencilla y se expresó en la lengua vernácula, fuerte y vulgar, que hablaba el campesinado alemán.

Al igual que muchas grandes figuras en la historia de la religión, Lutero llegó a

comprender la verdad religiosa mediante una experiencia dramática de conversión. Como monje, siguió con gran celo todos los medios tradicionales para conseguir la salvación. No sólo ayunaba y rezaba constantemente, sino que se confesaba tan a menudo que su agotado confesor llegó a sugerirle en broma que, si quería de verdad tener una confesión estimulante, saliera fuera e hiciera algo tremendo, como cometer adulterio. Pero por mucho que lo intentaba, Lutero no podía hallar la paz espiritual, porque temía que nunca sería capaz de realizar las buenas obras necesarias para merecerse un don tanpreciado como la salvación. Sin embargo, en 1513 tuvo una iluminación que le otorgó consuelo y cambió el curso de su vida.

Esta iluminación rectora se refería al problema de la justicia divina. Durante años Lutero había estado obsesionado por la aparente injusticia de que Dios estableciera mandamientos a sabiendas de que los seres humanos no los podrían cumplir y luego los castigara con la condena eterna por haberlos infringido. Pero una vez que se convirtió en profesor de teología bíblica en la Universidad de Wittenberg (muchos miembros de su orden monástica se dedicaban a la enseñanza), su estudio de la Biblia le llevó a comprender el problema de otro modo. En concreto, mientras meditaba sobre las palabras de los salmos «sálvame y líbrame en tu justicia», se le ocurrió de improviso que la justicia de Dios no tenía nada que ver con su poder para castigar, sino con su misericordia para salvar a los mortales pecadores mediante la fe. Más adelante escribió: «Por fin, por la gracia de Dios, empecé a comprender la justicia divina como aquella por la cual Dios nos hace justos en su gracia y mediante la fe [...] y entonces me sentí absolutamente renacido, como si se me abriesen las puertas y entrase yo mismo en el paraíso». Puesto que tuvo esta revelación en la habitación de la torre de su monasterio, se la suele denominar «la experiencia de la torre».

Después de eso todo pareció encajar. En los años inmediatamente posteriores a 1513, mientras daba clases en Wittenberg, Lutero reflexionó sobre un pasaje de la Carta a los romanos de san Pablo (1, 17): «El justo vive de la fe», hasta que alcanzó su doctrina central de la «justificación sólo por la fe». Llegó a la conclusión de que la justicia de Dios no exige para la salvación infinitas buenas obras y rituales religiosos, porque los humanos nunca lograrán salvarse por sus propios esfuerzos. Sólo los salva la gracia de Dios, que ofrece como un don completamente inmerecido a aquellos a los que ha predestinado para la salvación. Puesto que esta gracia llega a los humanos por medio del don de la fe, desde la perspectiva humana los hombres y las mujeres están «justificados» (es decir, son merecedores de la salvación) sólo por la fe. Quienes han sido justificados por Dios mediante la fe manifestarán ese hecho efectuando obras de piedad y caridad, pero dichas obras no son las que los salvan. La piedad y la caridad no son más que signos visibles del estado espiritual invisible de cada creyente, que sólo lo conoce Dios.

La esencia de esta doctrina no era original de Lutero, pues su origen se remontaba

al año 400 aproximadamente, cuando se formuló la teoría de la predestinación de san Agustín (véase capítulo 6), el santo patrón de la orden monástica de Lutero. Sin embargo, durante los siglos XII y XIII, teólogos como Pedro Lombardo y santo Tomás de Aquino habían desarrollado una comprensión muy diferente de la salvación, destacaban el papel que tanto la Iglesia (a través de los sacramentos) como el creyente (mediante obras de piedad y caridad) podían desempeñar en el proceso. Ninguno de estos teólogos declaró que el ser humano pudiera ganarse el camino al cielo sólo con buenas obras, pero la Iglesia tardomedieval fomentó sin darse cuenta este malentendido al presentar el proceso de la salvación en términos cada vez más cuantitativos, declarando, por ejemplo, que, si realizaba un acto meritorio específico (como una peregrinación o una donación pía), el creyente reduciría la penitencia que debía a Dios en un número específico de días. A partir del siglo XIV los papas afirmaron que dispensaban tal gracia especial a los vivos valiéndose del «Tesoro de Méritos de la Iglesia», un almacén de buenas obras sobrantes, acumuladas por Cristo y los santos del cielo. Desde 1476 los papas también comenzaron a asignar esos excedentes de gracia a los muertos con el fin de acelerar su paso por el purgatorio. Lo más común era que la gracia se extrajera de este «Tesoro» y se reasignara a los pecadores necesitados mediante las indulgencias: remisiones especiales de las obligaciones penitenciales impuestas a los cristianos por sus sacerdotes como parte del sacramento de la penitencia. Cuando empezaron las indulgencias en los siglos XI y XII, sólo podían ganarse exigiendo ejercicios espirituales, como unirse a una cruzada, pero a finales del siglo XV ya solían concederse a cambio de pagos monetarios para favorecer causas papales. A muchos reformistas esto les parecía simonía: el pecado de vender gracia a cambio de dinero.

Abusos de esta clase fueron ampliamente criticados por los reformistas eclesiásticos de comienzos del siglo XVI como Erasmo. Pero las objeciones de Lutero a las indulgencias y oraciones por los muertos tuvieron consecuencias mucho más radicales porque se basaban en una serie de presupuestos teológicos agustinianos que, si se llevaban a su conclusión lógica, sólo podían dar como resultado el desmantelamiento de buena parte de la práctica religiosa católica de la época. Puede que ni el mismo Lutero se hubiera percatado de este hecho cuando dio los primeros pasos que llevarían a su ruptura con Roma. Pero cuando las implicaciones de sus ideas quedaron patentes, no las abandonó, sino que prosiguió defendiéndolas y declaró a sus rivales: «Ésta es mi posición, que Dios me ayude, no puedo hacer otra cosa».

COMIENZA LA REFORMA

Lutero desarrolló sus ideas teológicas como profesor universitario, pero en 1517 no pudo soportar una provocación que le incitó a atacar algunas de las prácticas de la Iglesia. La historia de la campaña de indulgencias de 1517 en Alemania es pintoresca pero desagradable. El frívolo Alberto de Hohenzollern, hermano menor del elector de Brandeburgo, se había hundido en una enorme deuda por varias razones vergonzosas. En 1513 tuvo que pagar grandes sumas de dinero por el permiso papal para ocupar a la vez los obispados de Magdeburgo y Hallberstadt, aunque a sus veintitrés años no tenía la edad suficiente para ser obispo. No satisfecho con eso, cuando el prestigioso arzobispado de Maguncia quedó vacante al año siguiente, Alberto logró también que lo eligieran para el puesto, aunque sabía que eso significaría pagos aún mayores a Roma. Después de obtener los fondos necesarios mediante préstamos de la banca alemana de los Fugger, llegó a un trato con el papa León X (1513-1521): éste autorizó la venta de indulgencias en los territorios eclesiásticos de Alberto en el entendimiento de que la mitad de los ingresos conseguidos irían a Roma para la construcción de la basílica de San Pedro, mientras que la otra mitad se la quedaría Alberto para saldar su deuda con los Fugger.

Lutero desconocía los sórdidos detalles del trato, pero sí se enteró de que un fraile dominico llamado Tetzel se había puesto de inmediato a pregonar indulgencias por buena parte del norte de Alemania, de que llevaba en su comitiva agentes bancarios de los Fugger, y de que hacía creer a la gente que una indulgencia era un pase automático al cielo para uno mismo o para los seres queridos que estaban en el purgatorio. Lutero lo consideró doblemente ofensivo: Tetzel no sólo violaba su convicción de que las personas se salvan por la fe, no por las obras, sino que además confundía a los creyentes para que pensarán que, si compraban una indulgencia, no tendrían necesidad de confesar más sus pecados a un sacerdote, con lo que ponían en riesgo la misma salvación. Así pues, el 31 de octubre de 1517, Lutero ofreció a sus colegas de la universidad una lista de noventa y cinco tesis que objetaban la doctrina católica acerca de las indulgencias, acto que se suele considerar el inicio de la Reforma protestante.

En principio, Lutero no tenía intención de publicar sus críticas a Tetzel. Escribió las objeciones en latín, no en alemán, y sólo pretendía que se utilizaran para la discusión académica dentro de la Universidad de Wittenberg. Pero cuando una persona desconocida tradujo y publicó las tesis, el hasta entonces oscuro monje alcanzó de repente una gran fama. Tetzel y sus aliados ajenos a la universidad exigieron entonces a Lutero que retirara sus tesis o se defendiera. Pero en lugar de hacer lo primero, Lutero acrecentó sus ataques contra la jerarquía eclesiástica. En 1519, en un debate público sostenido ante la multitud en Leipzig, Lutero mantuvo desafiante que el papa y todos los clérigos no eran más que hombres falibles y que la autoridad suprema para la conciencia de una persona era la verdad de las Escrituras.

El papa León X respondió acusando a Lutero de herejía, tras lo cual no le quedó más alternativa que romper por completo con la Iglesia católica.

El año de mayor actividad creativa de Lutero llegó en 1520, cuando en medio de la crisis causada por su desafío compuso una serie de folletos que establecían sus tres premisas teológicas primordiales: la justificación por la fe, la primacía de las Escrituras y «el sacerdocio de todos los creyentes». Ya hemos examinado el significado de la primera premisa. Con la segunda, aseveraba que el significado literal de las Escrituras tenía prioridad sobre las tradiciones eclesiásticas y que las creencias (como el purgatorio) o las prácticas (como las oraciones a los santos) que no se basaban de manera explícita en las Escrituras podían rechazarse como invenciones humanas. También declaró que todos los creyentes cristianos eran iguales espiritualmente ante Dios. Negando que los sacerdotes, monjes y monjas tuvieran ninguna cualidad espiritual especial en virtud de su vocación, Lutero sostenía en su lugar «el sacerdocio de todos los creyentes».

De estas premisas se sucedieron multitud de consecuencias prácticas. Puesto que las obras no conducían a la salvación, Lutero declaró que los ayunos, las peregrinaciones y la veneración de las reliquias carecían de valor espiritual. Abogó por la disolución de todos los monasterios y conventos, y tomó medidas para «desmitificar» los ritos de la Iglesia, como la propuesta de sustituir el latín por el alemán en los oficios religiosos y la reducción del número de sacramentos de siete a dos (bautismo y eucaristía; en 1520 incluyó también la penitencia, pero luego cambió de opinión). Aunque continuaba creyendo que Cristo estaba realmente presente en el pan y el vino consagrados de la cena del Señor, negaba que la misa fuera una repetición del sacrificio de Cristo en la cruz e insistía en que era sólo a través de la fe de cada creyente individual como el sacramento podía conducir a Dios. Para resaltar más que quienes presidían las iglesias no tenían autoridad sobrenatural, insistió en llamarlos ministros o pastores en lugar de sacerdotes. También propuso abolir la jerarquía entera de papas, obispos y archidiaconos. Por último, firme en la creencia de que no existía ninguna distinción espiritual entre el clero y los laicos, Lutero sostuvo que los sacerdotes podían casarse, y en 1525 tomó esposa él mismo.

LA RUPTURA CON ROMA

Divulgados ampliamente por la imprenta, los polémicos folletos de 1520 de Lutero exaltaron a buena parte de Alemania, lo que le otorgó un apasionado apoyo popular y desencadenó una revuelta religiosa nacional contra el papado. En un alemán coloquial muy destemplado, Lutero declaró que «si la corte de los papas se redujera el noventa y nueve por ciento, todavía sería lo bastante grande para tomar decisiones

sobre asuntos de fe»; que «los cardenales han chupado de Italia hasta secarla y ahora se dirigen a Alemania»; y que, teniendo en cuenta la corrupción de Roma, «el reino del Anticristo no podría ser peor». Cuando se propagó la noticia del desafío de Lutero, sus folletos se convirtieron en un éxito editorial. Mientras que la tirada media de un libro impreso hasta 1520 había sido de mil ejemplares, la primera tirada de *A la nobleza cristiana* (1520) alcanzó los cuatro mil, que se vendieron en unos cuantos días. En seguida se imprimieron muchos miles de ejemplares más. Más populares aún eran los grabados que se mofaban del papado y exaltaban a Lutero, vendidos a decenas de miles porque los podían entender hasta los analfabetos.

Las denuncias de Lutero al papado reflejaban el extendido disgusto público hacia los pontífices recientes. El papa Alejandro VI (1492-1503) había sobornado a los cardenales para obtener el puesto, usado el dinero recaudado en el jubileo de 1500 para sostener las campañas militares de su hijo César y tenía una moral tan corrupta que era sospechoso de incesto con su propia hija Lucrecia Borgia. Julio II (1503-1513) dedicó su reino a aumentar los Estados Pontificios mediante la guerra; un comentarista señaló de él que habría alcanzado la mayor gloria si hubiera sido un príncipe seglar. León X (1513-1521), el rival de Lutero, era miembro de la familia Medici de Florencia. Aunque no era llamativamente corrupto ni inmoral, era un esteta indulgente consigo mismo al que, en palabras de un historiador católico moderno, «no se habría considerado digno para ser el portero en la casa del Señor si hubiera vivido en los días de los apóstoles». La crítica al papado tampoco se limitaba a los que acabaron convirtiéndose en protestantes. En *El elogio de la locura*, publicado por primera vez en 1511 y reimpresso con frecuencia, Erasmo declaraba que, si los papas de su época se vieran alguna vez obligados a llevar la vida de Cristo, estarían desconsolados. En *Julio excluido del cielo*, publicado de manera anónima en Basilea en 1517, Erasmo iba aún más lejos al imaginar una conversación en las puertas del cielo entre san Pedro y el papa Julio II, en la que Pedro se negaba de plano a admitirlo en el cielo porque no creía que la figura armada y jactanciosa que tenía ante sí pudiera ser el papa.

Sin embargo, en Alemania el resentimiento hacia el papado era especialmente elevado. Debido a la enorme fragmentación política de la región en el siglo xv, no existían acuerdos (conocidos como concordatos) entre el papa y el emperador que limitaran la autoridad del primero, como era el caso de los monarcas de España, Francia e Inglaterra. Como resultado, en 1500 los príncipes alemanes se quejaban de que los impuestos papales eran tan elevados que estaban dejando sin dinero el país. Pero a pesar de pagar sumas tan grandes a Roma, los alemanes apenas tenían influencia sobre la política papal. Franceses, españoles e italianos dominaban el colegio de cardenales y la burocracia papal, y los propios pontífices eran invariablemente italianos (circunstancia que continuaría hasta 1978). Como resultado,

los graduados de las florecientes universidades alemanas casi nunca encontraban empleo en Roma. En su lugar, muchos se unieron a las multitudes de seguidores de Lutero para convertirse en dirigentes del nuevo movimiento religioso.

LA DIETA DE WORMS

El drama personal de Lutero se iba convirtiendo de prisa en una crisis. A finales de 1520, respondió a la bula del papa León X que le ordenaba retractarse arrojando no sólo esa bula sino todo el derecho canónico a una crepitante hoguera frente a una enorme muchedumbre. Puesto que a los ojos de la Iglesia Lutero era ahora un hereje contumaz, fue formalmente entregado para que lo castigara su monarca laico, el elector Federico el Sabio de Sajonia. Sin embargo, Federico estaba poco dispuesto a silenciar al antagonista del papa. En lugar de quemar a Lutero en la hoguera por herejía, declaró que todavía no había tenido un juicio justo. Por consiguiente, a comienzos de 1521 lo llevó a la ciudad de Worms para que lo examinara una asamblea formal (una «dieta») de los príncipes del Sacro Imperio Romano.

En Worms la iniciativa recayó en el recién elegido sacro emperador romano, Carlos V, que no era alemán y hasta resulta dudoso que tuviera alguna identidad nacional. Como miembro de la familia Habsburgo, había nacido y se había criado en sus posesiones ancestrales de los Países Bajos. Sin embargo, en 1521, debido al funcionamiento impredecible de la herencia dinástica, el matrimonio, la elección y la suerte, no sólo se había convertido en soberano de los Países Bajos, sino también en rey de Alemania y sacro emperador romano, duque de Austria, duque de Milán y monarca del Franco Condado. Como nieto de los Reyes Católicos por parte de madre, también era rey de España; rey de Nápoles, Sicilia y Cerdeña, así como soberano de todas las posesiones españolas en el Nuevo Mundo.

Gobernar una combinación tan extraordinaria de territorios planteaba enormes desafíos. El imperio de Carlos no tenía capital ni instituciones administrativas centralizadas; no compartía una lengua ni una cultura comunes y tampoco habían fronteras geográficas colindantes. Por tanto, se encontraba completamente al margen del creciente nacionalismo de la vida política tardomedieval. Carlos reconoció la diversidad de su imperio y, siempre que le fue posible, trató de gobernar mediante autoridades e instituciones locales. Pero no podía tolerar amenazas a las dos fuerzas fundamentales que mantenían unido su imperio: el propio emperador y el catolicismo. No obstante, más allá de esos cálculos políticos, Carlos era también un católico ferviente y comprometido, a quien le preocupaba hondamente la perspectiva de que se extendiera la herejía dentro de su imperio. Así pues, apenas cabía duda de que la Dieta de Worms condenaría a Martín Lutero por hereje. Pero cuando el monje

se negó a retractarse incluso ante el emperador, Federico el Sabio intervino una vez más, esta vez organizando un «secuestro» con el que se llevaron en secreto a Lutero del castillo del elector de Wartburg y lo mantuvieron libre de peligro durante un año.

A partir de entonces, Lutero no volvió a verse en riesgo de perder la vida. Aunque la Dieta de Worms lo declaró proscrito, este edicto no llegó a cumplirse. Lutero se ocultó y Carlos V abandonó Alemania para encabezar una guerra contra Francia. En 1522 Lutero regresó triunfante de Wartburg a Wittenberg, donde descubrió que sus seguidores de la universidad habían puesto en práctica los cambios por los que abogaba en el gobierno y el culto eclesiásticos. Después, en rápida sucesión, varios príncipes alemanes se convirtieron al luteranismo junto con sus territorios. En 1530, una parte considerable de Alemania ya había abrazado la nueva fe.

LOS PRÍNCIPES ALEMANES Y LA REFORMA LUTERANA

En este punto surge la última de las tres preguntas fundamentales acerca de la historia inicial del luteranismo: ¿por qué algunos príncipes alemanes, afianzados en su poder, atendieron a la llamada de Lutero y establecieron las nuevas prácticas religiosas dentro de sus territorios? Se trata de una cuestión crucial porque, a pesar del apoyo popular, la causa luterana seguramente habría fracasado si no hubiera sido adoptada por varios poderosos príncipes alemanes y ciudades libres. En 1520 Lutero era más o menos igual de popular en toda Alemania, pero sólo en aquellos territorios donde los gobernantes establecieron formalmente el luteranismo prevaleció la nueva religión. En otras partes sus simpatizantes se vieron obligados a huir, enfrentarse a la muerte o amoldarse al catolicismo.

El poder de los príncipes para determinar la religión de su territorio reflejaba transformaciones que estaban ocurriendo en toda la sociedad europea. La principal tendencia política en torno al año 1500 era el dominio del estado en todos los ámbitos de la vida, tanto religiosa como secular. De ahí que los monarcas pretendieran controlar los nombramientos de los cargos eclesiásticos en sus reinos, restringir el flujo de dinero a Roma y limitar la independencia de las cortes eclesiásticas. Los monarcas más poderosos de Europa occidental —fundamentalmente los reyes de Francia y España— aprovecharon en particular las luchas continuas entre el papado y los conciliaristas (véase capítulo 10) para conseguir dichas concesiones de los pontífices metidos en batallas. Así pues, en 1482 Sixto IV concedió a los monarcas españoles Fernando e Isabel el derecho a nombrar candidatos para todos los cargos eclesiásticos importantes. En 1487 Inocencio VIII consintió el establecimiento de una Inquisición española controlada por la corona, y otorgó a los soberanos poderes extraordinarios para dictar políticas religiosas. Y en 1516, por el Concordato de

Bolonia, León X concedió la elección de los obispos y abades de Francia al rey galo Francisco I, a cambio de su apoyo contra los conciliaristas que se habían reunido en el V Concilio Laterano (1512-1517). Sin embargo, en Alemania ni el emperador ni los príncipes eran lo bastante fuertes para obtener tales concesiones; de ahí que algunos príncipes decidieran alcanzar por la fuerza lo que no podían lograr mediante concordatos.

En esta determinación fueron plenamente apoyados por Lutero. Ya en 1520 el feroz reformista había reconocido que no podía esperar instituir una nueva práctica religiosa sin que le respaldara el fuerte brazo de los príncipes, así que los alentó de manera implícita a confiscar la riqueza de la Iglesia católica como incentivo para crear un nuevo orden. Al principio, los príncipes se tomaron su tiempo, pero cuando se dieron cuenta de que Lutero gozaba de un enorme apoyo público y de que Carlos V no actuaría de inmediato para defender la fe católica, algunos empezaron a introducir el luteranismo en sus territorios. Sin duda, la devoción personal tuvo que ver en casos individuales, pero en general resultaron más decisivas las consideraciones políticas y económicas. Al instituir el luteranismo dentro de sus territorios, los príncipes protestantes podían consolidar su autoridad nombrando pastores, reduciendo los honorarios a Roma y recortando la jurisdicción de los tribunales eclesiásticos. También garantizaban que las fronteras políticas y religiosas de su territorio coincidieran. De este modo, un príncipe eclesiástico rival (como un obispo o arzobispo) ya no podría usar su posición espiritual para socavar la soberanía de un príncipe secular vecino sobre su territorio.

Consideraciones similares impulsaron también a diversas ciudades libres (así llamadas porque no estaban gobernadas por príncipes territoriales) a adoptar el luteranismo. Al abrazar la nueva religión, los concejos y maestros de los gremios podían erigirse (en lugar de los aristócratas u obispos locales) como la autoridad gobernante suprema de sus ciudades. Teniendo en cuenta la circunstancia añadida de que con el luteranismo los monasterios y conventos podían cerrarse y las nuevas autoridades seculares soberanas apropiarse de sus tierras, las ventajas prácticas de la nueva fe eran contundentes, dejando a un lado toda consideración de celo religioso.

Una vez resguardado en Wittenberg bajo protección de los príncipes, Lutero empezó a expresar con mayor vehemencia su profundo conservadurismo en asuntos políticos y sociales. En un tratado de 1523, *Sobre la autoridad temporal*, insistió en que los gobernantes «piadosos» deben ser obedecidos en todas las cosas y que incluso los no piadosos jamás deben ser combatidos de forma activa, puesto que la tiranía «no debe combatirse, sino soportarse». Después, en 1525, cuando los campesinos de toda Alemania se rebelaron contra sus terratenientes —en algunos lugares, inspirados por el radical religioso Thomas Müntzer (c. 1490-1525), quien urgía el uso del fuego y la espada contra los poderes «no piadosos»—, Lutero

respondió con una hostilidad intensa. En su folleto vituperioso de 1525 *Contra las hordas de campesinos que roban y asesinan*, apremió a todo el que pudiera a dar caza a los rebeldes como perros rabiosos, «a golpear, estrangular, apuñalar en secreto o en público y recordar que nada puede ser más ponzoñoso que un hombre en rebelión». Tras la eliminación despiadada de la Revuelta de los Campesinos (que tal vez costara más de cien mil vidas), la firme alianza del luteranismo con el poder estatal ayudó a mantener y sancionar el orden social existente. Nunca más habría un alzamiento masivo de las clases bajas en Alemania.

En cuanto a Lutero, en sus últimos años se concentró en debatir con reformistas religiosos más jóvenes y en ofrecer consejo espiritual a quienes lo pedían. Nunca llegó a cansarse de su prolífica actividad literaria y durante veinticinco años escribió una media de un tratado cada quince días. Permaneció inmutable en su nueva fe hasta el final: en 1546, en su lecho de muerte, respondió a la pregunta de si se mantenía firme en Cristo y en la doctrina que había predicado con un sí resuelto.

La propagación del protestantismo

La palabra «protestante», originada como término aplicado a los luteranos que «protestaron» contra una acción de la Dieta imperial alemana de 1529, se empleó pronto para un número mucho mayor de cristianos europeos en rebelión contra Roma. El luteranismo sólo echó raíces duraderas en el norte de Alemania y Escandinavia, donde se convirtió en la religión estatal de Dinamarca, Noruega y Suecia durante la década de 1520. Sus triunfos iniciales en el sur de Alemania, Polonia y Hungría acabaron reduciéndose. Sin embargo, en otras partes de Europa surgieron pronto formas rivales de protestantismo de las semillas que había plantado Lutero. En la década de 1550 el protestantismo ya se había convertido en un movimiento internacional y, al hacerlo, también se había dividido en numerosas tradiciones en pugna.

LA REFORMA EN SUIZA

A comienzos del siglo XVI, Suiza no estaba gobernada por reyes ni dominada por príncipes territoriales todopoderosos; las prósperas ciudades eran independientes o estaban a punto de serlo. De ahí que cuando los ciudadanos principales de una municipalidad decidieron adoptar las reformas protestantes, nadie pudo pararlos y, en general, el protestantismo siguió su propio curso en esa región. Aunque los conciertos religiosos variaban de una ciudad a otra, tres formas principales de protestantismo

surgieron en Suiza entre 1520 y 1550: zuinglianismo, anabaptismo y calvinismo.

Ulrico Zuinglio

El zuinglianismo, fundado por Ulrico Zuinglio (1484-1531) en Zúrich, fue la forma teológica más moderada de las tres. Aunque Zuinglio empezó su carrera como sacerdote católico algo mediocre, hacia 1516 el estudio de la Biblia de inspiración humanista le convenció de que la teología y práctica católicas estaban en pugna con los evangelios. Sus estudios bíblicos le acabaron llevando a condenar las imágenes religiosas y la autoridad jerárquica dentro de la Iglesia, pero no lo hizo público hasta que Lutero sentó el precedente. Sin embargo, en 1522 comenzó a atacar la autoridad de la Iglesia católica en Zúrich. Pronto toda la ciudad y la mayor parte del norte de Suiza habían aceptado su liderazgo religioso. Las reformas de Zuinglio se parecían mucho a las de los luteranos en Alemania. Sin embargo, Zuinglio difería de Lutero en lo referente a la teología de la eucaristía: mientras Lutero creía en la presencia real del cuerpo de Cristo en el sacramento, para Zuinglio la eucaristía no confería ninguna gracia; era simplemente un recordatorio y una celebración comunitaria del sacrificio histórico de Cristo en la cruz. Este desacuerdo fundamental impidió que los luteranos y los zuinglios se unieran en un frente protestante común. Luchando por independiente, Zuinglio cayó en la batalla contra las fuerzas católicas en 1531. Poco después su movimiento fue absorbido por el protestantismo más sistemático de Juan Calvino.

El anabaptismo

Sin embargo, antes de que el calvinismo prevaleciera, en Suiza y Alemania surgió una forma aún más radical de protestantismo. Los primeros anabaptistas eran miembros del círculo de Zuinglio en Zúrich, pero rompieron con él en torno a 1525 por el tema del bautismo de los niños. Puesto que los anabaptistas estaban convencidos de que el sacramento del bautismo sólo resultaba eficaz si se administraba a los adultos que lo desearan y entendieran su significado, rechazaban el bautizo de los niños y requerían a sus fieles que habían sido bautizados de pequeños que lo volvieran a hacer ya crecidos (el término «anabaptismo» significa «nuevo bautismo»). Esta doctrina reflejaba la creencia fundamental anabaptista de que la verdadera iglesia era una pequeña comunidad de creyentes reunidos fuera del mundo (en términos sociológicos, una secta), cuyos miembros tenían que tomar la decisión deliberada e inspirada de unirse a ella. Ningún otro grupo protestante estaba dispuesto a llegar tan lejos en su rechazo del planteamiento cristiano medieval de la Iglesia como un único cuerpo al que pertenecían desde su nacimiento todos los miembros de

la sociedad. En una época en la que la práctica totalidad asumía que Iglesia y estado estaban inextricablemente unidos, el anabaptismo estaba condenado a ser un anatema para los poderes establecidos, tanto protestantes como católicos. Pero en sus primeros años el movimiento ganó muchos adeptos en Suiza y Alemania, sobre todo porque apelaba a una piedad religiosa sincera al abogar por la simplicidad extrema en el culto, el pacifismo y la moral personal estricta.

Sin embargo, un grupo poco representativo de extremistas anabaptistas logró hacerse con el control de la ciudad de Münster en 1534. Estos fanáticos combinaban el sectarismo con el milenarismo, o la creencia de que Dios deseaba instituir un orden completamente nuevo de justicia y espiritualidad en el mundo antes del final de los tiempos. Resueltos a ayudarlo a conseguir esta meta, intentaron convertir Münster en una nueva Jerusalén. Un antiguo sastre llamado Juan de Leyden asumió el título de «Rey del Nuevo Templo» y se proclamó sucesor del rey hebreo David. Bajo su liderazgo, las prácticas religiosas anabaptistas se hicieron obligatorias, se abolió la propiedad privada, se introdujo el reparto de los bienes e incluso se permitió la poligamia basándose en precedentes del Antiguo Testamento. Dichas prácticas repugnaron por igual a protestantes y católicos. Münster fue sitiada y tomada por fuerzas católicas transcurrido poco más de un año desde la llegada de los anabaptistas y se dio muerte al nuevo David, junto con dos de sus lugartenientes, tras terribles torturas. A partir de entonces se persiguió sin piedad a los anabaptistas en Europa. Entre los pocos que sobrevivieron se encontraban algunos que se unieron en la secta menonita, cuyo nombre proviene de su fundador, el holandés Menno Simons (c. 1496-1561). Esta secta, dedicada al pacifismo y a la sencilla «religión del corazón» propios del anabaptismo original, ha continuado existiendo hasta hoy.

LA TEOLOGÍA REFORMADA DE JUAN CALVINO

Un año después de que los acontecimientos de Münster sellaran el destino del anabaptismo, un protestante francés de veintiséis años llamado Juan Calvino (1509-1564), que había huido a la ciudad suiza de Basilea para escapar de la persecución religiosa, publicó la primera versión de *La institución de la religión cristiana*, la formulación sistemática más influyente de la teología protestante que se ha escrito. Nacido en Noyon, en el norte de Francia, Calvino se había instruido primero en derecho y hacia 1533 se dedicaba al estudio de los clásicos griegos y latinos mientras vivía de los ingresos de una prebenda eclesiástica. Pero entonces, como escribió más adelante, mientras «se dedicaba obstinadamente a las supersticiones del papismo», un rayo de luz le hizo sentir que Dios le estaba liberando de un «abismo de inmundicia». A partir de ese momento se convirtió en teólogo y propagandista protestante.

Aunque algunos de estos detalles se asemejan a los primeros pasos de Lutero, los dos hombres fueron figuras muy diferentes. Lutero era una persona de emociones veleidosas y un polemista. Respondía a los problemas teológicos a medida que surgían o guiado por el impulso, pero nunca se propuso escribir una teología sistemática. Sin embargo, Calvino era un legalista analista y frío que en *La institución de la religión cristiana* se propuso establecer todos los principios del protestantismo de manera completa, lógica y sistemática. Como resultado, después de varias revisiones y ampliaciones (la edición definitiva apareció en 1559), su obra se convirtió en la más autorizada desde el punto de vista teológico del credo protestante y en el equivalente protestante más cercano a la *Suma teológica* de santo Tomás de Aquino.

Su austera teología comenzaba con la omnipotencia de Dios y avanzaba hacia abajo. Para Calvino, el universo entero es completamente dependiente de la voluntad del Todopoderoso, quien creó todas las cosas para su mayor gloria. Debido a la pérdida de la gracia original, los seres humanos son pecadores por naturaleza y están atados de pies y manos a una herencia del mal de la que no pueden escapar. No obstante, el Señor, por razones que le pertenecen, ha predestinado a algunos para la salvación eterna y condenado al resto a los tormentos del infierno. Nada que los seres humanos hagan puede alterar su destino, pues sus almas llevan estampada la bendición o maldición de Dios antes de su nacimiento. Sin embargo, los cristianos no pueden mostrar indiferencia a su conducta en la tierra. Si se encuentran entre los elegidos, Dios implantará en ellos el deseo de vivir de acuerdo con sus leyes. De este modo, la conducta recta es una señal, si bien no infalible, de que un individuo ha sido elegido para sentarse en el trono de la gloria. Ser miembro de la Iglesia reformada (como se conocen con mayor propiedad los calvinistas) es otro signo presumible de haber sido elegido para la salvación. Pero, sobre todo, Calvino instaba a los cristianos a concebirse como instrumentos escogidos de Dios, encargados de obrar para realizar los objetivos divinos en la tierra. Como el pecado ofende a Dios, los cristianos deben hacer cuanto puedan para impedirlo, no porque sus acciones conduzcan a la salvación de alguien (que no lo harán), sino solamente porque la gloria divina disminuye si se permite que florezca el pecado sin que lo refrenen los esfuerzos de los elegidos para la salvación.

Calvino reconoció siempre una gran deuda teológica con Lutero, pero sus enseñanzas religiosas diferían de las del reformista de Wittenberg en varios aspectos esenciales. En primer lugar, la actitud de Lutero hacia la conducta cristiana apropiada en el mundo era mucho más pasiva que la de Calvino. Para Lutero, un cristiano debía soportar las pruebas de la vida en el sufrimiento, mientras que para Calvino debía dominarse el mundo en una labor incesante en nombre de Dios. La religión de Calvino también era más legalista que la de Lutero. Éste, por ejemplo, insistía en que

sus seguidores acudieran a la iglesia los domingos, pero no exigía que durante el resto del día se reprimieran de los placeres o el trabajo. Por su parte, Calvino dictó rigurosas censuras contra mundanerías de cualquier clase en el día de descanso sabático y prohibió todo tipo de caprichos menores incluso en los restantes días.

Asimismo, los dos hombres diferían en asuntos fundamentales de gobierno y culto de la Iglesia. Aunque Lutero rompió con el sistema católico de gobierno eclesiástico jerárquico, sus superintendentes de distrito continuaron ejerciendo algunos poderes de los obispos, incluida la supervisión del clero parroquial. También mantuvo varios rasgos del culto tradicional, como los altares, la música, el ritual y las vestiduras (ropa especial para el clero). Sin embargo, Calvino rechazó todo lo que le olía a «papismo» y sostuvo la eliminación total de las huellas de gobierno no electivo dentro de la Iglesia. Cada congregación debía elegir a sus ministros, y las asambleas de ministros y «ancianos» (laicos responsables de mantener una conducta religiosa adecuada entre los fieles) gobernarían la Iglesia reformada en su conjunto. También insistió en la máxima simplicidad del culto, prohibió (entre muchas otras cosas) vestiduras, procesiones, música instrumental e imágenes religiosas de cualquier especie, incluidas las de las vidrieras. Prescindió además de todos los restantes vestigios de teología sacramental católica, y sustituyó la eucaristía por el sermón como pieza central del culto reformado. Cuando estas enseñanzas se pusieron en práctica, los oficios religiosos calvinistas fueron poco más que «cuatro muros desnudos y un sermón».

EL CALVINISMO EN GINEBRA

Consecuente con sus convicciones teológicas, Calvino estaba resuelto a poner en práctica sus enseñanzas religiosas. Percibiendo una oportunidad en Ginebra, ciudad suiza de lengua francesa sumida por entonces en la agitación política y religiosa, se trasladó allí a finales de 1536 y empezó a predicar y a organizar de inmediato. En 1538 sus actividades provocaron su expulsión, pero en 1541 regresó y la ciudad cayó pronto bajo su completo dominio. Bajo su guía, el gobierno de Ginebra se convirtió en una teocracia. La autoridad suprema recaía en un «consistorio» compuesto por doce ancianos laicos y entre diez y doce pastores, cuyas reuniones semanales dominaba Calvino. Aparte de aprobar la legislación propuesta por una congregación de ministros, la principal función del consistorio era supervisar la moralidad, tanto pública como privada. Para este fin, Ginebra se dividió en distritos, y un comité del consistorio visitaba cada casa sin previo aviso para comprobar la conducta de sus miembros. Bailar, jugar a las cartas, asistir al teatro y trabajar o jugar el domingo estaban proscritos como obras del diablo. Los posaderos tenían prohibido permitir

que se consumiera comida o bebida sin bendecir antes la mesa o dejar que algún huésped permaneciera levantado después de las nueve de la noche. El asesinato, la traición, el adulterio, la «brujería», la blasfemia y la herejía eran delitos capitales. Hasta las condenas por los delitos menores eran severas. Durante los primeros cuatro años de dominio calvinista en Ginebra, no hubo menos de cincuenta y ocho ejecuciones en una población total de sólo 16.000 personas.

Por muy cuestionable que pueda parecer en la actualidad esa interferencia en la esfera privada, la Ginebra de Calvino a mediados del siglo XVI era un faro de luz para miles de protestantes de toda Europa. Su discípulo Juan Knox, quien llevó la religión reformada a Escocia, declaró que con Calvino Ginebra era «la escuela de Cristo más perfecta que había existido sobre la tierra desde los días de los Apóstoles». Los convertidos como Knox acudían a Ginebra en busca de refugio o instrucción y luego regresaban a sus hogares para convertirse en ardientes proselitistas de la nueva religión. De este modo, Ginebra se convirtió en el centro de un movimiento internacional dedicado a divulgar la religión reformada en Francia y el resto de Europa mediante una actividad y propaganda misionera bien organizada.

Estos esfuerzos misioneros tuvieron un éxito notable. A finales del siglo XVI los calvinistas ya eran mayoría en Escocia (donde se los conocía como presbiterianos), Holanda (donde fundaron la Iglesia reformada holandesa) e Inglaterra (donde la Iglesia de Inglaterra adoptó la teología reformada, pero no el culto; a los calvinistas que pretendían mayores reformas en el culto se los conocía como puritanos). Existían también considerables minorías calvinistas en Francia (donde se los llamaba hugonotes), Alemania, Hungría, Lituania y Polonia. El reino de Dios en la tierra todavía no se había realizado plenamente; en 1564, en su lecho de muerte, Calvino declaró que Ginebra era aún «una nación perversa e infeliz». Pero de todos modos había tenido lugar una revolución extraordinaria en la vida y la práctica religiosa de Europa.

La domesticación de la Reforma, 1525-1560

El protestantismo había comenzado como una doctrina revolucionaria cuya reivindicación radical de igualdad espiritual para todos los verdaderos creyentes cristianos mostraba potencial para socavar las jerarquías sociales, religiosas, políticas e incluso de género sobre las que se asentaba la sociedad europea. Parece que ni siquiera Lutero había previsto que sus ideas tuvieran tales implicaciones y constituyó un verdadero desconcierto para él que los campesinos rebeldes alemanes y los milenaristas religiosos de Münster interpretaran sus enseñanzas de ese modo. Pero no fue el único responsable del creciente conservadurismo de la ideología protestante a

partir de 1525. Fuera de las filas de los anabaptistas, ninguno de los primeros dirigentes protestantes fueron radicales sociales o políticos. Es más, para propagar su mensaje reformista, los protestantes dependían del apoyo de los dirigentes sociales y políticos existentes: los príncipes, por supuesto, pero no menos importantes, las élites que gobernaban las ciudades alemanas y suizas. Como resultado, el movimiento de Reforma fue «domesticado» en seguida en dos sentidos. No sólo se frenó el potencial revolucionario del protestantismo (Lutero rara vez habló del sacerdocio de los creyentes desde 1525), sino que también se hizo hincapié dentro de todas las ramas del floreciente movimiento protestante en la familia patriarcal como institución central de la vida reformada.

EL PROTESTANTISMO Y LA FAMILIA

La domesticación de la Reforma en este segundo sentido ocurrió de manera principal en las ciudades libres de Alemania y Suiza. Allí los ataques protestantes al monacato y el celibato clerical encontraron un auditorio receptivo entre los ciudadanos a los que disgustaba que los monasterios estuvieran libres de impuestos y consideraban el celibato un subterfugio para seducir a sus esposas e hijas. El énfasis protestante en la depravación de la voluntad humana y la necesidad consecuente de que dicha voluntad fuera disciplinada por la autoridad divina también encontraron eco en los gremios y gobiernos municipales, que deseaban mantener y aumentar el control ejercido por las élites (en su mayoría, comerciantes y maestros artesanos) sobre los aprendices y oficiales que constituían la mayor parte de la población masculina urbana. Eliminando la autoridad jurisdiccional competidora de la Iglesia católica, el protestantismo permitía además a los gobiernos municipales consolidar en sus manos toda la autoridad dentro de la ciudad.

Asimismo, el protestantismo reforzó el control de los artesanos sobre sus hogares al otorgar un nuevo énfasis a la familia como «escuela de devoción» en la que se esperaba que una figura paterna todopoderosa asumiera la responsabilidad de instruir y disciplinar a sus dependientes según los preceptos de la religión reformada. Al mismo tiempo, el protestantismo introdujo un nuevo ideal religioso para las mujeres. La monja célibe dejó de ser el dechado de la santidad femenina; en su lugar surgió ahora el «ama de casa» protestante, casada y obediente. Un príncipe luterano escribió en 1527: «Aquellos que tienen hijos complacen a Dios más que los monjes y las monjas cantando y rezando». En este sentido, el protestantismo resolvió las tensiones entre devoción y sexualidad que habían caracterizado al catolicismo bajomedieval, se declaró firmemente a favor de la santidad de la sexualidad dentro del matrimonio.

Sin embargo, esta circunstancia no reflejaba un nuevo planteamiento más elevado

del potencial espiritual de las mujeres, sino todo lo contrario. Lutero, al igual que sus predecesores medievales, continuó considerando que las mujeres estaban más impulsadas por la sexualidad y eran menos capaces de controlar sus deseos carnales (si bien, para ser justos, tampoco creía que los hombres tuvieran mayor capacidad para el celibato). Su oposición a los conventos se basaba en que creía que, salvo en circunstancias extraordinarias, era imposible que las mujeres permanecieran célibes, por lo cual los conventos hacían inevitable la conducta sexual ilícita. Así pues, para controlar a las mujeres y evitar el pecado, era necesario que todas se casaran, preferiblemente a una edad temprana, para colocarlas de este modo bajo la tutela de un esposo devoto.

Los gobiernos municipales protestantes colaboraron de buen grado en su mayoría en el cierre de los conventos, pues así sus propiedades pasaban a ellos y, de todos modos, la mayor parte de las monjas procedían de familias aristocráticas. Pero surgieron conflictos entre los reformistas protestantes y los cabezas de familia de los municipios acerca del matrimonio y la sexualidad, sobre todo por la insistencia de los primeros en que tanto hombres como mujeres debían casarse jóvenes para frenar el pecado. Muchas ciudades alemanas se asemejaban a Augsburgo, donde se esperaba que los hombres retrasaran el matrimonio hasta que hubieran alcanzado la posición de maestros artesanos, requisito que se hizo cada vez más difícil de cumplir cuando los gremios se propusieron restringir el número de oficiales a los que se permitía llegar a maestros. En teoría, no se esperaba que los aprendices y oficiales se casaran, sino que frecuentaran los burdeles y tabernas, un mundo legalmente reconocido de sexualidad fuera del matrimonio que los padres de familia de las ciudades consideraban necesario para proteger a sus esposas e hijas de la seducción o la violación, pero que los reformistas protestantes encontraban moralmente aborrecible y cuya abolición exigían.

Las ciudades respondieron de diversos modos a estas presiones en pugna. Algunas instituyeron comités especiales para vigilar la moral pública del tipo que hemos visto en la Ginebra de Calvino. Otras abandonaron el protestantismo, y otras más, como Augsburgo, oscilaron entre protestantismo y catolicismo durante varias décadas antes de acabar asentándose en una religión u otra. Pero dejando a un lado la elección final de fe religiosa de cada población, al término del siglo XVI había ocurrido una revolución en las actitudes del gobierno municipal hacia la moralidad pública. En su competencia mutua, ni los católicos ni los protestantes deseaban que se los considerara «blandos con el pecado». El resultado fue la abolición en 1600 de los burdeles públicamente reconocidos en toda Europa, la ilegalización de la prostitución y una supervisión gubernamental mucho más estricta de muchos otros aspectos de la vida privada tanto en las comunidades urbanas católicas como protestantes.

El protestantismo también aumentó el control de los padres sobre la elección de cónyuges para sus hijos. La Iglesia católica medieval definía el matrimonio como un sacramento que no requería la participación de un sacerdote. El libre consentimiento mutuo de las dos partes, incluso si se otorgaba sin testigos ni aprobación paterna, bastaba para constituir un matrimonio legalmente válido a los ojos de la Iglesia; pero al mismo tiempo ésta anularía un matrimonio si una de las partes podía demostrar que no lo había consentido libremente. La oposición a esta doctrina provino de muchos sectores, pero en especial de los padres y otros parientes. Como el matrimonio suponía derechos de herencia a la propiedad, la mayoría de las familias lo consideraban un asunto demasiado importante para dejarlo a la libre elección de sus hijos. Los padres querían contar con el poder de evitar uniones inadecuadas e, idealmente, obligar a sus hijos a aceptar los conciertos matrimoniales que sus familias negociaran en su nombre. El protestantismo ofrecía una oportunidad para alcanzar dicho control. Lutero había declarado que el matrimonio era un asunto puramente secular, no un sacramento, que debía regular como mejor consideraran las autoridades gubernamentales. Calvino siguió su ejemplo en buena medida, aunque su teocracia establecía una distinción menor entre los poderes de la Iglesia y el estado. Incluso el catolicismo acabó teniendo que ceder. Aunque jamás abandonó por completo su insistencia en que ambos miembros de la pareja debían consentir libremente su matrimonio, al final del siglo XVI la Iglesia católica requería una noticia pública formal de la intención de casarse e insistía en la presencia de un sacerdote en la ceremonia nupcial. Ambos extremos intentaban prevenir las fugas y concedía tiempo a las familias para intervenir antes de que se concluyeran matrimonios desiguales. Algunos países católicos llegaron aún más lejos en su intento de reafirmar el control paterno sobre la elección de cónyuge para sus hijos. En Francia, por ejemplo, aunque las parejas podían seguir casándose sin consentimiento paterno, las que lo hacían perdían todos sus derechos a heredar la propiedad de sus familias. Así pues, de modos algo diferentes, tanto el protestantismo como el catolicismo quisieron fortalecer el control que podían ejercer los padres sobre sus hijos y, en el caso del protestantismo, el de los esposos sobre las esposas.

La Reforma inglesa

En Inglaterra, la Reforma tomó un curso completamente diferente al de la Europa continental. Aunque sobrevivió una tradición popular de lolardos hasta el siglo XVI, el número de adeptos era demasiado pequeño, y su influencia, muy limitada para

desempeñar un papel significativo en «allanar el camino» para el triunfo definitivo del protestantismo. Tampoco estaba el país particularmente oprimido por las exacciones y abusos papales que irritaron a Alemania. Los monarcas ingleses ya ejercían un estrecho control sobre los nombramientos de la Iglesia dentro de su reino cuando se inició el siglo XVI; también recibían la parte del león de los impuestos papales recaudados en Inglaterra. Los tribunales canónicos tampoco inspiraban ningún resentimiento particular; por el contrario, estos tribunales continuarían funcionando en la Inglaterra protestante hasta el siglo XVIII. ¿Por qué, entonces, se convirtió en un país protestante?

ENRIQUE VIII Y LA RUPTURA CON ROMA

Como suele ser el caso en la historia inglesa, la respuesta a esta pregunta debe comenzar con la corona. En 1527 el imperioso rey Enrique VIII ya llevaba dieciocho años casado con Catalina de Aragón, hija de los Reyes Católicos, pero toda la descendencia de esta unión había muerto en la infancia, menos la princesa María. Como Enrique necesitaba un heredero varón para conservar la sucesión de su dinastía Tudor y como Catalina había superado ya la edad de concebir, el primero tenía buenas razones de estado para romper sus vínculos matrimoniales. Existían además motivos más personales, pues se había encaprichado de una dama de compañía de ojos oscuros llamada Ana Bolena. A fin de casarse con ella, Enrique recurrió a Roma para que anulara su matrimonio con Catalina; adujo que, puesto que dicha reina había estado casada previamente con su hermano mayor Arturo (que había muerto poco después de celebrarse la ceremonia), el matrimonio de ambos había sido inválido desde el principio. Como señalaron los representantes de Enrique, la Biblia declaraba «cosa impura» que un hombre tomara a la mujer de su hermano y maldecía ese matrimonio con la ausencia de hijos (Levítico, 20, 31). Ni siquiera una dispensa papal (que Enrique y Catalina habían obtenido para su matrimonio) podía eliminar una prohibición tan clara, como probaba la falta de descendencia de la unión.

La petición de Enrique puso al papa Clemente VII (1523-1534) en un dilema. Enrique estaba firmemente convencido de que esta maldición de las Escrituras había frustrado sus posibilidades de perpetuar su dinastía; y tanto Enrique como Clemente sabían que los papas del pasado habían concedido anulaciones a los monarcas reinantes por motivos mucho más débiles que los alegados por el primero. Sin embargo, si el papa concedía la anulación, arrojaría dudas sobre la validez de todas las dispensas papales. Pero lo más serio era que además provocaría la ira del emperador Carlos V, sobrino de Catalina de Aragón, cuyos ejércitos controlaban Roma y en ese momento mantenían en cautividad al propio papa. Clemente estaba

atrapado y todo lo que podía hacer era postergar la resolución para esperar días mejores. Durante dos años permitió que la demanda prosiguiera en Inglaterra sin alcanzar un veredicto. Luego, de improviso, transfirió la causa a Roma, donde volvió a comenzar el proceso legal.

Exasperado por estos retrasos, Enrique empezó a aumentar la presión sobre el papa. En 1531 obligó a una asamblea del clero inglés a declararle «protector y única cabeza suprema» de la Iglesia de Inglaterra. En 1532 instó al parlamento a redactar una lista incendiaria de agravios contra el clero y utilizó esta amenaza para forzar a este último a concederle su derecho como rey a aprobar o desaprobar toda la legislación eclesiástica. En enero de 1533 Enrique se casó con Ana Bolena (que ya estaba embarazada), aunque su matrimonio con la reina Catalina de Aragón todavía no se había anulado. (El nuevo arzobispo de Canterbury, Thomas Cranmer, proporcionó la anulación requerida en mayo.) En septiembre nació la princesa Isabel; su padre, frustradas de nuevo sus esperanzas de tener un hijo varón, se negó a asistir a su bautismo. Sin embargo, el parlamento estableció que la sucesión al trono correspondía a los hijos de Enrique y Ana, recondujo todos los ingresos papales de Inglaterra a las manos del rey, prohibió las apelaciones al tribunal papal y declaró formalmente que «su alteza el rey era la cabeza suprema de la Iglesia de Inglaterra [teniendo] la autoridad de remediar todos los errores, herejías y abusos». En 1536 Enrique ejecutó a Tomás Moro porque se negó a aceptar esta declaración de supremacía y dio los primeros pasos hacia la disolución de los monasterios ingleses. A finales de 1539 los monasterios y conventos ya habían desaparecido, y sus tierras y bienes habían sido confiscados por el rey, quien los distribuyó entre sus incondicionales.

Estas medidas rompieron los lazos que unían a la Iglesia de Inglaterra con Roma, pero no hicieron al país protestante. Aunque se prohibieron algunas prácticas tradicionales (como las peregrinaciones y reliquias), la Iglesia inglesa continuó siendo mayoritariamente católica en organización, doctrina, ritual y lengua. Los Seis Artículos promulgados por el parlamento en 1539 a instancias de Enrique no dejaban espacio para dudas ante la ortodoxia oficial: se confirmaron la confesión oral a los sacerdotes, las misas por los difuntos y el celibato del clero; continuó la misa en latín; y la doctrina católica sobre la eucaristía no sólo se confirmó, sino que su negación era penada con la muerte. Para la mayoría del pueblo inglés sólo la desaparición de los monasterios y las continuas aventuras matrimoniales del rey (se casó seis veces) constituían cierta prueba de que su Iglesia ya no formaba parte de la obediencia romana.

Para los protestantes verdaderamente comprometidos, y sobre todo para los que habían visitado la Ginebra de Calvino, los cambios a los que obligó Enrique VIII a la Iglesia inglesa no eran suficientes. En 1547 la ascensión al trono del rey de nueve años Eduardo VI (hijo de Enrique con su tercera esposa, Juana Seymour) les dio la oportunidad de terminar la tarea de la Reforma. Alentado por las claras simpatías protestantes del joven rey, el gobierno se dispuso de inmediato a reformar los credos y ceremonias de la Iglesia inglesa. Se permitió el matrimonio a los sacerdotes; los oficios religiosos en inglés reemplazaron a los latinos; se abolió la veneración de imágenes y éstas se destruyeron o desfiguraron; se abolieron las oraciones por los difuntos y se confiscaron las dotaciones para este fin; se redactaron nuevos artículos del credo, se repudiaron todos los sacramentos, salvo el bautismo y la comunión, y se confirmó la doctrina protestante de la justificación sólo por la fe. Sin embargo, lo más importante fue la publicación de un nuevo devocionario para definir con exactitud cómo debían realizarse los nuevos oficios religiosos en lengua inglesa. Buena parte de la doctrina y el culto quedó sin fijar, pero en 1553, cuando el joven Eduardo falleció, parecía que la Iglesia inglesa se había convertido en una institución claramente protestante.

MARÍA TUDOR Y LA RESTAURACIÓN DEL CATOLICISMO

Sin embargo, la sucesora de Eduardo fue su devota y profundamente católica hermana María (1553-1558), hija de Enrique VIII y Catalina de Aragón, quien en seguida anuló las medidas religiosas de su hermano, restauró la misa latina y exigió a los sacerdotes casados que abandonaran a sus esposas. Incluso se impuso al parlamento para que votara el regreso a la lealtad al papa. Cientos de dirigentes protestantes huyeron al extranjero, muchos a Ginebra; otros, incluido el arzobispo Thomas Cranmer, fueron quemados en la hoguera por negarse a abjurar de su protestantismo. Las noticias de los martirios se propagaron como la pólvora por la Europa protestante. Sin embargo, en Inglaterra las medidas de María suscitaban resistencia relativamente escasa en el ámbito local. Es probable que tras dos décadas de agitación religiosa, la mayoría de los hombres y mujeres esperaran que el reino de María proporcionara cierta estabilidad a sus vidas religiosas.

Pero no fue así. Las ejecuciones que ordenó la reina fueron insuficientes para acabar con la resistencia religiosa; más bien la propaganda protestante acerca de «María la Sanguinaria» y las «hogueras de Smithfield» provocaron un amplio descontento incluso entre quienes habían recibido bien el regreso a las formas religiosas tradicionales. Tampoco la reina pudo hacer nada para restaurar el monacato: demasiadas familias importantes se habían aprovechado de la disolución

de los monasterios decretada por Enrique VIII para que fuera posible volver atrás. El matrimonio de María con su primo Felipe, hijo de Carlos V y heredero del trono español, fue otro error de cálculo. Aunque el acuerdo matrimonial estipulaba que en el caso de que María muriera Felipe no la sucedería, sus súbditos ingleses nunca se fiaron de él. Cuando la reina permitió que Felipe la arrastrara a una guerra con Francia en beneficio de España en la que se perdió Calais, último baluarte inglés en el continente europeo, muchos ingleses se mostraron descontentos. Sin embargo, lo que en definitiva condenó al fracaso la contrarrevolución religiosa de María fueron simplemente los accidentes de la biología: fue incapaz de concebir un heredero, y cuando murió tras sólo seis años de reinado, el trono pasó a su hermana protestante, Isabel.

LA SOLUCIÓN ISABELINA

Hija de Enrique VIII y Ana Bolena, y una de las soberanas más capaces y populares que se han sentado en el trono inglés, la reina Isabel I (1558-1603) estaba predispuesta a favor del protestantismo por las circunstancias del matrimonio de sus padres, así como por su educación. Pero no era una fanática y reconoció sabiamente que, si apoyaba un protestantismo radical en Inglaterra, podía provocar encarnizadas disputas sectarias. Por consiguiente, decidió llevar a cabo la que suele conocerse como la «solución isabelina». Mediante una nueva Acta de Supremacía (1559), Isabel revocó la legislación católica de María, prohibió a los poderes religiosos extranjeros (esto es, el papa) ejercer ninguna autoridad dentro de Inglaterra y se declaró «gobernadora suprema» de la Iglesia de Inglaterra, título más protestante que el de «cabeza suprema» de Enrique VIII en la medida en que la mayoría de los protestantes creían que sólo Cristo era la cabeza de la Iglesia. También adoptó muchas de las reformas litúrgicas protestantes instituidas por su hermano Eduardo, incluida una edición revisada del devocionario. Pero mantuvo además vestigios de la práctica católica, entre los que se incluyeron obispos, tribunales eclesiásticos y vestiduras para el clero. En asuntos más doctrinales como la predestinación y el libre albedrío, los Treinta y Nueve Artículos de Fe (aprobados en 1562) de Isabel presentaron un tono decididamente protestante, incluso calvinista. Pero el devocionario era más moderado y acerca del tema crítico de la eucaristía resultaba deliberadamente ambiguo. Combinando las interpretaciones católica y protestante («éste es mi cuerpo [...]. Haced esto en conmemoración mía») en una única declaración, el devocionario permitía una enorme flexibilidad para interpretaciones encontradas del oficio religioso por parte de sacerdotes y feligreses.

A pesar de dicha «flexibilidad», persistieron las tensiones religiosas en la

Inglaterra isabelina, no sólo entre protestantes y católicos, sino también entre protestantes moderados y más extremistas. La ingeniosa «componenda» que hizo la reina con esas diferencias no era una receta que garantizara el éxito. Más bien lo que conservó la solución religiosa y acabó haciendo de Inglaterra un país protestante fue la extraordinaria prolongación del reinado de Isabel, combinado con el hecho de que durante buena parte de ese tiempo la Inglaterra protestante estuvo en guerra con la España católica. Con Isabel, el protestantismo y el nacionalismo inglés fueron fundiéndose gradualmente hasta convertirse en la potente convicción de que Dios había elegido el país para la grandeza. A partir de 1588, cuando las fuerzas navales inglesas obtuvieron una victoria improbable sobre la Armada Invencible española, protestantismo e «inglesidad» se hicieron casi indistinguibles para la mayoría de los súbditos de la reina. Las leyes contra los católicos recalcitrantes se volvieron más severas, y aunque se mantuvo una tradición católica inglesa, sus adeptos fueron una minoría perseguida. Mucho más alarmante era la situación en Irlanda, donde la vasta mayoría de la población seguía siendo católica a pesar de los esfuerzos del gobierno por imponer el protestantismo. En 1603 la «irlandidad» ya se identificaba firmemente con el catolicismo, del mismo modo que la «inglesidad» lo hacía con el protestantismo; pero eran los protestantes quienes ganaban influencia en ambos países.

La transformación del catolicismo

La novedad histórica del protestantismo hace inevitable que se centre la atención en reformistas religiosos como Lutero y Calvino, pero también hubo un vigoroso movimiento reformista interno dentro de la Iglesia católica durante el siglo XVI. Los historiadores difieren sobre si denominar a este movimiento «Reforma católica» o «Contrarreforma». Algunos prefieren el primer término porque destaca que se hicieron considerables esfuerzos por reformar la Iglesia católica antes de que Lutero anunciara sus tesis y continuaron después. Sin embargo, otros insisten en que desde mediados del siglo XVI la mayoría de los reformistas católicos estuvieron inspirados fundamentalmente por la necesidad urgente de resistirse al cisma protestante. Nosotros emplearemos ambos términos para referirnos a dos fases complementarias: la Reforma católica que llegó antes de Lutero y la Contrarreforma que vino después de él.

LA REFORMA CATÓLICA

La Reforma católica se inició en torno a 1490 y fue primordialmente un movimiento de cambio moral e institucional dentro de las órdenes religiosas. Aunque estos esfuerzos recibieron un fuerte apoyo de varios monarcas seculares, el papado demostró escaso interés por ellos. Como resultado, la Reforma católica nunca se convirtió en un movimiento verdaderamente internacional. En España, las actividades reformistas dirigidas por el cardenal Francisco Jiménez de Cisneros (1436-1517) y apoyadas por la monarquía llevaron a la imposición de estrictas normas de conducta a los frailes franciscanos y a la eliminación de abusos prevalecientes entre el clero diocesano. El cardenal también contribuyó a la regeneración de la vida espiritual de la Iglesia española. En Italia, los clérigos más honrados se esforzaron por hacer que la Iglesia italiana fuera más digna de su vocación. Reformar las órdenes monásticas existentes era una tarea difícil, sobre todo porque la corte papal daba un pobre ejemplo; pero los reformistas lograron establecer varias órdenes religiosas nuevas, dedicadas a ideales elevados de devoción y servicio social. En el norte de Europa, humanistas cristianos como Erasmo y Tomás Moro también desempeñaron un papel en este movimiento reformista católico, no sólo criticando abusos y editando textos sagrados, sino también alentando a los laicos a llevar vidas de devoción religiosa sencilla pero sincera.

Sin embargo, como respuesta a los retos planteados por el protestantismo, la Reforma católica resultó completamente inadecuada. Por tanto, desde la década de 1530 comenzó a tomar impulso una segunda fase de reforma más agresiva con un nuevo estilo de fuerte liderazgo papal. Los principales papas de la Contrarreforma — Pablo III (1534-1549), Pablo IV (1555-1559), san Pío V (1566-1572) y Sixto V (1585-1590)— fueron en su conjunto los más fanáticos pontífices reformistas desde la Alta Edad Media. Todos llevaron vidas rectas; algunos eran tan exageradamente ascetas que los contemporáneos se preguntaban si no eran demasiado santos; un conciliar español escribió de Pío V en 1567: «Nos parecería aún mejor que el actual Santo Padre no estuviera más con nosotros, por muy grande, indecible, sin igual y extraordinaria que su santidad pueda ser». Sin embargo, para enfrentarse al protestantismo era preferible con mucho un papa excesivamente santo que otro desenfrenado. Pero estos papas contrarreformistas no fueron sólo santos, sino también buenos administradores que reorganizaron sus finanzas y cubrieron los cargos eclesiásticos con obispos y abades no menos renombrados por su austeridad y santidad que ellos mismos.

Los esfuerzos reformistas papales se intensificaron en el Concilio general de Trento, convocado por Pablo III en 1545 y reunido a intervalos a partir de entonces hasta 1563. Las decisiones tomadas en Trento proporcionaron los cimientos sobre los que se erigiría la nueva Iglesia católica de la Contrarreforma. Aunque el concilio comenzó debatiendo alguna forma de compromiso con el protestantismo, acabó

reafirmando todos los dogmas doctrinales católicos puestos en tela de juicio por las críticas protestantes. Las buenas obras se declararon necesarias para la salvación y los siete sacramentos se confirmaron como medios para obtener la gracia, sin la cual la salvación era imposible. La transustanciación, el purgatorio, la invocación a los santos y la regla del celibato para el clero se revalidaron como elementos esenciales en el sistema católico. Se declaró que la Biblia y las tradiciones de la enseñanza apostólica gozaban de una autoridad igual como fuentes de la verdad cristiana. Se mantuvo de forma expresa la supremacía papal sobre todos los obispos y sacerdotes, y, asimismo, se dio por sentada la supremacía del papa sobre todo concilio eclesiástico. El Concilio de Trento reafirmó incluso la doctrina de las indulgencias que había desencadenado la revuelta luterana, si bien condenó los peores abusos relacionados con su venta.

La legislación de Trento no se limitó a asuntos de doctrina. Para mejorar el cuidado pastoral de los laicos, se prohibió a los obispos y sacerdotes ocupar más de un cargo espiritual. Para paliar el problema de la ignorancia del sacerdocio, se decidió el establecimiento de un seminario teológico en cada diócesis. El concilio suprimió también diversas prácticas religiosas y cultos de santos locales; los reemplazó con nuevos cultos autorizados y aprobados por Roma. Asimismo, para impedir que ideas heréticas corrompieran la fe, el concilio decidió censurar o suprimir los libros peligrosos. En 1564 una comisión nombrada para este fin publicó el primer Índice de Libros Prohibidos, una lista oficial de escritos que no debían leer los fieles católicos. Todas las obras de Erasmo se colocaron de inmediato en el Índice, aunque sólo cuarenta años antes había sido un señalado adalid católico contra Martín Lutero. Más adelante, se estableció un organismo permanente para revisar la lista, conocido como la Congregación del Índice; en total, se han hecho más de cuarenta revisiones hasta el día de hoy. La mayoría de los libros condenados han sido tratados teológicos, y su efecto en retrasar el avance de la difusión probablemente ha sido nimio. No obstante, el Índice constituye una señal estremecedora de la intolerancia doctrinal que caracterizó el cristianismo del siglo XVI, tanto en sus variantes católica como protestante.

SAN IGNACIO DE LOYOLA Y LA COMPAÑÍA DE JESÚS

Además de las actividades independientes de los papas y la legislación del Concilio de Trento, una tercera fuerza impulsora de la Contrarreforma fue la fundación por san Ignacio de Loyola (1491-1556) de la Compañía de Jesús, comúnmente conocida como orden jesuítica. En mitad de una carrera juvenil como soldado de mundo, el joven noble español cayó herido en la batalla en 1521 (el mismo año en que Lutero

desafió a Carlos V en Worms). Mientras se recuperaba, decidió cambiar de vida y convertirse en un soldado espiritual de Cristo. Durante diez meses vivió como ermitaño en una cueva cerca de Manresa, tiempo en el que experimentó visiones extáticas y elaboró los principios de su guía de meditación posterior, *Los ejercicios espirituales*. Este manual, completado en 1535 y publicado por vez primera en 1541, ofrecía consejo práctico acerca de cómo dominar la propia voluntad y servir a Dios mediante un programa sistemático de meditaciones sobre el pecado y la vida de Cristo. Convertido pronto en un texto básico para todos los jesuitas y estudiado además por un gran número de laicos católicos, *Los ejercicios espirituales* ha gozado de una influencia semejante a *Las instituciones* de Calvino entre todos los escritos religiosos del siglo XVI.

No obstante, la fundación de la orden jesuítica fue sin duda el mayor logro de Loyola. Originada como un pequeño grupo de seis discípulos que se reunieron en torno a Loyola en París en 1534 para servir a Dios en pobreza, castidad y labor misionera, la Compañía de Jesús se constituyó formalmente como orden de la Iglesia en 1540 gracias al papa Pablo III; en el momento de la muerte de su fundador, ya contaba con 1.500 miembros. La Compañía de Jesús era con creces la más militante de las órdenes religiosas fomentadas por los movimientos reformistas católicos del siglo XVI. No era sólo una sociedad monástica, sino una compañía de soldados dispuestos a defender la fe. Sus armas no iban a ser las balas y las lanzas, sino la elocuencia, la persuasión y la instrucción en las doctrinas verdaderas; pero la Compañía de Jesús pronto se hizo también experta en métodos más mundanos de ejercer influencia. Su organización seguía el modelo de una compañía militar, con un general como mando supremo y una disciplina férrea obligatoria para todos sus miembros. Se suprimió la individualidad y se exigió una obediencia marcial al general por parte de los soldados rasos. El general jesuita, a veces conocido como el «papa negro» (por el color del hábito de la orden), era elegido de por vida y no estaba obligado a aceptar el consejo ofrecido por cualquier otro miembro de la compañía. Su único superior era el papa, a quien todos los jesuitas de mayor rango profesaban un voto especial de obediencia estricta. Como resultado de este voto, los jesuitas se mantenían a disposición del papa en cualquier momento.

Las actividades de la orden consistían fundamentalmente en convertir a cristianos y no cristianos, así como en fundar escuelas. Los primeros jesuitas, comprometidos a realizar una labor misionera en el extranjero, predicaron a los no cristianos en la India, China y la América española. Por ejemplo, uno de los más estrechos allegados de Loyola, san Francisco Javier (1506-1552), bautizó a miles de indígenas y recorrió miles de kilómetros como misionero en el sur y este de Asia. Pero aunque Loyola no había concebido al principio su compañía como una fuerza de choque comprometida contra el protestantismo, acabó realizando esta misión cuando la Contrarreforma

cobró intensidad. Mediante la predicación y la diplomacia —a veces arriesgando sus vidas—, los jesuitas de la segunda mitad del siglo XVI se desplegaron por Europa en confrontación directa con los calvinistas. En muchos lugares consiguieron mantener fieles al catolicismo a los monarcas y sus súbditos; en otros encontraron el martirio, y en otros más —en particular, en Polonia y partes de Alemania y Francia— lograron recuperar territorio previamente perdido ante el protestantismo. Dondequiera que se les permitiera asentarse, los jesuitas establecían escuelas y universidades, pues creían firmemente que el catolicismo vigoroso dependía de la alfabetización y educación generalizadas. Sus escuelas estaban tan bien consideradas que, una vez que los ardores del odio religioso comenzaron a aplacarse, los protestantes de clase alta a veces mandaban a sus hijos a recibir educación jesuita.

EL CRISTIANISMO DE LA CONTRARREFORMA

Por lo dicho, debe resultar evidente que existe una «herencia contrarreformista», del mismo modo que hay otra protestante. Los mayores logros de estos movimientos reformistas católicos del siglo XVI fueron defender y revitalizar la fe. Si no hubiera sido por los resueltos esfuerzos de estos reformistas, el catolicismo no se habría extendido por el globo durante los siglos XVII y XVIII ni vuelto a surgir en Europa como la gran fuerza espiritual que sigue siendo. Pero también se originaron otros resultados de la Contrarreforma. Uno fue la divulgación de la alfabetización en los países católicos debido a las actividades educativas de los jesuitas. Otro fue el crecimiento de una preocupación intensa por las obras de caridad. Como el catolicismo contrarreformado continuó resaltando las buenas obras y la fe, las actividades caritativas asumieron un papel importantísimo en la religión revitalizada. Los dirigentes espirituales contrarreformistas como san Francisco de Sales (1567-1622) y san Vicente de Paúl (1581-1660) instaron a la caridad en sus sermones y escritos, con lo que desencadenaron una oleada de fundación de orfanatos y asilos para los pobres en toda la Europa católica.

Asimismo, la Contrarreforma provocó un nuevo énfasis en la importancia de las mujeres religiosas. El catolicismo contrarreformado no exaltó el matrimonio como vía a la santidad de las mujeres en el mismo grado que lo hizo el protestantismo, pero sí fomentó un papel distinguido para una élite religiosa femenina; aprobó el misticismo de santa Teresa de Ávila (1515-1582) y estableció nuevos órdenes de monjas como las ursulinas y las hermanas de la caridad que no tuvieron paralelo en el protestantismo. Tanto protestantes como católicos siguieron excluyendo a las mujeres del sacerdocio o el ministerio, pero las célibes católicas podían llevar vidas religiosas al menos con cierto grado de independencia.

Sin embargo, la Contrarreforma no perpetuó el cristianismo tolerante de Erasmo. Los humanistas cristianos perdieron peso con los papas contrarreformistas, e incluso se miró con recelo a científicos naturales como Galileo (véase capítulo 16). Pero el protestantismo del siglo XVI fue tan intolerante como el catolicismo en cuanto a la teología, e incluso más hostil a la causa del racionalismo. De hecho, como los teólogos de la Contrarreforma regresaron al escolasticismo de santo Tomás de Aquino en busca de guía, tendieron a mostrarse mucho más comprometidos con la dignidad de la razón humana que sus homólogos protestantes, quienes resaltaron la autoridad absoluta de las Escrituras y la fe incuestionable. Así pues, no es del todo una coincidencia que René Descartes, uno de los pioneros del racionalismo del siglo XVII (y quien acuñó la famosa frase «pienso, luego existo»), fuera formado de joven por los jesuitas.

Conclusión

El protestantismo surgió después de la cumbre del Renacimiento italiano y antes de la revolución científica y la Ilustración. Así pues, sería tentador pensar que los acontecimientos históricos avanzan de un modo acumulativo inevitable, del Renacimiento a la Reforma, la Ilustración y el «Triunfo del mundo moderno». Pero la historia rara vez es tan ordenada. Aunque los estudiosos continúan discrepando en detalles concretos, la mayoría está de acuerdo en que la Reforma protestante se inspiró poco en la civilización del Renacimiento. De hecho, en ciertos aspectos básicos, los principios protestantes estaban reñidos con las principales asunciones de la mayoría de los humanistas renacentistas.

No obstante, es indudable que el Renacimiento aportó algo a los orígenes de la Reforma protestante. Las críticas de los humanistas cristianos acerca de los abusos religiosos contribuyeron a preparar a Alemania para la revuelta luterana. El estudio estricto del texto de la Biblia llevó a la publicación de nuevas ediciones más fiables que utilizaron los reformistas protestantes. A este respecto cabe establecer una línea directa entre Lorenzo Valla, Erasmo y Lutero: las *Anotazioni sul testo latino del Nuovo Testamento* inspiraron a Erasmo a efectuar su propia edición griega y traducción latina del Nuevo Testamento en 1516; a su vez, el Nuevo Testamento de Erasmo permitió a Lutero en 1518 llegar a algunas conclusiones cruciales acerca del significado bíblico literal de la penitencia y se convirtió en la base de su traducción en 1522 al alemán. Por estas y otras razones relacionadas, Lutero se dirigió a Erasmo en 1519 como «nuestra honra y nuestra esperanza».

Pero en realidad Erasmo mostró en seguida que no sentía simpatía alguna por los principios luteranos. La mayoría de los humanistas cristianos siguieron su ejemplo,

huyendo del protestantismo tan pronto como resultó evidente lo que Lutero y otros reformistas protestantes enseñaban. Las razones de esta división son muy claras. La mayoría de los humanistas creían en el libre albedrío, mientras que los protestantes creían en la predestinación; los humanistas tendían a pensar que la naturaleza humana era básicamente buena, mientras que a los protestantes les parecía indeciblemente corrupta; y la mayoría de los humanistas propugnaban la urbanidad y la tolerancia, mientras que los seguidores de Lutero y Calvino destacaban la obediencia y la conformidad.

La Reforma protestante no fue la consecuencia natural de la civilización renacentista, pero sí aportó ciertos rasgos característicos al desarrollo histórico de la Europa moderna. El más destacado de dichos rasgos fue el creciente poder de los estados soberanos. Como hemos visto, los príncipes alemanes que se convirtieron al protestantismo se inclinaron a hacerlo primordialmente en busca de soberanía. Los reyes de Dinamarca, Suecia e Inglaterra siguieron su ejemplo por razones muy parecidas. Puesto que los dirigentes protestantes —Calvino además de Lutero— predicaban la obediencia absoluta a los soberanos «piadosos» y puesto que en los países protestantes el estado asumía el control directo de la Iglesia, la propagación del protestantismo dio como resultado el aumento del poder estatal. Pero no debemos establecer una equivalencia simple entre poder estatal y protestantismo. El poder del estado ya estaba aumentado en 1500, sobre todo en países como Francia y España, donde los reyes católicos ejercían la mayoría de los derechos sobre la Iglesia que asumieron por la fuerza los príncipes alemanes luteranos y Enrique VIII en el curso de sus reformas.

Asimismo, el nacionalismo ya formaba parte de este mundo, como se puede apreciar por el modo como Lutero recurrió a él en sus llamamientos durante la década de 1520. Pero Lutero también contribuyó en buena medida a fomentar el nacionalismo cultural traduciendo la Biblia a un alemán vigoroso y coloquial. Hasta el siglo XVI los alemanes procedentes de regiones distintas hablaban dialectos tan diferentes que a menudo les costaba entenderse. Sin embargo, la Biblia de Lutero alcanzó tal difusión que acabó convirtiéndose en la norma lingüística para toda la nación. El protestantismo no unió políticamente a la nación alemana, pues pronto se dividió en bandos protestantes y católicos. Pero en otros lugares, como Holanda o partes de Europa central, donde los protestantes combatieron con éxito contra un soberano extranjero y católico, el protestantismo avivó el sentido de identidad nacional. Tal vez el caso más conocido de todos sea el de Inglaterra, donde existía el sentimiento nacionalista mucho antes del advenimiento del protestantismo, pero donde la nueva fe confirió al nacionalismo una nueva confianza en que Inglaterra era sin duda una nación peculiarmente favorecida por Dios.

Por último, llegamos al tema de los efectos del protestantismo sobre las relaciones

entre los sexos. No existe al respecto consenso entre los historiadores. Sin embargo, lo que parece claro es que los hombres protestantes como individuos podían ser tan ambivalentes hacia las mujeres como lo habían sido sus predecesores católicos medievales. Juan Knox, por ejemplo, arremetió contra la regente católica de Escocia, María Estuardo, en un tratado titulado *El primer toque de trompeta contra el monstruoso regimiento de mujeres*, pero mantuvo relaciones muy respetuosas con las mujeres de su propia fe. Cuando la reina María Tudor exigió a los sacerdotes ingleses antes protestantes que abandonaran a sus esposas, muchos lo hicieron con desalentadora presteza. Pero si se pregunta cómo afectó el protestantismo como credo a los papeles sociales de las mujeres, la respuesta parece ser que les permitió llegar a ser un poco más iguales a los hombres dentro de un marco de sometimiento continuado. Como el protestantismo propugnaba el estudio serio de la Biblia tanto para hombres como para mujeres, alentó la escolarización primaria para ambos sexos. Pero los dirigentes protestantes masculinos seguían insistiendo en que las mujeres eran inferiores por naturaleza a los hombres y debían someterse a ellos tanto dentro de la familia como en la sociedad en general. Calvino dijo: «Dejen que la mujer esté satisfecha con su estado de sometimiento y no se tomen a mal que se la subordine al sexo más distinguido». Tanto Lutero como Calvino parece que estuvieron felizmente casados, pero eso lo único que significa es que lo estuvieron según sus propias condiciones.

Bibliografía seleccionada

- ARIÈS, Philippe, y Georges DUBY (dirs.), *Historia de la vida privada. 5, El proceso de cambio en la sociedad de los siglos XVI-XVIII*, Madrid, Taurus, 1992.
- ATKINSON, James, *Lutero y el nacimiento del protestantismo*, Barcelona, Altaya, 1997.
- BÉDOUELLE, Guy, *La reforma del catolicismo: (1480-1620)*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 2005.
- CALVINO, Juan, *Institución de la religión cristiana*, Madrid, Visor Libros, 2003.
- CASTELLOTE, Salvador, *Reformas y contrarreformas en la Europa del siglo XVI*, Madrid, Akal, 1997.
- COLLINSON, Patrick, *La Reforma*, Barcelona, Debate, 2004.
- COTTRET, Bernard, *Calvino: la fuerza y la fragilidad: biografía*, Madrid, Editorial Complutense, 2002.
- CROUZET, Denis, *Calvino*, Barcelona, Ariel, 2001.
- EGIDO, Teófanos, *Las claves de la Reforma y de la Contrarreforma: 1517-1648*, Barcelona, Planeta, 1991.

- , *Las reformas protestantes*, Madrid, Síntesis, 1992.
- ELTON, G. R., *La Europa de la Reforma (1517-1559)*, Madrid, Siglo XXI, 1987.
- FEBVRE, Lucien, *Erasmus, la Contrarreforma y el espíritu moderno*, Barcelona, Orbis, 1985.
- , *Martín Lutero, un destino*, México, Fondo de Cultura Económica, 1994.
- GUTIÉRREZ, Constancio (ed.), *Trento: un concilio para la unión (1550-1552)*, Madrid, 1981.
- IGNACIO DE LOYOLA, San, *Obras*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1997.
- JEDIN, Húbert, *Historia del Concilio de Trento*, Barañáin, Eunsa, 1981.
- JOHNSTON, Pamela, y Bob SCRIBNER, *La Reforma en Alemania y Suiza*, Madrid, Akal, 1998.
- JONES, Martin, *La Contrarreforma: religión y sociedad en la Europa moderna*, Madrid, Akal, 2003.
- LORTZ, Joseph, *Historia de la Reforma*, Madrid, Taurus, 1972
- LUTERO, Martín, *Escritos políticos*, Madrid, Tecnos, 1986.
- , *Obras*, Salamanca, Sígueme, 2001.
- LUTZ, Heinrich, *Reforma y Contrarreforma*, Madrid, Alianza, 2005.
- OBERMAN, Heiko, *Lutero: un hombre entre Dios y el diablo*, Madrid, Alianza, 1992.
- O'MALLEY, John, *Los primeros jesuitas*, Maliaño, Sal Terrae, 1995.
- WILLIAMS, George, *La reforma radical*, México, Fondo de Cultura Económica, 1983.
- ZWEIG, Stefan, *Castellio contra Calvino: conciencia contra violencia*, Barcelona, El Acantilado, 2001.
- , *Erasmus de Rotterdam: triunfo y tragedia de un humanista*, Barcelona, Paidós, 2005.

CAPÍTULO 14

Las guerras de religión y la construcción del Estado, 1540-1660

Por extraño que parezca al mirar hacia atrás, Martín Lutero nunca pretendió fracturar la unidad religiosa de Europa. Creía sinceramente que, una vez que todos pudieran leer la Biblia en una traducción fiel en lengua vernácula, la interpretarían del mismo modo que lo hacía él. Por supuesto, el resultado fue muy diferente, como descubrió en seguida en sus agrias disputas con Zuinglio y Calvino. Tampoco el catolicismo se derrumbó frente a las enseñanzas reformadas, como Lutero había dado por sentado que sucedería, sino que se multiplicaron las divisiones religiosas, que cristalizaron deprisa con arreglo a las líneas políticas. A la muerte de Lutero en 1546 ya había surgido un patrón claro. Con raras excepciones, el protestantismo triunfó en las zonas donde las autoridades políticas apoyaron a los reformistas. Donde los gobernantes continuaron siendo católicos, también lo hicieron sus territorios.

Éste no era el resultado que Lutero había pretendido, pero sí reflejaba fielmente las presunciones más básicas de la vida europea del siglo XVI. Dejando aparte a los anabaptistas, ni los reformistas protestantes ni los católicos se habían propuesto poner en tela de juicio el criterio medieval establecido de que existía una interdependencia mutua entre religión y política, sino todo lo contrario. Los europeos del siglo XVI continuaban creyendo que el papel primordial del estado era hacer que sus súbditos respetaran la verdadera religión, y los gobernantes del siglo XVI continuaban convencidos de que el pluralismo religioso causaría desunión y deslealtad en cualquier estado que lo permitiera. En definitiva, tanto católicos como protestantes creían que Europa occidental tenía que volver a una única fe religiosa impuesta por autoridades políticas debidamente constituidas. En lo que no podían ponerse de acuerdo era en qué fe y qué autoridades.

El resultado fue una serie brutal de guerras de religión entre 1540 y 1660, cuyas reverberaciones se sentirían hasta el siglo XVIII. Estas guerras, muy caras y destructivas, afectaron a todos los habitantes de Europa, de los campesinos a los príncipes. No brotaron sólo por los conflictos sobre la religión; el regionalismo, el dinasticismo y el nacionalismo contribuyeron también en gran medida al caos en el que se vio sumida Europa. En su conjunto, sin embargo, estas fuerzas de división y desorden pusieron en entredicho la continuidad del orden político europeo que había

surgido a partir del siglo XIII. Enfrentados a la perspectiva del colapso político, en 1660 los europeos se vieron obligados a aceptar de forma gradual y a regañadientes una noción que en 1540 habría parecido imposible de concebir: que tal vez la tolerancia religiosa, si bien de alcance limitado, fuera el único modo de conservar el orden político, social y económico de su mundo.

Contratiempos económicos, religiosos y políticos

Los problemas que sumieron a Europa durante el dramático siglo comprendido entre 1540 y 1600 hallaron desprevenidos a los contemporáneos. Desde mediados del siglo XV la mayoría de Europa había disfrutado de un crecimiento económico constante, y el descubrimiento del Nuevo Mundo pareció augurar que estaba por llegar una mayor prosperidad. Asimismo, las tendencias políticas se antojaban prometedoras, puesto que la mayoría de los gobiernos de la región aumentaban su eficacia y proporcionaban mayor paz interna a sus súbditos. Sin embargo, a mediados del siglo XVI ya se estaban formando las nubes negras que pronto descargarían en terribles tormentas.

LA REVOLUCIÓN DE LOS PRECIOS

Aunque las causas de esas tormentas estuvieran interconectadas, las examinaremos por separado, y comenzaremos con la gran inflación de precios. Nunca antes había sucedido nada semejante a la espiral ascendente de precios que afectó a Europa en la segunda mitad del siglo XVI. En Flandes, el coste del trigo se triplicó entre 1550 y 1600, los precios del grano se cuadruplicaron en París, y el coste general de la vida en Inglaterra se duplicó con creces. Aunque en el siglo XX habría unas inflaciones mucho más desbocadas que ésta, la mayoría de los historiadores coinciden en denominarla «revolución de los precios» porque en su época constituyó una novedad.

Esta subida de precios se debió a dos motivos en particular. El primero fue demográfico. Desde finales del siglo XV, la población europea empezó a crecer de nuevo tras la disminución inducida por la peste: según un cálculo aproximado, Europa tenía unos 50 millones de habitantes en torno a 1450 y 90 millones hacia 1600. Puesto que el abastecimiento de alimentos permaneció más o menos constante debido a la falta de avances significativos en la tecnología agrícola, los precios tendieron a aumentar de manera considerable a causa de la mayor demanda. Al mismo tiempo, los salarios se estancaron o incluso descendieron. Como resultado, en torno a 1600 los trabajadores pagaban una proporción mayor que antes de su sueldo

para comprar comida, aun cuando sus niveles nutricionales básicos estuvieran decreciendo.

Las tendencias demográficas son parte de la explicación, pero si se tiene en cuenta que la población europea no aumentó con tanta rapidez en la segunda mitad del siglo XVI como lo hicieron los precios, resulta evidente que la gran inflación tuvo que deberse además a otros factores añadidos. El primordial fue la enorme afluencia de plata proveniente de la América española. De 1556 a 1560 entró por el puerto de Sevilla plata por valor de unos 10 millones de ducados. Entre 1576 y 1580 la cifra se duplicó y entre 1591 y 1595 se cuadruplicó con creces. La mayor parte de dicha plata la usó la corona española para pagar a sus acreedores extranjeros y a sus ejércitos en el exterior, lo que hizo que en seguida circulara por Europa, donde buena parte se acuñó en monedas. Este espectacular aumento del volumen del dinero en circulación avivó la espiral de precios ascendentes. «He aprendido un dicho —comentó un viajero francés que se hallaba en España en 1603—: Aquí todo cuesta mucho, menos la plata.»

Los empresarios osados y los agricultores a gran escala fueron los que más provecho sacaron del cambio de circunstancias económicas, mientras que las masas de jornaleros fueron las más perjudicadas. Los terratenientes se beneficiaron de los precios en ascenso de la producción agrícola, y los comerciantes, de la creciente demanda de artículos de lujo. Pero los jornaleros pasaban aprietos porque los sueldos aumentaban con mucha más lentitud que los precios debido a la existencia de una oferta de mano de obra más que suficiente. Además, como el precio de los productos básicos subía a un ritmo mayor que el coste de la mayoría de los restantes bienes de consumo, los pobres tenían que gastar en lo imprescindible un porcentaje aún mayor de sus escasos ingresos. Cuando desastres como las guerras o malas cosechas dejaban fuera del alcance los precios del grano, algunos de los pobres morían literalmente de hambre. El cuadro que surge es el de unos ricos que cada vez son más ricos y de unos pobres que cada vez son más pobres; festines espléndidos disfrutados en medio del sufrimiento más atroz.

Asimismo, la revolución de los precios sometió a nuevas presiones a los estados soberanos de Europa. Como la inflación reducía el valor real del dinero, los ingresos fijos de impuestos y peajes producían cada vez menos, con lo cual los gobiernos se vieron obligados a aumentar la carga fiscal sólo para mantener sus ingresos constantes. Pero para complicar más las cosas, la mayoría de los estados necesitaban ingresos mucho mayores que antes porque libraban más guerras, y éstas, como siempre, eran cada vez más caras. Así pues, el único recurso era aumentar los impuestos vertiginosamente, pero medidas tan draconianas suscitaban gran resentimiento. De ahí que los gobiernos arrostraran continuas amenazas de rebeldía y una potencial resistencia armada.

Desde 1600 los precios subieron con menor rapidez cuando el crecimiento demográfico se ralentizó y la afluencia de plata americana comenzó a declinar. Sin embargo, en su conjunto, el período comprendido entre 1600 y 1660 fue de estancamiento económico más que de crecimiento, si bien algunas zonas —en especial Holanda— se resistieron tenazmente a la tendencia. Los ricos, por lo general, mantuvieron su posición, pero los pobres como grupo no mejoraron, pues la relación entre precios y salarios continuó fija en su desventaja. En realidad, en todo caso la suerte de los pobres se deterioró en muchos lugares porque a mediados del siglo XVI se libraron algunas guerras particularmente onerosas y destructivas en las que los civiles indefensos fueron despojados por recaudadores de impuestos rapaces o soldados saqueadores, e incluso a veces por ambos. Asimismo, regresó la Peste Negra, que causó estragos en Londres y otros lugares durante la década de 1660.

LOS CONFLICTOS RELIGIOSOS

Huelga señalar que a la mayoría de la gente le habría ido mucho mejor si hubiera habido menos guerras durante este penoso siglo, pero debido a las actitudes prevalecientes, las rivalidades religiosas recién surgidas las hicieron inevitables. Expresado en pocas palabras, hasta que las pasiones religiosas no se empezaron a enfriar a finales del período, la mayoría de los católicos y los protestantes se veían mutuamente como esbirros de Satanás a quienes no debía permitirse vivir. Y lo que es peor, los estados soberanos intentaban imponer la uniformidad religiosa en virtud de que «la corona y el altar» se ofrecían apoyo mutuo y en la creencia de que los gobiernos se tambalearían allí donde prevaleciera la diversidad de fe. Los monarcas de ambos bandos consideraban seguro que si dejaban sobrevivir en sus reinos a las minorías religiosas, era inevitable que participaran en la sedición, y no estaban muy equivocados, pues había calvinistas y jesuitas militantes dedicados a subvertir los poderes constituidos en regiones donde sus bandos todavía no habían triunfado. Así pues, los estados trataron de extirpar toda resistencia religiosa potencial, pero en el proceso a veces provocaron guerras civiles en las que cada parte tendió a asumir que no habría victoria hasta que el rival fuera aniquilado. Y, por supuesto, las guerras civiles podían internacionalizarse si había potencias extranjeras dispuestas a ayudar a sus aliados religiosos en la batalla.

INESTABILIDAD POLÍTICA

Las debilidades inherentes de los principales reinos europeos vinieron a complicar los

problemas existentes. La mayoría de los estados importantes de comienzos de la Edad Moderna en Europa habían crecido durante finales de la Edad Media absorbiendo territorios menores tradicionalmente independientes, a veces por la conquista, pero más a menudo mediante alianzas matrimoniales o acuerdos hereditarios entre sus respectivas familias reinantes (política conocida como «dinasticismo»). Al principio se mantuvo cierto grado de autonomía provincial en esos territorios recién absorbidos, pero entre 1540 y 1660, cuando los gobiernos establecieron mayores cargas financieras sobre todos sus súbditos o intentaron imponer la uniformidad religiosa, solieron atropellar dichos derechos. Una vez más, el resultado fue la guerra civil, en la que el regionalismo, las afrentas económicas y las animosidades religiosas se fusionaron en una mezcla volátil y destructiva. Pero esto no era todo, pues la mayoría de los gobiernos en busca de dinero o uniformidad religiosa trataron de gobernar con mano más firme que antes y, de este modo, a veces provocaron la resistencia armada de súbditos que pretendían mantener sus libertades constitucionales tradicionales. Teniendo en cuenta esta enorme variedad de motivos para la revuelta, no resulta sorprendente que el largo siglo comprendido entre 1540 y 1660 fuera uno de los más turbulentos de la historia europea.

Un siglo de guerras religiosas

La mayor causa bélica durante este período fue el conflicto religioso. Las guerras se dividieron en cuatro fases: una serie de guerras alemanas desde la década de 1540 hasta 1555; las guerras francesas de religión desde 1562 hasta 1598; las guerras holandesas con España entre 1566 y 1609; y la Guerra de los Treinta Años en Alemania entre 1618 y 1648.

LAS GUERRAS ALEMANAS DE RELIGIÓN HASTA 1555

Las guerras entre católicos y protestantes en Alemania comenzaron en la década de 1540, cuando el sacro emperador romano Carlos V, católico devoto, intentó restablecer la unidad católica en la región lanzando una campaña militar contra varios príncipes que habían instituido el culto protestante en sus territorios. A pesar de varias victorias notables, los esfuerzos de Carlos por derrotar a los príncipes protestantes fracasaron, debido en parte a que a la vez estaba envuelto en guerras contra Francia y, por tanto, no podía dedicar su entera atención a los asuntos alemanes. Sin embargo, Carlos fracasó primordialmente porque los príncipes católicos de Alemania temieron que, si lograba derrotar a los protestantes, también

podría acabar con su propia independencia. Como resultado, el apoyo de estos príncipes católicos al emperador extranjero fue cuando mucho tibio; a veces incluso se unieron en la batalla con los príncipes protestantes contra el emperador. De este modo, la guerra de religión se prolongó de manera intermitente hasta que se alcanzó un compromiso en la paz religiosa de Augsburgo (1555), que se basó en el principio de *cuius regio, cuius religio* («de tal rey, tal religión»): en los principados en los que gobernaban príncipes luteranos, el luteranismo sería la única religión estatal; donde gobernaban príncipes católicos, sus territorios también serían católicos. Aunque la paz de Augsburgo constituyó un hito histórico en la medida en que por primera vez los gobernantes católicos reconocieron la legalidad del protestantismo, fue de mal agüero para el futuro al asumir que ningún estado soberano mayor que una ciudad libre (para la que se establecían excepciones) toleraría la diversidad religiosa. Es más, al excluir por completo el calvinismo, consiguió que los calvinistas alemanes se convirtieran en rivales agresivos del *statu quo*.

LAS GUERRAS FRANCESAS DE RELIGIÓN

A partir de la década de 1560, las guerras religiosas de Europa se hicieron mucho más brutales debido, en parte, a que los combatientes se habían vuelto más intransigentes (en general, calvinistas y jesuitas llevaron la delantera en sus bandos respectivos), y en parte, a que las contiendas se vieron agravadas por hostilidades regionales, políticas y dinásticas. Puesto que Ginebra lindaba con Francia y el mismo Calvino era francés y ansiaba convertir a su madre patria, el acto siguiente en la tragedia de la contienda confesional europea se representó en ese suelo. Los misioneros calvinistas hicieron avances considerables en Francia entre 1541 (cuando Calvino tomó el poder en Ginebra) y el estallido de la guerra de religión en 1562. En esta última fecha los calvinistas ya comprendían entre el 10 y el 20 por ciento de la población francesa, y la cifra se incrementaba a diario. La conversión de muchas aristócratas ayudó en gran medida a la causa de los calvinistas (hugonotes). Estas mujeres convencían con frecuencia a sus esposos, quienes a su vez sostenían grandes ejércitos privados. El ejemplo más notable es el de Juana de Albret, soberana del diminuto reino pirenaico de Navarra, quien llevó al calvinismo a su esposo, el prominente aristócrata francés Antonio de Borbón, y a su cuñado, el príncipe de Condé. Éste se puso al mando del bando hugonote francés cuando estalló la guerra civil en 1562 y después fue sucedido por el hermano de Juana, Enrique de Navarra, quien llegó a gobernar toda Francia al finalizar el siglo como el rey Enrique IV. Pero el calvinismo en Francia también se nutrió de las viejas hostilidades regionales dentro del reino, sobre todo en el sur, donde continuaban enconadas las animosidades suscitadas por la cruzada albigense

del siglo XIII.

Entre las fuerzas católicas y calvinistas se prolongó una paz inestable hasta 1562, pero ese mismo año el rey francés murió de forma inesperada y dejó como heredero a un niño. De inmediato se desató una lucha entre el hugonote Condé y el ultracatólico duque de Guisa por el control del gobierno de regencia, y puesto que tanto los católicos como los protestantes daban por sentado que Francia no podía tener más que un único *roi, foi et loi* (rey, fe y ley), esta pelea política adquirió de inmediato un tinte religioso. Pronto toda Francia estaba en llamas. Turbas rabiosas, a menudo incitadas por miembros del clero, saquearon las iglesias y saldaron cuentas particulares. Aunque los hugonotes no eran lo bastante fuertes ni numerosos para obtener la victoria, sí contaban con la energía necesaria para no ser derrotados, sobre todo en su baluarte territorial del sur. De ahí que, pese a treguas intermitentes, la guerra se prolongara con grandes costes de vidas hasta 1572, cuando se acordó una tregua por la cual el dirigente protestante, Enrique de Navarra, iba a casarse con la hermana católica del rey francés gobernante. Pero entonces a la culta reina madre, Catalina de Medici, por lo general favorable a llegar a acuerdos, le entró el pánico y, en lugar de cumplir la tregua, maquinó con miembros de la facción católica del duque de Guisa para matar a todos los dirigentes hugonotes mientras se hallaban reunidos en París para asistir a la boda de su hija con Enrique de Navarra. Al amanecer del día de San Bartolomé (24 de agosto), la mayoría de los jefes hugonotes fueron asesinados en la cama y de dos mil a tres mil protestantes más lo fueron en las calles o ahogados en el Sena a manos de turbas católicas. Cuando la noticia de la matanza se extendió por las provincias, unos diez mil hugonotes más fueron asesinados en un frenesí de sangre que barrió Francia. Enrique de Navarra logró escapar, junto con su nueva esposa, pero a partir de 1572 el conflicto entró en una fase nueva y más encarnizada.

La guerra civil no llegó a su fin hasta que Enrique de Navarra, político astuto, no ascendió al trono francés como Enrique IV (1589-1610), que inició la dinastía Borbón que reinaría hasta 1792. En 1593 Enrique abjuró del protestantismo para aplacar a la mayoría católica de Francia, declarando al hacerlo que «París bien vale una misa». Sin embargo, en 1589 ofreció una libertad religiosa limitada a los hugonotes por el Edicto de Nantes. Aunque el edicto reconocía el catolicismo como la religión oficial del reino y garantizaba a los católicos el derecho a practicar su fe en toda Francia, ahora se permitió a los nobles hugonotes celebrar el culto protestante en privado en sus castillos; a los restantes hugonotes se les autorizó a mantener el culto en lugares específicos (excluida París y todas las ciudades donde residían obispos y arzobispos). Además, se consintió que los hugonotes fortificaran algunas poblaciones para su defensa militar, sobre todo en el sur y el oeste, y se les garantizó el derecho a ocupar cualquier cargo público y a acudir a las universidades y hospitales sin impedimentos.

Aunque el Edicto de Nantes no sancionó una libertad absoluta de culto, sí supuso un paso importante hacia la tolerancia. Pero a pesar de sus esfuerzos para crear un reino con dos fes, su efecto fue dividir el reino francés en dos enclaves religiosos separados. En el sur y oeste, los hugonotes llegaron a tener sus tribunales legales, dotados de sus propios jueces. También recibieron considerables poderes de autogobierno porque todas las partes dieron por sentado que los miembros de un grupo religioso no podían ser gobernados de manera equitativa por los fieles de una religión rival. Debido a este carácter regional, el Edicto de Nantes representó además una concesión a las antiguas tradiciones de autonomía provincial dentro del reino de Francia. De hecho, en cierta medida, las zonas de los hugonotes se convirtieron en «un estado dentro del estado», lo que suscitó el temor perpetuo en París de que el reino del que era capital pudiera dividirse de nuevo en sus partes constituyentes, como había sucedido durante la Guerra de los Cien Años. Sin embargo, con sus limitaciones, el edicto constituyó un éxito. Una vez establecida la paz religiosa, Francia empezó a recobrase en seguida de décadas de devastación, aunque el rey Enrique IV cayó abatido por el puñal de un fanático católico en 1610.

LA REVUELTA DE LOS PAÍSES BAJOS

También estalló una encarnizada contienda entre católicos y protestantes en los Países Bajos, donde los resentimientos nacionales exacerbaron los predecibles odios religiosos. Durante casi un siglo, este territorio, que comprendía la actual Holanda en el norte y Bélgica en el sur, había sido gobernado por la familia Habsburgo de sacros emperadores romanos. El sur de los Países Bajos, en particular, había prosperado mucho por el comercio y la manufactura: sus habitantes disfrutaban de la mayor riqueza per cápita de Europa, y su metrópolis de Amberes era el principal centro comercial y financiero del norte europeo. Además, el largo reinado de medio siglo del emperador habsburgo Carlos V (1506-1556) había sido popular porque éste, nacido en la ciudad belga de Gante, sentía afinidad con sus súbditos y les permitía un alto grado de autogobierno.

Pero en torno a 1560 la buena fortuna de los Países Bajos comenzó a menguar. Cuando Carlos V se retiró a un monasterio en 1556 (para morir dos años después), cedió sus vastos territorios, salvo el Sacro Imperio Romano y Hungría —no sólo los Países Bajos, sino España, Hispanoamérica y la mitad de Italia—, a su hijo Felipe II (1556-1598). A diferencia de Carlos, Felipe había nacido en España y, como se consideraba español, hizo de ese reino su residencia y el centro de su política. Para él los Países Bajos eran primordialmente una fuente de ingresos necesarios para resolver los asuntos españoles. A fin de explotar al máximo la riqueza de la región, Felipe

intentó estrechar su control sobre el gobierno, lo que suscitó el resentimiento de los magnates locales que lo habían dominado bajo Carlos V. Además, se estaba fraguando una tormenta religiosa. A partir de 1559, cuando concluyó una larga guerra entre Francia y España, los calvinistas franceses empezaron a cruzar la frontera para introducirse en el sur de los Países Bajos realizando conversiones dondequiera que iban. Pronto hubo más calvinistas en Amberes que en Ginebra. Para Felipe, ardiente defensor de la Contrarreforma católica, este hecho resultó intolerable. Como declaró al papa la víspera del conflicto, «mejor que sufrir el más leve daño a la verdadera religión y el servicio de Dios, perdería todas mis posesiones e incluso la vida cien veces, porque no soy ni seré soberano de herejes».

Preocupados por las tensiones crecientes, un grupo de nobles católicos encabezados por Guillermo de Orange (conocido como Guillermo el Taciturno porque se las arregló para ocultar sus inclinaciones religiosas y políticas, cuando en realidad era bastante hablador) apeló a Felipe para que fuera tolerante con los calvinistas. Pero antes de que Felipe hubiera podido responder, turbas radicales protestantes se pusieron a saquear las iglesias católicas por todo el país, profanando hostias, destrozando las estatuas y haciendo añicos las vidrieras. Aunque las tropas locales recuperaron pronto el control de la situación, Felipe II decidió despachar un ejército de diez mil soldados españoles al mando del duque de Alba para acabar con el protestantismo en los Países Bajos. El gobierno de dicho duque se convirtió de inmediato en el reino del terror. Operando bajo la ley marcial, su «Consejo de Sangre» examinó a unas doce mil personas acusadas de herejía o sedición, de las cuales nueve mil fueron condenadas, y de dos a tres mil, ejecutadas. Guillermo de Orange huyó del país cuando toda esperanza de unos Países Bajos libres pareció perdida.

No obstante, pronto cambió la suerte por dos razones relacionadas. La primera fue que, en lugar de rendirse, Guillermo de Orange se convirtió al protestantismo, buscó ayuda de los protestantes en Francia, Alemania e Inglaterra y organizó bandas de piratas para acosar a los navíos españoles en la costa de los Países Bajos. Y la segunda fue que la tiranía del duque de Alba ayudó a la causa de Guillermo, sobre todo cuando el odiado gobernador español intentó exigir un impuesto sobre las ventas del 10 por ciento. En 1572, mientras aumentaba el descontento interno, Guillermo, por razones tácticas militares, logró tomar el norte de los Países Bajos, aunque hasta entonces había sido un territorio mayoritariamente católico. A partir de ese momento la geografía desempeñó un papel importante en la determinación del resultado del conflicto. Los ejércitos españoles intentaron repetidas veces recuperar el norte, pero fueron detenidos por una combinación de ríos impracticables y diques que podían abrirse para inundar a los invasores. Aunque Guillermo de Orange fue asesinado por un católico en 1584, su hijo continuó acaudillando la resistencia hasta que la corona

española aceptó por fin una tregua en 1609 que reconocía de forma implícita la independencia de la república holandesa del norte. Entretanto, las presiones bélicas y la persecución habían vuelto calvinista a todo el norte, mientras que el sur —que permanecía bajo control español— regresó al catolicismo uniforme.

INGLATERRA Y LA DERROTA DE LA ARMADA INVENCIBLE

La rivalidad religiosa podía desatar la guerra civil, como en Francia, o rebeliones políticas, como en los Países Bajos, pero también podía provocar la guerra entre estados soberanos, como sucedió en la contienda de finales del siglo XVI entre Inglaterra y España. Tras la persecución sufrida a manos de la reina católica María y su esposo español Felipe II, los protestantes ingleses se alegraron de la llegada al trono de la reina Isabel I (1558-1603) y profesaban gran antipatía hacia Felipe II y la Contrarreforma. Además, los intereses económicos ingleses eran directamente opuestos a los de los españoles. Marineros y comerciantes, los ingleses de finales del siglo XVI iban socavando de forma constante el dominio naval y comercial español, y también estaban dispuestos a resistirse a todo intento español de bloquear el lucrativo comercio de Inglaterra con los Países Bajos. Pero la mayor fuente de antagonismo estaba en el Atlántico, donde los corsarios ingleses, con el consentimiento tácito de la reina Isabel, comenzaron a atacar los barcos españoles cargados de tesoros. Tomando como excusa la opresión española de los protestantes en los Países Bajos, almirantes o piratas ingleses (en realidad, el término era intercambiable) como sir Francis Drake y sir John Hawkins saquearon los navíos españoles en alta mar. En una proeza de navegación particularmente espectacular que duró de 1577 a 1580, los vientos reinantes y la codicia de tesoros propulsaron a Drake para dar la vuelta al mundo y regresar con un botín robado a los españoles por un valor que duplicaba los ingresos anuales de la reina Isabel.

Todo esto habría constituido una provocación suficiente para que Felipe II se vengara de Inglaterra, pero como estaba ocupado de lleno con los Países Bajos, no se determinó a invadir la isla hasta que los ingleses se aliaron abiertamente con los rebeldes holandeses en 1585. Incluso entonces Felipe procedió con calma y efectuó cuidadosos planes. Por fin, en 1588 despachó una flota enorme, conocida como la Armada Invencible, para invadir a la insolente Britania. Sin embargo, después de un empate inicial en el canal de la Mancha, los buques de guerra ingleses, menores y más armados, maniobraron mejor que la flota española, mientras que sus brulotes incendiaban algunos galeones españoles y obligaban al resto a romper la formación. Las «tempestades protestantes» hicieron el resto. Después de una desastrosa circunnavegación de las islas británicas e Irlanda, la flotilla destrozada arribó a puerto

español habiendo perdido casi la mitad de sus barcos.

La derrota de la Armada Invencible fue una de las batallas decisivas de la historia occidental. Si España hubiera conquistado Inglaterra, los españoles podrían haber proseguido aplastando a Holanda y tal vez incluso destruyendo el protestantismo en otros lugares de Europa. Pero con lo sucedido la causa protestante estaba salvada, y no mucho después comenzó a declinar la potencia española, cuando los barcos ingleses y holandeses tomaron el control de los mares. En Inglaterra el fervor patriótico protestante alcanzó una intensidad especial. Aunque ya era popular antes, «la Buena Reina Bess» fue casi reverenciada por sus súbditos hasta su muerte en 1603, y el país se embarcó en su «era isabelina» dorada de creación literaria. La guerra con España se prolongó de manera no concluyente hasta 1604, pero nunca le causó a Inglaterra un daño grave y no sirvió más que para mantener al pueblo inglés hondamente comprometido con su reina, su país y la religión protestante.

LA GUERRA DE LOS TREINTA AÑOS

Con la promulgación del Edicto de Nantes en 1598, la paz entre Inglaterra y España de 1604 y la tregua entre España y Holanda de 1609, las guerras de religión en el noroeste de Europa llegaron a su fin brevemente. Pero en 1618 estalló una nueva contienda importante, esta vez en Alemania. Como se prolongó de manera más o menos incesante hasta 1648, se la conoce como la Guerra de los Treinta Años. España y Francia participaron de inmediato en el conflicto y al final entablaron una guerra entre sí. Entretanto, los resentimientos internos en España, Francia e Inglaterra se inflamaron durante la década de 1640 en estallidos coincidentes de guerra civil. Como afirmó un predicador inglés en 1643, eran «días de agitación, y esa agitación es universal».

La Guerra de los Treinta Años se inició en un tumulto de pasiones religiosas como una batalla entre católicos y protestantes, pero terminó como una contienda internacional en la que la dimensión religiosa inicial se olvidó casi por completo. Entre la Paz de Augsburgo de 1555 y el estallido de la guerra en 1618, los calvinistas habían reemplazado a los luteranos en unos pocos territorios alemanes, pero el equilibrio general entre protestantes y católicos dentro del Sacro Imperio Romano había permanecido inalterable. Sin embargo, en 1618 estalló la guerra después de que Fernando, el príncipe habsburgo católico de Polonia, Austria y Hungría, fuera elegido rey del territorio protestante de Bohemia. La firme nobleza protestante bohemía se había opuesto a esta elección y, cuando el monarca inició la supresión del protestantismo en la región, se rebeló. Las fuerzas católicas alemanas contraatacaron, primero en Bohemia y luego en la misma Alemania, dirigidas por Fernando, quien en

1619 también se convirtió en sacro emperador romano. Antes de una década, la liga católica alemana parecía estar a punto de extirpar el protestantismo en toda Alemania.

El éxito de Fernando planteó una vez más la perspectiva de que un poderoso sacro emperador romano podría amenazar la autonomía política de los príncipes alemanes, tanto católicos como protestantes. Por tanto, cuando el rey luterano de Suecia, Gustavo Adolfo, «el León del Norte», marchó contra Alemania en 1630 para ponerse al frente de la causa protestante, fue bien recibido por varios príncipes católicos que preferían ver restablecido el antiguo equilibrio religioso antes que arriesgarse a someter su soberanía a Fernando II. Para que las cosas fueran todavía más irónicas, el ejército protestante de Gustavo fue sostenido en secreto por la Francia católica, cuya política la dictaba por entonces un cardenal de la Iglesia, Richelieu. El motivo era que la España habsburgo había combatido en Alemania en el bando de Austria, también habsburgo, y Richelieu estaba resuelto a evitar que Francia se viera rodeada por una fuerte alianza habsburgo en el norte, este y sur. En todo caso, Gustavo Adolfo, un genio militar, comenzó derrotando a los Habsburgo, pero cuando cayó en la batalla en 1632, el cardenal Richelieu no tuvo más remedio que enviar un apoyo aún mayor a las tropas suecas que quedaban en Alemania, hasta que en 1635 los ejércitos franceses entraron en la guerra directamente al lado de Suecia. Desde entonces hasta 1648 la contienda fue entre Francia y Suecia contra Austria y España, mientras Alemania permanecía como desvalido campo de batalla.

Alemania sufrió más que nunca por la guerra en los terribles años comprendidos entre 1618 y 1648 de lo que lo había hecho antes o lo haría después hasta el siglo xx. Algunas ciudades fueron sitiadas y saqueadas nueve o diez veces, y los soldados de todas las naciones, que a menudo tenían que sostenerse mediante el pillaje, no dieron cuartel a los indefensos civiles. La peste se añadió a las víctimas causadas por las matanzas, y varias partes del país perdieron más de la mitad de la población, aunque otras resultaron relativamente indemnes. Lo más horrible fue la pérdida de vidas en los cuatro años finales de la guerra, en los que prosiguieron las carnicerías incluso cuando los negociadores de la paz ya habían alcanzado amplias zonas de acuerdo y seguían regateando por cláusulas secundarias.

La paz de Westfalia, que puso término a la Guerra de los Treinta Años, tampoco sirvió de mucho para reivindicar a los muertos, si bien estableció algunos hitos duraderos en la historia europea. Sobre todo, desde la perspectiva internacional, marcó el surgimiento de Francia como potencia predominante en la escena continental en lugar de España. Francia mantendría esta posición durante los dos siglos siguientes. Los grandes perdedores del conflicto (aparte del pueblo alemán) fueron los Habsburgo austriacos, que se vieron obligados a renunciar a todos los territorios que habían ganado en Alemania y a abandonar sus esperanzas de utilizar el cargo de sacro emperador romano para dominar Europa central. Por lo demás, se

restableció una situación muy semejante al statu quo alemán de 1618: los principados protestantes del norte sirviendo de equilibrio a los católicos del sur y el país tan dividido que no pudo desempeñar un papel unido en la historia europea hasta el siglo XIX.

Caminos divergentes: España, Francia e Inglaterra, 1600-1660

El largo siglo de guerra entre 1540 y 1660 alteró de manera decisiva el equilibrio de poder entre los principales reinos de Europa occidental. Alemania surgió de la Guerra de los Treinta Años como una tierra devastada y agotada. Pero a partir de 1600 España también se vio debilitada por sus incesantes compromisos y esfuerzos militares. En contraste, la monarquía francesa fue aumentando de forma constante su autoridad sobre el territorio. En 1600 Francia ya se había convertido en el país más poderoso del continente europeo, había eclipsado a España. Mientras tanto, en Inglaterra estalló una sangrienta guerra civil entre el rey y sus críticos del parlamento, pero después de un breve experimento de gobierno republicano, el país regresó a su estatus constitucional como una monarquía «mixta» en la que el poder era compartido entre el rey y el parlamento.

EL DECLIVE DE ESPAÑA

La historia de la caída de la España del siglo XVII de su grandeza es casi como una tragedia griega en su desarrollo implacable. A pesar de la derrota de la Armada Invencible en 1588, en 1600 el Imperio español —que comprendía toda la península Ibérica (incluido Portugal, que había sido anexionado por Felipe II en 1580), la mitad de Italia, la mitad de los Países Bajos, toda América central y del sur, además de las islas Filipinas en el océano Pacífico— todavía era la potencia más poderosa no sólo de Europa, sino también del mundo. Pero apenas medio siglo después este imperio en el que el sol nunca se ponía estaba empezando a deshacerse.

La mayor debilidad subyacente de España era económica. Puede que al principio resulte extraño teniendo en cuenta que en 1600, como en las tres o cuatro décadas anteriores, se descargaban en los muelles de Sevilla ingentes cantidades de plata americana. No obstante, según reconocían los contemporáneos, «el nuevo imperio que España había conquistado estaba a su vez conquistando España». Carente de recursos agrícolas o minerales en abundancia, España necesitaba desesperadamente desarrollar industrias y un modelo comercial equilibrado, como estaban haciendo sus rivales atlánticos. Pero la nobleza española mantenía preciados ideales caballerescos

sobre los asuntos prácticos desde los días de la reconquista del territorio cristiano de manos musulmanas y, de este modo, se limitaba a emplear la plata americana para comprar artículos manufacturados de otras partes de Europa para vivir con esplendor y dedicarse a las hazañas militares. El resultado fue que se establecieron pocas industrias, y cuando la afluencia de plata empezó a descender, a la economía no le quedaron más que deudas crecientes.

Sin embargo, la corona, consagrada a apoyar la Contrarreforma y mantener el dominio internacional de España, no pudo dejar de combatir en el exterior. Incluso en el año relativamente pacífico de 1608 se pagaron en gastos militares cuatro millones de ducados de unos ingresos totales de siete millones. Así pues, cuando España se puso también a combatir contra Francia durante la Guerra de los Treinta Años, resultó un esfuerzo excesivo. En 1643 las tropas francesas infligieron una derrota aplastante a la afamada infantería española en Rocroi; era la primera vez que un ejército español resultaba vencido en la batalla desde el reinado de los Reyes Católicos. Aún peor fue el hecho de que para entonces dos territorios pertenecientes a su imperio europeo se hubieran alzado en franca revuelta.

Para comprender las causas de dichas revueltas debemos advertir que en el siglo XVII el poder gobernante de España se hallaba enteramente en Castilla. Tras el matrimonio de Isabel de Castilla y Fernando de Aragón en 1469, Castilla había surgido como la parte dominante de la unión, y cobró un dominio aún mayor cuando tomó Portugal en 1580. En ausencia de dificultades financieras, la Cataluña semiautónoma (la parte más independiente de Aragón) soportó la hegemonía castellana. Pero en 1640, cuando las tensiones bélicas indujeron a Castilla a limitar las libertades catalanas con miras a conseguir más dinero y hombres para el combate, Cataluña se levantó y expulsó a sus gobernadores castellanos. Cuando los portugueses se enteraron de este hecho, también se alzaron en revuelta, seguidos por los italianos del sur, quienes se levantaron contra los virreyes castellanos de Nápoles y Sicilia en 1647. Sólo la incapacidad momentánea de sus mayores enemigos exteriores, Francia e Inglaterra, para aprovechar esta difícil situación salvó del derrumbe al Imperio español, y dio tiempo al gobierno castellano para sofocar las revueltas italianas; en 1652 también había metido ya en cintura a Cataluña, pero Portugal mantuvo su independencia, y por la Paz de los Pirineos, firmada con Francia en 1659, España abandonó en la práctica su ambición de dominar Europa.

EL CRECIENTE PODER DE FRANCIA

Una comparación de la suerte de España y Francia en la primera mitad del siglo XVII muestra algunas similitudes sorprendentes entre ambos países, por mucho que al final

sus diferencias resultaran más decisivas. España y Francia tenían una extensión territorial casi idéntica y ambas habían sido creadas por el mismo proceso de acrecentamiento. Del mismo modo que la corona de Castilla había ganado Aragón, Cataluña, Granada y luego Portugal, el reino de Francia había crecido añadiendo territorios tan diversos como el Languedoc, el Delfinado, Provenza, Borgoña y Bretaña. Como los habitantes de todos estos territorios abrigaban tradiciones de independencia local tanto como los catalanes o portugueses, y puesto que los monarcas franceses, al igual que los españoles, estaban resueltos a gobernar sus provincias cada vez con mayor firmeza —sobre todo cuando la Guerra de los Treinta Años hizo perentoria la recaudación despiadada de impuestos—, resultó inevitable la confrontación directa entre el gobierno central y las provincias francesas, igual que en España. Pero Francia capeó la tormenta, mientras que España no lo logró, resultado atribuible en buena medida a la mayor riqueza de la primera y el mayor prestigio de su corona.

En los buenos tiempos la mayoría del pueblo francés, incluidos los habitantes de las provincias lejanas, tendían a reverenciar a su rey, y sin duda tuvieron buenas razones para hacerlo durante el reinado de Enrique IV. Una vez establecida la paz religiosa mediante el Edicto de Nantes en 1598, el afable monarca, quien declaró que debía haber un pollo en la olla de todas las familias francesas los domingos, se propuso restablecer la prosperidad de un país devastado por cuatro décadas de guerra civil. Por suerte, Francia contaba con una enorme resistencia económica, debido primordialmente a sus recursos agrícolas ricos y variados. A diferencia de España, que tenía que importar alimentos, por lo general Francia era capaz de sustentarse, hecho en el que de inmediato cayó en la cuenta el ministro de Finanzas de Enrique, el duque de Sully. Entre otras cosas, Sully distribuyó por el campo ejemplares gratuitos de una guía de técnicas agrícolas recomendadas y financió la reconstrucción o nueva construcción de carreteras, puentes y canales para facilitar el flujo de bienes. Asimismo, Enrique IV ordenó la edificación de fábricas reales para manufacturar artículos de lujo como cristal, vidrio y tapices, y apoyó el crecimiento de las industrias textiles de seda, lino y lana en muchas partes diferentes del país. Su patrocinio también permitió al explorador Samuel de Champlain reclamar partes de Canadá como primer enclave francés en el Nuevo Mundo. Así pues, el reinado de Enrique IV debe considerarse uno de los más benévolo de toda la historia francesa.

El cardenal Richelieu

Mucho menos benevolente fue el sucesor de facto de Enrique como gobernante de Francia, el cardenal Richelieu (1585-1642). Por supuesto, el cardenal nunca fue el rey auténtico, pues el título lo ostentó de 1610 a 1643 el inútil hijo de Enrique, Luis XIII.

Pero como primer ministro desde 1624 hasta su muerte en 1642, Richelieu gobernó como quiso, reforzó el poder centralizado en el país y expandió la influencia francesa en Europa. De este modo, cuando los hugonotes se rebelaron contra las restricciones que les imponía el Edicto de Nantes, Richelieu los aplastó con mano de hierro y enmendó el edicto en 1629, privándolos de sus derechos políticos y militares. Como sus campañas armadas contra los hugonotes habían resultado muy costosas, el cardenal pasó a obtener mayores ingresos para la corona aboliendo la semiautonomía de Borgoña, el Delfinado y Provenza para introducir los impuestos reales directos en todas esas zonas. Más adelante, con el fin de asegurarse de que se recaudaban bien los impuestos, instituyó un nuevo sistema de gobierno local con cargos reales conocidos como intendentes, quienes tenían encomendado de forma expresa sofocar con mano dura toda resistencia provincial. Con estos y otros métodos Richelieu logró centralizar más que nunca el gobierno y duplicó los ingresos de la corona. Pero como también se comprometió en una ambiciosa política exterior dirigida contra los Habsburgo de Austria y España que dio como resultado la costosa participación de Francia en la Guerra de los Treinta Años, las presiones internas aumentaron en los años posteriores a su muerte.

La Fronda

Una reacción contra la centralización gubernamental se manifestó en una serie de revueltas entre 1648 y 1653 conocidas de manera colectiva como la Fronda. Para entonces a Luis XIII le había sucedido su hijo Luis XIV, pero como todavía era un niño, Francia fue gobernada por una regencia formada por la reina madre, Ana de Austria, y su amado cardenal Mazarino. Ambos eran extranjeros (Ana era Habsburgo, y Mazarino, en su origen, un aventurero italiano llamado Giulio Mazarini), y varios de sus súbditos, incluidos algunos nobles extremadamente poderosos, los odiaban. El resentimiento popular era aún mayor porque el coste de la guerra, combinado con varios años consecutivos de malas cosechas, había puesto a Francia de forma temporal en graves apuros económicos. Así pues, cuando las camarillas de nobles expresaron su disgusto hacia Mazarino por razones más que nada egoístas, encontraron gran apoyo en el país, y durante varios años se sucedieron las revueltas descoordinadas contra el gobierno de la regencia.

Sin embargo, Francia no corrió peligro de desintegrarse porque la corona, que conservaba gran prestigio debido a una tradición nacional bien establecida y a los indudables logros de Enrique IV y Richelieu, nunca estuvo sometida a ataque. Por el contrario, ni los dirigentes aristócratas de la Fronda ni los plebeyos que se les unieron en la revuelta declararon oponerse al joven rey, sino sólo a la presunta corrupción y mala gestión de Mazarino. Es cierto que algunos de los rebeldes insistieron en que

parte de la culpa de Mazarino estribaba en su pretensión de imponer las medidas centralizadoras en contra de las provincias de Richelieu, pero como la mayoría de los aristócratas que dirigían la Fronda no eran más que «excluidos» que querían dejar de serlo, se pelearon con frecuencia entre sí —a veces incluso concertando acuerdos de conveniencia con la regencia o sorprendentes alianzas con la enemiga de Francia, España— y no fueron capaces de concitar un apoyo unido a un programa común. Así pues, cuando Luis XIV comenzó a gobernar por sí mismo en 1651 y dejaron de existir pretextos para rebelarse contra los «ministros corruptos», la oposición se silenció pronto. Como sucede con tanta frecuencia, los idealistas y los pobres fueron quienes pagaron el mayor precio por la revuelta: en 1653 un dirigente derrotado de la resistencia de Burdeos fue despedazado en la rueda y no mucho después se proclamó una nueva ronda de impuestos masivos. Recordando los disturbios de la Fronda durante el resto de su vida, Luis XIV decidió no permitir jamás que la aristocracia ni las provincias se le escaparan de la mano y gobernó como el monarca absolutista más eficaz de toda la historia francesa.

LA GUERRA CIVIL INGLESA

De todas las revueltas que agitaron Europa a mediados del siglo XVII, la más radical por sus consecuencias fue la guerra civil inglesa. Las causas de este conflicto fueron similares a las que incitaron rebeliones en España y Francia: hostilidades constitucionales entre las partes componentes de un reino combinado; animosidades religiosas entre católicos y protestantes, así como dentro del bando gobernante (protestante); luchas de poder entre facciones rivales de aristócratas en la corte; y un sistema fiscal que no podía mantener el ritmo de los crecientes costes del gobierno, y mucho menos de la guerra. Sin embargo, Inglaterra fue el único lugar donde estos conflictos llevaron a la deposición y ejecución del rey (1649), a un «interregno» de once años durante el que el país fue oficialmente una república (1649-1660) y, al final, a la restauración de la monarquía en condiciones diseñadas para salvaguardar la posición del parlamento en el gobierno y para garantizar un grado limitado de tolerancia religiosa para todos los protestantes.

Los orígenes de la guerra civil inglesa

La cadena de acontecimientos que llevó a la guerra entre el rey y el parlamento en 1642 empezó en las últimas décadas del reinado de Isabel (1559-1603). Durante la década de 1590 los gastos de la guerra con España, junto con una rebelión en Irlanda, las malas cosechas y las carencias del anticuado régimen tributario inglés, llevaron al

endeudamiento del gobierno real. Las disputas de las facciones en la corte también se recrudecieron, pues los cortesanos, previendo la muerte de la anciana soberana, se disputaban la posición bajo su presumible sucesor, el rey escocés Jacobo Estuardo. Sin embargo, hasta que no se halló en su lecho de muerte, la reina no confirmó que su corona debía pasar a su sobrino escocés, y este hecho propició que Jacobo y sus nuevos súbditos no se conocieran demasiado cuando ocupó por fin el trono a finales de 1603.

La relación no empezó bien. Los súbditos ingleses de Jacobo miraban por encima del hombro a los escoceses que el monarca se había llevado consigo a Londres. Aunque los cortesanos ingleses aceptaron gustosos la generosidad que les demostró el nuevo rey, se sintieron molestos por las concesiones que otorgó a sus partidarios escoceses, a quienes culparon sin ninguna razón del endeudamiento de la corona. Por su parte, Jacobo se dio cuenta de que para saldar sus deudas tenía que contar con mayores ingresos, pero en lugar de negociar con los representantes parlamentarios un aumento de los impuestos, decidió darles una conferencia sobre las prerrogativas de la monarquía, en la que comparó a los reyes con dioses en la tierra y declaró: «Al igual que es ateísmo y blasfemia disputar lo que puede hacer Dios, es presunción y gran desprecio en un súbdito disputar lo que puede hacer un rey». Cuando este planteamiento fracasó para obtener los impuestos que necesitaba, Jacobo hizo las paces con España y después tomó medidas para elevar los ingresos sin aprobación parlamentaria, imponiendo nuevas tasas sobre el comercio y vendiendo monopolios comerciales a cortesanos favorecidos. Estas medidas suscitaron mayor resentimiento contra el rey y predispusieron al parlamento a negarse a aprobar nuevas cargas fiscales. Como resultado, la situación financiera de la corona fue empeorando sin cesar.

Jacobo se mostró más hábil con la política religiosa. Escocia había sido un país firmemente calvinista desde la década de 1560. Sin embargo, en Inglaterra la solución isabelina al problema religioso había ocasionado que la definición teológica fuera mucho menor. En 1603 Inglaterra era ya un país claramente protestante, pero había un número considerable de fieles que continuaban esperando una «segunda» reforma para situar a su Iglesia más en línea con los principios calvinistas. Otros protestantes se resistían a esos esfuerzos y etiquetaban de «puritanos» a quienes los apoyaban. Como rey, Jacobo estaba obligado a mediar en estos conflictos, y en general lo hizo bien. En Escocia convenció a la Iglesia reformada para que conservara a sus obispos, mientras que en Inglaterra fomentó la doctrina calvinista, a la vez que oponía resistencia a toda reforma al devocionario o los Treinta y Nueve Artículos de Fe. Sólo en Irlanda, que se mantenía predominantemente católica, fue acumulando futuros problemas. Al alentar la «colonización» de más de ocho mil calvinistas escoceses en la provincia norteña del Ulster, socavó los derechos de

propiedad de los católicos irlandeses y creó animosidades religiosas que han perdurado hasta hoy.

El delicado equilibrio religioso mantenido por Jacobo I se hizo añicos en 1625 por el acceso al trono de su único hijo vivo, Carlos I, quien echó por la borda la precaución habitual de su padre y emprendió de inmediato una nueva guerra con España, lo que exacerbó sus problemas financieros, y alarmó a sus súbditos protestantes al proponer reclutar tropas irlandesas católicas para el servicio militar en Alemania. La alarma protestante aumentó cuando Carlos contrajo matrimonio con Enriqueta María, la hija católica del rey Luis XIII de Francia. Sin embargo, la situación se hizo peligrosa de verdad cuando Carlos, ayudado por su recién nombrado arzobispo de Canterbury, William Laud, comenzó a favorecer sin ambages a los elementos más anticalvinistas de la Iglesia inglesa y luego pretendió imponer esta política religiosa (incluido un completo sistema de gobierno eclesiástico con obispos y un nuevo devocionario) a la Iglesia firmemente calvinista de Escocia. Los escoceses se rebelaron, y en 1640 su ejército marchó hacia el sur hasta Inglaterra para exigir la retirada de las reformas religiosas «catolizadoras» de Carlos.

Para hacer frente a la amenaza escocesa, Carlos se vio obligado a convocar al parlamento inglés por primera vez en once años. Las relaciones entre el rey y su parlamento se habían roto a finales de la década de 1620, cuando Carlos respondió a la negativa del parlamento a concederle fondos adicionales exigiendo préstamos forzosos de sus súbditos y, después, castigando a quienes se negaron a acceder acuartelando soldados en sus casas o encarcelándolos sin juicio. En respuesta, en 1628 el parlamento obligó al rey a aceptar la Petición de Derechos, que declaraba ilegales todos los impuestos que no habían sido votados por él, condenaba el acuartelamiento de soldados en casas privadas y prohibía el encarcelamiento arbitrario y la ley marcial en tiempos de paz. Encolerizado más que escarmentado por dicha petición de derechos, Carlos resolvió gobernar sin el parlamento, y durante la década de 1630 se financió con una serie de gravámenes y multas impuestos sin el consentimiento parlamentario.

Fue la invasión escocesa la que obligó a Carlos a convocar un nuevo parlamento. Pero una vez reunidos, los parlamentarios se mostraron dispuestos a imponer una serie de reformas radicales en el gobierno del rey antes de considerar la concesión de fondos para reclutar un ejército con el que enfrentarse a los escoceses. Al principio, el monarca colaboró con estas reformas, y llegó incluso a permitir que el Parlamento ejecutara a su ministro principal, pero pronto se puso de manifiesto que los dirigentes parlamentarios no tenían intención de luchar contra los escoceses. En su lugar, surgió una alianza de facto entre ellos, que se vio reforzada por su común planteamiento religioso calvinista. En 1642 Carlos ya estaba harto. Hizo marchar a sus guardias a la Cámara de los Comunes y trató de detener a cinco de sus dirigentes, pero fracasó.

Entonces abandonó Londres para constituir su ejército. El parlamento respondió convocando a su propia fuerza y votando las cargas fiscales para pagarla. A finales de 1642 ya había estallado la guerra abierta entre el rey y el parlamento.

La guerra civil y la Commonwealth

En el bando del rey se alinearon la mayoría de los aristócratas y los grandes terratenientes ingleses, fieles casi todos a la Iglesia oficial de Inglaterra, pese a su oposición a algunas de las innovaciones religiosas de Carlos. Las fuerzas parlamentarias comprendían a los terratenientes menores, los comerciantes y los artesanos, en su mayoría puritanos. Los partidarios del rey eran conocidos comúnmente por el nombre aristocrático de *Cavaliers*. A sus rivales, que llevaban el cabello corto como desprecio a la moda de lucir rizos, se los llamaba con sorna *Roundheads*. Al principio, los realistas, por sus evidentes ventajas en experiencia militar, obtuvieron la mayoría de las victorias. Pero en 1644 el ejército parlamentario se reorganizó, y poco después cambiaron las tornas de la batalla. Las fuerzas realistas sufrieron una dura derrota y en 1646 el rey se vio obligado a rendirse. Poco después fue abolido el episcopado y se estableció en toda Inglaterra una Iglesia de estilo calvinista.

La lucha podría haber terminado en ese momento si no se hubiera iniciado una disputa dentro del bando parlamentario. La mayoría de sus miembros estaban dispuestos a restaurar a Carlos en el trono como monarca limitado bajo un acuerdo por el cual se impondría la fe calvinista en Escocia y en Inglaterra como religión estatal. Pero una minoría radical de puritanos, conocidos como Independientes, desconfiaba de Carlos e insistió en la tolerancia religiosa para sí y todos los demás protestantes. Su dirigente era Oliver Cromwell (1599-1658), que había alcanzado el mando del ejército de los *Roundheads*.

Aprovechando la disensión dentro de las filas de sus rivales, Carlos reanudó la guerra en 1648, pero tras una breve campaña fue obligado a rendirse. Cromwell resolvió ahora poner fin a la vida «de ese hombre sanguinario» y, expulsando por la fuerza a todos los protestantes moderados del parlamento, obligó a los miembros restantes a votar el término de la monarquía. El 30 de enero de 1649 Carlos I fue decapitado; poco tiempo después fue abolida la Cámara de los Lores hereditaria, e Inglaterra se convirtió en república.

Pero fundar una república era mucho menos fácil que mantenerla. Llamada oficialmente Commonwealth, la nueva forma de gobierno no duró mucho. Desde el punto de vista técnico, lo que quedaba del parlamento siguió siendo el cuerpo legislativo, pero Cromwell, al mando del ejército, poseía el poder real y pronto le exasperaron los intentos de los legisladores de enriquecerse confiscando los bienes de

sus rivales. Así pues, en 1653 hizo marchar un destacamento de tropas al parlamento y declarando: «Vamos, voy a poner fin a vuestro parloteo», ordenó a los miembros que se dispersaran. De este modo, la Commonwealth dejó de existir y fue reemplazada en seguida por el «Protectorado», una autocracia apenas disimulada, establecida bajo una constitución esbozada por oficiales del ejército. Llamada el Instrumento de Gobierno, este texto fue lo más cercano a una constitución escrita que ha tenido Inglaterra. Se otorgaban extensos poderes a Cromwell como «lord protector» de por vida y su cargo se hacía hereditario. Al principio, un nuevo parlamento ejerció autoridad limitada para hacer leyes y fijar impuestos, pero en 1655 Cromwell también despidió a sus miembros de forma abrupta. A partir de entonces el gobierno se convirtió en la práctica en una dictadura en la que Cromwell ostentaba una soberanía más absoluta de la que ningún monarca Estuardo habría soñado reclamar.

La restauración de la monarquía

Ante la disyuntiva de una dictadura militar puritana y el viejo régimen realista, cuando surgió la ocasión, Inglaterra se decidió por el último sin dudarlo. Años de impopulares austeridades calvinistas, como la prohibición de toda diversión pública en domingo, habían desacreditado a los puritanos, haciendo que la mayoría de la gente anhelara el estilo más moderado de la Iglesia isabelina. Así pues, poco después de la muerte de Cromwell en 1658, uno de sus generales tomó el poder y convocó elecciones a un nuevo parlamento, que se reunió en la primavera de 1660 y proclamó como rey al hijo exiliado de Carlos I, Carlos II, después de que realizara las promesas tradicionales de buen gobierno, además de tolerancia religiosa limitada para todos los protestantes.

Carlos II (1660-1685) restauró los obispos a la Iglesia de Inglaterra, pero no regresó a las provocativas políticas religiosas de su padre. Declarando con su buen humor característico que no deseaba «reanudar sus viajes», aceptó respetar al parlamento y observar la Petición de Derechos. Reconoció asimismo toda la legislación aprobada por el parlamento inmediatamente después del estallido de la guerra civil en 1642, incluido el requisito de que éste debía convocarse al menos una vez cada tres años. De este modo, tras una prueba más a finales del siglo XVII, Inglaterra surgió de su guerra civil como una monarquía limitada en la que el poder era ejercido por «el rey en parlamento».

El problema de la duda y la búsqueda de la certeza

Entre 1540 y 1660, los europeos se vieron obligados a arrostrar un mundo en el que todo lo que antes habían dado por cierto se ponía en duda de repente. Se había descubierto un mundo completamente nuevo en América, poblado por millones de personas cuya misma existencia forzaba a replantearse algunas de las ideas más básicas sobre la humanidad y la naturaleza humana. Resultaba igualmente desorientador que la uniformidad religiosa de Europa, que nunca había sido absoluta, se hubiera hecho pedazos hasta un extremo sin precedentes debido a la Reforma y las guerras de religión que surgieron de ella. En 1540 todavía era posible imaginar que esas divisiones religiosas tal vez serían temporales, pero en 1660 resultaba evidente que serían permanentes. Así pues, los europeos ya no podían considerar la fe religiosa revelada un cimiento adecuado para las conclusiones filosóficas universales, pues incluso los cristianos discrepaban ahora acerca de las verdades fundamentales de la fe. De manera similar, las lealtades políticas se vieron amenazadas cuando los intelectuales y el común de la gente comenzaron a afirmar el derecho a ofrecer resistencia a los príncipes con los que disentían en asuntos de religión. Hasta la moral y la costumbre empezaban a parecer arbitrarias y separadas del ordenamiento natural del mundo.

Los europeos respondieron a este ambiente de duda dominante de diversos modos que fueron del escepticismo radical a las aseveraciones autoritarias de fideísmo religioso y absolutismo político. Sin embargo, lo que unió sus respuestas fue una búsqueda a veces desesperada de nuevos cimientos sobre los que reconstruir cierto grado de certeza frente a los nuevos retos intelectuales, religiosos y políticos de Europa.

LAS ACUSACIONES DE BRUJERÍA Y EL PODER DEL ESTADO

A los temores de los europeos se añadía su convicción de que la brujería constituía una amenaza mortal y creciente contra su mundo. Aunque la mayoría de la gente medieval creía que algunas personas, por lo general mujeres, podían sanar o dañar mediante la práctica de la magia, no fue hasta el siglo xv cuando las autoridades instruidas empezaron a insistir en que tales poderes sólo podían derivar de algún tipo de «pacto» efectuado por la bruja con el demonio. Una vez que se aceptó esta creencia, las autoridades judiciales mostraron mucha mayor actividad en descubrir a las brujas sospechosas para llevarlas a juicio. En 1484 el papa Inocencio VIII ordenó a los inquisidores utilizar todos los medios a su alcance para detectar y eliminar la brujería, incluida la tortura de las sospechosas. Como era predecible, la tortura aumentó el número de brujas acusadas que confesaban sus supuestos delitos; y cuantas más brujas acusadas confesaban, se descubrían, acusaban y ejecutaban a más

y más brujas, incluso en zonas (como Inglaterra) donde la tortura no se empleaba y donde no operaba la Inquisición.

Al considerar el auge de la caza de brujas que barrió Europa a comienzos de la Edad Moderna, debemos tener en cuenta dos factores. El primero es que los juicios por brujería no se limitaron a los países católicos. Los reformistas protestantes creían en los poderes insidiosos de Satanás tanto como los católicos. Lutero y Calvino instaron a que las personas acusadas de brujas fueran juzgadas con mayor urgencia y sentenciadas con menor indulgencia que los criminales ordinarios, recomendación que sus seguidores siguieron de buena gana. El segundo factor es que sólo cuando los esfuerzos de las autoridades religiosas para detectar la brujería fueron apoyados por los poderes coercitivos de los gobiernos seculares para ejecutarlos, el miedo a las «brujas» pasó a ser verdaderamente sanguinario. Sin embargo, entre 1580 y 1660 el entusiasmo por cazar y matar «brujas» se convirtió en una especie de obsesión en buena parte de Europa, que arrojó un saldo de decenas de miles de víctimas, de las cuales al menos tres cuartos fueron mujeres. Nunca se conocerá el total de muertes, pero en la década de 1620 hubo una media de cien hogueras al año en las ciudades alemanas de Würzburg y Bamberg; en torno al mismo tiempo se decía que la plaza mayor de Wolfenbüttel «parecía un bosquecillo por lo apiñados que estaban los postes de las hogueras». A partir de 1660 las acusaciones de brujería disminuyeron de forma gradual, pero continuaron surgiendo incidentes aislados como el de Salem (Massachusetts) durante medio siglo más.

Esta obsesión por la brujería refleja los temores que sentían los europeos de comienzos de la Edad Moderna no sólo por el demonio, sino también por la eficacia de los remedios tradicionales (como las oraciones, los amuletos y el agua bendita) para combatir los males de su mundo. Asimismo, refleja su convicción creciente de que sólo el estado y no la Iglesia tenía poder para protegerlos. Uno de los rasgos más sorprendentes de la obsesión por cazar «brujas» es la medida en la que estos procesamientos, tanto en los países católicos como en los protestantes, fueron asuntos patrocinados por el estado, llevados a cabo por autoridades seculares que declaraban actuar como protectoras de la sociedad contra los males espirituales y temporales que la asaltaban. Incluso en los países católicos, donde los procesamientos por brujería comenzaron a veces en tribunales eclesiásticos, las causas se transfirieron a los tribunales del estado para el juicio final y la imposición de pena porque los primeros tenían prohibido condenar a penas capitales. En los países protestantes donde se habían abolido los tribunales eclesiásticos (sólo se mantenían en Inglaterra), el proceso completo de detectar, encausar y castigar a las brujas sospechosas se realizaba bajo la supervisión del estado. De este modo, tanto en los países católicos como en los protestantes el resultado de estos juicios por brujería supuso un aumento considerable del ámbito de poderes y responsabilidades del estado para regular la

vida de sus súbditos.

LA BÚSQUEDA DE AUTORIDAD

La crisis del siglo de hierro de Europa (como incluso los contemporáneos lo llamaron a veces) fue fundamentalmente de autoridad. Los intentos de restablecer cierta base de autoridad convenida adoptaron muchas formas. Para el noble francés Michel de Montaigne (1533-1592), que escribió durante el apogeo de las guerras de religión, el resultado fue un escepticismo indagador sobre las posibilidades de cualquier conocimiento cierto. Hijo de padre católico y madre hugonota de ascendencia judía, el acaudalado Montaigne se retiró de la carrera de leyes a los treinta y ocho años para dedicarse a una vida de reflexión ociosa. Los *Ensayos* que produjo fueron una nueva forma literaria concebida originalmente como «experimentos» de escritura (en francés *essai* significa «prueba»). Como están extraordinariamente bien escritos y además son penetrantes y reflexivos, se encuentran entre los clásicos más duraderos de la literatura y el pensamiento franceses.

Aunque los temas que tratan los *Ensayos* son amplios, dominan dos. Uno es el escepticismo general. Convirtiendo en su lema *Que sais-je?* («¿Qué sé yo?»), Montaigne decidió que sabía muy poco con certeza. Declaró que «es una necedad medir la verdad y el error mediante nuestras capacidades», porque son muy limitadas. Así pues, mantuvo en uno de sus ensayos más famosos, «De los caníbales», que lo que puede parecer verdadero y adecuado para una nación puede resultar absolutamente falso para otra porque «cada cual llama barbarie a lo que es ajeno a sus costumbres». De ahí dedujo su segundo principio fundamental, la necesidad de moderación. Puesto que todos los pueblos piensan que conocen la religión perfecta y el gobierno perfecto, pero pocos están de acuerdo acerca de en qué consiste dicha perfección, Montaigne llegó a la conclusión de que ninguna religión ni gobierno son perfectos realmente y, por consiguiente, ningún credo merece que se luche hasta la muerte por él. En cambio, los pueblos deben aceptar las enseñanzas de la religión sobre la fe y obedecer a los gobiernos constituidos para regirlos sin recurrir al fanatismo en ninguna esfera.

Aunque Montaigne puede parecer sorprendentemente moderno, fue un hombre del siglo XVI que creía que la «razón no hace más que descarriarse en todo» y que la curiosidad intelectual «que nos incita a meter las narices en todo» es un «azote del alma». También fue un fatalista que pensaba que en un mundo regido por un sino impredecible, la mejor estrategia humana era arrostrar lo bueno y lo malo con constancia y dignidad. Sin embargo, a pesar de su tono nada heroico y muy personal, la amplia circulación de sus *Ensayos* ayudó a combatir el fanatismo y la intolerancia

religiosa en su época y las siguientes.

Montaigne buscó refugio de las tribulaciones de su época en el escepticismo, la distancia y la dignidad resignada. Por su parte, su contemporáneo, el abogado francés Jean Bodin (1530-1596), pretendió resolver los trastornos del momento reafirmando los poderes del estado sobre cimientos nuevos y más seguros. Al igual que Montaigne, a Bodin le inquietaba en particular la agitación causada por las guerras de religión en Francia, pues había llegado a presenciar la terrible matanza del día de San Bartolomé en París en 1572. Pero en lugar de encogerse de hombros ante el derramamiento de sangre, decidió ofrecer un plan para lograr que cesaran los disturbios. Y lo hizo en su monumental obra *Los seis libros de la República* (1576), que constituye la primera declaración plenamente desarrollada de soberanía gubernamental absoluta en el pensamiento político occidental. Según Bodin, los estados surgen de las necesidades de una serie de familias, pero una vez constituidos, no deben tolerar ninguna oposición, pues mantener el orden es su deber supremo. Para Bodin la soberanía era «el poder más alto, absoluto y perpetuo sobre todos los súbditos», y consistía principalmente en el poder de «otorgar leyes a los súbditos sin su consentimiento». Aunque reconocía la posibilidad teórica de que hubiera un gobierno de la aristocracia o la democracia, asumía que las naciones-estado de su tiempo serían gobernadas por monarcas e insistía en que dichos monarcas no podían ser limitados por órganos legislativos o judiciales, ni por leyes hechas por sus predecesores o ellos mismos. Mantenía que todo súbdito debe confiar en «la buena voluntad pura y franca» del gobernante. Incluso si el gobernante resultaba ser un tirano, Bodin insistía en que el súbdito no tenía autorización para ofrecer resistencia, pues cualquier resistencia abriría la puerta a «una anarquía licenciosa que es peor que la más dura tiranía del mundo».

Del mismo modo que los acontecimientos del día de San Bartolomé incitaron a Bodin a formular una doctrina de absolutismo político, Thomas Hobbes (1588-1679) escribió su teoría política clásica, *Leviatán* (1651), movido por la conmoción que le causó la guerra civil inglesa. Pero Hobbes se diferenció de Bodin en varios aspectos. En primer lugar, Bodin asumía que el poder soberano absoluto sería un monarca real, pero Hobbes no. Toda forma de gobierno capaz de proteger las vidas y propiedades de sus súbditos podría actuar como un Leviatán soberano (y, por tanto, todopoderoso). Además, mientras que Bodin definía el estado como «el gobierno de las familias según las leyes» y, por tanto, no creía que pudiera reducir los derechos a la propiedad privada porque las familias no serían capaces de existir sin propiedad, el estado de Hobbes existía para gobernar sobre individuos particulares y, por tanto, tenía licencia para pisotear la libertad y la propiedad si estaba en juego su supervivencia.

Pero la diferencia fundamental entre Bodin y Hobbes radicaba en la postura

pesimista e inflexible del último sobre la naturaleza humana. Hobbes postulaba que el «estado de naturaleza» que había antes de que cobrara existencia el gobierno civil era una condición de «guerra de todos contra todos». Como el hombre se comporta naturalmente como «un lobo» para los demás hombres, la vida humana sin gobierno es por necesidad «solitaria, pobre, detestable, brutal y corta». Para escapar a tales consecuencias, las gentes someten sus libertades a un gobernante soberano a cambio de que acepte mantener la paz. Como han renunciado a sus libertades, los súbditos no tienen ningún derecho a buscarlas y, por tanto, el soberano puede tiranizarlos como le plazca; es libre para oprimirlos de cualquier modo menos matarlos, acto que negaría el mismo objetivo de su gobierno, que es conservar la vida de sus súbditos.

Tal vez el intento más conmovedor de responder a los problemas de la duda en la cultura del siglo XVII fuera el ofrecido por el filósofo moral y religioso francés Blaise Pascal (1623-1662). Comenzó su carrera como matemático y científico racionalista, pero a los treinta años abandonó la ciencia como resultado de una experiencia de conversión y se hizo firme adepto del jansenismo, facción puritana dentro del catolicismo francés. Desde entonces hasta su muerte trabajó en un proyecto filosófico y religioso muy ambicioso que pretendía persuadir a los incrédulos de la verdad del cristianismo apelando de manera simultánea a sus intelectos y emociones. Debido a su muerte prematura, sus esfuerzos sólo se concretaron en sus *Pensées* (Pensamientos), una colección de fragmentos y escritos breves sobre religión que poseen gran fuerza literaria. En ellos sostenía que la fe por sí sola podía mostrar el camino a la salvación y que «el corazón tiene razones que la razón no entiende». Sus *Pensées* expresan el terror, la angustia y el sobrecogimiento de su autor frente al mal y la eternidad, pero presentan ese mismo sobrecogimiento como prueba de la existencia de Dios. La esperanza de Pascal era que sobre esta base se reedificara cierta medida de esperanza acerca de la humanidad y su capacidad de conocerse para evitar el dogmatismo y el escepticismo extremo tan prominentes en la sociedad del siglo XVII.

Literatura y artes

La duda y la incertidumbre del conocimiento humano también fueron temas primordiales en la profusión de literatura y arte producidos durante el siglo de hierro de Europa occidental. Claro está que no todos los poemas, obras de teatro ni pinturas expresaron el mismo mensaje. Durante ciento veinte años de extraordinaria creatividad literaria y artística, se produjeron obras de todos los géneros y sentimientos, desde las farsas más frívolas hasta las tragedias más oscuras y de las naturalezas muertas más serenas a las escenas más violentas de martirio religioso. A

los grandes escritores y pintores del período les movió la percepción de las ambigüedades e ironías de la existencia humana no distintas a las expresadas por Montaigne y Pascal de diferentes modos. Todos se daban buena cuenta de los horrores de la guerra y el sufrimiento humano tan atroz en su época, pero también buscaban cierto grado de redención para los seres humanos atrapados en un mundo que los trataba con tanta crueldad. De este balance trágico surgieron algunas de las obras más grandes de la historia de las artes y la literatura europeas.

MIGUEL DE CERVANTES (1547-1616)

La obra maestra de Cervantes, la novela satírica *Don Quijote de La Mancha*, narra las aventuras de un hidalgo español, don Quijote, que pierde un poco la razón por sus lecturas constantes de libros de caballería. Con la mente llena de todo tipo de aventuras fantásticas, a los cincuenta años se lanza al camino lleno de tropiezos de la caballería andante, imaginando que los molinos de viento son gigantes iracundos, y los rebaños de ovejas, ejércitos de infieles a quienes tiene el deber de derrotar con la lanza. En su imaginación distorsionada confunde posadas con castillos y criadas con cortesanas inflamadas de amor. Como contraste al «caballero andante» aparece la figura de su fiel escudero, Sancho Panza, que representa el ideal del hombre práctico con los pies en la tierra y contento con los placeres modestos pero cuantiosos que le brindan la comida, la bebida y el sueño. No obstante, Cervantes no pretende afirmar que el realismo de Sancho Panza sea preferible de manera categórica al idealismo «quijotesco» de su señor, sino que ambos hombres representan diferentes facetas de la naturaleza humana. Sin lugar a dudas, *Don Quijote* constituye una sátira devastadora de la mentalidad caballeresca que ya estaba acelerando el declive español. Pero a pesar de todo, las simpatías del lector permanecen con el protagonista, el hombre de La Mancha que se atreve a «soñar el sueño imposible».

EL TEATRO ISABELINO Y JACOBINO

Después de la victoria sobre la armada española, cuando el orgullo nacional estaba en su punto culminante, los dramaturgos del denominado Renacimiento inglés exhibieron una gran exuberancia, sin descender al optimismo fácil. En realidad, una corriente de seriedad reflexiva domina todas sus mejores obras, y unos cuantos, como el autor de tragedias John Webster (c. 1580-c. 1625), que «veía la calavera debajo de la piel», se mostraron cuando poco morbosamente pesimistas. Sin embargo, entre la bandada de grandes dramaturgos isabelinos y jacobinos los más sobresalientes fueron

Christopher Marlowe (1564-1593), Ben Jonson (c. 1572-1637) y William Shakespeare (1564-1616). De los tres, el feroz Marlowe, cuya vida quedó truncada en una riña de taberna cuando aún no había cumplido los treinta años, fue el más popular en su época. En obras como *Tamerlán* y *El doctor Fausto*, Marlowe creó héroes imperecederos que pretenden conquistarlo todo a su paso y están a punto de lograrlo. Pero se topan con finales desgraciados porque para el autor el esfuerzo humano tiene límites, y la desdicha, al igual que la grandeza, se halla en el sino del hombre. Así pues, aunque Fausto pide a una Helena de Troya reencarnada, conjurada por Satanás, que le haga «inmortal con un beso», muere y al final es condenado porque la inmortalidad no la concede el demonio ni se encuentra en los besos terrenales.

En contraste con las tragedias heroicas de Marlowe, Ben Jonson escribió comedias corrosivas que exponen los vicios y flaquezas humanos. En la particularmente sombría *Volpone* muestra a la gente comportándose como animales falsos y lascivos, pero en la posterior *El alquimista* equilibra un ataque al curanderismo y la credulidad con la admiración por los ingeniosos personajes de clase baja que se aprovechan astutamente de sus supuestos superiores.

El más grande de los dramaturgos isabelinos, William Shakespeare, nació en una familia de comerciantes de Stratford-on-Avon. Poco se sabe de su infancia. Dejó su pueblo natal cuando contaba alrededor de veinte años, después de obtener una educación modesta, para viajar a Londres, donde encontró empleo en el teatro. No está claro cómo acabó convirtiéndose en actor y más tarde en escritor de obras teatrales, pero a los veintiocho años ya había logrado fama suficiente como autor para suscitar los celos de sus rivales. Antes de retirarse a su Stratford natal hacia 1610 para pasar el resto de sus días en la tranquilidad, había escrito o colaborado en la creación de cerca de cuarenta obras de teatro, más de ciento cincuenta sonetos y dos largos poemas narrativos.

Desde la muerte de Shakespeare sus obras se convirtieron en una especie de Biblia profana dondequiera que se hable la lengua inglesa. La razón estriba en el don de expresión inigualable del autor, en su ingenio fulgurante y sobre todo en su análisis profundo de la personalidad humana dominada por la pasión y puesta a prueba por el destino. Sus dramas corresponden a tres grupos según los temas. Los escritos durante los primeros años del dramaturgo se caracterizan por un sentimiento de confianza en que, a pesar de la necedad humana, el mundo, en lo fundamental, es ordenado y justo. Entre ellos se encuentran varias de las obras históricas donde se narran las luchas y glorias de Inglaterra que llevaron al triunfo de la dinastía Tudor; la tragedia romántica lírica *Romeo y Julieta*, y varias comedias como la mágica *Sueño de una noche de verano*, *Noche de Reyes*, *Como gustéis* y *Mucho ruido y pocas nueces*. A pesar del título de la última, pocas —si es que alguna— de las obras del período primero y más ligero de Shakespeare se merecerían tal calificativo, pues la

mayoría explora problemas fundamentales de la identidad psicológica, el honor y la ambición, el amor y la amistad. De cuando en cuando también presentan toques de seriedad profunda, como en *Como gustéis*, cuando el autor hace que un personaje se detenga para reflexionar que «el mundo entero es un escenario, y todos los hombres y mujeres, simples actores» que pasan por siete «actos» o etapas de la vida.

Las obras del segundo período de Shakespeare son de talante más sombrío y se caracterizan por la amargura, el patetismo y una penosa indagación en los misterios y el significado de la existencia humana. La serie comienza con la tragedia de idealismo indeciso representada por *Hamlet*, prosigue con el cinismo de *Medida por medida* y *A buen fin no hay mal principio*, para culminar en las tragedias inquisitivas de *Macbeth* y *El rey Lear*, en las que los personajes afirman que «la vida no es más que una sombra andante [...] un cuento contado por un idiota, lleno de sonido y furia que no significan nada» y que «somos para los dioses como moscas para muchachos displicentes; nos matan para divertirse». Sin embargo, a pesar de su pesimismo, las obras del segundo período contienen algunos de los mayores logros de grandeza poética del dramaturgo.

No obstante, Shakespeare concluyó su carrera dramática con un tercer período caracterizado por un profundo espíritu de reconciliación y paz. De las tres obras (todos romances idílicos) escritas durante este período final, la última, *La tempestad*, es la de mayor alcance en sus reflexiones acerca de la naturaleza humana y la fuerza del arte. Se entierran antiguas animosidades y se enderezan los yerros mediante una combinación de medios naturales y sobrenaturales, mientras una heroína con los ojos muy abiertos se regocija al ver por primera vez a los hombres con las siguientes palabras: «¡Oh, esforzado nuevo mundo que tiene tal gente en él!». Aquí Shakespeare parece afirmar que pese a las penalidades a las que está sometida la humanidad, la vida no es tan amarga después de todo, y el plan divino sobre el universo es al final benevolente y justo.

Menos versátil que Shakespeare, pero no muy lejos en grandeza elocuente, se muestra el poeta puritano John Milton (1608-1674). Principal publicista del régimen de Oliver Cromwell, escribió la defensa oficial de la decapitación de Carlos I, así como diversos tratados que justificaban las posiciones puritanas en los asuntos contemporáneos. Pero también le gustaban los clásicos griegos y latinos tanto como la Biblia y escribió una elegía pastoral perfecta, *Lcidas*, doliéndose en términos puramente clásicos de la pérdida de un amigo querido. Más tarde, cuando se vio obligado a retirarse por la ascensión al trono de Carlos II, aunque se había quedado ciego, se embarcó en la escritura de un poema épico clásico, *El Paraíso perdido*, basándose en el material del Génesis acerca de la creación del mundo y la caída del hombre. Para justificar el trato de Dios al hombre, en *El Paraíso perdido* Milton hace primero de «abogado del diablo» creando el convincente personaje de Satanás, quien

desafía a Dios con osadía y sutileza. Pero Satanás queda a la larga contrarrestado con creces por el «héroe épico» real, Adán, quien aprende a aceptar el sino humano de responsabilidad moral y sufrimiento, y al que se ve al final abandonando el Paraíso con Eva, «con todo el mundo por delante».

EL MANIERISMO

Las ironías y tensiones inherentes a la existencia humana también las representaron con elocuencia y profundidad varios maestros importantes de las artes visuales que florecieron durante este siglo tumultuoso. La meta dominante en la pintura italiana y española durante la primera mitad de este período, los años comprendidos entre 1540 y 1600, era fascinar al espectador con efectos especiales. Sin embargo, esta meta se logró mediante dos estilos completamente diferentes (si bien, para crear confusión, a ambos se hace referencia a veces como «manierismo»). El primero se basaba en el estilo del maestro renacentista Rafael, pero pasó de la gracilidad del pintor a una elegancia muy afectada que rayaba en lo estrambótico y surrealista. Representantes de esta postura fueron los florentinos Pontormo (1494-1557) y Bronzino (1503-1572). Sus retratos precisos son planos y fríos, pero resultan extrañamente fascinantes.

El otro extremo era teatral en un sentido más convencional, muy dramático y convincente desde la perspectiva emocional. Los pintores que siguieron este planteamiento estaban en deuda con Miguel Ángel, pero llegaron mucho más lejos que él al resaltar los contrastes oscuros, la agitación y la distorsión. De este segundo grupo, los dos más destacados fueron el veneciano Tintoretto (1518-1594) y el español El Greco (c. 1541-1614). Combinando aspectos del estilo de Miguel Ángel con el gusto tradicional veneciano por el colorido, Tintoretto produjo un número enorme de telas monumentales dedicadas a temas religiosos que siguen inspirando sobrecogimiento con su luz resplandeciente y dramatismo apasionante. Aún más emotiva es la obra de su discípulo, El Greco. Doménikos Theotokópoulos, nacido en la isla griega de Creta, absorbió cierto alargamiento estilizado característico de la pintura de iconos greco-bizantina antes de viajar a Italia para aprender color y dramatismo de Tintoretto. Acabó asentándose en España, donde se le llamó «El Greco» debido a su origen. Sus pinturas eran demasiado extrañas para alcanzar un amplio reconocimiento en su época, e incluso en la actualidad resultan tan desequilibradas que parecen la obra de alguien casi perturbado. Pero esta visión desdeña su profundo fervor místico católico y sus logros técnicos. Su cuadro más conocido es el paisaje transfigurado *Vista de Toledo*, con su luz sombría pero sobrecogedora irrumpiendo donde no brilla el sol. Igualmente inspiradoras resultan

sus escenas religiosas llenas de movimiento y varios de sus estupendos retratos en los que españoles adustos y circunspectos irradian una rara mezcla de austeridad y penetración espiritual.

ARTE Y ARQUITECTURA BARROCAS

La escuela artística dominante en Europa meridional desde aproximadamente 1600 hasta comienzos de la década de 1700 fue la del barroco, escuela no sólo de pintura, sino también de escultura y arquitectura. El estilo barroco retuvo aspectos de dramatismo e irregularidad, pero evitó parecer extravagante o exaltada y pretendió sobre todo instilar un sentimiento positivo. Originada en Roma como expresión de los ideales del papado de la Contrarreforma y la orden jesuita, la arquitectura barroca aspiraba en particular a fomentar una visión del mundo específicamente católica. De modo similar, la pintura barroca a menudo se llevó a cabo al servicio de la Iglesia contrarreformista, que en su punto culminante, hacia 1620, parecía estar a la ofensiva en todas partes. Cuando los pintores barrocos no celebraban los ideales de la Contrarreforma, la mayoría trabajaba al servicio de monarcas que ansiaban su propia glorificación.

La figura más imaginativa e influyente del barroco romano fue el arquitecto y escultor Gianlorenzo Bernini (1598-1680), empleado frecuente del papado que creó una espléndida celebración de la grandeza pontifical en las amplias escalinatas que llevaban a la basílica de San Pedro. Rompiendo con el sereno clasicismo renacentista de Palladio, la arquitectura de Bernini conservó elementos clásicos como las columnas y los domos, pero los combinó de maneras que pretendían expresar una agitación provocadora y gran poder. Bernini fue también uno de los primeros en experimentar con las fachadas de las iglesias construidas «en profundidad», con frentes que no se concebían como superficies continuas, sino que sobresalían en ángulos extraños y parecían invadir el espacio abierto que había delante. Si el objetivo de estas innovaciones era arrastrar emocionalmente al espectador a la obra de arte, lo mismo cabe afirmar de Bernini en la escultura. Volviendo al movimiento incesante de la estatuaria helenística —en particular, al grupo de Laoconte— y desarrollando tendencias ya presentes en la escultura última de Miguel Ángel, la estatuaria de Bernini resalta el drama e incita al espectador a responder ante él en lugar de limitarse a observarlo serenamente.

Como la mayoría de los pintores barrocos italianos carecieron del genio artístico de Bernini, para contemplar las obras de arte más grandes de la pintura barroca de Europa meridional se debe mirar a España y la obra de Diego de Velázquez (1599-1660). A diferencia de Bernini, Velázquez, pintor de la corte en Madrid justo cuando

España se hallaba al borde de la ruina, no fue un exponente enteramente típico del estilo barroco. Sin duda, muchas de sus telas muestran el gusto barroco por el movimiento, el drama y la fuerza, pero la mejor obra de este pintor se caracteriza por una atención más moderada de la que se suele encontrar en el barroco. Así, su famosa *Rendición de Breda* muestra caballos fornidos y espléndidos nobles españoles, por una parte, pero una compasión nada barroca por las tropas derrotadas y dispersas, por la otra. La mejor pintura de Velázquez, *Las meninas*, realizada en torno a 1656 tras el derrumbe de España, es uno de los análisis artísticos más reflexivo e inquisitivo sobre la ilusión y la realidad que se han ejecutado jamás.

LA PINTURA HOLANDESA EN LA EDAD DE ORO

El principal rival septentrional de Europa meridional por los laureles artísticos fueron los Países Bajos, donde tres pintores muy distintos exploraron al máximo el tema de la grandeza y la desdicha del hombre. El primero, Peter Brueghel (c. 1525-1569), trabajó en una vena relacionada con el realismo holandés anterior, pero a diferencia de sus predecesores, quienes preferían las tranquilas escenas urbanas, Brueghel se recreó en representar la vida animada y elemental del campesinado. En este sentido, sus cuadros más famosos son la *Boda campesina* y la *Danza campesina*, así como su extenso *Los cosechadores*, en el que los peones del campo beben y roncan mientras se toman un merecido descanso de sus pesadas tareas bajo el sol del mediodía. Dichas escenas dan la impresión de ritmos de vida ininterrumpidos, pero más avanzada su carrera Brueghel quedó pasmado por la intolerancia y el derramamiento de sangre que presenció durante las revueltas calvinistas y la represión española, y expresó su crítica de una manera sobria pero virulenta. En *El ciego guía de ciegos*, por ejemplo, vemos lo que sucede cuando los fanáticos ignorantes se ponen a mostrarse el camino mutuamente. Más poderosa aún es su *Matanza de los inocentes*, que desde la distancia parece una escena amable de una aldea flamenca enterrada en la nieve. Sin embargo, en realidad los soldados despiadados irrumpen metódicamente en las casas y matan a los niños, los sencillos campesinos se encuentran a su merced y el artista —aludiendo a un evangelio olvidado por igual por los belicosos católicos y protestantes— parece estar diciendo: «lo mismo que sucedió en tiempos de Cristo sucede ahora».

Muy diferente de Brueghel fue el pintor barroco flamenco Peter Paul Rubens (1577-1640). Puesto que el barroco era un movimiento internacional estrechamente ligado con la propagación de la Contrarreforma, no debe resultar sorprendente que se hallara muy bien representado justo en esa parte de los Países Bajos que, tras una larga guerra, permanecía en posesión de España. En realidad, Rubens de Amberes fue

un artista barroco mucho más típico que Velázquez de Madrid, pues pintó miles de telas robustas que glorificaban el catolicismo resurgente o exaltaban a aristócratas de segunda retratándolos como héroes épicos vestidos con pieles de oso. Incluso cuando su intención no era manifiestamente propagandística, acostumbraba a recrearse en la suntuosa extravagancia de la forma barroca, y tal vez sea más famoso en la actualidad por la carne sonrosada y rolliza de sus desnudos bien alimentados. Pero a diferencia de una multitud de artistas barrocos menores, Rubens no carecía de sutileza y fue un hombre de muchos registros. El delicado retrato de su hijo Nicolás capta la niñez natural en un momento de reposo y, aunque durante la mayor parte de su carrera había celebrado el valor marcial, sus *Horrores de la guerra* representan conmovedoramente lo que él mismo denominó «el dolor de la infortunada Europa, que durante tantos años ha sufrido el saqueo, el ultraje y la miseria».

En ciertos aspectos una mezcla de Brueghel y Rubens, el mayor de los pintores flamencos, Rembrandt van Rijn (1606-1669), desafía todos los intentos de caracterización simple. Al vivir al otro lado de la frontera de los Países Bajos españoles en la Holanda firmemente calvinista, Rembrandt pertenecía a una sociedad que era demasiado austera para tolerar el realismo campechano de un Brueghel o la pomposidad barroca carnal de un Rubens, pero logró dar nuevos usos a los rasgos realistas y barrocos. Al comienzo de su carrera alcanzó fama y fortuna como pintor de escenas bíblicas que carecían de la carnalidad barroca, pero conservaban su grandeza en las formas tumultuosas y los asombrosos experimentos con la luz. También fue un prolífico retratista que sabía cómo adular a sus modelos destacando su perseverancia calvinista con gran provecho para su bolsillo. Pero poco a poco su prosperidad fue desvaneciéndose, al parecer, debido en parte a que se cansó de adular y sobre todo a que realizó algunas malas inversiones. Cuando aumentaron las tragedias personales en los años centrales y declinantes del pintor, su arte se volvió más pensativo y sombrío, pero ganó en dignidad, lirismo sutil y misterio sobrecogedor. Así pues, sus últimos retratos, entre los que se incluyen varios autorretratos, están imbuidos de cualidades introspectivas y la insinuación de que sólo se cuenta la mitad de la historia. Resultan igualmente conmovedoras pinturas filosóficas como *Aristóteles contemplando el busto de Homero*, en la que el filósofo parece hechizado por el resplandor del poeta épico, y *El jinete polaco*, en la que se funden elementos realistas y barrocos en una síntesis más elevada para representar a un joven pensativo que se expone sin miedo a un mundo peligroso. Al igual que Shakespeare, Rembrandt sabía que el viaje de la vida está lleno de peligros, pero sus pinturas más maduras sugieren que pueden ser dominados con una percepción valerosa de las propias limitaciones humanas.

Conclusión

Entre 1540 y 1660, Europa fue devastada por una combinación de guerras de religión, rebeliones políticas y crisis económicas que socavaron la confianza en las estructuras tradicionales de autoridad social, económica y política. El resultado fue el miedo, el escepticismo y la búsqueda de nuevos cimientos más seguros sobre los que reconstruir el orden social, político y religioso. Para los artistas y los intelectuales el período resultó uno de los más creativos de la historia europea, pero para el común de la gente fue un siglo de sufrimiento extraordinario.

Tras cien años de esfuerzos destructivos para restaurar la unidad religiosa de Europa mediante la guerra, en 1660 comenzó a surgir entre los estados una tolerancia religiosa de facto como único modo de conservar el orden político. Dentro de los estados la tolerancia era todavía muy limitada cuando terminó este siglo terrible. Pero en los territorios donde las rivalidades religiosas habían alcanzado una profundidad difícil de superar, los gobernantes empezaban a descubrir que la lealtad al estado era un valor capaz de anular incluso dichas divisiones entre sus súbditos. Así pues, el resultado final de este siglo de crisis fue el fortalecimiento de la confianza en los poderes del estado para sanar sus heridas y corregir sus errores, mientras la religión era relegada cada vez más a la esfera privada de la conciencia individual. En los siglos siguientes esta nueva confianza en el estado como agente moral autónomo que actúa de acuerdo con sus «razones de estado» propias y para sus fines específicos resultaría un reto considerable a las tradiciones de gobierno consensuado y limitado que habían surgido de la Edad Media.

Bibliografía seleccionada

- BARSTOW, Anne Lewellyn, *La caza de brujas en Europa: 200 años de terror misógino*, Gerona, Tikal, 1999.
- BASCHWITZ, Kurtz, *Brujas y procesos de brujería*, Barcelona, Luis de Caralt, 1968.
- BELDA, Cristóbal (*et al.*), *Los siglos del barroco*, Madrid, Akal, 1997.
- BORSI, Franco, *Bernini*, Madrid, Akal, 1998.
- BOSSY, John (*et. al*), *Crisis en Europa: 1560-1660*, Madrid, Alianza, 1983.
- BOTTINEAU, Yves, *El arte barroco*, Madrid, Akal, 1990.
- BOUWSMA, William, *El otoño del Renacimiento: 1550-1640*, Barcelona, Crítica, 2001.
- CERVANTES, Miguel de, *Quijote*, Madrid, Alfaguara, 2007.
- CHECA, Jorge, *Barroco esencial*, Madrid, Taurus, 1992.
- DUCHEIN, Michel, *Isabel I de Inglaterra*, Buenos Aires, Javier Vergara, 1994.
- ELLIOTT, John, *La Europa dividida*, Barcelona, Crítica, 2005.
- HILL, Christopher, *El mundo trastornado: el ideario popular extremista en la Revolución inglesa del siglo XVII*, Madrid, Siglo XXI, 1983.

- , *Los orígenes intelectuales de la revolución inglesa*, Barcelona, Crítica, 1980.
- HOBBS, Thomas, *Del ciudadano; Leviatán*, Madrid, Tecnos, 2005.
- ISRAEL, Jonathan, *La república holandesa y el mundo hispánico, 1606-1661*, San Sebastián, Nerea, 1996.
- LEVACK, Brian, *La caza de las brujas en la Europa moderna*, Barcelona, Altaya, 1997.
- LIVET, Georges, *Las guerras de religión (1559-1598)*, Vilassar de Mar, Oikos-Tau, 1971.
- LYNCH, John, *Los Austrias*, Barcelona, Crítica, 2007.
- MARTIN, Colin, y Geoffrey PARKER, *La gran armada*, Barcelona, Planeta, 2011.
- MARTIN, John Rupert, *Barroco*, Madrid, Xarait, 1986.
- MATTINGLY, Garrett, *La Armada Invencible*, Madrid, Turner, 2004.
- PARKER, Geoffrey, *España y la rebelión de Flandes*, San Sebastián, Nerea, 1989.
- , *Europa en crisis, 1598-1648*, Madrid, Siglo XXI, 1986.
- , *El éxito nunca es definitivo: imperialismo, guerra y fe en la Europa moderna*, Madrid, Taurus, 2001.
- , *Felipe II*, Madrid, Alianza, 2004.
- (ed.), *La Guerra de los Treinta Años*, Madrid, Antonio Machado Libros, 2004.
- PASCAL, Blaise, *Pensamientos*, Madrid, Alianza, 2004.
- SARASA, Enrique, *Isabel I, reina de Inglaterra: la reina virgen*, Madrid, Edimat, 2005.
- SMITH, David, *Oliver Cromwell, política y religión en la revolución inglesa*, Madrid, Akal, 1999.
- VILLARI, Rosario (et al.), *El hombre barroco*, Madrid, Alianza, 1993.

QUINTA PARTE

La temprana Europa moderna

La Europa de los siglos XVII y XVIII la configuraron los efectos combinados del comercio, la guerra y una población en constante crecimiento. Una revolución mercantil estimuló el desarrollo de las colonias de ultramar y el comercio, al tiempo que se abrían nuevos mercados para la industria europea. La producción agrícola creció, e hizo posible que Europa alimentara a una población que ahora alcanzaba unas cifras sin precedentes. El crecimiento de la población, a cambio, alentó a los gobiernos europeos a financiar guerras cada vez más frecuentes y a mantener ejércitos más y más grandes.

Por otro lado, los monarcas continuaban encontrando oposición entre los diferentes estamentos de sus reinos, e impusieron cada vez más su poder como gobernantes absolutos. La guerra continuaba siendo el principal instrumento de la política exterior europea. Aunque lentamente, la noción de «equilibrio de poder» en lo diplomático y militar desplazó como primer objetivo de las relaciones de los estados europeos la consecución de un crecimiento desmedido.

Durante estos siglos, también ocurrían profundos cambios en la vida intelectual europea. Utilizando nuevos instrumentos y aplicando nuevas técnicas matemáticas, los astrónomos probaron, por encima de toda duda, que la Tierra no era el centro del universo. Los biólogos y los médicos lideraron una comprensión más compleja de la naturaleza y de los procesos por los cuales se creó y evolucionó la vida. Los físicos como sir Isaac Newton establecieron por primera vez una verdadera ciencia de la mecánica del universo. Durante el siglo XVIII, estos descubrimientos dieron lugar a una nueva certeza sobre la capacidad de la razón como único instrumento para comprender la naturaleza y de este modo mejorar la vida humana.

CAPÍTULO 15

Absolutismo e imperialismo, 1660-1789

El período que abarca desde alrededor de 1660 (cuando se restauró la monarquía inglesa y Luis XIV de Francia inició su mandato personal) hasta 1789 (cuando estalló la Revolución francesa) se conoce tradicionalmente como la era absolutista. El *absolutismo* fue una teoría política que instó a los gobernantes a reclamar la soberanía absoluta dentro de sus territorios. Para los absolutistas de los siglos XVII y XVIII, la soberanía absoluta significaba que un dirigente podía instaurar leyes, administrar justicia, crear y dirigir una burocracia, declarar guerras y recaudar impuestos a su voluntad, sin necesidad de la aprobación formal de ninguna otra autoridad de gobierno. Con frecuencia, las declaraciones de autoridad absoluta se reforzaban mediante afirmaciones tales como que los dirigentes gobernaban su territorio por el mismo derecho divino que otorgaba a un padre la autoridad absoluta sobre su casa. Tras el caos del «siglo de hierro» muchos europeos llegaron a creer que sólo la exaltación de la soberanía de aquellos gobernantes absolutistas, «patriarcales», podría devolver el orden a la vida europea.

La era del absolutismo fue también una época imperial. Hacia 1660, los franceses, españoles, portugueses, ingleses y holandeses ya habían fundado colonias importantes en América y Asia. Entre esas potencias coloniales en liza imperó una rivalidad intensa y repleta de consecuencias. A finales del siglo XVII, las guerras europeas casi siempre tuvieron un matiz colonial. Hacia mediados del siglo XVIII, sin embargo, los conflictos bélicos europeos los promovieron criterios coloniales y conflictos imperiales, a medida que el comercio mundial fue cobrando trascendencia en la economía europea.

El absolutismo no constituyó la única teoría política con la que aspiraron a gobernar los dirigentes europeos durante este período. Inglaterra, Escocia, la República de Holanda, Suiza, Venecia, Suecia y Polonia-Lituania eran o bien monarquías restringidas o repúblicas; en Rusia empezaba a emerger una autocracia extrema que otorgaba al zar un grado de control sobre la vida y los bienes de sus súbditos muy superior a todo lo imaginado por los absolutistas de Europa occidental. Pero el absolutismo jamás llegó a ser tan ilimitado en la práctica como en la teoría, ni siquiera en Rusia. Hasta los monarcas europeos más absolutos de los siglos XVII y

XVIII sólo tuvieron capacidad para gobernar de manera efectiva hasta el punto en que sus súbditos (y, en particular, la nobleza) estuvieron dispuestos a consentir sus políticas, al menos de forma tácita. Cuando surgieron oposiciones serias, incluso los absolutistas se vieron forzados a retractarse. Y cuando estalló una revolución política abierta en 1789, la estructura del absolutismo se desplomó por completo.

La reivindicación y la justificación del absolutismo

La promesa de estabilidad, prosperidad y orden del absolutismo supuso una alternativa atractiva al desorden del «siglo de hierro» que lo precedió. Éste fue, en especial, el caso del monarca absolutista por excelencia, Luis XIV (1643-1715) de Francia. Los disturbios políticos acaecidos durante su minoría de edad dejaron una huella imperecedera en el joven rey. Cuando unos merodeadores parisinos entraron en sus aposentos una noche de 1651, Luis interpretó la invasión como una afrenta horrible no sólo a su propia persona, sino también a la majestuosidad del estado francés que él personificaba. Las pugnas internobiliarias y las críticas a la política real por parte del parlamento parisiense durante su minoría de edad lo convencieron de que debía reinar con firmeza y sin restricciones para que Francia perdurara como un gran estado europeo.

Los monarcas absolutistas aspiraron a concentrar en su mano el mando de las fuerzas armadas del estado, el control del sistema legal y el derecho a cobrar y gastar los recursos financieros del estado a su antojo. Para lograr estos objetivos también era necesario forjar una burocracia eficiente y centralizada que rindiera lealtad directamente al monarca. La creación y el mantenimiento de tal burocracia resultaron costosos pero esenciales para el objetivo absolutista más amplio de debilitar a los «grupos de presión» privilegiados que en el pasado habían impedido el libre ejercicio del poder real. Los estados con privilegios legales nobiliarios y clericales, la autoridad política de regiones semiautónomas y las aspiraciones de asambleas representativas con ideas independentistas como parlamentos, dietas o Estados Generales, suponían obstáculos, a los ojos absolutistas, para reforzar el gobierno monárquico centralizado. La historia del absolutismo es, por encima de todo, la historia de los intentos acometidos por aspirantes a absolutistas para someter tales instituciones.

En la mayoría de los países protestantes, el poder independiente de la Iglesia ya había quedado subordinado a los intereses del estado cuando comenzó la era absolutista. Sin embargo, en Francia, España y Austria, donde el catolicismo de Roma se había mantenido como la religión del estado, los monarcas absolutistas centraron ahora la atención en «nacionalizar» la Iglesia y el clero dentro de sus

territorios. Estos esfuerzos se apoyaron en los concordatos que las monarquías francesa y española habían conseguido del papado durante los siglos XV y XVI, pero consolidaron mucho más la autoridad de la monarquía sobre la Iglesia. Incluso Carlos III, el devoto rey español que gobernó desde 1759 hasta 1788, presionó con éxito para lograr un concordato que le garantizara el control sobre los nombramientos eclesiásticos y el derecho de anular cualquier bula papal que afectara a España y no contara con su aprobación.

No obstante, los adversarios potenciales más importantes del absolutismo real no pertenecían al clero sino a la nobleza. Los monarcas combatieron esta amenaza de diversos modos. Luis XIV privó a la nobleza francesa de poder político en las provincias mientras que incrementó su prestigio social instándola a residir en su lujosa corte de Versalles. Pedro el Grande de Rusia (1689-1725) obligó a todos sus nobles a servir al gobierno de por vida. Algo después, durante el mismo siglo, Catalina II de Rusia (1762-1796) cerró un trato por el cual, a cambio de vastos estados y diversos privilegios sociales y económicos (incluida la exención tributaria), la nobleza rusa prácticamente se rendía al poder administrativo y político del estado en manos de la emperatriz. En Prusia, el personal del ejército estaba formado por nobles, igual que ocurría en general en España, Francia e Inglaterra. Pero en la Austria del siglo XVIII, el emperador José II (1765-1790) adoptó una política de confrontación, y no de conveniencia, denegando a la nobleza la exención tributaria y atenuando deliberadamente las diferencias entre los nobles y los plebeyos.

Las disputas entre monarquía y nobleza también afectaron con frecuencia a las relaciones entre los gobiernos central y local. En Francia, la monarquía intentó socavar la autonomía de las instituciones provinciales regentadas por nobles exigiendo a la alta nobleza que residiera en el palacio real. La monarquía española, con sede en Castilla, combatió contra los nobles con aspiraciones independentistas de Aragón y Cataluña. Los dirigentes prusianos se inmiscuyeron en el gobierno de las antiguas ciudades «libres» reclamando el derecho de custodiar y gravar con impuestos a sus habitantes. Los emperadores Habsburgo intentaron, sin éxito, acabar con la nobleza de Hungría, autónoma en su mayoría. Sin embargo, la senda de la confrontación entre la corona y la nobleza rara vez tuvo éxito a la larga. Las monarquías absolutistas más eficaces del siglo XVIII instauraron un *modus vivendi* con su nobleza donde los nobles vieron sus intereses unidos a los de la corona. Por esta razón, la cooperación caracterizó con más frecuencia que la confrontación las relaciones entre reyes y nobles del «antiguo régimen» (*ancien régime*) del siglo XVIII.

Alternativas al absolutismo

Aunque el absolutismo constituyó el modelo dominante que siguieron los monarcas europeos de los siglos XVII y XVIII, no fue en modo alguno el único sistema empleado por los europeos para gobernarse. En Venecia, una oligarquía republicana siguió dirigiendo la ciudad. En los Países Bajos, los territorios que habían logrado independizarse de España a comienzos del siglo XVII se unieron para crear las Provincias Unidas, el único país auténtico que fue cobrando forma en los albores de la era moderna. Las guerras españolas sembraron grandes desconfianzas entre los holandeses hacia monarcas de cualquier índole. Como consecuencia, la casa de Orange holandesa, que había encabezado las guerras de independencia, nunca intentó que el nuevo país se transformara de república en monarquía, a pesar de la supremacía de Holanda en las Provincias Unidas. Incluso después de 1688, cuando Guillermo de Orange se convirtió además en Guillermo III de Inglaterra, las Provincias Unidas continuaron siendo una república.

MONARQUÍA RESTRINGIDA: EL CASO DE INGLATERRA

En una época en que se estaban minando los poderes de las asambleas representativas en buena parte de Europa, el parlamento inglés era el organismo de este tipo más duradero y más desarrollado del continente. Los politólogos de Inglaterra llevaban siglos entendiendo su gobierno como una monarquía «mixta», compuesta por agentes monárquicos, nobles y ajenos a la nobleza. Sin embargo, durante el siglo XVII, estas tradiciones se vieron amenazadas, en primer lugar, por las tentativas de Carlos I para gobernar sin el parlamento y, después, durante el protectorado dictatorial de Oliver Cromwell. La restauración de la monarquía en 1660 resolvió la cuestión de si Inglaterra sería una república o una monarquía en el futuro, pero la clase de monarquía en que se convertiría Inglaterra seguía siendo una cuestión abierta cuando comenzó el reinado de Carlos II.

El reinado de Carlos II

Aunque era hijo del decapitado y aborrecidísimo Carlos I, Carlos II (1660-1685) fue bien recibido por la mayoría de la población inglesa en un primer momento. Cuando accedió al trono proclamó una tolerancia religiosa limitada para los protestantes «disidentes» (los protestantes que no pertenecían a la Iglesia oficial de Inglaterra). Asimismo, prometió acatar la Carta Magna y la Petición de Derechos declarando, con su buen humor característico, que no aspiraba a «reanudar sus viajes». El ambiente de distensión moral que imperaba en su corte, con sus juegos atrevidos, bailes y desenfrenos sexuales, reflejaba un afán público por olvidar las restricciones del

pasado puritano. Algunos críticos señalaron que Carlos, «ese enemigo público de la virginidad y la castidad», se tomó demasiado en serio el papel de padre del país, pero, en realidad, no dejó ningún heredero legítimo y un solo hijo ilegítimo para luchar por el trono.

Carlos, criado en Francia durante el exilio, era un admirador de todo lo francés. Pero, a lo largo de la década de 1670, empezó a basar abiertamente su monarquía en el absolutismo de Luis XIV. Como resultado, los grandes de Inglaterra no tardaron en dividirse públicamente entre quienes apoyaban a Carlos (llamados por sus oponentes los *tories*, el nombre popular de los bandidos de la Irlanda católica), y sus contrarios (llamados *whigs* por sus contrarios, un apodo de presbiterianos escoceses). Ambos bandos temían el absolutismo tanto como temían el regreso de los «malos viejos tiempos» de la década de 1640, cuando la oposición a la corona había conllevado una guerra civil y, con el tiempo, el republicanismo. En lo que no se ponían de acuerdo era a cuál de las alternativas debían temer más.

La religión también continuó siendo una cuestión separadora. Carlos simpatizaba tanto con el catolicismo de Roma que en su lecho de muerte, en 1685, incluso se convirtió a él. Durante la década de 1670, suspendió durante un lapso breve las penas contra los disidentes católicos y protestantes reclamando su derecho como rey a ignorar las leyes del parlamento. La consiguiente protesta pública lo obligó a retractarse, pero esta controversia, junto con la creciente oposición a Jacobo, ferviente católico hermano de Carlos, como heredero al trono, conllevó una serie de victorias electorales de los *whigs* entre 1679 y 1681. En cambio, cuando un grupo de *whigs* radicales intentó excluir a Jacobo de la sucesión al trono de su hermano mediante una ley, Carlos ganó el pulso a la oposición en la llamada crisis de la exclusión. A partir de entonces, Carlos se encontró con que sus crecientes ingresos procedentes de derechos de aduana, unidos a una subvención secreta de Luis XIV, le permitían gobernar sin depender económicamente del parlamento. Además, Carlos alarmó a los políticos *whigs* ejecutando a varios de ellos por cargos de traición, y remodelando el gobierno local para volverlo más sumiso al control real. Carlos murió en 1685 con su poder reforzado, pero dejó tras de sí un legado político y religioso que se traduciría en la pérdida de su sucesor, menos capaz y menos hábil.

El reinado de Jacobo II

Jacobó II era el polo opuesto a su mundanal hermano. Este celoso católico converso ofendió a sus seguidores *tories*, casi todos ellos miembros de la Iglesia oficial de Inglaterra, al retirar las leyes que impedían a los disidentes católicos y protestantes desempeñar cargos políticos. Jacobo también hizo gala de su catolicismo romano declarando abiertamente el deseo de que todos sus súbditos se convirtieran y

exhibiendo públicamente legados papales por las calles de Londres. Cuando, en junio de 1688, ordenó que todos los clérigos de la Iglesia de Inglaterra leyeran su decreto de tolerancia religiosa desde los púlpitos, siete obispos se negaron y fueron enviados de inmediato a prisión acusados de difamación sediciosa. En cambio, durante el proceso judicial fueron declarados no culpables, para gran satisfacción de la población protestante inglesa.

El juicio de los obispos fue uno de los eventos críticos. El otro lo constituyó el nacimiento inesperado en 1668 de un hijo de Jacobo y su segunda esposa, María de Módena. Aquel niño, que debía educarse en el catolicismo, destituía a la hija protestante y mucho mayor de Jacobo, María Estuardo, como heredera del trono de Escocia e Inglaterra. Este nacimiento fue tan inesperado que corrieron numerosos rumores de que el niño no era en realidad hijo de Jacobo, sino que lo habían introducido a escondidas en los aposentos reales dentro de un calentador de cama.

Con el nacimiento del «niño del calentador de cama» los acontecimientos se precipitaron con rapidez hacia el clímax. Una delegación de *whigs* y *tories* cruzó el canal de la Mancha camino de Holanda para invitar a María Estuardo y su esposo protestante, Guillermo de Orange, a viajar a Inglaterra con un ejército invasor que preservara el protestantismo y las libertades del país mediante la convocatoria de un nuevo parlamento. Como jefe de una coalición continental a la sazón en guerra con Francia, Guillermo también recibió con agrado la oportunidad de convertir Inglaterra en un aliado contra la política exterior expansionista de Luis XIV.

La Revolución Gloriosa

La invasión de Guillermo y María se convirtió en un golpe sin derramamiento de sangre (aunque cuentan que Jacobo sufrió una hemorragia nasal en el momento de la crisis). Como Jacobo huyó del país, el parlamento pudo declarar el trono vacante y allanar el camino para que Guillermo y María accedieran a él como soberanos conjuntos por derecho de sucesión. Una Carta de Derechos, aprobada por el parlamento y aceptada por los nuevos monarcas en 1689, reafirmó libertades civiles inglesas como los juicios con jurado, el *habeas corpus* (la garantía de que nadie podía ir a prisión sin cargos delictivos) y el derecho a reclamar al monarca compensación de agravios a través del parlamento. La Carta de Derechos también declaraba que la monarquía estaba sujeta a la ley del país. Un Acta de Tolerancia, aprobada asimismo en 1689, garantizó a los protestantes disidentes el derecho de culto, aunque no estaban autorizados a ocupar cargos políticos. Además, en 1701, un Acta de Sucesión dispuso que todos los monarcas futuros de Inglaterra tendrían que pertenecer a la Iglesia oficial del estado. Eso implicaba que, ahora que la reina María había fallecido sin descendencia, el trono pasaría, tras la muerte del rey Guillermo, en primer lugar a

la hermana protestante de María, Ana (1702-1714), y a continuación, si Ana tampoco dejaba descendencia, a Jorge, elector del principado alemán de Hannover y biznieto protestante de Jacobo I. En 1707, un Acta de Unión formal entre Escocia e Inglaterra garantizó que en el futuro los herederos católicos del rey Jacobo II no tendrían más derecho a ocupar el trono de Escocia del que tenían a ocupar el trono de Inglaterra.

Los ingleses no tardaron en bautizar los eventos de 1688 y 1689 como la «Revolución Gloriosa», gloriosa porque se produjo sin derramamiento de sangre y también porque con ella Inglaterra se estableció con firmeza como una monarquía mixta gobernada por el «rey en el parlamento». Aunque Guillermo, María y sus sucesores siguieron ejerciendo grandes dosis de poder ejecutivo, después de 1688 ningún monarca inglés intentó gobernar sin el parlamento, el cual se ha reunido anualmente desde entonces. El parlamento y, en especial, la cámara de los comunes consolidaron asimismo su control sobre los impuestos y los gastos. En particular, los protestantes celebraron la Revolución Gloriosa como otro signo del favor especial que Dios concedía a Inglaterra, subrayando los vientos favorables («protestantes») que guiaron tan rápido a Guillermo y María hasta Inglaterra para evitar que la flota del rey Jacobo organizara una resistencia efectiva.

Sin embargo, no todo fue glorioso en 1688. La revolución reforzó la posición de los grandes terratenientes, cuyo control sobre el gobierno local estuvo amenazado por Carlos II y Jacobo II. Por tanto, restauró el *statu quo* en beneficio de una clase adinerada de magnates que pronto adquirirían más riquezas gracias al patrocinio del gobierno y a los réditos de la guerra. Pero también deparó miseria a la minoría católica de Escocia y a la mayoría católica de Irlanda. Después de 1690, cuando el rey Guillermo logró una victoria decisiva ante las fuerzas de Jacobo II en la batalla de Boyne, el poder en Irlanda recaería con firmeza en manos de una «ascendencia protestante», cuyo dominio en la sociedad irlandesa iba a perdurar hasta los tiempos modernos.

John Locke y la teoría del contrato social

La Revolución Gloriosa fue producto de una situación política única, pero también reflejaba teorías políticas antiabsolutistas que estaban tomando forma a finales del siglo XVII en respuesta a ideas de escritores tales como Bodin, Hobbes, Filmer y Bossuet. El más destacado de aquellos detractores del absolutismo fue el inglés John Locke (1632-1704), quien escribió sus *Dos tratados sobre el gobierno civil* antes de la revolución, aunque no se publicaron por primera vez hasta 1690.

Locke sostenía que los humanos vivieron en sus orígenes en un estado natural caracterizado por la libertad y la igualdad absolutas, y carente de cualquier clase de gobierno. Su única ley era la ley de la naturaleza (que Locke equiparaba con la ley de

la razón), en virtud de la cual los propios individuos hacían cumplir los derechos naturales a la vida, la libertad y la propiedad. Sin embargo, los humanos no tardaron en notar que los inconvenientes del estado natural pesaban más que sus ventajas. De ahí que accedieran, en primer lugar, a instaurar una sociedad civil basada en la igualdad absoluta y, después, a constituir un gobierno que arbitrara las desavenencias que pudieran surgir en el seno de dicha sociedad civil. Pero no otorgaron un poder absoluto al gobierno. El gobierno consistía sencillamente en el poder conjunto de todos los miembros de la sociedad; como tal, su autoridad no podía «ser mayor que la que tuvieran esas mismas personas en el estado natural antes de entrar en la sociedad y de entregársela a la comunidad». Todos los poderes no cedidos al gobierno estaban reservados a la propia gente; como resultado, la autoridad gubernamental era contractual y condicional. Si un gobierno se excedía o abusaba en el ejercicio de la autoridad que se le había otorgado, la sociedad tenía el derecho de disolverlo y crear otro.

Locke condenaba cualquier clase de absolutismo. Censuraba la monarquía absoluta pero no era menos crítico con las demandas de soberanía por parte de los parlamentos. El gobierno, aducía él, se ha creado para proteger la vida, la libertad y la propiedad; ninguna autoridad política podía infringir los derechos naturales de los individuos para preservarlos inviolados. La ley de la naturaleza, que encarnaba esos derechos, representaba, por tanto, una limitación automática y absoluta de cualquier rama del gobierno, ya fuera legislativa, ejecutiva o judicial.

A finales del siglo XVIII, las ideas de Locke se convertirían en un elemento relevante en el contexto intelectual de las revoluciones de América y Francia. Sin embargo, entre 1690 y 1720 sirvieron para un propósito mucho menos radical. Los magnates terratenientes que reemplazaron a Jacobo II por Guillermo y María interpretaron a Locke como un defensor de su revolución conservadora. En lugar de salvaguardar su libertad y propiedad, Jacobo II había puesto ambas en peligro, de ahí que aquellos potentados tuvieran derecho a derrocar la tiranía impuesta por él y a sustituirla por un gobierno que defendiera sus intereses mediante la conservación de esos derechos naturales. Después de 1689, el gobierno inglés estuvo regido por el parlamento; y el parlamento, a su vez, estuvo controlado por la aristocracia hacendada cuyos intereses comunes pesaban mucho más que su incesante pugna por el poder o sus desavenencias ocasionales en cuanto a principios.

El absolutismo de Luis XIV

En el retrato de estado de Luis XIV casi resulta imposible discernir el ser humano que se esconde tras la fachada del monarca absoluto, vestido con el atuendo de su

coronación y rodeado por los símbolos de su autoridad. Esta fachada la labró con esmero y habilidad el propio Luis, quien reconocía, quizá con más claridad que ningún otro gobernante de principios de la era moderna, la importancia del teatro para una monarquía eficaz. Luis y sus sucesores escenificaron deliberadas exhibiciones teatrales de su soberanía para realzar su posición como dirigentes dotados de poderes divinos muy alejados del común de los mortales.

LA ESCENIFICACIÓN DE LA REALEZA EN VERSALLES

Las exhibiciones de soberanía más elaboradas de Luis tenían lugar en el palacio de Versalles, la villa en las afueras de París donde trasladó la corte. El palacio y los jardines se convirtieron en el teatro donde Luis hipnotizaba a la nobleza para que le rindiera pleitesía mediante la escenificación de rituales cotidianos y manifestaciones de realeza. La fachada principal del palacio medía medio kilómetro de longitud. En su interior, tapices y cuadros celebraban las victorias militares francesas y los triunfos reales, los espejos reflejaban una luz resplandeciente por todo el edificio. En los vastos jardines exteriores, estatuas de Apolo, el dios griego del Sol, recordaban que Luis se había proclamado el «Rey Sol» de Francia. La nobleza competía por atenderlo cuando se levantaba de la cama, cuando asistía a sus comidas (por lo común heladas después de haber viajado una distancia equivalente a varias manzanas de casas en una ciudad, desde la cocina hasta llegar a la mesa), cuando paseaba por los jardines (hasta el primer bailarín real escenificaba una coreografía por los lugares que recorría el rey) o cuando montaba para ir de cacería. La corte de Luis era el epicentro de su brillante resplandor real, tal como corresponde a la residencia del Rey Sol. Se invitaba a los nobles más importantes de Francia a residir con él en Versalles durante cierto período del año; el esplendor de la corte estaba estudiado de forma deliberada para impedir que concibieran la posibilidad de desobediencia al tiempo que elevaba el prestigio de quienes se relacionaban con su persona. En lugar de tramar alguna traición menor en sus dominios, un marqués podía disfrutar del placer de saber que al día siguiente podía disfrutar del privilegio de dedicarle al rey dos o tres minutos de conversación mientras el cortejo real realizaba su majestuoso recorrido por los extensos corredores del palacio. Pero, al mismo tiempo, el protocolo (elaboradísimo y con un grado de detalle casi imposible) en torno a la corte mantenía a aquellos nobles en una tensión constante ante el temor sempiterno de ofender al rey con alguna violación trivial de los modales adecuados.

Luis entendía aquella farándula como parte de su obligación como soberano, un deber que cumplió con suma seriedad. Lejos de ser brillante, era una persona trabajadora y concienzuda. Pronunciara o no aquello de «*L'état c'est moi*» («El

estado soy yo»), es indudable que se veía a sí mismo como un servidor de los intereses del estado. Como tal, se atribuía personalmente la buena marcha de sus asuntos. «La deferencia y el respeto que recibimos de nuestros súbditos —escribió en una memoria que preparó para su hijo sobre el arte de gobernar— no son un regalo gratuito, sino el pago por la justicia y la protección que esperan de nosotros. Del mismo modo que ellos deben honrarnos, nosotros les debemos protección y amparo.»

ADMINISTRACIÓN Y CENTRALIZACIÓN

Luis definió sus responsabilidades en términos absolutistas: tanto para concentrar el poder real como para crear tranquilidad nacional. Al tiempo que desplazó a la nobleza a su teatro real privado, concilio a la alta burguesía reclutando a sus miembros como administradores reales y, sobre todo, como intendentes, responsables de administrar las treinta y seis *generalités* en que estaba dividida Francia. Los intendentes solían servir fuera de la región donde habían nacido y, por tanto, no mantenían ningún vínculo con las élites locales sobre las que ejercían su autoridad. Ocupaban cargos según la voluntad del rey y eran claramente «sus» hombres. Otros administradores, a menudo procedentes de familias recién ascendidas al estamento de la nobleza como recompensa por sus servicios, colaboraban en asuntos directos de estado desde Versalles. Estos hombres no eran los actores del teatro de Luis, el Rey Sol, sino que eran los trabajadores que asistían a Luis, guardianes reales del bienestar del país.

Los administradores de Luis dedicaban buena parte de su tiempo y energías a recaudar los impuestos necesarios para financiar el inmenso ejército del que dependía su agresiva y personalísima política exterior. Es importante comentar aquellos elementos personales del incipiente absolutismo moderno. A pesar de sus pretensiones para traducirse en una teoría política, el absolutismo fue, en esencia, un sistema de gobierno que permitió a monarcas ambiciosos multiplicar su poder mediante conquistas y alardes. Y, como tal, resultó extraordinariamente costoso. Aparte de la talla (*taille*) o el impuesto sobre la tierra, que subió a lo largo del siglo XVII y que, además, se cargó con un gravamen adicional, el gobierno de Luis introdujo una capitación (*capitation*; un impuesto general) y presionó con éxito para recaudar tributos indirectos sobre la sal (la *gabelle* o gabela), el vino, el tabaco y otros bienes de consumo. Como la nobleza estaba exenta de la talla, esta carga recaía con toda dureza sobre el campesinado, cuyas rebeliones locales aplastó Luis con facilidad.

La oposición regional se apaciguó, pero en modo alguno desapareció durante el reinado de Luis. Al trasladar la nobleza de provincias a Versalles, Luis la aisló de los

núcleos de poder e influencia locales. Para acabar con los poderes obstruccionistas de los parlamentos locales, Luis decretó también que los miembros de cualquier parlamento que se negaran a acatar y aplicar sus leyes sufrirían un exilio inmediato. Asimismo, invalidó la autoridad de los Estados Provinciales (*États provinciaux*) de Bretaña, Languedoc y Franco Condado. Los Estados Generales (*États généraux*), la asamblea representativa nacional de Francia convocada por última vez en 1614, no se reunió jamás durante el reinado de Luis y no volvería a hacerlo hasta 1789.

LA POLÍTICA CONFESIONAL DE LUIS XIV

Tanto por razones de estado como de conciencia personal, Luis estaba decidido a imponer la unidad religiosa en Francia, con independencia del coste social y económico que conllevara. Creía firmemente que a cambio de aquella fidelidad se granjearía el favor de Dios.

Aunque la inmensa mayoría de la población francesa era católica, los católicos franceses estaban divididos entre quietistas, jansenistas, jesuitas y galicanos. Los quietistas predicaban un retiro de misticismo personal que enfatizaba una relación directa entre Dios y el corazón del individuo. Aquella doctrina, que prescindía de los servicios intermediarios de la Iglesia, resultaba sospechosa a los absolutistas aferrados a la consigna de *un roi, une loi, une fou* (un rey, una ley, una fe). El jansenismo (un movimiento que porta el nombre de su fundador, Cornelius Jansen, obispo de Ypres en el siglo XVII) sostenía un ideario agustino de predestinación que quizá sonaba y se parecía mucho a una especie de calvinismo católico. Luis persiguió con resolución a quietistas y jansenistas, y los obligó a escoger entre la retractación o la prisión y el exilio. En cambio, apoyó a los jesuitas en sus esfuerzos por crear una Iglesia católica contrarreformista en Francia. Sin embargo, el favor de Luis hacia los jesuitas disgustó a los católicos galicanos, con gran tradición en Francia, quienes deseaban una Iglesia francesa independiente de la influencia papal, jesuita y española (las cuales tendían a equiparar). Como resultado de esta discordia entre católicos, el aura religiosa del reinado de Luis menguó en el transcurso de su mandato.

En cambio, Luis libró una batalla implacable contra los protestantes hugonotes. Se destruyeron las iglesias y escuelas protestantes, y se prohibió que los protestantes ejercieran buen número de profesiones, entre ellas la medicina y la imprenta. En 1685, Luis revocó el Edicto de Nantes, la base legal de la tolerancia que habían disfrutado los hugonotes desde 1598. Se exilió a los clérigos protestantes; los legos fueron enviados a galeras como esclavos; y a sus hijos se les impuso el bautismo católico. Muchas familias se convirtieron, pero doscientos mil refugiados protestantes huyeron a Inglaterra, Holanda, Alemania y América, y se llevaron consigo sus dotes

profesionales y artesanales. Esto supuso una gran pérdida para Francia. Entre muchos otros ejemplos, cabe mencionar que las industrias de la seda de Berlín y Londres las fundaron hugonotes huidos de la persecución de Luis XIV.

COLBERT Y LAS FINANZAS REALES

La campaña de Luis para unificar y centralizar Francia dependió de un incremento considerable de los ingresos reales, gestionados por Jean Baptiste Colbert, secretario de finanzas del rey desde 1664 hasta su muerte en 1683. Colbert diseñó un procedimiento más eficaz para la recaudación de impuestos y eliminó, siempre que le fue posible, la práctica publicana que permitía a los recaudadores retener para sí un porcentaje de los tributos recaudados para el rey. Cuando Colbert asumió el puesto, sólo el 25 por ciento de los impuestos recaudados en todo el reino llegaba al erario. Hacia su muerte, esa cifra había aumentado hasta el 80 por ciento. Bajo el mandato de Colbert, el estado vendió cargos públicos, incluidas judicaturas y alcaldías, y los gremios compraban el derecho de hacer valer las regulaciones del ramo. Colbert también intentó incrementar los ingresos de la nación mediante el control y la regulación del comercio exterior. Como mercantilista consagrado, Colbert creía que la riqueza de Francia crecería si se reducían las importaciones y aumentaban las exportaciones. De ahí que impusiera aranceles a las mercancías extranjeras importadas a Francia, al tiempo que invirtió dinero del estado para promocionar la fabricación nacional de bienes de consumo antes importados, como seda, encajes, tapices y vidrio. Manifestó una inquietud especial por crear industrias nacionales capaces de producir todos los pertrechos que Francia precisaría para la guerra. Para fomentar el comercio interior, también mejoró las carreteras, puentes y vías fluviales de Francia.

A pesar de los esfuerzos de Colbert por incrementar los ingresos de la corona, su política fracasó en última instancia debido a las insaciables demandas de las guerras de Luis XIV. El propio Colbert previó el desenlace cuando explicó al rey en 1680: «El comercio es la fuente de la hacienda pública, y la hacienda pública es la nervadura vital de la guerra... Ruego a su majestad que me permita decir tan sólo que, tanto en la guerra como en la paz, nunca ha consultado la cantidad de dinero disponible para decidir sus gastos». Pero Luis no le prestó ninguna atención. Como consecuencia, hacia el final de su reinado, aquella política exterior agresiva era una ruina, y las finanzas del país estaban hechas añicos por el coste insostenible de la guerra.

Las guerras de Luis XIV hasta 1697

El absolutismo nunca fue un fin en sí mismo para Luis. Más bien fue un medio para alcanzar un fin: la gloria interior lograda a través de victorias militares en el exterior. Desde 1661, cuando Luis inició su mandato personal, hasta su muerte en 1715, el monarca mantuvo Francia en pie de guerra casi constante. Sus campañas bélicas tuvieron dos objetivos principales: reducir la amenaza que suponían para Francia las potencias habsburguesas que la asediaban desde España, los Países Bajos españoles y el Sacro Imperio Romano, y promover los intereses dinásticos de su propia familia. Por fortuna para Luis, ambos objetivos coincidían a menudo. En 1667-1668 atacó los Países Bajos españoles, los cuales reclamó en nombre de su esposa, y logró capturar el territorio de Lille. En 1672, ofendido por el papel desempeñado por los holandeses para frustrar sus ataques previos a los Países Bajos españoles, y por la propaganda de los holandeses para humillarlo, Luis atacó Holanda y a su nuevo mandatario Guillermo de Orange (1672-1702). Guillermo de Orange, biznieto de Guillermo I de Orange, el Taciturno, defensor de los protestantes en el siglo XVI, se convertiría en la principal figura de Europa que resistió las campañas de conquista de Luis.

La guerra holandesa finalizó en 1678-1679 con el Tratado de Nimega. Aunque Luis consiguió pocos progresos en los Países Bajos, sí logró conquistar y conservar el territorio oriental del Franco Condado. Animado con ello, ahora dirigió la atención hacia el oeste, donde capturó la ciudad libre de Estrasburgo (1681), Luxemburgo (1684) y Colonia (1688). Entonces lanzó ofensivas por el Rin para saquear y quemar Renania central, la cual reclamaba en nombre de su desdichada cuñada e hija del dirigente de aquel territorio, el elector palatino.

En respuesta a estas nuevas agresiones, Guillermo de Orange organizó la Liga de Augsburgo, que con el tiempo acabaría uniendo Holanda, Inglaterra, España, Suecia, Baviera, Sajonia, el Palatinado del Rin y los Habsburgo de Austria contra Luis. El conflicto bélico resultante, la Guerra de los Nueve Años (1689-1697), causó una devastación extraordinaria. La mayoría de las campañas se libraron en los Países Bajos, pero el conflicto se extendió desde Irlanda hasta la India y América del Norte (donde se conoció como la Guerra del Rey Guillermo). Por último, en 1697, la Paz de Ryswick obligó a Luis a devolver la mayoría de las recientes adquisiciones de Francia, salvo Estrasburgo y el territorio circundante de Alsacia. Este tratado reconoció además a Guillermo de Orange como nuevo rey de Inglaterra, y con ello legitimó la Revolución Gloriosa de 1688 que reemplazó al rey católico Jacobo II por la monarquía protestante de Guillermo y María.

LA GUERRA DE SUCESIÓN ESPAÑOLA

La Liga de Augsburgo reflejó la emergencia de un nuevo objetivo diplomático en

Europa occidental y central: el mantenimiento de un «equilibrio de poder» diseñado para impedir que un solo país, como Francia, alcanzara tanto predominio como para amenazar la posición del resto de grandes potencias inmersas en el sistema de estados europeos. Esta meta alentaría a la diplomacia europea durante los dos siglos siguientes, hasta el desmoronamiento que sufrió todo el sistema del equilibrio de poder en 1914 con el estallido de la Primera Guerra Mundial. Los principales defensores de una diplomacia para el equilibrio de poder fueron Inglaterra, las Provincias Unidas, Prusia y Austria. Pero un equilibrio de poder no era un objetivo que suscribiera Luis XIV. Luis aceptó la paz con la Liga de Augsburgo en 1697 porque su país estaba exhausto por la guerra y la hambruna (la gran hambruna francesa de 1693-1694 aniquiló a casi un millón de personas, alrededor del 5 por ciento de toda la población). Pero también porque no consideraba el verdadero galardón: la reivindicación francesa del trono de España y, con ella, el control del imperio español en el Nuevo Mundo, Italia, Países Bajos y Filipinas.

En primeras nupcias, Luis había contraído matrimonio con la hija mayor del rey Felipe IV de España (1621-1665). La hija menor de Felipe se había desposado con el emperador del Sacro Imperio Romano, Leopoldo I de Austria (1658-1705). Ninguna de las hijas era heredera del trono español. Pero el único hijo varón de Felipe, el rey Carlos II de España (1665-1700), padeció una enfermedad mental y física durante toda la vida. Cuando, a lo largo de la década de 1690, se vio con claridad que no viviría mucho más tiempo, todas las grandes potencias europeas empezaron a interesarse por la sucesión del trono de España. Los riesgos eran altos. Si uno de los hijos de Leopoldo se convertía en el sucesor, entonces Francia quedaría rodeada por todas partes por el poder unido de los Habsburgo. En cambio, si ocupaba el trono el hijo o el nieto de Luis XIV, entonces Francia se tornaría la potencia preponderante en Europa y América.

Se propusieron varias combinaciones para resolver la crisis durante la década de 1690. Una habría concedido la sucesión al trono de España al príncipe de Baviera y nieto de Carlos II, de seis años, pero el chico falleció antes de que el plan se llevara a cabo. Otra oferta consistía en ceder a Luis XIV las posesiones de España en Italia, y el resto del imperio español a Leopoldo; pero Leopoldo lo impidió aduciendo que los territorios italianos tenían que pertenecerle a él de todos modos como emperador del Sacro Imperio Romano, y reconociendo, al menos de manera tácita, que Austria no disponía de capacidad naval para gobernar los territorios coloniales de España en Asia y América.

Ninguno de estos planes se consultó con los consejeros de Carlos II. Sus intereses se centraban en evitar por completo la partición y transferir todo el imperio español a un solo heredero. Para lograrlo, ordenaron a Carlos que en su testamento dejara todas sus posesiones al nieto más joven de Luis XIV, Felipe de Anjou, con dos condiciones:

que Felipe renunciara al trono de Francia en favor de su hermano mayor Luis (que, de todos modos, tenía prioridad para heredarlo) y que conservara intacto el imperio español. Las condiciones del testamento se mantuvieron en secreto pero se dispusieron de acuerdo con Luis XIV. Por tanto, en cuanto Carlos II expiró, Felipe V (1700-1746) fue proclamado nuevo rey de España, y Luis XIV se apresuró a mandar las tropas francesas a los Países Bajos españoles. Luis también envió comerciantes franceses a la América española y retiró a Guillermo de Orange el reconocimiento como rey de Inglaterra.

La guerra resultante enfrentó a Inglaterra, las Provincias Unidas, Austria y Prusia contra Francia, Baviera y España. Guillermo de Orange falleció en 1702, justo al comenzar el conflicto. Su papel como primer general de la coalición pasó a dos estrategas brillantes, el inglés John Churchill, duque de Marlborough, y el príncipe Eugenio de Saboya, un soldado austriaco de fortuna perteneciente a la clase alta. Bajo su mando, las fuerzas aliadas libraron una serie de batallas encarnizadas en los Países Bajos y Alemania, que incluyeron una incursión extraordinaria en Baviera, donde infligieron una derrota devastadora a los franceses y sus aliados bávaros en Blenheim (1704) en la que mataron o capturaron treinta mil de los cincuenta mil efectivos formados en su contra. Poco después, la marina inglesa tomó Gibraltar y la isla de Menorca, con lo que estableció así una posición estratégica y comercial en el Mediterráneo y abrió una escena militar nueva dentro de la propia España.

Hacia 1709, Francia estaba al borde de la derrota. Pero los aliados se extralimitaron al exigirle a Luis que se uniera a ellos contra su propio nieto en España. De ahí que la guerra continuara, con un coste enorme para ambos bandos. En la batalla de Malplaquet (1709), ochenta mil soldados franceses se enfrentaron a ciento diez mil combatientes aliados. El duque de Marlborough y Eugenio de Saboya obligaron a los franceses a batirse en retirada, pero sufrieron veinticuatro mil bajas, el doble que los franceses. El general de Luis le escribió tras la batalla: «Si Dios nos concede la gracia de perder otra batalla como ésta, su majestad ya puede contar con la destrucción de sus enemigos».

La reina Ana de Inglaterra (hermana de María y sucesora de Guillermo) se fue desencantando poco a poco con la guerra y destituyó al duque de Marlborough, su general más competente. Los comerciantes ingleses y holandeses también manifestaron grandes quejas por el daño que la guerra estaba causando en la industria y el comercio. Un nuevo gobierno *tory* en Inglaterra sucedió a los *whigs*, y empezó a lanzar tentativas de paz a Francia. Entretanto, la situación diplomática de Europa también estaba cambiando. Leopoldo I de Austria había muerto en 1705. Cuando su hijo mayor y sucesor, José I, falleció en 1711, la monarquía austriaca recayó sobre el hijo menor de Leopoldo, el archiduque Carlos, quien había encarnado la candidatura de los aliados para el trono de España. Con Carlos VI (1711-1740) como nuevo

mandatario austriaco y emperador del Sacro Imperio Romano, las expectativas de que accediera al trono de España volvieron a amenazar con romper el equilibrio de poder en Europa.

EL TRATADO DE UTRECHT

Al fin, la guerra terminó en 1713 con el Tratado de Utrecht. Los términos del mismo resultaron bastante razonables para todas las partes. Felipe V, nieto de Luis XIV, continuó en el trono de España y conservó intacto el imperio colonial español; pero, a cambio, Luis aceptó que Francia y España jamás se unirían bajo el mismo mando. Austria obtuvo territorios en los Países Bajos españoles e Italia, entre ellos Milán y Nápoles. A los holandeses se les garantizó la protección de sus fronteras contra invasiones futuras de Francia, pero los franceses conservaron Lille y Estrasburgo. Quien más ganó, con amplia diferencia, fue Gran Bretaña (tal como se conoció después de 1707 la unión de los reinos de Inglaterra y Escocia), que retuvo Gibraltar y Menorca y consiguió, además, gran parte de los territorios franceses en el Nuevo Mundo, incluidos Terranova, la zona continental de Nueva Escocia, la Bahía de Hudson y la isla caribeña de San Cristóbal. Sin embargo, lo más valioso fue que Gran Bretaña consiguió de España el derecho a transportar y vender esclavos africanos en la América hispana. Esto situó a los británicos, en una posición privilegiada para convertirse en los principales comerciantes de esclavos y la potencia colonial y comercial dominante del mundo en el siglo XVIII.

El Tratado de Utrecht conllevó una reestructuración fundamental del equilibrio de poder en la Europa occidental. El desmoronamiento de España ya era inminente; hacia 1713 era completo. España quedaría reducida al «enfermo de Europa» durante los dos siglos siguientes. El declinar de Holanda fue más gradual, pero hacia 1713 sus días de gloria también pertenecían al pasado. Los holandeses siguieron controlando las Islas de las Especias, pero en el mundo atlántico Gran Bretaña y Francia se convirtieron ahora en las potencias dominantes. Continuarían librando un duelo durante medio siglo más por el control de América del Norte, pero en Utrecht, el equilibrio del poder colonial se decantó de manera decisiva en favor de Gran Bretaña. En el seno de Europa se desmoronó el mito de la supremacía militar francesa. El nuevo mundo imperial y comercial ya no estaría gobernado por el ejército francés, sino por la marina británica.

La reconstrucción de Europa central y oriental

Las décadas entre 1680 y 1720 resultaron igualmente decisivas para la reconstrucción del equilibrio de poder en Europa central y oriental. A medida que disminuía la supremacía otomana, el imperio austrohúngaro de los Habsburgo se fue erigiendo en la potencia hegemónica de Europa central y suroriental. Al norte, Brandeburgo-Prusia también era una potencia en auge. Sin embargo, los cambios más espectaculares se estaban produciendo en Rusia, que, tras una guerra larga contra Suecia, emergería como la potencia dominante del mar Báltico, y pronto se volvería una amenaza mortal para el reino conjunto de Polonia-Lituania.

EL IMPERIO HABSBURGUÉS

En 1683 los turcos otomanos lanzaron su última ofensiva contra Viena. Sólo la llegada de las huestes polacas formadas por setenta mil hombres salvó la capital austriaca de la toma. Después, en cambio, el poder otomano en Europa suroriental declinó con rapidez. En 1699 Austria ya había reconquistado la mayoría de Hungría a los otomanos; en 1718, controlaba toda Hungría además de Transilvania y Serbia. En 1722 Austria también consiguió de Polonia el territorio de Silesia. Convertida Hungría ahora en un «estado tapón» entre Austria y los otomanos, Viena emergió como una de las grandes capitales culturales y políticas del siglo XVIII en Europa, y Austria se convirtió en uno de los árbitros del equilibrio de poder europeo.

Aunque los Habsburgo de Austria conservaron el título de emperadores del Sacro Imperio Romano y tras 1713 también ocuparon tierras en los Países Bajos e Italia, su verdadero poder radicaba en Austria, Bohemia, Moravia, Galitzia y Hungría. Entre estos territorios contiguos geográficamente mediaban inveteradas divisiones étnicas, religiosas y lingüísticas. A pesar de los esfuerzos centralizadores de diversos dirigentes habsburgueses, el imperio seguiría siendo una confederación más bien disgregada de territorios y posesiones muy dispares.

En Bohemia y Moravia, los Habsburgo animaron a los terratenientes a producir cultivos para exportar obligando a los campesinos a servir a sus señores con tres días de trabajo no remunerado por semana. A cambio, las élites hacendadas de esos territorios permitirían a los emperadores reducir la independencia política de sus estados legislativos tradicionales. Sin embargo, la nobleza húngara, poderosa e independiente, se opuso a semejantes zalamerías. Los esfuerzos habsburgueses por gobernar Hungría con el ejército y por imponer una uniformidad religiosa católica también se toparon con una resistencia firme. Como resultado, Hungría se mantuvo como una región semiautónoma dentro del imperio, cuyo respaldo nunca dieron por garantizado los austriacos.

Después de 1740, la emperatriz María Teresa (1740-1780) y su hijo José II (1765-

1790; ambos codirigentes desde 1765 hasta 1780) fueron precursores de un estilo nuevo de «absolutismo ilustrado» dentro del imperio; centralizaron la administración en Viena, aumentaron los impuestos, crearon un ejército profesional permanente y reforzaron su control sobre la Iglesia, al tiempo que crearon un sistema estatal de educación primaria, relajaron la censura y fundaron un código penal nuevo y más liberal. Pero, en la práctica, el absolutismo habsburgués, ilustrado o no, siempre estuvo limitado por la diversidad de sus territorios imperiales y por la flaqueza de las instituciones gubernamentales locales.

EL ASCENSO DE BRANDEBURGO-PRUSIA

Tras el desmoronamiento otomano, la principal amenaza para Austria provino del poder creciente de Brandeburgo-Prusia. Al igual que Austria, Prusia consistía en un estado compuesto que comprendía diversos territorios divididos geográficamente y adquiridos por la familia Hohenzollern a través de herencias. Sin embargo, las dos propiedades principales eran Brandeburgo, centrada en su capital, Berlín, y el ducado de Prusia Oriental. Entre ambos territorios se hallaba Pomerania (reclamada por Suecia) y una parte importante del reino de Polonia, que incluía el puerto de Gdarsk (Danzig). Los Hohenzollern pretendían unir su estado adquiriendo esos territorios intermedios. En el transcurso de más de un siglo de construcción constante del estado, al fin acabaron lográndolo. Durante el proceso, Brandeburgo-Prusia se convirtió en la potencia militar dominante de Europa central y en un elemento clave de diplomacia para el equilibrio de poder a mediados del siglo XVIII.

Los fundamentos de la grandeza prusiana los había asentado Federico Guillermo, el «Gran Elector» (1640-1688). Uniéndose a Polonia en una guerra contra Suecia a finales de la década de 1650, logró la renuncia del rey polaco a la jefatura suprema nominal de Prusia Oriental. A través de algunos movimientos diplomáticos ladinos durante la década de 1670, también protegió sus provincias occidentales de la ofensiva francesa devolviendo Pomerania, tomada en una guerra reciente, al aliado sueco de Francia. Pero tras aquellos triunfos diplomáticos se ocultaba el éxito del Elector en la creación de un ejército y la movilización de recursos para costearlo. Al conceder a los poderosos nobles de sus territorios (conocidos como *junkers*) el derecho de tomar como siervos a sus campesinos, al confiarles el cuerpo oficial del ejército y garantizarles inmunidad tributaria, Federico Guillermo se ganó su apoyo para el eficaz y muy autocrático sistema tributario que impuso al resto del país. Seguros del control que ejercían sobre sus estados y del incremento de poder que les procuraban los beneficios del comercio de grano con Europa occidental, los *junkers* cedieron contentos el gobierno de Prusia a una burocracia centralizada cuya labor

principal consistía en ampliar y fortalecer el ejército prusiano. Por su parte, el ejército se convirtió en el instrumento más importante del Gran Elector para reforzar su propio control sobre sus dominios más remotos.

Al apoyar a Austria en la Guerra de Sucesión española, el hijo del Gran Elector, Federico I (1688-1713), recibió el derecho de proclamarse rey de Prusia. (Como emperador del Sacro Imperio Romano, el monarca austriaco tenía el derecho de coronar nuevos reyes). Y, tras entrar en la gran Guerra del Norte del lado de Rusia y en contra de Suecia (véase más abajo), Federico allanó el camino para que Prusia recuperara Pomerania y afianzara su control sobre ella. Sin embargo, como rey dedicó la máxima atención al desarrollo de la vida cultural en su nueva capital real, Berlín, de acuerdo con las pautas establecidas por Luis XIV en Francia.

Federico Guillermo I (1713-1740) recuperó las políticas de su abuelo. Su interés primordial consistió en crear un ejército de primera categoría; persiguió ese objetivo con tanta perseverancia que acabaron apodándolo «el rey sargento». Durante su reinado, el ejército prusiano aumentó de treinta mil a ochenta y tres mil efectivos y pasó a ser el cuarto ejército más grande de Europa precedido por los de Francia, Rusia y Austria. Asimismo, amplió el tamaño del ejército prusiano por otra vía, mediante la creación de un regimiento privado, «los gigantes de Potsdam», compuesto en exclusiva por soldados con más de 185 centímetros de altura. Para costear el ejército, Federico Guillermo I aumentó los impuestos y racionalizó su recaudación, al tiempo que evitó los caros lujos de la vida cortesana. Era tan reacio a gastar los recursos del estado en procurarse placeres personales, que se decía que tenía que autoinvitarse a la mesa de los nobles para disfrutar de una buena comida. Para él, el «teatro» del absolutismo no lo constituía el palacio, sino el despacho donde supervisaba personalmente su querido ejército y las oficinas del estado que lo mantenían.

Federico Guillermo I, un hombre duro y poco imaginativo, apenas soportaba a su hijo Federico, cuya pasión no era el ejército, sino la flauta, y quien admiraba la cultura francesa tanto como su padre la desdeñaba. No es de extrañar, pues, que el joven Federico se rebelara; en 1730, con dieciocho años, huyó de la corte con un amigo. Al apresarlos, ambos compañeros fueron devueltos al rey, quien ejecutó al amigo de su hijo en presencia de éste. La horripilante lección surtió efecto. Aunque Federico nunca dejó de amar la música y la literatura, después de aquello se ciñó a sus obligaciones reales viviendo de acuerdo con la imagen que tenía de sí mismo como «primer servidor del estado» y ganándose el título histórico de Federico el Grande.

Federico Guillermo I había hecho de Prusia un estado fuerte. Federico el Grande (1740-1786) elevó su país a la categoría de gran potencia. En cuanto se convirtió en rey en 1740, Federico movilizó el ejército que su padre jamás había enviado a batallar

y ocupó la provincia austriaca de Silesia. Prusia carecía de cualquier reivindicación posible de Silesia, pero se trataba de un territorio tan rico como poco protegido, de modo que Federico se apoderó de él con el respaldo de Francia. La nueva emperatriz habsburguesa, María Teresa, contraatacó, pero, a pesar del apoyo de Gran Bretaña y Hungría, fue incapaz de recuperar Silesia. Envalentonado con aquel éxito temprano, Federico pasó el resto de su reinado consolidando sus conquistas en Silesia y ampliando su control sobre los territorios polacos situados entre Prusia y Brandeburgo. Mediante una diplomacia tenaz y conflictos armados frecuentes, hacia 1786 Federico había transformado Prusia en un reino poderoso con continuidad territorial.

Para asegurar un frente interior unido contra los enemigos de Prusia, Federico se cuidó de garantizarse el apoyo de los *junkers* hacia sus políticas. Su padre había reclutado servidores civiles de acuerdo con sus méritos y no con su linaje, pero Federico confió en la nobleza para formar el ejército y su administración en expansión. Curiosamente, la estrategia de Federico funcionó. La nobleza se mantuvo leal mientras Federico moldeó la burocracia más profesionalizada y eficaz de Europa.

Federico mostró el mismo interés por las sensibilidades de los *junkers* en cuanto a política interior. Al igual que su contemporáneo José II de Austria, Federico fue un absolutista ilustrado que supervisó una serie de reformas sociales, prohibió la tortura judicial de acusados de algún delito y el soborno de jueces, e instauró un sistema de escuelas elementales. Aunque era un firme antisemita, alentó la tolerancia religiosa hacia los cristianos y hasta declaró que no le importaría construir una mezquita en Berlín si hubiera suficientes musulmanes para llenarla. En sus propios estados reales abolió la pena capital, redujo los servicios de trabajos forzados al campesinado y le garantizó arrendamientos prolongados de las tierras que trabajaba. Asimismo, fomentó la silvicultura y la explotación de cultivos nuevos. Despejó tierras en Silesia y mandó miles de inmigrantes a labrarlas. Cuando las guerras arruinaban las granjas, reponía a los campesinos el ganado y las herramientas. Sin embargo, nunca intentó extender esas reformas a los estados de la nobleza. De haberlo hecho, habría ofendido al mismísimo grupo del que dependía el mandato de Federico.

Autocracia en Rusia

Rusia experimentó una transformación más espectacular aún bajo el dinámico gobierno del zar Pedro I (n. 1672-m. 1725). Sólo los logros de Pedro ya le habrían valido el título de «Grande», pero su altura imponente (medía 2,03 metros), así como su personalidad veleidosa (bromeando un instante y enfurecido al siguiente) se sumaron sin duda a la impresión de grandeza que causaba en sus contemporáneos.

Pedro no fue el primer zar que puso su país en contacto con Europa occidental, pero sí desarrolló una política decisiva para convertir Rusia en una gran potencia europea.

LOS PRIMEROS AÑOS DEL REINADO DE PEDRO

Desde 1613 Rusia había estado gobernada por miembros de la dinastía Romanov, quienes habían intentado con cierto éxito restaurar la estabilidad política tras la caótica «época de los disturbios» que siguió al fallecimiento del sanguinario y medio demente zar Iván el Terrible en 1584. Pero los Romanov se toparon con una grave amenaza para su gobierno entre 1667 y 1671, cuando un jefe cosaco (los cosacos rusos eran bandas semiautónomas de soldados de caballería de origen campesino) llamado Stenka Razin encabezó una rebelión en el sureste de Rusia. Este alzamiento encontró un apoyo amplio no sólo entre los siervos oprimidos, sino también entre las tribus no rusas de la región del bajo Volga que anhelaban liberarse del dominio de Moscú. Pero, al fin, el zar Alexis I (1645-1676) y la nobleza rusa consiguieron derrotar las celosas aunque desorganizadas bandas de rebeldes de Razin, masacrando a más de cien mil de ellos en el proceso.

Como Luis XIV de Francia, Pedro accedió al trono siendo aún niño y su infancia estuvo marcada por la disensión política y las intrigas en la corte. Sin embargo, en 1689, con diecisiete años, derrocó la regencia de su hermanastra Sofía y asumió el control personal del estado. Decidido a convertir Rusia en una gran potencia militar, el joven zar viajó a Holanda e Inglaterra en la década de 1690 para estudiar ingeniería naval y para reclutar trabajadores extranjeros cualificados que crearan una flota. Pero, durante su estancia en el exterior, se rebeló la guardia de palacio de élite (los *streltsy*) con la intención de devolver el trono a Sofía. Pedro se apresuró a regresar desde Viena y aplastó la rebelión con un salvajismo impresionante. Mil doscientos sospechosos de conspiración fueron condenados a muerte en procesos sumarios, muchos de ellos ahorcados fuera de los muros del Kremlin, donde los cuerpos permanecieron pudriéndose durante meses como advertencia gráfica del destino que les aguardaba a quienes osaran desafiar la autoridad del zar.

LA TRANSFORMACIÓN DEL ESTADO ZARISTA

Pedro se hizo conocido, sobre todo, como el zar que intentó occidentalizar Rusia imponiendo una serie de reformas sociales y culturales en la nobleza tradicional rusa: ordenó a los hombres de la nobleza que se cortaran las barbas y las mangas largas; publicó un manual de modales que prohibía escupir en el suelo y comer con los

dedos; incitó a la conversación cortés entre sexos; y exigió que tanto las mujeres como los hombres de la nobleza se ataviaran al estilo occidental en bodas, banquetes y otros acontecimientos públicos. Se envió a los hijos de la nobleza rusa a las cortes occidentales para que se educaran, y se trajeron miles de expertos del oeste de Europa a Rusia para trabajar en las escuelas y academias que Pedro construyó, y para servir en el ejército, la armada y la administración.

Estas medidas fueron importantes, pero sería erróneo pensar que respondieron a los deseos del zar de «modernizar» u «occidentalizar» Rusia. Las políticas de Pedro transformaron la vida rusa en profundidad, pero su verdadero objetivo consistía en convertir Rusia en una gran potencia militar, más que en rehacer la sociedad rusa. El nuevo sistema tributario (1724), por ejemplo, que calculaba los impuestos por individuos en lugar de hacerlo por familias, dejó obsoletas muchas de las divisiones tradicionales de la sociedad campesina rusa. Sin embargo, se creó para recaudar más dinero para la guerra. La Tabla de Rangos que impuso en 1722 ejerció un impacto parecido en la nobleza. Empeñado en que todos los nobles debían ganarse el ascenso de la clase baja (la de los terratenientes) a la clase administrativa (más alta que la anterior) y la clase militar (la más elevada de todas), Pedro invirtió la jerarquía tradicional de la nobleza rusa, la cual valoraba a los hacendados por cuestiones de nacimiento por encima de los administradores y los soldados, que ascendían por méritos. Pero Pedro también creó otro incentivo nuevo y poderoso para atraer a la nobleza al servicio administrativo y militar del zar.

Como autócrata de todas las Rusias, Pedro el Grande actuó como el dueño y señor de su imperio hasta unos niveles sin parangón en cualquier otro lugar de Europa. Después de 1649, los campesinos rusos pasaron a ser propiedad legal de sus hacendados; hacia 1750, la mitad eran siervos y la otra mitad eran campesinos del estado que residían en tierras pertenecientes al propio zar. Los campesinos del estado podían ser reclutados para servir como soldados en el ejército del zar, como obreros en sus fábricas (cuya capacidad productiva aumentó enormemente durante el reinado de Pedro) o para realizar trabajos forzados en la construcción de los edificios que proyectaba. Pero el zar podía gravar con impuestos y reclutar para el servicio militar tanto a los siervos como a sus señores. Por tanto, el zar contaba con que todos los rusos, de cualquier rango, podían entrar a su servicio, y en cierto modo consideraba que toda Rusia le pertenecía.

Para consolidar aún más su poder, Pedro suplantó la дума (la rudimentaria asamblea nacional del país) por un senado elegido a dedo, un grupo de nueve administradores que supervisaban los asuntos militares y civiles. En materia religiosa, Pedro asumió el control directo de la Iglesia ortodoxa rusa mediante la designación de un funcionario imperial para dirigirla. Para hacer frente a las demandas de la guerra, también instauró una administración nueva, más amplia y más eficaz, para la

cual reclutó tanto a nobles como a no nobles. Pero los grados dentro de la burocracia recién creada no dependían del linaje. Uno de los consejeros principales del zar, Alexánder Menshikov, inició su carrera como cocinero y acabó como príncipe. Este grado de movilidad social habría resultado imposible en cualquier país contemporáneo de Europa occidental. En Rusia, por el contrario, el estatus de nobleza dependía del servicio al gobierno, donde se esperaba que todos los nobles formaran parte del ejército o la administración de Pedro. Pedro no triunfó en la imposición de este requerimiento, pero la maquinaria administrativa que desarrolló el zar aportó a Rusia la clase dirigente de los dos siglos siguientes.

LA POLÍTICA EXTERIOR DE PEDRO

El objetivo de la política exterior de Pedro consistió en asegurarse puertos permanentes para Rusia en el mar Negro y el Báltico. En el mar Negro, los enemigos eran los otomanos, y Pedro tuvo poco éxito; aunque tomó el puerto de Azov en 1696, se vio obligado a devolverlo en 1711. Rusia no consolidaría su posición en el mar Negro hasta finales del siglo XVIII. En el norte, en cambio, Pedro consiguió mucho más. En 1700 inició lo que acabaría siendo una guerra de veintiún años contra Suecia, hasta entonces la potencia hegemónica del mar Báltico. En 1703, Pedro había alcanzado una posición firme en el golfo de Finlandia y de inmediato empezó a erigir una nueva capital allí que bautizó con el nombre de San Petersburgo. Tras 1709, cuando los ejércitos rusos, apoyados por Prusia, infligieron una derrota decisiva a los suecos en la batalla de Poltava, se aceleraron los trabajos en la nueva capital de Pedro. Ahora se reclutó todo un ejército de siervos para construir la ciudad, cuya pieza principal la encarnaba un palacio real diseñado para imitar y rivalizar con el Versalles de Luis XIV.

La gran Guerra del Norte contra Suecia finalizó en 1721 con la Paz de Nystad. Este tratado marca una redistribución de poder en Europa oriental comparable a la que conllevó el Tratado de Utrecht en el oeste. Suecia perdió los territorios del mar del Norte en favor de Hannover, y los territorios germanos del Báltico para Prusia. Sus posesiones orientales, entre ellas la totalidad del golfo de Finlandia, Livonia y Estonia, pasaron a Rusia. Suecia quedó transformada ahora en una potencia de segunda clase en el mundo europeo septentrional. Polonia-Lituania sobrevivió, pero al oeste lindaba con la potencia en expansión de Prusia, y al este, con la potencia en expansión de Rusia. También ella pasó a ser una potencia en declive; hacia finales del siglo XVIII, el reino desaparecería por completo y sus territorios serían absorbidos por los vecinos más poderosos. Los vencedores de Nystad fueron los prusianos y los rusos, ya que ambos consolidaron su posición a lo largo de la costa báltica y, por

tanto, lograron una buena posición para beneficiarse del lucrativo comercio de grano que Europa oriental mantenía con la occidental.

La victoria de Pedro supuso un coste enorme. Los impuestos directos subieron un 500 por cien durante su reinado y, en la década de 1720, el ejército ascendía a más de trescientos mil hombres. Pedro había convertido Rusia en una fuerza con la que había que contar en la escena europea; pero, con ello, también despertó grandes resentimientos, sobre todo entre la nobleza. El único hijo y heredero de Pedro, Alexis, se convirtió en el foco de las conspiraciones contra el zar, hasta que al final Pedro lo arrestó y ejecutó en 1718. Como resultado, cuando Pedro murió en 1725, no dejó ningún hijo para sucederlo. Le siguió una serie de zares incompetentes, en su mayoría criaturas de la guardia de palacio, bajo cuyo mando los nobles resentidos revocaron muchas de las reformas acometidas por Pedro el Grande. No obstante, en 1762 la corona pasó a manos de Catalina la Grande, una mandataria cuya ambición y determinación igualarían las de su gran predecesor.

CATALINA LA GRANDE Y LA PARTICIÓN DE POLONIA

Catalina fue una alemana que accedió al trono en 1762 a la muerte de su esposo, el débil (y tal vez demente) zar Pedro III, depuesto y ejecutado durante un golpe en palacio que la propia Catalina pudo haber contribuido a organizar. Aunque forjó una imagen de sí misma como dirigente ilustrada (mantenía correspondencia con filósofos franceses, componía obras de teatro y empezó a escribir una historia de Rusia), Catalina estaba decidida a no perder el apoyo de la nobleza que la había llevado al trono. De ahí que sus esfuerzos en cuanto a reformas sociales no llegaran mucho más allá de la fundación de hospitales y orfanatos, así como la creación de un sistema educativo elemental para los hijos de la nobleza de provincias. Al igual que sus contemporáneos «absolutistas ilustrados» José de Austria y Federico el Grande de Prusia, también ella convocó una comisión, en 1767, para revisar y confeccionar un código de legislación ruso. Pero pocas de sus propuestas extremas (como la abolición de la pena capital, el fin de la tortura judicial y la prohibición de la venta de siervos) se llevaron a cabo. Cualquier posibilidad de imponer esas medidas desapareció entre 1773-1775, cuando una revolución en masa del campesinado encabezada por el cosaco Yemelián Pugachov puso en peligro, brevemente, la mismísima ciudad de Moscú. Catalina respondió a la rebelión centralizando aún más su gobierno y reforzando el control de la aristocracia sobre el campesinado.

Catalina conquistó sus grandes logros a través de la guerra y la diplomacia. En 1769 reanudó la ofensiva de Pedro el Grande para asegurarse un puerto de mar permanente, libre de hielos, en el mar Negro. En la guerra resultante contra los turcos

otomanos (que finalizó en 1774), Rusia incrementó su control sobre la costa norte del mar Negro, consiguió la independencia de Crimea (que Rusia se anexionaría en 1783) y ganó un paso seguro para los barcos de Rusia a través del Bósforo con acceso al mar Mediterráneo. En el transcurso de esta campaña, Rusia logró controlar además varias provincias otomanas a lo largo del río Danubio.

Sin embargo, los progresos de Rusia en los Balcanes alarmaron a Austria, que ahora se encontró con el poderoso imperio ruso a un paso desde el sur. También Prusia corría el riesgo de verse envuelta en la guerra como aliada de los otomanos. Pero los verdaderos intereses de Federico el Grande se hallaban mucho más cerca de casa. Para mantener la paz entre Rusia, Prusia y Austria, propuso como alternativa la partición de Polonia. Rusia abandonaría sus conquistas en el Danubio y, a cambio, recibiría los campos de cereales del este de Polonia junto con una población que rondaba entre uno y dos millones de polacos. Austria adquiriría Galitzia, con sus dos millones y medio de polacos. Mientras que Prusia tomaría las regiones costeras de Polonia, incluido el puerto de Gdarísk (Danzig), que separaba Brandeburgo y Pomerania de Prusia oriental. Como consecuencia de este acuerdo, que concluyó en 1772, Polonia perdió alrededor del 30 por ciento de su territorio y la mitad de su población.

Polonia pagó ahora el precio de su conservadurismo político. Sola en medio de las mayores potencias de Europa central, la nobleza polaca había conseguido repeler cualquier cambio en favor de la centralización monárquica, que suponía una amenaza para sus libertades, entre las cuales se contaba el derecho de veto por parte de cualquier individuo noble a cualquier medida propuesta por la asamblea representativa polaca, la Dieta. Pero, por si fuera poco, la aristocracia polaca también se prestaba bastante a aceptar sobornos de potencias extranjeras a cambio de su voto en la elección del rey polaco. En 1764, Catalina la Grande intervino de este modo para asegurarse la elección de uno de sus ex amantes, Stanislav Poniatovski, como nuevo rey de Polonia. En 1772, el rey Stanislav aceptó de mala gana la partición de su país porque era demasiado débil para resistirse. Sin embargo, en 1788 se benefició de una nueva guerra ruso-turca para intentar consolidar su control sobre lo que le quedaba de su reino. En mayo de 1791 se adoptó una Constitución nueva que instauró una monarquía mucho más firme que la anterior. Pero ya era demasiado tarde. En enero de 1792 concluyó la guerra ruso-turca y Catalina la Grande se abalanzó sobre él. Juntos, los rusos y los prusianos arrancaron dos enormes bocados adicionales a Polonia en 1793 destruyendo en el proceso la reciente Constitución. Una última dentellada de Rusia, Austria y Prusia en 1795 ya no dejó nada en absoluto de Polonia o Lituania.

Comercio y consumo

A pesar del auge como potencias militares de Rusia, Prusia y Austria, durante el siglo XVIII el equilibrio de poder dentro de Europa se fue desplazando de manera gradual hacia el oeste. En concreto, las economías del Atlántico norte crecieron con más rapidez que las de cualquier otro lugar del continente. Como resultado, Francia y Gran Bretaña se fueron convirtiendo en potencias preponderantes tanto en Europa como en el resto del mundo.

CRECIMIENTO ECONÓMICO EN LA EUROPA DEL SIGLO XVIII

Las razones de este veloz crecimiento económico y demográfico en Europa noroccidental son complejas y siguen debatiéndose entre los historiadores. En Gran Bretaña y Holanda, nuevos sistemas agrícolas más intensivos produjeron más alimento por acre que nunca en tiempos anteriores. Unidos a la mejora de los sistemas de transporte, los nuevos métodos de labranza favorecieron la atenuación de hambrunas y una población mejor alimentada. Los cultivos nuevos, en especial el maíz y la patata (ambos introducidos en Europa desde América), también contribuyeron a aumentar las reservas de comida disponibles para alimentar la creciente población europea. Pero, aunque las hambrunas se volvieron menos frecuentes y menos generalizadas, las enfermedades contagiosas siguieron aniquilando a la mitad de los europeos antes de que cumplieran veinte años. Pero incluso a este respecto se lograron ciertos progresos. En concreto, la peste dejó de ser tan mortal cuando empezó a aparecer cierto grado de inmunidad (tal vez como resultado de una mutación genética) entre la población europea. Junto a las mejoras en la dieta, los avances en las condiciones de salubridad también pudieron ejercer ciertos efectos en la reducción del índice de contagios por males tan mortíferos como la fiebre tifoidea, el cólera, la viruela o el sarampión.

El noroeste del continente también se fue urbanizando cada vez más. En el conjunto de Europa, el número total de habitantes de las ciudades no experimentó variaciones significativas entre 1600 y 1800. En ambas fechas unas doscientas ciudades europeas reunían una población conjunta algo superior a diez mil almas. Lo que cambió fue, en primer lugar, que esas ciudades se concentraron cada vez más en el norte y oeste de Europa; y, en segundo lugar, el extraordinario crecimiento de las ciudades más grandes. El comportamiento de la industria y el comercio guarda gran relación con estas mudanzas. Ciudades como Hamburgo en Alemania, Liverpool en Inglaterra, Tolón en Francia y Cádiz en España crecieron alrededor de un 250 por cien entre 1600 y 1750. Ámsterdam, eje del incipiente comercio moderno internacional, pasó de treinta mil habitantes en 1530 a 115.000 en 1630 y 200.000 hacia 1800. Nápoles, concurrido puerto mediterráneo, pasó de una población de

300.000 en 1600 a casi medio millón a finales del siglo XVIII. Pero más espectacular aún fue el crecimiento demográfico que se produjo en las capitales administrativas de Europa. Londres creció de 674.000 en 1700 hasta 860.000 un siglo después. París pasó de 180.000 personas en 1600 a más de 500.000 en 1800. Berlín aumentó la población de 6.500 personas en 1661 a 60.000 en 1721 y 140.000 en 1783, de las cuales unas 65.000 eran empleados del estado o miembros de sus familias.

El aumento de las reservas alimentarias se tornó necesario para mantener a esas ciudades florecientes; pero la prosperidad del conjunto del noroeste europeo se vio más favorecida por los avances en la industria y la manufactura que en la agricultura. Alentados por la mejora de los transportes (como la remodelación de carreteras y puentes o la construcción de canales), los contratistas empezaron a promover la producción de textiles en el campo mediante la distribución («despliegue») de lana y lino entre los trabajadores rurales para que los cardaran, hilaran y tejieran telas con ellos que luego cobraban a destajo. Después, el empresario reunía las telas acabadas y las vendía en un mercado que ahora se extendía desde las localidades del entorno hasta los exportadores internacionales. Para los habitantes del campo, este sistema (en ocasiones llamado «protoindustrialización») procuraba un empleo muy bien recibido durante las épocas del año en que la agricultura escaseaba. Para los empresarios-comerciantes que lo administraban, el sistema les permitía eludir las costosas restricciones de los gremios urbanos y reducir la inversión de capital, lo que rebajaba los costes totales de la producción. Los trabajadores textiles de las ciudades se veían perjudicados, pero, aun así, el sistema incrementó considerablemente el empleo y los niveles de producción industrial, no sólo de textiles, sino también de hierro, metales y hasta juguetes y relojes.

A pesar de la protoindustrialización rural, el papel de las ciudades como centros manufactureros siguió aumentando durante el siglo XVIII. En el norte de Francia, buena parte del millón aproximado de hombres y mujeres empleados en la industria textil vivían y trabajaban en ciudades como Amiens, Lille y Reims. La política de los dirigentes de Prusia pretendía transformar Berlín en un centro manufacturero aprovechando la influencia de los protestantes franceses para fundar allí una fábrica de tejido de la seda y construyendo canales para conectar la ciudad con Breslau y Hamburgo. La mayoría de las manufacturas urbanas seguían produciéndose en pequeñas tiendas de cinco a veinte oficiales que trabajaban bajo la supervisión de un dueño. Pero la magnitud de aquellas empresas fue en aumento, y también creció la especialización cuando los talleres empezaron a unirse para formar una sola zona manufacturera que empleaba a varios miles de obreros para elaborar el mismo producto.

Algunos oficios continuaron en buena medida con las mismas técnicas usadas durante siglos. En otros, en cambio, los inventos alteraron las pautas de trabajo así

como la naturaleza del producto. Los telares de garrote, ingenios mecánicos simples que aceleraban la manufactura de textiles, hicieron su aparición en Gran Bretaña y Holanda. Las máquinas de trefilar y los molinos de rodillos cortantes para acero (que permitían a los fabricantes de clavos convertir barras de hierro en varillas) se extendieron desde Alemania hasta Gran Bretaña. De Asia se importaron las técnicas para estampar motivos en color directamente sobre tejidos de calicó. Aparecieron nuevas imprentas más eficaces, primero en Holanda y luego en otros lugares. Los holandeses inventaron incluso una máquina que llamaron «camello», que permitía elevar el casco de los barcos en el agua para facilitar su reparación.

Los obreros no aceptaron de inmediato las innovaciones de este tipo. Las máquinas que ahorraban trabajo dejaban a la gente sin ocupación. Los artesanos, sobre todo los organizados en gremios, eran conservadores por naturaleza, celosos por salvaguardar no ya sus derechos, sino también sus «misterios», los secretos de su oficio. A menudo, pues, los gobiernos intervenían para impedir el uso generalizado de las máquinas que amenazaban con aumentar el desempleo o, en cierto modo, crear descontento. Los holandeses y algunos estados alemanes, por ejemplo, prohibieron la utilización de lo que se calificó de «invento diabólico», un telar de cintas capaz de confeccionar dieciséis o más cintas al mismo tiempo. Pero los estados también intervenían para defender los intereses de los poderosos promotores comerciales y financieros. Para beneficiar a los fabricantes de textiles locales y los importadores de productos de las Indias, tanto Gran Bretaña como Francia ilegalizaron la estampación de calicó durante algún tiempo. Las doctrinas mercantilistas también obstaculizaron la innovación. Tanto en París como en Lyon, por ejemplo, se vedó el uso de tintes índigos porque se fabricaban en el extranjero. Pero las presiones para la renovación económica resultaron irresistibles, porque tras ellas yacía el apetito insaciable de bienes de consumo del siglo XVIII.

UN MUNDO DE PRODUCTOS

En el siglo XVIII apareció por primera vez en Europa, y en especial en Europa del noroeste, un comercio masivo de bienes de consumo. Las viviendas se volvieron más grandes, sobre todo en las ciudades, pero más sorprendente aún es que las casas de la población relativamente normal empezaron a llenarse de lujos insólitos hasta entonces como azúcar, tabaco, té, café, chocolate, periódicos, libros, cuadros, relojes, juguetes, porcelanas, cristalerías, platos de peltre, y hasta de plata, jabón, navajas de afeitar, muebles (incluidas camas con colchones, sillas y cómodas), zapatos, paños de algodón y ropa de repuesto. La demanda de estos productos superó con creces la oferta, y eso elevó los precios de dichos artículos más deprisa que el de los productos

alimenticios a lo largo del siglo. Pero la demanda siguió sin descender. Eran productos de lujo, por supuesto, pero también servían como depósitos de valor en los que las familias invertían el dinero sobrante sabiendo que podían empeñarlos si venían tiempos difíciles y necesitaban efectivo.

El estallido de economía de consumo que se produjo en el siglo XVIII aceleró la demanda de productos elaborados de toda clase. Pero también estimuló la creación de servicios. En la Gran Bretaña del siglo XVIII, los servicios representaron el sector de la economía que creció más deprisa, aventajó tanto a la agricultura como a la manufactura. En casi todas las zonas urbanas de Europa, el siglo XVIII se erigió en la edad dorada de los pequeños comerciantes. La gente compraba más alimentos preparados y más ropa confeccionada (en lugar de hacerla en casa). La publicidad se convirtió en una parte importante del comercio, ya que contribuía a crear demanda para los productos nuevos y modelaba el gusto popular por las modas nuevas.

El consumo permitía incluso manifestar los gustos políticos, ya que la gente adquiría platos y vasos conmemorativos de sus dirigentes o de sus causas.

Todos estos cambios trajeron como resultado una economía europea más compleja, más especializada, más integrada, más comercializada y más productiva de lo que el mundo había conocido jamás.

La colonización y el comercio en el siglo XVII

Muchos de los nuevos productos de consumo que impulsaron la economía del siglo XVIII en Europa, algunos tan básicos como el azúcar, el tabaco, el té, el café, el chocolate, la porcelana y los paños de algodón, provenían de los imperios coloniales europeos en Asia, África y América. La recuperación de la salud europea no se debió tan sólo a sus posesiones coloniales, pero esta prosperidad resultaría inconcebible sin ellas. Por tanto, debemos examinar estos imperios europeos y el papel que desempeñaron en el desarrollo económico del mundo del siglo XVIII. Pero para ello hay que empezar analizando los modelos de colonialismo que se aplicaron a lo largo del siglo XVII.

EL COLONIALISMO ESPAÑOL

Tras las hazañas de los conquistadores, los españoles instauraron gobiernos coloniales en Perú y en México, controlados desde Madrid. De acuerdo con las doctrinas del mercantilismo, el gobierno de España sólo permitía a los españoles comerciar con sus colonias americanas mediante la exigencia de que todas las

importaciones y exportaciones coloniales pasaran por un solo puerto español (que primero fue Sevilla y después se trasladó al puerto más navegable de la ciudad de Cádiz), donde se supervisaban en la aduana dirigida por el gobierno. Durante el siglo XVI, el sistema funcionó bastante bien. La economía colonial española estuvo dominada por la minería; el lucrativo mercado de la plata en el este de Asia incluso volvió rentable el establecimiento de un puesto avanzado en Manila, donde los comerciantes españoles intercambiaban seda de Asia por lingotes de oro y plata de América del Sur. Pero España también tomó medidas para fomentar la creación de granjas y haciendas en América Central y del Sur y fundó asentamientos en Florida y California.

La salud de los negocios coloniales españoles tentó a los comerciantes de otros países a sacar tajada del tesoro. Probablemente los aspirantes más osados fueron los ingleses, cuyo principal bucanero era el «perro del mar», sir Francis Drake. Drake asaltó tres veces las costas este y oeste de la América española. En 1587 atacó la flota española anclada en el puerto de Cádiz; y en 1588 desempeñó un papel crucial en la derrota de la armada española. Su vida ilustra la mezcla de piratería y patriotismo que caracterizó los primeros esfuerzos ingleses por entrar en el comercio colonial. Sin embargo, hasta la década de 1650, los ingleses sólo consiguieron reducir el lucrativo comercio español de lingotes de oro y plata, pieles, sedas y esclavos.

EL COLONIALISMO INGLÉS

Las colonias americanas de Inglaterra no tenían una riqueza mineral significativa. Como consecuencia, los colonos ingleses buscaron sacar provecho del establecimiento de asentamientos agrícolas en América del Norte y la cuenca caribeña. La primera colonia permanente, aunque a la larga infructuosa, se fundó en 1607 en Jamestown, Virginia. Durante los cuarenta años siguientes, ochenta mil emigrantes ingleses zarparon con destino a los más de veinte asentamientos autónomos existentes en el Nuevo Mundo. Muchos de aquellos primeros colonos llegaron empujados por motivos religiosos. Los peregrinos que arribaron a Plymouth, Massachusetts, en 1620, eran uno de los muchos grupos disidentes, tanto protestantes como católicos, que aspiraban a huir de la pretensión del gobierno inglés de imponer la conformidad religiosa emigrando a América del Norte. Sin embargo, resulta curioso que los colonos ingleses mostraran poco interés en intentar convertir al cristianismo a los nativos de América. La evangelización tuvo mucho más peso en los esfuerzos españoles por colonizar América central y meridional, y los esfuerzos franceses por acceder al interior de América del Norte.

La mayoría de aquellos asentamientos ingleses tempranos se organizaba de

manera privada. En cambio, cuando prosperaron, tanto el gobierno de Oliver Cromwell como el de Carlos II empezaron a intervenir en su gestión. Las actas de navegación de inspiración mercantilista, aprobadas en 1651 y 1660 y aplicadas con rigor en fechas posteriores, decretaban que todas las exportaciones procedentes de las colonias inglesas con destino a la madre patria debían transportarse en buques ingleses, y prohibían la exportación directa de ciertos productos «enumerados» desde las colonias hasta puertos continentales.

Los productos coloniales más valiosos de todos eran el azúcar y el tabaco. El azúcar, prácticamente desconocido en la Europa cristiana durante la Edad Media, se convirtió en un popular artículo de lujo a finales del siglo xv, cuando los europeos empezaron a producirlo en sus colonias mediterráneas y africanas. No obstante, sólo en el Nuevo Mundo alcanzó la producción azucarera tal volumen como para originar un mercado masivo del producto. A mediados del siglo xvii, la demanda europea de azúcar había alcanzado ya unas proporciones descomunales. En el siglo xviii, el azúcar que Inglaterra importaba desde sus minúsculas colonias en las Indias Occidentales de Barbados y Jamaica valía más que todas sus importaciones procedentes de China y la India juntas.

Pero el azúcar sólo se podía cultivar en una región geográfica y climática bastante limitada. El tabaco era mucho más adaptable. Aunque el tabaco lo importaron a Europa los españoles por primera vez a mediados del siglo xvi, aún transcurrió otro medio siglo antes de que los europeos adoptaran el hábito de fumar. Al principio se creyó que la planta tenía propiedades curativas milagrosas y recibió el apelativo de «tabaco divino» y «bendita hierba nicotiana». (La palabra *nicotina* deriva del nombre del embajador francés en Portugal, Jean Nicot, quien introdujo la planta del tabaco en Francia). La práctica de fumar la popularizaron los exploradores ingleses, en especial sir Walter Raleigh, quien había aprendido a fumar durante el período que vivió entre los indios de Virginia. Después se extendió con rapidez por todas las clases de la sociedad europea. Al principio, los gobiernos se unieron a la Iglesia en la condena del uso del tabaco, pero hacia finales del siglo xvii, tras comprobar los beneficios que sacaban de él, iniciaron una campaña activa para estimular su producción y consumo.

EL COLONIALISMO FRANCÉS

La política colonial francesa maduró durante la gestión del secretario de finanzas de Luis XIV, Jean Baptiste Colbert, quien consideró la expansión de ultramar como parte integrante de la política económica estatal. Para competir con los ingleses, favoreció el desarrollo de las colonias productoras de azúcar en las Indias Occidentales, la mayor de las cuales era Santo Domingo (la actual Haití). Francia

también dominó el interior continental de América del Norte, donde los comerciantes franceses compraban pieles, y los misioneros predicaban el cristianismo a los indios en un vasto territorio que se extendía desde Acadia hasta Quebec y Luisiana. Sin embargo, el rendimiento financiero de aquellas tierras nunca fue proporcional a su tamaño. Pieles, pescado y tabaco se exportaban a los mercados europeos en grandes cantidades, pero jamás igualaron los beneficios que generaban las colonias azucareras caribeñas o los puestos avanzados comerciales que Francia mantenía en la India.

EL COLONIALISMO HOLANDÉS

Hasta la década de 1670, los holandeses controlaron la mayor parte del próspero imperio comercial del siglo XVII. Aunque se establecieron algunos asentamientos holandeses, incluido uno en el cabo de Buena Esperanza, actualmente Sudáfrica, el colonialismo holandés siguió en general el modelo de «fortificación y factoría» que instauraron los portugueses en Asia. En el sudeste asiático, la Compañía Holandesa de las Indias Orientales, fundada en 1602, tomó el control de Sumatra, Borneo y las Molucas (las Islas de las Especias) expulsando a los comerciantes portugueses de una región que con anterioridad dominaban, y creando un monopolio holandés en el interior de Europa de pimienta, canela, nuez moscada, macis y clavo. Los holandeses también se aseguraron el derecho en exclusiva de comerciar con Japón y mantuvieron puestos militares y comerciales tanto en China como en la India. En cambio, en el hemisferio occidental consiguieron logros menos espectaculares. Tras una serie de guerras comerciales con Inglaterra, en 1667 renunciaron formalmente a la colonia de Nueva Ámsterdam (rebautizada con posterioridad como Nueva York) y sólo conservaron Surinam (a cierta distancia de la costa septentrional de América del Sur) y Curaçao y Tobago (en las Indias Occidentales). Aunque durante el siglo XVII dominaron el comercio de esclavos con África, después de 1713 los holandeses también perderían esa posición en favor de los británicos.

Como principales financieros del siglo XVII europeo, los holandeses también desarrollaron sistemas pioneros para invertir en empresas coloniales. Uno de los más importantes lo representó el de las compañías por acciones, de las cuales la Compañía Holandesa de las Indias Orientales se contó entre las primeras. Estas compañías concentraron dinero en efectivo mediante la venta a inversores de acciones de la empresa. Aunque los inversores no desempeñaban ningún papel en la gestión de la compañía, eran copropietarios del negocio y, por tanto, tenían derecho a obtener unos beneficios proporcionales a las cantidades invertidas. En un principio, la Compañía Holandesa de las Indias Orientales pensaba pagar a sus inversores diez años después de su fundación, pero los directores repararon pronto en la inviabilidad de la idea.

Hacia 1612, los bienes de la compañía (buques, muelles, almacenes y cargamentos) se encontraban dispersos por todo el globo. Es más, sus expectativas comerciales aumentaban de manera gradual. De ahí que los directivos animaran a los inversores ansiosos por cobrar sus beneficios a vender las acciones a otros inversores en la Bolsa de Ámsterdam, lo que aseguraba el funcionamiento continuado de la empresa y, en el proceso, establecía un método de financiación prolongada del negocio que no tardaría en extenderse a otras partes de Europa.

DISTINTAS FÓRMULAS DE ASENTAMIENTO COLONIAL

Las diversas relaciones comerciales que los países europeos establecieron con las colonias del Nuevo Mundo reflejaban diferencias importantes en cuanto a las fórmulas de asentamiento que se siguieron en cada colonia. En América Central y del Sur, un número bastante reducido de españoles había conquistado complejas sociedades de nativos americanos muy pobladas. Para gobernar esos territorios, los españoles reemplazaron rápidamente las élites nativas con administradores y eclesiásticos españoles. Pero, en términos generales, no aspiraban a erradicar o eliminar las culturas nativas existentes. Más bien, España concentró esfuerzos para controlar y explotar el trabajo de los nativos, así como para sacar el máximo provecho posible para la corona de los recursos minerales de las colonias. Los indios de la América española ya vivían en su mayoría en grandes aldeas y ciudades bien organizadas. La política colonial española consistió en recaudar impuestos en esas comunidades y convertirlas al catolicismo, pero sin necesidad de destruir los fundamentos de modo de vida.

Como resultado se produjo una asimilación cultural generalizada entre los colonos españoles y la población indígena, combinada con un grado bastante elevado de enlaces matrimoniales entre ellos. De esta realidad surgió un sistema complejo y peculiar de castas raciales y sociales donde los españoles puros ocupaban la cúspide, la gente de ascendencia mixta se situaba en el medio (combinaciones diversas de españoles, americanos y africanos), y los indios no tribales ocupaban la base. En teoría, estas categorías raciales se correspondían con las diferencias de clase, pero, en la práctica, la raza y la clase no siempre coincidían, y la raza en sí era con frecuencia una ficción social. Los individuos mezclados que alcanzaban cierta prosperidad económica solían hallar maneras de certificar la pureza de su ascendencia española adoptando prácticas sociales características de la élite (es decir, de los españoles). En cambio, los españoles siempre ocupaban la cima de la jerarquía social, aunque cayeran en la pobreza.

Al igual que las colonias españolas, las francesas se fundaron y administraron

como iniciativas directas de la corona. Los asentamientos coloniales franceses se concibieron en su mayoría como puestos avanzados militares y centros de comercio; de ahí que tuvieran una población abrumadora de hombres. Los miembros selectos de la sociedad colonial francesa los encarnaban los oficiales militares y administradores enviados desde París. Pero por debajo de esta categoría existía una amplia comunidad de gente con intereses varios formada por pescadores, comerciantes de pieles, pequeños granjeros y soldados corrientes que conformaban el grueso de los colonizadores de América del Norte. Salvo en el Caribe, las colonias francesas dependían en gran medida del comercio de pieles y la pesca; ambas actividades dependían de las relaciones de cooperación con los indígenas. De ahí que surgiera una interdependencia económica entre aquellas colonias francesas y la gente de la región circundante. Los matrimonios mixtos, sobre todo entre comerciantes de pieles franceses y mujeres nativas americanas, eran comunes. Pero la mayoría de las colonias francesas en el norte de América siguió dependiendo de los salarios y las provisiones enviadas desde la madre patria. Sólo algunas excepciones raras se convirtieron en sociedades económicas autosuficientes.

Las colonias inglesas a lo largo de la costa atlántica siguieron un modelo diferente. No empezaron como empresas de la corona. Fueron creadas o bien por compañías por acciones (como las colonias de Virginia o la Bahía de Massachusetts) o bien como colonias privadas, de propiedad (como Maryland y Pensilvania). Basándose en la experiencia de Irlanda, los colonos ingleses establecieron asentamientos planificados conocidos como plantaciones, donde intentaron reproducir al máximo las características de la vida inglesa. La geografía también contribuyó a la concentración resultante de los patrones de asentamiento inglés. Los ríos y las bahías del este de América del Norte procuraron los primeros asientos de los colonos ingleses en el Nuevo Mundo, y el océano Atlántico favoreció la conexión entre aquellos asentamientos separados entre sí. Pero, aparte del río Hudson, no había grandes ríos que permitieran a los colonos aventurarse mucho tierra adentro. En su lugar, las colonias inglesas se aferraron al litoral y, por tanto, unas a otras.

Al igual de las colonias francesas, las primeras colonias inglesas basaron sus exportaciones en la pesca y el comercio de pieles. Pero, sobre todo, las colonias inglesas eran comunidades agrícolas habitadas por terratenientes a escala pequeña y mediana para quienes la clave de la riqueza consistía en tomar el control de la tierra. En parte, esto era reflejo del tipo de gente que aquellas empresas coloniales basadas en capital privado lograban convencer para que emigrara al Nuevo Mundo. Pero esta concentración en la agricultura también se debió a la catástrofe demográfica que había aquejado a la población nativa de la costa atlántica durante la última mitad del siglo XVI. Las enfermedades europeas, traídas por los ejércitos españoles y por los pescadores franceses, ingleses y portugueses que frecuentaban los ricos bancos de

pesca frente a las costas de Nueva Inglaterra, ya habían diezclado a los indígenas del este de América del Norte incluso antes de que los primeros colonos europeos pusieran el pie allí. A comienzos del siglo XVII, gran cantidad de tierras ricas para la agricultura estaban abandonadas sencillamente porque ya no quedaban suficientes labradores nativos para trabajarlas (ésta fue una de las razones por las que, en un primer momento, muchos grupos indígenas recibieron con buenos ojos a los recién llegados).

Por tanto, a diferencia de los españoles, los colonos ingleses de la costa oriental no tuvieron ni la necesidad ni la oportunidad de controlar una gran fuerza de trabajo nativa. Más bien aspiraron a un control absoluto y exclusivo de aquellas tierras. Para lograrlo, los colonos ingleses no tardaron en emprender la eliminación, mediante la expulsión o la masacre, de los indígenas de sus colonias. Sin duda hubo excepciones. En la colonia cuáquera de Pensilvania, los colonos y los lugareños mantuvieron una relación pacífica durante más de medio siglo. En cambio, en ambas Carolinas, se produjo un sometimiento generalizado de los indígenas a la esclavitud, bien para venderlos a las Indias Occidentales o bien, a partir de la década de 1690, para trabajar en las plantaciones de arroz a lo largo de la costa. No obstante, en otros lugares fracasaron por completo todos los intentos de esclavizar a los nativos de América del Norte. De ahí que, cuando los hacendados ingleses buscaban trabajadores con cadenas, reclutaran sirvientes procedentes de Inglaterra (la mayoría de los cuales quedaba libre tras un período específico de servicio) o bien compraban cautivos africanos (que por lo común eran esclavizados de por vida).

Las relaciones sociales entre los colonos ingleses y los oriundos de América también diferían del resto de pautas que encontramos en otras partes del Nuevo Mundo. A diferencia de las colonias española y francesa, los matrimonios mixtos entre colonos ingleses e indígenas americanos eran raros. Más bien surgió una división racial estricta que distinguía a todos los europeos, con independencia de su clase, de todos los nativos de América o África. Los matrimonios mixtos entre americanos y africanos eran bastante comunes, pero entre los ingleses y los indígenas de sus colonias no tardó en formarse un abismo insalvable.

RIVALIDADES COLONIALES

Las fortunas de estos imperios coloniales experimentaron una transformación espectacular a lo largo del siglo XVII y comienzos del XVIII. España, enfangada en un estancamiento económico continuo y enredada en una serie de guerras y rebeliones internas de mucho coste, se reveló incapaz de defender el monopolio del comercio colonial. Durante una guerra contra España en la década de 1650, Inglaterra

consiguió no sólo la isla de Jamaica, sino barcos cargados de tesoros fondeados en el puerto de Cádiz. Pero aún sacó más provecho del soborno a gran escala de los aduaneros españoles. Durante la segunda mitad del siglo, dos tercios de los bienes importados que se vendían en las colonias españolas los introducían de contrabando comerciantes holandeses, ingleses y franceses. Hacia 1700, el imperio colonial que España poseía aún estaba a merced de sus rivales más dinámicos. El breve repunte de las fortunas logrado por una gestión más inteligente a mediados del siglo XVIII no sirvió de nada para evitar el eclipse final.

A Portugal también le resultó imposible evitar la intromisión extranjera en su imperio colonial. Inglaterra, sobre todo, trabajó con diligencia para lograr ventajas comerciales allí. En 1703, los ingleses firmaron un tratado con Portugal que permitía a los comerciantes ingleses exportar prendas de lana libres de impuestos a Portugal, y a los barcos portugueses enviar sus vinos a Inglaterra sin pago de aranceles. El incremento del comercio inglés con Portugal favoreció asimismo el comercio de Inglaterra con la colonia portuguesa de Brasil, un productor importante de azúcar y el mayor mercado de esclavos africanos de todo el Nuevo Mundo. En el siglo XVIII, los comerciantes ingleses dominarían esas rutas de comercio brasileño.

Colonialismo e imperio

El Tratado de Utrecht de 1713 inició una era nueva para esas pugnas coloniales. Como ya se ha visto, los grandes perdedores de aquellas negociaciones fueron los holandeses, que sólo lograron garantizar la seguridad de sus propias fronteras, y los españoles, que se vieron obligados a conceder a Gran Bretaña el derecho de comerciar con esclavos en sus colonias. Los vencedores fueron los británicos (que consiguieron grandes extensiones de territorio francés en América del Norte) y, en menor medida, los franceses, que conservaron la isla de Cabo Bretón, Quebec, las regiones interiores de América del Norte y su posición en la India. El siglo XVIII presenciaría una disputa continua entre Gran Bretaña y Francia por el control del comercio en expansión que ahora ligaba la economía europea a América y Asia.

EL COMERCIO TRIANGULAR DE AZÚCAR Y ESCLAVOS

Durante el siglo XVIII, el comercio colonial europeo se vio dominado por las rutas transatlánticas que se desarrollaron como consecuencia de la lucrativa industria del azúcar en las Indias Occidentales y la demanda de esclavos de África para trabajar en esas plantaciones caribeñas. En este comercio «triangular», la superioridad naval

otorgó a Gran Bretaña una ventaja decisiva sobre sus rivales franceses, españoles, portugueses y holandeses. Un barco británico típico podía iniciar su singladura en Nueva Inglaterra con una remesa de ron y navegar hasta África, donde cambiaba el ron por un cargamento de esclavos. Después, desde la costa occidental africana, la nave cruzaba el Atlántico sur hasta las colonias azucareras de Jamaica y Barbados, donde entregaba esclavos a cambio de melaza. Y, entonces, cubría la última etapa del viaje de vuelta a Nueva Inglaterra, donde la melaza se trataba para obtener ron. Otra variante del triángulo consistía en enviar bienes manufacturados y quincallas desde Europa hasta África, donde se cambiaban por esclavos, los cuales viajaban hasta Virginia y se canjeaban por tabaco, que se mandaba en barco hasta Inglaterra, donde se procesaría para venderlo por toda Europa.

El cultivo del azúcar y el tabaco del Nuevo Mundo dependía del trabajo de los esclavos. A medida que aumentó la demanda europea de esos productos, también creció el tráfico de esclavos africanos. En el auge del comercio de esclavos por el Atlántico durante el siglo XVIII, se enviaron entre 75.000 y 90.000 africanos al año al otro lado del océano: al menos seis millones de personas a lo largo del siglo XVIII de un total superior a 11 millones a lo largo de toda la historia del comercio. Alrededor del 35 por ciento acabó en plantaciones caribeñas de Inglaterra y Francia; el 5 por ciento (unas 500.000 personas) fue a América del Norte; y el resto, a la colonia portuguesa de Brasil y a las colonias españolas en América Central y del Sur. En la década de 1780, había más de 500.000 esclavos en la isla con plantaciones más grande de Francia, Santo Domingo, y al menos 200.000 en su equivalente inglesa, Jamaica.

Aunque el comercio de esclavos se gestionó como un monopolio por parte de varios gobiernos durante el siglo XVI y comienzos del XVII, durante el siglo XVIII el mercado se abrió a empresarios privados que controlaban puertos en la costa occidental de África. Estos comerciantes cambiaban telas indias, utensilios de metal, ron y armas de fuego con los negreros de África por cargamentos humanos que, hacinados a centenares en las bodegas de los barcos de esclavos, emprendían la espantosa «travesía intermedia» a través del Atlántico (así llamada para distinguirla del recorrido que cubrían los barcos negreros de Europa a África y, con posterioridad, desde las colonias de vuelta hasta Europa). Atados con grilletes bajo cubierta y sin ninguna medida sanitaria, los hombres, mujeres y niños cautivos vivían un sufrimiento horrible. Sin embargo, la tasa de mortalidad se mantuvo alrededor del 10 y el 11 por ciento, no mucho más alta que la tasa habitual de las travesías con una duración de cien días o más. Como los tratantes invertían hasta 10 libras por esclavo en esta empresa, por lo común se aseguraban de que el porte llegara a destino en unas condiciones lo bastante buenas como para sacarle beneficio durante la venta.

LA RIVALIDAD COMERCIAL ENTRE GRAN BRETAÑA Y FRANCIA

La dominación británica del comercio de esclavos le procuró una ventaja decisiva en sus pugnas comerciales con Francia. Según escribió un inglés en 1749, el comercio de esclavos había supuesto «una fuente inagotable de riqueza para esta nación». Pero incluso al margen de este comercio de esclavos, el valor del comercio colonial experimentó un incremento espectacular durante el siglo XVIII. El comercio colonial francés, valorado en 25 millones de libras francesas en 1716, aumentó hasta 263 millones en 1789. En Inglaterra, hacia el mismo período, el comercio exterior aumentó su valor de 10 a 40 millones de libras; esta última cantidad supera en más del doble la cifra de Francia.

El incremento del valor del comercio colonial fundió los intereses de los gobiernos y los comerciantes transoceánicos en un abrazo cada vez más estrecho. Los comerciantes dedicados al comercio colonial dependían de que el gobierno protegiera y defendiera sus inversiones en ultramar; pero, a su vez, los gobiernos necesitaban a los comerciantes y sus promotores financieros para construir los barcos y mantener el comercio de los que dependía el poder nacional. En el siglo XVIII, hasta la posibilidad de afrontar una guerra dependía en gran medida (y cada vez más) de la capacidad del gobierno para pedir prestados los fondos necesarios a los inversores más ricos y para, después, devolver esas deudas, con intereses, al cabo del tiempo. Igual que en el comercio, también en las finanzas Gran Bretaña pasó a disfrutar de una ventaja decisiva frente a Francia. El Banco de Inglaterra, fundado en la década de 1690, gestionó la deuda nacional inglesa con gran éxito, ya que consiguió los fondos necesarios para la guerra vendiendo acciones a inversores que luego les devolvió a unos tipos de interés moderados. En Francia, en cambio, el endeudamiento crónico del gobierno obligó a la corona a pedir préstamos a unos tipos de interés tan altos que resultaron ruinosos y provocaron una serie de crisis fiscales que al final, en 1789, desencadenaron el hundimiento de la monarquía francesa.

LAS GUERRAS Y LOS IMPERIOS EN EL MUNDO DEL SIGLO XVIII

Después de 1713, Europa occidental permaneció mucho tiempo en paz durante una generación. En 1740, en cambio, aquella paz se vio ensombrecida cuando Federico el Grande de Prusia sacó provecho del ascenso de una mujer al trono de Austria, la emperatriz María Teresa, para apoderarse de la provincia austriaca de Silesia (véase más arriba). En la consiguiente Guerra de Sucesión austriaca, Francia y España lucharon del lado de Prusia con la esperanza de remediar alguna de las pérdidas que sufrieron con el Tratado de Utrecht. Tal como habían hecho desde la década de 1690,

Gran Bretaña y la República de Holanda apoyaron a Austria. Al igual que otros conflictos previos, éste se extendió con rapidez más allá de las fronteras europeas. En la India, la Compañía Británica de las Indias Orientales perdió el control sobre la región costera de Madrás en favor de su rival francesa; pero en América del Norte, los colonos británicos de Nueva Inglaterra capturaron el importante fuerte francés de Louisbourg, en la isla de Cabo Bretón, con la intención de detener la intromisión francesa en sus empresas pesqueras y de navegación. Cuando finalizó la guerra en 1748, Gran Bretaña recuperó Madrás y devolvió Louisbourg a Francia.

Ocho años después, estos conflictos coloniales se reavivaron cuando Prusia volvió a atacar Austria. Pero en esta ocasión, Prusia se alió con Gran Bretaña. Austria encontró el apoyo de Francia y Rusia. En Europa, la Guerra de los Siete Años (1756-1763) acabó en tablas. En la India y América del Norte, en cambio, tuvo unas consecuencias decisivas. En la India, las tropas mercenarias pagadas por la Compañía Británica de las Indias Orientales se unieron a aliados nativos para eliminar a la competencia francesa. En América del Norte (donde el conflicto se conoció como la guerra franco-india), las tropas británicas tomaron tanto Louisbourg como Quebec y también expulsaron a las fuerzas francesas del valle del río Ohio y de los Grandes Lagos. En virtud del Tratado de París de 1763, que puso fin a la Guerra de los Siete Años, Francia entregó formalmente Canadá y la India a los británicos. Seis años después se disolvió la Compañía Francesa de las Indias Orientales.

LA REVOLUCIÓN AMERICANA

A lo largo del litoral atlántico, en cambio, las colonias británicas, que experimentaban un crecimiento veloz, empezaron a molestarse con la gestión desde Londres. Para recuperar algunos de los gastos generados por la Guerra de los Siete Años y sufragar los costes constantes de la protección de los súbditos coloniales, el parlamento británico gravó a las colonias americanas con una serie de impuestos nuevos cuya impopularidad fue inmediata. Los colonos se quejaban de que, al carecer de representantes en el parlamento, les imponían tributos sin su consentimiento, lo que constituía una violación esencial de sus derechos como ciudadanos británicos. Asimismo, protestaban porque las restricciones británicas al comercio colonial, en especial, la exigencia de que ciertas mercancías pasaran previamente por puertos británicos antes de ser enviadas al continente, estaba estrangulando los medios de subsistencia americanos, lo que imposibilitaba el pago incluso de los impuestos legítimos de la corona.

El gobierno británico, encabezado desde 1760 por el joven e inexperto rey Jorge III, respondió a las quejas con una mezcla mal calculada de vacilación y fuerza. Se

impusieron varios tributos que más tarde se retiraron ante la resistencia colonial. En cambio, en 1773, cuando colonos rebeldes volcaron el té de la Compañía de las Indias Orientales en el puerto de Boston porque se oponían a los aranceles impuestos a esta mercancía, el gobierno británico cerró este puerto y redujo las instituciones representativas de la colonia. Estos «Actos Coactivos» estimularon el apoyo del resto de colonias americanas a Massachusetts. En 1774, los representantes de todas las colonias americanas se reunieron en Filadelfia para formar un Congreso Continental que negociara sus reivindicaciones con la corona. Sin embargo, en abril de 1775, los milicianos locales de Lexington y Concord tuvieron un enfrentamiento con las tropas regulares británicas enviadas para desarmarlos. Poco después, el Congreso Continental empezó a reclutar un ejército y estalló una rebelión abierta contra el gobierno británico.

El 4 de julio de 1776, las trece colonias declararon formalmente su independencia de Gran Bretaña. Durante los dos primeros años de guerra, parecía improbable que aquella independencia llegara a convertirse en una realidad. Pero en 1778, Francia, deseosa de socavar la hegemonía colonial instaurada por Gran Bretaña desde 1713, se sumó a la contienda del lado de los americanos. España entró en el conflicto en apoyo de Francia con la esperanza de recuperar Gibraltar y Florida (esta última perdida en 1763 en favor de Gran Bretaña). En 1780, Gran Bretaña también declaró la guerra a la República de Holanda por seguir comerciando con las colonias rebeldes. Ahora, enfrentada a una coalición formada por sus rivales coloniales, Gran Bretaña vio cómo la guerra se volvió contra ella. En 1781, la acción combinada de operaciones por tierra y mar de las tropas francesas y americanas forzó la rendición del ejército principal británico en Yorktown, Virginia. En el momento en que los soldados británicos vencidos depusieron las armas, su banda tocó una canción titulada *The World Turned Upside Down* (o sea, «El mundo al revés»).

Las negociaciones de paz comenzaron poco después de la derrota en Yorktown, pero no concluyeron hasta septiembre de 1783. El Tratado de París dejó a Gran Bretaña el control de Canadá y Gibraltar. España conservó sus posesiones al oeste del río Misisipí y recuperó Florida. Los Estados Unidos obtuvieron la independencia, su frontera occidental se fijó en el río Misisipí, y aseguraron valiosos derechos de pesca en la costa oriental de Canadá. Francia sólo ganó la satisfacción de derrotar a su rival colonial; pero hasta eso le duró poco. Seis años después, las deudas ingentes que contrajo Francia para apoyar la Revolución americana contribuyeron a provocar otra revolución, de una clase muy distinta, en Francia que alteraría para siempre el curso de la historia de Europa.

Conclusión

Visto así, la Guerra de Independencia americana representó el último conflicto militar de una batalla secular entre Gran Bretaña y Francia por la supremacía colonial. Pero las consecuencias de la derrota de Gran Bretaña en 1783 fueron mucho menos significativas de lo esperable. Incluso después de la independencia de las colonias, Gran Bretaña siguió siendo el socio comercial más importante de sus antiguas colonias americanas, mientras que, en otras partes del globo, continuó creciendo la preponderancia comercial que Gran Bretaña ya había establecido. Los beneficios de la esclavitud ciertamente contribuyeron a alimentar la economía británica del siglo XVIII; sin embargo, hacia el fin del siglo el comercio y las manufacturas británicas habían alcanzado un nivel tan elevado de productividad que incluso la abolición del comercio negrero (en 1808) y de la propia esclavitud (en 1833) no impidieron su crecimiento progresivo.

La prosperidad económica de Gran Bretaña en las postrimerías del siglo XVIII reverberó en cierta medida sobre el noroeste de Europa. La mejora de los sistemas de transporte y la mayor fiabilidad de las provisiones alimentarias mejoraron el nivel de vida de gran número de europeos, aun cuando la población global de Europa creció a partir de 1750 más deprisa que nunca con anterioridad. El crecimiento demográfico fue especialmente veloz en las ciudades, donde empezó a emerger una nueva clase media urbana cuyos gustos impulsaron el mercado de bienes de consumo y cuyas opiniones remodelaron el mundo de las ideas.

Pero la prosperidad de finales del siglo XVIII en Europa siguió estando repartida de manera muy desigual. En las ciudades, los ricos y los pobres llevaban vidas distintas en barrios distintos. En el campo, las regiones circunvaladas por la economía comercial en desarrollo del período siguieron sufriendo las mismas necesidades y hambrunas que en los siglos XVI y XVII. En el este de Europa, los contrastes entre ricos y pobres eran más extremos aún, puesto que muchos campesinos cayeron en una forma nueva de servidumbre que perduraría hasta finales del siglo XIX. También la guerra siguió siendo una constante en la vida europea que trajo la muerte y la destrucción a cientos de miles de personas de todo el continente y el resto del mundo (otra consecuencia más del alcance universal de aquellos imperios coloniales europeos).

Los cambios políticos fueron más graduales. En toda Europa aumentó de manera progresiva el poder de los gobiernos. Los administradores se volvieron más numerosos, más eficientes y más exigentes, en parte para afrontar los costes crecientes de la guerra, pero también porque los gobiernos empezaron a asumir una cantidad mucho mayor de responsabilidades en pro del bienestar de sus súbditos. A pesar de lo mucho que creció el ámbito del gobierno, su estructura y sus principios, sin embargo, cambiaron bastante poco. Aparte de Gran Bretaña y la República Holandesa, las grandes potencias de Europa en el siglo XVIII aún seguían gobernadas

por dirigentes que se autodenominaban monarcas absolutistas al estilo de Luis XIV. Sin embargo, hacia 1789 el mundo europeo era un lugar muy diferente al que había sido un siglo antes, cuando el Rey Sol había dominado la política europea, y esas diferencias estaban a punto de revelarse en toda su extensión.

Bibliografía seleccionada

- ARIÈS, Philippe, y Georges DUBY (dirs.), *Historia de la vida privada. 6, La comunidad, el Estado y la familia en los siglos XVI-XVIII*, Madrid, Taurus, 1992.
- BARUDIO, Gunter, *La época del absolutismo y de la ilustración (1648-1779)*, Madrid, Siglo XXI, 1992.
- BLACK, Jeremy, *La Europa del siglo XVIII, 1700-1789*, Madrid, Akal, 1996.
- BLANNING, T. C. W. (ed.), *El siglo XVIII: Europa 1688-1815*, Barcelona, Crítica, 2002.
- DUCHHARDT, Heinz, *La época del absolutismo*, Madrid, Alianza, 1992.
- ECHEVARRÍA BACIGALUPE, Miguel Ángel, *Flandes y la monarquía hispánica, 1500-1713*, Madrid, Sílex, 1998.
- ELLIOTT, John, *Imperios del mundo atlántico: España y Gran Bretaña en América, 1492-1830*, Madrid, Taurus, 2006.
- ENCISO RECIO, Luis Miguel, *La Europa del siglo XVIII*, Barcelona, Península, 2001.
- EVANS, R. J. W., *La monarquía de los Habsburgo: (1550-1700)*, Cerdanyola, Labor, 1989.
- HUFTON, Olwen, *Europa: privilegio y protesta (1730-1789)*, Madrid, Siglo XXI, 1983.
- KLEIN, Herbert, *La esclavitud africana en América Latina y el Caribe*, Madrid, Alianza, 1986.
- LOCKE, John, *Dos ensayos sobre el gobierno civil*, Madrid, Espasa, 1997.
- LYNCH, John, *La España del siglo XVIII*, Barcelona, Crítica, 2004.
- MASSIE, Robert, *Pedro el Grande: su vida y su mundo*, Madrid, Alianza, 1987.
- MONOD, Paul, *El poder de los reyes: monarquía y religión en Europa 1589-1715*, Madrid, Alianza, 2001.
- PAGDEN, Anthony, *Señores de todo el mundo: ideologías del imperio en España, Inglaterra y Francia (en los siglos XVI, XVII y XVIII)*, Barcelona, Península, 1997.
- REY CASTELAO, Ofelia, *Poder y privilegios en la Europa del siglo XVIII*, Madrid, Síntesis, 1991.
- SAINT-SIMON, Louis, *Memorias*, Barcelona, Orbis, 1983.
- SAN JUAN, Víctor, *Batalla naval de las Dunas: la Holanda comercial contra la España del Siglo de Oro*, Madrid, Sílex, 2007.
- SMITH, David, *Luis XIV*, Madrid, Akal, 1994.

- STOYE, John, *El despliegue de Europa, 1648-1688*, Madrid, Siglo XXI, 1991.
- TARABRA, Daniela, *El siglo XVIII*, Barcelona, Electa, 2007.
- THOMAS, Hugh, *La trata de esclavos: historia del tráfico de seres humanos de 1440 a 1870*, Barcelona, Planeta, 1998.
- VEIGA, Francisco, *El turco: diez siglos a las puertas de Europa*, Barcelona, Debate, 2006.
- VOLTES, Pedro, *Federico «el Grande» de Prusia*, Barcelona, Palabra, 2006.

CAPÍTULO 16

La revolución científica

Desde el año 1500 hasta el fin de la centuria de 1600, una serie de ideas nuevas relacionadas con el mundo físico deparó cambios decisivos en la filosofía europea y, más ampliamente, en la concepción de los europeos sobre su lugar en el mundo. Lo que llamamos «revolución científica» conllevó tres cambios: la emergencia y confirmación de una cosmovisión heliocéntrica del universo, el desarrollo de una física nueva coherente con esa concepción y el establecimiento de un método de estudio. Los pensadores vinculados a la nueva «filosofía natural», tal como se denominaba entonces a la ciencia, explicaban que, aunque desafiara el sentido común, la Tierra podía girar en torno al Sol. Con ello reivindicaban asimismo la importancia de la razón, la experimentación y la observación para comprender el mundo natural. Ellos instauraron la «ciencia» como una forma nueva de conocimiento.

La revolución científica no se produjo como consecuencia de un esfuerzo organizado. A veces, teorías brillantes conducían a callejones sin salida; con frecuencia los hallazgos eran accidentales. Los artesanos que pulían las lentes para los telescopios tenían la misma relevancia que los grandes pensadores abstractos. Y, lo más importante, la concepción antigua y la moderna solían superponerse. La «ciencia» no siempre minaba la religión o la magia, y tampoco suplantó la «superstición». Todos los pensadores lucharon por conciliar sus descubrimientos con su fe o por desarrollar teorías (sobre los movimientos de la Tierra, por ejemplo) acordes con la experiencia cotidiana. Aun así, la nueva cosmovisión fue revolucionaria y sus ramificaciones llegaron mucho más allá de los círculos reducidos de científicos, teólogos y filósofos de los que surgió.

Los fundamentos intelectuales de la revolución científica

El interés entusiasta por el funcionamiento del mundo natural no fue una novedad del siglo XVI europeo. Tal como hemos visto, la vida artística europea se había caracterizado desde el siglo XII por su inclinación hacia el naturalismo. Los escultores medievales tallaron plantas y vides con una precisión tan notable que los botánicos

actuales identifican con facilidad las especies representadas. Los escultores y pintores medievales derrocharon energías para reproducir con exactitud el rostro y las formas humanas. Los pintores del Renacimiento italiano perfeccionaron esas técnicas con el redescubrimiento de los principios de la perspectiva lineal. La preocupación intelectual de arquitectos y teólogos había recaído desde el siglo XVII sobre la naturaleza de la luz. Durante el siglo XIV, algunos pensadores habían ampliado el estudio de la luz y empezaban a explorar la ciencia de la óptica; en el proceso, inventaron las primeras gafas para leer. Los astrólogos también permanecieron activos durante los siglos XIV y XV y cartografiaron los cielos con el firme convencimiento de que las estrellas regían el destino de los seres humanos.

Tras esta fascinación por la naturaleza y el mundo natural durante la Alta Edad Media yacía una combinación de neoplatonismo cristiano y aristotelismo. Tomás de Aquino, en concreto, había defendido que Dios había estructurado el mundo natural de tal modo que las personas inquisitivas accederían a casi todas las verdades teológicas de la cristiandad, sin ninguna necesidad de recurrir a la fe. La fe ofrecía un camino más seguro y rotundo hacia Dios, pero la razón humana era un don de atribución divina, y ella podía guiar a la humanidad hacia la salvación. Estas ideas fomentaron el debate racional y la investigación. Pero subordinaban la observación natural a las verdades teológicas. Si la observación de la naturaleza contradecía las verdades de la teología, entonces debía triunfar la teología.

Sin embargo, hacia el siglo XIV los teólogos y filósofos llamados nominalistas empezaron a afirmar que la naturaleza no tenía por qué concordar con el cuadro estable e incuestionable que dibujara Aristóteles. Los seres humanos sólo conocerían las verdades de Dios a través de la revelación y la fe. Pero nada les impedía estudiar la naturaleza de manera racional y registrar sus regularidades, puesto que las leyes de la naturaleza no revelaban necesariamente nada sobre la naturaleza de Dios. Así, el desafío nominalista alimentó el estudio del mundo natural desde las limitaciones de la teología y allanó el camino para el surgimiento de la cosmovisión mecanicista, materialista, que se asocia con la ciencia moderna.

¿Qué le debió la revolución científica de los siglos XVI y XVII a los humanistas del Renacimiento? El programa educativo de los humanistas otorgó poco valor a la ciencia. Para los humanistas como Petrarca, Leonardo Bruni o Erasmo, la ciencia era parte integrante de la «especulación vana» de los escolásticos (en su mayoría nominalistas), a quienes atacaban. Ninguno de los grandes científicos del período renacentista perteneció al movimiento humanista. La revolución científica se produjo en gran medida como resultado de la fusión de la tradición escolástica y el desarrollo del estudio matemático.

Sin embargo, los humanistas del Renacimiento contribuyeron a despertar el interés por la ciencia. Tal vez la influencia más importante provino del

neoplatonismo, el cual animó a los humanistas a buscar las estructuras ideales y perfectas ocultas, a su parecer, bajo las «sombras» del mundo cotidiano. Los neoplatónicos propusieron ideas que favorecerían la consecución de hallazgos científicos cruciales, como la posición central del Sol y la supuesta divinidad de ciertas figuras geométricas. Tanto Copérnico como Kepler, por ejemplo, estuvieron muy influidos por el neoplatonismo.

El humanismo también tuvo cierta relevancia en la creciente fascinación por los intrincados mecanismos que intervienen en el universo. El gran impulso del mecanicismo renacentista se debió a la publicación en 1543 de los trabajos del gran matemático y físico griego Arquímedes. Sus observaciones inmediatas y sus descubrimientos se contaban entre los más rigurosos y fiables de todo el conjunto de la ciencia griega. Arquímedes decía que el funcionamiento del universo se basa en fuerzas mecánicas, como una gran máquina. Estas enseñanzas chocaban directamente con la búsqueda de estructuras ideales que perseguían los neoplatónicos, y las propuestas mecanicistas tardaron cierto tiempo en alcanzar una aceptación generalizada. Con todo, el mecanicismo se granjeó algunos adeptos muy importantes durante el Renacimiento tardío, entre los cuales figuraba el científico italiano Galileo. A la larga, el mecanicismo tuvo una trascendencia enorme en el desarrollo de la ciencia moderna porque persistió en la búsqueda de causas y efectos observables y medibles en el mundo natural.

Otra novedad del Renacimiento que contribuyó a la emergencia de la ciencia moderna fue la creciente colaboración entre artesanos e intelectuales. Durante la Alta Edad Media, los clérigos cultos habían teorizado acerca del mundo natural, pero raras veces pensaron en enredar con máquinas ¡y mucho menos en diseccionar cuerpos! Por otra parte, los numerosos artesanos que habían desarrollado una experiencia amplia en ingeniería mecánica tenían poca formación oficial. Durante el siglo xv, esos dos mundos empezaron a converger. Artistas renacentistas muy respetados, como Leonardo da Vinci, fundieron ambos cometidos. No sólo fueron artesanos excelentes, sino que también ahondaron en las leyes de la perspectiva y la óptica, calcularon métodos geométricos para sostener el peso de cúpulas arquitectónicas inmensas, estudiaron las dimensiones y detalles del cuerpo humano y desarrollaron armas bélicas nuevas y más eficaces. Hombres y mujeres de las clases acomodadas se interesaron cada vez más por la alquimia y la astrología. Esta moda animó a muchos diletantes adinerados a construir laboratorios y a medir el curso de las estrellas ayudándose de telescopios, cuya aparición fue posible gracias al trabajo combinado de los intelectuales y los artesanos dedicados al pulido de lentes. Con estos adelantos nació la ciencia moderna de la astronomía.

Una revolución astronómica

Durante más de tres mil años, desde la época de los faraones hasta la centuria de 1500, la gente pensó que el Sol, las estrellas y los planetas giraban en torno a la Tierra. En la Edad Media, esta idea se consideraba obvia e inquebrantable. Derivaba de las teorías de las autoridades antiguas y de la creencia en la intencionalidad del universo de Dios. Concordaba con las complejas explicaciones griegas de la física, según las cuales cada elemento del universo tenía un lugar asignado, de manera que los elementos más pesados, el agua y la tierra, se formaban alrededor del centro. Así lo corroboraban las observaciones lógicas tanto de filósofos como de agricultores, quienes veían que el Sol y las estrellas se desplazan de un horizonte a otro día tras día y noche tras noche.

Los astrónomos de la Edad Media atribuían la máxima autoridad clásica en cuanto a filosofía natural a Aristóteles y Tolomeo. Ambos habían desarrollado estructuras para explicar el universo en su conjunto basándose en nociones de orden cósmico que encajaban con conceptos europeos más profundos relacionados con el pecado, la transformación y la perfección. Aristóteles había brindado una explicación completa del mundo natural, una visión basada en el orden aparente del cosmos. Sostenía que cada ser o sustancia procuraba alcanzar su «lugar natural». En la Tierra, los cuatro elementos fundamentales no cejaban en el intento de ordenarse para ocupar sus lugares naturales. Esta Tierra siempre cambiante residía en el centro del universo, separada de los cielos inmutables que se movían en círculos perfectos, regulares. La física aristotélica tuvo sus críticos, pero la mayoría de ellos se afanó por corregir errores menores de lógica y mejorar sus principios básicos, no por desmontarla.

Durante mucho tiempo se habían apreciado problemas en los círculos perfectos que supuestamente describían los objetos celestes. En ocasiones, los planetas, sobre todo Marte, parecían detenerse y retroceder en el cielo antes de continuar su camino. El matemático griego Tolomeo había introducido las fórmulas matemáticas más sofisticadas para responder de esas y otras irregularidades orbitales. Sin embargo, a finales de la Edad Media los astrónomos europeos empezaron a dudar de las complejas fórmulas tolemaicas. A finales del siglo xv, varios astrónomos europeos, en especial el alemán Johannes Müller (1436-1476), tuvieron acceso a los textos originales de Tolomeo en griego y descubrieron que los traductores no habían pervertido la obra de aquel gran astrónomo, pero sí la habían empañado con omisiones y unas matemáticas defectuosas.

LA REVOLUCIÓN COPERNICANA

Aquellos problemas se volvieron inmediatos y tangibles con la crisis inminente del calendario europeo, basado en los cálculos de Tolomeo y otros. A comienzos del siglo

XVI, el viejo calendario romano acusaba un desfase considerable con los movimientos de los objetos celestes. Las festividades religiosas más importantes del año, como la Pascua, arrastraban un desajuste superior a una semana con respecto a la fecha que les correspondería de acuerdo con las estrellas. Las autoridades católicas dedicaron casi un siglo a corregir el problema, para lo que convocaron a matemáticos y astrónomos de toda Europa. Uno de esos estudiosos fue el clérigo polaco y astrónomo de universidad Nicolás Copérnico (1473-1543). Copérnico era un matemático concienzudo y un cristiano devoto. No podía creer que Dios hubiera creado un universo tan destartado y embrollado como el de Tolomeo, repleto de trucos matemáticos y de círculos dentro de otros círculos. La solución que él proponía era tan simple como radical. A su parecer, el Sol no era uno de los planetas que orbitaba alrededor de una Tierra inmóvil, tal como había sostenido Tolomeo, sino que era la propia Tierra la que se movía por el cielo. Si se intercambiaban la posición de la Tierra y la del Sol, las matemáticas astronómicas se volvían más simples, las órbitas de los otros planetas cobraban más sentido y el calendario podría enmendarse.

Copérnico era, en muchos aspectos, un pensador extremadamente conservador. No veía su obra como una ruptura con la Iglesia o las autoridades de la antigüedad. Él consideraba que había recuperado una interpretación pura del diseño divino, la cual se había perdido durante siglos, y citaba a astrónomos griegos más antiguos aún que Tolomeo para respaldar su afirmación. Buscaba una explicación sencilla de la perfección celeste que eliminara la desmaña de los cálculos matemáticos de Tolomeo. Pero las implicaciones de su teoría lo inquietaban. Sus ideas contradecían los pasajes bíblicos que describían una Tierra fija y un cielo cambiante, y desechaban muchos siglos de conocimiento astronómico asumido. Asimismo, aparecieron problemas prácticos. Copérnico no era físico. No realizó observaciones de objetos reales. Si la Tierra se movía alrededor del Sol, tendría que viajar a una velocidad tremenda. Copérnico no halló manera de reconciliar su propuesta de que la Tierra orbitara alrededor del Sol con el hecho de que los objetos terrestres cayeran al suelo o se movieran «con normalidad». A medida que estudió el problema, su astronomía se tornó más engorrosa; siguió considerando las órbitas como círculos perfectos, y echó mano de algunos recursos tolemaicos para explicar errores en esos patrones circulares.

Estas frustraciones y complicaciones persiguieron a Copérnico durante sus últimos años de vida. Dudó si publicar sus descubrimientos hasta el mismo momento de su muerte, cuando en 1543 aceptó la aparición de su obra *Sobre las revoluciones de los orbes celestes (De revolutionibus)*. Para eludir el escándalo, su editor luterano incorporó una introducción al libro donde declaraba que el sistema copernicano sólo era una abstracción, otro conjunto de herramientas matemáticas para la práctica astronómica, y no una afirmación temeraria de la naturaleza del cielo y la Tierra. Con

la ayuda de esta negación del editor, las ideas de Copérnico se mantuvieron como políticamente inofensivas y confusas durante décadas, mientras que otros pensadores, menos innovadores, se afanaron en reparar el calendario.

EL SISTEMA DE TYCHO Y LAS LEYES DE KEPLER

Las ideas de Copérnico se reactivaron mediante el trabajo de dos astrónomos que también aspiraban a hallar una explicación perfecta del universo, aunque en este caso lo hicieron a través de la observación real del cielo. Tanto Tycho Brahe (1546-1601) como Johannes Kepler (1571-1630) fueron considerados los astrónomos más brillantes de su época. Tycho era un noble danés de alta alcurnia, un excéntrico con talento cuyo rey lo dotó de tierras y riquezas, pero que se había formado en su juventud como astrónomo. Primero se hizo conocido con la observación de una estrella completamente nueva. Pero, después, Tycho se propuso corregir otros defectos de la astronomía antigua mediante la observación de los movimientos celestes. Antes de la invención del telescopio, tomó una isla pequeña que formaba parte de sus posesiones y la convirtió en un laboratorio gigante especialmente diseñado para la observación. Durante más de veinte años, pasó noche tras noche registrando con esmero el movimiento de cada objeto destacado del firmamento y lo hizo con una precisión de una fracción mínima de grado. Antes de morir alcoholizado, Tycho ya había recopilado la serie de datos astronómicos más precisos jamás vistos en Europa.

Tycho no aceptaba la conclusión copernicana de que la Tierra gira alrededor del Sol. Él creó un modelo en el que el resto de planetas orbitaba alrededor del Sol, al tiempo que todo el sistema giraba en torno a una Tierra estática. El sistema «tiránico» resultó enormemente exitoso. Permitía efectuar predicciones astronómicas y astrológicas precisas con más facilidad que el viejo sistema tolemaico y, a la vez, evitaba las molestas implicaciones teológicas del sistema copernicano.

Anciano ya, Tycho trasladó su trabajo y sus tablas descomunales a Praga, donde se convirtió en astrónomo del emperador del Sacro Imperio Romano. Uno de los ayudantes de Tycho en Praga, un matemático joven y serio procedente de una familia turbulenta, estaba mucho más impresionado con las ideas de Copérnico que el propio Tycho. Aquel ayudante, Johannes Kepler, mezcló el sistema copernicano con su propio interés por la mística, la astrología y el poder religioso de las matemáticas. La obra de Kepler aportó la primera explicación física creíble de una Tierra en movimiento y la astronomía derivada de ella.

Kepler creía que toda la creación, desde las almas humanas hasta las órbitas planetarias, funcionaba de acuerdo a leyes matemáticas. Por tanto, la comprensión de

esas leyes permitiría a los seres humanos participar de la sabiduría de Dios y de los secretos internos del universo. La búsqueda de ese patrón de perfección matemática llevó a Kepler a través de armonías musicales, figuras geométricas «anidadas» dentro de las órbitas planetarias y fórmulas numéricas. Kepler se guiaba por objetivos espirituales, pero también respetaba los datos empíricos. Basándose en las tablas astronómicas de Tycho, Kepler logró apreciar que dos de las afirmaciones de Copérnico acerca de los movimientos planetarios sencillamente no concordaban con los hechos observables. En concreto, Kepler sustituyó la idea de Copérnico de que las órbitas planetarias eran circulares por su «primera ley», por la cual la Tierra y el resto de los planetas siguen trayectorias elípticas alrededor del Sol. Asimismo, reemplazó la creencia de Copérnico en una velocidad planetaria uniforme por su «segunda ley», que afirma que la velocidad de los planetas varía con la distancia al Sol. Es más, él afirmaba que la atracción magnética entre el Sol y los planetas mantenía éstos en movimiento orbital. La mayoría de los científicos mecanicistas del siglo XVII rechazó este enfoque por considerarlo demasiado ligado a la magia, pero lo cierto es que preparó el camino para la ley de la gravitación universal de Isaac Newton a finales del siglo XVII.

CIELOS NUEVOS, TIERRA NUEVA Y POLÍTICA TERRENA:
GALILEO GALILEI, 1564-1642

Galileo logró que el copernicanismo pasara de ser una teoría sobre astronomía a convertirse en un debate más amplio sobre el papel de la filosofía natural para la comprensión del mundo. Él aportó evidencias de que la Tierra se mueve, descubrió diversos objetos celestes nuevos y llegó a intuir las distancias enormes que median entre las estrellas. Pero también brindó argumentos convincentes para establecer una relación nueva entre la religión y la ciencia, una propuesta que desafió a algunos de los eclesiásticos más poderosos de su tiempo. Su creencia firme en sus ideas nuevas y su inclinación por la controversia lo convirtieron en el filósofo natural más conocido de su época, aunque al final le supusieron un conflicto con las autoridades de la Iglesia católica.

Durante los primeros años del siglo XVII, Galileo ya era un matemático de éxito en la prestigiosa Universidad de Padua, al norte de Italia. Había empezado a trabajar en una de las grandes pasiones científicas de su vida, el problema del movimiento, en concreto, el movimiento de los objetos dentro de una Tierra móvil. Galileo consideraba insuficiente la explicación aristotélica del movimiento. En su lugar, él desarrolló la primera teoría tosca sobre la inercia, la cual sostenía que sólo un cambio de movimiento requería una causa; de otro modo, los objetos se mantendrían siempre

en movimiento o siempre en reposo. También empezó a trabajar en teorías sobre objetos en movimiento, usando una mezcla de experimentos menores y prácticos con casos ideales obtenidos a partir de las matemáticas. Al final, este trabajo proporcionó las primeras fórmulas bien definidas que explicaban el movimiento de objetos sobre una Tierra móvil.

Sin embargo, Galileo no adquirió renombre por sus dotes matemáticas. La fama y la oportunidad científica le llegaron a través del uso innovador que le dio al telescopio y gracias a su habilidad para desenvolverse en los ambientes de mecenazgo italianos. En 1610, tras oír hablar del invento reciente del telescopio a través de un amigo flamenco, Galileo consiguió uno y, en lugar de practicar con él mirando objetos terrestres, lo dirigió hacia el firmamento nocturno. Los resultados cambiaron el curso de su carrera. Observó manchas solares, que dibujó y documentó como verdaderas irregularidades en la superficie del Sol. Asimismo, reveló que los cráteres lunares eran accidentes del paisaje y no sombras. Júpiter ostentaba el galardón máspreciado: señales de lunas en órbita alrededor del planeta gigante, lo que aportaba pruebas contundentes de que la Tierra no es el único cuerpo orbitado por objetos. Galileo publicó estos resultados sorprendentes en su obra *El mensajero de las estrellas* (1610). Este libro lo introdujo en los centros italianos de poder y mecenazgo. El hecho de bautizar las lunas jovianas como «estrellas mediceas», y su gran destreza para debatir sobre cuestiones tan controvertidas, le granjearon el favor de los dirigentes Medici de Florencia. Un nombramiento público y el apoyo de los Medici le permitieron continuar con sus estudios astronómicos y con su convicción de que el modelo heliocéntrico (centrado en el Sol) del universo era correcto.

Poco después, los dos objetivos de Galileo (promover el copernicanismo y poner en duda el aristotelismo) lo enfrentaron a adversarios poderosos. Los grandes astrónomos jesuitas del momento aducían que los descubrimientos telescópicos de Galileo encajaban a la perfección con el sistema tiónico, de modo que no era necesario apartar la Tierra de su posición en el centro del universo. El cardenal Roberto Bellarmino (1542-1621) fue el más importante de aquellos críticos. Bellarmino, tal vez el jesuita más influyente de su tiempo, era un matemático avezado que había contribuido a enmendar el calendario durante su juventud y que, en las décadas siguientes, se había convertido en el mayor experto de la Iglesia católica para sostener debates teológicos con detractores protestantes. Las ideas de Copérnico ya estaban sometidas al escrutinio crítico de la Iglesia. Bellarmino sostenía que el copernicanismo era erróneo en la práctica por todas las razones que habían inquietado al propio Copérnico. En cambio, otros eclesiásticos veían el copernicanismo como una amenaza directa a la doctrina de la Iglesia. Bellarmino recibió orden de amonestar a Galileo por llevar demasiado lejos aquellas ideas. Galileo había estado esperando el aviso y respondió al punto. En la *Carta a la Gran Duquesa Cristina de*

Lorena (1615), Galileo emitió su primera y más famosa respuesta a sus detractores, y su defensa más clara de la ciencia copernicana.

Galileo era un católico sincero y un copernicano sincero. Creía que si la Iglesia se negaba a reconocer la «ciencia nueva» y su explicación del mundo natural, la autoridad de la Iglesia se vería perjudicada. Galileo aspiraba a una vinculación nueva y más ecuánime entre la filosofía natural y la verdad demostrable. Los padres de la Iglesia realizaban la labor crucial de salvar almas, pero eso no significaba que la Iglesia, o los filósofos de universidad en los que confiaba tanto, tuvieran alguna capacidad para explicar el mundo físico. El filósofo natural, que elaboraba explicaciones matemáticas sólidas del mundo visible, estaba mucho mejor cualificado para brindar esas explicaciones. Cualquier conflicto entre lo que revelaran los filósofos naturales y una interpretación literal de la Biblia era un problema ficticio. La Biblia presentaba una complejidad notoria y los teólogos, afirmaba Galileo, lograrían reconciliar el lenguaje complejo de la Biblia con las conclusiones nuevas de la filosofía natural. Los filósofos naturales y los teólogos eran, pues, compañeros en la búsqueda de la verdad, pero con papeles muy diferentes por desempeñar. Galileo citaba a uno de los cardenales compañeros de Bellarmino contrario a él: el cometido de la Iglesia consistía en «decirnos cómo ir al Cielo, y no cómo va el cielo».

Galileo desarrolló su argumentación con gran destreza y lisonja. Impresionó a sus patrones Medici y conservó las simpatías de figuras destacadas de la Iglesia, en especial del cardenal aliado de los Medici Maffeo Barberini, no sólo protector de Galileo sino también amigo de confianza. Pero Bellarmino había puesto el mismo tiento en su propia argumentación; sabía, además, que los contactos políticos de Galileo se revelarían frágiles si se les presionaba. Bellarmino también tenía precedentes en su bando. Como respuesta a la Reforma, la Iglesia había otorgado a los padres de la Iglesia el derecho de apelación en última instancia en temas teológicos. A pesar de las protestas de Galileo, la Iglesia consideró que su obra cuestionaba su autoridad. En 1616 inscribió la obra de Copérnico en el Índice de Libros Prohibidos. Tanto los amigos como los oponentes de Galileo lo instaron entonces a abandonar tan sólo las ideas copernicanas y a poner límites a sus grandes ambiciones.

Después de la disputa con Bellarmino, Galileo acató estas demandas a lo largo de casi una década, y siguió trabajando guardándose sus opiniones para sí. Sin embargo, durante la década de 1620 pareció cambiar el clima político y filosófico. Fallecieron varios de los críticos más encarnizados de Galileo, entre ellos Bellarmino, y Barberini, viejo amigo de Galileo, se convirtió en el papa Urbano VIII. Aprovechando la ocasión, Galileo esbozó un «diálogo», un debate entre partidarios y detractores de la ciencia nueva y la vieja. Presentó aquel tratado copernicano (porque eso era exactamente) ante las autoridades eclesiásticas, quienes revisaron el

contenido, propusieron el insulso título *Diálogo sobre los dos grandes sistemas del mundo* y aceptaron su publicación en 1632. En esta obra, los contrarios a Galileo ganan el falso debate, pero, a lo largo de la obra, el autor expone un verdadero alegato en favor del copernicanismo con toda suerte de detalles y una inteligencia mordaz. El libro fue un éxito internacional, pero causó gran revuelo dentro de las redes de patrocinio sacras y laicas italianas. Galileo fue acusado de lanzar dos ataques peligrosos contra la autoridad de la Iglesia. En primer lugar, defendía el copernicanismo. En segundo lugar, en la obra insultaba a su antiguo amigo Barberini, al que cabría reconocer en el personaje Simplicio del *Diálogo*, contrario al copernicanismo en la obra. El retrato de Galileo ofendió a Barberini, el cual necesitaba, además, el apoyo de los eclesiásticos conservadores en aquel momento difícil de la Guerra de los Treinta Años. Su enojo ante la indiferencia que mostraba Galileo por las consideraciones políticas rompió la relación entre ambos. Galileo fue arrojado a sus detractores y acusado de herejía.

El juicio subsiguiente conmocionó a Europa. Galileo era el filósofo natural más célebre de su tiempo, el orgullo de uno de los mayores centros intelectuales del continente. El brazo legal de la Iglesia, la Inquisición de Roma, respaldó el caso inconsistente en contra del filósofo con amenazas de muerte y de excomunión. El anciano Galileo cedió en lugar de dejarse hundir. Renunció a su creencia en las tesis copernicanas; le prohibieron trabajar, y hasta debatir, sobre esas ideas, y lo condenaron a arresto domiciliario de por vida. Pero no fue tan fácil apartarlo del trabajo de su vida, y continuó refinando sus hipótesis cinéticas. Su física para una Tierra en movimiento, compilada bajo el título *Las dos ciencias nuevas* (1638), salió ilegalmente de Italia y se publicó en la Holanda protestante.

Galileo dejó dos grandes legados. Fundió las matemáticas abstractas con los experimentos prácticos para crear una física nueva, una que explicara el comportamiento «normal» de los objetos en una Tierra en movimiento. Pero el segundo legado de Galileo consistió justamente en el desastre que él siempre procuró evitar. Galileo confiaba en que el copernicanismo coexistiera pacíficamente con la sabiduría religiosa de la Iglesia católica. Su juicio imposibilitó esa coexistencia. El juicio silenció las voces copernicanas del sur de Europa, y los mandatarios eclesiásticos se recluyeron en una reacción conservadora. De ahí que fuera en el noroeste de Europa donde acabó floreciendo la «filosofía nueva» que Galileo había enarbolado.

Métodos para una filosofía nueva: Bacon y Descartes

A comienzos del siglo XVII las pujantes ciencias «copernicanas» de las matemáticas y

la astronomía experimentaron cambios veloces. Al principio, esos cambios fueron casuales y desvinculados. Pero a medida que la práctica de las ciencias nuevas se fue concentrando en las zonas protestantes del noroeste de Europa, diversos pensadores importantes lograron no ya nuevos hallazgos, sino también nuevos principios y metas para la ciencia o la filosofía natural. Durante el proceso, los filósofos naturales fueron exponiendo los criterios prácticos, ideas nuevas sobre qué aspectos demostraban como correcta una teoría, consideraciones frescas sobre qué respuestas a interrogantes relacionados con el mundo natural resultaban más completas y satisfactorias, y qué métodos servían mejor para alcanzar dichas respuestas.

BACON Y DESCARTES

En especial, fueron dos los hombres que refinaron los métodos nuevos: el inglés sir Francis Bacon y el francés René Descartes. Ambos pensaban que vivían en un tiempo nuevo de cambios profundos y grandes oportunidades de descubrimiento. Asimismo, ambos opinaban que los cimientos de la filosofía natural, las ideas de Aristóteles, ya no encajaban con las necesidades de la época y que un enfoque distinto conduciría a los europeos «modernos» mucho más allá que los conocimientos de la antigüedad. Desarrollaron métodos muy distintos, pero entre ambos modelaron la práctica de la filosofía natural a finales del siglo XVII y dejaron una huella profunda en la evolución de la ciencia moderna.

Sir Francis Bacon (1561-1626), juez sobresaliente que llegó a presidente de la Cámara de los Lores de Inglaterra, fue un teórico muy influyente de la filosofía nueva. La idea de Bacon, cuya mejor exposición se halla en su *Novum Organum* (Instrumento nuevo) de 1620, era que la ciencia natural no podría avanzar a menos que se despojara de los errores heredados del pasado. El conocimiento de las autoridades antiguas ya no constituía la mejor guía hacia la verdad. O, expresado con más cautela, una reverencia excesiva de las doctrinas aceptadas podría bloquear el descubrimiento y la comprensión completa. El valor del conocimiento sólo podía probarse mediante «pasos progresivos de certeza», o lo que los filósofos denominarían un enfoque empírico. Para Bacon, esto significaba adquirir conocimientos sobre la naturaleza a través de los sentidos. Con el «método inductivo» los filósofos combinaban evidencias de una cantidad inmensa de observaciones particulares para extraer conclusiones generales. Bacon perseguía el «conocimiento útil», formas prácticas de comprensión basadas en el estudio detallado de cada parte del mundo natural. Es más, él sostenía que se accedía mejor a un conocimiento tal a través de la cooperación entre estudiosos, y mediante el registro cuidadoso de experimentos que pudieran repetirse y verificarse. Este conocimiento

útil recompensaría a filósofos y artesanos por igual de todos los campos, desde la astronomía hasta la construcción naval. Refinaría las capacidades y tecnologías y, en última instancia, daría a la humanidad el mando sobre la naturaleza. Dos imágenes ilustran de manera muy vivida las ideas de Bacon. Una es la descripción de una «casa de Salomón» ficticia, una fábrica utópica de descubrimientos. Dentro de ella, los «examinadores» supervisarían y dirigirían los experimentos, y pasarían los hallazgos a estudiosos superiores encargados de extraer conclusiones y desarrollar aplicaciones prácticas. La otra la representa la portada de su *Novum Organum*, con sus intrépidos navíos surcando el estrecho de Gibraltar en dirección al mar abierto en busca de las grandes cosas desconocidas que están por llegar.

El filósofo francés René Descartes (1596-1650), contemporáneo de Bacon, coincidía con él en dos puntos. Primero, en la importancia de cuestionarse los conocimientos establecidos. En segundo lugar, en que el valor de las ideas dependía de su utilidad. En cambio, Descartes proponía un método completamente distinto para llegar al conocimiento útil. A diferencia de Bacon, Descartes era un racionalista y un defensor de la lógica pura y las matemáticas. En su *Discurso del método* (1637), Descartes explicaba que, durante un período de soledad, sometió todo el conocimiento y las ideas a un proceso de duda sistemática. La primera regla consistió en «no aceptar nunca como verdad algo que no conociera claramente como tal», y se encontró dudándolo todo hasta llegar a la conclusión de que el hecho mismo de razonar demostraba su propia existencia. A partir de su célebre premisa «*cogito ergo sum*» («pienso, luego existo»), Descartes tomó la lógica como el punto de partida para todo su proyecto filosófico. Expresó su voluntad de que la especulación satisficiera las más altas exigencias de la razón, que son las que se expresan en términos de leyes matemáticas.

El enfoque deductivo de Descartes o, dicho de otro modo, la reflexión a partir de una serie de principios elementales, tuvo una influencia enorme. Al organizar la lógica siguiendo unas pautas matemáticas, contribuyó en gran medida a dotar a las matemáticas de autoridad como herramienta válida para los filósofos naturales. La obra de Descartes aportó asimismo un sostén lógico a la concepción puramente «mecanicista» del mundo natural. La visión mecanicista de la naturaleza fue una corriente de pensamiento mucho más amplia durante el siglo XVII. Los mecanicistas sostenían que toda la materia, toda la creación, salvo los seres humanos, existían únicamente en términos de leyes físicas. Descartes, como muchos otros mecanicistas, creía que los propios seres humanos eran máquinas, aunque, como única excepción, máquinas dotadas de mentes racionales. La combinación del planteamiento lógico, deductivo de Descartes con la filosofía mecanicista permitió estudiar el mundo natural con una imparcialidad jamás practicada. Si el universo no era más que materia en movimiento, el sistema en su totalidad podía interpretarse de manera objetiva. Los

filósofos naturales dejaban a un lado cuestiones relacionadas con el significado y la finalidad para centrarse en los meros mecanismos y sus causas. Las cualidades de la materia, como la luz, el color, el sonido, el gusto o el olor, no eran más que impresiones superficiales y podían ignorarse. Los mecanicistas estudiaron más bien cualidades relacionadas con el tamaño, la velocidad o la dirección (en un universo repleto de máquinas en funcionamiento constante, conectadas entre sí de manera ordenada), y reflexionaron sobre los mecanismos subyacentes que accionaban este gran dispositivo.

El poder del método y la fuerza de la curiosidad: investigadores del siglo XVII

Durante casi un siglo después de Bacon y Descartes, la mayoría de los filósofos naturales ingleses fueron baconianos, mientras que la mayoría de sus equivalentes franceses y del norte de Europa fueron cartesianos (tal como se denominó a los seguidores de Descartes). Ambos grupos compartieron una fuerte preferencia por la concepción mecanicista del mundo, pero mantuvieron unas diferencias espectaculares en cuanto a metodología. Los seguidores ingleses de Bacon se centraron en la ejecución de experimentos en muchos campos diversos y obtuvieron resultados concretos, si bien dieron lugar a arduos debates. Los cartesianos, en cambio, se centraron en las matemáticas y la teoría filosófica. Esta predilección por lo abstracto no significó que su trabajo careciera de aplicaciones prácticas. Algunos cartesianos, como el holandés Christiaan Huygens (1629-1695), combinaron las demostraciones matemáticas con la experimentación para entender los problemas que planteaban los movimientos orbitales. El propio Descartes fue un precursor de la geometría analítica. Blaise Pascal (1623-1662) trabajó en la teoría de la probabilidad e inventó una máquina de computación antes de aplicar sus dotes matemáticas a la teología. Otro cartesiano holandés, el filósofo judío Baruch Spinoza (1632-1677), aplicó la geometría a la ética y creyó haber llegado más allá que Descartes al demostrar que el universo se compone de una sola sustancia que era divina a la vez que natural. El uso cartesiano del razonamiento deductivo contribuyó a la objetividad de la filosofía natural.

Los investigadores ingleses persiguieron el mismo objetivo mediante métodos muy distintos. Ellos partían de estudios prácticos logrados mediante nuevos usos del instrumento de la alquimia, el laboratorio. Además, buscaban llegar a otro tipo de conclusiones a partir de sus indagaciones: leyes empíricas consistentes en conclusiones generales basadas en hechos más que enunciados absolutos sobre el funcionamiento del universo. Entre los muchos científicos de laboratorio ingleses de aquella época figuraban el físico William Harvey (1578-1657), el químico Robert

Boyle (1627-1691) y el biólogo Robert Hooke (1635-1703). La investigación de Harvey prosiguió la obra de Vesalio. Sin embargo, a diferencia de su predecesor, Harvey estaba dispuesto a diseccionar animales vivos y eso le permitió observar y describir la circulación de la sangre a través de las arterias para regresar al corazón por las venas. Boyle diseñó y usó una máquina neumática para establecer la «ley de Boyle», la cual sostiene que, a temperatura constante, el volumen de un gas desciende de forma proporcional a la presión a la que está sometido. Se trata de un ejemplo clásico de ley empírica en la práctica. El experimentador inglés Robert Hooke también contribuyó a incluir el microscopio entre las herramientas de los filósofos naturales. Al parecer, el primer microscopio compuesto data de 1619 y fue obra de Sacharias Janssen, un holandés. Pero en la década de 1660, Hooke y otros revelaron su potencial al estudiar la estructura celular de las plantas. Al igual que el telescopio, el microscopio abrió la puerta a una dimensión nueva e ilimitada de fenómenos materiales. Incluso la observación de los objetos más comunes revelaba estructuras detalladas de partes menores perfectamente entrelazadas y convenció a muchos de que la mejora del instrumento destaparía aún más complejidades del mundo. El microscopio aportó también nuevas muestras convincentes de la existencia de Dios. La manera en que cada estructura diminuta de cualquier organismo vivo se correspondía, según revelaba el microscopio, de manera armónica con la finalidad para la que se había adaptado testimoniaba no ya la existencia de Dios, sino además su magnificencia. Robert Hooke pensaba que sólo los «imbéciles» creerían que aquellas visiones eran «obra del azar» y no de la creación de Dios. Jan Swammerdam, pionero en el campo de la microscopia, escribió en su *Ephemeris vitae*, donde detallaba sus descubrimientos sobre la cachipolla, que la naturaleza era una «Biblia natural» donde podían leerse «las grandes y asombrosas obras del Todopoderoso». Swammerdam se vio desbordado por las paradojas de su labor. Cuanto más descubría con el microscopio, más se convencía de la existencia de Dios. Pero, al final, decidió que la «curiosidad de la vista», que lo instaba a la investigación, era inmoral porque lo hacía desatender sus oraciones y apartaba su pasión de Dios. La «revolución microscópica» abrió mundos nuevos para el estudio, pero, al igual que otros adelantos, no alteró la concepción religiosa del universo.

LA CIENCIA, LA SOCIEDAD Y EL ESTADO

Boyle y Hooke compartieron una larga relación laboral y abrigaron grandes esperanzas en el poder de los experimentos. En 1660, cuando se restauró la monarquía de Inglaterra tras años de guerra civil y división religiosa, estos dos hombres contribuyeron a crear una sociedad oficial de filósofos naturales. El grupo

captó la atención del recién coronado rey Carlos II, quien expresó su aprobación y le cedió el digno nombre de Real Sociedad. Los fundadores, y sobre todo Boyle, pensaban que la Real Sociedad podía desempeñar un papel crucial en la tarea, mucho más amplia, de restaurar el orden y el consenso en la sociedad inglesa. Boyle aspiraba a que la Sociedad compaginara el objetivo de investigación y descubrimiento colectivos de Bacon con la labor de ofrecer apoyo científico para restaurar el poder real y la autoridad de la Iglesia de Inglaterra. Los miembros de la Sociedad realizarían experimentos formales, registrarían los datos obtenidos y los intercambiarían con otros investigadores capaces de estudiarlos, reproducirlos y valorar los resultados. Esto dotaría a los filósofos naturales de Inglaterra de un propósito común y de un sistema de consenso razonado y noble sobre «hechos reales». También se trataba de un esfuerzo por separar el estudio sistemático de la naturaleza del peligroso lenguaje político y dogmático característico de la guerra civil. A través de su boletín *Transactions*, publicado por primera vez en 1666, la sociedad tendía la mano a académicos e investigadores profesionales de Inglaterra, Escocia y Europa continental. Poco después surgieron por toda Europa sociedades parecidas y, juntos, estos colectivos de caballeros filósofos brindaron un modelo nuevo de organización científica y nuevos niveles de éxito. El trabajo de los filósofos naturales pasó a formar parte de una empresa colectiva, y las sociedades científicas acordaron a grandes rasgos en qué consistía la investigación y la explicación lícita. La información y las teorías se intercambiaban con facilidad a través de fronteras nacionales y filosóficas, y apareció la costumbre científica actual de atribuir los hallazgos a las primeras personas que los publicaran entre sus resultados.

Oficialmente, la filosofía natural era una actividad de caballeros. Ni la Real Sociedad de Inglaterra ni la Academia Francesa de Ciencias admitían mujeres. Aunque por entonces las mujeres apenas tenían acceso a una formación académica oficial, algunas consiguieron instruirse uniéndose a hombres doctos. Margaret Cavendish (1623-1673), probablemente la filósofa natural más atrevida de su tiempo, recogió la información necesaria para iniciarse, en gran parte, de su familia; ella llamaba a su marido, William, el «mecenas de su ingenio», y aprendió mucho de su hermano, lord John Lucas, uno de los primeros miembros de la Real Sociedad. Ella se calificó a sí misma de mecanicista en sus tres obras principales: *Philosophical Letters* («Epistolario filosófico»), *Observations upon Experimental Philosophy* («Observaciones sobre filosofía experimental», 1666) y *Grounds of Natural Philosophy* («Fundamentos de filosofía natural», 1668). Las mujeres también participaron de las ciencias observacionales. Como muchos observatorios se construían en residencias privadas, las mujeres de esas viviendas trabajaron para iniciarse en el campo creciente de la astronomía. De hecho, el 14 por ciento de los astrónomos alemanes entre 1650 y 1710 eran mujeres. La más famosa de todas ellas

fue Maria Winkelmann (1670-1720), quien no sólo descubrió un cometa, sino que además preparaba piscatores para la Academia de Ciencias de Berlín. La Academia se negó a admitirla con el argumento de que, si lo hacía, dañaría la reputación de la institución. Gottfried Leibniz, presidente de la Academia, escribió: «Ya en vida de su esposo, la sociedad quedaba en ridículo porque los piscatores los preparaba una mujer. Si ahora siguiera con esa labor, el escándalo sería mucho mayor». Maria Sibylla Merian (1647-1717) también siguió una carrera basada en la observación, en el campo de la entomología. Merian se ganó la vida y mantuvo a sus dos hijas vendiendo los exóticos insectos que recolectó en la colonia holandesa de Surinam. Combatió los rigores del clima y la malaria con el objeto de publicar su obra científica más importante, *Metamorfosis de los insectos de Surinam*, en la que detalla los ciclos de vida de los insectos de Surinam en sesenta ilustraciones muy elaboradas. Las *Metamorfosis* de Merian tuvieron una buena acogida en su época; de hecho, Pedro I de Rusia (uno de sus admiradores) exhibía con orgullo un retrato y los libros de Merian en su despacho.

La autoridad que otorgaban las nuevas sociedades científicas alentó la filosofía mecanicista, cuyo predominio en el estudio del mundo físico fue en aumento. El mecanicismo produjo mucha de la mejor ciencia del siglo XVII. Sin embargo, durante la década de 1690, esta filosofía se vio trastocada de pronto por la obra de un hombre: Isaac Newton.

«Y SE HIZO LA LUZ»: ISAAC NEWTON

Sir Isaac Newton (1642-1727), investigador inglés, empirista y matemático de universidad, es considerado una de las mayores mentes científicas de todos los tiempos. Su genio se ocultaba tras una personalidad poco atractiva, era reservado, obsesivo, vengativo y quisquilloso. Newton, hijo de una familia de pequeños terratenientes, recibió una beca de trabajo en Cambridge gracias a sus dotes matemáticas; consiguió una cátedra menor en el Trinity College de la universidad. Tenía pocos amigos de confianza y solía trabajar solo. Newton era casi tan diestro con las manos como con las matemáticas, y empleó esas capacidades para sus estudios de alquimia y óptica. También era un antitrinitario (una secta protestante disidente) y elaboró varios libros que combinaban su interés por la alquimia y por la teología y que, al final de su vida, consideró su logro más importante.

La obra de Newton, al igual que la de muchos mecanicistas, consistió en una mezcla de teorías y filosofías diversas, pero él las abordó con una mente extraordinaria y un dominio inigualable de las matemáticas. Compartió la convicción de los cartesianos sobre el poder de las matemáticas para describir la naturaleza, pero

aborreció su árida lógica. Asimismo, discrepó de su indiferencia ante el estudio del comportamiento de los objetos en la naturaleza. Su respeto por la observación se vio alimentado por su personalidad obsesiva. Cuando se implicaba en un problema (la naturaleza de la luz, por ejemplo), le dedicaba todos sus esfuerzos durante meses o años enteros. Descomponía el gran interrogante en sus partes constitutivas y las estudiaba con minuciosidad. Si no disponía de las herramientas necesarias para realizar los experimentos de manera adecuada, las construía él mismo. Mejoró los prismas normales para conocer la naturaleza de la luz y el color, lo que lo condujo a dos descubrimientos importantes: que cada «color» de la luz era un componente de la luz blanca y que el enfoque de cada color se produce a diferentes distancias. No sólo demostró esta cuestión mediante la descomposición y la recombinación de la luz blanca entre dos prismas, sino que además logró fabricar una lente telescópica nueva que enfocaba los colores con precisión y arrojaba imágenes mucho más nítidas. Cuando se interesó por el problema de las órbitas, Newton desconocía las matemáticas necesarias para describir el movimiento curvo de los objetos celestes, de modo que desarrolló la primera versión del análisis matemático para ese cometido.

Los estudios de óptica lo sacaron de la oscuridad que lo cobijaba en Cambridge. Presentó sus resultados ante la Real Sociedad en 1672, unos resultados que le dieron celebridad inmediata y provocaron la primera de una serie de disputas con el presidente de la sociedad, Robert Hooke. Algunas de las polémicas fueron bastante acaloradas, ya que ambos hombres se consideraban el filósofo natural más brillante de su generación y estaban resueltos a demostrar que tenían razón. Hooke era un mecanicista sobresaliente. Consideraba que Newton había revelado la naturaleza de la luz, pero no podía decir nada acerca de causas mecánicas más profundas. Hooke objetó las teorías de Newton sobre los movimientos orbitales con el mismo argumento: describían, pero no explicaban. Dolido por aquellos intercambios, Newton se retiró a su *college* y continuó sus trabajos sobre alquimia y teología. Sin embargo, dos de sus pocos amigos de confianza, el astrónomo y arquitecto sir Christopher Wren (1632-1723) y el físico y astrónomo Edmond Halley (1656-1742) lo devolvieron a sus trabajos sobre las órbitas, y éstos le reportaron una fama aún mayor. Halley, que veía con escepticismo la explicación mecánica de las órbitas ofrecida por Hooke, pidió a Newton su opinión acerca del asunto. Éste confesó que había realizado algunas indagaciones sobre el problema, pero que había extraviado los papeles. El trabajo perdido lo sumió en una nueva obsesión que duró cinco años y lo condujo hasta los problemas cinéticos fundamentales.

Newton ya había trabajado con fuerzas de atracción con las que refino la teoría galileana de la inercia y señaló que cuando dos objetos entran en contacto intervienen «fuerzas» cinéticas iguales y opuestas. Lo que Newton buscaba era una respuesta descriptiva para el problema del movimiento, una que no se limitara a explicar cómo

caen los objetos hacia una Tierra en movimiento, sino que además esclareciera por qué la Tierra y otros cuerpos se movían de un modo tan regular. Newton quería una descripción matemática sencilla, clara, de las fuerzas que actúan. Para lograrlo, tomó ejemplos aislados de objetos que caen sobre una Tierra en movimiento y objetos en órbita, y consiguió dar con una fórmula válida para todos los casos. Su explicación era cargante pero completa: «Toda partícula material del universo atrae al resto de partículas con una fuerza inversamente proporcional al cuadrado de la distancia que las separa y directamente proporcional al producto de sus masas». Esta fuerza era la gravitación universal, y Newton la explicó con la claridad de las matemáticas. Era una ley descriptiva y ofrecía un sistema sencillo para entender el movimiento tanto en el cielo como en la Tierra.

Newton se resistió a exponer sus conclusiones. Temía que provocaran más enfrentamientos con Hooke, y era lo bastante arrogante como para presumir que pocos filósofos entenderían la teoría. Tras muchos esfuerzos pacientes, Halley lo convenció para que las publicara. El resultado, los *Principia Mathematica (Principios matemáticos de filosofía natural)* de Newton, fue a imprenta en 1687. Newton no consiguió un beneplácito inmediato. Muchos filósofos mecanicistas, sobre todo cartesianos, elogiaron las dotes de Newton pero opusieron muchas objeciones a la importancia de las «fuerzas» en sus explicaciones. Aquellas explicaciones olían a misticismo y parecían carentes de un mecanismo motor.

Newton respondió de dos maneras a sus oponentes con las que, además, redefinió los métodos y los objetivos de las ciencias físicas. La primera parte de la respuesta de Newton residía en los propios *Principia*. Newton usó demostraciones geométricas enormes con las que habló el mismo idioma de los cartesianos para ilustrar cómo funcionan las fuerzas. El segundo logro marcó la transformación real. La geometría de Newton se basaba en pruebas firmes procedentes de la observación y la experiencia. Aquellas evidencias no sólo demostraban sus teorías, también revelaban que sus conclusiones se podían aplicar al mundo cotidiano.

¿Qué consecuencias prácticas tuvo esta majestuosa síntesis intelectual? Las leyes del movimiento de Newton ayudaron a los ingenieros a diseñar piezas nuevas para distintas maquinarias. El empuje y la atracción de la gravedad revelaron a los geógrafos que la Tierra no era una esfera perfecta, y este hallazgo cambió la naturaleza de la cartografía. Las matemáticas de la gravitación podían usarse para predecir el flujo y reflujo de las mareas, incluso en mares que los navíos europeos no hubieran surcado jamás, un paso gigantesco en una época de imperios navales y comercio marítimo. Su explicación global del movimiento no sólo proporcionó una imagen ordenada y comprensible del cielo y la Tierra, sino que además brindó a la humanidad más poder sobre el entorno.

Las teorías de Newton aunaron matemáticas, análisis meticuloso y capacidad de

predicción. Los resultados fueron extraordinarios. Los historiadores modernos de ciencia aún consideran la ley de la gravitación universal de Newton como la mayor aportación a la física lograda jamás por una sola persona. En su época, Newton recibió los mismos elogios. Se convirtió en un héroe nacional inglés. También obtuvo reconocimiento en toda Europa, sobre todo en Francia, como un icono bien amado y envidiado. El poeta Alexander Pope, coterráneo de Newton, expresó la admiración que despertaba Newton en un famoso elogio: «La naturaleza y las leyes naturales yacían en tinieblas; / Dios dijo: “Hágase Newton”, y la luz se hizo».

Newton fue más cauto con respecto a sus propios logros. Hacia el final de su vida, en su *General Scholium* (1714), explicó la diferencia fundamental entre su labor y la de los mecanicistas, e insistió en ella durante su presidencia de la Real Sociedad. La expresó en latín: *hypotheses non fingo*, «yo no formulo hipótesis». Newton consideraba inútil y científicamente inadecuado buscar una explicación subyacente para lo que él seguía viendo como obra de Dios. El intento de comprender por qué el universo era como era sólo conduciría a la vana especulación. Lo accesible al entendimiento, con la certeza de las matemáticas, era cómo funciona el universo para mostrarse tal cual es.

La palabra *científico* fue una invención decimonónica. Incluso después de los métodos nuevos perfilados por Bacon y Descartes, de la importancia creciente de los experimentos y de los logros elogiadísimos de Newton, la filosofía natural continuó siendo un cambio amplio. Asimismo, las grandes mentes científicas del siglo XVII se guiaban por objetivos y prioridades que no diferían por completo de los que siguieron sus predecesores medievales. La filosofía natural no rompió con la religión. Muchos mecanicistas, lejos de ser ateos, aducían que un universo tan intrincado era «prueba del diseño» de Dios. Blaise Pascal afirmó la existencia de Dios basándose en la lógica y la probabilidad. Robert Boyle financió conferencias y aportó fondos para la investigación para demostrar la conexión divina con los procesos naturales. Los razonamientos clásicos se derrumbaron a la vista de los nuevos descubrimientos, pero los filósofos naturales rara vez cejaron en el intento de restaurar la imagen de un universo ordenado con explicaciones forzadas hacia la perfección.

Entonces, ¿qué había cambiado? Los filósofos naturales dieron diferentes respuestas a cuestiones fundamentales sobre el mundo físico. El trabajo científico adoptó formas nuevas. Durante el siglo XVII, la labor científica más innovadora se trasladó fuera de las universidades. Los filósofos naturales empezaron a comunicarse entre sí y a trabajar juntos desde organizaciones que desarrollaron unas pautas de estudio. La Real Sociedad de Inglaterra generó imitaciones por toda Europa, en Florencia, Berlín y más tarde en Rusia. La Real Academia de Ciencias de Francia mantenía una relación especialmente directa con la monarquía y el estado francés. Los estadistas franceses querían tener cierto control sobre esas sociedades y

anhelaban participar de las compensaciones que pudiera conllevar cualquiera de los hallazgos.

Nuevo fue también el convencimiento acerca del sentido y la utilidad de la ciencia. La práctica de descomponer un problema complejo en partes menores que pudieran entenderse, abstraerse y explicarse con un lenguaje matemático claro permitió abordar más y diferentes cuestiones relacionadas con las ciencias físicas. El lenguaje y las soluciones de índole matemática adoptaron un papel más central en la «ciencia nueva» del que habían ostentado la lógica y la geometría clásicas en la cosmovisión medieval. Por último, en lugar de limitarse a demostrar verdades ya establecidas, los métodos nuevos dieron forma y sustancia a lo desconocido, y facilitaron la predicción de hallazgos venideros.

Conclusión

Los primeros filósofos naturales valoraron con prudencia sus capacidades. Asimismo, creyeron que su ciencia era plenamente compatible con su fe. Algunos filósofos naturales aspiraron a recelar el mecanismo interno de la naturaleza para mostrar cómo funcionaba el sistema en su conjunto. Otros consideraban que los humanos sólo estaban capacitados para catalogar y ordenar las regularidades observadas en la naturaleza, aunque jamás llegarían a comprenderlas verdaderamente. Newton, por ejemplo, trabajó para llegar a explicaciones con las que ilustrar que la lógica de la creación residía en las matemáticas. Pero, al final, dejó a un lado ese objetivo y se alegró de tener teorías sólidas que explicaban las acciones y sustancias observadas.

Los herederos del éxito newtoniano en el siglo XVIII fueron, con frecuencia, mucho más audaces. La ciencia de laboratorio y el trabajo de las sociedades científicas observaron con rigor, y durante mucho tiempo, las reglas y limitaciones establecidas por la experimentación. Pero, como veremos, los filósofos naturales que empezaron a estudiar las «ciencias humanas» dejaron de lado algunas de las cautelas de sus predecesores. La sociedad, la tecnología, el gobierno, la religión y hasta la mente humana individual parecían mecanismos o partes de una naturaleza más amplia a la espera de ser estudiados. Si pudieran explicarse en forma de leyes, como la gravedad, permitirían el perfeccionamiento de la propia humanidad. La revolución en la ciencia cambió la concepción europea del mundo, pero también inspiró a pensadores mucho más interesados por las revoluciones que se producen en el seno de la sociedad.

Bibliografía seleccionada

- BELAVAL, Yvon (dir.), *Racionalismo, Empirismo, Ilustración*, Madrid, Siglo XXI, 1991.
- CASPAR, Max, *Kepler*, Madrid, Acento, 2003.
- COHEN, Bernard, *El nacimiento de una nueva física*, Madrid, Alianza, 1989.
- DRAKE, Stillman, *Galileo*, Madrid, Alianza, 1991.
- GALILEI, Galileo, *Diálogo sobre los dos máximos sistemas del mundo ptolemaico y copernicano*, Madrid, Alianza, 1995.
- GRAYUNG, Anthony, *Descartes: la vida de René Descartes y su lugar en su época*, Valencia, Pre-Textos, 2007.
- HALL, Rupert, *La revolución científica, 1500-1750*, Barcelona, Crítica, 1985.
- HAWKING, Stephen (ed.), *A hombros de gigantes: las grandes obras de la física y la astronomía*, Barcelona, Crítica, 2003.
- KUHN, Thomas, *La estructura de las revoluciones científicas*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 2005.
- , *La revolución copernicana: la astronomía planetaria en el desarrollo del pensamiento occidental*, Barcelona, Ariel, 1996.
- MASÓN, Stephen, *Historia de las ciencias 2. La revolución científica de los siglos XVI y XVII*, Madrid, Alianza, 2005.
- SELLÉS, Manuel, y Carlos SOLÍS, *La revolución científica*, Madrid, Síntesis, 1991.
- SHAPIN, Steven, *La revolución científica: una interpretación alternativa*, Barcelona, Paidós, 2000.
- VERNET, Juan, *Astrología y astronomía en el Renacimiento: la revolución copernicana*, Barcelona, El Acantilado, 2000.
- WESTFALL, Richard, *La construcción de la ciencia moderna*, Cerdanyola, Labor, 1980.
- , *Isaac Newton: una vida*, Madrid, Akal, 2006.
- WILLIAMS, Bernard, *Descartes, el proyecto de la investigación pura*, Madrid, Cátedra, 1996.

CAPÍTULO 17

El Siglo de las Luces

En 1762, el *Parlement* (el tribunal de justicia) de Toulouse, Francia, declaró culpable a Jean Calas de la muerte de su hijo. Calas era protestante y las tensiones entre católicos y protestantes estaban exaltadas en la región. Los testigos llamados a declarar ante el tribunal afirmaron que el joven Calas había querido romper con su familia y convertirse al catolicismo, y convencieron a los magistrados de que Calas había matado a su hijo antes de permitir que abandonara la fe protestante. La justicia francesa estipuló el castigo. Calas sufrió dos torturas: la primera, con la finalidad de que confesara; la segunda, como parte formal de ciertas sentencias a muerte, para obligarlo a nombrar a supuestos cómplices. Le descoyuntaron los brazos y las piernas tirando poco a poco de esas extremidades, le arrojaron litros de agua en la garganta y le quebraron el cuerpo públicamente bajo el suplicio de la rueda, lo que significaba el aplastamiento de cada uno de los miembros con una barra de hierro. Después, el verdugo le cortó la cabeza. Durante el juicio, la tortura y la ejecución, Calas persistió en su inocencia. Dos años después, el *Parlement* rectificó el veredicto, declaró a Calas no culpable y ofreció a la familia una suma como compensación.

François Marie Arouet, también conocido como Voltaire, fue uno de los que acogieron con horror el veredicto y el castigo. Cuando tuvo lugar este caso, Voltaire era uno de los pensadores ilustrados más afamados de Europa. Como escritor bien relacionado y prolífico, Voltaire empuñó la pluma para limpiar el nombre de Calas; contactó con amigos, contrató abogados para la familia y redactó expedientes, cartas y ensayos para captar la atención pública sobre el caso. El incidente de Calas ejemplificaba casi todo aquello a lo que Voltaire se oponía en su cultura. La intolerancia, la ignorancia y lo que él calificó a lo largo de toda su vida de «fanatismo», era «el infame» que había trocado la justicia en una parodia. «Alzad la voz por doquier, os lo suplico, por Calas y contra el fanatismo, porque él es *l'infâme* que causó su sufrimiento», escribió Voltaire a su amigo Jean Le Rond d'Alembert, otro pensador ilustrado. El empleo de la tortura para conocer la verdad evidenciaba el poder de prácticas seculares e indiscutidas. Los procedimientos legales que incluían interrogatorios secretos, juicios a puerta cerrada, procesos sumarios (Calas fue ejecutado al día siguiente de que lo declararan culpable, sin ninguna revisión por parte de un tribunal superior), y los castigos bárbaros iban en contra de la razón, la

moralidad y la dignidad humana. Cualquier delincuente, por canalla que sea, «es un hombre», escribió Voltaire, «y somos responsables de su sangre».

Los comentarios de Voltaire acerca del caso Calas ilustran las preocupaciones típicas del Siglo de las Luces: los peligros de una autoridad arbitraria y sin limitaciones, el valor de la tolerancia religiosa y la importancia capital de la ley, la razón y la dignidad humana en todos los casos. Él tomó de otros casi todos sus razonamientos, de su predecesor el barón de Montesquieu y del literato italiano Cesare Beccaria, cuya obra *Sobre los delitos y las penas* apareció en 1764. La fama de Voltaire no reside en su originalidad como filósofo. Proviene de su eficacia como escritor y defensor, de su intención y capacidad para acceder a un público amplio. También en eso fue representativo del proyecto ilustrado.

Los fundamentos del Siglo de las Luces

La Ilustración fue un fenómeno del siglo XVIII que duró casi todo el siglo. No todos los pensadores importantes que vivieron y trabajaron en el siglo XVIII desfilaron bajo el estandarte del Siglo de las Luces. Algunos, como el filósofo de historia italiano G. B. Vico (1668-1744), se opusieron a casi todo lo que representaba, mientras que otros, en especial Jean Jacques Rousseau, aceptaron ciertos valores ilustrados pero rechazaron otros con rotundidad. Las pautas del pensamiento ilustrado variaron de un país a otro, y dentro de cada país también cambiaron en el transcurso del siglo. No obstante, muchos pensadores del siglo XVIII compartieron la sensación de hallarse inmersos en un entorno intelectual nuevo donde el «partido de la humanidad» prevalecería sobre las costumbres y el pensamiento tradicional.

Los escritores del Siglo de las Luces compartieron varias características esenciales. En primer lugar, se distinguían por la confianza en el poder de la razón humana. Esta seguridad en sí mismos provenía de los logros de la revolución científica (véase el capítulo 16). Aunque los detalles de la física de Newton apenas se entendían, sus métodos aportaron un modelo para el análisis científico de otros fenómenos. La naturaleza se regía por leyes accesibles al estudio, la observación y la reflexión. Pero la comprensión y el ejercicio de la razón humana exigían liberarse de las autoridades y tradiciones del pasado. «¡Atrévete a saber!», desafió el filósofo alemán Immanuel Kant a sus contemporáneos en el clásico ensayo de 1784 titulado «¿Qué es la Ilustración?». Para Kant, la Ilustración representaba una declaración de independencia intelectual. La denominó una huida de la «inmadurez autoimpuesta» de la humanidad, y una ruptura necesaria hace mucho tiempo con la figura parental autoimpuesta de la humanidad, la Iglesia católica. Alcanzar la mayoría de edad equivalía a alcanzar la «determinación y el coraje de pensar sin dejarse dirigir por

nadie», como individuo. La razón precisaba autonomía y libertad.

A pesar de sus declaraciones de independencia del pasado, los pensadores ilustrados reconocían su gran deuda con sus predecesores inmediatos. Voltaire llamó a Bacon, Newton y John Locke su «Santísima Trinidad». De hecho, buena parte de la Ilustración del siglo XVIII consistió en traducir, reeditar y reflexionar sobre las implicaciones de las grandes obras del siglo XVII. Los ilustrados recurrieron mucho a los estudios de Locke sobre el conocimiento humano, en especial, su *Essay Concerning Human Understanding* (*Ensayo sobre el entendimiento humano*, 1690), que tuvo más repercusión incluso que su filosofía política. Las teorías de Locke sobre el conocimiento otorgaban a la educación y al entorno una importancia fundamental en la forja del carácter humano. Todo el conocimiento, sostenía Locke, surge de la percepción de los sentidos. Al nacer, la mente humana es una «tablilla en blanco» (en latín, *tabula rasa*). Sólo cuando el bebé empieza a sentir las cosas, a percibir el mundo exterior con los sentidos, empieza a registrarlo en la mente. Locke partía de la bondad y la perfección de la humanidad, lo que se convirtió en la premisa fundamental de sus seguidores. Basándose en Locke, los pensadores del siglo XVIII consideraron la educación el centro de su proyecto, puesto que la educación auguraba la mejora de la moral individual y el progreso social. Debemos señalar aquí que las teorías de Locke tenían implicaciones potenciales más radicales: la educación lograría equilibrar las jerarquías de nivel social, sexo y raza. Como veremos, sólo unos pocos ilustrados emplearon esos argumentos igualitarios. Pero, eso sí, el optimismo y la creencia en el progreso humano universal constituyeron un segundo rasgo definitorio de casi todo el pensamiento ilustrado.

En tercer lugar, los pensadores ilustrados tuvieron grandes ambiciones y mucho alcance. Aspiraron nada menos que a organizar todo el conocimiento. El «método científico», con lo que designaban la observación empírica de fenómenos concretos con la finalidad de acceder a leyes generales, servía para practicar la investigación en todos los campos, tanto humanos como naturales. De ahí que recopilaran datos para conocer qué leyes rigen el ascenso y la caída de las naciones, y compararon las constituciones gubernamentales para llegar a un sistema político ideal y de aplicación universal. Tal como declaraba el poeta inglés Alexander Pope en su *Essay on Man* (*Ensayo sobre el hombre*) de 1733, «la ciencia de la naturaleza humana [debe] reducirse, como todas las demás ciencias, a unos pocos puntos claros», y los pensadores ilustrados se empeñaron en conocer cuáles eran exactamente esos «pocos puntos claros». Abordaron una cantidad sorprendente de temas diversos de ese modo sistemático: conocimiento y mente, historia natural, economía, gobierno, creencias religiosas, costumbres de los indígenas del Nuevo Mundo, naturaleza humana y diferencias sexuales (que ahora llamaríamos de género) y raciales.

Los historiadores han calificado la Ilustración de «proyecto cultural» para

enfatar el interés de los ilustrados por el conocimiento práctico, aplicado, así como su empeño por difundir el conocimiento y fomentar los debates públicos libres. Pretendían, tal como escribió Denis Diderot, «cambiar la forma habitual de pensar» y avanzar en pro de la «ilustración» y la humanidad. Aunque compartieron muchos de los temas teóricos de sus predecesores, escribieron con un estilo muy distinto y para un público mucho mayor. Hobbes y Locke habían publicado tratados para grupos reducidos de lectores instruidos del siglo xvii. Voltaire, en cambio, escribió obras de teatro, ensayos y cartas; Rousseau compuso música, publicó sus *Confesiones* y escribió novelas que conmovieron a los lectores hasta las lágrimas; David Hume, uno de los colosos del Siglo de las Luces escocés, escribió historia para un público amplio. Un aristócrata británico o un gobernador de las colonias de América del Norte habría leído a Locke. Pero es muy posible que una mujer de clase media leyera las novelas de ficción de Rousseau, y los tenderos y artesanos estaban familiarizados con folletos populares de orientación ilustrada. Entre la élite, «academias» de nueva fundación patrocinaban concursos de ensayos, y hombres y mujeres acomodados charlaban sobre asuntos de estado en los salones. En otras palabras, los logros intelectuales y los objetivos del Siglo de las Luces derivaron de los cambios culturales que se produjeron en el siglo xviii. Esos cambios incluyeron la expansión de la alfabetización y el interés creciente por los libros, nuevas redes de lectura, nuevos sistemas de intercambio intelectual y el surgimiento de lo que algunos historiadores denominan el primer «ámbito público».

En suma, los pensadores ilustrados se enfrentaron a su cultura exponiendo a la «luz» reluciente de la razón las actuaciones, creencias y autoridades trasnochadas. Esto implicaba a menudo críticas y sátiras. Aunaron una irreverencia por la costumbre y la tradición con la certeza de la perfección humana y el progreso, la confianza en su capacidad para entender el mundo con un interés apasionado por la relación entre la «naturaleza» y la cultura, o el entorno, la historia y el carácter y la sociedad humanas. Su programa de reforma tuvo implicaciones políticas inmediatas; en muy poco tiempo cambió las premisas del gobierno y la sociedad en todo el mundo atlántico.

El mundo de los *philosophes*

El pensamiento ilustrado fue europeo en un sentido tan amplio que incluye no sólo el sur y el este de Europa, sino también las colonias europeas en el Nuevo Mundo. Sin embargo, Francia aportó algunas de las obras ilustradas más leídas y las luchas vigiladas más de cerca. De ahí que, con independencia de su lugar de residencia, se denomine *philosophes* a los pensadores del Siglo de las Luces. Pero los *philosophes*

(con la salvedad de David Hume e Immanuel Kant) difícilmente fueron filósofos en el sentido de pensadores abstractos de gran originalidad. En Francia, sobre todo, los pensadores ilustrados evitaron formas de expresión que parecieran incomprensibles, y más bien se jactaron de su claridad y estilo. En francés, *philosophe* significaba tan sólo «pensador libre», una persona cuyas reflexiones carecían de cualquier clase de restricción religiosa o dogmática.

VOLTAIRE

El más conocido de los *philosophes* de la época fue Voltaire, seudónimo de François Marie Arouet (1694-1778). Del mismo modo que Erasmo había encarnado el humanismo cristiano dos siglos antes, Voltaire prácticamente personificó la Ilustración con la consideración de una serie enorme de temas en gran variedad de formas literarias. Educado por los jesuitas, destacó desde muy joven como un escritor dotado e incisivo. Su gusto por la provocación lo llevó a la Bastilla (conocida prisión de París) por difamación, y poco después, a un exilio temporal en Inglaterra. En los tres años que pasó allí, Voltaire se convirtió en un admirador de las instituciones políticas, la cultura y la ciencia británicas; sobre todo, se convirtió en un converso muy persuasivo a las ideas de Newton, Bacon y Locke. Su único gran logro pudo consistir en popularizar la obra de Newton en Francia y, en un sentido más general, en liderar la causa del empirismo británico y el método científico contra los franceses más cartesianos.

Las *Cartas filosóficas* de Voltaire (o *Cartas inglesas*), publicadas tras su regreso en 1734, causaron sensación de inmediato. En ellas abordaba temas sobre libertad política y religiosa, y empleaba las comparaciones como armas. Su admiración por la cultura y la política británicas se trocó en una crítica urticante de Francia (y otros países absolutistas del continente). Elogiaba la amplitud de miras y el empirismo británicos: el respeto del país por los científicos y el apoyo que les brindaba para investigar. Consideraba la relativa debilidad de la aristocracia británica un signo de la salud política de aquel país. A diferencia de los franceses, los británicos respetaban el comercio y a la gente que se dedicaba a él, escribió Voltaire. El sistema tributario británico era racional, carecía de las complejas exenciones para los privilegiados que estaban arruinando las finanzas francesas. La Cámara de los Comunes británica representaba a las clases medias y, a diferencia del absolutismo francés, aportaba equilibrio al gobierno británico y vigilaba el poder arbitrario. En uno de los pasajes más incendiarios del libro, sostenía que en Gran Bretaña la revolución violenta había conllevado una auténtica moderación y estabilidad política: «[E]l ídolo del poder despótico se ahogó en mares de sangre... La nación inglesa es la única del mundo

que ha logrado limitar el poder de sus reyes oponiéndose a ellos». De todas las supuestas virtudes británicas, la tolerancia religiosa era la más importante. Gran Bretaña, afirmaba Voltaire, aunaba ciudadanos de distinta religión en una cultura armoniosa y productiva. En ésta como en otras cuestiones, Voltaire simplificó en exceso: los católicos británicos, disidentes y judíos no disfrutaban de los mismos derechos civiles. Pero la política de «tolerancia» británica contrastaba con la intolerancia de Luis XIV hacia los protestantes. La revocación del Edicto de Nantes (1685) había dejado a los protestantes franceses sin derechos civiles, y había contribuido a crear una atmósfera donde Jean Calas y otros sufrían persecución.

La famosa consigna de Voltaire «Écrasez l'infâme» se traduce como «Aplastad al infame», y él llamaba *infame* a cualquier forma de represión, fanatismo e intolerancia. La siguiente frase, escrita por Voltaire a uno de sus detractores, se cita a menudo como el primer principio de libertad civil: «No comparto con vos ni una sola palabra de lo que decís, pero defenderé hasta la muerte vuestro derecho a decirlo». De todas las formas de intolerancia existentes, Voltaire se opuso sobre todo a la religiosa, y denunció con verdadera pasión el «fraude» religioso, la fe en milagros y la superstición. «A menor superstición, menor fanatismo; y cuanto menos fanatismo, menos miseria». Él no se oponía a la religión en sí; más bien aspiraba a rescatar la moralidad, que consideraba proveniente de Dios, del dogma (rituales complejos, leyes dietéticas, oraciones con fórmulas fijas) y de la poderosa burocracia eclesiástica. Él abogaba por el sentido común y la sencillez, convencido de que extraerían la bondad inmersa en la humanidad e instaurarían una autoridad estable. «Cuanto más simples son las leyes, más respetados son los magistrados; cuanto más simple sea la religión, más reverenciados serán sus ministros. La religión puede ser sencilla. Si la gente ilustrada proclama un solo Dios, premiado y vengador, nadie reirá, todos obedecerán».

Voltaire disfrutó con su condición de crítico, y nunca dejó de reportarle éxitos. Lo exiliaban con regularidad de Francia y otros países, sus libros se prohibieron y quemaron. En cambio, como sus obras de teatro atraían a grandes audiencias, el rey francés era consciente de que debía ser tolerante con el autor. Voltaire contaba con un público internacional atento que incluía a Federico de Prusia, quien lo invitó a su corte en Berlín, y a Catalina de Rusia, con la cual mantuvo una correspondencia sobre las reformas que podía introducir en Rusia. Voltaire se describía a sí mismo como un autor «de contrabando», pero eso sólo parecía servir para que fuera más valorado. Cuando murió en 1778, unos meses después de su regreso triunfal a París, posiblemente era el escritor más conocido en Europa.

El barón de Montesquieu (1689-1755) fue una figura muy distinta del Siglo de las Luces. Nació en una familia noble. Heredó un patrimonio y, como los cargos estatales eran en propiedad y pasaban de padres a hijos, un puesto como magistrado en el Parlamento, o tribunal de justicia, de Burdeos. Ni era un estilista ni era un provocador como Voltaire, sino un jurista bastante prudente. Llegó a escribir una novela satírica, *Las cartas persas* (1721), que publicó de manera anónima (para preservar su reputación) en Ámsterdam. La novela está compuesta en forma de cartas redactadas por dos turcos que visitan Francia. Los visitantes detallan las extrañas supersticiones religiosas que han presenciado, comparan las costumbres de la corte francesa con las de los harenes turcos y contrastan el absolutismo francés con sus propias formas de despotismo.

El tratado serio de Montesquieu *El espíritu de las leyes* (1748) tal vez fue la obra más influyente de la Ilustración. Era un estudio innovador sobre lo que cabría denominar sociología histórica comparativa, y muy newtoniano en su enfoque concienzudo y empírico. Montesquieu preguntaba qué estructuras modelan la ley. ¿Cómo se combinaron el entorno, la historia y las tradiciones religiosas de cada lugar para crear semejante variedad de instituciones gubernamentales? ¿Cuáles eran las distintas formas de gobierno: qué «espíritu» caracterizaba cada cual y en qué consistían sus respectivas virtudes y deficiencias? Montesquieu propuso una clasificación triple de los estados. Las repúblicas están gobernadas por la mayoría, que, a su entender, podía estar formada por una élite aristocrática o por el pueblo. En el segundo tipo, la monarquía, una autoridad única gobernaba de acuerdo con la ley. El «despotismo», el ejemplo negativo más importante de Montesquieu, permitía que un solo dirigente gobernara sin la supervisión de la ley ni de otros poderes, lo que sembraba la corrupción y la veleidad. El alma o el espíritu de una república era la virtud; el de la monarquía, el honor; el del despotismo, donde ningún ciudadano se sentía seguro y el castigo suplantaba a la educación, el miedo. Para que esto no pareciera una abstracción, Montesquieu dedicaba dos capítulos a la monarquía francesa en los que exponía en detalle lo que consideraba una tendencia peligrosa hacia el despotismo en su propia tierra. Al igual que otros pensadores ilustrados, Montesquieu admiraba el sistema británico con su separación y equilibrio de poderes (ejecutivo, legislativo y judicial), lo que garantizaba la libertad en el sentido de independencia de cualquier poder absoluto procedente de un gobernante único, ya fuera individual o colectivo. Su idealización de «supervisiones y equilibrios» tuvo una influencia formativa en los teóricos políticos ilustrados y los miembros de las élites gobernantes, sobre todo en los que redactaron la Constitución de Estados Unidos en 1787.

Los escritos de Voltaire y Montesquieu representan los temas y el estilo de la Ilustración francesa. Pero la publicación francesa más notable del siglo la representó un proyecto colectivo: la *Enciclopedia*. La *Enciclopedia* pretendió resumir y difundir todo el conocimiento contemporáneo más avanzado sobre filosofía, ciencia y técnica. En cuanto a envergadura, ésta fue la exposición más grandiosa de los objetivos de los *philosophes*. Mostraba cómo aplicar el análisis científico a casi todos los ámbitos del pensamiento. Con ella aspiraron al replanteamiento de una cantidad enorme de tradiciones e instituciones, y a emplear la razón para lograr la felicidad y el progreso de la humanidad. El espíritu que encabezó el proyecto fue Denis Diderot, con la ayuda del matemático newtoniano Jean Le Rond d'Alembert (1717-1783) y otros «hombres de letras» destacados como Voltaire y Montesquieu. La *Enciclopedia* se publicó, por entregas, entre 1751 y 1772; en el momento de su terminación ascendía a diecisiete volúmenes grandes de texto y once más de ilustraciones. Como se trató de una empresa común, contribuyó a la imagen de los *philosophes* como el «partido de la humanidad».

La *Enciclopedia* intentó «cambiar la forma general de pensar». Diderot encargó artículos que explicaran los logros científicos y tecnológicos recientes, que mostraran cómo funcionaban las máquinas y que ilustraran los nuevos procesos industriales. La cuestión era mostrar cómo la aplicación de la ciencia a la vida cotidiana podía favorecer el progreso y aliviar cualquier clase de miseria humana. Diderot recurrió a los mismos métodos para temas de religión, política y los fundamentos del orden social, e incluyó artículos sobre economía, impuestos y comercio de esclavos. La censura complicaba la redacción de artículos abiertamente contrarios a la religión. De ahí que Diderot manifestara su desprecio por la religión de manera soslayada; así, en la entrada *Eucaristía*, el público se encontraba con una escueta remisión: «Véase *Canibalismo*». Dicterios como éste desencadenaron tormentas de controversias cuando aparecieron los primeros volúmenes de la *Enciclopedia*. El gobierno francés revocó el permiso para su publicación declarando en 1759 que los enciclopedistas estaban intentando «propagar el materialismo», lo que equivalía al ateísmo, «destruir la religión, infundir un espíritu de independencia y alimentar la corrupción de la moral». Los volúmenes se vendieron bastante bien a pesar de aquellas prohibiciones y su precio considerable. Los compradores pertenecían a la élite: aristócratas, oficiales del estado, comerciantes prósperos y algún que otro miembro del alto clero. Si bien esa élite se extendía por toda Europa, incluidas las colonias de ultramar.

Aunque los *philosophes* franceses arremetían contra el estado y la Iglesia, aspiraban a la estabilidad y la reforma política. Montesquieu abrigaba la esperanza de que una aristocracia ilustrada presionara para conseguir reformas y para defender la

libertad contra un rey déspota, lo cual no extraña a la vista de su cuna y posición. Voltaire, convencido de que los aristócratas sólo defenderían sus estrechos intereses particulares, confiaba en el liderazgo de monarca ilustrado. Ninguno fue demócrata y ninguno concibió las reformas desde abajo. Aun así, sus leídosimos escritos fueron subversivos. Sus sátiras del absolutismo y, en sentido más amplio, del poder arbitrario, hicieron mella. En la década de 1760, la crítica francesa del despotismo ya había aportado el lenguaje con el que mucha gente de toda Europa expresó su oposición a los regímenes existentes.

Internacionalización de los temas ilustrados

El «partido de la humanidad» fue internacional. El francés se convirtió en la lengua franca de muchos debates del Siglo de las Luces, pero los libros «franceses» se publicaron con frecuencia en Suiza, Alemania y Rusia. Como ya se ha visto, los pensadores ilustrados admiraban las instituciones y la intelectualidad británicas, y tomaron ambas como puntos de referencia. Gran Bretaña también aportó algunos de los pensadores más importantes de la Ilustración: el historiador Edward Gibbon y los filósofos escoceses David Hume y Adam Smith. Los *philosophes* consideraban a Thomas Jefferson y Benjamin Franklin como parte de su grupo. La Ilustración floreció también por Europa central y meridional, a pesar de enfrentarse allí a una resistencia más rígida de las autoridades religiosas, a censores estatales más estrictos y aunque contara con redes menos desarrolladas de élites instruidas para discutir y apoyar el pensamiento progresista. Federico II de Prusia alojó a Voltaire durante uno de sus exilios de Francia, aunque el *philosophe* no tardó en agotar la buena acogida. Federico también patrocinó un grupo pequeño, aunque extraordinariamente productivo, de pensadores ilustrados. El norte de Italia fue un núcleo importante del pensamiento ilustrado. En toda Europa se plantearon temas similares: el humanitarismo, o la dignidad y el valor de todos los individuos, la tolerancia religiosa y la libertad.

LOS TEMAS DE LA ILUSTRACIÓN: EL HUMANITARISMO Y LA TOLERANCIA

Entre los autores más influyentes de todo el Siglo de las Luces figura el jurista italiano (milanés) Cesare Beccaria (1738-1794). Su obra *Sobre los delitos y las penas* (1764) tocaba los mismos temas generales que trataron los *philosophes* franceses (el poder arbitrario, la razón y la dignidad humana) y brindó a Voltaire la mayoría de los argumentos para el caso Calas. Beccaria también proponía reformas legales

concretas. Atacaba la idea imperante de que los castigos debían representar la venganza de la sociedad sobre el delincuente. La única base lógica legítima del castigo consistía en mantener el orden social y la prevención de otros delitos. Beccaria abogaba por la máxima clemencia posible compatible con la disuasión; el respeto por la dignidad individual y por la humanidad dictaba que los humanos no debían castigar a otros humanos más de lo necesario. Sobre todo, el libro de Beccaria se oponía con elocuencia a la tortura y la pena de muerte. El espectáculo de las ejecuciones públicas, que intentaba poner de manifiesto el poder del estado y los horrores del infierno, sólo servía para deshumanizar a la víctima, al juez y al público. En 1766, pocos años después del caso Calas, otro juicio francés se erigió como ejemplo de lo que horrorizaba a Beccaria y a los *philosophes*. A un noble francés de diecinueve años, acusado de blasfemia, le arrancaron la lengua y le cortaron una mano antes de quemarlo en la hoguera. Cuando el tribunal supo que el blasfemo había leído a Voltaire, ordenó quemar el *Diccionario filosófico* junto con el cuerpo. Casos tan impresionantes como éste ayudaron a publicar la obra de Beccaria, y *Sobre los delitos y las penas* se tradujo con rapidez a una docena de idiomas. Debido principalmente a su influencia, hacia el año 1800 la mayoría de los países europeos abolieron la tortura, las marcas a fuego, los azotamientos y varias formas de mutilación, y reservaron la pena de muerte a delitos capitales.

El humanitarismo y la razón también aconsejaban la tolerancia religiosa. Los pensadores ilustrados hablaron casi al unísono de la necesidad de terminar con las guerras confesionales y con la persecución de «herejes» y de minorías religiosas. No obstante, es importante distinguir entre la Iglesia como institución y dogma, contra la cual se rebelaron muchos ilustrados, y la creencia religiosa, aceptada por la mayoría de ellos. Sólo un número reducido de ilustrados, en particular, Paul Henri d'Holbach (1723-1789), abrazaba el ateísmo, y muy pocos se declaraban incluso agnósticos. Muchos (Voltaire, por ejemplo) eran deístas, una concepción religiosa que veía a Dios como un «relojero divino» que, al principio de los tiempos, construyó un reloj perfecto y luego lo puso a funcionar con una regularidad predecible. La investigación ilustrada se probó compatible con posturas religiosas muy dispares.

La «tolerancia» era limitada. La mayoría de los cristianos consideraba a los judíos heréticos y asesinos de Cristo. Y, aunque los ilustrados condenaban la persecución, solían ver el judaísmo y el islam como religiones atrasadas y enfangadas en superstición y rituales oscurantistas. Una de las pocas figuras ilustradas que trató a los judíos con comprensión fue el *philosophe* alemán Gotthold Lessing (1729-1781). El drama extraordinario de Lessing *Nathan el sabio* (1779) se desarrolla en Jerusalén durante la cuarta cruzada y comienza con un pogromo, o ataque violento y orquestado, en el que mueren asesinados la esposa y los hijos de Nathan, un comerciante judío. Nathan sobrevive para convertirse en una figura paterna

compasiva y sabia. El protagonista adopta una hija de origen cristiano y la educa en tres religiones: el cristianismo, el islam y el judaísmo. En varias situaciones, las autoridades lo obligan a elegir la única religión verdadera, y Nathan expone que ninguna existe. Las tres grandes religiones monoteístas son tres versiones de la verdad. La religión es auténtica, o verdadera, sólo cuando hace virtuosos a sus creyentes.

Lessing creó el personaje basándose en su amigo Moses Mendelssohn (1729-1786), un rabino autodidacta y tenedor de libros (y abuelo del compositor Felix Mendelssohn). Moses Mendelssohn se movía (aunque con cierta dificultad) entre los círculos ilustrados de Federico II y la comunidad judía de Berlín. Mendelssohn intentó sin éxito evitar el tema de la religión. En repetidas ocasiones recibió ataques e invitaciones para convertirse al cristianismo y, al final, abordó la cuestión de la identidad judía. En una serie de escritos, el más conocido de los cuales fue *Sobre la autoridad religiosa del judaísmo* (1783), defendió a las comunidades judías frente a las políticas antisemíticas, y la religión judía frente a las críticas ilustradas. Al mismo tiempo, también promovió una reforma dentro de la comunidad judía, con el argumento de que su comunidad tenía razones especiales para abrazar el amplio proyecto ilustrado: la fe religiosa sería voluntaria, los estados promoverían la tolerancia y el humanitarismo traería progreso a todos.

ECONOMÍA, GOBIERNO Y ADMINISTRACIÓN

Las ideas ilustradas encontraron verdadera aceptación en los asuntos de estado. Los *philosophes* defendían la razón y el conocimiento por razones humanitarias. Pero también auguraban reforzar las naciones, hacerlas más eficaces y prósperas. Las reformas legales propuestas por Beccaria representaban un buen ejemplo; él no sólo pretendía que las leyes fueran más justas, sino también más eficaces. En otras palabras, la Ilustración le hablaba a los individuos, pero también a los estados. Los *philosophes* abordaron el tema de la libertad y los derechos, pero también trataron cuestiones relacionadas con la administración, la recaudación de impuestos y la política económica.

Las crecientes demandas fiscales de los estados e imperios del siglo XVIII convirtieron en urgentes esos asuntos. ¿Qué recursos económicos resultaban más valiosos a los estados? ¿Cómo podían explotarlos los gobiernos? Los estudiosos ilustrados de la economía, como los fisiócratas, afirmaban que las políticas mercantilistas imperantes desde hacía tanto tiempo eran equivocadas. Hacia el siglo XVIII, el mercantilismo ya se había traducido en un término que designaba una variedad muy amplia de políticas que compartían la regulación gubernamental del

comercio de bienes manufacturados y metales preciosos. Los fisiócratas, en su mayoría franceses, sostenían que la riqueza verdadera provenía de la tierra y la producción agrícola. Y, lo que es más importante, abogaban por simplificar el sistema tributario y seguir una política de *laissez faire*, procedente de la expresión francesa *laissez faire la nature* («dejar que la naturaleza siga su curso»), permitiendo que la riqueza y los bienes circulen sin interferencia del gobierno.

La expresión ahora clásica de una economía de *laissez faire* proviene, en cambio, del economista escocés Adam Smith (1723-1790) y, en particular, del histórico tratado de Smith titulado *Investigación sobre la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones* (1776). Smith discrepaba de los fisiócratas en cuanto al valor de la agricultura, pero compartía su oposición al mercantilismo. Para Smith, los puntos cruciales radicaban en la productividad del trabajo y en el uso que se le daba al trabajo en los distintos sectores de la economía. Las restricciones mercantiles (como los impuestos elevados de los bienes de importación, que constituía una de las reivindicaciones de los colonos de todos los imperios en América) no fomentaban el despliegue productivo del trabajo y, por tanto, no creaban una salud económica real. Para Smith, el mejor modo de lograr la prosperidad general consistía en permitir que la famosa «mano invisible» guiara la actividad económica. Los individuos, en otras palabras, perseguirían sus intereses propios sin la competencia de monopolios o restricciones legales con autorización estatal. Tal como escribió Smith en su *Teoría de los sentimientos morales* (1759), obra previa a la anterior, los individuos dedicados al interés propio podían «dejarse llevar por una mano invisible... sin necesidad de conocerla, planificarla, [para] favorecer el interés de la sociedad».

La riqueza de las naciones exponía, con detalles más técnicos e históricos, las distintas etapas del desarrollo económico, el funcionamiento real de la mano invisible y los aspectos beneficiosos de la competición. Su perspectiva tenía mucho de Newton y de la idealización ilustrada tanto del mundo natural como de la naturaleza humana. Smith quería seguir lo que él denominó, en términos clásicos de la Ilustración, el «obvio y simple sistema de la libertad natural». Se consideraba un defensor de la justicia en contra del privilegio económico patrocinado por el estado y los monopolios. Fue un teórico de los sentimientos humanos y de las fuerzas del mercado. Smith se erigió en el pensador más influyente de todos los nuevos teóricos de la economía que surgieron en el siglo XVIII. Paradójicamente, a lo largo del siglo siguiente su obra y sus seguidores se convirtieron en el blanco de los reformadores y críticos del nuevo mundo económico.

Los imperios y el Siglo de las Luces

La riqueza de las naciones de Smith formaba parte de un debate sobre la economía del imperio: tanto los *philosophes* como los hombres de estado se plantearon cómo hacer rentables las colonias y para quién. El mundo colonial apareció mucho en el pensamiento ilustrado por otros motivos diversos. El «nuevo» mundo allende el Atlántico ofrecía un contraste con la «vieja» civilización de Europa o, dicho de otro modo, un retrato a menudo idealizado de la humanidad y la sencillez naturales comparado con el cual Europa se revelaba decadente y corrupta. En segundo lugar, las actividades coloniales de los europeos (en especial, en el siglo XVIII, el comercio de esclavos) sólo podían contribuir al surgimiento de temas de presión sobre humanitarismo, derechos individuales y ley natural. Los efectos del colonialismo en Europa fueron un tema central del Siglo de las Luces.

Adam Smith escribió en *La riqueza de las naciones* que el «descubrimiento de América y el de un paso hacia las Indias Orientales por el cabo de Buena Esperanza eran dos de los eventos más grandes y relevantes de la historia de la humanidad». Y proseguía diciendo que los beneficios o las desgracias que conllevaran en adelante para la humanidad «no puede preverlos ninguna sabiduría humana». El lenguaje de Smith era casi idéntico al de un francés llamado Abbé Guillaume Thomas François Raynal. La gruesa *Historia filosófica... de los europeos en las dos Indias* (1770), otra obra colectiva como la *Enciclopedia*, fue una de las más leídas de la Ilustración, con veinte impresiones y al menos cuarenta ediciones clandestinas. Raynal se inspiró en la *Enciclopedia* y con ella quiso realizar nada menos que una historia completa de la colonización: costumbres y civilizaciones indígenas, historia natural, exploración y comercio en el mundo Atlántico y la India. También intentó redactar un balance preguntándose, como había hecho Smith, si la colonización había vuelto a la humanidad más feliz, más pacífica o mejor. Si el interrogante encajaba por completo en el espíritu de la Ilustración, lo mismo le ocurría a la respuesta. Raynal pensaba que la industria y el comercio depararon mejoras y progreso. Pero, al igual que otros autores ilustrados, él y quienes colaboraron con él en la obra veían la sencillez natural como un antídoto contra las corrupciones propias de su cultura. Persiguieron e idealizaron lo que consideraban ejemplos de humanidad «natural», muchos de ellos en el Nuevo Mundo. Escribieron, por ejemplo, que lo que los europeos consideraban «vida salvaje» podía ser «cien veces preferible a las sociedades corruptas por el despotismo», y lamentaron la pérdida de la «libertad natural» de la humanidad. Condenaron las tácticas de los españoles en México y Perú, las de los portugueses en Brasil y las de los británicos en América del Norte. Repitieron la idea de Montesquieu de que el buen gobierno requiere supervisión y equilibrio contra la autoridad arbitraria. En el Nuevo Mundo, aducían, los europeos se encontraron con un poder prácticamente ilimitado que los incitó a ser arrogantes, crueles y despóticos. En una edición posterior, tras el estallido de la Revolución americana, el libro llegaba

incluso más allá y establecía un paralelismo entre la explotación en el mundo colonial y la desigualdad en casa: «Impera la locura en nuestro modo de actuar con las colonias, y la inhumanidad y la locura en nuestra conducta ante los campesinos de aquí», afirmaba un autor. Los radicales del siglo XVIII advirtieron repetidas veces de que los imperios demasiado dispersos sembraban las semillas de la decadencia y la corrupción en casa.

LA ESCLAVITUD Y EL MUNDO ATLÁNTICO

El debate sobre las colonias y la economía europea sacó a colación de forma inevitable el tema de la esclavitud. Las islas azucareras del Caribe se contaban entre las posesiones más valoradas del mundo colonial, y el comercio del azúcar fue uno de los sectores principales de la economía occidental. El comercio atlántico de esclavos alcanzó su auge en el siglo XVIII. Los negreros europeos enviaron al menos un millón de africanos a la esclavitud del Nuevo Mundo a finales del siglo XVII, y un mínimo de seis millones durante el siglo XVIII. En cambio, hasta los pensadores más radicales, como Raynal y Diderot, vacilaron acerca de esta cuestión, y sus dudas revelan las tensiones del pensamiento ilustrado. El pensamiento ilustrado partía de la premisa de que los individuos están capacitados para razonar y gobernarse a sí mismos. La libertad moral individual ocupaba el centro de lo que la Ilustración consideraba una sociedad justa, estable y armoniosa. La esclavitud desafiaba la ley natural y la libertad natural. Montesquieu, por ejemplo, escribió que la ley civil creaba cadenas, pero la ley natural siempre las rompería. Casi todos los pensadores ilustrados condenaban la «esclavitud» en un sentido metafórico. Aquello de que la «mente debía liberarse de sus cadenas» o «el despotismo esclavizaba a los súbditos del rey» fueron frases recurrentes en muchos textos del siglo XVIII. Era muy común que los protagonistas de las novelas de este siglo, como el *Cándido* de Voltaire, se toparan con gente esclavizada e incluyeran la compasión en su educación moral. Sin embargo, los escritores trataron con más cautela la esclavitud real y el trabajo esclavo de los africanos.

Algunos pensadores ilustrados esquivaron el tema de la esclavitud. Otros reconciliaron los principios y la práctica de formas diversas. Adam Smith condenó la esclavitud por su escasa rentabilidad. Voltaire, impaciente por desenmascarar la hipocresía de sus contemporáneos, se preguntó si los europeos mirarían para otro lado en caso de que fueran ellos, y no los africanos, los esclavizados. En cambio, Voltaire no cuestionó su convencimiento de que los africanos eran inferiores. Montesquieu (oriundo de Burdeos, uno de los puertos principales del comercio atlántico) consideraba que la esclavitud degradaba por igual a amos y esclavos. Pero también

sostenía que todas las sociedades equilibran sus sistemas de trabajo de acuerdo con sus necesidades concretas, y que el trabajo de los esclavos constituía uno de esos sistemas. Por último, como muchos pensadores ilustrados, Montesquieu defendía los derechos de propiedad, incluidos los de los dueños de esclavos.

El artículo de la *Enciclopedia* dedicado al comercio de esclavos sí condenaba esa práctica en los términos más claros posibles, como una violación del autogobierno. Los movimientos humanitarios antiesclavistas, que aparecieron en la década de 1760, expusieron argumentos similares. Pero de la condena de la esclavitud a la libertad de los esclavos resultó haber un gran paso que pocos se mostraron dispuestos a dar. Al final, el determinismo ambiental ilustrado (la creencia de que el entorno determina el carácter) proporcionó una vía común para posponer la cuestión en su conjunto. La esclavitud corrompía a sus víctimas, destruía su virtud natural y aplastaba su amor natural por la libertad. Pero, por esta misma lógica, la gente esclavizada no estaba preparada para la libertad. La Sociedad de Amigos de los Negros de Brissot de Warville se caracterizó por exigir la abolición del comercio de esclavos, y también invitó a Thomas Jefferson, dueño de esclavos, a sumarse a la organización. Muy pocos abogaron por la abolición de la esclavitud y, así y todo, insistiendo en que la emancipación fuera gradual. La esclavitud resultó ser uno de los pocos temas en los que diferentes corrientes del pensamiento ilustrado llegaron a conclusiones distintas.

LA EXPLORACIÓN Y EL MUNDO DEL PACÍFICO

El mundo del Pacífico también ocupó un lugar destacado en el pensamiento ilustrado. La cartografía sistemática de zonas nuevas del Pacífico representó uno de los avances cruciales de la época que, además, ejerció un impacto tremendo en la imaginación del público. Aquellas expediciones también fueron misiones científicas, patrocinadas como parte del proyecto ilustrado consistente en difundir el conocimiento científico. En 1767 el gobierno francés envió a Louis-Anne de Bougainville (1729-1811) al Pacífico Sur en busca de una ruta nueva para llegar a China, tierras nuevas adecuadas para la colonización y especias nuevas para el comercio lucrativo. Con él envió a científicos y artistas para registrar sus hallazgos. Como muchos otros exploradores, Bougainville no encontró nada de lo que buscaba, pero los relatos de sus viajes (sobre todo sus descripciones con detalles fabulosos del paraíso terrenal de Nouvelle-Cythère, o Tahití) acapararon la atención y la imaginación de muchos franceses. El capitán británico James Cook (1728-1779), que siguió a Bougainville, realizó dos viajes al Pacífico Sur (1768-1771 y 1772-1775) con unos resultados impresionantes. Cartografió el litoral de Nueva Zelanda y Nueva Holanda, e incorporó las Nuevas Hébridas y Hawai a los mapas europeos. Exploró los límites exteriores del continente

antártico, las costas del mar de Bering y el océano Ártico. Los científicos y artistas que acompañaron tanto a Cook como a Bougainville expandieron enormemente las fronteras de la botánica, la zoología y la geología de Europa. Sus dibujos, como los retratos extraordinarios de los maoríes de Sydney Parkinson, atrajeron a un público amplio. Lo mismo sucedió con los relatos de los peligros que hubo que vencer y de los pueblos descubiertos. Un malentendido al intentar comunicarse con los isleños del Pacífico Sur, tal vez con la intención de llevarlos a Europa, acabó con las muertes horripilantes de Cook y cuatro infantes de la marina real en Hawai a finales de enero de 1779, lo que sin duda multiplicó la fascinación de los lectores europeos por los viajes del capitán. Mucha gente en Europa leyó con avidez los relatos de aquellos viajes. Cuando Cook y Bougainville trajeron isleños a la metrópoli, congregaron grandes multitudes. Joshua Reynolds pintó retratos de los isleños.

El impacto de las misiones científicas

En Europa, los pensadores ilustrados se sirvieron con generosidad de los relatos de las misiones científicas. Como ya se habían entregado a la comprensión de la naturaleza humana y los orígenes de la sociedad, y al estudio de la repercusión del entorno en el carácter y la cultura, las historias relacionadas con las culturas y pueblos nuevos los fascinaron de inmediato. En 1772 Diderot, uno de los muchos lectores ávidos de los relatos de Bougainville, publicó sus reflexiones personales sobre el significado cultural de aquella información, el *Supplément au voyage de Bougainville*. Para Diderot, los tahitianos eran los seres humanos originales y, a diferencia de los moradores del Nuevo Mundo, estaban prácticamente libres de la influencia europea. Según él, representaban a la humanidad en estado natural, desinhibidos en cuanto a sexualidad y carentes de dogmas religiosos. Su sencillez dejaba al descubierto la hipocresía y la rigidez de la excesiva civilización europea. Otros equiparaban a los indígenas del Pacífico con las civilizaciones clásicas de griegos y romanos y, por ejemplo, asociaban a las mujeres tahitianas con Venus, la diosa romana del amor. Todas estas ideas decían más sobre Europa y las utopías europeas que sobre las culturas indígenas del Pacífico. A los pensadores ilustrados les resultaba imposible contemplar el resto de culturas como algo distinto a versiones «primitivas» de los europeos. Sin embargo, incluso estas concepciones marcaron un cambio frente a épocas anteriores. Los europeos habían entendido que el mundo se dividía entre la cristiandad y los «otros», los paganos. En definitiva, durante el siglo XVIII, la comprensión religiosa de la identidad occidental dio paso a más concepciones laicas.

Uno de los exploradores científicos más importantes de este período fue el científico alemán Alexander von Humboldt. Humboldt pasó cinco años en los

territorios españoles de América con la única intención de evaluar la civilización y los recursos naturales del continente. Fue equipado con los instrumentos científicos más avanzados que Europa pudo suministrarle. Entre 1814 y 1819, produjo una obra impresionante en varios volúmenes titulada *Narraciones personales de viajes*, muy similar a los informes con lujosas ilustraciones de Cook y Bougainville. Los gastos lo arruinaron y lo obligaron a acudir a la corte de Prusia en busca de apoyo financiero. Los estudios de Humboldt constituyen un lazo de unión importante entre la ciencia del Siglo de las Luces y la del siglo XIX. Humboldt, con buen criterio ilustrado, intentó demostrar que la climatología y el entorno geográfico determinan qué formas de vida sobreviven en una región dada. Estas investigaciones continuarán en los debates decimonónicos sobre los cambios evolutivos. Charles Darwin se refirió a Humboldt como «el viajero científico más grande que vivió jamás», y los textos del científico alemán alentaron el viaje de Darwin a las islas Galápagos, frente a las costas de Ecuador.

En suma, los europeos que miraron hacia el exterior lo hicieron por múltiples razones y llegaron a conclusiones muy distintas. Para algunos pensadores y dirigentes ilustrados, los informes científicos procedentes de ultramar encajaban dentro de una investigación amplia sobre «civilización» y «naturaleza humana». Esa investigación instaba a veces a la autocrítica, mientras que otras se limitaba a reforzar el sentimiento europeo de superioridad. Las revoluciones de finales del siglo XVIII acabaron con este debate ilustrado. Aunque estos temas reaparecieron durante el siglo XIX, con la aparición de imperios nuevos y con el replanteamiento del lugar que ocupa Occidente en el mundo.

Naturaleza, género y radicalismo ilustrado: Rousseau y Wollstonecraft

¿Hasta qué punto fue «revolucionaria» la Ilustración? El pensamiento ilustrado socavó, en efecto, principios fundamentales de la cultura y la política del siglo XVIII. Asimismo, su enorme repercusión llegó mucho más allá de un grupo reducido de intelectuales. Pero los pensadores ilustrados no mantuvieron una postura política única. Hasta a los más radicales les disgustaron las implicaciones de su pensamiento. Jean-Jacques Rousseau y Mary Wollstonecraft constituyen dos buenos ejemplos de pensadores radicales.

EL MUNDO DE ROUSSEAU

Jean-Jacques Rousseau (1712-1778) fue un «independiente» que discrepó del resto de

philosophes y contradujo muchas de sus afirmaciones. Compartió con ellos la aspiración de libertad intelectual y política, atacó los privilegios heredados y creyó en la bondad de la humanidad y en la posibilidad de construir una sociedad justa. Sin embargo, introdujo otras tensiones en el pensamiento ilustrado, en especial la moral y lo que entonces se denominaba «sensibilidad», o el culto a los sentidos. Asimismo fue bastante más radical que sus coetáneos, ya que fue uno de los primeros en hablar sobre soberanía popular y democracia. Fue, sin duda, el más utópico, lo que popularizó su obra ya entonces y ha dado lugar a diferentes interpretaciones desde entonces. A finales del siglo XVIII era el *philosophe* más influyente y más citado de todos, el pensador que extendió la Ilustración a una audiencia más amplia.

La obra cumbre y difícil tratado político de Rousseau, *El contrato social*, partía de una paradoja que ya se ha hecho célebre en nuestros días. «El hombre nace libre pero está encadenado por todas partes». ¿Cómo se habían forjado los humanos esas cadenas de forma libre? El planteamiento de esta pregunta implicaba la reformulación de cuestiones clave del pensamiento de los siglos XVII y XVIII. ¿Cuáles eran los orígenes del gobierno? ¿Era legítima la autoridad del gobierno? Si no lo era, preguntaba Rousseau, ¿cómo llegó a convertirse en legítima? Rousseau sostenía que en el estado natural, todos los hombres habían sido iguales. (Sobre mujeres, hombres y naturaleza, véase más adelante). La desigualdad social, anclada en la propiedad privada, corrompía profundamente «el contrato social», o la formación del gobierno. En condiciones de desigualdad, los gobiernos y las leyes sólo representaban a los ricos y los privilegiados. Se transformaban en instrumentos de represión y esclavitud. Según Rousseau, los gobiernos legítimos son viables. «El problema estriba en hallar un modo de asociación... donde cada cual, además de unirse a todos los demás, siga obedeciéndose a sí mismo y continúe tan libre como lo era antes». Libertad no significa ausencia de limitaciones, significa que ciudadanos iguales acatan las leyes creadas por ellos mismos. Rousseau difícilmente concibió la nivelación social, y con «igualdad» sólo se refería a que nadie fuera «lo bastante rico como para comprar a otro, ni lo bastante pobre como para tener que venderse».

Rousseau consideraba que la autoridad legítima provenía tan sólo de la gente. Su razonamiento consta de tres partes. En primer lugar, la soberanía no debe escindirse en distintas ramas de gobierno (tal como propusiera Montesquieu), y bajo ningún concepto podía ser «usurpada» por un rey. A finales del siglo XVII, Locke había expuesto el derecho de la gente a rebelarse contra un rey tiránico. Rousseau afirmaba que, para empezar, un rey jamás se convertía en soberano. Más bien, el propio pueblo actuaba como legislador, ejecutor y juez. En segundo lugar, el ejercicio de la soberanía transformaba la nación. Rousseau esgrimía que cuando los ciudadanos individuales formaban un «cuerpo político», ese cuerpo pasaba a ser algo más que la suma de sus partes. Él ofrecía lo que muchos consideraban una imagen atractiva de

una nación regenerada y más poderosa, donde los ciudadanos estaban unidos por obligaciones mutuas, y no por leyes coercitivas, y unidos en igualdad, y no divididos y debilitados por los privilegios. En tercer lugar, la comunidad nacional estaría unida por lo que Rousseau denominaba la «voluntad general». Este término entraña una dificultad notoria. Él lo propuso como una vía para comprender el interés común, el cual se alzaba por encima de las particulares demandas individuales. La voluntad general favorecía la igualdad; eso la volvía general y, en principio al menos, la igualdad garantizaba que los intereses comunes de los ciudadanos estuvieran representados en su totalidad.

La falta de interés de Rousseau por sopesar los intereses privados y la voluntad general lleva a algunos teóricos de la política a considerarlo autoritario, coactivo o moralizador. Otros interpretan la voluntad general como una expresión de su utopismo. En el siglo XVIII, *El contrato social* fue la obra peor comprendida de Rousseau. Sin embargo, aportó argumentos radicales influyentes y, lo que es más importante, imágenes y frases poderosísimas y muy citadas durante la Revolución francesa.

Rousseau fue más conocido por sus textos sobre la educación y la virtud moral. Su leída novela *Emilio* (1762) cuenta la historia de un joven que aprende la virtud y la autonomía moral, pero en la escuela de la naturaleza, no en la académica. Rousseau discrepaba con el énfasis que ponían otros *philosophes* en la razón y, en su lugar, insistió en que «los primeros impulsos de la naturaleza siempre son correctos». No debía obligarse a los niños a razonar al principio de su vida. Los libros, que «sólo nos enseñan a hablar de cosas que desconocemos», no deben ocupar el centro de la enseñanza hasta la adolescencia. De ahí que el tutor de Emilio pasee con él por los bosques estudiando la naturaleza y sus preceptos sencillos, cultivando la conciencia del chico y, sobre todo, su sensación de independencia. «Criado en la libertad más absoluta, el peor mal que alcanza a imaginar es la servidumbre».

Esa educación pretendía otorgar autonomía moral a los hombres y convertirlos en buenos ciudadanos. Rousseau sostenía que las mujeres debían tener una educación muy distinta. «Toda la educación de las mujeres debe estar relacionada con los hombres, para complacerlos, resultarles de utilidad, criarlos cuando son pequeños y cuidarlos en la vejez, aconsejarlos, consolarlos, hacerles la vida placentera y agradable; ésas han sido las funciones de las mujeres desde el principio de los tiempos». Las mujeres debían ser útiles a la sociedad como madres y como esposas. En *Emilio*, Rousseau expuso esa misma educación para la futura esposa de Emilio, Sofía. En ocasiones, Rousseau parecía convencido de que las mujeres tendían de forma «natural» a desempeñar ese papel: «La dependencia es un estado natural para las mujeres, las niñas se sienten creadas para obedecer». Otras veces, insistía en que las niñas necesitaban disciplina para apartarlas de sus vicios «naturales».

Las contradicciones de Rousseau con respecto a la naturaleza femenina constituyen un buen ejemplo del significado cambiante que adquirió el término «naturaleza», un concepto clave del pensamiento ilustrado. Los intelectuales usaban la «naturaleza» como un criterio para medir las deficiencias de la sociedad. Lo «natural» era mejor, más simple, incorrupto. Pero ¿qué era la «naturaleza»? Podía designar el mundo físico. Podía referirse a las sociedades «primitivas». A menudo era una invención útil.

Las novelas de Rousseau se vendieron muy bien, sobre todo entre el público femenino. De *Julia* (subtitulada *La nueva Eloísa*), publicada justo después de *Emilio*, se hicieron setenta ediciones en tres décadas. *Julia* cuenta la historia de una joven que se enamora de un hombre, pero obedece con sumisión la orden paterna de casarse con otro. Al final, después de muchas penalidades y giros de la historia, ella muere por congelación tras rescatar a sus hijos de un lago helado, y se erige así en un ejemplo perfecto de virtud doméstica y maternal. Uno de los *philosophes* calificó la historia de «histórica y obscena». Sin embargo, lo atractivo para el público residía en la historia de amor, la tragedia, y la convicción de Rousseau de que el corazón guía a los seres humanos en la misma medida que la cabeza, que la pasión es más importante que la razón. Las novelas de Rousseau pasaron a formar parte de un culto más amplio de la *sensibilité* («sensibilidad») en círculos aristocráticos y de clase media, un énfasis en la importancia de las expresiones espontáneas del sentimiento, y un convencimiento de que el sentimiento era expresión de la verdadera humanidad. Desde el punto de vista temático, este aspecto de la obra de Rousseau contradecía en gran medida el culto ilustrado a la razón, y guarda una relación más estrecha con las inquietudes del romanticismo del siglo XIX.

¿Cómo encajaron las ideas de Rousseau con la concepción ilustrada de género? Como hemos visto, los pensadores del Siglo de las Luces consideraban clave la educación para el progreso humano. Muchos lamentaron la educación pobre de las mujeres, en especial porque, como madres, institutrices y maestras, muchas se encargaban de criar y enseñar a los hijos. Pero ¿qué clase de educación debían recibir las niñas? Una vez más, los ilustrados se dejaron guiar por la naturaleza y redactaron montones de ensayos y libros sobre filosofía, historia, literatura y medicina relacionados con la «naturaleza» o el «carácter» de cada sexo. ¿Eran diferentes hombres y mujeres? ¿Eran naturales esas diferencias, o provenían de la costumbre y la tradición? Humboldt y Diderot escribieron ensayos sobre la naturaleza de los sexos; la literatura de viajes científicos informaba sobre las estructuras familiares de los pueblos indígenas de América, el Pacífico Sur y China. La historia de la civilización de Adam Smith, entre otros muchos autores, hablaba de las familias y el papel de cada sexo en las distintas etapas de la historia. *El espíritu de las leyes* de Montesquieu incluía un análisis sobre cómo afectaban a las mujeres las diferentes

clases de gobierno. La especulación sobre el tema, tal como hizo Rousseau, fue un ejercicio habitual durante la Ilustración.

Algunos discrepaban de sus conclusiones. Diderot, Voltaire y el pensador alemán Theodor von Hippel, entre otros muchos, deploraban las restricciones legales aplicadas a las mujeres. Los preceptos de Rousseau para la educación de las mujeres despertaron críticas especialmente acres. La escritora e historiadora inglesa Catherine Macaulay se dedicó a rebatir sus argumentos. El marqués de Condorcet afirmó en la víspera de la Revolución francesa que la promesa de progreso de la Ilustración no podría cumplirse a menos que las mujeres recibieran una formación, y prácticamente fue el único que defendió que debían garantizarse los derechos políticos de las mujeres.

EL MUNDO DE WOLLSTONECRAFT

Las críticas más mordaces contra Rousseau provinieron de la escritora británica Mary Wollstonecraft (1759-1797). Wollstonecraft publicó su obra más conocida, *Vindicación de los derechos de la mujer*, en 1792, durante la Revolución francesa. No obstante, su razonamiento estaba anclado en los debates ilustrados. Compartía las ideas políticas de Rousseau y admiraba su escritura y su influencia. Al igual que Rousseau y su compatriota Thomas Paine, escritor británico que apoyó a los revolucionarios americanos y franceses, Wollstonecraft era republicana. Definió la monarquía como «la púrpura pestífera que trueca en desgracia el progreso de la civilización y deforma el conocimiento». Ella arremetió de manera más enérgica aún que Rousseau contra la desigualdad y las distinciones artificiales de clase, cuna o riqueza. Convencida de que la igualdad constituye la base de la virtud, afirmó con un estilo ilustrado típico que la sociedad debía perseguir «la perfección de nuestra naturaleza y capacidad de felicidad». Sostuvo con más brío que ningún otro pensador ilustrado que: las mujeres poseen la misma capacidad innata para la razón y el autogobierno que los hombres; la «virtud» debe significar lo mismo para los hombres y para las mujeres; y las relaciones entre ambos sexos deben basarse en la igualdad.

Wollstonecraft hizo lo que muchas de sus contemporáneas no alcanzaron siquiera a imaginar. Aplicó a la familia las críticas radicales ilustradas contra la monarquía y la desigualdad. Las desigualdades legales de la ley matrimonial que, entre otras cosas, privaba a las mujeres casadas del derecho a la propiedad y otorgaba a los maridos un poder «despótico» sobre sus esposas. Así como los reyes cultivaban la deferencia de sus súbditos, la cultura, afirmaba ella, cultivaba la debilidad de las mujeres. «Las mujeres civilizadas... están debilitadas, de este modo, por el falso refinamiento, de manera que, desde un punto de vista moral, se hallan en una posición muy inferior a

la que ocuparían si se las dejara en un estado más cercano a lo natural». Las niñas de clase media aprendían buenos modales, pautas de elegancia y de seducción para conseguir un marido; se las enseñaba a convertirse en criaturas dependientes. «Confío en que las personas de mi sexo me disculpen si las trato como criaturas racionales, en lugar de ensalzar sus gracias *fascinantes* y verlas como si atravesaran un estado de niñez permanente, incapaces de sostenerse por sí solas. He puesto el máximo empeño en señalar en qué consiste la verdadera dignidad y felicidad humana. Deseo convencer a las mujeres de que se esfuercen por ganar fuerza, tanto espiritual como física...». La cultura que fomentaba la debilidad femenina generaba mujeres inmaduras, ladinas, crueles y vulnerables. Con esto, Wollstonecraft se hacía eco de temas propios del siglo XVIII. Las intrigas de las mujeres aristócratas que aparecen en la obra *Las amistades peligrosas* de Choderlos de Laclos, escrita en la década de 1780, pretendían ilustrar esos mismos aspectos. Ante las prescripciones específicas de Rousseau para la educación femenina que incluían enseñarles a ser tímidas, castas y modestas, Wollstonecraft respondía que Rousseau quería que las mujeres usaran la razón para «bruñir sus cadenas y no para romperlas». La educación de las mujeres debía promover la libertad y la independencia.

Wollstonecraft fue una mujer de su tiempo. Defendía que hombres y mujeres tienen una humanidad común, pero les atribuía funciones diferentes, y creía que la responsabilidad más destacada de las mujeres consistía en ser madres y educar a los hijos. Como muchos otros pensadores ilustrados, Wollstonecraft pensaba que existía una división natural del trabajo y que ésta aseguraría la armonía social. «No permitamos ninguna coacción *establecida* en la sociedad y, con la prevalencia de la ley común de la seriedad, los sexos ocuparán sus puestos correspondientes». Como otros, ella escribió sobre las mujeres de la clase media, para quienes la educación y la propiedad constituían un problema. Se la consideró una radical escandalosa por el mero hecho de insinuar que las mujeres debían contar con derechos políticos.

La Ilustración en su conjunto dejó un legado variado en cuanto a géneros, casi equiparable al relacionado con la esclavitud. Los escritores del Siglo de las Luces desarrollaron y popularizaron razonamientos sobre derechos naturales. También elevaron las diferencias naturales a un plano superior al proponer que la naturaleza debía dictar funciones sociales distintas, muy posiblemente desiguales. Mary Wollstonecraft y Jean-Jacques Rousseau compartieron una oposición radical al despotismo y la esclavitud, una concepción moralista de las sociedades corruptas y un interés por la virtud y la comunidad. Su divergencia en asuntos de género es característica de las discrepancias ilustradas sobre la «naturaleza» y sus imperativos, y un buen ejemplo de las direcciones diversas hacia las que podía conducir la lógica del pensamiento ilustrado.

El Siglo de las Luces y la cultura del siglo XVIII

EL COMERCIO DE LIBROS

¿Qué estructuras sociales alentaron aquellos debates y acogieron tales ideas? Para empezar, la Ilustración fue unida a una expansión mucho mayor de la edición de libros y la cultura impresa. La publicación y la venta de libros florecieron a partir de los inicios del siglo XVIII, sobre todo en Gran Bretaña, Francia, los Países Bajos y Suiza. Pero las fronteras nacionales importaban muy poco. Buena parte del comercio de libros fue internacional a la vez que clandestino. Los lectores compraban libros en las tiendas, a través de suscripciones y mediante envíos especiales procedentes de distribuidores de libros en el extranjero. El abaratamiento del precio de impresión y la mejora de la distribución también contribuyeron a multiplicar el número de publicaciones periódicas, algunas especializadas en temas literarios o científicos y otras bastante generales. Favorecieron el envío de diarios (cuyos primeros ejemplares aparecieron en Londres en 1702) a Moscú, Roma y ciudades y poblaciones de toda Europa. Hacia 1780, los británicos podían leer hasta ciento cincuenta revistas distintas, y treinta y siete poblaciones inglesas contaban con periódicos locales. Estos cambios se han calificado como una «revolución de la comunicación» y constituyen una parte crucial del gran cuadro de la Ilustración.

Los gobiernos apenas intervinieron para controlar esta transformación revolucionaria. En Gran Bretaña, la prensa se topó con pocas restricciones, aunque el gobierno gravaba los artículos impresos con un impuesto de estampación para elevar el precio de los periódicos y libros, y disuadir a los compradores. En otros lugares, las leyes exigían a los editores que solicitaran por adelantado la licencia o el privilegio (en el sentido de «derecho privado») para imprimir y vender cualquier obra concreta. Algunos regímenes concedían más permisos que otros. El gobierno francés, por ejemplo, prohibió y permitió de forma alterna distintos volúmenes de la *Enciclopedia*, dependiendo de los asuntos que se trataran en cada número, del clima político en la capital y de consideraciones económicas. En la práctica, los editores publicaban libros a menudo sin permiso previo con la esperanza de que el régimen no reparara en ello, pero preparándose para la multa, la prohibición de los libros y la revocación temporal de sus privilegios. Las censuras rusa, prusiana y austriaca toleraron muchas menos disidencias, pero esos gobiernos también se afanaron por estimular la edición y, en cierta medida, permitieron el debate público. Viena alojó un imperio editorial importante durante el gobierno de José y María Teresa. Catalina de Rusia fomentó el desarrollo de un pequeño proyecto editorial que, hacia 1790, distribuía trescientos cincuenta títulos al año. En los estados más pequeños de

Alemania e Italia, dirigidos por muchos príncipes locales, resultó más sencillo encontrar mecenas locales progresistas, y las obras inglesas y francesas también circularon mucho por esas regiones. El hecho de que esos gobiernos actuaran como mecenas y como censores a la vez de la nueva erudición ilustra la compleja relación existente entre la era del absolutismo y la Ilustración.

Como dice cierto historiador, la censura sólo sirvió para encarecer los libros prohibidos y apartarlos del alcance de los pobres. Los vendedores clandestinos de libros, afincados en su mayoría en las proximidades de la frontera de Francia con Suiza y con Renania, pasaron miles de libros de forma ilegal a librerías, distribuidores y clientes privados del otro lado de la frontera. ¿Qué demandaban los lectores y qué revela esa demanda acerca de la acogida que tuvo la Ilustración? Muchos comerciantes clandestinos se especializaron en lo que ellos denominaban «libros filosóficos», lo que equivale a todo tipo de literatura subversiva: historias de padecimientos en la cárcel, memorias chismosas sobre la vida en la corte, fantasías pornográficas (a menudo relacionadas con personalidades religiosas y políticas) y relatos de crímenes y criminales. Cualquier contrabandista de libros llevaba varias copias de *La vida privada de Luis XIV* o *La gaceta negra*, los comentarios de Voltaire sobre la *Enciclopedia* y, con menos frecuencia, el *Contrato social* de Rousseau. Buena parte de esa «clandestinidad literaria» (tal como la denomina el historiador Robert Darnton) que medró en el siglo XVIII se hacía eco de los temas radicales de la Ilustración, sobre todo la corrupción de la aristocracia y la degeneración de la monarquía hacia el despotismo. Sin embargo, otros textos políticos menos explícitos, como la *Historia* de Raynal, las novelas de Rousseau, los relatos de viajes, biografías o fantasías futuristas como *El año 2440* de Louis Sebastien Mercier, demostraron gozar de la misma popularidad. Hasta los volúmenes caros, como la *Enciclopedia*, se vendían especialmente bien, lo que atestigua el interés entusiasta del público. Conviene subrayar que la producción ilustrada circulaba de manera generalizada, y que las novelas de Rousseau se vendían igual de bien que sus obras sobre teoría política.

ALTA CULTURA, NUEVAS ÉLITES Y LA «ESFERA PÚBLICA»

La «Ilustración» no sólo se encarnó en los libros; se desarrolló en organizaciones de lectores y nuevos modos de sociabilidad y debate. La élite o «alta» cultura del siglo XVIII era reducida pero cosmopolita y muy culta, y entabló debates con seriedad. Una élite nueva procedente de las clases medias se unió a los miembros de la nobleza y la gente adinerada. Entre las instituciones que generaron esta élite nueva se contaban las «sociedades eruditas»: la Sociedad Filosófica Americana de Filadelfia, las sociedades

literarias y filosóficas británicas y la Sociedad Selecta de Edimburgo. Estos grupos organizaban la vida intelectual fuera de las universidades, y la dotaron de bibliotecas, lugares de encuentro para debatir y revistas que publicaban artículos de sus miembros u organizaban debates sobre cuestiones que abarcaban desde temas literarios e históricos hasta económicos y éticos. Las élites también se reunían en «academias», financiadas por los gobiernos para el avance del conocimiento, bien a través del estudio de las ciencias naturales (como la Real Sociedad de Londres y la Academia Francesa de Ciencias, ambas fundadas en 1660), promocionando la lengua nacional (la Académie Française, o Academia Francesa de Literatura) o salvaguardando las tradiciones artísticas (como las diversas academias de pintura). La Real Academia de Berlín, por ejemplo, se fundó en 1701 para manifestar el compromiso del estado prusiano con el aprendizaje. Entre sus miembros figuraban eruditos residentes, miembros por «correspondencia» de otros países y socios honorarios, de modo que tuvo un alcance bastante amplio, y el gobierno prusiano se cercioró de atraer eruditos de otros países. En concreto, bajo el mandato de Federico II, promotor entusiasta de investigaciones nuevas, la Academia de Berlín eclosionó como un centro del pensamiento ilustrado. Cada año, la revista de la academia publicaba artículos de sus miembros en francés con el objeto de llegar a un público europeo. En Francia, las academias provinciales desempeñaron un papel casi idéntico. Obras como el *Discurso sobre el origen de la desigualdad* de Rousseau se presentaron a concursos ensayísticos patrocinados por la academia. Entre los miembros de las academias se contaban funcionarios militares y del gobierno, comerciantes ricos, médicos, terratenientes nobles y académicos. En las sociedades y academias eruditas convergieron grupos de distinta clase social (la mayoría procedente de la élite) y, con ello, favorecieron un sentimiento de objetivo y seriedad comunes.

Los salones

Los «salones» realizaron la misma labor pero con un funcionamiento más informal. Por lo común los regentaban mujeres aristócratas cultas y bien relacionadas. El papel predominante de las mujeres diferenció los salones de las academias y universidades. Los salones congregaron a hombres y mujeres de letras junto a miembros de la aristocracia para conversar, debatir, beber y comer. Rousseau aborrecía esta clase de ceremonias y consideraba los salones un signo de superficialidad y vacuidad en un mundo privilegiado y ultracivilizado. Thomas Jefferson opinaba que la influencia de las mujeres en los salones había llevado a Francia a una «situación desesperada». Algunos salones se deleitaban con los juegos de salón. Otros, como el que organizó en París madame Necker, esposa del futuro ministro reformista francés, permanecieron muy próximos a las puertas del poder y sirvieron de base

experimental para las nuevas ideas políticas. Madame Marie-Thérèse Geoffrin, otra afamada *salonière* francesa, se convirtió en promotora fundamental de la *Enciclopedia* y ejerció su influencia para situar eruditos en academias. Moses Mendelssohn mantuvo una casa abierta para intelectuales en Berlín. Los salones de Londres, Viena, Roma y Berlín funcionaban del mismo modo y, como las academias, fomentaban entre sus participantes un sentimiento de pertenencia a una élite activa y culta.

A lo largo del siglo XVIII surgieron montones de sociedades similares. Las logias masónicas, organizaciones con elaborados rituales secretos cuyos miembros se comprometían a regenerar la sociedad, atrajeron una variedad notable de hombres aristócratas y de clase media. Mozart, Federico II y Montesquieu fueron masones. Tras sus puertas cerradas, las logias eran igualitarias y contraían el compromiso de aspirar a un proyecto común de pensamiento racional y acción benéfica, y a eliminar la religión y las diferencias sociales (al menos entre sus filas).

Otras estructuras de sociabilidad fueron menos exclusivas. Los cafés se multiplicaron con el comercio colonial de azúcar, café y té, y ocuparon un lugar central para la circulación de las ideas. Un grupo de comerciantes que se reuniera, por ejemplo, para hablar del mercado podía desviarse hacia temas políticos, y los numerosos periódicos que yacían sobre las mesas proporcionaban un vínculo inmediato entre sus pequeñas discusiones y las noticias y debates de cualquier otro lugar.

El filósofo Immanuel Kant señaló que el aumento de la conciencia pública parecía una de las marcas distintivas de su tiempo. «Si participamos en una conversación con compañías mixtas formadas no sólo por eruditos y pensadores perspicaces sino también por comerciantes y mujeres, notamos que, aparte de narrar historias o bromear, tienen otra afición que es la de debatir». La capacidad para pensar de forma crítica y hablar con libertad sin ceder a la religión o la tradición constituía un motivo de orgullo, y no sólo para los intelectuales. Los cambios culturales del siglo XVIII (la expansión de las estructuras de sociabilidad, el florecimiento del mercado librero, los nuevos géneros literarios y la circulación de las ideas ilustradas) ampliaron los círculos de lectura y debate, y eso expandió lo que algunos historiadores y politólogos denominan la «esfera pública». Lo que, a su vez, empezó a modificar la política. Las deliberaciones informales, los debates sobre cómo regenerar la nación, las discusiones sobre civismo y los esfuerzos para lograr consensos tuvieron una importancia capital para desplazar la política fuera de los confines de la corte.

El siglo XVIII gestó la idea misma de «opinión pública». Un observador francés describió los cambios del siguiente modo: «Sólo en los últimos treinta años nuestras ideas han experimentado una inmensa revolución trascendental. Hoy, la opinión

pública ejerce una fuerza preponderante en Europa imposible de repeler». Pocos pensaban que lo «público» englobara más que la élite. Pero, hacia finales del siglo XVIII, los gobiernos europeos reconocieron la existencia de un grupo con conciencia cívica que se extendía desde los salones a los cafés, las academias y los círculos gubernamentales, y a los que, en cierta medida, debían dar respuesta.

CULTURA Y LECTURA DE LA CLASE MEDIA

La ilustración constituía sólo una parte de los nuevos intereses culturales de la clase media del siglo XVIII. En estratos sociales más bajos, los tenderos, pequeños comerciantes, abogados y profesionales leían cada vez más tipos diversos de libros. En lugar de una Biblia gastada para leer en voz alta, las familias de clase media compraban y prestaban libros para leer de manera informal, para cedérselos a otros y para comentarlos. Esa literatura incluía mucha más ciencia, historia, obras biográficas, relatos de viajes y ficción. Buena parte de ella iba dirigida a las mujeres de clase media, las cuales se contaron entre los colectivos de lectores de crecimiento más rápido durante el siglo XVIII. Las obras de etiqueta se vendían muy bien, al igual que los manuales sobre el hogar. Montones de libros sobre modales, moral y educación de las hijas, versiones populares de tratados ilustrados sobre educación y el espíritu, revelan muchas semejanzas entre la vida intelectual de la Ilustración alta y los temas habituales de lectura de la clase media.

La emergencia de un público lector de clase media, formado en buena medida por mujeres, ayuda a explicar el incremento de popularidad y producción que experimentaron las novelas, sobre todo en Gran Bretaña. Las novelas representaron el único género literario nuevo más popular del siglo XVIII. Un estudio de los préstamos bibliotecarios a finales del siglo XVIII en Gran Bretaña, Alemania y América del Norte reveló que el 70 por ciento de los libros solicitados eran novelas. Durante siglos, los europeos habían leído literatura medieval como las historias de los caballeros de la Mesa Redonda. Las novelas, en cambio, no trataban temas cuasimíticos, la redacción era menos recargada y la ambientación y las situaciones se situaban literalmente más cerca de casa. Los personajes más reconocibles y ajenos a la aristocracia de las novelas parecían más acordes con la experiencia común de la clase media. Es más, la inspección de las emociones y de los sentimientos íntimos también conectaron la composición de novelas con una preocupación mayor durante el siglo XVIII por los rasgos propios de las personas y la humanidad. Tal como hemos visto, los escritores clásicos del Siglo de las Luces como Voltaire, Goethe y Rousseau escribieron novelas de gran éxito que deben entenderse junto a obras como *Pamela* o *Clarisa* de Samuel Richardson (1689-1761), *Moll Flanders* o *Robinson Crusoe* de

Daniel Defoe (1660-1731); o *Tom Jones* de Henry Fielding (1707-1754).

Muchos historiadores han señalado que figuraron muchas mujeres entre los escritores de ficción. En la Francia del siglo XVII, los autores más leídos de novelas rosa fueron Madeleine de Scudéry y la condesa de La Fayette. Con posterioridad, en Inglaterra, Fanny Burney (1752-1840), Ann Radcliffe (1764-1823) y Maria Edgeworth (1767-1849) escribieron novelas de una popularidad extrema. Las obras de Jane Austen (1775-1817), sobre todo *Orgullo y prejuicio* y *Emma*, constituyen para muchos lectores la cúspide del arte de la novela. Pero las mujeres no fueron las únicas que escribieron novelas, ni tampoco fueron las únicas que prestaron atención al ámbito doméstico o privado. Sus obras trataron temas cruciales del siglo XVIII, como naturaleza humana, moral, virtud y reputación. Sus novelas, como muchas de las obras de no ficción del período, exploraron esos temas tanto en ambientes domésticos como públicos.

LA CULTURA POPULAR: URBANA Y RURAL

¿Hasta qué punto repercutieron los libros y la cultura impresa en la vida de la gente corriente? Los índices de alfabetización presentaban oscilaciones espectaculares en cuanto a sexo, clase social y región, pero en general eran más elevados en el norte que en el sur y este de Europa. No es de extrañar que el nivel de alfabetización fuera más alto en las ciudades y los núcleos urbanos, más alto, de hecho, de lo que cabría esperar. En París, el 85 por ciento de los hombres y el 60 por ciento de las mujeres sabían leer a comienzos del siglo XVIII. Bastante más de la mitad de los habitantes de los barrios más bajos parisienses (sobre todo pequeños tenderos, sirvientes domésticos, ayudas de cámara y artesanos) sabía leer y firmar con su nombre. Sin embargo, hasta los analfabetos vivían inmersos en la cultura impresa. Veían periódicos de una sola página y andanadas u hojas volantes pegadas por las calles y en las paredes de las tabernas, y también las oían leer en voz alta con regularidad. Es más, las imágenes (sobre todo grabados en madera de poco valor, pero también grabados en papel, dibujos y caricaturas satíricas) tenían tanta relevancia como el texto en muchas de las lecturas populares. Por tanto, en muchos aspectos, los círculos de lectura y debate fueron más amplios incluso de lo que pudieran sugerir los índices de alfabetización, sobre todo en las ciudades.

Sin duda, los hogares más pobres guardaban pocos libros en los anaqueles, y éstos solían ser textos religiosos: una Biblia abreviada, *El progreso del peregrino* de John Bunyan o un libro ilustrado de oraciones comprados o regalados en alguna ocasión especial y leídos en voz alta una y otra vez. Pero la lectura popular creció cuando aumentó el material disponible. Desde las postrimerías del siglo XVII, una

empresa francesa publicó una serie de libros pequeños y asequibles en rústica que los vendedores ambulantes llevaban de las ciudades a las aldeas rurales para un mercado popular en alza. La biblioteca azul incluía literatura popular tradicional, es decir, catecismos, historias milagrosas casi religiosas y la vida de los santos, con la que la Iglesia esperaba dar formación religiosa. También incluía piscatores, obras de astrología y manuales de remedios médicos para personas o animales de granja. En el siglo XVIII, los vendedores ambulantes de libros empezaron a distribuir novelas abreviadas y sencillas, y a vender libros sobre temas populares entre la clase media, como viajes e historia. Los libros incentivaron la lectura.

Ni Inglaterra ni Francia precisaron una escuela primaria, sino que dejaron la educación en manos de iniciativas locales imprevistas. En Europa central, algunos regímenes se esforzaron por desarrollar una educación estatal. Catalina de Rusia convocó a un asesor austriaco para instaurar un sistema de escuelas primarias, pero hacia finales del siglo XVIII sólo 22.000 personas, de una población de 40 millones, habían asistido a algún tipo de escuela. A falta de un sistema de educación primaria, la mayoría de los europeos fue autodidacta. La variedad de textos que portaba el carro de los vendedores ambulantes (tanto religiosos como de propaganda política o entretenimiento) atestiguan un incremento generalizado y veloz del interés popular por los libros y la lectura.

Al igual que su equivalente en la clase media, la cultura popular se basó en las estructuras de sociabilidad. Los gremios ofrecían conversación y compañía. Las actuaciones teatrales ambulantes y los músicos callejeros que se mofaban de figuras políticas locales llevaban cultura a gente de distintas clases sociales. Las dificultades para desentrañar la cultura popular son considerables. La mayoría de los testimonios procede de personas de fuera que consideraban a la gente corriente perdidamente supersticiosa e ignorante. Aun así, los estudios históricos empiezan a revelar datos nuevos. En primer lugar, han mostrado que la cultura popular no existe de manera aislada. Sobre todo en las zonas rurales, los días de mercado y de fiesta local congregaban a todas las clases sociales, y los espectáculos populares llegaban a un público de gran alcance social. Los cuentos populares y las canciones tradicionales no admiten ninguna clasificación ni como cultura de élite, ni de clase media, ni del pueblo, ya que pasaron de un mundo cultural a otro sufriendo revisiones y reinterpretaciones en el proceso. En segundo lugar, la cultura oral y la escrita se superpusieron. En otras palabras, hasta la gente que no sabía leer solía tener amplios «conocimientos literarios»: discutía con seriedad sobre cuestiones procedentes de libros y creía que los libros confieren autoridad. Así, por ejemplo, un grupo de aldeanos escribió este encomio a un amigo fallecido: «leyó durante toda la vida, y murió sin siquiera saber leer». La lógica y la cosmovisión de la cultura popular deben entenderse en sus justos términos.

Cierto es que las zonas rurales, sobre todo las situadas en lugares con menor desarrollo económico, padecían una pobreza extrema. La vida era mucho más aislada allí que en los núcleos urbanos. Un profundo abismo separaba a los campesinos del mundo de la alta Ilustración. Los *philosophes*, bien establecidos en la cima de la sociedad europea, miraban la cultura popular con desconfianza e ignorancia. Consideraban a la gente corriente de Europa de un modo muy similar a como veían a los pueblos indígenas de otros continentes. Eran humanitarios, pensadores críticos y reformadores; pero no demócratas. La Ilustración, aunque bien arraigada en la élite cultural del siglo XVIII, conllevó cambios que trascendieron con creces la sociedad de los selectos.

LA MÚSICA DEL SIGLO XVIII

Las élites europeas sustentaron otras formas de alta cultura. Los caballeros ingleses que leían en voz alta artículos científicos en clubes también encargaban a arquitectos el diseño de casas de campo con reminiscencias clásicas para pasar los fines de semana. Las cortes reales respaldaban las academias de pintura, que conservaban el gusto y la estética aristocráticos; los salones austriacos que acogían debates de Voltaire también organizaban actuaciones de Mozart. Ya hemos señalado que la obra de los *philosophes* abarcó muchos campos, desde la teoría política hasta la ficción. Rousseau no sólo escribió discursos y novelas, también compuso música y escribió una ópera. Una de las características más importantes del siglo XVIII la constituyó una cultura musical floreciente.

Bach y Händel

Los albores del siglo XVIII trajeron la última etapa de la música barroca y dos de los compositores más grandes de todos los tiempos: Johann Sebastian Bach (1685-1750) y Georg Friedrich Händel (1685-1759). Bach fue un hombre muy devoto que permaneció toda la vida en la tranquilidad de la Alemania de provincias. Como músico de iglesia en Leipzig durante la mayor parte de su actividad profesional adulta, Bach tenía la obligación de componer música para el servicio litúrgico de casi todos los domingos y fiestas de guardar, y combinó la imaginación y la brillantez con una autodisciplina férrea y grandes dotes para componer música a petición. Fue un protestante ferviente al que no le afectó en absoluto el laicismo de la Ilustración: cada una de sus piezas sacras está repleta de tal fervor que la salvación del mundo parece suspendida en cada nota. También fue prolífico y escribió toda la gama de géneros contemporáneos (salvo ópera), desde piezas para instrumentos solistas hasta obras de

gran magnitud para solistas vocales, coro y orquesta. Gran parte de su obra consiste en cantatas religiosas (se conservan más de doscientas), motetes y varias Pasiones, pero también escribió conciertos y suites para orquesta, y compuso la más pura de la música «pura», es decir, fugas sutiles y complejas para clavecín.

Händel, en cambio, fue un cosmopolita amante del público que buscó auditorios grandes y profanos. Tras pasar sus años de juventud enseñando técnicas de composición barroca en Italia, Händel se estableció en Londres. Intentó ganarse la vida escribiendo óperas italianas, pero tras el éxito inicial, la ópera sonaba extraña y florida a los oídos británicos. Con el tiempo, encontró un género más vendible, el oratorio: un drama musical que se representaba en forma de concierto, en inglés, y sin escenificar. Los oratorios de Händel solían ambientarse en historias bíblicas, pero ofrecían una música muy mundana, repleta de una instrumentación recargada y frecuentes toques de tambores y trompetas. Aquellas obras épicas lograron llenar las salas londinenses de británicos prósperos que interpretaban las victorias de los antiguos hebreos en oratorios tales como *Israel en Egipto* y *Judas Macabeo*, como celebraciones implícitas de la renaciente grandeza nacional propia. El oratorio maestro de Händel, *El Mesías*, aún se canta hoy en todo el mundo de habla inglesa cada Navidad; el conmovedor coro del «Aleluya» sigue siendo la pieza coral aislada más popular de todo el repertorio de la música clásica.

Haydn y Mozart

Bach y Händel se cuentan entre los últimos y más grandes compositores de la música barroca; los austriacos Joseph Haydn (1732-1809) y Wolfgang Amadeus Mozart (1756-1791) fueron los principales representantes del estilo «clásico», que arrasó en Europa durante la segunda mitad del siglo XVIII. En este caso, el clasicismo no guarda ninguna relación con la imitación de la música escrita en la antigüedad clásica. Con él se intentó imitar los principios clásicos de orden, claridad y simetría, en otras palabras, que la música sonara tal como se muestran los templos griegos. El clasicismo introdujo los cuartetos de cuerda y las obras sinfónicas, más impresionantes, a veces denominadas las novelas musicales, que se han revelado como el género musical más versátil y popular de todos los del clasicismo. Los compositores de la escuela clásica crearon una música sujeta con rigor a ciertos principios estructurales. Por ejemplo, casi todas las sinfonías clásicas constan de cuatro movimientos, y casi todas ellas comienzan con un primer movimiento en forma de sonata que se caracteriza por la presentación sucesiva de temas, el desarrollo y la recapitulación.

Las últimas tres sinfonías de Mozart (de un total de cuarenta y una) son incomparables en cuanto a gracia, variedad y perfección técnica. Pero la vida de

Mozart, breve y con célebres dificultades, concentra los problemas que hasta los artistas con un talento prodigioso tuvieron que afrontar en el siglo XVIII. Wolfgang empezó a componer a los cuatro años, se hizo conocido como virtuoso del clave a los seis y escribió su primera sinfonía a los nueve. Su padre lo promocionó llevándolo como niño prodigio por las cortes de Europa: «Con ocho años, mi hijo sabe todo lo esperable en un hombre de cuarenta. En resumen: quien no lo ve o lo oye no alcanza a creerlo». Era la década de 1760, pleno auge de la Ilustración, y el padre de Mozart lamentaba el clima de escepticismo e incredulidad. «Hoy en día, la gente ridiculiza todo lo que se califica de milagro —escribió—. Para mí supuso un gran placer y una gran victoria que un seguidor de Voltaire me dijera: “Hoy, por primera vez en la vida, he visto un milagro; es el primero”.» Wolfgang cosechó premios y honores del papa y la emperatriz austriaca María Teresa, llamó la atención por toda Europa y se convirtió en una fuente de ingresos para su familia. Pero, cuando dejó de ser niño prodigio, como casi todos los artistas y escritores del siglo XVIII, pasó a depender de un patronazgo. Mozart, persona difícil de por sí, sufrió al servicio del malhumorado arzobispo de Salzburgo, una localidad que él odiaba. Intentó financiarse como compositor independiente y clavecinista en Viena. A pesar de su inmensa productividad y de su afamado genio, apenas podía llegar a fin de mes. Llevó una vida precaria, con el dinero prestado por sus compañeros masones de la Logia de Beneficencia. Sólo tenía treinta y cinco años cuando falleció de fiebre reumática. De acuerdo con las prácticas médicas de la época, sus médicos lo sangraron con frecuencia durante el último mes de vida y tal vez aceleraron su muerte envenenándole la sangre con instrumentos sin esterilizar. No es cierto que fuera enterrado sin ser reconocido en una fosa común. Su funeral fue sencillo y modesto, acorde a su pobreza, pero también a sus principios masónicos y a la oposición ilustrada a los ritos católicos. El compositor coetáneo Joseph Haydn lamentó la pérdida del «más grande de todos nosotros».

La carrera de Joseph Haydn (1732-1809) presenta un contraste revelador. Supo cuidar de sí mucho mejor que Mozart, y pasó la mayoría de su vida empleado por una familia austrohúngara, aristócrata y extremadamente rica que contaba con una orquesta privada propia. Pero esa seguridad conllevó la humillación de tener que llevar el uniforme de los Esterházy, como un mayordomo cualquiera. Sólo al final de su vida, en 1791, y ya famoso, Haydn se vio obligado a ganarse la vida por su cuenta, lo que lo llevó a Londres, donde pasó cinco años (con la salvedad de un intervalo breve) y ganó bastante dinero componiendo encargos del público, en lugar de hacerlo para mecenas privados. En el siglo XVIII, Londres era uno de los pocos lugares que contaban con un mercado cultural. En este aspecto, Londres estaba en la cresta de la ola del futuro, ya que, en el siglo XIX, la música sería abandonaría los salones de la aristocracia para pasar a ocupar las salas de conciertos de toda Europa. En la Austria

profundamente aristocrática de entonces Haydn se vio obligado a usar librea de sirviente; en Londres lo recibieron como genio creador, y fue uno de los primeros compositores considerados como tal. Su sinfonía *El milagro*, compuesta para interpretarla en una sala de conciertos londinense, debe su nombre a que durante una actuación se estampó contra el suelo una lámpara de araña y faltó poco para que acabara con la multitud congregada para ver dirigir al «genio». Aunque no fue el primer compositor de sinfonías, con frecuencia se lo denomina el «padre de la sinfonía». En más de un centenar de obras sinfónicas (pero sobre todo en las doce últimas, que compuso en Londres) Haydn formuló las técnicas más duraderas de la composición sinfónica y demostró el inmenso potencial creativo de este género.

La ópera

Por último, la ópera floreció en el siglo XVIII. Fue una creación del siglo XVII desarrollada sobre todo por el compositor barroco italiano Claudio Monteverdi (1567-1643), quien combinó música y teatro para lograr mayor intensidad dramática. La nueva modalidad operística de Monteverdi gustó de inmediato: en el transcurso de una sola generación las óperas pasaron a representarse en todas las ciudades importantes de Italia, y en el siglo XVIII ya habían llamado la atención en toda Europa. La ópera, que se escenificaba dentro de ambientaciones magníficas y reunía a cantantes, músicos, actores y diseñadores de escena de talento, expresaba con más claridad que ninguna otra modalidad artística la consagración de los artistas barrocos a la grandiosidad, el teatro y la exhibición. Durante el período clasicista, la ópera ganó popularidad gracias a Christoph Willibald von Gluck (1714-1787). Gluck, que se trasladó de Austria a París para ejercer como tutor musical de la joven María Antonieta, insistió en que los libretos eran tan importantes como la música. Simplificó las arias, enfatizó la acción dramática y brindó espectáculos de lujo a la corte francesa. Sin embargo, el mayor compositor de ópera del clasicismo lo encarnó Mozart. *Las bodas de Fígaro*, *Don Giovanni* y *La flauta mágica* siguen contándose entre las óperas preferidas de todos los tiempos.

Los músicos del siglo XVIII, como sus contemporáneos escritores, vieron modelados su actividad y su arte por estructuras culturales cambiantes. A pesar de la tendencia al laicismo, la Iglesia seguía financiando mucha música cotidiana. En muy pocos casos (el de Haydn en Londres fue uno de ellos), los compositores pudieron vivir del mercado. Pero el patrocinio aristócrata y cortesano continuaron como pilares básicos de sustentación de músicos. Y los músicos, como los escritores ilustrados, mantuvieron una relación ambivalente con sus patrocinadores y la cultura. En su faceta de compositor, Rousseau se quejaba de que la aristocracia estableciera el tono de las producciones operísticas del momento. Deploraba las escenografías

pretenciosas y la falta de falsedad emotiva. En sus óperas intentó llevar a escena distintos temas, como la naturaleza, la sencillez y la virtud. El escritor británico Samuel Johnson calificó a los mecenas de «canallas insolentes». Mozart dependía del dominante arzobispo de Salzburgo para los trabajos de encargo y, lo que era igual de importante, para su interpretación, pero se quejaba de su situación: «No sabía que fuera un ayuda de cámara». Una de las óperas más populares de Mozart, *Las bodas de Fígaro*, basada en una obra de teatro francesa, trataba precisamente esos temas: las relaciones entre señores y sirvientes, los abusos de los privilegios y la presuntuosidad de la nobleza europea.

En realidad, *Las bodas de Fígaro* siguió una senda de popularidad típica del siglo XVIII. El autor de la obra de teatro se llamaba Pierre Caron y era hijo de un relojero. Caron ascendió hasta convertirse en relojero del rey, compró cargo de noble, se casó bien, adoptó el nombre de Pierre Augustin de Beaumarchais y escribió varias comedias en tono ilustrado para satirizar a la nobleza francesa. *Fígaro* tuvo problemas con la censura francesa, pero, como tantas otras obras prohibidas, la obra se vendió bien. Se tradujo al italiano, el masón Mozart le puso música y se escenificó ante atentas audiencias selectas desde París hasta Praga. La sátira, la autocrítica, la reprobación de la jerarquía, el optimismo, la movilidad social y la concepción cosmopolita de una sociedad tradicional en muchos aspectos, todo ello reúne las claves para entender la cultura del siglo XVIII y la Ilustración.

Conclusión

La Ilustración surgió a partir de una revolución científica, de un sentimiento nuevo de poder y posibilidades generado por la ciencia, y del arranque de entusiasmo por las nuevas formas de conocimiento. Juntas, la Ilustración y la revolución científica convirtieron la ciencia en una forma de conocimiento. Los pensadores del siglo XVIII examinaron un abanico muy amplio de temas: la naturaleza humana, la razón y los procesos de entendimiento, la religión, la fe, la ley, los orígenes de la autoridad gubernamental, la economía y las costumbres sociales. Tanto *philosophes* célebres como periodistas clandestinos plantearon problemas que incomodaban a los regímenes, a sus contemporáneos y hasta a ellos mismos. Las ideas circularon en formatos populares, desde obras de teatro y óperas hasta publicaciones periodísticas. Los cambios intelectuales se produjeron a la par que los sociales y culturales: los esfuerzos de los gobiernos por cimentar el estado sobre una base nueva, la emergencia de una élite nueva y la expansión de la esfera pública.

Las revoluciones atlánticas (la Revolución americana de 1776, la Revolución francesa de 1789 y los levantamientos en América Latina de la década de 1830) se

empaparon del lenguaje del Siglo de las Luces. Las constituciones de las naciones a que dieron lugar esas revoluciones siguieron las ideas básicas del liberalismo ilustrado: ni la religión ni el estado podían impedir la libertad de conciencia individual; la autoridad del gobierno no podía ser arbitraria; la igualdad y la libertad eran naturales; los humanos perseguían la felicidad, la prosperidad y la expansión de sus capacidades. Estos razonamientos ya se habían planteado de forma provisional con anterioridad. Pero cuando los colonos de América del Norte se declararon independientes de Gran Bretaña en 1776, calificaron esas ideas de «verdades evidentes». Aquella declaración atrevida dio muestras tanto del camino recorrido desde finales del siglo XVII como del sello distintivo de la Ilustración: la seguridad en uno mismo.

Bibliografía seleccionada

- BLOM, Philipp, *Encyclopédie: el triunfo de la razón en tiempos irracionales*, Barcelona, Anagrama, 2007.
- CASSIRER, Ernst, *La filosofía de la Ilustración*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1993.
- , *Rousseau, Kant, Goethe: filosofía y cultura en la Europa del Siglo de las Luces*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 2007.
- CHARTIER, Roger, *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII: los orígenes culturales de la Revolución francesa*, Barcelona, Gedisa, 1995.
- COBBAN, Alfred (dir.), *El siglo XVIII: Europa en la época de la Ilustración*, Madrid, Alianza, 1989.
- CONDORCET, DE GOUGES, DE LAMBERT (et al.), *La Ilustración olvidada: la polémica de los sexos en el siglo XVIII*, Barcelona, Anthropos, 1993.
- DARNTON, Robert, *Edición y subversión: literatura clandestina en el antiguo régimen*, Madrid, Turner, 2003.
- , *El negocio de la Ilustración: historia editorial de la Encyclopédie, 1775-1800*, México, Fondo de Cultura Económica, 2006.
- DAVIS, David Brion, *El problema de la esclavitud en la cultura occidental*, Buenos Aires, Paidós, 1968.
- DÍAZ, Furio, *Europa: de la Ilustración a la Revolución*, Madrid, Alianza, 1994.
- DOMÍNGUEZ ORTIZ, Antonio, *Las claves del despotismo ilustrado, 1715-1789*, Barcelona, Planeta, 1990.
- FERRONE, Vincenzo, y Daniel ROCHE, *Diccionario histórico de la Ilustración*, Madrid, Alianza, 1998.
- GAY, Peter, *La edad de las luces*, Barcelona, Folio, 1995.

- , *Mozart*, Barcelona, Mondadori, 2001.
- GINZO, Arsenio, *La Ilustración francesa: entre Voltaire y Rousseau*, Madrid, Ediciones Pedagógicas, 1994.
- GRIMSLEY, Ronald, *La filosofía de Rousseau*, Madrid, Alianza, 1993.
- HAZARD, Paul, *La crisis de la conciencia europea (1680-1715)*, Madrid, Alianza, 1988.
- HILDESHEIMER, Wolfgang, *Mozart*, Barcelona, Destino, 2005.
- IGLESIAS, Carmen, *El pensamiento de Montesquieu: ciencia y filosofía en el siglo XVIII*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2005.
- MOLINA, Cristina, *Dialéctica feminista de la Ilustración*, Barcelona, Anthropos, 1994.
- MUNCK, Thomas, *Historia social de la Ilustración*, Barcelona, Crítica, 2001.
- PAGDEN, Anthony, *La Ilustración y sus enemigos: dos ensayos sobre los orígenes de la modernidad*, Barcelona, Península, 2001.
- TOMALIN, Claire, *Vida y muerte de Mary Wollstonecraft*, Barcelona, Salvat, 1995.
- VENTURI, Franco, *Los orígenes de la Enciclopedia*, Barcelona, Crítica, 1980.
- VILLAVERDE, María José, *Rousseau y el pensamiento de las luces*, Madrid, Tecnos, 1987.
- VOVELLE, Michel (*et al.*), *El hombre de la Ilustración*, Madrid, Alianza, 1995.
- WOLLSTONECRAFT, Mary, *Vindicación de los derechos de la mujer*, Madrid, Istmo, 2005.

SEXTA PARTE

**Las revoluciones francesa e industrial,
y sus consecuencias**

Pocos eventos supusieron una alteración más profunda del perfil de la cultura occidental que la Revolución francesa y la revolución industrial. Estas dos revoluciones sirvieron de base para el gran desarrollo que se produjo a lo largo del siglo XIX y principios del siglo XX: el desmoronamiento de la aristocracia terrateniente y el auge de nuevos grupos sociales, el surgimiento de nuevas formas políticas, cambios en el pensamiento político y social, la expansión económica y la extensión de la hegemonía europea en el mundo.

La Revolución francesa y la revolución industrial acaecieron casi al mismo tiempo y afectaron en buena medida a la misma gente, aunque de maneras distintas y en diversos grados. Juntas condujeron al derrumbamiento del absolutismo, el mercantilismo y lo que quedaba del feudalismo. Juntas dieron lugar a la teoría y la puesta en práctica del individualismo económico y el liberalismo económico. Y juntas lograron que los cambios dolorosos que conllevaron polarizaran Europa durante varias generaciones. Lo que los historiadores llaman la «era de las revoluciones» se prolongó desde la década de 1770 hasta al menos la primera mitad del siglo XIX.

Cada una de estas revoluciones produjo, por supuesto, unos efectos particulares propios. La Revolución francesa contribuyó a que términos como *ciudadano*, *nación* y *libertad* ocuparan un lugar central en el vocabulario político de la época moderna. Alentó el desarrollo de los nacionalismos en sus dos variantes, la liberal y la autoritaria. La revolución industrial modificó el panorama económico y cultural de Europa, con ramificaciones hacia el mundo privado de hombres y mujeres, así como la organización económica del mundo. A pesar de sus aportaciones únicas, ambas revoluciones deben estudiarse juntas, ya que los efectos de cada una multiplicaron la importancia de la otra.

CAPÍTULO 18

La Revolución francesa

En 1789, un europeo de cada cinco residía en Francia. Muchos europeos consideraban Francia como el centro de la cultura europea. De ahí que una revolución en Francia centrara de inmediato la atención de toda Europa y cobrara relevancia internacional. Pero la Revolución francesa atrajo y alteró a hombres y mujeres por razones mucho más importantes. Tanto sus ideales filosóficos como sus realidades políticas reflejaron actitudes, intereses y conflictos que habían rondado las mentes de los europeos instruidos durante varias décadas. Cuando los revolucionarios se pronunciaron en favor de la libertad, no sólo hablaron con la voz de los *philosophes* del siglo XVIII, sino con la de la aristocracia inglesa de 1688 y la de los revolucionarios de América del Norte en 1776.

Asimismo, plantearon cuestiones que resonaron por toda Europa. El absolutismo envenenaba cada vez más un amplio espectro de opinión responsable. La aristocracia de toda Europa y las colonias se resentía de las intromisiones monárquicas en sus viejas libertades. Los miembros de la clase media, muchos de ellos muy pujantes, se impacientaban bajo un sistema de privilegios oficiales que cada vez les parecía más desfasado. El campesinado se resentía mucho de lo que ellos entendían como demandas interminables del gobierno central sobre sus recursos limitados. Pero los resentimientos no se concentraron en exclusiva en los monarcas absolutistas. Existían tensiones tanto entre los habitantes del campo y la ciudad como entre ricos y pobres, extraprivilegiados e infraprivilegiados, esclavos y libres. La Revolución francesa marcó parte de una crisis que sacudió toda la Europa de finales del siglo XVIII y sus colonias, lo que llevó los movimientos revolucionarios hasta el Imperio británico, Bélgica, los Países Bajos y América del Sur. La era de las revoluciones reestructuró las naciones occidentales.

El comienzo de la era de las revoluciones se produjo en las colonias de América del Norte. La Revolución americana de 1776 fue uno de los últimos conflictos de toda una serie de ellos relacionados con el control colonial del Nuevo Mundo, conflictos que sacudieron Inglaterra y Francia a lo largo de todo el siglo XVIII. Asimismo, se convirtió en una de las primeras crisis del Antiguo Régimen en territorio nacional. «Fue en el Nuevo Mundo donde los temores y aspiraciones [...] se revelaron por primera vez, donde las asociaciones ilegales de ciudadanos comunes

desafiaron decretos de un poder soberano, donde los ideales abstractos de filosofía política se apoyaron en actuaciones de hombres corrientes», tal como dijo un historiador recientemente. El éxito con que los ciudadanos de la nueva nación se habían librado del mando británico y habían formado una república basada en los principios ilustrados representó una fuente de tremendo optimismo para los europeos «ilustrados». El cambio llegaría. La reforma era posible y tendría unos costes modestos.

Si la Revolución americana puso de manifiesto en un primer momento los «temores y aspiraciones» de los europeos, los eventos de Francia los incrementaron. La Revolución francesa resultó ser un proyecto más radical, aunque eso no implica que fuera así desde el principio. Supuso unos costes desmesurados: prolongados, complejos y violentos. Infundió esperanzas mucho mayores y, en consecuencia, en muchos casos, desilusiones más amargas. Planteó cuestiones que sólo se resolverían en el transcurso de medio siglo.

La Revolución francesa: una perspectiva general

En la obra de Charles Dickens titulada *Historia de dos ciudades* (1859), fuente de inspiración de muchas imágenes populares de la Revolución, el levantamiento francés se desdibuja en una imagen aterradora de multitudes sanguinarias mirando una guillotina. El cuadro es memorable pero engañoso. La «Revolución francesa» es una taquigrafía de una serie compleja de eventos acaecidos entre 1789 y 1799. (Napoleón gobernó de 1799 a 1814-1815). Para simplificar, los acontecimientos se pueden dividir en tres etapas. Durante la primera etapa, de 1788 a 1792, la lucha fue constitucional y bastante pacífica. Una élite cada vez más atrevida articuló sus reivindicaciones contra el rey. Como los revolucionarios de América del Norte, las élites se negaron a pagar impuestos sin representación, atacaron el «despotismo», o la autoridad arbitraria, y ofrecieron un programa de inspiración ilustrada para renovar la nación. Las reformas, muchas de ellas de una diversidad impresionante, comenzaron, algunas aceptadas o incluso propuestas por el rey, y otras pasando por alto sus protestas. La fase pacífica, constitucional, no duró. A diferencia de la Revolución americana, la francesa no se estabilizó alrededor de una constitución o una serie de líderes políticos por numerosas razones. Las reformas encontraron resistencia y dividieron el país. La amenaza de cambio en Francia creó tensiones internacionales. En 1792, esas tensiones estallaron en una guerra y la monarquía cayó para quedar reemplazada por una república. La segunda etapa de la Revolución, que duró de 1792 a 1794, fue de crisis y consolidación. Un gobierno estrictamente centralizado movilizó todos los recursos del país para repeler los ejércitos extranjeros y los

contrarrevolucionarios internos, para acabar con traidores y cualquier vestigio del Antiguo Régimen. El Terror, tal como se denominó a aquella política, salvó la república pero se agotó a sí mismo a base de facciones y recriminaciones. Durante la tercera fase, de 1794 a 1799, el gobierno, aún en guerra con Europa, se desvió hacia la corrupción y, de manera casi inevitable, hacia el gobierno militar de Napoleón. Napoleón prosiguió con la guerra hasta su derrota final en 1815.

La Revolución en ciernes

¿Cuáles fueron las causas que a la larga dieron lugar a la revolución en Francia? Los historiadores sostuvieron hace mucho tiempo que sus causas y resultados deben entenderse en términos de conflicto de clases. Según esta interpretación, la burguesía incipiente, o clase media, inspirada por la ideología política y económica de la Ilustración y por sus intereses propios, derrocó lo que quedaba del orden aristocrático. Esta interpretación dio lugar a los textos decimonónicos del filósofo Carlos Marx y a buena parte de la sociología del siglo xx.

Pero, con el tiempo, los historiadores han modificado bastante esta tesis bien definida. En efecto, para comprender los orígenes de la Revolución francesa hay que analizar en primer lugar la sociedad francesa de finales del siglo XVIII. Pero aquella sociedad no estaba sacudida por un conflicto entre una clase «burguesa» y la aristocracia. Más bien, cada vez se vio más dominada por una nueva élite o grupo social que aunó a aristócratas, titulares de cargos públicos, profesionales y, en menor medida, comerciantes y empresarios. Para entender la Revolución hay que entender este nuevo grupo social y sus conflictos con el gobierno de Luis XVI.

La sociedad francesa estaba dividida en tres estados. (El «estado» de cada individuo indicaba su posición, o estatus, y determinaba sus derechos legales, impuestos, etcétera). El Primer Estado comprendía a todo el clero; el Segundo Estado, a la nobleza. El Tercer Estado, el mayor de todos con gran diferencia, incluía al resto, desde abogados y empresarios poderosos hasta obreros urbanos y campesinos pobres. Dentro de la élite política y social del país, un grupo reducido pero poderoso, esas distinciones legales se consideraban a menudo artificiales. En primer lugar, en los estratos más altos de la sociedad las fronteras sociales entre nobles y plebeyos ricos estaban poco definidas. Los títulos nobiliarios estaban al alcance de quien pudiera permitirse la compra de un cargo ennoblecedor. Por ejemplo, entre 1700 y 1789 se crearon cerca de cincuenta mil nobles nuevos. Para conservar el vigor, esta clase dependía de una infusión constante de talento y poder económico procedente de los grupos sociales ricos del Tercer Estado.

El caso de la familia del revolucionario Honoré Gabriel Riqueti, conde de

Mirabeau, ilustra los cambios. Los antepasados del siglo XVI de Mirabeau habían sido comerciantes, pero en 1570 uno de ellos había logrado el señorío de Mirabeau. En el siglo siguiente alguien compró el título de marqués. Mirabeau, abogado, también tenía un cargo en la caballería que en otro tiempo se procuró su abuelo. La aristocracia diferenciaba entre la nobleza de «espada» y la de «toga», la primera supuestamente más antigua, de linaje más distinguido y derivada del servicio militar, mientras que los aristócratas de la segunda debían su condición al desempeño de cargos administrativos o judiciales (de ahí la toga). Sin embargo, tal como ilustra el ejemplo de la familia Mirabeau, hasta esta distinción podía ser ilusoria.

La riqueza no adoptaba formas predecibles. La mayoría de las fortunas nobles consistían en «propiedades», es decir, terrenos, bienes urbanos, cargos comprados y similares. Pero las familias nobles no desdeñaban la industria o el comercio, como han pensado los historiadores durante mucho tiempo. De hecho, la nobleza financió la mayoría de la industria, y también invirtió mucho en la banca y en empresas tales como compañías navieras, comercio de esclavos, minería y metalurgia. Es más, los miembros más adinerados del Tercer Estado también preferían invertir en valores seguros, en propiedad. De ahí que, a lo largo del siglo, gran parte de la riqueza «burguesa» se transformara en riqueza «noble», y un número significativo de «burgueses» ricos pasara a formar parte de la nobleza. Este grupo importante de burgueses no se veía a sí mismo como una clase distinta. Sus miembros se reconocían diferentes, y en ocasiones incluso opuestos, a la gente del vulgo, la que trabajaba con las manos. Pero sí se identificaban con los valores de una nobleza a la que con frecuencia aspiraban a pertenecer.

No obstante, había tensiones sociales acusadas. Los abogados menos pujantes (y su número fue en aumento) envidiaban la posición privilegiada de unos pocos escogidos con su misma profesión. En el transcurso del siglo aumentó el precio de los cargos, lo que dificultó la compra del acceso a la nobleza y creó tensiones entre los miembros medios del Tercer Estado y los grupos muy ricos dedicados a la industria y el comercio, que en términos generales eran los únicos capaces de permitirse el ascenso por la pirámide social. No sorprende, pues, que los nobles de economía más modesta se resintieran del éxito de los ricos plebeyos oportunistas cuyos ingresos les brindaban una vida de lujo que ellos mismos no podían permitirse. En suma, entre la élite y las clases medias discurrían diversas líneas de falla. Sin embargo, a pesar de esas fisuras, esos grupos sociales lograron unirse para atacar con una vehemencia creciente a un gobierno y una economía que no miraban por sus intereses.

La nueva élite aireó sus frustraciones en los amplios círculos del debate público (véase el capítulo 17). Aunque las ideas no «causaron» la Revolución, desempeñaron un papel crucial para articular las insatisfacciones que sentían la élite y las clases medias. Las teorías políticas de Locke, Voltaire y Montesquieu consiguieron atraer a

ambos estratos descontentos, la nobleza y los miembros de la clase media. Voltaire adquirió popularidad con sus ataques a los privilegios nobles; Locke y Montesquieu se granjearon numerosos adeptos por su defensa de la propiedad privada y la soberanía restringida. Las ideas de Montesquieu congeniaron especialmente con los abogados nobles y los propietarios de cargos que controlaban los poderosos tribunales de justicia franceses, los *parlements* o parlamentos. Éstos interpretaron la doctrina de supervisiones y equilibrios de Montesquieu como una defensa de los parlamentos como órganos gubernamentales capaces de supervisar el despotismo de la gestión del rey. Cuando aparecieron conflictos, los líderes nobles se presentaron como defensores de una comunidad política nacional amenazada por el rey y sus ministros.

La campaña para el cambio también se alimentó con quienes proponían la reforma económica. Los «fisiócratas», tal como se los denominó en Francia, instaron al gobierno a simplificar el sistema tributario y a liberar la economía de las regulaciones mercantilistas. Instaron al gobierno a levantar los controles sobre el precio del grano, por ejemplo, los cuales se habían impuesto para mantener bajo el precio del pan, pero, a su entender, habían interferido en el funcionamiento natural del mercado.

Aceptara o no el público las recomendaciones de los fisiócratas, coincidía con ellos en el diagnóstico: la economía francesa atravesaba una recesión seria. Una subida generalizada de los precios durante buena parte del siglo XVIII, que permitió un crecimiento de la economía francesa gracias a la aportación de capital para inversión, puso en apuros al campesinado y a los comerciantes y trabajadores urbanos. Su situación incluso empeoró a finales de la década de 1780, cuando las malas cosechas elevaron aún más el precio del pan. En 1788 las familias gastaban más del 50 por ciento de sus ingresos en pan, que constituía el grueso de su dieta. Durante el año siguiente, esa cifra aumentó hasta el 80 por ciento. Las malas cosechas redujeron la demanda de bienes manufacturados y, a su vez, los mercados de contratación crearon desempleo. Muchos labriegos abandonaron el campo para marchar a las ciudades con la esperanza de encontrar trabajo, para descubrir al llegar que el desempleo en ellas era mucho mayor que en las zonas rurales. Los hechos indican que entre 1787 y 1789 la tasa de desempleo en muchos lugares rurales de Francia llegaba al 50 por ciento.

Los campesinos que permanecían en el campo estaban atrapados en una maraña de obligaciones para con sus señores, la Iglesia y el estado: un diezmo, o impuesto sobre la producción, pertenecía a la Iglesia; pagaban honorarios por usar el molino o el lagar del señor; y honorarios también para el señor cuando la tierra cambiaba de manos. Además, los campesinos pagaban una parte desproporcionada de impuestos tanto directos como indirectos (el más oneroso de los cuales lo constituía la tasa de la sal) recaudados por el gobierno. (Durante algún tiempo la producción de sal había

sido un monopolio estatal; cada individuo debía comprar al menos tres kilos de sal al año de la producción del gobierno. El resultado fue un producto cuyo coste se multiplicaba a menudo cincuenta o sesenta veces por su valor real). Otras quejas provinieron del requerimiento de mantener las vías públicas (la *corvée*) y de los privilegios de caza que los nobles llevaban siglos considerando la insignia distintiva de su clase.

Un sistema tributario ineficaz debilitó aún más la situación financiera del país. Los impuestos no sólo diferían de un estamento a otro, sino que también variaban entre regiones (por ejemplo, algunas zonas estaban sujetas a tasas mucho más elevadas que otras). Circunstancias y exenciones especiales complicaban mucho más aún la labor de los recaudadores. El sistema financiero, gravado de por sí con las deudas contraídas bajo el mandato de Luis XIV, casi se desmoronó por completo con el incremento de los gastos que conllevó la participación francesa en la Revolución americana. El coste de cubrir la deuda nacional de unos cuatro mil millones de libras consumió en la década de 1780 el 50 por ciento del presupuesto nacional.

Los problemas de la economía reflejaban las debilidades de la estructura administrativa de Francia, responsabilidad en última instancia del monarca absolutista del país, Luis XVI (1774-1792). Deseoso de servir a su gente con métodos «ilustrados», Luis aspiró a paliar la inmensa pobreza, a abolir la tortura y a trasladar la carga tributaria a las clases más ricas. Pero carecía de habilidad para poner en marcha esas reformas. Sus amagos bienintencionados de reforma acabaron minando su propia autoridad. Nombró ministros de finanzas a reformadores tales como Anne-Robert-Jacques Turgot, filósofo, fisiócrata y antiguo intendente provincial, y como Jacques Necker, un banquero protestante suizo, sólo para alzar la oposición de las facciones tradicionalistas dentro de la corte. Permitted a su esposa, la joven pero obstinada María Antonieta (hija de María Teresa, de la casa de Austria), mano libre para dispensar patronazgos entre sus amigos. El resultado fueron intrigas constantes y alianzas administrativas que se reorganizaban a menudo en Versalles.

Las disputas entre el gobierno central y los parlamentos provinciales también retrasaron las reformas. Tal como hemos apuntado, los parlamentos habían reafirmado su independencia durante los primeros años del reinado de Luis XV. A lo largo del siglo habían insistido cada vez más en lo que empezaban a llamar sus derechos «constitucionales», o privilegios. Cuando Luis XVI presionó para que la nobleza y el resto de la comunidad pagaran impuestos nuevos tras la costosa Guerra de los Siete Años, los parlamentos defendieron con éxito el derecho de la nobleza a quedar exenta de los grandes tributos nacionales. A mediados de la década de 1770, este episodio se repitió cuando Turgot, principal ministro de finanzas de Luis XVI, propuso reducir la deuda recortando los gastos de la corte, sustituyendo la *corvée* por un pequeño impuesto para los terratenientes y aboliendo ciertas restricciones de los

gremios para estimular la manufactura. El parlamento de París se negó en redondo a aplicar las novedades con el argumento de que Turgot estaba pisoteando prerrogativas y privilegios antiguos, y en efecto lo hacía.

Al final, sin embargo, el plan fracasó porque el rey retiró su apoyo a Turgot. Aunque los parlamentos eran celosos de sus prerrogativas, no podían rechazar de manera indefinida las reformas de un monarca concreto. Luis XVI, en cambio, no actuó con determinación. Hacia 1788, un monarca débil junto a una situación financiera caótica y tensiones sociales severas llevaron la Francia absolutista al borde del desastre político.

La destrucción del antiguo régimen

La crisis fiscal precipitó la Revolución. En 1787 y 1788 los principales ministros del rey, Charles de Calonne y Loménie de Brienne, intentaron instaurar una serie de reformas para evitar la bancarrota. Para afrontar el déficit creciente propusieron impuestos nuevos, en particular un impuesto del timbre y un impuesto directo sobre la producción anual del campo.

Con la esperanza de convencer a la nobleza para que aceptara estas reformas, el rey convocó una Asamblea de Notables procedentes de la aristocracia. Este grupo usó la emergencia financiera para intentar grandes reformas constitucionales. Y, lo más importante, insistió en que cualquier esquema tributario nuevo tendría que contar con la aprobación de los Estados Generales, el órgano representativo de los tres estados del reino, y en que el rey carecía de autoridad legal para arrestar y encarcelar de forma arbitraria. En esto imitaron a los aristócratas ingleses de 1688 y a los revolucionarios americanos de 1775.

Enfrentado a problemas económicos y al caos financiero, Luis XVI convocó los Estados Generales (que no se habían reunido desde 1614) en 1789. Muchos interpretaron esta actuación como la única solución posible para resolver los problemas crecientes de Francia. Las reivindicaciones a largo plazo y las penurias acuciantes habían dado lugar a motines del pan por todo el país en la primavera de 1789. Los saqueos en Bretaña, Flandes, Provenza y otros lugares fueron acompañados de la demanda de que el rey tomara medidas para que el pan fuera asequible. El temor a que las fuerzas de la ley y el orden se desmoronaran y a que la gente del vulgo arreglara las cosas por su cuenta acució a los delegados de los Estados Generales. Cada uno de los tres estamentos eligió sus propios diputados (el Tercer Estado lo hizo de forma indirecta a través de asambleas locales). Estas asambleas también tenían la responsabilidad de configurar listados de quejas (*cahiers des doléances*), lo que intensificó aún más las expectativas de una reforma

fundamental.

Los delegados del Tercer Estado, aunque elegidos en asambleas nombradas a su vez por artesanos y campesinos, representaban el punto de vista de la élite. Sólo el 13 por ciento eran comerciantes. Alrededor del 25 por ciento eran abogados; el 43 por ciento eran dueños de alguna clase de cargo gubernamental.

Por tradición, cada estamento se reunía y votaba como un todo. En el pasado, esto había implicado por lo común que el Primer Estado (el clero) se aliara con el Segundo (la nobleza) para derrotar al Tercero. Ahora, el Tercer Estado dejó claro que no toleraría ese procedimiento. Los intereses del Tercer Estado los defendió de manera memorable el abad Emmanuel Sieyès, un miembro radical del clero. «¿Qué es el Tercer Estado?», preguntó Sieyès en su célebre opúsculo de enero de 1789. «Todo», respondió, y apeló a los cambios sociales del siglo XVIII para consolidar su argumentación. A comienzos de 1789, las ideas de Sieyès aún sonaban muy radicales. Pero los dirigentes del Tercer Estado coincidían con él en que los tres órdenes debían sentarse juntos y votar como individuos. Y, lo que es más importante, insistían en que el Tercer Estado debía tener el doble de miembros que el Primero y el Segundo.

El rey se opuso en principio a «doblar el Tercer Estado», y luego cambió de opinión. Su falta de voluntad para adoptar una postura firme en cuanto al método de votación le costó el apoyo que, de otro modo, habría obtenido por parte del Tercer Estado. Poco después de que los Estados Generales se reunieran en Versalles en mayo de 1789, el Tercer Estado, enojado por la actitud del rey, dio el paso revolucionario de abandonar el organismo y declararse a sí mismo Asamblea Nacional. Tras impedirles la entrada a la sala de reuniones de los Estados Generales el 20 de junio, el Tercer Estado y un puñado de simpatizantes de la nobleza y el clero se trasladaron a una pista cubierta de juego de pelota (*jeu de paume*) situada en las proximidades.

Allí, bajo la dirección del imprevisible, inconformista y aristócrata Mirabeau y el clérigo radical Sieyès, se comprometieron en juramento solemne a no disolverse hasta redactar el borrador de una constitución para Francia. Este Juramento del Juego de Pelota, celebrado el 20 de junio de 1789, se puede considerar el comienzo de la Revolución francesa. La Asamblea Nacional, que reclamó la autoridad para rehacer el gobierno en nombre del pueblo, no se limitó a protestar contra el mandato de Luis XVI, sino que afirmó su derecho a actuar como el máximo poder soberano de la nación. El 27 de junio el rey prácticamente le concedió este derecho al ordenar a todos los delegados que se unieran a la Asamblea Nacional.

PRIMERAS ETAPAS DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA

La primera etapa de la Revolución francesa se prolongó desde junio de 1789 hasta

agosto de 1792. En general, se trató de una etapa de moderación cuyas acciones estuvieron dirigidas por representantes liberales de la nobleza y el Tercer Estado. Si bien, tres acontecimientos ocurridos en el verano y el otoño de 1789 evidenciaron que la revolución iba a penetrar hasta el mismísimo corazón de la sociedad francesa.

Revueltas populares

Desde el comienzo, la crisis política despertó gran atención pública. Ésta no sólo provino del interés que suscitó la reforma política, sino también de la crisis económica que, como ya se ha visto, subió el precio del pan a cifras astronómicas. Muchos creían que la aristocracia y el rey estaban conspirando para castigar al Tercer Estado fomentando la escasez y el incremento de los precios. Durante los últimos días de junio de 1789, circularon por París rumores de que el rey estaba preparando un golpe de estado reaccionario. Los electores de París (que habían votado por el Tercer Estado —maestros de talleres, artesanos, tenderos—) no sólo temían al rey sino también a los pobres de París, quienes habían celebrado manifestaciones por las calles amenazando con violencia. El pueblo no tardó en recibir el apelativo de *sans-culottes*. El término se podría traducir como «sin calzas», en alusión a un símbolo que enorgullecía a la aristocracia: los hombres del vulgo usaban pantalones largos en lugar de los calzones, medias y zapatos de hebilla dorada de la aristocracia. El pueblo, dirigido por los electores, formó un gobierno municipal provisional y organizó una milicia de voluntarios para mantener el orden. Decididos a conseguir armas, el 14 de julio se encaminaron a la Bastilla, una fortaleza antigua donde se guardaban pistolas y munición. La Bastilla, construida en la Edad Media, había servido de prisión durante muchos años, pero ya apenas se usaba, si bien simbolizaba la odiada autoridad real. Cuando la multitud pidió armas al gobernador, éste en principio dio largas y después, temiendo un ataque frontal, abrió fuego y mató a noventa y ocho asaltantes. La muchedumbre se vengó tomando la fortaleza (que sólo custodiaba a siete prisioneros —cinco delincuentes comunes y dos personas encerradas por deficiencia mental—) y decapitando al gobernador. Grupos semejantes tomaron el control en otras ciudades de toda Francia. La caída de la Bastilla representó el primer ejemplo del papel que desempeñó la gente en el cambio revolucionario.

La segunda revuelta popular se produjo en el campo. También los campesinos previeron y temieron una contrarrevolución monárquica y aristocrática. Corrió el rumor de que los ejércitos reales estaban en camino, de que los austriacos, prusianos o «bandoleros» los estaban invadiendo. Asustados e inseguros, los campesinos y los habitantes rurales organizaron milicias; otros atacaron y quemaron casas señoriales, a veces en busca de grano, pero por lo general con el objeto de encontrar y destruir

registros de derechos feudales. Este período del «Gran Miedo», tal como lo han bautizado los historiadores, agravó la confusión en el medio rural. Cuando estas noticias llegaron a París convencieron a los diputados de Versalles de que la administración sencillamente se había derrumbado.

El tercer caso de insurrección popular, los «Días de Octubre» de 1789, llegó con la crisis económica. Esta vez, las parisinas del distrito del mercado, asustadas por el precio creciente del pan y estimuladas por rumores de que el rey seguía sin querer cooperar con la Asamblea, marcharon a Versalles el 5 de octubre para exigir que se las escuchara. No contentas con que las recibiera la Asamblea, la multitud se abrió camino a través de las puertas del palacio reclamando que el rey regresara a París y abandonara Versalles. Durante la tarde del día siguiente, el rey se entregó. La Guardia Nacional, que simpatizaba con los agitadores, custodió a la muchedumbre hasta París; la procesión estuvo encabezada por un soldado que sostenía en alto una hogaza de pan pinchada en la bayoneta.

Cada uno de estos alzamientos populares forjó los eventos políticos de Versalles. La toma de la Bastilla convenció al rey y a los nobles para que aceptaran la creación de la Asamblea Nacional. El «Gran Miedo» forzó los cambios más decisivos de todo el período revolucionario. En un esfuerzo por aplastar el desorden rural, en la noche del 4 de agosto, la Asamblea dio un paso gigante para abolir toda suerte de privilegios. Eliminó el diezmo eclesiástico, el requerimiento de trabajo conocido como *corvée*, los privilegios de caza de la nobleza y gran variedad de exenciones tributarias y monopolios. En efecto, aquellas reformas eliminaron los vestigios feudales. Una semana después, la Asamblea abolió la venta de cargos oficiales, con lo que erradicó una de las instituciones fundamentales del Antiguo Régimen. El regreso del rey a París durante los Días de Octubre recortó su capacidad para resistirse a otros cambios.

La Asamblea Nacional y la Revolución liberal

La Asamblea emitió su carta de libertades, la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, en septiembre de 1789. En ella declaraba que la propiedad es un derecho natural junto con la libertad, la seguridad y la «resistencia a la opresión». Se declaraba libertad de expresión, tolerancia religiosa y libertad de prensa inviolable. Todos los ciudadanos debían recibir el mismo trato ante la ley. Nadie debía ser encarcelado ni castigado mediante ningún otro procedimiento salvo cuando se actuara de acuerdo al proceso legal correspondiente. Se afirmaba que la soberanía residía en el pueblo, y los agentes del gobierno quedaban sujetos a destitución si abusaban del poder que les fuera otorgado. No se trataba de ideas nuevas; eran resultado de las discusiones ilustradas y los debates y deliberaciones revolucionarios.

La Declaración se convirtió en el preámbulo de la nueva constitución, finalizada por la Asamblea en 1791.

¿A quién aludía la Declaración con «hombre y ciudadano»? Los revolucionarios diferenciaban entre ciudadanos «pasivos», con derechos garantizados bajo ley, y ciudadanos «activos», quienes pagaban ciertas cantidades en impuestos y, por tanto, podían votar y ocupar cargos oficiales. Alrededor de la mitad de los hombres adultos de Francia contaban como ciudadanos «activos». Hasta su poder estaba limitado porque sólo podían votar a «electores», hombres cuyas haciendas les permitían desempeñar cargos públicos. En épocas posteriores de la Revolución, la república más radical abolió la distinción entre activos y pasivos, y los regímenes conservadores la reinstauraron. A qué hombres se les podía confiar la participación en política y en qué términos constituyeron dos cuestiones muy disputadas.

Lo mismo sucedió, en cierto modo, con los derechos de las minorías religiosas. La Revolución otorgó derechos civiles plenos a los protestantes, aunque en áreas divididas desde mucho tiempo atrás por conflictos religiosos los católicos objetaron tales derechos. La Revolución sí concedió, aunque vacilante, derechos civiles a los judíos, una medida que provocó protestas en zonas orientales de Francia. La tolerancia religiosa, un tema crucial de la Ilustración, implicaba el fin de la persecución, pero no que el régimen estuviera preparado para adaptarse a la diferencia religiosa. La Asamblea abolió la servidumbre y prohibió la esclavitud en la Francia continental. Pero guardó silencio sobre la esclavitud colonial y, aunque hubo delegaciones que presionaron para que dotara de derechos políticos a la población negra libre, la Asamblea eximió a las colonias de lo contemplado en la constitución. Los acontecimientos en el Caribe, como veremos, forzaron la cuestión algo más tarde.

Los derechos y funciones de las mujeres fueron foco de reñidos debates, aunque la mayor parte de la discusión se centró en el futuro de los gremios de mujeres trabajadoras o en las organizaciones mercantiles, el matrimonio y el divorcio, la ayuda a los pobres y la educación. La inglesa Mary Wollstonecraft escribió su obra cumbre *Vindicación de los derechos de la mujer* durante la polémica revolucionaria sobre educación nacional. ¿Debían las niñas recibir una formación? ¿Con qué finalidad? Wollstonecraft, como hemos visto, insistía en que eso conllevaba nada menos que el derrocamiento de las ideas imperantes sobre la forma de ser femenina y la creación de un concepto nuevo de feminidad independiente e igualitario. Sin embargo, hasta Wollstonecraft aludió tan sólo de manera indirecta a la representación política, consciente de que esa idea sólo «provocaría risas». El marqués de Condorcet escribió un panfleto en 1790 en favor de los derechos políticos de las mujeres.

Los derechos políticos de las mujeres encontraron una defensora interesante en la persona de Marie Gouze, también conocida como Olympe de Gouges. Esta hija de

carnicero fue una autodidacta que se convirtió en intelectual y dramaturga. Como mucha gente «común» que encontró en el estallido de la actividad revolucionaria la oportunidad de dirigirse al público escribiendo discursos, opúsculos o periódicos, Gouges compuso su propio manifiesto, la *Declaración de los Derechos de la Mujer y la Ciudadana* (1791). Partiendo de la premisa de que «las diferencias sociales sólo pueden basarse en la utilidad común», declaró que las mujeres tienen los mismos derechos que los hombres, incluidos la resistencia a la opresión, la participación en el gobierno y el derecho a dar el nombre del padre a los hijos ilegítimos, lo que constituye un guiño revelador a las cuestiones relacionadas con los apuros económicos, la vergüenza y el aislamiento que padecían las mujeres de la época. Las mujeres intervinieron en las actividades cotidianas de la Revolución, participaron en los clubes, en las manifestaciones y en los debates; las organizaciones de artesanas desempeñaban un papel bien consolidado en la vida municipal; las mujeres del mercado eran figuras públicas conocidas, a menudo cruciales para la circulación de las noticias y las manifestaciones populares espontáneas. El régimen celebró el apoyo de las «ciudadanas» y las figuras femeninas sirvieron como alegorías de la libertad. Pero aquellas concepciones se unieron cada vez más a una imagen de las mujeres como madres compasivas, educadoras y cariñosas de la esfera privada, que no se inmiscuían en la vida pública.

En esta etapa temprana de la Revolución, la cuestión que más dividió y enfrentó a la Asamblea fue la relacionada con la religión. En noviembre de 1789, la Asamblea Nacional decidió confiscar las tierras del clero y usarlas como garantía bancaria para el problema de los asignados, billetes con interés que acabaron funcionando como papel moneda. La Asamblea abrigaba la esperanza vana, tal como se reveló después, de que esta medida resolvería la crisis inflacionaria del país. En julio del año siguiente, promulgó la Constitución Civil del Clero, la cual estipulaba que todos los obispos y sacerdotes quedaban sujetos a la autoridad del estado. Sus salarios debían salir de las arcas públicas y estaban obligados a jurar lealtad al nuevo estado, para dejar claro que servían a Francia y no a Roma. La intención de la Asamblea consistía en transformar la Iglesia católica de Francia en una verdadera institución nacional y civil.

La reforma eclesiástica polarizó grandes sectores de Francia. La posición privilegiada de la Iglesia durante el Antiguo Régimen, que incluía la posesión de vastas extensiones de tierras monásticas, le valió el resentimiento de muchos. Pero, por otro lado, la labor durante siglos había convertido las parroquias en instituciones de gran trascendencia local. El cura de la localidad no sólo bautizaba, casaba y enterraba a la gente, sino que también la ayudaba con los documentos escritos. La Iglesia procuraba ayuda a los pobres y otros servicios. En muchas zonas, los campesinos dependían de sus sacerdotes y los respetaban. Los cambios

espectaculares que introducía la Constitución Civil del Clero hallaron, pues, una resistencia considerable en ciertas zonas rurales de Francia. Cuando el papa amenazó con excomulgar a los sacerdotes que firmaran la Constitución Civil, se alzaron las estacas y mucha gente de las regiones más católicas del oeste de Francia emprendieron la contrarrevolución.

La Asamblea Nacional emprendió una serie de cambios económicos y gubernamentales de efecto duradero. Para subir el dinero, vendió a bajo precio las tierras de la Iglesia, aunque pocos de los que pasaban auténtica necesidad pudieron permitirse comprarlas. Para fomentar el crecimiento económico, abolió los gremios. Para librar al país del poder aristocrático local, reorganizó los gobiernos locales. Francia quedó dividida en ochenta y tres departamentos iguales. Estas medidas pretendían defender la libertad individual y acabar con antiguos privilegios. Los principales beneficiarios fueron, en su mayoría, miembros de la élite, gente pujante bajo el régimen anterior que supo aprovechar las oportunidades que se presentaron con el nuevo, como la adquisición de tierras o el acceso a un cargo público por votación.

Una fase nueva: la revolución popular

En el verano de 1792, la Revolución entró en una segunda fase. Los dirigentes moderados fueron derribados y reemplazados por «republicanos» mucho más radicales que reclamaban el gobierno en nombre de la gente del pueblo. ¿A qué se debió este cambio brusco y drástico? ¿Acaso la revolución se «desvió de su curso»? Esta es una de las cuestiones más complejas de la Revolución francesa. Las respuestas deben tener en cuenta tres factores: los cambios en la política popular, una crisis de liderazgo y una polarización internacional.

En primer lugar, la Revolución generó una politización notable del pueblo, sobre todo en las ciudades. La falta de restricciones a la prensa multiplicó la aparición de periódicos repletos de comentarios políticos y sociales. A partir de 1789, gran variedad de clubes políticos pasaron a formar parte de la vida política cotidiana. Algunos eran formales, casi como partidos políticos, que congregaban a miembros de la élite para debatir sobre los problemas que aquejaban al país y para condicionar las decisiones de la Asamblea. Otros clubes abrieron sus puertas a quienes quedaron al margen de la política formal, y en ellos se leían periódicos en voz alta y se discutían las posibilidades del país, desde las disposiciones de la constitución hasta la fidelidad del rey y sus ministros. Esta conciencia política aumentó con la crisis de unas carencias y una fluctuación de precios casi constantes. Los precios exasperaron en especial a los obreros de París, quienes habían demandado cambios en 1789 y

llevaban esperándolos con anhelo desde entonces. Las manifestaciones urbanas, a menudo encabezadas por mujeres, exigían el abaratamiento del pan, mientras que en los clubes y periódicos los líderes políticos pedían al gobierno que controlara la inflación creciente. Estos cabecillas también articularon las frustraciones de una masa de hombres y mujeres que se sentían estafados por la constitución.

La segunda gran causa del cambio de rumbo radicó en la falta de un liderazgo nacional eficaz. Luis XVI continuó siendo un monarca débil y vacilante. Se vio obligado a apoyar medidas que personalmente no le agradaban, en especial, la Constitución Civil del Clero. De modo que apoyó las maquinaciones de la reina, que mantenía contactos con su hermano Leopoldo II de Austria. A instancias de María Antonieta, Luis aceptó intentar huir de Francia en junio de 1791 con la esperanza de conseguir apoyo extranjero para la contrarrevolución. Los miembros de la familia real lograron burlar la guardia de palacio en París, pero fueron apresados cerca de la frontera en Varennes y conducidos de vuelta a la capital. Aunque la Constitución de 1791 declaraba Francia como monarquía, después de Varennes, Luis se convirtió en poco más que un prisionero de la Asamblea.

La tercera gran causa del giro espectacular de los acontecimientos lo constituyó la guerra. Desde el principio de la Revolución, los hombres y mujeres de toda Europa se sintieron impelidos, dada la gravedad de los eventos de Francia, a posicionarse ante el conflicto. En los años inmediatamente siguientes a 1789, la Revolución francesa obtuvo el apoyo entusiasta de gran variedad de pensadores. El poeta británico William Wordsworth, que más tarde se desencantó, recordaba su emoción inicial: «Qué dicha estar vivo aquella madrugada...». Sus sentimientos los compartieron poetas y filósofos de todo el continente, incluido el alemán Johann Gottfried von Herder, quien consideró la Revolución como el momento histórico más importante desde la Reforma. Las sociedades políticas de Gran Bretaña proclamaron su lealtad a los principios de la nueva Revolución, a menudo debido a una idea muy errónea de ella como una mera versión francesa de los acontecimientos de 1688. En los Países Bajos, un grupo «patriótico» organizó huelgas y urdió una revolución propia contra la oligarquía dominante de comerciantes. Los revolucionarios políticos de Alemania occidental y de Italia vieron con agrado la posibilidad de una invasión francesa como un medio para lograr cambios radicales dentro de sus propios países.

LA CONTRARREVOLUCIÓN

Otros se opusieron a la Revolución desde sus comienzos. Los nobles exiliados, que habían huido de Francia en busca de cortes reales compasivas en Alemania y otros lugares, hicieron todo lo posible para despertar un sentimiento contrarrevolucionario.

En Gran Bretaña, la causa conservadora se reforzó con la publicación en 1790 de *Reflexiones sobre la revolución en Francia*, de Edmund Burke. Este político *whig* que había simpatizado con los revolucionarios americanos atacó en cambio la revolución de Francia por considerarla un crimen monstruoso contra el orden social. El fracaso de los franceses a la hora de prestar el respeto adecuado a la tradición y la costumbre había destruido los cimientos de la civilización francesa, tejidos durante siglos de historia nacional.

El célebre opúsculo de Burke, en el que esbozó una imagen romántica y muy inexacta del rey y la reina de Francia, contribuyó a despertar simpatías por la causa contrarrevolucionaria, aunque esos sentimientos no se tradujeron en una oposición activa hasta que Francia se convirtió en una amenaza para la estabilidad internacional y las ambiciones particulares de las grandes potencias. Esa amenaza fue la que condujo a la guerra en 1792 y la que mantuvo al continente en armas durante una generación.

Los primeros estados europeos que expresaron de manera pública su preocupación ante los acontecimientos de la Francia revolucionaria fueron Austria y Prusia. En agosto de 1791, proclamaron que la restauración del orden y los derechos del monarca de Francia eran cuestiones de «interés común para todos los soberanos de Europa». Los dirigentes del gobierno francés declararon la proclama una afrenta a la soberanía nacional, con la esperanza de que el entusiasmo por una guerra uniría al pueblo francés y fortalecería la Revolución. Los monárquicos, tanto los de dentro como los de fuera de Francia, le hicieron el juego a las intrigas y los pronunciamientos contra el gobierno. El 20 de abril de 1792, la Asamblea declaró la guerra contra Austria y Prusia.

Casi todas las facciones políticas de Francia acogieron la guerra con agrado. Los líderes de la Asamblea confiaban en que una política agresiva reforzara la lealtad de la gente y llevara libertad al resto de Europa. Los contrarrevolucionarios esperaban que la intervención de Austria y Prusia empezara a deshacer todo lo sucedido desde 1789. Los radicales, recelosos de los líderes aristócratas y del rey, creían que la guerra serviría para desenmascarar a todos los «traidores» que albergaban dudas sobre la Revolución y sacaría a la luz a quienes simpatizaban con el rey y con los contrarrevolucionarios europeos. Tal como esperaban los radicales, las fuerzas francesas se encontraron con serios reveses. En agosto de 1792, los ejércitos aliados de Austria y Prusia habían cruzado la frontera y amenazaban con tomar París. Muchos, también soldados, creían que los desastres militares evidenciaban la traición del rey. El 10 de agosto, las multitudes parisienses, organizadas por sus líderes radicales, atacaron el palacio real. Se encarceló al rey y con ello comenzó una segunda revolución mucho más radical.

A partir de aquí, el liderazgo del país pasó a manos de los líderes más igualitarios del Tercer Estado. A estos dirigentes nuevos se los conocía como jacobinos, debido al nombre del club político al que pertenecían. Aunque tenían sede en París, contaban con acólitos por toda Francia. Entre sus miembros figuraban gran cantidad de profesionales, cargos públicos y abogados, pero se proclamaron portavoces del pueblo y la nación. Un número cada vez mayor de artesanos se unió a los clubes jacobinos a medida que creció el movimiento, y también se expandieron otros clubes más democráticos.

Una Convención Nacional, elegida por hombres blancos libres, se convirtió en el verdadero órgano de gobierno del país durante los tres años siguientes. La elección se produjo en septiembre de 1792, cuando los disturbios por toda Francia alcanzaron un nuevo máximo. Las denominadas Masacres de Septiembre se produjeron cuando, ante el rumor de que los prisioneros políticos planeaban la fuga, hordas de revolucionarios parisienses respondieron sometiéndolos a juicios sumarios y a ejecuciones rápidas. Mataron a más de mil supuestos enemigos de la Revolución en menos de una semana. Lyon, Orleans y otras ciudades francesas se sumieron en disturbios similares.

La Convención recién elegida era mucho más radical que su predecesora, la Asamblea, y sus dirigentes estaban decididos a acabar con la monarquía. El 21 de septiembre, la Convención declaró la república en Francia. En diciembre se procesó al rey, y en enero se le condenó a muerte por poca diferencia de votos. El heredero de la gran tradición absolutista de Francia afrontó el fin de su vida con valentía degradado como «ciudadano Luis Capeto», decapitado en la guillotina, el espantoso verdugo mecánico que se erigiría en símbolo del fervor revolucionario.

Mientras, la Convención dirigió la atención hacia reformas internas adicionales. Entre sus logros más significativos a lo largo de los tres años siguientes se contaron la abolición de la esclavitud en las colonias francesas (véase más adelante) y la derogación de la primogenitura, de modo que el patrimonio no lo heredaría en exclusiva el hijo varón mayor, sino que se repartiría del modo más equitativo posible entre todos los herederos directos. La Convención también confiscó los bienes de los enemigos de la Revolución en beneficio del gobierno y de las clases más bajas. Algunas propiedades grandes se dividieron y se ofrecieron en venta a los ciudadanos más pobres en unas condiciones bastante favorables. Canceló de golpe la política de compensación de la nobleza por los privilegios perdidos. Para frenar la subida de los precios, el gobierno estipuló un precio máximo para el grano y otras necesidades básicas. En un intento asombroso por erradicar el cristianismo de la vida cotidiana, la Convención adoptó un calendario nuevo. En él, el año comenzaba con el nacimiento

de la república (el 22 de septiembre de 1792) y los meses se repartían de manera que desaparecía el domingo católico.

Buena parte de aquel programa, sobre todo la limitación de precios y las requisiciones, fue consecuencia de unas necesidades políticas desesperadas y de la presión de los *sans-culottes* urbanos. Durante los tres años posteriores a 1790, los precios habían experimentado incrementos pasmosos: el trigo, del 27 por ciento; la ternera, del 136 por ciento, y las patatas, del 700 por cien. Mientras el gobierno imponía máximos en París, pequeños ejércitos de *sans-culottes* urbanos atacaban a quienes ellos consideraban acaparadores y explotadores. Si los dirigentes jacobinos hubieran seguido sus propias inclinaciones económicas, habrían desarrollado políticas acordes con el pensamiento liberal y reformista que había desafiado a la centralización y el control absolutistas. Pero las nefastas circunstancias bélicas continentales y los desórdenes interiores obligaron a los líderes a ceder a las demandas de los *sans-culottes*.

La Convención logró asimismo reorganizar el ejército con un éxito sorprendente. En febrero de 1793, Gran Bretaña, Holanda, España y Austria estaban en campaña contra Francia. El ingreso de Gran Bretaña en la guerra lo dictaron razones estratégicas y económicas. Los británicos temían la incursión directa de Francia en los Países Bajos a través del Canal de la Mancha; además, les preocupaba que la expansión francesa supusiera una amenaza seria para la propia hegemonía económica creciente de Gran Bretaña en todo el orbe. La coalición aliada, aunque unida sólo por el deseo de contener aquel temible fenómeno revolucionario, constituía sin embargo una fuerza formidable. Para repelerla, los franceses organizaron un ejército capaz de ganar una batalla tras otra a lo largo de esos años. En agosto de 1793, el gobierno revolucionario reunió a todos los hombres capaces de empuñar un arma. Se enviaron catorce ejércitos improvisados a batallar bajo el mando de oficiales jóvenes e inexpertos. Las carencias en cuanto a instrucción y disciplina las compensaron con organización, movilidad, flexibilidad, coraje y moral. (En la armada, en cambio, donde la técnica tenía una importancia primordial, los revolucionarios franceses jamás lograron igualar el rendimiento de los británicos). En 1793-1794, los ejércitos franceses conservaron su patria. En 1794-1795, ocuparon los Países Bajos, Renania y regiones de España, Suiza y Saboya. En 1796, invadieron y ocuparon zonas clave de Italia y acabaron con la coalición formada en su contra.

EL REINADO DEL TERROR

Aquellos acontecimientos se cobraron un duro precio. Para asegurar sus triunfos, los dirigentes de Francia recurrieron a un autoritarismo sangriento que con el tiempo se

conoció como el Terror. Aunque en 1793 la Convención logró redactar un borrador de una nueva constitución democrática basada en el sufragio masculino, la premura de la guerra obligó a posponer su aplicación. En su lugar, la Convención prolongó su existencia año tras año y fue delegando cada vez más sus responsabilidades en un grupo de doce dirigentes que formaban el Comité de Salvación Pública.

Los dirigentes políticos más destacados fueron Jean Paul Marat, Georges Jacques Danton y Maximilien Robespierre; los dos últimos, miembros del Comité de Salvación Pública. Jean Paul Marat había estudiado medicina y hacia 1789 ya había destacado bastante en la profesión como para recibir un título honorario de la Universidad de Saint Andrews de Escocia. Marat se opuso a casi todas las determinaciones de sus colegas moderados, incluida su admiración por Gran Bretaña, que él consideraba corrupta y déspota. No tardó en convertirse en víctima de la persecución y se vio obligado a refugiarse en cloacas y mazmorras insalubres, aunque perseveró como editor de la popular hoja informativa *El amigo del pueblo*. Con tanta exposición a infecciones contrajo una enfermedad crónica en la piel que sólo conseguía aliviar con baños frecuentes. En el verano de 1793, en pleno auge de la crisis revolucionaria, fue apuñalado en la bañera por Charlotte Corday, una joven monárquica, y se convirtió en un mártir de la Revolución.

Georges Jacques Danton fue, como Marat, un líder político popular, muy conocido en los clubes más humildes de París. Elegido miembro del Comité de Salvación Pública en 1793, tuvo mucho que ver en la organización del Terror. Sin embargo, a medida que transcurrió el tiempo se cansó de tanta crueldad y manifestó cierta tendencia a establecer acuerdos, con lo que les brindó a sus oponentes en la Convención la oportunidad que esperaban. En abril de 1794 Danton fue enviado a la guillotina. Cuentan que al subir al patíbulo dijo: «Enseñad mi cabeza al pueblo, ella bien lo merece».

El más famoso y tal vez más grande de los líderes radicales fue Maximilien Robespierre. Nacido en una familia de supuesta ascendencia irlandesa, Robespierre estudió leyes y logró un éxito modesto y rápido como abogado. Su elocuencia y su insistencia constante, o implacable, en que los dirigentes respetaran la «voluntad del pueblo» le reportaron a la larga un grupo de seguidores dentro del club jacobino. Más tarde se convirtió en presidente de la Convención Nacional y en miembro del Comité de Salvación Pública. Aunque guardó poca relación con el comienzo del Terror, fue responsable de que ampliara su alcance. Llegó a justificar la crueldad como necesaria para el progreso revolucionario.

Los dos años del Terror depararon una dictadura severa en Francia. Presionado desde fuera por enemigos extranjeros, el Comité se encontró con la oposición tanto de la derecha como de la izquierda política en el interior. Para dar respuesta a la necesidad del control político absoluto, los líderes de la «Montaña», un partido de

radicales aliado con los artesanos parisinos, expulsaron de la Convención a los moderados en junio de 1793. Estallaron rebeliones en ciudades de provincias, como Lyon, Burdeos y Marsella, que sufrieron una represión despiadada por parte del Comité y sus representantes locales. El gobierno también se enfrentó a la contrarrevolución por el oeste. Los campesinos estaban ofendidos por el ataque del gobierno a sus instituciones religiosas. Los intentos del gobierno por reclutar tropas para los ejércitos revolucionarios avivaron los viejos rescoldos del resentimiento hasta convertirlos en una rebelión abierta. Hacia el verano, las fuerzas campesinas del oeste plantearon una amenaza seria a la Convención. El Comité, decidido a estabilizar Francia a toda costa, envió comisarios al campo para acabar con los enemigos del estado.

Durante la época del Terror, de septiembre de 1793 a julio de 1794, las estimaciones más fiables establecen el número de ejecuciones entre veinticinco mil y treinta mil en todo el conjunto de Francia, de las cuales menos de veinte mil fueron condenadas por los tribunales. Además, hubo alrededor de quinientas mil encarcelaciones entre marzo de 1793 y agosto de 1794. Algunas víctimas del Terror fueron aristócratas, pero muchas más fueron campesinos y obreros acusados de acaparamiento, traición o actividad contrarrevolucionaria. Cualquiera que pareciera una amenaza para la república, con independencia de su posición social o económica, estaba en peligro. Cuando un poco más tarde le preguntaron al abad Sieyès a qué actividades que lo honraran se había dedicado durante el Terror, respondió con sequedad: «Viví».

EL LEGADO DE LA SEGUNDA REVOLUCIÓN FRANCESA

Antes de nada, deben quedar claras algunas cuestiones relacionadas con esta «segunda» Revolución francesa. En primer lugar, durante algún tiempo el entusiasmo revolucionario repercutió de un modo muy directo en la vida cotidiana de hombres, mujeres y niños. Los *sans-culottes* de las ciudades impusieron su modo de vestir a sus conciudadanos. Los pantalones de los obreros reemplazaron las calzas que habían constituido una insignia indumentaria de las clases medias y la nobleza. Una gorra roja, que al parecer simbolizaba la liberación de la esclavitud, se convirtió en un tocado popular, y las pelucas desaparecieron. Hombres y mujeres se llamaban entre sí «ciudadanos» y «ciudadanas». La vida pública estaba marcada por ceremonias pensadas para enfatizar la ruptura con el Antiguo Régimen. Durante las primeras etapas de la Revolución, estos festivales estimulaban y expresaban el entusiasmo popular por las nuevas formas de vida y de pensamiento. Con el Comité de Salvación Pública se volvieron didácticos y falsos.

En segundo lugar, la Revolución radical de 1792-1793 invirtió de manera espectacular la tendencia a la descentralización. La Asamblea sustituyó a los funcionarios locales, algunos de ellos aún monárquicos por solidaridad, por «suplentes en misión», cuyo cometido consistió en reclutar tropas y generar fervor patriótico. Cuando aquellos suplentes se mostraban demasiado ávidos por actuar de forma independiente, se los reemplazaba a su vez por «agentes nacionales» con instrucciones para informar directamente al Comité. En otro intento por estabilizar la autoridad, la Asamblea cerró todos los clubes políticos de mujeres decretándolos un peligro político y social.

En tercer lugar, la Revolución mermó el valor de las instituciones tradicionales que habían servido a la gente como lazo de unión durante siglos (la Iglesia, los gremios, las parroquias). En su lugar aparecieron ahora organizaciones patrióticas y una cultura que insistía en la lealtad a una causa nacional única. Estas instituciones nacieron con las campañas electorales, los mítines y las guerras panfletarias de 1788 y el interés que despertaron. Entre ellas se contaban los clubes políticos y las asambleas locales, que en pleno auge revolucionario (1792-1793) se reunían todos los días de la semana y brindaban un bagaje político. Además del ejército nacional (*fédérés*), incluían los ejércitos populares, formados por grupos vigilantes de *sans-culottes* enviados desde la ciudad al campo para requisar alimentos y materiales.

Los que apoyaron la Revolución no fueron los únicos que se movilizaron. Los movimientos contrarrevolucionarios también fueron «populares» y reclutaron a campesinos y artesanos que consideraban invadidas sus zonas locales y que lucharon a favor de sus sacerdotes locales o contra las convocatorias revolucionarias de levadas forzosas. La Revolución dividió Francia. Pero también forjó nuevos vínculos. Es incuestionable que la identidad nacional francesa se vio reforzada por el sentimiento de que el resto de Europa, portando lo que los versos de la *Marsellesa*, el himno más famoso de la Revolución, llamaban la «bandera manchada de sangre de la tiranía», aplastaría la nueva nación y a sus ciudadanos.

DEL TERROR A BONAPARTE: EL DIRECTORIO

El Comité de Salvación Pública, aunque capaz de salvar Francia, no logró salvarse a sí mismo. La inflación se volvió catastrófica. La larga ristra de victorias militares convenció cada vez a más gente de que las demandas del Comité para seguir con el autosacrificio, así como su insistencia en la necesidad del Terror, carecían ya de toda justificación. En julio de 1794, el Comité se quedó prácticamente sin aliados. El 27 de julio (9 de termidor, en el nuevo calendario), Robespierre fue abucheado por sus enemigos mientras intentaba hablar en la sala de la Convención. Al día siguiente fue

guillotinado, junto con otros veintiún conspiradores más, como enemigo del estado.

El fin del Terror no conllevó una «moderación» instantánea. Los jacobinos tuvieron que ocultarse y fueron perseguidos por grupos vigilantes monárquicos. La derogación del Maximum, o los controles de precios, combinada con el peor invierno de todo el siglo, deparó una miseria generalizada. Otras medidas que habían formado parte del Terror se revocaron de manera gradual. En 1795, la Convención Nacional adoptó una constitución nueva y más conservadora que garantizaba el sufragio a todos los ciudadanos varones adultos que supieran leer y escribir. Pero instauró elecciones indirectas: los ciudadanos votaban a unos electores que, a su vez, elegían el órgano legislativo. Por tanto, los ciudadanos más ricos asumieron la autoridad. Para evitar dictaduras personales, la autoridad ejecutiva recayó sobre un consejo de cinco hombres conocido como el Directorio, elegido por el órgano legislativo. La nueva constitución no sólo incluyó una declaración de derechos, sino también una declaración de deberes del ciudadano.

Aunque el Directorio duró más que el órgano revolucionario que lo antecedió, no consiguió estabilizar el gobierno. Sus miembros se enfrentaron al descontento de ambos bandos, tanto el de la izquierda radical como el de la derecha conservadora. En el seno de la izquierda, el Directorio acalló con éxito varios movimientos radicales para abolir la propiedad privada y el gobierno de estilo parlamentario, incluido el movimiento encabezado por el radical «Gracchus Babeuf», cuyos seguidores, en su mayoría, fueron ejecutados o deportados. El despacho de las amenazas de la derecha planteó más desafíos. Las elecciones de marzo de 1797, las primeras elecciones libres celebradas en Francia como república, devolvieron a gran cantidad de monárquicos constitucionalistas a los consejos de gobierno. Esto desató la alarma entre los principales políticos, entre los cuales figuraban algunos que habían votado a favor de la ejecución de Luis XVI. Con el apoyo del ejército, el Directorio anuló la mayoría de los resultados electorales. Dos años después, tras otras rebeliones y purgas y con el país sumido aún en una inflación severa, aumentó la desesperación de los Directores. En esta ocasión pidieron auxilio al brillante y joven general Napoleón Bonaparte.

La primera victoria militar de Bonaparte en 1793, la reconquista de Tolón, que había caído en manos de las fuerzas monárquicas y británicas, le había valido el ascenso de capitán a brigadier a los veinticuatro años. Aunque lo arrestaron por terrorista tras la caída de Robespierre, con posterioridad se ganó la gratitud del Directorio. En octubre de 1795, lanzó lo que él denominó un «poco de metralla» que salvó la Convención del ataque de los detractores de la nueva constitución. Había acumulado una serie de victorias notables en Italia que forzaron una retirada (temporal) de Austria de la guerra. Más tarde, intentó derrotar a Gran Bretaña organizando un ataque a las fuerzas británicas en Egipto y Oriente Próximo. Esta

campaña se desarrolló bien en tierra, pero cuando la flota francesa fue derrotada por el almirante Horatio Nelson (bahía de Abukir, 1798), Bonaparte se encontró atrapado por los británicos. Un año más de lucha no lo situó más cerca de una victoria decisiva.

Fue en este momento cuando llegó la llamada del Directorio. Bonaparte se escabulló de Egipto y apareció en París, habiendo aceptado previamente participar en un golpe de estado con el Director líder, aquel antiguo defensor revolucionario del Tercer Estado, el abad Sieyès. El 9 de noviembre de 1799 (18 de brumario), Bonaparte fue declarado «cónsul provisional». Él encarnó la respuesta a las plegarias del Directorio: un líder fuerte y popular que no era rey. Sieyès declaró que Bonaparte brindaría «confianza desde abajo y autoridad desde arriba». Con estas palabras Sieyès proclamó el fin del período revolucionario.

LA REVOLUCIÓN HAITIANA

Durante el transcurso de todos estos eventos, las colonias francesas del Atlántico fueron remodelando la Revolución y su legado. Las islas caribeñas de Guadalupe, Martinica y Santo Domingo ocupaban un lugar central en la economía francesa debido al comercio del azúcar. Las élites plantadoras ejercían una influencia capital en París. La Asamblea Nacional francesa (al igual que su equivalente americana) se negó a discutir el tema de la esclavitud en las colonias para no entrometerse en los derechos de propiedad de los dueños de esclavos y temerosa de perder las lucrativas islas azucareras en beneficio de sus rivales británicos o españoles en caso de que los esclavistas descontentos propusieran independizarse de Francia. Para los hombres franceses de la Asamblea fue más difícil la cuestión de los derechos de los negros libres, un grupo que incluía un número considerable de ricos dueños de tierras (y esclavos).

Santo Domingo alojaba unos cuarenta mil blancos de diferentes clases sociales, treinta mil personas libres de color y quinientos mil esclavos, en su mayoría recién esclavizados desde el oeste de África. En 1790, la gente negra libre de Santo Domingo envió una delegación a París para que formara parte de la Asamblea, subrayando que se trataba de hombres con propiedades y, en muchos casos, de ascendencia europea. La Asamblea rehusó aceptarlos. Su negativa provocó una rebelión mulata en Santo Domingo. Las autoridades coloniales reprendieron el movimiento con rapidez y brutalidad capturando a Vincent Ogé, un miembro de la delegación mulata de París y uno de los cabecillas de la rebelión, al que ejecutaron públicamente junto a sus secuaces con el suplicio de la rueda y la decapitación. Los diputados radicales de París, incluido Robespierre, expresaron su indignación, pero

poco pudieron hacer para cambiar la política de la Asamblea.

En agosto de 1791 estalló en Santo Domingo la mayor rebelión esclava de la historia. No está claro cuánto influyó en este alzamiento la propaganda revolucionaria; como muchos levantamientos del período, tuvo sus propias raíces y siguió su propia lógica. Británicos y españoles invadieron Santo Domingo con la esperanza de aplastar la rebelión y tomar la isla. En la primavera de 1792, el gobierno francés, al borde del colapso y en guerra con Europa, luchó por granjearse aliados en Santo Domingo proclamando la libertad de los ciudadanos negros. Poco después de la revolución de agosto de 1792, la nueva república francesa envió comisarios a Santo Domingo con tropas e instrucciones para retener la isla. La inestable combinación de tropas españolas y británicas junto a los plantadores y esclavos rebeldes de Santo Domingo se reveló muy superior a lo que podían controlar por sí solas las fuerzas de la república. En este contexto, los comisarios franceses locales se doblegaron al éxito de una revolución esclava, y en 1793 prometieron libertad a los esclavos que se unieran a los franceses. Un año después, la Asamblea de París extendió a todas las colonias lo que ya se había llevado a cabo en Santo Domingo.

La nueva situación sacó líderes nuevos a la palestra, entre los cuales destacó sobre todo un antiguo esclavo, Toussaint Bréda, más tarde llamado Toussaint L'Ouverture, que significa «el que abrió el camino». En el transcurso de los cinco años siguientes, Toussaint y sus soldados, ahora aliados con el ejército francés, vencieron a los plantadores franceses, a británicos (en 1798) y a españoles (en 1801). Toussaint también quebró el poder de sus generales rivales en los ejércitos de mulatos y de antiguos esclavos y se convirtió en el estadista de la Revolución. En 1801 creó una constitución que juraba lealtad a Francia pero la privaba de todo derecho a intervenir en los asuntos de Santo Domingo. La constitución abolió la esclavitud, reorganizó a los militares, instauró el cristianismo como religión del estado (esto supuso el rechazo del vudú, una combinación del cristianismo con diversas tradiciones del oeste y el centro de África) y convirtió a Toussaint en gobernador vitalicio. Se trató de un momento extraordinario del período revolucionario: la formación de una sociedad autoritaria, pero también un símbolo absolutamente inesperado del potencial universal de las ideas revolucionarias.

Sin embargo, los logros de Toussaint lo encaminaron a un enfrentamiento directo con el otro general francés que tanto admiraba y con una carrera tan parecida a la suya: Napoleón Bonaparte. Santo Domingo se situó en el centro de las ambiciones de Bonaparte en el Nuevo Mundo, y en enero de 1802 envió veinte mil hombres para tomar el control de la isla. A Toussaint, capturado cuando acudió a tratar con los franceses, lo embarcaron bien custodiado para trasladarlo a una prisión en las montañas del este de Francia, donde murió en 1803. Con todo, la lucha continuó en Santo Domingo, con disparos alimentados ahora por la determinación de Bonaparte

de reinstaurar la esclavitud. La guerra se convirtió en una pesadilla para los franceses. La fiebre amarilla mató a miles de soldados franceses, incluido uno de los mejores generales de Napoleón. Los ejércitos de ambos bandos cometieron atrocidades. En diciembre de 1803 el ejército francés se había derrumbado. En enero de 1804, Jean-Jacques Dessalines, un general del ejército de antiguos esclavos, declaró el estado independiente de Haití.

La Revolución haitiana siguió siendo, en muchos sentidos, una anomalía. Fue la única revolución esclava de la historia que triunfó y, con mucho, la revolución más radical de todas las sucedidas en este período. Puso de manifiesto que las ideas emancipadoras de la Revolución y la Ilustración podían aplicarse a pueblos no europeos y a personas esclavizadas, una constatación que los europeos intentaron ignorar pero que hirió de lleno a las élites que regentaban plantaciones en el norte y sur de América. Sumada a las rebeliones posteriores en las colonias británicas, favoreció la decisión de Gran Bretaña en 1838 de acabar con la esclavitud. Y proyectó largas sombras sobre las sociedades esclavistas del siglo XIX desde el sur de Estados Unidos hasta Brasil.

Napoleón y la Francia imperial

Pocas figuras de la historia occidental han centrado la atención del mundo como lo hizo Napoleón Bonaparte durante los quince años que duró su mandato en Francia. Pocos hombres perduraron tanto como mito, no sólo en su propio país, sino en todo Occidente. Para la inmensa mayoría de los europeos medios, los recuerdos de la Revolución francesa estuvieron dominados por los de las guerras napoleónicas, que devastaron Europa, convulsionaron su política y traumatizaron a su gente durante toda una generación. Lo que había comenzado como revolución política y revuelta popular terminó en una guerra y el intento de crear una modalidad nueva de imperio europeo. Para muchos observadores, aquella transformación pareció encarnarse en la trayectoria de un solo hombre. Desde el advenimiento de la guerra en 1792, los revolucionarios franceses habían acudido al ejército de Francia para defenderse y sobrevivir. Parecía de lo más natural que el futuro de la Revolución fuera unido a los éxitos de su general más excelso, Napoleón Bonaparte.

Sin embargo, la relación de Bonaparte con la Revolución no fue sencilla. Su régimen consolidó algunos de los cambios políticos y sociales de la Revolución pero repudió otros con contundencia. Se presentaba a sí mismo como el hijo de la Revolución, pero también recurrió con generosidad a otros regímenes muy diversos para declararse heredero de Carlomagno o del Imperio romano. Su régimen rehízo la política revolucionaria y el estado francés, transformó la naturaleza de las guerras

européas y legó conflictos y leyendas de gloria francesa que perduraron en los sueños, o pesadillas, de estadistas y ciudadanos europeos durante más de un siglo.

CONSOLIDACIÓN DE AUTORIDAD, 1799-1804

La carrera inicial de Napoleón reforzó la proclama de que la Revolución recompensaba los esfuerzos de los hombres capaces. Como hijo de un noble corso de provincias, estudió en la *École Militaire* de París. En la Francia prerrevolucionaria, no habría podido ascender más allá del rango de comandante, que requería la compra de un mando de regimiento. La Revolución, en cambio, había abolido la adquisición de cargos militares, y Bonaparte se convirtió rápidamente en general. En este caso, pues, se trataba de un hombre que había emergido de la oscuridad debido a sus dotes, las cuales dedicó con alegría al servicio de la Revolución de Francia. También su carácter parecía encajar bien con la época, al menos para sus primeros admiradores, quienes advirtieron la gran diversidad de sus capacidades y aficiones intelectuales. Se interesó con seriedad por la historia, las leyes y las matemáticas. Sus virtudes específicas como líder radicaban en su habilidad para desarrollar proyectos financieros, legales o militares y luego supervisarlos hasta el más mínimo detalle; en su capacidad para incentivar a los demás, incluso a quienes se oponían a él de entrada; y en su convencimiento de que estaba destinado a erigirse en salvador de Francia.

Durante los cinco primeros años de su mandato, Bonaparte consolidó su poder personal con rapidez. Cuando derrocó al gobierno en 1799, adoptó el título de Primer Cónsul, y gobernó en nombre de la república. Una constitución nueva estableció el sufragio universal para los varones blancos y creó dos órganos legislativos. Sin embargo, las elecciones eran indirectas, y el poder de los órganos legislativos, muy limitado. «¿El gobierno? —dijo un observador—. Ahí está Bonaparte.» Bonaparte inició lo que desde entonces se convirtió en un recurso autoritario habitual, el plebiscito, que sometía cualquier cuestión al voto directo del pueblo. Esto permitía al jefe del estado eludir a los políticos u órganos legislativos que discreparan con él, al tiempo que dejaba que los funcionarios locales manipularan las urnas electorales. En 1802, eufórico con las victorias en el extranjero, pidió a la asamblea legislativa que lo proclamara cónsul vitalicio. Cuando el senado se negó, intervino el Consejo de Estado de Bonaparte, le ofreció el título y logró su ratificación mediante plebiscito. Su régimen mantuvo en todo momento la apariencia de que consultaba con la gente, pero su característica más importante consistió en la centralización de la autoridad.

Esa autoridad provino de la reorganización del estado. El régimen de Bonaparte confirmó la abolición de privilegios con la promesa de «carreras abiertas al talento».

Mediante la centralización de los departamentos administrativos, fundó lo que ningún régimen reciente de Francia había logrado aún: un sistema tributario metódico y bastante justo. Una recaudación de impuestos y una administración fiscal más eficaces también lo ayudaron a contener la espiral inflacionaria que había invalidado los gobiernos revolucionarios, aunque el régimen de Bonaparte se basó en gran medida en los recursos de las regiones conquistadas para financiar sus operaciones militares. Como hemos visto, los revolucionarios emprendieron el trabajo de reorganizar la administración aboliendo los antiguos feudos y sus gobiernos independientes e instaurando un sistema uniforme de departamentos. Bonaparte continuó esa labor, pero poniendo el acento en la centralización. Sustituyó a los funcionarios electos y las autonomías locales por «prefectos» y «subprefectos» nombrados desde el gobierno central, cuyas tareas administrativas se definían en París, donde se desarrollaban asimismo las políticas de los gobiernos locales. El estado de Napoleón fue una modalidad intermedia entre el absolutismo y el estado moderno.

Leyes, educación y una élite nueva

El logro más significativo de Napoleón, y uno de los que exportó a las zonas conquistadas, fue la conclusión de las reformas legales iniciadas durante el período revolucionario, así como la promulgación de un código civil nuevo en 1804. El Código Napoleónico reflejaba dos principios que se habían abierto camino entre todos los cambios constitucionales acaecidos desde 1789: uniformidad e individualismo. El código sorteó la maraña de tradiciones legales diversas y brindó una ley uniforme. Confirmó la abolición de toda clase de derechos feudales: no sólo los privilegios de la nobleza y el clero, sino también los derechos especiales de gremios de artesanos, municipalidades, etcétera. Creó las condiciones para el ejercicio de los derechos de propiedad: la exigencia de contratos, arrendamientos y sociedades de acciones. Las disposiciones del código sobre la familia, desarrolladas personalmente por Napoleón, incidían en la importancia de la autoridad paterna y la subordinación de la mujer y los hijos. En 1793, durante el período más radical de la Revolución, los hombres y mujeres habían sido declarados «iguales en el matrimonio»; ahora, el código de Napoleón sostenía la «supremacía natural» del marido. Las mujeres casadas no podrían vender bienes, regentar negocios ni tener una profesión sin permiso del marido. Sólo los padres tenían derecho a controlar los asuntos financieros de los hijos, autorizar su matrimonio y (bajo la ley antigua de corrección) privarlos de libertad hasta seis meses sin explicar la causa. El divorcio siguió siendo legal, pero en condiciones de desigualdad; un hombre podía pedir el

divorcio por adulterio, pero una mujer sólo podía hacerlo en el caso de que su esposo trasladara a la «concubina» al domicilio familiar. Lo más importante para la gente corriente era que el código prohibía demandas de paternidad para hijos ilegítimos. El nuevo código penal consolidó algunos de los logros de la Revolución al tratar a todos los ciudadanos como iguales ante la ley e ilegalizar los arrestos y encarcelamientos arbitrarios. Pero también reintrodujo medidas más severas que los revolucionarios habían abolido, como marcar a fuego o cortar las manos a los parricidas. El Código Napoleónico fue más igualitario que la ley del Antiguo Régimen, pero se mostró tan preocupado como él por la autoridad.

Bonaparte también racionalizó el sistema educativo. Ordenó la creación de liceos (*lycées* o escuelas de enseñanza secundaria) en todas las localidades grandes con el fin de formar funcionarios civiles y oficiales del ejército, y una escuela en París para formar profesores. Como complemento a estos cambios, sometió las escuelas militares y técnicas al control del estado y fundó una universidad nacional para supervisar todo el sistema. Como casi todas sus reformas, ésta también consolidó las reformas introducidas durante la Revolución y estuvo destinada a abolir los privilegios y crear «carreras abiertas al talento». Napoleón se interesó asimismo por las ciencias sociales y físicas de la Ilustración. Patrocinó la Académie Française y conservó varias de las medidas más prácticas que tomaron los revolucionarios para racionalizar la sociedad y el comercio, como el sistema métrico.

¿Quién se benefició de estos cambios? Al igual que el resto de instituciones napoleónicas nuevas, los nuevos centros de enseñanza contribuyeron a confirmar el poder de una élite también nueva. Ésta estaba formada por empresarios, banqueros y comerciantes, pero aún seguía compuesta sobre todo por grandes terratenientes. Es más, al menos la mitad de las becas en escuelas secundarias recayeron sobre los hijos de cargos militares y altos funcionarios civiles del estado. Por último, como la mayoría de las reformas de Bonaparte, los cambios en educación aspiraron a consolidar el poder del estado: «Mi intención al crear un cuerpo docente es tener un medio para dirigir la opinión política y moral», declaró Napoleón sin rodeos.

Las primeras medidas de Napoleón fueron ambiciosas. Para conseguir apoyos, hizo aliados sin tener en cuenta afiliaciones políticas del pasado. Readmitió en el país a exiliados de cualquier color político. Los otros dos cónsules que codirigieron con él fueron un regicida del Terror y un burócrata del Antiguo Régimen. Su ministro de policía había sido un republicano extremadamente radical; el ministro de asuntos exteriores era el aristócrata y oportunista Charles Talleyrand. El acto más destacado de reconciliación política llegó en 1801 con el concordato de Napoleón con el papa, un acuerdo que puso fin a más de una década de hostilidades entre el estado francés y la Iglesia católica. Aunque sorprendió a los revolucionarios anticlericales, Napoleón, siempre pragmático, consideró que la reconciliación generaría armonía dentro de

Francia y la solidaridad internacional. El acuerdo otorgó al papa el derecho de destituir obispos franceses y disciplinar al clero francés. A cambio, el Vaticano renunció a cualquier reclamación de las tierras eclesiásticas expropiadas por la Revolución. Esos bienes seguirían en manos de sus nuevos propietarios rurales y urbanos de clase media. El concordato no revocó el principio de libertad religiosa instaurado por la Revolución, pero dio a Napoleón el apoyo de los conservadores, que habían temido que la futura Francia se convirtiera en un estado ateo.

Estas actuaciones de equilibrio político aumentaron la popularidad general de Bonaparte. Unidas a sus primeras victorias militares (la paz con Austria en 1801 y con Gran Bretaña en 1802), acallaron cualquier oposición a sus ambiciones personales. Napoleón había contraído matrimonio con Joséphine de Beauharnais, criolla de Martinica y señora influyente del período revolucionario. Joséphine había brindado legitimidad al soldado-político corso y lo había introducido en la élite revolucionaria al comienzo de su trayectoria. Sin embargo, ni Bonaparte ni su ambiciosa esposa se conformaron con ser primeros entre sus iguales y, en diciembre de 1804, Napoleón dejó a un lado cualquier traza de republicanismo. En una ceremonia que recordaba el esplendor de la realeza medieval y el absolutismo monárquico, se coronó a sí mismo como el emperador Napoleón I en la catedral de Notre-Dame en París. Napoleón hizo mucho para crear el estado moderno, pero no dudó en evidenciar sus vínculos con el pasado.

EN EUROPA COMO EN FRANCIA:

GUERRAS DE EXPANSIÓN NAPOLEÓNICAS

Las naciones de Europa se habían limitado a contemplar (algunas con admiración, otras con horror, todas con asombro) el fenómeno de Napoleón. Una coalición de potencias europeas encabezada por Austria, Prusia y Gran Bretaña se había enfrentado a Francia desde 1792 hasta 1795 con la esperanza de mantener la estabilidad europea. Esta primera coalición se deshizo en confusión, derrotada por los ejércitos franceses y el agotamiento financiero. La coalición se restableció en 1798, a las órdenes de Gran Bretaña, pero al final no le fue mejor que al primer intento. A pesar de la derrota de Napoleón en Egipto, las victorias francesas en Europa quebraron la alianza. Rusia y Austria se retiraron en 1801, y hasta la intransigente Gran Bretaña se vio obligada a firmar la paz el año siguiente.

A partir de estas victorias, Napoleón creó su nuevo imperio y estados afiliados. Entre ellos figuraba una serie de pequeñas repúblicas arrancadas al Imperio austriaco y a los viejos reinos germánicos. Éstos se presentaban como el regalo de independencia de la Francia revolucionaria a los patriotas de cualquier lugar de

Europa, pero en la práctica constituían un colchón militar y un sistema de estados en relación clientelar con el nuevo Imperio francés. Una federación dispersa de estados alemanes, conocida como Confederación del Rin, pareció glorificar el papel de Francia como «libertadora» de Europa, pero también llevó a las puertas de Europa las consecuencias prácticas de la Revolución francesa: un estado poderoso y centralizador y el fin del antiguo sistema de privilegios. Para Gran Bretaña, aquellos triunfos se propagaron más allá de Europa cuando los británicos se vieron obligados a devolver territorios recién capturados en las guerras coloniales, aunque conservaron las islas cruciales de Trinidad y Ceilán.

El gobierno de Napoleón aceleró los acontecimientos que ya se estaban produciendo en Europa central. Los franceses introdujeron un sistema de administración basado en la noción de carreras abiertas al talento, igualdad ante la ley y la abolición de las viejas costumbres y privilegios. El programa napoleónico de reformas aplicó al imperio los principios que ya habían transformado Francia. Eliminó los tribunales señoriales y eclesiásticos. Unió provincias que antes estaban separadas en una inmensa red burocrática que convergía directamente en París. Creó códigos legales y modernizó los sistemas tributarios, además de otorgar libertad a los individuos para trabajar en el negocio que eligieran. Pero estas libertades legales, de propiedad y de profesión no llegaron hasta el ámbito político. Toda la dirección gubernamental procedía de París y, por tanto, de Napoleón.

Estos cambios ejercieron un efecto profundo en los hombres y mujeres que los experimentaron. En los pequeños principados gobernados con anterioridad por príncipes (los minúsculos estados germanos, por ejemplo, o el represivo reino de Nápoles), la mayoría de la población recibió de buen grado las reformas que conllevaron una administración más efectiva y menos corrupta, así como una estructura tributaria viable y el fin de los privilegios acostumbrados. Sin embargo, la presencia napoleónica fue una bendición con matices. Los estados vasallos aportaban una contribución considerable al mantenimiento del poder militar del emperador. Los franceses imponían tributos, reclutaban hombres y exigían a los estados que apoyaran al ejército de ocupación. En Italia, esta política se denominó de «libertad y requisas», y los italianos, alemanes y holandeses pagaron un precio especialmente elevado por las reformas. Desde el punto de vista del pueblo, el señor feudal y el sacerdote local fueron reemplazados por el recaudador de impuestos francés y los órganos de reclutamiento para el ejército.

Esta arrogancia le costó a Napoleón de manera lenta pero irremediable el apoyo de los revolucionarios, los viejos pensadores ilustrados y los liberales de todo el continente. Al principio, el compositor alemán Ludwig van Beethoven pensó dedicar a Napoleón su tercera sinfonía, la *Heroica*. Como tantos otros idealistas europeos, Beethoven había confiado en que Bonaparte trajera la libertad a todo el continente.

Pero su valoración experimentó un giro repentino y amargo tras la construcción de la estructura imperial napoleónica y su autocoronación en 1804. Beethoven anuló la dedicatoria a Bonaparte declarando que: «Ahora también él pisoteará todos los derechos del hombre y tolerará únicamente su ambición».

Vuelta a la guerra y derrota de Napoleón, 1806-1815

El intento más osado de Napoleón para lograr la consolidación, una política que prohibía los productos británicos en el continente, se convirtió en un fracaso peligroso. Gran Bretaña se había opuesto con rotundidad a cada uno de los regímenes revolucionarios de Francia desde la muerte de Luis XVI; ahora intentó unir Europa contra Napoleón con promesas de generosos préstamos financieros y actividades comerciales. El Sistema Continental, introducido en 1806, pretendía sitiar el comercio británico y forzar su rendición. El sistema fracasó por diversas razones. Durante la guerra, Gran Bretaña mantuvo el control marítimo. El bloqueo naval británico del continente, iniciado en 1807, contraatacó con eficacia el sistema de Napoleón. Mientras el Imperio francés se esforzaba por transportar bienes y materias primas por tierra para evitar el bloqueo británico, los británicos mantuvieron un comercio próspero y activo con América del Sur. Otra razón del fracaso del sistema consistió en los aranceles internos. Europa se dividió en cuarteles económicos peleados entre sí mientras intentaban subsistir tan sólo con lo que el continente era capaz de producir y fabricar. Por último, el sistema dañó al continente más que Gran Bretaña. El estancamiento del comercio en los puertos europeos y el desempleo en los centros manufactureros socavaron la fe del pueblo en el sueño napoleónico de crear un imperio europeo viable.

El Sistema Continental supuso el primer error serio de Napoleón. Un segundo motivo de su caída se encuentra en su indómita ambición. El objetivo de Napoleón consistía en reconvertir Europa en un nuevo Imperio romano, gobernado desde París. Los símbolos del Imperio (plasmados en los cuadros, la arquitectura y el diseño de muebles y de vestidos) estaban inspirados deliberadamente en la cultura romana. Esto no era una novedad; los primeros revolucionarios, sobre todo los jacobinos, tomaron la república romana como modelo de virtud y se sirvieron de sus imágenes artísticas y de su retórica política. Pero las columnas conmemorativas y los arcos de triunfo que Napoleón había erigido para celebrar sus victorias recordaban a los ostentosos monumentos de los emperadores romanos. Convirtió a sus hermanos y hermanas en monarcas de los reinos recién creados que Napoleón controlaba desde París mientras su madre, al parecer, permanecía sentada en la corte retorciéndose las manos con inquietud y repitiéndose a sí misma «¡Ojalá dure!». En 1809, Napoleón se divorció de

la emperatriz Joséphine y se aseguró un sucesor de sangre real casándose con María Luisa, hija de Francisco I de Austria, de la poderosa y respetable casa de Habsburgo. Hasta los admiradores de Napoleón empezaron a preguntarse si su imperio no representaría simplemente un absolutismo más vasto, más eficaz y, a la larga, más peligroso incluso que el de las monarquías del siglo XVIII.

La guerra había estallado de nuevo en 1805, con rusos, prusianos, austriacos y suecos aliados con los británicos en un intento por contener a Francia. Sus esfuerzos fueron vanos. La superioridad militar de Napoleón conllevó la derrota sucesiva de los tres aliados continentales. Napoleón era un maestro de los ataques por sorpresa bien dirigidos en el momento oportuno. Capitaneaba un ejército que había transformado el arte de la guerra en Europa: creado en un principio como milicia revolucionaria, ahora consistía en un ejército de reclutas franceses leales instruido y bien abastecido por una nación cuya economía estaba al servicio de la empresa bélica, y dirigido por generales que habían ascendido en gran medida por sus dotes. Esta modalidad nueva de ejército dirigido con la habilidad letal de Napoleón sometió a sus enemigos a derrotas aplastantes. La batalla de Austerlitz, en diciembre de 1805, supuso un gran triunfo de los franceses contra las fuerzas conjuntas de Austria y Rusia, y se convirtió en un símbolo de la aparente invencibilidad del emperador. Su siguiente victoria contra los rusos en Friedland en 1807 sólo aumentó su fama.

Con el tiempo, la amarga tónica de la derrota empezó a hacer mella en los enemigos de Napoleón, quienes dejaron de pensar en librar batallas como respuesta a sus devastadoras victorias. Después de que el ejército prusiano fuera humillado en Jena en 1806 y obligado a abandonar la guerra, toda una generación de oficiales prusianos jóvenes reformó el ejército y el estado demandando una instrucción rigurosamente práctica para los mandos y un ejército verdaderamente nacional formado por ciudadanos prusianos patriotas en lugar de mercenarios bien instruidos.

El mito de la invencibilidad de Napoleón también se volvió contra él, puesto que cada vez asumió más riesgos con el ejército francés y las fortunas nacionales. Los efectivos rusos y la artillería austriaca causaron pérdidas tremendas entre los franceses en Wagram en 1809, aunque estos contratiempos se olvidaban en el fragor de la victoria. Los aliados y seguidores de Napoleón minimizaron la victoria del almirante británico Horatio Nelson en Trafalgar en 1805 como una mera contención transitoria de las ambiciones del emperador. Pero Trafalgar rompió el poder naval francés en el Mediterráneo y contribuyó a crear una grieta con España, la cual había participado en la batalla a partes iguales junto a Francia y sufrió del mismo modo con la derrota. En América, Napoleón también se vio obligado a contener las pérdidas crecientes dando por perdido Santo Domingo a pesar del desastre y vendiendo a Estados Unidos los territorios franceses a orillas del Misisipí para conseguir la financiación que necesitaba con urgencia.

Un momento crucial para la perdición de Napoleón llegó con la invasión de España en 1808. La invasión apuntaba, en última instancia, a la conquista de Portugal, que se había mantenido como firme aliado de los británicos. Napoleón derrocó al rey español, sentó a su propio hermano en el trono y a continuación impuso una serie de reformas similares a las que había introducido en otros lugares de Europa. Pero no contó con dos factores que al final condujeron al fracaso de la misión española: la presencia de las fuerzas británicas al mando de sir Arthur Wellesley (con posterioridad duque de Wellington) y la resistencia decidida del pueblo español. Éste detestaba sobre todo la intromisión napoleónica en los asuntos eclesiásticos. Las guerras peninsulares, como se llamó a las contiendas españolas, fueron largas y amargas. La pequeña fuerza británica aprendió a concentrar un volumen devastador de fuego en pleno campo de batalla durante los precisos ataques franceses, y pusieron sitio a las plazas fuertes francesas. Los españoles empezaron pronto a desgastar a los efectivos, los suministros y la moral de los franceses mediante lo que se denomina guerra de «guerrillas». Ambos bandos cometieron atrocidades terribles; la tortura y ejecución practicada por los franceses a los guerrilleros y civiles españoles quedaron inmortalizadas en los grabados y pinturas del pintor español Francisco de Goya (1746-1828). Aunque en cierto momento el propio Napoleón asumió el mando del ejército, no pudo conseguir nada más que una victoria pasajera. La campaña española constituyó el primer indicativo de que se podía vencer a Napoleón, y eso alentó la resistencia en otros lugares.

La segunda fase, y la más dramática, de la caída de Napoleón comenzó con la quiebra de su alianza con Rusia. Como país agrícola, Rusia había sufrido una crisis económica severa cuando ya no pudo comerciar con sus excedentes de grano para la fabricación británica. Como consecuencia, el zar Alejandro I empezó a hacer la vista gorda con el comercio con Gran Bretaña y a ignorar o eludir las protestas provenientes de París. En 1811 Napoleón decidió que ya no toleraría más esta burla del acuerdo contraído entre ambos. En consecuencia, reunió un ejército de seiscientos mil hombres y partió hacia Rusia en la primavera de 1812. Sólo un tercio de los soldados de aquel «Grande Armée» estaba formado por franceses: casi la misma proporción era de polacos y alemanes, y el resto consistía en soldados y aventureros del resto de estados clientes de Francia. Aquélla fue la expedición imperial más grandiosa de Napoleón, un ejército reclutado por toda Europa y enviado a castigar al zar autocrático. Acabó en desastre. Los rusos se negaron a oponer resistencia, lo que adentró cada vez más a los franceses en el corazón del país. Justo antes de que Napoleón llegara a Moscú, la antigua capital del país, el ejército ruso arrastró a las fuerzas francesas a una batalla sangrienta y aparentemente innecesaria entre las calles estrechas de una localidad llamada Borodino, donde ambos bandos sufrieron terribles pérdidas de hombres y provisiones, peores para los franceses al hallarse tan lejos de

casa. Tras la batalla, los rusos permitieron que Napoleón ocupara Moscú. Pero la noche de su llegada, los partisanos rusos incendiaron la ciudad y dejaron poco más que las paredes ennegrecidas de los palacios del Kremlin para cobijar a las tropas invasoras.

Confiado en que el zar acabaría rindiéndose, Napoleón se demoró más de un mes entre las ruinas. El 19 de octubre ordenó al fin la retirada. Aquel retraso supuso un error fatal. Mucho antes de llegar a la frontera, el terrible invierno ruso se les echó encima. Arroyos congelados, acumulaciones gigantescas de nieve y barro sin fin entorpecieron la retirada hasta casi detenerla. Para colmo de males, aparte de la congelación, las enfermedades y el hambre, cosacos a caballo galopaban entre la ventisca para hostigar al ejército exhausto. Cada mañana, el abatido resto que reanudaba la marcha dejaba tras de sí círculos de cuerpos tendidos alrededor de las fogatas de la noche anterior. El 13 de diciembre unos pocos miles de soldados destrozados cruzaron la frontera alemana, una parte minúscula de lo que otrora había constituido el soberbio Grande Armée. Casi trescientos mil soldados y millares incalculables de rusos perdieron la vida en esta aventura de Napoleón.

Tras la retirada de Rusia, las fuerzas antinapoleónicas abrigaron esperanzas renovadas. Unidas por el convencimiento de que al fin lograrían derrotar al emperador, Prusia, Rusia, Austria, Suecia y Gran Bretaña reanudaron el ataque. Los ciudadanos de muchos estados alemanes, sobre todo, entendieron la contienda como una guerra de liberación y, de hecho, la mayoría de las batallas se libró en territorio germano. El clímax de la campaña se produjo en octubre de 1813, cuando los aliados infligieron a los franceses una derrota sonada en lo que más tarde se conocería como la Batalla de las Naciones, librada junto a Leipzig. Entretanto, los ejércitos aliados lograron victorias significativas en los Países Bajos y España. A comienzos de 1814, habían cruzado el Rin en dirección a Francia. Napoleón, que sólo contaba con un ejército inexperto de jóvenes sin formación, se retiró a París, donde instó al pueblo francés a resistir aún más a pesar de los constantes reveses que les imponían los ejércitos invasores superiores en número. El 31 de marzo, el zar Alejandro I de Rusia y el rey Federico Guillermo III de Prusia hicieron su entrada triunfal en París. Obligaron a Napoleón a abdicar sin condiciones y lo mandaron exiliado a la isla de Elba, frente a las costas italianas.

Napoleón regresó a suelo francés en menos de un año. En el ínterin, los aliados habían restituido la dinastía borbónica al trono de Francia con Luis XVIII, hermano de Luis XVI. A pesar de sus dotes administrativas, Luis no pudo llenar el vacío dejado por la abdicación de Napoleón. Por eso no sorprende que, cuando el antiguo emperador organizó su fuga de Elba, sus compatriotas volvieran a apoyarlo. Para cuando Napoleón llegó a París, ya había conseguido suficientes apoyos como para provocar la huida de Luis del país. Los aliados, reunidos en Viena para ultimar los

tratados de paz con los franceses, quedaron estupefactos con la noticia del regreso de Napoleón. Organizaron precipitadamente un ejército y lo enviaron a contener la ofensiva decidida, tan típica del emperador, lanzada contra los Países Bajos. En la batalla de Waterloo, librada a lo largo de tres días sangrientos, desde el 15 hasta el 18 de junio de 1815, las fuerzas de dos de los enemigos más tenaces de Napoleón, Gran Bretaña y Prusia, pararon al emperador, quien sufrió su derrota final. Esta vez los aliados no corrieron ningún riesgo y embarcaron al prisionero hasta la isla desoladora de Santa Elena, en el Atlántico Sur. El poderoso emperador de antaño, convertido ahora en el deportado Bonaparte, llevó una existencia mísera escribiendo sus memorias, hasta que murió en 1821.

Conclusión

Los tumultuosos acontecimientos de Francia formaron parte de una tendencia general de finales del siglo XVIII a las convulsiones democráticas. La Revolución francesa fue la más violenta, prolongada y conflictiva de las acaecidas en su tiempo, pero siguieron casi la misma dinámica en todas partes. Una de las novedades más importantes de la Revolución francesa consistió en el surgimiento de un movimiento popular que incluyó la aparición de clubes políticos para representar a gente previamente excluida de la política, periódicos leídos por y para el pueblo, y dirigentes políticos que hablaban en nombre de los *sans-culottes*. En la Revolución francesa, como en otras revoluciones, el movimiento popular cuestionó a los primeros líderes revolucionarios moderados. Y, como en otras revoluciones, el movimiento popular francés fue acallado y la autoridad se restableció mediante una figura casi militar. Del mismo modo, las ideas revolucionarias de libertad, igualdad y fraternidad no fueron exclusivas de Francia; sus raíces yacen en las estructuras sociales del siglo XVIII y en la cultura de la Ilustración. Pero los ejércitos franceses las llevaron, literalmente, hasta la mismísima puerta de muchos europeos.

¿Cuál fue el mayor impacto de la Revolución y la era napoleónica? Su legado se resume en parte en tres conceptos clave: libertad, igualdad y nación. La *libertad* significó derechos y deberes individuales y, más en concreto, la liberación de una autoridad arbitraria. Como hemos visto, con *igualdad* los revolucionarios aludieron a la abolición de diferencias legales de rango entre los hombres europeos. Aunque usaron un concepto limitado de igualdad, se convirtió en una poderosa fuerza movilizadora durante el siglo XIX. Pero tal vez el legado más importante de la Revolución fue el término nuevo de *nación*. La condición de nación era un concepto político. Una «nación» estaba formada por ciudadanos, no por súbditos de un rey. Una nación se regía por la ley y consideraba a los ciudadanos iguales ante la ley. La

soberanía no recaía en las dinastías o los feudos históricos, sino en los ciudadanos de la nación. La lealtad y la simpatía hacia este nuevo tipo de nación medraron en el corazón del pueblo francés a medida que sus ejércitos de ciudadanos repelían los ataques contra las libertades recién adquiridas. Durante el período napoleónico, este organismo político nuevo de ciudadanos libremente asociados se incorporó con más fuerza a un estado centralizado, su ejército, su excelso general convertido en emperador de Francia, y una especie de ciudadanía definida por el compromiso individual con las necesidades de «la nación» durante la guerra.

El concepto revolucionario de *nación* se propagó por toda Europa en respuesta a la agresión francesa. Los franceses no dudaron en defender sus principios revolucionarios en el extranjero. Los enemigos de Francia respondieron con una conciencia creciente de sus propios intereses comunes. En los principados germanos e italianos la dominación de un emperador extranjero y sus molestos representantes contribuyó a forjar una oposición y una identidad nacional propia.

Cuando terminó el período revolucionario, los tres conceptos de libertad, igualdad y nacionalidad ya no consistían en meras ideas. Habían tomado forma en comunidades e instituciones nuevas. Habían creado alianzas nuevas entre países. Pero también polarizaron Europa y buena parte del mundo suscitando debates, reivindicaciones y conflictos que modelarían el siglo XIX.

Bibliografía seleccionada

- AA.VV., *Estudios sobre la Revolución francesa y el final del Antiguo Régimen*, Madrid, Akal, 1996.
- ARIÈS, Philippe, y Georges DUBY (dirs.), *Historia de la vida privada. 7, La Revolución francesa y el asentamiento de la sociedad burguesa*, Madrid, Taurus, 1992.
- BEST, Geoffrey, *Guerra y sociedad en la Europa revolucionaria, 1770-1870*, Madrid, Ministerio de Defensa, 1990.
- CHANDLER, David, *Las campañas de Napoleón: un emperador en el campo de batalla, de Tolón a Waterloo (1796-1815)*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2005.
- COBBAN, Alfred, *La interpretación social de la Revolución francesa*, Madrid, Narcea, 1976.
- FURET, François, *Diccionario de la Revolución francesa*, Madrid, Alianza, 1989.
- GODECHOT, Jacques, *Europa y América en la época napoleónica*, Barcelona, Labor, 1976.
- , *Los orígenes de la Revolución francesa: la toma de la Bastilla (14 de julio de 1789)*, Barcelona, Península, 1985.

- , *Las revoluciones (1770-1799)*, Barcelona, Labor, 1981.
- HOBBSAWM, Eric, *Los ecos de la Marsellesa*, Barcelona, Crítica, 2003.
- KELLY, Linda, *Las mujeres de la Revolución francesa*, Buenos Aires, Javier Vergara, 1989.
- LEFEBVRE, Georges, *1789: la Revolución francesa*, Barcelona, Laia, 1982
- , *El gran pánico de 1789: la Revolución francesa y los campesinos*, Barcelona, Paidós, 1986.
- , *La Revolución francesa y el Imperio*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993.
- O'DONNELL, Hugo, *La campaña de Trafalgar: tres naciones en pugna por el dominio del mar (1805)*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2005.
- PÉRONNET, Michel, *Vocabulario básico de la Revolución francesa*, Barcelona, Crítica, 1985.
- RUDÉ, George, *La Europa revolucionaria, 1783-1815*, Madrid, Siglo XXI, 1994.
- SOBOUL, Albert, *Compendio de la historia de la Revolución francesa*, Madrid, Tecnos, 1994.
- , *La Francia de Napoleón*, Barcelona, Crítica, 1992.
- , *Los sans-culottes: movimiento popular y gobierno revolucionario*, Madrid, Alianza, 1987.
- TOCQUEVILLE, Alexis de, *El Antiguo Régimen y la Revolución*, Madrid, Alianza, 1994.
- VAN KLEY, Dale, *Los orígenes religiosos de la Revolución francesa: de Calvino a la constitución civil (1560-1791)*, Madrid, Encuentro, 2003.
- VOVELLE, Michel, *La caída de la monarquía, 1787-1792: nueva historia de la Francia contemporánea*, Barcelona, Ariel, 1979.
- , *Introducción a la historia de la Revolución francesa*, Barcelona, Crítica, 2000.
- WOOLF, Stuart, *La Europa napoleónica*, Barcelona, Crítica, 1992.
- WRIGHT, D. G., *La Europa napoleónica*, Madrid, Alianza, 1999.

La revolución industrial y la sociedad del siglo XIX

La Revolución francesa deparó una transformación drástica y repentina del paisaje político y diplomático de Europa. La transformación de la industria llegó de forma más gradual. Sin embargo, entre las décadas de 1830 y 1840 los escritores y pensadores sociales tomaron cada vez más conciencia de los cambios inesperados y extraordinarios que estaba experimentando el mundo económico. Hablaron de una «revolución industrial» que parecía igualar a la que se estaba produciendo en el ámbito político. El término se quedó con nosotros. La revolución industrial abarcó los cien años siguientes a 1780. Representó la primera transición de una economía agrícola, artesana y mayoritariamente rural a otra caracterizada por la fabricación a gran escala, empresas con más concentración de capital y la urbanización. Implicó nuevas fuentes energéticas y de propulsión, transportes más veloces, mecanización, mayor productividad y nuevas formas de organización del trabajo humano. Desencadenó cambios sociales con consecuencias revolucionarias para Occidente y su relación con el mundo.

Tal vez el cambio más revolucionario afectó a la mismísima raíz del esfuerzo humano: nuevas formas de energía. En el espacio de dos o tres generaciones, una sociedad y una economía que recurrían al agua, el viento y la madera para cubrir la mayoría de sus necesidades energéticas, pasaron a depender de máquinas de vapor y del carbón. En 1800, el mundo produjo 10 millones de toneladas de carbón. En 1900, produjo mil millones: cien veces más. La revolución industrial conllevó el comienzo de la «era de los combustibles fósiles». Abatió las limitaciones de épocas anteriores, abrió un tiempo de crecimiento económico sin precedentes y empezó a alterar de manera irrevocable el equilibrio de la humanidad y del entorno. En unas pocas generaciones más, hacia finales del siglo XIX, el nuevo sistema energético incluiría el petróleo y la electricidad, aunque los historiadores denominan a este período la segunda revolución industrial.

Las máquinas se adueñaron de la imaginación de los contemporáneos, lo que deslumbró a unos e inquietó a otros. El novelista Charles Dickens, por ejemplo, comparó el pistón de una máquina de vapor que «subía y bajaba con monotonía» con «la cabeza de un elefante enloquecido de melancolía». La mecanización posibilitó un

incremento enorme de la productividad en algunos sectores; con ello desplazó la base de la economía y creó, en algunos casos, medios de vida completamente nuevos, al tiempo que otros quedaban obsoletos. Pero centrarse en la mecanización podría confundir. Sobre todo al principio, la mecanización se limitó a unos pocos sectores de la economía y no siempre condujo a una ruptura radical con las técnicas usadas en el pasado. Sobre todo, la tecnología no prescindió del esfuerzo humano. Los historiadores insisten en que, mucho más que facilitar el trabajo humano, la revolución industrial lo intensificó (acarreo de agua o raíles de hierro, excavación de zanjas, recolección de algodón, costura manual o azote de pieles).

Un historiador propone hablar de «revolución industriosa». La «revolución» no radicó en las propias máquinas, sino en el desarrollo velocísimo de un sistema económico basado en la movilización del capital y el trabajo a una escala mucho mayor. Sus efectos decisivos redistribuyeron la riqueza, la influencia y el poder. Creó clases sociales nuevas y produjo otras tensiones sociales.

Asimismo, estimuló cambios culturales profundos. El crítico cultural inglés Raymond Williams ha señalado que, en el siglo XVIII, el término *industria* aludía a una cualidad humana: una mujer trabajadora era «industriosa», un empleado ambicioso manifestaba «industria». Hacia mediados del siglo XIX, *industria* pasó a referirse a un sistema económico, aquel que seguía su propia lógica interna y funcionaba por sí solo, en apariencia, independiente de los humanos. Ésta es la concepción moderna del término, y sus orígenes se remontan a los albores del siglo XIX. La revolución industrial alteró tanto los fundamentos de la economía como los supuestos que la gente atribuía a la economía y la concepción del papel de los seres humanos dentro de ella. Los nuevos supuestos tal vez generaron cierto sentimiento de poder, pero también la ansiedad de la impotencia.

Como personas de comienzos del siglo XXI, una época de transformaciones económicas y tecnológicas, podríamos identificarnos con la sensación de cambios extraordinarios, de gran alcance y apenas comprendidos, que imperó en la década de 1840. Notamos que el mundo económico y social cambia, pero somos incapaces de concebir sus efectos, y las alteraciones resultan al mismo tiempo emocionantes e inquietantes. Los efectos en cascada de las nuevas tecnologías, los nuevos medios de comunicación y los nuevos imperativos económicos dificultan la diferenciación entre resultados y causas. ¿Constituyen las nuevas tecnologías la fuerza que provoca el cambio, o son ellas el producto de otras transformaciones estructurales? ¿Qué sectores de la economía y qué clase de empleos se expandirán y cuáles quedarán obsoletos? ¿Beneficiará a los trabajadores el incremento vertiginoso de la productividad? ¿Compartirán todos los grupos sociales el crecimiento económico? Estos interrogantes y otros que nos rondan en la actualidad surgieron durante la primera revolución industrial. Sólo de manera retrospectiva podemos reconstruir las

respuestas.

Los cambios espectaculares que se produjeron a finales del siglo XVIII y principios del XIX partieron de novedades acaecidas en tiempos anteriores. La exploración y el desarrollo comercial exteriores habían abierto territorios nuevos al comercio europeo. Los continentes de la India, África y América habían quedado urdidos al entramado de expansión económica europea. Las redes comerciales y financieras en crecimiento crearon mercados nuevos para productos y fuentes de materias primas, y facilitaron la movilización de capital para inversión. Todas estas evoluciones prepararon el terreno de la industrialización. Los siglos XVII y XVIII habían presenciado una «protoindustrialización» considerable, o la propagación de la manufactura en áreas rurales de determinadas regiones (véase el capítulo 15). Sobre todo en Inglaterra, como veremos, también deparó cambios en la agricultura y la tenencia de propiedades con ramificaciones de mayor alcance. El crecimiento demográfico, que comenzara en el siglo XVIII, también representó un factor clave. Por último, avances sociales y culturales más sutiles, como derechos más seguros sobre la propiedad privada o nuevas formas de movilidad social, desempeñaron un papel esencial en la revolución que dio lugar al mundo industrial moderno.

La revolución industrial en sí comenzó en el norte de Inglaterra y el oeste de Escocia a finales del siglo XVIII, y desde allí experimentó un desplazamiento lento y desigual hacia el continente europeo. Varios factores (materiales de trabajo, recursos o capital) y mejoras importantes (innovaciones tecnológicas, la emergencia de nuevas instituciones económicas, subsidios estatales o cambios legales) se combinaron de diversas formas en distintos momentos. Por esta razón, la industrialización no siguió un patrón único en todas las regiones de Europa. Ni tampoco dejó de lado viejas formas de producción. Las máquinas nuevas coexistieron con un trabajo manual intensivo y a la antigua usanza. Dentro de un mismo país se desarrollaron regiones manufactureras junto a vastas áreas aparentemente inalteradas de subsistencia agrícola. Comenzaremos con los inicios de la industrialización en Gran Bretaña, y luego nos centraremos en los cambios más diversos que se produjeron con posterioridad en otros lugares.

La revolución industrial en Gran Bretaña, 1760-1850

En el siglo XVIII Gran Bretaña contaba con una afortunada combinación de recursos naturales, económicos y culturales. Era un país insular pequeño y seguro con un imperio robusto y el control sobre rutas oceánicas cruciales. Tenía amplias provisiones de carbón, ríos y una red bien desarrollada de canales, todo lo cual se demostró relevante en las distintas etapas de la primera industrialización.

Las raíces de la industrialización se hunden en la agricultura. Hacia mediados del siglo XVIII, la agricultura en Gran Bretaña se comercializaba más que en cualquier otro lugar. La agricultura británica había sufrido una transformación por la combinación de técnicas nuevas, cultivos nuevos y cambios en las normas sobre la propiedad privada, en especial, sobre el «cercado» de campos y pastos, lo que convirtió las pequeñas propiedades, y en muchos casos tierras comunales, en grandes extensiones privadas cercadas y gestionadas de manera individual por dueños dedicados a comerciar con ellas. El parlamento británico fomentó los cercados con una serie de leyes durante la segunda mitad del siglo XVIII. La comercialización de la agricultura resultaba más productiva y brindaba más alimento para una población creciente y cada vez más urbana. La concentración de la propiedad en pocas manos expulsó del campo a los pequeños agricultores y los obligó a buscar trabajo en otros sectores de la economía. Por último, la comercialización de la agricultura aportó más beneficios y más riqueza a cierta clase de inversores hacendados, riqueza que se invertiría en la industria.

Una condición previa clave para la industrialización radicó en el crecimiento del capital disponible, en forma de riqueza privada e instituciones bancarias y de crédito bien desarrolladas. Londres se había convertido en centro por excelencia del comercio internacional, y la ciudad era el cuartel general de la transferencia de materias primas, capital y productos manufacturados por todo el mundo. Sólo Portugal canalizaba a través de Londres hasta 22.500 kilos de oro por semana. Pero la banca no se limitaba a Londres; también estaba bien instaurada en las provincias. Los comerciantes y financieros británicos habían acumulado recursos sustanciosos y bien organizados, y habían creado un sistema bancario bastante fiable. Esto aportó inmediatez a la hora de disponer de capital para suscribir proyectos económicos nuevos y facilitó la transferencia de dinero y productos, como por ejemplo la importación de seda desde Oriente o del algodón de Egipto o América del Norte.

Las condiciones sociales y culturales también fomentaron la inversión en empresas. Mucho más que en el continente, en Gran Bretaña la persecución de la riqueza se percibía como un objetivo respetable. Desde el Renacimiento, la nobleza europea había cultivado la noción de conducta «caballeresca», en parte para mantener el linaje frente a quienes ascendían desde abajo. Los aristócratas británicos, que apenas conservaban privilegios antiguos comparados con los nobles continentales, respetaron a los comunes con habilidad para hacer dinero y no dudaron en invertir por sí mismos. El empeño por cercar sus tierras reflejaba un interés especial por el comercio y la inversión. Fuera de la aristocracia, una barrera aún menor separaba a los comerciantes de la clase rural acomodada. De hecho, muchos de los empresarios de principios de la revolución industrial procedían de la pequeña nobleza o de la clase agrícola independiente (pequeños terratenientes). En el siglo XVIII Gran Bretaña no

estaba libre en absoluto de esnobismo social: los señores miraban con desdén a los banqueros, y los banqueros desdeñaban a los artesanos. Pero el desdén de un señor bien podía templarse si su propio abuelo había trabajado como contable.

El desarrollo del comercio interior e internacional aportó prosperidad a la Gran Bretaña del siglo XVIII. Los británicos eran unos consumidores voraces. La élite cortesana seguía y compraba las modas anuales, y lo mismo le sucedía a la mayoría de la sociedad hacendada y profesional del país. «La naturaleza se satisface con poco —declaraba un empresario londinense—, pero son los caprichos de la moda y el deseo de novedad quienes crean el comercio». El tamaño reducido del país y el hecho de que fuera una isla favorecieron el desarrollo de un mercado interior muy estable. A diferencia de la Europa continental, Gran Bretaña carecía de un sistema de aduanas y aranceles internacionales, de modo que las mercancías se desplazaban con libertad a los lugares donde consiguieran el mejor precio. La mejora constante del sistema de transporte incentivó esa libertad de movimientos. Y lo mismo sucedió con un clima político favorable. Algunos miembros del parlamento también tenían negocios propios; otros eran inversores, y ambos grupos aspiraban a fomentar la construcción de canales, el establecimiento de bancos y el cercado de tierras comunales a través de la legislación. A finales del siglo XVIII, el parlamento aprobó decretos para financiar la construcción de cuarenta vías de peaje al año, la creación de canales y la apertura de puertos y ríos navegables.

Los mercados extranjeros prometían más rendimiento aún que los interiores, aunque con más riesgos. La política exterior británica respondía a sus necesidades comerciales. Al final de cada gran guerra del siglo XVIII, Gran Bretaña arrebatava territorios a sus enemigos. Al mismo tiempo, este país estaba penetrando en territorios que hasta entonces habían permanecido sin explotar, como la India y América del Sur, en busca de más mercados y recursos potenciales. En 1759, más de un tercio de todas las exportaciones británicas partieron hacia las colonias; hacia 1784, si se incluyen las antiguas colonias en América del Norte, esa cifra había crecido un 50 por ciento más. La producción para la exportación aumentó un 80 por ciento entre 1750 y 1770, mientras que la producción para el consumo interior sólo creció el 7 por ciento a lo largo del mismo período. Los británicos contaban con una marina mercante capaz de transportar productos por todo el mundo, y una armada experta en el arte de proteger su flota comercial. En la década de 1780, los mercados británicos, junto con su flota mercante y su posición sólida en el centro del mercado mundial, brindaron a los empresarios unas oportunidades comerciales y lucrativas incomparables. Estos factores permitieron a Gran Bretaña experimentar los primeros grandes cambios que terminarían convertidos en una «revolución industrial».

La revolución industrial comenzó con adelantos tecnológicos espectaculares en unas pocas industrias bien situadas, la primera de las cuales fue la de los textiles de algodón. Esta industria ya se había consolidado hacía tiempo. Los aranceles que había impuesto el parlamento para impedir las importaciones de algodón del este indio y proteger así los productos de algodón británicos habían espoleado la manufactura del algodón nacional. Los fabricantes textiles británicos importaban materias primas de la India y América del Sur, y copiaban los modelos de los hilanderos y tejedores de la India. Entonces, ¿en qué consistieron los avances «revolucionarios»?

En 1733, la lanzadera volante ideada por John Kay aceleró el proceso del tejido. La tarea del hilado de hebras, en cambio, no continuó. Una serie de instrumentos mecánicos bastante simples eliminó el obstáculo de tener que hilar para tejer. El artilugio más importante lo representó la hiladora mecánica llamada «jenny», inventada por James Hargreaves, un carpintero y tejedor con telar manual, en 1764 (patentada en 1770). La *jenny*, que debía su nombre a la esposa del inventor, era una rueca compuesta capaz de producir dieciséis hebras a la vez (aunque las hebras no eran lo bastante fuertes como para usarlas con fibras longitudinales, o urdimbres, de tela de algodón). La invención de la hiladora hidráulica por el barbero Richard Arkwright en 1769 posibilitó la producción de urdimbres y tramas (fibras latitudinales) en grandes cantidades. En 1799, Samuel Compton ideó la selfactina de hilar, que combinaba las características de la *jenny* y las de la hiladora hidráulica. Todas estas novedades tecnológicas fundamentales se lograron a finales del siglo XVIII.

La hiladora hidráulica y la selfactina de hilar supusieron grandes avances frente a la rueca. La *jenny* hilaba entre seis y veinticuatro veces más hilo que una rueca. Hacia finales del siglo XVIII, una selfactina podía rendir doscientas o trescientas veces más. Y, algo igual de importante, las nuevas máquinas brindaban hebras de mejor calidad (más fuertes y más finas). Estos artilugios revolucionaron la producción en toda la industria textil. Por último, la desmotadora de algodón inventada por el estadounidense Eli Whitney en 1793 mecanizó el proceso de quitar las semillas al algodón, lo que aceleró la producción de algodón y redujo su precio. Esto permitió que el suministro de los tejidos de algodón se expandiera para situarse al nivel de la demanda creciente de los fabricantes de ropa de algodón. Esta desmotadora tuvo muchos efectos, incluida, paradójicamente, la transformación de la economía de la comunidad esclava en Estados Unidos. Las plantaciones esclavistas productoras de algodón en el sur de Estados Unidos resultaron mucho más rentables, y su labor quedó enredada ahora en la intensa actividad y los pingües beneficios del comercio

con los exportadores de algodón puro y los fabricantes que fabricaban textiles de algodón en el norte de Estados Unidos e Inglaterra.

El precio de las primeras máquinas textiles era lo bastante reducido como para que los hilanderos las usaran en su propia casa. Pero a medida que aumentaron de tamaño y de complejidad, se instalaron en talleres o fábricas próximos a lugares con agua para impulsarlas con ella. Con el tiempo, el desarrollo progresivo de los equipamientos propulsados con vapor permitió a los fabricantes construir fábricas dondequiera que pudieran usarse. Con frecuencia, esas instalaciones se levantaron en pueblos y ciudades del norte de Inglaterra, lejos de los antiguos núcleos comerciales y marinos, pero donde los políticos locales mostraron interés por la manufactura textil, y el dinero y el desarrollo que conllevaba. A partir de 1780, los textiles de algodón británicos invadieron el mercado mundial. Los números atestiguan los cambios revolucionarios que se produjeron en la industria en expansión. Entre 1760 y 1800, las exportaciones británicas de productos de algodón pasaron de tener un valor de 250.000 libras al año a 5 millones. En 1760, Gran Bretaña importó poco más de un millón de kilos de algodón puro; en 1787, casi 10 millones; en 1837, 166 millones. Hacia 1815, las exportaciones de textiles de algodón supusieron el 40 por ciento del valor de todos los productos nacionales exportados desde Gran Bretaña. Aunque el precio de los productos de algodón manufacturados experimentó una caída espectacular, el mercado se expandió con tanta rapidez que los beneficios continuaron subiendo.

Tras estas estadísticas yace una revolución textil. El algodón transformado en muselinas y calicós era lo bastante fino como para atraer a los consumidores ricos. Pero el algodón también era ligero y lavable. Por primera vez, la gente común podía tener sábanas, mantelerías, cortinas y ropa interior. (La lana resultaba demasiado áspera). Tal como comentó un escritor en 1846, la revolución textil había supuesto una «transformación resplandeciente» en el vestir. «Todas las mujeres solían llevar un vestido azul o negro que conservaban sin lavar durante años por temor a que se deshiciera en pedazos. Hoy, sus maridos pueden cubrirlos de algodón estampado de flores con el sueldo de un día».

El crecimiento explosivo de los textiles también promovió un debate sobre los beneficios y la «tiranía» de las nuevas industrias. El poeta romántico británico William Blake escribió un texto célebre en términos bíblicos sobre la plaga de las fábricas textiles en las zonas rurales inglesas.

¿Y siguió brillando el semblante divino
sobre estas colinas cubiertas de nubes?
¿Y se construyó Jerusalén en este lugar
entre estas diabólicas fábricas oscuras?

Hacia la década de 1830, la Cámara de los Comunes británica estaba atenta al trabajo y las condiciones laborales en las factorías y registró información sobre jornadas laborales que se prolongaban desde las 3 de la madrugada hasta las 10 de la noche, sobre el empleo infantil desde muy corta edad y sobre trabajadores que perdían el pelo o los dedos en las máquinas de las fábricas. Las mujeres y los niños constituían aproximadamente dos tercios de la mano de obra en el sector textil. Sin embargo, el principio de regulación de cualquier empleo (en especial el de los hombres adultos) creó controversia. Sólo de manera gradual, una serie de «decretos industriales» prohibieron contratar a niños menores de nueve años y limitaron el trabajo de las personas menores de dieciocho años a diez horas al día.

EL CARBÓN Y EL HIERRO

Entretanto, cambios decisivos estaban transformando la producción del hierro. Al igual que en la industria textil, a lo largo del siglo XVIII se produjeron numerosas novedades tecnológicas cruciales. Una serie de innovaciones (la fundición, el laminado y la pudelación de coque) permitieron a los británicos usar el carbón, que tenían en abundancia, en lugar de la madera, un bien escaso y menos eficaz, para calentar el metal fundido y fabricar hierro. El nuevo «hierro en lingotes» tenía más calidad y podía usarse para la construcción de una variedad enorme de productos: máquinas, motores, raíles ferroviarios, aperos de labranza y ferretería. Esos productos de hierro se convirtieron, literalmente, en la infraestructura de la industrialización. Gran Bretaña se encontró de golpe capacitada para exportar carbón y hierro a los mercados de expansión rápida de todas las regiones del mundo en vías de industrialización. Entre 1814 y 1852, las exportaciones de hierro británico se duplicaron y aumentaron hasta más de un millón de toneladas, más de la mitad de la producción total mundial.

El aumento de la demanda de carbón exigía la extracción de vetas más profundas. En 1711, Thomas Newcomen había desarrollado una máquina de vapor voluminosa pero muy eficaz para bombear el agua de las galerías. Aunque resultó inmensamente valiosa para la industria del carbón, tuvo una utilidad limitada en otros sectores debido a la cantidad de combustible que consumía. En 1763, James Watt, que construía instrumentos científicos en la Universidad de Glasgow, recibió el encargo de reparar un modelo de la máquina de Newcomen. Mientras enredaba con el ingenio, se le ocurrió un modo de mejorarlo: la incorporación de una cámara separada para condensar el vapor eliminaba la necesidad de enfriar el cilindro. Watt patentó la primera máquina que incorporó este dispositivo en 1769. La genialidad de Watt como inventor superaba con creces sus dotes de empresario. Él admitía que prefería

«enfrentarse a un cañón cargado que al ajuste de unas cuentas dudosas o al cierre de un trato». De ahí que contrajera deudas al intentar poner sus máquinas en el mercado. Lo rescató Matthew Boulton, un rico ferretero manufacturero de Birmingham. Ambos hombres formaron una sociedad en la que Boulton aportó el capital. Hacia 1800 la empresa había vendido 289 máquinas para usar en fábricas y minas. Watt y Boulton debieron su fortuna a la eficacia de sus inventos; el precio de las máquinas de Watt consistía en porcentaje fijo de los beneficios adicionales logrados por cada mina que operara con una de ellas.

La propulsión con vapor aún consumía mucha energía y resultaba cara, de modo que sólo poco a poco fue reemplazando la energía hidráulica tradicional. Una serie de innovaciones aparecidas en el curso del siglo XIX aportaron a las máquinas de vapor una potencia mucho mayor de la que habían tenido en la época de Watt. Sin embargo, incluso en sus variantes iniciales, la máquina de vapor transformó de manera decisiva el mundo decimonónico a través de una aplicación: la locomotora a vapor. El ferrocarril revolucionó la industria, los mercados, la financiación pública y privada, y el concepto común de espacio y tiempo.

El advenimiento del ferrocarril

Los transportes habían mejorado durante los años previos a 1830, pero el traslado de materiales pesados, sobre todo el carbón, siguió planteando un problema. Es significativo que el primer ferrocarril moderno, construido en Inglaterra en 1825, discurriera desde el yacimiento de carbón de Stockton, en Durham, hasta Darlington, cerca de la costa. Tradicionalmente, el carbón se había remolcado en distancias cortas sobre raíles, o por caminos por donde los caballos tiraban de carros repletos de carbón. La vía férrea de Stockton a Darlington fue la prolongación lógica de una vía de raíles diseñada para cubrir las necesidades de transporte que creaba la industrialización en constante expansión. El responsable del diseño de la primera locomotora a vapor fue George Stephenson, un ingeniero autodidacto que no aprendió a leer hasta los diecisiete años. Las locomotoras de la línea Stockton-Darlington viajaban a 25 kilómetros por hora, la velocidad más rápida a la que las máquinas habían transportado hasta entonces productos por tierra. Pronto trasladarían también a personas, transformando los transportes en el proceso.

La construcción de vías ferroviarias se convirtió en una empresa masiva y en una oportunidad arriesgada pero potencialmente rentable para invertir. En cuanto se inauguró el primer servicio combinado de pasajeros y mercancías en 1830 entre Liverpool y Mánchester (Inglaterra), surgieron planes y se proyectó la financiación para ampliar los sistemas de raíles por toda Europa, América y más lejos aún. En 1830 no existían más que unas cuantas docenas de kilómetros de vías en el mundo.

Hacia 1840 había más de 7.000 kilómetros; en 1850, más de 36.000. Los ingenieros, industriales e inversores británicos tuvieron agilidad para reparar en las oportunidades globales que brindaba la construcción de vías férreas en el exterior; buena parte del éxito industrial británico a finales del siglo XIX provino de la construcción de infraestructuras en otros países. El contratista inglés Thomas Brassey, por ejemplo, construyó vías férreas en Italia, Canadá, Argentina, la India y Australia.

Un verdadero ejército de obreros construyó vías férreas por todo el mundo. En Gran Bretaña recibieron el nombre de *navvies* (traducido como «peones»), un término derivado de la palabra *navigator* («navegante»), usada por primera vez con los obreros que trabajaban en la construcción de los canales del siglo XVIII en Gran Bretaña. Los peones eran un grupo de hombres rudos que vivían con unas pocas mujeres en campamentos temporales que iban migrando por la campiña. A menudo eran obreros inmigrantes y se topaban con la hostilidad de la gente de la zona. Una señal puesta por residentes locales en el exterior de una mina escocesa en 1845 exigía a los peones irlandeses que se marcharan «fuera del territorio y fuera del país» en el plazo de una semana, o bien serían expulsados «por la fuerza de nuestros brazos y a golpes con palos de pico». Más tarde durante este mismo siglo, los proyectos de construcción de vías férreas en África y América estaban surcados por campamentos de obreros inmigrantes indios y chinos, quienes se convirtieron asimismo en el blanco de las iras de los nativistas (un término que significa oposición a los forasteros).

La labor de estos peones tuvo una magnitud extraordinaria. En Gran Bretaña y buena parte del resto del mundo, las vías férreas de mediados del siglo XIX se construyeron casi en su totalidad sin recurrir a maquinaria. Un ayudante de ingeniería de la línea Londres-Birmingham calculó que el trabajo realizado era equivalente al levantamiento de 700 millones de metros cúbicos de tierra y piedra hasta una altura de 30 centímetros. Él mismo comparó esta hazaña con la construcción de la Gran Pirámide, una tarea que, según sus estimaciones, conllevó el alzamiento de unos 16.000 millones de toneladas. En cambio, la construcción de la pirámide había requerido más de doscientos mil hombres y veinte años de ejecución, mientras que la construcción de la vía de tramo Londres-Birmingham la acometieron veinte mil hombres en menos de cinco años. Si esto se traduce a términos individuales, cada peón hubo de mover un promedio de veinte toneladas de tierra al día. Las vías férreas se ejecutaron con tanto esfuerzo como tecnología, tanto con trabajo humano como con ingeniería; ellas revelan por qué algunos historiadores prefieren usar el término «revolución industrial».

Las máquinas de vapor, las máquinas textiles, las innovaciones para fabricar hierro y las vías férreas estaban interconectadas. Los cambios en un sector alentaron novedades en otros. Las bombas accionadas con máquinas de vapor posibilitaron la

extracción de vetas más hondas de carbón; las locomotoras a vapor posibilitaron el transporte del carbón. La mecanización favoreció la producción de hierro para máquinas y la extracción de carbón para accionar máquinas de vapor. La fiebre del ferrocarril multiplicó la demanda de productos de hierro: raíles, locomotoras, vagones, señales, agujas y el hierro para construir todo ello. La construcción de vías férreas fomentó los estudios de ingeniería: cómo salvar montañas, diseño de puentes y túneles. La construcción ferroviaria, que requirió la inversión de capital más allá de la capacidad de un solo individuo, forjó nuevas formas de financiación pública y privada. Los niveles de producción se expandieron y el ritmo de la actividad económica se aceleró, espoleando con ello la búsqueda de más carbón, la producción de más hierro, la movilización de más capital y el reclutamiento de más mano de obra. El vapor y la velocidad empezaron a convertirse en la base de la economía y de un estilo de vida nuevo.

La revolución industrial en el continente

La Europa continental, con recursos naturales, económicos y políticos distintos, siguió una trayectoria diferente. En el siglo XIX, Francia, Bélgica y Alemania contaban ya con núcleos manufactureros en regiones con materias primas, acceso a mercados y una larga tradición artesana y técnica. Pero, por diversas razones, hasta la década de 1830 los cambios no se produjeron en la misma línea que en Gran Bretaña. Gran Bretaña contaba con un sistema de transportes muy desarrollado, mientras que Francia y Alemania no. Francia era mucho más extensa que Inglaterra; sus ríos, más difíciles de navegar; los puertos marítimos, los núcleos urbanos y los depósitos de carbón, más alejados entre sí. Buena parte de Europa central estaba dividida en pequeños principados, cada uno de ellos con sus propias aduanas y aranceles, lo que complicó el transporte de materias primas o productos manufacturados a distancias considerables. El continente poseía menos materias primas, sobre todo carbón, que Gran Bretaña. La madera, abundante y más barata, desalentó la exploración en busca de nuevos hallazgos de carbón. También implicó que las máquinas de vapor de alto consumo alimentadas con carbón resultaran menos económicas en el continente. También existía menos capital disponible. Las primeras fases de la industrialización británica se financiaron con dinero privado; esto resultó menos viable en otros lugares. Y las diversas modalidades de tenencia de tierras crearon obstáculos para la comercialización de la agricultura. En el este, la servidumbre feudal fue un poderoso factor desincentivador de las innovaciones que ahorraban trabajo. En el oeste, especialmente en Francia, el gran número de pequeños campesinos o granjeros siguió explotando la tierra.

Las guerras de la Revolución francesa y Napoleón aceleraron cambios legales y la consolidación del poder del estado, pero trastornaron la economía. Durante el siglo XVIII, la población había crecido y la mecanización había comenzado en unas pocas industrias clave. Pero los disturbios políticos, la presión financiera de las guerras y el atronador galope de los ejércitos apenas contribuyeron al desarrollo económico. El Sistema Continental de Napoleón y la destrucción de la flota mercante francesa por parte de Gran Bretaña acarrearón consecuencias graves para el comercio. La prohibición del algodón recibido a través de Gran Bretaña estancó el desarrollo de los textiles de algodón durante décadas, aunque la demanda creciente de ropa de lana por parte del ejército mantuvo atareado al sector textil. El tratamiento del hierro aumentó para satisfacer las crecientes necesidades del ejército, pero las técnicas para fabricar hierro permanecieron sin cambios durante mucho tiempo. Probablemente la novedad revolucionaria más beneficiosa para el avance de la industria en Europa consistió en la eliminación de restricciones previas a la movilidad monetaria y laboral, como, por ejemplo, la abolición de los gremios artesanales y la reducción de barreras arancelarias en todo el continente.

Después de 1815 una serie de factores se combinaron para cambiar el ambiente económico. En las regiones con una base industrial y comercial bien asentada (el noreste de Francia, Bélgica y franjas de territorio a través de Renania, Sajonia, Silesia y el norte de Bohemia) el crecimiento demográfico siguió estimulando el desarrollo económico. Sin embargo, el incremento de la población no conllevaba por sí solo la industrialización: en Irlanda, donde no existían otros factores indispensables, más gente significó menos comida.

Los transportes mejoraron. El imperio austriaco creó unos 50.000 kilómetros de carreteras entre 1830 y 1847; Bélgica casi dobló su red de calzadas durante el mismo período; Francia no sólo construyó carreteras nuevas, sino también 3.000 kilómetros de canales. Estos avances, sumados a la construcción de vías férreas durante las décadas de 1830 y 1840, abrieron nuevos mercados y fomentaron métodos nuevos de manufactura. Sin embargo, se dio el caso de que, en muchas regiones manufactureras del continente, los empresarios pudieron continuar durante mucho tiempo explotando grandes reservas de mano de obra especializada pero barata. De ahí que los viejos métodos industriales y manufactureros coexistieran junto a las factorías más novedosas.

¿En qué otros aspectos se diferenció el modelo de industrialización del continente? Los gobiernos intervinieron de un modo bastante más directo en la industrialización. Francia y Prusia, por ejemplo, destinaron numerosos subsidios a las compañías privadas que construyeron las vías ferroviarias. Después de 1849, el estado prusiano asumió la tarea por sí mismo, igual que Bélgica y, más tarde, Rusia, una empresa que exigió la importación de materias y conocimientos, pero que con

frecuencia reportó considerables beneficios. En Prusia, el estado gestionó asimismo buena parte de las minas del país. Los gobiernos del continente ofrecieron incentivos y leyes favorables a la industrialización. Las leyes para crear sociedades de responsabilidad limitada, por mencionar el ejemplo más significativo, animaron a los inversores a tener acciones en una empresa o compañía sin contraer responsabilidades sobre las deudas de la sociedad y, a su vez, permitieron a las empresas contar con muchos inversores pequeños para reunir el capital necesario para inversiones masivas en vías férreas u otras modalidades de industria y comercio.

La movilización de capital para la industria fue uno de los retos del siglo. En Gran Bretaña, el comercio de ultramar había creado mercados financieros bien organizados; en el continente, el capital era disperso y escaso. Los nuevos bancos por acciones, a diferencia de los bancos privados, podían vender bonos a particulares y pequeñas empresas, así como ingresar sus depósitos. Ofrecían capital de partida en forma de préstamos comerciales a largo plazo y bajo interés a empresarios en ciernes. La Société Générale de Bélgica databa de la década de 1830; el Creditanstalt austriaco y el Crédit Mobilier francés, de la década de 1850. El Crédit Mobilier, por ejemplo, fundado en 1852 por los hermanos Périere, ricos y con buenos contactos, concentró suficiente capital como para financiar compañías de seguros, los autobuses de París, seis compañías de gas municipales, navieras trasatlánticas, empresas en otros países europeos y, con el patrocinio del estado, la orgía masiva de construcción de vías ferroviarias de la década de 1850. El éxito de los Périere les valió la fama de especuladores oportunistas y el Crédit Mobilier se derrumbó en escándalos, pero la revolución en la banca ya iba bien encaminada.

Por último, los europeos continentales promovieron activamente la invención y el desarrollo tecnológicos. Se mostraron dispuestos a que los estados establecieran sistemas educativos con la finalidad, entre otras, de crear una élite bien formada capaz de contribuir al desarrollo de tecnología industrial. En suma, lo que Gran Bretaña generó casi por azar, en Europa empezó a reproducirse de manera planificada.

LA INDUSTRIALIZACIÓN DESPUÉS DE 1850

Hasta 1850, Gran Bretaña se mantuvo como la potencia industrial por excelencia. Las fábricas británicas privadas eran pequeñas comparadas con las que se instalaron más tarde durante este mismo siglo, y mucho más si se confrontan con las de los tiempos modernos. Pero producían un rendimiento imponente y no tenían parangón en cuanto a capacidad de ventas en mercados interiores y exteriores. Sin embargo, entre 1850 y 1870, Francia, Alemania, Bélgica y Estados Unidos desafiaron el potencial y la

posición de los manufactureros británicos. La industria británica del hierro continuó siendo la más grande del mundo (en 1870 Gran Bretaña seguía produciendo la mitad del hierro en lingotes de todo el mundo), pero creció más despacio que la de Francia o Alemania. La mayoría de las ganancias de Europa continental llegaron como resultado de cambios continuos en ámbitos que se consideran relevantes para un crecimiento industrial sostenido: el transporte, el comercio y la política gubernamental. La difusión del ferrocarril favoreció la libre circulación de mercancías. Se crearon uniones monetarias internacionales y se eliminaron las restricciones de vías fluviales internacionales, como el Danubio. El comercio libre fue unido a la eliminación de barreras gremiales para asumir oficios y el fin de las restricciones para los negocios. El control de los gremios sobre la producción artesana quedó abolido en Austria en 1859 y en la mayor parte de Alemania a mediados de la década de 1860. Las leyes en contra de la usura, que en su mayoría ya no se cumplían, quedaron suspendidas oficialmente en Gran Bretaña, Holanda, Bélgica y muchas zonas de Alemania. El estado prusiano renunció a la regulación minera gubernamental en la década de 1850, con lo que dio libertad a los empresarios para crear los recursos que consideraran convenientes. Siguieron fundándose bancos de inversión, alentados por el incremento del dinero disponible y la relajación de los créditos tras la apertura de los campos auríferos de California en 1849.

Un experto en historia económica nos recuerda que la primera fase de la «revolución industrial» se redujo a una serie reducida de industria, y se resume con mucha facilidad: «ropa más barata y mejor (sobre todo de algodón), metales mejores y más baratos (hierro en lingotes, hierro forjado y acero) y transportes más rápidos (sobre todo en ferrocarril)». La segunda mitad del siglo llevó los cambios mucho más lejos, y a zonas donde las ventajas iniciales de Gran Bretaña ya no resultaban decisivas. Los telegramas trasatlánticos (que comenzaron en 1865) y el teléfono (inventado en 1876) establecieron la base para una revolución en las comunicaciones. Aparecieron nuevos procesos químicos, tintes y productos farmacéuticos. Lo mismo sucedió con las fuentes energéticas: la electricidad, cuya invención y desarrollo comercial encabezaron Estados Unidos y Alemania; y el petróleo, que empezó a refinarse en la década de 1850 y cuyo uso ya se había extendido en 1900. Entre los primeros explotadores de los hallazgos petroleros rusos se contaron los hermanos Nobel de Suecia y los Rothschild de Francia. Los avances que acabaron convergiendo para el advenimiento del automóvil llegaron sobre todo de Alemania y Francia. En la década de 1880, Cari Benz y Gottlieb Daimler desarrollaron el motor de combustión interna, cuya importancia radicaba en su tamaño reducido, su eficacia y la posibilidad de usarlo en gran variedad de situaciones. El neumático desmontable fue patentado en 1891 por Édouard Michelin, un pintor que se unió a su hermano ingeniero para dirigir la pequeña empresa familiar de material agrícola. Todos estos adelantos se exponen

en detalle en el capítulo 23, pero la celebridad de los pioneros ilustra que la industria y la invención se fueron diversificando a lo largo del siglo.

En el este de Europa, el siglo XIX deparó distintos patrones de desarrollo económico. Espoleados por la demanda siempre al alza de alimentos y cereales, grandes sectores de Europa del Este evolucionaron hasta convertirse en regiones agrícolas concentradas y comercializadas dedicadas específicamente a la exportación de alimentos al oeste. Muchas de estas empresas agrícolas grandes se basaban en la servidumbre, y continuaron así, a pesar de la presión creciente para la reforma, hasta 1850. Las protestas del campesinado y las demandas liberales para la reforma sólo fueron minando de manera gradual la determinación de la nobleza de conservar sus privilegios y sistema de trabajo. La servidumbre quedó abolida en la mayor parte de Europa del Este y del sur hacia 1850, y en Polonia y Rusia durante la década de 1860.

Aunque la industria seguía yendo a remolque de la agricultura, el este de Europa contaba con varias regiones manufactureras importantes. En la década de 1880, el número de hombres y mujeres empleados en la industria del algodón en la provincia austriaca de Bohemia excedía el del estado alemán de Sajonia. En la región checa continuó el florecimiento de las industrias textiles, desarrolladas durante el siglo XVIII. En la década de 1830, ya había fábricas de algodón y fundiciones de hierro checas mecanizadas. En Rusia, se desarrolló una industria de textiles bastos (en su mayoría de lino) alrededor de Moscú. A mediados de siglo, Rusia compraba el 24 por ciento del total de las exportaciones británicas de maquinaria para mecanizar sus propias fábricas. Muchas de las personas que trabajaban en la industria rusa mantuvieron la condición de siervos hasta la década de 1860, alrededor del 40 por ciento de ellas dedicado a la minería. Aunque en 1860 había más de ochocientos mil rusos ocupados en la manufactura, la mayoría de ellos estaban empleados en pequeños talleres de unas cuarenta personas.

Por tanto, hacia 1870 las principales naciones industriales de Europa las encarnaban Gran Bretaña, Francia, Alemania, Italia, Países Bajos y Suiza. Austria se mantuvo al margen. Rusia, España, Bulgaria, Grecia, Hungría, Rumania y Serbia constituían la periferia industrial (y algunas regiones de estos países parecía que no habían sido prácticamente tocadas por los adelantos de la industria). Es más, hasta en Gran Bretaña, el país con una industrialización más extendida, los trabajadores agrícolas seguían formando la categoría ocupacional individual más grande en 1860 (aunque sólo sumaban el 9 por ciento de la población total). En Bélgica, Países Bajos, Suiza, Alemania, Francia, Escandinavia e Irlanda, entre el 25 y el 50 por ciento de la población siguió trabajando la tierra. En Rusia, la cifra ascendía al 80 por ciento. Además, lo «industrial» no implicaba la automatización o la producción mecánica, la cual siguió limitada a unos pocos sectores de la economía durante mucho tiempo. A medida que las máquinas se fueron introduciendo en algunos sectores para realizar

tareas específicas, a menudo intensificaron el ritmo del trabajo manual en otros colectivos. Por tanto, incluso en las regiones industrializadas, buena parte del trabajo siguió realizándose en pequeños talleres, o en casa.

INDUSTRIA E IMPERIO

Desde una perspectiva internacional, la Europa del siglo XIX fue la región más industrializada del mundo. Los europeos, sobre todo los británicos, protegieron con celo sus ventajas internacionales. Preferían hacerlo a través de presiones financieras. Gran Bretaña, Francia y otros países del continente lograron controlar la deuda nacional de China, el Imperio otomano, Egipto, Brasil, Argentina y otras potencias no europeas. También otorgaron grandes préstamos a otros estados, que los vincularon a sus inversores europeos. Si los países deudores manifestaban descontento, como hizo Egipto en la década de 1830 al intentar crear su propia industria textil de algodón, se encontraban con presiones financieras y exhibiciones de fuerza. En cambio, la coacción no siempre era necesaria o unilateral. Los cambios sociales en otros imperios (China, Persia y el Imperio mogol de la India, por ejemplo) renovaron su vulnerabilidad y dieron oportunidades nuevas a las potencias europeas y a sus socios locales. Las ambiciosas élites locales solían establecer acuerdos con los gobiernos occidentales o grupos como la Compañía Británica de las Indias Orientales. Estos acuerdos comerciales transformaron las economías regionales de tal suerte que los mayores beneficios se mandaban a Europa tras una gratificación sustanciosa a los socios locales del continente. Cuando no se podían establecer acuerdos, prevalecía la fuerza, y Europa se adueñaba de los territorios y el comercio mediante conquista.

La industrialización consolidó las conexiones globales entre Europa y el resto del mundo a través de la creación de redes nuevas de comercio e interdependencia. En cierto modo, la economía mundial se dividió entre los productores de mercancías manufacturadas (la propia Europa) y los proveedores de las materias primas necesarias y compradores de los productos terminados (todos los demás). Los cultivos de algodón del sur de Estados Unidos, los cultivos de azúcar del Caribe y los cultivos de trigo de Ucrania aceptaron acuerdos con el Occidente industrializado y, por regla general, sacaron provecho de ellos. En cambio, cuando surgían disputas, los proveedores solían encontrarse con que Europa podía buscar la misma mercancía en otros lugares o dictar los términos comerciales desde un mostrador bancario o desde la boca de un cañón.

En 1811, Gran Bretaña importaba el 3 por ciento del trigo que consumía. Hacia 1891, esa cifra había aumentado hasta el 79 por ciento. ¿Por qué? En una sociedad cada vez más urbana se reduce la cantidad de gente que vive del campo. La

comercialización de la agricultura, que empezó pronto en Gran Bretaña, se había consolidado en otros lugares y había convertido otras zonas (Australia, Argentina y América del Norte —Canadá y Estados Unidos—) en el centro de la producción de cereales y trigo. Formas nuevas de transporte, de financiación y de comunicación facilitaron el tráfico de mercancías y capital por las redes internacionales. En otras palabras, esos simples porcentajes ponen de manifiesto la nueva interdependencia del siglo XIX; ilustran tan bien como cualquier estadística hasta qué punto la vida de los británicos de a pie (como la de sus equivalentes de otros países) se sumió en una economía cada vez más global.

Las consecuencias sociales de la industrialización

Ya hemos mencionado el crecimiento demográfico como uno de los factores del desarrollo industrial, pero esta cuestión merece un tratamiento específico. En cierta medida, el siglo XIX constituyó un momento crítico de la historia demográfica europea. En 1800, la población de Europa ascendía a un total estimado en unos 205 millones de personas. Hacia 1850, había aumentado hasta 274 millones; en 1900, 414 millones; en vísperas de la Primera Guerra Mundial ascendía a 480 millones. (En el transcurso del mismo espacio de tiempo, la población mundial pasó de unos 900 a 1.600 millones de almas.) Gran Bretaña, con su elevado nivel de vida comparativo, vio crecer su población de 16 a 27 millones. Pero el incremento también se produjo en las zonas mayoritariamente rurales. En Rusia, la población ascendió de 39 a 60 millones durante el mismo período.

POBLACIÓN

¿Cómo explican los historiadores esta explosión? Algunos consideran que la intensidad cíclica de los microbios pudo reducir la virulencia de ciertas enfermedades mortales. A partir de 1796, la técnica de vacunación contra la viruela de Edward Jenner cobró una aceptación gradual y la enfermedad resultó menos mortífera. Las mejoras sanitarias contribuyeron a frenar el cólera, aunque muy entrado ya el siglo XIX. Los gobiernos tenían más capacidad y determinación para supervisar y mejorar la vida de la gente. Alimentos menos caros de alto valor nutricional (sobre todo la patata) y la posibilidad de transportar productos alimenticios de forma más barata en tren implicaron que mucha gente de Europa estuviera mejor alimentada y, por tanto, fuera menos susceptible a enfermar por debilidad. Pero los verdaderos cambios en cuanto a mortalidad y esperanza de vida no llegaron hasta finales del siglo XIX o

comienzos del xx. En 1880, la esperanza de vida femenina en la ciudad de Berlín no superaba los 30 años, y en las zonas urbanas de los alrededores ascendía a 43. Los historiadores atribuyen ahora el crecimiento demográfico decimonónico al aumento de la fertilidad, más que a la caída de la mortalidad. La gente se casaba antes, lo que incrementó la fertilidad (el número de nacimientos por mujer) y el tamaño de las familias. El campesinado tendía a crear un hogar a edades más tempranas. La propagación de la manufactura rural permitía a las parejas del campo casarse y fundar un hogar antes incluso de heredar tierras. No sólo se redujo la edad de contraer matrimonio, sino que aumentó el número de casamientos. Y el crecimiento demográfico sigue una dinámica propia que incrementa el número de gente joven y fértil y, por tanto, eleva de manera considerable la razón de nacimientos frente a la población total.

LA VIDA EN EL CAMPO: EL CAMPESINADO

Aunque el este experimentó un desarrollo más industrial, la mayoría de la gente siguió dependiendo de la tierra. Las condiciones en el campo eran duras. El campesinado (como se denominaba en Europa a los granjeros de origen humilde) seguía realizando la mayor parte de la siembra y la recolección a mano. Millones de granjas diminutas producían, como mucho, una vida básica de subsistencia, y las familias tejían, hilaban, hacían cuchillos y vendían mantequilla para llegar a fin de mes. La dieta media diaria de una familia completa en años de «bonanza» podía ascender a no más de un kilo o kilo y medio de pan, que en total sumaban alrededor de 3.000 calorías diarias. Por diversas causas, las condiciones de vida de los habitantes rurales de muchas regiones de Europa empeoraron durante la primera mitad del siglo XIX, un hecho que cobró una importancia política considerable en la década de 1840. El aumento de la población presionó más al campo. El arrendamiento de terrenos pequeños y el endeudamiento constituían problemas crónicos en las regiones donde el campesinado vivía con lo justo de la tierra que trabajaba. Las incertidumbres del mercado agravaban el carácter imprevisible del tiempo atmosférico y las cosechas. En el transcurso del siglo, unos 37 millones de personas (en su mayoría campesinas) abandonaron Europa, lo que testimonia con elocuencia la crudeza de la vida rural. Se marcharon para instalarse en lugares con tierras abundantes y baratas: la inmensa mayoría a Estados Unidos y otras a zonas de América del Sur, el norte de África, Nueva Zelanda, Australia y Siberia. En muchos casos, los gobiernos alentaron la emigración para paliar la masificación.

La combinación más trágica de hambruna, pobreza y superpoblación durante el siglo XIX se produjo en Irlanda con la Gran Hambruna de 1845-1849. Las patatas, que

habían llegado a Europa desde el Nuevo Mundo, transformaron de manera radical la dieta de los campesinos europeos, ya que aportaban mucha más nutrición por menos dinero que el maíz y los cereales. También crecían con más densidad, lo que supuso una ventaja enorme para los agricultores que subsistían con pequeñas parcelas de tierra. En ningún lugar adquirieron tanta importancia como en Irlanda, donde el clima y el suelo dificultaban el cultivo de cereales, y tanto la superpoblación como la pobreza iban en aumento. Cuando un hongo atacó los patatales, primero en 1845 y luego, con consecuencias fatales, en 1846 y 1847, no existían alimentos alternativos. Al menos un millón de irlandeses murió de inanición, de disentería por alimentos en mal estado o de fiebre, la cual se propagó por aldeas y por las abarrotadas casas humildes. Antes de la hambruna, cientos de miles de irlandeses ya habían cruzado el Atlántico con destino a América del Norte; ellos sumaron un tercio de toda la migración voluntaria al Nuevo Mundo. Durante los diez años posteriores a 1845, un millón y medio de personas se fue de Irlanda para no volver. La plaga de la patata también aquejó a Alemania, Escocia y los Países Bajos, pero con resultados menos catastróficos. Europa había sufrido hambrunas mortales durante siglos. Pero la trágica hambruna irlandesa llegó tarde, en un momento en que mucha gente creía que el hambre empezaba a pertenecer al pasado, y puso de manifiesto lo vulnerable que seguía siendo el campo del siglo XIX a las malas cosechas y la escasez.

Los cambios agropecuarios dependieron en parte de cada gobierno particular. Los estados que simpatizaban más con la comercialización de la agricultura aprobaron leyes para facilitar la transferencia y la reorganización de la tierra, lo que favoreció la desaparición de granjas pequeñas y la creación de unidades de producción más grandes y eficientes. En Gran Bretaña, más de la mitad de la extensión total de campo, sin contar los terrenos baldíos, consistía en propiedades de 400 hectáreas o más. En España, las fortunas de la agricultura comercial a gran escala fluctuaron con los cambios de régimen político: en 1820, el régimen liberal aprobó leyes que fomentaban la transferencia libre de la tierra; con la restauración del absolutismo en 1823, aquella legislación quedó abolida. En Rusia, la tierra se trabajaba en vastos bloques; algunos de los mayores terratenientes poseían más de doscientas mil hectáreas. Hasta la emancipación de los siervos en la década de 1860, los hacendados reclamaban el trabajo de varios días por semana de la población campesina sujeta a servidumbre. Pero el sistema de servidumbre no aportaba grandes incentivos ni a terratenientes ni a siervos para mejorar las técnicas de labranza o de gestión de la tierra.

La servidumbre europea, que mantuvo a cientos de miles de hombres, mujeres y niños ligados a propiedades particulares durante generaciones, dificultaba la compra y la venta libre de tierras, y obstaculizó la comercialización y la consolidación de la agricultura. Pero también se dio el caso contrario. En Francia, los campesinos

propietarios de tierras que se habían beneficiado de la venta de terrenos y las leyes de herencia durante la Revolución francesa, se quedaron en el campo y siguieron explotando sus pequeñas granjas. Aunque el campesinado francés era pobre, podía vivir de la tierra. Esto tuvo consecuencias relevantes. Francia sufrió menos los apuros agrícolas, incluso durante la década de 1840, que otros países europeos; el éxodo del campo a la ciudad se produjo con más lentitud que en otros lugares; muchos menos campesinos abandonaron Francia para marchar a otros países.

La industrialización llegó a las zonas rurales por otras vías. La mejora de las redes de comunicación no sólo brindó a la población rural una conciencia mayor sobre los acontecimientos y oportunidades en otros lugares, sino que también permitió a los gobiernos inmiscuirse en la vida de esos hombres y mujeres a niveles imposibles en épocas previas. A la burocracia central le resultó más fácil recaudar impuestos entre los campesinos y reclutar a sus hijos para el ejército. Algunos productos de artesanía casera se enfrentaron a la competencia directa de las fábricas, lo que implicaba menos trabajo o precios más bajos por unidad y la caída de los ingresos familiares, sobre todo durante los meses de invierno. En otros sectores de la economía, la industria se expandió por el campo convirtiendo regiones enteras en productoras de zapatos, camisas, cintas, cubiertos, etcétera, en pequeñas tiendas o en las casas de los propios trabajadores. Los cambios en el mercado podían representar la llegada de la prosperidad o arrastrar regiones enteras al borde de la inanición.

La vulnerabilidad condujo con frecuencia a la violencia política. Las rebeliones rurales se dieron con frecuencia a comienzos del siglo XIX. A finales de la década de 1820, los pequeños agricultores y los jornaleros del sur de Inglaterra sumaron sus fuerzas para quemar graneros y almiarés en protesta por la introducción de trilladoras mecánicas, un símbolo del nuevo capitalismo agrícola. Enmascarados y camuflados de otros modos, salían de noche a caballo bajo el estandarte de su mítico líder el «Capitán Swing». Sus asaltos iban precedidos por amenazas anónimas, como la recibida por un granjero a gran escala en el condado de Kent: «Deshazte de la trilladora o, de lo contrario, [cuenta con que] arderá sin tardanza. Somos cinco mil hombres [una cifra bastante inflada] y nada nos detendrá». En el suroeste de Francia, los campesinos, de noche y camuflados, atacaban a las autoridades locales que les habían prohibido extraer madera de los bosques. Como la madera de bosque se demandaba para las nuevas calderas, habían acabado con los derechos tradicionales de espigado de los campesinos. Disturbios rurales similares estallaron en toda Europa entre las décadas de 1830 y 1840: insurrecciones contra propietarios, contra diezmos o tasas para la Iglesia, contra leyes que recortaban los derechos habituales, contra gobiernos irresponsables. En Rusia, los alzamientos de siervos se produjeron como reacción a las malas cosechas continuas y la explotación.

Muchos espectadores consideraban las ciudades decimonónicas como peligrosos

semilleros de sedición. Pero las condiciones en el campo y los estallidos frecuentes de protestas rurales siguieron siendo la mayor fuente de problemas para los gobiernos y la política rural saltó por los aires, como veremos, en la década de 1840. El campesinado poseía pocas tierras, estaba sumido en deudas y tenía una dependencia precaria de los mercados. Pero lo más importante es que la incapacidad de los gobiernos para contener la miseria rural les valió la consideración de autocráticos, indiferentes o ineptos, todos ellos defectos políticos.

EL PAISAJE URBANO

El crecimiento de las ciudades supuso uno de los hechos más significativos de la historia social del siglo XIX y, además, tuvo considerables repercusiones culturales. Como se ha visto, en el transcurso del siglo se dobló la población global de Europa. El porcentaje de la población residente en las ciudades se triplicó, es decir, la población urbana se multiplicó por seis. Al igual que la industrialización, la urbanización se desplazó en general desde el noroeste de Europa hacia el sureste, pero también respondió a demandas muy concretas de recursos, trabajo y transportes. En las regiones mineras y manufactureras, o a lo largo de las vías férreas recién construidas, a veces daba la impresión de que las ciudades (como Mánchester, Birmingham o Essen) surgían de la nada. La industrialización incrementó el tamaño de ciudades portuarias como Danzig (la actual Gdańsk), El Havre y Róterdam. Pero lo que más sorprendió a los contemporáneos fue la velocísima expansión de las viejas ciudades de Europa, en ocasiones con un ritmo de crecimiento de vértigo. Entre 1750 y 1850, la población de Londres (la ciudad más grande de Europa) pasó de 676.000 a 2,3 millones. La población de París pasó de 560.000 a 1,3 millones, ¡a los que sumó 120.000 residentes más tan sólo entre 1841 y 1846! Berlín, que como París se convirtió en el eje de un sistema ferroviario de expansión rápida, casi triplicó su tamaño únicamente durante la primera mitad del siglo. Esta expansión rauda se produjo casi por necesidad, sin ninguna planificación, y la combinación de un crecimiento desordenado y las tensiones de la masificación acarreó nuevos problemas sociales.

Casi todas las ciudades del siglo XIX adolecían de superpoblación e insalubridad. Las infraestructuras, medievales en su mayoría, se resintieron con la carga de más población y las demandas de la industria. La construcción se quedó muy rezagada frente al crecimiento de la población, sobre todo en los barrios obreros de la ciudad. En muchas de las grandes ciudades, las viejas y las nuevas, los obreros y obreras que se habían dejado a la familia en el campo vivían en casas de huéspedes de manera temporal. Los más pobres habitaban sótanos inmundos o habitaciones en áticos, a

menudo sin luz o alcantarillado. Un comité local creado en la ciudad manufacturera británica de Huddersfield (que no era en absoluto el peor de los núcleos urbanos del país) para estudiar las condiciones de vida, informó de que había grandes zonas sin pavimentar, sin alcantarillado o desagües «donde basura y porquería de toda índole se depositan en el suelo hasta que fermentan y se pudren; donde los charcos de aguas estancadas son casi constantes; donde las viviendas colindantes deben calificarse, pues, en términos inferiores y hasta de inmundicia; donde, por tanto, se engendra la enfermedad y se pone en peligro la salud de toda la localidad».

Gradualmente, los gobiernos adoptaron medidas para remediar lo peor de esos males, aunque sólo fuera para prevenir la propagación de epidemias catastróficas. Se planificaron leyes para acabar con los barrios más mugrientos de las ciudades destruyéndolos y para mejorar las condiciones sanitarias mediante el suministro de agua y la instalación de alcantarillado. Pero, hacia 1850, estos proyectos acababan de comenzar. París, tal vez la ciudad con mejor suministro de agua que cualquier otra en Europa, sólo disponía de una cantidad suficiente para dos baños por persona al año; en Londres, los residuos humanos permanecían sin recoger en doscientos cincuenta mil pozos negros domésticos; en Mánchester, menos de un tercio de las viviendas contaba con equipamientos sanitarios de alguna índole.

INDUSTRIA Y MEDIO AMBIENTE EN EL SIGLO XIX

La revolución industrial inició muchas de las alteraciones medioambientales del período moderno. En ningún lugar resultaron tan manifiestos esos cambios como en las florecientes ciudades. La descripción de Dickens del aire asfixiante y el agua contaminada de Coketown, la ciudad ficticia de *Tiempos difíciles*, es merecidamente conocida:

Era una ciudad de ladrillo rojo, es decir, de ladrillo que habría sido rojo si el humo y la ceniza se lo hubieran permitido [...]. Era una ciudad de máquinas y de altas chimeneas por las que salían interminables serpientes de humo que se arrastraban eternamente sin acabar nunca de desenroscarse. Había en ella un canal negro y un río que fluía púrpura del tinte maloliente, y había también grandes bloques de edificios repletos de ventanas que registraban ruidos y temblores durante todo el día [...].

Hacía mucho tiempo que la manufactura y la calefacción doméstica alimentadas con leña vomitaban humo a las ciudades, pero la nueva concentración de actividad industrial y la transición al carbón empeoraron el aire de manera sustancial. En Londres, sobre todo, donde hasta las viviendas se pasaron pronto al carbón, el humo de las fábricas, los ferrocarriles y las chimeneas domésticas flotaba denso sobre la ciudad, y el último tercio del siglo sumió la ciudad en la polución más intensa de toda su historia. En toda Inglaterra, la contaminación del aire se cobró un precio muy alto

en salud, puesto que contribuyó a los ataques de bronquitis y tuberculosis que sumaban el 25 por ciento de las muertes en toda Gran Bretaña. Las regiones ricas en carbón e industriales de América del Norte (especialmente Pittsburgh) y Europa central fueron otras concentraciones de polución; el Ruhr, sobre todo a finales del siglo, tuvo el aire más contaminado de Europa.

El agua tóxica (generada por la actividad industrial y los desechos humanos) supuso el segundo peligro medioambiental crítico para las zonas urbanas. Londres y París fueron pioneras en la construcción de alcantarillados municipales, aunque vertían al Támesis y al Sena. El cólera, el tifus y la tuberculosis eran depredadores naturales en áreas sin facilidades adecuadas de aguas residuales o sin agua dulce. El río Rin, que bañaba el corazón industrial de Centroeuropa y convergía con el Ruhr, estaba repleto de detritos procedentes de minas de carbón, de la transformación del hierro y de la industria química. Como consecuencia de diversas epidemias de cólera, a finales del siglo XIX las ciudades más grandes empezaron a purificar el suministro de agua, pero las condiciones del aire, los ríos y el suelo siguieron empeorando hasta, por lo menos, mediados del siglo XX.

EL SEXO EN LAS CIUDADES

La prostitución floreció en las ciudades decimonónicas; de hecho, ofrece un microcosmos de la economía urbana del siglo XIX. El número de prostitutas en Viena a mediados de siglo se estimó en quince mil; en París, donde la prostitución era un negocio lícito, había cincuenta mil; en Londres, ochenta mil. Los reportajes periodísticos londinenses de la década de 1850 catalogan las elaboradas jerarquías de los vastos bajos fondos de prostitutas y clientes. En ellas figuraban empresarios con nombres como Swindling Sal, quien regentaba casas de huéspedes; los chulos y «amantes» que controlaban el comercio de la prostitución en la calle, y las relativamente pocas «prima donne» o cortesanas que disfrutaban de la protección de amantes ricos de clase media-alta y pasatiempos lujosos, cuya economía les permitía moverse al margen de una alta sociedad más respetable. Las protagonistas de la novela de Alejandro Dumas *La dama de las camelias* y de la ópera de Giuseppe Verdi *La Traviata* («la perdida») se inspiraron en aquellas mujeres. Pero la inmensa mayoría de las prostitutas no eran cortesanas sino mujeres (y algunos hombres) que trabajaban durante largas y peligrosas horas en los barrios portuarios de las ciudades o en casas de citas de los distritos obreros, donde existía una concentración abrumadora de hombres. En su mayoría se trataba de mujeres jóvenes recién llegadas a la ciudad o mujeres obreras que recurrían al oficio para arreglárselas durante un período de desempleo.

Muchos observadores consideraban la prostitución uno de los peligros y las corrupciones de la vida urbana. Los barrios pobres y superpoblados de las ciudades y sus problemas anejos llamaron la atención de quienes contemplaban los cambios que se estaban produciendo. Dirigentes políticos, científicos sociales y funcionarios de salud pública de toda Europa aportaron miles de informes (muchos de ellos de varios volúmenes) sobre criminalidad, abastecimiento de agua, alcantarillado, prostitución, tuberculosis y cólera, alcoholismo, amas de cría, salarios y desempleo. Contra el telón de fondo de la Revolución francesa de 1789 y revoluciones posteriores del siglo XIX (que veremos en los próximos capítulos), las nuevas ciudades y sus habitantes pobres parecían plantear peligros que ya no se limitaban a lo político o lo social. Estudios y exámenes como éstos (o los primeros sobre ciencia social) sirvieron como inspiración directa a novelistas como Honoré de Balzac, Charles Dickens y Victor Hugo. En la novela *Los miserables* (1862), Hugo recurrió incluso a las alcantarillas de París como metáfora central de las condiciones generales de la existencia urbana. Tanto Hugo como Dickens escribieron con benevolencia sobre los pobres, la delincuencia juvenil y el trabajo infantil; la revolución nunca se les fue de la mente. El escritor francés Honoré de Balzac sentía poca simpatía por los pobres pero compartía con los dos anteriores algunas ideas acerca de la corrupción de la vida moderna. Su *Comedia humana* (1829-1855) consistió en una serie de 95 novelas e historias entre las que se cuentan *Eugenia Grandet*, *Papá Goriot*, *Las ilusiones perdidas* y *Esplendor y miseria de las cortesanas*. Balzac era mordaz en sus observaciones sobre los jóvenes desalmados y sobre los fríos cálculos que se ocultaban tras las uniones románticas. Y fue uno de los numerosos autores que usó la prostitución como metáfora de lo que consideraba el materialismo y la desesperación deplorables de su tiempo.

Las clases medias

Las novelas de Balzac aspiraban a ser un retrato general de la sociedad de clase media de comienzos y mediados del siglo XIX. Están pobladas por personajes de todas las profesiones, como periodistas, cortesanos, alcaldes de pequeñas poblaciones, dueños de minas, tenderos y estudiantes. El argumento principal de Balzac en todos los casos está claro: él consideraba que los cambios políticos de la Revolución francesa y los cambios sociales de la industrialización sólo habían sustituido a la antigua aristocracia (que Balzac añoraba) por una clase media nueva y materialista (que él despreciaba). A su entender, las viejas jerarquías expresadas a través del rango, la posición y los privilegios, habían dado paso a gradaciones basadas en la riqueza o la clase social. No sorprende que Balzac (aunque profundamente

conservador) fuera el autor preferido de Carlos Marx. Esta idea de Balzac se repite en muchos otros escritores: en Dickens, cuyos personajes de clase media suelen ser crueles, inflexibles y obtusos; en el artista Honoré Daumier, cuyas célebres caricaturas de los jueces de principios del siglo XIX son auténticos retratos de poder y arrogancia; y en el novelista británico William Makepeace Thackeray en su *Feria de las vanidades*, igualmente panorámica. Uno de los personajes de Thackeray señala de manera cáustica: «La nuestra es una sociedad de dinero inmediato. Vivimos rodeados de banqueros y peces gordos de ciudad [...] y todo hombre, mientras habla contigo, hace tintinear las guineas que lleva en el bolsillo». Las obras literarias deben abordarse con cautela, ya que los personajes expresan las opiniones del autor. Pero la literatura y el arte nos dotan de fuentes extraordinarias para conocer los detalles y percepciones de la historia social. Y podemos afirmar con seguridad que la creciente visibilidad de las clases medias así como su nuevo poder político y social (deplorado por algunos escritores pero aclamado por otros) fueron un factor crucial de la sociedad del siglo XIX. ¿Quiénes formaban las clases medias? (Otro término común para nombrar este grupo social, *burguesía*, significó en sus orígenes «habitante de ciudad» —o del *burgo*—). La clase media no constituía una unidad homogénea, ni en términos de profesión ni de ingresos. La movilidad dentro de la clase media era posible con frecuencia en el transcurso de una o dos generaciones. En cambio, muy pocos se movían de la clase obrera a la clase media. La mayoría de las historias de prosperidad dentro de la clase media comenzaban dentro de esta misma clase, con los hijos de granjeros, artesanos especializados o profesionales bastante acomodados. La movilidad hacia arriba era casi imposible sin una formación académica, y ésta era un lujo raro, aunque no inalcanzable, para los hijos de los obreros. Las carreras abiertas al talento, aquel objetivo logrado por la Revolución francesa, significaban con frecuencia abrir los puestos de trabajo a los jóvenes de clase media que conseguían superar los exámenes. El sistema de evaluación era un camino ascendente importante dentro de las burocracias gubernamentales.

El viaje de la clase media a la sociedad aristocrática terrateniente era igualmente difícil. En Gran Bretaña, este tipo de movilidad resultaba más fácil de lograr que en el continente. Los hijos de las familias adineradas pertenecientes a la clase media alta conseguían ascender si asistían a escuelas y universidades de élite, y si abandonaban el mundo comercial o industrial para hacer carrera política. William Gladstone, hijo de un comerciante de Liverpool, estudió en el coto educativo exclusivo de Eton (un internado privado) y de la Universidad de Oxford, se unió en matrimonio a la aristocrática familia Grenville y llegó a ser primer ministro de Inglaterra. Pero Gladstone fue la excepción que confirma la regla incluso en Gran Bretaña, y el ascenso social fue mucho menos espectacular.

Así y todo, la clase media europea contribuyó a su mantenimiento con el

convencimiento de que ascender socialmente era posible con inteligencia, valor y una entrega seria al trabajo. En el libro *Ayúdate* (1859) del inglés Samuel Smiles, que versa sobre cómo triunfar y que tuvo un éxito extraordinario, el autor predicaba un evangelio muy querido por la clase media. «El espíritu de la autoayuda es la raíz de todo el desarrollo real del individuo —escribió Smiles—. Manifiesto en la vida de muchos, constituye el verdadero origen del vigor y la fuerza nacional.» Como Smiles también indicó, quienes triunfaban estaban obligados a seguir las ideas de respetabilidad de la clase media. La aspiración de las clases medias al poder político y a la influencia cultural se basaba en los argumentos de que constituían una élite social nueva y meritosa, superior a la gente común aunque muy diferente de la vieja aristocracia, y de que ellas custodiaban el futuro de la nación. De ahí que la *respetabilidad* de la clase media, como un código, representara muchos valores. Significaba independencia financiera, el mantenimiento responsable de la propia familia y la elusión del juego y las deudas. Señalaba el mérito y el carácter como opuestos a los privilegios aristocráticos, y trabajar duro como lo contrario de vivir a costa de las propiedades nobles. Los caballeros *respectables* de la clase media podían ser ricos, pero debían vivir con recato y sobriedad, evitar el consumo ostentoso, las ropas de lujo y el carácter mujeriego y otros «dandismos» asociados a la aristocracia. Debemos enfatizar que se trataba de aspiraciones y códigos, no de realidades sociales, aunque siguieron siendo claves para la concepción que tenía la clase media de sí misma y para su visión del mundo.

LA VIDA PRIVADA Y LA IDENTIDAD DE LA CLASE MEDIA

La familia y la casa desempeñaron un papel central para la formación de la identidad de la clase media. Pocos temas fueron más frecuentes en la literatura de ficción del siglo XIX que hombres y mujeres en busca de movilidad y estatus a través del matrimonio. Las familias servían para propósitos enormemente prácticos: los hijos, nietos y primos varones asumirían responsabilidades en las empresas familiares cuando les llegara el turno, las esposas llevaban las cuentas y los suegros procuraban contactos comerciales, crédito, herencia, etcétera. Pero, en la concepción de la clase media, la importancia de la familia no se limitaba a esas consideraciones prácticas; la familia formaba parte de una cosmovisión más amplia. Un hogar bien gobernado ofrecía un contrapunto a los negocios y la confusión del mundo, y las familias ofrecían continuidad y tradición en un tiempo de rápido cambio.

EL GÉNERO Y EL CULTO A LA VIDA DOMÉSTICA

No existía un solo tipo de familia o casa de «clase media». Pero mucha gente tenía firmes convicciones sobre cómo debía organizarse una casa respetable y acerca de qué rituales, jerarquías y distinciones debían prevalecer en ella. Según los manuales, la poesía y los periódicos de las clases medias, se suponía que las madres y esposas ocupaban una «esfera separada» de la vida, donde vivían subordinadas a sus maridos. «El hombre para el campo y la mujer para el hogar; el hombre para la espada, y para la aguja ella [...]. Todo lo demás es confusión», escribió el poeta británico Alfred Lord Tennyson en 1847. Estos preceptos se aplicaban directamente a los jóvenes. Los chicos se educaban en escuelas secundarias; las chicas, en casa. Esta concepción decimonónica de las «esferas separadas» debe entenderse en relación con tradiciones mucho más antiguas basadas en la autoridad paterna y que se hallaban codificadas en la ley. En toda Europa, las leyes sometían a las esposas a la autoridad del marido. El Código Napoleónico, que sirvió de modelo a otros países después de 1815, clasificaba juntos a mujeres, niños y enfermos mentales como incompetentes legales. En Gran Bretaña, la mujer transfería todos sus derechos de propiedad al marido al casarse. Aunque las mujeres solteras disfrutaban de cierto grado de independencia legal en Francia y Austria, por lo general las leyes las situaban a cargo de la «protección» del padre. Las relaciones de género durante el siglo XIX descansaban sobre estos fundamentos de desigualdad legal. Pero la idea o doctrina de las «esferas separadas» pretendía subrayar que las esferas del hombre y la mujer se complementaban entre sí. De manera que, por ejemplo, los escritos de la clase media estaban repletos de referencias a la igualdad espiritual entre hombres y mujeres, y la gente de clase media escribió con orgullo sobre matrimonios donde la esposa era una «amiga» y «compañera».

Conviene recordar que los miembros de la clase media articulaban sus valores en oposición a las costumbres aristocráticas, por una parte, y a la vida de la gente común, por otra. Sostenían, por ejemplo, que los matrimonios de clase media no aspiraban a fundar dinastías aristócratas y no se disponían para acumular poder y privilegio; en su lugar, debían basarse en el respeto mutuo y la división de responsabilidades. Una mujer *respetable* de clase media debía estar libre del implacable y duro trabajo que constituía la suerte de una mujer del pueblo. La mujer de clase media, apodada en la Gran Bretaña victoriana el «ángel de la casa», era responsable de la educación moral de su descendencia. Se daba por supuesto que ser una buena madre y esposa constituía una labor exigente que requería un carácter elevado. Este convencimiento, a veces denominado el «culto a lo doméstico», era crucial en la concepción victoriana de la clase media acerca de las mujeres. La vida en casa y, por extensión, el papel de la mujer en esa vida adoptaron un significado nuevo. Tal como lo expresa una joven después de leer un libro popular sobre educación femenina: «¡Qué esfera tan importante cubre la mujer! ¡Cómo debería

estar cualificada para ello! Considero la suya una labor más honorable que la del hombre». En suma, los albores del siglo XIX trajeron una revisión general de la feminidad. Las raíces de este replanteamiento residen en la religión de principios de siglo y en los esfuerzos por moralizar la sociedad, en gran medida para protegerla de los desórdenes de la Revolución francesa y la industrial.

Como ama de casa, la mujer de clase media tenía la función de lograr que la casa funcionara como la seda y con armonía. Ella mantenía la contabilidad y dirigía las actividades del servicio. Tener al menos un sirviente era un signo de nivel de clase media, y en las familias más ricas las institutrices y niñeras cuidaban de la prole, a pesar de la visión idealizada de la maternidad. Pero las clases medias incluían muchos grados de riqueza, desde un banquero bien acomodado con institutriz y cinco sirvientes, hasta un predicador de pueblo con uno solo. Además, llevar la casa y mantenerla suponía un trabajo enorme. Había que confeccionar y remendar la ropa blanca y la de vestir. Sólo los ricos disfrutaban del lujo de tener agua corriente, mientras que otros tenían que acarrear y calentar agua para cocinar, lavar la colada y limpiar. El calentamiento mediante carbón y la iluminación con queroseno conllevaban horas de limpieza, y así con muchas más cosas. Si el «ángel de la casa» era un ideal cultural, en parte se debía a que la mujer tenía un valor económico real.

Fuera de la casa, las mujeres contaban con muy pocas opciones respetables para ganarse la vida. Las solteras podían ejercer de señoras de compañía y de institutrices; así lo hizo Jane Eyre, la protagonista de la novelista británica Charlotte Brontë, y, en general, llevó una vida miserable hasta que su difícil patrón la «rescata» a través del matrimonio. Pero las convicciones decimonónicas acerca de la naturaleza moral de las mujeres, unidas como iban a las aspiraciones de la clase media al liderazgo político, animó a muchas esposas a ejecutar obras de caridad voluntarias o a emprender campañas para lograr reformas sociales. En Gran Bretaña y Estados Unidos, las mujeres desempeñaron un papel crucial en la lucha para abolir el comercio de esclavos y la esclavitud en el Imperio británico. Muchos de estos movimientos también se sirvieron de las energías de organizaciones religiosas, sobre todo protestantes, entregadas a la erradicación de los males sociales y al progreso moral. Gran cantidad de movimientos para mejorar las condiciones de los pobres en escuelas y hospitales, de campañas antialcohol, contra la prostitución o a favor de una legislación sobre las horas de trabajo en las fábricas, a menudo estuvieron encabezados por mujeres en toda Europa. Florence Nightingale, que marchó a la península de Crimea en Rusia para prestar asistencia sanitaria a los soldados británicos que batallaron allí en la década de 1850, sigue siendo la más célebre de aquellas mujeres cuya determinación ante las verdaderas injusticias sociales las instó a desafiar las ideas convencionales sobre la esfera «adecuada» de las mujeres. La misma fama (o infamia, en su época) cosechó la novelista francesa George Sand

(1804-1876). Su nombre real eran Amandine Aurore Dupin Dudevant. Sand se vestía como un hombre y fumaba puros, y sus novelas solían contar historias de mujeres independientes frustradas por la convención y un matrimonio desdichado.

La reina Victoria, que accedió al trono británico en 1837, se esforzó por lograr que su solemne imagen pública reflejara las virtudes femeninas contemporáneas de probidad moral y de debida dedicación doméstica. Su corte fue sumamente correcta, en marcado contraste con la de su tío Jorge IV, cuyos modos arrogantes habían forjado el estilo de la alta sociedad en la generación precedente. Aunque tenía mal carácter, Victoria se afanó por apaciguarlo en deferencia a sus ministros y a su marido ultrarrespetable y de gran espíritu cívico, el príncipe Alberto de Sajonia-Coburgo. Fue una reina afortunada porque personificó los rasgos importantes para las clases medias, cuyo triunfo ella parecía tipificar y cuya forma de pensar ha acabado denominándose *victoriana*. Las ideas del siglo XIX sobre género tuvieron impacto tanto en la masculinidad como en la feminidad. Poco después del período revolucionario y napoleónico, los hombres empezaron a vestir con sobriedad y con un estilo práctico, y a considerar «afeminados» o «dantistas» los cuellos fruncidos, las pelucas y las calzas ajustadas que con anterioridad habían sido el orgullo de la masculinidad aristocrática.

«DESAPASIONAMIENTO»: GÉNERO Y SEXUALIDAD

Las ideas «victorianas» sobre sexualidad se cuentan entre las características más destacadas de la cultura del siglo XIX. Prácticamente se han convertido en sinónimo de angustia, mojigatería e ignorancia. Cuentan que el consejo que dio una madre inglesa a su hija para la noche de bodas fue «recuéstate y piensa en el Imperio». Al parecer, la etiqueta exigía que se cubrieran las patas del piano. En cambio, muchas de estas inquietudes y prohibiciones se han caricaturizado. En épocas más recientes, los historiadores han intentado separar las enseñanzas y prescripciones de los libros de etiqueta y los manuales matrimoniales de las creencias reales de hombres y mujeres y, lo que es igual de importante, han procurado entender a cada uno en sus propios términos. Las opiniones sobre sexualidad derivaban de las convicciones recién descritas acerca de las «esferas separadas». De hecho, uno de los aspectos definitorios de las ideas decimonónicas sobre hombres y mujeres radica en el grado en que se basaban en argumentos científicos relacionados con la naturaleza. Los códigos de moralidad y los métodos científicos se combinaron para reforzar la certeza de que existen características específicas inherentes a cada sexo. Hombres y mujeres desempeñaban papeles sociales distintos, y estas diferencias radicaban en el cuerpo. El pensador francés Auguste Comte brinda un buen ejemplo: «La filosofía biológica

nos enseña que, en toda la escala animal y mientras se preserve la categoría específica, existen diferencias radicales, físicas y morales, que distinguen a los sexos». Comte también expuso las implicaciones de la diferencia biológica: «La igualdad de los sexos, de la que tanto se ha hablado, es incompatible con cualquier existencia social [...]. La economía de la familia humana jamás podrá invertirse sin un cambio completo de nuestro organismo cerebral». Las mujeres no eran aptas para una formación superior porque tenían el cerebro más pequeño, o porque tenían el cuerpo frágil. «Durante quince o veinte días de veintiocho (cabría decir, casi siempre) la mujer no sólo es una inválida, sino una inválida herida. Sufre sin cesar de herida eterna de amor», escribió el conocido autor francés Jules Michelet sobre la menstruación.

Por último, los científicos y médicos creían que la superioridad moral atribuida a las mujeres iba literalmente asociada a una falta de apetito sexual, o «desapasionamiento», y consideraban natural, cuando no admirable, el deseo sexual masculino (una fuerza indomable que debía canalizarse). Muchos gobernantes legalizaron y regularizaron la prostitución (lo que incluyó la obligación de que las mujeres se sometieran a reconocimientos médicos para detectar enfermedades venéreas) precisamente porque servía para desahogar el deseo sexual masculino. Los médicos discrepaban acerca de la sexualidad femenina, pero el doctor británico William Acton se sumó a los que afirmaban que las mujeres funcionan de un modo distinto:

Me he esforzado mucho por conseguir y comparar pruebas abundantes sobre esta materia, y el resultado de mis estudios se puede resumir como sigue: cabe afirmar que a la mayoría de las mujeres (por fortuna para la sociedad) no le preocupan mucho los apetitos sexuales de ningún tipo. Lo que en el hombre es habitual, en las mujeres sólo es excepcional.

Como otros hombres y mujeres del siglo XIX, Acton también creía que las expresiones sexuales más abiertas eran vergonzosas y, además, que las mujeres de la clase obrera eran menos «femeninas».

Convicciones como éstas dicen mucho acerca de la ciencia y la medicina victorianas, pero eso no implica que determinaran la vida privada de la gente. En lo que atañe a la sexualidad, la ausencia de anticonceptivos fiables tenía más repercusión en las experiencias y los sentimientos de la gente que las opiniones de médicos y sociólogos. La abstinencia y el *coitus interruptus* constituían las únicas técnicas habituales para prevenir el embarazo. Su eficacia era limitada porque hasta la década de 1880 los médicos siguieron creyendo que la mujer era más fértil durante la menstruación y los días próximos a ella. Las comadronas y prostitutas conocían otros métodos anticonceptivos y abortivos (todos ellos peligrosos y en su mayoría ineficaces), y sin duda también los conocían algunas mujeres de la clase media, pero esa información no formaba parte de la respetabilidad propia de su clase.

Físicamente, pues, las relaciones sexuales estaban directamente relacionadas con los peligros realísimos de los embarazos frecuentes. En Inglaterra, uno de cada cien nacimientos concluía con la muerte de la madre, una expectativa muy seria en una época en que las mujeres tenían ocho o nueve embarazos a lo largo de la vida. Los riesgos variaban con la clase social, pero incluso entre las mujeres más ricas y mejor atendidas se cobraba sus víctimas. No sorprende, por tanto, que los diarios y cartas de las mujeres de clase media estén repletos de previsiones de partos, tan alegres como inquietas. La reina Victoria, que tuvo nueve hijos, declaró que los partos son el «lado oscuro» del matrimonio, ¡y fue de las primeras en usar anestesia!

LA VIDA PÚBLICA DE LAS CLASES MEDIAS

La vida pública de las familias de clase media remodeló literalmente el paisaje del siglo XIX. Las casas y el mobiliario actuaron como poderosos símbolos de seguridad material. Las sólidas construcciones y la decoración abigarrada proclamaban la riqueza monetaria y la respetabilidad social de sus moradores. En las ciudades de provincias las viviendas consistían a menudo en «villas» independientes. En Londres, París, Berlín o Viena, podían tratarse de edificios de cinco o seis plantas, o de pisos grandes. Con independencia de la forma que tuvieran, las viviendas se construían para durar. Las habitaciones eran sin duda para llenarlas de muebles, objetos de arte, alfombras y tapices. El tamaño de las estancias, la elegancia de los muebles, el número de sirvientes, todo ello dependía, por supuesto, del nivel de ingresos de cada cual. Un empleado de banca no vivía con tanta elegancia como un director de banco. Pero compartían muchos criterios y aspiraciones, y esos valores comunes contribuían a unirlos en la misma clase, a pesar de las diferencias existentes en su forma de vida material.

A medida que las ciudades crecían, ellos se segregaban cada vez más. La gente de la clase media residía lejos de las vistas y olores desagradables de la industrialización. Sus zonas residenciales, por lo común construidas en el oeste de las ciudades, apartadas de la trayectoria de la brisa predominante y, por tanto, de la contaminación industrial, eran refugios contra la aglomeración. Los edificios públicos del centro, muchos construidos durante el siglo XIX, se celebraban como signos de desarrollo y prosperidad. Las clases medias fueron controlando cada vez más los asuntos de su ciudad, aunque la aristocracia conservaba un poder considerable, sobre todo en Europa central. Y fueron esos líderes urbanos de la nueva clase media quienes estamparon muchas de sus señas arquitectónicas en las ciudades industriales: ayuntamientos, sedes de la Bolsa, museos, teatros de ópera, salas de conciertos al aire libre y grandes almacenes. Un historiador ha calificado esos edificios como las

nuevas catedrales de la era industrial; como proyectos concebidos para expresar los valores de la comunidad y representar la cultura pública, fueron monumentos al cambio social.

Los barrios periféricos también cambiaron. El advenimiento del ferrocarril popularizó la asistencia a conciertos, parques y zonas de baño. Posibilitó que las familias con ingresos modestos pasaran una o dos semanas de recreo en la montaña o en la costa. Se abrieron centros de vacaciones nuevos que ofrecían hipódromos, baños en manantiales minerales y casetas de playa. El turismo en masa no llegaría hasta el siglo XX, pero las pinturas impresionistas de las décadas de 1870 y 1880, con las que ya nos hemos familiarizado, dan fe de algo radicalmente nuevo durante el siglo XIX: todo un abanico de actividades de ocio para la clase media.

LA VIDA DE LA CLASE OBRERA

Al igual que la clase media, la clase obrera se dividía en varios subgrupos y categorías dependiendo, en este caso, de la destreza, el salario, el género y el lugar de trabajo. La vida de los trabajadores variaba en función del lugar de trabajo, el lugar de residencia y, sobre todo, el monto de sus ingresos. Un obrero textil cualificado llevaba una vida muy distinta a la de otro que cavara zanjas. El primero podía permitirse la comida, el abrigo y la ropa necesarios para disfrutar de una existencia decente, mientras que el último apenas podía vivir con lo justo.

El paso del rango no cualificado al cualificado era posible si los hijos recibían o se autoimpartían al menos una formación rudimentaria. Pero la formación de los hijos suponía un lujo para muchos padres, en especial porque los niños podían ponerse a trabajar a una edad temprana para complementar los ingresos de una familia pobre. La movilidad hacia abajo, del escalafón cualificado al no cualificado, también era posible porque los cambios tecnológicos (la introducción de telares mecánicos, por ejemplo) arrastraron a los obreros muy bien pagados al sector de los trabajadores no cualificados e indigentes.

Las viviendas de la clase obrera eran insalubres y no cumplían las normas de habitabilidad. En las ciudades viejas, las viviendas unifamiliares se dividían en apartamentos, que a menudo no tenían más que una habitación por familia. En los centros manufactureros de nueva aparición se construían, en lugares próximos a las fábricas humeantes, hileras de casas diminutas unidas unas a otras por la parte de atrás, lo que impedía la ventilación o cualquier hueco para jardines. La masificación era lo habitual. Un reportaje periodístico de la década de 1840 señalaba que la vivienda «media» de un obrero no medía más de 45 metros cuadrados, y que en la mayoría de los casos estaban «abarrotadas de seres humanos casi hasta la asfixia

tanto de día como de noche».

Las tareas domésticas, absorbentes en las clases medias, eran agotadoras para los pobres. La familia era una máquina de supervivencia, donde cada cual desempeñaba un papel decisivo. Además de trabajar para ganar un sueldo, las mujeres tenían que alojar, alimentar y vestir a la familia con el poco dinero que ganaban los diferentes miembros. Una «buena esposa» conseguía llegar a fin de mes incluso en los malos tiempos. La vida cotidiana de las mujeres obreras incluía viajes constantes para acarrear y hervir agua, limpiar, cocinar y hacer la colada en apartamentos de una o dos habitaciones abarrotadas, mal ventilados y con poca luz. Las familias no podían recurrir al jardín de casa para procurarse un suplemento alimenticio. Los mercados urbanos cubrían sus necesidades de alimentos baratos, pero a menudo estaban pasados, casi podridos o peligrosamente adulterados. Se añadía formaldehído a la leche para evitar que se estropeará. El arroz molido se mezclaba con azúcar. Se introducía tierra fina marrón en el cacao.

Las mujeres trabajadoras en el paisaje industrial

Pocas figuras infundieron mayor preocupación y protestas durante el siglo XIX que la mujer trabajadora. Los contemporáneos se esforzaron mucho por resolver la «promiscua mezcla de sexos» en los talleres masificados y húmedos. Los escritores decimonónicos, primero en Inglaterra y Francia, describieron lo que ellos consideraron los horrores económicos y morales del trabajo femenino: niños desatendidos correteando por las calles, niños pequeños accidentados en las fábricas o las minas, mujeres embarazadas acarreando carbón o mujeres trabajando junto a hombres en tiendas.

El trabajo femenino no era nuevo. La industrialización lo tornó más visible. Las mujeres y los niños conformaban casi la mitad de la mano de obra en algunas de las industrias más «modernas», como la textil. Las mujeres cobraban menos y se las consideraba menos propensas a crear conflictos; los manufactureros procuraban reclutar mano de obra femenina para las fábricas en las villas de los alrededores pagándoles buenos salarios en comparación con otras actividades abiertas a las mujeres; en algunos casos pedían a los funcionarios de la *Poor Law* («Ley de Pobres») que buscaran «familias necesitadas y adecuadas» para las fábricas. La mayoría de las mujeres empezaba a trabajar a los diez u once años; y cuando tenían hijos, los dejaban a cargo de nodrizas o los llevaban a la fábrica, o bien seguían aportando dinero a la familia trabajando a destajo (cobrando por trabajo realizado y no por jornal) desde casa. Uno de los motivos más frecuentes de protesta laboral durante este período radicó en la incorporación de mujeres trabajadoras a la ejecución de trabajos considerados «propios» de hombres.

Pero la mayoría de las mujeres no trabajaba en fábricas y la división del trabajo por sexos continuó casi sin cambios. La mayoría de las mujeres trabajaba en casa o en talleres pequeños (en inglés recibieron el nombre de *sweatshops*) a cambio de pagas especialmente bajas que no se cobraban por horas trabajadas, sino por la cantidad de camisas confeccionadas o el número de cajas de cerillas pegadas. Y, con mucha diferencia, la mayoría de las mujeres solteras de la clase obrera se dedicaba al servicio doméstico, una actividad que resultaba menos visible, estaba mal pagada y, según el testimonio de una cantidad abrumadora de mujeres, implicaba la práctica coactiva de relaciones sexuales con el señor de la casa o con sus hijos varones. No obstante, el servicio doméstico brindaba habitación y comida. En una época en que una mujer sola sencillamente no podía sobrevivir por sus propios medios, las jóvenes recién llegadas a la ciudad tenían pocas alternativas: casarse, lo que era improbable que sucediera en seguida; alquilar una habitación en una pensión, muchas de las cuales eran núcleos de prostitución; el servicio doméstico, o vivir con alguien. Los métodos que seguían las mujeres para cuadrar las necesidades monetarias con el tiempo que dedicaban a la casa variaban con el número y la edad de los hijos. En el caso de las madres, solían trabajar mientras los niños eran muy pequeños, puesto que entonces había más bocas que alimentar y los niños aún no tenían edad suficiente para trabajar.

La pobreza, la falta de intimidad y la vulnerabilidad de las mujeres de la clase obrera establecían grandes diferencias entre la sexualidad en este escalafón y la de la clase media. Los embarazos ilegítimos aumentaron de forma espectacular entre 1750 y 1850. En Fráncfort, Alemania, por ejemplo, la tasa de nacimientos ilegítimos, que a comienzos de la década de 1700 suponía un mero 2 por ciento, alcanzó un 25 por ciento en 1850. En Burdeos, Francia, un tercio de los nacimientos registrados en 1840 fueron ilegítimos. Las razones de este incremento resultan difíciles de establecer. El aumento de la movilidad y la urbanización implicó un debilitamiento de los lazos familiares, más oportunidades para la gente joven, tanto hombres como mujeres, y más vulnerabilidades. El sexo prematrimonial se admitía en los pueblos preindustriales, pero, debido al control social que imperaba en la vida del pueblo, casi siempre iba seguido del matrimonio. Pero ese control era más laxo en un pueblo industrial o una ciudad comercial, lugares mucho más anónimos. La incertidumbre económica que caracterizó los inicios de la era industrial comportó que la promesa de matrimonio de un joven obrero basada en las expectativas de un trabajo resultara con frecuencia difícil de cumplir. La inestabilidad económica condujo a muchas mujeres a mantener relaciones pasajeras que conllevaban hijos y un ciclo continuo de pobreza y abandono. Sin embargo, los historiadores han revelado que, tanto en la ciudad como en el campo, muchas de aquellas relaciones eventuales pasaban a ser duraderas: los progenitores de hijos ilegítimos se casaban con posterioridad. De nuevo, los

escritores del siglo XIX subrayaron lo que ellos veían como la sexualidad vergonzosa de las «clases peligrosas» en las ciudades. Algunos de ellos atribuyeron la ilegitimidad, la prostitución, etcétera, a la debilidad moral de la gente de la clase obrera; otros, a los cambios sistemáticos que acarrió la industrialización. Ambas posturas exageraron el desmoronamiento de la familia y la destrucción de la moralidad tradicional. Las familias de la clase trabajadora transmitían sus expectativas acerca del papel de cada género y el comportamiento sexual: de las niñas se esperaba que trabajaran, las hijas eran responsables de cuidar de sus hermanos menores así como de ganar dinero, el sexo formaba parte de la vida, las comadronas prestaban ayuda a las niñas embarazadas desesperadas, el matrimonio era el camino hacia la respetabilidad, etcétera. El abismo que separaba estas expectativas y códigos de los de las mujeres de clase media constituyó uno de los factores más importantes para el desarrollo de la conciencia de clase del siglo XIX.

UNA VIDA POR SEPARADO: LA CONCIENCIA DE «CLASE»

Las nuevas demandas de la vida industrial también crearon experiencias y dificultades comunes. El sistema industrial, que acentuaba lo unificado en lugar de los patrones del trabajo individual, negaba a los trabajadores cualificados el placer de enorgullecerse por el trabajo realizado. Muchos obreros se vieron despojados de la protección de los gremios y de los aprendizajes convencionales que habían vinculado a sus predecesores a un comercio o un lugar determinados, y que quedaron ilegalizados o muy limitados por la legislación en Francia, Alemania y Gran Bretaña durante la primera mitad del siglo XIX. Las horas en la fábrica eran muchas; antes de 1850 la jornada de trabajo solía durar entre doce y catorce horas. Las fábricas textiles carecían de ventilación, de modo que partículas diminutas de material se depositaban en los pulmones de los trabajadores. Las máquinas funcionaban sin protección y suponían un peligro especial para los obreros infantiles, a menudo contratados por su supuesta agilidad para limpiar la parte baja y el interior de las piezas móviles. Estudios realizados por médicos británicos en la década de 1840 catalogaron los efectos de las muchas horas de trabajo y las duras condiciones laborales, sobre todo en trabajadores jóvenes, como desviaciones en la columna y otras malformaciones óseas debidas a la adopción de posturas contra natura durante horas y horas a pie de máquina. Y las circunstancias que se daban en las fábricas se repetían asimismo en las minas, donde Gran Bretaña empleó a más de cincuenta mil niños y personas jóvenes en 1841. Los niños servían para acarrear carbón por vías o pozos profundos. Los más pequeños se encargaban de controlar las puertas de ventilación de las minas (a menudo durante doce horas seguidas). Cuando se quedaban dormidos en el

transcurso de turnos largos, ponían en peligro la seguridad de toda la mano de obra.

Las fábricas también impusieron rutinas y disciplinas nuevas. Los artesanos de tiempos anteriores trabajaban muchas horas a cambio de poco dinero. Pero al menos, en cierto modo, podían decidir la duración de su jornada y organizar a su antojo su actividad: salir del taller de casa a su pequeño jardín y volver al trabajo cuando les pareciera oportuno. En una fábrica, todas las «manos» aprendían la disciplina del silbato. Para funcionar con eficacia, la fábrica exigía que todos los empleados empezaran y terminaran a la misma hora. La mayoría de los trabajadores no podían medir el tiempo; pocos tenían reloj. Ninguno estaba acostumbrado al ritmo implacable de la máquina. Para aumentar la producción, el sistema industrial fomentó la división del proceso de manufactura en pasos especializados con una asignación de tiempo específica, una novedad que trastornó a los trabajadores habituados a empezar y acabar una tarea a su propio ritmo. Los obreros empezaron a ver la máquina en sí como la tirana que les había cambiado la vida y los había atado a una especie de esclavitud industrial. Una canción obrera radical británica de la década de 1840 expresaba esta sensación: «Hoy hay un rey y un rey implacable; / no es rey de poetas soñable; / es vil tirano de esclavos blancos, / vapor llaman al rey implacable».

Pero el rasgo definitorio de la vida de la clase obrera era la vulnerabilidad (ante el desempleo, la enfermedad, la accidentalidad en trabajos de riesgo, los problemas familiares y las subidas en el precio de los alimentos). El desempleo estacional, elevado en casi todos los sectores, no permitía tener ingresos regulares. Los mercados de productos manufacturados eran pequeños e inestables, y generaban depresiones económicas cíclicas; cuando se producían, miles de trabajadores se veían despedidos sin un seguro de desempleo para mantenerse. Las primeras décadas de la industrialización también estuvieron marcadas por desplomes severos de la agricultura y crisis económicas. Durante los años de crisis de la década de 1840, la mitad de la población obrera de las ciudades industriales británicas se quedó en paro. En París, ochenta y cinco mil personas precisaron ayuda estatal en 1840. Las familias sobrevivían realizando diversos trabajos pequeños, empeñando sus pertenencias y comprando al fiado en la tienda de vinos y de comestibles del barrio. La inseguridad crónica de la vida de la clase trabajadora fomentó la creación de sociedades obreras de ayuda, asociaciones fraternales y organizaciones socialistas tempranas. Asimismo, implicaba que las crisis económicas podrían tener consecuencias explosivas (véase el capítulo 20).

Hacia mediados de siglo, diversas experiencias contribuyeron a que la gente obrera tomara conciencia de sí misma en oposición a las clases medias. Los cambios de trabajo (la incorporación de máquinas y trabajo industrial, agilizaciones, subcontratas para conseguir mano de obra más barata, o la pérdida de protecciones gremiales) formaban parte del cuadro. La segregación social en las ciudades en rápida

expansión del siglo XIX también acrecentó la sensación de que la gente trabajadora vivía una vida aparte. Las diferencias de clase parecían estampadas en gran diversidad de experiencias y convicciones cotidianas: el trabajo, la vida «privada», las expectativas para los hijos, la función de hombres y mujeres, y la definición de respetabilidad. La industrialización no se limitó a crear una sociedad de clases, sino que a lo largo del siglo XIX todas esas experiencias distintas atribuyeron un significado concreto, específico, al término *clase*.

Conclusión

Entre 1800 y 1900, la población de Europa se multiplicó por dos. A lo largo del mismo período, el producto nacional bruto de Europa creció más del doble. Pero hasta las sorprendentes estadísticas sobre el crecimiento sólo alcanzan a insinuar de forma incipiente la honda transformación que experimentaron la economía, la política y la cultura europeas. La revolución industrial representó uno de los instantes decisivos de la historia del mundo. No se produjo de la noche a la mañana, pero tampoco llegó de manera gradual. En 1900 la agricultura aún constituía el mayor sector aislado de empleo. Numerosos pueblos y granjas de vastas extensiones de Europa parecían absolutamente inalterados por la industria. Los terratenientes ejercían aún una influencia política y social enorme, aunque tuvieron que repartirse el poder con las nuevas élites. Pero los cambios fueron en cierta medida extraordinarios; llegaron a todo el orbe y a la vida privada de la gente común. Las estructuras familiares cambiaron. La industria alteró el paisaje de Europa y, lo que es más fundamental aún, la relación de la humanidad con el entorno. Como veremos en capítulos posteriores, las transformaciones revolucionarias en comunicación, transporte y economía conllevaron, entre sus muchos efectos, la expansión de los estados nacionales y la burocracia. El despegue económico de Europa también trastornó de manera decisiva el equilibrio global de poder inclinando la balanza hacia un Occidente cada vez más industrializado. El desarrollo económico se convirtió en un valor nuevo, la tecnología, en una medida del progreso. El «Occidente» se fue identificando cada vez más con (o incluso definiendo como) las naciones con una economía industrial avanzada.

La industrialización generó formas nuevas de riqueza al mismo tiempo que formas nuevas de pobreza. También favoreció una conciencia profunda de la disparidad entre grupos sociales. En el siglo XVIII esas diferencias se habrían expresado en términos de abolengo, rango o privilegio. En el siglo XIX se midieron cada vez más en términos de clase. Los defensores y detractores del nuevo orden hablaron por igual de «sociedad de clases», y las nuevas identificaciones de clase

constituyeron otro de los rasgos clave del período. Las encarnaban los barrios crecientes y masificados de la clase trabajadora en las ciudades nuevas, las experiencias laborales cotidianas, la nueva concepción de «respetabilidad» y las viviendas de las clases medias. Estas identificaciones nuevas se forjaron en los acontecimientos políticos que se estudian a continuación.

Bibliografía seleccionada

- BERG, Maxine, *La era de las manufacturas, 1700-1820: una nueva historia de la revolución industrial británica*, Barcelona, Crítica, 1987.
- (ed.), *Mercados y manufacturas en Europa*, Barcelona, Crítica, 1995.
- BLANNING, T. C. W. (ed.), *Historia de Europa Oxford. El siglo XIX: Europa 1789-1914*, Barcelona, Crítica, 2002.
- BRIGGS, Asa (dir.), *El siglo XIX: las contradicciones del progreso*, Madrid, Alianza, 1989.
- CAMERON, Rondo, *Francia y el desarrollo económico de Europa, 1800-1914*, Madrid, Tecnos, 1971.
- CIPOLLA, Carlo M. (ed.), *Historia económica de Europa. 3, La revolución industrial*, Barcelona, Ariel, 1983.
- DAVIDOFF, Leonore, y Catherine HALL, *Fortunas familiares: hombres y mujeres de la clase media inglesa, 1780-1850*, Madrid, Cátedra, 1994.
- DEANE, Phyllis, *La primera revolución industrial*, Barcelona, Península, 1998.
- DUBY, Georges, y Michelle PERROT (dirs.), *Historia de las mujeres en Occidente. El siglo XIX*, Madrid, Taurus, 1994.
- FERGUSON, Niall, *Dinero y poder en el mundo moderno*, Madrid, Taurus, 2001.
- FURET, François (et al.), *El hombre romántico*, Madrid, Alianza, 1997.
- GALLAGHER, Thomas, *Hambre en Irlanda: la elegía de Paddy*, San Lorenzo de El Escorial, Langre, 2007.
- GAY, Peter, *La experiencia burguesa: de Victoria a Freud*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992.
- , *Schnitzlery su tiempo: retrato cultural de la Viena del siglo XIX*, Barcelona, Paidós, 2002.
- HOBBSAWM, Eric, *En torno a los orígenes de la revolución industrial*, Madrid, Siglo XXI, 1988.
- , *La era de la revolución, 1789-1848*, Barcelona, Crítica, 2003.
- , *La era del capital, 1848-1875*, Barcelona, Crítica, 2003.
- y George RUDÉ, *Revolución industrial y revuelta agraria: el capitán Swing*, Madrid, Siglo XXI, 1985.

- KEMP, Tom, *La revolución industrial en la Europa del siglo XIX*, Madrid, MR Ediciones, 1987.
- LANDES, David, *Progreso tecnológico y revolución industrial*, Madrid, Tecnos, 1979.
- MCNEILL, John, *Algo nuevo bajo el sol: historia medioambiental del mundo en el siglo XX*, Madrid, Alianza, 2003.
- MOKYR, Joel, *La palanca de la riqueza: creatividad tecnológica y progreso económico*, Madrid, Alianza, 1993.
- PIERENKEMPER, Toni, *La industrialización en el siglo XIX; revoluciones a debate*, Madrid, Siglo XXI, 2001.
- RULE, John, *Clase obrera e industrialización: historia social de la revolución industrial británica, 1750-1850*, Barcelona, Crítica, 1990.
- THOMPSON, E. P., *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Barcelona, Crítica, 2003.

CAPÍTULO 20

De la Restauración a la Revolución, 1815-1848

Cuando Napoleón abandonó el campo de batalla en Waterloo el 18 de junio de 1815, regresó a su palacio del Elíseo y, por último, se retiró a su exilio solitario en la isla de Santa Elena en el Atlántico Sur, sus victoriosos oponentes confiaban en que la era de la Revolución había terminado. El ministro austriaco de asuntos exteriores, Klemens von Metternich, tal vez el diplomático conservador más influyente de principios del siglo XIX, tildó la Revolución de «mal», «plaga» y «cáncer», y junto a sus aliados emprendió la vacunación de Europa contra insurrecciones futuras. En opinión de Metternich y otros tantos, la Revolución generaba guerra. La paz, por tanto, dependía de la prevención de desórdenes políticos y del control férreo de los asuntos internos de todos los países de Europa.

Sin embargo, en el espacio de tiempo que vivió Metternich oleadas revolucionarias volvieron a recorrer toda Europa, en las décadas de 1820 y de 1830, y de nuevo en 1848. Los esfuerzos conservadores para restaurar el viejo orden sólo consiguieron éxitos parciales. ¿Por qué? Para comenzar, los logros del siglo XVIII se revelaron difíciles de revocar. Prosiguió la expansión de un público lector informado, un avance que se remontaba al Siglo de las Luces. El término *ciudadano* (y los derechos políticos que implicaba) fue controvertido durante el tumultuoso período que siguió a la Revolución francesa, pero también difícil de desterrar del vocabulario occidental. Cada vez más gente opinaba sobre política y participaba en ella. Las nuevas ideologías políticas, los nuevos grupos y lealtades políticos convirtieron el mundo del siglo XIX en uno muy distinto al que los conservadores aspiraban a recuperar. En segundo lugar, la industrialización y los cambios de gran alcance estudiados en el capítulo anterior minaron los cimientos del orden conservador. Las planchas de vapor transformaron la imprenta; el ferrocarril alteró la velocidad a la que viajaban los periódicos. Las ciudades se convirtieron en núcleos de actividad política. Sobre todo, los cambios sociales dieron lugar a antagonismos y conflictos nuevos.

Esto no quiere decir que los revolucionarios triunfaran. Muchas revoluciones fracasaron o fueron reprimidas. Y aunque no se restaurara el viejo orden, el conservadurismo, renovado y adaptado, volvió a conseguir una buena posición. Este

período ofrece un estudio fascinante de cambios repentinos, grandes esperanzas, logros parciales, consecuencias involuntarias y adaptación política para revolucionarios y conservadores por igual.

En la cultura, como en la política, la imaginación y cierto sentido de la oportunidad se contaban entre las características definitorias de la primera mitad del siglo. El Romanticismo rompió con lo que muchos artistas consideraban el frío Clasicismo y la formalidad del arte del siglo XVIII. La Ilustración había defendido la razón; los románticos valoraron la subjetividad, el sentimiento y la espontaneidad. Su rebelión contra las convenciones del siglo XVIII tuvo ramificaciones mucho más allá del ámbito de la literatura y la pintura. Los románticos no siguieron un credo político único: algunos fueron revolucionarios fervientes, y otros, tradicionalistas fervientes que miraron al pasado, a la religión o a la historia en busca de inspiración. Pero su sensibilidad infundió políticas y cultura. Y, mirando hacia delante, su búsqueda colectiva de otros medios de expresión orientó el arte del siglo XIX hacia una nueva dirección.

Regreso al futuro: restauración del orden, 1815-1830

En 1814, las potencias europeas victoriosas se reunieron en el Congreso de Viena. El establecimiento de la paz apuntó muy alto, ya que aspiró a satisfacer las ambiciones territoriales de las grandes potencias y garantizar la tranquilidad internacional. El congreso se convirtió en un acontecimiento prolongado y dio lugar a dos tratados de paz: uno en 1814 y otro en 1815, tras la sorprendente fuga de Napoleón del exilio y su derrota final en Waterloo. Por tanto, los conservadores tuvieron meses para celebrar la derrota del advenedizo emperador revolucionario durante los cuales oficiaron costosos banquetes de elaborada etiqueta aristocrática, en los que los dignatarios y miembros relevantes de la realeza y la nobleza europeas maniobraron para conseguir una posición en la mesa.

EL CONGRESO DE VIENA Y LA RESTAURACIÓN

El reparto principal del congreso lo constituyeron las mayores potencias, con el zar Alejandro I (1801-1825) y el diplomático austriaco Klemens von Metternich (1773-1859) como figuras destacadas. Sorprendió la influencia del príncipe francés Charles Maurice de Talleyrand (1754-1838) en las decisiones, considerando que representaba a la nación derrotada. Después de la caída de Napoleón, Rusia había emergido como el estado continental más poderoso. El zar Alejandro de Rusia, criado en la corte de

Catalina la Grande, había adoptado tanto las doctrinas ilustradas de su tutor francés como nociones de autoridad absolutista por parte de su autocrático padre, el zar Pablo. En 1801 sucedió a su padre asesinado, y durante las guerras napoleónicas se presentó a sí mismo como el «libertador» de Europa. Muchos temieron que reemplazara la Francia todopoderosa con una Rusia todopoderosa. Talleyrand, el representante francés durante el congreso, había sido obispo y revolucionario, había sobrevivido al Terror exiliándose a Estados Unidos y había regresado para servir a Napoleón como ministro de asuntos exteriores antes de volverse contra el emperador y convertirse en ministro de asuntos exteriores del restaurado Luis XVIII. El hecho de que estuviera presente en Viena evidenció su destreza diplomática, u oportunismo.

Klemens von Metternich, arquitecto de la paz, era hijo de un diplomático austriaco en el inestable mosaico de los pequeños estados alemanes. Durante su época de estudiante en la Universidad de Estrasburgo, el joven Metternich presenció la violencia popular relacionada con la Revolución francesa y a ello atribuyó el odio que profesó durante toda la vida al cambio político. Había intentado deshacer la alianza de 1807 entre Napoleón y el zar Alejandro de acuerdo con los intereses de Austria, y había intervenido en la consecución del matrimonio de Napoleón con la archiduquesa austriaca María Luisa. Metternich dijo en cierta ocasión que admiraba a las arañas, «siempre afanadas en la confección de su casa con la mayor pulcritud del mundo». Durante el Congreso de Viena, procuró en todo momento organizar las cuestiones internacionales con esa misma pulcritud de acuerdo con sus propios propósitos diplomáticos. Sus intereses fundamentales, casi obsesiones, consistían en contener la expansión de Rusia e impedir el cambio político y social. Temía que el zar Alejandro provocara una revolución para instaurar la supremacía de Rusia en Europa. Por esta razón, favoreció que se tratara con moderación a la derrotada Francia. De hecho, en cierto momento estuvo dispuesto a reponer a Napoleón como emperador de los franceses, aunque bajo la protección y la supervisión de la monarquía habsburguesa. Metternich fue un ultraconservador que recurrió gustoso a duras tácticas represivas entre las que se contaban la policía secreta y el espionaje. Pero la paz que trazó tuvo una relevancia inmensa y contribuyó a evitar una gran guerra europea hasta 1914.

El congreso aspiró a restablecer el orden y la autoridad «legítima». Reconoció a Luis XVIII como soberano legítimo de Francia y confirmó la restauración de los Borbones en España y las Dos Sicilias. El resto de monarcas europeos no tenía ningún interés en socavar la restauración francesa: Luis XVIII era un baluarte contra la revolución. Pero en 1815, después de los Cien Días de Napoleón, cuando el pueblo francés le dio la bienvenida a su regreso del exilio, los aliados se volvieron más estrictos; obligaron a Francia a pagar una indemnización de 700 millones de francos y a aceptar un ejército aliado de ocupación durante cinco años. Sus fronteras se limitarían aproximadamente a las que tenía en 1789, más reducidas que las de la

«gran Francia» de los años revolucionarios, pero las sanciones fronterizas no fueron tan severas como pudieron haber sido.

La paz erigió fuertes barreras contra cualquier nueva expansión francesa. En este caso, el principio director fue el del equilibrio de poder, según el cual ningún país debía contar con la capacidad suficiente para desestabilizar las relaciones internacionales. La República Holandesa, conquistada por Francia en 1795, se restauró como el Reino de los Países Bajos. Ahora su territorio se expandió hasta Bélgica, antiguos Países Bajos Austriacos. Esta adquisición sustancial de poder disuadiría cualquier expansión futura de Francia. Por la misma razón, los aliados cedieron la margen izquierda del Rin a Prusia. Austria amplió su imperio al norte de Italia, con lo que recobró los territorios perdidos con Napoleón.

La paz de 1815 tuvo unas consecuencias especialmente relevantes para Alemania y Polonia. Napoleón había reestructurado los estados alemanes en la Confederación del Rin. En Viena, las grandes potencias redujeron el número de los estados y principados alemanes de más de 300 a 39 y los unieron a Prusia en una dispersa Confederación Germánica bajo la presidencia honoraria de Austria. Esta confederación se convertiría más tarde en la base de la unificación alemana, pero no era ésa la intención de quienes confeccionaron la paz. Para contener una eventual agresión rusa, las otras naciones europeas apoyaron la Confederación Germánica y el mantenimiento de los reinos independientes de Baviera, Württemberg y Sajonia. Polonia, que en la década de 1790 se habían repartido Rusia, Austria y Prusia hasta acabar con su existencia, se convirtió en la manzana de la discordia y en objeto de las aspiraciones territoriales de las grandes potencias. Al final, las partes llegaron a un acuerdo. Crearon un reino de Polonia en teoría independiente, pero otorgaron el control del mismo al zar Alejandro. Partes de Polonia también pasaron a Prusia y Austria. Prusia se quedó con una parte de Sajonia. Como el resto de potencias vencedoras, Gran Bretaña reclamó una compensación por los largos años de conflicto armado y recibió territorios que habían permanecido bajo dominio francés en el sur de África y América del Sur, así como la isla de Ceilán. Las victorias militares británicas durante las guerras napoleónicas contribuyeron a afianzar el crecimiento de su imperio comercial (véase el capítulo 19).

El Congreso de Viena también reclamó un «pacto europeo» para garantizar la paz y crear una estabilidad permanente. Gran Bretaña, Austria, Prusia y Rusia formaron la Cuádruple Alianza (rebautizada como Quintuple Alianza cuando se admitió a Francia en 1818). Sus miembros se comprometían a reunirse con regularidad y a cooperar para la supresión de cualquier disturbio, ya se tratara de tentativas para derrocar a los gobiernos legítimos o para cambiar las fronteras internacionales. El zar Alejandro I convenció a los aliados para que se unieran a él en la declaración de una «Santa Alianza» dedicada a instaurar la justicia, la caridad cristiana y la paz. Pero

esta segunda alianza sólo causó recelos entre los dirigentes europeos acerca de las intenciones de Alejandro. Muchos de los estadistas aristócratas reunidos en Viena estaban imbuidos de los valores de la Ilustración y desconfiaban de las cruzadas. Tal vez muchos compartieran la convicción del ministro británico de asuntos exteriores de que la Santa Alianza era «una empresa de un misticismo y un disparate sublimes». En todo caso, intentaron forjar un concepto distinto de autoridad, centrado en la «legitimidad». La «legitimidad» y la consolidación del poder de un dirigente no provenían del derecho divino sino de los tratados, el respaldo y una serie de garantías internacionales.

El rey Leopoldo de Bélgica, elevado al trono por los aliados, señaló que la guerra amenazaba ya con traducirse en «un conflicto de principios», un conflicto provocado por ideas revolucionarias y que situaba a los «pueblos» en contra del emperador. «Por lo que sé de Europa —continuó—, un conflicto tal cambiaría su forma y derribaría toda su estructura.» Metternich y muchos de los diplomáticos que lo apoyaron en Viena consagraron el resto de la vida a asegurarse de que ese conflicto no se produjera jamás.

REBELIÓN CONTRA LA RESTAURACIÓN

La Restauración se topó con adversarios desde un principio. Buena parte de la primera resistencia fue encubierta, concentrada en organizaciones secretas enviadas a la clandestinidad por las tácticas represivas. En la mismísima puerta de Metternich, por ejemplo, los carbonarios (un grupo italiano que tomó su nombre del carbón que usaba para pintarse la cara de negro) juraron oponerse al gobierno de Viena y a sus aliados conservadores, cuyo poder se extendía hasta la península italiana. La influencia de los carbonarios se propagó por el sur de Europa y Francia durante la década de 1820. Los miembros de la organización se identificaban entre sí mediante rituales ocultos y se reunían en secreto. Sus ideas políticas eran confusas. Algunos carbonarios reclamaban constituciones, representación política y otras reformas liberales. Otros cantaban elogios entusiastas a Bonaparte. De hecho, el ex emperador se volvió más popular en el exilio (donde se convirtió en una alternativa mitificada a la restauración borbónica) de lo que había sido durante su mandato arrasado por la guerra. Los veteranos del ejército napoleónico contribuyeron a crear lo que acabaría llamándose la leyenda napoleónica, y los oficiales del ejército tenían un papel destacado entre las filas de los carbonarios.

En España, y en Nápoles y Piamonte, en la península italiana, la oposición a la Restauración se convirtió en insurrección. En ambos casos, los monarcas restaurados que se habían comprometido a respetar las reformas constitucionales faltaron a su

palabra e intentaron aplastar las elecciones y reinstaurar los privilegios. Alarmado por la precariedad del poder austriaco en la península italiana pero decidido a conseguir apoyo internacional, Metternich emplazó a representantes austriacos, prusianos y rusos a una reunión. Promulgaron el Memorando de Troppau (1820), en el que declaraban que se brindarían ayuda mutua para reprimir la revolución. Francia y Gran Bretaña se negaron a firmar. Aunque coincidían con el resto en que cualquier revolución suponía una amenaza para la estabilidad internacional, no querían atarse con tratados. Metternich consideró que tenía permiso diplomático para acallar los levantamientos en Italia, y envió a los rebeldes a prisión o al exilio. Los franceses intervinieron en la revolución española. Enviaron doscientas mil tropas a la península Ibérica en 1823. Esta fuerza aplastó a los revolucionarios españoles y restauró la asediada autoridad del rey Fernando. Éste torturó y ejecutó públicamente a cientos de rebeldes.

REVOLUCIÓN EN AMÉRICA LATINA

Sin embargo, la Restauración no llegaría al imperio de Fernando en América Latina. La conquista previa de España por parte de Napoleón (1807) había sacudido los cimientos del gobierno colonial. Las élites de las colonias españolas llevaban mucho tiempo molestas por el control colonial, los impuestos ofensivos, las políticas comerciales restrictivas y los privilegios de los *peninsulares* (personas nacidas en España). Cuando el rey fue sometido a arresto domiciliario custodiado por tropas francesas, vieron la ocasión propicia para el autogobierno (lo que tornó improbable que aceptaran la restauración de la autoridad de Fernando tras la expulsión de los franceses de España). A partir de 1810, los movimientos independentistas cobraron impulso; empezaron en Río de la Plata (en la actual Argentina), que declaró su independencia en 1816. El general de las fuerzas del Río de la Plata, José de San Martín (1778-1850), encabezó una marcha extraordinaria a través de los Andes para enfrentarse a las fuerzas reales y liberar Chile y Perú. La otra figura militar y política clave de las revoluciones sudamericanas, Simón Bolívar (1783-1830), dirigió una serie de alzamientos desde Venezuela hasta Bolivia para acabar uniéndose a las fuerzas de San Martín. Ambos hombres tenían visiones muy distintas sobre el gobierno posrevolucionario. San Martín era monárquico. Bolívar, en cambio, era un republicano que pretendía movilizar a los negros libres, los esclavos y los indios para luchar contra el gobierno español con la idea de crear una gran república panamericana en el continente junto con las líneas estadounidenses o la Francia napoleónica. Ninguno de los dos cumplió sus ambiciones. La rebelión política desató el conflicto y, en muchos casos, violentas guerras civiles. Por una parte se hallaban

las élites que sólo aspiraban a librarse de España y, por otra, grupos más radicales que querían reformas del suelo, el fin de la esclavitud o el desmantelamiento de las jerarquías sociales y raciales. Al final, los movimientos radicales fueron reprimidos y las naciones recién independizadas se vieron sometidas a una alianza de terratenientes conservadores y mandos militares.

Metternich y sus aliados conservadores habrían preferido evitar las revoluciones latinoamericanas. Pero se toparon con dos fuerzas en contra: la reciente y ambiciosa nación de Estados Unidos y Gran Bretaña. En 1823, el presidente estadounidense James Monroe promulgó la Doctrina Monroe, en la que advertía a las grandes potencias de Europa que consideraría como acto hostil cualquier intento por intervenir en los asuntos del Nuevo Mundo. Sin embargo, la nueva doctrina de EE UU se habría convertido en letra muerta sin el apoyo británico. Gran Bretaña se mostró dispuesta a reconocer la independencia de las repúblicas sudamericanas para conseguir nuevos socios comerciales y usó la armada para impedir la intervención de España. A mediados de la década de 1820, pues, el inmenso Imperio español de antaño en el Nuevo Mundo se había desvanecido. La base colonial portuguesa en América Latina también finalizó cuando Brasil se declaró independiente en 1822. Estas revoluciones que depararon cambios radicales en todo el continente probablemente marcaron el fin de una era que había comenzado en 1492. Asimismo, pusieron de manifiesto la relevancia global de la Revolución francesa de 1789, cuya repercusión se extendió mucho más allá del seno de los estados europeos y remodeló estados en una porción considerable del planeta.

RUSIA: LOS DECEMBRISTAS

La revolución también irrumpió en Rusia, centro de la alianza conservadora. En 1825 falleció el zar Alejandro, y la incertidumbre sobre su heredero detonó una rebelión entre un grupo de oficiales del ejército. Muchos de los decembristas, como se los denominó, procedían de familias nobles y pertenecían a regimientos de élite. Muchos de ellos habían servido en los ejércitos zaristas que forzaron la vuelta a Francia de Napoleón, y fueron destinados a los cuerpos de élite durante los años dedicados a negociar la paz. Jóvenes e idealistas, se habían tomado en serio la proclama del zar Alejandro de que Rusia era la «libertadora» de Europa. Pero, para asumir semejante «grandeza moral», Rusia necesitaba reformas. El sistema feudal contradecía la promesa de liberación, y lo mismo sucedía con el monopolio autocrático del zar sobre el poder político. No sólo estaba esclavizado el campesinado ruso, afirmaban, sino que también los nobles eran «esclavos del zar».

Los decembristas no siguieron un programa político único. Entre ellos había

desde monárquicos constitucionalistas hasta republicanos jacobinos. Los rebeldes confiaban en convencer a Constantino, hermano de Alejandro de tendencia liberal, para que asumiera el trono y garantizara una constitución. El intento fracasó. Constantino no quiso usurpar el poder al heredero legítimo, un tercer hermano: Nicolás. Los oficiales, por su parte, no lograron granjearse el apoyo de los soldados rasos del campesinado, y sin ese respaldo estaban condenados al fracaso. Esto no significa que la represión resultara sencilla. El nuevo zar, Nicolás I (1825-1855), interrogó sin piedad a cientos de soldados amotinados y condenó a muchos a trabajos forzados y a la deportación. Los cinco cabecillas, sentenciados a muerte, resultaron más fastidiosos. Como miembros jóvenes de la élite, representaban la flor y nata y candidatos atractivos para el martirio. El zar ordenó que los colgaran cabeza abajo dentro de las murallas de la fortaleza de Pedro y Pablo de San Petersburgo y que fueran sepultados en tumbas secretas, para que ni su funeral ni el lugar de los enterramientos pudieran generar disturbios.

Nicolás siguió gobernando al estilo de su predecesor. Entre sus actuaciones autocráticas figuró la creación de la Tercera Sección, una fuerza policial política para prevenir más desórdenes internos. Al igual que la policía secreta de tantas otras potencias conservadoras, estaba desbordada y contaba con escasos efectivos, pero su mera existencia contribuyó a una cultura del miedo y la sospecha. Nicolás se convirtió en el conservador más inflexible tal vez de toda Europa. Aun así, Rusia mostró signos de cambio. La burocracia se tornó más centralizada y eficaz, y menos dependiente de la nobleza para obtener apoyo político y para su funcionamiento cotidiano. El gobierno codificó leyes de forma sistemática en 1832. El aumento de la demanda de grano ruso animó a los grandes terratenientes a reorganizar su patrimonio para obtener producciones más eficaces, y al estado a construir vías ferroviarias para el transporte del grano a los mercados occidentales. Otros detractores del régimen, como Alexánder Herzen, admirador de los decembristas, continuarían con el legado político pendiente de los decembristas.

EUROPA SURORIENTAL: GRECIA Y SERBIA

Las potencias europeas conservadoras se mostraron más abiertas a la rebelión cuando iba dirigida contra imperios rivales. Éste fue el caso de Grecia y Serbia, ambas provincias balcánicas del desparramado y otrora poderoso Imperio otomano, donde los movimientos locales empezaron a reclamar autonomía y a pedir a los europeos que respaldaran su lucha. El primer alzamiento griego de 1821 lo encabezó Alejandro Ypsilantis, antiguo oficial del ejército ruso que había mantenido estrechas relaciones con el zar Alejandro. Éste se negó a intervenir. Sin embargo, el segundo

levantamiento no sólo logró el apoyo del gobierno británico sino también cientos de voluntarios de toda Europa.

De todas las revueltas de comienzos del siglo XIX, ninguna captó más atención y simpatía que la guerra de independencia de Grecia (1821-1827). ¿Por qué fue significativo este conflicto? La respuesta guarda escasa relación con la situación en los Balcanes; más bien reside en conceptos de identidad europea. Los cristianos de Europa vieron la rebelión como una prolongación de la batalla entre la cristiandad y el islam. Desde un punto de vista secular, la lucha griega podía interpretarse tanto como una cruzada por la libertad como una pugna por preservar la antigua herencia clásica del territorio. Los europeos hablaban cada vez más de Grecia como la cuna de Occidente. «Todos somos griegos —escribió Percy Shelley, el poeta romántico—. Nuestras leyes, nuestra literatura, nuestra religión, nuestras artes tienen sus raíces en Grecia. De no ser por Grecia [...] todavía seríamos salvajes e idólatras.» George Gordon, conocido como Lord Byron (1788-1824), otro poeta romántico, combatió en Grecia. El pintor romántico francés Eugène Delacroix conmemoró la lucha griega en su *Matanza de Quíos* (1824). Comités «filohelénicos» (amantes de la Grecia clásica) de ciudades de toda Europa recaudaron fondos y enviaron voluntarios; los hombres y las mujeres de París portaban cintas azules y blancas para mostrar que apoyaban la causa griega. La exaltación de lo griego fue unida a la demonización de los turcos y la recuperación del tema del «despotismo turco», que tuvo un papel relevante durante la Ilustración. Un oficial británico comentó: «Casi toda la Turquía europea exhibe un cuadro espantoso de anarquía, rebelión y barbarismo». Los europeos de distintas opiniones políticas procuraron identificarse con una herencia griega que contraponían a imágenes de tiranía «oriental» o «islámica». Los europeos, en resumen, vieron el conflicto a través de su propia lente.

En territorio griego, ambos bandos actuaron con brutalidad. En varias ocasiones, las fuerzas griegas asediaron localidades turcas y mataron a sus habitantes. En marzo de 1822, los griegos invadieron y proclamaron la independencia de la isla de Quíos, entonces poblada por turcos y griegos leales a los otomanos. Cuando las tropas otomanas acudieron para recuperar la isla, los invasores griegos mataron a los turcos que tenían prisioneros y huyeron. En venganza, los turcos masacraron a miles de griegos y esclavizaron a cuarenta mil más. *La matanza de Quíos* de Delacroix describía tan sólo, como es natural, la brutalidad turca.

Al final, la independencia griega dependió de la política de las grandes potencias. En 1827, tropas británicas, francesas y, ahora sí, rusas intervinieron contra los turcos. (El sucesor del zar Alejandro, Nicolás, aprobó la intervención). Dos Protocolos de Londres, de 1829 y 1830, promulgaron la independencia de Grecia del Imperio otomano, aunque un año después los aliados pusieron al hijo del rey de Baviera en el trono griego.

La pugna entre las potencias europeas y los otomanos contribuyó asimismo a crear el estado independiente de Serbia en 1828. Gracias al estímulo y la ayuda de Rusia, Serbia se volvió semiindependiente: un principado cristiano ortodoxo (con considerables minorías étnicas) de gobierno otomano. Serbia presionó para lograr más territorio reclamando regiones pertenecientes a otra potencia de la zona, el Imperio austriaco, un conflicto que se intensificaría a finales del siglo XIX.

En suma, cuando los líderes de los movimientos independentistas podían beneficiarse de los conflictos entre grandes potencias, o cuando esos movimientos coincidían con la pugna que mantenía Europa contra el Imperio otomano, como en el caso de Grecia y Serbia, las probabilidades de éxito fueron mayores. Sin embargo, esas dos naciones recién creadas eran pequeñas y frágiles. En el nuevo estado griego sólo residían en realidad ochocientos mil griegos. La existencia de Serbia disfrutó de la protección de las grandes potencias hasta 1856. Es más, ninguno de esos dos estados interrumpió su estrecha relación con los otomanos. Los comerciantes, banqueros y administradores griegos y serbios siguieron cómodamente instalados en el Imperio otomano. La región, pues, continuó siendo una de las zonas fronterizas del oeste, un punto de encuentro multiétnico y multirreligioso entre Europa y el Imperio otomano, una región en la que sus gentes alternaban la coexistencia tolerante con el amargo conflicto.

Toma de partido: nuevas ideologías políticas

Estos alzamientos evidenciaron que las cuestiones planteadas por la Revolución francesa seguían muy vigentes. En la política de comienzos del siglo XIX no existían partidos como los de hoy en día. Pero durante esta época fueron tomando forma grupos y doctrinas, o ideologías, contrapuestos. Cabría definir la ideología como un sistema coherente de pensamiento relacionado con el orden social y político, que compite de manera deliberada con otras concepciones sobre cómo es o debería ser el mundo. Las principales ideologías políticas de los tiempos modernos (conservadurismo, liberalismo, socialismo y nacionalismo) empezaron a articularse en este período. Sus raíces se remontan a épocas previas, pero las pugnas políticas del momento las pusieron de manifiesto. La misma incidencia tuvieron la revolución industrial y los cambios sociales asociados a ella, los cuales se revelaron como acicates extraordinarios para el pensamiento político y social. ¿Qué generaría el avance de la industria, progreso o miseria? ¿Cuáles eran los «derechos del hombre», y quiénes disfrutarían de ellos? ¿Iría unida la igualdad necesariamente a la libertad? Este período de una fertilidad excepcional gestó varias respuestas distintas. Un breve examen del horizonte político revelará cómo fueron tomando forma las diversas

alternativas, y evidenciará los cambios de postura que se produjeron desde el siglo XVIII.

LOS PRINCIPIOS DEL CONSERVADURISMO

En el Congreso de Viena y, en general, durante la Restauración, el concepto más importante fue el de «legitimidad». La legitimidad tenía gran atractivo como política general antirrevolucionaria. Podría entenderse mejor como palabra clave para un orden político nuevo. Los conservadores aspiraban a legitimar (y, por tanto, consolidar) tanto la autoridad monárquica como un orden social jerárquico. Los conservadores más clarividentes del período no creyeron que el viejo orden sobreviviría completamente intacto, ni que se pudiera retroceder en el tiempo, sobre todo después de que los eventos de la década de 1820 dejaran claro que la Restauración sería desafiada. Pero sí creían que la monarquía garantizaba la estabilidad política, que en la nobleza se hallaban los líderes legítimos de la nación y que ambas debían desempeñar un papel activo y eficaz en la vida pública. Insistían en que, por estrategia, la nobleza y la corona compartían un interés común, a pesar de sus discrepancias pretéritas. Los conservadores consideraban que el cambio debía ser lento, progresivo y dirigido con la finalidad de reforzar las estructuras de autoridad. La conservación del pasado y el fomento de la tradición asegurarían un futuro ordenado.

Los textos de Edmund Burke se convirtieron en un punto de referencia para los conservadores del siglo XIX. Sus *Reflexiones sobre la revolución en Francia* influyeron más en este nuevo contexto que en la década de 1790, cuando se publicaron por primera vez. Burke no se oponía a todos los cambios; él había sostenido, por ejemplo, que los británicos debían permitir la marcha de Estados Unidos. Pero rechazaba hablar de derechos naturales, los cuales tachaba de abstracciones arriesgadas. Consideraba erróneo el entusiasmo por las constituciones, y peligroso el énfasis ilustrado en lo que él denominaba el «poder triunfador de la razón». Burke abogaba más bien por defender la experiencia, la tradición y la historia. Otros conservadores, como los escritores franceses Joseph de Maistre (1753-1821) y Louis-Gabriel-Ambroise Bonald (1754-1840), escribieron defensas cuidadosamente elaboradas de la monarquía absoluta y la base fundamental de sus cimientos, la Iglesia católica. De Maistre, por ejemplo, culpaba de la Revolución francesa a la crítica que hizo la Ilustración de la Iglesia católica, y atacó el individualismo ilustrado por ignorar los lazos y las instituciones colectivas (como la Iglesia o la familia) que, a su entender, mantenían unida la sociedad. Según los conservadores, la monarquía, la aristocracia y la Iglesia representaban los pilares del

orden social y político. Esas instituciones debían mantenerse unidas ante los retos del nuevo siglo.

El conservadurismo no era una provincia exclusiva de intelectuales. Un resurgimiento de la religión de fundamentos más amplios a comienzos del siglo XIX también expresó una reacción popular contra la revolución y la acentuación del orden, la disciplina y la tradición. Es más, los pensadores conservadores también influyeron en círculos muy alejados del suyo más inmediato. Su énfasis en la historia, en la manera confusa e impredecible en que transcurría la historia, y su conciencia del pasado ocuparon un lugar cada vez más central en el pensamiento social y las visiones artísticas de la primera mitad del siglo.

LIBERALISMO

La clave del liberalismo consistía en un compromiso con las libertades, o derechos, individuales. Los liberales consideraban que la función más importante del gobierno consiste en proteger las libertades, lo cual beneficiaría a todos, puesto que promovería la justicia, el conocimiento, el progreso y la prosperidad. El liberalismo tuvo tres componentes. En primer lugar, reclamaba igualdad ante la ley, lo que implicaba el fin de los privilegios tradicionales y la restricción del poder del rango y la autoridad hereditaria. En segundo lugar, sostenía que el gobierno debía basarse en derechos políticos y en el consentimiento de los gobernados. En tercer lugar, en el ámbito económico, el liberalismo significaba la creencia en los beneficios de una actividad económica sin trabas, o el individualismo económico.

Las raíces del liberalismo legal y político se remontan a finales del siglo XVII, en la obra de John Locke, quien había defendido la rebelión del parlamento inglés contra el absolutismo y los derechos «inalienables» del pueblo británico (véase el capítulo 15). El liberalismo lo habían desarrollado los escritores ilustrados del siglo XVIII y, sobre todo, los textos fundacionales de las revoluciones americana y francesa (la Declaración de Independencia y la Declaración de los Derechos del Hombre). Liberación de la autoridad, el encarcelamiento o la censura arbitrarios; libertad de prensa, el derecho de reunión y deliberación: estos principios representaron los puntos de partida del liberalismo decimonónico. Los liberales creían en los derechos individuales, que esos derechos eran inalienables y que debían garantizarse en constituciones escritas. (Los conservadores, como hemos visto más arriba, consideraban las constituciones abstractas y peligrosas). La mayoría de los liberales apelaban a lo constitucional en oposición a la monarquía hereditaria; todos coincidían en que era legítimo derrocar a cualquier monarca que practicara abuso de poder.

Los liberales abogaban por la representación directa en el gobierno, al menos para

quienes tenían las propiedades y prestigio público para confiarles las responsabilidades del poder. El liberalismo no reclamaba democracia en modo alguno. Al contrario; una de las cuestiones más debatidas fue la de quién debía tener derecho a voto. Los liberales del siglo XIX, con recuerdos frescos de la Revolución francesa de 1789, se debatían entre su creencia en los derechos y sus temores a desórdenes políticos. Consideraban la propiedad y la educación como requisitos previos fundamentales para participar en política. Los liberales adinerados se oponían a ampliar el voto a la gente común. De hecho, la reclamación del sufragio universal masculino se consideraba radical, y más aún hablar de conceder el derecho al voto a las mujeres o las personas negras. En lo que atañe a la esclavitud, el liberalismo del siglo XIX heredó las contradicciones de la Ilustración. La creencia en la libertad individual chocaba con los intereses económicos privados, el propósito de preservar el orden y la propiedad, y la aparición creciente de teorías «científicas» sobre la desigualdad intrínseca de las razas (véase el capítulo 19).

El liberalismo económico era más reciente. Su texto fundacional fue *La riqueza de las naciones* (1776) de Adam Smith, en el que se atacaba el mercantilismo (la práctica gubernamental de regular la fabricación y el mercado para mejorar los ingresos) en nombre de los mercados libres. El argumento de Smith de que la economía debía basarse en un «sistema de libertad natural» cobró fuerza con una segunda generación de economistas y ganó popularidad a través de periódicos como *The Economist*, fundado en 1838. Los economistas (o economistas políticos, como se los llamó) aspiraron a identificar leyes económicas básicas: la ley de la oferta y la demanda, el equilibrio comercial, la ley de rendimientos decrecientes, etcétera. Sostenían que la política económica debía comenzar por reconocer esas leyes. El británico David Ricardo (1772-1823), por ejemplo, propuso leyes de salario y de renta en un intento por determinar los resultados a largo plazo de fluctuaciones en cada uno de esos campos. Los economistas políticos creían que la actividad económica no debía estar regulada. La mano de obra debía contratarse libremente, sin trabas de gremios o uniones. La propiedad no debía soportar restricciones feudales. Las mercancías debían circular con libertad, lo que, en concreto, significaba el fin de los monopolios de concesión gubernamental y de las tradicionales prácticas estatales de regulación del mercado, en especial con productos valiosos como el grano, la harina o el maíz. En la época de la hambruna irlandesa, por ejemplo, estos textos contribuyeron a endurecer la oposición a la intervención o ayuda gubernamental (véase el capítulo 19). Las funciones del estado debían reducirse al mínimo. El papel del gobierno consistía en preservar el orden y proteger la propiedad, pero no en interferir en el juego natural de las fuerzas económicas, una doctrina que se conoce como *laissez faire*, que podría traducirse como «dejar que las cosas marchen a su antojo». Esta oposición estricta a la intervención gubernamental establece una

diferencia significativa entre el liberalismo del siglo XIX y el liberalismo actual.

Libertad y liberación significaban cosas distintas en cada país. En los territorios ocupados por otras potencias, los partidos liberales reclamaban la liberación del dominio extranjero. Las colonias de América Latina demandaban *liberarse* de España, y luchas similares acometieron Grecia y Serbia contra el Imperio otomano, el norte de Italia contra los austriacos, Polonia contra el dominio ruso, etcétera. En Europa central y sureste, *libertad* significaba la eliminación de los privilegios feudales y la aceptación de que al menos la élite formada accediera al poder político, más derechos para los parlamentos locales y la creación de instituciones políticas nacionales representativas. Algunos tomaban como modelo el sistema británico de gobierno; otros, la Declaración de Derechos del Hombre de Francia. La mayoría rehuía el radicalismo de la Revolución francesa. La cuestión residía en un gobierno constitucional, representativo. En países como Rusia, Prusia o la Francia de la monarquía borbónica restaurada, *libertad* implicaba licencias políticas, como el derecho a voto, de reunión y de publicar opiniones políticas sin censura.

En Gran Bretaña, donde las libertades políticas estaban bastante bien instauradas, los liberales se centraron en la ampliación del derecho a voto, en la economía de *laissez faire* y el libre comercio, y en reformas para crear un gobierno restringido y eficiente. A este respecto, uno de los liberales británicos más influyentes fue Jeremy Bentham (1748-1832). La obra más importante de Bentham, *Principios de moral y de legislación* (1789), revela que el liberalismo del siglo XIX continuó con el legado de la Ilustración y, además, lo transformó. A diferencia, por ejemplo, de Smith, Bentham no creía que los intereses humanos fueran armoniosos por naturaleza, o que de manera natural pudiera emerger un orden social estable a partir de un cuerpo de individuos que actúen según sus propios intereses. En lugar de eso, él proponía que la sociedad adoptara el principio organizador del utilitarismo. Las instituciones y leyes sociales (un sistema electoral, por ejemplo, o un arancel) debían valorarse dependiendo de su utilidad social, según depararan o no «la máxima felicidad al mayor número». Las leyes que superaran este examen podían seguir en los libros; las que lo suspendieran, debían desecharse. Los utilitaristas reconocieron la importancia del individuo. Cada cual conoce mejor que nadie sus intereses propios y, por tanto, lo mejor era otorgar la mayor libertad posible a los individuos para que persiguieran los intereses que cada cual estimara conveniente. Sólo cuando los intereses individuales entraran en conflicto con los intereses (la felicidad) de la mayoría, debía acotarse la libertad individual. El espíritu profundamente práctico del utilitarismo aumentó su influencia como una doctrina para la reforma.

Los liberales estaban flanqueados a su izquierda por dos grupos radicales: republicanos y socialistas. Si los liberales abogaban por una monarquía constitucional (en nombre de la estabilidad y del mantenimiento del poder en manos de quienes tenían la propiedad), los republicanos, como su propio nombre indica, presionaron más allá en demanda de un gobierno del pueblo, la ampliación del derecho a voto y la participación democrática en política. Mientras los liberales reclamaban individualismo y políticas de *laissez faire*, los socialistas pusieron el acento en la igualdad. Expresado en los términos de la época, los socialistas plantearon la «cuestión social». ¿Cómo podían remediarse el aumento de la desigualdad social y las miserias de la gente trabajadora? La «cuestión social», insistían, era un asunto político urgente. Los socialistas ofrecieron varias respuestas a esta cuestión y distintas alternativas para redistribuir el poder económico y social. Las soluciones iban desde la cooperación y nuevas formas de organización de la vida cotidiana, hasta la propiedad colectiva de los medios de producción; algunas eran especulativas, otras, inmensamente prácticas.

El socialismo era un sistema de pensamiento decimonónico y una respuesta en gran medida a los problemas visibles que introdujo la industrialización: la intensificación del trabajo, la pobreza de los barrios obreros en ciudades industriales y la percepción generalizada de que las jerarquías basadas en rangos y privilegios sólo se habían abolido para reemplazarlas por otras basadas en la clase social. Para los socialistas, los problemas de la sociedad industrial no eran fortuitos; derivaban de los principios fundamentales de la competencia, el individualismo y la propiedad privada. Los socialistas no se oponían al desarrollo industrial y económico. Al contrario, lo que tomaron de la Ilustración fue el compromiso con la razón y el progreso de la humanidad. Creían que la sociedad podía ser industrial y, al mismo tiempo, humana.

A menudo, estos pensadores radicales se revelaron utópicos de manera explícita. Robert Owen, un industrial rico convertido en reformador, compró una fábrica de algodón de grandes dimensiones en New Lanark, Escocia, y empezó a organizar el complejo y la localidad que lo rodeaba de acuerdo con los principios de cooperación y no de rentabilidad. New Lanark tuvo viviendas de calidad y condiciones de salubridad, buenas condiciones de trabajo, atención infantil, escolarización libre y un sistema de seguridad social para el personal de la fábrica. Owen abogaba por una reorganización global de la sociedad basada en la cooperación y el respeto mutuo, e intentó convencer a otros empresarios de la probidad de su causa. También el francés Charles Fourier intentó organizar comunidades utópicas basadas en la abolición del sistema salarial, la división del trabajo de acuerdo con las disposiciones naturales de la gente, la igualdad absoluta de sexo, y la organización colectiva de atención infantil y de tareas domésticas. La carismática socialista Flora Tristan (1803-1844) recorrió

Francia hablando a la gente trabajadora sobre los principios de cooperación y de igualdad entre hombres y mujeres. Gran número de hombres y mujeres accedieron a participar en comunidades experimentales siguiendo a líderes de opiniones idénticas. El hecho de que tantas personas consideraran en serio las ideas utópicas es un indicador de la infelicidad de la gente durante los inicios de la industrialización, y su convencimiento de que la sociedad podía organizarse siguiendo líneas radicalmente distintas.

Otros socialistas propusieron reformas más sencillas y prácticas. Louis Blanc, político y periodista francés, hizo campaña a favor del sufragio universal masculino con miras a otorgar el control del estado a los hombres de la clase obrera. En lugar de proteger la propiedad privada y la clase manufacturera, el estado transformado se convertiría en «banquero de los pobres», de forma que concedería créditos a quienes los necesitaran y crearía «asociaciones de producción», una serie de talleres regentados por obreros y que garantizarían trabajo y seguridad para todos. Estos talleres habían aparecido, de manera fugaz, durante la Revolución francesa de 1848, al igual que los clubes que promovían los derechos de las mujeres. Pierre-Joseph Proudhon (1809-1865) propuso asimismo establecer cooperativas de productores que venderían los productos a un precio asequible para los obreros, uniones obreras de crédito, etcétera. El texto de Proudhon «¿Qué es la propiedad?» (cuya célebre respuesta era «la propiedad es el robo») se convirtió en uno de los panfletos socialistas más leídos, conocido por artesanos, obreros e intelectuales de clase media, incluido Carlos Marx. Como se verá, un período de depresión económica y miseria generalizada en la década de 1840 aportó a los socialistas muchos más adeptos de la clase obrera.

EL SOCIALISMO DE CARLOS MARX

El padre del socialismo moderno, Carlos Marx (1818-1883), apenas era conocido a comienzos del siglo XIX. Su fama creció más tarde, después de 1848, cuando una oleada de revoluciones y enfrentamientos violentos pareció confirmar su particular teoría sobre la historia y reveló ingenuo el énfasis de los primeros socialistas en la cooperación, la instauración de comunidades experimentales y la reestructuración pacífica de la sociedad industrial.

Marx se crió en Tréveris, en la parte occidental de Alemania, en el seno de una región y una familia muy interesadas en los debates políticos y los movimientos de la era revolucionaria. Su familia era judía, pero su padre se había convertido al protestantismo para poder ejercer la abogacía. Marx estudió derecho durante un tiempo breve en la Universidad de Berlín antes de pasarse a la filosofía y, en

particular, a las ideas de Georg Friedrich Hegel. Con los denominados Jóvenes Hegelianos, un grupo de estudiantes rebeldes molestos con las estrechas miras de un sistema universitario prusiano profundamente conservador, Marx se apropió de los conceptos de Hegel para desarrollar su política radical. Su radicalismo (y ateísmo, porque repudiaba todas las afiliaciones religiosas de su familia) le impidió conseguir un puesto en la universidad. Se hizo periodista escribiendo artículos famosos sobre, por ejemplo, el «robo» de madera por parte de campesinos en bosques que antes eran tierras comunales. De 1842 a 1843 editó la *Gaceta Renana (Rheinische Zeitung)*. Las críticas del periódico a los privilegios legales y a la represión política lo llevaron a un enfrentamiento con el gobierno prusiano, el cual cerró la publicación y envió a Marx al exilio (primero a París, luego a Bruselas y, por último, a Londres).

Durante su estancia en París, Marx estudió las primeras teorías socialistas, economía y la historia de la Revolución francesa. También comenzó una relación intelectual y política con Friedrich Engels (1820-1895) que se prolongaría durante toda la vida. Engels era hijo de un empresario textil de la Renania alemana; lo habían enviado a aprender el oficio de los negocios a una empresa comercial de Mánchester, uno de los núcleos centrales de la revolución industrial inglesa (véase el capítulo 19). Pero, en lugar de seguir los pasos de su padre, Engels empuñó la pluma para denunciar las miserables condiciones de trabajo y de vida de Mánchester, y lo que él consideraba las desigualdades sistemáticas del capitalismo (*La situación de la clase obrera en Inglaterra*, 1844). Marx y Engels se unieron a un pequeño grupo internacional de artesanos radicales llamado la Liga de los Justos, que en 1847 fue rebautizado como la Liga Comunista. La liga encargó a Marx la redacción de un borrador de sus principios que se publicó en 1848 como *Manifiesto comunista*.

El Manifiesto comunista exponía resumida la teoría histórica de Marx. La historia mundial había atravesado tres grandes etapas, cada una de ellas caracterizada por el conflicto entre grupos sociales: amos y esclavos en los sistemas esclavistas antiguos, señores y siervos durante el feudalismo, y burguesía y proletariado en el capitalismo. Según la teoría de Marx, la etapa de las relaciones de propiedad feudales o aristocráticas había finalizado en 1789, cuando la Revolución francesa derrocó el viejo orden y dio paso al poder político y al capitalismo industrial de la burguesía. En el *Manifiesto comunista*, Marx y Engels elogiaban los logros revolucionarios del capitalismo, afirmaban que la burguesía había «creado fuerzas productivas más impresionantes y más colosales que todas las generaciones precedentes juntas». Pero, según aducían, el carácter revolucionario del capitalismo también socavaría el orden económico burgués. A medida que el capital se concentrara cada vez más en manos de unos pocos, un ejército creciente de obreros asalariados iría tomando conciencia de sus escasos derechos económicos y políticos; la lucha entre estas clases era crucial para el propio capitalismo industrial. El *Manifiesto comunista* predecía que, a la

larga, las crisis económicas recurrentes, debidas a la eterna necesidad capitalista de nuevos mercados y a la inestabilidad cíclica de la superproducción, conducirían al desplome del capitalismo. Los trabajadores tomarían el estado, redistribuirían los medios de producción, abolirían la propiedad privada y, por último, fundarían una sociedad comunista.

¿Qué particularidades caracterizaban la versión del socialismo de Marx? Abordaba la disparidad entre las proclamaciones públicas de progreso y las experiencias cotidianas de los obreros de un modo sistemático y académico. Marx fue un lector y pensador inagotable, con una amplitud temática extraordinaria. Tomó ideas de todas las fuentes donde las halló: en la economía británica, en la historia de Francia, en la filosofía alemana. Urdió las ideas ajenas de que el trabajo era la fuente de valor y de que la propiedad era expropiación, para tejer una teoría nueva de la historia que también constituía una crítica minuciosa del liberalismo decimonónico.

De Hegel, Marx importó la visión de la historia como un proceso dinámico que sigue una lógica propia y avanza hacia la libertad humana. (Éste es un buen ejemplo de la gran influencia del pensamiento histórico conservador). Según la concepción de Hegel, el devenir histórico no transcurre de manera simple y predecible. Más bien, la historia sigue una evolución «dialéctica», o a través del conflicto. Hegel situaba este conflicto en el ámbito de las ideas: una «tesis» produce una «anti-tesis», y el choque entre ambas da lugar a una «síntesis» nueva y diferenciada. Marx aplicó las nociones de Hegel a los detalles específicos de la historia. Él no partió de las ideas, como había hecho Hegel, sino de las fuerzas materiales (sociales y económicas) que, a su parecer, regían la historia. De ahí proviene el término *materialismo histórico* que se emplea para describir el pensamiento marxista.

Marx sintetizó las contracorrientes internacionales del pensamiento y la política de Europa en la década de 1840. Su interés por la relación entre economía y política era característico de su tiempo. Al igual que otros radicales, abordó la separación que existía entre las demandas liberales de libertad y el silencio liberal sobre igualdad social. Sin embargo, no fue más que un socialista entre muchos y, antes de las revoluciones de 1848, uno de los menos conocidos. Esas revoluciones estallaron el mismo año en que se publicó el *Manifiesto comunista*, pero mucho antes de que éste ejerciera algún efecto. El marxismo no se convirtió en la principal doctrina socialista hasta la segunda mitad del siglo.

CIUDADANÍA Y COMUNIDAD: NACIONALISMO

De todas las ideologías políticas de comienzos del siglo XIX, el nacionalismo es la más difícil de concebir. Sus premisas son elusivas. ¿Qué se entendía exactamente por

nación? ¿Quién demandaba una nación, y qué significaba esta demanda? A comienzos del siglo XIX, el nacionalismo se aliaba a menudo con el liberalismo. Pero, a medida que el siglo avanzó, se fue evidenciando cada vez más que el nacionalismo podía modelarse para hacerlo encajar con cualquier doctrina.

El significado de nación ha ido cambiando con el tiempo. El término procede del verbo latino *nasci*, «nacer», e indica «nacimiento común». En el siglo XVI, la «nación» designaba en Inglaterra la aristocracia, o quienes compartían derechos nobles de nacimiento. La nobleza francesa también se refería a sí misma como la «nación». Estos usos iniciales y poco conocidos son importantes. Ponen de relieve el logro más importante de finales del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX: la Revolución francesa redefinió la *nación* para que pasara a significar el «pueblo» o el «pueblo soberano». Los revolucionarios de 1789 reclamaron con arrojo que la nación, y no el rey, fuera la soberana del poder. *Vive la nation!* o «¡Viva la nación!» (una frase omnipresente, tanto en decretos gubernamentales como en festivales revolucionarios, sepulturas y recuerdos históricos) celebraba una nueva comunidad política, no un territorio ni una etnia. Desde un punto de vista filosófico, los revolucionarios franceses y quienes desarrollaron sus ideas tomaron de Jean-Jacques Rousseau el argumento de que una nación regenerada, basada en la igualdad entre sus miembros (sobre los límites de dicha igualdad véase el capítulo 18), no sólo era más justa sino también más poderosa. A un nivel más específico, los revolucionarios construyeron un estado, un ejército y un sistema legal nacionales cuya jurisdicción triunfó sobre los viejos poderes regionales de la nobleza, un sistema nacional legislativo y un ejército nacional. En el período posterior a la Revolución francesa de 1789, la «nación» se convirtió en lo que un historiador denomina «la imagen colectiva de la ciudadanía moderna».

A comienzos del siglo XIX, pues, el término *nación* simbolizaba igualdad legal, gobierno constitucional y unidad, o el fin de los privilegios y las divisiones feudales. A los conservadores no les gustaba el término. La unidad nacional y la creación de instituciones políticas nacionales amenazaban con erosionar el poder local de las élites aristocráticas. Las naciones nuevas se basaban en constituciones que, como se ha visto, los conservadores consideraban abstracciones peligrosas y productoras de derechos. El nacionalismo se convirtió en una importante proclama unificadora para los liberales de toda Europa a comienzos del siglo XIX precisamente porque iba asociado a una transformación política. Celebraba las conquistas y el «despertar» político de la gente común.

El nacionalismo también fue de la mano de las demandas liberales de modernidad económica. Economistas como el influyente alemán Friedrich List (1789-1846) aspiraron a desarrollar economías e infraestructuras nacionales: sistemas de banca, comercio, transporte, producción y distribución más amplios, más sólidos y mejor

integrados. List asoció el fin de la fragmentación de los estados alemanes y el desarrollo de la manufactura a «la cultura, la prosperidad y la libertad».

Pero el nacionalismo podía minar con facilidad otros valores liberales. Cuando éstos insistían en la trascendencia e importancia de las libertades individuales, quienes se habían entregado a la creación de naciones replicaban que su labor vital requeriría el sacrificio de cierto grado de libertad de cada ciudadano. El ejército napoleónico, un símbolo especialmente intenso de nacionalidad, atrajo tanto a los defensores conservadores de la fuerza y la autoridad militar como a los liberales que querían un ejército de ciudadanos.

Los nacionalistas del siglo XIX escribieron como si el sentimiento nacional fuera algo natural, grabado en el mecanismo de la historia. Hablaron en tono poético sobre el despertar repentino de sentimientos que permanecían latentes en la conciencia colectiva del pueblo «alemán», «italiano», «francés» o «británico». Esto es engañoso. La identidad nacional (como la identidad religiosa, de género o étnica) evolucionó y cambió a lo largo de la historia. Se apoyó en cambios políticos y económicos específicos del siglo XIX, o en la alfabetización creciente, en la creación de instituciones nacionales, como escuelas o el ejército, y en la importancia que cobraron los rituales nacionales, desde ir a votar hasta las vacaciones y los festivales de los pueblos. Los gobiernos del siglo XIX intentaron desarrollar un sentimiento nacional para que los súbditos estrecharan lazos con el estado. Los sistemas educativos estatales enseñaron una lengua «nacional», con lo que se enfrentaron a las fuerzas centrífugas de los dialectos tradicionales. El italiano se convirtió en el idioma oficial de la nación italiana, aunque sólo lo hablaba el 2,5 por ciento de la población. En otras palabras, hasta una minoría podía definir una cultura «nacional». Los libros de texto y el teatro, la poesía y la pintura de tímidos tintes nacionalistas contribuyeron a elaborar y, en ocasiones, a inventar una herencia nacional.

Los líderes políticos asociaban la nación a causas específicas. Pero las actividades ordinarias, como la lectura matinal de diarios, ayudaban a la gente a imaginarse a sus conciudadanos y a identificarse con ellos. Tal como lo expresa un prestigioso historiador: «Todas las comunidades mayores que las aldeas primitivas en contacto directo (y tal vez incluso éstas) son entes imaginados». La nación se imagina como «limitada», «soberana» y «por último, se imagina como una comunidad porque, con independencia de la desigualdad y la explotación reales que prevalezcan sobre cada cual, la nación siempre se concibe como una profunda camaradería horizontal». Los diferentes significados de *nacionalidad*, las diversas concepciones políticas que evocaba y las intensas emociones que inspiraba convirtieron los nacionalismos en algo impredecible.

Éstas fueron las principales ideologías políticas de los albores del siglo XIX. Sus raíces se hundían en el siglo XVIII, pero los desórdenes políticos de principios de siglo

las situaron en un primer plano. Algunas eran continuación del tridente revolucionario francés: libertad (de la autoridad arbitraria), igualdad (o el fin de los privilegios legales) y fraternidad (la creación de nuevas comunidades de ciudadanos). Otras, como el conservadurismo, fueron reacciones contra la Revolución francesa. Todas podían reinterpretarse. Todas se convirtieron cada vez más en puntos de referencia comunes a medida que avanzó el siglo.

Rebelión cultural: el Romanticismo

El Romanticismo, el movimiento cultural más significativo de comienzos del siglo XIX, también tomó forma durante el período posterior a la Ilustración y la Revolución. Este movimiento, de una diversidad intelectual excepcional, tocó todas las artes y permeó asimismo la política. En términos más sencillos, marcó una reacción contra el Clasicismo del siglo XVIII y contra muchos de los valores del Siglo de las Luces. El arte clásico del siglo XVIII había perseguido la razón, la disciplina y la armonía. El Romanticismo, en cambio, enfatizó la emoción, la libertad y la imaginación. Los artistas románticos apreciaban al individuo, la individualidad y la experiencia subjetiva; muchos eran rebeldes de verdad y buscaron vivencias intensas. En contraste con los pensadores ilustrados, consideraban la intuición, la emoción y los sentimientos mejores guías para llegar a la verdad (y a la felicidad humana) que la razón y la lógica.

POESÍA ROMÁNTICA BRITÁNICA

El Romanticismo se desarrolló en Inglaterra y Alemania antes que en otros lugares, donde surgió como parte de una reacción contra la Ilustración y el Clasicismo francés; a Francia llegó con posterioridad. Como cualquier movimiento intelectual o artístico, el Romanticismo no rompió por completo con sus predecesores. De hecho, los primeros románticos trataron temas planteados por primera vez por figuras contrarias a la Ilustración, sobre todo Jean-Jacques Rousseau (véase el capítulo 17). Los temas clave de Rousseau (la naturaleza, la sencillez y el sentimiento) aparecen en las prestigiosas *Baladas líricas* (1798) de William Wordsworth (1770-1850) y Samuel Taylor Coleridge (1772-1834). Wordsworth consideraba las emociones, o el alma, el núcleo de la humanidad; para él, la poesía era «la emanación espontánea de los poderosos sentimientos». Como Rousseau, Wordsworth también hizo hincapié en los lazos de compasión y sentimiento que unen a todo el género humano, con independencia de la clase social. «Todos tenemos un corazón humano —escribió—;

los hombres que no usan ropas finas sienten con más hondura.» Como Rousseau, Wordsworth veía la naturaleza como la instructora más fidedigna de la humanidad, y consideraba la experiencia de la naturaleza como la fuente del sentimiento verdadero. Las percepciones poéticas las podían inspirar paisajes y los recuerdos que éstos evocan, que, en el caso de Wordsworth, consistían en las colinas agrestes y las casitas destartaladas del Distrito de los Lagos de Inglaterra. Para encabezar su poema «The Ruined Cottage» («La casa rural en ruinas»), Wordsworth citaba los siguientes versos del poeta romántico escocés Robert Burns:

*Una chispa del fuego de la Naturaleza
es la mejor enseñanza que yo ansió [...].
Aunque mi musa vista casero el atavío
acierta al corazón si le interesa.*

Los poetas de los lagos, como se denominó a veces a Wordsworth y Coleridge, aportaron un tema clave del Romanticismo decimonónico: una visión de la naturaleza que rechazaba el mecanismo abstracto del pensamiento del siglo XVIII. La naturaleza no era un sistema que hubiera que observar con ojos críticos. Más bien, la humanidad estaba inmersa en la naturaleza; el alma humana debía abrirse al poder sublime (literalmente, que infunde asombro y admiración) de la naturaleza.

Como Wordsworth, el poeta William Blake (1757-1827) defendió la imaginación individual y la visión poética, y consideró que ambas trascendían las estrechas limitaciones del mundo material. Blake fue un crítico implacable y brillante de la sociedad industrial y sus corrupciones cotidianas, de las fábricas (que él llamó «oscuras fábricas satánicas») que estropeaban el paisaje inglés y de los valores de una cultura comercial donde todo estaba en venta. Para Blake, la imaginación no sólo llevaba a la poesía. La imaginación podía despertar las sensibilidades humanas y mantener la creencia en valores diferentes para romper los «grilletes forjados en la mente» de la humanidad o las coacciones del mundo contemporáneo. En esto, la poesía de Blake corría pareja con los esfuerzos de los primeros socialistas por imaginar un mundo mejor. Y, al igual que muchos románticos, Blake volvió la vista a un pasado cuya sociedad, a su parecer, había sido más orgánica, unida y humana.

El romanticismo inglés alcanzó su culmen con la siguiente generación de poetas románticos: George Gordon, Lord Byron (1788-1824), Percy Bysshe Shelley (1792-1822) y John Keats (1795-1821). Las vidas y amoríos de algunos de estos poetas atrajeron tanto como su escritura, porque sus aventuras parecían personificar los temas poéticos que trataban. Lord Byron, por ejemplo, llevó a niveles nuevos el énfasis romántico en la creatividad, la imaginación y la espontaneidad. La poesía, escribió, es la «lava de la imaginación, cuya erupción evita un terremoto». Byron

también era un aristócrata, bien conocido como hombre rico, apuesto y desafiador de las convenciones inglesas del siglo XIX. Sus innumerables aventuras amorosas contribuyeron a asociar el Romanticismo con la rebeldía contra la conformidad y la inhibición. Pero aquellas relaciones no le evitaron pesares. Byron contrajo un matrimonio malhadado con una mujer infeliz a la que trató con crueldad y abandonó después de un año. Las poderosas imágenes de su poesía permiten entrever su aguda confusión interna. Byron se rebeló asimismo contra el convencionalismo político; su Romanticismo fue inseparable de la política liberal. Tachó a los políticos británicos de corruptos, de estrechas miras y de represores, defendió los movimientos obreros en nombre de la libertad y se embarcó rumbo a Grecia para luchar por su independencia de los turcos otomanos. Cuando falleció en Grecia (de tuberculosis, no en el frente), pareció personificar al héroe romántico liberal. Percy Shelley, amigo íntimo de Byron, prosiguió con la elevación de la poesía y la política románticas a nuevas alturas. El tema de la obra de Shelley *Prometeo liberado* (1820) define prácticamente el heroísmo romántico y su culto a la audacia individual. Prometeo, desafiando a Zeus, robó el fuego para dárselo a la humanidad y, como castigo, se vio encadenado a una roca mientras un águila le arrancaba el corazón.

ESCRITORAS, GÉNERO Y ROMANTICISMO

Pero tal vez la obra romántica de ficción más conocida la represente *Frankenstein* de Mary Godwin Shelley (1818). Mary era hija de dos «celebridades» literarias radicales: el filósofo William Godwin y la feminista Mary Wollstonecraft (véase el capítulo 17), quien falleció al nacer su hija. Mary Godwin conoció a Shelley a los dieciséis años, tuvo tres hijos con él antes de casarse y publicó *Frankenstein* a los veinte años. La novela capta especialmente bien la condena romántica de la razón ilustrada, así como la ambivalencia de la ciencia a principios del siglo XIX. La propia Shelley sentía fascinación por las innovaciones científicas de su tiempo (desde la electricidad hasta el mesmerismo), tan arriesgadas como prometedoras. La historia gira en torno a un científico suizo excéntrico y terriblemente ambicioso decidido a descubrir el secreto de la vida humana. Para lograrlo, merodea por depósitos donde se guardan los muertos antes de darles sepultura, estudiando los cadáveres, las partes del cuerpo y las fases de descomposición. Shelley decía que le preguntaban a menudo cómo una muchacha joven había «llegado a plantearse y dilatarse sobre una idea tan espantosa». Al final, el doctor Frankenstein fabrica vida en la forma de un extraño monstruo. Aunque el monstruo se crea de manera artificial, tiene sentimientos humanos y, al verse rechazado por su horrorizado creador, se consume de soledad, melancolía y odio homicida hacia sí mismo, y lo echa todo a perder. Shelley

configuró la novela con estilo romántico, como un mito de creación tergiversado, la historia de un genio individual fallido y un estudio del sentimiento terriblemente poderoso. Por todas estas razones, la novela se convirtió en un punto de referencia para la cultura occidental. El doctor Frankenstein, obligado a reconocer que «había sido autor de maldades irreversibles», se convirtió en una de sus caracterizaciones más memorables de los límites de la razón y la imposibilidad de controlar la naturaleza.

En primer lugar, pues, el Romanticismo hacía hincapié en los límites de la razón y el poder de las emociones. En segundo lugar, insistía en la singularidad y subjetividad de la experiencia individual. La mente no es una «tabla rasa» donde las vivencias de cada cual van grabando conocimientos, la imagen que había propuesto John Locke y que se convirtió en el centro de la filosofía ilustrada. Los románticos consideraban el alma como una fuente de imaginación y creatividad. La fe romántica en la individualidad y la creatividad orientó en muchas direcciones. Derivó en un culto al genio artístico, al «individuo singular e inexplicablemente creativo» capaz de ver cosas que otros no ven. Animó a artistas (y gente común) a buscar experiencias que causaran emociones intensas y erupciones de imaginación y creatividad, experiencias que iban desde viajar a lugares «exóticos» hasta el consumo de opio. El estilo romántico alentó la audacia de desafiar el convencionalismo, como hicieron Lord Byron, los Shelley o las escritoras francesas Germaine de Staël y George Sand (Amandine Aurore Lucile Dupin, 1804-1876). George Sand, al igual que Lord Byron, cultivó una imagen. En su caso eso implicó ganarse la vida como escritora, tener amantes a su antojo y usar ropa de hombre, todo ello para rebelarse contra los códigos morales de la clase media.

Las mujeres desempeñaron un papel crucial en los epistolarios románticos, y el Romanticismo fomentó pensamientos nuevos acerca de los sexos y la creatividad artística. En los siglos XVIII y XIX se afirmaba con frecuencia que los hombres son racionales y las mujeres emocionales o intuitivas. El Romanticismo, en cambio, valoró lo emocional o intuitivo como creativo. Madame de Staël (1766-1817), que emigró de Francia a Alemania durante el período revolucionario, ejerció una influencia clave para popularizar el Romanticismo alemán en Francia a través de su *Alemania* (1810), y escribió muchos libros de historia. El lenguaje del Romanticismo ayudó a Madame de Staël a calificarse como «genial». La reivindicación de la genialidad artística sirvió a muchas mujeres para subvertir las normas sociales. El Romanticismo también sugería que los hombres podían ser emocionales, y que hombres y mujeres compartían una naturaleza humana común. Por último, y tal vez lo más relevante para los literatos de clase media, insistiendo en la búsqueda de individualidad y la exaltación de las emociones y el alma así como de la sensualidad, los románticos forjaron formas nuevas para escribir (y, en realidad, pensar) sobre el

amor. Algunos historiadores han calificado el Romanticismo de «estilo cultural», y como tal traspasó con creces los círculos reducidos de artistas para llegar a la escritura y el pensamiento cotidianos de hombres y mujeres.

LA PINTURA ROMÁNTICA

Los pintores de principios de siglo trasladaron al lienzo el interés romántico por la subjetividad y la imaginación. En Gran Bretaña, la mejor representación de la pintura romántica se encuentra en John Constable (1776-1837) y J. M. W. Turner (1775-1851). Ambos pintores británicos intentaron desarrollar enfoques más emotivos y poéticos de la naturaleza. «Es el alma quien mira», escribió Constable, repitiendo a Wordsworth. Constable estudió con detenimiento los prismas newtonianos para conocer las propiedades de la luz, pero con un ojo puesto en capturar el «lirismo» de un arco iris. Sus paisajes enfatizaron la técnica y el modo de mirar particulares del artista. Las pinturas profundamente subjetivas, personales e imaginativas de Turner fueron menos convencionales aún. Turner experimentó con los trazos y el color para crear algunos de los cuadros más notables de su tiempo. Los críticos atacaron aquellas obras diciendo que eran demasiado abstractas, incomprensibles. «No las pinto para que se entiendan», replicó Turner en cierta ocasión. Las inquietudes de Turner coincidieron con las de sus contemporáneos: la imaginación, la creatividad del artista y la fuerza de la naturaleza, aunque sus técnicas situaron la pintura romántica en un nuevo nivel.

En Francia, los pintores románticos más destacados fueron Théodore Géricault (1791-1824) y Eugène Delacroix (1799-1863). Los cuadros de Delacroix son muy distintos de los de Turner, pero compartía con éste muchas de sus ideas sobre la subjetividad y el proceso creativo, las cuales expuso en diarios detallados. El poeta Charles Baudelaire, que representa las últimas etapas del Romanticismo francés, atribuyó a Delacroix el mérito de haberle enseñado formas nuevas de ver: «Todo el universo visible no es más que un almacén de imágenes y signos [...]. Todas las facultades del alma humana deben subordinarse a la imaginación». El Romanticismo abrió ventanas nuevas para contemplar el mundo y mostró el camino hacia la experimentación que, más tarde en el mismo siglo, fundó el modernismo.

POLÍTICAS ROMÁNTICAS: LIBERTAD, HISTORIA Y NACIÓN

El Romanticismo tuvo muchas dimensiones, y los artistas románticos defendieron causas contradictorias. «El Romanticismo, tan a menudo mal definido, no es más que

[...] el liberalismo en la literatura. Libertad en el arte, libertad en la sociedad, ésa es la doble bandera que reúne a la inteligencia». Así se expresaba Victor Hugo (1802-1885), cuya poesía, obra teatral y novelas históricas inmensamente influyentes se centraron con benevolencia en las vivencias de la gente común. *Nuestra Señora de París* (1831) y *Los miserables* (1862) son las más conocidas. *La Libertad guiando al pueblo* de Delacroix representaba el Romanticismo revolucionario, al igual que la poesía de Shelley y Byron.

Pero los románticos también podían ser conservadores fervientes. La obra conservadora francesa *El genio de la cristiandad* (1802) de François Chateaubriand sostenía que el presente estaba tejido con las experiencias religiosas del pasado nacional, y no podía deshacerse sin destruir la fábrica de la cultura. En términos típicamente románticos, Chateaubriand ponía el acento en la emoción, el sentimiento y la subjetividad religiosos. El interés artístico y literario por la religión tuvo una resonancia mucho más amplia, y el período vivió un resurgimiento generalizado y popular de la religión. Asimismo, renovó el interés por la literatura, el arte y la arquitectura medievales. El Romanticismo no respetó tendencias políticas y aportó imágenes tanto a conservadores como a liberales.

El nacionalismo de principios del siglo XIX estaba inundado de imágenes románticas. El énfasis romántico en la individualidad se transmutó con facilidad en una insistencia en la unicidad de las culturas. Entre los pensadores nacionalistas más influyentes figuró el alemán Johann von Herder, pastor y teólogo protestante y autor de *Ideas sobre la filosofía de la historia de la humanidad*. Para Herder, la civilización no surgió de una élite instruida, cultivada e internacional (en esto, como en otras cuestiones, los pensadores románticos se apartaron de los *philosophes* de la Ilustración), sino que, según afirmaba, la civilización nació de la cultura del pueblo; en alemán, *Volk*. Cada cultura tenía que expresar su propio carácter histórico único, o *Volksgeist*, el espíritu (genio) de la gente. Si algunos románticos valoraron el genio individual, Herder ensalzó el genio particular de cada pueblo, e insistió en que cada nación debía permanecer fiel a su propio patrimonio, en el caso de Alemania, su cultura e idioma.

El inmenso interés de los románticos por la evolución histórica y el destino también decidió su lugar dentro de la tradición nacionalista. Los hermanos Grimm, editores de la célebre colección de cuentos infantiles (1812-1815), viajaron por toda Alemania para estudiar los dialectos autóctonos y recopilaron cuentos populares que se publicaron como parte de un patrimonio nacional. El poeta Friedrich Schiller reescribió la historia del héroe suizo Guillermo Tell (1804) para erigirlo en el grito que reúne la conciencia nacional alemana, aunque, irónicamente, el compositor italiano Gioacchino Rossini convirtió el drama en verso de Schiller en una ópera que promovía el nacionalismo italiano. En Gran Bretaña, sir Walter Scott volvió a contar

en muchas de sus novelas la historia popular de Escocia; las *Baladas líricas* de Wordsworth aspiraban a evocar la sencillez y la virtud del pueblo inglés. El polaco Adam Mickiewicz escribió la epopeya nacional *Don Tadeo* como una visión de un modo de vida perdido recientemente.

ORIENTALISMO

Estas mismas corrientes culturales (la pasión por grandiosas teorías sobre culturas, por sus características distintivas y su evolución histórica) también provocaron oleadas de interés por Oriente. Napoleón había invadido Egipto en 1798 con la intención de obtener ventaja militar frente a los británicos, pero también, y tal vez esto fuera lo más importante a largo plazo, en busca de conocimiento, esplendor cultural y gloria imperial. «Esta Europa nuestra es una topera —escribió Napoleón con el estilo que lo caracterizaba—. Sólo en el este, donde viven 600 millones de seres humanos, se pueden fundar grandes imperios y llevar a cabo grandes revoluciones.» Las decenas de expertos que acompañaban al Ejército de Oriente de Napoleón crearon el Instituto Egipcio, con la finalidad de recopilar de manera sistemática pruebas relacionadas con la historia natural, la cultura y la industria egipcias. Otros descubrimientos durante el mismo período abrieron un mundo nuevo de conocimiento. Entre los muchos artefactos que los franceses se llevaron de Egipto se encontraba la Piedra Roseta, una losa que pronto cobraría celebridad porque los estudiosos descubrieron que portaba versiones del mismo texto en tres idiomas y escrituras distintos: la escritura jeroglífica (pictográfica), demótica (una variante de la primera escritura alfabética) y griega, que, como era conocida, permitió a los estudiosos empezar a descifrar las dos anteriores. Los obeliscos egipcios, con sus inscripciones jeroglíficas ahora descifrables, aportaron más claves sobre el Egipto antiguo. La *Descripción de Egipto*, de veintitrés volúmenes con lujosas ilustraciones que se publicó en francés entre 1809 y 1828, se convirtió en un acontecimiento intelectual en Europa que intensificó el trepidante interés por los idiomas y la historia de Oriente. «Ahora todos somos orientalistas», escribió Victor Hugo en 1829. Las rivalidades de las grandes potencias en Egipto, las incursiones británicas en la India, la guerra civil griega, la invasión francesa de Argelia en 1830: todas estas novedades incrementaron el interés europeo por la región y fueron el acompañamiento político del «renacimiento oriental».

Los europeos del siglo XIX atribuyen a «Oriente» un papel político y cultural específico. En palabras de un estudioso, «[E]l Oriente ha contribuido a definir Europa (u Occidente) como su imagen, idea, personalidad, experiencia opuesta». Más arriba ya vimos que durante el levantamiento griego de la década de 1820 contra los turcos

otomanos, los europeos se identificaron con un patrimonio griego y contra lo que, según insistían, constituía la crueldad y el despotismo «oriental» o «islámico». Al rebelarse contra las reglas del clasicismo del siglo XVIII, las convenciones sociales y el racionalismo ilustrado, los artistas e intelectuales europeos no sólo sintieron fascinación por la etnografía y deseos de explorar regiones nuevas, sino que además se apresuraron a clasificar el este como la tierra de los colores vivos, la sensualidad, el misterio y la irracionalidad. Los cuadros de Delacroix y, con posterioridad, los de Renoir que reproducen mujeres argelinas constituyen buenos ejemplos de esta concepción. El resurgimiento religioso del período tuvo efectos similares; los eruditos y artistas que buscaban las raíces de la cristiandad esperaban hallarlas en lo que consideraban las «costumbres inalteradas del este». La fascinación por la historia y la religión medievales también infundió imágenes de cruzadas medievales (temas relevantes para románticos tales como Scott y Chateaubriand). El «renacimiento oriental» aportó gran cantidad de metáforas a la pintura, la literatura y la erudición decimonónicas de Occidente. Asimismo, favoreció la creación de lo que acabarían siendo vicios mentales bien asentados. Los europeos se formaron una idea muy simplificada de las diferencias que existen entre «Oriente» y «Occidente».

GOETHE Y BEETHOVEN

Muchos artistas de principios de siglo resultan difíciles de clasificar. Johann Wolfgang von Goethe (1749-1832) ejerció una influencia enorme en el movimiento romántico y en los escritores alemanes que intentaban desechar el estilo francés y desarrollar un lenguaje y una voz propios. Su novela temprana *Las desventuras del joven Werther* (1774), la historia de los anhelos y los agitados amores de un joven, cautivó al público de toda Europa. Pero Goethe se fue apartando de lo que él calificaba como exceso del Romanticismo: el culto al sentimiento por encima de la moderación y el orden, lo que Goethe consideraba autocomplaciente y «morboso». En 1790 publicó la primera parte de su obra maestra, *Fausto*, un drama en verso que finalizó un año antes de morir en 1832. La obra retoma la leyenda alemana de un hombre que vende el alma al diablo a cambio de la juventud eterna y el conocimiento universal. Está escrita en un tono más clásico que otras obras románticas, pero, aun así, refleja el interés romántico por la libertad espiritual y la audacia de la humanidad.

El compositor Ludwig van Beethoven (1770-1827) se consideraba clasicista y estaba imbuido de los principios del siglo XVIII. La glorificación de la naturaleza y la individualidad romántica resuenan con claridad en su obra, y su insistencia en que la música instrumental (sin acompañamiento vocal) tenía más potencial poético y más capacidad para expresar emociones lo convirtió en la figura clave de los compositores

románticos posteriores. «La música es una revelación más sublime que toda la sabiduría y toda la filosofía —escribió—, [y] es el vino que inspira y conduce a creaciones frescas.» Sus logros musicales, de hecho, elevaron la música a la categoría de forma artística y la situaron en el centro del movimiento romántico. La vida y la política de Beethoven también pasaron a formar parte de su legado. Como muchos de sus contemporáneos, se vio inmerso en el estallido de entusiasmo por la Revolución francesa de 1789. La desilusión llegó cuando Napoleón, al que había admirado como revolucionario y en cuyo honor había titulado la sinfonía *Heroica*, se coronó emperador y repudió aquellos principios. La decepción de Beethoven continuó con las guerras napoleónicas. Al mismo tiempo, hacia los treinta y dos años, Beethoven se enteró de que estaba perdiendo oído. Confiaba en que el problema pudiera curarse, pero poco a poco arruinó su carrera como pianista virtuoso y hacia 1819 padecía una sordera absoluta. A medida que la enfermedad empeoraba y la desilusión iba en aumento, se dedicó cada vez más a componer y su soledad se convirtió en un símbolo poderoso de enajenación y extraordinaria creatividad.

Beethoven y Goethe fueron figuras de transición entre los siglos XVIII y XIX. También revelan la dificultad de hallar una definición simple de Romanticismo. El movimiento romántico se compuso de muchas corrientes distintas que a veces se entrecruzaron: la crítica del clasicismo del siglo XVIII, la visión casi mística de la naturaleza, el retorno a la historia, el culto al heroísmo, el desafío y la creatividad, y la búsqueda de un nuevo modo de mirar. En el centro del Romanticismo reside la insistencia en que las artes debían encontrar nuevas vías para expresar las emociones y los sentimientos, una búsqueda que orientó el arte decimonónico en una dirección nueva.

Reforma y revolución

En la década de 1820, la Restauración conservadora se enfrentó a una oposición dispersa. El golpe más decisivo en su contra tuvo lugar en Francia en 1830. Allí, el Congreso de Viena había devuelto el trono a la monarquía borbónica. Luis XVIII era el mayor de los hermanos vivos del antiguo rey. Luis reclamó poder absoluto, pero en nombre de la reconciliación garantizó unos «fueros» y concedió algunos derechos importantes: igualdad legal, carreras profesionales abiertas al talento y un gobierno parlamentario con dos cámaras. Los derechos de voto excluyeron del gobierno a la mayoría de los ciudadanos. Este mandato con mala base, unido al escozor de la derrota militar, la nostalgia de un pasado napoleónico glorioso y, en el caso de muchos, los recuerdos de la Revolución, socavaron por completo la Restauración en Francia.

En 1824, a Luis lo sucedió su hermano mucho menos conciliador Carlos X (1824-1830), quien estaba decidido a acabar con el legado de la era revolucionaria y napoleónica. Bajo el mando de Carlos la Asamblea francesa votó a favor de compensar a los miembros de la nobleza cuyas tierras habían sido confiscadas y vendidas durante la Revolución. Esto apaciguó a los ultramonárquicos, tal como se denominaba a la extrema derecha, pero enojó a los propietarios que se habían beneficiado con la Revolución. El régimen de Carlos devolvió a la Iglesia católica el lugar que había ocupado tradicionalmente en las aulas francesas. Estas políticas provocaron un descontento generalizado, varios votos de censura al monarca y una serie de elecciones que llevaron a la oposición liberal del régimen a la Cámara de los Diputados de Francia. La mala situación económica también nutrió la oleada creciente de opinión pública liberal. En París y las provincias, inquietos informes policiales indicaban el grado de desempleo, hambre e ira. Ante la evidencia alarmante de la impopularidad del régimen, Carlos y sus ministros convocaron elecciones, y cuando éstas se volvieron en su contra, el rey intentó básicamente derrocar el régimen parlamentario. Las llamadas Ordenanzas de Julio de 1830 disolvían la Cámara de Diputados recién elegida antes incluso de que se hubiera reunido; imponían una censura estricta a la prensa; restringían aún más el sufragio hasta excluir casi por completo a cualquier persona ajena a la nobleza, y convocaban elecciones nuevas.

En respuesta a estas medidas, Carlos recibió la revolución. Los parisienses (sobre todo obreros, artesanos, estudiantes y escritores) tomaron las calles. Siguió tres días de intensas batallas callejeras durante las cuales los revolucionarios, parapetados tras barricadas improvisadas, desafiaron al ejército y a la policía, aunque ninguno de estos cuerpos deseaba abrir fuego contra la multitud. Consciente de que había perdido todos los apoyos, Carlos abdicó. Muchos revolucionarios de las barricadas reclamaban una república. Pero otros líderes del movimiento querían evitar los desórdenes internos e internacionales de la Revolución de 1789. Proclamaron como rey al duque de Orleans, Luis Felipe (1830-1848), y lo apoyaron como monarca constitucional responsable del pueblo: rey de los franceses, no rey de Francia. El nuevo régimen, bautizado como la Monarquía de Julio, dobló el número de personas con derecho a voto. Pero votar siguió siendo un privilegio, no un derecho, y aún se basaba en requisitos excesivos de tenencia de propiedades. Quienes más se beneficiaron de la revolución fueron las clases hacendadas. Pero, aun así, la Revolución de 1830 devolvió al pueblo a la política, con lo que revivió los recuerdos de la Revolución de 1789 y espolió movimientos en otros lugares.

Para los contrarios a la Restauración en toda Europa, 1830 adquirió una importancia capital. Sugería que la historia se movía en una dirección nueva y que el

paisaje político había cambiado y abría nuevas posibilidades.

BÉLGICA Y POLONIA EN 1830

En 1815, el Congreso de Viena había aceptado unir Bélgica (entonces llamada Países Bajos Austriacos) a Holanda para dar lugar a un estado más grande que amortiguara el peso de Francia. La unión jamás gozó de popularidad en Bélgica y las noticias de la revolución de julio en Francia catalizaron la oposición belga. La ciudad de Bruselas se rebeló; el rey holandés envió tropas; al encontrarse con barricadas e intensos disturbios callejeros, las tropas se retiraron. Las grandes potencias, preocupadas por otros asuntos y sin deseos de permitir la intervención de alguien del grupo, aceptaron garantizar la neutralidad de Bélgica (una medida que se mantuvo vigente en 1914).

La revuelta también se extendió a Polonia, donde se enfrentó a las fuerzas mucho más impresionantes del imperio ruso. Polonia no era un estado independiente; según las disposiciones del Congreso de Viena, estaba supeditada al gobierno ruso. Sin embargo, sí tenía un parlamento propio (la *dieta*), un electorado bastante amplio, una constitución y la garantía de libertades básicas de expresión y prensa, una garantía ignorada cada vez más por el jefe del estado impuesto por Rusia, Constantino, hermano del zar. En Polonia, como en Bélgica, las noticias de la Revolución francesa de 1830 animaron al país a la sublevación. Los revolucionarios, una coalición en principio bien organizada de aristócratas polacos que defendían su autonomía, y de estudiantes, mandos militares y gente de la clase media que demandaba reformas políticas, expulsaron a Constantino. Sin embargo, en menos de un año, las fuerzas rusas retomaron Varsovia. El zar Nicolás, ultraconservador, aplastó la revuelta polaca con la misma mano dura que acababa de aplicar contra los decembristas en su propio país y sometió Polonia a un mandato militar.

LA REFORMA EN GRAN BRETAÑA

¿Por qué no hubo revolución en Gran Bretaña? Una respuesta es que casi la hubo. Tras una época de conservadurismo político paralela a la del continente, la política británica tomó un rumbo diferente y Gran Bretaña se convirtió en uno de los países más liberales de Europa.

El fin de las guerras napoleónicas trajo consigo una depresión agrícola enorme en Gran Bretaña, y la confluencia de sueldos bajos, desempleo y malas cosechas provocó un descontento social continuado. En las nuevas ciudades industriales del

norte, donde existían unas condiciones económicas especialmente malas, los miembros radicales de la clase media se unieron a los obreros para demandar más representación en el Parlamento. En 1819, una multitud de sesenta mil personas se congregó para manifestarse a favor de reformas políticas en St. Peter's Field, en Mánchester. La milicia y algunos soldados a caballo cargaron contra el gentío, mataron a once personas e hirieron a cuatrocientas, entre ellas 113 mujeres. Los radicales británicos condenaron lo que ellos llamaron «Peterloo», un Waterloo nacional donde el ejército del país se había vuelto en contra de sus propios ciudadanos. El Parlamento se apresuró a aprobar las Seis Actas (1819) que ilegalizaron la literatura «sediciosa y blasfema», aumentaron la tasa de estampación de los periódicos, permitieron el registro de viviendas para buscar armas y restringieron los derechos de reunión pública.

Espoleados por la presión desde abajo, los líderes políticos británicos dejaron de oponerse a las reformas. Curiosamente, las reformas las emprendió el partido conservador *tory*. La política exterior británica se volvió menos conservadora y se permitió que los católicos y protestantes disidentes (los no anglicanos, como baptistas, congregacionistas y metodistas) participaran en la vida política pública. Los *tories*, en cambio, se negaron a reformar la representación política en la Cámara de los Comunes. Durante siglos, el Parlamento había representado los intereses de la clase más hacendada. Alrededor de dos tercios de sus miembros eran elegidos directamente o debían su elección indirectamente al patrocinio de los terratenientes nobles más ricos del país. Muchos de los distritos electorales parlamentarios, o municipios, que elegían a los miembros de la Cámara de los Comunes estaban controlados por terratenientes que empleaban su poder para la elección de candidatos que simpatizaban con sus intereses. Eran los municipios «corruptos» o «de bolsillo», así llamados porque se decía que quienes los controlaban se los habían metido en el bolsillo. Los defensores del sistema sostenían que el Parlamento velaba por los intereses del país en su conjunto, los cuales consideraban coincidentes con los de los propietarios de tierras.

Los liberales del partido de la oposición Whig, la nueva clase media industrial y los artesanos radicales defendían con pasión las reformas. Los liberales en concreto no proponían la democracia; aspiraban a conceder el derecho a voto tan sólo a los ciudadanos «responsables». Pero hicieron causa común con radicales bien organizados de las clases media y obrera para presionar más por la reforma. Un banquero de Birmingham llamado Thomas Attwood, por ejemplo, organizó una Unión Política de la Clase Baja y Media del Pueblo. En julio de 1830, organizaciones similares habían surgido en varias ciudades de provincias, algunas dispuestas a mantener sangrientos enfrentamientos con las unidades del ejército y la policía. Los comerciantes de clase media anunciaron que no pagarían impuestos y, si era

necesario, crearían una guardia nacional. Acosado, además, por un brote de cólera, el país parecía al borde de un desorden serio y generalizado, cuando no una revolución abierta. Lord Grey, dirigente del partido Whig, aprovechó la ocasión para presionar por la reforma.

La Ley de Reforma de 1832 eliminó los «municipios corruptos» del Parlamento. Reasignó al norte industrial 143 escaños parlamentarios, la mayoría de ellos procedentes del sur rural. Amplió el sufragio, pero sólo un hombre de cada seis reunía los requisitos necesarios para votar. La ley, desarrollada en unas condiciones casi revolucionarias, acabó convertida en una medida bastante modesta. Redujo pero no anuló el peso político de los intereses de la aristocracia terrateniente. Aceptó que los liberales británicos, incluidos algunos de las clases medias industriales, fueran socios menores de la élite hacendada que había gobernado Gran Bretaña durante siglos y que seguiría gobernándola durante, al menos, una generación más.

¿Qué cambios conllevó el nuevo régimen? El ejemplo más impresionante de poder de la clase media lo constituyó la derogación de las Leyes del Grano en 1846. Las Leyes del Grano protegían a los hacendados y productores de grano británicos de la competencia extranjera. Aunque aquellas leyes se habían modificado en la década de 1820, seguían manteniendo el precio del pan artificialmente alto. Pero más importante aún era que las clases medias industriales las consideraban medidas protectoras especiales para la aristocracia. La campaña para lograr su abolición se orquestó de un modo magnífico e implacable que combinó el apoyo de quienes creían, en principio, en la reforma y el comercio libre, y quienes tenían un interés económico directo en la aplicación de un sistema nuevo. La Liga Anti-Leyes del Grano, que curiosamente consiguió respaldo exterior, organizó encuentros multitudinarios por el norte de Inglaterra y presionó a miembros del Parlamento. Al final, la Liga logró una victoria crucial al convencer al primer ministro, sir Robert Peel, de que la derogación de las Leyes del Grano era tan inevitable como necesaria para la salud de la economía británica y su peso en el mundo. La política de libre comercio inaugurada en 1846 duró hasta la década de 1920.

EL RADICALISMO BRITÁNICO Y EL MOVIMIENTO CARTISTA

La decepción ante las pocas ventajas logradas con la reforma de 1832 centró la atención en un cambio político de mayor alcance consistente en la aplicación de lo que se llamó *People's Charter* o «Carta del Pueblo». Este documento que los comités de cartistas, como se los conocía, hicieron circular por todo el país y que firmaron millones de personas, contenía seis demandas: el sufragio universal masculino, la instauración del voto secreto, abolición del requisito de ser propietario para formar

parte de la Cámara de los Comunes, elecciones parlamentarias anuales, pago de salarios a los miembros de la Cámara de los Comunes y circunscripciones electorales iguales.

A medida que las condiciones económicas se fueron deteriorando en la década de 1840, el cartismo se difundió. El movimiento también se valió de las tradiciones locales de ayuda y organización de obreros. Dentro del cartismo hubo discrepancias en cuanto a tácticas y objetivos. ¿Debían incluirse en el movimiento los inmigrantes irlandeses católicos, o debían quedar excluidos como competencia peligrosa para los escasos puestos de trabajo? ¿Debía ampliarse el sufragio sólo a los hombres trabajadores, los cuales representaban a sus familias como miembros respetables e «interesados» de la sociedad, o también a las mujeres? Tres ejemplos ilustrarán las distintas posturas cartistas. El cartista William Lovett, un fabricante de armarios, era un creyente ferviente en la autosuperación, como cualquier miembro de la clase media. Él abogaba por una unión de trabajadores instruidos para conseguir la parte que les correspondía de la creciente riqueza industrial del país. El cartista Feargus O'Connor, miembro de una familia angloirlandesa de pequeños hacendados pero un político radical, atrajo a la clase obrera, la más empobrecida y desesperada. Criticó la industrialización y el asentamiento de los pobres en parcelas públicas arrendadas para su explotación agrícola. Otro cartista, Bronterre O'Brien, admiraba abiertamente a Robespierre y sorprendió a las masas con sus ataques contra la «aristocracia de grandes panzas, cerebros minúsculos y barriguda, de mentes estrechas y cerebros entumecidos». El cartismo aglutinó numerosos movimientos menores de diferente énfasis, pero su objetivo consistió en lograr una democracia política como un medio para la consecución de la justicia social.

La democracia era una demanda muy radical en la década de 1840. No es de extrañar, pues, que los cartistas encontraran una oposición férrea. Los comités presentaron peticiones masivas para los cartistas en el Parlamento en 1839 y 1842; en ambas ocasiones se rechazaron sumariamente. En el norte de Inglaterra, las demandas políticas tomaron forma con el telón de fondo de una serie de huelgas, manifestaciones sindicales y ataques contra fábricas y manufactureros que imponían salarios bajos y largas jornadas, o que hostigaban a los sindicalistas. La combinación del radicalismo político y social no hizo titubear al gobierno; los conservadores veían la anarquía y los liberales repudiaban cualquier interés revolucionario. El movimiento alcanzó su momento culminante en abril de 1848. Los líderes cartistas, inspirados en parte por la revolución en la Europa continental, planearon una manifestación multitudinaria y una demostración de fuerza en Londres. Se congregó una procesión de veinticinco mil obreros que llevaron al Parlamento una petición con seis millones de firmas que reclamaba las seis demandas cartistas. Enfrentados una vez más al fantasma de un conflicto abierto entre clases, los agentes de la policía especial y

contingentes del ejército regular, ahora al mando del ya envejecido duque de Wellington, héroe de la batalla de Waterloo, recibieron orden de repeler aquella amenaza para el orden establecido. Al final, sólo una delegación reducida de líderes presentó la petición al Parlamento. La lluvia, una organización vacilante y la desgana de muchos de enfrentarse al cuerpo de policía bien armado pusieron fin a la campaña cartista. Un observador liberal aliviado, Harriet Martineau, señaló: «Desde aquel día quedó claro que Inglaterra estaba a salvo de una revolución».

LA DÉCADA DE 1840: LOS AÑOS DEL HAMBRE

Las condiciones económicas y políticas que sembraron inquietud en Inglaterra causaron la revolución en el continente. Las malas cosechas llegaron a comienzos de la década de 1840. Entre 1845 y 1846, la crisis se volvió aguda. Durante dos años seguidos, la recolección de grano se desplomó por completo. La plaga de la patata atacó y causó inanición en Irlanda y hambre en Alemania, otra zona productora de patata. Entre 1846 y 1847, el precio de los alimentos se multiplicó, en promedio, por dos. El pan disparó los disturbios por toda Europa. Los habitantes del campo y la ciudad atacaron los carros que transportaban grano para impedir que los comerciantes lo llevaran a otros mercados o, simplemente, para quedarse el grano y venderlo al precio que consideraban justo. El problema se agravó por una deceleración industrial cíclica en toda Europa que dejó en el paro a miles de trabajadores. Campesinos hambrientos y obreros desempleados invadieron los organismos de ayudas públicas. Los años 1846 y 1847 fueron «probablemente los peores de todo el siglo en términos de miseria y sufrimiento humano», y la década se ganó el apelativo de los «años del hambre».

El hambre en sí no es motivo de revoluciones. Pero sí pone a prueba las capacidades de los gobiernos y su legitimidad. Cuando en Francia se fundaron sistemas de ayudas públicas ineficaces, cuando se movilizaron tropas para reprimir los motines de patatas en Berlín, o cuando los regímenes armaron a los ciudadanos de clase media para que se defendieran de los pobres, los gobiernos se revelaron tan autoritarios como ineptos. En estas circunstancias, los estados perdieron la confianza de sus secuaces y generaron una oleada de revolución que barrió toda Europa y estalló en primer lugar en Francia.

LA REVOLUCIÓN DE 1848 EN FRANCIA

La monarquía francesa instaurada tras la revolución de julio de 1830 parecía diferir

un tanto de su predecesora. El nuevo rey, Luis Felipe, reunió a su alrededor a representantes de la élite de la banca y la industria. El régimen dio a menudo una impresión de autocomplacencia. Cuando el primer ministro recibía demandas de ampliar el derecho a voto a más gente de la clase media, respondía con sorna que cualquiera era libre de ascender y situarse al nivel de los ricos. «Enriqueceos», recomendaba. Los proyectos de construcción y expansión del sistema ferroviario ofrecían vastas oportunidades de trabajo duro. El régimen frustró las grandes esperanzas que había infundido. Proliferaron las asociaciones republicanas, sobre todo en ciudades como París y Lyon, donde las asociaciones de obreros y artesanos gozaban de largas tradiciones políticas. En 1834, el gobierno declaró ilegales las organizaciones políticas radicales. En Lyon y París estallaron rebeliones que conllevaron dos días de represión, muerte y arrestos. La imagen autoritaria del gobierno y su negativa a ampliar el derecho a voto situó en la oposición hasta a los moderados. Para 1847 la oposición había emprendido una campaña a favor de la reforma electoral por toda Francia. Como los mítines políticos eran ilegales, la oposición organizaba «banquetes» políticos donde los detractores del régimen bebían a la salud de la reforma, aunque no de la revolución abierta. Desafiando las amenazas del rey, la oposición convocó un gigantesco banquete final para el 22 de febrero de 1848. Cuando el gobierno prohibió el encuentro, estalló la revolución. Luis Felipe abdicó del trono con una rapidez sorprendente.

El gobierno provisional de la nueva república consistió en un grupo extraordinario formado por una combinación de liberales, republicanos y, por primera vez, socialistas. Éste se entregó a la redacción de una constitución nueva con elecciones basadas en el sufragio masculino universal. Pero entonces resurgieron las tensiones entre los republicanos y los socialistas de clase media, las cuales se habían desvanecido de manera transitoria para oponerse a Luis Felipe. Entre los hombres y mujeres de la clase obrera, la demanda más respaldada era el «derecho al trabajo», lo que significaba la capacidad de ganar un sueldo suficiente del que poder vivir. El gobierno provisional tuvo la cautela de apoyar esta demanda y crear lo que se denominaron *talleres nacionales*, un programa de obras públicas dentro y en los alrededores de París. Los primeros proyectos no emplearon a más de diez o doce mil personas. Pero cuando el paro alcanzó valores de hasta el 65 por ciento en el sector de la construcción y el 51 por ciento en los textiles y la confección de ropa, entraron trabajadores a raudales y las cifras ascendieron hasta los sesenta y seis mil en abril y ciento veinte mil en junio de 1848.

Se produjo una eclosión del interés popular por la política. El gobierno provisional levantó las restricciones relacionadas con la libertad de expresión y de actividad política. En cuestión de semanas se fundaron ciento setenta periódicos nuevos y más de doscientas asociaciones. Por la ciudad desfilaban libremente

delegaciones que afirmaban representar a los oprimidos de todos los países europeos (cartistas, húngaros, polacos) y que atraían la atención, cuando no a seguidores fervientes. Aparecieron asociaciones y publicaciones femeninas con nombres como *La voz de las mujeres* o *La opinión de las mujeres*, y sus demandas abarcaban desde el sufragio universal, real, hasta salarios suficientes para vivir. Pero este resurgimiento del interés popular por la política convenció a un número cada vez mayor de espectadores de clase media de la necesidad de tomar medidas severas. Las elecciones reforzaron la preocupación por el orden. El sufragio universal masculino no garantizaba en absoluto una victoria radical, y los votantes rurales, alarmados por un París revolucionario, eligieron a republicanos moderados y monárquicos.

A finales de la primavera de 1848, una mayoría de la Asamblea francesa consideraba que el sistema de talleres se había convertido en un agujero financiero y, lo que es peor, una amenaza seria para el orden social. A últimos de mayo el gobierno cerró los talleres a inscripciones nuevas, excluyó a todos los que habían residido durante menos de dos meses en París y envió a todos los miembros con edades comprendidas entre dieciocho y veinticinco años al ejército. El 21 de junio, el gobierno sencillamente clausuró el programa y desestimó cualquier responsabilidad por la cuestión social. La reacción causó algunos de los conflictos más sangrientos del período. Trabajadores del campo, oficiales, desempleados, artesanos tradicionales, socialistas y algunos dirigentes republicanos levantaron una vez más barricadas por todo París. Durante cuatro días, del 23 al 26 de junio, se defendieron en una batalla militarmente desesperada en última instancia contra las fuerzas armadas reclutadas, en parte, entre la población de provincias ansiosa por contribuir a la represión de la clase obrera urbana. La represión en sí fue brutal y conmocionó a muchos observadores. Murieron unas tres mil personas, y doce mil más fueron arrestadas, la mayoría de las cuales fueron deportadas a los campos argelinos de trabajos forzados.

En el período posterior a los Días de Junio, el gobierno francés se movió con rapidez para poner orden en el país. Los miembros de la Asamblea confiaban en que un líder fuerte sometiera a los disidentes. Cuatro candidatos aspiraron a la presidencia de la república: Alphonse de Lamartine, el republicano moderado; el general Louis Eugène Cavaignac, que había estado al mando de las tropas de junio; Alexandre Auguste Ledru-Rollin, un socialista; y Luis Napoleón Bonaparte, sobrino del ex emperador, quien obtuvo más del doble de votos que los otros tres candidatos juntos.

«Todos los hechos y personajes más relevantes en la historia del mundo ocurren dos veces [...] la primera como tragedia, la segunda como farsa». Así resumió Carlos Marx (que no era un admirador de Napoleón I) la relación existente entre Luis Napoleón y su tío. Este oportunista, que otros detractores tildaron de ilegítimo, había pasado la mayor parte de la vida en el exilio. El atractivo que le confirió su nombre

fue amplio y de una imprecisión idónea. Los conservadores creyeron que protegería la propiedad y el orden. Alguna gente de izquierdas había oído hablar de su obra *La extinción de la indigencia*, o de la correspondencia que mantenía con socialistas de peso. La palabra *Napoleón* evocaba gloria y grandeza. Con independencia de sus orígenes, tal como dice un historiador, «era exactamente el hijo del mito napoleónico». Su papel como «personaje multiusos» ayudó a consolidar su victoria electoral. En palabras de un anciano campesino: «¿Cómo podría no votar a este caballero, yo que sufrí congelación de nariz en Moscú?».

No es de extrañar que Luis Napoleón se valiera de su posición para consolidar su poder. Se granjeó el apoyo de los católicos devolviendo a la Iglesia su peso en educación y enviando una expedición a Roma en 1849 para salvar al papa de los revolucionarios. El régimen se apresuró a desmovilizar a los radicales de todo el país mediante la prohibición de encuentros, asociaciones obreras, etcétera. En 1851 pidió al pueblo que lo autorizara para redactar una constitución nueva. Poco después, un plebiscito autorizó sus medidas. Un año después Luis Napoleón Bonaparte dispuso otro plebiscito y, con la aprobación de más del 95 por ciento de los votos, instauró el Segundo Imperio y adoptó el título de Napoleón III (1852-1870), emperador de los franceses.

¿Por qué fue significativa la Revolución francesa de 1848? En primer lugar, su dinámica se repetiría por doquier. Las clases medias desempeñaron un papel político central. El régimen de Luis Felipe había sido espléndidamente «burgués», pero acabó alejando a muchos de sus seguidores. Cuando se les negó la posibilidad de tener voz política directa, grupos clave de la clase media se pasaron a la oposición y se aliaron con radicales que jamás habrían derrocado el régimen por sí solos. Pero las demandas de reforma pronto se toparon con temores al desorden y el deseo de un estado fuerte. Esta dinámica conocida condujo al derrumbamiento de la república y al mandato de Luis Napoleón Bonaparte. En segundo lugar, muchos contemporáneos contemplaron los Días de Junio como una lucha de clases pura y dura. La violencia de los Días de Junio frustró muchas de las aspiraciones liberales del período anterior. Ahora la imagen romántica de la unidad revolucionaria que ofrece la obra de Delacroix *La Libertad guiando al pueblo* parecía ingenua. Después de 1848, los intereses y la política de las clases media y obrera se diferenciaron con más nitidez y mantuvieron un enfrentamiento más directo. El socialismo se convertiría en una fuerza política independiente.

Conclusión

La Revolución francesa de 1789 había polarizado Europa; tras ella surgieron nuevas

identidades políticas y se expusieron ideologías políticas también nuevas. El Congreso de Viena, o el acuerdo de paz de 1815, había aspirado al establecimiento de un sistema internacional distinto y a vacunar Europa contra la revolución. Triunfó con el primer objetivo, pero sólo en parte con el segundo. La combinación de políticas nuevas con la industrialización y vertiginosos cambios sociales socavó el orden conservador. Desde la década de 1820 hasta la de 1840, una confluencia de reivindicaciones sociales y decepciones políticas dio lugar a poderosos movimientos por el cambio, primero en América del Sur y los Balcanes y, más tarde, en Europa occidental y Gran Bretaña.

La Revolución francesa de 1848 (la segunda desde la derrota de Napoleón) se convirtió en el primer acto de un drama mucho más largo. En Europa meridional y central, como veremos en el próximo capítulo, los problemas se desarrollaron de un modo distinto. Aun así, la dinámica de la revolución de Francia prefiguró el curso de los acontecimientos en otros lugares: eventos revolucionarios arrebatadores fueron seguidos por la ruptura de alianzas revolucionarias y la emergencia de otras formas de gobiernos conservadores. En todo Occidente, la crisis de mediados de siglo se convirtió en un momento decisivo. Tras ella, las modalidades de grandes alianzas revolucionarias que habían deparado la revolución fueron vencidas por la política de clases, y el socialismo utópico dio paso al marxismo. En la cultura, como en política, el Romanticismo se desvaneció, su sentido expansivo del potencial fue reemplazado por la visión más mordaz del Realismo. La economía y los estados cambiaron. El conservadurismo, el liberalismo y el socialismo se adaptaron a las nuevas condiciones políticas. El modo en que sucedió todo ello y la naturaleza explosiva que fue adoptando el nacionalismo en el proceso se tratan en el próximo capítulo.

Bibliografía seleccionada

- ANDERSON, Benedict, *Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 2006.
- ARGULLOL, Rafael, *El héroe y el único: el espíritu trágico del Romanticismo*, Madrid, Taurus, 1999.
- BERGERON, Louis, François FURET y Reinhart KOSELLECK, *La época de las revoluciones europeas (1780-1848)*, Madrid, Siglo XXI, 1989.
- BERZOSA, Carlos, y Manuel SANTOS, *Los socialistas utópicos: Marx y sus discípulos*, Madrid, Síntesis, 1998.
- CABEZA SÁNCHEZ-ALBORNOZ, Sonsoles, *Los movimientos revolucionarios de 1820, 1830 y 1848 en sus documentos*, Barcelona, Ariel, 1998.
- CLAUDÍN, Fernando, *Marx, Engels y la Revolución de 1848*, Madrid, Siglo XXI,

1985.

- CROCE, Benedetto, *Historia de Europa en el siglo XIX*, Barcelona, Ariel, 1996.
- DROZ, Jacques, *Europa, restauración y revolución: 1815-1848*, Madrid, Siglo XXI, 1993.
- GILBERT, Sandra, y Susan GUBAR, *La loca del desván: la escritora y la imaginación literaria del siglo XIX*, Madrid, Cátedra, 1998.
- HIJANO, Ángeles, *Los ciclos revolucionarios (1820-1830-1848)*, Madrid, Eudema, 1992.
- HOBBSAWM, Eric, *La era de la Revolución, 1789-1848*, Barcelona, Crítica, 2003.
- HONOUR, Hugh, *El Romanticismo*, Madrid, Alianza, 2007.
- JOHNSON, Paul, *El nacimiento del mundo moderno*, Barcelona, Javier Vergara, 2000.
- MARTÍNEZ DE SAS, María Teresa, *Las claves de la Restauración y el liberalismo, 1815-1848*, Barcelona, Planeta, 1990.
- NICOLSON, Harold George, *El Congreso de Viena*, Madrid, Sarpe, 1985.
- PALMADE, Guy (comp.), *La época de la burguesía*, Madrid, Siglo XXI, 1993.
- PANIAGUA, Javier, *La Europa revolucionaria*, Madrid, Anaya, 1992.
- PÉRONNET, Michel, *Del Siglo de las Luces a la Santa Alianza*, Madrid, Akal, 1990.
- PORTER, Roy, y Mikulas TEICH (eds.), *La Revolución en la historia*, Barcelona, Crítica, 1990.
- RUDÉ, George, *Europa desde las guerras napoleónicas a la Revolución de 1848*, Madrid, Cátedra, 1982.
- , *La multitud en la historia: los disturbios populares en Francia e Inglaterra, 1730-1848*, Madrid, Siglo XXI, 1989.
- SAID, Edward, *Orientalismo*, Madrid, Debate, 2002.
- SEWELL, William, *Trabajo y revolución: el lenguaje del movimiento obrero desde el Antiguo Régimen hasta 1848*, Madrid, Taurus, 1992.
- SIGMANN, Jean, *1848: las revoluciones románticas y democráticas de Europa*, Madrid, Siglo XXI, 1985.
- SOBOUL, Albert, *Problemas campesinos de la revolución, 1789-1848*, Madrid, Siglo XXI, 1980.
- TAYLOR, A. J. P., *Revoluciones y revolucionarios*, Barcelona, Planeta, 1990.
- TOCQUEVILLE, Alexis de, *Recuerdos de la Revolución de 1848*, Madrid, Trotta, 1994.

CAPÍTULO 21

¿Qué es una nación? Territorios, estados y ciudadanos, 1848-1871

El año 1848 fue un año tumultuoso. Desde Berlín hasta Budapest o Roma, grupos de insurgentes se apresuraron a improvisar barricadas para obligar a reyes y príncipes a batirse en una retirada igualmente precipitada (aunque sólo temporal). Al otro lado del Atlántico, el Tratado de Guadalupe Hidalgo puso fin a la guerra entre México y Estados Unidos con una transacción territorial masiva: por la suma de 15 millones de dólares Estados Unidos adquirió más de un millón de kilómetros cuadrados de territorio occidental que incluía California. El intercambio casi completó la expansión continental estadounidense, pero también generó conflictos que condujeron a la Guerra Civil estadounidense. La Convención en Seneca Falls celebrada en julio de 1848 marcó la emergencia de un movimiento organizado en favor del sufragio femenino en Estados Unidos, que tuvo su paralelismo en Europa. El *Herald* de Nueva York detectó una conexión inquietante entre los eventos de aquel año y declaró con nerviosismo que «En cualquier lugar del mundo hacia donde dirijamos la atención, se desmorona la fábrica social y política [...]. [L]a obra de la revolución ya no se limita al Viejo Mundo, ni al género masculino». También fue en 1848 cuando los mineros encontraron oro en California y desencadenaron un acontecimiento con resonancia trasatlántica: la fiebre del oro. Cuando las nuevas sobre el oro californiano llegaron a París en otoño de 1848 tras un verano de amargo conflicto social, Carlos Marx señaló con acidez que «los sueños del oro suplantarían los sueños socialistas de los obreros parisienses».

Los disturbios sociales y políticos de 1848 señalaron el punto culminante de la «era de la revolución» y sus fracasos marcaron el final de esa era. Pero la crisis de mediados de siglo resultó igualmente decisiva en la historia del nacionalismo y de la construcción nacional. El nacionalismo, tal como se definió en el capítulo anterior, es el sentimiento de pertenencia a una comunidad que comparte tradiciones históricas, geográficas, culturales o políticas. Tal como señalan los historiadores, este sentimiento es tan intenso como difuso y, por tanto, podían cultivarlo (y así sucedió) intelectuales, revolucionarios y gobiernos para propósitos distintos. El nacionalismo servía a las políticas y objetivos liberales o conservadores. Durante la primera mitad del siglo XIX, el nacionalismo se asociaba a menudo con los objetivos liberales; hacia

final de siglo adquirió un significado conservador; 1848 fue un momento relevante en este gran cambio radical.

La *construcción nacional* alude al proceso de creación de estados nuevos y de reconstrucción de los antiguos, una transformación en la que el siglo XIX supuso una etapa crucial. Las alteraciones territoriales, como la del Tratado de Guadalupe Hidalgo, que supuso un cambio espectacular en las fronteras de Estados Unidos de América, fueron relevantes. Pero también lo fueron las reformas políticas y las nuevas estructuras estatales que alteraron el funcionamiento de los gobiernos y su manera de relacionarse con sus ciudadanos. La Guerra de Secesión americana, al igual que la unificación de Italia y de Alemania, implicaron cambios políticos y territoriales violentos, y los tres acontecimientos tuvieron ramificaciones de largo alcance en el orden internacional. Francia, Gran Bretaña, Rusia y Austria también experimentaron una remodelación durante este período; se revisó la burocracia y se amplió el electorado, las relaciones entre grupos étnicos se reorganizaron, y se abolieron la servidumbre rusa y la esclavitud americana. Las relaciones cambiantes entre los estados y sus súbditos ocuparon un lugar central durante la construcción nacional. Y esos cambios se vieron acelerados por las reacciones contra los disturbios revolucionarios de 1848.

El nacionalismo y la Revolución de 1848

En Europa central y oriental, la primavera de 1848 conllevó una sucesión vertiginosa de revolución y represión. Las raíces de la revolución radicaban en antagonismos sociales, crisis económicas y reivindicaciones políticas. Pero el nacionalismo también definió esos conflictos de manera decisiva. Sin duda, los reformadores y revolucionarios perseguían objetivos liberales: un gobierno representativo, el fin de los privilegios, el desarrollo económico, etcétera. Pero también aspiraban a cierta forma de unidad nacional. De hecho, los reformistas de Alemania, Italia, Polonia y el Imperio austriaco pensaban que sus objetivos liberales sólo se alcanzarían dentro de un estado-nación vigoroso y «moderno». La suerte de las revoluciones de 1848 en esas regiones demostró el poder del nacionalismo para movilizar a los contrarios al régimen, pero también su potencial para dividir alianzas revolucionarias y para anular por completo otros tipos de lealtades y valores.

¿QUIÉN FORMA UNA NACIÓN? ALEMANIA EN 1848

En 1815 «Alemania» no existía. El Congreso de Viena había creado una

«Confederación Germánica», una organización inconexa de treinta y ocho estados que incluían Austria y Prusia, pero no sus territorios no germanos en zonas de Polonia y Hungría. La confederación se planeó únicamente para procurarse una defensa común. Carecía de un poder ejecutivo real. A efectos prácticos, Prusia era, junto con Austria, la gran potencia de la región, y desempeñaría un papel crucial en la política alemana.

En 1806, Prusia había sido derrotada por la Francia de Napoleón. Muchos prusianos interpretaron la derrota como una reprobación de la pasividad del país desde el reinado de Federico el Grande (1740-1786). Para reponer el «patriotismo y la honra e independencia nacionales», instauraron una serie de reformas agresivas impuestas desde arriba. Los reformadores prusianos reconstituyeron el ejército siguiendo el ejemplo napoleónico. El reclutamiento y la promoción de los oficiales pasaron a depender de los méritos más que de la cuna, aunque la inmensa mayoría siguió proviniendo de la clase de los *junker* (la aristocracia). Otras reformas modernizaron la instrucción en la escuela real de cadetes de Berlín e incitaron a la clase media a adoptar un papel más activo en la administración pública. En 1807 se abolió la servidumbre y el sistema de propiedades. Un año después, en un intento consciente por incrementar entre las clases medias el sentimiento alemán de sí mismas como ciudadanas, se permitió que cada ciudad y cada pueblo eligiera su concejo municipal y gestionara sus propios presupuestos. (La justicia y la seguridad siguieron administradas por el gobierno central en Berlín). Los reformadores prusianos ampliaron las facilidades para la educación primaria y secundaria, y fundaron la Universidad de Berlín, que contó entre su profesorado con varios nacionalistas entusiastas.

Prusia quiso establecerse como el estado alemán dominante y como contrapeso del poder austriaco en la región. La victoria más significativa de Prusia a este respecto llegó con la *Zollverein*, o Unión Aduanera, en 1834, y un arancel uniforme contra el resto del mundo, una política claramente proteccionista defendida por el economista Friedrich List. En la década de 1840, la unión incluía casi todos los estados alemanes, salvo los pertenecientes a Austria, y ofrecía a los fabricantes un mercado de casi 34 millones de personas. El despliegue de vías férreas después de 1835 aceleró el intercambio dentro de este mercado interior ampliado.

Durante la década de 1840, las asociaciones políticas estudiantiles y de otros sectores radicales se unieron a grupos de abogados, médicos y empresarios de clase media para presionar en favor de nuevas demandas de gobiernos representativos y reformas, tanto en Prusia como en otros estados alemanes menores. Los periódicos se multiplicaron desafiando la censura. Los reformadores liberales se quejaban por igual de la dominación prusiana en la Confederación Germánica y del conservadurismo de los Habsburgo que gobernaban el Imperio austriaco. La nacionalidad alemana,

afirmaban ellos, quebrantaría la dominación austriaca o prusiana y acabaría con la fragmentación sectorial que tanto dificultaba la reforma.

Cuando Federico Guillermo IV (1840-1861) accede al trono de Prusia en 1840, las esperanzas se disparan. El nuevo káiser tuvo algún que otro gesto con las reformas liberales. Pero, cuando aparecieron los problemas económicos en la década de 1840, el régimen volvió al autoritarismo. Federico Guillermo envió el ejército a reprimir una revuelta entre los tejedores textiles de Silesia, quienes protestaban por las importaciones británicas y, más en general, irritados por el desempleo, la bajada de sueldos y el hambre. La brutalidad de la respuesta del régimen conmocionó a muchos. El káiser también se opuso al constitucionalismo y a cualquier participación representativa en asuntos legislativos y presupuestarios.

Como en Francia, los liberales y radicales de Prusia y los estados alemanes continuaron con sus campañas de reforma. Y cuando la revolución estalló en Francia en la primavera de 1848, los disturbios se propagaron por todo el Rin. En los estados alemanes más pequeños, los reyes y príncipes se rindieron con una rapidez sorprendente ante los movimientos revolucionarios. Los gobiernos garantizaron libertad de prensa, elecciones, ampliación del sufragio, juicios con jurado y otras reformas liberales. En Prusia, Federico Guillermo IV, debilitado por los disturbios rurales e impactado por la matanza de doscientas cincuenta personas en Berlín en un enfrentamiento entre el ejército y los revolucionarios, capituló al fin.

LA ASAMBLEA DE FRÁNCFORT Y LA NACIÓN ALEMANA

La segunda etapa, y más idealista, de la Revolución comenzó con la elección de delegados para la celebración de una asamblea de todos los alemanes en Fráncfort, donde representantes de Prusia, Austria y los estados alemanes menores se reunieron para negociar su unificación en una sola nación alemana. La mayoría de los delegados procedían de las clases profesionales (abogados, profesores, administradores) y eran liberales moderados. Muchos creyeron que la Asamblea de Fráncfort daría lugar a una constitución para una Alemania liberal y unida, del mismo modo que la Asamblea francesa de 1789 había hecho lo propio para ese país. El paralelismo adolecía de numerosas lagunas. En 1789 Francia ya era un estado-nación con un poder soberano centralizado que los franceses de la Asamblea pudieron reformar y reorientar. La Asamblea de Fráncfort, en cambio, no tenía recursos, ni un poder soberano que tomar ni un código legislativo único. Ni siquiera disponía de un lugar adecuado para reunirse: durante once meses los delegados trabajaron en una estancia pública sencilla de una vieja iglesia con una acústica terrible: un lugar nada propicio para debatir y tomar decisiones legislativas. Aunque la Asamblea se

benefició de la energía, el idealismo y el fervor de los delegados, se encontró con numerosos obstáculos y, en ocasiones, se tambaleó al borde del caos. En la sala de la Asamblea, las cuestiones nacionalistas se revelaron polémicas y destructivas. ¿Qué alemanes pertenecerían al nuevo estado? Una mayoría de los delegados de la Asamblea sostenía que eran alemanes todos aquellos que, por lengua, cultura o geografía, se sintieran vinculados al proyecto de unificación. Consideraban que la nación alemana debía incluir al mayor número posible de alemanes, una postura alentada por el espectáculo de desintegración que ofrecía el Imperio habsburgués. Ésta era la postura de los «grandes alemanes», a la que se oponía una minoría que reclamaba una «Pequeña Alemania» que dejara fuera todos los territorios del Imperio habsburgués, incluida la Austria alemana. Los grandes alemanes eran mayoría, pero estaban bloqueados por otras nacionalidades que no querían pertenecer a su redil. Los checos de Bohemia, por ejemplo, no querían formar parte de la Gran Alemania. Tras un debate largo y complejo, y la retirada de apoyo por parte del emperador austriaco, la Asamblea se refugió en la solución de los «pequeños alemanes», y en abril de 1849 ofreció la corona de la nueva nación alemana a Federico Guillermo IV.

Federico Guillermo rechazó la oferta con el argumento de que la constitución propuesta por la Asamblea era demasiado liberal y que sería degradante deberle la corona al parlamento; él la llamó la «corona del hampa». El monarca prusiano quería la corona y un estado alemán más amplio, pero imponiendo sus propias condiciones. Tras una protesta breve reprimida rápidamente por los militares, los delegados se marcharon a casa desilusionados por la experiencia y convencidos de que sus aspiraciones liberales y nacionalistas eran incompatibles. Algunos huyeron de la represión emigrando a Estados Unidos. Otros se convencieron para sacrificar sus ideas liberales en pro de la meta aparentemente realista del nacionalismo. En la propia Prusia, el ejército despachó lo que quedaba de las fuerzas revolucionarias.

Fuera de los muros de la iglesia de Fráncfort, la revolución popular siguió su propio curso. Los campesinos desvalijaron oficinas de recaudación de impuestos y quemaron castillos; los obreros destrozaron máquinas. En los pueblos y ciudades, un torrente de actividad política creó milicias de ciudadanos, diarios nuevos, actuaciones panfletarias y asociaciones políticas. Por primera vez, muchas de esas asociaciones admitieron a mujeres, aunque les negaban el derecho a hablar. En Berlín y otras ciudades alemanas, asociaciones de mujeres recién creadas aspiraron a participar en un mundo político más amplio. Sin embargo, aquella conflictividad popular inquietó a los reformadores moderados; el sufragio universal masculino ya constituía por sí solo una expectativa muy preocupante. Las protestas campesinas y obreras habían obligado al rey a hacer concesiones a comienzos de la primavera de 1848. Ahora, los reformadores moderados sintieron los movimientos populares como una amenaza.

La unificación nacional atrajo cada vez más a los moderados como una vía para

mantener el orden. «Para llevar a cabo nuestras ideas de libertad e igualdad, deseamos ante todo un gobierno fuerte y poderoso», declaró un candidato durante la campaña electoral para la Asamblea de Fráncfort. «La soberanía popular —prosiguió—, reforzada por la autoridad de una monarquía hereditaria, logrará reprimir con mano de hierro cualquier desorden y violación de la ley». En este contexto, la nación se convirtió en sinónimo de una constitución nueva y una comunidad política, pero también de un imperio de la ley aplicada con firmeza.

EL PUEBLO CONTRA EL IMPERIO: LOS TERRITORIOS HABSBURGUESES

Dentro del extenso Imperio austriaco, el nacionalismo ejerció una repercusión distinta y centrífuga. El imperio abarcaba una variedad amplia de grupos étnicos y lingüísticos: alemanes, checos, magiars, polacos, eslovacos, serbios e italianos, por mencionar tan sólo los más destacados. En algunas regiones del imperio, estos grupos vivían bastante separados y aislados. En otras coexistían, aunque no siempre con armonía. A medida que esos grupos incrementaron sus diversas demandas nacionalistas a partir de 1815, los Habsburgo encontraron cada vez más dificultades para mantener unido el imperio.

En los territorios polacos del imperio, el sentimiento nacionalista fue más intenso entre la aristocracia, especialmente consciente de su papel histórico como líderes de la nación polaca. Aquí, el Imperio habsburgués logró enfrentar a los siervos polacos con sus señores, asegurándose de que las reivindicaciones sociales frustraran el nacionalismo étnico. En la región húngara, las demandas nacionalistas también llegaron anticipadas por la aristocracia más bien reducida de los magiars. Pero encontraron amplia resonancia en el liderazgo habilidoso e influyente de Lajos (Luis) Kossuth. Éste, miembro de la baja nobleza, ejerció en épocas sucesivas como abogado, publicista, editor periodístico y líder político. Para protestar contra la política de puertas cerradas de la escasamente representativa Dieta imperial (o parlamento), Kossuth publicó transcripciones de los debates parlamentarios y las distribuyó entre un público amplio. Hizo campaña por la independencia y un parlamento húngaro separado, pero también (y esto tuvo más influencia) quiso llevar la política al pueblo. Kossuth organizó «banquetes» políticos como los de Francia, donde personalidades locales y nacionales pronunciaban discursos en forma de brindis, y los ciudadanos interesados comían, bebían y participaban en política. Aquel líder político húngaro combinaba el estilo aristocrático con la arenga política: un delicado malabarismo que, cuando funcionó, lo catapultó al centro de la política habsburguesa. Fue muy conocido en Viena, capital de los Habsburgo, al igual que en Pressburg (Bratislava) y Budapest.

El otro gran movimiento nacionalista que acosó al Imperio habsburgués fue el paneslavismo. Los eslavos incluían a rusos, polacos, ucranianos, checos, eslovacos, eslovenos, croatas, serbios, macedonios y búlgaros. Antes de 1848 el paneslavismo consistía, sobre todo, en un movimiento cultural unido por un sentimiento general proeslavo. Con todo, presentaba divisiones internas debidas a las distintas reivindicaciones de lenguas y tradiciones eslavas diversas. El paneslavismo inspiró las obras del historiador y líder político checo František Palacký, autor de la *Historia de Bohemia*, y del eslovaco Ján Kollár, cuya obra *Slávy dcera* («La hija de Slava») lamenta la pérdida de identidad entre los eslavos en el mundo germano. El movimiento también influyó en el poeta romántico polaco Adam Mickiewicz, quien aspiró a reavivar el sentimiento nacional polaco contra la opresión extranjera.

El zar Nicolás de Rusia intentó sacar provecho del paneslavismo incluyendo argumentos sobre la singularidad «eslava» en su ideología «autocrática, ortodoxa y nacionalista» después de 1825. Pero el paneslavismo de patrocinio ruso promovido por el zar ofendía a los eslavos de orientación occidental, resentidos con el gobierno ruso, lo que ofrece un buen ejemplo de la enmarañada red de alianzas y antagonismos a que dieron lugar los sentimientos nacionalistas. El paneslavismo fue una fuerza política volátil e impredecible en las zonas del este de Europa donde Austria y Rusia competían por ganar poder e influencia.

1848 EN AUSTRIA Y HUNGRÍA: LA PRIMAVERA DE LOS PUEBLOS Y EL OTOÑO DEL IMPERIO

El año 1848 hizo estallar la explosiva combinación imperial de tensiones políticas, sociales y étnicas. Los Habsburgo se enfrentaron a múltiples desafíos a su autoridad. La salva de apertura provino de los húngaros. Envalentonado por los alzamientos en Francia y Alemania, Kossuth reforzó sus campañas de reforma, en las que menospreciaba el «sistema Metternich» de autocracia y control habsburgueses, y reclamaba instituciones representativas en todo el imperio y autonomía para la nación húngara «magiar». La Dieta húngara se dispuso a redactar su propia constitución. En Viena, sede del poder de los Habsburgo, un movimiento popular de estudiantes y artesanos que demandaban reformas políticas y sociales construyó barricadas y atacó el palacio imperial. Se formó un comité central de ciudadanos, así como una milicia de clase media, o Guardia Nacional, decidida a mantener el orden y a presionar, a la vez, por las demandas de reforma. El régimen habsburgués intentó acallar el movimiento cerrando la universidad, pero sólo logró desatar aún más la ira popular. El régimen se vio obligado a batirse en retirada casi por completo. Metternich, cuyo sistema político había aplacado tantas tempestades, huyó a Gran Bretaña disfrazado

(un buen indicativo del desorden político), y dejó al emperador Fernando I en Viena. El gobierno cedió ante las demandas radicales del sufragio masculino y de una sola cámara de representantes. Aceptó retirar las tropas de Viena e iniciar los trámites para la abolición de los trabajos forzados y la servidumbre. El gobierno se rindió asimismo a las reivindicaciones checas en Bohemia y garantizó a este reino una constitución propia. Al sur, los liberales y nacionalistas italianos atacaron los territorios imperiales en Nápoles y Venecia. En Milán, las fuerzas del rey Carlos Alberto del Piamonte vencieron a los austriacos, lo que aumentó las esperanzas de victoria. A medida que se extendía lo que luego se llamó «la primavera de los pueblos», parecía resquebrajarse el control habsburgués sobre sus diversas provincias.

Pero la explosión del sentimiento nacional que sacudió el imperio le permitió más tarde recuperar sus fortunas. La paradoja del nacionalismo en Europa central consistió en que ninguna mayoría étnica o cultural podía declararse independiente en una región determinada sin provocar la rebelión de otros grupos minoritarios residentes en la misma zona. En Bohemia, por ejemplo, los checos y alemanes que convivían en este lugar se habían unido para lograr las reformas que derribaran el feudalismo. Pero, en cuestión de un mes, el nacionalismo empezó a quebrar su alianza. Los bohemios alemanes partieron para participar en la importantísima Asamblea de Fráncfort, pero la mayoría checa se negó a enviar representantes y, de hecho, respondió convocando una confederación de eslavos en Praga. ¿Qué querían los delegados de la confederación eslava? Algunos eran hostiles a lo que el anarquista ruso Mijaíl Bakunin denominó el «monstruoso Imperio austriaco». Pero la mayoría de ellos prefería someterse a los Habsburgo (aunque con cierta autonomía) antes que dejarse gobernar por alemanes o rusos.

Este enredo de aversiones permitió a los austriacos dividir para vencer. En mayo de 1848, durante el congreso eslavo, estalló en Praga una insurrección encabezada por estudiantes y obreros. A petición del gobierno liberal recién instaurado, las tropas austriacas entraron en la ciudad para restablecer el orden, mandaron el congreso eslavo a freír espárragos y reafirmaron el control en Bohemia. Por razones económicas y políticas, el nuevo gobierno estaba decidido a mantener el imperio intacto. El régimen también envió tropas a recuperar el control en las provincias italianas de Lombardía y Véneto, y las disputas entre italianos favorecieron el éxito austriaco.

El nacionalismo y el contranacionalismo de Hungría prepararon el escenario para el acto final del drama. El parlamento húngaro había aprobado una serie de leyes que incluía nuevas disposiciones para la unión de Hungría y Austria. En el fragor de 1848, Fernando I tenía pocas alternativas a su acatamiento. Para evitar una insurrección campesina, el parlamento húngaro también abolió la servidumbre y puso fin a los privilegios de la nobleza. Asimismo, instauró la libertad de prensa y de

religión, y modificó los requisitos para poder votar de manera que incluyeran también a los pequeños propietarios. Muchas de estas medidas (llamadas las Leyes de Marzo) las habían reivindicado los campesinos húngaros, las comunidades judías y los liberales. Pero otras disposiciones, sobre todo la ampliación del control magiar, provocaron la oposición de croatas, serbios y rumanos inmersos en Hungría. El gobierno austriaco aprovechó estas divisiones. Nombró gobernador de la provincia disidente de Croacia al antimagiar Josip Jelačić. Animado por Austria, en primer lugar, Jelačić rompió lazos con Hungría y, después, lanzó un ataque. En respuesta, Kossuth reunió las fuerzas húngaras y volvió las tornas en su favor. El 14 de abril de 1848, Kossuth subió la apuesta y rompió todas las relaciones entre Austria y Hungría. El nuevo emperador austriaco, Francisco José, jugó entonces su última carta: pidió apoyo militar a Nicolás I de Rusia. Los Habsburgo eran incapaces de ganar aquella «guerra santa contra la anarquía», pero al ejército ruso, que excedía los trescientos mil hombres, le resultó más sencillo. A mediados de agosto de 1849, la revuelta húngara quedó aplastada.

En la propia ciudad de Viena, el movimiento revolucionario había perdido terreno. Cuando la crisis económica y el desempleo favorecieron el estallido de una segunda revuelta popular, las fuerzas del emperador, con apoyo ruso, cayeron sobre la capital. El 31 de octubre capituló el gobierno liberal. El régimen restableció la censura, disolvió la Guardia Nacional y las organizaciones estudiantiles, y dio muerte a veinticinco líderes revolucionarios ante un pelotón de fusilamiento. Kossuth se ocultó en Turquía y pasó el resto de su vida en el exilio.

1848 Y LOS PRIMEROS ESTADIOS DE LA UNIFICACIÓN ITALIANA

La península italiana no había vuelto a unirse desde el Imperio romano. A comienzos del siglo XIX era un mosaico de pequeños estados. Austria ocupaba los estados más septentrionales de Lombardía y Véneto, que eran, asimismo, los más urbanizados e industriales. Los gobiernos de la Toscana, Parma y Módena también estaban sometidos a los Habsburgo, lo que extendía la influencia austriaca por todo el norte de la península. Entre los estados italianos independientes se contaban el reino meridional de las Dos Sicilias, gobernado por miembros de la dinastía borbónica; los Estados Pontificios, dirigidos por el papa Gregorio XVI (1831-1846); y el reino de Piamonte-Cerdeña, el más importante de todos, regido por el monarca reformista Carlos Alberto (1831-1849), de la Casa de Saboya. Carlos Alberto no se entregó de manera especial a la creación de un estado nacional italiano, pero dado el poder económico de Piamonte-Cerdeña, su localización geográfica y la larga tradición de oposición a los Habsburgo, el estado de Carlos Alberto desempeñó un papel crucial

en el desarrollo de políticas nacionalistas y antiaustriacas.

El nacionalista italiano más destacado del período (cuya política republicana disgustaba a Carlos Alberto) fue Giuseppe Mazzini (1805-1872), de la ciudad de Génova, en Piamonte. Mazzini inició su carrera política como miembro de los carbonarios (véase el capítulo 20), una sociedad clandestina comprometida con la resistencia ante el control austriaco de la región y la instauración de un gobierno constitucional. En 1831, Mazzini fundó su propia sociedad, la Joven Italia, que era antiaustriaca y favorable a las reformas constitucionales, pero también dedicada a la unificación italiana. Carismático y persuasivo, Mazzini fue uno de los nacionalistas más conocidos de su tiempo. Hablaba en términos típicamente románticos sobre el despertar del pueblo italiano y sobre la misión de la gente común de llevar el republicanismo al mundo. Con él a la cabeza, los clubes de la Joven Italia se multiplicaron. Pero la táctica de la organización de tratar a sus miembros como los escogidos, la maquinación de motines y las rebeliones armadas se revelaron ineficaces. En 1834, Mazzini acometió una invasión del reino de Cerdeña. Sin apoyos suficientes, la organización se disolvió, y Mazzini marchó al exilio en Inglaterra.

La visión republicana de Mazzini de una Italia unida chocó con las aspiraciones de sus aliados potenciales. Muchos liberales compartían su compromiso con la creación de un solo estado italiano, pero no su entusiasmo por el pueblo y los movimientos populares. Más bien anhelaban una fusión de los gobiernos ya existentes en alguna forma de monarquía constitucional o, en unos pocos casos, un gobierno a las órdenes del papa. La insistencia de Mazzini en una república democrática entregada a una transformación social y política chocó a los liberales pragmáticos por utópica, y a los miembros acomodados de las clases medias, por peligrosa.

La confusión que barrió Europa en 1848 infundió esperanzas de cambio político y social, y situó la unificación italiana en el orden del día. Las revueltas populares obligaron a los reinos conservadores e independientes de la península a garantizar libertades civiles y un gobierno parlamentario. En el norte, las provincias de Véneto y Lombardía se rebelaron contra la ocupación austriaca. Carlos Alberto, del Piamonte-Cerdeña, les procuró apoyo militar y enarboló la bandera del nacionalismo italiano, aunque muchos lo acusaron de dar prioridad a la expansión de su propio poder. En Roma, un levantamiento popular desafió el poder del papa e instauró una república, con Mazzini a la cabeza. Estos movimientos no estuvieron coordinados ni tuvieron éxito a largo plazo. En cuestión de un año, los austriacos habían recuperado la ventaja en el norte. Fuerzas francesas al mando de Luis Napoleón intervinieron en los Estados Pontificios y, aunque hallaron una resistencia férrea por parte de los republicanos romanos reunidos por Giuseppe Garibaldi (véase más abajo), restauraron el poder del papa. Como la mayoría de los movimientos radicales de

1848, estos alzamientos fracasaron. Pero, eso sí, alentaron las esperanzas de los nacionalistas que hablaban de un *risorgimento*, o resurgimiento italiano, que devolvería la nación al puesto de liderazgo que había ocupado en la época romana y durante el Renacimiento.

Creación de un estado-nación

Las revoluciones de 1848 dieron lugar a la creación de nuevos estados-nación, a menudo, curiosamente, por parte de antiguos detractores del nacionalismo. Desde la Revolución francesa de 1789, los políticos conservadores habían asociado el sentimiento nacional con el liberalismo, las constituciones, reformas y nuevas comunidades políticas. El nacionalismo evocaba movimientos populares enfrentados a gobiernos autoritarios. Sin embargo, durante la segunda mitad del siglo se produjo un cambio espectacular en el terreno político. Los estados y gobiernos tomaron la iniciativa nacionalista. Alarmados por la agitación revolucionaria, promovieron el desarrollo económico, impulsaron reformas sociales y políticas, y persiguieron el reforzamiento de su base de apoyo. En lugar de permitir que los movimientos nacionalistas surgieran desde abajo, los estadistas consolidaron el poder de su gobierno y crearon naciones desde arriba.

FRANCIA BAJO NAPOLEÓN III

Napoleón III creía, como su tío, en su mandato personal y en el desarrollo de un estado centralizado. Su constitución, basada en la del primer Imperio francés, otorgaba al emperador el control de la economía, el ejército y los asuntos exteriores. La Asamblea, elegida por sufragio universal masculino, prácticamente carecía de poder y se limitaba a aprobar la legislación esbozada bajo la dirección del emperador por un Consejo de Estado. A pesar de la expansión burocrática, el régimen aspiró a someter las zonas rurales a un estado moderno que socavaba las élites tradicionales y fomentaba una relación nueva con el pueblo. «La confianza de nuestros rudos campesinos se puede ganar con una autoridad enérgica», tal como dijo uno de los representantes del régimen.

Napoleón III y su gobierno también adoptaron medidas para desarrollar la economía, con una fe casi utópica en la capacidad de la expansión industrial para generar prosperidad, apoyo político y gloria nacional. Un consejero del emperador lo expresó del siguiente modo: «Veo en la industria, la maquinaria y el crédito los auxilios indispensables para el progreso moral y material de la humanidad». El

gobierno, pues, fomentó una serie de avances económicos progresistas, entre ellos el crédito y otras formas novedosas de financiación. Aprobó leyes nuevas de sociedades limitadas para impulsar el crecimiento y firmó un tratado de libre comercio con Gran Bretaña en 1860. El gobierno también respaldó la fundación de *Crédit Mobilier*, una institución bancaria de inversión que vendía acciones públicas y financiaba iniciativas tales como la creación de vías ferroviarias, compañías de seguros y gas, las industrias del carbón y la construcción, y la creación del canal de Suez (véase el capítulo 22). Con otro talante, Napoleón III también permitió con desgana la existencia de sindicatos y la legalización de huelgas. Apelando a obreros y clases medias, aspiró a simbolizar el resurgimiento de su país como una potencia líder mundial.

Tal vez el mejor ejemplo de la política del Segundo Imperio lo constituya la transformación de la capital de la nación. En París, como en otras ciudades decimonónicas, la infraestructura medieval empezaba a ceder bajo el peso del desarrollo industrial. Las epidemias de cólera habían matado a veinte mil almas en 1832 y a diecinueve mil en 1849. En 1850, sólo una casa de cada cinco tenía agua corriente. Los incentivos económicos y de sanidad pública para reconstruir se multiplicaron por intereses políticos, ya que aquellas «condiciones insalubres» no sólo engendraban enfermedades sino también delincuencia, y revolución. La reconstrucción masiva, financiada por *Crédit Mobilier* entre otras instituciones de inversión, arrasó con buena parte del centro medieval de la ciudad y erigió treinta y cuatro mil edificios nuevos, entre ellos hoteles elegantes con los primeros ascensores. La industria de la construcción instaló nuevas conducciones de agua y redes de alcantarillado (una atracción popular en la Exposición Internacional de 1867), trazó 200 kilómetros de calles nuevas y racionalizó la circulación del tráfico (tal vez sin éxito) alrededor del Arco de Triunfo. Amplios bulevares, muchos bautizados con el nombre de los generales más famosos de Napoleón I, radiaban desde el arco. Esta renovación integral no benefició a todos. Aunque el régimen construyó residencias obreras modélicas, las demoliciones y el incremento de los alquileres empujó a la gente obrera fuera del centro de la ciudad, a suburbios cada vez más aislados. El barón Haussmann, que dirigió el proyecto, consideró la ciudad un monumento a «la limpieza y el orden», pero otras personas lo llamaron el «artista de la demolición». Durante siglos, los monarcas habían acometido proyectos masivos de edificación, pero éste fue distinto, un esfuerzo estatal consciente y sin precedentes por cambiar lo que los contemporáneos imaginaban como la «mecánica» o el «sistema» de la vida urbana moderna.

Con unas aspiraciones parecidas de grandeza, Napoleón III siguió una política exterior agresiva. En primer lugar, obtuvo unos resultados confusos contra Rusia en Crimea; luego triunfó contra los austriacos en Italia; después envió una expedición

aventurera a México, donde su intento por contribuir al establecimiento de otro imperio acabó convertido en un costoso fracaso. Por último, y esto fue lo más desastroso, el emperador se vio arrastrado a una guerra contra Prusia que conllevó el derrumbamiento de su régimen en 1870.

GRAN BRETAÑA VICTORIANA Y LA SEGUNDA LEY DE REFORMA (1867)

Gran Bretaña, menos alterada por la oleada revolucionaria de 1848, se mostró más dispuesta y capacitada para encauzar el curso de una reforma política y social significativa como continuación de un proceso iniciado ya en 1832 con la Primera Ley de Reforma. El gobierno recibió cada vez más demandas para que ampliara el sufragio más allá de las clases medias. La expansión industrial sostenía un estrato creciente de trabajadores muy cualificados y bastante bien pagados (formado casi en exclusiva por hombres). Estos obreros, concentrados en su mayoría en la industria textil, la ingeniería y la construcción, se apartaron de la tradición radical militante que había caracterizado la década de los cuarenta, los años del hambre, para volcarse, en su lugar, en la ayuda colectiva a través de cooperativas o sindicatos, cuya labor principal consistió en reunir fondos para cubrir seguros de vejez y desempleo. Consideraban la formación como una herramienta para el avance, y patrocinaron escuelas técnicas e instituciones similares financiadas por ellos o en su nombre. Estos trabajadores prósperos ejercieron verdadera presión para lograr la reforma electoral.

Algunos reclamaban el voto en nombre de la democracia. Otros retomaron argumentos de antiguas campañas de las clases medias para la reforma electoral: ellos eran trabajadores responsables, miembros respetables y honrados de la sociedad, con firmes convicciones religiosas y sentimientos patrióticos. Como indiscutibles leales al estado, merecían tanto como la clase media el derecho a votar y a contar con una representación directa. Estos trabajadores unieron en su lucha a muchos reformadores disidentes de clase media pertenecientes al partido liberal y cuyas creencias religiosas (como disidentes de la Iglesia de Inglaterra) los vinculó a las campañas obreras por la reforma. Los disidentes llevaban mucho tiempo discriminados. Tenían prohibido ejercer como funcionarios y formar parte del ejército, cuerpos a los que, según los liberales, debía accederse por méritos, y durante siglos habían estado excluidos de las principales universidades del país, Oxford y Cambridge, a menos que renegaran de su fe y suscribieran artículos de la Iglesia anglicana. Es más, se sentían agraviados por tener que pagar impuestos para mantener la Iglesia de Inglaterra, formada en buena medida por los hijos de la clase alta y regentada en pro de la sociedad terrateniente. El hecho de que la comunidad de «disidentes» atravesara la linde entre clases fue vital para la política del partido liberal y la campaña para la reforma del voto.

Los líderes de la clase obrera y los disidentes de clase media se unieron en una campaña nacional para lograr una ley de reforma nueva y una cámara de los comunes que respondiera a sus intereses. Obtuvieron el respaldo de algunos conservadores avispados, como Benjamín Disraeli (1804-1881), que esgrimieron que la vida política mejoraría, en lugar de trastocarse, con la incorporación de los «aristócratas del trabajo». En realidad, Disraeli apostó por que la nueva población de votantes apoyaría a los conservadores y, en 1867, llevó al Parlamento una ley que superaba con creces cualquiera de las propuestas de sus oponentes políticos. La Ley de Reforma de 1867 dobló el sufragio extendiendo el voto a todos los hombres que ganaran salarios bajos o pagaran diez libras o más al año en áreas urbanas (en general, todos los trabajadores cualificados), y los arrendatarios rurales que pagaran rentas de doce libras o más. Igual que en 1832, la ley redistribuyó escaños, de manera que las ciudades del norte ganaron representación a costa del sur rural. A la clase obrera «responsable» de ello la habían considerado digna de participar en los asuntos del estado.

La ley de reforma no decía nada acerca de las mujeres, pero una minoría importante insistió en que el liberalismo debía incluir el sufragio femenino. Sus defensores activaron un movimiento en pro del sufragio femenino basado en la notable participación de las mujeres en campañas previas de reforma, en especial, la Liga Anti-Leyes del Grano y las actuaciones para abolir la esclavitud. Esta causa encontró un seguidor apasionado en la figura de John Stuart Mill, tal vez el adalid de la libertad personal más brillante, entregado e influyente de todo el siglo. El padre de Mill había trabajado muy de cerca con el filósofo utilitario Jeremy Bentham, y el joven Mill había sido un utilitarista convencido (véase el capítulo 20). Sin embargo, siguió más allá hasta desarrollar ideas mucho más amplias sobre la libertad humana. En 1859, Mill escribió *Sobre la libertad*, una obra considerada por muchos la defensa clásica de la libertad individual frente al estado y la «tiranía de la mayoría». Durante el mismo período escribió conjuntamente con su amante, y más tarde esposa, Harriet Taylor, ensayos sobre los derechos políticos de las mujeres, la ley matrimonial y el divorcio. Por entonces, Taylor estaba presa en un matrimonio infeliz y para divorciarse necesitaba un decreto parlamentario. La relación de Taylor con Mill añadió, pues, cierta dosis de escándalo personal a sus ideas políticas, que sus coetáneos ya consideraban de por sí bastante escandalosas. La obra de Mill *El sometimiento de las mujeres* (1869), publicada después de fallecer Harriet, afirmaba lo que pocos alcanzaban siquiera a concebir: que las mujeres deben ser consideradas como individuos en el mismo plano que los hombres, y que la libertad de la mujer es una medida del progreso social. La obra fue un éxito internacional y, junto con *Sobre la libertad*, se convirtió en uno de los textos definitorios del liberalismo occidental. Pero los razonamientos de Mill no triunfaron. Sólo los movimientos activistas por el

sufragio y la crisis de la Primera Guerra Mundial trajeron el voto a las mujeres.

El momento culminante del liberalismo británico se produjo más o menos durante la década posterior a la Ley de Reforma de 1867. Con la apertura de puertas a la participación política, el liberalismo había logrado una reestructuración pacífica de las instituciones políticas y la vida social. Pero lo consiguió sometido a una presión considerable desde abajo, y en Gran Bretaña, como en otros lugares, los líderes liberales dejaron claro que esas puertas no estarían abiertas a todos. Su oposición al sufragio femenino resulta interesante en tanto en cuanto evidencia sus ideas acerca de la «naturaleza» masculina y femenina y su insistencia en que la individualidad femenina es incompatible con la estabilidad familiar. Pero también revela su concepción sobre el voto: la introducción de una papeleta era un privilegio específico que se le concedía a grupos sociales específicos a cambio de sus aportaciones a la sociedad y sus intereses en ella. Los hombres con propiedades defendían la ley y el gobierno representativo, pero se paraban en seco ante la perspectiva de una política verdaderamente democrática y no rehusaban la política de mano dura, donde imperaran la ley y el orden. Pero la ampliación del sufragio había aportado nuevos votantes con aspiraciones nuevas, y allanó el camino a las políticas socialistas y laboristas durante el último cuarto del siglo. Estas tensiones en el seno del liberalismo permitieron a los liberales trabajar desde gran variedad de regímenes políticos distintos, pero también auspiciaban conflictos futuros.

LA UNIFICACIÓN ITALIANA: CAVOUR Y GARIBALDI

Los intentos fallidos por unificar Italia en 1848 dejaron tras de sí dos visiones distintas sobre la modalidad de estado italiano. La primera estaba más vinculada a Mazzini, quien, como se ha visto, creía en una Italia republicana construida por el pueblo. La causa de Mazzini la retomó la atractiva figura de Giuseppe Garibaldi. Lejos de ser un teórico político, Garibaldi fue un guerrillero que había marchado al exilio en dos ocasiones: primero a América Latina, donde luchó con los movimientos independentistas, y después a Estados Unidos de Norteamérica. Como Mazzini, Garibaldi se entregó a la consecución de la unificación nacional a través de un movimiento popular.

Los nacionalistas más moderados abogaron por una vía de unificación decididamente distinta (una monarquía constitucional) que aspiraba a instaurar reformas políticas y económicas pero destinadas a gobernar sin democracia y sin las fuerzas que ella desataría. En lugar de alentar movimientos populares, estos moderados depositaron sus esperanzas en el reino de Piamonte-Cerdeña, cuyo rey, Carlos Alberto, había asumido la causa antiaustriaca en 1848. Aunque Carlos Alberto

fue derrotado y murió en el exilio, su hijo Víctor Manuel II (1849-1861) había captado para su gobierno a un hombre que encarnaría la concepción conservadora de nación: el conde Camillo Benso di Cavour (1810-1861), un habilidoso noble sardo. «En Italia, un movimiento democrático apenas tiene posibilidades de triunfo», declaró Cavour. Él persiguió más bien reformas políticas ambiciosas pero pragmáticas dirigidas por el estado. Como ministro de comercio primero y como primer ministro después, promovió la expansión económica, fomentó la construcción de una infraestructura moderna de transporte, reformó el sistema monetario y aspiró a incrementar la relevancia de Piamonte-Cerdeña en las relaciones internacionales. Garibaldi y Cavour, por tanto, representaron dos caminos diferentes para la unificación italiana: Garibaldi propugnaba la unificación desde abajo, Cavour, una unificación dirigida desde arriba.

El plan de Cavour dependía de la diplomacia. Como Piamonte-Cerdeña no tenía capacidad militar para oponerse a los austriacos en el norte de Italia, Cavour labró con destreza una alianza con uno de los rivales tradicionales de Austria: la Francia napoleónica. En 1858 Cavour mantuvo un encuentro secreto con Napoleón III, quien aceptó cooperar para expulsar a los austriacos de Italia si Piamonte cedía Saboya y Niza a Francia. En 1859, según lo previsto, provocaron una guerra con Austria, y durante un tiempo todo marchó bien para los aliados francoitalianos. Sin embargo, tras la conquista de Lombardía, Napoleón III acometió una retirada repentina inquieto ante la disyuntiva de tener que perder la batalla o enfrentarse a los católicos franceses enojados por la hostilidad de Cavour hacia el papa. Abandonado por los franceses, Piamonte no pudo expulsar a los austriacos de Véneto. Pero la campaña dio lugar a grandes ganancias. Piamonte-Cerdeña se anexionó Lombardía. Los ducados de Toscana, Parma y Módena aceptaron mediante plebiscito unirse al nuevo estado. Al final de este proceso en 1860, Piamonte-Cerdeña tenía más del doble de su tamaño original y era, con diferencia, el estado más poderoso de Italia.

Mientras Cavour consolidaba los estados del norte y el centro, los acontecimientos en los estados del sur parecían dejar también disponibles esos territorios. El impopular rey Borbón de las Dos Sicilias, Francisco II (1859-1860), tuvo que afrontar una revuelta campesina de expansión rápida que reavivó las esperanzas de insurrecciones anteriores en las décadas de 1820 y 1840. A su vez, aquella revuelta recibió el estímulo que necesitaba cuando Garibaldi arribó a Sicilia en mayo de 1860. «Los mil», tal como se llamaron a sí mismos los combatientes voluntarios de Garibaldi, personificaron el apoyo amplio para la unificación italiana: venían del norte y del sur, y entre sus filas se contaban miembros de la clase media, así como obreros y artesanos. Las tropas de Garibaldi tomaron Sicilia en nombre de Víctor Manuel (aunque Garibaldi insistía en que Sicilia mantuviera su autonomía), y luego continuó hacia el continente. En noviembre de 1860, las fuerzas de Garibaldi,

junto con insurgentes locales, habían tomado Nápoles y derribado el reino de Francisco II. Animado por el triunfo, Garibaldi apuntó hacia Roma, donde las tropas francesas custodiaban al papa.

La creciente popularidad de Garibaldi lo encaminó a un enfrentamiento con Cavour. «¿Qué pasará ahora? Es imposible preverlo», escribió el primer ministro a un amigo reflexionando sobre los acontecimientos en el sur. Cavour temía que las fuerzas de Garibaldi provocaran una intervención francesa o austriaca de consecuencias desconocidas. Temía el prestigio «irresistible» de Garibaldi. Sobre todo, Cavour prefería que la unificación italiana ocurriera con rapidez, bajo la administración de Piamonte-Cerdeña, sin desórdenes internos ni embrolladas e impredecibles negociaciones con otros estados italianos. «Mientras [Garibaldi] permanezca fiel a su bandera, hay que marchar junto a él —escribió Cavour—. Esto no quita que lo más deseable para la revolución [...] es que se consiga sin él.» Decidido a retomar la iniciativa, Cavour envió a Víctor Manuel y su ejército a Roma. Emocionado con el triunfo, el rey ordenó a Garibaldi que le cediera la autoridad militar, y éste obedeció. La mayor parte de la península se unió bajo un mismo mandato, y Víctor Manuel adoptó el título de rey de Italia (1861-1878). La idea de Cavour de la nación italiana había salido victoriosa.

Los pasos finales de la construcción de la nación territorial italiana llegaron de manera indirecta. Véneto siguió en manos austriacas hasta 1866, cuando Austria fue derrotada por Prusia y obligada a renunciar a sus últimos reductos italianos. Roma había resistido durante mucho tiempo a la conquista debido a la protección militar que Napoleón III acordó con el papa. Pero en 1870 el estallido de la guerra francoprusiana forzó a Napoleón a retirar las tropas. Aquel mes de septiembre, soldados italianos ocuparon Roma, y en julio de 1871 Roma se convirtió en la capital del reino unificado de Italia.

¿Qué ocurrió con la autoridad papal? El parlamento italiano aprobó una ley de garantías papales para definir y delimitar el estatus del papa, una ley que el pontífice de entonces, Pío IX, se apresuró a desafiar negándose a mantener ninguna relación con un gobierno secular irrespetuoso. Sus sucesores siguieron recluidos en el Vaticano hasta 1929, cuando una serie de acuerdos entre el gobierno italiano y Pío XI resolvió la disputa.

En 1871, Italia era un estado, pero la construcción nacional prosiguió con dificultades. Una minoría de la población «italiana» hablaba italiano; el resto usaba dialectos locales y regionales tan diversos que al personal docente enviado desde Roma a las escuelas de Sicilia lo tomaban por extranjero. Tal como comentó un político: «Hemos creado Italia; ahora hay que crear italianos». La tarea no resultó sencilla. El abismo que separaba el norte cada vez más industrializado del sur pobre y rural no disminuyó. Cavour y quienes lo sucedieron como primer ministro tuvieron

que bregar con esas diferencias económicas y sociales, con tensiones crecientes entre terratenientes y trabajadores del campo en las zonas rurales y con viejos resentimientos hacia el estado centralizado y de talante norteño. El bandidaje en el territorio del antiguo reino de las Dos Sicilias obligó a la administración central a enviar tropas para aplastar levantamientos serios, las cuales mataron a más gente que durante la guerra de unificación. Las diferencias regionales y las tensiones sociales, por tanto, convirtieron la construcción de la nación italiana en un proceso todavía inconcluso.

LA UNIFICACIÓN DE ALEMANIA: *REALPOLITIK*

En 1853, el ex revolucionario August Ludwig von Rochau escribió una obra breve de extenso título: *Los principios de la política realista aplicados a las circunstancias nacionales de Alemania*. Rochau perdió el idealismo y el fervor revolucionario de su juventud. «La cuestión de quién debe mandar [...] pertenece al ámbito de la especulación filosófica —escribió—. La política pragmática tiene que ver con el simple hecho de que sólo puede mandar el poder.» Según Rochau, el poder no se concentra en quienes persiguen una causa «justa», aquellos que apoyaban la constitución y los derechos concebidos por la Ilustración, sino que el poder llega de manera indirecta a través de vías diversas, como el desarrollo económico y las instituciones sociales. Las ideas de Rochau conquistaron la visión cambiante de amplios sectores de las clases medias alemanas. La *Realpolitik* se convirtió en el lema de las décadas de 1850 y 1860, y se asoció más con la figura profundamente conservadora y pragmática de Otto von Bismarck, cuya habilidad diplomática y política de fuerza desempeñaron un papel tan relevante en la unificación alemana. Pero la nación alemana no surgió a partir de los esfuerzos de un único estadista. Fue producto del desarrollo del sentimiento nacional, el replanteamiento de los intereses de la clase media, la diplomacia, la guerra y las pugnas entre el régimen y sus oponentes.

A pesar de la derrota decisiva que sufrió el liberalismo alemán en 1848, éste resurgió en el transcurso de una década enfrentado a dificultades considerables. El rey Federico Guillermo, firme antirrevolucionario, había garantizado a Prusia una constitución que instaurara un parlamento con dos cámaras, de manera que la cámara baja fuera elegida por sufragio universal masculino. Sin embargo, una serie de edictos modificaron el sistema electoral para reforzar las jerarquías de la riqueza y el poder. Las nuevas disposiciones dividieron a los votantes en tres grupos según la cantidad de impuestos que pagaban, de forma que sus votos se repartieran de manera acorde a ellos. (Este sistema se consideró un avance frente a la práctica tradicional de

la representación por estados, que se suprimió en Francia en 1789). Por tanto, los escasos votantes ricos que juntos pagaban un tercio de los impuestos del país elegían un tercio de los legisladores, lo que implicaba que un gran terrateniente o industrial concentraba un potencial de voto casi cien veces mayor que un obrero común. En 1858 Guillermo I, que había mandado las tropas contra los revolucionarios de 1848 en su juventud, se convirtió en príncipe regente de Prusia. (Guillermo pasó a ocupar el trono en 1861 y lo conservó hasta 1888). Aunque Prusia era un estado claramente conservador, no era un monolito. Una década de desarrollo industrial había aumentado el tamaño y la confianza de la clase media. A finales de la década de 1850, Prusia contaba con una intelectualidad liberal activa, una prensa cabal y comprometida y una administración pública liberal al servicio de la modernización política y económica. Estos cambios contribuyeron a forjar un movimiento político liberal que logró la mayoría en las elecciones de la cámara baja y pudo enfrentarse al rey con toda confianza.

La manzana de la discordia más notable (aunque no la única) entre los liberales y el rey fue la de los gastos militares. Guillermo quería ampliar el ejército regular, reducir el papel de las fuerzas de reserva (un grupo más vinculado a la clase media) y, sobre todo, asegurarse de que los asuntos militares no estaban sujetos al control parlamentario. Sus oponentes parlamentarios recelaban que el rey convirtiera el ejército en su fuerza privada particular, o en un estado dentro del estado. Entre 1859 y 1862 se deterioraron las relaciones, y cuando las protestas liberales no obtuvieron respuesta, se negaron a aprobar los presupuestos generales. Ante esta crisis, Guillermo nombró a Otto von Bismarck primer ministro de Prusia en 1862. (Un primer ministro responde ante el parlamento, pero Bismarck no lo hizo). Este momento crucial en la política interior prusiana se convirtió en decisivo para la historia de la nación alemana.

Bismarck, nacido en el seno de los *Junker*, la clase de los aristócratas hacendados y conservadores, no sólo apoyó la monarquía durante el período revolucionario de 1848 a 1849, sino que se opuso con furor al movimiento liberal. No fue un nacionalista. Ante todo era prusiano. No emprendió reformas domésticas por favorecer los derechos de un grupo en cuestión, sino porque creía que esas políticas unirían y consolidarían Prusia. Cuando maniobró para captar otros estados alemanes bajo el dominio prusiano, no lo hizo persiguiendo el proyecto de una gran Alemania, sino porque pensaba que esa unión era en cierto modo inevitable y que Prusia debía tomar la iniciativa. Bismarck reconocía abiertamente que admiraba el poder y que se consideraba destinado a alcanzar grandeza. En cierto momento pensó en seguir la carrera militar, una elección habitual entre la aristocracia, y más tarde lamentó que lo obligaran a servir a su país desde detrás de un escritorio y no en el frente. Pero, con independencia del puesto que ocupara, él siempre procuró mandar y aprovechar las

oportunidades que se le presentaron. «O toco el son que me gusta, o no toco nada», declaró. Tenía fama de egoísta, arrogante, y de expresar con toda franqueza sus opiniones. Pero la frase latina que más le gustaba citar resume su valoración más cautelosa de la política y de la relación entre los individuos, incluso los dominantes, y la historia: «No se puede crear o controlar el devenir del tiempo, sólo podemos movernos en su misma dirección e intentar conducirlo».

En Prusia, Bismarck desafió a la oposición parlamentaria. Cuando la mayoría liberal se negó a recaudar impuestos, él disolvió el Parlamento y los recaudó de todos modos, con el argumento de que la constitución, cualesquiera fueran sus propósitos, no se había diseñado para subvertir el estado. Con todo, las acciones más decisivas las acometió en política exterior. Aunque en su día se había opuesto al nacionalismo, Bismarck jugó con habilidad la carta nacional de adelantarse a sus adversarios liberales en casa y convertir la construcción de la nación alemana en un logro (y una prolongación) de la autoridad prusiana.

La otra potencia «alemana» era Austria, la cual ejercía una influencia considerable dentro de la Confederación Germánica y, en especial, sobre las regiones mayoritariamente católicas del sur. Bismarck apreciaba un fuerte contraste entre los intereses austriacos y los prusianos, creía que la utilidad de la Confederación ya había terminado, y explotaba con destreza las desventajas económicas de Austria y las luchas étnicas internas de los Habsburgo. Atizó las viejas ascuas de una disputa con Dinamarca por Schleswig y Holstein, dos provincias habitadas por alemanes y daneses, y reclamadas tanto por la Confederación Germánica como por Dinamarca. El sentimiento nacionalista liberal sobre las provincias se exaltó en la Confederación Germánica, y un noble liberal alemán que afirmaba ser el heredero legítimo de Schleswig-Holstein se convirtió en un héroe público menor. En 1864, el rey danés intentó anexionarse las provincias, con lo que instigó una protesta nacionalista alemana. Bismarck enfocó el conflicto como un problema prusiano, y convenció a Austria de que participara en la guerra contra Dinamarca. El conflicto armado fue breve y obligó al mandatario danés a ceder las dos provincias a Austria y Prusia. Tal como esperaba Bismarck, la victoriosa alianza no tardó en escindirse. En 1866 asignó a Prusia el papel de defensora de los grandes intereses alemanes y declaró la guerra a Austria. El conflicto, conocido como la Guerra de las Siete Semanas, acabó en victoria prusiana. Austria renunció a reclamar Schleswig y Holstein, entregó Véneto a los italianos y aceptó disolver la Confederación Germánica. En su lugar, Bismarck creó la Confederación Germánica del Norte, una unión de todos los estados alemanes situados al norte del río Meno.

Bismarck «aplicó políticas de fuerza con un ojo puesto en la opinión pública». Ambas guerras contaron con gran apoyo popular y las victorias prusianas debilitaron a los liberales que se oponían al rey y a su primer ministro. Después de la derrota de

Austria, los liberales prusianos dejaron de batallar por los presupuestos, el ejército y las disposiciones constitucionales. Bismarck también neutralizó a sus oponentes por otras vías. Admiraba el uso que hacía Napoleón III de los plebiscitos para reforzar su régimen y, al igual que el emperador francés, buscó apoyos entre las masas. Comprendió que los alemanes no necesitaban respaldar a las élites comerciales, ni la burocracia de sus pequeños estados, o a la Casa de Austria. La constitución de la Confederación Germánica del Norte parecía un órgano político más liberal, con una asamblea legislativa formada por dos cámaras, libertad de prensa y sufragio universal masculino en la cámara baja. Sin embargo, su estructura brindó a Prusia y su conservador mandatario una ventaja decisiva en la Confederación Germánica del Norte, así como en lo que pronto se convertiría en la ampliación del imperio (véase el capítulo 20).

El último paso en la consecución de la unión alemana lo representó la guerra francoprusiana de 1870-1871. Bismarck confiaba en que un conflicto con Francia despertaría el nacionalismo en Baviera, Württemberg y otros estados alemanes meridionales que aún permanecían fuera de la confederación, y acabaría con sus celos históricos hacia Prusia. Una tempestad diplomática relacionada con el derecho de los Hohenzollern (la dinastía de mandatarios prusianos) a ocupar el trono de España creó la ocasión perfecta para fomentar un malentendido francoalemán. El rey Guillermo accedió a reunirse con el embajador francés en el balneario de Ems, en Prusia, para debatir sobre la sucesión al trono de España. En un principio, Guillermo aceptó las demandas francesas, pero cuando los franceses cometieron la torpeza de reclamar que la estirpe Hohenzollern quedara «excluida a perpetuidad» del trono español, Bismarck aprovechó la oportunidad. Hizo público un telegrama del emperador y desveló a la prensa fragmentos del mismo para que pareciera que el rey Guillermo había desairado al embajador. Cuando la noticia llegó a Francia, la nación reaccionó con una declaración de guerra. Prusia repitió la declaración y Bismarck publicó pruebas que, a su parecer, desvelaban las aviesas intenciones de Francia en Renania.

En cuanto se declaró la guerra, los estados alemanes del sur se unieron al bando de Prusia. El conflicto acabó pronto. Ninguna potencia europea acudió al auxilio de Francia. Austria, la candidata más probable, seguía debilitada por la reciente guerra contra Prusia. Los magiares húngaros aceptaron con agrado aquella Prusia reforzada, puesto que cuanto más debilitada estuviera Austria como potencia «alemana», más peso tendrían las reivindicaciones magiares para compartir el poder dentro del imperio. En el campo de batalla, Francia no logró igualar a las fuerzas profesionales y espléndidamente equipadas de Prusia. La guerra comenzó en julio y terminó en septiembre con la derrota de los franceses y la captura de Napoleón III en Sedán, Francia. Fuerzas insurrectas de París siguieron resistiendo contra los alemanes

durante el invierno de 1870-1871, pero el gobierno imperial francés se desplomó.

El 18 de enero de 1871, en la Sala de los Espejos de Versalles, símbolo del pasado glorioso del absolutismo francés, se proclamó el Imperio alemán. Todos los estados alemanes que aún no habían sido absorbidos por Prusia, a excepción de Austria, declararon lealtad a Guillermo I, en adelante emperador o káiser. Cuatro meses después, en Fráncfort, el tratado entre franceses y alemanes cedió la región fronteriza de Alsacia al nuevo Imperio alemán, e impuso a los franceses el pago de una indemnización de cinco mil millones de francos. Prusia reunía el 60 por ciento del territorio y la población del nuevo estado. El káiser de Prusia, el primer ministro, el ejército y la mayoría de la burocracia continuaron sin cambios, ahora convertidos en el estado-nación de Alemania. Aquélla no era la nueva nación a la que aspiraban los liberales prusianos. Fue una «revolución desde arriba», no desde abajo. Pero los más optimistas consideraron que el Imperio alemán evolucionaría en una dirección política distinta, que con el tiempo conseguirían «propagar la libertad por toda la unión».

ESTADO Y NACIONALIDAD: FUERZAS CENTRÍFUGAS EN EL IMPERIO AUSTRIACO

Alemania salió de la década de 1860 transformada en una nación más fuerte y unida. El Imperio austriaco se hallaba en una situación muy distinta, con recursos diferentes, y acabó la década más debilitada, con un equilibrio precario y una monarquía dual multiétnica denominada austrohúngara.

Como se ha visto, el nacionalismo étnico fue una fuerza poderosa para la monarquía habsburguesa en 1848. Pero el estado habsburgués, que combinaba la represión militar con las tácticas para dividir a sus enemigos, se había revelado más eficaz. Abolió la servidumbre pero brindó muy pocas concesiones más a sus detractores. Los húngaros, que casi habían logrado la independencia en la primavera de 1848, básicamente fueron reconquistados. El concilio imperial evolucionó hasta convertirse en una Cámara de los Lores, formada por representantes aparentemente acomodados de cada nacionalidad. Asimismo, se proyectaron otras mejoras para consolidar el estado habsburgués. Ciertas reformas administrativas crearon un sistema legal nuevo y más uniforme, racionalizaron la recaudación de tributos e impusieron una política monolingüe favorable al alemán. El problema de organizar las relaciones étnicas, en cambio, sólo fue a peor. Entre las décadas de 1850 y 1860 las nacionalidades súbditas, tal como se las denominaba a menudo, protestaron con firmeza por la escasa relevancia de sus dietas (o parlamentos) locales, por la represión militar, por la privación cultural del derecho a voto y por los distritos electorales que reducían su representación. El malestar de los checos de Bohemia, por

ejemplo, fue en aumento con las políticas favorables a la minoría alemana de la provincia, lo que los animó a insistir cada vez más en su identidad eslava (un movimiento que alegró a Rusia, deseosa de convertirse en promotora de un amplio paneslavismo). Los húngaros, o magiares, la más poderosa de las nacionalidades súbditas, intentaron recuperar la autonomía que habían vislumbrado en 1848.

En este contexto, las dañinas derrotas de Austria ante Piamonte-Cerdeña en 1859 y Prusia en 1866 cobraron una relevancia muy especial. En 1866, la guerra en concreto obligó al emperador Francisco José a renegociar toda la estructura del imperio. Para evitar una revolución entre los húngaros, Francisco José acató una estructura federal nueva en forma de monarquía dual. Austria-Hungría usaban un sistema común de recaudación, un ejército común y seguían una política exterior y militar conjunta. Francisco José pasó a ser emperador de Austria y rey de Hungría. Pero los asuntos internos y constitucionales estaban separados. El *Ausgleich*, o acuerdo, permitió a los húngaros instaurar su propia constitución, su propia legislación y su propia capital uniendo las ciudades de Buda y Pest.

¿Y el resto de nacionalidades? La política oficial de la monarquía dual establecía que no debían ser discriminadas, y que podían usar sus idiomas particulares, pero la política oficial se impuso con laxitud. Tuvo más relevancia que los húngaros ascendieran y que les concedieran los beneficios de la nacionalidad política, puesto que esto sólo podía exacerbar sus relaciones con otros grupos. En la parte austriaca de la monarquía dual, las nacionalidades minoritarias como la polaca, checa y eslovena se resintieron de tener un estatus de segunda clase. En la parte húngara, el régimen se embarcó en un proyecto de magyarización con la finalidad de que el estado, la administración pública y las escuelas adquirieran un carácter más húngaro, unos esfuerzos que no sentaron nada bien a serbios y croatas.

Era imposible, pues, hablar de unificación nacional en territorio habsburgués. El emperador austriaco se opuso con firmeza al nacionalismo, por considerarlo, con razón, una fuerza centrífuga que destruiría su reino. A diferencia de los gobiernos de Francia, Inglaterra, Italia o Alemania, los Habsburgo no aspiraron a crear un estado-nación basado en una identidad cultural común. Más bien procuraron construir un estado y una estructura administrativa lo bastante robustos como para evitar que sus piezas constitutivas salieran centrifugadas, y para ello enfrentó entre sí a las diversas minorías y concedió la autonomía sólo en casos cruciales. A medida que avanzó el siglo XIX, las nacionalidades súbditas atraieron a otras potencias (serbios, rusos, otomanos) y aquellos malabarismos ganaron dificultad.

Nación y estado: la construcción de Rusia, Estados Unidos y Canadá

Los retos del nacionalismo y la construcción nacional también afectaron a Rusia, Estados Unidos y Canadá. En esos tres países, la construcción nacional conllevó la expansión territorial y económica, la incorporación de pueblos ajenos y, en Rusia y Estados Unidos, el enfrentamiento a los grandes problemas de la servidumbre y la esclavitud.

EL TERRITORIO, EL ESTADO Y LA SERVIDUMBRE: RUSIA

La servidumbre en Rusia, legalizada en 1649, había empezado a generar protestas significativas entre la intelectualidad bajo el reinado de Catalina la Grande (1762-1796). Después de 1789 y, sobre todo, tras 1848, la abolición de la servidumbre en otros lugares de Europa añadió urgencia al problema en Rusia. La abolición de la servidumbre pasó a formar parte del gran proyecto de conversión de Rusia en una nación moderna. Los métodos para ejecutarla suscitaron gran debate. Surgieron dos escuelas de pensamiento. Los «eslavófilos», o nacionalistas románticos, aspiraban a conservar las características distintivas de Rusia. Idealizaron la cultura tradicional rusa y la comunidad campesina, rechazaron el secularismo occidental, el comercialismo urbano y la cultura burguesa. En cambio, los «occidentalistas» deseaban que Rusia adoptara los progresos científicos, tecnológicos y educativos de Europa, que consideraban como los pilares del liberalismo occidental y la protección de los derechos individuales. Ambas tendencias coincidían en que la servidumbre debía abolirse. La nobleza rusa, en cambio, se opuso con tenacidad a la emancipación. El avance en este asunto se vio frenado por enrevesados debates sobre cómo compensar a los nobles por la pérdida de «sus» siervos y cómo sobrevivirían los siervos emancipados sin una redistribución de la tierra a escala completa. La Guerra de Crimea (véase más adelante) desatascó la cuestión. Tras ella, Alejandro II (1855-1881) forzó las cosas. Preocupado porque la servidumbre había mermado la fuerza rusa y contribuido a su derrota en la guerra, y convencido de que la servidumbre sólo seguiría provocando violentos conflictos, acabó con ella por decreto en 1861.

El decreto de emancipación de 1861 fue una reforma masiva pero, paradójicamente, supuso un cambio limitado. Garantizó los derechos legales de unos 22 millones de siervos y autorizó su derecho a una porción de la tierra que habían trabajado. Asimismo, exigió que el estado compensara a los hacendados por las propiedades cedidas. Sin embargo, los grandes terratenientes inflaron considerablemente sus reclamaciones de compensación y consiguieron guardarse para sí gran parte de las tierras más rentables. Como consecuencia, la tierra garantizada al campesinado fue con frecuencia de peor calidad e insuficiente para

mantenerse ellos y sus familias. Es más, los siervos recién liberados tenían que pagar sus tierras a plazos, lo que en realidad no se les concedía de manera individual sino a una comuna rural encargada de reunir sus pagos. Por consiguiente, el patrón de la vida rural rusa no experimentó un cambio radical. El sistema de pago retuvo al campesinado en los pueblos, no como agricultores libres e independientes, sino como trabajadores del campo para pagar a sus antiguos señores.

Mientras el estado ruso acometía reformas también incrementaba su territorio. Después de mediados del siglo, los rusos presionaron por el este y el sur. Invadieron y conquistaron varios reinos islámicos independientes situados en la vieja «ruta de la seda» y se expandieron por Siberia en busca de recursos naturales. La diplomacia rusa extrajo varias concesiones comerciales a los chinos que condujeron a la fundación de la ciudad siberiana de Vladivostok en 1860. Las diferencias raciales, étnicas y religiosas convirtieron el gobierno en una tarea desalentadora. En la mayoría de los casos, el estado ruso no aspiró a absorber las poblaciones de los territorios nuevos: la aceptación de las singularidades étnicas era una solución pragmática a las dificultades que entrañaba el gobierno de una población heterogénea. Cuando el estado hizo esfuerzos puntuales por imponer la cultura rusa, los resultados fueron desastrosos. Con el poder ostentado por los zares decimonónicos o, más tarde, por la Unión Soviética, las fuerzas centrífugas tiraron en contra de una verdadera unificación. La expansión ayudó a Rusia a crear un vasto imperio consistente en una sola pieza geográfica, pero en absoluto en una nación.

EL TERRITORIO, EL ESTADO-NACIÓN Y LA ESCLAVITUD:

LOS ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA

La Guerra de Secesión americana había legado a los Estados Unidos de América un conjunto disperso de estados esclavos y libres unidos en parte por pretensiones de expansión territorial. La denominada revolución jeffersoniana combinó aspiraciones democráticas con una campaña para ampliar las fronteras de la nación. Los líderes del movimiento durante el mandato del presidente demócrata-republicano Thomas Jefferson (1801-1809) promovieron que se añadiera a la constitución una carta de derechos, y fueron los responsables casi en exclusiva de su éxito. Aunque apoyaban, en principio, la separación de poderes, creían en la supremacía de los representantes del pueblo y contemplaron alarmados los intentos de las ramas ejecutiva y judicial por incrementar su poder. Apoyaban un sistema político basado en la aristocracia de «virtud y talento» donde el respeto por la libertad personal representara el principio que se debía seguir. Se opusieron a la instauración de una religión nacional y de privilegios especiales, ya fueran de cuna o de poder. Pero la concepción jeffersoniana

de la república se basaba en la independencia de los granjeros dueños de pequeñas tierras, y la independencia y la prosperidad de los mismos dependía de la disponibilidad de tierras nuevas. Esto convirtió la expansión territorial en un asunto clave para los Estados Unidos de Jefferson, tal como demostró la adquisición de Luisiana en 1803. La expansión acarrió complicaciones. Al tiempo que proporcionó tierras para muchos granjeros dueños de pequeñas parcelas en el norte y el sur, también incorporó millones de hectáreas de tierras algodoneras excelentes, lo que amplió el imperio de la esclavitud. La compra del puerto de Nueva Orleans rentabilizó el desarrollo de las tierras del sur, pero indujo a la república estadounidense a expulsar por la fuerza a los nativos del Viejo Sur al oeste del río Misisipí. Este proceso de expansión y expropiación se prolongó desde la administración de Jefferson hasta la era de Jackson, o la década de 1840.

Bajo la dirección de Andrew Jackson (1829-1837), los demócratas (tal como se llamaba ahora a algunos demócratas-republicanos) transformaron el liberalismo restringido de los jeffersonianos. Empezaron campañas para ampliar el sufragio a todos los varones blancos; defendieron que todos los cargos públicos debían ser elegidos en lugar de nombrados, y persiguieron la rotación frecuente de los hombres que ocupaban puestos de poder político (una doctrina que permitía a los políticos usar el patronazgo para crear partidos políticos nacionales). Es más, la concepción jacksoniana de la democracia y la nación se extendió hasta convertirse en una cruzada para incorporar más territorios a la república. «El destino manifiesto» de Estados Unidos, según escribió un redactor de Nueva York, «consistía en la expansión del continente asignado por la Providencia para el desarrollo libre de los millones en que nos multiplicamos cada año». Esa «expansión» incorporó Oregón y Washington a la Unión a través de un acuerdo con los británicos, y captó Arizona, Texas, Nuevo México, Utah, Nevada y California mediante la guerra con México, y todos estos casos conllevaron la expropiación masiva de las tierras de los indígenas americanos. En el norte, estos cambios reforzaron la confianza en el «gobierno democrático» y el «trabajo libre»; en el sur, en cambio, alimentaron un sentimiento de aislamiento y acentuaron el empeño de los sureños por una economía y una sociedad basadas en las plantaciones esclavistas. Al final, los cambios empujaron a los líderes políticos del sur hacia la secesión.

La expansión territorial no permitió que el gobierno estadounidense eludiera la cuestión de la esclavitud. La revolución haitiana había iniciado el largo y escabroso proceso de desmantelamiento de la esclavitud. Gran Bretaña clausuró el comercio trasatlántico de esclavos en 1807, al igual que Estados Unidos; Gran Bretaña abolió la esclavitud en 1838. La América hispana abolió la esclavitud en las primeras décadas del siglo XIX; Francia, durante la Revolución de 1848. A pesar del desarrollo del sentimiento antiesclavista, los propietarios de las plantaciones del sur, al igual que

los señores rusos con siervos, siguieron insistiendo en que sin el sistema esclavista se arruinarían. Como la nobleza rusa, respondieron a las aboliciones con argumentos basados en teorías de inferioridad hereditaria y en advertencias sobre el caos que, a su parecer, depararía la abolición. A medida que el país se expandió hacia el oeste, el norte y el sur se sumieron en un prolongado tira y afloja sobre si los nuevos estados debían ser «libres» o «esclavos». El fracaso de una serie de elaborados acuerdos condujo al estallido de la Guerra de Secesión (o guerra civil) en 1861.

Aquella pugna larga y costosa (una primera experiencia de los horrores de la guerra moderna) transformó la nación de manera decisiva. En primer lugar, abolió la esclavitud. En segundo lugar, instauró la superioridad del gobierno nacional sobre los derechos de cada estado. La decimocuarta enmienda de la Constitución establecía de manera específica que todos los estadounidenses eran ciudadanos de Estados Unidos, y no de un estado o territorio concretos. Al declarar que ningún ciudadano sería privado de vida, libertad o propiedad sin el debido proceso legal, estableció que el «debido proceso» debía definirlo el gobierno nacional, y no el estatal o territorial. En tercer lugar, durante el período subsiguiente a la guerra civil, la economía de Estados Unidos creció con una rapidez pasmosa. En 1865, existían unos 55.000 mil kilómetros de vías férreas en Estados Unidos; hacia 1900, había más de 300.000. La producción industrial y agrícola creció hasta situar Estados Unidos en condiciones de competir con Gran Bretaña. Como se verá más adelante, los industriales, banqueros y minoristas estadounidenses introdujeron innovaciones en las cadenas de montaje, en la organización corporativa y en publicidad que asombraron a sus homólogos europeos y otorgaron a Estados Unidos más peso en la política mundial. Todos estos avances formaron parte del proceso de construcción nacional, pero no superaron inveteradas divisiones raciales, regionales o clasistas. Aunque la guerra devolvió el sur a la Unión, el crecimiento del capitalismo del norte magnificó el atraso del sur como región agrícola subdesarrollada, cuya riqueza era explotada por los industriales del norte. Las compañías ferroviarias, que montaron la infraestructura nacional, se convirtieron en el enemigo clásico de los defensores de la reforma laboral y agraria. En estos aspectos, la Guerra de Secesión asentó las bases del estado-nación moderno estadounidense.

EXPANSIÓN TERRITORIAL: CANADÁ

La expansión de Estados Unidos también tuvo un efecto importante en su vecino del norte. En 1763, el Tratado de París había cedido territorios de Nueva Francia a Gran Bretaña. A lo largo del siglo XIX aumentaron las tensiones entre la población francófona, en su mayoría católica romana, de lo que acabó llamándose Quebec y los

colonos británicos que llegaron con posterioridad, en su mayoría protestantes. Aunque la unidad entre colonos europeos era frágil, se vio reforzada, al igual que en Estados Unidos, a medida que la expansión hacia el oeste desposeía a las poblaciones indígenas y las obligaba a asentarse en territorios independientes. El avance hacia el oeste, que brindó vastas extensiones para cereales e ingentes recursos madereros en las praderas y bosques canadienses, alimentó las demandas de mayor autonomía. El temor a caer presos del empuje expansionista estadounidense, en cambio, redujo las ansias de los canadienses anglófonos por romper del todo con el gobierno británico. En 1867, un decreto parlamentario concedió la independencia a Canadá, pero el país siguió siendo un «dominio» dentro de la Mancomunidad (*Commonwealth*) Británica. Una vez adquirida la categoría de dominio, el gobierno canadiense, como su equivalente estadounidense, se afanó por desarrollar una política de expansión económica y colonización. Se anexionó territorios, ofreció interesantes subvenciones granjeras para atraer inmigrantes europeos, vigiló las relaciones entre colonos e indios, y construyó numerosas vías férreas. El gobierno fomentó avances económicos que conectaron las ciudades canadienses, con lo que forjó redes independientes de Estados Unidos. Las nuevas vías férreas canadienses comunicaron los extensos campos de cereales del oeste con los puertos de mar que embarcarían esos cereales con destino al mayor cliente de Canadá en ultramar: Gran Bretaña. En cuanto a cultura, comercio y cuestiones de defensa nacional, los lazos entre el país independiente de Canadá y la «madre patria» continuaron firmes.

Crisis orientales y relaciones internacionales

Durante el siglo XIX, las cuestiones relacionadas con la identidad nacional y el poder internacional fueron imposibles de separar de las disputas territoriales. La guerra y la diplomacia formaron y reformaron fronteras mientras las naciones europeas buscaban a tientas un equilibrio sostenible de poder. El surgimiento de potencias nuevas, sobre todo el Imperio alemán, planteó una serie de retos al orden continental. El poder decreciente de los viejos regímenes resultó igualmente desestabilizador. La Guerra de Crimea, que duró desde 1854 hasta 1856, representó un intento especialmente espantoso por afrontar el más serio de esos derrumbamientos. Cuando el Imperio otomano perdió el control sobre sus provincias del sureste de Europa, la «cuestión de Oriente» sobre quién se beneficiaría del debilitamiento otomano arrastró a Europa a una guerra. No sólo estaban en juego meras adquisiciones territoriales, sino también intereses estratégicos, alianzas y el equilibrio de poder en Europa. Y aunque la guerra se produjo antes de la unificación de los estados alemanes e italianos, estructuró el sistema de la política de grandes potencias que guió Europa hasta (y, de hecho, hacia)

la Primera Guerra Mundial.

LA GUERRA DE CRIMEA, 1854-1856

Las causas fundamentales de la guerra radicaron en la «cuestión de Oriente». Pero la crisis que provocó guardó relación con la religión, en concreto, con las reivindicaciones francesas y rusas de proteger a las minorías religiosas y los lugares santos de Jerusalén dentro del Imperio otomano musulmán. En 1853, una disputa en tres direcciones entre Francia (en nombre de los católicos romanos), Rusia (representante de los cristianos ortodoxos orientales) y Turquía degeneró en un enfrentamiento ruso con el sultán turco. Confiada en que Turquía no lograría resistir, preocupada porque otras potencias sacaran provecho de la debilidad turca, y convencida (erróneamente) de que contaba con el apoyo británico, Rusia desplazó tropas hacia los territorios de gobierno otomano de Moldavia y Valaquia (territorios situados al norte y el oeste del punto donde el Danubio converge con el mar Negro). En octubre de 1853, convencida también de que tendría el apoyo británico, Turquía declaró la guerra a Rusia. El conflicto resultaría desastroso para los turcos, que en noviembre perdieron toda la armada en la batalla de Sinope. Pero el éxito de Rusia alarmó a británicos y franceses, quienes contemplaron la expansión rusa como una amenaza para sus intereses en los Balcanes, el este mediterráneo y, en el caso de los británicos, la ruta hacia la India. Decididas a contener la expansión, Francia y Gran Bretaña declararon la guerra a Rusia en marzo de 1854. En septiembre, arribaron a la península rusa de Crimea con la intención de dirigirse hacia la base naval rusa de Sebastopol, la cual sitiaron. A franceses, británicos y otomanos se les unió en 1855 el pequeño pero ambicioso estado italiano de Piamonte-Cerdeña, todos ellos en lucha contra Rusia. Ésta fue la ocasión en que Europa se acercó más a una guerra global desde 1815.

La guerra fue bastante breve, pero su gestión resultó devastadora. Las condiciones en la península de Crimea fueron horribles, y la desastrosa falta de recursos e higiene entre los británicos y franceses causó epidemias entre las tropas. Por lo menos fallecieron tantos soldados de tifus y cólera como en combate. La lucha fue amarga y se caracterizó por estrategias tan ineptas como la «carga de la Brigada Ligera», donde una unidad de caballería británica fue masacrada por la concentrada artillería rusa. Considerables batallas enfrentaron a decenas de miles de tropas británicas y francesas contra formaciones rusas, combates a menudo resueltos con bayonetas. A pesar de la firmeza disciplinada de las tropas británicas y francesas, y a pesar de la hegemonía marítima de esos países en los alrededores de Crimea, los rusos se negaron a reconocerlos como claros vencedores. Sebastopol, asediada durante casi un año, no

cayó hasta septiembre de 1855. El amargo e ingrato conflicto acabó con un tratado en 1856.

La bravura de las tropas francesas y sardas consolidó sentimientos nacionales positivos en sus respectivos países; en el caso de británicos y rusos, en cambio, la nefasta gestión bélica provocó oleadas de duras críticas. En lo que atañe a relaciones internacionales, los acuerdos de paz supusieron un revés severo para Rusia, cuya influencia en los Balcanes experimentó una caída espectacular. Las provincias de Moldavia y Valaquia se unieron para crear Rumania y convertirse en una nación independiente. Además, la renuncia de Austria a acudir en ayuda de Rusia le costó el apoyo de ese poderoso aliado oriental. La Guerra de Crimea puso a Francia en apuros y debilitó bastante a Rusia y Austria, lo que dio ventaja a Bismarck en la década de 1860, tal como se ha visto.

La Guerra de Crimea tuvo relevancia en otros aspectos. Aunque se libró esencialmente con los mismos métodos y la misma mentalidad empleados durante las guerras napoleónicas de cuarenta años antes, deparó unas cuantas novedades que auguraron la dirección que tomarían los conflictos bélicos de la modernidad. En ella se usaron por primera vez los rifles, las minas submarinas y la guerra de trincheras, así como el empleo táctico del ferrocarril y la telegrafía. Además, los primeros corresponsales de guerra y reporteros gráficos modernos cubrieron la guerra y la convirtieron en el conflicto armado más «público» hasta la fecha. La información se enviaba «en vivo» desde el escenario bélico por telégrafo a Gran Bretaña o Francia mediante detalles objetivos y concisos; el reportero del *Times* (de Londres) William Howard, por ejemplo, se deshizo en críticas al gobierno por las condiciones deplorables que soportaban sus soldados. La atención y el abastecimiento de las tropas se convirtieron en escándalos nacionales en la prensa popular, lo cual provocó cambios espectaculares en los sistemas de administración y logística militares, y convirtió en héroes a médicos y enfermeras como Florence Nightingale. El gobierno británico y algunas empresas editoriales enviaron fotógrafos para documentar la evolución de la guerra y, tal vez, también para rebatir las acusaciones de que las tropas estaban mal provistas y desnutridas. Roger Fenton, el más destacado y prolífico de aquellos fotógrafos de guerra, usó ese medio nuevo para captar las severas realidades de la vida en campaña, aunque las limitaciones técnicas y ciertas consideraciones políticas le impidieron retratar la carnicería más espantosa del campo de batalla. Con todo, las fotografías de Fenton carecían de las elegantes deformaciones de pinturas y grabados, y por tanto introdujeron un grado mayor de realismo e inmediatez en la idea pública de la guerra.

REALISMO: «LA DEMOCRACIA EN EL ARTE»

La información periodística procedente de la Guerra de Crimea fue extraordinaria, en parte, debido a que evitó el lenguaje heroico y jingoísta al que estaban habituados los lectores del siglo XIX. En este aspecto, reflejó el predominio de una tendencia cultural de mediados del siglo XIX: la emergencia del movimiento artístico que se conoce como realismo. Tanto en la pintura como en la literatura, el realismo significó una negación absoluta de las convenciones artísticas y las fórmulas hechas en pos de lo que los artistas consideraron representaciones más honestas, objetivas y auténticas del mundo. Si el romanticismo había perseguido verdades más elevadas, poniendo el énfasis en las emociones y la imaginación, el realismo centró la mirada en la realidad empírica. Tal como proclamó el pintor francés Gustave Courbet (1819-1877): «[E]l arte de la pintura sólo puede consistir en la representación de objetos visibles y tangibles para el artista».

La concentración realista en el mundo material debió mucho a los ideales de la ciencia decimonónica, que pareció abrirse paso entre la moral tradicional y las inquietudes filosóficas en busca de hechos empíricos. El novelista francés Émile Zola (1840-1902), que junto con Honoré de Balzac y Gustave Flaubert figura entre los escritores realistas más sobresalientes, aspiró a una representación exacta y científica de la sociedad. Leyó las teorías de Darwin sobre la evolución y a menudo modeló con severidad a sus personajes como víctimas de la herencia genética y las circunstancias sociales. Como muchos realistas, Zola también estuvo motivado por fuertes simpatías hacia la gente común y un deseo de justicia social. Sus novelas se enfrentaron a los numerosos problemas vitales de la clase obrera industrial (el alcoholismo, la pobreza, el hambre, las huelgas) al igual que las obras más célebres de Charles Dickens, las cuales incluyeron vividas descripciones de la miseria urbana, temperadas por un espíritu humanitario. Los pintores realistas también compartieron esta simpatía por el hombre (y la mujer) de a pie y sacudieron las sensibilidades refinadas convirtiendo en objeto de su obra a mendigos, mineros, lavanderas, trabajadores del ferrocarril, prostitutas y campesinos.

Las simpatías realistas por los pobres y los desposeídos llevaban inherente una crítica mordaz a la sociedad contemporánea. En paralelo con las demandas de democratización política y social, los artistas plásticos y literatos reclamaron la «democracia en el arte», la frase que usara Courbet para describir el realismo. Este movimiento, surgido después de los disturbios de 1848, se consideró a menudo como una manifestación directa del espíritu revolucionario y, de hecho, muchos de sus defensores fueron tímidos radicales políticos. Los críticos advirtieron con desdén que «la multitud vil, echada de la política, reaparecía en la pintura». Pero el realismo también estuvo marcado por la desilusión que caracterizó la era posrevolucionaria de reacción conservadora. Los movimientos políticos fueron ambivalentes. Lo que unía a los realistas era la creencia de que las clases inferiores tenían derecho a una

representación artística y literaria, y que eso exigía una observación meticulosa de los personajes y su entorno.

En Rusia, los escritores sintieron un impulso similar de tratar temas sociales y políticos como la pobreza, la delincuencia y los papeles de cada género, pero enlazaron esos contenidos con temas filosóficos más amplios, de manera que crearon un híbrido muy particular entre realismo y romanticismo. Iván Turguéniev, que pasó buena parte de su vida en Francia, fue el primer novelista ruso que logró gran popularidad en Europa occidental. Su melancólica novela *Padres e hijos* (1861), que condenaba el orden social existente, inspiró a un grupo de jóvenes intelectuales rusos que aspiraron a reformar la sociedad apartándose de la importancia que atribuían sus padres a la posición social, la riqueza y el ocio para, en lugar de eso, entregarse a «servir al pueblo». Fiódor Dostoievski (1821-1881), cuyas novelas reflejaron su desgarradora vida personal, exploró en ellas la psicología de mentes angustiadas con gran compasión e intensidad morbosa. El tercer novelista destacado de finales del siglo XIX, León Tolstói, examinó la sociedad rusa en novelas épicas tales como *Guerra y paz* (1862-1869), centrada en la suerte de individuos inmersos en los grandes movimientos de la historia.

Conclusión

Los veinte años que mediaron entre 1850 y 1870 fueron una época de intensa construcción nacional en el mundo occidental. La unificación de Alemania e Italia modificó el mapa de Europa y conllevó consecuencias cruciales para el equilibrio de poder. La emergencia de Estados Unidos como gran potencia también tuvo ramificaciones internacionales. Tanto para los estados-nación antiguos como para los nuevos, el desarrollo económico y la transformación política (con frecuencia a gran escala) representaron medios importantes para incrementar y afianzar el poder del estado. Pero eso obligó a tener en cuenta asimismo las demandas de gobiernos más representativos, la abolición de los privilegios y las reformas agrarias, amén de los sistemas de esclavitud y servidumbre. El estandarte del nacionalismo dejó tras de sí una estela con una serie explosiva de cuestiones sobre cómo equilibrar el poder y los intereses de las minorías y las mayorías, de los ricos y los pobres, de los poderosos y los desposeídos. En resumen, la construcción nacional impuso la transformación de las relaciones entre los estados y la ciudadanía.

Pero estas transformaciones fueron de todo menos predecibles. El nacionalismo se reveló como una fuerza volátil, errática y maleable a mediados del siglo XIX. De él salió buena parte del combustible que alimentó los movimientos revolucionarios de 1848, pero también contribuyó a desmembrar esos movimientos, con lo que socavó

los logros liberales. Quienes habían aunado sus fines democráticos para la creación de nuevos estados-nación sufrieron una gran decepción. Tras el fracaso de las revoluciones, la mayoría de las construcciones nacionales tomaron un rumbo conservador. El nacionalismo acabó sirviendo a los intereses de estadistas y burócratas contrarios al «despertar de los pueblos» y con serias reservas hacia la soberanía popular. Para ellos, las naciones sencillamente representaban estados modernos, organizados y más fuertes. Este ataque de construcción nacional dio como resultado una época de estabilidad notable en el continente, que marcó el comienzo de una era de expansión capitalista e imperial sin precedentes. No obstante, los antagonismos desatados por la unificación alemana y el derrumbamiento del Imperio otomano reaparecerían con la política de grandes potencias que precipitó la Primera Guerra Mundial.

Bibliografía seleccionada

- ABELLÁN, Joaquín, *Nación y nacionalismo en Alemania: la «cuestión alemana» (1815-1990)*, Madrid, Tecnos, 1997.
- ARIÈS, Philippe, y Georges DUBY (dirs.), *Historia de la vida privada. 8, Sociedad burguesa: aspectos concretos de la vida privada*, Madrid, Taurus, 1992.
- ARÓSTEGUI, Julio, *La Europa de los nacionalismos (1848-1898)*, Madrid, Anaya, 1991.
- AUBRY, Octave, *Napoleón III*, Barcelona, Planeta-De Agostini, 1996.
- AYÇOBERRY, Pierre, *La unidad alemana (1800-1871)*, Vilassar de Mar, Oikos-Tau, 1988.
- FEJTÖ, François, *Réquiem por un imperio difunto: historia de la destrucción de Austria-Hungría*, Madrid, Mondadori, 1990.
- GARCÍA MÉNDEZ, Esperanza, *Italia: de la unificación hasta 1914*, Madrid, Akal, 1994.
- GARIBALDI, Giuseppe, *Memorias*, Madrid, Globus, 1994.
- GORMAN, Michael, *La unificación de Alemania: documentos y comentarios*, Madrid, Akal, 1994.
- GRENVILLE, J. A. S., *La Europa remodelada, 1848-1878*, Madrid, Siglo XXI, 1991.
- GUICHONNET, Paul, *La unidad italiana*, Vilassar de Mar, Oikos-Tau, 1991.
- HEFFER, Jean, y William SERMAN, *Historia contemporánea. I, El siglo XIX: de las revoluciones a los imperialismos: 1815-1914*, Madrid, Akal, 1988.
- HOBBSBAWM, Eric, *Naciones y nacionalismo desde 1780*, Barcelona, Crítica, 2004.
- JOLL, James, *Historia de Europa desde 1870*, Madrid, Alianza, 1983.
- KOHN, Hans, *Historia del nacionalismo*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1984.

- KURTZ, Harold, *El Segundo Reich: la Alemania del káiser Guillermo II*, Barcelona, Nauta, 1970.
- LEÓN CONDE, Ángel, y Eduardo GUTIÉRREZ BENITO, *Alemania: de la unificación hasta 1914*, Madrid, Akal, 1985.
- MONTANELLI, Indro, *La Italia del Risorgimento (1831-1861)*, Barcelona, Plaza y Janes, 1974.
- MOSSE, George, *La nacionalización de las masas: simbolismo político y movimientos de masas en Alemania desde las guerras napoleónicas al Tercer Reich*, Madrid, Marcial Pons, 2005.
- NOCHLIN, Linda, *El realismo*, Madrid, Alianza, 1991.
- PALMADE, Guy (comp.), *La época de la burguesía: Europa (1848-1885)*, Madrid, Siglo XXI, 1993.
- SMITH, Anthony, *Nacionalismo: teoría, ideología, historia*, Madrid, Alianza, 2004.
- STÜRMER, Michael, *El Imperio alemán (1870-1919)*, Barcelona, Mondadori, 2003.
- TAYLOR, Alan J. R, *La monarquía de los Habsburgo, 1809-1918*, Barcelona, Argos Vergara, 1983.
- VOLTES, Pedro, *Bismarck*, Madrid, Palabra, 2004.
- WALLER, Bruce, *Bismarck*, Barcelona, Ariel, 2001.

SÉPTIMA PARTE

Occidente en el centro del mundo

Los años transcurridos entre 1870 y 1945 se han bautizado como la «era europea», y durante los mismos se produjeron tres grandes cambios. El primero consistió en la expansión veloz y espectacular de los imperios europeos. El desarrollo industrial de Europa occidental y Estados Unidos otorgó a estas naciones un poder sin precedentes dentro del circo mundial. El comercio, las guerras y los métodos de Occidente para ejercer el poder político funcionaron a escala planetaria. Ese peso mundial recién estrenado infundió confianza, pero también deparó crisis. Aunque la fuerza económica de las naciones occidentales les permitió dominar las partes menos desarrolladas del orbe, del mismo modo dio lugar a una competencia nueva y peligrosa entre ellas. El viejo sistema del «equilibrio de poder», pensado para basar la paz en la seguridad de que ningún país tuviera la capacidad de someter a otros, se tensó hasta romperse debido a las rivalidades que surgieron y se propagaron con rapidez por todo el mundo. El segundo cambio, más lento y más irregular, consistió en la emergencia de una política y una cultura de «masas»: la ampliación del sufragio y de las democracias liberales y parlamentarias, nuevas técnicas para movilizar (o manipular) a la ciudadanía y formatos culturales modernos que abarcaban desde periódicos y publicidad de masas hasta la radio y el cine. La tercera novedad guardó relación con las violentas transformaciones que conllevó la guerra. En dos ocasiones durante el período, en 1914 y 1939, estalló la presión nacional e internacional. En dos ocasiones durante este período, la guerra resultó terriblemente distinta de lo que habían esperado la ciudadanía, los soldados o los dirigentes políticos. Y en dos ocasiones durante este período, en 1918 y 1945, los europeos despertaron a un mundo apenas reconocible. Las dos guerras mundiales tuvieron consecuencias de gran alcance, entre las cuales figuraron la desmembración de los imperios europeos y la transformación del lugar que había ocupado Europa dentro del mundo.

CAPÍTULO 22

Imperialismo y colonialismo, 1870-1914

En 1869 se inauguró el canal de Suez con una celebración grandiosa. El yate imperial *L'Aigle*, con la emperatriz Eugenia de Francia a bordo, entró en el canal el 17 de noviembre seguido por sesenta y ocho buques de vapor que portaban al resto de la comitiva: el emperador de Austria, el príncipe heredero de Prusia, el gran duque de Rusia y muchos dignatarios más. Discursos floridos fluyeron a raudales, al igual que el champán. La ceremonia costó la friolera de 1,3 millones de libras y, aun así, la magnitud de la celebración palidecía al compararla con el propio canal. Éste, el mayor proyecto de este tipo y una hazaña magistral de la ingeniería, discurría a lo largo de 160 kilómetros de desierto egipcio para conectar el mar Mediterráneo con el mar Rojo, lo que reducía a la mitad el viaje desde Londres hasta Bombay. Como ruta rápida, barata y eficaz hacia el este, el canal adquirió una importancia estratégica inmediata. Es más, evidenció de manera espectacular (y para muchos europeos, justificaba) la capacidad del poder y la tecnología occidentales para transformar el globo.

La construcción del canal llegó como resultado de medio siglo de participación francesa y británica cada vez más dominante en el ámbito comercial, financiero y político de Egipto. Las tropas francesas al mando de Napoleón encabezaron la marcha, pero los banqueros británicos no tardaron en seguirlos. Los intereses financieros europeos establecieron una relación estrecha con quienes gobernaban Egipto como un estado semiindependiente dentro del Imperio otomano. En 1875 el canal en sí quedó bajo control británico, país que había comprado el 44 por ciento de las acciones del canal al jedive (virrey) de Egipto cuando éste se vio al borde de la bancarrota. A finales de la década de 1870, estas relaciones económicas y políticas habían generado deudas e inestabilidad en Egipto, así como consternación entre los inversores europeos que aguardaban los réditos de sus préstamos. En un intento por conseguir un estado independiente y una nación egipcia (apenas diferente del modelo europeo) libre de «interferencias» extranjeras, un grupo de oficiales del ejército egipcio (dirigido por Urabi Pasha) tomó el control del gobierno en 1882.

Tras mucho debate, el gobierno británico decidió intervenir. No creía que Suez estuviera en peligro, pero se propuso proteger sus inversiones mediante el control de los presupuestos y la imposición de una fianza. La armada real bombardeó las fuerzas

egipcias a lo largo del canal hasta reducir las a escombros. Una fuerza especial de tropas al mando del general colonial británico más destacado, Garnet Wolseley, arribó a las costas del canal próximas a la base central de Urabi Pasha. Wolseley planeó el ataque hasta el último detalle (el orden de las maniobras se parecía mucho al itinerario de un ferrocarril) y abrumó a las líneas egipcias justo antes del amanecer hasta ponerlas contra las bayonetas. Este acontecimiento impresionante devolvió el apoyo popular nacional, pero tuvo unas consecuencias políticas mucho más profundas durante más de setenta años. Gran Bretaña tomó el control efectivo de la provincia de Egipto. Lord Evelyn Baring (apodado de inmediato como Over Baring^[1] por los anticolonialistas británicos) asumió el papel de «procónsul» en una relación de poder compartido con las autoridades egipcias; una relación donde todo el poder real lo ostentaba Gran Bretaña. Ésta impuso condiciones para el reembolso de los préstamos que adeudaba el gobierno egipcio anterior y reguló el comercio egipcio de algodón que abastecía las fábricas textiles británicas. Pero lo más importante fue que la intervención aseguraba la ruta hacia la India y los mercados del este.

La confluencia tecnológica, monetaria y política que se produjo con el canal de Suez tipifica la interacción de la economía y el imperio en la Europa de finales del siglo XIX. Los años entre 1870 y 1914 conllevaron tanto una industrialización veloz de todo Occidente como la expansión vertiginosa del poder occidental en el extranjero. El «nuevo imperialismo» de finales del siglo XIX se diferenció por su alcance, intensidad y consecuencias a largo plazo. Transformó culturas, economías y estados. Proyectos tales como el canal de Suez modificaron (literalmente) el paisaje y el mapa del mundo. No sólo conllevaron nuevas fortunas y más ansias de poder, también representaban una ideología: la fe en la tecnología y en la superioridad de Occidente. Física y mentalmente, la apertura del canal de Suez socavó la noción de un «Oriente» separado de Occidente. En las mentes imperialistas, la eliminación de las barreras geográficas había abierto el mundo entero, sus tierras y pueblos, al poder administrativo de Occidente.

Sin embargo, el nuevo imperialismo no siguió una dirección única, ni se limitó a permitir que Occidente conquistara vastos territorios e impusiera sus condiciones al resto del mundo. Las nuevas relaciones políticas y económicas entre colonias y estados dependientes, por un lado, y la «metrópoli» (la potencia colonizadora), por otro, fluyeron en ambos sentidos, y comportaron cambios en ambas partes. La competencia feroz entre naciones arruinó el equilibrio de poder. El nuevo imperialismo fue una expresión de la fuerza europea, pero también resultó profundamente desestabilizador.

Imperialismo

El «imperialismo» es el proceso de extender el control de un estado sobre otro, un proceso que adopta numerosas formas. Los historiadores comienzan por distinguir entre imperialismo formal e informal. El «imperialismo formal», o colonialismo, se ejercía en ocasiones mediante un gobierno directo: las naciones colonizadoras se anexionaban territorios enteros e instauraban gobiernos nuevos para subyugar y administrar otros estados y pueblos. A veces, el colonialismo funcionaba a través de un gobierno indirecto: los conquistadores europeos establecían acuerdos con los líderes locales y los gobernaban. No existió una fórmula única de gestión colonial; como se verá, la resistencia obligó a las potencias coloniales a cambiar de estrategia con frecuencia. El «imperialismo informal» alude a un ejercicio de poder más sutil y menos visible, donde el estado más fuerte permitía que el débil conservara su independencia al tiempo que limitaba su soberanía. El imperialismo informal se ejerció consiguiendo zonas de soberanía y privilegio para Europa, como el uso de puertos mediante tratados pertenecientes a otros estados. Podía significar que usando la influencia económica, política y cultural de Europa se lograran tratados o condiciones comerciales.

Tanto el imperialismo formal como el informal experimentaron una expansión espectacular en el siglo XIX. La «pelea por África» representó el caso más vertiginoso y sorprendente de imperialismo formal: de 1875 a 1902 los europeos se apoderaron del 90 por ciento del continente. El cuadro global no resulta menos impresionante: entre 1870 y 1900, un pequeño grupo de estados occidentales (Francia, Gran Bretaña, Alemania, Países Bajos, Rusia y Estados Unidos) colonizó alrededor de la cuarta parte de la superficie sólida del planeta. Además de estas actividades, los estados occidentales desplegaron imperios informales en partes de China y Turquía, por el sur y el este de Asia y en América del Sur y Central. La expansión del poder y la soberanía europeos fue tan impactante que los contemporáneos de finales del siglo XIX hablaban del «nuevo imperialismo».

El imperialismo no era nuevo. Resulta más acertado concebir los cambios del siglo XIX como una nueva fase de la construcción imperial europea. Los «segundos imperios europeos» tomaron el control después de que los primeros imperios, sobre todo los del Nuevo Mundo, se desmoronaran por completo. El Imperio británico en América del Norte quedó destrozado en 1776 por la Revolución americana. Las ambiciones imperiales francesas al otro lado del Atlántico se vinieron abajo con Napoleón. La dominación española y portuguesa en América del Sur y Central finalizó con las revoluciones latinoamericanas de comienzos del siglo XIX. ¿En qué aspectos se diferenciaban los segundos imperios europeos del siglo XIX?

Los imperios decimonónicos se desarrollaron contra el telón de fondo de los cambios mencionados en capítulos anteriores: la industrialización, las revoluciones liberales y el surgimiento de los estados-nación. Estas variaciones transformaron

Europa, y también el imperialismo europeo. En primer lugar, la industrialización creó nuevas necesidades económicas de materias primas. En segundo lugar, la industrialización, el liberalismo y la ciencia forjaron una concepción distinta del mundo, de la historia y del futuro. Una característica particular del imperialismo decimonónico consistió en el convencimiento europeo de que el desarrollo económico y los avances tecnológicos llevarían el progreso de manera ineludible al resto del mundo. En tercer lugar, sobre todo en el caso de Gran Bretaña y Francia, las potencias imperiales del siglo XIX también eran en principio naciones democráticas, donde la autoridad gubernamental se basaba en el consentimiento y la igualdad de la mayoría de los ciudadanos. Esto dificultó la justificación de las conquistas y la subyugación, y planteó cuestiones cada vez más espinosas sobre la condición de los pueblos colonizados. Los imperialistas del siglo XIX aspiraron a distanciarse de historias de conquistas pasadas. No hablaban de captar almas para la Iglesia o súbditos para el rey, sino de la construcción de vías férreas y puertos, del fomento de reformas sociales y la consecución de la misión europea secular de civilizar el mundo.

Sin embargo, los aspectos «nuevos» del imperialismo decimonónico resultaron asimismo de los cambios y acontecimientos acaecidos fuera de Europa. La resistencia, la rebelión y el reconocimiento de los errores coloniales obligaron a los europeos a desarrollar estrategias de gobierno distintas. La Revolución haitiana de 1804, reproducida por las rebeliones esclavas de comienzos del siglo XIX, obligaron a británicos y franceses a acabar, de manera lenta, con el comercio de esclavos y la esclavitud en sus colonias entre las décadas de 1830 y 1840, aunque aparecieron otras formas de trabajos forzados para reemplazarlos. El ejemplo de la Revolución americana instó a Gran Bretaña a otorgar el autogobierno a los estados de colonos blancos de Canadá (1867), Australia (1901) y Nueva Zelanda (1912). En la India, como se verá, los británicos respondieron a la rebelión retirándole el territorio a la Compañía de las Indias Orientales y doblegándolo al control de la corona, la cual requirió servidores civiles para recibir un entrenamiento mayor y sometió a la población indígena a una vigilancia más estrecha. Casi en todas partes, los imperios del siglo XIX establecieron cuidadosos códigos de jerarquías raciales para organizar las relaciones entre europeos y distintos grupos indígenas. (El *apartheid* de Sudáfrica no es más que un ejemplo). En general, el imperialismo del siglo XIX guardó menos relación con una actividad «empresarial» independiente practicada por mercaderes y comerciantes (como la Compañía Británica de las Indias Orientales), y más con la «colonización y la disciplina». Esto convirtió el imperio en un vasto proyecto que implicó legiones de administradores, docentes de escuelas e ingenieros. El imperialismo del siglo XIX, pues, surgió por otros motivos. Generó formas nuevas de gobierno y gestión en las colonias. Y, por último, creó nuevas modalidades de

interacción entre europeos y pueblos autóctonos.

EL NUEVO IMPERIALISMO Y SUS CAUSAS

Todos los hechos históricos responden a muchas causas. Las causas de un cambio con el alcance, la intensidad y la trascendencia a largo plazo del «nuevo imperialismo» provocan, inevitablemente, acaloradas controversias. La interpretación más influyente y duradera apunta a la dinámica económica del imperialismo. Ya en 1902, el autor británico J. A. Hobson criticó que lo que él denominaba la «pelea por África» la habían impulsado los intereses de un pequeño grupo de financieros ricos. Los contribuyentes británicos sufragaron ejércitos de conquista y ocupación, y los periodistas alentaron la «sed de patriotismo» del público, pero Hobson consideraba que los intereses primordiales del imperialismo eran los de los capitalistas internacionales. Según él, en una época en que la feroz competencia económica estaba generando proteccionismo y monopolios, y en que Europa occidental no brindaba los mercados que la industria necesitaba, los inversores buscaron oportunidades seguras de inversión al otro lado del mar, en las colonias. Hobson veía a los inversores y banqueros internacionales como actores principales: «Se han hecho grandes ahorros que no encuentran inversión rentable en este país; deben encontrar empleo en otros lugares». Pero los inversores no estaban solos. Sus intereses coincidían con los de los industriales envueltos en el comercio colonial y la industria militar y de armamentos. Hobson fue un reformador y un crítico social. Su visión era que las finanzas y negocios internacionales habían distorsionado el concepto de los verdaderos intereses nacionales de Inglaterra. Él confiaba en que la democracia real sirviera de antídoto contra las tendencias imperiales del país.

El análisis de Hobson, todavía muy leído, inspiró la crítica marxista más influyente del imperialismo, la cual provino del socialista y líder revolucionario ruso Vladímir Ilich Lenin (véase el capítulo 21). Como Hobson, Lenin hizo hincapié en la economía del imperialismo. A diferencia de Hobson, consideró el imperialismo como parte integrante del capitalismo de finales del siglo XIX. La competencia y los monopolios que generaba habían reducido los beneficios en territorio nacional. Lenin aducía que los capitalistas sólo podían ampliar sus mercados internos subiendo los sueldos de los trabajadores, lo que conllevaría el efecto de reducir las ganancias. Por tanto, las «contradicciones internas» del capitalismo producían el imperialismo, el cual incitaba a los capitalistas a invertir y buscar mercados nuevos al otro lado del mar. Si ése era el caso, entonces las esperanzas de Hobson en la reforma democrática eran vanas; sólo el derrocamiento del propio capitalismo permitiría contener la expansión imperialista, el conflicto y la violencia. Lenin publicó su libro (*El*

imperialismo, fase superior del capitalismo, 1917) en plena Primera Guerra Mundial, una guerra que muchos consideraron imperialista. El momento atribuyó verdadera urgencia a su argumento de que sólo la revolución podría derrumbar el capitalismo, el imperialismo y las fuerzas que habían arrastrado el mundo al borde del desastre.

En la actualidad, los historiadores convendrían en que las presiones económicas fueron una causa importante del imperialismo, si bien sólo una. En el caso de Gran Bretaña, casi la mitad del conjunto de la inversión exterior, de cuatro mil millones de libras, se produjo dentro de su imperio. Tal como apuntaron Hobson, Lenin y sus contemporáneos con acierto, en las postrimerías del siglo XIX la ciudad de Londres se convirtió con rapidez en banquera del mundo. La demanda de materias primas favoreció que todos los países occidentales de Europa consideraran las colonias como una inversión necesaria, y contribuyó a convencer a los gobiernos de que la política imperialista valía la pena. El caucho, el estaño y los minerales de las colonias abastecían las industrias europeas, y los alimentos, el café, el azúcar, el té, la lana y los cereales abastecían a los consumidores de Europa. Pero la explicación económica tiene sus limitaciones. Los mercados coloniales eran, por lo común, demasiado pobres como para cubrir las necesidades de los industriales europeos. África, el continente por el que los europeos «pelearon» desesperadamente, era el más pobre y menos rentable para los inversores. En cuanto a la inversión al otro lado del Atlántico, antes de 1914 sólo una fracción muy pequeña del capital alemán se invirtió en sus colonias. En el caso de Francia, sólo la quinta parte del capital francés; de hecho, los franceses invirtieron más capital en Rusia, con la esperanza de consolidarla como aliada contra los alemanes, que en todas sus posesiones coloniales. Pero algunos de esos datos sólo se ven con claridad en retrospectiva. Muchos europeos del siglo XIX confiaban en que las colonias generaran beneficios. Los periódicos franceses, por ejemplo, informaron de que el Congo era «un territorio virgen rico, pujante y fértil», con «cantidades fabulosas» de oro, cobre, marfil y caucho. Esas esperanzas contribuyeron ciertamente al expansionismo, aun cuando los beneficios imperiales no cubrieran las expectativas de los europeos.

Una segunda interpretación del imperialismo incide en los motivos estratégicos y nacionalistas, más que en los intereses económicos. Las rivalidades internacionales reforzaron la idea de que estaban en juego intereses nacionales vitales, y aumentaron la determinación de las potencias europeas para controlar tanto los gobiernos como las economías de países y territorios menos desarrollados. Los políticos franceses respaldaron el imperialismo como un medio para restablecer el prestigio y el honor nacionales perdidos tras la humillante derrota ante Prusia en 1870-1871. Los británicos, por su parte, contemplaban alarmados el ritmo acelerado de la industrialización en Alemania y Francia, y temían perder sus mercados mundiales ya existentes o potenciales. Los alemanes, recién unificados en una nación moderna,

veían el imperio exterior como una posesión «nacional» que les correspondía por derecho natural y como una vía para ingresar en el «club» de las grandes potencias.

Esta segunda interpretación, no económica, acentúa la relación entre el imperialismo y la construcción nacional o estatal decimonónica. No siempre era evidente que las naciones tuvieran que ser imperios. Otto von Bismarck, arquitecto de la unificación alemana, consideró durante mucho tiempo el colonialismo exterior como una distracción frente a cuestiones mucho más serias en el continente europeo. Pero hacia las últimas décadas del siglo, Alemania se había unido a Francia e Inglaterra en lo que parecía una carrera apremiante por conseguir territorios. Los defensores del colonialismo (desde empresarios y exploradores hasta escritores — como Rudyard Kipling— y políticos) explicaron en detalle por qué era importante el imperio para una nación nueva. Las colonias evidenciaban algo más que potencial militar; revelaban el vigor de la economía de una nación, la firmeza de sus convicciones, la voluntad de su ciudadanía, la fuerza de sus leyes, el poder de su cultura. Una comunidad nacional fuerte podía asimilar a otras, llevar progreso a las tierras y gentes nuevas. Un defensor alemán de la expansión llamó colonialismo a «la prolongación nacional del deseo alemán de unidad». Los grupos de presión (o *lobbies*), como la Sociedad Colonial Alemana, el Partido Colonial Francés y el Real Instituto Colonial Británico, justificaban el imperio en términos similares, al igual que los periódicos, que reconocían además el atractivo de sensacionales historias de conquista en el exterior. Presentado de este modo, como parte de la construcción nacional, el imperialismo parecía elevarse por encima de intereses particulares o mundanos análisis sobre costes y beneficios. La cultura, la ley, la religión y la industria eran productos nacionales cruciales, y su valor crecía cuando se exportaban y defendían en el extranjero.

En tercer lugar, el imperialismo tuvo dimensiones culturales importantes. Un diplomático francés describió en cierta ocasión al aventurero imperial británico Cecil Rhodes como «una fuerza fundida en una idea»; lo mismo podría decirse del propio imperialismo. El imperialismo como idea entusiasmó a exploradores como el misionero escocés David Livingston, quien creía que la conquista británica de África erradicaría el comercio de esclavos en el este africano, e «introduciría a la familia negra en el conjunto de las naciones corporativas». Rudyard Kipling, poeta y novelista británico, escribió sobre la «carga del hombre blanco» (véase más adelante), una expresión famosa que aludía a la misión europea de «civilizar» lo que Kipling y otros consideraban las partes «bárbaras» y «descreídas» del mundo. Muchos europeos entendían la lucha contra el comercio de esclavos, el hambre, el desorden y el analfabetismo no ya como una razón para invadir África y Asia, sino también como un deber y una prueba para una civilización en cierto modo superior. Estas convicciones no causaron el imperialismo, pero ilustran la relevancia que cobró su

desarrollo para la imagen que Occidente tenía de sí mismo.

En resumen, es difícil desenmarañar las «causas» económicas, políticas y estratégicas del imperialismo. De modo que parece más importante entender cómo se superpusieron los motivos. Los intereses estratégicos convencieron a menudo a los gobernantes de que estaban en juego cuestiones económicas. Diferentes sectores (el ejército, financieros internacionales, misioneros, grupos de presión coloniales dentro del país) sostuvieron visiones distintas y a menudo enfrentadas sobre el propósito y las ventajas del imperialismo. La «política imperial» era menos una cuestión de planificación a largo plazo que una serie de respuestas rápidas, a menudo improvisadas, a situaciones específicas. Las rivalidades internacionales condujeron a los políticos a redefinir sus ambiciones. Así ocurrió con los exploradores, empresarios o grupos individuales de colonos que reclamaron territorios desconocidos hasta entonces y que los gobiernos nacionales se sintieron obligados a reconocer y defender. Por último, los europeos no fueron los únicos participantes en la escena. Sus aspiraciones y actuaciones las modelaron los cambios sociales en los países donde intervinieron, los intereses independentistas de los lugareños, y la resistencia que, la mitad de las veces, fueron incapaces de entender y de contener.

¿Existe alguna razón para calificar como «nuevo» el imperialismo del siglo XIX? La integración económica o el desarrollo de líneas de inversión y comercio en beneficio de los europeos no eran nuevos. El ejercicio «informal» y soterrado del poder europeo que actuó en América Latina, China y el Imperio otomano fue un proceso a un plazo mucho más largo. Este tipo de poder se propagó de manera más o menos continua a lo largo de la era moderna. Pero el imperialismo decimonónico sí disfrutó de aspectos novedosos o de características específicas debidas a cambios dentro de Europa y a la resistencia indígena a los europeos.

Imperialismo en Asia meridional

La India constituía el centro del Imperio británico, la joya de la corona. También era una herencia del desarrollo imperial del siglo XVIII, consolidada bastante antes de la época del «nuevo» imperialismo. La conquista de la mayor parte del subcontinente comenzó en la década de 1750 y se aceleró durante la era revolucionaria. La conquista de la India contribuyó a compensar la «pérdida» de América del Norte. El general Cornwallis, derrotado en Yorktown (Virginia), logró realizar una carrera brillante en la India. A mediados del siglo XIX, la India se había convertido en el punto focal de la nueva potencia global británica, que abarcaba desde África del sur hasta Australia pasando por Asia meridional. La conservación de esta región implicaba un cambio de táctica y de forma de gobierno.

Hasta mediados del siglo XIX, los territorios británicos en el subcontinente se hallaban bajo el control de la Compañía Británica de las Indias Orientales. Ésta contaba con un ejército propio formado por divisiones europeas e indias (mucho más extensas) y ostentaba el derecho de recaudar impuestos a los campesinos indios en las zonas rurales. Hasta comienzos del siglo XIX, la Compañía tuvo monopolios legales sobre el comercio de todas las mercancías, incluido el índigo, textiles, sal, minerales y, lo más lucrativo de todo, el opio. El gobierno británico había concedido monopolios comerciales en sus colonias de América del Norte. Pero, a diferencia de Norteamérica, la India nunca se convirtió en un estado colonizado. En la década de 1830, los europeos eran una minoría minúscula que ascendía a 45.000 entre una población india de 150 millones. El gobierno de la compañía era militar y represivo. Los soldados recaudaban impuestos; los servidores civiles llevaban uniforme militar; las tropas británicas requisaban con descaro los bueyes y carros del campesinado para usarlos a su antojo. Pero, en general, la Compañía no logró imponer su autoridad de manera uniforme. Gobernaba algunas áreas de forma directa, otras a través de alianzas con dirigentes locales, y otras, incluso, mediante el mero control de las mercancías y el dinero. Aquí, como en otros imperios, el gobierno indirecto implicaba la captación de colaboradores indígenas y la conservación de su buena voluntad. De ahí que los británicos fomentaran los grupos que habían aportado administradores en regímenes anteriores, los brahmanes y rajastaníes del norte de la India, a quienes consideraban soldados especialmente efectivos, y comerciantes de ciudades grandes como Calcuta. Ofrecían privilegios económicos, cargos estatales o puestos militares tanto a grupos como a naciones enteras dispuestos a aliarse con los británicos en contra de otros.

La política británica se movía entre dos polos: un grupo aspiraba a «occidentalizar» la India, el otro consideraba más seguro y más práctico ceder a la cultura local. Los misioneros cristianos, cuyo número aumentó a medida que se expandió la ocupación, estaban decididos a reemplazar la «superstición ciega» por la «afable influencia de la luz y la verdad cristianas». Indignados ante prácticas tales como los enlaces matrimoniales infantiles y el *sati* (la inmolación de las viudas en la pira funeraria de sus esposos), buscaron apoyo en Inglaterra para una ofensiva a gran escala contra la cultura hindú. Los reformadores seculares, muchos de ellos liberales, consideraban a hindúes y mahometanos propensos a formas de despotismo, tanto en la familia como en el estado, y orientaron su fervor reformador hacia cambios jurídicos y políticos. Pero otros administradores de la Compañía y de Gran Bretaña recomendaron a sus compatriotas que no se entrometieran en las instituciones y prácticas indias. «Los ingleses son tan fanáticos en política como los mahometanos en la religión. Creen que ningún país se puede salvar sin las instituciones inglesas», afirmó un administrador británico. El gobierno indirecto, aducían, sólo funcionaría

con la cooperación de los poderes locales. Conflictos como éste evidenciaron que los británicos jamás se pusieron de acuerdo acerca de una política cultural única.

DEL MOTÍN A LA REBELIÓN

La gestión de la Compañía tropezó a menudo con resistencia y protestas. Entre 1857 y 1858 se vio especialmente sacudida por lo que los británicos llamaron la «rebelión de los cipayos [de los soldados]», y ahora se conoce en la India como la Gran Rebelión de 1857. El levantamiento comenzó cerca de Delhi, cuando el ejército disciplinó a un regimiento de cipayos (el término tradicional que empleaban los británicos para designar a los soldados indios) por negarse a usar cartuchos de rifles lubricados con grasa de cerdo (algo inaceptable tanto para hindúes como para musulmanes). Pero, tal como observó el primer ministro Disraeli con posterioridad, «el declive y la caída de los imperios no son una cuestión de cartuchos engrasados». Las causas del motín fueron mucho más profundas y guardaron relación con reivindicaciones sociales, económicas y políticas. Campesinos indios atacaron tribunales de justicia y quemaron registros fiscales en protesta por las deudas y la corrupción. En regiones como Oudh, anexionada recientemente, los rebeldes defendieron a sus líderes tradicionales, depuestos de manera fulminante por los británicos. Los oficiales del ejército procedentes de castas privilegiadas se quejaron del trato arbitrario que recibían por parte de los británicos; primero los habían ascendido como aliados leales, pero después los habían obligado a servir sin lo que ellos consideraban títulos y honores. El motín se difundió por grandes extensiones del noroeste de la India. Las tropas europeas, inferiores a la quinta parte de los alzados en armas, se encontraron con que perdían el control. Los líderes religiosos, tanto hindúes como musulmanes, aprovecharon la oportunidad para denunciar a los misioneros cristianos enviados por los británicos y sus ataques a las tradiciones y prácticas locales.

Al principio, los británicos se encontraron ante una situación desesperada, con las zonas que controlaban incomunicadas entre sí y ciudades pro británicas sitiadas. Las tropas indias leales marcharon al sur de las fronteras, y las tropas británicas, recién llegadas de la Guerra de Crimea, embarcaron directamente desde Gran Bretaña para reprimir la rebelión. El conflicto se prolongó más de un año y los británicos reprodujeron las primeras masacres y vandalismos de los rebeldes con una campaña sistemática de represión. Unidades enteras de rebeldes fueron asesinadas sin posibilidad de rendirse, o bien fueron procesadas y ejecutadas en el acto. Se quemaron poblaciones y localidades que apoyaron a los rebeldes, igual que éstos habían quemado las casas y puestos de avanzada europeos. Pero la derrota de la

rebelión enardeció la imaginación del público británico. Tras el desastre sangriento y poco contundente de Crimea, la espantosa amenaza de la India británica y el heroico rescate de los rehenes europeos y del territorio británico por parte de las tropas se recibieron como noticias electrizantes. Las imágenes de los regimientos *Highland* de Escocia (vestidos con faldas escocesas de lana en medio del calor sofocante de la India) liberando a mujeres y niños blancos asediados llegaron a los hogares de todo el Reino Unido. En el plano político, los líderes británicos quedaron perplejos ante lo cerca que estuvo la revolución de llevarlos al desastre, y tomaron la determinación de no repetir jamás los mismos errores.

Tras el «motín», los británicos se sintieron obligados a reorganizar su imperio en la India mediante el desarrollo de estrategias distintas de gobierno. La Compañía de las Indias Orientales quedó abolida y sustituida por la corona británica. La soberanía británica se ejerció de manera directa, aunque los británicos también buscaron colaboradores y colectivos cooperadores. La India principesca quedó en manos de los príncipes locales, subordinados a los consejeros británicos. También se reorganizó el ejército e intentaron cambiarse las relaciones entre soldados. Las tropas indígenas se separaron unas de otras para evitar la «fraternización» que había resultado subversiva. Tal como lo expresó un oficial británico: «Si un regimiento se amotina, quiero que el siguiente lo considere tan extraño como para abrir fuego contra él». Más que antes incluso, los británicos intentaron mandar por medio de las clases altas indias en lugar de hacerlo en contra de ellas. La reina Victoria, ahora emperatriz de la India, estableció los principios del gobierno indirecto: «Respetaremos los derechos, la dignidad y el honor de los príncipes locales del mismo modo que los nuestros, y deseamos que ellos, al igual que nuestros propios súbditos, disfruten de la prosperidad y el progreso social que sólo se pueden asegurar mediante la paz interna y el buen gobierno». La reforma del servicio público permitió ocupar puestos nuevos a miembros de las clases altas indias. Los británicos tuvieron que replantearse su relación con las culturas indias. La actividad misionera se redujo, y los británicos encauzaron sus impulsos reformadores hacia proyectos más laicos relacionados con el desarrollo económico, vías férreas, carreteras, irrigaciones, etcétera. Aun así, el consenso en cuanto a estrategias coloniales efectivas fue complejo. Algunos administradores aconsejaron más reformas y cambios; otros tendieron a otorgar más apoyo a los príncipes; los británicos probaron ambas cosas a trancas y barrancas hasta el fin del mandato británico en 1947.

En la India, el representante más destacado del «nuevo imperialismo» fue lord Curzon, insigne conservador y virrey de la India de 1898 a 1905. Curzon intensificó los compromisos británicos con la región. Preocupado por la posición británica en el mundo, advirtió de la necesidad de fortificar las fronteras de la India lindantes con Rusia. Abogó por una inversión económica continua. Curzon hizo público su temor

de que la resistencia al imperio desgastara a los británicos y que, enfrentados a su incapacidad aparente para transformar la cultura india, se convirtieran en escépticos, se «aletargaran y pensarán sólo en la madre patria». Del mismo modo que Rudyard Kipling instó a británicos y estadounidenses a «asumir la carga del hombre blanco», Curzon rogó a sus compatriotas que consideraran la importancia crucial de la India para la grandeza británica.

¿Qué aportaba la India a Gran Bretaña? En vísperas de la Primera Guerra Mundial, la India era el mercado exportador británico más grande. La décima parte de todo el comercio del Imperio británico pasaba por las ciudades portuarias indias de Madrás, Bombay y Calcuta. La India tenía una relevancia fundamental para la balanza de pagos británica; los excedentes conseguidos allí compensaban los déficits con Europa y Estados Unidos. Los recursos humanos de la India tuvieron una importancia equivalente para Gran Bretaña. Mano de obra india trabajaba las plantaciones de té de Asam, junto a Birmania, y construyó asimismo vías férreas y embalses en África del sur y Egipto. El dominio británico supuso una enorme diáspora de trabajadores indios por todo el imperio. Más de un millón de sirvientes indios contratados abandonaron su país durante la segunda mitad del siglo. La India también dotó al Imperio británico de ingenieros, topógrafos, oficinistas, burócratas, profesores y comerciantes muy preparados. El líder nacionalista Mahatma Gandhi, por ejemplo, saltó a la escena pública por primera vez como joven abogado en Pretoria, Sudáfrica, donde trabajaba para una empresa india. Los británicos desplegaron tropas indias por todo el imperio. (Más tarde convocarían alrededor de 1,2 millones de soldados durante la Primera Guerra Mundial). Por todas estas razones, para hombres como Curzon era imposible imaginar el imperio, o incluso la nación, sin la India.

¿Cómo alteró la soberanía británica la sociedad de la India? La práctica británica del gobierno indirecto persiguió crear una élite india al servicio de los intereses británicos, un grupo «que pueda ejercer de intérprete entre nosotros y los millones que gobernamos, una clase de personas indias de color y sangre, pero con gustos, opinión, moral e intelecto inglés», tal como lo expresó un escritor británico. Con el tiempo, esta práctica creó un gran grupo social de sirvientes civiles y empresarios indios con formación británica, bien capacitados para gobernar y escépticos ante la afirmación británica de que la metrópoli aportaba progreso al subcontinente. Este grupo lideró el movimiento nacionalista que desafió el mandato británico en la India. Al mismo tiempo, este grupo se distanció cada vez más del resto de la nación. La mayoría aplastante de indios seguía formada por campesinos paupérrimos, muchos de ellos incapaces de pagar impuestos y, por tanto, endeudados con los terratenientes británicos y todos luchando por subsistir con parcelas de tierra cada vez más reducidas; trabajadores rurales del comercio textil obligados a bajar precios por las

importaciones de productos manufacturados baratos procedentes de Inglaterra; habitantes todos de la nación que acabaría convertida en la más poblada del mundo.

El imperialismo en China

En China, el imperialismo europeo también se desarrolló pronto, mucho antes de la era del «nuevo imperialismo». Pero allí adoptó formas distintas. Los europeos no conquistaron y anexionaron regiones enteras. En lugar de eso, forzaron acuerdos comerciales favorables a punta de pistola, crearon puertos mediante tratados donde los europeos vivían y trabajaban con una jurisdicción propia y establecieron avanzadas de actividad misionera europea (todo ello con tanta rapidez que los chinos decían que el país se lo estaban «repartiendo como un melón»).

Desde el siglo XVII, el comercio europeo con China (de lujos tan codiciados como la seda, la porcelana, los objetos de arte y el té) había tropezado con la resistencia del gobierno chino, que seguía la determinación de mantener a raya a los comerciantes extranjeros y, en general, la influencia exterior. Sin embargo, a comienzos del siglo XIX las ambiciones globales de Gran Bretaña y su poder creciente sentaron las bases de la confrontación. Liberados de las luchas contra Napoleón, los británicos centraron la atención en mejorar los términos del comercio chino mediante la exigencia del derecho de usar puertos abiertos y de gozar de privilegios comerciales especiales. La otra fuente de fricción constante estribaba en el trato severo que recibían los súbditos británicos por parte de los tribunales de justicia chinos, como ejecuciones sumarias de varios británicos condenados por delitos. Y en la década de 1830 esos conflictos diplomáticos se intensificaron con el comercio de opio.

EL COMERCIO DE OPIO

El opio procuró un enlace directo entre Gran Bretaña, la India británica y China. Desde el siglo XVI, el estupefaciente se había producido en la India y comercializado a través de holandeses, y más tarde, británicos. De hecho, el opio (derivado de la adormidera) era uno de los poquísimos productos que los europeos podían vender en China y, por esta razón, resultó crucial para equilibrar el comercio entre Oriente y Occidente. Cuando los británicos conquistaron el noreste de la India, también se anexionaron una de las regiones más florecientes para el cultivo de opio y se implicaron profundamente en su comercialización —tanto que los historiadores no se reprimen en calificar la Compañía de las Indias Orientales de «imperio narco-militar»—. Las agencias británicas designaron regiones específicas para el cultivo de

adormidera y ofrecieron anticipos en metálico a los agricultores indios dispuestos a explotar este cultivo. La producción de opio conllevaba un proceso de trabajo intensivo: los agricultores extraían la savia de las cabezas de adormidera, otros limpiaban la savia y formaban con ella bolas de opio que debían secar antes de pesarlas y cargarlas en embarcaciones. En las regiones productoras de opio al noroeste de Calcuta, las «fábricas» llegaron a emplear hasta mil indios para dar forma y curar el opio, además de niños pequeños cuyo trabajo consistía en girar las bolas de opio cada cuatro días.

Desde la India, la Compañía de las Indias Orientales vendía el opio a «comerciantes nacionales», es decir, pequeñas flotas de navieras británicas, holandesas y chinas que llevaban el narcótico al sureste asiático y China. La plata pagada por el opio regresaba a la Compañía Británica de las Indias Orientales, la cual la empleaba a su vez en comprar productos chinos para el comercio europeo. Este comercio, por tanto, no sólo resultaba rentable, sino también clave para la relación económica triangular entre Europa, la India y China. La producción y la exportación experimentaron un crecimiento espectacular a finales del siglo XIX. Hacia la década de 1830, cuando el enfrentamiento británico-chino empezaba a aparecer, el opio reportaba a la India británica más ingresos que cualquier otra fuente, con la salvedad de los impuestos sobre la tierra.

Gente del mundo entero consumía opio, bien por razones médicas, bien por placer. El mercado chino era especialmente lucrativo. Durante el siglo XVIII, China había atravesado la fiebre del tabaco fumado que enseñó a fumar opio a los consumidores. Una élite amplia y adinerada de mercaderes y funcionarios del gobierno chinos sostuvieron buena parte del mercado, pero la moda de fumar opio también se extendió entre soldados, estudiantes y obreros. En el siglo XIX, el comercio del opio se extendió por todo el mundo siguiendo la emigración de la mano de obra china, desde el sureste asiático hasta San Francisco. El gobierno chino se afanó por controlar el problema e ilegalizó las importaciones de opio, prohibió la producción nacional, penalizó su consumo fumado y en la década de 1830 emprendió una campaña a gran escala para eliminar el narcótico de China. Aquella campaña abocó al emperador chino hacia un conflicto con los comerciantes británicos de opio. Durante un enfrentamiento, el comisario chino de estupefacientes, Lin, confiscó a los británicos más de millón y cuarto de kilogramos de opio puro, y los arrojó al mar. Durante otra refriega, las autoridades chinas bloquearon los barcos británicos atracados en puerto y la ciudadanía local se manifestó con ira ante las residencias británicas.

Las guerras del opio

En 1839, estos conflictos contenidos estallaron en lo que se denominó la primera «guerra del opio». El meollo del asunto no radicaba en las sustancias estupefacientes, sino que éstas pusieron de manifiesto problemas mayores relacionados con cuestiones de soberanía y de estatus económico: los «derechos» de los europeos para comerciar con quien les viniera en gana, saltándose los monopolios chinos; la creación de zonas de residencia europeas que desafiaban la soberanía china, y el proselitismo y la apertura de escuelas. La guerra estalló varias veces a lo largo del siglo. Tras la primera guerra de 1839-1842, en la que los barcos de vapor y las armas de los británicos abrumaron a la flota china, el Tratado de Nankín (1842) obligó a los chinos a conceder privilegios comerciales a los británicos, el derecho a residir en cinco ciudades y el puerto de Hong Kong «a perpetuidad». Tras la segunda guerra, los británicos consiguieron aún más tratados con concesiones de puertos y privilegios, incluido el derecho a enviar misioneros. En el período subsiguiente a esos acuerdos entre chinos y británicos, otras naciones demandaron derechos y oportunidades económicas similares. Hacia finales del siglo XIX, durante el período del nuevo imperialismo, franceses, alemanes y rusos ya habían reivindicado derechos de minería y permiso para construir vías férreas, para iniciar una industria manufacturera con mano de obra barata china y para establecer y supervisar comunidades europeas en ciudades chinas. En Shanghái, por ejemplo, residían diecisiete mil extranjeros con tribunales, escuelas, iglesias y servicios propios. Para no quedarse al margen, Estados Unidos reclamó su propia «política de puerta abierta». Japón era una potencia imperialista igualmente activa en el Pacífico, y la guerra chino-japonesa de 1894-1895 marcó un momento decisivo en la historia de la región. La victoria japonesa obligó a China a conceder privilegios comerciales, la independencia de Corea y la península de Liaotung en Manchuria. Inició una pugna por las esferas de influencia y por concesiones mineras y ferroviarias. La demanda de indemnizaciones obligó al gobierno chino a gravar con impuestos más altos. Todas estas medidas aumentaron el resentimiento y desestabilizaron el régimen.

Los privilegios que obtuvieron europeos y japoneses con la rendición socavaron gravemente la autoridad interna del emperador chino Qing (Ching) y sólo acentuaron la hostilidad popular hacia los intrusos extranjeros. Hacia 1900 la autoridad en el centro imperial llevaba más de un siglo sufriendo un desgaste que aceleraron las guerras del opio y la amplia rebelión Taiping (1852-1864), un conflicto enorme, amargo y que causó gran mortandad, con el que rebeldes cristianos radicales de China central meridional desafiaron la autoridad de los mismísimos emperadores. Durante la defensiva contra los rebeldes, la dinastía contrató a generales extranjeros para mandar a sus fuerzas, entre ellos el comandante británico Charles Gordon. La guerra devastó el corazón agrícola de China, y la cifra de muertos, jamás confirmada, pudo ascender a veinte millones de personas. Este desorden desastroso y la

incapacidad creciente del emperador para mantener el orden y recaudar los impuestos necesarios para estabilizar el comercio y devolver los préstamos extranjeros, animaron a los países europeos a asumir un control cada vez más directo de su parte del «comercio chino».

LA REBELIÓN DE LOS BÓXERS

Desde una perspectiva occidental, la rebelión más importante contra las corrupciones del mandato foráneo durante el siglo XIX la representó la rebelión de los bóxers de 1900. Los bóxers eran una sociedad secreta de hombres jóvenes entrenados en artes marciales chinas y convencidos de poseer poderes espirituales. Ellos, contrarios a los extranjeros y a los misioneros, aportaron la chispa para el estallido de un levantamiento poco organizado pero muy generalizado en el norte de China. Bandas de bóxers atacaron a ingenieros extranjeros, despedazaron líneas férreas y en la primavera de 1900 se manifestaron en Pekín. Pusieron sitio a las legaciones extranjeras de la ciudad, hogar de varios miles de diplomáticos y comerciantes occidentales y sus familias. La pequeña guarnición de las legaciones defendió su recinto amurallado con poco más que rifles, bayonetas y artillería improvisada, pero resistió el cerco durante cincuenta y cinco días hasta que, para su gran alivio, llegó una columna. La rebelión, sobre todo el sitio de Pekín, movilizó una respuesta global. Las grandes potencias europeas, rivales en otras partes del mundo, se unieron como respuesta a la crisis para destruir China. Una expedición de veinte mil soldados (formada por la combinación de fuerzas británicas, francesas, estadounidenses, alemanas, italianas, japonesas y rusas) reprimió el movimiento bóxer de manera implacable. Las potencias exteriores reclamaron entonces indemnizaciones, nuevas concesiones comerciales y garantías del gobierno chino.

La rebelión bóxer fue uno de los movimientos antiimperialistas de finales del siglo XIX. La revuelta testimonió lo vulnerable que era la capacidad imperial europea. Puso de manifiesto los recursos que los europeos tendrían que destinar al mantenimiento de su vasta influencia. Durante la represión, los europeos se vieron abocados a apoyar gobiernos corruptos y frágiles para proteger sus acuerdos e intereses, y empujados a acallar levantamientos populares contra las desigualdades locales y el dominio extranjero.

En China, la era del «nuevo imperialismo» coronó un siglo de conflicto y expansión. Hacia 1900 los europeos se habían repartido prácticamente toda Asia. Japón, una potencia imperial activa en toda regla, se había limitado a conservar su independencia. La hegemonía británica se extendió desde la India hasta Birmania, Malasia, Australia y Nueva Zelanda. Los holandeses, viejos rivales comerciales de

Gran Bretaña, consiguieron Indonesia. Durante la década de 1880, los franceses se desplazaron hacia Indochina. La competencia imperial (entre Gran Bretaña, Francia y Rusia; China y Japón; y Rusia y Japón) causó la pugna por adquirir ventajas económicas y de influencia en Asia; esta lucha exacerbó, a su vez, sentimientos nacionalistas. La expansión imperial, expresión del potencial europeo, estaba evidenciando sus efectos desestabilizadores.

EL IMPERIALISMO RUSO

Rusia se mantuvo constantemente como potencia imperialista durante el siglo XIX. Sus gobernantes defendieron una política de anexiones (mediante conquistas, tratados o ambas cosas) de las tierras lindantes con el estado ruso ya existente. Los zares iniciaron esta estrategia en 1801, con la adquisición de Georgia tras una guerra contra Persia, y continuaron la persecución de su sueño expansionista. Besarabia y Turkestán (arrebataados a los turcos) y Armenia (a los persas) ampliaron en gran medida las dimensiones del imperio. Esta colonización hacia el sur llevó a los rusos al borde de un conflicto armado contra Gran Bretaña en dos ocasiones: primero en 1881, cuando las tropas rusas ocuparon territorios en la región transcaspiana; y entre 1884 y 1887, cuando las fuerzas del zar avanzaron hasta la frontera de Afganistán. En ambos casos los británicos temieron incursiones en áreas que consideraban inmersas en su esfera de influencia en Oriente Medio. Pero, además, les preocupaba la posible amenaza de la India. Las maniobras, espionajes y acuerdos con gobiernos títeres amigos practicados por Rusia y Gran Bretaña acabaron conociéndose como el «gran juego», y prefiguraron las pesquisas de los países occidentales para hacerse con los recursos petroleros de la región durante el siglo XX.

La expansión rusa también se deslizó hacia el este. En 1875, los japoneses cambiaron a los rusos la mitad meridional de la isla Sajalín por las islas Kuriles. El avance hacia el este del zar fue detenido al fin en 1904. La expansión rusa en Mongolia y Manchuria tropezó con la expansión japonesa, y ambas potencias entraron en guerra. El descomunal ejército imperial ruso se encontró con la horma de su zapato en un conflicto salvaje y sanguinario. La armada rusa dio media vuelta al mundo para servir de refuerzo a sus acosadas tropas, pero sufrió una emboscada y acabó hundida por la flota japonesa, mejor entrenada y equipada. Esta humillación nacional (véase el capítulo 23) contribuyó al estallido de una revuelta en Rusia y dio lugar al tratado de paz de 1905, auspiciado por Estados Unidos. La derrota sacudió el régimen ya inestable del zar y evidenció que las naciones europeas no eran las únicas capaces de practicar el juego imperial con éxito.

El imperio francés y la misión civilizadora

Al igual que la expansión británica en la India, el colonialismo francés en el norte de África comenzó antes del llamado nuevo imperialismo de finales del siglo XIX. Hacia la década de 1830, los franceses habían creado un gobierno general de sus posesiones en Argelia, las más importantes de las cuales eran ciudades a lo largo de la costa mediterránea. Desde el principio, la conquista de Argelia difirió de la mayoría del resto de operaciones coloniales: Argelia se convirtió en un estado colonizado, uno de los pocos aparte de Sudáfrica. Algunos de los primeros colonos eran socialistas utópicos que marcharon allí para crear comunidades ideales; algunos eran trabajadores deportados por el gobierno francés después de la Revolución de 1848 para que se asentaran allí sin peligro como granjeros; y algunos eran vinicultores cuyos viñedos habían quedado destrozados por una plaga de insectos. Los colonos no eran sólo franceses; entre ellos había comerciantes y tenderos modestos, obreros y campesinos italianos, españoles y malteses. Hacia la década de 1870, esta nueva comunidad criolla superaba en número a los autóctonos de Argelia en varias ciudades costeras, y dentro de ella otros europeos superaban en número a los franceses. Con la ayuda militar francesa, los colonos se adueñaron de tierras y los intereses comerciales franceses tomaron bosques de alcornoques y fundaron minas de cobre, plomo y hierro. La actividad económica fue beneficiosa para los europeos. Los primeros ferrocarriles, por ejemplo, ni siquiera llevaron pasajeros, sino que transportaron mineral de hierro hasta la costa para exportarlo a Francia, donde se fundía y vendía.

Los colonos y el gobierno francés no siempre persiguieron los mismos objetivos. En la década de 1870, la nueva y aún frágil Tercera República (instaurada tras la derrota de Napoleón III en 1870; véase el capítulo 21) efectuó un esfuerzo por asegurarse la lealtad de los colonos convirtiendo la colonia en departamento de Francia. Esto otorgó a los colonos franceses todos los derechos de los ciudadanos de la república. También les confirió poder para aprobar leyes en Argelia que consolidaron sus privilegios y su comunidad (naturalizando a todos como europeos, por ejemplo) y que privaron aún más del derecho a voto a toda la población autóctona, que carecía por completo del derecho a voto. Los políticos franceses objetaron en ocasiones desde París el desdén con que los colonos trataban a los nativos, con el argumento de que eso pervertía el proyecto de «levantar» a los nativos. Los colonos franceses en Argelia tuvieron poco interés en aquel proyecto; aunque con la boca pequeña estaban de acuerdo con los ideales republicanos, querían para sí las ventajas de ser franceses. Los administradores coloniales y científicos sociales diferenciaban entre los «buenos» bereberes que vivían en las montañas, aptos para pertenecer a la sociedad francesa, y los «malos» árabes, cuya religión los hacía supuestamente inadmisibles. En Argelia, el colonialismo fue, como mínimo, una

relación a tres, e ilustra la dinámica que convirtió el colonialismo en general en una empresa contradictoria.

Antes de la década de 1870, las actividades coloniales despertaron muy poco interés entre la población residente en Francia. Pero, tras la humillante derrota en la guerra franco-prusiana (1870-1871) y la instauración de la Tercera República, los grupos de presión coloniales y, poco a poco, también el gobierno, se volvieron cada vez más inflexibles en lo que se refería a los beneficios del colonialismo. Estos beneficios no se limitaban al terreno económico. La aceptación de la «misión civilizadora» reforzaría el proyecto de la república francesa y el prestigio del pueblo francés. Francia tenía la obligación de «contribuir a esta labor civilizadora». Jules Ferry, un líder político republicano, abogó con éxito por la expansión de la presencia francesa en Indochina diciendo: «Debemos creer que, si la Providencia se dignó a encomendarnos una misión convirtiéndonos en dueños de la tierra, esta misión no consiste en perseguir una fusión imposible de razas, sino simplemente en difundir o despertar entre las otras razas las nociones superiores que nosotros custodiamos». Entre esas «nociones superiores» figuraban un compromiso con el progreso económico y tecnológico y con la liberación de la esclavitud, la opresión política, la pobreza y la enfermedad. Irónicamente, Ferry atacó el racismo de sus contemporáneos aduciendo que «las razas superiores tienen un derecho con respecto a las razas inferiores [...] el derecho de civilizarlas».

Bajo el mandato de Ferry, los franceses adquirieron Túnez (1881), el centro y el norte de Vietnam (Tonkin y Annam; 1883), y Laos y Camboya (1893). Asimismo, llevaron esta «misión civilizadora» a sus colonias en África occidental. El comercio europeo y atlántico de esclavos, oro y marfil con la costa oeste de África llevaba siglos bien instaurado. A finales del siglo XIX, el comercio dio paso a una administración formal. En el año 1895 se creó la Federación de África Occidental Francesa, una administración poco organizada para gobernar un territorio nueve veces mayor que Francia y que incluía Guinea, Senegal y Costa de Marfil. El control francés siguió siendo irregular incluso después de las reformas y la centralización de 1902. A pesar de las campañas militares de pacificación, la resistencia se mantuvo y los franceses trataron con cautela a los líderes tribales, cediendo unas veces ante su autoridad, y otras, intentando acabar con su poder. Implantaron leyes y tribunales franceses sólo en las ciudades, y permitieron el funcionamiento de los tribunales islámicos o tribales en otras áreas. La federación intentó racionalizar la exploración económica de la región y sustituir el «capitalismo saqueador» por una gestión y una explotación más cuidadosa de los recursos. Los franceses lo denominaron la «puesta en valor» de la región, lo cual formaba parte de la misión civilizadora de la república moderna. La federación se embarcó en un programa ambicioso de obras públicas. Un grupo de ingenieros reconstruyó el inmenso puerto de Dakar, el más importante de la

costa, para adaptarlo al aumento de las exportaciones. Con un celo un tanto utópico rediseñaron ciudades antiguas, intentaron mejorar las condiciones higiénicas y sanitarias, el suministro de agua y demás. La república francesa sentía un orgullo justificado por el Instituto Pasteur, dedicado a la investigación bacteriológica, que se inauguró en Francia en 1888; los institutos en el extranjero formaron parte de la empresa colonial. Otro proyecto planteaba la construcción de una red ferroviaria a gran escala en África occidental que comunicara todo el territorio. Un programa de educación pública construyó escuelas gratuitas en localidades no controladas por misioneros. Aunque la escolarización no era obligatoria y a menudo era masculina.

Estos programas sirvieron claramente a los intereses de Francia. «Oficialmente, este proceso se denomina civilización, y al fin y al cabo se trata de un término adecuado, puesto que su ejecución sirve para aumentar el grado de prosperidad de nuestra civilización», señaló un francés contrario a la empresa colonial. Ninguna de las medidas aspiró a otorgar derechos políticos a la población autóctona. Tal como lo expresa cierto historiador, «el gobierno general francés no se dedicó a formar ciudadanos, sino a civilizar a sus súbditos». Pero lo más significativo es que el proyecto francés apenas tuvo éxito. El gobierno no disponía de recursos para llevar a cabo sus planes, los cuales se revelaron mucho más costosos y complejos de lo imaginado. Los costes del transporte eran muy elevados. La mano de obra planteó los mayores problemas. Aquí, como en otros lugares, los europeos se enfrentaron a una resistencia masiva por parte de los campesinos africanos, a quienes quisieron encomendar todo tipo de tareas, desde la construcción de vías férreas hasta el trabajo en las minas y el transporte de caucho. Los europeos recurrieron al trabajo forzado firmando acuerdos con líderes tribales locales para conseguir trabajadores, y además hicieron la vista gorda ante el uso continuado de mano de obra esclava en zonas del interior. Por todas estas razones, el proyecto colonial no reportó los beneficios que algunos esperaban. Sin embargo, en algunas cuestiones importantes, la inversión colonial francesa fue cultural. Las vías férreas, las escuelas y proyectos como el puerto de Dakar fueron, como la torre Eiffel (1889), símbolos de la modernidad, el poder y el protagonismo mundial de la nación francesa.

La «pelea por África» y el Congo

La expansión francesa hacia el oeste de África sólo fue un ejemplo de la voracidad de Europa en el continente africano. El alcance y la velocidad con que las mayores potencias europeas lo conquistaron y colonizaron ejerciendo un control formal resultaron pasmosos. Los efectos fueron profundos. En 1875, el 11 por ciento del continente estaba en manos europeas. Hacia 1902, la cifra era del 90 por ciento. Las

potencias europeas vencieron problemas lógicos de transporte y comunicación; aprendieron a mantener las enfermedades a raya. También contaron con armas nuevas. La ametralladora Maxim, adoptada por el ejército británico en 1889 y usada por primera vez por las tropas británicas coloniales, lanzaba hasta quinientos disparos por minuto, lo que convirtió los enfrentamientos contra fuerzas indígenas en baños de sangre y volvió prácticamente imposible la resistencia armada.

EL ESTADO LIBRE DEL CONGO

En la década de 1870, los británicos habían establecido relaciones imperiales nuevas a lo largo de la costa sur y oeste de África, así como en el norte y el oeste. Pero hubo otra fase de intervención europea que golpeó el mismísimo corazón del continente. Hasta la recta final del siglo XIX los europeos habían tenido prohibida la entrada en este territorio. Los rápidos en el caudal de ríos tan estratégicos como el Congo y el Zambeze dificultaron el acceso al interior del continente, y las enfermedades tropicales, contra las que los europeos mostraban poca o ninguna resistencia, resultaron letales para la mayoría de los exploradores. Pero en la década de 1870 dio frutos una vía nueva para penetrar en África central. El objetivo se centró en los valles fértiles que bordeaban el río Congo, y los colonos europeos fueron un grupo de belgas con financiación privada pagada por su rey, Leopoldo II (1865-1909). Siguió los pasos de Henry Morton Stanley, periodista y explorador estadounidense que más tarde se hizo súbdito británico y fue nombrado caballero del reino. Stanley se abrió camino por la densa jungla y el territorio que ningún europeo había hollado jamás. Sus viajes «científicos» estimularon la creación de una sociedad de investigadores y estudiosos de la cultura africana en Bruselas, en realidad, una asociación que sirvió de fachada al negocio comercial de Leopoldo. La Asociación Internacional para la Exploración y Civilización del Congo, de nombre muy ambicioso, se fundó en 1876 y funcionó mediante tratados con las élites locales que abrieron toda la cuenca del río Congo a la explotación comercial. Los ingentes recursos de aceite de palma y caucho natural, además de los minerales anunciados (entre ellos, diamantes), quedaron ahora al alcance de los europeos.

La mayor resistencia con la que se topó la empresa de Leopoldo provino del resto de potencias coloniales, sobre todo Portugal, que se opuso a este nuevo plan de ocupación. En 1884, se convocó una conferencia en Berlín para debatir sobre el control de la cuenca del Congo. El encuentro estuvo presidido por quien dominaba las relaciones de poder en la política europea, Otto von Bismarck, y a él acudieron todas las naciones coloniales importantes, además de Estados Unidos. Durante la conferencia se establecieron normas básicas para una fase nueva de expansión

económica y política de Europa. Los dos grandes imperios europeos de ultramar, Gran Bretaña y Francia, y la mayor potencia emergente dentro de Europa, Alemania, se unieron entre sí para resolver la cuestión del Congo. Estos países emitieron dictados perfectamente acordes, en apariencia, con el liberalismo decimonónico. Los valles del río Congo quedarían abiertos al libre comercio; el comercio de esclavos, que aún practicaban algunos reinos islámicos de la región, se aboliría y dejaría paso al trabajo libre; además, se crearía un estado libre del Congo para evitar que la región fuera sometida al control formal de un único país europeo.

En realidad, el «estado libre del Congo» lo regentó la empresa privada de Leopoldo, y la región quedó abierta a una explotación sin restricciones por parte de una serie de grandes compañías europeas. El comercio de esclavos se suprimió, pero las empresas europeas recurrieron a la mano de obra «libre» de África garantizada en Berlín, y sometieron a los empleados a unas condiciones igualmente nefastas. Extensiones descomunales de tierra, mayores que países europeos enteros, se convirtieron en minas de diamantes o plantaciones para la extracción de aceite de palma, caucho o cacao. Los africanos trabajaban en unas condiciones espantosas, sin fármacos o una sanidad real, con muy poco alimento y siguiendo unos programas de producción que hacían que la actividad en las fábricas europeas pareciera leve en comparación. Cientos de miles de trabajadores africanos fallecieron de enfermedad o sobreesfuerzo. Como los empresarios europeos no respetaron los ciclos de las estaciones en África central, se perdieron cosechas de años enteros y aparecieron hambrunas. Los obreros que trabajaban bajo el calor de la estación seca solían acarrear a la espalda cargamentos que en las fábricas de Europa se habrían transportado con maquinaria pesada. Miles de africanos recolectaron los productos que Europa reclamó. Lo hicieron a cambio de pagas escasas o nulas, y bajo amenazas de maltratos físicos y mutilaciones rituales por docenas de ofensas insignificantes contra las empresas dueñas de las plantaciones, creadoras, a su vez, de las leyes del «estado libre». Con el tiempo, el escándalo del Congo creció demasiado como para proseguir de manera incondicional. Toda una generación de escritores y periodistas (el más famoso de los cuales fue Joseph Conrad con su relato *El corazón de las tinieblas*) hicieron pública la brutalidad y el inmenso grado de sufrimiento. En 1908, se obligó a Bélgica a que asumiera el control directo del Congo convirtiéndolo en colonia belga. Al menos se impusieron unas pocas restricciones a las actividades de las grandes empresas de plantaciones que habían aportado un almacén nuevo e inmenso de materias primas a la industria europea empleando todo lo relacionado con la esclavitud, salvo su nombre.

La ocupación del Congo y su promesa de grandes riquezas materiales empujó a otras potencias coloniales a ampliar sus posesiones. Hacia la década de 1880, la «pelea por África» ya estaba bien instaurada, acelerada por relatos sobre bosques de caucho o minas de diamantes en otras partes de África central y meridional. Las garantías establecidas durante la conferencia de Berlín de 1884 permitieron el avance de los europeos. Los franceses y portugueses incrementaron sus posesiones. Italia se desplazó hacia territorios a orillas del mar Rojo, junto a tierras dominadas por Gran Bretaña y el reino independiente de Etiopía.

Alemania llegó relativamente tarde al imperio en el exterior. Bismarck fue reacio a embarcarse en una empresa que, a su parecer, reportaría pocas ventajas económicas o políticas. Pero tampoco quería que Gran Bretaña o Francia dominaran África, de modo que Alemania se apoderó de colonias en lugares estratégicos. Las colonias alemanas de Camerún y la mayor parte de la moderna Tanzania se separaron de territorios de potencias más antiguas y asentadas. Aunque los alemanes no practicaron el colonialismo más entusiasta de todos, sí se sintieron fascinados por la aventura imperial, y fueron celosos de sus territorios. Cuando el pueblo herero del África alemana del suroeste (actual Namibia) se rebeló a comienzos de la década de 1900, los alemanes se ensañaron con una campaña de quema de poblados y matanzas étnicas que casi aniquiló al pueblo herero.

Gran Bretaña y Francia tuvieron sus propias ambiciones. Los franceses aspiraron a avanzar por el continente de oeste a este, una razón importante para la expedición francesa a Fashoda (en Sudán) en 1898 (véase más abajo). La parte que logró Gran Bretaña durante la «pelea» se correspondió en gran medida con el sur y el este de África, y formó parte de los sueños y la carrera de un hombre: el magnate de diamantes, político colonial y visionario imperial Cecil Rhodes. Rhodes, que hizo una fortuna en las minas de diamantes de Sudáfrica entre las décadas de 1870 y 1880 y fundó la compañía minera de diamantes DeBeers, ocupó el puesto de primer ministro de la Colonia Británica de El Cabo en 1890. (Legó parte de su fortuna para la creación de la beca Rhodes, dedicada a formar a futuros dirigentes del imperio en Oxford). Mediante una alianza incómoda con los colonos bóers en las repúblicas independientes y diversos grados de apoyo por parte de Londres, Rhodes alcanzó dos grandes metas, una personal y otra imperial. La meta personal consistió en crear un imperio sudafricano basado en los diamantes. «Rodesia» enarbolaría la bandera del Reino Unido por conseguir reconocimiento, pero enviaría sus beneficios a las empresas de la propia Rodesia. Mediante sobornos, tratos dobles, cuidadas coaliciones políticas con los británicos y los colonos bóers, conflictos armados y robos manifiestos, Rhodes contribuyó a conseguir territorios que forman los estados actuales de Zambia, Zimbabwe, Malawi y Botswana, es decir, la mayor parte de la sabana de África meridional. Pero Rhodes tenía una idea imperial más amplia que

compartió con el nuevo secretario colonial británico de finales de la década de 1890, Joseph Chamberlain. La primera parte de esa concepción consistía en la presencia británica en toda África oriental, simbolizada por el objetivo de construir una línea ferroviaria desde El Cabo hasta El Cairo. La segunda parte aspiraba a que el imperio hiciera autosuficiente a Gran Bretaña, de manera que la industria británica tuviera la capacidad de funcionar con las mercancías y las materias primas que recibiera desde las colonias, para exportar de nuevo después muchos productos terminados a esos lugares. Una vez que se tomaron los territorios de «Zambeziland» y Rodesia, Rhodes se enfrentó a los colonos europeos de la región y el conflicto dio lugar a una guerra abierta en 1899.

Esta batalla por obtener ventajas estratégicas, diamantes y orgullo europeo simbolizó la «pelea por África». Mientras cada potencia europea aspiraba a tener «suerte y éxito», según la célebre frase del káiser alemán Guillermo II, más y más partes de África fueron quedando sometidas a un control colonial directo. El saqueo adquirió unas dimensiones completamente desconocidas hasta entonces gracias a la creación y la gestión de empresas con el fin de despojar al continente de sus recursos, y los pueblos africanos se enfrentaron a una mezcla de control europeo directo e «indirecto» que permitió que las élites locales simpatizantes con los intereses europeos mandaran literalmente sobre quienes se opusieron a ellos. El reparto de África representó el ejemplo más impactante del nuevo imperialismo, y tuvo repercusiones tanto internacionales como nacionales.

Cultura imperial

La relación entre la metrópoli y las colonias no se mantuvo a distancia; el imperialismo se basó por completo en la cultura occidental de finales del siglo XIX. Las imágenes del imperio eran omnipresentes en la metrópoli. No sólo aparecían en los textos propagandísticos que distribuían los defensores de la expansión colonial, sino también en tintes de té o en cajas de cacao, de fondo en carteles de todo tipo, desde los anuncios de salones de baile hasta los de máquinas de coser. Los museos y exposiciones mundiales exhibían los productos del imperio y presentaban ante el público «pueblos exóticos» que ahora se beneficiaban de una «educación» europea. Los teatros de variedades sonaban al son de las canciones imperialistas. El imperio casi siempre aparecía en las novelas del período, en ocasiones como escenarios remotos de fantasías, aventuras o historias de descubrimiento personal. A veces, los temas y pueblos del imperio se presentaban a la metrópoli como una amenaza sutil. Hasta en las historias de Sherlock Holmes, que estaban ambientadas en Londres y no eran abiertamente imperialistas, el mobiliario del imperio brindaba signos de

opulencia y decadencia al punto reconocibles. En *La señal de los cuatro*, Holmes visita a un caballero en un lujoso apartamento: «Dos pieles de tigre espléndidas atravesadas [sobre la alfombra] acentuaban los aires de lujo oriental, del mismo modo que un inmenso narguile situado sobre una estera en el rincón». En *El hombre del labio retorcido*, Watson deambula por uno de los supuestos fumaderos de opio del barrio londinense de East End, donde lo espera un «sirviente malayo cetrino». Los propios «fumaderos» ya eran en buena medida una invención; los registros policiales de la época revelan muy pocos lugares de Londres que suministraran el narcótico. En el contexto de la fantasía, los imperios de ultramar y los pueblos «exóticos» pasaron a formar parte de la cultura sexual del siglo. Las fotografías y postales de harenes en el norte de África o de mujeres árabes sin velo eran habituales en la pornografía europea, al igual que memorias coloniales que relataban las aventuras sexuales de sus autores.

Pero el imperio no sirvió únicamente como decorado, también fue un factor importante para la consolidación de la identidad europea. En el caso de Francia, la «misión civilizadora» expuso ante la ciudadanía francesa la grandeza de la nación. La construcción de vías férreas y el hecho de «llevar el progreso a otras tierras» ponían de manifiesto el vigor de la república francesa. Muchos escritores británicos se expresaron en términos parecidos. Unos calificaron el Imperio británico como «el mayor organismo laico para el buen conocimiento del mundo». Otros, usando un lenguaje más religioso, sostuvieron que «no sería arriesgado considerar la raza británica como raza misionera. Con razón o sin ella, el pueblo británico ha interpretado la orden de acudir a enseñar a todas las naciones como una misión que le ha correspondido de manera particular». La sensación de perseguir propósitos de elevada moralidad no se restringió a escritores varones o a grandes autoridades. En Inglaterra, Estados Unidos, Alemania y Francia, los discursos y proyectos de los movimientos femeninos de reforma estuvieron repletos de referencias al imperio y a la misión civilizadora. El movimiento británico por el sufragio femenino, por ejemplo, fue muy crítico con el gobierno nacional, pero a menudo igualmente nacionalista e imperialista. La llamada para que las mujeres participaran en la política británica parecía llevar implícita la aceptación de responsabilidades imperiales, además de las cívicas. Las reformadoras británicas escribieron sobre la opresión de las mujeres indias mediante enlaces matrimoniales infantiles y el *sati*, y se vieron soportando el peso de la «carga de la mujer blanca» para conseguir la reforma. La sufragista francesa Hubertine Auclert escribió un libro titulado *Mujeres árabes en Argelia* (1900), en el que acusó con enojo tanto a los administradores coloniales franceses por su indiferencia ante las condiciones de las mujeres en sus territorios, como a la república francesa por hacer caso omiso de las reivindicaciones de las mujeres en el interior del país. Sus argumentos molestaron precisamente porque se

basaban en la afirmación de que la cultura europea debía ser progresista. Las mujeres árabes eran «víctimas del libertinaje musulmán», escribió Auclert, y la poligamia conducía a la «degeneración intelectual». La imagen de mujeres languideciendo en las colonias no sólo subrayó la necesidad de la reforma, también permitió que las mujeres europeas residentes en su país de origen se consideraran a sí mismas portadoras del progreso. El escritor liberal y teórico político John Stuart Mill (véase el capítulo 20) se sirvió con regularidad del mundo colonial como contraste. Cuando quería convencer sobre alguna cuestión relacionada con la libertad de expresión o religiosa, recurría a la India como contraejemplo, explotaba los estereotipos sobre el «oscurantismo» hindú o musulmán y apelaba a la convicción británica de que la suya era la civilización superior. Este contraste entre el atraso colonial o la degeneración moral y la civilización y estabilidad europeas moldeó la cultura occidental y el debate político.

La cultura imperial también otorgó nueva relevancia a las teorías raciales. En la década de 1850, el conde Arthur de Gobineau (1816-1882) había escrito un volumen enorme titulado *La desigualdad de las razas*, pero la obra despertó poco interés hasta el período del nuevo imperialismo, cuando se tradujo al inglés y se comentó ampliamente. Para Gobineau, la raza ofrecía la «llave maestra» para comprender los problemas del mundo moderno. Él afirmaba que «la cuestión racial eclipsa el resto de los problemas de la historia [...] la desigualdad de las razas cuya fusión da lugar a los pueblos basta para explicar todo su destino». Algunas ideas de Gobineau procedían de proyectos ilustrados previos para comprar y estudiar diferentes culturas y gobiernos. Pero, en contraste con sus predecesores ilustrados, Gobineau no creía que el entorno tuviera alguna repercusión en la política, la cultura o la moral. La raza lo era todo. Él sostenía que los pueblos degeneraban cuando «por sus venas dejaba de correr la misma sangre, de forma que la adulteración continuada afectaba de manera gradual a la calidad de la sangre». Los pensadores ilustrados afirmaban a menudo que la esclavitud incapacitaba a sus víctimas para comprender la libertad. Gobineau, en cambio, sostenía que la esclavitud demostraba la inferioridad racial de sus víctimas.

Houston Stewart Chamberlain (1855-1927), hijo de un almirante británico, intentó mejorar las teorías de Gobineau tornándolas más «científicas». Esto significaba vincular las teorías raciales con los nuevos textos científicos sobre evolución, con la ciencia natural de Charles Darwin y con las ideas de Herbert Spencer sobre la evolución de las sociedades. (Sobre Darwin y Spencer, véase el capítulo 23). Al igual que otros pensadores europeos preocupados por la raza, Chamberlain usó el concepto de cambio evolutivo para mostrar que las razas varían con el tiempo. Las obras de Chamberlain alcanzaron gran popularidad y se vendieron cientos de miles de copias en Inglaterra y Alemania. Francis Galton (1822-1911), científico británico que estudió la evolución, examinó asimismo cómo se transmitían

los rasgos hereditarios de generación en generación. En 1883, Galton usó por primera vez el término «eugenesia» para aludir a la ciencia dedicada a mejorar las «cualidades raciales» de la humanidad mediante el cultivo selectivo de los «individuos superiores». Karl Pearson (1857-1936), que desarrolló una labor pionera en el uso de las estadísticas, dedicó sus análisis sistemáticos al estudio de la inteligencia y el «genio», y compartió con Galton la preocupación de que sólo políticas nuevas de control racial contendrían el deterioro inminente de Europa. Estas teorías no crearon por sí solas una mentalidad imperialista, y fueron muy unidas a otros cambios dentro de la cultura europea, en especial a un antagonismo renovado entre clases sociales y a una nueva oleada de antisemitismo europeo (véase el capítulo 23). Pero el creciente racismo científico en la Europa de finales del siglo XIX facilitó a muchos una reconciliación con la retórica del progreso, la libertad individual y la «misión civilizadora» con desprecio por otros pueblos. Asimismo, brindó una base lógica para la conquista imperial y una justificación para el derramamiento de sangre que conllevó el imperialismo, por ejemplo, en África.

Aun así, los europeos discreparon sobre estos asuntos. Los políticos y escritores que defendieron el imperialismo o lo justificaron con argumentos raciales encontraron opositores. Pensadores tales como Hobson y Lenin condenaron el proyecto imperial en su conjunto como un acto de avaricia y de arrogancia antidemocrática. Literatos como Joseph Conrad, quien compartió buena parte del racismo de sus contemporáneos, creyeron sin embargo que el imperialismo revelaba patologías profundamente arraigadas en la cultura europea. En resumen, el imperialismo dio lugar a un debate serio acerca de sus efectos y sus causas. Muchos antiimperialistas fueron hombres y mujeres procedentes de las propias colonias que expusieron su caso en la metrópoli. El Comité Británico del Congreso Nacional Indio, por ejemplo, reunía a muchos miembros de la comunidad india de Londres decididos a informar a la opinión pública británica sobre la explotación del pueblo y los recursos indios. Esta labor implicó la realización de giras para dar discursos, manifestaciones y encuentros con radicales y socialistas británicos potencialmente simpatizantes con el movimiento.

Tal vez la acción más desafiante de todas las antiimperialistas fue la conferencia panafricana de Londres celebrada en 1900 en plena «pelea por África» y durante la guerra de los bóers (véase más abajo). La conferencia surgió a partir de una tradición internacional de movimientos antiesclavistas afroamericanos, británicos y estadounidenses, y de grupos como la Asociación Africana (fundada en 1897), que usaron la retórica empleada con anterioridad para abolir la esclavitud con la finalidad de influir en las tácticas del imperialismo europeo. Éstos protestaban porque el trabajo forzado en los complejos mineros de África meridional se asemejaba a la esclavitud, y reclamaban en términos muy moderados alguna autonomía y

representación para los pueblos nativos de África. La conferencia panafricana de 1900 fue reducida, pero atrajo delegados desde el Caribe, África occidental y Estados Unidos, entre quienes se encontraba el líder intelectual afroamericano de treinta y dos años y doctorado por Harvard W. E. B. Dubois (1868-1963). La conferencia emitió una proclama, «Para las naciones del mundo», con una introducción famosa redactada por Dubois. «El problema del siglo xx es el problema de la postura racial [...]. En las metrópolis del mundo moderno, en este año que clausura el siglo xix —versaba la proclama—, se ha celebrado un congreso de hombres y mujeres de sangre africana para debatir con seriedad sobre la situación actual y las perspectivas de las razas más oscuras de la humanidad». El gobierno británico ignoró la conferencia por completo. Pero el panafricanismo, como el nacionalismo indio, se multiplicó a pasos agigantados (e inquietantes para los imperialistas) después de la Primera Guerra Mundial.

En años recientes ha ido en aumento el interés de los historiadores por las culturas coloniales, o las consecuencias del impacto imperial en todo el mundo. Ciudades como Bombay, Calcuta y Shanghái experimentaron un crecimiento disparatado durante la época que triplicó su tamaño. Hong Kong y otros puertos sujetos a tratados y usados como puestos de avanzada para el comercio y la cultura de Europa, se fueron transformando a medida que los europeos crearon bancos, empresas navieras, escuelas y academias militares, y emprendieron actividades misioneras. La variedad de experiencias nacionales dificulta mucho establecer generalizaciones, pero cabría destacar algunos puntos. En primer lugar, el colonialismo creó culturas nuevas e híbridas. Tanto las instituciones y prácticas europeas como las indígenas, sobre todo religiosas, sufrieron una transformación debida al contacto entre ellas. En segundo lugar, aunque los europeos consideraron a menudo las regiones anexionadas como «laboratorios» para crear sociedades bien disciplinadas y ordenadas, los cambios sociales que depararon los europeos a su paso, confundieron esos planes. Tanto en el occidente como en el sur de África, la demanda europea de mano de obra sacó a los hombres de sus poblados, donde dejaron sus familias, y los hacinó a millares en los barrios de chabolas que rodeaban las nuevas ciudades en crecimiento descontrolado. Los individuos locales emprendedores generaron toda clase de negocios ilegales que abastecían a trabajadores masculinos eventuales y desconcertaban a las autoridades europeas. La esperanza de que la gestión europea creara mano de obra bien disciplinada y ciudades bien vigiladas se desvanecieron con rapidez.

En tercer lugar, las autoridades a ambos lados del choque colonial mostraron una preocupación enorme por preservar las tradiciones nacionales y la identidad ante una cultura colonial inevitablemente híbrida y constantemente cambiante. Sobre todo en China y la India, surgieron debates arduos sobre si la educación debía «occidentalizarse» o seguir líneas tradicionales. Las élites chinas, ya divididas por

costumbres tales como el vendaje de pies o el concubinato (la práctica legal de que los hombres mantuvieran amantes formales fuera del matrimonio), vieron intensificados sus dilemas cuando el imperialismo adquirió poder. Indecisos sobre el rechazo o la defensa de tales prácticas, lucharon con gran angustia contra los cambios sufridos por su propia cultura debido a la corrupción del colonialismo. Los defensores de la reforma y el cambio en China y la India tuvieron que resolver su postura ante la «moderna» cultura occidental, la cultura de los colonizadores y la cultura popular «tradicional». Por su parte, las autoridades coloniales británicas, francesas y holandesas temían que un exceso de familiaridad entre colonizadores y colonizados debilitara las tradiciones europeas y socavara el poder europeo. En Phnom Penh, Camboya (que entonces formaba parte de la Indochina francesa), donde los franceses vivían en barrios separados del resto de la ciudad por un foso, las autoridades coloniales, así y todo, exigían el uso de una «vestimenta adecuada y mantener distancias con los nativos». Escandalizado por lo que él consideraba una falta de decoro entre los franceses de la ciudad, un periodista francés afirmó que a una mujer francesa no se la debía ver jamás en el mercado público. «Los asiáticos no entienden que se pueda caer tan bajo». Las mujeres europeas debían mantener la posición y el prestigio europeos.

No es de extrañar que las relaciones sexuales generaran la mayor inquietud y también las respuestas más contradictorias. «En este clima tórrido, las pasiones aumentan —escribió un administrador francés en Argelia—. Los soldados franceses buscan mujeres árabes porque son distintas y novedosas.» «Entre los ingleses solteros residentes en China existía la práctica común de citarse con niñas chinas, y yo hice lo mismo que el resto», contaba un británico asentado en Shanghái. Pero cuando siguió la convención y se casó con una mujer británica, aquel hombre envió a Inglaterra a su querida china y a sus tres hijos para evitar incomodidades. Los administradores europeos procuraron prohibir de forma intermitente los amoríos entre hombres europeos y mujeres autóctonas, tachando esas relaciones de «corruptas» y «casi siempre desastrosas». La hostilidad contra los hijos de tales uniones fue en aumento. Pero aquellas prohibiciones sólo encubrieron las relaciones, con lo que aumentaron el abismo que separaba la imagen pública de la gestión colonial de la realidad privada de la vida en las colonias. En este y otros ámbitos, la cultura colonial impuso una serie de compromisos sobre lo «aceptable» y creó jerarquías étnicas cambiantes y en ocasiones sutiles. Aquellos dramas locales y personales no fueron menos complejos que los enfrentamientos territoriales entre grandes potencias.

Crisis imperiales en los inicios del siglo xx

Los albores del siglo xx conllevaron una serie de crisis para los imperios occidentales. Estas crisis no acabaron con el mandato europeo, pero sí crearon agudas tensiones entre las naciones occidentales. Las crisis también animaron a las naciones imperiales a expandir su peso económico y militar en territorio extranjero. Debilitaron la confianza de Occidente. Por todos estos motivos resultaron cruciales para la cultura occidental durante los años previos a la Primera Guerra Mundial.

FASHODA

La primera crisis, del otoño de 1898, enfrentó a Gran Bretaña contra Francia en Fashoda, en el Sudán egipcio. La instauración británica de un «protectorado» en Egipto tras el conflicto del canal de Suez en la década de 1880 tuvo varios efectos importantes. Modificó la estrategia británica en África oriental de forma que apoyara las ideas de Rhodes para comunicar El Cabo con El Cairo. También reveló tesoros arqueológicos y culturales del pasado egipcio a aventureros y académicos británicos, estudiosos entusiastas de la historia (y amantes del autobombo). Daba la impresión de que la civilización más antigua se unía ahora a la más triunfal de la época presente, y los exploradores británicos podían acceder al «origen del Nilo» remontando las aguas administradas ahora bajo bandera británica.

Los exploradores no fueron los únicos británicos que se aventuraron a remontar el Nilo. Con la excusa de proteger al nuevo dirigente pro británico, Gran Bretaña intervino en un alzamiento islámico en Sudán. Enviaron una fuerza angloegipcia a la capital sudanesa, Jartum, al mando del más llamativo (y quizá el menos sensible) de todos los generales británicos coloniales, Charles Gordon, apodado Gordon «el chino», bien conocido por su actuación para reprimir la rebelión Taiping. Los rebeldes sudaneses, dirigidos por Mahdi (un líder religioso que afirmaba ser el sucesor del profeta Mahoma), sitiaron a Gordon. Las fuerzas británicas no estaban bien preparadas para desplazarse hacia el sur remontando el Nilo en gran número; Gordon murió como un héroe cuando los rebeldes asaltaron Jartum. La revancha por la suerte de Gordon mantuvo ocupados a los oficiales en Egipto y la imaginación popular durante más de una década. En 1898 hubo una segunda rebelión a gran escala que brindó la ocasión perfecta para vengarlo. Un ejército angloegipcio al mando de un ingeniero metódico y ambicioso, el general Horatio Kitchener, navegó hacia el sur remontando el Nilo y atacó Jartum. El uso de rifles modernos, artillería y ametralladoras les permitió masacrar al ejército de Mahdi en la localidad de Omdurman y recuperar Jartum. El cadáver de Gordon fue desenterrado para inhumarlo con pompa y ceremonia mientras el público británico celebraba una victoria famosa y fácil.

Pero aquella victoria conllevó complicaciones. Francia, que tenía territorios en África central lindantes con Sudán, interpretó la presencia británica a lo largo de la franja oriental de África como un preludio de la hegemonía británica en todo el continente. Se envió una expedición francesa a la localidad sudanesa de Fashoda para cuestionar las reivindicaciones británicas sobre la parte más meridional del territorio. Los franceses se encontraron con tropas del ejército de Kitchener. Durante unas pocas semanas de septiembre de 1898 la situación se tambaleó al borde del conflicto armado. Sin embargo, la desavenencia se resolvió cuando los británicos no sólo retaron a Francia a cumplir sus amenazas, sino que también garantizaron que no continuarían con su expansión poniendo cemento en las fronteras del nuevo «Sudán angloegipcio», una ampliación aún mayor del control político que había comenzado con el canal de Suez.

ETIOPÍA

Los métodos tradicionales de gestión imperial y el convencimiento sobre la superioridad militar y moral de Europa se toparon con otros desafíos en el cambio de siglo. La rebelión bóxer en China fue una de las numerosas revueltas indígenas que surgieron contra los métodos imperiales occidentales y sus consecuencias. La guerra ruso-japonesa fue un conflicto muy largo entre dos potencias imperiales que puso en duda la idea de la superioridad inherente a Europa sobre todos los demás pueblos del mundo.

Pero también surgieron otras complicaciones para las potencias europeas. Durante las décadas de 1880 y 1890, Italia había estado formando un pequeño imperio propio a lo largo de las costas del mar Rojo. Italia se anexionó Eritrea y partes de Somalia y, poco después de la muerte de Gordon en Jartum, repelió una invasión de sus nuevas colonias por parte de las fuerzas de Mahdi. Aquellos primeros éxitos coloniales animaron a los políticos italianos, dedicados aún a la construcción de una nación industrial moderna, a desarrollar un proyecto imperial mucho más ambicioso. En 1896 envió una expedición a conquistar Etiopía. Etiopía era un imperio interior montañoso, el último gran reino independiente de África. Su emperador, Menelik II, era un político inteligente y un caudillo militar sagaz. Sus súbditos eran cristianos en su mayoría y el comercio del imperio había permitido a Menelik invertir en la artillería europea más moderna para custodiar sus vastas propiedades. La expedición, consistente en varios miles de soldados italianos profesionales y muchos más reclutas somalíes, marchó hacia los pasos de montaña etíopes. Menelik los dejó entrar consciente de que, para seguir los caminos, los mandos italianos tendrían que dividir las fuerzas. El inmenso ejército de Menelik avanzó por las montañas y cuando el

desorganizado ejército italiano intentó reagruparse cerca de la población de Adua en marzo de 1896, el ejército etíope se interpuso entre las columnas separadas y las destruyó por completo dando muerte a seis mil efectivos. Adua se convirtió en una humillación nacional para Italia y en un símbolo para los radicales políticos y reformadores africanos durante los albores del siglo xx. El próspero reino de Menelik pareció ser una excepción desconcertante, y tal vez peligrosa, a las ideas que circulaban en Europa acerca de las culturas africanas en general.

SUDÁFRICA: LA GUERRA DE LOS BÓERS

En otras partes de África, la ambición desmesurada condujo a una clase de conflicto aún más preocupante: europeos enfrentados a colonos europeos. Los afrikáneres, también llamados bóers (por la asimilación del término holandés para «granjero»), eran colonos procedentes de Holanda o Suiza que habían llegado a África del sur a comienzos del siglo xix con la Compañía Holandesa de las Indias Orientales, y que mantenían una relación vieja y agitada con sus vecinos imperiales, los británicos. En el transcurso del siglo xix, los bóers fueron accediendo a tierras del interior desde El Cabo hasta fundar dos repúblicas independientes libres del influjo británico: Transvaal y el estado libre de Orange. A mediados de la década de 1880, se descubrieron reservas de oro en Transvaal. El británico imperialista y magnate de los diamantes Cecil Rhodes ya había intentado provocar una guerra entre Gran Bretaña y los bóers con la esperanza de unir las venturosas minas de diamantes y las tierras de pastos de los afrikáneres a su propio territorio de Rodesia. En 1899, como consecuencia de una serie de desavenencias, Gran Bretaña entró en guerra contra los bóers. A pesar de la reciente victoria británica en Sudán, el ejército británico estaba muy mal preparado para la guerra: el abastecimiento, las comunicaciones y las medicinas para el ejército en África del sur resultaron desastrosas. Estos problemas iniciales fueron seguidos por varias derrotas humillantes cuando las fuerzas bóers, que conocían el terreno, abrieron fuego contra las columnas británicas hasta despedazarlas. Las guarniciones británicas en las poblaciones de Ladysmith y Mafeking estaban cercadas. Enojado y desconcertado por estos primeros fracasos, el gobierno británico, sobre todo el secretario colonial Joseph Chamberlain, se negó a alcanzar un acuerdo. El nuevo comandante británico, sir Robert Roberts, se benefició de los soberbios recursos británicos y de las vías férreas construidas para las minas de diamantes. Las fuerzas británicas aplastaron a los bóers, liberaron las guarniciones británicas sitiadas y tomaron Pretoria, capital de los afrikáneres. Esto motivó celebraciones en Londres y alentó la esperanza de que la guerra hubiera terminado.

Sin embargo, los bóers estaban decididos a no rendirse jamás. Abastecidos por

otras naciones europeas, en particular por Alemania y Holanda, los afrikáneres salieron de las ciudades, formaron comandos (pequeñas partidas de asalto) e iniciaron una guerra de guerrillas que se prolongó durante otros tres años. Las pérdidas británicas debidas a los comandos y a las enfermedades animaron a los generales británicos a adoptar la mayoría de las medidas globales y brutales a las que más tarde recurrirían con frecuencia los ejércitos occidentales al enfrentarse a guerrillas. Levantaron búnkeres blindados para proteger lugares estratégicos y dispararon a todo lo que se movía. Enviaron unidades especiales de caballería (formadas a menudo por jinetes irlandeses o australianos que luchaban por la «madre patria», es decir, Gran Bretaña) a enfrentarse a las guerrillas en sus mismos términos, y cada bando cometió sus atrocidades correspondientes. Los africanos negros, despreciados por ambos lados, sufrieron los efectos del hambre y la enfermedad a medida que la guerra fue destruyendo valiosas tierras de labranza. Los británicos crearon asimismo «campos de concentración» (la primera vez que se usó el término) donde reunieron a los civiles afrikáneres y los obligaron a vivir en unas condiciones espantosas para que fueran incapaces de prestar ayuda a los guerrilleros. En el transcurso de dos años murieron casi veinte mil civiles debido a enfermedades y malas condiciones higiénicas. Estas medidas provocaron una reacción internacional violenta. Los rotativos europeos y americanos reprendieron con severidad a los británicos tachándolos de matones imperiales. Los campos de concentración generaron una oposición en la propia Gran Bretaña, donde los contrarios a esas prácticas, calificados de «pro bóers» por la prensa conservadora, emprendieron campañas contra esas violaciones de los derechos de los europeos blancos, al tiempo que apenas decían nada sobre la suerte de los africanos autóctonos durante el conflicto. Al final, los afrikáneres transigieron. Sus representantes políticos cedieron legalmente sus viejas repúblicas a una nueva Unión de Sudáfrica británica que les otorgó una parte de poder político. El acuerdo estableció una alianza incómoda entre los colonos ingleses y los afrikáneres; los políticos de cada bando conservaron su elevado nivel de vida recurriendo a la mano de obra africana barata y, con el tiempo, a un sistema de segregación racial conocido como *apartheid*.

EL IMPERIALISMO ESTADOUNIDENSE

En la década de 1890 empezó a emerger otra potencia imperial: Estados Unidos de América. Durante la última parte del siglo XIX, los gobiernos americanos y los intereses privados que apoyaban la expansión imperial practicaron un juego doble. Estados Unidos actuó como paladín de los países subdesarrollados del hemisferio occidental cuando se veían amenazados por Europa. Pero Estados Unidos aspiró,

siempre que le convino, a vivir a costa de sus vecinos, ya fuera en términos formales o «informales». Esto conllevó a la larga otro conflicto con otro imperio occidental frágil. El débil control que ejercía España sobre sus colonias en el Caribe y el Pacífico estuvo plagado de rebeliones en las décadas de 1880 y 1890. La prensa popular estadounidense hizo campaña a favor de la causa de los rebeldes y, cuando un acorazado estadounidense explotó de manera fortuita en el puerto de La Habana, Cuba, los imperialistas estadounidenses y la prensa reclamaron una guerra en venganza. La administración del presidente William McKinley mostró unas reticencias extremas para entrar en guerra, pero McKinley también comprendió la necesidad política. Estados Unidos intervino para defender sus inversiones, para garantizar la seguridad marítima de las rutas comerciales en América y el Pacífico, y para exhibir el potencial de la armada estadounidense recién construida. Declaró la guerra a España en 1898 basándose en falsas razones, y ganó con rapidez. En España, la guerra hispano-estadounidense dio lugar a toda una generación de escritores, políticos e intelectuales en busca de un sentimiento nacional. Esto condujo al fin de la monarquía española en 1912 y la gestación de tensiones políticas que acabarían estallando en la Guerra Civil española en la década de 1930.

Aquel mismo año en que Estados Unidos ganó su «espléndida pequeña guerra» contra España, se anexionó además Puerto Rico, estableció un «protectorado» en Cuba y libró una batalla breve pero brutal contra los rebeldes filipinos a quienes el colonialismo estadounidense no les gustaba más que su versión española. En América, Estados Unidos prosiguió con sus intervenciones. Cuando la provincia colombiana de Panamá amenazó con rebelarse en 1903, los estadounidenses se apresuraron a respaldar a los rebeldes, reconocieron Panamá como república, y entonces procedieron a garantizarle protección mientras aquéllos construían el canal de Panamá en un territorio arrendado al nuevo gobierno. Al igual que el canal de Suez británico, el canal de Panamá (abierto oficialmente en 1914) cimentó la hegemonía estadounidense en los mares de América y el Pacífico oriental. Intervenciones en Hawai y más tarde en Santo Domingo sirvieron como pruebas adicionales de que Estados Unidos no era una potencia imperial inferior a las naciones de Europa.

Conclusión

Durante el último cuarto del siglo XIX, la antigua relación entre las naciones europeas y el resto del mundo se internó en una fase nueva. Esta etapa se distinguió por la rapidez pasmosa con que se extendió el control formal de Europa, y por nuevos patrones disciplinarios y colonizadores. Vino impulsada por el aumento de las

necesidades económicas del Occidente industrial, por conflictos territoriales y por el nacionalismo, que hacia finales del siglo XIX relacionó el sentimiento nacional con el imperio. Entre sus consecuencias inmediatas figuró la creación de una cultura «tímidamente imperial» en el oeste. Pero, al mismo tiempo, generó un malestar manifiesto en Europa y contribuyó con fuerza a la sensación de crisis que recorrió todo Occidente en las postrimerías del siglo XIX.

A pesar de todo su peso, esta expansión europea nunca permaneció libre de desafíos. El imperialismo provocó resistencia y exigió cambios constantes en las estrategias de gobierno. Durante la Primera Guerra Mundial, la movilización de los recursos del imperio resultaría crucial para la victoria. Tras ella, la reinstauración de las condiciones de finales del siglo XIX resultaría casi imposible. Y, a largo plazo, las estructuras políticas, los cambios económicos y las formas de relación entre razas que deparó este período acabarían impugnados a lo largo de todo el siglo XX.

Bibliografía seleccionada

- ARÓSTEGUI, Julio, *La Europa de los imperialismos (1898-1914)*, Madrid, Anaya, 1991.
- BESSIS, Sophie, *Occidente y los otros: historia de una supremacía*, Madrid, Alianza, 2002.
- BITTERLI, Urs, *Los «salvajes» y los «civilizados»: el encuentro de Europa y ultramar*, México, Fondo de Cultura Económica, 1998.
- COMELLAS, José Luis, *Los grandes imperios coloniales*, Madrid, Rialp, 2001.
- ELORZA, Antonio, y Elena HERNÁNDEZ SANDOICA, *La guerra de Cuba (1895-1898): historia política de una derrota colonial*, Madrid, Alianza, 1998.
- FERGUSON, Niall, *El Imperio británico: cómo Gran Bretaña forjó el orden mundial*, Barcelona, Debate, 2005.
- FERRO, Marc (ed.), *El libro negro del colonialismo: siglos XVI al XXI: del exterminio al arrepentimiento*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2005.
- FIELDHOUSE, David, *Economía e imperio: la expansión de Europa (1830-1914)*, Madrid, Siglo XXI, 1990.
- , *Los imperios coloniales desde el siglo XVIII*, Madrid, Siglo XXI, 1987.
- HEADRICK, Daniel, *Los instrumentos del imperio: tecnología e imperialismo europeo en el siglo XIX*, Madrid, Alianza, 1989.
- HERNÁNDEZ SANDOICA, Elena, *El colonialismo (1815-1873): estructuras y cambios en los imperios coloniales*, Madrid, Síntesis, 1994.
- HOBBSBAWM, Eric, *La era del imperio, 1875-1914*, Barcelona, Crítica, 2003.
- MARTÍNEZ CARRERAS, José, *África subsahariana (1885-1990): del colonialismo a la*

- descolonización*, Madrid, Síntesis, 1993.
- , *Historia del colonialismo y la descolonización (siglos xv-xx)*, Madrid, Editorial Complutense, 1992.
- METCALF, Barbara, y Thomas METCALF, *Historia de la India*, Madrid, Cambridge University Press, 2003.
- MIÈGE, Jean-Louis, *La expansión europea y la descolonización: de 1870 a nuestros días*, Barcelona, Labor, 1980.
- MOMMSEN, Wolfgang, *La época del imperialismo: Europa (1885-1918)*, Madrid, Siglo XXI, 1995.
- PAGÈS, Pelai, *Las claves del nacionalismo y el imperialismo: 1848-1914*, Barcelona, Planeta, 1991.
- RODRÍGUEZ BRAUN, Carlos, *La cuestión colonial y la economía clásica: de Adam Smith y Jeremy Bentham a Karl Marx*, Madrid, Alianza, 1989.
- SAID, Edward, *Cultura e imperialismo*, Barcelona, Anagrama, 1996.
- SCHAMA, Simon, *Auge y caída del Imperio británico, 1776-2000*, Barcelona, Crítica, 2006.
- SCHURMANN, Franz, y Orville SCHELL, *China imperial: la decadencia de la última dinastía y los orígenes de la China moderna, siglos xviii y xix*, México, Fondo de Cultura Económica, 1971.
- STONE, Norman, *La Europa transformada, 1878-1919*, Madrid, Siglo XXI, 1985.
- WESSELING, Henri, *Divide y vencerás: el reparto de África, 1880-1914*, Barcelona, Península, 1999.

CAPÍTULO 23

La industria moderna y la política de masas, 1870-1914

«¡Nos hallamos sobre el promontorio más elevado de todos los siglos!», resolvió el poeta y editor literario italiano F. T. Marinetti en 1909. En su rimbombante manifiesto (publicado en la portada de un periódico parisino y calificado por él mismo como «declaración incendiaria»), Marinetti presentó ante Europa un movimiento artístico agresivo llamado futurismo. Para rebelarse contra lo que él consideraba el conservadurismo gastado e impotente de la cultura italiana, Marinetti reclamaba una renovación radical de la civilización a través de «la valentía, la audacia y la sublevación». Enamorado del rudo poder de la maquinaria moderna, del ajetreo dinámico de la vida urbana, pregonó «una forma nueva de belleza, la belleza de la velocidad». Pero lo más llamativo de Marinetti radicó en su alabanza de la heroica violencia de la guerra y su desprecio por las tradiciones morales y culturales que constituían los cimientos del liberalismo decimonónico.

En el momento en que Marinetti publicó su manifiesto, cinco años antes de la Primera Guerra Mundial, la gente de toda Europa se sentía, en efecto, viviendo en un mundo radicalmente nuevo. Una serie de cambios explosivos había recorrido Europa durante los años transcurridos desde 1870. Una segunda revolución industrial impulsó un crecimiento descomunal en los ámbitos y escalas industriales. El consumo de masas pasó a formar parte de la vida, al igual que la política de masas. Nuevos bloques de votantes plantearon nuevas demandas políticas, y los gobiernos nacionales lucharon por mantener el orden y la legitimidad. Los socialistas movilizaron a un número cada vez mayor de obreros industriales, mientras los sufragistas demandaban el voto femenino. En las artes y las ciencias, la aparición de teorías nuevas desafió las antiguas nociones sobre la naturaleza, la sociedad, la verdad y la belleza. Pero estos cambios no se limitaron a pasar de puntillas sobre las tradiciones del siglo XIX. Pocos europeos recibieron la era moderna con el desenfado impávido de los futuristas. Como se verá, el gran dinamismo y significado de este período provino del modo ambivalente, desigual, con que los grupos, individuos y gobiernos afrontaron el desafío de un mundo en pleno cambio.

Nuevas tecnologías y transformaciones globales

Durante el último tercio del siglo XIX, las nuevas tecnologías transformaron el rostro de la manufactura en Europa y dieron lugar a cambios en los niveles de crecimiento económico y a reajustes complejos entre la industria, la mano de obra y los gobiernos nacionales. Al igual que la primera revolución industrial europea, que comenzó a finales del siglo XVIII y se centró en el carbón, el vapor y el hierro, esta «segunda» revolución industrial se basó en innovaciones en tres campos clave: el acero, la electricidad y los productos químicos.

El acero, más duro, más fuerte y más maleable que el hierro, era cotizado desde hacía tiempo como material de construcción. Pero hasta mediados del siglo XIX, la producción de acero a bajo coste y en grandes cantidades había resultado imposible. Esto cambió entre las décadas de 1850 y 1870, cuando tres procesos distintos de refinamiento y producción en masa permitieron que el acero revolucionara la industria metalúrgica. Uno de esos procesos lo desarrolló el inglés Henry Bessemer, los otros se lograron gracias al trabajo conjunto de los hermanos alemanes Siemen y el ingeniero francés Pierre Martin. Aunque el hierro no desapareció de la noche a la mañana, no tardó en quedar eclipsado por la vertiginosa producción de acero. Los constructores navales británicos adoptaron con rapidez y provecho la construcción con acero y, con ello, conservaron su liderazgo en la industria. Sin embargo, fueron Alemania y Estados Unidos quienes dominaron el resto de la industria del acero. En 1901 Alemania producía casi la mitad más de acero que Gran Bretaña, lo que le permitió crear una infraestructura nacional e industrial masiva.

Producción anual de acero (en millones de toneladas métricas)

Año	Gran Bretaña	Alemania	Francia	Rusia
1875-1879	0,90	-	0,26	0,08
1880-1884	1,82	0,99	0,46	0,25
1885-1889	2,86	1,65	0,54	0,23
1890-1894	3,19	2,89	0,77	0,54
1895-1899	4,33	5,08	1,26	1,32
1900-1904	5,04	7,71	1,70	2,35
1905-1909	6,09	11,30	2,65	2,63
1910-1913	6,93	16,24	4,09	4,20

Como el acero, la electricidad también se había descubierto con anterioridad, y sus ventajas eran igualmente bien sabidas. Pero fue ahora cuando otra serie de innovaciones decimonónicas permitió transmitirla a larga distancia para convertirla en calor, luz u otros tipos de energía y, por fin, darle un uso comercial y doméstico. En 1800, el italiano Alessandro Volta inventó la batería química. En 1831, el científico inglés Michael Faraday descubrió la inducción electromagnética que condujo al desarrollo del primer generador electromagnético en 1866. En la década de 1880, varios ingenieros y técnicos habían confeccionado alternadores y transformadores capaces de producir corriente alterna de alto voltaje. Hacia finales de siglo, grandes centrales eléctricas que solían utilizar la fuerza barata del agua lograron enviar corriente eléctrica a grandes distancias. En 1879, el estadounidense Thomas Edison y sus colaboradores inventaron la lámpara de filamento incandescente y convirtieron la electricidad en luz. La demanda de electricidad subió como un cohete y, pronto, todas las zonas metropolitanas estuvieron electrificadas. Como sector líder en la nueva economía, la electricidad sirvió para propulsar metros, tranvías y, con el tiempo, ferrocarriles de larga distancia; permitió técnicas nuevas en las industrias químicas y metalúrgicas; y poco a poco cambió de manera radical los hábitos de vida en los hogares corrientes.

La industria química fue el tercer sector que desarrolló tecnologías nuevas de gran relevancia. La producción eficaz de álcali y ácido sulfúrico transformó la fabricación de productos de consumo como el papel, los detergentes, los textiles y los fertilizantes. Gran Bretaña y, en especial, Alemania encabezaron el sector. Los británicos abrieron camino en la producción de jabón de manos y limpiadores domésticos. El aumento del interés por la higiene en las casas y las nuevas técnicas de publicidad de masas permitieron al empresario británico Harold Lever comercializar sus jabones y detergentes en todo el mundo. La producción alemana, por otro lado, se centró en los usos industriales, como el desarrollo de tintes sintéticos y métodos para refinar el petróleo, y llegó a controlar casi el 90 por ciento del mercado químico mundial.

Otras novedades contribuyeron a la segunda revolución industrial. Por ejemplo, la demanda creciente de energía eficiente espoleó la invención del motor de combustión interna con combustible líquido. Las turbinas de vapor perfeccionadas ya disponían de motores que funcionaban a velocidades sin precedentes, pero los motores de combustión interna ofrecían dos grandes ventajas: eran más eficaces y no precisaban personal para alimentarlos a mano, como en el caso de los motores de vapor. En 1914 la mayoría de las armadas habían pasado de usar carbón a usar petróleo, al igual que las compañías privadas de buques a vapor. La dependencia del petróleo crudo y la

gasolina destilada de los nuevos motores puso en peligro en un principio su aplicación generalizada, pero el descubrimiento de campos petrolíferos en Rusia, Borneo, Persia y Tejas alrededor de 1900 acalló los recelos. Por tanto, la custodia de esas reservas petroleras se convirtió en una prerrogativa estatal vital. La adopción de maquinaria propulsada con petróleo tuvo otra consecuencia importante: los industriales que previamente habían dependido de ríos o minas de carbón cercanos para obtener combustible se vieron libres para poder instalar sus empresas en regiones carentes de recursos naturales. Ahora existía el potencial para una industrialización planetaria. Por supuesto, el motor de combustión interna depararía cambios más radicales aún en los transportes futuros del siglo xx, pero tanto el automóvil como el aeroplano se hallaban aún en su infancia antes de 1914.

CAMBIOS EN ÁMBITOS Y ESCALAS

Estos cambios tecnológicos formaron parte de un proceso mucho más amplio consistente en un crecimiento impresionante de los ámbitos y las escalas de la industria. Las tecnologías fueron al mismo tiempo causas y consecuencias de la carrera occidental hacia un mundo más grande, más veloz, más barato y más eficiente. A finales del siglo xix, el tamaño sí importaba. El aumento de la industria pesada y la mercadotecnia de masas hicieron que las fábricas y las ciudades crecieran mano a mano, mientras que los avances en cuanto a medios de comunicación y movilidad contribuyeron a la formación de culturas nacionales de masas. Por primera vez, la gente común seguía las noticias a escala nacional y global. Observaba de cerca cómo se repartían el orbe las potencias europeas y ampliaban así sus imperios con logros prodigiosos de supremacía ingenieril; las vías férreas, los embalses, canales y puertos crecieron hasta alcanzar unas proporciones monumentales. Los proyectos de este tipo encarnaron las ideas de la industria europea moderna. Pero también generaron ingentes ingresos para los constructores, inversores, banqueros, empresarios y, por supuesto, fabricantes de acero y hormigón. Canales en Europa central, vías ferroviarias en los Andes y cables telegráficos tendidos sobre el lecho marino: todos esos «tentáculos del imperio», tal como los llama un historiador, se desplegaron por todo el globo.

Pero la industrialización también produjo cambios profundos, aunque menos espectaculares, en Europa. La población creció sin cesar, sobre todo en Europa central y oriental. La población de Rusia creció casi una cuarta parte y la de Alemania alrededor de la mitad más en el intervalo de una sola generación. La población de Gran Bretaña creció también casi un tercio entre 1881 y 1911. Los avances en los cultivos y el transporte marítimo aliviaron la escasez de alimentos, lo

que se tradujo en una propensión menor a contraer enfermedades y a la mortalidad infantil en poblaciones enteras. Los adelantos en medicina, nutrición e higiene personal disminuyeron la propagación de enfermedades peligrosas como el cólera o el tifus, y la mejora en las condiciones domésticas y en el saneamiento público transformó el medio urbano.

*Crecimiento demográfico en los países más importantes
entre 1871 y 1911 (población en millones)*

	hacia 1871	hacia 1911	% de aumento
Imperio alemán	41,1	64,9	57,8
Francia	36,1	39,6	9,7
Austria-Hungría*	35,8	49,5	38,3
Gran Bretaña	31,8	45,4	42,8
Italia	26,8	34,7	29,5
España	16,0	19,2	20,0

*No se incluye Bosnia-Herzegovina.

Fuente: Colin Dyer, *Population and Society in Twentieth Century France*, Nueva York, Holmes and Meier, 1978, p. 5.

Los cambios en cuanto a ámbitos y escalas no sólo transformaron la producción, también alteraron el consumo. De hecho, fue en este período cuando el consumo empezó a desplazarse, despacio, hacia el centro de la actividad y la teoría económica. La era en que los economistas se preocuparan por la fidelidad de los consumidores y los expertos pudieran efectuar un seguimiento sistemático de los hábitos de consumo en el público no comenzaría hasta mediados del siglo xx, pero las novedades fueron apuntando hacia ese horizonte. Los grandes almacenes que ofrecían tanto productos prácticos como de lujo a las clases medias se convirtieron en el sello distintivo de aquellos tiempos (de la urbanización, la expansión económica y la importancia recién atribuida a la comercialización). La publicidad también experimentó un despegue. Los carteles con lujosas ilustraciones de finales del siglo xix que anunciaban salas de conciertos, jabones, bicicletas y máquinas de coser, no fueron más que un signo de las transformaciones económicas subyacentes. Más significativo aún fue que en la década de 1880 aparecieron tiendas que intentaron atraer a la clase obrera introduciendo la novedad importantísima del pago aplazado. En el pasado, las familias de clase obrera empeñaban relojes, colchones o muebles para tomar dinero

prestado. Ahora empezaron a comprar a plazos, un cambio que con el tiempo tendría unos efectos sísmicos tanto en los hogares como en las economías nacionales.

No obstante, estas nuevas pautas de consumo de finales del siglo XIX fueron sobre todo urbanas. En las zonas rurales, el campesinado siguió guardando el dinero bajo el colchón; heredando unos cuantos muebles de generación en generación; confeccionando, lavando y remendando los vestidos y la ropa blanca, y ofreciendo un kilo de azúcar como generoso regalo doméstico. Sólo poco a poco los comerciantes minoristas fueron reduciendo estas prácticas tradicionales. El consumo de masas seguía siendo difícil de imaginar en lo que aún era una sociedad profundamente estratificada.

EL AUGE DE LAS CORPORACIONES

El crecimiento económico y las demandas del consumo de masas aceleraron la reorganización, consolidación y regulación de las instituciones capitalistas. Aunque las empresas capitalistas se habían financiado a través de inversores individuales mediante el sistema de acciones desde al menos el siglo XVI, fue a finales del siglo XIX cuando las corporaciones modernas alcanzaron la madurez. Para reunir los vastos fondos requeridos por la ejecución de proyectos a gran escala, los empresarios tuvieron que ofrecer mejores garantías al dinero de los inversores. Con el fin de procurar esa protección, la mayoría de países de Europa decretó o mejoró sus leyes de responsabilidad limitada para garantizar que, en caso de quiebra, los accionistas sólo pudieran perder el valor de sus acciones. Con esta seguridad, muchos miles de hombres y mujeres de clase media consideraron ahora la inversión en corporaciones como una aventura prometedor. Después de 1870, los mercados de acciones dejaron de ser ante todo una cámara de compensación para los bonos del estado y del ferrocarril y atrajeron, en su lugar, otras operaciones comerciales e industriales.

La responsabilidad limitada formó parte de una tendencia mayor a la constitución de corporaciones. Mientras las empresas habían sido en su mayoría pequeñas o medianas, ahora las compañías se constituyeron en corporaciones para alcanzar las dimensiones necesarias para sobrevivir. Al hacerlo tendieron a desplazar el control de los fundadores y directivos locales de la empresa hacia bancos y financieras distantes. Como las instituciones financieras representaban los intereses de los inversores, que se centraban en los resultados finales, el control de los bancos sobre el crecimiento industrial fomentó un espíritu de capital financiero impersonal.

Igualmente relevante fue que la segunda revolución industrial creó una fuerte demanda de conocimientos técnicos, lo que minó las formas tradicionales de gestión familiar. Los títulos universitarios de ingeniería y química adquirieron más valor que

el aprendizaje práctico. La emergencia de una clase oficinista (administradores asalariados de nivel medio que ni eran propietarios ni eran obreros) supuso un cambio significativo en la vida laboral y para la evolución de la estructura de clases sociales.

El giro hacia iniciativas comerciales más grandes lo impulsó el deseo de aumentar los beneficios. También se vio alentado por la creencia de que la consolidación protegía a la sociedad de los peligros de las fluctuaciones económicas al alza o a la baja, y de la ineficacia derrochadora de una «ruinosa» competencia desenfrenada. Algunas industrias se asociaron en vertical con la intención de controlar todas las fases de la producción, desde la adquisición de materias primas hasta la distribución de los productos terminados. La empresa de aceros de Andrew Carnegie en Pittsburg controló los costes porque adquirió en propiedad las minas de hierro y carbón necesarias para la producción del acero y compró, además, una flota propia de buques de vapor y vías férreas para transportar el mineral hasta las fábricas. Otra modalidad de autodefensa corporativa la representaron las alianzas horizontales. La organización en carteles permitió a las empresas dedicadas a la misma industria unirse para fijar precios y controlar la competencia, cuando no eliminarla de raíz. Las compañías de carbón, petróleo y acero resultaron especialmente adecuadas para organizarse en carteles, puesto que sólo unos pocos participantes grandes podían afrontar los gastos ingentes de la construcción, equipamiento y explotación de minas, refinerías y fundiciones. En 1894, por ejemplo, empresarios alemanes crearon el Sindicato del Carbón de Renania-Westfalia, que conquistó el 98 por ciento del mercado alemán del carbón mediante el empleo de tácticas desalmadas contra los pequeños competidores, los cuales podían unirse al sindicato o ir a la ruina. A través de tácticas similares, tanto legales como ilegales, la compañía petrolera Standard Oil de John D. Rockefeller logró controlar el mercado del petróleo refinado en Estados Unidos, de forma que en la década de 1880 producía más del 90 por ciento del petróleo del país. Mantuvo el monopolio mediante el Standard Oil Trust, una novedad legal que permitió a Rockefeller controlar y administrar activos de compañías aliadas a través del gobierno. Los cárteles tuvieron gran peso en Alemania y Estados Unidos, pero no tanto en Gran Bretaña, donde las políticas de libre comercio dificultaban la fijación de precios, y en Francia, donde tanto las empresas familiares como los trabajadores se opusieron a los cárteles, y donde, además, existía menos industria pesada.

Aunque los gobiernos intentaron contener en ocasiones el poder creciente de los cárteles (en Estados Unidos, por ejemplo, donde el presidente «revienta-trusts» Theodore Roosevelt recurrió a leyes antitrust previas), la tendencia imperante durante este período consistió en una cooperación cada vez mayor entre los gobiernos y la industria. En contra de la mentalidad de *laissez-faire* del capitalismo temprano, las corporaciones establecieron relaciones estrechas con los estados de Occidente (sobre todo para la consecución de proyectos industriales coloniales, como la construcción

de vías férreas, puertos y buques de vapor para las líneas regulares). Estos proyectos exigían esfuerzos económicos tan costosos, o tan improductivos, que las empresas privadas no los habrían acometido por sí solas. Pero como servían para apoyar intereses políticos y estratégicos más amplios, los gobiernos los subvencionaron de buena gana. Aquella interdependencia la enfatizó la aparición de empresarios y financieros como funcionarios del estado. El banquero alemán Bernhard Dernburg actuó como ministro alemán de las colonias. Joseph Chamberlain, fabricante británico y alcalde de la ciudad industrial de Birmingham, también ejerció como ministro de las colonias. Y en Francia, Charles Jonnart, presidente de la Compañía del Canal de Suez y de la acerería Saint-Étienne, fue más tarde gobernador general de Argelia. Vinculado a los intereses imperiales, el auge de las corporaciones modernas repercutió en todo el orbe.

ECONOMÍA INTERNACIONAL

A partir de la década de 1870, la expansión veloz de la industrialización incrementó la competencia entre naciones. La búsqueda de mercados, productos e influencia atizó gran parte de la expansión imperial y, como consecuencia, a menudo enfrentó unos países a otros. Volvieron a levantarse barreras comerciales para proteger los mercados interiores. Todas las naciones, excepto Gran Bretaña, elevaron los aranceles con el argumento de que las necesidades del estado-nación prevalecían sobre la doctrina de *laissez-faire*. Pero los cambios en la economía internacional alimentaron el desarrollo progresivo de un sistema de fabricación, comercio y finanzas entrelazado, mundial. Por ejemplo, la adopción casi universal del patrón oro para el cambio de moneda facilitó enormemente el comercio planetario. Al vincular el valor de las monedas, sobre todo la potente libra esterlina británica, al valor del oro, el cambio de divisas fue inmediato. El patrón común también permitió que las naciones recurrieran a un tercer país para que mediara en el comercio y el cambio, y mitigara así los desequilibrios de las balanzas comerciales (un problema habitual en las zonas industrializadas de Occidente). Casi todos los países europeos, dependientes de vastos suministros de materias primas para mantener su tasa de producción industrial, importaban más de lo que exportaban. Para evitar los déficits crecientes derivados de esas prácticas, recurrieron a exportaciones «invisibles»: transporte marítimo, seguros y servicios bancarios. El monto de las exportaciones británicas en esos ámbitos superó con mucho el de cualquier otro país. Londres se erigió en el mercado monetario del mundo hacia el cual dirigían la mirada los prestatarios en ciernes en busca de ayuda antes de acudir a cualquier otro lugar. En 1914, Gran Bretaña tenía veinte mil millones de dólares invertidos en el extranjero, frente a los 8.700 millones

de dólares de Francia y los 6.000 millones de dólares de Alemania. Gran Bretaña también se sirvió del comercio invisible para afianzar sus relaciones con las naciones productoras de alimentos, lo que la convirtió en la mayor compradora extranjera del trigo de Estados Unidos y Canadá, la ternera de Argentina y la carne de cordero de Australia. Estas mercancías, transportadas a bajo precio en buques refrigerados, bajaron los precios de los alimentos para las familias de la clase obrera y aliviaron las demandas de subidas de sueldos.

Durante este período se produjo una transformación en la relación entre las naciones manufactureras europeas y las fuentes extranjeras de materias primas, tal como se detalla en el capítulo anterior. Esos cambios remodelaron a su vez la economía y la cultura de ambos países implicados con diversos grados de expectativas y beneficios. Este empuje internacional hacia la fabricación y la producción masiva de mercancías conllevó necesariamente cambios en los arraigados hábitos de consumo y de producción. Alteró el paisaje y las costumbres de la India tanto como los de Gran Bretaña. Imprimió nuevos ritmos de vida a las mujeres dedicadas a la fabricación de ropa en Alemania, a los transportistas de suministros para la construcción de vías férreas en Senegal, y a los trabajadores que dragaron el puerto de Dakar.

La política obrera y los movimientos de masas

La rápida expansión capitalista de finales del siglo XIX conllevó un crecimiento paralelo de las dimensiones, la cohesión y el activismo de las clases obreras europeas. Los hombres y mujeres que trabajaban como asalariados se resintieron del poder de las corporaciones (un antagonismo compartido fomentado no sólo por la explotación y las desigualdades que experimentaban en el trabajo, sino también por la creación de comunidades obreras bien diferenciadas en las ciudades europeas en expansión). Las corporaciones habían desarrollado métodos nuevos para proteger y apoyar sus intereses, y los trabajadores hicieron lo mismo. Los sindicatos, que tradicionalmente se limitaban a trabajadores masculinos cualificados de empresas con un tamaño modesto, evolucionaron a finales del siglo XIX hasta convertirse en organizaciones de masas, centralizadas y de ámbito nacional. Este «nuevo sindicalismo» hizo hincapié en la organización en ramas industriales completas y, por primera vez, incluyó a trabajadores no cualificados. El amplio alcance de los nuevos sindicatos otorgó a la mano de obra mayor poder para negociar salarios y condiciones laborales. Pero lo más importante es que la creación de sindicatos nacionales brindó una estructura para la aparición de un movimiento político inexistente hasta entonces: el partido socialista universal.

La aparición de partidos socialistas en toda Europa después de 1870 se debió en parte a los cambios acaecidos en estructuras políticas nacionales. En la década de 1860, el avance del constitucionalismo parlamentario había abierto las puertas del quehacer político a nuevos participantes, entre ellos los defensores del socialismo. Como parte del proceso legislativo, los socialistas inmersos ya en el parlamento centraron los esfuerzos en la ampliación del sufragio en las décadas de 1860 y 1870. Sus éxitos al respecto crearon nuevos distritos electorales formados por hombres de la clase obrera. Al mismo tiempo, las luchas tradicionales de los trabajadores con la administración se reestructuraron a una escala nacional, al mismo tiempo que los gobiernos se alinearon con los intereses empresariales y rebatieron la agitación de la clase obrera con leyes contrarias a los obreros y al socialismo. Los líderes de la izquierda radical consideraron la organización a nivel nacional de los movimientos políticos universales como la única vía efectiva para defenderse de la autoridad política capitalista. De ahí que, durante este período, los movimientos socialistas abandonaran tradiciones previas de radicalismo insurreccional (ejemplificado mediante la imagen romántica de las barricadas en las calles) y se acogieran a la competición legal, pública desde el seno de los sistemas parlamentarios europeos.

Este desplazamiento hacia la política popular de masas y el éxito parejo de los movimientos obreros se debió tanto a un aumento del activismo de los intelectuales como a los esfuerzos de los trabajadores y los sindicatos. El más destacado de aquellos intelectuales fue Carlos Marx, cuyas primeras actuaciones se comentaron en el capítulo 20. Desde la década de 1840, Marx y su colaborador Friedrich Engels habían figurado como intelectuales y activistas redactando panfletos y participando en la organización de movimientos socialistas incipientes. Después, en 1867, Marx publicó el primero de los tres volúmenes que conformaron *El capital*, una obra considerada por él mismo como la mayor aportación para la lucha por la emancipación humana. Con ella dotó al materialismo histórico de un fundamento teórico y atacó el capitalismo desde el campo de batalla de la economía. Con el espíritu científico propio del siglo XIX, Marx afirmaba que su obra ofrecía un estudio sistemático del modo en que el capitalismo obligaba a los obreros a entregar su trabajo a cambio de salarios de subsistencia mientras los propietarios de los medios de producción acumulaban tanto riqueza como poder. La obra, que aunaba el estudio teórico de la economía con exigencias de políticas revolucionarias, se convirtió en la crítica socialista del capitalismo más sobresaliente.

Por diversas razones, la síntesis explosiva de pensamiento y acción que combinó el marxismo atrajo a trabajadores e intelectuales de todo Occidente. En primer lugar, el marxismo aportó algunos de los razonamientos más radicales y apremiantes del período para la democracia y la inclusión política. En toda Europa, aunque sobre todo en los países occidentales, el socialismo marxista procuró una base crucial para la

instauración de políticas democráticas de masas. Pocos grupos impulsaron con tanta fuerza la garantía de las libertades civiles, difundieron los conceptos de ciudadanía o crearon sistemas nacionales de seguridad social. Como doctrina teórica, el marxismo también reivindicó con firmeza la igualdad entre ambos sexos, pero en la práctica el sufragio femenino ocupó un segundo plano en la política de clases. El utopismo marxista también representó un elemento crucial porque su gran promesa de un futuro mejor y triunfal para los trabajadores captó gran número de ellos para la causa.

No obstante, no todos los movimientos de la clase obrera fueron marxistas. Incluso cuando varias organizaciones políticas y obreras adoptaron el pensamiento marxista, siguió habiendo grandes diferencias entre las filosofías, objetivos y métodos de los diversos grupos de izquierdas. Aquellas disparidades aumentaron en cada industria, ocupación, región y nación; no existió un movimiento obrero homogéneo. Pero las cuestiones más distanciadoras radicaron en el papel de la violencia y si los socialistas debían colaborar con gobiernos liberales o «burgueses» y, en caso afirmativo, con qué finalidad. Algunos «gradualistas», sobre todo en Gran Bretaña, quisieron trabajar con los liberales para lograr una reforma gradual, mientras que socialistas más radicales persiguieron el poder parlamentario para acelerar el derrocamiento del capitalismo. Los anarquistas y sindicalistas rechazaron de plano la política parlamentaria. Este primer debate esencial sobre esta cuestión surgió en la Asociación Internacional de los Trabajadores, o Primera Internacional, fundada en 1864 para promover una actuación obrera coordinada en el conjunto de Europa. Marx y sus seguidores defendieron con firmeza los movimientos políticos en masa; los anarquistas, como Mijaíl Bakunin, rechazaron toda clase de organizaciones centralizadas (ya fueran estados nacionales o partidos socialistas) y, en su lugar, instaron al terror y la violencia. Aunque este dilatado debate impidió que la Internacional dibujara un mapa claro de actuaciones políticas, sus objetivos siguieron ocupando la proa de organizaciones socialistas ulteriores.

LA PROLIFERACIÓN DE LOS PARTIDOS Y ALTERNATIVAS SOCIALISTAS

Tras el cierre de la Primera Internacional en 1876, la política obrera organizada se desarrolló con rapidez y tomó direcciones diversas. El socialismo marxista se propagó por una serie de partidos democráticos socialistas y sociales fundados entre 1875 y 1905 en Alemania, Bélgica, Francia, Austria y Rusia. Estos partidos eran organizaciones de trabajadores disciplinados y politizados que aspiraban a tomar el control del estado para acometer un cambio revolucionario: de todas ellas el modelo fue el SPD, el Partido Socialdemócrata Alemán, creado en 1875. En un primer momento, el SPD persiguió el cambio político dentro del sistema político

parlamentario de Alemania, pero, tras una época de opresivas leyes antisocialistas, adoptó un programa marxista explícito y preparó un proletariado con conciencia política para cuando se produjera el desplome inminente del capitalismo. En el momento en que estalló la Primera Guerra Mundial, el socialdemócrata era el partido de los trabajadores más grande y mejor organizado del mundo. Hubo varios factores clave que convirtieron Alemania en un país especialmente receptivo a la socialdemocracia: la industrialización veloz e intensiva, una clase obrera urbana extensa, una constitución parlamentaria nueva, un gobierno nacional hostil a los trabajadores organizados y una tradición nula de reformas liberales.

La relevancia de este último agente se torna más evidente al considerar el caso de Gran Bretaña, el primer país (y el más) industrializado del mundo, pero con una presencia socialista mucho menor y más moderada que cualquier otro país de Europa. Hacia finales del siglo XIX, buena parte del programa progresista socialista lo avanzaron liberales radicales en Gran Bretaña, lo que impidió el desarrollo de un partido socialista independiente. Incluso cuando se creó un Partido Laborista separado en 1901, se mantuvo claramente moderado, comprometido más con la reforma del sistema capitalista que con su derrumbamiento. Centró sus esfuerzos en reformas pragmáticas tales como la vivienda pública, beneficios de seguridad social y subida de salarios. Para la variedad de activistas políticos pertenecientes al Partido Laborista, así como para muchos sindicatos británicos, el parlamento continuó siendo un vehículo legítimo para lograr el cambio social, lo que redujo el atractivo del marxismo revolucionario.

Si la reforma parlamentaria brindó una alternativa popular al programa marxista, la doctrina del anarquismo ofreció otra. Tal como se indicó con anterioridad, los defensores del anarquismo compitieron con los marxistas por definir la dirección que debía seguir el socialismo europeo. Los anarquistas, contrarios a las economías y políticas organizadas desde un núcleo central, y a la propia existencia de la autoridad del estado, abogaron por la soberanía individual y una democracia localizada a pequeña escala. Compartieron una serie de valores esenciales con los marxistas, pero mostraron diferencias radicales en el modo de exponerlos. Los anarquistas, que renunciaron a partidos, sindicatos o cualquier forma de organización moderna de masas, recurrieron a la tradición de la violencia conspiradora de vanguardia a la que Marx se opuso con tanta reciedumbre. Como consecuencia, una de las características definitorias del anarquismo fue su confianza en el terrorismo, o lo que los anarquistas italianos llamaron «propaganda a través de los hechos». Aunque no todos adoptaron esos métodos, los anarquistas cometieron la infamia de asesinar al zar Alejandro II en 1881 y a otros cinco jefes de estado en los años siguientes. Algunos anarquistas influyentes, como Piotr Kropotkin y Mijaíl Bakunin, creyeron que el «terror ejemplar» podía espolear la sublevación popular. A su parecer, la revelación de la

vulnerabilidad de los líderes políticos poderosos crearía caos y envalentonaría al pueblo. Aunque el anarquismo (tal vez por cuestiones intrínsecas) no logró progresos notables como movimiento, mantuvo viva una alternativa radical, violenta, a la importancia que atribuyó el marxismo a la política parlamentaria.

Otra variedad de movimiento socialista, conocida como sindicalismo, adquirió popularidad con el cambio de siglo, sobre todo entre los agricultores de Francia, Italia y España. Siguiendo los principios socialistas, el sindicalismo reclamó que los trabajadores compartieran la propiedad y el control de los medios de producción, y que el estado capitalista fuera derrocado y sustituido por sindicatos obreros o asociaciones comerciales. Aunque el sindicalismo se fundió a menudo con el anarquismo (como en el término *anarcosindicalismo*), se trató de una doctrina distinta que no apeló al terror, sino más bien a formas masivas de acción directa entre las que figuraban la huelga y el sabotaje. El teórico del sindicalismo más leído, el francés Georges Sorel, sostenía que una huelga general de todos los trabajadores de la industria tendría más repercusión para derribar el estado que la política electoral. En cambio, cuando más tarde Sorel se desplazó hacia la extrema derecha, aparecieron líderes más populares y prácticos en Francia, donde se unieron a otros líderes sindicales franceses y crearon en 1895 una Confederación General del Trabajo. Decidida a trabajar desde fuera del entramado político francés legalmente constituido, la confederación y otras organizaciones sindicales contribuyeron a promover el radicalismo entre los socialistas (sobre todo tras la revolución frustrada de 1905 en Rusia), pero no lograron desarrollar una permanencia duradera en la política europea.

LOS LÍMITES DEL ÉXITO

Hacia la época del cambio de siglo los movimientos socialistas populares habían realizado progresos impresionantes en toda Europa: en 1895, siete partidos socialistas habían concentrado entre un cuarto y un tercio de los votos de sus países respectivos. Pero justo cuando los socialistas adquirieron un puesto permanente en política nacional, también tuvieron que afrontar limitaciones y conflictos internos que habían estorbado en el partido desde el principio. De hecho, los movimientos de la clase obrera jamás consiguieron en ningún lugar el apoyo casi total de los trabajadores. Aunque algunos se mantuvieron leales a las viejas tradiciones liberales o a partidos religiosos, otros muchos quedaron excluidos de la política socialista por su limitada definición de quién conformaba la clase obrera (es decir, únicamente los trabajadores industriales masculinos). Al menos en términos de elecciones, los partidos socialistas tropezaron contra un muro que ellos mismos habían construido.

Al mismo tiempo, el conflicto permanente entre revolucionarios y reformadores,

entre captar votos y tirar piedras, estalló con una intensidad renovada después de 1900. Por un lado, socialistas fervientes empezaron a cuestionar las afirmaciones más esenciales de Marx sobre la imposibilidad de evitar el empobrecimiento de los trabajadores y el desmoronamiento del orden burgués. Un grupo alemán de los llamados revisionistas, encabezado por Eduard Bernstein, desafió la doctrina marxista y reclamó un giro hacia la reforma moderada. Aunque la facción de Bernstein no consiguió una mayoría de votos ni en congresos nacionales ni en internacionales, su pragmatismo atrajo a socialistas y trabajadores de todo el continente. En cambio, en el extremo opuesto de espectro había defensores del incremento del radicalismo y la acción directa. Inspirados por el inesperado (y fallido) levantamiento revolucionario de 1905 en Rusia, los marxistas alemanes, como Rosa Luxemburgo, reclamaron huelgas generales con la esperanza de aprovechar el momento y provocar una revolución proletaria generalizada.

Los conflictos relacionados con la estrategia alcanzaron su intensidad máxima justo antes de la Primera Guerra Mundial, cuando marxistas moderados, reformistas y ortodoxos debatieron sobre cómo actuar ante el riesgo del conflicto internacional. Pero estas divisiones no mermaron la fuerza y el atractivo del socialismo de principios de siglo. En realidad, en vísperas del conflicto armado, los gobiernos realizaron consultas discretas a líderes obreros sobre la disposición de los trabajadores de a pie para enrolarse y combatir. Tras desarrollar una fuerza organizativa y política impresionante desde la década de 1870, los partidos de la clase obrera influyeron ahora en la capacidad de los estados-nación para ir a una guerra. En resumen, alcanzaron la mayoría de edad.

Demandas de igualdad: el sufragio y los movimientos femeninos

Desde la década de 1860, la combinación del activismo de la clase obrera y el constitucionalismo liberal había ampliado el derecho al sufragio en toda Europa: en 1884, Alemania, Francia y Gran Bretaña habían concedido el derecho a votar a la mayoría de los hombres. Pero las mujeres no tenían derecho a votar en ningún sitio. La ideología política decimonónica relegó a la mujer a la categoría de ciudadana de segunda clase, y hasta los socialistas de convicciones igualitarias rara vez cuestionaron esta jerarquía arraigada. Excluidas de la actividad política parlamentaria y de los partidos de masas, las mujeres defendieron sus intereses a través de organizaciones independientes y formas de acción directa. El nuevo movimiento de las mujeres logró algunas reformas legales esenciales durante este período, y la campaña combativa que emprendieron tras el comienzo del nuevo siglo para conseguir el sufragio alimentó la sensación creciente de crisis política, sobre todo en

Gran Bretaña.

Las organizaciones de mujeres, como la Asociación General Alemana de Mujeres, presionaron, en primer lugar, para lograr reformas educativas y legales. En Gran Bretaña, los centros femeninos de estudios superiores se crearon al mismo tiempo que las mujeres obtuvieron el derecho de controlar su propio patrimonio. (Con anterioridad, las mujeres cedían su propiedad, incluido el sueldo, a sus esposos). Las leyes de 1884 y 1910 otorgaron ese mismo derecho a las francesas, además de la posibilidad de divorciarse de sus maridos. Las mujeres alemanas también consiguieron leyes de divorcio más favorables en 1870, y en 1900 les garantizaron derechos legales plenos. Tras estos cambios trascendentales en la categoría de la mujer, el sufragio cristalizó como el siguiente objetivo lógico. De hecho, los votos se convirtieron en el símbolo de la capacidad de la mujer para alcanzar la categoría plena de persona. Según los sufragistas, el derecho al voto no representaba tan sólo un avance político, sino también económico, espiritual y moral. Hacia el último tercio del siglo, las mujeres de clase media de toda Europa occidental habían fundado asociaciones, publicado periódicos, organizado peticiones, patrocinado asambleas y emprendido otras actividades públicas para ejercer presión en favor del voto. El número de asociaciones formadas por mujeres de clase media se multiplicó con rapidez; algunas, como la Liga Alemana para el Sufragio Femenino, fundada en 1902, se crearon con la única finalidad de abogar por el derecho al voto. A la izquierda de los movimientos de clase media había organizaciones de feministas socialistas, mujeres como Clara Zetkin y Lily Braun, convencidas de que sólo una revolución socialista podría liberar a las mujeres de la explotación económica y política.

En Gran Bretaña, las campañas en favor del sufragio femenino estallaron en violencia. Millicent Fawcett, una mujer distinguida de clase media con contactos en la clase política, reunió dieciséis organizaciones diferentes en la Unión Nacional de Sociedades para el Sufragio Femenino (1897), comprometida con una reforma pacífica y constitucional. Pero el movimiento carecía del peso político o económico necesario para influir en una asamblea legislativa masculina. La exasperación creció ante la incapacidad de convencer al partido liberal o al conservador: cada uno de ellos temía que el sufragio femenino beneficiara al otro. Por esta razón, Emmeline Pankhurst fundó la Unión Social y Política Femenina (en inglés, Womens Social and Political Union, o WSPU) en 1903, que adoptó tácticas de militancia y desobediencia civil. Las mujeres de la WSPU se encadenaron en la sala de visitas de la Cámara de los Comunes, rajaron cuadros en museos, escribieron con ácido «Voto para las mujeres» en la hierba de campos de golf, interrumpieron discursos políticos, quemaron casas de políticos y destrozaron escaparates de grandes almacenes. El gobierno atajó la violencia con represión. Cuando las mujeres arrestadas hacían

huelga de hambre en las prisiones, los guardias las alimentaban a la fuerza (las ataban, les abrían la boca con cepos de madera o metal y les introducían tubos hasta la garganta). En 1910 las sufragistas intentaron acceder a la Cámara de los Comunes y provocaron un enfrentamiento de seis horas contra policías y viandantes que conmocionó y escandalizó a un país nada acostumbrado a ese tipo de violencia por parte de las mujeres. La fuerza de las reivindicaciones morales de las sufragistas la personificó el impresionante martirio de Emily Wilding Davison, quien, llevando un fajín con el lema «Voto para las mujeres», saltó a los pies del caballo del rey durante la prueba hípica del Derby Day y falleció pisoteada por el animal.

REDEFINICIÓN DE LA CONDICIÓN FEMENINA

La campaña en favor del sufragio femenino fue, tal vez, el aspecto más visible e incendiario de una evolución cultural mayor que redefinió los papeles tradicionales Victorianos de cada sexo. Los cambios económicos, políticos y sociales del último tercio del siglo XIX fueron minando la idea de que hombres y mujeres debían dedicarse a ámbitos claramente distintos. Las mujeres figuraron cada vez más como mano de obra a medida que un número mayor de ellas fue accediendo a ocupaciones más variadas. Algunas mujeres de la clase obrera se incorporaron a fábricas y talleres nuevos para atenuar la pobreza de sus familias, a pesar de la insistencia de algunos hombres de su misma clase en que la estabilidad familiar exigía que las mujeres permanecieran en casa. Además, el aumento de la burocracia en el gobierno y las empresas, unido a la escasez de mano de obra masculina para afrontar el crecimiento industrial, situó a las mujeres en el mercado laboral como trabajadoras sociales y oficinistas. El incremento de los servicios hospitalarios y el advenimiento de una enseñanza estatal obligatoria requirieron más enfermeras y profesoras. Nuevamente, la falta de trabajadores masculinos y la necesidad de cubrir todos esos puestos nuevos con el menor coste posible convirtieron a las mujeres en una alternativa lógica. De ahí que las mujeres, que habían emprendido campañas intensas para acceder a la educación, empezaran a ver que las puertas se abrían ante ellas. Las universidades y colegios médicos de Suiza comenzaron a admitir mujeres en la década de 1860. En las décadas de 1870 y 1880, las británicas crearon sus propios centros de enseñanza superior en Cambridge y Oxford. Algunos sectores del mundo profesional experimentaron un cambio impresionante de aspecto: en Prusia, por ejemplo, en 1896, 14.600 profesoras a tiempo completo formaban parte de plantillas escolares. Estos cambios en la actividad laboral femenina fueron derribando el mito de la domesticidad femenina.

Además, algunas mujeres empezaron a trabajar en el terreno político, un ámbito

considerado prohibido en épocas anteriores. Esto no significa que la actividad política femenina careciera de precedentes; en ciertos aspectos importantes, las bases para la nueva participación política de las mujeres se habían sentado anteriormente durante este mismo siglo. Los movimientos de reforma de comienzos del siglo XIX dependieron de las mujeres y elevaron su prestigio público. Mediante obras de caridad desde asociaciones religiosas en un primer momento, y a través de cientos de asociaciones laicas después, las mujeres de toda Europa centraron sus energías en la ayuda a los pobres, reformas penitenciarias, catequesis para los niños, acciones antialcohólicas, la abolición de la esclavitud y la prostitución y la ampliación de las oportunidades formativas para las mujeres. Los grupos reformadores unieron a las mujeres fuera del hogar y las animaron a expresar sus ideas como librepensadoras iguales a los hombres y a perseguir objetivos políticos, un derecho que tenían vetado como mujeres individuales. Y mientras algunas mujeres pertenecientes a grupos reformadores apoyaban la emancipación política, muchas otras se animaron a participar en políticas reformistas por el convencimiento de que tenían una misión moral especial: es decir, entendieron sus actuaciones públicas como una mera extensión de las obligaciones domésticas femeninas. Con todo, los movimientos de reforma del siglo XIX habían abierto las puertas de cada casa al mundo exterior, en especial para las clases medias, y ampliaron el abanico de posibilidades para generaciones posteriores.

Estos cambios en el papel de las mujeres corrieron parejas con la aparición de una categoría social nueva llamada «mujer nueva». La mujer «nueva» reclamaba formación y un trabajo; se negaba a ir escoltada por acompañantes cuando salía; rechazaba los restrictivos corsés que estuvieron de moda a mediados de siglo. En otras palabras, reclamaba el derecho a una vida activa tanto física como intelectual y se negó a conformarse con las normas decimonónicas que definían la feminidad. La mujer nueva fue una imagen creada, en parte, por los artistas y periodistas que llenaron periódicos, revistas y carteles publicitarios de imágenes de mujeres en bicicleta vestidas con pololos (pantalones bombachos para usar debajo de faldas cortas); fumando cigarrillos y disfrutando de cafés, salas de baile, aguas tónicas, jabones y otros emblemas del consumo. Pero, en realidad, muy pocas mujeres encajaban en esa imagen: entre otras cosas, la mayoría era demasiado pobre. Aun así, las mujeres de la clase media y obrera reclamaron más libertad social y redefinieron las normas de cada género en el proceso. Algunos observadores consideraron que la independencia recién adquirida por las mujeres equivalía a eludir las responsabilidades domésticas, y tacharon a las mujeres que desafiaban lo convencional de «machorras» peligrosas, indignas e incapaces de contraer matrimonio. Para los defensores, en cambio, aquella «mujer nueva» simbolizaba una era de emancipación social digna de celebrar.

Estos cambios encontraron una oposición intensa, en ocasiones violenta, y no sólo masculina. Los hombres despreciaron a las mujeres que supusieron una amenaza para su selecto territorio dentro de universidades, círculos sociales y cargos públicos, pero gran cantidad de mujeres antisufragistas también denunciaron el movimiento. Conservadoras como la señora Humphrey Ward sostuvieron que la incorporación de la mujer al terreno político socavaría la virilidad del imperio inglés. Octavia Hill, célebre trabajadora social, manifestó que las mujeres debían abstenerse de participar en política y que con ello «mitigarían esta lucha salvaje por la posición y el poder». Los comentaristas cristianos criticaron a los sufragistas por conducir a la decadencia moral a través del individualismo egoísta. Otros creían que el feminismo disolvería la familia, un tema que alentó un debate más amplio sobre el declive de Occidente en medio de un sentimiento creciente de crisis cultural. De hecho, la lucha por los derechos de las mujeres sirvió de detonante a una serie de inquietudes europeas relacionadas con la mano de obra, la política, los géneros y la biología, que parecían indicar que el consenso político ordenado que deseaba con tanto fervor la sociedad de clase media se deslizaba hacia el reino de lo imposible.

El liberalismo y sus descontentos: políticas nacionales en el cambio de siglo

Los liberales de clase media, defensores de doctrinas favorables a los derechos individuales durante todo el siglo XIX, pasaron a adoptar una postura defensiva tras 1870. Con anterioridad, el poder político había descansado sobre un equilibrio entre los intereses de la clase media y los de las élites tradicionales. La aristocracia terrateniente compartía poder con magnates industriales; la gestión monárquica coexistía con libertades constitucionales. Pero a finales del siglo XIX, el auge de las políticas de masas desequilibró la balanza. La ampliación del sufragio y el aumento de las expectativas introdujeron elementos nuevos en la escena política. Como se ha visto, los sindicatos, los socialistas y las feministas desafiaron a la clase dirigente europea mediante la exigencia de una participación política abierta a todos. Los gobiernos respondieron a su vez con una mezcla de medidas conciliadoras y represivas. A medida que se acercó el siglo XX, las tensiones políticas se tornaron más intensas y, hacia la época de la Primera Guerra Mundial, los fundamentos de la política parlamentaria liberal empezaban a desmoronarse. El tránsito por este territorio desconocido obligó tanto a la izquierda como a la derecha, tanto a los de dentro como a los de fuera, a crear formas nuevas y modernas de política de masas.

FRANCIA: REPÚBLICA SITIADA

La guerra franco-prusiana de 1870, que completó la unificación de la Alemania vencedora, infligió una derrota aplastante a Francia. El gobierno del Segundo Imperio se derrumbó. Tras ella, los franceses proclamaron una república cuya legitimidad se cuestionó desde el principio. La confección de un sistema republicano duradero se reveló difícil. La constitución de la Tercera República, establecida al fin en 1875, señaló el triunfo de los principios democráticos y parlamentarios. Sin embargo, la instauración de la democracia se produjo de manera inestable, y la Tercera República se topó con escándalos de conflictos de clase y la aparición de nuevas formas de políticas derechistas que envenenarían la actividad en ese ámbito durante décadas.

En cuanto el gobierno se rindió, tuvo que afrontar una crisis que enfrentó a los representantes nacionales con los radicales que habían tomado la ciudad de París. Durante la guerra, la ciudad había nombrado su propio gobierno municipal, la Comuna. París no sólo se negó a rendirse a los alemanes, sino que se proclamó a sí misma el verdadero gobierno de Francia. La ciudad había estado sitiada por los alemanes durante cuatro meses; la mayoría de la gente que pudo huir lo hizo, y el resto, hambriento y radicalizado, desafió al gobierno francés que acordaba desde Versalles las condiciones de un armisticio con los alemanes. Una vez firmado el armisticio, el gobierno francés dirigió la atención hacia la ciudad. Tras negociaciones largas e infructuosas, en marzo de

1871 el gobierno envió tropas a desarmar la capital. Pero, como el mayor apoyo de la Comuna provino de los obreros de París, el conflicto se convirtió en una guerra de clases. Durante una semana los *communards* se enfrentaron a las tropas gubernamentales, construyeron barricadas para contener la invasión, tomaron y dispararon a rehenes, y poco a poco se fueron retirando hacia los barrios obreros del norte de la ciudad. La represión del gobierno francés fue brutal. Al menos veinticinco mil parisinos fueron ejecutados o murieron durante el enfrentamiento o quemados en los incendios que asolaron la ciudad; miles de personas más fueron deportadas a la colonia penal de Nueva Caledonia en el Pacífico Sur. La Comuna de París fue un episodio breve pero proyectó una sombra larga y reabrió viejas heridas políticas. Para Marx, que escribió sobre la Comuna, y para otros socialistas, aquel hecho ilustró la futilidad de la vieja tradición insurreccional de la izquierda y la necesidad de políticas democráticas más basadas en la gran masa.

EL CASO DREYFUS Y EL ANTISEMITISMO COMO DOCTRINA POLÍTICA

En el extremo opuesto del espectro político francés emergieron formas nuevas de derechistas radicales que prefiguraron cambios en otros lugares. A medida que fracasaban los rancios fundamentos de la política conservadora, la Iglesia católica y

la nobleza terrateniente, tomaron forma políticas derechistas más radicales. La nueva derecha, escocida por la derrota de 1870 y crítica con la república y sus cimientos, fue nacionalista, antiparlamentaria y antiliberal (en el sentido del compromiso con las libertades individuales). Maurice Barrès, por ejemplo, elegido diputado en 1889, declaró que el gobierno parlamentario había sembrado «impotencia y corrupción» y era demasiado débil para defender la nación. Durante la primera mitad del siglo XIX, el nacionalismo se había asociado con la izquierda (véase el capítulo 20). Ahora lo invocaba más a menudo la derecha, y en conexión con la xenofobia (hostilidad hacia los extranjeros), en general, y el antisemitismo, en particular.

La trayectoria personal/política de Édouard Drumont ofrece un buen ejemplo. Drumont fue un periodista antisemita de gran éxito que atribuyó todos los problemas de la Francia de finales del siglo XIX a los efectos desastrosos de una conspiración internacional judía y que tachó de «judíos» a todos los enemigos de la derecha política. Drumont mezcló/fundió tres vertientes antisemitas: el viejo antisemitismo cristiano, que condenaba al pueblo judío por matar a Cristo; el antisemitismo económico, que insistía en que la poderosa familia de banqueros Rothschild era representativa de todos los judíos; y el pensamiento racial de finales del siglo XIX, que enfrentaba a la raza aria (indoeuropea) con la raza semítica (inferior). Drumont encajó estos temas en una influyente ideología de odio. «Los judíos en el ejército» subvertían el interés nacional; los escándalos financieros provenían de «conspiraciones internacionales»; la cultura de masas, el movimiento femenino, las salas de baile y todas las novedades que supuestamente estaban corrompiendo la cultura francesa demostraban sencillamente el peso de los «intereses cosmopolitas e internacionales de los judíos»; los «ricos banqueros judíos» o «avaros socialistas y sindicalistas judíos» vivían a costa de los campesinos y pequeños comerciantes de Francia. Drumont machacó con estas cuestiones en su periódico *La libre parole* («Palabra libre»), fundado en 1892, a través de su Liga Antisemita y con el masivo y vendidísimo volumen de quinientas páginas *La Francia judía* (1886), que vendió cien mil copias durante los dos primeros meses.

Este antisemitismo politizado estalló con el Caso Dreyfus, un momento político crucial en la vida de la República francesa. En 1894, un grupo de oficiales monárquicos del ejército francés acusó a Alfred Dreyfus, un capitán judío en plantilla, de vender secretos militares a Alemania. Tras ser procesado por un consejo de guerra, Dreyfus fue declarado culpable, despojado de su rango y deportado de por vida a la isla del Diablo, una prisión espantosa en el Océano Atlántico. En 1896, el coronel Georges Picquart, nuevo jefe del Servicio de Inteligencia, puso en duda el veredicto y, tras una investigación previa, comunicó que los documentos del juicio estaban falsificados.

Cuando el Ministerio de Guerra se negó a juzgar de nuevo a Dreyfus, el «caso» se

convirtió en un «acontecimiento» que polarizó el país. Republicanos, socialistas, liberales y figuras tales como el escritor Émile Zola apoyaron a Dreyfus. Según los *dreyfusards*, como se los llamó, defendían el progreso y la justicia en contra de la reacción y el prejuicio, y la supervivencia de la república dependía del equilibrio. Zola, por ejemplo, criticó la institución francesa en un provocador ensayo periodístico titulado *J'accuse!*, en el que acusaba al gobierno, a los tribunales y a los militares de falsificar documentos, encubrir actos de traición y saltarse con descaro los aspectos fundamentales de la justicia. En el polo opuesto, los *antidreyfusards* incluían a otros socialistas que consideraban el caso como una distracción para eludir cuestiones económicas más importantes, monárquicos, militaristas y algunos miembros del clero. Un periódico católico insistió en que la cuestión no radicaba en si Dreyfus era culpable o inocente, sino en si los judíos y los no creyentes eran los «dueños secretos de Francia».

Después de seis años de amarga controversia, una orden del ejecutivo en 1899 liberó a Dreyfus. En 1906, el Tribunal Supremo lo eximió de toda culpa, lo reintegró en el ejército como comandante y lo condecoró con la Legión de Honor. Entre las numerosas consecuencias de este caso figura la separación de la Iglesia y el estado en Francia. Los republicanos estaban convencidos de que la Iglesia y el ejército eran hostiles a la república. Las leyes aprobadas entre 1901 y 1905 prohibieron en Francia las órdenes religiosas no autorizadas por el estado, prohibieron al clero enseñar en las escuelas y, por último, disolvieron la unión entre la Iglesia católica y el estado.

La tercera república se fortaleció durante la primera década del nuevo siglo. Al mismo tiempo, la derecha radical y el antisemitismo emergieron con claridad como fuerzas políticas en toda Europa. El alcalde de Viena fue elegido en 1897 por una plataforma antisemita. La policía secreta rusa forjó y publicó un libro titulado *Los protocolos de los viejos sabios de Sión* (1903 y 1905) que hablaba de una supuesta trama judía para dominar el mundo. El estado ruso también ayudó a incriminar a Mendel Beiless, un oficinista judío de Ucrania que fue arrestado en 1911, condenado por asesinato y encerrado en prisión durante dos años antes de quedar absuelto. El antisemitismo político teorizado por Drumont y practicado por otros en toda Europa estuvo muy vinculado al nacionalismo de finales del siglo XIX e insistió en atribuir a los problemas sociales y políticos un carácter racial.

SIONISMO

Entre la mucha gente que observó con inquietud la evolución del Caso Dreyfus figuró Theodor Herzl (1860-1904), un periodista nacido en Hungría que ejerció en París. El auge del antisemitismo virulento en la tierra de la Revolución francesa preocupó

profundamente a Herzl. Él consideró el Caso Dreyfus como «la mera expresión elocuente de un malestar mucho más esencial». A pesar de la emancipación judía o de la concesión de derechos civiles, Herzl llegó a la conclusión de que el pueblo judío jamás sería admitido en la cultura occidental, y que abonar las esperanzas de la comunidad judía en relación con la aceptación y la tolerancia era un disparate peligroso. Herzl abogó por que el sionismo siguiera una estrategia distinta, o construyera una patria judía independiente fuera de Europa (aunque no necesariamente en Palestina). Un pequeño movimiento de colonos judíos, en su mayoría refugiados procedentes de Rusia, había empezado ya a crear asentamientos fuera de Europa. Herzl no fue el primero en proponer esos objetivos, pero fue el defensor más eficaz del sionismo político. Él sostuvo que el sionismo debía reconocerse como un movimiento nacionalista moderno, capaz de negociar con otros estados. En 1896 Herzl publicó *El estado de los judíos*; un año después convocó el primer congreso sionista en Suiza. En todo momento participó en política de alto nivel y mantuvo encuentros con jefes de estado británicos y otomanos. La idea de Herzl de una patria judía incluía elementos muy utópicos, pues consideraba que un estado nuevo debía basarse en una sociedad nueva y transformada, carente de desigualdad y creadora de derechos. Aunque los escritos de Herzl hallaron gran escepticismo, tuvieron una acogida entusiasta en zonas del este de Europa donde existía un antisemitismo especialmente violento. Durante la confusión de la Primera Guerra Mundial, las necesidades específicas de la guerra animaron a los británicos a implicarse en la cuestión y a introducir el sionismo en la diplomacia internacional (véase el capítulo 24).

Alemania busca la unidad imperial

A través de una política exterior habilidosa, tres guerras breves y un firme sentimiento nacional, Otto von Bismarck unió Alemania bajo el estandarte del conservadurismo prusiano durante los años 1864 a 1871. Con la construcción de un sistema político federal, Bismarck aspiró a crear las instituciones centralizadoras de un estado-nación moderno al mismo tiempo que salvaguardaba los privilegios de las élites tradicionales alemanas, incluido el papel predominante de Prusia. La constitución de Bismarck atribuyó funciones administrativas, educativas y jurídicas a los gobiernos estatales locales e instauró un parlamento bicameral para supervisar los intereses nacionales de Alemania. Los delegados elegidos de la cámara alta (el Bundesrat) servían como contrapeso conservador de la cámara baja (o Reichstag), más democrática y elegida por sufragio universal masculino. En la rama ejecutiva, el poder dependía únicamente de Guillermo I, rey prusiano y káiser (o emperador)

alemán, quien ejercía el control absoluto sobre los asuntos exteriores y militares. En contraste con Francia o Gran Bretaña, los ministros alemanes no debían ninguna explicación al parlamento, sino que respondían sólo ante el káiser.

Bajo un gobierno que no era verdaderamente federal ni democrático, la creación de un país con un sentimiento de intenciones comunes no fue tarea fácil. El gobierno alemán obtuvo buenos resultados de la creación de agencias imperiales para la banca, la acuñación de moneda, los tribunales federales y la red ferroviaria, todo lo cual favoreció la unidad administrativa y económica. Pero la cuestión de la unidad política siguió abierta. Al fin y al cabo, muchos estados se habían alineado con Austria en 1866, y sólo habían aceptado la unión alemana ante la amenaza de la conquista francesa. Tres líneas de falla en el paisaje político alemán amenazaron especialmente con quebrar la estructura nacional: la discrepancia entre católicos y protestantes; un partido socialdemócrata en auge, y los intereses económicos potencialmente divisorios de la agricultura y la industria.

Entre 1866 y 1876, Bismarck gobernó sobre todo con facciones liberales deseosas de promover el libre comercio y el desarrollo económico. Para reforzar los lazos con esas coaliciones liberales, Bismarck inició una campaña anticatólica en Prusia. Con lo que se conoce como la *Kulturkampf*, o «lucha cultural», Bismarck alentó viejas tensiones sectarias sobre temas tales como la educación pública laica y el matrimonio civil, además de inquietudes sobre la lealtad de los católicos, supuestamente desgarrada entre la nación y el papa. Con el apoyo de una mayoría de liberales protestantes, Bismarck aprobó leyes que encarcelaron a sacerdotes por pronunciar sermones políticos, expulsaron a jesuitas de Prusia y frenaron el control eclesiástico sobre la educación y el matrimonio. Sin embargo, la campaña salió mal y las simpatías públicas por el clero perseguido contribuyeron a que el partido del centro católico ganara un cuarto de los escaños del Reichstag en 1874. Tras reconocer que necesitaba el apoyo católico para crear una legislación económica nueva, Bismarck negoció una alianza de conveniencia con el partido del centro católico en 1878.

El declive económico de finales de la década de 1870 había mermado el apoyo a la política de libre comercio, lo que instó a Bismarck a establecer una coalición nueva que aunaba los intereses agrícolas e industriales, así como a católicos de tendencias sociales conservadoras. Esta nueva alianza aprobó una legislación proteccionista (con aranceles sobre los cereales y sobre el hierro y el acero) que irritó tanto a liberales favorables al *laissez-faire* como a la clase obrera alemana, representada por el Partido Socialdemócrata. Del mismo modo que Bismarck había utilizado los sentimientos anticatólicos para consolidar su alianza previa, ahora arremetió contra el nuevo «enemigo del imperio», los socialdemócratas, y redactó su legislación proteccionista y antisocial en términos de la defensa de un «orden moral cristiano». En 1878, tras dos atentados distintos contra la vida del emperador, Bismarck declaró una situación

de crisis nacional para forzar una serie de leyes antisocialistas que prohibieron a los socialdemócratas reunirse o difundir sus escritos. Otras leyes adicionales expulsaron a los socialistas de las ciudades más importantes. En efecto, esas leyes obligaron al Partido Socialdemócrata (conocido como SPD) a convertirse en una organización clandestina, lo que favoreció una subcultura de trabajadores que cada vez más consideraron el socialismo como la única respuesta a sus necesidades políticas.

Tras recurrir a la vara para apalea las organizaciones políticas obreras, Bismarck ofreció ahora una zanahoria a los obreros alemanes mediante una serie de reformas sociales. Les garantizó seguros por enfermedad y accidentes, una inspección rigurosa de las fábricas, un límite de horas de trabajo para mujeres y niños, una jornada laboral diaria máxima para los hombres, organismos de empleo público y pensiones de vejez. En 1890, Alemania había reunido un montón de leyes sociales, entre las que sólo faltaba el seguro por desempleo, que servirían de modelo a la mayoría de las naciones occidentales de Europa durante las décadas siguientes. Pero, curiosamente, las leyes no sirvieron para alcanzar el objetivo político de Bismarck a corto plazo: ganarse la fidelidad de los obreros. A pesar de todos los obstáculos legales, el Partido Socialdemócrata obtuvo más de la cuarta parte de los votos entre 1881 y 1890, año en que Bismarck se resignó.

El clima de resentimiento provocado por la política interior de Bismarck incitó al nuevo káiser, Guillermo II, a marchar en otra dirección; suspendió de manera drástica la legislación antisocialista de 1890 y, con ello, legalizó el SPD. En 1912, los socialdemócratas obtuvieron un tercio de los votos emitidos, y eligieron el mayor bloque independiente del Reichstag; pero el káiser les negó cualquier participación política significativa por encima de un círculo de élites unidas como una piña. Y, mientras, los intereses comerciales, industriales y agrícolas se paralizaron con los aranceles. La política alemana caminaba a pasos agigantados hacia un estancamiento, pero la conclusión de aquel punto muerto imprevisible la precipitó el estallido de la Primera Guerra Mundial.

GRAN BRETAÑA: DE LA MODERACIÓN A LA MILITANCIA

Durante el medio siglo anterior a 1914, los británicos se preciaron de lo que consideraban un sistema de gobierno ordenado y práctico. Tras la aprobación de la Segunda Ley de Reforma en 1867, que amplió el sufragio a más de un tercio de la población masculina adulta del país, los dos partidos más importantes, el liberal y el conservador, compitieron por conseguir el apoyo de esos grupos crecientes de votantes. El parlamento atendió los intereses de los nuevos votantes con leyes que reconocieron la legalidad de los sindicatos, ordenaron la reconstrucción de grandes

áreas urbanas, brindaron una enseñanza elemental para todos los niños y permitieron a los disidentes religiosos masculinos asistir a las selectas universidades de Oxford y Cambridge. En 1884, el sufragio se extendió hasta más de las tres cuartas partes de los hombres adultos.

La nueva política parlamentaria estuvo dirigida por dos figuras cruciales: el conservador Benjamin Disraeli y el liberal William Gladstone. Disraeli, un judío converso y novelista de gran éxito, era un hombre eminentemente pragmático, mientras que Gladstone, anglicano ferviente y reformador moral, veía la política como «moralidad clara y notoria». A pesar de tener sensibilidades opuestas y amargas discrepancias parlamentarias, ambos hombres dirigieron sendos partidos que, en retrospectiva, parecen compartir puntos de vista muy similares. Gestionados por ministros procedentes de la clase media alta y de la nobleza terrateniente, tanto liberales como conservadores propusieron programas moderados atractivos para un electorado amplio. Los ministros preparaban la legislación pero reconocían la autoridad última de la Cámara de los Comunes, con capacidad para destituir un gabinete de gobierno mediante un voto de censura. El sistema político británico, gestionado por hombres con una educación y una ideología semejantes que garantizaban soluciones intermedias, era estable y «razonable».

Hasta los movimientos de la clase obrera británica fueron bastante moderados hasta el cambio de siglo, momento en que por fin los sindicatos y las asociaciones socialistas de clase media se unieron para crear un partido laborista independiente en 1901. Presionado por la izquierda, el ministerio liberal que asumió el poder en 1906, aprobó decretos para garantizar seguros sociales de enfermedad, accidentes, vejez y desempleo, además de otras concesiones a los sindicatos. Para costear los nuevos programas de seguridad social y una ampliación de la armada que contrarrestara la concentración de fuerzas alemanas, el ministro de economía y hacienda, David Lloyd George, presentó unos presupuestos muy controvertidos en 1909 que incluían impuestos progresivos sobre la renta y sobre sucesiones, pensados para que los ricos pagaran porcentajes más elevados. El proyecto de ley provocó un enfrentamiento resentido con la Cámara de los Lores, la cual no sólo se vio obligada a aprobar los presupuestos, sino también al sometimiento permanente de su poder ante la legislación de veto aprobada por los Comunes. La acritud de aquel debate favoreció un tenor cada vez más militante en la política británica, considerada por muchos abocada al caos.

De hecho, después de 1900, la estructura parlamentaria liberal de Gran Bretaña, que con tanto éxito había satisfecho las demandas crecientes del grueso de la sociedad desde la década de 1860, empezó a derrumbarse cuando una serie de grupos rechazó la actividad legislativa para promover la acción radical. Los militantes de la industria iniciaron protestas obreras enormes que incluyeron huelgas nacionales en el

sector del carbón y el ferrocarril, y huelgas de transporte en Londres y Dublín. Las sufragistas femeninas adoptaron las formas violentas de acción directa ya mencionadas. Al mismo tiempo, en Irlanda, nacionalistas radicales empezaron a apoyar la revolución armada como la solución más simple para resolver la disputa parlamentaria relacionada con los detalles de la gestión de Irlanda o el autogobierno.

Irlanda había pasado a depender del gobierno directo del parlamento británico en 1800, y los diversos esfuerzos políticos y militares emprendidos en el transcurso del siglo XIX para recuperar la soberanía irlandesa habían fracasado. En la década de 1880, un partido nacionalista moderno (el Partido Parlamentario Irlandés) había empezado a conseguir resultados a través del proceso legislativo, pero igual que en el caso de otros grupos de orientación reformista (como el sufragio femenino), su programa quedó cada vez más eclipsado por dirigentes más radicales hacia el cambio de siglo. Éstos, defensores del «nuevo nacionalismo», despreciaron a los representantes del partido tildándolos de ineficaces y trasnochados. Grupos nuevos reavivaron el interés por la historia y la cultura irlandesas y prestaron apoyo organizativo al movimiento radical, al igual que asociaciones políticas militantes como el Sinn Féin y la Hermandad Republicana Irlandesa. En 1913, cuando volvió a proponerse un proyecto liberal para garantizar la gestión nacional (que provocó pánico en el Úlster, los condados de mayoría protestante del norte de Irlanda recelosos de un gobierno católico), los nacionalistas irlandeses llamaron a la acción a algunos grupos paramilitares. Gran Bretaña, enfangada ya en crisis internas, parecía ahora al borde de una guerra civil, una perspectiva aplazada tan sólo por el estallido de la Guerra Mundial en Europa.

RUSIA: EL CAMINO A LA REVOLUCIÓN

Los cambios industriales y sociales que barrieron Europa se revelaron especialmente perturbadores en Rusia. Un sistema político autocrático estaba mal preparado para tratar los conflictos y presiones de la sociedad moderna. La industrialización occidental desafió el dominio militar de Rusia. Las doctrinas políticas occidentales (liberalismo, democracia, socialismo) amenazaron la estabilidad política interna del país. Al igual que otras naciones, la Rusia zarista capeó estos retos con una mezcla de represión y reforma.

En las décadas de 1880 y 1890, Rusia lanzó un programa de industrialización que la convirtió en la quinta economía más grande del mundo a comienzos del siglo XX. El estado dirigió en gran medida este desarrollo industrial, ya que, a pesar de la creación de una mano de obra móvil tras la emancipación de los siervos en 1861, no emergió una clase media independiente capaz de conseguir capital y apoyar proyectos

industriales. De hecho, el estado ruso financió el desarrollo industrial interno más que cualquier otro gobierno europeo importante durante el siglo XIX.

La industrialización veloz intensificó las tensiones sociales. La transición de la vida rural a la vida urbana fue dura y repentina. Hombres y mujeres abandonaron la agricultura para trabajar en fábricas, y con ello dañaron la estructura de la vida y la cultura rurales. En las zonas industriales, los trabajadores vivían en barracones grandes y marchaban al estilo militar tanto para entrar como para salir de las fábricas, donde las condiciones de trabajo se contaban entre las peores de Europa. Además, se apañaron para abandonar sus localidades de origen tan sólo de manera temporal, y para regresar a ellas durante la siembra o la recolección. El cambio social tensó el sistema legal ruso, el cual no reconocía los sindicatos o las asociaciones de trabajadores. Las leyes aún diferenciaban entre nobles, campesinos, miembros del clero y habitantes de ciudad, categorías que no se correspondían con una sociedad industrializada. Leyes bancarias y financieras anticuadas no servían para cubrir las necesidades de una economía moderna.

En cambio, la verdadera reforma legal iba a poner en riesgo la estabilidad del régimen. Alejandro II (1855-1881), el «zar libertador» (porque emancipó a los siervos), había acumulado celos contra el cambio. En lugar de relajar las restricciones, las reforzó. El régimen creó un sistema de asambleas provinciales y locales, o zemstvos, elegidas por todas las clases sociales (aunque controladas por la nobleza) en 1864, con la única finalidad de limitar derechos y las posibilidades de debatir sobre política. Asimismo, amplió la censura a la prensa y las escuelas. Cuando el zar fue asesinado por un radical en 1881, su sucesor, Alejandro III (1881-1894), orientó el país claramente hacia la derecha. Según Alejandro, Rusia no tenía nada en común con Europa occidental; el pueblo se había alimentado durante siglos de la piedad mística, y estaría absolutamente perdido sin un sistema autocrático firme. Este principio condujo a una represión severa. El régimen cercenó todos los poderes de los zemstvos, aumentó la autoridad de la policía secreta y sometió las localidades a la autoridad gubernamental de nobles elegidos por el estado.

Nicolás II (1894-1917) prosiguió con estas «contrarreformas». Como su padre, abogó con fervor por una rusificación, o programa de gobierno para difundir la lengua, la religión y la cultura de la Gran Rusia sobre los súbditos no rusos del imperio. La rusificación equivalió a coacciones, expropiaciones y opresiones físicas: los finlandeses perdieron su constitución; los polacos estudiaban su propia literatura traducida al ruso, y los judíos perecieron en pogromos. (*Pogrom* es un término ruso que alude a ataques violentos contra civiles que a finales del siglo XIX solían ir dirigidos contra la comunidad judía). El gobierno ruso no organizaba pogromos, pero era abiertamente antisemita y dejó claro que hacía la vista gorda cuando la gente masacraba a judíos y destruía sus casas, negocios y sinagogas. Otros grupos, cuya

represión por parte del estado favoreció la aparición de contracorrientes duraderas de nacionalismos antirrusos, incluyeron a georgianos, armenios y azerbaiyanos de las montañas del Cáucaso.

El grupo político radical más importante de la Rusia finisecular lo constituyó un conjunto amplio y disperso de hombres y mujeres que se llamaban a sí mismos populistas. Los populistas pensaban que Rusia debía modernizarse a su estilo, no al estilo occidental. Ellos imaginaron una Rusia igualitaria basada en la antigua institución de la comuna rural (*mir*). Los defensores del populismo surgieron sobre todo de la clase media; muchos de sus adeptos fueron estudiantes jóvenes, y las mujeres constituyeron alrededor del 15 por ciento del grupo (una proporción bastante alta para la época). Formaron bandas secretas que maquinaron el derrocamiento del zarismo a través de la anarquía y la insurrección. Dedicaron su vida «al pueblo» intentando, siempre que les era posible, vivir entre los trabajadores normales para entender y transmitir la voluntad popular. La importancia histórica del populismo radica menos en sus logros, que fueron pocos, que en sus promesas futuras. Actuó como semillero de la agitación organizada rusa que con el tiempo daría lugar a la revolución. Los populistas leyeron el *Capital* de Marx y revisaron sus ideas para confeccionar una doctrina adecuada para Rusia. El énfasis populista en el socialismo campesino influyó en el Partido Social Revolucionario, creado en 1901, que también se esforzó por ampliar el poder político del campesinado y por construir una sociedad socialista basada en el comunalismo agrario de los *mir*.

La emergencia de un capitalismo industrial y una clase obrera nueva y paupérrima generó el marxismo ruso. Los marxistas rusos, organizados en el Partido Socialdemocrático, concentraron sus esfuerzos en beneficio de los obreros urbanos y se consideraron parte integrante del movimiento obrero internacional. Hicieron pocos progresos en una Rusia eminentemente campesina antes de la Primera Guerra Mundial, pero dotaron a los obreros industriales urbanos y a los intelectuales descontentos de una ideología poderosa que hacía hincapié en la necesidad de derrocar el régimen zarista y en el advenimiento inevitable de un futuro mejor. La autocracia daría paso al capitalismo y el capitalismo a una sociedad igualitaria y libre de clases. El marxismo ruso combinó una oposición radical y activista con una interpretación racional y científica de la historia, lo que brindó a los revolucionarios una serie de conceptos con los que entender los levantamientos de principios del siglo XX.

En 1903, el liderazgo del Partido Socialdemocrático se escindió debido a una discrepancia notable sobre la estrategia revolucionaria. Un grupo, que de manera temporal fue el mayoritario pero en seguida se calificó a sí mismo de bolchevique («la mayoría»), creía que la situación rusa demandaba un partido muy centralizado de revolucionarios activos. Los bolcheviques insistían también en que la rauda

industrialización de Rusia implicaba que no debían seguir el modelo desarrollado por Marx para el oeste. En lugar de trabajar para conseguir reformas capitalistas liberales, los revolucionarios rusos podían saltarse un paso e iniciar la construcción inmediata de un estado socialista. Los mencheviques («la minoría») eran más precavidos o «gradualistas», de manera que perseguían cambios lentos y eran reacios a apartarse de la ortodoxia marxista. Cuando los mencheviques recuperaron el control del Partido Socialdemocrático, los bolcheviques formaron un partido independiente dirigido por el joven y abnegado revolucionario Vladímir Ilich Uliánov, quien vivió el exilio político en Europa occidental entre 1900 y 1917. Escribió bajo el seudónimo de Lenin desde el río Lena, en Siberia, donde estuvo deportado.

Las dotes teorizantes y el brío organizativo de Lenin infundieron respeto, lo que le permitió mantenerse como líder de los bolcheviques incluso mientras residió en el extranjero. Desde el exilio, Lenin predicó la lucha implacable de clases, la necesidad de un movimiento revolucionario coordinado en toda Europa y, lo más importante, el convencimiento de que Rusia estaba atravesando una etapa económica idónea para la revolución. Los bolcheviques fueron quienes organizaron un partido revolucionario en nombre de los obreros, ya que, sin la disciplina del partido, los obreros no podrían efectuar el cambio. En su tratado titulado *¿Qué hacer?* (1902), Lenin expuso su visión del destino especial que le aguardaba a Rusia, y censuró a los gradualistas que habían instado a colaborar con los partidos moderados. Lenin consideraba la revolución como la única respuesta posible a los problemas de Rusia, y sostenía que la organización de la revolución debían acometerla, y pronto, los miembros de «vanguardia» del partido en nombre de la clase obrera.

La primera Revolución rusa

Sin embargo, la revolución que sobrevino en 1905 pilló por sorpresa a todos aquellos movimientos radicales. Su llegada inesperada se debió a la rotunda derrota de Rusia en la guerra ruso-japonesa de 1904-1905. Pero la revolución tuvo raíces más profundas. La rápida industrialización había transformado Rusia de forma desigual; ciertas regiones estaban muy industrializadas, mientras que otras se mantuvieron menos integradas en la economía de mercado. El *boom* económico de las décadas de 1880 y 1890 se estropeó a comienzos de la década de 1900, cuando disminuyó la demanda de mercancías, los precios se desplomaron y la emergente clase obrera sufrió tasas elevadas de desempleo. Al mismo tiempo, los precios bajos de los cereales provocaron una serie de alzamientos campesinos que, unidos a una organización estudiantil muy radical, se tornaron abiertamente políticos.

Cuando los despachos oficiales informaron sobre las derrotas del ejército y la armada del zar, el pueblo ruso comprendió todo el alcance de la ineficacia del

régimen. Los súbditos de la clase media, hasta ahora apolíticos, clamaron por el cambio, y los trabajadores radicales organizaron huelgas y celebraron manifestaciones en todas las ciudades importantes. La confianza en la benevolencia del zar se vio severamente sacudida el 22 de junio de 1905 (el «domingo sangriento»), cuando doscientos mil obreros y sus familias, dirigidos por un sacerdote, el padre Gapón, se concentraron para exponer sus reivindicaciones ante el Palacio de Invierno del zar en San Petersburgo. Cuando las tropas de guardia mataron a 130 manifestantes e hirieron a varios cientos, el gobierno no sólo se reveló ineficaz, sino también arbitrario y brutal. A lo largo de 1905 aumentó la protesta general. Los comerciantes cerraron sus negocios, los dueños de fábricas pararon la maquinaria, los abogados se negaron a defender casos en los juzgados. La autocracia perdió el control de localidades rurales y regiones enteras cuando las autoridades locales fueron expulsadas y a menudo asesinadas por campesinos enfurecidos. Obligado a ceder, el zar Nicolás II emitió el Manifiesto de Octubre, en el que se comprometía a garantizar las libertades individuales, un sufragio liberal moderado para la elección de una дума y auténticos poderes de veto legislativo para ella. Aunque la Revolución de 1905 acercó peligrosamente el sistema zarista al desplome, no logró convencer al zar de que era necesario un cambio político esencial. Entre 1905 y 1907, Nicolás revocó la mayoría de las promesas que había incluido en el Manifiesto de Octubre. Sobre todo, privó a la дума de sus poderes fundamentales y decretó que ésta se elegiría de forma indirecta de acuerdo con unas bases clasistas que aseguraban un cuerpo legislativo formado por seguidores sumisos.

No obstante, la revuelta de 1905 convenció a los consejeros más perspicaces del zar de que la reforma era urgente. Los programas agrarios que promovió el primer ministro del gobierno, Piotr Stolypin, fueron especialmente significativos. Entre 1906 y 1911, las reformas de Stolypin estipularon la venta de unos dos millones de hectáreas de tierras reales para el campesinado, concedieron permiso al campesinado para retirarse del *mir* y crear granjas independientes, y anularon las deudas de propiedad de los campesinos. Decretos adicionales legalizaron los sindicatos, redujeron la jornada laboral (a diez horas en la mayoría de los casos) y crearon seguros sociales por enfermedad y accidente. Era razonable que los liberales pensaran que Rusia estaba en vías de convertirse en una nación progresista basada en el modelo occidental, pero el zar siguió practicando una autocracia tenaz. La agricultura rusa se mantuvo suspendida entre un sistema capitalista emergente y la tradicional comuna campesina; la industria, aunque lo bastante poderosa como para que Rusia mantuviera su puesto como potencia mundial, difícilmente había creado una sociedad moderna e industrial capaz de soportar las enormes tensiones a las que se enfrentaría el país durante la Primera Guerra Mundial.

En el sureste de Europa el auge del nacionalismo siguió dividiendo el desintegrado imperio otomano. Antes de 1829, toda la península de los Balcanes, delimitada por los mares Egeo, Negro y Adriático, estaba controlada por los turcos. En cambio, durante los ochenta y cinco años siguientes, el imperio turco cedió territorios a potencias europeas rivales, en especial a Rusia y Austria, así como a las revoluciones nacionalistas acometidas por los súbditos cristianos del imperio. El Imperio otomano, formidable potencia mundial de antaño, era conocido ahora como el «Enfermo de Europa». En 1829, con el fin de una guerra entre Rusia y Turquía, el sultán Mahmud II (1808-1839) reconoció la independencia de Grecia y garantizó la autonomía de Serbia y las provincias que más tarde integrarían Rumania. Con el paso de los años, los resentimientos contra el gobierno otomano se difundieron por otros territorios balcánicos. En 1875-1876 se produjeron alzamientos en Bosnia, Herzegovina y Bulgaria que el sultán reprimió con una ferocidad efectiva. Las noticias sobre las atrocidades cometidas contra los cristianos brindaron a Rusia una excusa para reiniciar la vieja batalla por el dominio de los Balcanes. Durante esta guerra ruso-turca (1877-1878), los ejércitos del zar lograron una victoria aplastante. El Tratado de San Stefano, que cerró el conflicto, obligó al sultán a entregar casi todos sus territorios europeos, salvo un reducto alrededor de Constantinopla. Pero en esta coyuntura intervinieron las grandes potencias. Austria y Gran Bretaña se opusieron especialmente a conceder a Rusia la jurisdicción sobre una región tan extensa de Oriente Próximo. En 1878 un congreso de las grandes potencias, celebrado en Berlín, transfirió Besarabia a Rusia, Tesalia a Grecia, y Bosnia y Herzegovina a Austria. Montenegro, Serbia y Rumania también se convirtieron en estados independientes, con lo que iniciaron la era moderna de los nacionalismos balcánicos. Siete años después, los búlgaros, a quienes el Congreso de Berlín les había concedido cierto grado de autonomía, se apoderaron de la provincia turca de Rumelia Oriental, y en 1908 crearon el reino independiente de Bulgaria. En 1908 Austria se anexionó las provincias de Bosnia y Herzegovina, las cuales había administrado desde 1878, y en 1911-1912 Italia intervino en la guerra contra Turquía. El vacío de poder en Oriente tensó de manera significativa el equilibrio entre imperios europeos.

Asimismo, en la propia Turquía surgió un movimiento nacionalista. Durante algún tiempo, los turcos instruidos se habían ido impacientando con la debilidad del sultán y la incompetencia de su gobierno. Quienes se habían formado en las universidades europeas abogaron por la renovación nacional mediante la introducción de la ciencia y las reformas democráticas occidentales. A través de la invocación de una variedad liberal occidental del nacionalismo, estos reformadores se autollamaron los «Jóvenes Turcos» y en 1908 consiguieron obligar al sultán a instaurar un gobierno

constitucional. Al año siguiente, ante la aparición de un movimiento reaccionario, depusieron al sultán Abdul Hamid II y entregaron el trono a su hermano, Mehmed V (1909-1918). El poder real del gobierno se le confió ahora a un gran visir y ministros responsables de un parlamento electo. Sin embargo, el nuevo gobierno representativo no extendió las libertades hasta los habitantes no turcos del imperio. Al contrario, los Jóvenes Turcos iniciaron una campaña enérgica para «otomanizar» a todos los súbditos del imperio con el fin de someter tanto a las comunidades cristianas como a las musulmanas a un control más centralizado y para difundir la cultura turca. Aquel empeño, que pretendía compensar la pérdida de los territorios europeos, socavó la popularidad del nuevo régimen reformista.

La ciencia y el alma de la era moderna

Las décadas previas a la Primera Guerra Mundial dieron un gran giro a la relación de la sociedad con la ciencia y el arte. Los liberales del siglo XIX confiaban en la ciencia. Ésta no sólo trajo el progreso tecnológico y material, también confirmó la fe de los liberales en el poder de la razón humana para descubrir y dominar las leyes de la naturaleza. En cambio, hacia finales de siglo, los avances científicos pusieron en duda esas expectativas. La teoría evolucionista, la psicología y la ciencia social introdujeron ideas sobre la humanidad muy reñidas con la sabiduría convencional. Al mismo tiempo, artistas e intelectuales montaron su propia revolución contra las convenciones del siglo XIX. La moral, las costumbres, las instituciones, las tradiciones: todos los valores e ideas preestablecidos se cuestionaron cuando una generación de artistas tímidamente vanguardistas reclamó una ruptura radical con el pasado. Estas alteraciones en el mundo de las ideas perturbaron los viejos conceptos de individualidad, cultura y conciencia. El individuo moderno ya no parecía el agente libre y racional del pensamiento ilustrado, sino más bien el producto de unos impulsos internos irracionales y de unas circunstancias externas incontrolables. Tal como escribió en 1902 Georg Simmel, uno de los fundadores de la sociología moderna: «Los problemas más profundos de la vida moderna derivan de pedir al individuo que conserve la autonomía y la individualidad de su existencia frente a las abrumadoras fuerzas sociales, a la herencia histórica, a la cultura exterior y a la técnica de la vida».

LA TEORÍA REVOLUCIONARIA DE DARWIN

Si Marx cambió el concepto de sociedad, Charles Darwin lo rebasó, tal vez porque su

teoría de la evolución biológica por selección natural transformó nociones relacionadas con la propia naturaleza. Como explicación científica, pero también como metáfora imaginativa de la transformación social y política, la teoría de la evolución de Darwin introdujo una imagen nueva e inquietante de la biología, la sociedad y el comportamiento humanos. Como en el caso del marxismo, sus fundamentos fueron aceptados por algunos y aborrecidos por otros, y fueron interpretados y empleados de muchas maneras imprevistas, y a menudo contradictorias, que modelaron profundamente el fin del siglo XIX y el comienzo del XX.

Las teorías de la evolución no surgieron de Darwin, pero nadie como él consiguió una aceptación científica o generalizada tan amplia. Los geólogos y otros científicos del siglo XIX habían cuestionado ya el relato bíblico de la creación dando pruebas de que el mundo se había formado mediante procesos naturales a lo largo de millones de años. Sin embargo, la naturaleza de esos procesos seguía sin conocerse, sobre todo cuántas especies aparecieron. Un intento importante para responder la cuestión a principios del siglo XIX provino del biólogo francés Jean Lamarck. Él sostuvo que los cambios de conducta podían alterar las características físicas de un animal en el curso de una sola generación, y que esos rasgos nuevos pasarían a la descendencia de esos individuos. (Un ejemplo célebre lo constituye la afirmación de Lamarck de que el largo cuello de las jirafas derivó de muchas generaciones de jirafas que se esforzaron por llegar a las hojas más altas). Con el tiempo, señalaba Lamarck, la herencia de las características adquiridas generó especies nuevas de animales. Aunque las hipótesis de Lamarck recibieron críticas generalizadas, también encontraron sus seguidores y, a falta del conocimiento de la herencia genética, perduró como concepción generalizada de la evolución hasta el siglo XX.

Pero en 1859 apareció una teoría más convincente de la evolución biológica gracias a la publicación de *El origen de las especies*, del naturalista británico Charles Darwin. Hijo del médico de una localidad pequeña, Darwin había pasado cinco años de la década de 1830 como naturalista no retribuido a bordo del *H. M. S. Beagle*, un buque de la marina británica dedicado a la exploración científica, durante un viaje alrededor del mundo. La singladura brindó a Darwin una oportunidad sin precedentes para observar en primera persona las múltiples variedades de vida animal. Comparó las especies que habitaban en islas con animales emparentados de continentes cercanos y cotejó los rasgos de las criaturas vivas con los de restos fosilizados. Tras familiarizarse con la cría de palomas (popular afición victoriana), Darwin supo que ciertos rasgos particulares podían seleccionarse de manera artificial mediante apareamientos dirigidos. ¿Funcionaría algún proceso similar de «selección» en la naturaleza?

La revolucionaria respuesta de Darwin fue afirmativa. Defendió la teoría de que

las variaciones dentro de una población (como picos más largos o la pigmentación defensiva) favorecían la supervivencia de ciertos individuos, lo que aumentaba sus probabilidades de apareamiento y, por tanto, de transmitir sus rasgos ventajosos a la siguiente generación. Para llegar a esta conclusión, Darwin recurrió a las ideas del economista y demógrafo Thomas Malthus, quien con anterioridad había sostenido que en la naturaleza nacen muchos más individuos de los que logran sobrevivir y que, como consecuencia, los más débiles perecen en la lucha por conseguir alimento. Según la explicación de Darwin, esta competencia malthusiana conducía a la adaptación y, si la adaptación resultaba provechosa, a la supervivencia. El entorno, afirmaba, «selecciona» en la progenie las variaciones más aptas para sobrevivir y reproducirse, al mismo tiempo que elimina otros rasgos biológicos menos «adecuados».

Darwin usó esta teoría de la variación y selección natural para explicar el origen de especies nuevas. Él creía que los individuos vegetales y animales con características favorables transmitían los rasgos heredados a su descendencia en el curso de generaciones, y que la eliminación sucesiva de los menos aptos acababa generando especies nuevas. Darwin no sólo aplicó esta idea de la evolución a especies vegetales y animales, sino también a la humana. En su opinión, la raza humana había evolucionado a partir de un ancestro simiesco, extinto mucho tiempo atrás, pero probablemente precursor común de los humanos y los monos antropoides existentes. Darwin introdujo esta incómoda teoría en su segunda gran obra, *La ascendencia del hombre* (1871). Por lo menos desde Newton, la ciencia había infundido fe en la capacidad humana para comprender y dominar el mundo natural; la revolución darwiniana parecía poner en riesgo dicha fe.

La teoría darwiniana y la religión

Las implicaciones de los escritos de Darwin se extendieron mucho más allá del ámbito de las ciencias evolutivas. Curiosamente, cuestionaron los fundamentos de creencias religiosas muy arraigadas y, con ello, provocaron un debate público sobre la existencia y la cognoscibilidad de Dios. Aunque algunos detractores conocidos censuraron a Darwin por contradecir interpretaciones literales de la Biblia, no fueron esas contradicciones lo que incomodó a los lectores religiosos de clase media. La labor de teólogos notables, como David Friedrich Strauss, ya había ayudado a los cristianos a conciliar su fe con las imprecisiones e incongruencias bíblicas. No precisaban renunciar al cristianismo o a su fe por la sencilla razón de que Darwin demostrara (o afirmara) que el mundo y las formas de vida que lo habitaban se habían desarrollado a lo largo de millones de años, y en tan sólo seis días. Lo que los lectores religiosos del siglo XIX encontraron difícil de aceptar fue que Darwin desafiara su

creencia en un Dios benévolo y un universo moralmente dirigido. Según Darwin, el mundo no se regía por el orden, la armonía y la voluntad divina, sino por el azar aleatorio y la lucha constante y no dirigida. Es más, la concepción darwiniana del mundo parecía redefinir las nociones de bueno y malo únicamente en términos de capacidad de supervivencia y, por tanto, privaba a la humanidad de certezas morales cruciales. El propio Darwin logró reconciliar su teoría con la fe en Dios, pero otros se aferraron a su obra para atacar con fiereza la ortodoxia cristiana. Una de esas figuras la encarnó el filósofo Thomas Henry Huxley, quien se ganó el apodo de «bulldog de Darwin» al vituperar a los cristianos horrorizados ante las implicaciones de la teoría darwiniana. Huxley se definió a sí mismo como agnóstico (del griego *agnostos*, o «ignoto»), una persona convencida de que no se puede conocer ni la existencia ni la naturaleza de Dios, y afirmó que «no hay ningún indicio de la existencia de un ser como el Dios de los teólogos». Huxley, contrario a cualquier clase de dogma, sostenía que la persona pensante debía guiarse sencillamente por la razón «hasta donde pueda llevarnos», y reconocer que la naturaleza última del universo queda fuera de su alcance.

DARWINISMO SOCIAL

La teoría de la selección natural repercutió también en las ciencias sociales, que empezaban a desarrollarse a finales del siglo XIX. Disciplinas nuevas, como la sociología, la psicología, la antropología y la economía, aspiraron a aplicar métodos científicos al análisis de la sociedad, e introdujeron modos novedosos de cuantificar, medir e interpretar la experiencia humana. Bajo el estandarte autoritario de la «ciencia», estas disciplinas ejercieron gran influencia en la sociedad, a menudo para mejorar la salud y el bienestar en Europa. Pero, como se verá, el impacto del «darwinismo social» permitió que las ciencias sociales justificaran, además, ciertas formas de hegemonía económica, imperial y racial.

Los denominados darwinistas sociales, cuyo exponente más célebre lo representó el filósofo inglés Herbert Spencer (1820-1903), adaptaron el pensamiento darwiniano de tal modo que habría conmocionado al propio Darwin, puesto que aplicaron los conceptos de competencia y supervivencia individual a las relaciones interclasistas, interraciales e internacionales. Spencer, quien acuñó la expresión «supervivencia de los más adaptados», usó la teoría evolucionista para exponer las virtudes de la competencia libre y atacar las medidas sociales gubernamentales. Como defensor del individualismo, Spencer tildó todas las formas de colectivismo de primitivas y contraproducentes, reliquias de una fase anterior en la evolución social. Las tentativas del gobierno para paliar los apuros económicos y sociales (o para imponer

restricciones a grandes negocios) eran, según Spencer, obstáculos para el pujante progreso de la civilización, sólo alcanzable mediante la adaptación y la competición del individuo. En Estados Unidos, sobre todo, estas demandas le granjearon a Spencer grandes elogios por parte de algunos industriales adinerados que, sin lugar a dudas, estaban encantados de contarse entre los «más adaptados».

A diferencia de la ciencia de la evolución biológica, la idea popularizada del darwinismo social resultaba fácil de entender, y sus conceptos (centrados en la lucha por la supervivencia) se incorporaron pronto al vocabulario político del momento. Defensores del capitalismo de *laissez-faire* y detractores del socialismo usaron la retórica darwinista para justificar la competencia del mercado y el «orden natural» de ricos y pobres. Los nacionalistas adoptaron el darwinismo social para racionalizar la expansión y la guerra imperialista. La doctrina de Spencer también se relacionó mucho con teorías de jerarquía racial y superioridad de la raza blanca según las cuales esta última había alcanzado el nivel máximo del desarrollo evolutivo y, por tanto, había adquirido el derecho de dominar y gobernar al resto de razas (véase el capítulo 25). Curiosamente, algunos reformistas de clase media se basaron en una serie de afirmaciones raciales similares: sus campañas para mejorar la salud y el bienestar de la sociedad recurrieron a los temores de que Europa, aunque dominante, podía sufrir un retroceso en la escala evolutiva. A pesar de su potencial inquietante, el darwinismo se usó para anticipar una serie de objetivos políticos y para consolidar cierta cantidad de prejuicios arraigados.

PRIMEROS PASOS EN PSICOLOGÍA: PAVLOV Y FREUD

Aunque los nuevos científicos sociales confiaron tímidamente en el uso de los principios científicos, racionales, sus descubrimientos enfatizaron a menudo lo contrario: la naturaleza irracional, y hasta animal, de la experiencia humana. Darwin ya había cuestionado la idea de que la humanidad fuera, en esencia, superior al resto del reino animal, y el nuevo campo de la psicología aportó conclusiones igualmente desconcertantes. Los experimentos fisiológicos, capaces de establecer conexiones entre el cuerpo y la mente, prometieron un método completamente nuevo para comprender la constitución mental de los humanos. Por ejemplo, el trabajo del médico ruso Iván Pávlov (1849-1936) explicó una clase de comportamiento llamado «condicionamiento clásico», el cual permite emitir un estímulo aleatorio para producir una reacción física refleja (en ocasiones involuntaria). El célebre experimento de Pávlov reveló que al dar de comer a perros después de hacer sonar un timbre, con el tiempo los animales acaban salivando con sólo oír el timbre, igual que si dieran y vieran la comida. Es más, Pávlov insistió en que ese condicionamiento

constituía asimismo una parte importante del comportamiento humano. Este tipo de psicología fisiológica, conocida como *conductismo* (o *behaviorismo*), evitó conceptos vagos como el de mente o conciencia, y, en su lugar, se centró en la reacción de músculos, nervios, glándulas y visceras. Según los conductistas, la actividad humana, más que regirse por la razón, suponía un montón de respuestas fisiológicas a estímulos del entorno.

Al igual que el conductismo, una segunda escuela de la psicología sugirió además que el comportamiento humano está motivado en gran medida por fuerzas inconscientes e irracionales. La disciplina del psicoanálisis, fundada por el médico austriaco Sigmund Freud (1856-1939), postuló una teoría nueva, dinámica e inquietante sobre la mente, donde una serie de impulsos y deseos inconscientes se oponen a una conciencia racional y moral. Durante los numerosos años que pasó tratando a pacientes con dolencias nerviosas, Freud desarrolló un modelo de la psique compuesto por tres elementos: los deseos inconscientes, o indisciplinados, de placer, satisfacción sexual, agresión, etcétera; el superego, o conciencia, que registra las prohibiciones de la moral y la cultura; y el ego, el territorio donde se resuelve el conflicto entre el inconsciente y el superego. Freud opinaba que la mayoría de los casos de desórdenes mentales resultan de una tensión irreconciliable entre los impulsos naturales y las restricciones culturales, las cuales entierran los impulsos innatos en el subconsciente. Freud pensaba que el estudio de esos desórdenes, así como los sueños y lapsus, permitiría a los científicos vislumbrar las regiones más hondas de la conciencia y, por tanto, formular un conocimiento objetivo del comportamiento aparentemente «irracional». De hecho, la búsqueda de Freud de una teoría global de la mente se basó en gran medida en los principios de la ciencia decimonónica. En cambio, al hacer hincapié en lo irracional, las teorías de Freud alimentaron una preocupación creciente por el valor y las limitaciones de la razón humana. Asimismo, conllevaron fuertes críticas contra las limitaciones impuestas por los códigos morales y sociales de la civilización occidental.

EL ATAQUE DE NIETZSCHE A LA TRADICIÓN

Nadie acometió un ataque más radical o más influyente contra los valores occidentales que el filósofo alemán Friedrich Nietzsche (1844-1900). Con una aceptación desbordante de la emoción, el instinto y la irracionalidad, Nietzsche criticó con dureza las certezas morales del siglo XIX. Como Freud, Nietzsche había observado una cultura de clase media dominada por ilusiones y autoengaños que él intentó desenmascarar. En una serie de obras donde rehusaba la argumentación racional en favor de una prosa elíptica, evocadora, Nietzsche presentó su crítica de la

cultura occidental. En esencia, afirmaba que la fe burguesa en conceptos tales como la ciencia, el progreso, la democracia y la religión representaba una búsqueda vana, y por tanto reprobable, de seguridad y verdad. Nietzsche rechazó de forma categórica la posibilidad de conocer la «verdad» o la «realidad», puesto que todo el conocimiento nos llega filtrado a través de sistemas de representación lingüísticos, científicos o artísticos. También fue célebre su ridiculización de la moral judeocristiana por infundir una conformidad represiva que privaba a la civilización de su vitalidad. Aunque la filosofía de Nietzsche no planteó ningún objetivo político o social concreto, sí se hizo eco de temas relacionados con la liberación personal, en especial, de las imposiciones de la historia y la tradición. De hecho, el individuo ideal o «superhombre» de Nietzsche es aquel que se libera del peso de la conformidad cultural y crea una sarta independiente de valores basados en la visión artística y la fuerza del carácter. Nietzsche sólo auspiciaba la salvación de la civilización occidental a través de la lucha individual contra el universo caótico. Sus publicaciones, entre las que se cuentan *Así habló Zaratustra* (1883), *Más allá del bien y del mal* (1886) y *La genealogía de la moral* (1887), alcanzaron gran fama a comienzos de la década de 1890, justo cuando las tensiones de la modernización empezaban a resquebrajar los fundamentos de la sociedad europea.

LA RELIGIÓN Y SUS DETRACTORES

Frente a los diversos desafíos científicos y filosóficos, las instituciones responsables de conservar la fe tradicional se pusieron a la defensiva. La Iglesia católica de Roma respondió a los abusos de la sociedad laica apelando al dogma y a las tradiciones veneradas. En 1864, el papa Pío IX emitió un *Syllabus* (o programa) de Errores donde condenaba lo que él consideraba los principales «errores» religiosos y filosóficos de la época. Entre ellos figuraban el materialismo, el pensamiento libre y el «indiferentismo», o la idea de que cualquier religión es tan buena como las demás. El papa también convocó el primer concilio eclesial desde la Reforma católica, que en 1871 declaró el dogma de la infalibilidad papal. Esto significaba que, en su calidad de «pastor y doctor de todos los cristianos», el papa era infalible con relación a todos los asuntos de fe y moral. Aunque la proclamación de la infalibilidad papal fue aceptada en general por los católicos devotos, también provocó una tormenta de protestas y denuncias gubernamentales por parte de varios países católicos, incluidos Francia, España e Italia. En cambio, la muerte de Pío IX en 1878 y la llegada del papa León XIII conllevaron un ambiente más acomodaticio para la Iglesia. El nuevo papa reconoció que la civilización moderna albergaba el «bien» y el «mal». Incorporó una plantilla de científicos al Vaticano y abrió archivos y observatorios, pero no hizo

más concesiones al liberalismo político.

Los protestantes también se sintieron impelidos a responder al mundo modernizado. Como se les enseñaba a conocer a Dios con poco más que la Biblia y una buena disposición, los protestantes, a diferencia de los católicos, apenas pudieron recurrir a la doctrina para defender su fe. Algunos fundamentalistas optaron por ignorar por completo las implicaciones de la indagación científica y filosófica, y siguieron creyendo en la verdad literal de la Biblia. Otros se mostraron dispuestos a aceptar la escuela de los filósofos estadounidenses conocidos como *pragmatistas* (cuyos representantes principales fueron Charles S. Peirce y William James), quienes afirmaban que la «verdad» era todo lo que producía resultados útiles y prácticos; según su lógica, si creer en Dios procuraba paz mental o satisfacción espiritual, entonces la creencia era verdadera. Otros protestantes aliviaron sus dudas religiosas fundando misiones, trabajando con los pobres o realizando otras buenas acciones. Muchos adeptos a este «evangelio social» fueron también «modernistas» que aceptaron las enseñanzas éticas de la cristiandad pero se negaron a creer en milagros y en el pecado original.

NUEVOS LECTORES Y LA PRENSA POPULAR

El efecto que ejercieron los diversos desafíos científicos y filosóficos en la gente de finales del siglo XIX no se puede medir con exactitud. Sin duda, millones de personas siguieron viviendo indiferentes a las implicaciones de la teoría evolucionista, contentos de creer en lo que habían creído hasta entonces. En efecto, la mayoría de la gente de clase media atribuyó al desafío del socialismo una «realidad» que probablemente no otorgó a los retos de la ciencia y la filosofía. El socialismo amenazó intereses específicos. Las teorías de Darwin y de Freud, aunque «flotaban en el ambiente» e inquietaban, no tuvieron la misma relevancia. Hombres y mujeres podían posponer la consideración de sus orígenes y destino último. Es más, como ya hemos visto, muchas personas religiosas lograron reconciliar su fe y religión con la nueva ciencia. Pero los cambios que acabamos de exponer tuvieron un impacto profundo a largo plazo. La teoría de Darwin no era demasiado complicada para alcanzar difusión. Si la gente instruida no disponía de tiempo ni de ganas para leer *El origen de las especies*, sí leía revistas y periódicos que resumían (no siempre de manera correcta) sus implicaciones. Se topó con los conceptos elementales de la teoría en otros ámbitos, desde discursos políticos hasta novelas y noticias sobre delitos.

La difusión de aquellas ideas se vio facilitada por el incremento de las tasas de alfabetización y por formas nuevas de cultura impresa para el gran público. Entre

1750 y 1870, el público lector se extendió desde la aristocracia hasta incluir círculos de clase media y, después, hasta una población general alfabetizada cada vez más amplia. En 1850 casi la mitad de la población europea era analfabeta. En décadas posteriores, cada país introdujo una enseñanza primaria y secundaria financiada por el estado para favorecer el progreso social, para difundir el conocimiento técnico y científico y para inculcar un orgullo cívico y nacional. Gran Bretaña instauró la enseñanza primaria en 1870; Suiza, en 1874, e Italia, en 1877. Francia amplió el sistema en vigor entre 1878 y 1881. Después de 1871, Alemania creó un sistema estatal de acuerdo con el modelo prusiano. En 1900 sabía leer alrededor del 85 por ciento de la población de Gran Bretaña, Francia, Bélgica, Países Bajos, Escandinavia y Alemania. Había llegado la era del gran público lector. Otros lugares, en cambio, tenían porcentajes mucho más bajos que variaban entre el 30 y el 60 por ciento.

En los países con mayor grado de alfabetización, los editores comerciales, como Alfred Harmsworth en Gran Bretaña y William Randolph Hearst en Estados Unidos, se apresuraron a captar al nuevo público lector. Los lectores de clase media habían estado bien atendidos durante cierto tiempo por periódicos al servicio de sus intereses y punto de vista. El número de lectores del *Times* de Londres superaba con creces la cifra de cincuenta mil en 1850; en Francia, *Presse y Siècle* tenían una tirada de setenta mil ejemplares. Sin embargo, en 1900 aparecieron otras publicaciones que atrajeron a la gente recién alfabetizada mediante un periodismo sensacionalista y obras picantes y de lectura fácil por entregas. La publicidad abarató de forma radical el coste de los periódicos de masas, lo que permitió que hasta los obreros compraran uno o dos al día. La prensa «amarilla» de las *penny-presses*^[2] mezcló pasatiempos y sensacionalismo con noticias con la intención de aumentar su circulación y, con ello, asegurarse ventas publicitarias más lucrativas. Pero los editores y publicistas no fueron los únicos deseosos de llegar a un mercado de masas. Según avanzó el nuevo siglo, artistas, activistas, políticos (y, sobre todo, gobiernos) mostraron una preocupación cada vez mayor por transmitir su mensaje a la gran masa.

LOS PRIMEROS MODERNOS: INNOVACIONES EN EL ARTE

En el crisol de la Europa de finales del siglo XVIII (rebotante de transformaciones científicas, tecnológicas y sociales) los artistas de todo el continente empezaron a examinar de manera crítica y sistemática la naturaleza del arte en el mundo moderno. Nuevas generaciones de pintores, poetas, escritores y compositores empezaron a cuestionar los valores morales y culturales de la sociedad liberal de clase media. Algunos lo hicieron con grandes vacilaciones, otros con un abandono descuidado. A

través de una variedad abrumadora de experimentos, innovaciones, movimientos artísticos efímeros y rimbombantes manifiestos, los iniciadores de lo que más tarde se denominó *modernismo* desarrollaron las formas artísticas y los valores estéticos que acabaron imperando durante buena parte del siglo xx. Como todos los movimientos de este tipo, el modernismo resulta especialmente difícil de definir: incluyó una serie de teorías y prácticas diversas y a menudo opuestas que abarcaron todo el rango de la producción cultural, desde la pintura, la escultura, la literatura y la arquitectura hasta el teatro, la danza y la composición musical. Sin embargo, a pesar de esa diversidad los movimientos modernistas compartieron ciertas características clave: en primer lugar, un tímido sentimiento de ruptura con la historia y la tradición; en segundo lugar, un rechazo de los valores y supuestos establecidos; y, en tercer lugar, una insistencia radical en la libertad expresiva y experimental. Además de estas tendencias, el modernismo temprano se distinguió por una interpretación nueva de la relación entre el arte y la sociedad. Aunque algunos artistas y escritores se recluyeron hacia adentro, hacia el estudio de cuestiones puramente estéticas, muchos otros abrazaron la idea de que el arte podía motivar un cambio social y espiritual profundo. Por ejemplo, el pintor abstracto Vasili Kandinski (1866-1944), devoto del misticismo oculto (especialmente popular durante el cambio de siglo), creía que los artistas visionarios apartarían a la sociedad de «la vida material, carente de espiritualidad, del siglo xix» para introducirla en «la vida psíquico-espiritual del siglo xx». La idea de que la sociedad contemporánea era materialista y desprovista de moral abundó en las críticas modernistas contra la cultura europea. Y, mientras artistas como Kandinski apuntaron hacia la salvación en un futuro utópico, otros usaron su arte para estudiar el presente con resolución explorando las patologías psicológicas y sociales de la sociedad urbana industrial. En el terreno político, la hostilidad modernista hacia los valores convencionales se tradujo en ocasiones en el apoyo a movimientos antiliberales en la periferia política, como el anarquismo radical de izquierdas y el profascismo de derechas. Esta tendencia a los extremos ideológicos reflejó las tendencias estéticas de los modernistas. En palabras de un académico: «Después de que el siglo xix hubiera creado un núcleo especialmente seguro e íntimo donde pudieran habitar el artista y el público, la época modernista tendió la mano a las caprichosas circunferencias del arte».

La revolución en el lienzo

Como la mayoría de los movimientos artísticos, el modernismo se definió en oposición a una serie de principios anteriores. Para los pintores en particular, esto significó la negación de la corriente principal del arte académico, que afirmaba la actitud casta y moral de los aficionados a los museos, y de la tradición realista de

gran conciencia social (comentada en el capítulo 20), que se esforzó por representar la realidad material con una exactitud rigurosa, y hasta científica. Pero la rebelión de los artistas modernos llegó incluso más allá, puesto que descartaron por completo la tradición secular de la representación, o lo que el pintor francés Paul Gauguin (1848-1903) llamó las «trabas de la verosimilitud». Desde el Renacimiento, el arte occidental había aspirado a reproducir con precisión la realidad tridimensional visible; los cuadros se consideraban «espejos» o «ventanas» del mundo. Pero, durante las postrimerías del siglo XIX, los artistas dieron la espalda al mundo visible y se centraron, por el contrario, en formas de expresión personal subjetivas, o de orientación psicológica, y con gran carga emotiva. En palabras del pintor noruego Edvard Munch: «El arte es lo opuesto a la naturaleza. La obra de arte sólo puede salir del interior del hombre».

Aunque en épocas anteriores del siglo XIX ya se había cuestionado la tradición del arte figurativo, las primeras rupturas relevantes llegaron con los impresionistas franceses, los cuales destacaron ya como jóvenes artistas en la década de 1870. En rigor, los impresionistas fueron realistas. Tras empaparse de teorías científicas relacionadas con la percepción sensorial, procuraron reproducir los fenómenos naturales con objetividad. En lugar de pintar objetos en sí, captaron el juego transitorio de la luz sobre las superficies, con lo que confirmaron a sus obras un aspecto impreciso, efímero, que las diferenció radicalmente del arte realista. Y aunque artistas posteriores se rebelaron contra lo que consideraron la objetividad estéril de este enfoque científico, los pintores impresionistas, cuyas celebridades fueron Claude Monet (1840-1926) y Pierre-Auguste Renoir (1841-1919), dejaron dos legados importantes a la vanguardia europea. En primer lugar, mediante el desarrollo de técnicas novedosas sin relación con estilos previos, los impresionistas allanaron el camino para que los artistas más jóvenes experimentaran con más libertad. En segundo lugar, como las salas de arte oficiales rechazaron sus obras, los impresionistas organizaron exposiciones independientes desde 1874 hasta 1886. Aquellas exhibiciones minaron con eficacia el monopolio secular de la Academia Francesa en cuanto a exposiciones artísticas y estándares estéticos, e instauraron una tradición de exposiciones autónomas de artistas independientes que ocupa un lugar destacado dentro de la historia del modernismo.

Después del impresionismo, unos cuantos artistas innovadores de finales de siglo sentaron las bases para el estallido de experimentación creativa que se produjo después de 1900. El más destacado de todos ellos fue Paul Cézanne (1839-1906), cuyos esfuerzos por «convertir el impresionismo en algo sólido y duradero» conllevaron la reducción de las formas naturales a sus equivalentes geométricos, el rechazo de la perspectiva tradicional y (lo más importante) el énfasis de la disposición subjetiva del color y la forma. Cézanne rompió, tal vez más que nadie, la

ventana del arte figurativo. En lugar de ser un reflejo del mundo, la pintura se convirtió en un vehículo para la expresión personal del artista. El holandés Vincent van Gogh también exploró el potencial expresivo del arte, con mayor emoción y subjetividad aún. Para Van Gogh, pintar era una tarea de fe, una vía para canalizar sus violentas pasiones. Para Paul Gauguin, quien huyó a las islas del Pacífico en 1891, el arte garantizaba un refugio utópico contra la corrupción de Europa. Gauguin en concreto estuvo influido por el movimiento simbolista que surgió hacia el cambio de siglo. Los simbolistas fueron un grupo de pintores y escritores muy recelosos de la realidad material, y que buscaron la verdad trascendental a través de la imaginación, los sentimientos personales y las percepciones psicológicas.

En Alemania, sobre todo, los artistas de vanguardia manifestaron un desencanto atormentado con la sociedad moderna. Emil Nolde (1867-1956) clamó contra la «voracidad irresponsable» con que los imperios europeos «aniquilaban pueblos y razas, y siempre bajo el pretexto hipócrita de hacerlo con las mejores intenciones». Para enfatizar la corrupción paralela de la cultura artística, James Ensor (1860-1949), contemporáneo de Nolde, escribió que «todas las reglas, todos los cánones del arte vomitan muerte exactamente igual que sus hermanos con boca de bronce^[3] en el campo de batalla». Bajo el nombre colectivo de expresionistas, estos pintores recurrieron a colores chillones, figuras muy distorsionadas y crudas representaciones de escenas de sexo que conmocionaron al público de clase media. Inspirado por el teatro psicológico de su compatriota Henrik Ibsen, Edvard Munch (1863-1944) intentó reproducir la conciencia interior de la mente humana. El austriaco Egon Schiele (1890-1918) exploró la sexualidad y el cuerpo con imágenes crudas y muy gráficas.

En los albores del nuevo siglo eclosionó en Europa una serie diversa de movimientos de vanguardia. En el París bohemio, el francés Henri Matisse (1869-1954) y el español Pablo Picasso (1881-1973) llevaron a cabo su innovadora experimentación estética con bastante tranquilidad. Por otra parte, reclamando la atención a voces, había grupos de artistas que disfrutaban con el enérgico dinamismo de la vida moderna. Los cubistas en París, vorticistas en Gran Bretaña y futuristas en Italia, todos ellos se aferraron a una estética dura y angular de la era de las máquinas. Mientras otros modernistas buscaron un antídoto contra el malestar finisecular volviendo la vista al «pasado», a las llamadas culturas primitivas, estos movimientos nuevos se aferraron al futuro y todas sus incertidumbres a menudo con el mismo lenguaje agresivo e hipermasculino que más tarde se erigió en sello distintivo del fascismo. En el manifiesto futurista, por ejemplo, F. T. Marinetti proclamó: «Queremos glorificar la guerra —única higiene del mundo—, el militarismo, el patriotismo, el gesto destructor de los libertarios, las bellas ideas por las cuales se muere.» Entretanto, en Rusia y Holanda unos cuantos pintores intensamente

idealistas dieron lo que tal vez fuera el paso estético más revolucionario de los inicios del modernismo hacia una pintura totalmente abstracta o «sin objeto».

La amplitud y diversidad del arte moderno eluden categorías y explicaciones simples. Los cambios profundos que atravesaron las artes plásticas encontraron un paralelismo en todo el espectro cultural (transformaciones que se comentan en el capítulo 28). Y aunque se restringieron a un pequeño grupo de artistas e intelectuales antes de 1914, estas revisiones radicales de los valores artísticos se integraron en la corriente cultural dominante poco después de la Primera Guerra Mundial.

Conclusión

Muchos europeos cuya infancia había transcurrido durante el período de 1870 a 1914 pero vivieron las privaciones de la Primera Guerra Mundial contemplaron el período anterior a la guerra como una edad dorada de la civilización europea. En cierto sentido, esta idea retrospectiva es acertada. Al fin y al cabo, las potencias continentales habían logrado evitar grandes guerras y permitir así una segunda fase de industrialización que mejoró el nivel de vida de la población al alza de la sociedad de masas. Una sensación generalizada de confianza y de destino impregnó lo que se consideró la misión europea para ejercer un dominio político, económico y cultural en los confines del mundo. Pero la política, y también la cultura, de Europa registró asimismo la existencia de poderosas (y desestabilizadoras) fuerzas de cambio. La expansión industrial, la abundancia relativa y el aumento de la alfabetización crearon un clima político con más expectativas. Cuando llegó la época de la política de masas, demócratas, socialistas y feministas reclamaron a gritos el derecho a participar en la vida política mediante violencia, huelgas y revoluciones. El socialismo marxista, sobre todo, transformó la política radical al redefinir los términos del debate para el siglo siguiente. La ciencia, la literatura y las artes de Occidente exploraron nuevas perspectivas sobre el individuo y con ello socavaron algunas de las apreciadas creencias de los liberales decimonónicos. La competición y la violencia que constituyen el centro de la teoría de la evolución de Darwin, los impulsos del subconsciente que Freud detectó en el comportamiento humano y la rebelión contra las artes figurativas apuntaron hacia direcciones distintas y desconcertantes. Aquellos experimentos, hipótesis y cuestiones molestas acompañaron a Europa hasta la Gran Guerra de 1914. Ellos contribuirían a forjar las respuestas de Europa ante la gran cantidad de muerte y destrucción en masa que devastó el continente. Tras la guerra, los cambios políticos y la inquietud cultural que afloraron durante el período entre 1870 y 1914 resurgieron en forma de movimientos globales y transformaciones artísticas que definirían el siglo xx.

Bibliografía seleccionada

- AIZPURU, Mikel, y Antonio RIVERA, *Manual de historia social del trabajo*, Madrid, Siglo XXI, 1994.
- ARIÈS, Philippe, y Georges DUBY (dirs.), *Historia de la vida privada. 9, La vida privada en el siglo XX*, Madrid, Taurus, 1992.
- , (dirs.), *Historia de la vida privada. 10, El siglo XX: diversidades culturales*, Madrid, Taurus, 1992.
- BERLÍN, Isaiah, *Karl Marx: su vida y su entorno*, Madrid, Alianza, 2007.
- BON, Denis, *El Caso Dreyfus*, Barcelona, De Vecchi, 2000.
- CAVA, M.^a Jesús, *Rusia imperial 1800-1914: el ocaso del zarismo*, Madrid, Eudema, 1995.
- CHIPP, Herschel, *Teorías del arte contemporáneo: fuentes artísticas y opiniones críticas*, Madrid, Akal, 1995.
- DUNCAN, Alastair, *El Art Nouveau*, Barcelona, Destino, 1995.
- FRAISSE, Geneviève, y Michelle PERROT (dirs.), *Historia de las mujeres en Occidente. 8, El siglo XIX*, Madrid, Taurus, 1994.
- GAY, Peter, *La experiencia burguesa: de Victoria a Freud*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992.
- , *Freud: una vida de nuestro tiempo*, Barcelona, Paidós, 2004.
- HERBERT, Robert, *El impresionismo: arte, ocio y sociedad*, Madrid, Alianza, 1989.
- HOBBSAWM, Eric, *El mundo del trabajo: estudios históricos sobre la formación y evolución de la clase obrera*, Barcelona, Crítica, 1987.
- HUGHES, Stuart, *Conciencia y sociedad: la reorientación del pensamiento social europeo, 1890-1930*, Madrid, Aguilar, 1972.
- JONES, Gareth Stedman, *Lenguajes de clase: estudios sobre la historia de la clase obrera inglesa (1832-1982)*, Madrid, Siglo XXI, 1989.
- KARADY, Victor, *Los judíos en la modernidad europea: experiencia de la violencia y utopía*, Madrid, Siglo XXI, 2000.
- LANDES, David, *Progreso tecnológico y revolución industrial*, Madrid, Tecnos, 1979.
- LLORCA, Carmen, *1905: la revolución burguesa en Rusia*, Barcelona, Planeta, 1995.
- LLOYD, Trevor, *Las sufragistas: valoración social de la mujer*, Barcelona, Nauta, 1970.
- MILNER-GULLAND, Robin, *Rusia: de los zares a los soviets*, Barcelona, Folio, 1995.
- MORANT, Isabel (dir.), *Historia de las mujeres en España y América latina*, Madrid, Cátedra, 2005.
- TAYLOR, Arthur J. (ed.), *El nivel de vida en Gran Bretaña durante la revolución industrial*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1986.

WEBER, Eugen, *Francia, fin de siglo*, Madrid, Debate, 1989.

ZOLA, Émile, *Yo acuso: la verdad en marcha*, Barcelona, Tusquets, 1998.

ZUFFI, Stefano, y Francesca CASTRIA, *La pintura moderna: los impresionistas y las vanguardias del siglo XX*, Madrid, Electa, 1998.

CAPÍTULO 24

La Primera Guerra Mundial

En diversos aspectos cruciales, el siglo xx comenzó en agosto de 1914 con el estallido de la Primera Guerra Mundial, un conflicto de cuatro años que precipitó el desplome de los ideales e instituciones del siglo xix. Los soldados marchaban a la batalla con la confianza y la ambición henchidas por los éxitos imperiales. Las naciones hegemónicas de Europa alcanzaron su máximo poder. Europa era el centro de la economía mundial y gobernaba vastos imperios. Muchos europeos participaron en la guerra con fe en la modernidad y en su capacidad para brindar no ya prosperidad, sino todas las ventajas de la «civilización», sobre todo paz y progreso.

A pesar de estas expectativas, mucha gente albergó temores sobre el futuro. La guerra justificaba aquel pavor interior. La «Gran Guerra» mostró el feo rostro de la guerra industrial y el siniestro potencial del mundo moderno. Pilló a los europeos desprevenidos no sólo en lo militar, sino también en lo económico y lo político. Con una mezcla catastrófica de viejas mentalidades y nuevas tecnologías, la guerra dejó tras de sí nueve millones de soldados muertos. Pero los soldados no fueron las únicas víctimas. La Primera Guerra Mundial se libró contra naciones enteras y tuvo profundas derivaciones económicas y políticas para la gente de Europa. Cuatro años de lucha destruyeron muchas de las instituciones y supuestos del siglo anterior, desde monarquías e imperios hasta la hegemonía económica europea. La guerra tensó las relaciones interclasistas e intergeneracionales. Desilusionó a mucha gente, incluso a los habitantes de las naciones victoriosas. Tal como lo expresó la escritora británica Virginia Woolf: «Fue impactante ver la cara de nuestros gobernantes a la luz de los bombardeos». La guerra erosionó los fundamentos de la economía decimonónica y desató disturbios sociales. Erradicó viejas formas de autoritarismo y dio lugar a otras nuevas que llevaron el distintivo del siglo xx. Por último, la guerra se reveló imposible de resolver; los antagonismos surgidos durante el conflicto no hicieron más que agravarse después de la guerra y, con el tiempo, provocaron la Segunda Guerra Mundial. La Europa de posguerra se encontró con más problemas de los que la paz podía solucionar.

La crisis de julio

En 1914 Europa había construido una paz en apariencia estable. Mediante las complejas negociaciones geopolíticas de las grandes potencias, Europa se había amoldado a dos sistemas de alianza: la Triple Entente (más tarde, las Potencias Aliadas) de Gran Bretaña, Francia y Rusia rivalizaba con la Triple Alianza (más tarde, las Potencias Centrales) de Alemania, Austria-Hungría e Italia. Dentro de este equilibrio de poder, las naciones de Europa se desafiaron entre sí por obtener ventajas económicas, militares e imperiales. La pugna por conseguir colonias en el extranjero fue acompañada de una carrera armamentística salvaje en el interior de Europa, donde los mandos militares dieron por supuesto que la tecnología más avanzada y una cantidad mayor de armamento favorecerían una victoria rápida en caso de un conflicto armado europeo. De hecho, en medio del clima imperante de sospechas internacionales, muchas de las élites políticas y militares de Europa consideraban probable aquella guerra. Pero ninguno de los diplomáticos, espías, estrategas o ministros de Europa (ni ninguno de sus críticos) predijo la guerra que sobrevino al final. Y, además, muchos tampoco esperaban que la crisis de julio de 1914 en los Balcanes desencadenara el conflicto de forma que afectara a toda Europa en el plazo tan escaso de un mes.

Las grandes potencias llevaban mucho tiempo interviniendo en los acontecimientos del sudeste de Europa. Los Balcanes yacían entre dos imperios venerables pero inestables, el austro-húngaro y el otomano. La región alojaba asimismo estados de reciente creación debido a la presión ejercida por ambiciosos movimientos nacionalistas, cruzados étnicos paneslavos y agentes locales de poder. La situación política en los Balcanes siempre había servido a Rusia para intervenir en los asuntos europeos, al igual a que la diplomacia alemana y británica. A pesar de aquellos enredos, las grandes potencias procuraron evitar la intervención directa e intentaron incluir los nuevos estados de los Balcanes en la red de alianzas. En 1912, los estados independientes de Serbia, Grecia, Bulgaria y Montenegro iniciaron la Primera Guerra Balcánica contra los otomanos; en 1913, se libró la Segunda Guerra Balcánica sobre las ruinas de la primera. Mediante una diplomacia razonable, las grandes potencias se mantuvieron apartadas del embrollo y en ambos casos se trató de conflictos localizados. Pero si fallaba la diplomacia, como ocurrió al final en el verano de 1914, el sistema de alianzas de las grandes potencias precipitaría en realidad el estallido de una guerra más generalizada.

El enlace entre el conflicto de los Balcanes y la guerra continental lo constituiría el imperio austro-húngaro, el cual luchaba por sobrevivir en medio de las crecientes aspiraciones nacionalistas. La «monarquía dual», tal como se llamó tras las reformas de 1876, había frustrado a muchos grupos étnicos que habían quedado excluidos del arreglo. Checos y eslovenos expresaron su descontento por pertenecer a una categoría de segunda clase en la mitad alemana del imperio; a polacos, croatas y etnias rumanas

los irritó el mandato húngaro. La provincia de Bosnia presentaba una inestabilidad especial por albergar diversos grupos étnicos eslavos y por haber formado parte en el pasado del Imperio otomano. En 1878, los austriacos habían ocupado Bosnia y la habían anexionado, de manera que habían despertado el odio y la resistencia de la mayoría de los grupos étnicos de Bosnia. Los serbios bosnios, sobre todo, abrigaban la esperanza de separarse y unirse al reino independiente de Serbia. Pero ahora los austriacos bloquearon sus planes. De modo que, con el apoyo de Serbia, los serbios bosnios emprendieron una guerra encubierta contra el imperio para conseguir sus objetivos. Bosnia se convertiría así en el crisol del conflicto europeo.

El 28 de junio de 1914, Francisco Fernando (1889-1914), archiduque de Austria y heredero del imperio austro-húngaro, visitó Sarajevo, capital de Bosnia. Como semillero de la resistencia serbia, hay que reconocer que Sarajevo era un lugar peligroso para que el jefe del odiado imperio apareciera en público. El archiduque ya había eludido un intento de asesinato ese mismo día, cuando faltó poco para que una bomba estallara dentro de su automóvil; pero, cuando el coche hizo un giro equivocado y paró para retroceder, un estudiante bosnio de diecinueve años llamado Gavrilo Princip disparó a quemarropa contra Fernando y su esposa. Princip era miembro de la Sociedad Joven Bosnia, un grupo de liberación nacional muy vinculado a Serbia. Él entendió aquel acto violento como parte de una lucha por la independencia de su pueblo; nosotros lo vemos como el comienzo de la Primera Guerra Mundial.

Impactados por la muerte de Fernando, los austriacos interpretaron el asesinato como un ataque directo del gobierno serbio. Ávida de venganza, Austria lanzó un ultimátum a Serbia tres semanas después, con la petición de que el gobierno serbio condenara los objetivos y las actividades de los serbios bosnios, prohibiera actos de propaganda y subversión futuros, y permitiera que funcionarios austro-húngaros persiguieran y castigaran a los miembros del gobierno serbio que Austria consideraba relacionados con el asesinato. Las demandas fueron deliberadamente excesivas. Austria quería la guerra, una campaña punitiva para restablecer el orden en Bosnia y aplastar a Serbia. Los serbios captaron la provocación y movilizaron el ejército tres horas antes de enviar una respuesta en la que aceptaban todas las demandas austriacas menos la más importante. Austria respondió con su propia movilización y declaró la guerra tres días después, el 28 de julio de 1914.

Por un momento pareció posible evitar una guerra de mayor repercusión. En un principio, diplomáticos y políticos confiaron en desvanecer la confrontación hasta convertirla en otra crisis de los Balcanes. Al final resultó imposible debido a la combinación de la firme escalada de Austria y los lazos tradicionales de Rusia con Serbia. (Muchos historiadores culpan también a Alemania por no lograr convencer a Austria, su aliada, de que retrocediera). Para Austria, el conflicto era una cuestión de

prestigio y poder, una ocasión para reafirmar la deteriorada autoridad del imperio. Para Rusia, el conflicto emergente brindaba también una oportunidad para recuperar parte de la autoridad del zar mediante un alzamiento por los derechos de los «eslavos hermanos». En principio, Rusia había pensado en responder a la amenaza de Austria con una movilización parcial, pero cuando se dieron las órdenes el 30 de julio, Rusia emprendió una movilización general de las tropas, listas para luchar tanto contra Austria como contra Alemania.

La crisis se extendió y los alemanes se prepararon. Alemania, en la posición geográfica más precaria, contaba con los planes más detallados para librar una guerra ineludible. Sus estrategias militares se contaban entre quienes consideraban el conflicto inevitable y una ocasión para establecer el futuro de la nación dentro de Europa continental. Cuando Rusia empezó a moverse, el káiser Guillermo II (1888-1918) dirigió un ultimátum a San Petersburgo para exigir la suspensión de la movilización rusa en un plazo máximo de doce horas; los rusos lo rechazaron. Entretanto, los ministros alemanes quisieron conocer las intenciones de Francia. El primer ministro francés, René Viviani (1914-1915) respondió que Francia actuaría «de acuerdo con sus intereses propios», lo que significaba una movilización inmediata contra Alemania. Al final, ante la doble amenaza prevista con tanta antelación, Alemania se movilizó el 1 de agosto y declaró la guerra a Rusia; dos días después, Alemania declaró la guerra a Francia. Al día siguiente, el ejército alemán invadió Bélgica en su marcha hacia la toma de París.

La invasión de Bélgica, país neutral, brindó el argumento oportuno para unir a los generales y diplomáticos británicos favorables a que Gran Bretaña participara en el conflicto continental inminente. A pesar de los pactos secretos de Gran Bretaña con Francia, y a pesar de haber comunicado públicamente que garantizaría la neutralidad de Bélgica, la entrada de Gran Bretaña en la Gran Guerra no era previsible. El gobierno liberal se oponía a participar en el conflicto, pero aceptó sobre todo por temor a quedar suspendido de sus funciones. De hecho, un historiador ha defendido recientemente la afirmación (bastante controvertida) de que los objetivos bélicos y las aspiraciones imperiales de Alemania no suponían una amenaza seria para el imperio británico, y que al Reino Unido le habría interesado más mantenerse neutral en 1914. En cambio, quienes apoyaban la intervención de Gran Bretaña en el conflicto recurrieron a un principio irrefutable de la política exterior británica: para mantener el equilibrio de poder no debía permitirse que una sola nación dominara el continente. Por tanto, el 4 de agosto Gran Bretaña entró en la guerra en contra de Alemania.

Otras naciones se vieron implicadas rápidamente en el conflicto. El 7 de agosto, los montenegrinos se unieron a los serbios para luchar contra Austria. Dos semanas después, los japoneses declararon la guerra a Alemania, sobre todo para atacar las posesiones alemanas en Extremo Oriente. El 1 de agosto Turquía se alió con

Alemania, y en octubre inició el bombardeo de los puertos rusos en el mar Negro. Italia había sido aliada de Alemania y Austria antes de la guerra, pero, cuando estallaron las hostilidades, los italianos emitieron una interpretación estricta de sus obligaciones y se declararon neutrales. Insistieron en que, como Alemania había invadido Bélgica, país neutral, ellos no le debían protección alguna a los alemanes.

Las maniobras diplomáticas realizadas durante las cinco semanas siguientes al asesinato de Sarajevo se han calificado como «una tragedia de errores de cálculo». Sin embargo, los diplomáticos estuvieron maniatados por las consideraciones estratégicas y los rígidos plazos temporales impuestos por los mandos militares. La rapidez tenía una trascendencia primordial para los generales. A su entender, una vez que la guerra se revelara segura, el tiempo empleado en diplomacia era tiempo perdido en el campo de batalla. Además, hubo cierta cantidad de factores adicionales que también contribuyó al estallido de la guerra en aquel momento preciso. Por ejemplo, durante las tres semanas que Austria dedicó a negociar su ultimátum, tanto Rusia como Alemania se sintieron impelidas a efectuar demostraciones de fuerza. Jamás se produjo un debate razonado sobre el problema. Durante la crisis, los miembros del gobierno mantuvieron poco contacto entre ellos, y aún menos con los diplomáticos y embajadores de otros países. Varios jefes de estado, incluidos el káiser y el presidente de Francia, junto con muchos de sus ministros, estuvieron de vacaciones durante la mayor parte del mes de julio; a la vuelta, encontraron a los generales de sus ejércitos respectivos dando órdenes de movilización a la espera de una firma. La mala gestión de la crisis por parte de Austria y la incompetencia de Rusia para encontrar un modo de intervenir sin movilizar el ejército contribuyeron en gran medida a alimentar la espiral de confrontación. No obstante, está claro que los poderosos oficiales alemanes sostuvieron que la guerra era inevitable. Insistieron en que Alemania debía luchar antes de que Rusia se recuperara de la derrota de 1905 ante Japón, y antes de que el ejército francés se beneficiara de la nueva ley de reclutamiento obligatorio de tres años, lo que lo dotaría de más hombres uniformados. La misma sensación de urgencia caracterizó las estrategias de todos los países combatientes. El atractivo de una guerra valerosa y exitosa contra el enemigo y el temor de que la pérdida de ventaja pusiera demasiadas cosas en riesgo crearon una marea creciente de movilización militar que arrastró a Europa a la batalla.

El Marne y sus consecuencias

Las declaraciones de guerra se presentaron con una mezcla de fanfarria pública y preocupación reservada. Aunque los románticos del jingoísmo imaginaron una guerra de gloria nacional y renovación espiritual, muchos europeos reconocieron que una

guerra continental pondría en riesgo décadas de progreso y prosperidad. Aunque banqueros y financieros podían esperar que les beneficiara el aumento de producción en tiempos de guerra o la captura de mercados coloniales, ambos colectivos se contaron entre quienes más se opusieron a la guerra. Acertaron al predecir que una guerra generalizada generaría caos financiero. En cambio, muchos jóvenes se alistaron entusiasmados. En el continente, los soldados voluntarios se sumaron a la fuerza de los ejércitos formados por reclutas, mientras que en Gran Bretaña (donde el servicio militar obligatorio no se impuso hasta 1916) más de setecientos mil hombres se alistaron en el ejército tan sólo en las ocho primeras semanas. Como muchos entusiastas de la guerra, aquellos hombres confiaban en que la guerra habría concluido en navidad.

Aunque menos idealistas, las expectativas de los políticos y dirigentes al mando tampoco tardaron en frustrarse. Los estrategas militares previeron una guerra corta, reducida y resolutive (una herramienta que se usaba cuando fallaba la diplomacia). Creyeron que la economía moderna sencillamente no podría funcionar en medio de un esfuerzo bélico sostenido, y que el armamento moderno imposibilitaba una guerra prolongada. Apostaron por la magnitud y la rapidez: ejércitos más grandes, armas más potentes y ofensivas más rápidas brindarían la victoria. Pero, a pesar de toda su planificación, fueron incapaces de responder ante la incertidumbre y la confusión imperantes en el campo de batalla. Un historiador ha señalado que los éxitos militares de la Gran Guerra se debieron «a la improvisación, no a la planificación».

Los alemanes basaron su ofensiva en el programa del conde Alfred von Schlieffen. El Plan Schlieffen estaba diseñado de acuerdo con el ejército alemán, eficiente y bien equipado, pero numeroso. Según el mismo, la primera acción alemana consistiría en atacar Francia para asegurarse una victoria rápida que neutralizara el Frente Occidental y liberara el ejército alemán para enfrentarse a Rusia en el este. Como Francia esperaba un ataque a través de Alsacia-Lorena, la invasión alemana se produciría, en cambio, a través de Bélgica y recorrería el noroeste de Francia hasta librar una batalla decisiva en las inmediaciones de París. Durante un mes, el ejército alemán avanzó con rapidez. Pero el plan sobreestimó las capacidades físicas y logísticas del ejército. La velocidad de la operación (que cubría entre 30 y 40 kilómetros al día) imponía un ritmo sencillamente excesivo para los soldados y las líneas de abastecimiento. Además, se vieron frenados por la resistencia del ejército belga, mal armado pero decidido, y por la intervención del ejército de campaña británico, reducido pero muy profesional, cuyos entrenados tiradores causaron terribles pérdidas entre los alemanes que efectuaban el avance. Asimismo, hubo cambios de planes. En primer lugar, ante el temor de que los rusos se movieran más deprisa de lo esperado, los comandantes alemanes modificaron el plan de Schlieffen y enviaron algunas tropas al este, en lugar de destinarlas todas al asalto de Francia. En

segundo lugar, decidieron atacar París desde el noreste, en lugar de bordearla hasta situarse en el suroeste.

No obstante, los planes alemanes parecieron funcionar durante todo el mes de agosto. Los ataques franceses a Alsacia-Lorena se tradujeron en un fracaso caótico y las víctimas se acumularon hasta que las líneas francesas decidieron batirse en retirada hacia París. Sin embargo, los triunfos alemanes empezaron a menguar. La defensa belga y británica desmoronó el frente alemán en un solo avance de grandes dimensiones hacia París. El comandante francés Jules Joffre, que mantuvo una gran calma bajo la presión y actuó con fría indiferencia ante las bajas, reorganizó sus ejércitos y poco a poco guió a los alemanes hacia una trampa. En septiembre, con los alemanes situados a tan sólo 50 kilómetros de la capital, Gran Bretaña y Francia lanzaron una contraofensiva triunfal en la Batalla del Marne. La línea alemana se batió en retirada hasta el río Aisne, y con ello murió el Plan Schlieffen. Incapaces de avanzar tras la Batalla del Marne, los ejércitos intentaron flanquearse unos a otros en dirección norte y emprendieron así una carrera hacia el mar que no ganó ninguno de los bandos. Tras cuatro meses de cambios rápidos en campo abierto, Alemania estableció una posición defensiva y fortificada que los aliados no lograron romper. A lo largo del frente inmóvil que abarcaba más de 600 kilómetros, desde la frontera septentrional de Suiza hasta el canal de la Mancha, las Grandes Potencias cavaron fortificaciones para librar una batalla prolongada. En navidad nació la guerra de trincheras, y el conflicto armado no había hecho más que comenzar.

El Marne se reveló como la batalla más importante de toda la guerra desde un punto de vista estratégico. Esta sola batalla puso patas arriba las expectativas europeas acerca de la guerra y desvaneció las esperanzas de un final rápido. La guerra de movimiento se había detenido en seco y así permanecería durante cuatro años. La guerra se revelaría larga, costosa y sangrienta. Políticos y generales iniciaron una búsqueda incesante de vías para romper el estancamiento y sacar la guerra de las trincheras, a través de aliados nuevos, escenarios nuevos y armas nuevas. Pero también siguieron entregados a las tácticas ofensivas en el Frente Occidental. Ya fuera por ignorancia, terquedad, indiferencia o desesperación, los mandos militares mantuvieron la orden de que sus hombres salieran a luchar fuera de las trincheras.

Parte del éxito del Marne se debió a un asalto ruso inesperado y contundente en Prusia oriental, lo que alejó algunas unidades alemanas de la guerra en el oeste. Pero los triunfos iniciales de Rusia se desvanecieron en la Batalla de Tannenberg, librada entre el 26 y el 30 de agosto. El ejército ruso, plagado de problemas diversos, estaba cansado y medio muerto de hambre; los alemanes lo destrozaron, tomaron cien mil prisioneros y prácticamente aniquilaron el Segundo Ejército Ruso. El general ruso se mató en el campo de batalla. Dos semanas después, los alemanes lograron otra victoria decisiva en la Batalla de los lagos Masurianos, con la que obligaron a los

rusos a retirarse de territorio alemán. A pesar de esto, las fuerzas rusas consiguieron frustrar los ataques austriacos por el sur y causar terribles bajas, de forma que obligaron a los alemanes a dedicar más tropas a contener el enorme pero mal armado ejército ruso. Durante 1915 y 1916, el Frente Oriental se mantuvo sangriento y sin resultados definitivos, de forma que ninguno de los bandos consiguió rentabilizar sus éxitos.

Tablas, 1915

Durante la búsqueda de flancos distintos para lanzar ofensivas, tanto los Aliados como las Potencias Centrales consiguieron nuevos socios. El Imperio otomano (Turquía) se unió a Alemania y Austria a finales de 1914. En mayo de 1915 Italia se sumó a los Aliados persuadida por el apoyo popular de sus ciudadanos y por el cebo de tierras y dinero. El Tratado de Londres, firmado en abril de 1915, prometió a Italia compensaciones económicas, algunas regiones de Austria y parte de los territorios alemanes en las colonias de África cuando (y si) los Aliados ganaran la guerra. Bulgaria también confiaba en adquirir tierras en los Balcanes y entró en la guerra del lado de las Potencias Centrales pocos meses después. La incorporación de estos nuevos países beligerantes amplió la geografía de la guerra e introdujo la posibilidad de romper el estancamiento del oeste librando ofensivas en otros frentes.

GALÍPOLI Y LA GUERRA NAVAL

La intervención de Turquía, sobre todo, alteró la dinámica de la guerra por la amenaza que planteaba para las líneas de abastecimiento rusas y porque ponía en riesgo el control británico del canal de Suez. Para derrotar a Turquía con rapidez (y con la esperanza de evitar el estancamiento occidental), el ministro británico de la marina, Winston Churchill (1911-1915), abogó por una ofensiva naval en Dardanelos, el angosto estrecho que separa Europa de Asia Menor. Sin embargo, la Armada Real británica, capitaneada con una incompetencia excepcional, careció de una planificación adecuada, de líneas de abastecimiento, y mapas para lanzar una campaña triunfal. De ahí que el ataque aliado comenzara con una serie de ineficaces bombardeos navales y rastreos de minas, que acabó con seis buques aliados perdidos o dañados. Los aliados intentaron entonces una invasión por tierra de la península de Galípoli que iniciaron el 25 de abril de 1915. La fuerza conjunta de tropas francesas, británicas, australianas y neozelandesas apenas logró progresos. Los turcos defendieron la escasa costa desde posiciones elevadas en acantilados fortificados y

cubrieron las playas con una alambrada de espinos casi impenetrable. Un oficial británico recordaba que durante el desastroso desembarco «el mar situado detrás estaba completamente rojo y se oían los gemidos entre los traquidos de los disparos». La batalla se atrincheró en las playas de Galípoli, y las víctimas se acumularon durante siete meses, hasta que los mandos aliados admitieron la derrota y ordenaron la retirada en diciembre. La campaña de Galípoli (el primer ataque anfibio de magnitud de la historia) infligió una gran derrota a los aliados. Llevó la muerte hasta las proximidades de Londres y las ciudades industriales del norte de Gran Bretaña. La cantidad de bajas entre los «blancos» fue desoladora, y prácticamente cada pueblo y aldea de Australia, Nueva Zelanda y Canadá perdió jóvenes, en ocasiones todos ellos hijos de una sola familia. La campaña costó a los aliados doscientos mil soldados y sirvió de poco para apartar el foco de la guerra del paralizado Frente Occidental. De hecho, el fracaso en este ataque alternativo sencillamente reforzó la lógica de la lucha en las trincheras.

Hacia 1915 ambos bandos repararon en que para librar aquella costosa y prolongada guerra «moderna» los países debían movilizar todos sus recursos. Como escribió un capitán en una carta dirigida a casa, «no hay duda de que se trata de una guerra de “desgaste”, como alguien dijo por aquí el otro día, y tenemos que soportarla durante más tiempo que el otro bando y seguir produciendo hombres, dinero y material hasta que hagan las paces, y así están las cosas, al menos tal como yo las veo».

Los Aliados empezaron a realizar la guerra desde el frente económico. Alemania era vulnerable porque al menos un tercio de sus provisiones alimentarias dependía de las importaciones. El bloqueo naval aliado contra toda Europa central pretendió agotar poco a poco los alimentos y las materias primas de sus oponentes. Alemania respondió con un bloqueo submarino con la amenaza de atacar cualquier buque en las proximidades de Gran Bretaña. El 7 de mayo de 1915, el submarino alemán *U-20* torpedeó, sin avisar, el trasatlántico de pasajeros *Lusitania*, el cual portaba pertrechos bélicos en secreto. El ataque mató a 1.198 personas, de las que 128 eran estadounidenses. Aquello despertó las iras de Estados Unidos y Alemania se vio obligada a prometer que no volvería a abrir fuego sin previo aviso. (La promesa se reveló tan sólo provisional: en 1917 Alemania volvería a declarar la guerra submarina sin restricciones, lo que empujó a Estados Unidos a participar en la guerra). Aunque el bloqueo alemán contra Gran Bretaña destruyó más tonelaje, el bloqueo contra Alemania resultó más devastador a largo plazo, a medida que el esfuerzo bélico continuado fue planteando más demandas a la economía nacional.

Mientras la guerra experimentaba una escalada en el ámbito político y económico, la vida en las trincheras en buena medida siguió igual: una existencia estrecha y miserable de rutinas diarias y muerte constante. «Cuando ya se había dicho y hecho todo», escribió más tarde un oficial inglés, «la guerra se convirtió sobre todo en una cuestión de hoyos y zanjas». En efecto, unos 40.000 kilómetros de trincheras serpenteaban a lo largo del Frente Occidental, por lo común en tres líneas a cada lado de la tierra de nadie. La línea del frente era la trinchera de ataque, la cual distaba del enemigo entre 50 metros y 1,5 kilómetros. Tras el frente se hallaba la segunda línea, una trinchera de apoyo y, tras ella, había una tercera trinchera para las reservas. Pero, aunque tenían una disposición similar, las trincheras de cada bando eran considerablemente distintas. Los alemanes entendieron su posición como permanente y construyeron elaborados búnkeres, es decir, estancias completamente cerradas con luz eléctrica, agua corriente y muebles tapizados. Algunos tenían hasta cocina, paredes empapeladas, cortinas y timbre. Estas comodidades contrastaban mucho con las destaraladas construcciones de franceses y británicos, los cuales se negaron a abandonar su estrategia ofensiva y, por tanto, dieron poca importancia a la fortificación de una posición defensiva. «El resultado fue que», como reparó un soldado, «nosotros vivimos una existencia mísera y pordiosera en agujeros mal improvisados».

Las trincheras británicas eran húmedas, frías y sucias. La lluvia convertía los polvorientos pasillos en sórdidos fosos de lodo que inundaba hasta el nivel de la cintura. Los soldados convivían con piojos y grandes ratas negras que se alimentaban de los soldados y caballos muertos cuyo hedor lo impregnaba todo. Los cadáveres permanecían meses sin enterrar y a menudo acababan sencillamente incrustados en las paredes de la trinchera. No es de extrañar que los soldados rotaran con frecuencia en las líneas del frente (cada tres o siete días tan sólo) para librarlos de lo que un soldado denominó «esta miseria presente, siempre presente, eternamente presente, este podrido mundo pegajoso, tierra que rezuma bajo una franja de cielo amenazador». En efecto, la amenaza del fuego enemigo era constante: a diario morían o caían heridos siete mil hombres británicos. Este «despilfarro», como se lo llamaba, formaba parte de la rutina aparte de las inspecciones, rotaciones y tareas mundanas de la vida en el Frente Occidental. A pesar del peligro, las trincheras eran un medio de protección bastante fiable, sobre todo cuando se las compara con los índices de víctimas durante las ofensivas.

A medida que transcurrió la guerra, se incorporaron armas nuevas a las aterradoras dimensiones de la guerra diaria. Aparte de la artillería, las ametralladoras y las alambradas de espinos, los instrumentos bélicos incluían ahora balas explosivas, líquido inflamable y gas venenoso. El gas, en particular, introdujo cambios visibles en el frente de batalla. El gas venenoso, usado con eficacia por primera vez por los

alemanes en abril de 1915 durante la Segunda Batalla de Yprés, no sólo causaba estragos físicos, sino también inquietud psicológica. La nube mortal se lanzaba con frecuencia sobre las trincheras, aunque la pronta aparición de las máscaras antigás limitó su eficacia. Al igual que otras armas nuevas, el gas venenoso contribuyó a mantener las líneas bloqueadas y se cobró más vidas, pero no logró terminar con las tablas. La guerra consumió con lentitud su segundo año sangrienta y estancada. Los soldados se acostumbraron cada vez más al estancamiento, mientras sus dirigentes urdían planes para acabar con él.

Masacre en las trincheras: las grandes batallas, 1916-1917

Las batallas más sangrientas de todas, las que tipifican la Primera Guerra Mundial, ocurrieron entre 1916 y 1917. Como campañas masivas de la guerra de desgaste, aquellos asaltos causaron miles de millares de víctimas y muy pocas ganancias territoriales. Aquellas batallas resumieron la tragedia militar de la guerra: una estrategia consistente en que soldados uniformados marcharan contra ametralladoras. El resultado, por supuesto, fue la carnicería. La respuesta habitual a aquellas cifras espectaculares de bajas fue el reemplazo de los generales al mando. Pero, aunque cambiaran los ordenantes, las órdenes no cambiaban. Los estrategas militares siguieron creyendo que el plan original era el correcto, y que sencillamente lo habían frustrado la mala suerte y la determinación de los alemanes. El «culto a la ofensiva» insistió en que podía lograrse el avance con el número suficiente de tropas y de armas.

Pero los efectivos humanos necesarios no se podían mover con eficacia ni proteger de forma adecuada. La red ferroviaria permitió trasladar gran cantidad de tropas hasta el frente, pero la movilidad terminaba ahí. Los grandes barrizales, las trincheras laberínticas y la maraña de alambre de espino convertían los desplazamientos en una tarea ardua, cuando no imposible. Pero lo más importante era que, con las nuevas tecnologías para matar, el movimiento resultaba letal. Los soldados desprotegidos y armados con rifles, granadas y bayonetas sencillamente no oponían ninguna resistencia a las ametralladoras y las hondas trincheras. Otro gran problema de la estrategia militar (que explica asimismo la masacre continuada) estribó en la falta de comunicación efectiva entre las líneas del frente y los cuarteles generales del ejército. Cuando fallaba algo en el frente (lo que sucedía con frecuencia), era inviable que los mandos se enteraran a tiempo de aplicar las correcciones pertinentes. Tal como ilustran las grandes batallas de la Gran Guerra, la potencia de las armas había adelantado a la movilidad, y los generales aliados sencillamente no supieron responder.

VERDÚN

La primera de aquellas grandes batallas llegó con el ataque alemán a la fortaleza francesa de Verdún, próxima a la frontera oriental de Francia, en febrero de 1916. Verdún tenía poca importancia estratégica, pero se convirtió con rapidez en un símbolo de la resistencia de Francia, y se defendió a toda costa. El objetivo alemán no consistió en tomar la ciudad necesariamente, sino en quebrantar la moral francesa (la «extraordinaria entrega» de Francia) en un momento de debilidad crítica. Según afirmó el general alemán Erich von Falkenhayn (1914-1916), la ofensiva «obligaría a los franceses a recurrir a cada hombre disponible. Si actúan así, las fuerzas de Francia morirán desangradas». Durante el primer día de la batalla se usó un millón de proyectiles y con ellos comenzaron diez meses de idas y venidas de ofensivas y contraofensivas intensamente violentas con un coste enorme y unos beneficios nulos. Dirigidos por el general Henri Pétain (1914-1918), los franceses machacaron a los alemanes con artillería y recibieron a cambio un intenso bombardeo. Los alemanes recurrieron a grandes equipos de caballos (siete mil de los cuales murieron en un solo día) para arrastrar el armamento por el accidentado y cenagoso terreno. Los franceses enviaron suministros y tropas a Verdún de manera continua: doce mil camiones de transporte se usaron para servicio, así como 259 de los 330 regimientos del ejército francés (incluido el futuro presidente Charles de Gaulle, quien cayó prisionero durante una incursión en una fortificación alemana). Ninguno de los bandos consiguió alguna ventaja real (un pequeño pueblo situado en el frente cambió de manos trece veces en un solo mes), pero ambos cosecharon unas pérdidas humanas desoladoras. A finales de junio habían fallecido más de cuatrocientos mil soldados franceses y alemanes. «Verdún —escribe un historiador— se había traducido en un lugar de horror y muerte incapaz de conceder ninguna victoria.» Sin embargo, al final la ventaja recayó sobre los franceses. Éstos, sencillamente, sobrevivieron y desangraron a los alemanes con la misma crudeza que sufrieron en sus propias carnes.

EL SOMME

Entretanto, los británicos emprendieron su propia ofensiva contra Alemania más al oeste, con lo que iniciaron la Batalla del Somme el 24 de junio de 1916. El ataque aliado comenzó con un bombardeo implacable de cinco días que acribilló las líneas alemanas con una cantidad ingente de artillería. Más de catorce mil armas de fuego dispararon casi 3 millones de balas; las detonaciones se oían en todo el Canal de la Mancha. Los británicos esperaban que aquel ataque preliminar rompiera la malla de

la alambrada alemana, destruyera las trincheras y allanara el camino para que las tropas aliadas avanzaran a pie prácticamente sin protección. Cometieron un error funesto. Los proyectiles que usaron los británicos estaban diseñados para combatir en superficie, pero no para penetrar en las hondas y reforzadas trincheras que cavaron los alemanes. La alambrada y las trincheras resistieron el bombardeo. Cuando los soldados británicos recibieron orden de salir de las trincheras en dirección a las líneas enemigas, se encontraron atrapados en el alambre y frente a ametralladoras alemanas completamente operativas. Cada hombre acarrea unos treinta kilogramos de suministros que debían utilizar durante la lucha prevista en las trincheras alemanas. Unos pocos comandantes británicos que habían desobedecido órdenes y mandaron avanzar a sus hombres antes de que finalizara el bombardeo consiguieron romper las líneas alemanas. En otros lugares a duras penas se trató de una batalla; divisiones británicas enteras sencillamente fueron aniquiladas. Quienes lograron llegar a las trincheras enemigas libraron un amargo combate cuerpo a cuerpo con pistolas, granadas, cuchillos, bayonetas y las propias manos. Tan sólo durante el primer día de batalla, se alcanzó la asombrosa cifra de veinte mil soldados británicos muertos, y otros cincuenta mil heridos. La carnicería continuó desde julio hasta mediados de noviembre y deparó cantidades masivas de víctimas en ambos bandos: quinientos mil alemanes, cuatrocientos mil británicos y doscientos mil franceses. Las pérdidas fueron inimaginables y el resultado fue igualmente difícil de concebir: tanto sacrificio no brindó ventajas reales a ninguno de los bandos. La primera lección de la Batalla del Somme la pronunció más tarde un veterano de guerra: «Ningún bando había ganado, ni podía ganar, la guerra. La guerra había ganado, y seguiría haciéndolo». La futilidad de la guerra ofensiva no pasó inadvertida para los soldados, pero la moral persistió con un vigor sorprendente. Aunque en ambos bandos se produjeron motines y desertiones, fueron raros, y las rendiciones se convirtieron en un factor relevante tan sólo durante los últimos meses de la guerra.

Con ejércitos bien dispuestos y reclutas de refresco, los jefes militares mantuvieron su estrategia y volvieron a lanzar ofensivas en busca de victorias en el Frente Occidental en 1917. El general francés Robert Nivelle (1914-1917) prometió que penetraría las líneas alemanas con una cantidad de hombres abrumadora, pero la «ofensiva Nivelle» (abril-mayo de 1917) fracasó de inmediato con una cantidad de víctimas mortales durante el primer día semejante a la de la Batalla del Somme. Los británicos también reprodujeron el Somme durante la Tercera Batalla de Yprés (julio-octubre de 1917), en la que medio millón de bajas le valieron a Gran Bretaña ganancias insignificantes y ningún avance. La única arma con potencial para acabar con el estancamiento, el carro de combate, se introdujo al fin en el campo de batalla en 1916, pero con tal desgana por parte de oficiales ligados a la tradición que su empleo sin entusiasmo apenas conllevó diferencias. Otras innovaciones también

depararon resultados poco definitivos. Los aviones sirvieron casi en exclusiva para efectuar reconocimientos, aunque entre los pilotos alemanes y aliados llegaron a producirse combates aéreos ocasionales. Y aunque los alemanes enviaron dirigibles a atacar Londres, causaron pocos daños de consideración.

Fuera del Frente Occidental, el combate produjo otros estancamientos. Los austriacos siguieron repeliendo ataques en Italia y Macedonia, mientras que los rusos montaron una ofensiva fructuosa contra ellos en el Frente Oriental. El éxito inicial ruso introdujo a Rumanía en la guerra del lado de Rusia, pero las Potencias Centrales se apresuraron a tomar represalias y eliminaron a los rumanos de la guerra en cuestión de pocos meses.

La guerra en el mar resultó asimismo poco concluyente, puesto que ninguno de los bandos quiso arriesgar la pérdida de los carísimos acorazados. Las armadas británica y alemana libraron tan sólo una gran batalla naval a comienzos de 1916 que acabó en tablas. Después, usaron la flota sobre todo para la guerra económica de bloqueos.

Por tratarse de un año de gran derramamiento de sangre y desilusiones crecientes, 1916 reveló que ni siquiera los alemanes, con su organización maravillosa, contaban con la movilidad o las veloces comunicaciones necesarias para ganar la guerra occidental sobre el terreno. Cada vez más, la guerra se volvería contra naciones enteras, incluida la población civil tanto en el «frente interior» como en los confines más remotos de los imperios europeos.

Guerra entre imperios

Como la Gran Guerra llegó en el momento álgido del imperialismo europeo, no tardó en convertirse en una guerra entre imperios con repercusiones de largo alcance. A medida que aumentaron las demandas de la guerra, las colonias europeas aportaron soldados y apoyo material. Gran Bretaña fue el país que más se benefició de su inmensa red de dominios y dependencias coloniales y reunió soldados procedentes de Canadá, Australia, Nueva Zelanda, la India y Sudáfrica. Las tropas coloniales lucharon con los aliados en el Frente Occidental, así como en Mesopotamia y Persia, en contra de Alemania. Sufrieron ochocientas mil bajas, un cuarto de las cuales fueron víctimas mortales, unas pérdidas que doblan las de Estados Unidos. Los reclutas coloniales también sirvieron en la industria. En Francia, donde incluso algunos reclutas galos se pusieron a trabajar en fábricas, la mano de obra internacional ascendió a más de doscientos cincuenta mil hombres, entre ellos trabajadores procedentes de China, Vietnam, Egipto, la India, las Indias Occidentales y África del Sur.

Dado el estancamiento en Europa, las zonas coloniales cobraron importancia estratégica para el conflicto armado. Aunque la campaña contra Turquía la inició Gran Bretaña de mala manera con el fiasco de Galípoli, a comienzos de 1916 las fuerzas aliadas ganaron una serie de batallas que expulsaron a los turcos de Egipto y, a la larga, les permitió capturar Bagdad, Jerusalén, Beirut y otras ciudades de Oriente Medio. El comandante británico en Egipto y Palestina era Edmund Allenby (1919-1925), quien dirigió un ejército multinacional contra los adiestrados turcos. Allenby fue un general sagaz y un administrador excelente de hombres y provisiones en el desierto, pero en sus campañas resultó crucial el apoyo de diferentes pueblos árabes que aspiraban a independizarse de los turcos. Allenby se alió con las fructíferas sublevaciones beduinas que escindieron el Imperio otomano; el oficial británico T. E. Lawrence (1914-1918) popularizó la guerrilla árabe. Cuando uno de los aristócratas beduinos de mayor rango, el emir Abdullah, tomó el puerto estratégico de Aqaba en julio de 1917, Lawrence cobró celebridad y pasó a formar parte de la mitología popular como «Lawrence de Arabia».

Gran Bretaña estimuló el nacionalismo árabe para favorecer sus propios objetivos estratégicos ofreciendo un reconocimiento limitado de las aspiraciones políticas árabes. Al mismo tiempo, por razones estratégicas similares pero opuestas, los británicos declararon su apoyo a «la creación en Palestina de un hogar nacional para el pueblo judío». El compromiso lo contrajo el ministro británico de asuntos exteriores, Arthur Balfour. Los sionistas europeos, que buscaban una tierra natal judía, se tomaron muy en serio la declaración de Balfour. Las contradicciones entre los compromisos con los líderes beduinos y los sionistas sembraron las semillas del futuro conflicto árabe-israelí. La guerra introdujo más a Europa en Oriente Medio, donde las dependencias y compromisos opuestos crearon numerosos problemas después de la guerra.

LA REVOLUCIÓN IRLANDESA

El propio Imperio británico también era vulnerable, y las demandas de la guerra tensaron lazos precarios hasta el punto de ruptura. Antes de la guerra, las viejas tensiones entre católicos irlandeses y el protestante gobierno británico habían llegado a un punto crítico, y la guerra civil se tornó probable. El partido del Sinn Féin («Nosotros mismos») se había creado en 1900 para luchar por la independencia de Irlanda, y el Parlamento aprobó un proyecto de ley para el autogobierno. Pero con el estallido de la guerra en 1914, los intereses nacionales adquirieron prioridad sobre la política interior: la «cuestión irlandesa» quedó aplazada, y doscientos mil irlandeses se alistaron voluntarios al ejército británico. Sin embargo, el problema se encontró y el

domingo de resurrección de 1916 un grupo de nacionalistas se sublevó en Dublín. El plan de los insurgentes para introducir armas alemanas de contrabando fracasó, y abrigaron pocas esperanzas de salir victoriosos. El ejército británico acudió con artillería y ametralladoras; bombardearon zonas de Dublín y aplastaron el alzamiento en una semana.

La revuelta fue un desastre militar, pero un éxito político impresionante. Gran Bretaña conmocionó al pueblo irlandés ejecutando a los líderes rebeldes. Hasta el primer ministro británico, David Lloyd George (1916-1922), consideró que el gobernador militar de Dublín se excedió en su autoridad con las ejecuciones. El martirio de los «rebeldes de pascua» dañó gravemente la relación de Gran Bretaña con sus súbditos irlandeses católicos. Aquellas muertes galvanizaron la causa del nacionalismo irlandés y provocaron la violencia guerrillera que mantuvo Irlanda sumida en el caos durante años. Al final, en 1920 se aprobó otro proyecto de ley para el autogobierno que establecía parlamentos distintos para el sur católico de Irlanda y para el Ulster, los condados del noreste con una mayoría de población protestante. Los líderes de la llamada Dáil Éireann (Asamblea Irlandesa), que había proclamado una República irlandesa en 1918 y, por tanto, había quedado ilegalizada por Gran Bretaña, rechazaron el proyecto de ley pero aceptaron un tratado que les garantizó la condición de dominio para la Irlanda católica en 1921. El dominio fue seguido casi de inmediato por la guerra civil entre quienes acataban el tratado y quienes pretendían absorber el Ulster, pero el conflicto acabó transformado en un compromiso incómodo. Se fundó el estado libre de Irlanda, y la soberanía británica experimentó una abolición parcial en 1937. La condición plena de república llegó, con cierta presión por parte de Estados Unidos y la indiferencia exhausta de Gran Bretaña, en 1945.

El frente interior

Cuando comenzó la guerra de desgaste en 1915, los gobiernos beligerantes no estaban preparados para las presiones de una guerra prolongada. El coste de la guerra (tanto monetario como humano) era asombroso. En 1914, la guerra le costó a Alemania 36 millones de marcos al día (cinco veces más que la guerra de 1870), y en 1918 los gastos se habían disparado hasta los 146 millones. Gran Bretaña había calculado que necesitaría cien mil soldados, pero acabó movilizándolo a tres millones. La ingente tarea de alimentar, vestir y equipar al ejército se convirtió en un reto semejante al de penetrar las líneas enemigas; cada vez se solicitó (o exigió) más colaboración de la población civil en esos cometidos. Burócratas e industriales encabezaron el esfuerzo de movilizar el «frente interior» y para ello concentraron

todos los sectores de la sociedad en el objetivo único de la victoria militar. La expresión «guerra total» se introdujo para describir esta intensa movilización de la sociedad. Los propagandistas del gobierno insistían en que los civiles eran tan importantes para la empresa bélica como los soldados y, en muchos aspectos, lo eran. Como trabajadores, contribuyentes y consumidores, los civiles actuaron como partes vitales de la economía de la guerra. Fabricaban municiones, compraban bonos de guerra y cargaban con el peso de las subidas de impuestos, la inflación y las privaciones materiales.

Las demandas de la guerra industrial condujeron en primer lugar a una transición de la industria manufacturera general a la producción de municiones, y después al aumento del control estatal sobre todos los aspectos relacionados con la producción y la distribución. Los gobiernos de Gran Bretaña y Francia consiguieron dirigir la economía desde la política sin que ello supusiera un detrimento serio del nivel de vida en sus países. Alemania, entretanto, puso su economía en manos del ejército y la industria; con el Plan Hindenburg, que debe su nombre a Paul von Hindenburg (1916-1919), jefe de la dotación imperial del ejército alemán, los precios y los márgenes de beneficio los fijaban industriales particulares.

Debido en gran medida al desplome de la economía alemana inmediatamente después de la guerra, los historiadores han calificado la economía alemana durante el tiempo que duró el conflicto armado como un sistema caótico y, a la larga, desastroso regido por el interés personal. Pero estudios recientes sugieren que no fue así: los sistemas alemanes para financiar la guerra y la distribución de mercancías, aunque con defectos, no fueron mucho peores que los de Gran Bretaña o Francia.

LAS MUJERES EN LA GUERRA

Como los hombres adultos de Europa abandonaron las granjas y fábricas para hacerse soldados, la composición de la mano de obra cambió: miles de mujeres fueron reclutadas para trabajar en los sectores que antes las habían excluido. Jóvenes, extranjeros y trabajadores sin especialización se vieron presionados asimismo para desempeñar tareas de importancia creciente; en el caso de los trabajadores coloniales, su experiencia tuvo también repercusiones cruciales. Pero como las mujeres fueron más visibles, ellas se convirtieron en el símbolo de las numerosas alteraciones que conllevó la Gran Guerra. En Alemania, un tercio de la mano de obra en la industria pesada era femenina al finalizar la guerra, y en Francia, 684.000 mujeres trabajaron en exclusiva en la industria de la munición. En Inglaterra, el número de las llamadas *munitionettes* ascendió a casi un millón. Las mujeres también accedieron al sector administrativo y de servicios. En las localidades pequeñas de Francia, Inglaterra y

Alemania, las mujeres fueron alcaldesas, directoras de colegios y carteras. Cientos de miles de mujeres trabajaron junto al ejército como enfermeras y conductoras de ambulancias, ocupaciones que las situaron muy cerca de las líneas del frente. Con unas provisiones mínimas y en condiciones miserables, trabajaron para salvar vidas o recomponer cuerpos.

En algunos casos, la guerra les brindó oportunidades nuevas. Las mujeres de clase media afirmaban a menudo que la guerra quebrantó las restricciones que pesaban sobre su vida; las que practicaron la enfermería aprendieron a conducir y adquirieron conocimientos médicos rudimentarios. En su lugar de residencia podían montar en tren, caminar por la calle o salir a cenar sin necesidad de que las acompañara una mujer más mayor. En lo que respecta a las funciones de cada género, a veces el mundo en guerra parecía distar un abismo de la sociedad victoriana del siglo XIX. En una de las autobiografías más conocidas del período de guerra, *Testamento de juventud* de Vera Brittain (1896-1970), la autora reunió las espectaculares normas sociales que ella y otras forjaron durante los rápidos cambios del período bélico. «Como generación de mujeres alcanzamos una sofisticación que rayaba en lo revolucionario al compararla con la ignorancia romántica de 1914. Cuando antes hablábamos de “cierta condición” o “cierta profesión” con educadas evasivas, ahora usábamos sin rubor los términos *embarazo* y *prostitución*». Sin embargo, por cada Vera Brittain que celebraba los cambios, periodistas, novelistas y otros observadores refunfuñaban que ahora las mujeres fumaban, se negaban a usar los corsés que conferían a los vestidos Victorianos aquella forma de reloj de arena, o se cortaban el pelo con las melenas cortas que estaban de moda. La «nueva mujer» se convirtió en símbolo de una transformación cultural profunda y desconcertante.

¿Cuánto durarían esos cambios? Tras la guerra, los gobiernos y patronos se apresuraron a mandar a casa a las mujeres trabajadoras, en parte para dar empleo a los veteranos y en parte también para acabar con las quejas masculinas de que las mujeres les hacían la competencia con sueldos más bajos. Los esfuerzos para desmovilizar a las mujeres tropezaron con auténticas barreras. Muchas mujeres eran la fuente de ingresos de la familia (viudas, con parientes a su cargo o para afrontar la inflación y el aumento vertiginoso de los precios) y necesitaban su sueldo más que nunca. Además, fue difícil convencer a las mujeres trabajadoras habituadas ya a los salarios bastante más elevados de la industria pesada para que regresaran a sus sectores laborales tradicionales, tan mal pagados: la industria textil y de confección, o el servicio doméstico. En otras palabras, la desmovilización de las mujeres después de la guerra creó tantos dilemas como su movilización previa. Los gobiernos aprobaron políticas de natalidad para animar a las mujeres a marcharse a casa, casarse y, lo más importante, tener hijos. Estas políticas otorgaron ventajas por maternidad (tiempo libre, atención médica y algunas subvenciones para la gente pobre) a

disposición de las mujeres desde el primer momento. Sin embargo, los índices de natalidad habían descendido en Europa a comienzos del siglo xx, y la tendencia se mantuvo así después de la guerra. La guerra trajo como consecuencia una disponibilidad cada vez mayor de métodos anticonceptivos (Marie Stopes [1880-1958] abrió una clínica de planificación familiar en Londres en 1921), cuyo empleo por parte de hombres y mujeres se volvió más probable debido a la confluencia de apuros económicos, la adquisición de conocimientos y la demanda de libertad. El sufragio universal, el derecho a votar para todos los hombres y mujeres adultos, y sobre todo el de las mujeres, se habían contado entre las cuestiones más controvertidas de la política europea antes de la guerra. Al final de la contienda, se convirtieron en una exigencia legislativa imperiosa. Gran Bretaña fue la primera en destacarse al garantizar el voto a todos los hombres y mujeres mayores de treinta años en 1918 con el Acta de Representación del Pueblo; Estados Unidos concedió el voto a las mujeres con la Decimonovena Enmienda al año siguiente. La nueva república alemana y la Unión Soviética también se sumaron a estas iniciativas. Francia tardó mucho más en ofrecer el sufragio a las mujeres (1945), pero concedió recompensas e incentivos por el esfuerzo nacional.

MOVILIZACIÓN DE RECURSOS

Además de movilizar el frente laboral, los gobiernos en guerra tuvieron que movilizar hombres y dinero. Todos los países beligerantes tenían leyes de reclutamiento obligatorio antes de la guerra, salvo Gran Bretaña. El servicio militar se consideraba una obligación, no una opción. Gracias al amplio apoyo público que recibió la guerra, este convencimiento animó a millones de jóvenes europeos a acudir a las oficinas de reclutamiento en 1914. Los franceses empezaron la guerra con unos cuatro millones y medio de soldados instruidos, pero a finales de 1914 (sólo cuatro meses después de que comenzara) habían muerto trescientos mil, y seiscientos mil estaban heridos. El reclutamiento de ciudadanos y el agrupamiento de tropas coloniales cobraron una importancia cada vez mayor. Al final, Francia llamó a filas a ocho millones de ciudadanos: casi dos tercios de la población francesa con edades comprendidas entre 18 y 40 años. En 1916, los británicos impusieron al fin el alistamiento obligatorio, con lo que asestaron un duro golpe a la moral civil; en verano de 1918, la mitad de su ejército tenía menos de diecinueve años.

La propaganda gubernamental, además de formar parte de un esfuerzo mayor por mantener la moral tanto de los soldados como de la población civil, fue importante también para el esfuerzo de reclutamiento. Desde el principio, la guerra se le había vendido a la gente de ambos bandos en conflicto como una cruzada moral y justa. En

1914, el primer ministro francés Raymond Poincaré (1913-1920) aseguró a sus conciudadanos que Francia no tenía otro propósito más que salvaguardar «ante el universo la Libertad, la Justicia y la Razón». Los alemanes se encontraron ante la tarea de defender la superioridad de su *Kultur* contra la malvada política de involucramiento de las naciones aliadas: «¡Dios castigue a Inglaterra!» se convirtió prácticamente en un saludo en 1914. Hacia la mitad de la guerra se lanzaron campañas masivas de propaganda. Películas, carteles, postales, periódicos, todas las vías de comunicación proclamaron el valor de la causa, la maldad del enemigo y la necesidad absoluta de lograr una victoria plena. Resulta difícil determinar el éxito de aquellas campañas, pero es evidente que, cuando menos, ejercieron un efecto pernicioso: complicaron aún más que alguna nación aceptara un acuerdo de paz imparcial, carente de sanciones.

La financiación de la guerra supuso otro gran obstáculo. El presupuesto militar rondaba entre el 3 y el 5 por ciento del gasto público en los países combatientes antes de 1914, pero durante la guerra se disparó a alrededor de la mitad de los presupuestos de cada nación. Los gobiernos tuvieron que recurrir a préstamos o a imprimir más dinero. Las naciones aliadas contrajeron grandes deudas con los británicos, quienes a su vez se empeñaron aún más con Estados Unidos. El dinero estadounidense circuló por el Atlántico mucho antes de que Estados Unidos entrara en el conflicto armado. Y aunque la ayuda económica procedente de Estados Unidos fue un factor decisivo para la victoria de los aliados, dejó a Gran Bretaña con una deuda de 4.200 millones de dólares, de forma que el potencial financiero del Reino Unido quedó cojo después de la guerra. La coyuntura fue mucho peor en Alemania, la cual se enfrentó a un bloqueo total tanto económico como de mercancías. Para paliar esta situación difícil a falta de una fuente exterior de ingresos, el gobierno alemán recurrió en gran medida al aumento de la provisión monetaria. La cantidad de papel moneda en circulación aumentó más de un 1.000 por cien durante la guerra, lo que desencadenó un aumento espectacular de la inflación. Durante la guerra, los precios subieron en Alemania alrededor del 400 por cien, el doble de la inflación en Gran Bretaña y Francia. Para la gente de clase media que vivía de pensiones o ingresos fijos, la subida de precios supuso caer en la miseria.

LAS PRESIONES DE LA GUERRA, 1917

Las exigencias de guerra total aumentaron a medida que el conflicto se adentró en 1917. En las líneas del frente, la moral cayó cuando los soldados hastiados de la guerra empezaron a captar la futilidad de las estrategias de sus oficiales. Tras el fracaso de la ofensiva Nivelle, el ejército francés registró motines en dos tercios de

sus divisiones; una resistencia similar surgió en casi todos los ejércitos importantes en 1917. Los mandos militares representaron a los amotinados como parte de un peligroso movimiento pacifista, pero en su mayoría eran apolíticos. En palabras de un soldado: «Lo único que queríamos era llamar la atención del gobierno, hacerle ver que somos hombres, y no bestias que van al matadero». La resistencia dentro del ejército alemán nunca fue organizada o generalizada, pero existió de formas más sutiles. La autolesión salvó a algunos soldados del horror de las trincheras; muchos más se libraron por diversos desórdenes emocionales. Entre las tropas alemanas se declararon más de seiscientos mil casos de «neurosis bélicas», un signo no ya de desobediencia intencionada, sino de los severos traumas físicos y psicológicos que causaron los motines.

El tributo de la guerra también creció para la población civil, la cual sufrió a menudo las mismas privaciones de productos básicos que aquejaron a los hombres del frente. Entre 1916y 1917, la falta de vestidos, alimentos y combustibles se vio agravada en Europa central por una temperie especialmente fría y húmeda. Estas penurias aumentaron el descontento en el frente interior. Aunque los gobiernos intentaron solucionar el problema mediante controles más estrictos de la economía, sus políticas exacerbaron con frecuencia la hostilidad de la población civil. «La población ha perdido toda la confianza en las promesas de las autoridades — comunicaba un oficial alemán en 1917—, sobre todo a la vista de promesas precedentes relacionadas con la administración de la comida.»

En las zonas urbanas, donde la desnutrición era mayor, la gente hacía cola durante horas para conseguir raciones de comida y combustible que apenas cubrían las necesidades más básicas. El precio del pan y las patatas (que seguían siendo básicos en la dieta de la clase obrera) se disparó. Los precios eran más elevados aún en el floreciente mercado negro que surgió en las ciudades. Los consumidores expresaron el temor de que los especuladores estuvieran acaparando provisiones para generar escasez de manera artificial, vendiendo alimentos deteriorados y aprovechándose de la miseria de los demás. Criticaron la «imprudente desatención» de las familias por parte del gobierno. Pero los gobiernos estaban concentrados en el esfuerzo bélico y enfrentados a arduas decisiones sobre quién necesitaba más las provisiones, si los soldados en el frente, los trabajadores de la industria de munición, o las famélicas y heladas familias.

Como otras naciones, Alemania pasó de pedir comedimiento a los ciudadanos («quienes se atiborran hasta la saciedad, quienes tropiezan con la panza por todos lados traicionan a la patria») a ejercer un control directo mediante la emisión de cartillas de racionamiento en 1915. Gran Bretaña fue la última en imponer el control y sólo racionó el pan en 1917 cuando los submarinos alemanes hundían un promedio de 630.000 toneladas al mes y dejaron las reservas alimenticias británicas al nivel de

la hambruna durante dos semanas. Pero las raciones sólo indicaban lo que estaba permitido, no las existencias disponibles. El hambre continuó a pesar del control burocrático generalizado. Los gobiernos no sólo pautaron los alimentos, sino también las horas de trabajo y los sueldos, y los trabajadores descontentos dirigieron sus iras contra el estado, lo que añadió una dimensión política a las disputas laborales y las necesidades domésticas. Las colas para el pan, formadas en su mayoría por mujeres, sirvieron como puntos detonantes de disensión política, violencia menor y hasta disturbios a gran escala. Asimismo, los conflictos de clase que aquejaban Europa antes de la guerra habían quedado acallados brevemente por el estallido de la guerra y la movilización en líneas patrióticas pero, cuando la guerra se estancó, las tensiones políticas reaparecieron con una intensidad renovada. Miles de huelgas estallaron en toda Europa y reunieron a millones de trabajadores insatisfechos. En abril de 1917, trescientos mil obreros de Berlín se pusieron en huelga para protestar por los recortes en los racionamientos. En mayo, una huelga de costureras parisinas provocó un paro laboral generalizado que afectó incluso a oficinistas y el sector de la munición. Los constructores navales y trabajadores del acero de Glasgow también se declararon en huelga, y el gobierno británico respondió con el envío de blindados a la «Roja Glasgow». El estancamiento había dado paso a una crisis en ambos bandos. Las exigencias de la guerra total y los levantamientos sociales resultantes amenazaron los regímenes políticos de toda Europa. Los gobiernos se vieron en situaciones límite. La Revolución rusa, que deparó el derrocamiento del zar y la emergencia del bolchevismo, no fue más que la respuesta más drástica a unos problemas sociales generalizados.

La Revolución rusa

El primer país que cedió ante la presión de la guerra total fue la Rusia zarista. El estallido de la guerra unió de manera provisional la sociedad rusa contra un enemigo común, pero el esfuerzo militar de Rusia se agrió en seguida. Todos los niveles de la sociedad rusa se desilusionaron con el zar Nicolás II por su incapacidad para ejercer un liderazgo y, a pesar de ello, su negativa a abrir el gobierno a quienes estaban capacitados para ello. Los esfuerzos políticos y sociales de la guerra conllevaron dos revoluciones en 1917. La primera, en febrero, derrocó al zar e instauró un gobierno provisional. La segunda, en octubre, fue una revolución comunista que marcó la creación de la Unión Soviética.

Como otros participantes en la Primera Guerra Mundial, Rusia entró en la guerra con la idea de que acabaría pronto. La Rusia autocrática, plagada de dificultades internas antes de 1914 (véase el capítulo 25), no soportó las tensiones políticas de una guerra prolongada. En todos los países en liza el triunfo dependía de la capacidad de sus dirigentes no ya para mandar, sino también para mantener la cooperación social y política. La autoridad política del zar Nicolás II había titubeado durante muchos años, mermada por sus actuaciones impopulares tras la revolución de octubre de 1905 y sus esfuerzos por debilitar el poder político mínimo que de mala gana había garantizado a la дума, el parlamento ruso. La corrupción en la corte desacreditó aún más la imagen del zar. Lo mejor que alcanzaban a decir de él sus defensores era que tenía una recta moral y estaba entregado a su familia. Una vez que estalló la guerra, el zar insistió en dirigir personalmente las tropas rusas, para lo cual dejó el gobierno en manos de su corte, sobre todo, las de su esposa Alejandra y su excéntrico consejero espiritual y curandero, Gregori Rasputín (1872?-1916). Rasputín se granjeó las simpatías de la zarina al sanar a su hijo hemofílico, y él utilizó su influencia para conspiraciones corruptas y de engrandecimiento personal. Su presencia sólo contribuyó a la imagen de una corte enfangada en la decadencia e incompetente para afrontar el mundo moderno.

En 1914, los rusos avanzaron contra los austriacos en dirección a Galitzia, en el sur, pero durante 1915 Rusia sufrió derrotas terribles. Toda Polonia y una parte considerable de los territorios bálticos cayeron ante los alemanes a costa de un millón de víctimas rusas. Aunque el ejército ruso era el más grande de Europa, estaba mal entrenado y, al comienzo de la guerra, poco provisto y mal equipado. Durante las primeras batallas de 1914 los generales enviaron a los soldados al frente sin fusiles o zapatos con la orden de que rebuscaran provisiones entre los camaradas caídos. En 1915, para sorpresa de muchos, Rusia producía suficientes alimentos, vestidos y municiones, pero los problemas políticos bloqueaban las tareas de abastecimiento. El gobierno zarista desconfió de las iniciativas públicas e intentó dirigir por sí mismo todas las labores de suministro. Los oficiales zaristas insistieron en tomar decisiones cruciales sobre la asignación de las provisiones sin consultar. Otra gran ofensiva llevada a cabo en el verano de 1916 infundió esperanzas de victoria, pero se trocó en una retirada humillante. Desmoralizados y mal provistos, los campesinos de los ejércitos rusos, instruidos a la carrera, perdieron con rapidez las ganas de luchar. Cuando recibieron noticias de que el gobierno estaba requisando grano en las zonas rurales para alimentar las ciudades, los campesinos empezaron a desertar en masa para regresar a sus granjas y custodiar los bienes de sus familias. A finales de 1916, una mezcla de ineptitudes políticas y fracasos militares condujeron al estado ruso al borde del desplome.

Los mismos problemas que aquejaron al esfuerzo bélico ruso también invalidaron

la capacidad del zar para acallar el descontento y la resistencia interior. A medida que la guerra se alargaba, el gobierno se fue enfrentando no sólo a la oposición liberal en el seno de la duma, la resistencia de los soldados a luchar o un movimiento laboral cada vez más militante, sino también a una población urbana contestataria. Los habitantes de las ciudades se impacientaron ante la inflación y la escasez de alimentos y combustible. En febrero de 1917 aquellas fuerzas se reunieron en Petrogrado (actual San Petersburgo). La revuelta comenzó el Día Internacional de la Mujer, el 23 de febrero, gran ocasión para celebrar una marcha poco organizada de mujeres (trabajadoras, madres, esposas y consumidoras) para pedir comida, combustible y reformas políticas. Aquella concentración fue la última de una serie de manifestaciones y huelgas que habían recorrido todo el país durante los meses de invierno. Esta vez, en pocos días el malestar fue en aumento hasta convertirse en una huelga general de trescientas mil personas. Nicolás II envió la policía y las fuerzas militares a aplastar el desorden. El amotinamiento en Petrogrado de casi sesenta mil tropas para unirse a la revuelta esfumó la escasa autoridad que le quedaba al zar. Nicolás II abdicó del trono el 2 de marzo. La brusca decisión puso fin de repente a la lucha de un siglo contra la autocracia rusa.

Tras el derrumbe de la monarquía, surgieron dos núcleos paralelos de poder. Cada uno contaba con objetivos y políticas propios. El primero fue el gobierno provisional, organizado por los líderes de la duma y compuesto en su mayoría por liberales de clase media. El nuevo gobierno aspiraba a instaurar un sistema democrático sometido a un mandato constitucional. Su cometido primordial consistía en organizar unas elecciones nacionales para crear una asamblea constituyente, y también actuó para garantizar y proteger las libertades civiles, liberar a presos políticos y devolver el poder a los funcionarios locales. El otro núcleo de poder recayó en los *sóviets*, término ruso para designar consejos locales elegidos por obreros y soldados. Desde 1905, los socialistas habían permanecido activos en la organización de estos consejos que, según afirmaban, eran los verdaderos representantes democráticos del pueblo. Un soviets organizado durante la revolución de 1905 y dirigido por el conocidísimo socialista León Trotski reapareció en febrero de 1917 y reclamó para sí el poder político legítimo en Rusia. Los soviets, cada vez con más peso, presionaron para conseguir reformas sociales, la redistribución de la tierra y una solución negociada con Alemania y Austria. Pero el gobierno provisional se negó a aceptar la derrota militar. La continuación del esfuerzo bélico le impidió la reforma interior y le costó un apoyo popular muy valioso. El mantenimiento de la guerra durante 1917 resultó tan desastroso como antes y, esta vez, el gobierno provisional pagó el precio. En otoño se desmandaron las deserciones en el ejército, la gestión del país se volvió casi imposible, y la política rusa se tambaleó al borde del caos.

Los bolcheviques, un sector del movimiento socialdemócrata ruso, tuvieron poco que ver con los acontecimientos de febrero de 1917. Sin embargo, en el transcurso de los siete meses siguientes, consiguieron el peso suficiente como para derrocar el gobierno provisional. La cadena de eventos que condujeron a la revolución de octubre sorprendió en extremo a los observadores de entonces, incluidos los propios bolcheviques. El marxismo había sido bastante débil en la Rusia de finales del siglo XIX, aunque logró pequeñas pero raudas incursiones durante las décadas de 1880 y 1890. En 1903, las distintas estrategias revolucionarias y los pasos posibles para llegar al socialismo dividieron la cúpula de los socialdemócratas rusos. Un grupo, que consiguió una mayoría transitoria (y decidió llamar a sus seguidores bolcheviques, o «miembros de la mayoría»), abogaba por un partido centralizado de revolucionarios activos. Éstos creían que sólo la revolución conduciría directamente a un régimen socialista. Los mencheviques («miembros de la minoría») aspiraban, como la mayoría de los socialistas europeos, a una transición gradual hacia el socialismo que apoyara la revolución liberal o «burguesa» a corto plazo. Como los campesinos conformaban entre el 80 y el 85 por ciento de la población, los mencheviques consideraban además prematura una revolución del proletariado y que Rusia necesitaba completar antes su desarrollo capitalista. Los mencheviques recuperaron el control del partido, pero el ala escindida de los bolcheviques perduró al mando del joven y consagrado revolucionario Vladímir Ilich Uliánov, quien adoptó el seudónimo de Lenin.

Lenin pertenecía a la clase media; su padre había sido inspector de educación y funcionario político menor. El propio Lenin había sido expulsado de la universidad por dedicarse a la actividad radical después de que su hermano mayor fuera ejecutado por participar en una trama para asesinar al zar Alejandro III. Lenin pasó tres años como preso político en Siberia. Tras ellos, desde 1900 hasta 1917, vivió y escribió desde el exilio en Europa occidental.

Lenin creía que el desarrollo del capitalismo ruso posibilitaba la revolución socialista. Para llevar a cabo la revolución, afirmaba, los bolcheviques debían organizarse en nombre de la nueva clase de obreros industriales. Sin el liderazgo disciplinado del partido, los obreros de las fábricas rusas no lograrían un cambio de las dimensiones necesarias. Los bolcheviques de Lenin se mantuvieron como minoría entre los socialdemócratas hasta bien entrado el año 1917, y los obreros industriales, como una parte reducida de la población. Pero la dedicación de los bolcheviques al singular cometido de la revolución, así como su organización estricta, casi conspiradora, les dio ventajas tácticas frente a los partidos más amplios y menos organizados de la oposición. Los bolcheviques fundieron una tradición muy rusa de

fervor revolucionario con el marxismo occidental y añadieron a la mezcla la sensación de que sus objetivos se alcanzarían de inmediato. Lenin y sus seguidores crearon un partido capaz de aprovechar el momento histórico en que el zar desapareció del mapa.

A lo largo de 1917, los bolcheviques reclamaron sin cesar el fin de la guerra, la mejora de las condiciones de vida y laborales de los trabajadores, y la redistribución de las tierras de la aristocracia para el campesinado. El descontento popular con el gobierno provisional se disparó tras las nefastas ofensivas militares contra los alemanes. El gobierno provisional intentó reclutar a un mando militar conservador, el general Lavr Kornilov, para imponer el orden en Petrogrado por la fuerza militar. Mientras el gobierno provisional luchaba para mantener unido el esfuerzo bélico ruso, Lenin guió a los bolcheviques por una senda más temeraria aún que rechazaba cualquier colaboración con el gobierno «burgués» y condenaba sus políticas de guerra imperialista. Hasta la mayoría de los bolcheviques consideró demasiado radicales las propuestas de Lenin. Pero, a medida que las condiciones se fueron deteriorando en Rusia, sus firmes exigencias de «paz, tierra y pan ya» y «todo el poder para los soviets» brindaron a los bolcheviques el apoyo de los obreros, soldados y campesinos. Para la mayoría de la gente de a pie, los otros partidos no podían gobernar, ganar la guerra ni conseguir una paz honrosa. Mientras el desempleo fue en aumento, y el hambre y el caos reinaban en las ciudades, el poder y la credibilidad de los bolcheviques crecieron con rapidez.

En octubre de 1917, Lenin convenció a su partido para actuar. Instó a Trotski, más conocido entre los trabajadores, a organizar un ataque bolchevique contra el gobierno provisional entre el 24 y 25 de octubre de 1917. El 25 de octubre, Lenin salió de su escondite para anunciar en una reunión de sorprendidos representantes de los soviets que «todo el poder ha pasado a los soviets». El jefe del gobierno provisional huyó en busca de apoyo en las líneas del frente, y los bolcheviques tomaron el Palacio de Invierno, sede del gobierno provisional. La etapa inicial de la revolución fue rápida y apenas vertió sangre. De hecho, muchos contemporáneos creyeron haber asistido únicamente a un golpe de estado que no tardaría en fracasar. La vida en Petrogrado prosiguió con normalidad.

Los bolcheviques aprovecharon la ocasión para consolidar su posición con rapidez. En primer lugar, arremetieron contra cualquier competencia política, empezando por los soviets. Expulsaron de inmediato a los partidos disconformes con sus actuaciones, y crearon un gobierno nuevo en los soviets formado íntegramente por bolcheviques. Trotski, despreciando a los socialistas moderados que se marcharon para protestar contra lo que consideraron una toma ilegal del poder, se mofó: «No sois más que un puñado de insolventes miserables; vuestro papel ha terminado, y debéis volver a donde os corresponde: al montón de basura de la historia». Los

bolcheviques cumplieron hasta el final la promesa del gobierno provisional de elegir una asamblea constituyente. Pero al no obtener la mayoría en las elecciones, se negaron a permitir que la asamblea volviera a reunirse. A partir de ese punto, los bolcheviques de Lenin dirigieron la Rusia socialista y la Unión Soviética posterior como una dictadura de partido único.

En el campo, el nuevo régimen bolchevique hizo poco más que ratificar una revolución que llevaba en marcha desde el verano de 1917. Cuando los soldados campesinos del frente se enteraron de que se había producido la revolución, marcharon a casa en oleadas para tomar posesión de la tierra que habían labrado durante generaciones y consideraban suya por derecho legítimo. El gobierno provisional había creado comisiones para tratar de forma metódica las cuestiones legales relacionadas con la redistribución de la tierra, un proceso que amenazaba con volverse tan complejo como la emancipación de los siervos en 1861. Los bolcheviques se limitaron a aprobar la redistribución espontánea de las tierras nobiliarias a los campesinos sin compensación alguna para los antiguos dueños. Nacionalizaron los bancos y cedieron a los obreros el control de las fábricas.

Pero lo más importante fue que el nuevo gobierno aspiraba a sacar a Rusia de la guerra. Al final, negoció un tratado independiente con Alemania que se firmó en Brest-Litovsk en marzo de 1918. Los bolcheviques entregaron vastas extensiones de territorio ruso: la rica región agrícola de Ucrania, Georgia, Finlandia, los territorios polacos rusos, los estados del Báltico, etcétera. A pesar de la humillación, el tratado puso fin al papel de Rusia en la contienda y salvó al recién estrenado régimen comunista de una derrota militar casi segura ante los alemanes. El tratado enojó a los enemigos políticos de Lenin, tanto a los moderados como a los reaccionarios, quienes seguían siendo una fuerza que debía tomarse en cuenta y preparada para librar una guerra civil antes que aceptar la revolución. La retirada de la guerra de Europa sólo sirvió para sumir el país en un conflicto civil encarnizado (véase el capítulo 25).

La autocracia rusa había contenido la oposición durante buena parte de un siglo entero. Tras una larga pugna, el régimen, debilitado por la guerra, se había desmoronado sin oponer gran resistencia. A mediados de 1917, Rusia no padecía una crisis de gobierno, sino más bien una ausencia de gobierno. En junio, durante el Primer Congreso de Sóviets de toda Rusia, un menchevique destacado proclamó: «En el momento presente, no hay ningún partido político en Rusia que diga: entregadnos el poder, dimitid, y ocuparemos vuestro lugar. En Rusia no existe tal partido». «¡Sí que existe!», vociferó Lenin desde el público. En realidad, a los bolcheviques les resultó sencillo tomar el poder, pero la construcción de un estado nuevo se reveló muchísimo más difícil.

John Reed, periodista estadounidense que cubrió la Revolución rusa, calificó los acontecimientos de octubre como «diez días que sacudieron el mundo». ¿Quién notó

la sacudida? En primer lugar, los aliados, porque la revolución permitió a los alemanes ganar la guerra en el Frente Oriental. En segundo lugar, los gobiernos conservadores, que tras la guerra temieron que una oleada revolucionaria se llevara otros regímenes. En tercer lugar, las expectativas de muchos socialistas, sobresaltados al comprobar que un régimen socialista consiguió y mantuvo el poder en un lugar que muchos consideraban un país atrasado. A largo plazo, 1917 supuso para el siglo XX lo que la Revolución francesa para el siglo XIX. Fue una transformación política, estableció las pautas para luchas revolucionarias futuras y sentó las bases de la ideología de derechas y de izquierdas del siglo siguiente.

El camino hacia la derrota alemana, 1918

La retirada de Rusia asestó un golpe estratégico y psicológico inmediato a los aliados. Alemania pudo calmar el descontento interno proclamándose victoriosa en el Frente Oriental, lo que le permitió concentrar ahora todo el ejército en el oeste. Los aliados temieron que Alemania ganara la guerra antes de que Estados Unidos, que entró en el conflicto en abril de 1917, deparara algún cambio. Casi sucedió así. Alemania logró resultados sorprendentes cuando se apartó de la estrategia ofensiva e infiltró grupos reducidos bajo un mando flexible. El 21 de marzo, Alemania acometió un gran asalto por el oeste y se abrió camino entre las filas aliadas. Los británicos fueron los que salieron peor parados. Algunas unidades, rodeadas, lucharon hasta la muerte con bayonetas y granadas, pero la mayoría reconoció su mala situación y se rindió, lo que dejó decenas de miles de prisioneros en manos alemanas. Los británicos se batieron en retirada de todas partes y su comandante, sir Douglas Haig, dio una orden célebre advirtiendo que las tropas británicas «luchan ahora entre la espada y la pared». Los alemanes avanzaron hasta situarse a ochenta kilómetros de París a primeros de abril. Pero los británicos, y sobre todo las tropas imperiales extranjeras, hicieron exactamente lo que les ordenaron y detuvieron el avance. Cuando las fuerzas alemanas giraron hacia el sureste, los franceses, que se habían negado a participar en los imprudentes ataques «fuera de las trincheras», mostraron un coraje tenaz en la defensiva, donde los frenó el calor, el fango y las víctimas. Ése fue el último gran intento del organizado ejército alemán; agotado, aguardó entonces a que los aliados lanzaran su ataque.

Cuando llegó en julio y agosto, el contraataque aliado resultó devastador y en seguida cobró impulso. Las técnicas ofensivas nuevas se habían materializado al fin. Los aliados emplearon mejor los carros de combate y el «fuego de barrera móvil», de forma que una pared rodante de proyectiles iba seguida de cerca por la infantería para destruir el objetivo. Por otra ironía de la guerra, los iniciadores de aquellas tácticas

novedosas fueron los conservadores británicos, quienes lanzaron un contraataque aplastante en julio con los supervivientes de los ejércitos del Somme y refuerzos formados por tropas de Australia, Canadá y la India. Los franceses recurrieron a las tropas estadounidenses, cada vez más numerosas, y sus generales atacaron a los alemanes con la misma indiferencia desgarradora ante las bajas que habían manifestado en 1914. A pesar de la falta de experiencia, las tropas estadounidenses actuaron con tenacidad y resistencia. Al combinarlas con fuerzas francesas y australianas más experimentadas, abrieron grandes huecos en las líneas alemanas y cruzaron a las «provincias perdidas» de Alsacia y Lorena en octubre. A comienzos de noviembre, la decisiva ofensiva británica se unió al pequeño ejército belga y presionó en dirección a Bruselas.

Los aliados aplicaron al fin su ventaja material a los alemanes, quienes sufrieron en extremo en la primavera de 1918. Esto no se debió tan sólo a la eficacia continuada del bloqueo aliado, sino también al creciente conflicto interno en relación con los objetivos de la guerra. En las líneas del frente, los soldados alemanes estaban exhaustos. Dejándose llevar por la consternación de sus generales, las tropas se desmoralizaron y muchas se rindieron. Enfrentado a un golpe tras otro, el ejército alemán se vio empujado hacia el interior de Bélgica. El descontento popular aumentó, y el gobierno, en su mayoría en manos de militares, no parecía capaz ni de ganar la guerra ni de satisfacer las necesidades básicas internas.

El conjunto de los aliados de Alemania también se fue desmoronando. A finales de septiembre, las Potencias Centrales estaban abocadas a la derrota. En Oriente Medio, el ejército de Allenby, formado por una combinación de guerrilleros beduinos, cipayos indios, escoceses de las tierras altas y la caballería ligera australiana, infligió una derrota decisiva a las fuerzas otomanas en Siria e Irak. En los Balcanes, el competente comandante francés en el campo de batalla, Louis Franchet d'Esperey (1914-1921), reorganizó por completo el esfuerzo bélico aliado. Transformó la expedición aliada enviada a Grecia y, con ayuda de políticos simpatizantes griegos, contribuyó a que el país entrara en la contienda. Los resultados fueron notables. En septiembre, una ofensiva de tres semanas por parte de fuerzas griegas y aliadas expulsó a Bulgaria de la guerra. El ejército de Franchet d'Esperey, que incluía numerosos exiliados serbios, insistió hasta derrotar a las fuerzas austriacas y una serie de divisiones alemanas exhaustas. Austria-Hungría se enfrentó al desastre por todos los flancos, y se derrumbó tanto en Italia como en los Balcanes. Los representantes checos y polacos del gobierno austriaco empezaron a presionar para conseguir el autogobierno. Los políticos croatas y serbios propusieron un «reino de eslavos meridionales» (que pronto se conocería como Yugoslavia). Cuando Hungría se sumó al coro independentista, el emperador, Carlos I, asumió la realidad y pidió la paz. El imperio que había iniciado el conflicto se rindió el 3 de noviembre de

1918 y se desintegró poco después.

Alemania se quedó entonces ante el cometido imposible de continuar sola en la lucha. En el otoño de 1918, el país estaba hambriento y al borde de la guerra civil. Las fuerzas alemanas en Bélgica repelieron el ataque británico cerca de Bruselas, pero seguían retirándose ante los ataques franceses y estadounidenses por el sur. El plan para que la flota alemana de superficie atacara la armada conjunta de Gran Bretaña y Estados Unidos sólo conllevó el amotinamiento de los marinos alemanes a comienzos de noviembre. Las sacudidas revolucionarias se convirtieron en terremoto. El 8 de noviembre se proclamó una república en Baviera, y al día siguiente casi toda Alemania estaba inmersa en la vorágine revolucionaria. La abdicación del káiser se anunció en Berlín el 9 de noviembre; huyó a Holanda a primera hora de la mañana siguiente. El control del gobierno alemán recayó sobre un consejo provisional encabezado por Friedrich Ebert (1912-1923), el dirigente socialista del Reichstag. Ebert y compañía iniciaron de inmediato los pasos para negociar un armisticio. Los alemanes no tuvieron más opción que aceptar los términos de los aliados, de modo que, a las cinco en punto de la mañana del 11 de noviembre de 1918, dos delegados alemanes se reunieron con el mando militar aliado en el bosque de Compiègne y firmaron el fin oficial de la guerra. Seis horas después se dio la orden de «alto el fuego» en todo el Frente Occidental. Aquella noche miles de personas bailaron por las calles de Londres, París y Roma, sumidas en un delirio distinto al de los últimos cuatro años, el estallido jubiloso de desahogo de un pueblo exhausto.

ESTADOS UNIDOS COMO POTENCIA MUNDIAL

El último momento crítico de la guerra estuvo representado por el ingreso de Estados Unidos en el conflicto en abril de 1917. Aunque este país ya había dado apoyo financiero a los aliados a lo largo de todo el conflicto, es indudable que su intervención oficial resultó decisiva. Estados Unidos creó una burocracia de guerra rápida y eficaz que instauró el reclutamiento obligatorio en mayo de 1917. Se registraron diez millones de hombres y, al año siguiente, trescientos mil soldados embarcaban cada mes rumbo al conflicto. Grandes cantidades de alimentos y suministros cruzaron asimismo el Atlántico, bajo la protección armada de la marina estadounidense. Este sistema de convoyes neutralizó con eficacia la amenaza que representaban los submarinos alemanes para los buques mercantes aliados: el número de barcos hundidos descendió del 25 al 4 por ciento. Aunque la intervención de Estados Unidos no aportó resultados decisivos inmediatos, supuso un estímulo raudo y colosal para la moral británica y francesa, al tiempo que asestó un duro golpe a la alemana.

La causa directa de la entrada de Estados Unidos en la guerra estribó en los submarinos alemanes. Alemania había confiado en que la guerra submarina sin restricciones anularía las líneas de comunicación británicas y le daría la victoria. Pero al atacar buques neutrales y civiles estadounidenses, Alemania sólo provocó a un adversario al que no podía afrontar. Alemania sospechaba con acierto que los británicos recibían material bélico clandestino a través de los barcos de pasajeros estadounidenses, y el 1 de febrero de 1917, los ministros del káiser comunicaron que hundirían cualquier barco a la vista sin aviso previo. La indignación de la opinión pública estadounidense aumentó aún más cuando se interceptó un telegrama del ministro alemán de asuntos exteriores, Arthur Zimmerman (1916-1917), en el que se afirmaba que Alemania apoyaría un intento mexicano por tomar territorios de Estados Unidos si este país entraba en el conflicto. Estados Unidos interrumpió relaciones diplomáticas con Berlín y, el 6 de abril, el presidente Woodrow Wilson (1913-1921) solicitó y obtuvo una declaración de guerra en el Congreso.

Wilson juró que su país lucharía para «lograr un mundo seguro para la democracia», para desterrar la autocracia y el militarismo, y para crear una confederación o sociedad de naciones que sustituyera las viejas maniobras diplomáticas. El interés primordial de Estados Unidos radicaba en el mantenimiento del equilibrio de poder internacional. Durante años, los diplomáticos y mandos militares estadounidenses creyeron que la seguridad del país dependía del equilibrio de fuerzas en Europa. Mientras Gran Bretaña lograra impedir que alguna nación consiguiera la supremacía en el continente, Estados Unidos permanecería seguro. Pero ahora Alemania amenazaba no sólo a la armada británica (que había llegado a entenderse como el escudo protector de la seguridad estadounidense), sino también el equilibrio de poder internacional. La intervención de Estados Unidos contuvo esa amenaza en 1918, pero aún quedaba por delante la tarea monumental de instaurar la paz.

LOS ACUERDOS DE PAZ

El establecimiento de la paz fue un proceso sutil que se complicó por las aspiraciones e intereses discrepantes de las naciones vencedoras. Las negociaciones se llevaron a cabo en París entre 1919 y 1920. En total se firmaron cinco tratados independientes, uno con cada una de las naciones perdedoras: Alemania, Austria, Hungría, Turquía y Bulgaria. (El acuerdo con Alemania se denominó el Tratado de Versalles, porque fue en esa localidad donde se firmó). La conferencia de paz reunió a representantes de muchos países, incluidos algunos menores recién constituidos y otros incluso no europeos. Pero tanto la conferencia como los tratados estuvieron controlados casi en

su totalidad por los llamados Cuatro Grandes: el presidente de EEUU, Woodrow Wilson (1913-1921); el primer ministro británico, David Lloyd George (1916-1922); el primer ministro francés, Georges Clemenceau (1917-1920), y el primer ministro italiano Vittorio Orlando (1917-1919).

El proceso de paz comenzó con cierto espíritu idealista expresado en Catorce Puntos promovidos por Wilson, los cuales defendió como esenciales para una paz permanente. Basándose en el principio de «convenios abiertos de paz alcanzados abiertamente», el plan de Wilson reclamó el fin de la diplomacia secreta, libertad de navegación, eliminación de aranceles internacionales y reducción de armamentos nacionales «al mínimo necesario para la seguridad». También pidió la «autodeterminación de los pueblos» y la creación de una Sociedad de Naciones para dirimir conflictos internacionales. Aviones aliados habían lanzado miles de copias de los Catorce Puntos sobre las trincheras y las líneas alemanas con la intención de persuadir tanto a los soldados como a los civiles de que las naciones aliadas estaban realizando un esfuerzo por conseguir una paz justa y duradera.

Sin embargo, las negociaciones siguieron otros dictados. Durante la guerra, la propaganda aliada convenció a los soldados y civiles de que su aportación al esfuerzo bélico hallaría recompensa mediante pagos satisfechos por el enemigo; la guerra total exigió una victoria total. Durante la campaña para las elecciones británicas de 1918 Lloyd George había utilizado la consigna «¡El káiser a la horca!». En dos ocasiones a lo largo de su dilatada vida, Clemenceau había visto Francia invadida y en peligro de desaparecer. Cuando cambiaron las tornas, pensó que los franceses debían aprovechar la oportunidad de someter Alemania a un control estricto. La devastación de la guerra y la ficción de que Alemania podría pagar por ella, imposibilitó el acuerdo. El tratado con Alemania manifestó estas ansias de castigo.

El Tratado de Versalles impuso a Alemania la entrega de las «provincias perdidas» de Alsacia y Lorena a Francia, y la cesión de territorios septentrionales a Dinamarca y una buena parte de Prusia al nuevo estado de Polonia. El tratado dio a Francia las minas de carbón alemanas de la cuenca del Sarre por un período de quince años, transcurridos los cuales el gobierno alemán tenía permiso para volver a comprarlos. La provincia alemana de Prusia Oriental se escindió del resto del territorio. El puerto de Danzig, con una población alemana mayoritaria, quedó sometido al control administrativo de la Sociedad de Naciones y a la hegemonía económica de Polonia. Además, se desarmó a Alemania y se le prohibió la construcción de una fuerza aérea, mientras que la marina quedó reducida a una fuerza simbólica acorde con un ejército reducido a unos efectivos de cien mil voluntarios. Como protección para Francia y Bélgica, todos los soldados y fortificaciones alemanes debían retirarse del valle del Rin.

La parte más importante del Tratado de Versalles, y la más reñida con el plan

original de Wilson, la constituyó la disposición de la «responsabilidad de la guerra» del artículo 231. Versalles declaró a Alemania y sus aliados responsables de las pérdidas y daños sufridos por los gobiernos aliados y sus ciudadanos «como consecuencia de la guerra que les vino impuesta por la agresión de Alemania y sus aliados». Alemania sería obligada a pagar unas reparaciones onerosas. El importe exacto debía decidirlo una Comisión de Reparaciones que fijó la cantidad total en 33 mil millones de dólares en 1921. Los alemanes se resintieron hondamente de tan severas exigencias, pero desde fuera de Alemania también hubo voces que advirtieron del riesgo que entrañaban aquellas sanciones reparadoras. En *Las consecuencias económicas de la paz*, el célebre economista británico John Maynard Keynes (1883-1946) afirmó que las reparaciones condenarían la tarea más importante de Europa: la reparación de la economía mundial.

Los tratados firmados por el resto de las Potencias Centrales se basaron en parte en los intereses estratégicos aliados, pero también en el principio de autodeterminación nacional. La experiencia de los años previos a la guerra convenció a los dirigentes políticos de que las fronteras nacionales debían trazarse de acuerdo con la tradición étnica, lingüística e histórica de los pueblos que iban a contener. Esta idea se sumó al idealismo de Wilson en relación con la representación libre e igualitaria, y le pareció sensata a la mayoría de las facciones de Versalles. Pero resultó más difícil de cumplir en la práctica. Las fronteras nacionales no se rigieron por divisiones étnicas; se crearon de acuerdo con los dictados políticos del momento. La frustración de las expectativas de los nacionalistas de Europa oriental y central, unida a otros factores, plantearía grandes retos a la estabilidad europea durante la década de 1930.

Los tratados también reflejaron las aspiraciones europeas de consolidar, o incluso expandir, sus imperios extranjeros. El acuerdo con Turquía marcó el fin del Imperio otomano, pero también brindó a los líderes aliados la oportunidad de disputarse el botín del estado recién desmantelado. Lo que no creó, en cambio, fueron los reinos realmente independientes a los que habían aspirado los dirigentes beduinos durante la guerra. Acompañados por su defensor T. E. Lawrence, los emires acudieron a la conferencia de Versalles para oír cómo se limitaba su independencia. Fragmentos escogidos del territorio se dividieron en «mandatos» sujetos a Gran Bretaña y Francia. Lawrence sufrió una amarga desilusión. Los emires más pragmáticos empezaron a sacar provecho de los nuevos acuerdos coloniales a través del enfrentamiento entre Gran Bretaña y Francia. Los pueblos de las colonias aliadas ya existentes fueron menos afortunados. Ho Chi Minh, joven indochino que cursaba estudios en una universidad de París, fue uno de los numerosos activistas coloniales que acudieron a la conferencia para protestar por las condiciones imperantes en las colonias, y para reclamar que los derechos de las naciones se extendieran a sus países

de origen. Delegaciones bien organizadas de África Occidental francesa y el Partido del Congreso indio, partidarias de obtener la condición de dominio en recompensa por los millones de cipayos que habían luchado por el Imperio Británico durante la guerra, también recibieron una negativa. Aunque las potencias europeas hablaron de reformar la gestión colonial, hicieron poco. Muchos nacionalistas de las colonias que habían defendido un cambio moderado y legislativo, decidieron entonces que la lucha activa sería la única respuesta a las injusticias del colonialismo.

El fin del Imperio otomano supuso, además, otras dos consecuencias: la creación del estado moderno turco y una reestructuración del mandato colonial británico y francés. Cuando se tomaron los territorios otomanos, Grecia decidió incautarse algunos por la fuerza. El empeño funcionó en un principio, pero los turcos contraatacaron, expulsaron las fuerzas griegas en 1923, y crearon el estado moderno de Turquía bajo la carismática jefatura del general Mustafá Kemal Atatürk (1923-1938). Los territorios otomanos sometidos al control francés y británico formaron parte del «sistema de mandatos» coloniales que legitimó el dominio de Europa sobre territorios en Oriente Medio, África y el Pacífico. Oficialmente, esos territorios quedaron bajo la supervisión de la Sociedad de Naciones y se dividieron en grupos de acuerdo con su situación y nivel de desarrollo.

Cada uno de los cinco acuerdos de paz llevó incorporado el Pacto de la Sociedad de Naciones, un organismo concebido como árbitro de la paz mundial pero que nunca alcanzó los idealistas objetivos de sus fundadores. La Sociedad se vio perjudicada desde un principio por una serie de cambios en su diseño original. La estipulación de la reducción armamentística se atenuó, y la capacidad de la Sociedad para reforzarla fue casi nula. Japón no participaría a menos que lo autorizaran a quedarse con las viejas concesiones alemanas en China. Francia exigió que tanto Alemania como Rusia quedaran excluidas de la Sociedad, lo que contradecía los propósitos de Wilson, pero ya había quedado legitimado durante la Conferencia de Paz de París, durante la cual no se permitió que las Potencias Centrales derrotadas ni la Rusia Soviética se sentaran a la mesa. La Sociedad recibió un golpe que la debilitó aún más cuando el Congreso estadounidense apeló a la vieja preferencia nacional del aislamiento para negarse a aprobar que Estados Unidos perteneciera a la Sociedad. Renqueante desde el principio, el organismo internacional apenas estuvo capacitado para evitar conflictos. De hecho, los fallos de la Sociedad de Naciones surgieron de (y reflejaron) los grandes problemas del juego de poder surgidos después de la guerra.

Conclusión

Europa libró la Primera Guerra Mundial desde todos los frentes posibles: militar, político, social y económico. Por consiguiente, los efectos de la guerra trascendieron con creces los devastados paisajes del Frente Occidental. Las estadísticas sólo alcanzan a dar una ligera idea sobre las pérdidas colosales de vidas humanas: de los 70 millones de hombres movilizados, casi nueve millones murieron durante el conflicto. Rusia, Alemania, Francia y Hungría registraron el mayor número de víctimas mortales, pero los países pequeños del sureste de Europa alcanzaron los porcentajes más altos de soldados muertos. Casi el 40 por ciento de los soldados serbios falleció en combate. Si se añaden las muertes por la miseria y las enfermedades que conllevó la guerra, Serbia perdió el 15 por ciento de su población. En comparación, Gran Bretaña, Francia y Alemania sólo perdieron entre el 2 y el 3 por ciento de la población. Pero las estadísticas resultan mucho más reveladoras si nos centramos en los hombres jóvenes de la generación de la guerra. Alemania perdió un tercio de los hombres con edades comprendidas entre diecinueve y veintidós años en 1914. Francia y Gran Bretaña sufrieron pérdidas similares, de forma que la mortalidad entre los hombres jóvenes superó entre ocho y diez veces las tasas normales. Fue la «generación perdida».

La guerra sembró las semillas del descontento político y social en todo el orbe. Las relaciones entre Rusia y Europa occidental se tornaron más tensas y recelosas. Los aliados habían intentado derrocar a los bolcheviques durante la guerra y los excluyeron de las negociaciones posteriores a ella; estas actuaciones instilaron en los soviéticos una desconfianza en Occidente que se mantuvo durante generaciones. Las naciones aliadas temieron que Rusia acabara dominando los estados nuevos del este de Europa y tendiera un «puente rojo» en medio del continente. Por otra parte, las demandas contrapuestas del colonialismo y el nacionalismo sólo soportaron un equilibrio provisional, mientras que la recomposición del mapa dejó minorías étnicas y lingüísticas en todos los países. Los ardores del descontento fueron más virulentos en Alemania, donde el Tratado de Versalles se tachó de escandalosamente injusto. Casi todos los gobiernos convinieron en que a la larga habría que revisarlo. Ni la guerra ni la paz acabaron con las rivalidades que condujeron a la Primera Guerra Mundial.

La guerra también tuvo unas consecuencias económicas intensas y duraderas. Acosada por la inflación, las deudas y la difícil tarea de la reconstrucción industrial, Europa se vio desplazada del centro de la economía mundial. La guerra había acelerado la descentralización del dinero y los mercados. Muchos países asiáticos, africanos y sudamericanos obtuvieron beneficios económicos cuando sus países se volvieron menos dependientes de Europa, y eso les permitió aprovechar mejor la necesidad que tenía el viejo continente de sus recursos naturales. Estados Unidos y Japón cosecharon las mayores ganancias y pasaron a encabezar la nueva economía

mundial.

En el aspecto social, el legado más poderoso de la guerra fueron la muerte y la desfiguración de millones de personas. Su mayor herencia cultural, el desencanto. Toda una generación de hombres se había sacrificado sin ningún fin aparente. Los soldados supervivientes (muchos de ellos con lesiones permanentes, tanto físicas como psicológicas) se sintieron horrorizados de haber participado en una masacre tan inútil, indignados por el ávido abandono de principios por parte de los políticos de Versalles. Durante la posguerra, buena parte de la juventud receló de los «viejos» que habían arrastrado el mundo a la guerra. Estos sentimientos de pérdida y alienación se expresaron en el popularísimo género de la «literatura de posguerra», memorias y obras de ficción que rememoraron la experiencia de los soldados en las líneas del frente. El escritor y ex combatiente alemán Erich Maria Remarque captó el desencanto de toda una generación en su novela *Sin novedad en el frente*: «Durante años enteros, nuestra ocupación ha sido matar; ha sido el primer oficio de nuestra vida. Nuestro conocimiento de la vida se reduce a la muerte. ¿Qué puede, pues, suceder después de esto? ¿Qué podrán hacer de nosotros?»^[4].

Ése fue el problema principal que tuvo que afrontar la Europa de posguerra. El novelista alemán Thomas Mann reconocía que 1918 conllevó «el fin de una época, la revolución, y los albores de una era nueva», y que él y sus contemporáneos alemanes «vivían en un mundo nuevo y desconocido». El esfuerzo por definir ese mundo nuevo se centraría cada vez más en la competencia entre ideologías rivales (democracia, comunismo y fascismo) por el futuro de Europa. Las autocracias orientales habían caído con la guerra, pero la democracia liberal también estaba a punto de declinar. Mientras el militarismo y el nacionalismo se mantuvieron con fuerza, las demandas de grandes reformas sociales cobraron intensidad durante la depresión económica mundial. Poblaciones enteras se habían movilizado durante el conflicto bélico y seguirían haciéndolo tras él (participantes activos en la era de la política de masas). Europa ingresaba ahora en dos décadas turbulentas de negación y reinención de sus instituciones políticas y sociales. Tal como lo describió Tomáš Masaryk, primer presidente de la recién creada Checoslovaquia, la Europa de posguerra fue «un laboratorio sobre un cementerio».

Bibliografía seleccionada

BRUNET, Jean Paul, y Michel LAUNAY, *De una guerra a otra, 1914-1945*, Madrid, Akal, 1991.

FERGUSON, Niall, *La guerra del mundo: los conflictos del siglo xx y el declive de Occidente (1904-1953)*, Barcelona, Debate, 2007.

FERRO, Marc, *La Gran Guerra (1914-1918)*, Madrid, Alianza, 1998.

FIGES, Orlando, *Interpretar la Revolución rusa: el lenguaje y los símbolos de 1917*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2001.

—, *La Revolución rusa: la tragedia de un pueblo*, Barcelona, Edhasa, 2001.

FITZPATRICK, Sheila, *La Revolución rusa*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005.

FUSSELL, Paul, *La Gran Guerra y la memoria moderna*, Madrid, Turner, 2006.

- GILBERT, Martin, *Atlas Akal de la Primera Guerra Mundial: la historia completa*, Madrid, Akal, 2003.
- , *La Primera Guerra Mundial*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2004.
- HAFFNER, Sebastian, *Los siete pecados capitales del Imperio alemán en la Primera Guerra Mundial*, Barcelona, Destino, 2006.
- HILL, Christopher, *La Revolución rusa*, Barcelona, Ariel, 1990.
- HOWARD, Michael, *La Primera Guerra Mundial*, Barcelona, Crítica, 2003.
- MAZOWER, Mark, *Los Balcanes*, Barcelona, Mondadori, 2001.
- , *La Europa negra: desde la Gran Guerra hasta la caída del comunismo*, Barcelona, Ediciones B, 2001.
- NEIBERG, Michael, *La Gran Guerra: una historia global (1914-1918)*, Barcelona, Paidós, 2006.
- RENOUVIN, Pierre, *La crisis europea y la Primera Guerra Mundial*, Madrid, Akal, 1989.
- STRACHAN, Hew, *La Primera Guerra Mundial*, Barcelona, Crítica, 2004.
- WINTER, J. M., *La Primera Guerra Mundial*, Madrid, Aguilar, 1992.

CAPÍTULO 25

La confusión de entreguerras

La Gran Guerra tumbó cuatro imperios y dejó tras de sí nueve millones de muertos. La muerte atravesó fronteras, ideologías, clases y generaciones; afectó a antiguas mansiones, ciudades industriales, pueblos y granjas de toda Europa y sus dominios en el exterior. Destruyó vidas y futuros, tambaleó valores apreciados y pilares de estabilidad, y produjo inquietantes revelaciones de brutalidad. La aceptación de las pérdidas incalculables de la guerra deparó gran variedad de reacciones, desde esfuerzos tenaces por recuperar la «normalidad» anterior a la guerra hasta la experimentación cultural, el repudio del pasado o la fragmentación de viejos regímenes y disposiciones políticos. Desde el punto de vista de finales de la década de 1930, la novedad más impresionante del período de entreguerras fue que la democracia casi llegó a desaparecer. En aquella época quedaban pocas democracias occidentales. Y hasta en ellas, entre las que destacaban la de Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos, los regímenes sufrieron un desgaste por las mismas presiones y tensiones que en otros países hundieron la democracia por completo.

Las razones del deterioro de la democracia variaron de acuerdo con circunstancias nacionales particulares. Sin embargo, cabría identificar algunas causas generales. La más importante radicó en una serie de alteraciones continuadas en la economía mundial, las cuales se debieron a su vez a trastornos causados por la Primera Guerra Mundial y los acuerdos de reparación de daños de Versalles, y, más tarde, por la Gran Depresión de 1929-1933. Otra causa de la crisis de la democracia estribó en el aumento del conflicto social. En todo Occidente, las tensiones de la guerra ensancharon las eternas divisiones sociales, y las decepciones de la posguerra generaron una polarización severa. Mucha gente abrigó la esperanza de que la paz conllevara cambios. Tras los sacrificios de los años de guerra, gran parte de la ciudadanía obtuvo en recompensa el derecho a votar. Sin embargo, no estaba nada claro que su voto contara, o que las élites tradicionales que dominaban la economía y parecían sostener las riendas de la política, hubieran perdido un ápice de poder. Grandes sectores del electorado se sintieron cada vez más atraídos por los partidos políticos, muchos de ellos extremistas, que prometían defender sus intereses. Por último, el nacionalismo, aguzado por la guerra, supuso una fuente clave de descontento tras ella. En Italia y Alemania, el sentimiento nacionalista frustrado se

volvió en contra de los gobiernos. En países nuevos como Checoslovaquia, y en el este y el sur de Europa, los roces entre minorías nacionales plantearon problemas enormes a los regímenes democráticos más bien frágiles que las gobernaban.

El caso más espectacular de decadencia de la democracia llegó con el auge de nuevas dictaduras autoritarias, sobre todo en la Unión Soviética, Italia y Alemania. Como se verá, las experiencias de estos tres países presentan diferencias significativas como resultado de las diversas circunstancias y personalidades históricas. Pero en todos los casos, muchos ciudadanos se dejaron convencer de que sólo medidas drásticas conseguirían poner orden a partir del caos. Esas medidas, que incluyeron la eliminación del gobierno parlamentario, restricciones estrictas de la libertad política y una represión cada vez más virulenta de los «enemigos» del estado, se aplicaron con una mezcla de violencia, intimidación y propaganda. El hecho de que tantos ciudadanos se mostraran dispuestos a sacrificar sus libertades fue un síntoma de su alienación, impaciencia o desesperación.

La Unión Soviética bajo el mandato de Lenin y Stalin

LA GUERRA CIVIL RUSA

La toma de poder bolchevique en octubre de 1917 no fue más que el comienzo de los eventos revolucionarios en Rusia. Tras firmar la paz por separado con Alemania en marzo de 1918, los bolcheviques, dirigidos por Lenin, actuaron para consolidar su poder político en el seno de la nación (véase el capítulo 24). Pero la incautación del poder por parte de los bolcheviques y la retirada de la guerra polarizaron la sociedad rusa y prendieron una guerra civil que resultó mucho más costosa que el conflicto con Alemania. El tratado de paz reactivó a los enemigos de los bolcheviques, en especial a los que se asociaron con el expulsado régimen zarista, quienes empezaron a atacar al nuevo gobierno desde la periferia del antiguo imperio. Los adversarios de los bolcheviques, conocidos por el nombre colectivo de los «blancos», conformaban un grupo variado unido con poca consistencia para lograr el objetivo común de apartar a los «rojos» del poder. Su fuerza militar provenía sobre todo de los defensores del viejo régimen, incluidos mandos militares zaristas, monárquicos reaccionarios, la antigua nobleza y desafectos partidarios liberales de la monarquía. Los blancos se sumaron a grupos tan diversos como los defensores liberales del gobierno provisional, mencheviques, revolucionarios sociales y bandas de campesinos anarquistas, conocidos como «verdes», que se oponían a cualquier poder estatal central. Los bolcheviques también se enfrentaron a insurrecciones por parte de intensos movimientos nacionalistas en algunas zonas del antiguo imperio ruso, entre

ellas Ucrania, Georgia y las regiones al norte del Cáucaso. Por último, diversas potencias extranjeras, como Estados Unidos, Gran Bretaña y Japón, emprendieron intervenciones menores pero amenazadoras en la periferia del antiguo imperio. El apoyo exterior de los blancos demostró entrañar un peligro insignificante para los bolcheviques, pero sirvió como instrumento de propaganda; los bolcheviques afirmaron que los blancos intentaban ayudar a potencias extranjeras a invadir Rusia. Las intervenciones también consolidaron la desconfianza bolchevique en las potencias del mundo capitalista puesto que, según el marxismo, era natural que se opusieran a la existencia del primer estado «socialista» del mundo.

Al final, los bolcheviques ganaron la guerra civil porque consiguieron más apoyos (o al menos una aceptación tácita) en la mayoría de la población, y porque estaban mejor organizados para afrontar la propia guerra. Los bolcheviques se movilizaron con rapidez para luchar, pasando por alto muchos de sus principios radicales sobre igualitarismo y autonomía política, para favorecer férreas estructuras burocráticas y militares. León Trotski, el héroe revolucionario de 1905 y 1917, se convirtió en el nuevo comisario de guerra, y creó un engranaje militar disciplinado que fue en aumento hasta reunir unos cinco millones de hombres en 1920. El Ejército Rojo de Trotski venció a los ejércitos blancos a finales de 1920, aunque la lucha continuó hasta 1922. Los bolcheviques también invadieron Polonia, y casi llegaron hasta Varsovia antes de ser arrollados.

Al finalizar el conflicto, el país había sufrido alrededor de un millón de bajas en combate, varios millones de muertos de hambre y enfermedades causadas por la guerra y entre cien mil y trescientas mil ejecuciones de civiles como parte del terror rojo y blanco. La barbarie de la guerra engendró odios permanentes dentro de la emergente nación soviética, sobre todo entre las minorías étnicas, y embruteció a la sociedad recién nacida bajo el nuevo régimen bolchevique.

La guerra civil modeló asimismo el enfoque bolchevique de los aspectos económicos del «socialismo». Cuando Lenin tomó el poder en 1917, aspiraba a crear, al menos a corto plazo, un sistema de capitalismo de estado que emulara las prósperas economías europeas durante la guerra. El nuevo gobierno tomó el control de la industria a gran escala, la banca y otros sectores económicos importantes al tiempo que permitió que continuara la actividad económica privada a pequeña escala, incluida la agricultura. La guerra civil empujó al nuevo gobierno hacia una postura económica más radical conocida como «comunismo de guerra». Los bolcheviques empezaron a requisar grano al campesinado, ilegalizaron el comercio privado con los bienes de consumo tachándolo de «especulación», militarizaron las instalaciones de producción y abolieron el dinero. La mayoría de estos cambios se produjeron como respuesta improvisada a un deterioro de las condiciones económicas que escapaba al control del régimen. Pero la idea del comunismo de guerra resultó atractiva a los

bolcheviques radicales. De hecho, muchos creyeron que el comunismo de guerra reemplazaría al sistema capitalista que se había derrumbado en 1917.

Eran esperanzas en gran medida infundadas. Aunque el comunismo de guerra cubrió las necesidades de la guerra civil, trastocó aún más una economía ya devastada por la guerra. La guerra civil asoló la industria rusa y vació las grandes ciudades. La población de Moscú descendió un 50 por ciento entre 1917 y 1920; la de Kiev, un 25 por ciento. Las masas de obreros urbanos, que habían apoyado con firmeza la revolución bolchevique, volvieron a disolverse por las zonas rurales; de los tres millones y medio de trabajadores empleados en las grandes industrias antes de 1917, sólo un millón y medio seguía en el tajo a finales de 1930. Entre 1920 y 1921, la producción industrial había caído a tan sólo el 20 por ciento de su rendimiento antes de la guerra. Los efectos del comunismo de guerra resultaron más devastadores en la agricultura. Por un lado, la guerra civil había resuelto la «cuestión de la tierra» en beneficio del campesinado, el cual tomó y redistribuyó los terrenos nobles de manera espontánea. En 1919, el campesinado poseía casi el 97 por ciento de la tierra distribuida en parcelas pequeñas, por lo común inferiores a ocho hectáreas. Con todo, el sistema agrícola sufrió daños severos debido a la guerra civil, la requisita de grano del comunismo de guerra y la ilegalización de todo el comercio privado con el grano. En 1921 se produjo una hambruna generalizada que se cobró unos cinco millones de vidas.

Cuando acabó la guerra civil, los obreros urbanos y los soldados se impacientaron con el régimen bolchevique, el cual había prometido socialismo y la cesión del control a los trabajadores, pero había practicado algo más parecido a una dictadura militar. A finales de 1920 estallaron huelgas generales y protestas, pero los bolcheviques se movieron con rapidez y eficacia para acallar las «revueltas populares». Con el aplastamiento de los disidentes, el régimen bolchevique que emergió de la guerra civil dejó bien claro que no toleraría enfrentamientos internos.

EL PERÍODO DE LA NPE

Para dar respuesta a esas dificultades políticas y económicas, los bolcheviques abandonaron el comunismo de guerra y, en marzo de 1921, adoptaron un rumbo completamente distinto y conocido como la Nueva Política Económica (NPE). La NPE regresó al capitalismo estatal que se había intentado desarrollar justo después de la revolución. El estado siguió gestionando toda la gran industria y los intereses monetarios (lo que Lenin llamaba las «alturas dominantes» del sistema económico), mientras que a los individuos se les permitía tener propiedad privada, comerciar libremente dentro de unos límites y, lo más importante, explotar sus tierras en

beneficio propio. Los impuestos fijos del campesinado quedaron sustituidos por la requisa de grano; todo lo que excediera de los impuestos estipulados les pertenecía y podían emplearlo como estimaran oportuno. El bolchevique más identificado con la NPE fue Nikolái Bujarin (1888-1938), un teórico marxista joven y brillante que defendía que el mejor método para que los bolcheviques industrializaran la URSS consistía en gravar con impuestos la actividad económica privada del campesinado. A éste se le animaría a «enriquecerse», de modo que sus impuestos podrían mantener la industrialización urbana y la clase obrera. El propio Lenin describió la NPE como «un paso atrás para dar dos pasos adelante».

La NPE tuvo un éxito innegable para la recuperación de la agricultura soviética tras la guerra civil; en 1924, las cosechas agrícolas recuperaron los niveles de producción previos al conflicto. Fue una época próspera para los campesinos, calificada por un historiador como «edad dorada del campesinado ruso». Los campesinos recibieron gran permisividad para hacer lo que quisieran, y respondieron redistribuyendo las tierras de la nobleza entre ellos para nivelar las diferencias económicas entre ricos y pobres; consolidando estructuras sociales tradicionales en el campo (sobre todo la comuna campesina), y produciendo cantidades suficientes de grano para alimentar el país, aunque para ello siguieron utilizando métodos agrícolas muy primitivos. La NPE tuvo menos éxito, en cambio, a la hora de animar a los campesinos a consumir en los mercados para beneficiar a las áreas urbanas. Durante los años veinte, los bolcheviques tuvieron dificultades para producir bienes manufacturados lo bastante baratos como para que el campesinado comerciara con el grano para adquirirlos. Los campesinos se limitaron a abstenerse de participar en el mercado y se guardaron para sí los excedentes de grano, el ganado o sus licores destilados en la clandestinidad. Esto trajo como consecuencia una serie de carencias en el suministro de grano a las ciudades, una situación que instó a muchos bolcheviques a pedir la reimplantación de las radicales prácticas económicas del comunismo de guerra. Sin embargo, el destino de aquellas propuestas radicales estaba ligado al destino del hombre que, en contra de todas las expectativas, acabaría sustituyendo a Lenin como líder de la URSS y convirtiéndose en uno de los dictadores más conocidos de todos los tiempos: Iósiv Stalin.

STALIN Y LA «REVOLUCIÓN DESDE ARRIBA»

El ascenso de Stalin fue veloz e imprevisto. Su éxito político se basó en conflictos internos del partido durante la década de 1920, pero también estuvo muy ligado al abrupto fin del período de la NPE a finales de los años veinte y al inicio de un programa global de modernización social y económica. Esta «revolución desde

arriba», tal como acabó llamándose, fue la transformación social y económica más rápida que haya experimentado cualquier nación de la historia moderna. Sin embargo, se llevó a cabo con un coste de vidas humanas sin precedentes.

Stalin (1879-1953) era un bolchevique oriundo de la nación caucasiana de Georgia; su verdadero nombre era Iósiv Dzhugachvili. Stalin, hijo de un zapatero pobre, inició sus estudios en un seminario ortodoxo para hacerse sacerdote por insistencia de su madre. Rechazando el sacerdocio, participó en la actividad revolucionaria del Cáucaso y pasó muchos años exiliado en Siberia antes de la revolución. Fue un miembro destacado del partido bolchevique antes y durante la Revolución rusa. Pero Stalin no fue una de las figuras centrales durante los inicios del partido bolchevique y, desde luego, no era uno de los favoritos para liderar el partido. El problema de la sucesión de Lenin apareció con el deterioro de su salud a partir de 1922 y su muerte en 1924, pero por entonces ya existía el convencimiento generalizado de que León Trotski, héroe de la guerra civil, era el mejor candidato para ocupar el puesto de Lenin. Sin embargo, otros bolcheviques destacados también aspiraron a asumir el liderazgo.

Aunque Stalin no era un orador brillante, como Trotski, ni un teórico marxista respetado, como Bujarin, sí era un estratega político magistral, y participó en el juego de la política interna del partido casi sin cometer ningún fallo tras la muerte de Lenin. Stalin dejó fuera de juego dentro del partido bolchevique a sus oponentes (muchos de los cuales apoyaban el principio leninista del liderazgo colectivo dentro de las altas esferas del gobierno), los aisló y expulsó uno tras otro. Trotski fue el primero en marcharse de las altas instancias del partido acosado por una coalición de Stalin y otros que, irónicamente, recelaban de que Trotski aspirara a tomar el control del partido. A continuación, Stalin se centró en quienes habían sido sus aliados para echar a cada uno en su momento y culminar con la expulsión de Bujarin del politburó en 1928-1929.

La maniobra de Stalin contra Bujarin no se limitó al terreno político. También fue asociada al deseo de Stalin de desterrar el sistema de la NPE e iniciar una campaña de industrialización total. A finales de la década de 1920, Stalin había empezado a congraciarse con los detractores de la NPE que no confiaban en que la industrialización de la URSS pudiera llevarse a cabo mediante los impuestos de la agricultura practicada por el campesinado modesto. Stalin empezó a presionar para acelerar la industrialización ya en 1927, espoleado por el temor de quedarse atrás frente a Occidente y por la amenaza sensible de otra guerra mundial. Casi todos los líderes bolcheviques de las altas instancias apoyaron el plan de Stalin para aumentar el ritmo de la industrialización. Pero apenas nadie defendió lo que sucedió después: un giro brusco hacia una industrialización y una colectivización de la agricultura impuestas.

En 1927, una mala cosecha provocó otra crisis en el sistema de recolección de cereales. Los bajos precios de los productos agrícolas y los altos precios de los escasos artículos industriales animaron a los campesinos a acaparar el grano, lo que produjo escasez de alimentos en las ciudades y dificultades para la recaudación de impuestos entre el campesinado. A comienzos de 1928, Stalin ordenó a los funcionarios locales de las remotas zonas de los Urales y Siberia que empezaran a requisar grano porque, presuntamente, tenían cosechas abundantes pero iban rezagadas en el pago de impuestos. Esta recuperación del comunismo de guerra no tardó en aplicarse a todo el país. En 1929, los escalafones más altos del partido dieron un giro radical al rumbo impuesto por la NPE, y se embarcaron en la colectivización completa de la agricultura, empezando por las regiones más importantes para la producción de grano. En esas zonas hubo que convencer a los campesinos, incluso por la fuerza, de que abandonaran las tierras privadas de labor. O bien se incorporaban a granjas colectivas, donde se aunaban recursos y se entregaba una parte fija de las cosechas al estado, o ingresaban en granjas estatales, donde recibían un sueldo como trabajadores.

La colectivización

Al principio se pensó que la colectivización sería un proceso gradual, pero a finales de 1929 Stalin acometió una colectivización obligatoria de la agricultura. En pocos meses, el politburó empezó a exigir el uso de la fuerza contra los campesinos que se resistieran a la colectivización, aunque al principio esas órdenes se mantuvieron en secreto. El proceso subsiguiente fue brutal y caótico. Los funcionarios locales del partido y la policía obligaron a los campesinos a abandonar sus tierras privadas, sus aperos de labranza y su ganado, y a incorporarse a granjas colectivas. Los campesinos se resistieron, a menudo con violencia. Entre 1929 y 1933 se produjeron unos mil seiscientos levantamientos generales en la URSS; algunos implicaron a varios miles de personas, y su aplastamiento exigió la intervención del ejército, incluido el uso de artillería. Los campesinos también se resistieron a la colectivización sacrificando el ganado antes de cedérselo a las granjas, lo cual supuso unas pérdidas que obstaculizaron la producción agrícola durante los años siguientes. Consciente de una posible crisis, Stalin tuvo la habilidad de suspender el proceso de forma temporal a comienzos de 1930, pero poco después dio orden de continuar con él de un modo más gradual. En 1935 la colectivización agraria era completa en casi todos los territorios de la URSS.

Para facilitar la colectivización, Stalin acometió asimismo un ataque frontal contra los campesinos denominados *kulaks* (un término despectivo para designar a los campesinos acomodados que significa literalmente «tacaños»). En cambio, la

mayoría de los kulaks no estaba mejor que sus vecinos, y la palabra se convirtió en otra más de las muchas empleadas para nombrar a los campesinos hostiles a la colectivización. Entre 1929 y 1933 hubo alrededor de un millón y medio de campesinos desplazados, despojados de sus propiedades y enviados desde sus tierras de labranza bien a territorios inhóspitos del este y norte soviéticos o a tierras pobres más próximas a sus lugares de origen. Las tierras y posesiones de aquellos desafortunados campesinos se repartieron entre granjas colectivas o, como era habitual, entre los funcionarios locales y campesinos que participaron en el proceso de liquidación. La «liquidación de los kulaks como clase» magnificó los efectos perjudiciales de la colectivización agrícola, y ambas cosas juntas generaron una de las hambrunas más devastadoras de la historia europea moderna. Los campesinos obligados a integrarse en granjas colectivas tuvieron pocos incentivos para producir excedentes alimentarios, y no es de extrañar que el exilio de gran parte de los campesinos más productivos debilitara el sistema agrícola. Entre 1932 y 1933, el hambre se extendió por la zona meridional de la Unión Soviética, la región agrícola más productiva del país, de ahí que el hambre que se padeció allí careciera especialmente de sentido. El hambre de 1933 costó entre tres y cinco millones de vidas. Durante la hambruna, los bolcheviques conservaron sustanciales reservas de cereales en otras partes del país, suficientes para salvar, como mínimo, muchos cientos de miles de vidas, pero se negaron a enviar aquel grano a las zonas afectadas porque prefirieron aislar las regiones aquejadas por el hambre y dejar que la gente muriera de inanición. Las reservas de grano se vendieron en el extranjero a cambio de divisas fuertes y se almacenaron para usarlas en caso de guerra. Después de 1935 nunca volvió a producirse ninguna resistencia generalizada al poder soviético en el campo. Pero la resistencia había obligado al estado a ceder pequeñas parcelas privadas de tierra a familias campesinas; aquellos terrenos llegaron a aportar hasta el 50 por ciento de la producción agrícola nacional a partir de una fracción minúscula de la tierra.

LOS PLANES QUINQUENALES

Según Stalin, la colectivización procuró los recursos para el otro gran aspecto de su «revolución desde arriba»: una campaña veloz de industrialización forzosa. El organigrama de este proceso de industrialización lo constituyó el primer plan quinquenal (1928-1932), una serie de objetivos ambiciosos proyectados por Stalin y su séquito en 1927, y que siguieron revisando al alza. El plan exigía esfuerzos de industrialización verdaderamente hercúleos, y sus resultados se situaban en uno de los períodos más asombrosos de crecimiento económico observados jamás en el mundo

moderno. El rendimiento industrial de la URSS creció un 50 por ciento en cinco años; la tasa de crecimiento anual durante el primer plan quinquenal se situó entre el 15 y el 22 por ciento. Este crecimiento impresionó aún más en el contexto de la depresión económica que sacudía los cimientos de las economías occidentales a finales de los años veinte y comienzos de la década de 1930. Los bolcheviques construyeron industrias completamente nuevas en ciudades completamente nuevas. La localidad de Magnitogorsk, por ejemplo, emergió de una estepa estéril y deshabitada en 1929 y se convirtió en una ciudad siderúrgica de unos 250.000 habitantes en 1932; al menos en cuanto a magnitud, rivalizó con todo lo construido por Occidente. El impulso de la industrialización transformó el paisaje del país tanto como la población. Ciudades como Moscú y Leningrado doblaron sus dimensiones a comienzos de la década de 1930 mientras que por toda la URSS surgieron ciudades nuevas. En 1926, sólo la quinta parte de la población vivía en zonas urbanas. Quince años después, en 1939, esa cifra casi ascendía a un tercio. La población urbana había aumentado de 26 a 56 millones en menos de quince años. La URSS iba bien encaminada a transformarse en una sociedad urbana, industrial.

Esta industrialización veloz se logró, sin embargo, con un coste humano enorme. Muchos proyectos de gran magnitud se realizaron con el trabajo de presos, sobre todo en el sector maderero y minero. El organismo de campos de trabajos forzados, conocido como *gulag*, se convirtió en parte central del sistema económico estalinista. La gente era arrestada y enviada a estos campos de trabajo por una variedad abrumadora de cargos que iban desde infracciones insignificantes hasta ponerse en contacto con extranjeros, o la mala fortuna de haber nacido en el seno de una familia burguesa o kulak. El sistema de campos de trabajo se extendió por toda la URSS en la década de 1930: al final de la década había unos 3,6 millones de personas encarceladas por el régimen. Este ejército de prisioneros se utilizó para ejecutar las labores de industrialización más arduas y peligrosas, como la construcción del canal Moscú-mar Blanco. Para ahorrar costes, el canal que conectó Moscú con los puertos marítimos del norte se construyó sin usar ninguna maquinaria. Se cavó literalmente a mano, ya que la fuerza humana se usó para propulsarlo todo, desde cintas transportadoras hasta martinetes. Decenas de miles de individuos perdieron la vida durante su materialización. Este proyecto, uno de los predilectos de Stalin, jamás funcionó en condiciones porque, al carecer del calado suficiente, se helaba en invierno. Fue bombardeado al inicio de la Segunda Guerra Mundial.

El sistema económico creado durante esta «revolución desde arriba» también adoleció de problemas estructurales que afectarían a la URSS durante toda su historia. La economía planificada, cuya producción anual se programaba íntegra y de antemano desde Moscú, nunca funcionó de forma racional. La industria pesada siempre estuvo más favorecida que la industria ligera, y el énfasis en la cantidad casi

convirtió la calidad en un sinsentido. Una fábrica que tuviera asignada la producción de una cantidad determinada de pares de zapatos, por ejemplo, podía abaratar costes si los confeccionaba todos iguales y de la misma talla. El consumidor se encontraba con productos inservibles, pero el productor cumplía el programa. Con el impulso industrializador de Stalin la URSS pasó de ser una nación agraria a convertirse en una potencia industrial mundial en cuestión de unos pocos años pero, a largo plazo, el sistema resultaría un desastre económico.

La revolución de Stalin también deparó cambios culturales y económicos fundamentales. La «revolución desde arriba» alteró la fisonomía de las ciudades soviéticas y las clases trabajadoras que las habitaban. Las localidades nuevas estaban formadas en buena medida por una primera generación de agricultores que trasladaron sus tradiciones rurales a las urbes y, con ellas, cambiaron la frágil cultura urbana que había existido durante los años veinte. También las mujeres se fueron incorporando cada vez más al mercado laboral urbano durante la década de 1930, de manera que pasaron de conformar el 20 por ciento a casi el 40 por ciento de la mano de obra urbana en una sola década, y en 1940 constituían dos tercios de la mano de obra en la industria ligera.

Al mismo tiempo, Stalin promovió un giro claramente conservador en todos los sectores culturales y sociales. En el arte, el modernismo radical de los años veinte quedó aplastado por el realismo socialista, una estética adormecedora que celebraba el giro hacia el socialismo y no dejaba ningún margen a la experimentación. La política familiar y la función de cada género experimentaron un retroceso similar. Los primeros activistas bolcheviques habían apoyado un intento utópico por reconstruir una de las estructuras básicas de la sociedad prerrevolucionaria (la familia) y por crear una estructura social proletaria realmente nueva. En la década de 1920, los bolcheviques legalizaron el divorcio, expulsaron a la Iglesia ortodoxa de las ceremonias matrimoniales y autorizaron el aborto. Stalin abandonó aquellas ideas comunistas sobre la familia y favoreció los esfuerzos para afianzar los lazos familiares tradicionales: el divorcio se tornó más difícil, el aborto se ilegalizó en 1936 salvo en casos de riesgo para la vida de la madre, y la homosexualidad se declaró un delito. Los subsidios y el apoyo estatal a las madres, que por entonces eran progresivos, no lograron cambiar la realidad de que las mujeres soviéticas se vieran cada vez más abocadas a soportar la doble carga de la familia y el trabajo remunerado para sostener la versión estalinista de la sociedad soviética. Todos los ámbitos de la política cultural y social soviéticas experimentaron recesiones similares.

EL GRAN TERROR

El culmen de la represión estalinista llegó con el «Gran Terror» de 1937-1938, el cual dejó casi un millón de muertos y hasta un millón y medio más de personas en campos de trabajos forzados. Cuando Stalin consolidó su dictadura personal sobre el país, eliminó enemigos (reales e imaginarios) junto a individuos y grupos que él consideraba superfluos para la nueva sociedad soviética. Como se ha visto, la represión fue esencial para el sistema estalinista desde comienzos de la década de 1930, pero los años 1937 y 1938 conllevaron un cambio cualitativo y cuantitativo, un torbellino de represión generalizada a una escala sin precedentes.

El terror apuntó hacia varias categorías de «enemigos» internos, desde la cúpula hasta el último escalafón de la sociedad soviética. Las élites políticas pasadas y presentes fueron, quizá, las víctimas más visibles. El nivel más elevado del mismísimo partido bolchevique experimentó una purga casi absoluta; alrededor de cien mil miembros del partido fueron expulsados, la mayoría de ellos mediante sentencias de cárcel o ejecución. Muchos altos cargos del partido, incluido Bujarin, fueron condenados en juicios teatrales escenificados con sumo cuidado, y luego fusilados. La purga también golpeó (con especial atrocidad) a élites que no pertenecían al partido, empresarios industriales e intelectuales. Entre 1937 y 1938, Stalin purgó del ejército a quienes consideraba amenazas potenciales arrestando a unos cuarenta mil oficiales y fusilando al menos a diez mil. Estas purgas trastocaron el gobierno y la economía pero permitieron a Stalin promocionar un cuerpo nuevo y joven de oficiales sin experiencia durante la época prestalinista y cuya carrera, aunque no su vida, estaba en deuda con la persona de Stalin. Grupos étnicos enteros despertaron recelos, como polacos, ucranianos, lituanos, letones, coreanos y otros con supuestos lazos al otro lado de la frontera que, en la mente de Stalin, suponían una amenaza para la seguridad nacional. En las capas «bajas», entre doscientos y trescientos mil campesinos «dekulakizados», delincuentes menores y otros inadaptados sociales fueron arrestados y muchos de ellos fusilados.

El Gran Terror sigue constituyendo uno de los aspectos más desconcertantes de la andadura de Stalin hacia el poder dictatorial. Gracias a una lógica más bien retorcida, el terror consiguió que Stalin consolidara su control sobre todos los aspectos de la vida social y política en la URSS, pero lo hizo destruyendo los elementos más talentosos de la sociedad soviética. El terror fue, en cierta medida, el resultado de la paranoia personal de Stalin, pero también fue un fin apropiado para la «revolución estalinista» que comenzó en 1927-1928 con la conclusión de la NPE.

La revolución de Stalin tuvo unas consecuencias profundas. Ningún otro régimen en la historia de Europa occidental había intentado jamás abordar una reordenación íntegra de la política, la economía y la sociedad de una nación importante. Los soviéticos lo hicieron en tan sólo diez años. Casi la totalidad de la industria y el comercio privados estaba abolida en 1939. Las fábricas, las minas, las vías férreas y

las empresas de servicios públicos pertenecían en exclusiva al estado. Las provisiones pertenecían bien a empresas gubernamentales o bien a cooperativas donde los consumidores tenían acciones. La agricultura se socializó casi por completo. No obstante, no todo fue desastroso durante esta década. Hubo avances, en especial en el terreno de las reformas sociales. El analfabetismo se redujo de casi el 50 por ciento a alrededor de 20 por ciento, y el número de personas con acceso a una educación superior fue en aumento. Las ayudas del gobierno para madres trabajadoras y la hospitalización gratuita mejoraron mucho los niveles de salud pública. Esta década terrible dio paso a una sociedad industrial, más urbana que rural, y más moderna que tradicional. Pero fue una sociedad muy castigada durante el proceso, en el que, en nombre de un poder dictatorial absoluto, se purgó de la sociedad a buena parte de los campesinos más productivos, intelectuales más dotados y élites económicas y sociales más experimentadas. La URSS que emergió de este tumultuoso período apenas conseguiría resistir las tremendas presiones a las que la sometió el azote alemán menos de tres años después del fin del terror.

Surgimiento del fascismo en Italia

Al igual que muchos países europeos, Italia salió de la Primera Guerra Mundial como una democracia en peligro. Italia pertenecía al bando ganador y fue uno de los Cuatro Grandes (junto a Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos) que prepararon los acuerdos de paz tras el conflicto. Pero la guerra había costado a Italia casi setecientas mil vidas y más de 15 mil millones de dólares. Estos sacrificios no fueron mayores que los de Francia o Gran Bretaña, pero resultaban difíciles de asumir por una nación mucho más pobre. Es más, Italia había recibido promesas secretas que se retiraron cuando chocaron con principios de autodeterminación. Las pretensiones italianas en la costa este del Adriático, por ejemplo, fueron muy disputadas y al final negadas por Yugoslavia. Italia recibió la mayoría de los territorios austriacos que reclamó, pero muchos sostuvieron que eran recompensas insuficientes por sus sacrificios. Grupos de militantes nacionalistas tomaron Fiume, una ciudad portuaria a orillas del Adriático, y la retuvieron durante un año antes de que el ejército italiano los disolviera. Al principio, los nacionalistas culpaban de aquella «victoria mutilada» al presidente Wilson, pero, poco tiempo después, arremetieron contra sus propios dirigentes y lo que ellos consideraban las debilidades de las democracias parlamentarias.

Italia arrastraba problemas desde hacía mucho que se agravaron con la guerra. Desde la unificación, la nación italiana había estado escindida por una sima económica nociva, dividida entre un norte industrializado y próspero y un sur agrario

y pobre. El conflicto social en relación con la tierra, los salarios y el poder local causó fricción tanto en las zonas rurales como en los núcleos urbanos. Los gobiernos se percibían a menudo como corruptos, indecisos y derrotistas. Éste fue el contexto de los problemas más acuciantes a los que se enfrentó Italia después de la guerra.

La inflación y el desempleo constituyeron, quizá, los efectos más destructivos de la guerra. La inflación generó precios elevados, especulación y explotación económica. Y aunque los sueldos normales también hubieran subido, el mercado laboral de posguerra se vio desbordado por el regreso de los soldados. Es más, las élites empresariales fueron sacudidas por huelgas, cada vez más extendidas y frecuentes, y por el cierre de mercados extranjeros. El gobierno parlamentario que se estableció después de la guerra no consiguió aliviar estas condiciones terribles, y los italianos reclamaron reformas radicales. Para la clase obrera, eso equivalía a socialismo. En noviembre de aquel año, los socialistas obtuvieron alrededor de un tercio de los escaños del Congreso de los Diputados. El movimiento se volvió cada vez más radical: en 1920, los obreros socialistas y anarquistas tomaron montones de fábricas, la mayoría del sector metalúrgico, e intentaron gestionarlas en beneficio de los propios trabajadores. En el campo, la mayoría de los campesinos tenía pocas tierras, y muchos no poseían ni una, de modo que trabajaban como agricultores rurales a cambio de un salario en fincas grandes. Las demandas de una reforma agraria se volvieron más militantes. En algunas zonas rurales, las llamadas «ligas rojas» intentaron dividir grandes haciendas y obligar a los terratenientes a reducir las rentas. En todas estas acciones, el modelo de la Revolución rusa, del que sólo se tenía una idea vaga, instó al desarrollo de un radicalismo local. Los votantes abandonaron en grandes números los partidos mal organizados de centro y la izquierda moderada y apoyaron a dos grupos más radicales: los socialistas y el Partido Católico del Pueblo (recién creado con la bendición del papa), los cuales atrajeron a la gente corriente, en especial de las zonas rurales. Ninguno de estos partidos pregonó la revolución, pero ambos instaron a acometer amplias reformas sociales y económicas.

El ascenso de la marea radical, sobre todo vista contra el fondo de la revolución bolchevique, preocupó a otros grupos sociales. Industriales y terratenientes temieron por sus propiedades. Los pequeños comerciantes y los oficinistas (sectores sociales que no creían que el movimiento obrero defendiera sus intereses) se vieron enfrentados a las élites empresariales por un lado, y a los radicales aparentemente revolucionarios por otro. La amenaza desde la izquierda provocó un intenso fortalecimiento de la derecha. El fascismo se presentó en forma de grupos vigilantes que desarticulaban huelgas, se enfrentaban a los obreros en las calles o expulsaban a las ligas rojas de las tierras ocupadas en el campo.

«Yo soy el fascismo», dijo Benito Mussolini y, en efecto, el éxito del movimiento fascista italiano dependió en gran medida de su liderazgo. Mussolini (1883-1945) era hijo de un herrero socialista. Su madre era maestra de escuela y él, respetuoso, siguió sus pasos. Pero su inquietud e insatisfacción lo animaron a salir pronto de Italia para continuar estudios en Suiza. Allí dedicó parte del tiempo a sus libros y el resto a escribir artículos para periódicos socialistas. Expulsado del país por promover huelgas, regresó a Italia, donde ejerció como periodista y, con el tiempo, como editor de *Avanti*, el principal diario socialista.

Mussolini no abrazaba ninguna doctrina en particular, y sus ideas se invirtieron en diversos aspectos. Cuando la guerra estalló en agosto de 1914, Mussolini insistió en que Italia debía permanecer neutral. Apenas había adoptado esta postura cuando empezó a reclamar su participación junto al bando aliado. Privado del puesto de editor de *Avanti*, fundó un periódico nuevo, *Il Popolo d'Italia*, en el que dedicó sus columnas a despertar entusiasmo por la guerra, e interpretó como una victoria personal la decisión tomada en la primavera siguiente por el gobierno italiano de intervenir al lado de los aliados.

A comienzos de octubre de 1914, Mussolini había organizado grupos, llamados *fasci*, para conseguir apoyos para la guerra. Los *fasci* estaban formados por jóvenes idealistas, nacionalistas fanáticos. Después de la guerra, estos grupos constituyeron la base del movimiento fascista de Mussolini. (La palabra *fascismo* deriva del término latino *fascis*: un haz de varas que representaba la autoridad del estado romano. El *fascio* italiano significa «haz» o «conjunto»). En 1919, Mussolini esbozó el programa original del partido fascista. Tenía varios elementos sorprendentes, como el sufragio universal (que incluía a las mujeres), la jornada laboral de ocho horas y un impuesto de sucesiones. El nuevo proyecto adoptado en 1920 eliminó todas las referencias a reformas económicas. Ninguno de aquellos programas otorgó grandes éxitos políticos a los fascistas.

Pero lo que les faltó en cuanto a apoyos políticos lo compensaron con una determinación agresiva. Se ganaron el respeto de las clases medias y terratenientes, e intimidaron a muchos otros reprimiendo a la fuerza los movimientos radicales de los obreros industriales y el campesinado. Lanzaron ataques, a menudo físicos, contra los socialistas y consiguieron tomar algunos gobiernos locales. Cuando el régimen nacional se debilitó, la política coercitiva de Mussolini lo convirtió en la solución aparente para la ausencia de liderazgo. En septiembre de 1922, emprendió negociaciones con otros partidos y con el rey para conseguir la participación fascista en el gobierno. El 28 de octubre, un ejército formado por unas cincuenta mil milicias fascistas uniformadas con camisas negras marchó sobre Roma y ocupó la capital. El

primer ministro se resignó y, al día siguiente, el rey, Víctor Manuel III, invitó de mala gana a Mussolini a que formara un consejo de ministros. Sin disparar una sola bala, los Camisas Negras habían tomado el control del gobierno italiano. La explicación de su triunfo debe buscarse no tanto en la fuerza del movimiento fascista en sí, como en los desencuentros italianos después de la guerra y la debilidad de las clases gobernantes previas.

El sistema parlamentario se había desmoronado bajo la presión. Y aunque a Mussolini le habían garantizado «legalmente» su poder, de inmediato empezó a instaurar una dictadura monopartidista. Las doctrinas del fascismo italiano tenían tres componentes. La primera la representaba el estatismo. Se declaró que el estado integraba todos los intereses y toda la lealtad de sus miembros. No había «nada por encima del estado, nada fuera del estado, nada en contra del estado». La segunda la constituía el nacionalismo. La nación era la forma más elevada de sociedad, con vida y alma propias, al margen de las vidas y las almas de los individuos que la componían. La tercera la conformaba el militarismo. Las naciones que no se expanden, a la larga se marchitan y mueren. La guerra ennoblecía al hombre y regeneraba los pueblos aletargados y decadentes.

Mussolini empezó a reconstruir Italia de acuerdo con estos principios. El primer paso consistió en modificar las leyes electorales para que garantizaran a su partido mayorías parlamentarias sólidas, y en intimidar a la oposición. Luego se dedicó a clausurar por completo el gobierno parlamentario y otros partidos. Abolió el sistema del consejo de ministros y retiró casi todos los poderes al parlamento. Convirtió el partido fascista en parte integrante de la constitución italiana. Mussolini asumió el doble cargo de primer ministro y líder del partido (*duce*) y se valió de las milicias del partido para eliminar a sus enemigos por medios violentos. Asimismo, el gobierno de Mussolini controló la policía, amordazó a la prensa y censuró la actividad académica.

Mientras, Mussolini pregonó el fin del conflicto de clases y su sustitución por la unidad nacional. Acometió la reordenación de la economía y el trabajo anulando el poder del movimiento obrero del país. La economía italiana pasó a depender de veintidós compañías, cada una de ellas responsable de una empresa industrial importante. En cada compañía había representantes de los sindicatos, cuyos miembros estaban organizados por el partido fascista, de los trabajadores y del gobierno. Los miembros de aquellas empresas tenían la función de establecer juntos las condiciones laborales, salariales y los precios. Pero, por supuesto, las decisiones de aquellos organismos eran supervisadas muy de cerca por el gobierno y favorecían la postura de la administración. De hecho, el gobierno se alineó pronto con los grandes negocios y creó más bien una burocracia corrupta, en lugar de una economía revolucionaria.

Mussolini consiguió cierta aprobación por parte de la clase obrera mediante

programas estatales que incluyeron grandes proyectos de obras públicas, construcción de bibliotecas, vacaciones pagadas para los trabajadores y seguridad social. En 1929, zanjó el conflicto que Italia mantenía con la Iglesia católica romana desde hacía sesenta años. Firmó un tratado que garantizó la independencia de la residencia papal en la Ciudad del Vaticano y prometió indemnizaciones por las expropiaciones ejecutadas durante la unificación italiana. Por otro lado, el tratado estableció el catolicismo romano como religión oficial del estado, aseguró la formación religiosa en las escuelas públicas e hizo preceptivas las ceremonias matrimoniales religiosas. El acuerdo con la Iglesia formó parte de la campaña de Mussolini para «normalizar» relaciones con otras instituciones italianas, como el ejército, la industria, la Iglesia y la monarquía, con el fin de mantener la estabilidad.

En realidad, el régimen de Mussolini dedicó muchos esfuerzos a conservar el statu quo. Los oficiales del partido ejercieron cierto grado de supervisión política sobre los burócratas, pero no hubo muchos que se infiltraran en la burocracia. Es más, Mussolini mantuvo una relación amistosa con las élites que habían contribuido a su ascenso al poder y les aseguró que, con independencia de las diferencias que él proclamara entre el fascismo y el capitalismo, la economía de Italia seguiría dependiendo de la empresa privada.

El dictador italiano alardeaba de que el fascismo había apartado al país del caos económico. Al igual que otras economías europeas, la italiana, en efecto, mejoró a finales de la década de 1920. El régimen se esforzó mucho por transmitir una imagen de eficiencia, y son conocidas las afirmaciones de los admiradores de Mussolini proclamando que, cuando menos, «había hecho que los trenes funcionaran a su hora». Sin embargo, el fascismo contribuyó poco a aliviar la situación de Italia durante la depresión mundial de los años treinta.

Como el nazismo después, el fascismo entrañó elementos contradictorios. Aspiró a restablecer la autoridad tradicional y, al mismo tiempo, a movilizar a toda la sociedad italiana con fines económicos y nacionalistas, un proceso que, inevitablemente, fue en detrimento de las autoridades anteriores. Creó organizaciones autoritarias nuevas y actividades acordes con esos objetivos, como programas de entrenamiento para mantener a los jóvenes en forma y movilizados, campamentos para jóvenes, ayudas a madres de familias numerosas, reuniones políticas y desfiles en pequeñas localidades rurales. Este tipo de actividades infundió en la gente cierta sensación de participación en la política, aunque ya no disfrutara de derechos políticos. Esta ciudadanía movilizaba, pero, en esencia, pasiva, constituyó uno de los distintivos del fascismo.

La Alemania de Weimar

El 9 de noviembre de 1918 (dos días antes del armisticio que puso fin a la Primera Guerra Mundial) miles de alemanes tomaron las calles de Berlín para derrocar el gobierno imperial casi sin derramamiento de sangre. Aquella concentración, o levantamiento masivo y en buena medida inesperado, se dirigió hacia el Reichstag, en el centro de la ciudad, donde un miembro del Partido Socialdemócrata (SPD) anunció el nacimiento de una nueva república alemana. El káiser había abdicado sólo horas antes, lo que dejó el gobierno en manos del líder socialdemócrata Friedrich Ebert. La revolución se extendió con rapidez por el país devastado por la guerra; consejos de trabajadores y soldados asumieron el control en la mayoría de las ciudades grandes en un par de días, y cientos de ciudades a finales de mes. La «Revolución de Noviembre» fue rápida y generalizada, aunque no tan revolucionaria como temieron muchos conservadores de clase media y alta. La mayoría de los socialistas siguieron un curso cauteloso y democrático: querían reformas pero también aspiraron a mantener intacta buena parte de la burocracia imperial existente. Sobre todo, querían una asamblea nacional elegida por el pueblo que redactara una constitución para la nueva república.

En cambio, pasaron dos meses antes de que pudieran celebrarse las elecciones, un período de crisis que casi derivó en guerra civil. Cuando retomaron el control, los socialdemócratas otorgaron al orden la máxima prioridad. El movimiento revolucionario que llevó al SPD al poder ahora lo amenazaba. Los socialistas independientes y un partido comunista incipiente reclamaban reformas radicales y, en diciembre de 1918 y enero de 1919, organizaron levantamientos armados por las calles de Berlín. Temeroso de una revolución al estilo bolchevique, el gobierno socialdemócrata volvió la espalda a sus aliados de antaño y mandó bandas militantes de trabajadores y voluntarios a aplastar las rebeliones. Durante el conflicto, los combatientes del gobierno asesinaron a Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht, dos dirigentes comunistas alemanes que se convirtieron en mártires inmediatos. La violencia prosiguió hasta 1920 y creó una amargura duradera entre los grupos de izquierdas.

Pero fue más importante aún que el revolucionario período posterior a la guerra diera origen a bandas de contrarrevolucionarios militantes. Nacionalistas ex combatientes y otros más jóvenes ingresaron en los llamados *Freikorps* («cuerpos libres»). Estos cuerpos aparecieron por todo el país y llegaron a captar varios centenares de miles de miembros. Los ex oficiales del ejército que dirigieron estas milicias dieron continuidad a su experiencia bélica luchando contra «bolcheviques», polacos y comunistas. Los *Freikorps* se regían por criterios políticos muy de derechas. Como antimarxistas, antisemitas y antiliberales, sentían escasos afectos por la nueva república alemana o su democracia parlamentaria. Muchos de los primeros líderes nazis habían luchado durante la Primera Guerra Mundial y participado en

unidades de Freikorps.

El nuevo gobierno alemán, conocido como la República de Weimar en honor a la ciudad donde se había redactado su constitución, consistió en una coalición de socialistas, centristas católicos y demócratas liberales, un arreglo necesario, puesto que ningún partido obtuvo por sí solo una mayoría de votos durante las elecciones de enero de 1919. La constitución de Weimar se basó en los valores del liberalismo parlamentario y forjó un marco abierto y pluralista para la democracia alemana. A través de una serie de acuerdos, la constitución estableció el sufragio universal (tanto para mujeres como para hombres) y una declaración de derechos que no sólo garantizó libertades civiles, sino también una serie de derechos sociales. Sobre el papel, al menos, el movimiento revolucionario había triunfado.

Pero el gobierno de Weimar duró poco más de una década. En 1930 entró en crisis, y en 1933 se desmoronó. ¿Qué ocurrió? El fracaso de la democracia alemana no era previsible. Sobrevino como consecuencia de una confluencia de crisis sociales, políticas y económicas que por separado eran manejables, pero juntas resultaron desastrosas.

Muchos de los problemas de Weimar nacieron con la derrota alemana en la Primera Guerra Mundial, no sólo devastadora sino también humillante. La pérdida ignominiosa ante los aliados conmocionó a muchos alemanes, quienes no tardaron en oír rumores de que el ejército no había sido derrotado en la batalla, sino que había sido «apuñalado por la espalda» por los dirigentes socialistas y judíos que ocupaban el gobierno alemán. Los mandos del ejército alimentaron esta versión antes incluso de que finalizara la guerra y, aunque no era cierta, ayudó a sanar el orgullo herido de los patriotas alemanes. En la década siguiente, los buscadores de un chivo expiatorio acusaron también a la aparente laxitud del régimen republicano, tipificada en lo que ellos consideraban la moderna decadencia de Berlín en los años veinte. Según muchos críticos, lo que hacía falta era un liderazgo autoritario para guiar la nación y recobrar el respeto ante el mundo.

El Tratado de Versalles aumentó la sensación alemana de deshonra. Alemania se vio obligada a entregar la décima parte de su territorio, a aceptar toda la responsabilidad de la guerra y a reducir el tamaño de su ejército a la exigua cifra de cien mil hombres, un castigo que irritó a los mandos militares, con gran peso político. Pero lo más importante es que el tratado gravó Alemania con unas reparaciones abrumadoras. La gestión de los 33 mil millones de dólares adeudados creó problemas al gobierno y sólo provocó el enfado del público. Algunos detractores del tratado de indemnizaciones exigieron una política obstruccionista de suspensión de pagos con el argumento de que la ingente suma condenaría la economía alemana durante todo el futuro previsible. De hecho, según una estimación, la deuda no se habría saldado hasta 1987. En 1924 Alemania aceptó un calendario nuevo de compensaciones

trazado por un comité internacional dirigido por el financiero estadounidense Charles G. Dawes. El canciller alemán Gustav Stresemann había encauzado el país hacia una política exterior de cooperación y reconciliación que duró toda la década de 1920. Muchos alemanes, en cambio, siguieron resintiéndose de las indemnizaciones, los acuerdos de Versalles y el gobierno que siguió acatando el tratado.

Las grandes crisis económicas también desempeñaron un papel central en el derrumbamiento de Weimar. El primer período de emergencia llegó a comienzos de los años veinte. El gobierno, tambaleante aún por la inflación durante el período bélico, recibió fuertes presiones para conseguir ingresos. La financiación de los programas de desmovilización después de la guerra, la asistencia social y las indemnizaciones obligaron al gobierno a seguir acuñando moneda. La inflación se volvió casi imparable. En 1923, tal como escribe un historiador, la situación económica había «adquirido unos tintes casi surrealistas». El kilo de patatas rondaba nueve marcos en enero, y 80 millones de marcos en octubre. El precio de la ternera se acercó a 4 billones de marcos el kilo. El gobierno adoptó al fin medidas drásticas para estabilizar la moneda en 1924, pero millones de alemanes ya se habían arruinado. A quienes dependían de ingresos fijos, como pensionistas y accionistas, se les esfumaron los ahorros y los títulos. La crisis económica asestó un duro golpe a los empleados de clase media, agricultores y obreros, y muchos de ellos abandonaron los partidos políticos tradicionales como protesta. A su entender, los partidos que afirmaban representar a las clases medias habían creado los problemas y se habían revelado incapaces de arreglarlos.

A primeros de 1925, en cambio, la economía y el gobierno de Alemania parecieron recuperarse. A través de préstamos monetarios, el país logró pagar sus indemnizaciones rebajadas y ganar dinero mediante exportaciones baratas. En las ciudades grandes, los gobiernos socialistas municipales patrocinaron proyectos de construcción que incluyeron escuelas, hospitales y viviendas obreras de bajo coste. Pero aquella estabilidad económica y política era engañosa. La economía siguió dependiendo de grandes inyecciones de capital procedente de Estados Unidos fijadas por el plan Dawes como parte del esfuerzo para saldar las compensaciones. Aquella dependencia tornó la economía alemana especialmente vulnerable a la evolución económica estadounidense. Cuando la bolsa del país americano cayó en 1929, y comenzó la Gran Depresión (véase más adelante), el flujo de capital hacia Alemania quedó prácticamente paralizado.

La Gran Depresión empujó el sistema político de Weimar al borde del desplome. En 1929 había dos millones de desempleados; en 1932, seis millones. En esos tres años, la producción descendió un 44 por ciento. Los artesanos y pequeños comerciantes perdieron nivel económico e ingresos. A los agricultores les fue aún peor, ya que nunca llegaron a recuperarse de la crisis de principios de los años veinte.

El campesinado organizó manifestaciones multitudinarias contra la política agraria del gobierno incluso antes de la depresión. Para los oficinistas y funcionarios, la depresión significó sueldos más bajos, unas condiciones laborales pésimas y la amenaza constante del desempleo. El propio gobierno derivó hacia una crisis y encontró oposición desde todos los frentes. Agobiado por unos ingresos tributarios que cayeron en picado y un aumento vertiginoso de alemanes necesitados de subvenciones, recortó repetidas veces las ayudas sociales, lo que desmoralizó aún más al electorado. Por último, la crisis brindó una oportunidad a los detractores de la República de Weimar. Muchos industriales eminentes apoyaron la vuelta a un gobierno autoritario y se aliaron con terratenientes igualmente conservadores, unidos por el deseo de políticas económicas protectoras para estimular la venta de artículos y alimentos nacionales. Estas fuerzas conservadoras ejercían un poder considerable en Alemania que quedaba fuera del control del gobierno. Lo mismo sucedía con el ejército y los funcionarios del estado, sectores formados por contrarios a la república, hombres que rechazaban los principios de la democracia parlamentaria y la cooperación internacional que Weimar representaba.

Hitler y los nacionalsocialistas

Adolfo Hitler había nacido en 1889 en Austria, no en Alemania. Era hijo de un oficial de aduanas menor, funcionario de Austria. Hitler abandonó sus estudios y marchó a Viena en 1909 para hacerse artista. Rechazado por la academia y temporalmente sin techo, se ganó la vida a duras penas haciendo manualidades y pintando acuarelas baratas en la capital. Durante ese espacio de tiempo, desarrolló los violentos prejuicios políticos que acabarían convirtiéndose en las directrices básicas del régimen nazi. Sentía gran admiración por los políticos austriacos que elogiaban el antisemitismo, el antimarxismo y el pangermanismo. Cuando estalló la guerra en 1914, Hitler figuraba entre las multitudes jubilosas que inundaron las calles de Múnich y, aunque era ciudadano austriaco, se alistó en el ejército alemán, donde proclamó haberle encontrado al fin sentido a su vida. Tras la guerra, se unió al recién creado Partido Obrero Alemán, cuyo nombre cambió en 1920 a Partido Nacionalsocialista Obrero (abreviado popularmente como Nazi). Los nazis no eran más que uno de los numerosos y reducidos grupos de militantes discordantes con el régimen y leales a un nacionalismo racial y al derrocamiento de la República de Weimar. Salieron del entorno político que se negó a aceptar la derrota o la Revolución de Noviembre, y que culpó de todo tanto a los socialistas como a los judíos.

Hitler, ambicioso y franco, ascendió con rapidez la corta escalera hacia el

liderazgo del partido gracias a sus dotes como orador hábil para las campañas políticas. En 1921 se convirtió en el *Führer* (el líder) de sus seguidores en Baviera. El gran público lo consideraba un «demagogo vulgar», si es que llegaba a fijarse en él. En noviembre de 1923, durante los peores días de la crisis inflacionaria, los nazis realizaron un intento fallido (el *Putsch* de la Cervecería en Múnich) para derrocar el gobierno estatal de Baviera. Hitler pasó los siete meses siguientes en prisión, donde escribió su manifiesto autobiográfico y político *Mein Kampf* (Mi lucha) en 1924. La obra combinaba el antisemitismo con el anticomunismo para exponer con gran detalle la teoría popular de que Alemania había sido traicionada por sus enemigos y que el país necesitaba un liderazgo fuerte para recuperar su peso internacional. El *Putsch* fallido de 1923 procuró a Hitler una experiencia reveladora; admitió que los nazis tendrían que hacer política si querían acceder al poder. Tras su excarcelación en 1924, Hitler reasumió el liderazgo del partido. Durante los cinco años posteriores, consolidó su poder sobre un número creciente de afiliados que lo apoyaron con fervor. Con el cultivo activo de la imagen de que el movimiento nazi era una cruzada contra el (judeo-) marxismo y el capitalismo, se retrató a sí mismo como el heroico salvador del pueblo germano.

Un factor igualmente importante para el ascenso de Hitler al poder lo representó el ambicioso programa sin precedentes de la campaña nazi. Durante las «elecciones de la inflación» de 1924, los nazis obtuvieron el 6,6 por ciento de los votos como partido de protesta en la banda radical. Con la estabilización económica de mediados de los años veinte, su escaso resultado cayó por debajo del 3 por ciento. Pero durante este período de decadencia aparente, los nazis se dedicaron a crear una organización amplia entre los activistas del partido que contribuyó a fundar los cimientos para los éxitos electorales que consiguió con posterioridad.

Las elecciones de 1928 representaron un instante crucial tanto para la República de Weimar como para los nazis por dos razones. En primer lugar, a partir de entonces, la política se polarizó entre la derecha y la izquierda, lo que prácticamente hizo inviable el establecimiento de una coalición que respaldara la continuidad de la democracia de Weimar. En segundo lugar, evidenciaron que los votantes descontentos, sobre todo los campesinos, estaban desertando de los partidos políticos tradicionales y votando a otras organizaciones de carácter corporativo que defendían sus reivindicaciones y promovían sus demandas. Los nazis aprendieron con rapidez a sacar provecho de esta división del electorado. Con anterioridad habían intentado, con poco éxito, arrebatar a la izquierda los numerosos votos de la clase obrera alemana. Ahora, guiado por su jefe de propaganda, Joseph Goebbels, el partido reforzó los esfuerzos por atraer a miembros de las clases medias urbanas y rurales. El mensaje más constante del partido, machacado en su propaganda, discursos y mítines, fue que los nazis se oponían a todo lo que representaba Weimar: el sistema político,

los organismos económicos, la izquierda y el movimiento obrero, los códigos morales más liberales, que las jóvenes vistieran a la moda «decadente» de los años veinte, y a las películas «cosmopolitas» como *Sin novedad en el frente*. (Las pandillas de nazis provocaron disturbios callejeros durante el primer pase de la película en Berlín; Goebbels boicoteó una proyección posterior arrojando bombas fétidas y soltando ratones dentro de la sala). Según los nazis, las respuestas a los problemas de Alemania sólo podían llegar a través de una ruptura con Weimar. El partido se presentó como joven y dinámico para crearse una imagen nacional como alternativa a los partidos conservadores de clase media. En 1930, reforzados por la crisis económica, los nazis estuvieron más consolidados y más organizados que nunca, y obtuvieron el 18,3 por ciento de los votos.

¿Quién votaba a los nazis? Análisis recientes de los resultados electorales y los materiales de las campañas indican que los nazis recibieron el apoyo de diferentes grupos en cada momento y por razones diversas. Los nazis recibieron un apoyo amplio entre los pequeños hacendados y las clases medias rurales mucho antes de la depresión. Los nazis les ofrecían protección económica y un estatus social renovado. Otros sectores de la clase media, en especial pensionistas, nobles y viudas de guerra, respaldaron a los nazis durante la crisis económica, cuando temieron un descenso de la seguridad o de las pensiones, y cuando los viejos partidos conservadores no lograron satisfacer sus necesidades. Los nazis también cortejaron a los funcionarios, de gran tradición elitista. Y aunque no consiguieron votos entre los obreros industriales, encontraron parte del respaldo más firme entre los trabajadores artesanos y de la pequeña industria manufacturera.

En 1930, el partido obtuvo 107 de los 577 escaños del Reichstag, precedido tan sólo por los socialdemócratas, que consiguieron 143. Ningún partido logró la mayoría. Sin el apoyo nazi no podía establecerse ninguna coalición de gobierno, y los nazis se negaron a formar parte de cualquier gabinete que no estuviera encabezado por Hitler. El canciller, Heinrich Brüning, del Partido de Centro Católico, siguió gobernando mediante decretos de emergencia, pero su política económica deflacionaria resultó desastrosa. La producción industrial prosiguió su desplome y el desempleo continuó su ascenso. En 1932, Hitler se presentó como candidato a la presidencia y perdió por poco, aunque desplegó una campaña sin precedentes en aeroplano y visitó veintiuna ciudades en seis días. Cuando en julio de 1932 se convocaron otras elecciones parlamentarias, los nazis consiguieron el 37,4 por ciento de los votos y, aunque no les brindaron la mayoría absoluta, sí supusieron una mayoría relativa. Los nazis pudieron afirmar que constituían el partido capaz de captar respaldo por encima de las fronteras geográficas, de clase y entre generaciones. Se beneficiaron de su calidad de desconocidos que no habían participado en coaliciones parlamentarias impopulares. De hecho, el fracaso de los

partidos tradicionales fue la clave del triunfo de los nazis.

A pesar del éxito electoral de 1932, el partido nazi no había ganado una mayoría; Hitler no estaba en el poder. Fue elegido canciller en enero de 1933 por el presidente Hindenburg, quien confiaba en crear un gobierno conservador en coalición alineando a los nazis con los partidos menos radicales. Pero Hindenburg y otros miembros del gobierno subestimaron el poder y la popularidad de los nazis. Tras instalarse legalmente en el poder, Hitler sacó el máximo provecho de él de inmediato. Cuando un anarquista holandés ligado al partido comunista abrió fuego contra el Reichstag la noche del 27 de febrero, Hitler aprovechó la ocasión para anular los derechos civiles «como medida de defensa contra los actos violentos comunistas». Convenció a Hindenburg para disolver el Reichstag y convocar nuevas elecciones el 5 de marzo de 1933.

Dirigido por Hitler, el nuevo parlamento le otorgó garantías legales para ejercer un poder ilimitado durante los cuatro años siguientes. Hitler proclamó su nuevo gobierno como el Tercer Reich. (El Primer Reich fue el imperio alemán de la Edad Media; el Segundo correspondió a la época de los emperadores).

LA ALEMANIA NAZI

En el otoño de 1933, Alemania se había convertido en un estado monopartidista. La izquierda socialista y comunista quedó aplastada por el nuevo régimen. Casi todas las organizaciones no nazis fueron abolidas u obligadas a fundirse en el sistema nazi. Los líderes del partido nazi se hicieron cargo de varios ministerios del gobierno; los *Gauleiter* del partido, o jefes regionales, asumieron responsabilidades administrativas en todo el país. La propaganda del partido aspiró a impresionar a la ciudadanía con la «eficiencia monolítica» del régimen. Pero, en realidad, el gobierno nazi fue un intrincado laberinto burocrático en el que tanto los organismos como los individuos rivalizaron con fiereza por granjearse el favor de Hitler.

Curiosamente, al final del primer año en el poder, los desafíos más serios de Hitler llegaron desde el seno del partido. Las tropas de asalto paramilitares de Hitler (SA) se habían creado para mantener la disciplina dentro del partido e imponer orden en la sociedad. El número de miembros de las SA se disparó después de 1933, y muchos de sus componentes celebraron el nombramiento de Hitler como el comienzo de una auténtica revolución nazi. Este radicalismo alarmó a los grupos conservadores más tradicionales que habían contribuido a nombrar a Hitler canciller. Para conservar el poder, Hitler debía apaciguar a las SA. La noche del 30 de junio de 1934, más de mil oficiales de alto rango de las SA, incluidos algunos de los compañeros más antiguos de Hitler, fueron ejecutados durante una sangrienta purga conocida como la

noche de los cuchillos largos. La purga despejó el camino para la creación de una segunda organización paramilitar, la *Schutzstaffel* (guardia personal), o SS. Dirigida por el fanático Heinrich Himmler, las SS se convirtieron en el arma más temible del terror nazi. Según Himmler, la misión de las SS consistía en combatir a los enemigos políticos y raciales del régimen, lo que incluyó la construcción del sistema de campos de concentración. El primer campo, en Dachau, se abrió en marzo de 1933. La policía secreta nacional, conocida como la Gestapo, se encargó de arrestar, recluir en campos y asesinar a miles de alemanes. Pero el cuerpo policial solía tener poco personal y demasiadas tareas administrativas; según ha revelado un historiador, era cualquier cosa menos «omnisciente, omnipotente y omnipresente». De hecho, la mayoría de los arrestos se basó en denuncias voluntarias de unos ciudadanos normales contra otros, a menudo como insignificantes ataques personales. La cúpula de la Gestapo no pasó por alto que aquellas denuncias ofrecían un grado de control que la propia Gestapo jamás lograría adquirir.

A pesar (o tal vez por eso mismo) de estos esfuerzos por anular a la oposición, Hitler y los nazis disfrutaron de un apoyo popular considerable. Muchos alemanes aprobaron el uso de la violencia contra la izquierda. Los nazis pudieron jugar con miedos muy arraigados frente al comunismo y emplearon un lenguaje de hondo orgullo y unidad nacional que resultó muy atractivo. Muchos alemanes vieron a Hitler como el símbolo de una Alemania fuerte y revitalizada. Los propagandistas fomentaron un culto al *Führer*, describieron a Hitler como un líder carismático con la energía magnética necesaria para someter al pueblo. El atractivo de Hitler también radicó en su habilidad para darle al pueblo alemán lo que quería: trabajo a los obreros, una economía productiva a los industriales y un baluarte contra el comunismo a quienes recelaban de la oleada de revoluciones. Su hechizo no procedía tanto de los programas que defendía como de su rebeldía contra las políticas que se habían practicado en Alemania. Por último, prometió devolver a Alemania su grandeza nacional y «derrocar» el Tratado de Versalles, y en la década de 1930 pareció que lo lograba con una serie de triunfos diplomáticos sin ningún derramamiento de sangre.

Los planes de Hitler para la recuperación nacional requerían un rearme a gran escala y la autosuficiencia económica. Con políticas similares a las del resto de países occidentales, los nazis hicieron grandes inversiones públicas, impusieron controles estrictos en el mercado para detener la inflación y estabilizar la moneda, y aislaron Alemania de la economía mundial. El régimen emprendió proyectos de construcción financiados por el estado (carreteras, viviendas públicas, reforestación). Más tarde durante esta década, cuando los nazis reconstruyeron todo el complejo militar alemán, el desempleo cayó de más de seis millones de personas a menos de doscientas mil. La economía alemana parecía mejor que cualquier otra de Europa.

Hitler lo denominó su «milagro económico». Estas mejoras fueron significativas, sobre todo para los alemanes que habían vivido los continuos desórdenes de la guerra, la inflación, la inestabilidad política y la crisis económica.

Como Mussolini, Hitler intentó acabar con el conflicto de clases restándole poder a las instituciones obreras. Ilegalizó sindicatos y huelgas, congeló salarios y organizó a trabajadores y patronales en el Frente Nacional de Trabajo. Al mismo tiempo, los nazis aumentaron las ayudas sociales a los trabajadores, por lo común en línea con el resto de naciones occidentales. Las diferencias de clase quedaron un tanto atenuadas por los intentos del régimen de infundir un nuevo «espíritu» nacional en toda la sociedad. Las organizaciones populares atravesaron barreras de clase, sobre todo entre los jóvenes. Las juventudes hitlerianas, una asociación basada en el modelo de los Boy Scouts, enseñaron con gran éxito los valores del Reich de Hitler a los niños; el Servicio de Trabajo Nacional obligaba a los estudiantes a trabajar durante un tiempo en construcciones subvencionadas por el estado y proyectos de recuperación. La política del gobierno animó a las mujeres a retirarse del mercado laboral, tanto para aliviar el desempleo como para ajustarse a las ideas nazis sobre el papel que le correspondía a la mujer. «¿Puede una mujer», preguntaba un propagandista, «concebir algo más bello que sentarse con su esposo en su hogar acogedor y escuchar en su interior el telar del tiempo tejiendo la trama y la urdimbre de la maternidad...?».

Racismo nazi

En el núcleo de la ideología nazi radicaba un racismo especialmente virulento. Gran parte del mismo no era nuevo. Hitler y los nazis se sirvieron de una variante renovada y especialmente violenta del darwinismo social decimonónico, según la cual las naciones y los pueblos luchaban por la supervivencia de tal forma que los pueblos superiores se fortalecían en el proceso. A comienzos del siglo XX, el auge de las ciencias sociales había trasladado los prejuicios y el pensamiento racial del siglo XIX a un terreno nuevo. Del mismo modo que la medicina había curado enfermedades del cuerpo, los médicos, criminólogos y asistentes sociales buscaban métodos para curar las enfermedades sociales. En todo Occidente, científicos e intelectuales trabajaban para depurar el cuerpo político, mejorar la raza humana y eliminar lo «no adaptado». Hasta las mentes más progresistas aprobaban a veces la eugenesia, un programa de ingeniería racial para mejorar tanto la adaptación personal como la pública. Las políticas eugenésicas del Tercer Reich comenzaron en 1933 con una ley para la esterilización forzosa de «innumerables personas inferiores y con taras hereditarias». Este «racismo de higiene social» se convirtió más tarde en el asesinato sistemático de pacientes con enfermedades mentales y físicas. La política social estaba regida por

una separación fundamental entre quienes tenían «valor» y quienes no lo tenían, con la pretensión de crear una utopía racial.

La piedra angular del racismo nazi radicó en el antisemitismo. Este fenómeno de siglos formaba parte de la sociedad cristiana desde la Edad Media. En el siglo XIX, el antisemitismo cristiano tradicional fue incorporado a una corriente de teoría nacionalista antijudía. Gran parte de los teóricos del nacionalismo europeo veía al pueblo judío como un intruso permanente que sólo podría ser asimilado y convertirse en ciudadano si negaba su identidad judía. A finales del siglo XIX, durante el Caso Dreyfus en Francia (véase el capítulo 23), los antisemitas franceses y europeos lanzaron un bombardeo propagandístico en contra de los judíos; montones de libros, panfletos y revistas culparon a los judíos de todos los problemas de la modernidad, desde el socialismo hasta la banca internacional y la cultura de masas. El ocaso del siglo XIX también conllevó una oleada de pogromos (asaltos violentos a las comunidades judías), sobre todo en Rusia. El antisemitismo racial trazó una línea entre judíos y no judíos basada en una biología errónea. La conversión religiosa, fomentada por cristianos antisemitas tradicionales, no cambiaba la biología. Ni tampoco la asimilación, aconsejada por pensadores nacionalistas más laicos.

Es importante no generalizar, pero estas variantes del antisemitismo constituían fuerzas políticas consolidadas y no encubiertas en la mayoría de Occidente. Atacando a los judíos, los antisemitas atacaban a las instituciones modernas (desde partidos socialistas y la prensa de masas hasta la banca internacional) como parte de una «conspiración judía internacional» para socavar la autoridad y la nacionalidad tradicionales. Los dirigentes de partidos conservadores explicaron a los comerciantes y trabajadores que «los capitalistas judíos» eran los culpables de la desaparición de los pequeños negocios, debido a la emergencia de grandes almacenes gigantescos y a las precarias oscilaciones económicas que amenazaban su medio de subsistencia. En Viena, los votantes de clase media apoyaban a los cristiano-demócratas, abiertamente antisemitas. En Alemania, en 1893, dieciséis antisemitas declarados fueron elegidos para el Reichstag, y el partido conservador convirtió el antisemitismo en parte de su programa oficial. Hitler confirió a este antisemitismo un giro especialmente homicida al ligarlo a doctrinas de guerra y de racismo de higiene social.

¿Hasta qué punto tuvo acogida el virulento antisemitismo de los nazis? Aunque la «cuestión judía» fue claramente la obsesión primordial de Hitler a comienzos de la década de 1920, el tema perdió protagonismo durante las campañas a medida que el partido ingresó en la política imperante, y dejó paso a ataques contra el marxismo y la democracia de Weimar. Es más, las ideas antisemitas no habrían diferenciado al partido nazi de cualquier otro de la derecha política; es probable que sólo tuviera una importancia secundaria en las opiniones de la gente acerca de los nazis. En cambio, poco después de que Hitler accediera al poder, los judíos alemanes se vieron

discriminados, despojados de sus derechos como ciudadanos y convertidos en objeto de actos violentos. Las leyes raciales excluyeron a los judíos del ejercicio de funciones públicas ya en abril de 1933. Los nazis instaron a boicotear a los comerciantes judíos, mientras que las SA crearon la amenaza constante de una violencia aleatoria. En 1935, los Decretos de Núremberg privaron a los judíos (definidos por genealogía) de su ciudadanía alemana y prohibieron los enlaces matrimoniales entre judíos y el resto de alemanes. La violencia se intensificó. En noviembre de 1938, las SA atacaron unos setecientos cincuenta establecimientos judíos, quemaron casi doscientas sinagogas, mataron a noventa y un judíos y agredieron a varios miles más durante una campaña de terror conocida como *Kristallnacht*, la Noche de los Cristales Rotos. Este tipo de violencia despertó cierta oposición entre los alemanes de a pie. La persecución legal, en cambio, sólo halló una aquiescencia silente. Y desde la perspectiva de la población judía, la *Kristallnacht* dejó claro que no existía ningún lugar seguro para ella dentro de Alemania. Por desgracia, sólo quedaba un año para que el estallido de la guerra impidiera escapar a los judíos.

¿Qué tenían en común el nacionalsocialismo y el fascismo? Ambos surgieron en el período de entreguerras como respuesta a la Primera Guerra Mundial y la Revolución rusa. Ambos eran radicalmente antisocialistas y anticomunistas, decididos a «librar» a sus naciones de la amenaza del bolchevismo. Ambos eran muy nacionalistas; consideraban que la solidaridad nacional se anteponía a cualquier otra lealtad y sustituía a cualquier otro derecho. Ambos se oponían al sistema parlamentario y a la democracia porque, a su entender, eran incómodos y dividían a la sociedad. Ambos basaban su poder en una política autoritaria generalizada. En todos los países occidentales existieron movimientos similares, pero sólo en unos pocos casos llegaron a formar regímenes. El nazismo, en cambio, se distinguió por convertir un estado racial puro en el centro de su ideología, una ideología que conduciría a un conflicto global y a una matanza.

La gran depresión en las democracias

Las tres democracias más importantes de Occidente (Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos) vivieron historias casi paralelas durante los años posteriores a la Primera Guerra Mundial. En los tres países los gobiernos depositaron la confianza en las políticas y supuestos anteriores a la guerra hasta que la Gran Depresión los obligó a acometer grandes reformas sociales que sentarían las bases de los estados modernos con seguridad social pública. Estas naciones capearon el temporal de los años de entreguerras, pero no les resultó nada fácil.

Francia siguió temiendo a Alemania y aprovechó cualquier oportunidad para prolongar al máximo la debilidad alemana. Durante el gobierno del conservador moderado Raymond Poincaré en la década de 1920, Francia intentó mantener bajo el precio de los productos manufacturados conteniendo los sueldos. Esta política de deflación contentó a los empresarios pero supuso una gran carga para la clase obrera. Édouard Herriot interrumpió el servicio de Poincaré como primer ministro y ocupó el puesto durante dos años a mediados de la década de 1920. Herriot, afiliado a los socialistas radicales, era el portavoz de pequeños empresarios, de los granjeros y de la clase media baja. Herriot decía que apoyaba la reforma social, pero se negó a subir los impuestos para costearla. Entretanto, el conflicto de clases bullía latente bajo la superficie. A medida que prosperaron las industrias, los patronos se negaron a negociar con los sindicatos. El período de grandes huelgas inmediatamente posterior a la guerra fue seguido por un declive acusado de la actividad sindical. Y aunque el gobierno aprobó un programa modificado de seguridad social en 1930 (con pensiones por enfermedad, vejez y fallecimiento), la insatisfacción obrera continuó.

El conflicto social también estalló en Gran Bretaña. Ansiosa por recuperar su posición como la mayor potencia industrial y financiera del mundo, Gran Bretaña también persiguió una política de deflación con la esperanza de abaratar sus productos manufacturados y hacerlos más atractivos en el mercado internacional. El resultado fue una reducción de los sueldos que minó el nivel de vida de muchos trabajadores británicos. Su resentimiento contribuyó a la elección del primer gobierno del Partido Laborista en 1924, y el segundo en 1929. No obstante, el Partido Laborista consiguió poco debido a su situación minoritaria en el parlamento. Además, su líder, el primer ministro J. Ramsay MacDonald, fue un socialista más bien tímido. El gobierno conservador recobró el poder en 1925 encabezado por Stanley Baldwin y se negó a abandonar la política deflacionaria, la cual siguió bajando los sueldos. Como respuesta, los sindicatos británicos se volvieron cada vez más militantes y, en 1926, los sindicatos convocaron una huelga general de ámbito nacional. El único efecto apreciable de aquel parón laboral fue el aumento de la antipatía de las clases medias hacia los obreros.

Estados Unidos era el bastión del conservadurismo entre todas las democracias. Los presidentes elegidos en la década de 1920 (Warren G. Harding, Calvin Coolidge y Herbert Hoover) mantuvieron una filosofía social formulada por los magnates de las grandes empresas del siglo XIX. El tribunal supremo utilizó su poder de supervisión legislativa para anular la legislación progresista decretada por el gobierno de cada estado federado y, en ocasiones, por el congreso.

La Gran Depresión de 1929 asestó un golpe mortal a las políticas económicas y sociales conservadoras del período anterior a la guerra. Esta depresión mundial alcanzó la máxima intensidad durante los años 1929 a 1933, pero sus efectos

perduraron toda una década. Para quienes la presenciaron, la depresión representó tal vez la experiencia formativa de su vida y la crisis decisiva del período de entreguerras. Fue un factor relevante para el auge del nazismo pero, en realidad, obligó a todos los países a forjar políticas económicas nuevas y a afrontar un desorden económico sin precedentes.

LOS ORÍGENES DE LA GRAN DEPRESIÓN

¿Qué causó la Gran Depresión? Sus raíces más hondas se hunden en la inestabilidad de los mercados nacionales y en la interdependencia de las economías nacionales. A lo largo de la década de 1920, los europeos habían seguido un ritmo de crecimiento lento. Una caída importante de los precios agrícolas mundiales perjudicó a los países del sur y el este de Europa, donde la agricultura se practicaba a pequeña escala y con altos costes. Incapaces de obtener ganancias del mercado internacional, esos países agrícolas compraron menos productos manufacturados a las zonas más industriales del norte de Europa, lo que deparó una caída generalizada de la productividad industrial. Las restricciones al mercado libre dañaron aún más la economía. Aunque los países deudores necesitaban mercados abiertos donde vender sus productos, la mayoría de los países impusieron grandes barreras comerciales para proteger la industria nacional de la competencia extranjera.

En octubre de 1929, se desplomaron los precios en la Bolsa de Nueva York. El 24 de octubre, el «jueves negro», 12 millones de acciones se cambiaron en medio de un caos insólito. Pero resultó más sorprendente aún que el mercado siguiera cayendo. El jueves negro fue seguido por el lunes negro y, luego, el martes negro: la caída de precios unida a un número elevadísimo de transacciones contribuyeron a convertir ese día en el peor de la historia de la bolsa hasta la fecha. El impulso de Estados Unidos como acreedor internacional durante la Gran Guerra propició que la caída tuviera consecuencias inmediatas y desastrosas en Europa. Cuando se desplomó el valor de las acciones, los bancos se vieron faltos de capital, y los no rescatados por el gobierno, obligados a cerrar. Los inversores internacionales reclamaron su dinero. Una serie de entidades bancarias cerró sus puertas, entre ellas, Credit Anstalt, el banco más grande de Austria, con considerables participaciones en dos tercios de la industria austriaca. Los obreros no sólo se quedaron sin actividad, sino que los industriales despidieron prácticamente a toda la mano de obra. En 1930, había cuatro millones de estadounidenses en paro; en 1933, 13 millones; casi un tercio de la mano de obra. Por entonces, la renta per cápita en Estados Unidos había descendido el 48 por ciento. En Alemania también se produjo una caída brutal. En 1929, había dos millones de desempleados; en 1932, seis millones. La producción disminuyó el 44

por ciento en Alemania y el 47 por ciento en Estados Unidos.

El hundimiento de la bolsa condujo a un desastre bancario generalizado y casi paralizó la economía.

En un principio, los gobiernos occidentales reaccionaron ante la depresión con medidas monetarias. En 1931, Gran Bretaña abandonó el patrón oro; Estados Unidos siguió el mismo ejemplo en 1933. Al desvincular sus monedas del precio del oro, estos países esperaban abaratar el dinero y, por tanto, que estuviera más disponible para los programas de recuperación económica. Esta medida sirvió como precursora de un programa amplio para el control de la divisa que cobró gran importancia dentro de una política global de nacionalismo económico. Otra actuación importante fue que Gran Bretaña se apartó de su tradicional política de libre comercio en 1932 e impuso aranceles protectores tan elevados que alcanzaron el 100 por cien. Pero la política monetaria por sí sola no podía acabar con las penurias de las familias corrientes. Los gobiernos se vieron cada vez más obligados a gestionar sus problemas con amplias reformas sociales.

Gran Bretaña fue la nación más precavida en cuanto a ayudas sociales. En 1931 llegó al poder un gobierno nacional formado por miembros de los partidos Conservador, Liberal y Laborista. Sin embargo, para comprometerse a financiar programas eficaces de asistencia pública, el gobierno tenía que gastar más de lo que ingresaba, y era reacio a ello. Por otro lado, Francia adoptó la política más avanzada para combatir los efectos de la depresión. En 1936, ante la amenaza de los ultraconservadores de derrocar la república, los partidos Radical, Radical Socialista y Comunista formaron un gobierno de Frente Popular encabezado por el socialista Léon Blum que duró dos años. El Frente Popular nacionalizó la industria del armamento y reorganizó la banca de Francia para evitar el control monopolístico de los grandes accionistas sobre el crédito. El gobierno decretó asimismo una jornada semanal de cuarenta horas para todos los trabajadores urbanos, e inició un programa de obras públicas. En beneficio del campesinado creó la Oficina del Trigo, encargada de fijar los precios y regular la distribución del cereal. Aunque el Frente Popular disipó temporalmente la amenaza de la derecha política, a menudo los conservadores no cooperaron y se mostraron poco convencidos de los intentos por ayudar a la clase obrera francesa. Blum, socialista y judío, afrontó un intenso antisemitismo en Francia. Temiendo que Blum se convirtiera en el precursor de un Lenin francés, los conservadores declararon: «Mejor Hitler que Blum». Sus deseos se cumplieron antes de que finalizara esa década.

La respuesta más espectacular ante la depresión provino de Estados Unidos por dos razones. En primer lugar, era el país que había dependido durante más tiempo de la filosofía económica decimonónica. Antes de la depresión, la clase empresarial había abrazado con firmeza el dogma de la libertad contractual. Los magnates de la

industria insistieron en su derecho a formar monopolios, y usaron al gobierno como herramienta para frustrar las demandas tanto de trabajadores como de consumidores. En segundo lugar, la depresión fue más severa en Estados Unidos que en las democracias europeas. Había salido ileso de la Primera Guerra Mundial (es más, había obtenido de ella pingües beneficios), pero ahora su economía quedó más devastada que la europea. En 1933, Franklin D. Roosevelt sucedió a Herbert Hoover como presidente y anunció un programa de reformas y reconstrucción para salvar el país que denominó New Deal^[5].

El New Deal pretendía que el país retrocediera sobre sus pasos sin destruir el sistema capitalista. El gobierno controlaría la economía, subvencionaría programas de ayudas y financiaría proyectos de obras públicas para mejorar el poder adquisitivo general de la población. Estas políticas se definieron a partir de las teorías del economista británico John Maynard Keynes, quien ya había ejercido su influencia durante los encuentros para acordar los tratados de paz en 1919 en París. Keynes sostenía que el capitalismo podría crear una sociedad justa y eficiente si los gobiernos intervenían en su funcionamiento. Primero, Keynes abandonó la vaca sagrada de los presupuestos equilibrados. Sin abogar por una financiación continuamente deficitaria, proponía que el gobierno operara de forma deliberada en números rojos siempre que las inversiones privadas no resultaran suficientes. Keynes aprobaba también la creación de grandes cantidades de capital arriesgado (dinero de alto riesgo, inversiones de alto rendimiento) el cual consideraba la única forma de capital productiva para el ámbito social. Por último, recomendaba el control monetario para fomentar la prosperidad y el pleno empleo.

Además de la seguridad social y otras iniciativas, Estados Unidos adoptó un programa keynesiano de «gestión de la divisa» con el que reguló el valor del dólar de acuerdo con las necesidades de la economía. El New Deal ayudó tanto a los individuos como al país a recuperarse, pero dejó sin resolver el problema crucial del desempleo. En 1939, después de seis años de New Deal, Estados Unidos aún tenía más de nueve millones de desempleados (una cifra que superaba el paro conjunto del resto del planeta). Sólo la irrupción de otra guerra mundial (que exigió millones de soldados y trabajadores en el sector del armamento) logró que Estados Unidos alcanzara la recuperación total que el New Deal no había podido conseguir.

La cultura de entreguerras: artistas e intelectuales

Ya hemos visto cómo respondieron los gobiernos y la ciudadanía a las crisis sociales, políticas y económicas. El período de entreguerras deparó sacudidas igual de intensas en las artes y las ciencias. Las formas artísticas revolucionarias que empezaron a

aparecer con el cambio de siglo se desplazaron de las esferas marginales a la corriente principal. Artistas, escritores, arquitectos y compositores rechazaron los valores estéticos tradicionales y experimentaron con formas nuevas de expresión. La tradición también se vio ultrajada por científicos y psicólogos, cuyo trabajo planteó grandes desafíos a convicciones muy asentadas sobre el universo y la naturaleza humana. Por último, la cultura de masas, en forma de radio, películas y publicidad, agudizó muchas inquietudes y sirvió como ejemplo de las promesas y los peligros de la modernidad.

INTELECTUALES DE ENTREGUERRAS

Al igual que mucha otra gente, los novelistas, poetas y dramaturgos quedaron decepcionados ante la brutalidad de la guerra mundial y a incapacidad de la victoria para cumplir sus promesas. Gran parte de la literatura del período de entreguerras reflejó frustración, cinismo y desencanto; pero muchos escritores se sintieron fascinados también por los revolucionarios avances científicos, incluida la exploración de los secretos ocultos de la mente por parte del psicoanálisis. Las obras de varios escritores reprodujeron el estado de ánimo de la época: las primeras novelas del estadounidense Ernest Hemingway, por ejemplo, así como la poesía del anglo-estadounidense T. S. Eliot y el teatro del alemán Bertolt Brecht. En *Fiesta* (1926), Hemingway brindó al público una descripción vehemente de la llamada generación perdida, la cual sirvió de modelo a otros escritores como el estadounidense F. Scott Fitzgerald. En su monumental poema «La tierra baldía» (1922), Eliot presentó una filosofía cercana a la desesperación: la vida es una muerte en vida que hay que soportar como el aburrimiento y la frustración. Los temas de Eliot se repitieron en William Butler Yeats, poeta irlandés nacionalista que, como Eliot, deploraba la superficialidad de la vida moderna. En las obras de teatro que escribió para los dueños de cabarés de la clase obrera, Brecht despreció la corrupción del estado y la futilidad de la guerra. Como muchos artistas, se rebeló contra la cultura elevada y los valores de la burguesía, pero también protestó contra el elitismo pretencioso de sus contemporáneos.

Otros escritores centraron la atención en la consciencia y la vida interior, y experimentaron a menudo con nuevas variantes de prosa. El escritor irlandés James Joyce fue muy célebre por sus experimentos con el lenguaje y las formas literarias, sobre todo con la técnica del «monólogo interior», la cual perfeccionó en *Ulises* (1922). Lo mismo sucedió, aunque en menor medida, con las novelas del francés Marcel Proust y la inglesa Virginia Woolf (1882-1941). Los ensayos y novelas de Woolf, entre ellas *La señora Dalloway* (1925), *Al faro* (1927) y *Una habitación*

propia (1929), brindaron críticas elocuentes y agudas de las instituciones selectas de Gran Bretaña, desde las universidades que aislaban a las mujeres en centros separados y mal financiados, hasta el asfixiante decoro de las familias y las relaciones de la clase media.

La depresión de 1930 obligó a muchos escritores a reexaminar el estilo y la finalidad de sus obras. En medio de las amenazas del desastre económico, el totalitarismo y la guerra, la literatura se politizó cada vez más. Los autores se sintieron llamados a condenar la injusticia y la crueldad, y a indicar el camino hacia una sociedad mejor. Es más, dejaron de orientar sus obras sólo hacia el resto de la intelectualidad para dirigirse también hacia la gente corriente. En *Las uvas de la ira*, por ejemplo, el escritor estadounidense John Steinbeck describió la mala situación de los agricultores empobrecidos que abandonaban Dust Bowl (Oklahoma) en dirección a California para encontrarse con que toda la tierra estaba monopolizada por empresas que explotaban a los trabajadores. Algunos escritores británicos jóvenes, como W. H. Auden, Stephen Spender y Christopher Isherwood, simpatizaban con el comunismo y creían que, como artistas, tenían la obligación de politizar su obra para preconizar la revolución. Rechazaron el pesimismo de sus predecesores literarios inmediatos en favor de un compromiso optimista con su causa.

ARTISTAS DE ENTREGUERRAS

Las tendencias artísticas discurrieron muy paralelas a las literarias. Las innovaciones de la vanguardia anterior a la guerra florecieron durante el período de posguerra y, de hecho, siguieron dominando el arte durante buena parte del siglo xx. Los artistas continuaron centrándose en experiencias subjetivas, la multiplicidad de significados y la expresión personal. Aparecieron numerosos estilos y muy variados, aunque todos tenían una modernidad característica relacionada con el rechazo de las formas y valores tradicionales. Las artes plásticas respondieron a las rápidas transformaciones de la sociedad del siglo xx, por ejemplo, los cambios que depararon las nuevas tecnologías, los descubrimientos científicos, el abandono de los principios tradicionales y la influencia de las culturas no occidentales. Al igual que los literatos del período, los artistas plásticos transgredieron las fronteras estéticas y se apartaron mucho de los gustos convencionales de la gente corriente.

Pablo Picasso se dejó llevar más lejos aún por su genio particular hasta llegar a las variaciones e invenciones cubistas. Un grupo conocido como «expresionistas» defendió que el color y la línea ya expresan por sí solas cualidades psicológicas inherentes, de modo que un cuadro no necesita portar ningún objeto figurativo. El ruso Vasili Kandinski llevó esta postura hasta su extremo lógico denominando

improvisaciones a sus cuadros sin titular e insistiendo en que no significaban nada. Otro grupo de expresionistas rechazó aquellos experimentos intelectuales para defender lo que ellos llamaron «objetividad», con lo que aludían a una valoración sincera del estado de la humanidad. Atacaron con frecuencia la codicia y decadencia de la Europa de la posguerra. Como representante principal de este grupo figura el alemán George Grosz, cuya postura cruel y satírica se ha comparado con una «navaja cortando un grano». Sus mordaces ilustraciones a modo de caricaturas se convirtieron en las representaciones más famosas del despreciado gobierno de Weimar.

Otra escuela se rebeló contra la idea misma del principio estético. Los principios se basan en la razón, argumentaban, y el mundo había demostrado más allá de toda duda (luchando contra sí mismo a muerte) que la razón no existe. Estos artistas, autollamados dadaístas (supuestamente por un término tomado al azar del diccionario), estaban dirigidos por el francés Marcel Duchamp, el alemán Max Ernst y el alsaciano Jean (Hans) Arp. Rechazando todas las convenciones artísticas formales, los dadaístas crearon «invenciones» aleatorias a partir de recortes y yuxtaposiciones de madera, vidrio y metal, y les asignaron nombres insólitos como, por ejemplo, *La recién casada desnudada también por sus solteros* (Duchamp). Los artistas afirmaban que sus obras carecían de sentido y respondían a un juego, pero los críticos tenían opiniones distintas y las veían más bien como expresiones del subconsciente. El dadaísmo influyó en artistas surrealistas como el italiano Giorgio de Chirico y el español Salvador Dalí, quien exploró el interior de la mente y realizó cuadros irracionales, fantásticos y, por lo común, melancólicos. El dadaísmo adoptó asimismo un trasfondo político, sobre todo en Alemania, al brindar una crítica social nihilista que rozaba el anarquismo. Con sus ataques al racionalismo extendidos al teatro y las letras, estos artistas desafiaron las propias bases de la cultura nacional.

Algunos artistas respondieron a la sensación de crisis internacional de un modo muy similar a los escritores. Durante los años treinta, sus pinturas, dirigidas directamente al gran público, expresaron dolor e indignación. Los miembros más importantes de este movimiento fueron los muralistas mexicanos Diego Rivera y José Clemente Orozco, y los estadounidenses Thomas Hart Benton y Reginald Marsh. Estos hombres aspiraron a reproducir las condiciones sociales del mundo moderno, plasmando con todo detalle las esperanzas y penurias de la gente corriente. Aunque rompieron con las convenciones del pasado, no había nada ininteligible en su obra. Era un arte para todos. Gran parte de él portó el aguijón de la sátira social. Orozco, en especial, se regodeó en ridiculizar la hipocresía de la Iglesia y la codicia y la crueldad de plutócratas y saqueadores.

Los arquitectos también rechazaron el sentimentalismo y la tradición. Entre 1880 y 1890, diseñadores de Europa y América anunciaron que los estilos arquitectónicos imperantes no armonizaban con las necesidades de la civilización moderna. Los

arquitectos modernos fueron precursores de un estilo conocido como «funcionalismo»; este grupo incluyó a Otto Wagner en Austria, Charles Édouard Jeanneret (conocido como Le Corbusier) en Francia, y Louis Sullivan y Frank Lloyd Wright en Estados Unidos. El principio básico del funcionalismo rezaba que el aspecto de un edificio debe revelar su uso y finalidad reales. «La forma siempre sigue a la función», era la máxima de Sullivan. La ornamentación se diseñaba para reflejar una era de ciencia y maquinaria. Un sobresaliente practicante europeo del funcionalismo fue el alemán Walter Gropius, fundador en 1919 de una escuela (la Bauhaus) en Dessau que sirviera como centro para la teoría y la práctica de la arquitectura moderna. Gropius y sus seguidores declararon que el estilo de sus diseños, que con el tiempo se llamaría «internacional», era el único que permitía la aplicación correcta de materiales nuevos: cromo, vidrio, acero y hormigón.

AVANCES CIENTÍFICOS DE ENTREGUERRAS

Los artistas e intelectuales de la época estuvieron muy influidos, no ya por la sociedad o la política, sino por la ciencia. Los trabajos novedosos del físico alemán Albert Einstein revolucionaron no ya toda la estructura de las ciencias físicas, sino que también desafiaban los conceptos básicos de la gente corriente acerca del universo. Einstein, reconocido en seguida como uno de los grandes intelectos de todos los tiempos, empezó a cuestionar los mismísimos fundamentos de la física tradicional a principios del siglo xx. En 1915 ya había propuesto formas completamente nuevas para reflexionar sobre el espacio, la materia, el tiempo y la gravedad. Su teoría más famosa, la de la relatividad, sostiene que el espacio y el movimiento son relativos entre sí, y no absolutos. Junto a las tres dimensiones de siempre, Einstein incorporó una cuarta (el tiempo) y representó las cuatro como fundidas en el continuo espaciotemporal. Esto significaba que la masa depende del movimiento, de manera que los cuerpos en movimiento (sobre todo a velocidades muy elevadas) tienen una forma y una masa distintas a las que tendrían en reposo.

Las teorías de Einstein allanaron el camino para otro descubrimiento revolucionario en física: la división del átomo. Ya en 1905, Einstein estaba convencido de la equivalencia entre masa y energía, y desarrolló una fórmula para convertir la una en la otra. La ecuación, expresada como $E = mc^2$, establece que la cantidad de energía que alberga un átomo en su interior es igual a la masa multiplicada por el cuadrado de la velocidad de la luz. La fórmula no halló ninguna aplicación práctica durante años. Pero en 1932, cuando el inglés sir James Chadwick descubrió el neutrón, que no porta carga eléctrica, los científicos dispusieron de una herramienta perfecta para bombardear el átomo, es decir, para escindirlo. En 1939,

Otto Hahn y Fritz Strassman, ambos físicos alemanes, consiguieron dividir átomos de uranio bombardeándolos con neutrones. La reacción inicial produjo una serie de reacciones en cadena: cada átomo dividido disparó más neutrones que, a su vez, escindieron otros átomos. Durante la Segunda Guerra Mundial, los científicos de Alemania, Gran Bretaña y Estados Unidos fueron acuciados por gobiernos deseosos de transformar aquellos hallazgos en armas. Los científicos estadounidenses prepararon en seguida una bomba atómica, el arma más destructiva jamás creada: un legado irónico para Einstein, un hombre que dedicó gran parte de su vida a fomentar el pacifismo, el liberalismo y la justicia social.

Otra contribución importante para la física y que no tardó en incorporarse a la cultura popular fue el «principio de incertidumbre» postulado por el físico alemán Werner Heisenberg en 1927. Heisenberg, muy influido por Einstein, demostró que es imposible (incluso en teoría) medir a la vez la posición y la velocidad de un objeto. La teoría sólo tenía relevancia al tratar con átomos o partículas subatómicas, debido a la naturaleza interconectada de las ondas y las partículas a esas escalas pequeñas. Aunque el gran público apenas comprendía aquellos conceptos científicos sin precedentes, las invocaciones metafóricas de la «relatividad» y el «principio de incertidumbre» encajaban con las ambigüedades del mundo moderno. Para mucha gente, nada era definitivo, todo estaba cambiando, y la ciencia parecía demostrarlo.

LA CULTURA DE MASAS Y SUS POSIBILIDADES

Sin embargo, los cambios culturales trascendieron con creces los círculos de las élites artísticas o intelectuales. El ascenso espectacular de los medios de comunicación durante los años de entreguerras transformó la cultura popular y la vida de la gente corriente. Los nuevos medios de comunicación (sobre todo la radio y el cine) alcanzaron audiencias sin precedentes. La vida política incorporó muchos de estos medios nuevos, lo que desencadenó el temor de que la gente común, cada vez más nombrada como las «masas», fuera manipulada por la demagogia y la propaganda. En 1918, la política popular pasó a convertirse con rapidez en una realidad cotidiana: lo que equivalía al sufragio casi universal (según el país), partidos políticos bien organizados que tendían la mano a los votantes y, en general, más participación en la vida política. La política popular fue acompañada por un aumento de la cultura de masas: los libros, periódicos, películas y modas se producían en grandes cantidades y con formatos estandarizados, que resultaban menos costosos y más accesibles, para atraer no sólo a más gente, sino a más tipos de gente. Las viejas formas de «cultura popular» solían ser locales y específicas de una clase. La cultura de masas, al menos en principio, atravesó fronteras entre clases, etnias y hasta nacionalidades. El término,

sin embargo, puede resultar engañoso. El mundo de la cultura no se volvió homogéneo de repente. No más de la mitad de la población leía periódicos con regularidad. No todo el mundo escuchaba la radio, y quienes lo hacían tampoco creían todo lo que oían. Pero el ritmo de la transformación cultural aumentó notablemente. Y durante los años de entreguerras, la cultura de masas demostró que había adquirido un potencial tanto democrático como autoritario.

La expansión de la cultura de masas se basó en la aplicación generalizada de las tecnologías existentes. La comunicación inalámbrica, por ejemplo, se inventó antes de que cambiara el siglo, y tuvo un empleo limitado en la Primera Guerra Mundial. Sin embargo, gracias al incremento de la inversión financiera, la industria radiofónica tuvo un éxito espectacular en la década de 1920. Tres de cada cuatro familias británicas tenían radio a finales de los años treinta y, en Alemania, la proporción era aún mayor. En todos los países europeos, los derechos de emisión dependían del control del gobierno; en Estados Unidos, la administración de la radio recayó en empresas. La emisión radiofónica se convirtió pronto en la tribuna nacional improvisada para los políticos, y desempeñó un papel nada trivial en la creación de nuevas variantes de lenguaje político. Las tranquilizadoras charlas informales del presidente Franklin Roosevelt aprovecharon el puente que tendía la radio entre el mundo público de la política y el mundo privado doméstico. Hitler cultivó una personalidad radiofónica diferente gritando salvajes invectivas; sólo en 1933 pronunció unos cincuenta discursos. En Alemania, los propagandistas nazis radiaban sus mensajes a los hogares o los gritaban con gran estruendo a través de micrófonos en las plazas públicas de forma constante y repetitiva. La radiodifusión creó nuevos rituales de vida política y brindó nuevos medios de comunicación y persuasión.

Lo mismo sucedió con la publicidad. No era nueva, pero sí adquirió una relevancia novedosa. Las empresas gastaron mucho más en publicidad que antes. Las imágenes visuales impactantes reemplazaron a viejas propagandas que sencillamente anunciaban productos, precios y nombres de marcas. Muchos observadores consideraron la publicidad como la «más moderna» de todas las formas artísticas. ¿Por qué? Era una comunicación eficiente, racionalizada y tipificada, que se servía de la psicología moderna; las agencias de publicidad afirmaban dominar la ciencia de saber cómo vender. En un mundo rehecho por la política popular, y en un momento en que el poder adquisitivo de la gente corriente empezaba a crecer, aunque despacio, el elevado interés por la publicidad (al igual que por gran parte de la cultura de masas) resultó evidente para muchos.

Los cambios más espectaculares aparecieron en las pantallas de cine. La tecnología de las imágenes en movimiento llegó antes; la década de 1890 fue la era de las sesiones a cinco centavos (*Nickelodeons*) y de las películas cortas. Y, en aquel período, Francia e Italia tenían una industria cinematográfica fuerte. Los cortos

informativos durante la guerra popularizaron más el cine, lo que favoreció que durante el período de entreguerras alcanzara gran éxito. Cuando se incorporó sonido a las películas en 1927, los costes se dispararon, la competencia aumentó y la audiencia creció con rapidez. Se calcula que en la década de 1930, el 40 por ciento de los británicos adultos acudía a ver películas una vez a la semana, una cifra sorprendentemente alta. Muchos iban más a menudo incluso. La industria cinematográfica estadounidense se volvió muy competitiva en Europa, porque se mantenía gracias a las dimensiones de su mercado nacional, a inversiones inmensas destinadas a equipos y distribución, a una mercadotecnia agresiva y al sistema de Hollywood para tener famosos consistente en firmar contratos a largo plazo con actores muy conocidos que, en cierto sentido, tipificaban el producto y garantizaban el éxito de la película.

También Alemania albergó un grupo de directores, escritores y actores de talento, así como una productora importante, UFA (Universum Film AG), que dirigió los estudios más grandes y mejor equipados de Europa. La historia de la UFA discurre paralela a la del país: durante la Primera Guerra Mundial dependió de la administración del gobierno, quedó destruida con la crisis económica de comienzos de los años veinte, fue recuperada por nacionalistas alemanes adinerados a finales de esa década y, por último, quedó bajo el control nazi. Durante los años de Weimar, UFA produjo algunas de las películas más notables del período, entre ellas *Der letzte Mann* (*El último hombre*, también conocida como *El último* o *La última carcajada*), una película aclamada en todo el mundo y dirigida por F. W. Murnau, uno de los dos grandes maestros del expresionismo alemán. El otro fue Fritz Lang, director de obras maestras como la película de ciencia-ficción *Metropolis* (1926) y la película alemana más famosa *M-Eine Stadt sucht einen Mörder* (1931; cuyo título en castellano fue *M, el vampiro de Dusseldorf*). Tras la llegada de Hitler al poder, los nazis asumieron el control de UFA, que pasó a depender de Joseph Goebbels y el ministerio de propaganda. Aunque la producción continuó sin parar durante el Tercer Reich, muchos de los miembros más capaces de esta industria huyeron del régimen opresivo y pusieron fin a la edad dorada del cine alemán.

La nueva cultura de masas inquietó a muchos. La amenaza procedía directamente de Estados Unidos, que inundó Europa de exportaciones culturales después de la guerra. Las películas del oeste, las novelas de tres al cuarto y el jazz (cuya popularidad fue en aumento en la década de 1920) introdujeron nuevos estilos de vida en Europa. La publicidad, las comedias y las novelas rosas diseminaron imágenes nuevas y a menudo desconcertantes de la feminidad. Las «nuevas mujeres», con melenas cortas y vestidos también cortos, parecían resueltas, coquetas, caprichosas y materialistas. El género del «salvaje oeste» tuvo gran éxito entre los quinceañeros, con gran pesar para sus padres y educadores, quienes lo consideraban un pasatiempo

impropio y de clase baja. En Europa, la atracción que ejercía la cultura popular estadounidense en gente de todas las clases sociales irritó a las jerarquías sociales de toda la vida. Ciertos críticos conservadores aborrecieron el hecho de que «la esposa del sacerdote se sentara junto a su criada durante las sesiones cinematográficas dominicales, para quedarse igual de absorta que ella en la contemplación de las estrellas de Hollywood». Los críticos americanos compartieron muchas de esas mismas preocupaciones. Pero Estados Unidos disfrutó de más estabilidad social y política que Europa. La guerra y la revolución habían sacudido las economías y culturas europeas y, dentro de ese contexto, la «americanización» parecía un método rápido y cómodo para realizar el cambio económico y cultural. Un crítico expresó del siguiente modo una preocupación común: «América es la fuente de esa oleada terrible de uniformidad que pone a todo el mundo el mismo abrigo sobre la piel, el mismo libro en la mano, el mismo bolígrafo en los dedos, la misma conversación en los labios, el mismo automóvil en lugar de pies».

Los gobiernos autoritarios, sobre todo, tacharon esos cambios de amenazas decadentes a la cultura nacional. Los gobiernos fascista, comunista y nazi intentaron por igual controlar no sólo la cultura popular, sino también la cultura elevada y el modernismo que, por regla general, no estaban en línea con los diseños de los dictadores. Stalin prefirió el «realismo socialista» a la nueva vanguardia soviética. Mussolini tenía predilección por la cursilería clásica, aunque aceptó mucho más el arte moderno que Hitler, quien despreciaba su «decadencia». El nazismo tuvo una estética cultural propia que fomentó el arte y la arquitectura «arias», y rechazó el estilo moderno, «internacional», que los nazis asociaban con la «conspiración judía internacional». El modernismo, el funcionalismo y la atonalidad se prohibieron: los distintivos de la supremacía cultural de Alemania durante la República de Weimar se sustituyeron por el resurgimiento, promovido por el gobierno, de un supuesto pasado místico y heroico. Los aclamados experimentos de Walter Gropius en la arquitectura modernista, por ejemplo, quedaron como monumentos a todo lo que los nazis aborrecían. La escuela de la Bauhaus se clausuró en 1933, y Hitler contrató a Albert Speer como arquitecto personal para encargarle el diseño de grandiosos edificios neoclásicos además de un extravagante proyecto para reconstruir toda la ciudad de Berlín.

Al igual que otros gobiernos autoritarios, los nazis usaron los medios de comunicación como vías eficaces de adoctrinamiento y control. Las películas pasaron a formar parte del uso pionero que hicieron los nazis de la «política espectacular». Las campañas a través de los medios, los mítines multitudinarios, los desfiles y ceremonias: todo estaba diseñado para exhibir la fuerza y la gloria del Reich, y para impresionar e intimidar a los espectadores. En 1934, Hitler encargó a la cineasta Leni Riefenstahl la grabación de un mitin político protagonizado por ella misma y Albert

Speer en Núremberg. La película, titulada *El triunfo de la voluntad*, fue un himno visual a la raza nórdica y el régimen nazi. Todo en la película era a una escala descomunal: multitud de cuerpos en formación para desfilan, banderas que subían y bajaban al unísono; la película invitaba a los espectadores a rendirse al poder del gran ritual y el simbolismo. El cómico Charlie Chaplin respondió con la célebre sátira *El gran dictador* (1940), una parodia de la pomposidad nazi que cosechó gran éxito.

Los nazis también intentaron eliminar las influencias de la cultura popular estadounidense, que incluso antes de 1933 ya se había despreciado como ejemplo de degeneración biológica y cultural. Por ejemplo, los críticos asociaron los bailes estadounidenses y el jazz (cada vez más populares en las ciudades alemanas) con lo que los nazis consideraron las «razas inferiores» de los negros y los judíos. No obstante, con la cultura los nazis se vieron obligados a encontrar un equilibrio entre la propaganda del partido y el entretenimiento popular. El régimen permitió que continuaran muchas importaciones culturales, incluidas películas de Hollywood, al mismo tiempo que cultivaba deliberadamente alternativas alemanas al cine, la música, las modas y hasta los bailes procedentes de América. Joseph Goebbels, ministro de propaganda que controló la mayoría de la producción cinematográfica, otorgó gran valor a la viabilidad económica. Durante el Tercer Reich, la industria cinematográfica alemana ofreció comedias, fantasías escapistas e historias sentimentales. Desarrolló su propio sistema para tener famosos e intentó contentar al público; al mismo tiempo se convirtió en uno de los mayores competidores internacionales. Para el consumo interno, la industria produjo también crueles películas antisemitas, como *El judío eterno* (1940) y *El judío Süß* (1940), una historia ficticia sobre un prestamista judío que arruina la ciudad de Württemberg en el siglo XVIII. En la última escena de la película, la ciudad expulsa a toda la comunidad judía pidiendo que la «posteridad respete esta ley». Goebbels comunicó que todo el consejo de ministros del Reich había visto la película y la había considerado «un logro increíble».

Conclusión

Las tensiones de la Primera Guerra Mundial crearon un mundo apenas reconocible, transformado por la revolución, la movilización generalizada y las víctimas. En retrospectiva, cuesta no ver el período subsiguiente como una sucesión de fallos. El capitalismo se hundió con la Gran Depresión, las democracias se derrumbaron ante el autoritarismo y el Tratado de Versalles se demostró sin efecto práctico. Pero las experiencias y las impresiones de la gente corriente se entienden mejor si los errores del período de entreguerras no se tratan como inevitables. A finales de la década de

1920, muchos vieron con un optimismo cauteloso la posibilidad de que se superara la herencia dejada por la Gran Guerra y de que se resolvieran los problemas. La Gran Depresión (1929-1933) destruyó esas esperanzas y conllevó el caos económico y la parálisis política. La parálisis y el caos crearon, a su vez, nuevas audiencias para líderes políticos que ofrecían soluciones autoritarias, y más votantes para sus partidos políticos. Por último, los problemas económicos y la confusión política dificultaron en gran medida la solución de las crecientes tensiones internacionales que se tratan a continuación. En la década de 1930, hasta el optimismo cauteloso acerca de las relaciones internacionales había dejado paso a la aprensión y el pavor.

Bibliografía seleccionada

- BULLOCK, Alan, *Hitler y Stalin: vidas paralelas*, Barcelona, Plaza & Janés, 1994.
- CARR, Edward, *Historia de la Rusia soviética*, Madrid, Alianza, 1984.
- , *La Revolución rusa: de Lenin a Stalin, 1917-1929*, Madrid, Alianza, 2002.
- COHÉN, Stephen, *Bujarin y la revolución bolchevique: biografía política, 1888-1938*, Madrid, Siglo XXI, 1976.
- CONQUEST, Robert, *El Gran Terror*, Barcelona, Caralt, 1974.
- EVANS, Richard, *La llegada del Tercer Reich: el ascenso de los nazis al poder*, Barcelona, Península, 2005.
- , *El Tercer Reich en el poder, 1933-1939*, Barcelona, Península, 2007.
- GAY, Peter, *La cultura Weimar*, Barcelona, Argos Vergara, 1984.
- GETTY, Arch, y Oleg NAUMOV, *La lógica del terror: Stalin y la autodestrucción de los bolcheviques (1932-1939)*, Barcelona, Crítica, 2001.
- HAFFNER, Sebastian, *La revolución alemana de 1918-1919*, Barcelona, Inédita, 2005.
- HOBBSBAWM, Eric, *Historia del siglo xx, 1914-1991*, Barcelona, Crítica, 2002.
- KERSHAW, Ian, *Hitler*, Barcelona, Península, 2007.
- , *El mito de Hitler: imagen y realidad en el Tercer Reich*, Barcelona, Paidós, 2003.
- KEYNES, John Maynard, *Las consecuencias económicas de la paz*, Barcelona, Crítica, 2002.
- KLEMPERER, Victor, *LTI: la lengua del Tercer Reich: apuntes de un filólogo*, Barcelona, Minúscula, 2004.
- , *Quiero dar testimonio hasta el final: diarios 1933-1945*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2003.
- LAQUEUR, Walter, *Stalin: la estrategia del terror*, Barcelona, Ediciones B, 2003.
- LEWIN, Moshe, *El siglo soviético: ¿qué sucedió realmente en la Unión Soviética?*, Barcelona, Crítica, 2006.
- OVERY, Richard James, *Dictadores: la Alemania de Hitler y la Unión Soviética de*

Stalin, Barcelona, Tusquets, 2006.

SCHMIDT, Paul, *Europa entre bastidores: del Tratado de Versalles al Juicio de Núremberg*, Barcelona, Destino, 2005.

SEBAG MONTEFIORE, Simon, *Llamadme Stalin: la historia secreta de un revolucionario*, Barcelona, Crítica, 2007.

TAIBO, Carlos, *La Unión Soviética. El espacio ruso-soviético en el siglo xx*, Madrid, Síntesis, 1999.

VIDAL, César, *La ocasión perdida: la Revolución rusa de 1917: del régimen zarista a los horrores del estalinismo*, Barcelona, Península, 2005.

CAPÍTULO 26

La Segunda Guerra Mundial

En septiembre de 1939, Europa fue arrasada por otra guerra mundial. La Segunda Guerra Mundial no fue una mera continuación de la Primera. Ambas se desencadenaron cuando estuvo en riesgo el equilibrio de poder europeo. Pero, más aún que la Gran Guerra, la Segunda Guerra Mundial fue un conflicto entre naciones, pueblos enteros e ideales ferozmente contrapuestos. Los métodos bélicos de la Segunda Guerra Mundial tuvieron poco en común con los de la Primera. En 1914, la potencia de fuego militar había superado a la movilidad, lo que deparó cuatro años de masacre estática, sumida en el lodo. En 1939, la movilidad se unió a una potencia de fuego a gran escala. Los resultados fueron aterradores. En el campo de batalla, las tácticas de la guerra relámpago (*Blitzkrieg*), portaaviones que hundían barcos situados mucho más allá del horizonte y submarinos utilizados en gran número para dominar las rutas de navegación transformaron el alcance y el ritmo de la contienda. Ésta no fue una guerra de trincheras y alambradas de espinos, sino una guerra de movimiento, de conquistas impresionantes y un poder destructivo espeluznante. La devastación de 1914 a 1918 fue insignificante en comparación con la del nuevo conflicto global.

Otra diferencia crucial no estribó en las tácticas, sino en los objetivos. Gran parte del poder de aniquilación sin precedentes del que se disponía ahora se lanzó directamente contra civiles. Las ciudades quedaron asoladas por la artillería y los bombardeos aéreos. Regiones enteras quedaron arrasadas por las llamas, mientras que las ciudades pequeñas y pueblos fueron acordonados y derribados de forma sistemática. Poblaciones completas también sirvieron de blanco mediante procedimientos que siguen horrorizando. El asesinato sistemático por parte del régimen nazi de gitanos, homosexuales y otros «pervertidos» junto con el esfuerzo por exterminar al pueblo judío en su totalidad convirtieron la Segunda Guerra Mundial en un evento horripilante y único. Lo mismo ocurrió con el uso que hicieron los estadounidenses de un arma cuya existencia decidiría el devenir de la política y la sociedad durante los cincuenta años siguientes: la bomba atómica. El ingenuo entusiasmo que había caracterizado el comienzo de la Gran Guerra estuvo ausente desde el principio en este caso. Aún perduraban recuerdos espantosos del primer conflicto. Pero quienes lucharon contra las Potencias del Eje (y muchos de los que batallaron de su lado) vieron crecer su determinación a luchar y ganar a medida que

avanzaba el conflicto. A diferencia del aparente sinsentido de la masacre de la Gran Guerra, la Segunda Guerra Mundial se planteó como una guerra de absolutos, de buenos y malos, de supervivencia nacional y global. Sin embargo, la capacidad destructiva trajo consigo un cansancio profundo. Asimismo, suscitó interrogantes muy arraigados sobre el valor de la «civilización» occidental y los términos en los que ella y el resto del mundo habrían de vivir en paz en el futuro.

Las causas de la guerra: discrepancias pendientes, repercusiones económicas y nacionalismo

Las causas de la Segunda Guerra Mundial radicarón en los acuerdos de paz de 1919-1920. La paz había creado tantos problemas como los que había resuelto. Los antiguos jefes de estado de los Aliados cedieron ante demandas que implicaron la anexión de territorio alemán y la creación de estados satélite a partir de los imperios europeos orientales. Con todo ello, los pacificadores generaron nuevos amargores y conflictos. El Tratado de Versalles y sus defensores, como el presidente Woodrow Wilson, proclamaron el principio de autodeterminación para los pueblos del este y el sur de Europa. Pero los estados nuevos creados mediante el tratado atravesaron fronteras étnicas, conllevaron compromisos políticos y frustraron muchas de las expectativas que habían infundido. Las inestables fronteras recién trazadas tuvieron que remodelarse a la fuerza en la década de 1930. Las potencias aliadas mantuvieron, además, el bloqueo naval contra Alemania al finalizar la contienda. Esto obligó al nuevo gobierno alemán a aceptar los severos términos que privaron al país de su peso político dentro de Europa, y endosaron a la economía alemana la cuenta del conflicto en una cláusula de «culpabilidad». El bloqueo y sus consecuencias suscitaron quejas que muchos alemanes molestos y humillados consideraron legítimas.

El juego de poder persistió después de la conferencia de paz, del mismo modo que lo hizo en los tratados. Aunque Woodrow Wilson y otros promotores de la Sociedad de Naciones aplaudieron la institución por considerarla un medio para acabar con las pugnas de poder, no sirvió para nada parecido. Las firmas de los tratados de paz aún estaban húmedas cuando los vencedores empezaron a establecer alianzas para mantener la supremacía, intervenir en los estados nuevos de Europa central y en los territorios de Oriente Medio incorporados a los imperios de Gran Bretaña y Francia en calidad de «mandatos». Hasta la propia Sociedad de Naciones fue sobre todo una alianza de los vencedores contra los vencidos. No sorprende, pues, que los políticos temieran que este desequilibrio de poder minara las relaciones internacionales.

Otra causa de la Segunda Guerra Mundial la constituyó la incapacidad para crear criterios duraderos y vinculantes para la paz y la seguridad. Los diplomáticos se

pasaron diez años después de Versalles intentando restablecer esos criterios. Algunos depositaron su fe en la autoridad legal y moral de la Sociedad de Naciones. Otros contemplaron el desarme como el método más prometedor para garantizar la paz. A lo largo de la década de 1920, diversos hombres de estado destacados de Europa — los ministros de exteriores alemán y francés Gustav Stresemann y Aristide Briand, y los primeros ministros británicos Stanley Baldwin y Ramsay MacDonald— intentaron alcanzar una serie de acuerdos para estabilizar la paz e impedir el rearme. En 1925 se hizo un esfuerzo por proteger las fronteras en el Rin establecidas en Versalles. En 1928, el pacto Kellogg-Briand intentó que la guerra se considerara un delito internacional. A pesar de la buena fe de muchos de los hombres de estado implicados, ninguno de aquellos pactos alcanzó un peso real. Cada nación intentó incluir estipulaciones y excepciones especiales para los «intereses vitales», y estas tentativas comprometieron los tratados desde el principio. Si la Sociedad de Naciones hubiera estado mejor organizada, habría aliviado algunas de las tensiones o, al menos, evitado enfrentamientos entre naciones. Pero el organismo jamás fue una sociedad de todas las naciones. Faltaban miembros esenciales, puesto que Alemania y la Unión Soviética estuvieron excluidas durante la mayoría del período de entreguerras, y Estados Unidos nunca ingresó en él.

Las condiciones económicas fueron una tercera causa importante de la reanudación del conflicto. Las colosales reparaciones impuestas a los alemanes y la ocupación francesa de gran parte del corazón industrial de Alemania contribuyeron poco a la recuperación alemana. La terquedad de ambos países en relación con el ritmo de los pagos se combinó de forma desastrosa para provocar la inflación alemana de comienzos de los años veinte. La escalada de la inflación casi dejó sin valor la moneda alemana, lo que causó unos daños casi irreparables en la estabilidad y credibilidad de la joven república alemana.

La depresión económica de la década de 1930 contribuyó de varias maneras al advenimiento de la guerra. Intensificó el nacionalismo económico. Los gobiernos, perplejos ante el problema del desempleo y el estancamiento comercial, impusieron aranceles elevados con la intención de proteger el mercado interior en favor de los productores nacionales. La caída de la inversión y el tremendo desempleo nacional animaron a Estados Unidos a apartarse aún más de los asuntos mundiales. Aunque Francia sufrió menos que otros países, la depresión todavía enardeció tensiones entre administración y mano de obra. Este conflicto exacerbó el enfrentamiento político entre izquierda y derecha y dificultó a ambas partes el ejercicio del gobierno de Francia. Gran Bretaña se refugió en su imperio, impuso aranceles desde el primer momento y custodió con celo sus inversiones financieras.

Estas políticas de retraimiento entre los Aliados dejaron la puerta abierta a tácticas más agresivas en otros lugares. En Alemania, la depresión asestó el golpe

final a la República de Weimar. En 1933, el poder pasó a manos nazis, quienes prometieron un programa global de renovación nacional. En los estados fascistas (y, como excepción, en Estados Unidos) se recomendaron proyectos de obras públicas de todo tipo para atajar el desempleo masivo. Esto dio lugar a carreteras, puentes y vías férreas, pero también a una nueva carrera armamentística.

A pesar de los recelos de muchos miembros del gobierno de Gran Bretaña y Francia, se permitió que Alemania ignorara las condiciones de los tratados de paz y se rearmara. La expansión armamentística a gran escala empezó en Alemania en 1935, con el resultado de un descenso del desempleo y una reducción de los efectos de la depresión. Otros países siguieron el ejemplo alemán, no ya para estimular sus economías, sino como reacción ante el creciente poder militar nazi. En el Pacífico, el descenso de las exportaciones japonesas privó a este país de suficiente divisa extranjera para pagar materias primas esenciales procedentes del exterior. Esto le hizo el juego al régimen militar japonés. Las aspiraciones nacionales japonesas y el convencimiento de sus dirigentes políticos acerca de la inferioridad política y cultural de los chinos empujaron a Japón hacia nuevas aventuras imperiales en nombre de la instauración de la estabilidad económica en Asia oriental. Éstas comenzaron en 1931 con la invasión de Manchuria, y luego derivaron en la creación de una «Gran esfera de coprosperidad del Pacífico» que implicaba la toma de otros territorios como colonias japonesas. Entonces, las materias primas podrían comprarse con dinero nipón, y una región mayor de Asia cubriría las necesidades del imperio japonés.

El éxito imperial podía servir de consuelo en caso de que fracasaran los métodos económicos. Cuando la depresión se prolongó en la Italia fascista, Mussolini intentó distraer la opinión pública con conquistas nacionales en el extranjero que culminaron con la invasión de Etiopía en 1935.

En suma, el gran problema económico de la depresión, un tratado de paz impugnado y la debilidad política minaron la estabilidad internacional. Pero el factor decisivo de las crisis de los años treinta, y el desencadenante de otra guerra mundial, radicó en una mezcla de nacionalismo violento e ideologías modernas que glorificaron la nación y el destino nacional. Esta mezcla, sobre todo en sus variantes fascista y militarista, afloró en muchos países de todo el mundo. A mediados de la década de 1930 y tras reconocer la existencia de intereses comunes, la Italia fascista y la Alemania nazi formaron un «Eje», una alianza que unió sus aspiraciones de gloria nacional y poder internacional. Más adelante se les unió el régimen militar nipón. En España, las fuerzas ultranacionalistas que intentaron derrocar la República española y provocaron con ello la Guerra Civil española (véase más adelante) creyeron restablecer así la estabilidad, la autoridad y la moralidad de la nación. Regímenes fascistas o semifascistas se propagaron por Europa oriental, como Yugoslavia, Hungría y Rumania. Una excepción a esta seria tendencia hacia el autoritarismo la

representó Checoslovaquia. Este país no cobijaba ninguna mayoría étnica. Aunque los checos practicaban una política progresista de autonomía minoritaria, y aunque tenían un gobierno muy estable, las cuestiones sobre nacionalidad siguieron siendo una fuente potencial de fricciones y se convirtieron en un factor clave cuando las tensiones internacionales aumentaron a finales de los años treinta.

La década de 1930: desafíos a la paz, apaciguamiento y la «década deshonest»

Los años treinta hicieron saltar las tensiones y fallos provocados por los tratados de 1919-1920. Los gobiernos fascistas y nacionalistas burlaron la Sociedad de Naciones acometiendo nuevas conquistas y campañas de expansión nacional. Con los recuerdos de 1914-1918 aún frescos, estas crisis crearon un clima de creciente temor y aprensión. Cada conflicto nuevo pareció advertir que se avecinaba otra guerra mucho más amplia a menos que pudiera evitarse de alguna manera. La gente corriente, sobre todo en Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos, estaba dividida. Algunos veían las actuaciones de los agresores como un desafío directo a la civilización que debía atajarse incluso por la fuerza en caso de necesidad. Otros confiaban en evitar un conflicto prematuro o innecesario. Sus gobiernos intentaron en varios momentos negociar con los fascistas y mantener una paz etérea. Escritores, intelectuales y políticos de izquierdas vilipendiaron esas actuaciones de «apaciguamiento». Los años treinta no fueron tan sólo una época de nuevas guerras y crisis globales; muchos consideraron el período como una serie de oportunidades desperdiciadas para evitar la guerra más amplia que estaba por llegar. En 1939, en el primer día de la Segunda Guerra Mundial, el poeta e izquierdista británico W. H. Auden reprobó el comportamiento de los gobiernos occidentales tachando la década de 1930 como una «década sórdida y deshonest».

El veneno de Auden iba dirigido contra la política de «apaciguamiento» practicada por los gobiernos occidentales ante la agresión alemana, italiana y japonesa. El apaciguamiento no era un mero juego de poder ni pura cobardía. Se basaba en tres supuestos muy válidos. El primero era que el estallido de otra guerra era inconcebible. Con el recuerdo de la masacre de 1914-1918 aún fresco en la memoria, muchos en el oeste defendieron el pacifismo o, en cierta medida, adoptaron una actitud que los mantuvo alejados de un enfrentamiento con la agresión inflexible de los gobiernos fascistas, sobre todo la Alemania nazi. En segundo lugar, muchos en Gran Bretaña y Estados Unidos admitieron que Alemania había sido maltratada por el Tratado de Versalles y defendieron las reivindicaciones legítimas que debían reconocerse y resolverse. Por último, muchos apaciguadores eran afirmes anticomunistas y creían que los estados fascistas de Alemania e Italia constituían un

baluarte esencial contra el avance del comunismo soviético, y que la división entre los grandes estados europeos sólo beneficiaba a la URSS. Pero este último punto dividió a los apaciguadores. Todos tenían interés en mantener el equilibrio de poder europeo. En cambio, un grupo creía que los soviets representaban la mayor amenaza, y que complaciendo a Hitler se crearía un interés común contra un enemigo común. La otra facción creía que la Alemania nazi planteaba la verdadera amenaza para la estabilidad europea; ello no obstante, consideraba que había que apaciguar a Hitler hasta que Gran Bretaña y Francia concluyeran su rearme. Para entonces, esperaban, la supremacía militar de ambos países disuadiría a Hitler o Mussolini de exponerse a una guerra general europea. El debate entre apaciguadores tardó la mayor parte de la década de 1930 en alcanzar un punto crítico. Mientras, la Sociedad de Naciones se enfrentó a desafíos más inmediatos y acuciantes.

Los años treinta sometieron a la Sociedad de Naciones a tres pruebas cruciales: las crisis de China, Etiopía y España. En China, la invasión japonesa de Manchuria en 1931 se tradujo en una invasión de todo el país. Ante el avance japonés, se envió a las fuerzas chinas, y los japoneses usaron como blanco a civiles para quebrar la voluntad china de luchar. En 1937, los japoneses pusieron sitio a la ciudad estratégica de Nankín. Las órdenes que recibieron al tomar la ciudad fueron simples: «Matad a todos, quemadlo todo, destruidlo todo». Más de doscientos mil ciudadanos chinos fueron masacrados en lo que acabaría conociéndose como la «Matanza de Nankín». La Sociedad de Naciones expresó su conmoción y desaprobación, pero no hizo nada. En 1935, Mussolini inició su campaña para convertir el Mediterráneo en un imperio italiano regresando a Etiopía para vengar la derrota de 1896. Esta vez los italianos acudieron con carros de combate, bombarderos y gas venenoso. Los etíopes lucharon con bravura pero sin esperanza, y aquella masacre imperial despertó la opinión mundial. La Sociedad de Naciones intentó imponer sanciones a Italia y condenó la actuación de Japón. Pero dos razones impidieron su aplicación. La primera estribó en el miedo británico y francés al comunismo, y su esperanza de que Italia actuara como contrapeso de los soviéticos. La segunda razón fue práctica. La imposición de sanciones plantearía un reto a la poderosa flota japonesa o a los acorazados de reciente construcción de Mussolini. Gran Bretaña y Francia no querían, y casi eran peligrosamente incapaces de, usar sus armadas para esos fines.

LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

El tercer desafío llegó de un lugar muy cercano. En 1936 estalló la Guerra Civil en España. Una serie de gobiernos republicanos débiles, entregados a unas reformas sociales generalizadas, no consiguieron vencer la oposición a aquellas medidas y la

polarización política. La guerra estalló con la sublevación de los mandos militares de extrema derecha. Aunque Hitler y Mussolini habían firmado un pacto de no intervención con el resto de potencias occidentales, ambos líderes enviaron tropas y pertrechos al comandante rebelde Francisco Franco (1939-1975). La Unión Soviética respondió prestando ayuda a las tropas comunistas que servían a la república española. De nuevo, Gran Bretaña y Francia fracasaron ante la necesidad de actuar con decisión. Miles de voluntarios procedentes de Inglaterra, Francia y Estados Unidos, entre ellos muchos socialistas de clase obrera y escritores como George Orwell y Ernest Hemingway, empuñaron las armas como soldados rasos en favor del gobierno republicano. Ellos entendieron la guerra como una prueba a la determinación occidental para oponerse al fascismo y las dictaduras militares. Sus gobiernos se mostraron mucho más vacilantes. Para los británicos, Franco era, al menos, anticomunista, igual que Mussolini y los japoneses. El primer ministro francés Léon Blum, ferviente antifascista, dirigía un gobierno de Frente Popular (una alianza entre socialistas, comunistas y republicanos). El Frente Popular había sido elegido gracias a un programa de reformas sociales y de oposición a Hitler en el extranjero y al fascismo en Francia. Pero Blum contaba con un margen de apoyo reducido. Temía que una intervención en España polarizara más aún su propio país, derrocará su gobierno e imposibilitara llevar hasta el final cualquier compromiso con el conflicto. En España, a pesar de algunas batallas heroicas, el bando republicano degeneró en un avispero de facciones que compitieron entre sí: republicanos, socialistas, comunistas y anarquistas.

La Guerra Civil española fue brutal. Tanto los «consejeros» alemanes como los soviéticos contemplaron España como un «ensayo general» para una guerra posterior entre ambas potencias. Ambos introdujeron allí sus armas más nuevas y pusieron en práctica su habilidad para destruir objetivos civiles desde el aire. En abril de 1937, un ataque de bombarderos alemanes en picado destruyó por completo la ciudad de Guernica, en el norte de España, con la intención de cortar las líneas de abastecimiento republicanas y de aterrorizar a la población. El suceso conmocionó a la opinión pública y fue conmemorado por Pablo Picasso en uno de los lienzos más famosos del siglo xx. Ambos bandos cometieron atrocidades. La Guerra Civil española duró tres años y finalizó con la victoria absoluta de Franco en 1939. Durante el período subsiguiente, Gran Bretaña y Francia se mostraron muy reacias a admitir como refugiados a los republicanos españoles, aun cuando éstos se encontraron con recriminaciones por parte del régimen franquista. Franco envió a prisión o a campos de concentración a un millón de sus enemigos republicanos. Hitler extrajo dos lecciones de España. La primera fue que si Gran Bretaña, Francia y la Unión Soviética intentaban en algún momento contener el fascismo, lo tendrían difícil para coordinar sus esfuerzos. La segunda fue que Gran Bretaña y Francia se negaban

profundamente a librar otra guerra europea. Esto significaba que los nazis podían usar todos los medios menos la guerra para alcanzar sus objetivos.

EL REARME ALEMÁN Y LA POLÍTICA DE APACIGUAMIENTO

Hitler se aprovechó de esta combinación de tolerancia internacional y cansancio bélico para avanzar en sus ambiciones. A medida que Alemania se rearmaba, Hitler siguió explotando el sentimiento de deshonra y de traición que tenía el pueblo alemán, proclamando su derecho a recuperar su vieja hegemonía mundial. En 1933 retiró el país de la Sociedad de Naciones, cuya admisión se había aceptado finalmente en 1926. En 1935 desafió las estipulaciones de desarme del Tratado de Versalles y reinstauró el reclutamiento obligatorio y la instrucción militar universal. Los objetivos declarados de Hitler consistían en recuperar el poder y la dignidad de Alemania dentro de Europa, y la unificación de toda la etnia alemana dentro del Tercer Reich alemán. Como primer paso para ello, Alemania volvió a ocupar Renania en 1936. Aquél fue un movimiento arriesgado capaz de desencadenar una guerra contra el ejército mucho más poderoso de Francia. Pero Francia y Gran Bretaña no lanzaron una respuesta militar. Visto en retrospectiva, éste fue un momento decisivo; la balanza del poder se inclinó en favor de Alemania. Mientras Renania permaneció desmilitarizada y la industria alemana en el valle del Ruhr estuvo desprotegida, Francia tuvo ventaja. Después de 1936, dejó de ser así.

En marzo de 1938, Hitler se anexionó Austria, con lo que reafirmó su intención de reunir a todos los germanos bajo su Reich. Una vez más, no se produjo ninguna reacción oficial por parte del oeste. El siguiente objetivo de los nazis se centró en los Sudetes en Checoslovaquia, con gran cantidad de población de etnia germana. Ahora que Austria formaba parte de Alemania, Checoslovaquia se encontró casi rodeada en su totalidad por este vecino hostil. Hitler declaró que los Sudetes eran parte natural del Reich y que tenía intención de ocuparlos. Los checos no querían ceder. Los generales de Hitler recelaban de aquella jugada. Checoslovaquia tenía un ejército fuerte y bien equipado, y una hilera de fortificaciones a lo largo de la frontera. Muchos en los gobiernos de Francia y Polonia quisieron acudir en ayuda de los checos. Según ciertos planes ya trazados para una guerra europea generalizada, Alemania no estaría preparada hasta tres o cuatro años después. Pero Hitler se arriesgó, y el primer ministro británico, Neville Chamberlain, lo complació. Chamberlain decidió hacerse cargo de conversaciones internacionales acerca de los Sudetes en los términos de Hitler. Chamberlain se guió por la lógica de que aquella disputa guardaba relación con el equilibrio de poder en Europa. Si a Hitler se le permitía unir a todos los germanos en un solo estado, razonó él, quedarían satisfechas

las aspiraciones alemanas. Chamberlain también creyó que su país no podría entregarse a una guerra duradera. Por último, la defensa de las fronteras de Europa oriental frente Alemania ocupaba un lugar secundario en la lista de prioridades británicas, al menos, en comparación con la aspiración de asegurar el libre comercio en Europa occidental y proteger los núcleos estratégicos del imperio británico.

El 29 de septiembre de 1938, Hitler se reunió con Chamberlain, el primer ministro francés Édouard Daladier (1938-1940) y Mussolini en una cumbre de cuatro potencias en Múnich. El resultado fue otra capitulación de Francia y Gran Bretaña. Los cuatro negociadores malvendieron un buen pedazo de Checoslovaquia, mientras los representantes checos aguardaban su destino fuera de la sala de conferencias. Chamberlain regresó a Londres proclamando «paz en nuestro tiempo». Hitler no tardó en destapar aquel falso alarde. En marzo de 1939 Alemania invadió lo que quedaba de Checoslovaquia e instauró un gobierno títere en la capital, la ciudad de Praga. Ésta fue la primera conquista alemana de un territorio no alemán, y propagó ondas de choque por toda Europa. Convenció a la opinión pública y política fuera de Alemania de la futilidad del apaciguamiento. Chamberlain se vio obligado a cambiar por completo de política. El rearme británico y francés experimentó una aceleración espectacular. Gran Bretaña, junto a Francia, garantizó la soberanía de los dos estados situados ahora en el camino de Hitler: Polonia y Rumania.

Mientras, las políticas de apaciguamiento habían alimentado los temores de Stalin ante la posibilidad de que las democracias occidentales idearan un trato con Alemania, a expensas soviéticas, para desviar la expansión alemana hacia el este. La Unión Soviética no había sido invitada a la conferencia de Múnich y, receloso de que Gran Bretaña y Francia no fueran aliados fiables, Stalin se convenció de que debía buscar seguridad en otra parte. Conscientes del tradicional deseo soviético de conseguir territorios en Polonia, los representantes de Hitler tentaron a Stalin con la promesa de repartirse Polonia, Finlandia, los estados bálticos y Bessarabia entre ambos países. En cínica oposición a sus proclamas antinazis, los soviéticos firmaron un pacto de no agresión con los nazis en agosto de 1939. Cuando acudieron a Múnich, Francia y Gran Bretaña habían antepuesto sus propios intereses; la Unión Soviética también miró por los suyos en esta ocasión.

El estallido de las hostilidades y la caída de Francia

Tras el éxito en Checoslovaquia, Hitler exigió la abolición del pasillo polaco. Éste era una franja estrecha de tierra que conectaba Polonia con el mar Báltico. Además, el corredor dividía Prusia oriental del resto de Alemania, lo que impedía a otra gran masa de población alemana unirse al Reich. En vista de las actuaciones previas de

Gran Bretaña y Francia, Hitler consideró despreciables los compromisos contraídos por esos dos países con Polonia. Con los soviéticos de su parte, confió en que Polonia accedería y los aliados occidentales volverían a retractarse. Cuando Polonia se plantó con firmeza, Hitler atacó. El 1 de septiembre de 1939, tropas alemanas cruzaron la frontera polaca. Gran Bretaña y Francia enviaron un aviso conjunto a Alemania para que se retirara. No hubo respuesta. El 3 de septiembre, Gran Bretaña y Francia declararon la guerra.

La conquista de Polonia se produjo con una rapidez horripilante. Exigió grandes recursos (Alemania destinó casi todas las tropas y aviones de combate a la invasión) pero los resultados fueron extraordinarios. Ataques bien coordinados de los Panzer (carros de combate) alemanes y vehículos blindados, apoyados por una fuerza aérea devastadora, hicieron añicos al lento ejército polaco. La infantería alemana aún se desplazaba a pie o en transporte tirado por caballos, pero su avance disciplinado fue siguiendo la acción arrolladora de los carros de combate. Los polacos lucharon con tenacidad pero estaban tan desconcertados y desorganizados que tuvieron pocas esperanzas de montar una defensa efectiva. La «guerra relámpago» (*Blitzkrieg*) para la que el cuerpo de oficiales alemanes se había entrenado durante tanto tiempo, resultó un éxito absoluto. En tres semanas, las tropas alemanas habían puesto sitio a Varsovia. El bombardeo de terror alemán, pensado para destruir el corazón de Varsovia desde el aire y atemorizar a la población para que se rindiera, tuvo éxito. Polonia, un país grande con un gran ejército, quedó desmantelada en cuatro semanas.

De acuerdo con el pacto con la Alemania nazi, la Unión Soviética también invadió Polonia desde el este, para tomar su parte del territorio polaco, empleando los métodos propios de Stalin para castigar al enemigo: reunió a millones para deportarlos, encarcelarlos o ejecutarlos. Temiendo que la agresión alemana se volviera en su contra, los soviéticos también se apresuraron a reforzar su posición por el norte, en la frontera ruso-finlandesa. Al menos desde 1938 los rusos habían reclamado a Finlandia varios acuerdos para proteger Leningrado, desde acceso a posiciones estratégicas y permiso para construir fortificaciones en Finlandia, hasta la cesión directa de territorios, pero los finlandeses se negaron a todo ello. De ahí que, poco después de la invasión de Polonia, los soviéticos atacaran Finlandia. A pesar de la superioridad abrumadora en cuanto a número y material, los finlandeses lucharon con tenacidad. Los soviéticos se enfrentaron a una campaña compleja, lo cual sirvió como demostración alarmante de los efectos del terror estalinista en el ejército soviético. Aunque la URSS finalizó aquella Guerra de Invierno no declarada con una victoria precaria en marzo de 1940 (cuatro meses después), Hitler y el resto del mundo ya habían tomado nota de las debilidades de Stalin.

En el oeste, tras la caída de Polonia, el conflicto se convirtió en una ominosa «guerra tonta» o *Sitzkrieg*, tal como se la ha denominado a veces. La contienda en

Polonia fue seguida por un invierno de inactividad tensa con titulares ocasionales acerca de escaramuzas navales. En la primavera de 1940 aquella calma fue interrumpida por una tempestad terrible. Los alemanes atacaron primero Escandinavia tomando Dinamarca en un día e invadiendo Noruega. Gran Bretaña y Francia intentaron socorrer a la defensa Noruega y hundieron gran número de barcos alemanes, pero la expedición aliada fracasó. Entonces llegó el auténtico golpe. El 10 de mayo, las fuerzas alemanas penetraron en masa a través de Bélgica y los Países Bajos camino de Francia. Ambos países fueron conquistados al instante. Cuando los holandeses consiguieron inundar los canales que protegían las grandes ciudades y defendieron esa vía con gran resistencia de la infantería de marina, Hitler ordenó que la aviación bombardeara la ciudad de Rotterdam. Murieron más de ochocientos civiles holandeses y los Países Bajos se rindieron al día siguiente. La defensa tenaz y efectiva que hicieron los belgas de su nación quedó interrumpida cuando el rey Alberto se rindió de repente tras dos semanas de lucha, temiendo una destrucción similar. A su vez, Alberto quedó como hombre de paja de los nazis, injuriado por los belgas que hallaron otras vías para proseguir la lucha contra Alemania.

El vasto ejército francés se repartió ante la *Blitzkrieg*. Sus divisiones fueron aisladas, flanqueadas y abatidas por la aviación alemana y columnas acorazadas de acuerdo con un plan riguroso. Las unidades francesas o bien libraron crudas batallas hasta quedar rodeadas por completo, o sencillamente se derrumbaron. Los acorazados y la artillería francesa, gran parte de ellos mejor contruidos que sus equivalentes alemanes, estaban mal organizados y se tornaron inútiles ante las rápidas maniobras alemanas. La derrota se volvió pronto absoluta. Cientos de miles de civiles huyeron hacia el sur con unos cuantos enseres valiosos cargados sobre carros. A ellos se les unieron miles de soldados aliados desarmados, y estas columnas de refugiados fueron atacadas sin cesar por bombarderos alemanes en picado. Los británicos, desorganizados, emprendieron una retirada desesperada hacia el puerto de Dunkerque, en el canal de la Mancha, donde muchas de las mejores tropas británicas se sacrificaron para contener los Panzer. A pesar de los intensos ataques aéreos alemanes, la Armada Real británica evacuó más de trescientas mil tropas británicas y francesas con ayuda de buques mercantes y de recreo a los que se recurrió ante la emergencia.

Después de Dunkerque, el conflicto fue amargo, pero el resultado, inevitable. Los reservistas franceses lucharon, de acuerdo con las órdenes recibidas, «hasta el último cartucho» y con ello dieron muerte a miles de alemanes. Pero sin la organización adecuada y más potencia de fuego, su valentía resultó inútil. Los alemanes arrasaron por el noroeste y el centro del país, y llegaron a París a mediados de junio. La voluntad política del gobierno francés se desmoronó junto con su ejército. En lugar de retirarse a Gran Bretaña o a las colonias francesas en el norte de África, los galos

se rindieron el 22 de junio. El armisticio dividió Francia en dos. Los alemanes ocuparon todo el norte del país, incluidos París y los puertos del Canal. El sur y los territorios franceses en el norte de África quedaron bajo la jurisdicción de un gobierno muy conservador creado en la localidad balneario de Vichy bajo la dirección de un héroe de la Primera Guerra Mundial, el mariscal Henri Philippe Pétain. Francia había caído. Uno de los enemigos históricos de Alemania, el vencedor de la guerra anterior, una potencia imperial y un país de casi 60 millones de habitantes, quedó reducido al caos y sometido a una ocupación enemiga en cuarenta días.

Las penalizaciones de Francia no se limitaron a la derrota. Muchos liberales dentro de Francia y la mayoría del movimiento Francia Libre que se creó con rapidez en Londres no tardaron en sentir que debían luchar contra dos enemigos: Alemania y el régimen de Pétain. El gobierno de Vichy propuso cooperar con los alemanes a cambio de conservar un mínimo de soberanía. El régimen también inició su propia «Revolución Nacional», muy próxima al fascismo. El gobierno de Vichy repudió la república acusándola de minar el vigor de Francia. El estado procedió a reorganizar la vida francesa y las instituciones políticas, afianzó la autoridad de la Iglesia católica y la familia, y ayudó a los alemanes a aplastar cualquier resistencia. «Trabajo, familia y país»: ésa fue la llamada al orden desde Vichy.

Fin de la soledad: la Batalla de Gran Bretaña y los inicios de una guerra global

Antes de emprender una invasión al otro lado del Canal, los nazis intentaron instaurar su superioridad aérea. Desde julio de 1940 a junio de 1941, durante la Batalla de Gran Bretaña, miles de aviones lanzaron millones de toneladas de bombas sobre blancos británicos: primero aeronaves y aeródromos y, después, cuando se trató de quebrar la moral británica, blancos civiles como la ciudad de Londres. Pero los británicos se mantuvieron firmes. Esto fue posible en parte debido a errores alemanes. Tras un audaz ataque aéreo británico sobre Berlín, enojado, Hitler ordenó a sus generales que se centraran en objetivos civiles. Esto ahorró bajas en la fuerza aérea británica, cuyas bases habían sido devastadas sin tregua hasta ese momento. Ante la posibilidad de seguir luchando, la RAF (Real Fuerza Aérea británica) impuso un estancamiento aéreo. Hitler descartó los planes de invasión y dirigió la atención hacia el este, hacia Rusia.

Otra razón importante para la resolución de la resistencia británica fue un cambio en la dirección política. En mayo de 1940, la sarta de errores cometidos por Chamberlain puso fin a su carrera. Cayó derribado por un gobierno de coalición que unió a políticos conservadores, liberales y laboristas por la unidad nacional. Estuvo

encabezado por la alternativa más inverosímil de las existentes para sustituirlo: Winston Churchill (1940-1945, 1951-1955). Churchill era un político inconformista que había cambiado de partido en más de una ocasión. Su talento extremo era equiparable a su arrogancia. Tenía un temperamento fuerte que a veces parecía inestable, y antes de 1939 su carrera política se consideró acabada. En el puesto de primer ministro no destacó como administrador (con constantes propuestas disparatadas), pero tuvo dos virtudes. La primera fue la oratoria. Churchill pronunció palabras extraordinarias de valor y desafío justo cuando el pueblo británico quería y necesitaba oír las. Estaba completamente decidido a ganar la guerra. La segunda radicó en su diplomacia personal. Convenció al presidente estadounidense, Franklin Roosevelt (1933-1945), para que apoyara a los aliados, para poner fin a la neutralidad de Estados Unidos y para que enviara cantidades ingentes de ayuda y armas a Gran Bretaña sin coste alguno, de acuerdo con un programa llamado Préstamo-Arrendamiento (*Lend-Lease*). Churchill también permitió que la nueva coalición de gobierno trabajara con la máxima efectividad. Mantuvo a los mejores ministros conservadores, pero también permitió que los políticos laboristas asumieran puestos de verdadero poder. En su mayoría, los diputados laboristas resultaron ser administradores excelentes y mantuvieron un contacto directo con la inmensa clase obrera británica, que ahora se sintió completamente incluida en el esfuerzo bélico.

Con la supervivencia de Gran Bretaña, la guerra europea se convirtió con rapidez en un conflicto global por cuatro razones. La primera consistió en las campañas submarinas alemanas para interrumpir la llegada de provisiones a Gran Bretaña. La segunda llegó con la contienda en el norte de África, la cual amenazó el canal de Suez y el acceso de los aliados al petróleo de Oriente Medio. La tercera provino del ataque fructuoso de Japón a objetivos aliados en el Pacífico y su asombroso éxito inicial. La cuarta la constituyó el gran conflicto concebido desde siempre por Hitler, una guerra de exterminio contra la Rusia soviética y la población judía europea.

La primera de estas razones, la batalla del Atlántico, supuso una amenaza extrema para los aliados. Tras la lección de la Primera Guerra Mundial, los alemanes enviaron cientos de submarinos (*U-Boot*) en «manada de lobos» a acechar las mayores líneas de navegación con Gran Bretaña. Los submarinos alemanes hundieron millones de toneladas de mercancías en lugares tan apartados como las costas de Brasil y Florida. Estaban en juego los suministros británicos de armas, materias primas y alimentos. Los británicos dedicaron un despliegue naval inmenso y gran invectiva técnica a salvar sus convoyes. Desarrollaron el sónar moderno y sistemas nuevos de reconocimiento aéreo, y descifraron los códigos alemanes de comunicación con las «manadas de lobos». Estos esfuerzos permitieron la llegada de suministros. Cuando Estados Unidos ingresó en la guerra, los británicos pusieron la experiencia y la tecnología, y los estadounidenses los efectivos y la potencia de fuego para hundir

muchos más submarinos. A finales de 1942, la amenaza remitió.

La guerra en Norteamérica comenzó porque Gran Bretaña tenía que proteger el canal de Suez, pero Gran Bretaña se vio rápidamente inmersa en un conflicto mayor. Las tropas indias, sudafricanas y de África occidental que luchaban desde el bando británico expulsaron a los italianos de Etiopía en mayo de 1941. Los soviéticos y británicos invadieron Irán para evitar que el sah (su mandatario) hiciera un pacto con Alemania sobre el petróleo iraní, y retuvieron el país hasta 1946. Un ejército británico reducido pero bien guiado humilló en Egipto a fuerzas invasoras italianas mucho más numerosas. Los británicos casi tomaron la colonia italiana de Libia, y esto forzó la intervención de Alemania. Una fuerza de Panzer de élite llamada Afrika-Korps, dirigida por el oficial alemán más audaz al mando de una división de carros de combate, Erwin Rommel, repelió a los británicos en la primavera de 1941 e inició de mala gana una guerra de dos años en el desierto. Los británicos se enfrentaron a alemanes e italianos con un ejército internacional formado por tantos australianos, indios y neozelandeses como británicos. La batalla fluctuó en favor de un bando y del otro durante dieciocho meses, aunque los británicos salieron peor parados. Pero entonces cambiaron las tornas. A pesar de las numerosas bajas causadas por aviones y submarinos alemanes, los británicos derrotaron a la armada italiana y se hicieron con el control del Mediterráneo. También dominaron el espacio aéreo del desierto. Cuando Rommel intentó invadir Egipto, sus fuerzas fueron frenadas y derrotadas con grandes daños cerca de la localidad de El Alamein en otoño de 1942, tras lo cual se dirigieron hacia Túnez. Estados Unidos intervino en noviembre de 1942 desembarcando en los territorios franceses de Argelia y Marruecos.

Las potencias aliadas celebraron una conferencia en Casablanca, Marruecos, para debatir sobre el curso que debía seguir la guerra y la suerte de los territorios franceses en el norte de África. Los dirigentes franceses de Argelia y Marruecos, que habían apoyado el gobierno de Vichy al menos en público, se rindieron de manera pacífica o se unieron al bando aliado. Rommel todavía defendió Túnez frente a los aliados durante cuatro meses, pero una ofensiva conjunta rompió las líneas alemanas en marzo de 1943, lo que puso fin a la contienda.

La guerra cobró un cariz verdaderamente global cuando Japón atacó la base naval estadounidense de Pearl Harbor, Hawai, la mañana del 7 de diciembre de 1941. Los japoneses llevaban envueltos en una costosa guerra en China desde la década de 1930. Para conseguir e instaurar un imperio japonés en Asia, necesitaban destruir la flota estadounidense del Pacífico y tomar las colonias de los imperios británico, holandés y francés. Al igual que Alemania, Japón comenzó con ataques relámpago. La agresión a Pearl Harbor fue un ataque por sorpresa brillante que destruyó la flota estadounidense y conmocionó a la opinión pública del país. Sin embargo, no tuvo el éxito que esperaban los japoneses. Hundió ocho acorazados y mató a más de dos mil

personas, pero gran parte de la flota estadounidense, incluidos portaaviones, submarinos y muchos buques menores, se hallaba segura en el mar el día del golpe. Aquella agresión no provocada galvanizó la opinión pública del país de un modo que la guerra en Europa no había logrado. Cuando Alemania declaró precipitadamente la guerra también a Estados Unidos, el país se declaró preparado para enfrentarse a todos los contendientes, y se unió a los Aliados.

A pesar de los variados resultados de Pearl Harbor, los japoneses lograron otros éxitos sorprendentes. Para las potencias coloniales europeas, la entrada de Japón en la contienda resultó catastrófica. Tropas japonesas arrasaron el protectorado británico de Malaca en semanas y hundieron los escuadrones del Pacífico tanto de la armada británica como de la holandesa con rápidos ataques. El puerto fortificado británico en la isla de Singapur, piedra angular de las defensas británicas en el Pacífico, cayó a finales de diciembre de 1941. El impacto de la pérdida casi se llevó consigo el gobierno de Churchill. Miles de tropas británicas y australianas fueron capturadas y enviadas a cuatro años de tortura, trabajos forzados o campos de concentración. Los japoneses también invadieron Filipinas en diciembre, y aunque soldados y marines estadounidenses resistieron en la isla de Corregidor durante algún tiempo, también ellos se vieron obligados a rendirse. Algunos huyeron a los montes para luchar en guerrillas; al resto lo forzaron a emprender la «marcha de la muerte» camino de los campos de trabajos forzados japoneses. Las Indias Orientales holandesas fueron lo siguiente en caer, y parecía que nada detendría a los barcos y soldados japoneses hasta que llegaran a Australia.

Tambaleantes por los golpes japoneses, los Aliados se reorganizaron al fin en 1942. Después de tomar Singapur, los japoneses presionaron en dirección a Birmania. Varios generales británicos célebres intentaron y no lograron defender Birmania, a costa de pérdidas desastrosas de vidas humanas y pertrechos. Tras estos fracasos, el mando recayó sobre un oficial desconocido del ejército indio, William Slim. Según un oficial británico, Slim era de orígenes muy humildes. Era un soldado de carrera, héroe menor durante la Primera Guerra Mundial, y tal vez el mejor estratega del ejército británico. Pero, además, los millones de tropas imperiales no blancas procedentes de la India y África que tenía bajo su mando lo admiraban y respetaban por su honestidad y falta de prejuicios. Reorganizó las defensas imperiales, y una fuerza conjunta de tropas británicas e indias malogró una tentativa japonesa para invadir la India en la frontera casi a finales de 1942. Después de aquello, Slim empezó a hacer retroceder a los japoneses con un ejército reclutado por todo el orbe. En Nueva Guinea, tropas australianas recién llegadas del norte de África fueron las primeras en derrotar a los japoneses en tierra con una batalla librada cuerpo a cuerpo, y organizaron un contraataque por las junglas de las zonas montañosas. En el mar, la armada estadounidense se benefició de un programa de producción acelerada que la

dotó de buques y aviones nuevos para superar en número a los japoneses, y de dos almirantes con grandes dotes, Chester Nimitz y William Halsey, que supieron vencerlos. En 1942, Estados Unidos obtuvo victorias cruciales en el mar del Coral y Midway, una batalla que se libró en el mar, pero que ganó y perdió la aviación de los portaaviones de cada bando. Los marinos estadounidenses desembarcaron en la isla de Guadalcanal a comienzos de 1942 y tomaron esta estratégica base japonesa después de meses de dura contienda. Aquel éxito dio inicio a una campaña de isla en isla con la que los marines destruyeron la red de bases insulares que los japoneses tenían por todo el Pacífico. Las batallas fueron brutales, a menudo libradas con granadas y bayonetas. Cada bando consideraba al otro de una raza inferior. Los japoneses solían negarse a rendirse; además, los americanos y australianos tomaron pocos prisioneros. En 1943, las victorias japonesas habían cesado, la armada nipona había perdido la mayoría de los acorazados y los aliados emprendieron una marcha lenta hacia Singapur y las Filipinas.

La rebelión y el destroz de las naciones: la guerra alemana en el este y la ocupación de Europa

Mientras la contienda experimentaba flujos y reflujos en el Atlántico y el desierto del norte de África, Alemania se desplazó hacia el sudeste en dirección a los Balcanes. En 1941, Alemania tomó Yugoslavia casi sin luchar. Los alemanes dividieron el mosaico étnico de aquel país estableciendo un estado croata títere, lo que enfrentó a los croatas contra sus vecinos serbios, sometidos al gobierno directo de los nazis. Rumania, Hungría y Bulgaria se unieron a la causa nazi en calidad de países aliados. Los griegos, que habían infligido una derrota aplastante a una invasión italiana, se vieron de pronto ante una fuerza alemana masiva que atestó el país. Los griegos se negaron con tenacidad a rendirse. Una combinación inesperada de tropas griegas, británicas y neozelandesas casi derrotó a los paracaidistas alemanes enviados a tomar la isla de Creta en junio de 1941. Muchos griegos marcharon a los montes para formar guerrillas, pero, al final, el país cayó. En el verano de 1941 todo el continente europeo, a excepción de Suecia y Suiza, era aliado de los nazis o estaba sometido a ellos. Estas victorias y el saqueo de otros territorios, que enriquecieron Alemania con trabajos forzados o dinero, confirieron gran popularidad a Hitler en su país. Pero aquéllos sólo eran los primeros pasos de un plan mucho más extenso.

El objetivo último de Hitler, y su concepción del destino nacional de Alemania, se hallaba en el este. Hitler siempre había considerado el pacto de no agresión con la Unión Soviética como un trato de conveniencia que sólo duraría hasta que Alemania estuviera preparada para librar la batalla final. Al parecer, estuvo lista en el verano de 1941. El 22 de junio de 1941, Hitler emprendió la Operación Barbarroja, la invasión

de la Unión Soviética. La élite del ejército alemán encabezó la marcha derrotando todas las fuerzas que los rusos pusieran ante ella. Las purgas que Stalin había llevado a cabo en la década de 1930 habían exiliado o ejecutado a muchos de los oficiales más capaces del ejército ruso, y los efectos se notaron en la desorganización y la disidencia de los rusos ante los carros de combate enemigos. Las fuerzas alemanas tomaron cientos de miles de prisioneros durante su marcha hacia Bielorrusia (actual República de Belarús), los estados bálticos y Ucrania. Como Napoleón, los alemanes contaban con un ejército multinacional constituido por italianos, húngaros, la mayoría del ejército rumano y soldados independientes del Báltico y Ucrania resentidos con el régimen autoritario de Stalin. Durante el otoño de 1941, los nazis destruyeron buena parte de las fuerzas combatientes del ejército rojo, y cumplieron con resolución sus dos objetivos: la destrucción del comunismo y la purificación racial.

La guerra contra los soviéticos fue una contienda de ideologías y odios raciales. El avance de las fuerzas nazis fue dejando tras de sí campos y pueblos calcinados y, de forma metódica, fue limpiando los territorios ocupados de «elementos indeseables». Cuando las guerrillas rusas contraatacaban con francotiradores y actos de sabotaje, las fuerzas alemanas fusilaban o colgaban a cientos de rehenes inocentes de una vez como represalia, a menudo, después de haber torturado a las víctimas. Las guerrillas rusas no tardaron en aplicar el mismo castigo a cualquier alemán capturado. A finales de 1941 estaba claro que en el este se estaba librando una guerra de destrucción, y que ambos bandos estaban convencidos de que sólo uno podría sobrevivir. En 1941 parecía que los alemanes saldrían vencedores. Sus contingentes se dirigían hacia la capital: Moscú. Pero, por orden de Berlín, las tropas alemanas que avanzaban hacia Moscú se desviaron al sur para atacar el corazón industrial de Rusia con la intención de destruir la capacidad de resistencia rusa antes de que entrara el invierno. Esto dejó libre la capital soviética, y la población, los dirigentes y los ejércitos rusos empezaron a organizar una resistencia mucho más decidida.

Sin embargo, Hitler consiguió formar un imperio que se desplegaba por todo el continente europeo. «Somos los emisarios de un orden y una justicia nuevos», anunciaba su régimen. En concreto, Hitler comparaba su mandato con un «nuevo imperio indio», y afirmaba haber estudiado las técnicas imperiales británicas. Gran parte de aquel nuevo orden se improvisó y se basó en un revoltijo de regímenes provisionales: un gobierno militar en Polonia y Ucrania, colaboradores en Francia, fascistas aliados en Hungría, etcétera. «La categórica decisión alemana de organizar Europa de manera jerárquica, como una pirámide con Alemania en el vértice superior, es conocida por todos», dijo un diplomático italiano de la época. El imperio debía alimentar a la población alemana y mantener su moral y apoyo a la guerra, lo que evitaría la «puñalada por la espalda» que, según Hitler, había frustrado la victoria alemana en 1914-1918. Los países ocupados pagaban unos «costes de ocupación»

exagerados en forma de impuestos, alimentos, producción industrial y mano de obra. Más de dos millones de trabajadores extranjeros fueron llevados a Alemania entre 1942 y 1943 desde Francia, Bélgica, Holanda y la Unión Soviética. Mientras reclutaban obreros, los nazis hablaban de unir Europa para salvarla de la «amenaza roja» del comunismo. Al parecer, aquella propaganda tuvo poco efecto. Al contrario, al menos en Francia, la deportación de ciudadanos a los campos de trabajos forzados sirvió más que ninguna otra iniciativa para animar a la resistencia.

Las demandas de la ocupación enemiga y los aspectos políticos y morales de la «colaboración» y la resistencia plantearon problemas en toda la Europa sometida. Los nazis instauraron regímenes títere en una serie de territorios ocupados. Tanto Noruega como los Países Bajos sufrieron grandes divisiones internas debido a la ocupación. En cada uno de estos países hubo un partido nazi, reducido pero entregado, que gobernó en nombre de los alemanes y, al mismo tiempo, movimientos de resistencia con buena organización y mucha determinación reunieron información para los aliados y cometieron actos de sabotaje. En Dinamarca, la población se mantuvo mucho más unida contra los ocupantes alemanes, y practicó actos regulares de resistencia pasiva que exasperaron a los administradores alemanes. También hubo ciudadanos particulares que se unieron para sacar del país y enviar a Suecia, país seguro y neutral, a la mayoría de la población judía.

En otros lugares fue más compleja la relación entre la colaboración, la resistencia y la indiferencia por interés propio. En Francia, la colaboración varió desde sencillas tácticas de supervivencia durante la ocupación hasta un apoyo activo de los ideales y los objetivos nazis. Pero el ejemplo de ello lo representó el antisemitismo activo del régimen de Vichy y la ayuda prestada por las autoridades locales para aislar, criminalizar y deportar judíos franceses a los campos de concentración. La convivencia con los conquistadores alemanes obligó a elegir a la población francesa (y de otras partes). Muchos optaron por proteger sus intereses propios sacrificando los de otros, sobre todo los de «indeseables» como judíos y comunistas. Al mismo tiempo, activistas comunistas, algunos miembros del ejército o ciudadanos normales, como la gente de las montañas centrales de Francia con una larga tradición de prácticas de contrabando y de resistencia al gobierno, formaron guerrillas (*maquis*) y cometieron sabotajes. Establecieron contactos con el movimiento Francia Libre en Londres, encabezado por el carismático y obstinado general Charles de Gaulle, y prestaron importantes servicios de inteligencia a los aliados. En Europa del Este, los movimientos de resistencia provocaron, o bien luchas abiertas contra los fascistas, o bien guerras civiles en el seno de cada país. El sistema alemán de ocupación en Yugoslavia enfrentó un régimen fascista croata a la mayoría de los serbios; el régimen fascista croata, los Ustasha, masacró centenares de miles de serbios católicos ortodoxos. Curiosamente, fue un croata, Josip Broz (Tito), quien se erigió en

cabecilla del movimiento de resistencia yugoslavo más firme, el cual se convirtió en la resistencia militar más significativa durante la guerra. Las tropas de Tito eran comunistas, con suficiente peso para formar un ejército de guerrillas. Lucharon contra alemanes, italianos y fascistas croatas, y recibieron apoyo y material por parte de los aliados.

Quizá el problema moral más serio al que se enfrentaron los habitantes de la Europa ocupada no fue el de la lealtad a su nación, sino más bien su actitud personal ante el destino de los enemigos acérrimos de los nazis: judíos, comunistas, gitanos, homosexuales e «indeseables» políticos. Algunos judíos franceses de la Riviera hallaron más disposición en los oficiales del ejército católico italiano que ocupaban la zona para salvarlos de la deportación que en sus conterráneos franceses. Este hondo dilema personal (si poner en riesgo a la familia, amigos y carreras profesionales para ayudar a los deportados, o limitarse a mirar para otro lado y consentir el asesinato masivo) fue uno de los más intensos durante la guerra.

Guerra racial, limpieza étnica y el holocausto

Desde el comienzo, los nazis habían entendido el conflicto como una guerra racial. En *Mi lucha*, Hitler ya había esbozado la idea de que la guerra contra los *Untermenschen* o «infrapersonas», como judíos, gitanos y eslavos, era natural y necesaria. No sólo purificaría al pueblo alemán, también conquistaría territorios para su expansión. De ahí que, en cuanto estalló la guerra, los nazis empezaran a desarrollar ambiciosos planes para reformar el mapa racial del Reich, o lo que ahora se denomina limpieza racial. En el otoño de 1939, con Polonia conquistada, Heinrich Himmler ordenó a las SS el inicio de una transferencia masiva de población. Los alemanes arios procedentes de otros lugares fueron trasladados al interior de las fronteras del Reich, mientras que polacos y judíos fueron deportados a zonas destinadas a ese cometido en el este. Más de doscientos mil alemanes étnicos procedentes de los estados del Báltico fueron realojados en Prusia oriental. La buena acogida de estos alemanes de raza fue unida a una campaña brutal de terror contra los polacos, sobre todo, judíos polacos. Los nazis intentaron erradicar todas las fuentes posibles de resistencia. Docentes de la Universidad de Cracovia, considerados intelectuales peligrosos, fueron deportados a campos de concentración, y allí murieron. Las SS fusilaron a «indeseables», como internos en hospitales psiquiátricos, en parte para que las tropas de las SS montaran en ellos sus barracones. Los polacos fueron deportados a campos de trabajos forzados. Los nazis emprendieron el transporte de judíos a millares a la región de Lublin, al sur de Varsovia. Cuerpos especiales de escuadrones de la muerte también empezaron a

fusilar judíos por las calles y delante de las sinagogas. Estas campañas polacas segaron la vida de cien mil judíos en 1940.

La eliminación de los judíos europeos constituyó el cometido principal de la *Rassenkampf*, o lucha racial, de los nazis. Ya se ha visto la importancia del antisemitismo en el ascenso de Hitler al poder y cómo se intensificó el terror contra la comunidad judía dentro de la propia Alemania durante la década de 1930, incluida la Noche de los Cristales Rotos (véase el capítulo 25). La guerra radicalizó el empeño. Los historiadores discrepan sobre la cuestión de si los nazis desarrollaron un «anteproyecto» para la exterminación de los judíos de Europa. La mayoría de ellos subraya ahora que las prioridades de los nazis fueron cambiando con el transcurso de la guerra y el humor sumamente cambiante de Hitler. Entre 1938 y 1941 los planes nazis no tuvieron un objetivo único. Los proyectos iban desde imponer la emigración forzosa a los judíos alemanes, hasta deportar a todos los judíos de Europa a la isla de Madagascar, antigua colonia francesa frente a las costas meridionales de África. Todas estas ideas tomaron forma ante un telón de fondo de terror cotidiano y masacres frecuentes, sobre todo en Polonia. Sin embargo, es cierto que la invasión de la Unión Soviética en junio de 1941 señaló un momento decisivo en la evolución mortífera del holocausto. La Operación Barbarroja, tal como se llamó a aquella invasión, deparó varios cambios. En primer lugar, estuvo promovida por los intensos odios ideológicos y raciales de los nazis, dirigidos contra eslavos, judíos y marxistas. Goebbels, por ejemplo, dijo de los rusos que «no son personas, sino una aglomeración de animales». La invasión de Polonia había sido cruel. La invasión de la URSS fue, sin tapujos, una «guerra de exterminio». En segundo lugar, el ejército invasor alemán venció más deprisa de lo esperado. Las inmensas ganancias causaron euforia en la jerarquía nazi; Hitler sintió muy próxima la consecución del sueño de conseguir un imperio oriental. Pero el éxito también alimentó miedos, o preocupación ante la perspectiva de tener que controlar millones de prisioneros, civiles y judíos soviéticos que ahora estaban en manos alemanas. La mezcla de euforia e inquietud resultó mortal. Condujo con rapidez de la brutalidad sistemática a las atrocidades y, después, al asesinato a una escala que pocos alcanzaron a imaginar.

Cuando el ejército nazi entró triunfal en la Unión Soviética en 1941, capturó a oficiales comunistas, agitadores políticos, y encarceló, torturó o fusiló a cualquier civil hostil. Tomaron y enviaron a campos de concentración a cinco millones y medio de prisioneros militares. De ellos, más de la mitad murieron de hambre o fueron ejecutados. Polacos de las regiones sometidas al control soviético, judíos y rusos fueron deportados a Alemania para trabajar como mano de obra esclava en las fábricas. El ejército fue seguido de cerca por batallones especiales de *Einsatzgruppen*, o escuadrones de la muerte. Éstos, sumados a once mil tropas adicionales de las SS, asaltaron las aldeas y pueblos de población rusa o polaca identificados como

«difíciles». Los hombres de estas localidades fueron fusilados; las mujeres y los niños deportados a campos de trabajos forzados o masacrados junto con los hombres. En septiembre de 1941, los *Einsatzgruppen* comunicaron que durante las campañas de «pacificación» habían matado a ochenta y cinco mil personas, la mayoría de ellas judías. En abril de 1942, el número ascendió a quinientas mil. Esta matanza empezó antes de que las cámaras de gas entraran en funcionamiento, y continuaron durante las expediciones en el frente oriental. En 1943, los escuadrones de la muerte habían matado a más de dos millones de judíos.

A medida que avanzó la Operación Barbarroja, los administradores alemanes de las zonas ocupadas fueron más estrictos aún en el transporte en masa de los judíos locales a los «guetos» que algunas comunidades judías habían ocupado durante siglos. Varsovia y Łódź, en Polonia, fueron los más grandes. Allí, los administradores nazis, tras acusar a los judíos del gueto de acaparar provisiones, se negaron a darles comida en adelante. Los guetos se convirtieron en concentraciones de enfermedad y hambre. Quienes salían del gueto eran fusilados, no devueltos a él. Un médico alemán resumió así la lógica del régimen para matar: «En este círculo puedo decirlo con bastante franqueza, hay que tenerlo claro. Sólo existen dos maneras. O sentenciamos a los judíos del gueto a morir de hambre, o los fusilamos. Aunque el resultado final sea el mismo, este último método intimida más». En otras palabras, la cuestión no era limitarse a matar, sino también aterrorizar.

A finales del verano y durante el otoño de 1941, los oficiales nazis debatieron y prepararon proyectos para practicar asesinatos masivos en los campos de exterminio. Los guetos ya se habían clausurado; ahora llegaron órdenes de que no se dejara salir a ningún judío de las zonas ocupadas. Aquel verano, los nazis habían experimentado con furgones provistos de gas venenoso capaces de matar entre treinta y cincuenta personas al mismo tiempo. Aquellos experimentos y las cámaras de gas se diseñaron con ayuda de científicos del programa eutanasia T-4, que ya había aniquilado en Alemania a ochenta mil personas «no aptas» por motivos raciales, mentales o físicos. Pero en octubre de 1941, las SS construyeron campos de concentración con cámaras de gas y deportaron allí a gente. Auschwitz-Birkenau, construido en un principio para alojar prisioneros polacos, creció hasta transformarse en el mayor de todos los campos. A la larga, Auschwitz acogió prisioneros de tipos muy diversos, «indeseables», como testigos de Jehová y homosexuales, polacos, rusos y hasta algunos prisioneros británicos de guerra, aunque los judíos y los gitanos fueron quienes sufrieron un exterminio sistemático allí. Entre la primavera de 1942 y el otoño de 1944 se asesinó a más de un millón de personas sólo en Auschwitz-Birkenau. La apertura de los campos de exterminio desencadenó la mayor oleada de matanzas, la cual duró desde 1942 hasta 1943. El transporte de la gente a los campos se realizaba en vagones de tren, primero desde los guetos de Polonia, después desde

Francia, Holanda, Bélgica, Austria y los Balcanes, y con posterioridad desde Hungría y Grecia. Los cadáveres se enterraban en hoyos cavados por prisioneros, o se quemaban en crematorios.

Los campos de exterminio se han convertido en el símbolo de los horrores del nazismo como un sistema moderno para perpetrar crímenes en masa. Pero es importante subrayar que gran parte de la matanza no fue anónima, industrializada o rutinaria, y que se materializó en encuentros cara a cara fuera de los campos. Los judíos y otras víctimas no sólo fueron asesinados. Sufrieron tortura, palizas y ejecuciones públicas mientras soldados y otros testigos grababan las ejecuciones con cámaras..., y enviaban las fotografías a sus familias. Durante las últimas etapas de la guerra, los internos que aún quedaban en los campos de concentración fueron obligados a realizar «marchas mortales» con la única finalidad de que sufrieran hasta fenecer. Los crímenes tampoco los cometieron los cuerpos especialmente adoctrinados de las SS y los *Einsatzgruppen*. El régimen nazi llamó a filas a grupos de reclutas, como el Batallón Policial de Reserva 101, apartado de sus funciones en su ciudad, Hamburgo, y enviado a territorios ocupados. Una vez allí, la unidad, formada por hombres de mediana edad, recibió y acató órdenes de matar en un día mil quinientos hombres, mujeres y niños judíos de un pueblo. El mando al cargo ofreció dispensar a quien no se sintiera capacitado para ejecutar el encargo; sólo unos pocos solicitaron realizar otra labor. En un pueblo polaco, ocupado primero por los soviéticos y luego retomado por los nazis, los propios lugareños polacos se volvieron hacia sus vecinos judíos y mataron centenares en un solo día, con una supervisión o ayuda mínimas por parte de los soldados alemanes.

¿Cuánta gente conocía la existencia del holocausto? Ninguna operación de esta envergadura podría llevarse a cabo sin la colaboración o el conocimiento de muchos: la jerarquía nazi; los arquitectos que ayudaron a construir los campos; los ingenieros que diseñaron las cámaras de gas y los crematorios; las autoridades municipales de ciudades desde donde se deportaba gente; maquinistas de trenes; residentes en localidades próximas a los campos, quienes denunciaron el olor de los cadáveres quemados; etcétera. No es raro que la mayoría de quienes sospechaban lo peor se sintiera aterrorizada e impotente. No es raro que mucha gente no quisiera saber, e hiciera todo lo posible por ignorar la evidencia y proseguir con su vida. Muchos de los que siguieron apoyando a los nazis lo hicieron por otras razones, bien por oportunismo personal, o porque se oponían al comunismo y aspiraban a la restauración del orden. Pero la mera indiferencia popular no ofrece una explicación satisfactoria sobre la capacidad de los nazis para asesinar a tanta gente. Muchos europeos (alemanes, franceses, holandeses, polacos, suizos y rusos) llegaron a creer que en verdad existía un «problema judío» que había que «resolver». Los nazis procuraron ocultar los campos de exterminio. Pero sabían que contaban con apoyo

expreso para pedir que los judíos portaran una identificación especial, para imponerles restricciones matrimoniales y sobre tenencia de propiedades, y para otras clases de discriminaciones. Por razones relacionadas tanto con el antisemitismo cristiano tradicional, como con el nacionalismo moderno con componentes raciales, muchos europeos llegaron a ver a los europeos judíos como «extranjeros», gente que ya no pertenecía a sus comunidades nacionales.

Y ¿qué ocurrió con otros gobiernos? El grado de cooperación con los planes nazis varió. El régimen francés de Vichy aprobó leyes, por iniciativa propia, para exigir que los judíos portaran estrellas identificativas, y que impusieron limitaciones estrictas a sus movimientos y actividades. Cuando el gobierno alemán solicitaba redadas y deportaciones de judíos, Vichy colaboraba. En cambio, Italia, aunque país fascista, tuvo una participación menos activa. Hasta que los alemanes ocuparon el norte de Italia en 1943 no se tomaron medidas antisemitas drásticas. El gobierno húngaro, también fascista y aliado de los nazis, persiguió a los judíos pero remoloneó con las deportaciones. De modo que la comunidad judía húngara sobrevivió... hasta marzo de 1944, cuando los alemanes, indignados con sus colaboradores húngaros, asumieron un control directo e iniciaron de inmediato deportaciones en masa. Los nazis estaban tan decididos a llevar a cabo la «solución final» que llegaron a asesinar a doce mil judíos húngaros en un solo día en Auschwitz en mayo de 1944, lo que incrementó la cifra total de muertes a seiscientos mil.

Ante esta determinación nazi apenas cabía resistencia alguna. Los campos de concentración se diseñaron para paralizar e incapacitar a los internos, para que aceptaran su muerte lenta aunque no fueran ejecutados en seguida. En su célebre testimonio, el superviviente Primo Levi escribe: «En nuestro idioma no hay palabras para expresar esta injuria, la demolición de un hombre [...] es imposible descender más; ninguna condición humana es más miserable que ésta, ni sería concebible que lo fuera. Ya nada nos pertenece; nos han quitado la ropa, los zapatos y hasta el pelo; cuando hablamos ni nos escuchan, y cuando escuchan, no nos entienden». Unas cuantas rebeliones en Auschwitz y Treblinka se reprimieron con una eficacia brutal. En los pueblos, la gente acorralada para ser deportada o fusilada sólo tenía un instante para decidirse a escapar. La salvación de uno mismo casi siempre implicaba abandonar a unos hijos o unos padres, algo que muy pocos podían hacer. El campo no ofrecía resguardo alguno; por lo común, los lugareños eran hostiles o estaban demasiado aterrorizados para prestar ayuda. Las represalias dejaban a todos horrorizados. Las familias judías o gitanas estaban formadas por personas corrientes cuya vida no las preparó para la clase de violencia que les cayó encima. La mayor resistencia judía se produjo en el gueto de Varsovia en la primavera de 1943. El verano anterior los nazis habían deportado a los campos al 80 por ciento de los residentes en el gueto, lo que evidenció que quienes se quedaron atrás tenían pocas

posibilidades de sobrevivir. Esta gente carecía casi por completo de recursos, pero, cuando volvieron a comenzar las deportaciones, un pequeño movimiento clandestino de judíos (alrededor de mil combatientes de una comunidad de setenta mil) se enfrentó a los nazis con un arsenal minúsculo de bombas de gasolina, pistolas y diez fusiles. Los nazis respondieron quemando el gueto en su totalidad y ejecutando y deportando a los campos a casi todos los que quedaron. Murieron unos cincuenta y seis mil judíos. «El gueto de Varsovia ya no existe», informó el jefe de las SS al final. La noticia del levantamiento se propagó, pero la represión dejó claro que los destinatarios del exterminio nazi sólo podían elegir entre morir en las calles o morir en los campos. Tal como señaló una persona, para una resistencia prolongada habría hecho falta «la expectativa de la victoria».

El holocausto se cobró entre 4,1 y 5,7 millones de vidas judías. Pero ni siquiera semejantes datos registran la destrucción casi absoluta de algunas culturas. En los estados bálticos (Letonia y Lituania), Alemania, Checoslovaquia, Yugoslavia y Polonia se aniquiló a bastante más del 80 por ciento de las comunidades judías asentadas allí desde tiempos remotos. En algunos lugares, la cifra se acercó al 50 por ciento. El holocausto fue único. Formó parte de una guerra racial y de un período aún más prolongado de asesinatos en masa por motivos étnicos. Durante ambas guerras y el período posterior a ellas, grupos étnicos y religiosos (armenios, polacos, serbios ortodoxos, alemanes) fueron perseguidos, masacrados y deportados en masa de manera legal. El gobierno de Hitler había planeado la construcción de una nueva Europa, segura para los alemanes arios y sus aliados y protegida del comunismo, sobre el cementerio de culturas enteras.

La guerra total: los frentes nacionales, la guerra de producción y «la bomba»

La Segunda Guerra Mundial fue una «guerra total». Más aún que la Primera Guerra Mundial, implicó a poblaciones enteras. Fuerzas con más armamento se movían mucho más deprisa sobre el terreno, enzarzadas en una batalla constante contra oponentes igualmente bien armados. Esto exigía una cantidad ingente de recursos y un compromiso nacional con la industria, lo que afectó a toda la economía de los países combatientes. El nivel de vida cambió en todo el mundo. En las naciones neutrales de América Latina, que suministró grandes cantidades de materias primas a los Aliados, los beneficios de la guerra conllevaron una racha de prosperidad que se conoce como la «danza de los millones». En los territorios ocupados por Alemania o Japón, la economía de extracción forzosa robó recursos, trabajadores y hasta comida a los locales. En Asia oriental, la pobreza alentó un resentimiento creciente contra los japoneses, en un principio considerados como libertadores que acabarían con el

dominio de las viejas potencias coloniales. En Estados Unidos, Detroit no desarrolló ningún modelo nuevo de coche ni de camión entre 1940 y 1945. Los programas de trabajo fueron durísimos. Mujeres y ancianos, presionados para volver a trabajar o para incorporarse por primera vez al mercado laboral, hacían largos turnos (que en Gran Bretaña y Rusia llegaban en ocasiones a doce horas) antes de volver a casa a cocinar, limpiar y cuidar de familiares y vecinos también afectados por los bombardeos enemigos y la escasez de la guerra. La dieta también cambió. Aunque Alemania vivió con comodidad de los campos agrícolas de Europa durante varios años, y Estados Unidos pudo recurrir a su colosal base agrícola, ambos países racionaron los alimentos, la gasolina y los productos domésticos básicos. En la Europa ocupada y la Unión Soviética, las raciones se mantuvieron justo por encima del nivel de la hambruna, y en algunas ocasiones bajaron de ese umbral en zonas próximas al campo de batalla. Gran Bretaña, dependiente de su imperio y otros recursos extranjeros para obtener alimentos y materias primas, puso en marcha un sistema global de racionamiento que sostuvo la producción y aseguró una dieta monótona pero constante en la mesa.

La producción (la capacidad de la industria para fabricar carros de combate, tiendas de campaña, aviones, bombas y uniformes como churros) resultó esencial para ganar la guerra. Gran Bretaña, la Unión Soviética y Estados Unidos lanzaron campañas de propaganda globales y bien diseñadas que animaron a la producción de pertrechos de guerra a una escala sin precedentes. Las apelaciones al patriotismo, a los intereses de la comunidad y a una apuesta común por ganar la guerra no eran nuevas. Las sociedades aliadas se mostraron dispuestas a adaptarse y comprometerse con el esfuerzo bélico. A pesar de las huelgas y los conflictos con los funcionarios del gobierno, las potencias aliadas destinaron una porción mayor de su economía a la producción bélica con más eficacia que ninguna otra nación a lo largo de la historia. No sólo fabricaron carros de combate, barcos y aviones capaces de competir con los avanzados diseños alemanes y japoneses, sino que construyeron decenas de miles, lo que apabulló al enemigo con mejoras constantes y una potencia de fuego superior. Japón casi alcanzó unos niveles comparables de producción, pero, después, experimentó un lento declive a medida que los avances aliados por tierra y los submarinos estadounidenses fueron cortando fuentes extranjeras de suministros vitales. Alemania, a pesar de tener fama de eficiente y acceso a vastas reservas de mano de obra esclava, fue menos eficaz que los países aliados en el uso de la mano de obra y los materiales. La capacidad de los alemanes para crear armas devastadoras conllevó un efecto secundario negativo: el empleo de gran cantidad de dinero y tiempo para desarrollar los proyectos predilectos de oficiales nazis de alto rango, o para intentar que funcionaran diseños infructuosos. Los aliados, en cambio, en lugar de perder tiempo y recursos en perseguir la perfección, desarrollaron modelos

normales que funcionaban, y los fabricaron en cantidades abrumadoras.

Como la industria era crucial para ganar la guerra, los núcleos industriales se convirtieron en objetivos militares fundamentales. Los aliados empezaron a bombardear puertos y fábricas alemanes casi al mismo tiempo que los Alemanes iniciaron campañas similares. Con el paso del tiempo, los estrategas estadounidenses y británicos se volvieron igual de desalmados pero a una escala aún mayor. Estos dos países aliados se entregaron por entero al «bombardeo estratégico», para lo que desarrollaron aviones y tecnología nuevos que les permitieran poner miles de bombarderos en el aire tanto de día como de noche sobre la Europa ocupada. A medida que avanzó la guerra y Alemania siguió luchando, los aliados ampliaron sus campañas. Pasaron de bombardear objetivos militares e industriales en Alemania a perseguir esos mismos blancos en toda la Europa ocupada, y a bombardear en serio a la población civil alemana. Para los británicos, a pesar del debate público que surgió en torno a la ética de los bombardeos, era una guerra de venganza; para los americanos, era un esfuerzo para machacar a los alemanes sin sacrificar demasiadas vidas aliadas. Pero aquello resultó ser una premisa falsa. Los aliados mataron a cientos de miles de civiles alemanes cuando atacaron Berlín, puertos como el de Hamburgo y las ciudades industriales del Ruhr, pero la producción bélica alemana continuó. Al mismo tiempo, los aviones de combate alemanes derribaron cientos de bombarderos aliados, con lo que causaron numerosas bajas. Tras la invasión aliada de Europa, los bombardeos se extendieron bastante más allá de los objetivos de mero valor militar. La ciudad alemana de Dresde, centro de cultura y formación académica carente de industria pesada, fue atacada con bombas incendiarias que causaron un balance de muertes espeluznante. Aquello hizo vacilar a los generales y políticos aliados, pero los bombardeos estratégicos continuaron. La industria alemana se fue degradando poco a poco, pero la voluntad de los alemanes para seguir luchando, al igual que la de británicos y soviéticos, permaneció intacta.

LA CARRERA POR CONSTRUIR LA BOMBA

Mientras los aliados llevaban a cabo sus campañas de bombardeo sobre Alemania y Japón, científicos aliados se afanaban en Estados Unidos por confeccionar la bomba más poderosa jamás diseñada. Se trataba de un arma inverosímil propuesta desde un campo desconocido de la ciencia: la física atómica. Los físicos británicos (que encabezaban la investigación en la materia, junto con los alemanes) creían posible descomponer la estructura de un átomo. El proceso, denominado fisión, separaría partículas subatómicas con un estallido colosal de energía. Los científicos británicos pensaban que, teniendo los medios, conseguirían una reacción en cadena que

produciría la fisión de un átomo para desencadenar la ruptura en otros, como si desenmarañaran una hebra en la estructura del universo. Esto causaría una explosión de unas dimensiones y una potencia extraordinarias. Los científicos británicos empezaron a trabajar en la idea pero carecían de recursos y suficiente material radiactivo para provocar una reacción en cadena controlada. Estados Unidos contaba con esos recursos y, cuando entró en la guerra, los británicos transmitieron sus teorías y datos técnicos a los científicos estadounidenses. Un grupo de físicos, algunos estadounidenses, muchos refugiados de regímenes fascistas de Europa, se dedicó a la tarea de inducir una reacción en cadena. Enrico Fermi, físico italiano y ferviente antifascista, dirigió el diseño del primer reactor nuclear del mundo, construido en el campus de la Universidad de Chicago. En diciembre de 1942, Fermi consiguió la primera reacción en cadena controlada en ese lugar.

Mientras, los gobiernos de Estados Unidos y Alemania mantenían una carrera por conseguir una aplicación militar para la fisión. Los alemanes vieron obstaculizados sus esfuerzos desde el principio. Muchos de sus mejores expertos eran refugiados judíos o antinazis que ahora trabajaban para los americanos. Los alemanes también carecían de detalles tecnológicos cruciales y tenían menos recursos. Cuando comandos noruegos especialmente entrenados destruyeron la instalación alemana de «agua pesada» (utilizada para separar el uranio necesario para la bomba) en Telemark, Noruega, el proyecto alemán se desmoronó con ella. Pero las autoridades estadounidenses temieron que no estuviera destruida, y también fueron conscientes del inmenso poder de la nueva arma. Ya se había puesto en marcha un proyecto gubernamental, con el nombre codificado de «Manhattan», para dedicar un esfuerzo supremo a la confección de una bomba atómica americana. El proyecto se llevó a cabo bajo la máxima seguridad de la guerra; la mayoría del equipo de gobierno del presidente Roosevelt, y del congreso estadounidense, desconocía el verdadero propósito del proyecto «Manhattan».

En 1943 se construyó un laboratorio en Los Álamos, Nuevo México, que reunió a los físicos nucleares más capacitados del país, ciudadanos e inmigrantes, viejos y jóvenes, con la finalidad de idear un diseño viable para una bomba. La dirección del proyecto se le encomendó al físico J. Robert Oppenheimer junto con un supervisor del cuerpo aéreo del ejército estadounidense. Casi dos años después consiguieron un diseño factible cuyo prototipo se lanzaría desde un avión y se detonaría en el aire antes de caer sobre el objetivo, para lograr el máximo efecto. La primera prueba del artefacto se realizó el 16 de julio de 1945, cerca de Los Álamos. La onda de calor y el estruendo de la explosión fueron indescriptibles. La torre de prueba se volatilizó. La bola de fuego que ascendió en vertical en forma de seta fue la expresión física de un estallido equivalente a veinte mil toneladas de dinamita. «Manhattan» era un éxito. Estados Unidos poseía ahora el arma más destructiva desarrollada jamás. Tras

contemplar la explosión, Oppenheimer se sintió impelido a citar una frase de un texto hindú antiguo, un comentario amargo sobre su propia obra: «Me he convertido en la muerte, y el destructor de los mundos».

El contraataque de los aliados y el lanzamiento de la bomba atómica

Hitler había invadido la Unión Soviética en junio de 1941. En cuestión de dos años, la guerra en el este se había vuelto su perdición; en cuatro años supuso su destrucción.

Los primeros triunfos de la invasión alemana resultaron paralizantes. Destruyeron o capturaron casi el 90 por ciento de los carros de combate soviéticos, la mayoría de la aviación y cantidades ingentes de provisiones. Las fuerzas nazis se adentraron mucho en la Rusia europea. Los soviéticos lucharon a toda costa. A finales de 1941, las fuerzas alemanas y finlandesas habían incomunicado y sitiado Leningrado (San Petersburgo). Pero la ciudad resistió 844 días (es decir, durante tres inviernos con destrucción enorme por parte de la artillería y la aviación, y con períodos de hambruna) hasta que una gran fuerza de apoyo rompió el cerco. Los partisanos rusos incrementaron sus emboscadas y actuaciones terroristas, y muchos de los antiguos aliados alemanes en Ucrania y otros lugares se volvieron en su contra como reacción a las campañas nazis de «pacificación».

EL FRENTE DEL ESTE

Pero lo más importante fue el cambio de naturaleza que adquirió la guerra en el frente del este. Lo que había comenzado como una pugna entre invasores nazis y el régimen estalinista se convirtió en un conflicto para salvar la *rodina*, la madre patria rusa, puesto que los rusos lucharon por sus casas y sus familias. Stalin, político hábil, entendió esto; el mensaje de la propaganda soviética cambió para incluir una dosis saludable de alabanzas a la madre patria rusa. Tras sobrevivir el invierno de 1941-1942, la opinión pública rusa se convenció de que también podría sobrevivir a la guerra y se encomendó a expulsar a los alemanes de su tierra natal a cualquier precio. El segundo cambio en la guerra provino de una victoria rusa ganada por lo que Stalin llamó el «General Invierno». Varios inviernos sucesivos seguidos por veranos tórridos y fangosos se cobraron un saldo constante en vidas y víveres nazis que minaron la moral alemana. El tercer cambio lo representó la asombrosa recuperación de la industria soviética. Los soviéticos recibieron alguna ayuda británica y estadounidense introducida con gran riesgo en el país a través de rutas árticas, pero

casi todo el mérito fue de los propios rusos. Reconstruyeron industrias enteras al otro lado de los montes Urales, donde estaban seguras, y poblaciones de ciudades completas se desplazaron allí para trabajar en ellas y fabricar carros y aviones de combate, ametralladoras y munición. Una vez que los rusos lograron el mismo estancamiento en el combate aéreo que existía en Gran Bretaña, sus reservas de mano de obra, aparentemente inagotables, fueron respaldadas por unas reservas ilimitadas de equipamiento. El cuarto cambio de la guerra tuvo relación con los alemanes, que pasaron a convertirse en víctimas de sus propios éxitos. La *Blitzkrieg*, un método en principio muy ingenioso para librar una guerra, se tradujo en una serie predecible de maniobras ejecutadas siguiendo una lista. Los rusos estudiaron con interés esas rutinas. Aprendieron bien cada paso del proceso, explotaron sus puntos flacos y consiguieron con maestría trasladar a los alemanes una sensación falsa de triunfo antes de lanzarse sobre ellos desde flancos inesperados.

El año crucial del frente ruso fue 1943, cuando los esfuerzos de los alemanes para volver a destruir la industria soviética dieron lugar a las batallas más grandiosas y destructivas conocidas jamás en el mundo. La primera de ellas comenzó en 1942, con una ofensiva alemana masiva en el valle del río Volga que tuvo por objetivo la ciudad de Stalingrado. Los alemanes confiaban en dividir las fuerzas soviéticas y destruir valiosas fábricas. Pero cuando las tropas alemanas, rumanas e italianas entraron en el extrarradio de la ciudad se vieron arrastradas a duros combates puerta a puerta contra la defensa rusa. Las fuerzas soviéticas, aunque superadas en número, lucharon no ya hasta el «último cartucho», sino también con piedras y cuchillos cuando hubo necesidad. Los Panzer alemanes se revelaron inútiles ante las granadas y las bombas incendiarias en medio de calles estrechas. La ciudad quedó reducida a escombros, que en ocasiones sirvieron de cobijo a los rusos para sorprender a las unidades alemanas y rumanas. Con la llegada del invierno, las fuerzas rusas tuvieron que retroceder hasta el río Volga, pero las provisiones nazis empezaron a escasear. En noviembre de 1942 grandes ejércitos rusos rodearon a las fuerzas enemigas situadas en el interior de la propia ciudad. Los atacantes quedaron ahora cercados, en una batalla que continuó a lo largo de un invierno cruel.

Exasperado, Hitler pidió a sus oficiales que relevaran a las tropas sitiadas. Todos los intentos por abrirse camino resultaron infructuosos, y a finales de enero de 1943, el mando alemán de Stalingrado incumplió órdenes y entregó a los demacrados supervivientes de su ejército. En la destrozada ciudad había más de un cuarto de millón de cadáveres alemanes, rumanos e italianos. El doble del número de tropas alemanas fallecidas en todo el curso de la batalla. Los rusos alcanzaron el millón de bajas, incluidos 100.000 civiles. A pesar del número sin precedentes de víctimas (aquella batalla empujó incluso la de Verdún durante la Gran Guerra, o la lucha entre China y Japón) los rusos habían ganado una victoria crucial. Después de

Stalingrado, las apariciones públicas de Hitler fueron cada vez menos frecuentes, y sus peores propensiones al pesimismo y la paranoia fueron en aumento a medida que el frente ruso se volvió contra sus sueños.

Después de Stalingrado, los soviéticos montaron una serie de ofensivas que expulsaron a las fuerzas alemanas del corazón de Rusia. En el verano de 1943, los jefes de los carros de combate alemanes lanzaron un contraataque cerca de la ciudad de Kursk, en el centro de las líneas del frente. Sus victorias iniciales fueron un cebo; varios ejércitos rusos los aguardaban con gran cantidad de hombres y los carros de combate más modernos, especialmente diseñados para destruir los Panzer. Como consecuencia se produjo la batalla más descomunal librada jamás; duró seis semanas e implicó más de seis mil carros de combate y más de dos millones de hombres entre ambos bandos juntos. Estancado en medio de francotiradores y campos de minas, y barrido por la artillería rusa y lanzacohetes, el grupo del ejército alemán, formado por casi un millón de combatientes, quedó aplastado. Los rusos, dirigidos por el oficial al mando en Stalingrado y el contrincante más hábil de la *Blitzkrieg*, Gueorgui Zhúkov, lanzaron entonces una gran ofensiva en Ucrania. En la primavera de 1944, Ucrania volvió a manos rusas. Con la ayuda a Leningrado y ataques en Bielorrusia que llegaron a la frontera polaca, los rusos cambiaron las tornas. Rumania quedó fuera de combate durante 1944, y los ejércitos soviéticos ocuparon los Balcanes hasta que acabaron encontrándose con los partisanos victoriosos de Tito en Yugoslavia. Zhúkov, que había asumido el mando de la mayoría de los ejércitos soviéticos, pulverizó la resistencia alemana en Polonia durante el invierno de 1944. Varios ejércitos alemanes se desplomaron, y fuerzas soviéticas, unidas a partisanos comunistas de los países del este de Europa, retomaron extensas regiones de Checoslovaquia. Estas batallas, junto con las libradas en Italia y Yugoslavia, fueron las que destruyeron el ejército alemán. La meta más ambiciosa de Hitler había conllevado el derrumbamiento del régimen nazi y la muerte de toda una generación de soldados alemanes.

EL FRENTE OCCIDENTAL

Durante las campañas en el este, Stalin no paró de presionar a sus aliados para que abrieran un segundo frente por el oeste. La ofensiva estadounidense en Italia surgió como respuesta a estas presiones. Las fuerzas aliadas invadieron en primer lugar Sicilia y, después, la península italiana. El gobierno de Italia destituyó a Mussolini y se rindió en el verano de 1943. A ello se siguió una guerra civil en la que la mayoría de los italianos, en especial los partisanos comunistas, se unieron a los aliados, mientras que los fascistas consagrados siguieron luchando en favor de su líder

exiliado. Italia fue invadida por ambos bandos. Grandes ejércitos aliados y más de una docena de divisiones alemanas de élite ocuparon el país. Como consecuencia, hubo dieciocho meses de crudos enfrentamientos en las lomas cenagosas del país, entre montañas escarpadas y en localidades bombardeadas, que consumieron recursos ingentes y decenas de miles de vidas en cada bando. Aun así, la lucha en Italia tuvo un coste mucho mayor para Alemania que para los Aliados, quienes liberaron todas las ciudades importantes de Italia y entraron en Austria en la primavera de 1945.

El gran «segundo frente» se abrió el 6 de junio de 1944, con los masivos desembarcos aliados en Normandía. Aunque en algunos lugares resultaron mortales, los desembarcos fueron una obra maestra de planificación y engaño. Los alemanes defendieron con tenacidad los densos setos naturales de Normandía, pero la superioridad aérea de los aliados y una gran concentración de hombres y material bélico permitieron la penetración. Un desembarco estadounidense en la Riviera en agosto tuvo un éxito mucho más inmediato apoyado por la resistencia francesa. A finales de julio y en agosto, los aliados avanzaron por Francia hasta liberar París el 14 de agosto y prosiguieron el empuje hacia Bélgica. A partir de ahí el avance fue difícil. Los jefes aliados del oeste eran organizadores diestros, pero tenían habilidades estratégicas diversas. Una invasión británica de los Países Bajos con tropas aerotransportadas, y una acometida estadounidense en los bosques de Renania acabaron convertidas en sangrientos fracasos. Los alemanes montaron su propio ataque devastador en diciembre de 1944, protegidos por los temporales invernales, en la Batalla del Bulge. Fue el último esfuerzo con sus mejores hombres y equipos; capturaron miles de prisioneros y casi rompieron las líneas aliadas. Sin embargo, varias unidades estadounidenses de élite repelieron fuerzas alemanas mucho mayores en puntos clave hasta que la nieve remitió y los aliados organizaron un contraataque demoledor. Durante el invierno destruyeron las fuerzas alemanas en Renania y Holanda. En abril de 1945, los aliados cruzaron el Rin; en otra de las ironías de la guerra, las tropas francesas fueron las primeras en hacerlo. Los alemanes se desmoronaron. Los carros de combate estadounidenses se dirigieron hacia el sur, las fuerzas británicas y canadienses, hacia el norte. Los aliados habían aprendido las tácticas de la guerra relámpago a base de sufrirla, y ahora los estadounidenses se sirvieron de ella para abrumar a la resistencia. Este auténtico triunfo militar se vio beneficiado por el hecho de que la mayoría de los alemanes prefería rendirse a los americanos o británicos antes que encontrarse con los rusos por el este.

Al mismo tiempo, esas tropas soviéticas se acercaban con rapidez. A finales de abril habían tomado Praga y Viena. El 21 de abril de 1945, las fuerzas de Zhúkov aplastaron todo a su paso hasta llegar al extrarradio de Berlín. Durante los diez días siguientes se libró una batalla salvaje entre las ruinas y los montones de escombros. Más de cien mil rusos y alemanes perdieron la vida. Adolf Hitler se suicidó el 30 de

abril en un refugio subterráneo situado debajo de la cancillería. El 2 de mayo cayó el corazón de la ciudad y la bandera roja de los soviéticos ondeó desde la Puerta de Brandemburgo. El 7 de mayo, el alto mando alemán firmó un documento de rendición incondicional. Al día siguiente, la guerra había finalizado en Europa.

LA GUERRA EN EL PACÍFICO

La guerra en el Pacífico terminó cuatro meses después. Los japoneses se vieron obligados a retroceder en todos los frentes. El ejército internacional de Slim en Birmania había realizado una astuta campaña para expulsar a los japoneses. Tropas británicas, indias y nepalíes liberaron la capital birmana, Rangún, al tiempo que los alemanes se rendían en el oeste. Esa misma primavera, fuerzas australianas retomaron las Indias Orientales holandesas, mientras que para el otoño se planeó un ataque angloaustraliano sobre Singapur. La armada de Estados Unidos había logrado una de sus mayores victorias el otoño anterior, cuando el conjunto de fuerzas especiales de William Halsey destruyó la mayoría de los buques de superficie que le quedaban a Japón en las ensenadas de las islas filipinas. Las fuerzas estadounidenses desembarcaron y, en cuestión de semanas, cayó la capital de Filipinas, Manila, tras tomar casa por casa en enfrentamientos muy sangrientos. El resto de las batallas, los asaltos anfibios a una serie de islas situadas en el camino hacia la isla principal de Japón, fueron igualmente brutales. Los pilotos japoneses, totalmente superados en número en el aire, acometieron ataques suicidas contra buques americanos, mientras los marines estadounidenses y los soldados japoneses pelearon cada centímetro de las rocas voladas por las bombas en medio del Pacífico. En junio de 1945, la isla japonesa de Okinawa cayó en manos de las fuerzas estadounidenses tras ochenta y dos días de lucha desesperada. Ahora, los americanos disponían de una posición firme a menos de ochocientos kilómetros de las principales islas japonesas. Las tropas chinas, tanto nacionalistas como comunistas, se unieron para forzar la retirada de los japoneses de Hong Kong. Los soviéticos eligieron este momento para intervenir en la contienda. Sus fuerzas marcharon con rapidez a través de Manchuria y se adentraron en el territorio colonial de Corea. El gobierno de Tokio aguardaba una invasión y pidió a la ciudadanía un esfuerzo supremo para afrontar la crisis.

El 26 de julio, los dirigentes del gobierno de Estados Unidos, Gran Bretaña y China emitieron un comunicado en el que solicitaban a Japón que se rindiera o sería destruido. Estados Unidos ya había iniciado el proceso de destrucción usando su bombardero más avanzado, el B-29, capaz de sobrevolar los intentos nipones por derribarlo durante el bombardeo sistemático de las ciudades japonesas. Muchas de las ciudades japonesas, con construcciones de madera, fueron atacadas con bombas

incendiarias que formaron tormentas de llamas y mataron a cientos de miles de civiles. Pero los japoneses se negaron a claudicar. A falta de esa rendición, Estados Unidos pensó en acelerar el ritmo de destrucción. Decidió usar la bomba atómica.

Muchos oficiales militares y navales de alto rango sostuvieron que el uso de la bomba no era necesario, puesto que Japón ya estaba vencido. Algunos de los científicos involucrados, que habían aportado su grano de arena con la esperanza de contener a los nazis, consideraron que el uso de la bomba con fines políticos sentaría un precedente muy grave. Harry Truman, sucesor de Roosevelt cuando éste murió en abril de 1945, tomó una decisión distinta. El 6 de agosto se lanzó una sola bomba atómica sobre Hiroshima que arrasó alrededor del 60 por ciento de la ciudad. Tres días después se arrojó un segundo artefacto sobre Nagasaki. El presidente Truman advirtió que Estados Unidos usaría tantas bombas atómicas como fuera necesario para someter a Japón. El 14 de agosto, Japón se rindió sin condiciones.

La decisión de usar la bomba y sus consecuencias fueron impactantes. No alteraron en gran medida el alcance o los planes americanos para destruir Japón. Murieron muchos más japoneses durante los bombardeos previos que con las dos explosiones atómicas. Pero la bomba era un arma completamente nueva, construida con una tecnología que aún no había sido probada; algunos de sus creadores temieron que la detonación de prueba consiguiera dividir *todos* los átomos del universo. Aquél fue uno de los resultados más aterradores de la nueva relación entre la ciencia y el poder político. La naturaleza de la bomba también tenía su importancia. La devastación instantánea y total de los estallidos, junto con la radiación cancerígena que perduró años y se cobró víctimas décadas después, presentaron una novedad terrible. Ahora, el mundo contaba con un arma capaz de destruir, no ya ciudades y pueblos, sino a la humanidad en sí.

Conclusión

Tras la Primera Guerra Mundial, muchos europeos se despertaron para encontrarse con un mundo irreconocible. En 1945, muchos europeos que salieron de refugios o emprendieron la larga marcha de regreso a casa, se encontraron ante un mundo difícilmente existente siquiera. Las creaciones de la industria (carros de combate, submarinos, bombardeos estratégicos) habían destruido la estructura de la sociedad industrial (fábricas, puertos y vías ferroviarias). Las herramientas de la cultura de masas (llamamientos fascistas y comunistas, patriotismos proclamados a través de aparatos de radio y pantallas de cine, movilización de ejércitos grandiosos y la industria) se habían usado en toda su extensión. En el período posterior a la guerra, buena parte de Europa estaba destruida y, como veremos, se mostró vulnerable a la

rivalidad de las superpotencias de la posguerra: Estados Unidos y la Unión Soviética.

Las dos guerras mundiales ejercieron repercusiones profundas en los imperios occidentales. El imperialismo del siglo XIX había convertido la guerra del siglo XX en un asunto global. En ambas contiendas, los países en liza habían explotado al máximo los recursos del imperio. Campañas clave en África del Norte, Birmania, Etiopía o el Pacífico se libraron dentro y sobre territorios coloniales. Cientos de miles de tropas coloniales (cipayos y gurkhas de la India y Nepal, los Rifles Africanos del Rey de Gran Bretaña, franceses de Argelia y África occidental) sirvieron en ejércitos de ambos bandos durante el conflicto. Tras dos movilizaciones masivas, muchos líderes contrarios al colonialismo sintieron una confianza renovada en el coraje y los recursos de su pueblo, y aprovecharon la debilidad europea para presionar por la independencia. En muchas zonas que habían estado sometidas al control imperial europeo o japonés, desde partes de China, hasta Corea, Indochina, Indonesia y Palestina, el fin de la Segunda Guerra Mundial sólo preparó el camino para una nueva oleada de conflictos. Esta vez, la cuestión se centró en cuándo debía cesar el control imperial y por parte de quién.

La Segunda Guerra Mundial también fue una continuación del legado de grandes matanzas que había dejado la Gran Guerra. Los historiadores calculan que murieron casi 50 millones de personas. Los campos de exterminio del este se cobraron el saldo más alto: 25 millones de vidas soviéticas. De ellas, 8,5 millones fueron militares, y el resto, civiles; el 20 por ciento de la población polaca y casi del 90 por ciento de la comunidad judía polaca; un millón de yugoslavos, incluidos milicianos de todos los bandos; cuatro millones de soldados alemanes y quinientos mil civiles alemanes, sin contar los centenares de miles de alemanes fallecidos durante su deportación al este al final de la guerra en uno de los numerosos actos de limpieza étnica practicados en la época. Incluso Estados Unidos, protegido de todos los horrores de la guerra total por dos océanos inmensos, perdió 292.000 soldados en combate y más debido a accidentes o enfermedad.

¿Por qué fue tan homicida esta guerra? La tecnología avanzada de la guerra industrial moderna y las manifiestas aspiraciones genocidas de los nazis brindan parte de la respuesta. El carácter global de la contienda ofrece otra. Por último, la Segunda Guerra Mundial se solapó con, y a la larga degeneró en, una serie de conflictos menores, aunque no menos amargos: una guerra civil en Grecia; desavenencias entre ortodoxos, católicos y musulmanes en Yugoslavia, y pugnas políticas por el control de la resistencia francesa. Aunque estas luchas se cobraron menos vidas, dejaron hondas cicatrices políticas. Lo mismo ocurrió con los recuerdos de la guerra. El imperio de Hitler no habría durado tanto sin la aquiescencia activa o pasiva de muchos, y eso generó amarguras y reproches durante años.

En este y muchos otros aspectos, la guerra siguió atormentando durante la

segunda mitad del siglo. Cincuenta años después de la Batalla de Stalingrado, el periodista Timothy Rybeck descubrió que cientos de esqueletos yacen aún al aire en los campos alrededor de la ciudad. Muchos cadáveres no se inhumaron jamás. Otros se dejaron en fosas comunes poco profundas. A medida que el viento y el agua erosionan el terreno, los campesinos aran los campos y los adolescentes cavan en busca de medallas y cascos para venderlos como curiosidades, siguen aflorando huesos a la superficie. Uno de los encargados de supervisar la creación de tumbas permanentes con placas conmemorativas realizó la tarea expresando algo más que mero cansancio: «Este trabajo de volver a sepultar a los muertos —dijo— no se acabará nunca.»

Bibliografía seleccionada

- BANKIER, David, e Israel GUTMAN (eds.), *La Europa nazi y la solución final*, Madrid, Losada, 2005.
- BLOCH, Marc, *La extraña derrota: testimonio escrito en 1940*, Barcelona, Crítica, 2003.
- BRAITHWAITE, Rodric, *Moscú 1941: una ciudad y su pueblo en guerra*, Barcelona, Crítica, 2006.
- BROWNING, Christopher, *Aquellos hombres grises: el batallón 101 y la solución final en Polonia*, Barcelona, Edhasa, 2002.
- BURRIN, Philippe, *Francia bajo la ocupación nazi: 1940-1944*, Barcelona, Paidós, 2004.
- CALVOCORESSI, Peter, *Guerra total*, Madrid, Alianza, 1988.
- CARPINTERO, Natividad, *La bomba atómica: el factor humano en la Segunda Guerra Mundial*, Madrid, Díaz de Santos, 2007.
- CARR, Raymond, *La tragedia española: la Guerra Civil en perspectiva*, Madrid, Alianza, 1986.
- FREYTAG VON LORINGHOVEN, Bernd, y François D'ALANÇON, *En el búnker con Hitler*, Barcelona, Crítica, 2006.
- GILBERT, Martin, *La Segunda Guerra Mundial*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2006.
- GITTA, Sereny, *El trauma alemán: testimonios cruciales de la ascendencia y caída del nazismo*, Barcelona, Península, 2005.
- GOLDHAGEN, Daniel Jonah, *Los verdugos voluntarios de Hitler: los alemanes corrientes y el holocausto*, Madrid, Taurus, 1998.
- HILBERG, Raul, *La destrucción de los judíos europeos*, Madrid, Akal, 2005.
- LOTTMAN, Herbert, *La caída de París: 14 de junio de 1940*, Barcelona, Tusquets,

1993.

- MALEFAKIS, Edward (dir.), *La Guerra Civil española*, Madrid, Taurus, 2006.
- MERRIDALE, Catherine, *La guerra de los ivanes: el ejército rojo (1939-1945)*, Barcelona, Debate, 2007.
- MICHEL, Henri, *Los movimientos clandestinos en Europa (1938-1945)*, Barcelona, Oikos-Tau, 1971.
- , *La Segunda Guerra Mundial*, Madrid, Akal, 1990.
- MILWARD, Alan, *La Segunda Guerra Mundial, 1939-1945*, Barcelona, Crítica, 1986.
- OVERY, Richard James, *Por qué ganaron los Aliados*, Barcelona, Tusquets, 2005.
- PAXTON, Robert, *Anatomía del fascismo*, Barcelona, Península, 2005.
- , *La Francia de Vichy, 1940-1944*, Barcelona, Noguer, 1974.
- REES, Laurence, *Auschwitz: los nazis y la «solución final»*, Barcelona, Crítica, 2005.
- , *Una guerra de exterminio: Hitler contra Stalin*, Barcelona, Crítica, 2006.
- SIMPSON, William, *Hitler y Alemania: documentos y comentarios*, Madrid, Akal, 1994.
- STRATHERN, Paul, *Oppenheimer y la bomba atómica*, Madrid, Siglo XXI, 1999.
- WEINBERG, Gerhard, *Un mundo en armas*, Barcelona, Grijalbo, 1995.
- WILKINSON, James, *La resistencia intelectual en Europa*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989.

OCTAVA PARTE

Occidente y el mundo

La Segunda Guerra Mundial representó, tal vez, la gran línea divisoria del siglo xx. Su legado fue copioso y generalizado. La «guerra caliente» entre los Aliados y el Eje quedó reemplazada por la rivalidad entre los aliados más poderosos: Estados Unidos y la Unión Soviética. Las superpotencias tenían armas nucleares, alcance global y redes de alianzas que les conferían la autoridad de imperios. La «guerra fría» entre estas potencias condicionó el restablecimiento después del conflicto mundial y la política mundial en general durante cuatro décadas. El ascenso y la caída de la política de la Guerra Fría constituyen un tema crucial de la historia del siglo xx; es una de las dos direcciones históricas que seguiremos aquí.

Mientras la guerra fría pareció concentrar la vida política, cultural y económica del mundo alrededor de los polos gemelos de las superpotencias, el otro tema clave de finales del siglo xx guarda relación con los efectos descentralizadores de la globalización. Ésta comenzó con la desmembración de los viejos imperios coloniales europeos y la aparición de países nuevos. Asimismo, emergieron otras formas de política y de protesta basadas en movimientos sociales femeninos, «minorías» étnicas y pueblos sin voz política durante la era del imperialismo. Los imperios de Europa occidental no fueron los únicos que se derrumbaron. Con el fin de la Guerra Fría, el imperio no oficial de la Unión Soviética también se desmoronó, lo que trajo como consecuencia naciones y esperanzas nuevas. Tras estos acontecimientos, Estados Unidos pareció quedarse como la única potencia líder mundial, pero el resto del mundo no se limitó a transformarse en parte del imperio estadounidense por defecto o por consentimiento a ser «americanizado» en los términos fijados por Estados Unidos. A medida que el siglo xx llegó a su fin, se hizo patente que Occidente operaba en una red mucho más estrecha de civilizaciones mundiales. Esta última sección se centra en las circunstancias que dieron lugar a este mundo «globalizado».

CAPÍTULO 27

La Guerra Fría: política mundial, recuperación económica y cambio cultural

«La guerra terminó del mismo modo en que se acaba el paso a través de un túnel — escribió Heda Kovály, una mujer checa que sobrevivió a los campos de concentración —. Veíamos la luz a lo lejos, un resplandor que iba en aumento, y su brillo deslumbraba cada vez más a quienes estábamos apiñados en la oscuridad por mucho que faltara para llegar a ella. Pero cuando el tren salió al fin de golpe a la espléndida luz del sol, sólo divisamos un desierto.» La guerra había convertido Europa en un territorio de escombros y confusión. Millones de refugiados recorrieron cientos o miles de kilómetros a pie para regresar a sus hogares, mientras otros fueron expulsados por la fuerza de sus tierras. En algunas zonas casi no quedaban edificios en pie y tampoco había medios para construir otros nuevos. Las reservas de comida escaseaban de forma peligrosa; un año después de la guerra, casi 100 millones de personas vivían aún con menos de 1.500 calorías al día. Las familias cultivaban lo indispensable en el jardín de casa, o comerciaban de contrabando en el mercado negro. Los gobiernos siguieron racionando la comida y, sin esta medida, buena parte de la población del continente habría muerto de hambre. Durante el invierno de 1945-1946, muchas regiones tenían cantidades reducidas o nulas de combustible para calentarse. El carbón, hubiera el que hubiera (menos de la mitad de las existencias previas a la guerra), no se podía transportar a las zonas que más lo necesitaban. Las brutalidades de la guerra internacional, la guerra civil y la ocupación habían provocado enemistades internas en los países y habían despedazado las relaciones entre grupos étnicos y conciudadanos. El gran alivio que supuso la liberación para la población normal fue unido a menudo a reproches sobre el comportamiento de sus vecinos durante la guerra, por colaboración o por simple oportunismo.

¿Cómo se recupera un país, una región o una civilización de una catástrofe del alcance de la Segunda Guerra Mundial? Los países tuvieron que afrontar tareas mucho más amplias que el mero suministro de alimentos y la reconstrucción de infraestructuras económicas. Tuvieron que restaurar (o crear) la autoridad gubernamental, poner en funcionamiento la burocracia y legitimar los sistemas

legales. Tuvieron que restablecer los lazos de confianza y urbanidad entre ciudadanos, y hallar un punto intermedio entre las demandas de justicia, por un lado, y el deseo abrumador de enterrar recuerdos del pasado, por otro. Por el contrario, la reconstrucción trajo consigo un compromiso para renovar las democracias, la creación de instituciones democráticas capaces de asumir retos como los que habían desafiado a Occidente en la década de 1930. Algunos aspectos de este proceso tuvieron un éxito extraordinario, mayor que el que hubiera podido imaginar en 1945 el vaticinio más optimista. Otros fracasaron o se pospusieron hasta épocas posteriores del siglo.

Los efectos devastadores de la guerra conllevaron dos cambios espectaculares para el equilibrio de poder internacional. El primer cambio consistió en la emergencia de las llamadas superpotencias, Estados Unidos y la Unión Soviética, y la veloz aparición de una «guerra fría» entre ellas. La guerra fría dividió Europa de forma que la Europa oriental quedó ocupada por tropas soviéticas, mientras que la Europa occidental quedó sometida a la presencia militar y económica de Estados Unidos. El segundo gran cambio llegó con el desmantelamiento de los imperios europeos que otrora se extendían por todo el mundo. La caída de los imperios y la creación de nuevos países independientes reforzaron la Guerra Fría y llevaron la rivalidad de las superpotencias a sectores remotos del orbe. Estos eventos, los que determinaron la recuperación después de la guerra y necesariamente crearon una concepción nueva del significado de Occidente, constituyen el objeto de estudio de este capítulo.

La Guerra Fría y un continente dividido

Ningún tratado de paz puso fin a la Segunda Guerra Mundial. En su lugar, a medida que el conflicto se acercó a su fin, las relaciones entre las potencias aliadas empezaron a discutir cuestiones de poder e influencia en Europa central y oriental. Después de la guerra, pasaron de la desconfianza al conflicto abierto. Estados Unidos y la Unión Soviética pronto se constituyeron en el centro de dos bloques imperiales. Su rivalidad, que acabaría conociéndose como Guerra Fría, enfrentó entre sí a dos potencias militares, dos conjuntos de intereses de estado y dos ideologías: el capitalismo y el comunismo. Las múltiples repercusiones de la Guerra Fría trascendieron mucho más allá de Europa, puesto que los movimientos anticolonialistas, conscientes de la debilidad de las potencias coloniales europeas, pidieron ayuda a los soviéticos para luchar por la independencia. Por tanto, la Guerra Fría estructuró la paz, determinó las relaciones internacionales durante cuatro décadas y afectó a gobiernos y pueblos de todo el planeta dependientes de una u otra superpotencia.

Durante las negociaciones de Teherán (1943) y Yalta (1945) celebradas durante la guerra, la Unión Soviética había insistido en su legitimidad para controlar el este de Europa, una reivindicación que algunos líderes occidentales aceptaron como el precio que había que pagar por derrotar a Hitler, y que otros pasaron por alto por evitar un peligroso enfrentamiento. Durante su visita a Moscú en 1944, Churchill y Stalin negociaron con calma sus respectivas esferas de influencia ofreciéndose el uno al otro «porcentajes» de los países que quedarían liberados. La Declaración sobre la Europa Liberada que salió de Yalta en 1945 garantizó elecciones libres, pero Stalin consideró que la red de cooperación aliada le dio libertad de mando en Europa oriental. La mentalidad de asedio de Stalin impregnó su régimen autoritario y contempló a casi todo el mundo de dentro o de fuera del país como una amenaza o un enemigo potencial del estado. Pero la política soviética no se basó tan sólo en la paranoia personal. Las pérdidas catastróficas que sufrió el país durante la guerra decidieron a los soviéticos a mantener el control político, económico y militar de las tierras que habían liberado del dominio nazi. Para los soviéticos, el este de Europa servía tanto de «esfera como de escudo». Cuando sus antiguos aliados se resistieron a sus demandas, los soviéticos recelaron, se pusieron a la defensiva y se mostraron agresivos.

En Europa oriental, la Unión Soviética aplicó una mezcla de presión diplomática, infiltración política y poder militar para crear «repúblicas populares» simpatizantes con Moscú.

El mismo proceso se fue desarrollando en un país tras otro: primero, el estado creaba un gobierno de coalición que excluía a los antiguos simpatizantes nazis; después, aparecían coaliciones dominadas por comunistas; por último, un partido se hacía con todas las posiciones claves de poder. Este proceso fue el que animó a Winston Churchill a afirmar durante una conferencia en el Westminster College de Fulton, Misuri, en 1946 que «un telón de acero» había «caído sobre Europa». En 1948, los soviéticos aplastaron un gobierno checoslovaco de coalición dirigido por los liberales Eduard Beneš y Jan Masaryk, lo que supuso una quiebra de la garantía de Yalta para la celebración de elecciones democráticas que escandalizó a muchos. Aquel año también se instauraron gobiernos dependientes de Moscú en Polonia, Hungría, Rumania y Bulgaria. Estos estados recibieron el nombre conjunto de Bloque del Este.

La campaña soviética para controlar el este de Europa no discurrió sin oposición. El comunista yugoslavo y líder de la resistencia, el mariscal Tito (Josip Broz, 1892-1980), luchó por mantener su gobierno independiente de Moscú. A diferencia de la mayoría de los dirigentes comunistas europeos del este, Tito llegó al poder por sí solo

durante la guerra. Para lograrlo se sirvió del apoyo de serbios, croatas y musulmanes de Yugoslavia gracias a su trayectoria durante la guerra, la cual le otorgó autoridad política enraizada en su propio país. Moscú acusó a Yugoslavia de «seguir la senda hacia el nacionalismo» o para convertirse en una «colonia de las naciones imperialistas» y expulsó al país de los pactos económicos y militares de los países comunistas. Decididos a consolidar su control en otros lugares, los soviéticos exigieron purgas en los partidos y administraciones de varios gobiernos satélite. Éstas comenzaron en los Balcanes y se extendieron por Checoslovaquia, Alemania del Este y Polonia. El hecho de que las instituciones democráticas quedaran destruidas antes de la guerra facilitó la creación de dictaduras en el período posterior a ella. Las purgas triunfaron jugando con miedos y odios enquistados; en varias regiones, quienes purgaron el gobierno atacaron a sus oponentes acusándolos de judíos. Lejos de desaparecer, el antisemitismo siguió teniendo gran peso político; tal como explicó Heda Kovály, se volvió una costumbre culpar a los judíos por traer los horrores de la guerra.

El fin de la guerra no conllevó paz. En Grecia, como en Yugoslavia y buena parte de los Balcanes, el fin del conflicto armado casi entregó el poder a una resistencia local dirigida por comunistas. Sin embargo, Gran Bretaña y Estados Unidos estaban decididos a mantener Grecia dentro de su esfera de influencia, según acuerdos informales con los soviéticos. Sólo grandes dosis de ayuda a la monarquía anticomunista les permitieron conseguirlo. La sangrienta guerra civil que duró hasta 1949 se cobró más víctimas que la ocupación durante la guerra. El derramamiento de sangre en Grecia se convirtió en una de las primeras crisis de la Guerra Fría y en una piedra de toque para los crecientes temores estadounidenses ante la expansión comunista. «Como manzanas en un barril contaminadas por la descomposición de una sola podrida, la corrupción de Grecia contagiará Irán y todo Oriente [...] África [...] Italia y Francia —advirtió Dean Acheson en 1947, entonces subsecretario de estado estadounidense—. Desde los tiempos de Roma y Cartago no se ha producido una polarización tal de poder en el mundo.»

La Alemania derrotada se hallaba en el centro de esos dos bloques polarizados de poder y en seguida se convirtió en la primera línea del conflicto entre ambos. Los aliados habían dividido Alemania en cuatro zonas de ocupación. Aunque la ciudad de Berlín se hallaba bien inmersa en territorio soviético, también quedó dividida. Las zonas de ocupación se pensaron como temporales, a la espera de un acuerdo oficial de paz. Pero los soviéticos y los franceses, británicos y estadounidenses discutieron sobre las reparaciones y las políticas necesarias para el desarrollo económico de Alemania. Los conflictos administrativos entre las potencias occidentales adquirieron una intensidad semejante a la de sus desavenencias con los soviéticos; Gran Bretaña y Estados Unidos casi mantuvieron un altercado sobre el suministro de alimentos y el

comercio en sus respectivas zonas. Pero el acrecentamiento de la Guerra Fría aplazó esas cuestiones y, en 1948, los tres aliados occidentales iniciaron la creación de un gobierno único para sus territorios. Aprobaron reformas para aliviar la crisis económica e introdujeron una moneda nueva que sirvió como símbolo eficaz de la unidad económica. Los soviéticos se vengaron cortando todos los accesos por carretera, tren o vías fluviales de la zona occidental a Berlín Oeste, pero los aliados occidentales se negaron a cederles el control de la capital. Durante once meses enviaron material por vía aérea sobre el territorio soviético para llegar a la cercada zona occidental de Berlín, un total de 12.000 toneladas de provisiones enviadas en cientos de vuelos diarios. El bloqueo de Berlín duró casi un año, de junio de 1948 a mayo de 1949, y finalizó con la creación de dos Alemanias, la República Federal en el oeste (RFA) y la República Democrática (RDA) en la antigua zona soviética. En cuestión de pocos años ambos países adquirirían un aspecto notable de facciones armadas.

EL PLAN MARSHALL

Estados Unidos respondió a la expansión del poder soviético y los movimientos comunistas de base local con programas globales de ayuda económica y militar para Europa occidental. En un discurso pronunciado en 1947 ante el Congreso en favor de la aportación de apoyo militar a los anticomunistas de Grecia, el presidente de Estados Unidos, Harry Truman, expuso lo que acabaría recibiendo el nombre de Doctrina Truman, un compromiso para apoyar la resistencia de «pueblos libres» al comunismo. Pero la Doctrina Truman también vinculaba la disputa por el poder político a la economía. Truman declaró que el conflicto soviético-estadounidense era una elección entre dos «estilos de vida». Unos meses después, el secretario de estado George Marshall trazó un plan ambicioso de ayuda económica para Europa que incluía, en principio, los estados europeos del este: el Programa de Recuperación Europea. El Plan Marshall aportó 13.000 millones de dólares en ayudas a lo largo de cuatro años (desde 1948), destinados a la recuperación industrial. El plan suministró tractores, locomotoras, alimentos, equipos técnicos y capital estadounidenses a los países participantes. Pero, a diferencia de los programas de ayuda, el Plan Marshall instó a que cada país diagnosticara sus problemas económicos particulares y desarrollara sus propias soluciones. El Plan Marshall también alentó la coordinación entre países europeos, en parte por idealismo (algunos hablaban de unos «Estados Unidos de Europa») y en parte para disuadir a Francia de que reclamara indemnizaciones e intentara dismantelar la economía alemana. A través de una serie de acuerdos económicos adicionales, el Plan Marshall se convirtió en uno de los

pilares de la unidad económica europea. El programa estadounidense, en cambio, exigía medidas como la liberalización de precios, restricciones salariales y unos presupuestos equilibrados. Los americanos alentaron una oposición a políticas de izquierdas y a movimientos que pudieran simpatizar con el comunismo.

Estados Unidos se apresuró asimismo a reforzar defensas militares. En abril de 1949, Canadá, Estados Unidos y representantes de los estados europeos del oeste firmaron un acuerdo que fundó la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN). Grecia, Turquía y la RFA se sumaron más tarde como miembros. Cualquier ataque armado contra alguno de los miembros de la OTAN sería considerado ahora como un ataque contra todos ellos y conllevaría una respuesta militar unida. La OTAN estableció un mando militar conjunto en 1950, y nombró a Dwight Eisenhower, comandante supremo de las fuerzas aliadas en el frente occidental durante la guerra, como su máximo oficial militar. Las fuerzas de la OTAN consistían en treinta divisiones en 1950, y en 1953 eran casi sesenta que incluían (tal vez esto sea lo más sorprendente) una docena de divisiones del reciente estado de la RFA. El rearme de Alemania occidental había suscitado arduos debates, sobre todo en Gran Bretaña y Francia, pero la presión estadounidense y cierta sensación de necesidad estratégica condujeron a su aceptación dentro de Europa occidental. Entre los aspectos más llamativos del período posterior a la Segunda Guerra Mundial figura la rapidez con que Alemania se reintegró a Europa. En el nuevo mundo de la Guerra Fría, «Occidente» no tardó en identificarse con anticomunismo. Los aliados potencialmente fiables no debían ser castigados ni excluidos, fuera cual fuera su pasado.

Los preparativos de la OTAN para otra guerra europea dependían en gran medida de la potencia aérea, una nueva generación de bombarderos que lanzaría el arma más novedosa de la época, la bomba atómica. Por tanto, cualquier conflicto que estallara a lo largo de la nueva frontera alemana amenazaba con reducir a mera anécdota la masacre recién sufrida.

DOS MUNDOS Y LA CARRERA POR LA BOMBA

Los soviéticos contemplaron la OTAN, el Plan Marshall y, sobre todo, la sorprendente intromisión de Estados Unidos en los asuntos de Europa con una alarma creciente. Tras rechazar una propuesta original de ayuda del Plan Marshall, crearon una versión oriental del plan, el Consejo de Ayuda Económica Mutua, o Comecon. En 1947 los soviets fundaron una institución política internacional, la Kominform (Oficina de Información Comunista), encargada de coordinar una política y unos programas comunistas a nivel mundial. Respondieron a la OTAN con el

establecimiento de alianzas militares propias confirmadas por el Pacto de Varsovia de 1955. Este acuerdo instauró un mando conjunto entre los estados de Albania, Bulgaria, Checoslovaquia, Hungría, Polonia, Rumania y la RDA, y garantizó la presencia continuada de tropas soviéticas en todos esos países.

Estos conflictos se vieron oscurecidos por la sombra de la carrera de las armas nucleares. En 1949, la URSS sorprendió a la inteligencia estadounidense poniendo a prueba su primera bomba atómica (basada en el modelo de la bomba de plutonio probada por los americanos en 1945). En 1953 ambas superpotencias exhibieron un arma nueva, la bomba de hidrógeno o «superbomba», mil veces más potente que la bomba arrojada sobre Hiroshima. En cuestión de pocos años, ambos países desarrollaron bombas menores y sistemas de lanzamiento que las convirtieron en utilizables. Se construyeron misiles intercontinentales capaces de disparar primero una y, a continuación, varias cabezas nucleares, lanzadas desde tierra o desde submarinos atómicos de nueva generación que deambulaban por los océanos listos para actuar en todo instante. J. Robert Oppenheimer advirtió que la bomba H aumentaba de un modo tan espectacular la capacidad para hacer la guerra contra civiles que se convertiría en un «arma genocida». Más allá de las advertencias de que la guerra nuclear acabaría con la civilización humana, «la bomba» tuvo unas consecuencias estratégicas más específicas. La «nuclearización de la guerra» alimentó el efecto polarizador de la Guerra Fría ya que a los países sin armas nucleares les resultó difícil no unirse al pacto soviético o al estadounidense. A largo plazo, favoreció la disparidad entre dos grupos de países: por un lado, las superpotencias, con sus descomunales presupuestos militares y, por otro, los países dependientes de acuerdos y leyes internacionales. Asimismo, alteró la naturaleza de la guerra cara a cara, de manera que favoreció «guerras por poderes» entre clientes de las superpotencias, y aumentó los temores de que los conflictos locales desencadenaran una guerra global. La bomba de hidrógeno adquirió en seguida una relevancia cultural enorme como el símbolo aislado más significativo de la época. Parecía confirmar tanto el poder de la humanidad como su vulnerabilidad. El avance que representaba para el conocimiento aumentó la confianza de los contemporáneos en la ciencia y el progreso. Al mismo tiempo, las armas de destrucción masiva y la capacidad emergente de la humanidad para destruirse a sí misma plantearon serias dudas sobre la pertinencia de dicha confianza.

¿Era inevitable la Guerra Fría? ¿Podrían haber negociado americanos y soviéticos sus desavenencias? Desde el lado soviético, la suspicacia, la crueldad y las ambiciones autocráticas de Stalin se unieron a cuestiones reales de seguridad para alimentar la mentalidad de la Guerra Fría. Los líderes estadounidenses, por su parte, creían que la devastación del continente brindó a los soviéticos una oportunidad para instaurar regímenes comunistas tanto en Europa oriental como occidental. Por sí

solos, los europeos no podrían responder con eficacia a las múltiples crisis de posguerra que surgieron en Alemania, Grecia y otros lugares. Además, Estados Unidos no estaba dispuesto a renunciar al poder militar, económico y político adquiridos durante la guerra. A medida que se fue apartando de su aislacionismo tradicional, EE UU articuló, pues, intereses estratégicos nuevos que tuvieron consecuencias globales, como el acceso a la industria europea y la creación de bases militares en emplazamientos remotos. Estos intereses aumentaron los temores soviéticos. En este contexto, la confianza se tornó sencillamente imposible.

Un nuevo equilibrio de poder internacional produjo muy pronto políticas internacionales distintas. En 1946, George Kenan afirmó que Estados Unidos debía considerar prioritaria la contención de la amenaza soviética y que los soviéticos no se habían embarcado en la revolución mundial. Por tanto, Estados Unidos debía responder, no con «histrionismo: con amenazas o bravatas o gestos superfluos de firmeza aparente», sino «mediante la aplicación hábil y vigilante de una contrafuerza en una serie de puntos geográficos y políticos en constante cambio». La contención se convirtió en el punto de referencia para la política exterior de EE UU durante los cuarenta años siguientes.

En su momento culminante, la Guerra Fría congeló la política interior en ambos países. En la Unión Soviética, los escritores y artistas fueron atacados por desviarse de las líneas del partido. Éste disciplinó a economistas por señalar que la industria de Europa occidental se recuperaría de los daños sufridos. La radio anunció a bombo y platillo el descubrimiento de los líderes checos o húngaros como traidores. En Estados Unidos, los miembros del congreso lanzaron campañas para erradicar «comunistas» por doquier. A ambos lados del telón de acero, la Guerra Fría intensificó la inquietud cotidiana con instrucción aérea, juicios por espionaje, el convencimiento de que estaba en juego un estilo de vida y llamamientos a la defensa de la familia y lo propio ante la amenaza del «otro».

JRUSCHOV Y EL «DESHIELO»

Stalin murió en 1953. El lento acceso de Nikita Jruschov al poder, que no fue seguro hasta 1956, señaló un cambio de dirección. Jruschov poseía una especie de franqueza campechana que, a pesar de su hostilidad hacia el oeste, contribuyó por un tiempo a aliviar tensiones. Stalin se había recluso en el Kremlin; Jruschov viajó por el mundo. Durante una visita a Estados Unidos en 1959, intercambió bromas con agricultores de Iowa y visitó Disneylandia. Jruschov fue un político habilidoso que en seguida pasó de la retórica antiamericana agresiva a la reconciliación diplomática. Poniendo de manifiesto su deseo de reducir el conflicto internacional, Jruschov aceptó pronto la

celebración de una cumbre con los líderes de Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos. El encuentro condujo a una serie de acuerdos que rebajaron las fricciones en aquella Europa armada hasta los dientes, y conllevaron la prohibición de probar armas nucleares en superficie a comienzos de los años sesenta.

Otro cambio de dirección de Jruschov provino del célebre «discurso secreto» que pronunció en 1959 (a puerta cerrada durante el vigésimo congreso del Partido Comunista) y en el que reconoció los «excesos» de la era de Stalin. Aunque se trató de un discurso secreto, las acusaciones de Jruschov se debatieron ampliamente. La severidad del régimen de Stalin había generado el descontento popular y demandas para que la producción de maquinaria pesada y armamento dieran un giro hacia la elaboración de bienes de consumo, para la adopción de medidas que garantizaran libertades artísticas y para acabar con la política de represión. En tales circunstancias, ¿cómo pudo el régimen llevar a cabo la desestalinización dentro de unos márgenes seguros? El deshielo desató fuerzas que se revelaron difíciles de controlar. Entre 1956 y 1958, los campos de concentración soviéticos liberaron a miles de presos. Los ciudadanos soviéticos acosaron al régimen con exigencias para que rehabilitara a familiares ejecutados o encarcelados por Stalin, en parte para que ellos mismos volvieran a tener derecho a ciertos privilegios de ciudadanía como el acceso a una vivienda. En el nuevo ambiente cultural, la vida privada (las cuestiones familiares, la escasez de hombres después de la guerra, y el problema de los huérfanos) se convirtió en un asunto legítimo de importancia y debate.

El deshielo brindó una oportunidad breve a algunos de los escritores soviéticos más destacados. En 1957, la novela de Boris Pasternak titulada *El doctor Zhivago* no se pudo publicar en la Unión Soviética y su autor se vio obligado a rechazar el premio Nobel. El hecho de que la primera novela de Alexánder Solzhenitsin, *Un día en la vida de Iván Denisóvich*, pudiera publicarse en 1962 indicó cierta libertad cultural del deshielo. Esta obra se basaba en las experiencias personales de Solzhenitsin en los campos de prisioneros, donde había pasado ocho años por criticar a Stalin en una carta, y era un testimonio literario de gran peso sobre la represión reconocida por el propio Jruschov. Sin embargo, en 1964 Jruschov había caído, y el deshielo finalizó, lo que arrojó a la clandestinidad a críticos y escritores como Solzhenitsin. *El primer círculo* (1968), obra también autobiográfica, contaba la historia de un grupo de científicos encarcelados que investigaban para la policía secreta. Solzhenitsin siguió trabajando en lo que acabaría siendo *El archipiélago Gulag*, el primer gran estudio histórico y literario de los campos estalinistas (*gulags*). Él había reunido en secreto recuerdos y testimonios personales de prisioneros, había tomado notas en papeles enrollados de cigarrillos y enterrado borradores de capítulos en su propia casa. La policía secreta soviética encontró una copia del manuscrito en un taxi justo cuando Solzhenitsin había terminado de escribir la obra. No obstante, *El*

archipiélago Gulag se publicó en París en 1973, pero un año después el régimen arrestó a Solzhenitsin con cargos de traición, y lo mandó al exilio. El disidente soviético más conocido no era ni demócrata ni pro occidental. Era un idealista y un moralista cuyas raíces se hundían en los autores y filósofos rusos del siglo XIX. Desde el exilio, Solzhenitsin atacó las corrupciones del materialismo estadounidense así como la represión soviética.

LA REPRESIÓN EN EUROPA ORIENTAL

El año de la muerte de Stalin habían estallado tensiones en Europa oriental. Gravado con el pago de numerosas indemnizaciones a la Unión Soviética, el gobierno de la RDA atravesó una crisis económica. La conciencia del gobierno del éxito económico de Alemania Occidental empeoró las cosas. El éxodo ilegal de ciudadanos de la RDA al oeste experimentó un incremento brusco: sólo en marzo de 1953 salieron del país cincuenta y ocho mil personas. En junio, cuando el gobierno exigió aumentos considerables a la productividad industrial, estallaron las huelgas en Berlín Oriental. El descontento se extendió por todo el país. El ejército soviético reprimió los levantamientos y cientos de personas fueron ejecutadas en purgas sucesivas. En adelante, el gobierno de la RDA, dirigido por Walter Ulbricht, usó los miedos al desorden para consolidar el mandato de un partido único.

En 1956, animadas por la desestalinización de Jruschov, Polonia y Hungría se rebelaron y reclamaron más independencia para gestionar sus asuntos internos. Los trabajadores en huelga encabezaron la oposición en Polonia. El gobierno vaciló respondiendo primero con represión militar y más tarde con promesas de liberalización. Al final, el líder polaco antiestalinista Wladyslaw Gomulka logró permiso soviético para que su país buscara sus propias «vías de desarrollo socialista» con el compromiso de que Polonia permaneciera leal a las estipulaciones del Pacto de Varsovia.

Los acontecimientos en Hungría resultaron muy diferentes. El carismático líder del gobierno comunista húngaro, Imre Nagy, era tan nacionalista húngaro como comunista. Bajo su mandato, las protestas contra las políticas de Moscú derivaron en una lucha anticomunista mucho más amplia y, lo más importante, en un intento por escindir el Pacto de Varsovia. Jruschov aceptaría lazos más laxos entre Europa oriental y Moscú, pero no toleraría el fin del pacto. El 4 de noviembre de 1956 tropas soviéticas ocuparon Budapest y arrestaron y ejecutaron a los líderes de la rebelión húngara. Los húngaros se alzaron en armas y los enfrentamientos callejeros se prolongaron varias semanas. Los húngaros esperaban contar con ayuda occidental, pero Dwight Eisenhower, recién elegido presidente por segunda vez, evitó brindarles

cualquier apoyo. Las fuerzas soviéticas instauraron un gobierno nuevo dirigido por el ferviente comunista János Kádár, la represión continuó y decenas de miles de refugiados húngaros huyeron al oeste. Los esfuerzos de Jruschov por mostrar una cara más amable y conciliadora de la Unión Soviética a Occidente quedaron ensombrecidos por la revuelta y la represión.

La política de Jruschov de «coexistencia pacífica» con el oeste no redujo su determinación para acabar con cualquier amenaza militar para la Europa del Este. A mediados de la década de 1950, la política de la OTAN de situar armas nucleares en la RFA pareció justamente un signo de tal amenaza. Es más, los alemanes del este siguieron huyendo del país a través de Berlín Occidental. Entre 1949 y 1961, salieron 2,7 millones de alemanes del este, una evidencia clara de la impopularidad del régimen. Para contener aquella oleada, Jruschov pidió al oeste que reconociera la división permanente de Alemania con una ciudad libre en Berlín. Con la desestimación de la solicitud el gobierno de la RDA construyó en 1961 un muro de tres metros para separar ambos sectores de la ciudad. El muro fue una peligrosa demostración de fuerza a ambos lados, puesto que tanto soviéticos como estadounidenses movilizaron a los reservistas para la guerra. John F. Kennedy, recién elegido presidente de EE UU, marcó el reñido estatus de Berlín con una visita en la que proclamó que «todos los hombres libres» eran ciudadanos del Berlín Occidental, el no comunista. Durante casi treinta años, hasta 1989, el Muro de Berlín perduró como un monumento a la transición de la «guerra caliente» hacia la «guerra fría», y reflejó de forma ominosa la división de Alemania y Europa en su conjunto.

Renacimiento económico

A pesar de las tensiones creadas por la rivalidad global de las superpotencias, el período de posguerra conllevó una recuperación notable para Europa occidental: el «milagro» económico. Los economistas aún discuten hoy sobre sus causas. Algunos factores surgieron como consecuencia directa de la guerra, la cual favoreció cierta variedad de innovaciones tecnológicas que pudieron aplicarse en tiempos de paz: mejoras en las comunicaciones (la invención del radar, por ejemplo), el desarrollo de materiales sintéticos, el aumento del uso del aluminio y aleaciones de metal, y avances en las técnicas de prefabricación. La industria manufacturera durante el período bélico había ampliado de forma significativa la capacidad productiva de los países. El Plan Marshall parece haber tenido menos relevancia de la que le atribuyeron muchos en aquella época, pero resolvió problemas urgentes relacionados con la balanza de pagos y la escasez de dólares estadounidenses para comprar productos procedentes de EE UU. Esta explosión económica se nutrió de un tercer

conjunto de factores: una gran demanda de consumo y, en consecuencia, niveles muy elevados de empleo durante las décadas de 1950 y 1960. El consumo activo, tanto interno como externo, favoreció la expansión, la inversión continua de capital y la innovación tecnológica. El aumento de la demanda de productos europeos aceleró acuerdos que estimularon la circulación libre del comercio internacional y las divisas (véase más adelante).

Ahora se asumió que el estado debía inmiscuirse mucho más que antes en la gestión económica (controlando la inversión, tomando decisiones sobre qué modernizar, o coordinando políticas entre industrias y países). También esto fue un legado de la guerra. Tal como observó un funcionario británico, «ahora todos practicamos la planificación». Las tácticas gubernamentales para dirigir la economía variaron. La RFA brindó períodos de exención fiscal para fomentar la inversión empresarial; Gran Bretaña e Italia ofrecieron subvenciones de inversión a sus industrias del acero y petroleras. Francia, Gran Bretaña, Italia y Austria fueron las primeras en experimentar con la nacionalización de la industria y los servicios con el objeto de aumentar la productividad. Como resultado apareció una serie de economías «mixtas» que combinaban la propiedad pública y privada. En Francia, donde la propiedad pública estaba ya muy avanzada en la década de 1930, los ferrocarriles, la electricidad, el gas, la banca, la radio y la televisión, y grandes sectores de la industria automovilística pasaron a depender del gobierno. En Gran Bretaña, la lista también era larga: el carbón y las empresas de servicios públicos; las carreteras, ferrocarriles y transporte aéreo; y la banca. Aunque la nacionalización fue menos común en Alemania Occidental, el sistema ferroviario (patrimonio del estado desde finales del siglo XIX); algunos negocios eléctricos, químicos y metalúrgicos; y la empresa Volkswagen (lo que quedaba del intento de Hitler por fabricar un «coche popular») estaban en manos del estado, aunque esta última volvió en gran medida al sector privado en 1963.

Estas políticas y programas gubernamentales contribuyeron a lograr unas tasas de crecimiento asombrosas. Entre 1945 y 1963, el crecimiento anual medio del producto interior bruto (el producto nacional bruto menos los ingresos recibidos del extranjero) de la RFA ascendió al 7,6 por ciento; el de Austria fue del 5,8 por ciento; el de Italia, del 6 por ciento; el de los Países Bajos, del 4,7 por ciento; etcétera. La economía no sólo se recuperó de la guerra, sino que invirtió las tendencias económicas previas a la guerra de poca demanda, superproducción e inversión insuficiente. Las facilidades de producción se vieron apremiadas para crecer al mismo ritmo que la vertiginosa demanda.

La recuperación de Alemania Occidental fue especialmente espectacular e importante para el resto de Europa. La producción se multiplicó por seis entre 1948 y 1964. El desempleo cayó a niveles sin precedentes hasta situarse en el 0,4 por ciento

en 1965, momento en que había seis trabajos por cada persona parada. El contraste con el desempleo catastrófico durante la Gran Depresión acentuó la sensación de «milagro». Los precios subieron pero, luego, se estabilizaron, y muchos ciudadanos pudieron zambullirse en una fiesta de consumo interior que disparó la producción. En la década de 1950, el estado y la industria privada construyeron medio millón de viviendas al año para alojar a aquellas personas cuyas casas habían quedado destruidas, a nuevos residentes refugiados de Alemania y Europa del Este, y a trabajadores temporales procedentes de Italia, España, Grecia y otros lugares atraídos por la gran demanda laboral de la RFA. Los coches alemanes, los productos mecánicos especializados, elementos ópticos y químicos recuperaron su antiguo puesto en los mercados líderes mundiales. Las mujeres de Alemania Occidental también formaron parte del proceso: durante la década de 1950, los políticos alemanes animaron a las mujeres a asumir el papel de «ciudadanas consumidoras» como compradoras activas pero prudentes de productos que mantendrían activa la economía alemana.

Bajo la dirección de un ministro de planificación, Jean Monnet, el gobierno francés asumió un papel directo en la reforma industrial aportando no sólo capital, sino también asesoramiento experto, y facilitando cambios en la comunidad laboral nacional para ubicar a los trabajadores donde eran más necesarios. El plan dio prioridad a las industrias básicas; la producción eléctrica se dobló, la industria del acero experimentó una modernización a fondo, y el sistema ferroviario francés se convirtió en el más rápido y más eficaz del continente. El «milagro» industrial italiano llegó más tarde pero resultó más impresionante aún. Estimuladas por infusiones de capital procedente del gobierno y del Plan Marshall, las empresas italianas empezaron en seguida a competir con otros gigantes internacionales europeos. Los productos de Olivetti, Fiat y Pirelli conquistaron los hogares de todo el mundo hasta unos niveles desconocidos para cualquier producto italiano en el pasado. La producción eléctrica se dobló entre 1938 y 1953. En 1954 los sueldos reales eran un 50 por ciento más altos que en 1938.

Los países europeos, con unas tradiciones políticas o unos patrones industriales bastante dispares, compartieron ahora una prosperidad general. Sin embargo, el aumento del PNB no equilibró las diferencias entre estados y dentro de ellos. En el sur de Italia, el analfabetismo siguió siendo alto y la tierra continuó en manos de unas pocas familias adineradas; el PNB per cápita en Suecia casi ascendía a diez veces el de Turquía. Gran Bretaña siguió siendo un caso especial. El primer ministro conservador Harold Macmillan triunfó durante la campaña para su reelección en 1959 con la consigna: «Jamás os ha ido tan bien», un alarde bastante atinado. El crecimiento británico fue apreciable comparado con las actuaciones anteriores, pero la economía británica siguió siendo floja. El país soportaba fábricas y métodos

obsoletos, legado de su industrialización temprana, y una falta de voluntad para adoptar técnicas nuevas en industrias viejas o para invertir en otras más favorables. Asimismo, estaba plagado de una serie de crisis de balanzas de pagos precipitadas por la incapacidad para vender más productos fuera de los que importaba.

INTEGRACIÓN ECONÓMICA EUROPEA

El renacimiento de Europa occidental fue fruto de un esfuerzo colectivo. A partir de la aplicación del Plan Marshall, un conjunto de organizaciones económicas internacionales empezaron a unir a los países europeos del oeste. La primera de ellas fue la Comunidad Europea del Carbón y del Acero (CECA), fundada en 1951 para coordinar el comercio y la gestión de los recursos más importantes de Europa. El carbón tenía aún un papel crucial a mediados del siglo xx en Europa; servía de combustible para todo, desde la fabricación de acero y trenes hasta la calefacción doméstica, y constituía el 82 por ciento del consumo de energía primaria en Europa. También resultó clave para las relaciones entre la RFA, con abundantes minas de carbón, y Francia, con gran demanda de carbón para las acererías. La Máxima Autoridad de la CECA, consistente en expertos de cada uno de los países participantes, tenía capacidad para regular precios, aumentar o limitar la producción y para imponer tasas administrativas. En 1957, el Tratado de Roma convirtió Francia, la RFA, Italia, Bélgica, Holanda y Luxemburgo en la Comunidad Económica Europea (CEE) o el Mercado Común. La CEE pretendió abolir barreras comerciales entre sus miembros. Es más, la organización se comprometió a mantener aranceles exteriores comunes, al tránsito libre de mano de obra y capital entre los países miembros y a la construcción de estructuras salariales y sistemas de seguridad social uniformes para crear unas condiciones laborales similares en todo el Mercado Común. El programa lo administró una comisión con sede en Bruselas; en 1962, Bruselas alojaba más de tres mil «eurócratas».

La integración no se produjo con suavidad. Gran Bretaña se mantuvo al margen temiendo los efectos de la CECA sobre su decadente industria del carbón y sobre las viejas relaciones comerciales que mantenía con Australia, Nueva Zelanda y Canadá. Gran Bretaña no estaba tan necesitada como Francia de materias primas, ni necesitaba al otro para disponer de mercados; siguió dependiendo de las relaciones económicas con el imperio y la Commonwealth. Gran Bretaña, una de las pocas vencedoras de la Segunda Guerra Mundial, dio por supuesto que podría mantener su posición económica global en el mundo de posguerra. En los otros países, la oposición interna a las disposiciones de la CEE sobre salarios o precios agrícolas amenazó a menudo con hundir acuerdos. Los franceses y otros países insistieron en

proteger la agricultura recordando la importancia del campesinado para la estabilidad política, e invirtieron en identidad nacional a base de financiar el campo.

Los movimientos sísmicos que empezaron a otorgar más importancia al petróleo y la energía atómica que al carbón (véase el capítulo 28) restaron efectividad a la CECA. Aun así, la Comunidad Económica Europea fue un éxito notable. En 1963 se convirtió en el importador más grande del mundo. Su producción de acero sólo estuvo precedida por la de Estados Unidos, y su producción industrial total fue un 70 por ciento mayor que en 1950. Por último, instauró una tendencia política nueva a largo plazo: cada país individual buscó soluciones «europeizantes» a sus problemas.

Del mismo modo, acuerdos cruciales alcanzados en Bretton Woods, New Hampshire (EE UU), en julio de 1944, aspiraron a coordinar los movimientos de la economía global y a «internacionalizar» soluciones a crisis económicas para evitar catástrofes como las que plagaron la década de 1930. En Bretton Woods se crearon el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, ambos diseñados para establecer tipos de cambio estables y predecibles, prevenir la especulación y permitir que las divisas (y, por tanto, el mercado) se movieran con libertad. El resto de monedas quedó sujeto al dólar, lo que reflejó y realzó el papel de Estados Unidos como principal potencia financiera. El nuevo sistema internacional se creó teniendo en cuenta la esfera estadounidense-europea, pero esas organizaciones no tardaron en influir en el desarrollo económico de lo que acabaría llamándose el Tercer Mundo. Por tanto, el período de posguerra aceleró la integración económica global sobre todo en los términos impuestos por EE UU.

DESARROLLO ECONÓMICO EN EL ESTE

Aunque el desarrollo económico en Europa del Este no fue ni por asomo tan espectacular como en el oeste, también experimentó avances significativos. Polonia y Hungría, en concreto, reforzaron sus lazos económicos con el oeste, sobre todo con Francia y la RFA. A finales de la década de 1970 alrededor del 30 por ciento del comercio en Europa del Este se gestionaba desde fuera del bloque soviético. Sin embargo, la Unión Soviética exigió a sus satélites el diseño de políticas económicas que no sólo sirvieran a sus propios intereses nacionales. Las regulaciones que regían el COMECON, el equivalente del Mercado Común en la Europa del Este, aseguraban que la Unión Soviética podía vender sus exportaciones a precios muy por encima del nivel mundial y obligaban a otros miembros a comerciar con la Unión Soviética en clara desventaja para ellos. En un principio, el énfasis recayó sobre la industria pesada y la agricultura colectivizada, aunque, con el tiempo, la tensión política en países como Hungría y Polonia obligó a la Unión Soviética a moderar su política y a

permitir la fabricación de más bienes de consumo y el desarrollo de un comercio modesto con el oeste.

EL ESTADO DE BIENESTAR

El crecimiento económico se convirtió en uno de los lemas de la época de la posguerra. El estado de bienestar fue otro de ellos. Los fundamentos de la nueva legislación se remontaron a los proyectos de seguros de vejez, enfermedad e incapacidad introducidos por Bismarck en Alemania a finales de la década de 1880. Pero la expansión económica permitió a los países europeos de la posguerra subvencionar programas sociales más completos, y la motivación política provino de los compromisos para dotar la democracia de una base más firme. Clement Atlee, socialista y líder del Partido Laborista británico, acuñó la expresión «estado de bienestar»; su gobierno, en el poder hasta 1951, encabezó la promulgación de la legislación necesaria para brindar atención sanitaria gratuita a toda la población a través del Servicio Nacional de Salud, prestar apoyo a la familia y garantizar algún tipo de educación secundaria. El estado de bienestar también se basó en el supuesto de que los gobiernos podían y debían respaldar el poder adquisitivo popular, generar demanda y brindar una cobertura de empleo o desempleo, unos supuestos detallados previamente por John Maynard Keynes (en su *Teoría general*, 1936) o en el importante informe de 1943 de William Beveridge sobre el pleno empleo. Aunque el Partido Laborista británico y los partidos socialistas del continente presionaron para introducir estas medidas, la cuestión del estado de bienestar gozó de gran consenso y estuvo respaldada por las coaliciones moderadas que gobernaron la mayoría de los países europeos después de la guerra.

Entendido así, el estado de bienestar no era una ayuda para los pobres, sino un derecho. De ahí que marcara una ruptura con la mentalidad secular sobre la pobreza y la ciudadanía. En 1950, el sociólogo británico T. H. Marshall perfiló una historia breve pero influyente de los estados, la ciudadanía y los derechos. Los siglos XVII y XVIII habían brindado derechos civiles, decía Marshall, la libertad de religión, propiedad y contrato promovidas por Locke. El siglo XIX otorgó derechos políticos. El siglo XX debía aportar «todo el espectro [de derechos sociales] desde el derecho a la seguridad y a un bienestar económico mínimo hasta el derecho a participar de la herencia social y a vivir la vida como seres civilizados de acuerdo con los estándares prevalecientes en la sociedad». Conviene señalar que la breve historia de Marshall no explicaba por qué existían diferencias tan grandes en la historia de los derechos de las mujeres; éstas no sólo adquirieron derechos civiles y políticos tarde, sino que sólo consiguieron derechos sociales por su calidad como miembros de la familia o como

madres. Así y todo, la teoría de Marshall ofreció la mejor explicación de la nueva corriente política de democracia social: el convencimiento creciente de que la democracia y el bienestar social iban unidos, de que todos merecían la misma «herencia social» y de que la reducción de las graves desigualdades en la sociedad de clases y dar a todos las mismas oportunidades reforzarían la cultura democrática.

POLÍTICA EUROPEA

Los líderes políticos de posguerra mostraron un pragmatismo abrumador. Konrad Adenauer, canciller de la RFA desde 1949 hasta 1963, despreció el militarismo alemán y culpó a esa tradición del ascenso de Hitler al poder. Pero, aun así, le tenía aprensión a la democracia parlamentaria alemana y gobernó de un modo paternalista y, en ocasiones, autoritario. Su determinación para acabar con la hostilidad existente desde hacía siglos entre Alemania y Francia contribuyó en gran medida al tránsito hacia la unión económica. Alcide De Gasperi, primer ministro italiano desde 1948 hasta 1953, también fue centrista. Entre los líderes franceses de posguerra, el más interesante fue el general Charles de Gaulle, héroe de la resistencia. De Gaulle se había retirado de la política en 1946 cuando los electores franceses rechazaron sus propuestas para fortalecer la rama ejecutiva del gobierno. En 1958, una revuelta civil causada por la guerra argelina (véase más adelante) y un intento de golpe de estado por parte de un grupo derechista de mandos militares derrumbó el gobierno francés y De Gaulle fue invitado a regresar. De Gaulle volvió, pero insistió en la creación de una constitución nueva. Aquella constitución, que fundó la Quinta República en 1958, reforzó la rama ejecutiva del gobierno con la finalidad de evitar las situaciones de punto muerto parlamentario que en otros tiempos habían debilitado el país. De Gaulle utilizó su autoridad para restaurar el poder y el prestigio de Francia. «Francia no es realmente ella misma si no está en primera línea —escribió en sus memorias—. Francia no puede ser Francia sin grandeza.» Para De Gaulle, la grandeza implicaba la reorientación de la política exterior para poner fin al dominio francés sobre Argelia. En un acto de resistencia a la influencia de EE UU en Europa, sacó a las fuerzas francesas de la OTAN en 1966. Cultivó mejores relaciones con la Unión soviética y con la RFA. Por último, aceleró la expansión económica e industrial de Francia mediante la construcción de una institución militar moderna que incluyó armas nucleares. Al igual que sus homólogos, De Gaulle no era un demócrata por naturaleza. Siguió una trayectoria centrista dedicando grandes esfuerzos a resolver los problemas políticos con soluciones «prácticas» y, por tanto, a minar radicalismos de cualquier clase. La mayoría de países del resto de Europa occidental hizo lo mismo.

Revolución, anticolonialismo y la Guerra Fría

En el mundo colonial, al igual que en Europa, el fin de la guerra desató conflictos nuevos. Estos conflictos estuvieron cada vez más vinculados a la recuperación política y económica de Europa, tuvieron un efecto enorme, aunque tardío, en la cultura occidental, y complicaron la Guerra Fría. Como ya se ha visto, la Guerra Fría creó dos grandes centros de gravedad para la política mundial. Pero la oleada de movimientos independentistas anticolonialistas que recorrió Asia y África durante la posguerra dio lugar a otro conjunto de naciones que evitarían alinearse con uno u otro bloque, y tomarían el nombre de «Tercer Mundo».

LA REVOLUCIÓN CHINA

El primero de esa oleada de movimientos fue también el cambio aislado más radical que se produjo en el mundo en desarrollo posterior a la Segunda Guerra Mundial: la Revolución china. En China había estallado una guerra civil en 1926, cuando fuerzas nacionalistas dirigidas por Jiang Jieshi (Chang Kai-shek, 1887-1975) habían luchado primero en el sur y después en el norte contra los insurgentes comunistas liderados por Mao Zedong (1893-1976). Una tregua en 1937 unió a ambos bandos contra los japoneses. Con la derrota de Japón y el fin de la ocupación, los comunistas, aún dirigidos por Mao, se negaron a entregar las provincias del norte que controlaban. La guerra civil volvió a estallar. Estados Unidos intervino, primero para mediar y, luego, con un apoyo militar masivo para los nacionalistas. Pero los nacionalistas, corruptos y poco representativos, fueron derrotados en el campo de batalla y se rindieron en 1949.

Más aún que la Revolución rusa, la Revolución china respondió a la actuación de un país de campesinos. Con un programa que enfatizó una reforma radical en el campo (reduciendo rentas, procurando asistencia sanitaria y educación, y reformando el matrimonio), la movilización del campesinado y la autonomía de las potencias coloniales occidentales, Mao adaptó el marxismo a unas condiciones muy diferentes de las concebidas por sus fundadores. Y, como en Rusia, el comunismo en China ofreció un modelo (no necesariamente válido) de desarrollo económico. Los nuevos líderes de la «gran revolución popular» acometieron la conversión del país en una nación moderna e industrial en el intervalo de una sola generación, a un precio humano inmenso y con resultados muy dispares.

Como revolución campesina que triunfó, la Revolución china sirvió de modelo a los activistas anticolonialistas de todo el mundo. Para las potencias coloniales, representó un posible resultado peligroso de la descolonización. La «pérdida de

China» causó miedo y consternación en el oeste, sobre todo en Estados Unidos. Aunque Mao y Stalin desconfiaban el uno del otro, y las relaciones entre los dos países comunistas más grandes presentaban dificultades extremas, Estados Unidos consideró estas dos naciones como un «bloque comunista» hasta comienzos de la década de 1970. En el período inmediatamente posterior a ella, la Revolución china pareció inclinar la balanza equilibrada entre comunismo y capitalismo, e intensificó la inquietud militar y diplomática del oeste ante los gobiernos de toda Asia.

LA GUERRA DE COREA

Esta inquietud contribuyó a convertir Corea en uno de los «puntos candentes» de la Guerra Fría. Como colonia efectiva de Japón desde la década de 1890, Corea sufrió que sus ocupantes japoneses sometieran el país a una violencia tremenda y explotaran sus recursos durante generaciones. Al final de la Segunda Guerra Mundial la ofensiva oriental de la Unión Soviética expulsó de allí a los japoneses; Corea quedó dividida entonces entre las tropas rusas en el norte y sus equivalentes estadounidenses en el sur. Como en el caso de Alemania, se crearon dos estados nuevos: una Corea comunista en el norte, gobernada por Kim Il Sung al servicio de los soviéticos, y una Corea del Sur dirigida por el autócrata anticomunista Syngman Rhee. El gobierno de Corea del Norte decidió pronto que esta disposición no duraría. En junio de 1950, tropas comunistas de Corea del Norte atacaron la frontera, aplastaron la resistencia en el sur y obligaron a las fuerzas no comunistas y a una pequeña guarnición estadounidense a replegarse al extremo de la península. Estados Unidos aprovechó un boicot temporal ruso de las Naciones Unidas y presentó la invasión ante el Consejo de Seguridad. El Consejo aprobó una resolución que permitía una «acción policial» dirigida por Estados Unidos para defender Corea del Sur y responder a los comunistas.

La acción recayó sobre el general Douglas MacArthur, héroe de la Segunda Guerra Mundial y gobernador militar del Japón ocupado. Organizó un audaz ataque anfibio por detrás de las líneas norcoreanas y desmembró las fuerzas del norte. MacArthur empujó a los comunistas coreanos hacia la frontera china y presionó a la autoridad para atacarlos durante la retirada a China con la esperanza de castigar a los chinos y contribuir a invertir la Revolución. El presidente Harry S. Truman (1945-1953) rechazó aquella solicitud temeraria y relevó del mando a MacArthur por excederse en sus funciones. Pero la maniobra ya se había cobrado víctimas; más de un millón de tropas chinas cruzaron la frontera para apoyar a los norcoreanos. Las tropas internacionales, del lado de Corea del Sur, se vieron obligadas a realizar una retirada sangrienta y precipitada en pleno invierno. Durante aquel invierno difícil, el

capaz y paciente general estadounidense Matthew Ridgeway asumió el puesto de MacArthur y contuvo la retirada. Sin embargo, la guerra llegó a un punto muerto. Los chinos y las tropas norcoreanas atacaron las fuerzas de las Naciones Unidas, compuestas en buena medida por tropas estadounidenses y surcoreanas pero también provenientes de todo el mundo; pequeños contingentes de Gran Bretaña, Australia, Etiopía, Países Bajos y Turquía destacaron en la lucha. El conflicto se prolongó dos años hasta que comenzaron las negociaciones de paz. Fue una guerra dura de enfrentamientos con artillería, luchas cuerpo a cuerpo, ataques a laderas bien defendidas y un frío extenuante. El fin de la contienda, decretado en junio de 1953, no fue decisivo. Corea siguió dividida casi por la misma línea original que se había trazado en 1945 ya sin guerra pero tampoco en paz. Después de cincuenta y tres mil estadounidenses y más de un millón de coreanos y chinos muertos, Corea del Sur no se había «perdido», pero tampoco China ni EE UU lograron una victoria decisiva. Como en Alemania, la incapacidad de las grandes potencias para conseguir sus objetivos últimos dio como resultado una solución divisoria y una nación dividida.

DESCOLONIZACIÓN

La Revolución china resultó ser el comienzo de una oleada mayor. Entre 1947 y 1960 los desparramados imperios europeos creados durante el siglo XIX se desintegraron. El imperialismo siempre había provocado resistencia. La oposición al mandato colonial se había consolidado después de la Primera Guerra Mundial y había obligado a los debilitados estados europeos a renegociar los términos del imperio. Después de la Segunda Guerra Mundial, las viejas modalidades imperiales se tornaron insostenibles. En algunas regiones, los estados europeos se limitaron a reducir sus pérdidas y a retirarse al ver mermados sus recursos financieros, políticos y humanos. En otras, movimientos nacionalistas tenaces y bien organizados lograron materializar sus demandas de modificaciones constitucionales e independencia. En un tercer conjunto de casos, las potencias europeas se vieron envueltas en luchas complejas, múltiples y de una violencia extrema entre diferentes movimientos de autóctonos y las comunidades de colonos europeos, conflictos que los estados europeos habían contribuido a crear.

EL DESENREDO DEL IMPERIO BRITÁNICO

La India fue la primera colonia y la más grande que consiguió la independencia después de la guerra. Como ya se ha visto, rebeliones como el motín cipayo

desafiaron a los representantes británicos en la India a lo largo del siglo XIX (véase el capítulo 22). Durante las etapas preliminares de la Segunda Guerra Mundial, el Congreso Nacional Indio (fundado en 1885), el partido que aglutinaba el movimiento de independencia, pidió a Gran Bretaña que «abandonara la India». El extraordinario nacionalista indio Mohandas K. (Mahātmā) Gandhi (1869-1948) llevaba actuando en la India desde la década de 1920, y había sido pionero en el planteamiento de ideas anticoloniales y en la propuesta de tácticas que se siguieron en todo el mundo. Ante la dominación colonial, Gandhi proponía la no violencia y el *swaraj*, o autogobierno, e instaba a los indios a desarrollar de manera individual y colectiva sus propios recursos y a retirarse de la economía imperial mediante huelgas, negándose a pagar impuestos, o boicoteando los textiles importados y usando ropas de confección casera. En 1947 Gandhi y su compañero nacionalista Jawaharlāl Nehru (1889-1964, primer ministro 1947-1964), líder del Partido del Congreso, pro independentista, habían alcanzado un apoyo tan amplio que a los británicos les resultó imposible seguir en el poder. El gobierno del Partido Laborista elegido en Gran Bretaña en 1945 siempre se había mostrado a favor de la independencia de la India. Ahora, esa independencia se convirtió en una necesidad política británica.

Pero, mientras las negociaciones fijaban los procedimientos para la independencia, la India quedó desgarrada por conflictos étnicos y religiosos. Una Liga Musulmana, encabezada por Ali Jinnah (1876-1948), quería la autonomía para las zonas con mayoría musulmana y recelaba de la autoridad del Partido del Congreso, eminentemente hindú, dentro de un estado único. Entre ambas comunidades religiosas estalló una serie de disturbios. En junio de 1947, la India británica quedó «dividida» en las naciones de la India (de mayoría hindú) y Pakistán (de mayoría musulmana). El proceso de división conllevó guerras religiosas y étnicas brutales. Murieron más de un millón de hindúes y musulmanes, y unos doce millones de personas se convirtieron en refugiadas al ser expulsadas de sus tierras o huir de los combates. En medio del caos, Gandhi, ahora con ochenta años, siguió protestando contra la violencia y centrando la atención en superar el legado del colonialismo. Él afirmaba que «la libertad real llegará cuando nos liberemos de la dominación de la educación occidental, la cultura occidental y el estilo de vida occidental arraigados en nosotros». En enero de 1948, fue asesinado por un extremista hindú. El conflicto continuó entre los estados independientes de la India y Pakistán. Nehru, convertido en primer ministro de la India, se embarcó en un programa de industrialización y modernización no muy acorde con lo que habría recomendado Gandhi. Nehru mostró una habilidad especial para moverse en el mundo de la Guerra Fría, evitando alinearse con uno de los dos bloques: obtuvo ayuda de la URSS para la industria y recibió importaciones de alimentos procedentes de EE UU.

Palestina

El año 1948 conllevó otras crisis para el Imperio británico que incluyeron el fin del mandato británico en Palestina. Durante la Primera Guerra Mundial, diplomáticos británicos habían alentado revueltas nacionalistas árabes contra el Imperio otomano. Con la Declaración de Balfour también habían prometido una «tierra judía» en Palestina a los sionistas europeos. Las promesas contradictorias y los vuelos de judíos europeos desde la Alemania nazi contribuyeron a crear el conflicto entre los colonos judíos y los árabes de Palestina durante la década de 1930, y provocaron una revolución árabe que los británicos reprimieron de forma sangrienta. Al mismo tiempo, las recientes concesiones cruciales de petróleo en Oriente Medio multiplicaron los intereses estratégicos de Gran Bretaña en el canal de Suez, Egipto y los países árabes en general. La mediación en los conflictos locales y la defensa de sus propios intereses se revelaron una tarea imposible. En 1939, en nombre de la estabilidad de la zona, los británicos impusieron límites estrictos a la inmigración judía. Intentaron mantener esas restricciones después de la guerra, pero ahora se encontraron con la presión de decenas de miles de refugiados judíos procedentes de Europa. El conflicto no tardó en convertirse en una guerra a tres bandas: entre los árabes palestinos que luchaban por lo que consideraban su tierra y su independencia; los colonos judíos y militantes sionistas decididos a desafiar las restricciones británicas; y los administradores británicos con simpatías encontradas, avergonzados y escandalizados por la situación de los refugiados judíos, y entregados a mantener unas buenas relaciones angloárabes. Los británicos lanzaron una respuesta militar. En 1947 había un soldado británico por cada dieciocho habitantes del Mandato. En cambio, los años de lucha, con tácticas terroristas en todos los bandos, persuadieron a los británicos para irse de allí. Las Naciones Unidas votaron (por escaso margen) la división del territorio en dos estados. La escisión no convenció ni a los colonos judíos ni los árabes palestinos, y ambos iniciaron una lucha por el territorio antes incluso de la marcha de las tropas británicas. En cuanto Israel declaró su independencia en mayo de 1948, fue invadido por cinco estados vecinos. La nación israelí, nueva pero bien organizada, sobrevivió a la guerra y expandió sus fronteras. En el bando de los perdedores, un millón de árabes palestinos que, huidos o expulsados, se vio apiñado en campos de refugiados en la franja de Gaza y en la margen oeste del río Jordán, una zona que el armisticio concedió al estado ampliado de Jordania. Curiosamente, el conflicto no se convirtió al principio en un enfrentamiento de la Guerra Fría. Por razones particulares de cada bando, tanto soviéticos como estadounidenses reconocieron Israel. Sin embargo, este país señaló un cambio permanente para la cultura y el equilibrio de poder en la región.

África

Varias colonias en África occidental desarrollaron firmes movimientos independentistas antes y durante la década de 1950, y el gobierno británico actuó con vacilación para satisfacer sus demandas. A mediados de los años cincuenta, Gran Bretaña aceptó una serie de condiciones para la independencia de esos territorios que los dejó con constituciones redactadas y un sistema legal británico, pero poco más en relación con infraestructuras modernas o ayudas económicas. Los defensores del colonialismo británico sostuvieron que esas instituciones formales otorgarían ventajas a los estados independientes, pero, sin más recursos adicionales, fracasaron hasta los más prometedores. Ghana, conocida con anterioridad como Costa de Oro y la primera de esas colonias en conseguir la independencia, se consideró a comienzos de la década de 1960 como un modelo para las naciones africanas libres. En cambio, sus políticas no tardaron en degenerar y su presidente, Kwame Nkrumah, se convirtió en el primero de varios líderes políticos africanos expulsados del poder por corrupción y actitudes autocráticas.

Bélgica y Francia también se retiraron de sus posesiones. En 1965 casi todas las antiguas colonias africanas eran ya independientes y prácticamente ninguna disponía de medios para compensar las pérdidas debidas al colonialismo y hacer funcionar la independencia. Cuando las autoridades belgas se apresuraron a abandonar el Congo en 1960, dejaron unas vías férreas desvencijadas y menos de dos docenas de personas autóctonas con formación superior.

El proceso de descolonización se produjo de un modo bastante pacífico, salvo donde grandes poblaciones de colonos europeos complicaron la retirada. En el norte, la resistencia colona convirtió la salida francesa de Argelia en un proceso doloroso y complejo (véase más abajo). En el este, en Kenia, la población mayoritaria kikuyu se levantó contra el mandato británico y contra un pequeño grupo de colonos. El alzamiento, que acabó conociéndose como revuelta de los Mau-mau, no tardó en volverse sangriento. Tropas británicas dispararon libremente contra objetivos en zonas ocupadas por los rebeldes, en ocasiones, matando civiles. Los campos de confinamiento creados por las fuerzas de seguridad coloniales se convirtieron en centros de atrocidades que motivaron investigaciones públicas y condenas por parte incluso de los políticos británicos más conservadores y oficiales del ejército. En 1963, una década después del inicio de la revuelta, los británicos concedieron a Kenia la independencia.

A finales de los años cincuenta, el primer ministro británico Harold Macmillan aprobó la independencia para cierta cantidad de colonias británicas en África como respuesta a poderosos «vientos de cambio». En África del sur, la cantidad y riqueza excepcionales de la población de colonos europeos la instó a zarpar contra esos

vientos y su resistencia duró décadas. Esos colonos, una mezcla de emigrantes ingleses y los afrikáneres franco-holandeses cuya llegada se remontaba al siglo XVIII, controlaban extensiones inmensas de fértiles tierras de labor junto con algunas de las minas de oro y diamantes más lucrativas del planeta. Esto se dio sobre todo en Sudáfrica. Allí, a finales de la década de 1940, el gobierno laborista británico dejó a un lado su profundo malestar por el racismo de los afrikáneres por defender un pacto político fatídico. A cambio de garantías de que el oro sudafricano se usaría para apoyar la capacidad financiera global británica, Gran Bretaña toleró la introducción del *apartheid* en Sudáfrica. Incluso comparado con otros niveles de segregación, el *apartheid* fue especialmente duro. Con él, los africanos, los indios y la gente de color de ascendencia mixta perdieron todos los derechos políticos. Es más, el gobierno intentó bloquear las espectaculares consecuencias sociales de la expansión de la minería y la industrialización en general, sobre todo la emigración africana a las ciudades y una nueva oleada de militancia obrera en las minas. El *apartheid* obligó a los africanos a vivir en «zonas reservadas», les prohibió viajar sin permisos específicos y creó complejas oficinas de gobierno para gestionar la mano de obra esencial para la economía. El gobierno también prohibió cualquier protesta política. Estas medidas incomodaron a las potencias occidentales con el régimen segregacionista, pero los sudafricanos blancos conservaron el apoyo estadounidense presentándose como un baluarte contra el comunismo.

En el norte, en los territorios de Rodesia, el gobierno británico fomentó una gran federación controlada por colonos blancos pero con la posibilidad de conseguir un gobierno de mayoría en el futuro. Sin embargo, a comienzos de los años sesenta, la federación estuvo al borde del colapso; el estado de Malawi, de gobierno mayoritario, fue autorizado a salir de la federación en 1964, y Rodesia quedó dividida en dos, Rodesia del Norte y Rodesia del Sur. En el norte, el primer ministro cedió y aceptó un gobierno de mayoría liderado por el negro populista Kenneth Kaunda. En el sur, afrikáneres descontentos apoyados por doscientos mil emigrantes ingleses de derechas y llegados a partir de 1945 se negaron a aceptar un gobierno de mayoría. Cuando el gobierno británico intentó obligarlos, los colonos declararon la independencia de forma unilateral en 1965 e iniciaron una sangrienta guerra civil contra la población negra de Rodesia del Sur que duró media generación.

Crisis en Suez y el fin de una época

Para la Gran Bretaña de posguerra, el imperio no sólo deparaba complicaciones políticas, sino que también conllevaba unos costes excesivos. Gran Bretaña empezó a retirarse de bases navales y aéreas de todo el mundo porque se habían vuelto demasiado caras de mantener. El gobierno laborista sí procuró mantener el poder y el

prestigio británicos en el mundo de posguerra. En Malaca, las fuerzas británicas reprimieron una revuelta de comunistas de etnia china y, después, ayudaron a mantener los estados independientes de Singapur y Malasia conservando los lazos empresariales y bancarios británicos con las lucrativas reservas de caucho y petróleo de Malasia. Los laboristas también destinaron esfuerzos bien meditados al «desarrollo colonial» para explotar recursos naturales locales que Gran Bretaña esperaba vender en mercados internacionales, Sin embargo, el «desarrollo» recibió una financiación insuficiente y quedó desatendido ante la consecución de los objetivos de la Guerra Fría en otros lugares. En Oriente Medio, el gobierno británico protegió varios estados ricos en petróleo con su ejército y ayudó a derrocar un gobierno nacionalista en Irán para asegurarse de que los estados petroleros invertían su dinero en los mercados financieros británicos.

En Egipto, en cambio, los británicos se negaron a ceder una de las obras tradicionales de su orgullo imperial. En 1951 los nacionalistas forzaron a los británicos a aceptar la retirada de sus tropas de territorio egipcio en el plazo de tres años. En 1952, un grupo de oficiales nacionalistas del ejército destituyó al rey egipcio Faruk, quien mantenía vínculos estrechos con los británicos, y proclamó una república. Poco después de la retirada final británica, un coronel egipcio, Gamal Abdel Nasser (1918-1970), accedió a la presidencia del país (1956-1970). Su primera gran actuación pública como presidente consistió en nacionalizar la compañía del canal de Suez. Eso ayudaría a financiar la construcción de la presa de Asuán en el Nilo, y tanto la presa como el canal nacionalizado supusieron la independencia económica y el orgullo nacional egipcio. Nasser también contribuyó a desarrollar una ideología anticolonial panarabista, proponiendo que los nacionalistas árabes de todo el mundo del islam crearan una alianza de naciones modernas que ya no estuvieran sujetas a Occidente. Por último, Nasser también buscó ayuda y apoyo en los soviéticos para conseguir ese objetivo, lo que convirtió el canal en un asunto de la Guerra Fría.

Tres países contemplaron a Nasser y sus ideales panarabistas como una amenaza. Israel, rodeada por todas partes por vecinos *non gratos*, buscaba una oportunidad para hacerse con la estratégica península del Sinaí y crear un territorio tapón contra Egipto. Francia, que ya estaba librando una batalla contra los nacionalistas argelinos, confiaba en destruir lo que consideraba el origen egipcio del nacionalismo árabe. Gran Bretaña dependía del canal para disponer de una ruta hacia sus bases estratégicas y se sintió dolida por aquel manotazo a la dignidad imperial. Aunque los británicos eran reacios a intervenir, se vieron impelidos por su primer ministro, sir Anthony Eden; Eden había acumulado gran odio personal contra Nasser. En el otoño de 1956, esos tres países se confabularon para lanzar un ataque contra Egipto. Israel ocupó el Sinaí, mientras cazas británicos y franceses destruyeron la fuerza aérea

egipcia en el suelo. Las antiguas potencias coloniales desembarcaron tropas en la boca del canal pero no carecieron de recursos para continuar en gran número hacia El Cairo. Como consecuencia, la guerra dejó a Nasser en el poder y lo convirtió en héroe ante la opinión pública egipcia por contener a los imperialistas en la bahía. En todo el mundo se condenó el ataque. Estados Unidos delató con enojo la fanfarronada de sus aliados e impuso severas penalizaciones financieras a Gran Bretaña y Francia. Ambos países fueron obligados a retirar sus expediciones. Para los consejeros políticos de Gran Bretaña y Francia, el fracaso de Suez marcó el fin de una época.

DESCOLONIZACIÓN FRANCESA

En dos casos particulares, la experiencia francesa de la descolonización resultó más sangrienta, más compleja y más perjudicial para el prestigio y la política interior de Francia que cualquiera de las circunstancias británicas, con la posible excepción de Irlanda del Norte. El primero fue el de Indochina, donde el empeño francés por restablecer la autoridad imperial tras perderla durante la Segunda Guerra Mundial sólo deparó una derrota militar y una humillación mayor. El segundo caso, el de Argelia, no sólo se tradujo en una guerra colonial violenta, sino también en una pugna con serias ramificaciones políticas dentro de la propia Francia.

La primera guerra de Vietnam, 1946-1954

Indochina fue una de las últimas grandes adquisiciones imperiales de Francia durante el siglo XIX. Aquí, como en otros lugares, ambas guerras mundiales habían contribuido a galvanizar, en primer lugar, movimientos nacionalistas y, después, movimientos independentistas comunistas. En Indonesia, las fuerzas nacionalistas se rebelaron contra los esfuerzos holandeses por restablecer el colonialismo, y el país consiguió la independencia en 1949. En Indochina, la resistencia comunista consiguió especial efectividad bajo el liderazgo de Ho Chi Minh. Ho había recibido una educación francesa y, alentado por los principios wilsonianos de autodeterminación, había confiado en que su país lograra la independencia en Versalles en 1919 (véase el capítulo 24). Leyó a Marx y Lenin y asimiló las lecciones comunistas chinas sobre la organización del campesinado en torno a cuestiones sociales y agrarias, pero también nacionales. Durante la Segunda Guerra Mundial, el movimiento de Ho luchó, primero, contra el gobierno de Vichy de la colonia y, después, contra los ocupantes japoneses, y aportó informes de inteligencia a los aliados. Sin embargo, en 1945 Estados Unidos y Gran Bretaña se negaron a mantener relaciones con el movimiento independentista de Ho y permitieron que Francia reclamara sus colonias en el sudeste

asiático. Los comunistas vietnamitas, tan fervientes nacionalistas como marxistas, reanudaron su guerra de guerrillas contra los franceses.

La contienda fue prolongada y sangrienta; Francia vio en ella una oportunidad para redimir su orgullo nacional. Cuando uno de los generales franceses más capaces, Jean de Lattre de Tassigny, consiguió al fin una ventaja militar sobre los rebeldes en 1951, el gobierno francés tuvo la oportunidad de llevar a cabo la descolonización en términos favorables. Pero, en lugar de aprovecharla, decidió presionar hasta conseguir la victoria total y, para ello, envió tropas al interior del territorio vietnamita para erradicar a los rebeldes. Se estableció una gran base en un valle que bordea el actual Laos, en una aldea llamada Dien Bien Phu. Rodeado por montañas escarpadas, este emplazamiento vulnerable se convirtió en base para miles de tropas paramilitares francesas de élite y soldados coloniales procedentes de Argelia y África occidental: lo mejor de las tropas francesas. Los rebeldes sitiaron la base. Decenas de miles de guerrilleros nacionalistas vietnamitas acarrearón artillería pesada a mano hasta las laderas de las montañas y bombardearon la red de fuertes construida por los franceses. El cerco duró meses y conllevó una crisis nacional duradera en Francia.

Cuando Dien Bien Phu cayó en mayo de 1954, el gobierno francés inició las conversaciones de paz en Ginebra. Los Acuerdos de Ginebra, redactados por franceses, políticos vietnamitas, incluidos los comunistas, británicos y estadounidenses, dividieron Indochina en tres países: Laos, Camboya y Vietnam, este último dividido en dos estados. El control de Vietnam del Norte le correspondió al partido de Ho Chi Minh; Vietnam del Sur fue gobernado por una sucesión de políticos apoyados por Occidente. La corrupción, represión e inestabilidad en el sur, unidas al deseo de los nacionalistas de Ho Chi Minh de unir Vietnam, garantizaron la continuación de la guerra. El gobierno de Estados Unidos, que había aportado apoyo militar y financiero a los franceses, empezó a enviar ayuda al régimen survietnamita. Los americanos vieron el conflicto a través del prisma de la Guerra Fría: su plan no consistía en reinstaurar el colonialismo, sino en contener el comunismo y evitar su propagación por el sureste asiático. Las limitaciones de esta política no se harían patentes hasta mediados de la década de 1960.

Argelia

Cuando aún estaba tambaleante de la humillación de Dien Bien Phu, Francia se enfrentó a un complejo problema colonial más cerca de casa, en Argelia. Desde la década de 1830, la colonia había evolucionado hasta convertirse en una sociedad de colonos formada por tres grupos sociales. En primer lugar, aparte de una clase reducida de soldados y administradores franceses, había también un millón de colonos europeos. En general, éstos eran propietarios de granjas y viñedos cerca de

las grandes ciudades, o conformaban la clase obrera o las comunidades comerciantes del interior de dichas ciudades. Todos ellos eran ciudadanos de los tres distritos administrativos de Argelia, legalmente, partes integrantes de Francia. De esta comunidad salieron algunos de los escritores e intelectuales más conocidos de Francia: Albert Camus, Jacques Derrida y Pierre Bourdieu, entre otros. En las localidades y pueblos pequeños de Argelia vivía un segundo grupo formado por bereberes (muchos de ellos musulmanes), cuya dilatada historia al servicio del ejército francés les otorgó ciertos privilegios formales e informales dentro de la colonia. Por último, había millones de árabes musulmanes, algunos residentes en el desierto sur pero en su mayoría apiñados en los barrios pobres de las urbes. Los árabes constituían el grupo más amplio y más necesitado de la sociedad argelina. Durante el período de entreguerras, el gobierno francés había ofrecido pequeñas reformas para aumentar sus derechos y su representación, y había confiado en fundir los tres grupos en una sociedad argelina común. Las reformas llegaron demasiado tarde y, además, fueron boicoteadas por colonos europeos deseosos de conservar sus privilegios.

Al final de la Segunda Guerra Mundial, los nacionalistas argelinos pidieron a los aliados que reconocieran la independencia de Argelia a cambio de los buenos servicios prestados durante la guerra. Las manifestaciones públicas se volvieron frecuentes, y en varios casos se tradujeron en ataques a terratenientes colonos. En una localidad rural, Sétif, las celebraciones de la derrota alemana acabaron en estallidos violentos contra los colonos. La represión francesa actuó con dureza y de inmediato: las fuerzas de seguridad mataron varios miles de árabes. Tras la guerra, el gobierno francés aprobó una asamblea provincial para toda Argelia, elegida por dos bloques de votantes, uno formado por colonos y la mayoría de musulmanes bereberes, y el otro, por árabes. Este sufragio limitadísimo no dio ningún poder político a los argelinos árabes. Los cambios más importantes fueron económicos. Toda Argelia sufrió las dificultades de la posguerra. Muchos argelinos árabes se vieron obligados a emigrar; varios cientos de miles marcharon a trabajar a Francia. Mientras la población de Francia continental leía los periódicos y veía con malos ojos la guerra en Indochina, la situación en Argelia fue cobrando seriedad. A mediados de los años cincuenta, una generación más joven de activistas árabes descontentos con la gestión de los moderados había encabezado un movimiento en pro de la independencia por la fuerza. Se había organizado el Frente de Liberación Nacional (FLN), que era de tendencia socialista y exigió igualdad de ciudadanía para todos.

La guerra en Argelia se convirtió en un conflicto con tres frentes. El primero lo constituyó la guerra de guerrillas entre el ejército francés regular y el FLN, librada en las montañas y desiertos del país. Esta guerra se prolongó durante años, lo que implicó una derrota militar clara del FLN, pero jamás una victoria nítida de los

franceses. La segunda contienda, desarrollada en las ciudades de Argelia, comenzó con una campaña del FLN de bombas y terrorismo que mató a civiles europeos. La administración francesa se vengó con su propia campaña. Tropas paramilitares francesas persiguieron y destrozaron las redes del FLN artífices de las bombas. La información que permitió a los franceses acabar con la red del FLN se obtuvo mediante la práctica de torturas sistemáticas por parte de las fuerzas de seguridad francesas. Las torturas fueron un escándalo internacional que desató oleadas de protestas en Francia. Este tercer frente de la guerra argelina dividió Francia, derrocó el gobierno y devolvió el poder a De Gaulle.

De Gaulle visitó Argelia, donde fue muy ovacionado por los colonos, y declaró que Argelia siempre sería francesa. Tras otro año de violencia, él y sus consejeros habían cambiado de parecer. En 1962 se mantuvieron conversaciones que desarrollaron una fórmula para la independencia: se celebraría un referéndum votado por la totalidad de la población argelina. El 1 de julio de 1962, el referéndum se aprobó por una mayoría aplastante de votos. Los grupos políticos árabes y las guerrillas del FLN entraron triunfales en Argelia. Los colonos y bereberes que habían luchado junto al ejército francés huyeron de Argelia con destino a Francia por centenares de miles. Más tarde, a aquellos refugiados se les unió en Francia otra afluencia de emigrantes árabes por cuestiones económicas.

Argelia ilustró el tremendo impacto de la descolonización en el interior del país colonizador. La guerra cavó profundas divisiones en la sociedad francesa, en buena medida debido a que pareció poner en juego la mismísima identidad de Francia. La retirada de Argelia exigió el replanteamiento de la concepción francesa sobre lo que significa ser una potencia moderna. De Gaulle resumió el canje en sus memorias: quedarse en Argelia habría «dejado a Francia empantanada política, financiera y militarmente en un cenagal sin fondo cuando, en realidad, necesitaba tener las manos libres para llevar a cabo la transformación interior que exige el siglo xx, y para ejercer su influencia en el exterior sin ninguna traba». En Francia, y en otras potencias imperiales, las conclusiones parecían claras. Las formas tradicionales de gobierno colonial no resistirían las demandas de la política y la cultura de posguerra; los países líderes europeos, otrora distinguidos por sus imperios, debían buscar formas nuevas de influencia. La transformación interna de la que hablaba De Gaulle (recuperación de la guerra, reestructuración económica y renovación política) debía producirse en un escenario global radicalmente distinto.

Cultura y pensamiento de posguerra

El período de posguerra conllevó un estallido notable de producción cultural. Los

escritores y artistas no dudaron en abordar grandes temas: libertad, civilización y la mismísima condición humana. La búsqueda de renovación democrática generó esta urgencia literaria; los dilemas morales de la guerra, la ocupación y la resistencia la dotaron de resonancia y atractivo popular. Asimismo, el proceso de descolonización empujó al centro de los debates occidentales los temas de la raza, la cultura y el colonialismo.

LA PRESENCIA NEGRA

La revista *Présence Africaine* (Presencia africana), fundada en París en 1947, no fue más que una de las nuevas voces culturales que conformaron todo un coro. *Présence Africaine* publicó a escritores tales como Aimé Césaire (n. 1913), el poeta surrealista de Martinica, y Léopold Senghor (1906-2001), de Senegal. Césaire y Senghor eran estudiantes brillantes, educados en las universidades más exclusivas de Francia y elegidos para la Asamblea Nacional Francesa. Césaire se convirtió en una figura política destacada en la antigua colonia francesa en el Caribe (y, después de 1946, Departamento) de Martinica; en 1960 Senghor salió elegido como primer presidente de Senegal. Ambos hombres, modelos respetables de *francesidad*, se convirtieron en los exponentes más influyentes de la *négritude*, que podría traducirse como «conciencia negra» u «orgullo negro». Senghor escribió:

La asimilación fue un error. Podíamos asimilar matemáticas en lengua francesa, pero jamás podríamos arrancarnos la piel negra o extirparnos el alma negra. De ahí que nos embarcáramos en la búsqueda ferviente de [...] nuestra alma colectiva. La negritud es todo el conjunto de valores civilizados (culturales, económicos, sociales y políticos) que caracterizan a la gente negra.

La obra temprana de Césaire se adelantó al surrealismo y la exploración de la conciencia. Más tarde, su obra se tornó más política. El *Discurso sobre el colonialismo* (1950) fue una dura crítica a la miseria material y espiritual del colonialismo, la cual, según él, no sólo deshumanizaba a los súbditos coloniales, sino que degradaba también a los propios colonizadores.

Frantz Fanon (1925-1961), discípulo de Césaire y también de Martinica, fue más allá. Él sostuvo que el encierro en una cultura negra insular (tal como él interpretó la negritud) no era una respuesta efectiva al racismo. A su parecer, la gente de color necesitaba una teoría de cambio social radical. Fanon estudió psiquiatría y trabajó en Argelia, donde formó parte del Frente de Liberación Nacional. En *Piel negra, máscaras blancas* (1952) estudió los efectos del colonialismo y el racismo desde el punto de vista de un psiquiatra radical. *Los condenados de la tierra* (1961) se convirtió en uno de los manifiestos revolucionarios más influyentes del período. Más que Césaire, y con un rechazo rotundo de las teorías y prácticas de Gandhi, Fanon

sostuvo que la violencia estaba arraigada en el colonialismo y, por tanto, en los movimientos anticolonialistas. Pero también creía que muchos líderes anticoloniales se corrompían por su ambición y su colaboración con las antiguas potencias coloniales. El cambio revolucionario, pensaba él, sólo podía provenir de los campesinos pobres o de quienes «no habían encontrado ningún hueso que roer en el sistema colonial».

¿Cómo encajaron estos escritores en la cultura de posguerra? Los intelectuales occidentales aspiraron a revivir el humanismo y los valores democráticos después de las atrocidades de la Segunda Guerra Mundial. Fanon y otros señalaron que los conflictos relacionados con el colonialismo complicaban aún más aquel proyecto; la represión violenta de los movimientos anticoloniales en lugares como Argelia parecía una recaída en la brutalidad. Evidenciaron las ironías de la «misión civilizadora» de Europa y exigieron una revaluación de la negritud como concepto central de la cultura occidental. La recuperación de Occidente después de la guerra implicaría, a la larga, enfrentarse a este desafío para las pretensiones universales de su cultura.

EXISTENCIALISMO

Los escritores existencialistas franceses, entre los que sobresalieron Jean Paul Sartre (1905-1980) y Albert Camus (1913-1960), situaron los temas del individualismo, el compromiso y la elección en un lugar central. Los existencialistas tomaron temas de Nietzsche, Heidegger y Kierkegaard y los reelaboraron dentro del contexto nuevo de una Europa devastada por la guerra. El punto de partida lo constituyó la máxima de que la «existencia precede a la esencia». En otras palabras, el significado de la vida no viene dado, sino que se crea. Por tanto, los individuos están «condenados a ser libres» y a dar sentido a su vida eligiendo opciones y aceptando su responsabilidad. La negación de la libertad o la responsabilidad personales equivalía a actuar de «mala fe». La guerra, la colaboración y la resistencia, el genocidio y el desarrollo de armas de destrucción masiva brindaron puntos de referencia específicos y confirmaron un nuevo significado a esas abstracciones. Los textos de los existencialistas también fueron claros y accesibles, lo que contribuyó a su inmensa popularidad. Aunque Sartre escribió tratados filosóficos, también publicó obras de teatro e historias cortas. La experiencia personal de Camus en la resistencia le otorgó una autoridad moral enorme: se convirtió en símbolo de una generación nueva. Sus novelas, entre las que se cuentan *El extranjero* (1942), *La peste* (1947) y *La caída* (1956), giraron a menudo en torno a metáforas de la guerra que revelaban que la gente era responsable de sus propios dilemas y, a través de una serie de antihéroes, exploraban la capacidad limitada del hombre y la mujer para prestarse ayuda.

Las ideas existencialistas abrieron otras puertas. El planteamiento existencialista sobre la raza, por ejemplo, enfatizaba que el color de la piel no llevaba inherente ningún significado; más bien, la raza hallaba significado a partir de una experiencia o situación vivida. El mismo razonamiento se puede aplicar al género. En su célebre introducción a *El segundo sexo* (1949), Simone de Beauvoir (1908-1986) sostenía que «La mujer no nace, se hace». Las mujeres, como los hombres, estaban condenadas a ser libres. Beauvoir proseguía planteando por qué las mujeres parecían aceptar su posición secundaria o por qué, en palabras de ella, «soñaban los sueños de los hombres». El alcance y la ambición de *El segundo sexo* contribuyeron a que esta obra ejerciera una influencia enorme; prácticamente se trataba de un trabajo enciclopédico que analizaba historia, mito, biología y psicología aplicando las ideas de Marx y Freud al «tema de la mujer». La vida de Beauvoir también contribuyó a la gran difusión del libro. Ella, estudiante magnífica procedente de una clase media estricta, mantuvo durante toda la vida una relación amorosa con Sartre, pero no se casó con él, lo que favoreció que muchos la idealizaran como mujer «liberada» y lograda intelectual. No obstante, tuvo poco que ver con el feminismo hasta finales de la década de 1960. Cuando se publicó *El segundo sexo*, la obra se asoció con el existencialismo; sólo más tarde se convertiría en un texto clave para el movimiento de las mujeres (véase el capítulo 28).

MEMORIA Y AMNESIA: EL PERÍODO DE POSGUERRA

El tema de la impotencia individual ante el poder del estado estuvo presente en innumerables obras del período, empezando por *Rebelión en la granja* y *1984*, de George Orwell, los ejemplos más célebres de todos. La popularísima obra *Catch-22* (1961) del estadounidense Joseph Heller representó una variedad popular del existencialismo interesada por la naturaleza absurda de la guerra y que ofrece un comentario mordaz sobre el reglamento y su tributo de libertad individual. El autor checo Milan Kundera, que huyó de la represión del gobierno checo para vivir en París, captó con elocuencia los esfuerzos agrídulces para oponerse a la burocracia sin sentido. Algunos escritores expresaron su desesperación huyendo al terreno del absurdo y la fantasía. En obras como la profundamente pesimista de Samuel Beckett *Esperando a Godot* (escrita en francés por un irlandés en 1953) o *El conserje* (1960) y *La vuelta a casa* (1965) del británico Harold Pinter, no pasa nada. Los personajes hablan de banalidades, paralizados por el absurdo de los tiempos modernos.

Otros autores se aventuraron en los reinos de la alucinación, la ciencia ficción y la fantasía. Las novelas del estadounidense William Burroughs y Kurt Vonnegut trasladan al público lector desde fantasías interiores al espacio exterior. Uno de los

libros más populares del momento fue *El señor de los anillos* (1954-1955), escrito antes y durante la Segunda Guerra Mundial por el británico J. R. R. Tolkien. Esta obra, ambientada en el mundo fantástico de la Tierra Media y tributo del profesor Tolkien a la lengua celta y escandinava antiguas que había estudiado y al poder de los mitos humanos, encontró acogida en una generación de jóvenes románticos que se rebelaron contra la cultura occidental de posguerra por razones propias.

El terror y la dictadura acosaron al pensamiento social y político de la posguerra, y especialmente las obras de los emigrados de Europa. Representantes de la Escuela de Fráncfort o del Marxismo Alemán, que durante la guerra permanecieron exiliados en Estados Unidos, intentaron comprender las razones por las que el fascismo y el nazismo habían arraigado en la cultura y la política occidentales. Theodor Adorno escribió junto con Max Horkheimer la serie de ensayos *Dialéctica de la Ilustración* (1947), el más conocido de los cuales criticaba la «industria de la cultura» por despolitizar a las masas y dañar la democracia. Adorno también fue coautor de *La personalidad autoritaria* (1950), donde se usaron estudios sociales para esclarecer qué hacía a la gente receptiva al racismo, a los prejuicios y a la dictadura. Con independencia de las raíces específicas del nazismo alemán, señalaba la Escuela de Fráncfort, también había tendencias más generales en la sociedad moderna que deberían ser motivo de preocupación.

Hannah Arendt (1906-1975), refugiada judía procedente de Alemania, fue la primera en proponer que tanto el nazismo como el estalinismo debían entenderse como variantes de una forma de gobierno original del siglo xx: el totalitarismo (*Los orígenes del totalitarismo*, 1951). A diferencia de otras modalidades previas de tiranía y despotismo, el totalitarismo funcionaba movilizándolo el apoyo popular. Empleaba el terror para aplastar la resistencia, para quebrantar instituciones políticas y sociales, y para pulverizar la opinión pública. El totalitarismo, sostenía Arendt, también forjó ideologías nuevas. A los regímenes totalitarios no les preocupa si matar está justificado por la ley, sino que justifican los campos de reclusión y el exterminio recurriendo a las leyes objetivas de la historia y la lucha racial. A través de la destrucción y la eliminación de poblaciones enteras, las políticas totalitarias prácticamente imposibilitaban la resistencia colectiva. Arendt volvió al mismo tema en un ensayo provocador e inquietante sobre el juicio de un dirigente nazi, *Eichmann en Jerusalén* (1963). Para pesar de muchos lectores, ella se negó de manera intencionada a demonizar el nazismo. En lugar de eso, ahondó en lo que ella denominaba «la banalidad del mal»: cómo se había producido la emergencia de nuevas formas de poder y terror estatales en un mundo donde nazis como Adolf Eichmann podían practicar genocidio como una mera política más. La crisis del totalitarismo, sostenía Arendt, consistía en el desmoronamiento moral de la sociedad porque anulaba el sentimiento humano y la capacidad de resistencia en ejecutores y

víctimas («atormentadores y atormentados») por igual.

No obstante, las deliberaciones sobre la guerra y su legado fueron limitadas. Algunas memorias y novelas relacionadas directamente con la guerra y sus secuelas brutales sí alcanzaron a un público internacional amplio: la novela de Jerzy Kosinski sobre un chico durante la guerra en Polonia titulada *El pájaro pintado*; las memorias *La mente cautiva* (1951) de Czeslaw Milosz sobre la colaboración intelectual en Europa oriental; *El tambor de hojalata* (1959) del alemán Günter Grass, que reproducía la experiencia nazi y bélica mediante un género casi autobiográfico y que le valió a Grass el reconocimiento como «la conciencia de su generación». Entre todas las memorias, *El diario de Ana Frank* (1947), de Anne Frank, fue sin duda la más leída. Pero la corriente principal de la cultura de posguerra discurrió en una dirección distinta, hacia la omisión de temas dolorosos y malos recuerdos. Los gobiernos de posguerra no pudieron depurar, o decidieron no hacerlo, a todos los implicados en crímenes de guerra. En Francia, los tribunales condenaron a muerte a 2.640 personas y ejecutaron a 791; en Austria, 13.000 fueron declaradas culpables de crímenes de guerra, y 30, ejecutadas. La desmoralización y el cinismo crecieron entre quienes clamaban justicia. Otros respondieron idealizando la resistencia, exagerando su participación en ella y evitando conversar sobre la colaboración. Durante diez años, la televisión francesa consideró demasiado «controvertida» como para emitirla la grabación *La pena y la piedad* (1969), un documental brillante y pródigo de Marcel Ophüls sobre una localidad francesa sometida al gobierno de Vichy. La mayoría de los supervivientes judíos residentes en cualquier lugar encontraron a pocos editores interesados en la publicación de sus testimonios. En 1947, sólo una pequeña editorial contrataría el relato *Sobreviviente de Auschwitz*, del superviviente italiano Primo Levi; ni este libro ni el resto de escritos de Levi tuvieron un público amplio hasta más tarde.

La Guerra Fría fue un factor relevante para sepultar y distorsionar recuerdos. Al oeste del telón de acero, las ansias por acoger a Alemania Occidental como aliada, el decidido énfasis en el desarrollo económico y el anticomunismo ferviente desdibujaron la visión del pasado. Un ejemplo guardó relación con Klaus Barbie, un agente de la Gestapo en la Francia ocupada que, entre otras cosas, arrestó y torturó personalmente a miembros de la resistencia y deportó a miles de personas, incluidos niños judíos, a campos de concentración. Tras la guerra, los servicios de inteligencia estadounidense reclutaron a Barbie por su destreza anticomunista y pagaron para sacarlo ilegalmente de Europa, fuera del alcance de quienes querían perseguirlo por crímenes de guerra. Al final, fue extraditado desde Bolivia en 1983, juzgado en Francia por crímenes contra la humanidad y condenado. En el Bloque del Este, los regímenes declararon que el fascismo era un asunto del pasado, y ni investigaron el pasado ni buscaron a la gran cantidad de personas que colaboraron con los nazis. De

ahí que el ajuste de cuentas con la historia se pospusiera hasta la caída de la Unión Soviética. A ambos lados del telón de acero, la inmensa mayoría de la gente se volvió intimista, dedicada al cuidado de su vida cotidiana y aliviada de tener intimidad.

Conclusión

Una de las últimas y más espectaculares confrontaciones de la Guerra Fría tuvo lugar en 1962 en Cuba. La revolución de 1958 había llevado al poder al carismático comunista Fidel Castro. Inmediatamente después, Estados Unidos empezó a trabajar con los exiliados cubanos apoyando, entre otras operaciones, un intento fallido para invadir la isla a través de la bahía de Cochinos, en 1961. Castro no sólo se alineó con los soviéticos, sino que, además, los invitó a instalar misiles nucleares en territorio cubano, a unos pocos minutos de vuelo de Florida. Cuando los aviones espía estadounidenses identificaron los misiles y equipamiento militar en 1962, Kennedy se enfrentó a Jruschov. Tras tres semanas desesperantes, los soviéticos aceptaron retractarse y retirar los bombarderos y misiles que ya había en territorio cubano. Pero la población de ambos países había pasado muchas horas de nerviosismo en refugios antimisiles y observadores de todo el mundo abrigaron temores crecientes de que sobre ellos se cernía un Armagedón nuclear.

La crisis de los misiles de Cuba inspiró el clásico de Stanley Kubrick *Doctor Strangelove* (1964), una comedia demoledora y oscura con muchos temas de la Guerra Fría. La historia guarda relación con un ataque nuclear «accidental» y los dementes personajes responsables de él. También trata sobre la represión de la memoria y los cambios repentinos de alianzas provocados por la Guerra Fría. El doctor Strangelove, científico alemán muy excéntrico, se desenvuelve entre su vida presente trabajando para los estadounidenses y su pasado apenas reprimido como seguidor entusiasta de Hitler. El guión cinematográfico se basó en la obra del escritor Peter Bryant titulada *Dos horas antes de la catástrofe* (1958), una de las numerosas novelas de la década de 1950 de ambientación apocalíptica. La crisis de los misiles de Cuba acercó tanto a EE UU el argumento de la obra que, cuando salió la película, Columbia Pictures se sintió obligada a emitir un eximente de responsabilidad: «La postura declarada de la Fuerza Aérea estadounidense es que sus defensas eviten la materialización de los eventos narrados en esta película».

En resumen, la Guerra Fría dominó la cultura y la política de la posguerra. Definió de manera decisiva el desarrollo tanto del estado soviético como del estadounidense. En su discurso de despedida, el presidente Eisenhower advirtió de que un «complejo industrial-militar» había tomado forma y que su «influencia total (económica, política y hasta espiritual) se nota en cada ciudad, en cada

municipalidad, en cada oficina del gobierno federal». Pero el período estuvo marcado por otros cambios igualmente importantes. El estado-nación se extendió a ámbitos no militares y adoptó funciones nuevas en la planificación y gestión económicas, en la educación de la ciudadanía y en la garantía estatal del bienestar social. Estos cambios llegaron auspiciados por una búsqueda de democracia y estabilidad. Colonias de antaño se convirtieron en países. A largo plazo, la aparición del Tercer Mundo cobró la misma importancia, si no más, que las divisiones bipolares generadas por la Guerra Fría. La integración económica global y regional se aceleró. El crecimiento económico ayudó a todos los países occidentales (en diferente medida) a recuperarse de la devastación de la guerra, aunque era dudoso que Europa recobrará el poder mundial perdido. Por último, el crecimiento económico tuvo consecuencias imprevistas. En la década de 1960, ciertos cambios sociales y culturales empezaron a socavar el arreglo de la Guerra Fría.

Bibliografía seleccionada

- ARON, Raymond, *La república imperial: los Estados Unidos en el mundo (1945-1972)*, Madrid, Alianza, 1976.
- BENZ, Wolfgang, y Hermann GRAML, *El siglo xx: II. Europa después de la Segunda Guerra Mundial, 1945-1982*, Madrid, Siglo XXI, 1986.
- , *El siglo xx: III. Problemas mundiales entre los dos bloques de poder*, Madrid, Siglo XXI, 1982.
- BERGOT, Erwan, *La batalla de Diên Biên Phu*, Barcelona, Malabar, 2007.
- BIAGINI, Antonello, *Medio siglo de socialismo real*, Barcelona, Ariel, 1996.
- BOGDAN, Henry, *La historia de los países del Este: de los orígenes a nuestros días*, Buenos Aires, Javier Vergara, 1991.
- CHAMBERLAIN, M. E., *La descolonización: la caída de los imperios europeos*, Barcelona, Ariel, 1997.
- DÍEZ ESPINOSA, José Ramón, y Ricardo MARTÍN DE LA GUARDIA, *Historia contemporánea de Alemania (1945-1995): de la división a la reunificación*, Madrid, Síntesis, 1998.
- D'ORAZI FLAVONI, Francesco, *Historia de la India: de la independencia de 1947 a nuestros días*, Madrid, A. Machado, 2003.
- FULBROOK, Mary (ed.), *Europa desde 1945*, Barcelona, Crítica, 2002.
- HEFFER, Jean, y Michel LAUNAY, *La Guerra Fría*, Madrid, Akal, 1992.
- JUDT, Tony, *Pasado imperfecto: los intelectuales franceses, 1944-1956*, Madrid, Taurus, 2007.
- , *Posguerra: una historia de Europa desde 1945*, Madrid, Taurus, 2006.

- KOLKO, Gabriel, *¿Otro siglo de guerras?*, Barcelona, Paidós, 2003.
- , *Políticas de guerra: el mundo y la política exterior de los Estados Unidos, 1943-1945*, Barcelona, Grijalbo, 1974.
- , *El siglo de las guerras: política, conflictos y sociedad desde 1914*, Barcelona, Paidós, 2005.
- LAQUEUR, Walter, *La Europa de nuestro tiempo*, Buenos Aires, Javier Vergara, 1994.
- MAMMARELLA, Giuseppe, *Historia de Europa contemporánea desde 1945 hasta hoy*, Barcelona, Ariel, 1996.
- MARTÍN DE LA GUARDIA, Ricardo, y Guillermo PÉREZ SÁNCHEZ, *La Europa del Este, de 1945 a nuestros días*, Madrid, Síntesis, 1995.
- (eds.), *Historia de la integración europea*, Barcelona, Ariel, 2001.
- MARTÍNEZ CARRERAS, José, *Historia de la descolonización (1919-1986): las independencias de Asia y África*, Madrid, Istmo, 1987.
- PÉREZ-ESPEJO, Sergio, *El problema de Berlín (ensayo de historia diplomática)*, Madrid, Istmo, 1995.
- POWASKI, Ronald, *La Guerra Fría: Estados Unidos y la Unión Soviética, 1917-1991*, Barcelona, Crítica, 2001.
- ROLDÁN HERVÁS, José Manuel (ed.), *El mundo de hoy*, Madrid, Espasa, 1987.
- SCHNEIDER, Peter, *El saltador del muro*, Barcelona, Anagrama, 1989.
- SOLAR, David, *Un mundo en ruinas: 1945-1946, de la caída de Alemania y la bomba de Hiroshima, a los juicios de Núremberg y Tokio*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2007.
- TAUBMAN, William, *Krushev: el hombre y su tiempo*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2005.

Banderas rojas y revoluciones de terciopelo: el fin de la Guerra Fría, 1960-1990

El año 1960 pareció dorado y preñado de promesas. A pesar de la tensión internacional casi constante, la vida cotidiana en Europa y EE UU parecía ir a mejor. Las economías se recuperaron, muchos niveles de vida subieron y florecieron variedades nuevas de cultura. El horizonte económico relucía brillante. En 1990, la mayoría de los paisajes conocidos experimentó una transformación impresionante. Los europeos del oeste ya no estaban tan seguros de su prosperidad o de la capacidad de sus dirigentes para brindarles la vida que creían garantizada. Las sociedades se habían fragmentado de maneras inesperadas. La disolución asombrosamente repentina del bloque soviético derribó los fundamentos del mundo de la Guerra Fría, lo que hizo aflorar tanto las esperanzas de paz como los temores a un conflicto desde territorios insospechados.

¿Cómo se explica esta transformación? A mediados de la década de 1960, las tensiones sociales y económicas fueron minando el consenso de que en el oeste se había desarrollado una prosperidad de posguerra. La expansión económica después de 1945 deparó cambios espectaculares: otras industrias, otros valores económicos, otras clases sociales y una sensación nueva e intensa de diferencia generacional. Los gobiernos se encontraron con demandas procedentes de grupos sociales nuevos y a menudo vieron frustrados sus intentos por darles respuesta. Las tensiones estallaron a finales de la década de 1960. En 1968 estallaron levantamientos y huelgas en todo el oeste, desde Checoslovaquia a Alemania, Francia, Estados Unidos y México. Los problemas se agravaron después de 1975 debido a una crisis económica continua que puso en riesgo la seguridad que tanto trabajo le costó conseguir a una generación. Cuando la economía se estancó, las protestas sociales continuaron en Europa y Estados Unidos durante al menos una década después del fin estricto de «los sesenta».

Los desafíos de aquellas décadas se revelaron más fundamentales incluso en el ámbito soviético. La decadencia económica se unió al estancamiento social y político para generar otra oleada de revueltas. El año 1989 marcó el comienzo de una serie de

acontecimientos extraordinariamente veloces y sorprendentes. El gobierno comunista se desplomó en Europa del Este, y la Unión Soviética se desintegró. La Guerra Fría pareció no importar ya. El significado de esos cambios para el futuro de la democracia y la estabilidad política de una vasta región, que se extendía desde la linde de China en el este hasta la frontera de Polonia por el oeste, fue toda una incógnita.

Sociedad y clase, 1945-1968

El *boom* de la década de 1950, especialmente llamativo debido al contraste con los crudos años que siguieron a la Segunda Guerra Mundial, ejerció unos efectos profundos y de gran alcance en la vida social. Para empezar, la población creció, aunque de manera desigual. Migró por el continente. Tanto la RFA como Francia necesitaron importar mano de obra para mantener su estallido de producción. A mediados de los años sesenta, cuando los sueldos subieron y el desempleo cayó, había 1,3 millones de trabajadores extranjeros en Alemania occidental y 1,8 millones en Francia. La mayoría procedía del sur, sobre todo de las zonas rurales del sur de Italia, donde el paro seguía siendo elevado. La mano de obra proveniente de antiguas colonias emigró a Gran Bretaña, con frecuencia para ocupar puestos de trabajo mal pagados y de baja categoría, y para encontrarse con una discriminación generalizada en el trabajo y la sociedad. Este tipo de migraciones unido al vasto desplazamiento de refugiados políticos y étnicos acaecido durante e inmediatamente después de la guerra contribuyeron al desmoronamiento de barreras nacionales, desmoronamiento que se vio acelerado por la creación del Mercado Común.

Los cambios más espectaculares se centraron en la transformación de la tierra y la agricultura. La producción agrícola había permanecido casi inalterada durante la primera mitad del siglo. Después de los años cincuenta se disparó. Por poner un ejemplo, la cantidad de terreno agropecuario de la RFA que en 1900 bastaba para alimentar a cinco personas, serviría en 1950 para dar de comer a seis, y en 1980, para treinta y cinco. En la RFA y Francia, la política del Mercado Común, los programas de modernización subvencionados por el estado, la nueva maquinaria agrícola y los nuevos fertilizantes, semillas y alimentación animal contribuyeron a lograr la transformación. En Polonia y el Bloque del Este, los regímenes socialistas sustituyeron las pequeñas explotaciones agrícolas por una agricultura a gran escala. Los efectos modificaron todo el paisaje económico y social. La abundancia implicó la bajada de precios de los alimentos. Las familias gastaban una proporción menor de sus ingresos en alimentos y eso liberó dinero para otras formas de consumo y para nutrir el crecimiento económico. El porcentaje de la mano de obra empleada en

agricultura descendió, lo que favoreció una expansión del sector industrial y, sobre todo, de servicios. El campesinado con terrenos extensos o valiosos cultivos especializados (productos lácteos o vino) y que consiguió resistir las deudas se adaptó. Otros perdieron sus terrenos. Los franceses hablaban del «fin del campesinado»; en la década de 1960 abandonaban el campo cien mil personas al año. Estos cambios provocaron protestas constantes cuando los granjeros intentaban defender su nivel de vida. El Mercado Común consintió políticas para reforzar los precios agrícolas, pero mantuvo la misma dinámica.

Los cambios llegaron a los centros de trabajo y erosionaron las diferencias sociales tradicionales. Muchos analistas señalaron el llamativo crecimiento que experimentó el número de oficinistas de clase media como resultado, en parte, de la espectacular expansión burocrática del estado. En 1964, el número total de hombres y mujeres al servicio del estado excedía el 40 por ciento de la mano de obra en la mayoría de países europeos, una cifra muy superior a la de los años veinte o treinta. En el comercio y la industria también aumentó el número de «operarios de grado medio». En la industria, incluso dentro de la mano de obra de las fábricas, se multiplicaron los empleados asalariados, como supervisores, inspectores, técnicos o diseñadores. En la RFA, por ejemplo, el número de esos trabajadores aumentó un 95 por ciento entre 1950 y 1961. El trabajo industrial se convirtió en algo muy diferente a lo que había sido en el siglo XIX. Las técnicas se volvieron más especializadas, más basadas en conocimientos técnicos que en la costumbre y la rutina. Tener «preparación» significaba tener capacidad para supervisar controles automáticos, para interpretar señales abstractas y para realizar ajustes precisos a través de cálculos matemáticos. Al mercado laboral se incorporaron más mujeres que ahora hallaron una resistencia menor y ocuparon puestos de trabajo menos diferenciados de los desempeñados por hombres.

La sociedad decimonónica había estado marcada por culturas de clase bien definidas. La clase obrera tenía «una vida aparte», con pautas de consumo, indumentaria, ocio, respetabilidad, relación entre géneros, etcétera, claramente identificables. En 1900, nadie habría confundido a un campesino con un obrero, y la gente de clase media tenía escuelas, pasatiempos y tiendas propios. Pero los cambios económicos acaecidos después de 1950 fueron destruyendo esas culturas distintivas. Los sindicatos obreros continuaron siendo instituciones de peso: el mayor sindicato general francés contaba con 1,5 millones de miembros; el italiano, con 3,5 millones; el alemán, con 6,5 millones. El Congreso de Sindicatos británico, una asociación de sindicatos independientes, disfrutó de casi ocho millones de miembros, entre ellos muchas más mujeres que en el pasado. Los partidos comunistas ejercieron gran influencia electoral. Pero los movimientos sociales nuevos también crecieron. Los obreros aún se identificaban como tales, pero el concepto de clase adquirió un

significado menos definido.

La expansión de la educación contribuyó a desplazar jerarquías sociales. Todos los países occidentales aprobaron leyes que estipularon la ampliación de la enseñanza secundaria obligatoria (hasta los dieciséis años en Francia, la RFA y Gran Bretaña). La nueva legislación se sumó al crecimiento demográfico para aumentar de forma impresionante la población escolarizada. Entre 1950 y 1960 se dobló el número de matriculaciones en centros de educación secundaria en Francia, Holanda y Bélgica. En Gran Bretaña y RFA creció más de un 50 por ciento. La educación no generó de forma automática movilidad social, pero, combinada con la prosperidad económica, nuevas estructuras laborales y la explosión consumista, comenzó a establecer las bases de lo que acabaría llamándose sociedad «posindustrial».

¿Cómo difirieron estas pautas en el Bloque del Este? Los obreros soviéticos no destacaban por su especialización; de hecho, un factor crucial de la desaceleración de la economía soviética radicó en su incapacidad para innovar. Los trabajadores del «estamento obrero» disfrutaban de sueldos más altos que la gente de clase media (con la salvedad de los directivos), pero tenían una categoría muy inferior. La elevada cuantía de sus sueldos no se debía tanto a la actuación de sindicatos independientes, abolidos en la práctica por Stalin, como a la escasez continuada de trabajo y al consiguiente temor al descontento laboral. En lo que atañe a las clases medias, dos guerras y el socialismo estatal devastaron la tradicional cultura estrecha de miras de la «burguesía» en toda Europa del Este, aunque esos regímenes también crearon otros métodos para conseguir privilegios, y los analistas hablaban de una «clase nueva» de burócratas y miembros de partidos. Las reformas educativas instauradas por Nikita Jruschov en 1958 animaron a los chicos prometedores a cursar una carrera de estudios que a la larga los condujera a puestos directivos. La educación soviética también aspiró a unificar una nación que seguía teniendo una cultura heterogénea. Los musulmanes turcos, por ejemplo, conformaban una minoría considerable en la Unión Soviética. El temor a que el tirón de la «nacionalidad» étnica hiciera tambalearse los cimientos no demasiado sólidos de la «unión» soviética aumentó el deseo del gobierno de imponer una cultura unificadora a través de la educación, aunque no siempre con éxito.

CONSUMO DE MASAS

El aumento del empleo y los ingresos y el descenso de los precios agrícolas se unieron para incrementar el poder adquisitivo de los hogares y los individuos. Se gastaba más en periódicos, tabaco, entradas para eventos deportivos, películas y salud e higiene (donde se registró el mayor aumento). Las familias invertían dinero en la

casa. Los electrodomésticos y los coches se erigieron en los emblemas más llamativos de lo que prácticamente fue todo un mundo nuevo de objetos cotidianos. En 1956, el 8 por ciento de los hogares británicos tenía refrigerador. En 1979 la cifra se había disparado al 69 por ciento. Las aspiradoras, lavadoras y teléfonos se convirtieron en protagonistas habituales de la vida cotidiana. No sólo ahorran trabajo o dejaban más tiempo libre, sino que los electrodomésticos comportaron criterios más exigentes para el cuidado de la casa y más inversiones en el hogar, es decir, «más trabajo para las madres», en palabras de un historiador. Pero no exageremos la transformación. En 1962, sólo el 40 por ciento de los hogares franceses tenía refrigerador; en 1975, sólo el 35 por ciento disponía de teléfono; pero incluso esas cifras superaban con creces las de los países más pobres de Europa o cualquier otro lugar del mundo.

En 1948, cinco millones de europeos del oeste tenían coche; en 1965, 40 millones. En 1950, los obreros italianos iban en bicicleta al trabajo; diez años después, las fábricas construyeron plazas de aparcamiento para los coches del personal. Los coches cautivaron la imaginación en todas las partes del mundo; en revistas, anuncios publicitarios e incontables películas, el coche ocupaba un lugar central en las nuevas imágenes de romances, movimiento, libertad y vacaciones. Por supuesto, los automóviles por sí solos no permitieron a los obreros tener vacaciones económicas; la reducción de la jornada laboral semanal de cuarenta y ocho horas a unas cuarenta y dos fue más importante, del mismo modo que lo fue la instauración de vacaciones anuales: en la mayoría de países los trabajadores tenían más de treinta días de vacaciones pagadas al año.

Estos cambios marcaron una nueva cultura de consumo de masas y se vieron favorecidos por la aparición de industrias dedicadas a la mercadotecnia, la publicidad y las compras a plazos. Asimismo, supusieron un cambio de valores. En el siglo XIX, una familia responsable de clase media no contraía deudas; la disciplina y el ahorro eran sellos distintivos de «respectabilidad». Durante la segunda mitad del siglo XX, los bancos y comerciantes minoristas, en nombre del consumo de masas y el crecimiento económico, se dedicaron a convencer a la gente de clase media y obrera por igual de que contraer deudas no era motivo de vergüenza. *Abundancia, crédito, gastos de consumo y nivel de vida*, todos estos términos pasaron a formar parte del vocabulario de la vida económica cotidiana. Y, lo más importante, ese vocabulario nuevo remodeló la opinión de la ciudadanía sobre sus necesidades, deseos y derechos. El nivel de vida, por ejemplo, creó un criterio para medir (y protestar por) las grandes diferencias sociales. Políticos, economistas y expertos en mercadotecnia prestaron mucha más atención a los hábitos de consumo de la gente corriente.

En Europa oriental y la Unión Soviética, el consumo se organizó de un modo diferente. En lugar de gestionar los mercados, los gobiernos determinaron la

distribución de los bienes de consumo. Las políticas económicas encauzaron recursos hacia la industria pesada a costa de bienes de consumo duraderos. Esto dio lugar a una escasez general, carencias erráticas incluso de necesidades básicas, y a menudo productos de escasa calidad. Las mujeres en particular solían esperar colas de horas en las tiendas después de una jornada completa de trabajo remunerado. Aunque los electrodomésticos experimentaron un incremento espectacular en la Unión Soviética y Europa del Este, las incompetencias del consumo soviético cargaron a las mujeres con el peso doble del trabajo fuera de casa y unas tareas del hogar especialmente gravosas. La infelicidad creciente de la ciudadanía con las carencias y políticas aparentemente irracionales plantearon problemas serios. Tal como lo expresa un historiador, el fracaso de las políticas de consumo fue «uno de los mayores callejones sin salida del comunismo» y contribuyó a la caída de los regímenes comunistas.

CULTURA DE MASAS

Las nuevas pautas de consumo depararon cambios muy diversos en la cultura de masas. Los orígenes de la cultura de «masas» se remontan a la década de 1890, con la expansión de la prensa popular, los teatros de variedades, los deportes organizados y las salas de cine a cinco centavos (*Nickelodeons*), y todo ello inició el largo proceso que desplazó las formas de entretenimiento tradicionales y específicas de cada clase: bailes en los pueblos, teatro callejero, conciertos de clase media, etcétera. La cultura de masas aumentó en la década de 1920 y cobró mayor importancia debido a la política de masas (véase el capítulo 25). Las transformaciones sociales de los años cincuenta, recién descritas, conllevaron que las familias dispusieran de más dinero para gastar y más tiempo libre. La combinación de ambas circunstancias brindó una oportunidad de oro para el desarrollo de la industria cultural. El deseo durante la posguerra de romper con el pasado creó un ímpetu adicional para el cambio. El resultado se puede calificar realmente como revolución cultural: una transformación de la cultura, de su papel en la vida de hombres y mujeres corrientes, y del poder de los medios de comunicación.

La música y la cultura juvenil

Buena parte de la nueva «cultura de masas» de la década de 1960 dependió de los hábitos de consumo y los anhelos de una generación nueva. Aquella generación pasó más tiempo en la escuela, lo que prolongó sus años adolescentes. La juventud se distanció más de sus padres y del mercado laboral, y tuvo más tiempo para pasarlo junta. En las zonas rurales, sobre todo, la escolarización empezó a quebrantar las

barreras que separaban las actividades de niños y niñas y, con ello, dio lugar a uno de los factores de la «revolución sexual» (véase más adelante). A partir de finales de los años cincuenta, la música se convirtió en la expresión cultural de esta generación nueva. El transistor se inventó durante el abastecimiento aéreo de Berlín; a mediados de la década de 1950, esas radios portátiles empezaron a venderse en Estados Unidos y Europa. Los receptores radiofónicos generaron nuevos programas de radio y, después, revistas que informaban sobre cantantes populares y estrellas de cine. Todo ello contribuyó a crear grupos de interés. Tal como lo expresa un historiador, aquellos programas de radio eran los «vasos capilares de la cultura juvenil». Los cambios sociales también afectaron a los contenidos musicales: los temas y las letras aspiraron a llegar a la juventud. Los cambios tecnológicos fabricaron discos más del doble de largos que los viejos de 78 revoluciones por minuto, y menos caros. El precio de los tocadiscos bajó y eso multiplicó el número de compradores potenciales. Todos esos adelantos unidos cambiaron la manera de producir, distribuir y consumir la música. Dejó de estar confinada en salas de conciertos o cafés y pasó a resonar en las casas y coches de la gente y en las habitaciones de los quinceañeros para proporcionar una banda sonora a la vida cotidiana.

La cultura juvenil de posguerra le debió mucho al estilo musical híbrido que se conoce como *rock and roll*. Durante las décadas de 1930 y 1940, la música de fusión producida por estadounidenses blancos y negros en el sur del país se abrió camino hasta las ciudades del norte. Después de la Segunda Guerra Mundial, los músicos negros de *rhythm and blues* y los intérpretes blancos *rockabilly* del sur encontraron audiencias mucho más amplias a través del uso de tecnologías nuevas, como guitarras eléctricas, mejores equipos para grabar en estudios y emisoras de radio de banda ancha en grandes ciudades. La mezcla de estilos y sonidos y la audacia cultural de los quinceañeros blancos que escuchaban lo que los estudios de grabación del momento llamaban «música racial» se unieron para crear el *rock and roll*. Era una música entusiasta, en ocasiones agresiva, y repleta de energía, es decir, reunía todas las cualidades que movían al público joven, ansioso por adquirir todas las novedades de sus intérpretes favoritos.

En Europa, el *rock and roll* se adentró en los barrios obreros, sobre todo en Gran Bretaña e Irlanda. Allí, la juventud local aceptó los sonidos estadounidenses, copió las inflexiones de la pobreza y el desafío, y les añadió unos toques de teatro de variedades para crear artistas y grupos de éxito que recibieron el nombre colectivo de la «invasión británica». Durante la década de 1960, los sonidos y estrellas británicos se habían mezclado con sus equivalentes estadounidenses. Cuando se propagó la popularidad de la música, la cultura musical se soltó de sus amarras nacionales. En Francia, antes de la década de 1960, las canciones de moda estadounidenses las había cubierto Johnny Hallyday, que también cantaba música popular francesa. Con todo,

los Beatles consiguieron encabezar con su propia música las listas de Francia, Alemania y Estados Unidos. En el momento en que se celebró el festival de Woodstock (1969), la cultura musical juvenil era internacional. El rock se convirtió en el sonido de la cultura juvenil mundial y absorbió influencias orientales como el sitar indio y la energía rebelde de un resurgimiento de la música *folk*. Tendió un puente entre la división de la Guerra Fría: a pesar de los límites del Bloque del Este para importar música «capitalista», circulaban canciones pirateadas (a veces en placas de rayos X recicladas de hospitales). Los estudios de grabación repararon en el potencial de ingresos que tenía la música y se convirtieron en empresas tan poderosas como los fabricantes de coches o las compañías del acero.

ARTE Y PINTURA

La revolución cultural expuesta hasta aquí alteró tanto el arte «elevado» como el «popular». El influjo de las compañías discográficas trascendió mucho más allá del rock. Las nuevas técnicas de grabación permitieron reeditar las obras de música clásica más oídas, y las compañías estimularon la trayectoria profesional de estrellas de prestigio internacional como la soprano María Callas y (mucho después) el tenor Luciano Pavarotti organizando conciertos, recurriendo a su influencia sobre las orquestas y ofreciéndoles grabaciones nuevas de su arte.

También la cultura y el arte cambiaron con el aumento de la cultura del consumo y de masas. El mercado del arte se disparó. El peso del dólar influyó en la transformación de Nueva York en centro del arte moderno, una de las novedades más impresionantes del período. Otra de ellas la representó la inmigración: una corriente lenta de inmigrantes europeos fue nutriendo el arte estadounidense al igual que el pensamiento social y político (véase el capítulo 27), y Nueva York se mostró hospitalaria con los artistas europeos. La creatividad de la escuela del expresionismo abstracto acuñó el prestigio de Nueva York durante la posguerra. Los expresionistas abstractos, como William de Kooning (de los Países Bajos), Mark Rothko (de Rusia), Franz Kline, Jackson Pollock, Helen Frankenthaler y Robert Motherwell, siguieron las tendencias instauradas por los cubistas y surrealistas pero experimentaron con el color, la textura y la técnica en busca de nuevas formas de expresión. Muchos de ellos enfatizaron los aspectos físicos de la pintura y el acto de pintar. Pollock ofrece un buen ejemplo. Él vertía o salpicaba pintura directamente sobre el lienzo para crear potentes imágenes de gran expresividad personal y física. Algunos denominaron el proceso como «pintura de acción». Las grandes dimensiones de los lienzos, que desafiaron las estructuras artísticas convencionales, llamaron la atención de inmediato. La crítica calificó aquellas obras con salpicaduras de «imprevisibles,

indisciplinadas y explosivas», y vio en ellas la exuberancia juvenil de la cultura estadounidense de posguerra. Mark Rothko creó una serie de abstracciones remotas pero extraordinariamente interesantes con rectángulos de colores chillones u oscuros superpuestos a otros rectángulos diciendo que no representaban «ninguna asociación, sólo sensaciones». La inmensa influencia del expresionismo abstracto animó a un crítico a declarar con grandilocuencia que «las premisas fundamentales del arte occidental» se habían trasladado a Estados Unidos junto con «la producción industrial y el poder político».

Pero el expresionismo abstracto también generó su contrario, a veces llamado *pop art*. Los artistas pop se distanciaron de las consideraciones caprichosas y esquivas del expresionismo abstracto. Rechazaron las diferencias entre «vanguardia» y arte «popular», o entre lo «artístico» y lo «comercial». Centrarón la atención en imágenes normales, al punto reconocibles, y a menudo comerciales; adoptaron técnicas propias del diseño gráfico; se interesaron por la inmediatez del arte cotidiano y la experiencia visual de la gente corriente. Las representaciones de Jasper Johns de la bandera estadounidense se enmarcan dentro de esta tendencia. Lo mismo le sucede a la obra de Andy Warhol y Roy Lichtenstein, quienes usaron motivos tales como latas de sopa y héroes de tiras de cómic. Warhol no contempló su obra como una protesta contra la banalidad de la cultura comercial. Más bien afirmaba que con ella continuaba la experimentación con abstracciones. El tratamiento de la cultura popular con esta seriedad burlona se convirtió en uno de los temas centrales del arte de los años sesenta.

CINE

La cultura de masas ejerció su mayor impacto en el mundo visual sobre todo a través del cine. Este arte prosperó después de la Segunda Guerra Mundial, cuando se desarrolló siguiendo varias líneas diferentes. Los neorrealistas italianos de finales de la década de 1940 y toda la de 1950, antifascistas y socialistas, se dedicaron a captar la autenticidad, o «la vida tal cual se vivía», a través de lo que ellos solían denominar la existencia de la clase obrera. Trataron los mismos temas que caracterizaron la literatura de la época: la soledad, la guerra, la corrupción. Rodaban en exteriores, con luz natural y actores poco conocidos, y huían deliberadamente del artificio y los principios de las grandes producciones, los cuales asociaban con el cine viciado de la Europa fascista y en tiempos de guerra. No fueron realistas estrictos; jugaron con tramas no lineales, personajes y motivaciones impredecibles. La película de Roberto Rossellini titulada *Roma: ciudad abierta* (1945) era un retrato afectuoso de Roma durante la ocupación nazi. La cinta *Ladrón de bicicletas* (1948) de Vittorio de Sica

cuenta la historia de un hombre que lucha contra el desempleo y la pobreza y necesita con desesperación una bicicleta para conservar su trabajo de cartelero. La película ponía de relieve el contraste entre ricos y pobres (el hijo de este hombre observa con envidia cómo la familia de otro disfruta de inmensos platos de pasta) y entre la sofisticación estadounidense, representada por las estrellas de cine de las carteleras, y la pobreza italiana marcada por la guerra. Federico Fellini salió de la escuela neorrealista e inició su carrera escribiendo para Rossellini. La popularísima película de Fellini *La Dolce Vita* (1959; protagonizada por Marcello Mastroianni) llevó una obra italiana a las pantallas de toda Europa y Estados Unidos, y también marcó la transición de Fellini a su característico estilo surrealista y carnavalesco, desarrollado en *8½* (1963).

Los directores franceses de la «nueva ola» siguieron desarrollando esta visión social nada sentimental, naturalista y enigmática. Los directores de la nueva ola trabajaron estrechamente entre sí, se repartieron entre ellos (y entre sus esposas y amantes) los papeles de sus películas, fomentaron la improvisación y experimentaron con una narrativa inconexa. François Truffaut (1932-1984), con *Los 400 golpes* (1959) y *El pequeño salvaje* (1969), y Jean-Luc Godard (n. 1930), con *Sin aliento* (1959) y *El desprecio* (1963, con Brigitte Bardot), representan los principales ejemplos. *Trenes rigurosamente vigilados* (1966) fue la contribución del director checo Jira Menzel (n. 1938) a la nueva ola. Ésta elevó la categoría de los directores al insistir en que el verdadero arte radicaba en el trabajo de la cámara y en la visión (más que en el guión), lo que también formaba parte del valor que se le atribuyó a lo visual. Francia realizó otras contribuciones a la cinematografía internacional al patrocinar el Festival de Cine de Cannes. El primer festival de Cannes se celebró antes de la Segunda Guerra Mundial, pero la ciudad volvió a abrir sus puertas en 1946 bajo el estandarte de la internacionalidad artística. Tal como lo expresó un analista, «hay muchos modos de promover la causa de la paz. Pero el poder [...] del cine es mayor que el de cualquier otra forma de expresión, porque conmueve de manera directa y simultánea a las masas del mundo». El hecho de situarse en el centro de la industria cinematográfica internacional formó parte del proceso de recuperación de Francia después de la guerra, y Cannes se convirtió en uno de los mercados cinematográficos más grandes del mundo.

Hollywood y la americanización de la cultura

Con todo, la industria del cine estadounidense disfrutó de ventajas considerables, y las secuelas devastadoras de la Segunda Guerra Mundial en Europa permitieron que Hollywood consolidara sus logros iniciales (véase el capítulo 27). El inmenso mercado interior de EE UU otorgó a Hollywood su mayor ventaja. Se estima que, en

1946, cada semana iban al cine 100 millones de estadounidenses. En la década de 1950, Hollywood generaba quinientas películas al año y exportaba entre el 40 y el 75 por ciento de las películas exhibidas en Europa. Ese mismo período deparó innovaciones relevantes para la cinematografía: la conversión a color y nuevos formatos ópticos, incluida la proyección para pantalla ancha. En cuanto a los temas tratados, algunos directores siguieron la misma dirección que los neorrealistas europeos. Tal como dijo un crítico, intentaron «basar imágenes ficticias en hechos reales y, lo más importante, no rodarlas en platos con decorados pintados, sino en lugares reales».

La política nacional de la Guerra Fría pesó mucho en la filmografía estadounidense. Entre 1947 y 1951, el infame Comité de Actividades Antiamericanas (o HUAC) requirió a cientos de personas para investigar supuestas simpatías con el comunismo o vinculaciones con alguna organización de izquierdas. Los estudios incluyeron a centenares de actores, directores y escritores en una lista negra. Paradójicamente, al mismo tiempo, la censura estadounidense se estaba desmoronando con consecuencias impresionantes para las pantallas. Desde comienzos de la década de 1930, el Código de Producción Cinematográfica se había negado a aprobar «escenas de pasión» (lo que incluía escenas con parejas casadas compartiendo una cama), inmorales y obscenas (el Código prohibió los términos *virgen* y *hostia*), descripciones de armas de fuego, detalles de delitos, suicidios o asesinatos. En cambio, las películas extranjeras llegaban a Estados Unidos sin la aprobación del Código. El estado de Nueva York intentó prohibir una película (*El milagro*, dirigida por Rossellini y escrita por Fellini) por considerarla «sacrílega», pero en 1952 el Tribunal Supremo falló que la cinta estaba protegida por la Primera Enmienda. Una película de 1955 de Otto Preminger en la que Frank Sinatra hacía de heroinómano (*El hombre del brazo de oro*) se estrenó a pesar de la desaprobación del Código de Producción, y prosiguió su andadura hasta convertirse en un éxito de taquilla: un signo del cambio de moralidad. En *Rebelde sin causa* (1955), la delincuencia juvenil se transforma en un tema lícito para una película. En la década de 1960, el Código de Producción se había ido a pique. La extrema violencia gráfica al final de *Bonnie and Clyde* (1967), de Arthur Penn, señaló el alcance de la transformación.

La influencia creciente de Hollywood no fue más que un ejemplo de la «americanización» de la cultura occidental. Los europeos habían temido que Estados Unidos se convirtiera en modelo desde, al menos, la década de 1920; EE UU parecía el centro de la «producción y la organización de la civilización global». Las películas estadounidenses de la década de 1950 multiplicaron esos temores. Lo mismo ocurrió con la televisión, que en 1965 había accedido a 62 millones de hogares estadounidenses, 13 millones en Gran Bretaña, 10 millones en la RFA, y 5 millones

tanto en Francia como en Italia, y tuvo un impacto más importante aún en la vida y la sociabilidad cotidianas. La cuestión no se limitaba a lo cultural; incluía el poder de las empresas estadounidenses, sus técnicas comerciales, la mercadotecnia agresiva y la dominación estadounidense de redes comerciales mundiales. Surgieron muchas preocupaciones y a veces se contradecían entre sí. Algunos observadores creían que Estados Unidos y sus exportaciones culturales eran materialistas, conformistas y autosuficientes. Otros consideraban a los estadounidenses rebeldes, solitarios y sexualmente infelices. *Rebelde sin causa* (1955), por ejemplo, con James Dean como quinceañero alienado en una familia disfuncional y con sus escenas de peleas con navajas y carreras de coches, provocó la indignación de los críticos alemanes que deploraban la permisividad de los padres estadounidenses y expresaban su asombro ante el hecho de que los chicos de clase media se comportaran como «matones».

Pero ¿sirve para algo hablar de la «americanización» de la cultura? En primer lugar, el término alude a muchos procesos distintos. Los industriales estadounidenses aspiraron abiertamente a ejercer mayor influencia económica y a la integración económica: apertura de los mercados a los productos estadounidenses, industria para las técnicas de producción estadounidenses, etcétera. El gobierno de EE UU también se esforzó por exportar sus valores políticos, sobre todo el anticomunismo, a través de organizaciones como Radio Europa Libre. Pero las influencias estadounidenses de más alcance llegaron, de manera involuntaria, a través de la música y el cine: imágenes de adolescentes rebeldes, una sociedad de abundancia, coches y el romanticismo de la carretera, relaciones raciales enredadas, flirteos de chicas trabajadoras (menos identificables con la clase obrera que sus equivalentes europeas), o parejas cómicas. Estas imágenes no eran controlables en su totalidad y no tuvieron un solo efecto. Las películas sobre jóvenes estadounidenses podían representar la fantasía del poder americano, pero también podían representar una rebelión contra el poder. En segundo lugar, los productos estadounidenses recibieron usos diferentes en cada cultura local. En tercer lugar, los periodistas, los críticos y la gente corriente tendía a usar el término *americano* como una etiqueta multiusos para designar diversas transformaciones modernas o de la cultura de masas que eran más bien globales, como la electrónica barata procedente de Asia. Tal como lo expresa un historiador, América era menos una realidad que una idea, y, además, una idea contradictoria.

EL PAPEL DE LOS GÉNEROS Y LA REVOLUCIÓN SEXUAL

Lo que algunos denominaron la revolución sexual de la década de 1960 tuvo aspectos diversos. El primero consistió en la disminución de la censura, la cual se ha visto ya

en el apartado dedicado al cine, y de los tabúes relacionados con el tratamiento de la sexualidad en público. En Estados Unidos, los famosos «Informes Kinsey» sobre sexualidad masculina y femenina (de 1948 y 1953, respectivamente) convirtieron la moralidad y las conductas sexuales en noticias de primera plana. Alfred Kinsey era un zoólogo que se hizo científico social, y su manera de aplicar la ciencia y la estadística al sexo captó una atención considerable. Un periodista entusiasta europeo informó de que la cantidad ingente de cifras recopiladas por Kinsey revelarían, al fin, la «verdad del sexo». La verdad, sin embargo, resultó escurridiza. Como mínimo, Kinsey evidenció que los códigos morales y las actuaciones personales no coincidían del todo. Por ejemplo, entre el 80 y el 90 por ciento de las mujeres entrevistadas desaprobaba el sexo prematrimonial, pero el 50 por ciento de esas mismas mujeres lo había practicado. La revista *Time* advirtió que la publicación de disparidades entre convicciones y comportamientos se revelaría subversiva, es decir, que mujeres y hombres determinarían que había «moralidad en los números».

Sin embargo, en toda Europa y Estados Unidos, la juventud parecía estar llegando a conclusiones rebeldes por sí sola. Tal como manifestó una adolescente italiana en defensa de su código moral: «Son nuestros padres quienes se comportan de forma escandalosa... [L]as mujeres permanecían guardadas bajo llave, las niñas se casaban con hombres que les doblaban la edad... [L]os niños, hasta los más pequeños, tenían una libertad absoluta y hacían cola en los burdeles». Las adolescentes de Italia y Francia comentaron con estudiosos y periodistas que los tabúes no sólo eran anticuados, sino también perniciosos, que sus madres las habían mantenido en la ignorancia acerca de cuestiones tan básicas como la menstruación y, por tanto, no las prepararon para la vida.

¿Se estaba desmoronando la familia? Las transformaciones en la agricultura y la vida rural implicaron que la familia dejara de ser la institución que controlaba el nacimiento, el trabajo, el noviazgo, el matrimonio y la muerte. Pero la familia cobró una importancia nueva como centro del consumo, el gasto y el tiempo libre porque la televisión apartó a la gente (por lo común, hombres) de los bares, cafés y cabarés. Pasó a concentrar la atención del gobierno en forma de subvenciones para familias, atención sanitaria y llamamientos de guerra fría para mantener los valores familiares. La gente depositó más expectativas en el matrimonio, lo que elevó el número de divorcios, y prestó más atención a los hijos, lo que deparó familias más reducidas. A pesar del pico que experimentó el índice de natalidad con el *baby boom* después de la guerra, con el tiempo descendió el número de nacimientos incluso en países donde la anticoncepción era ilegal. La familia adoptó sentidos diferentes a medida que sus estructuras tradicionales de autoridad (en concreto, el control paterno sobre esposa e hijos) se fueron erosionando bajo la presión del cambio social.

Un segundo aspecto de la «revolución» se basó en la relevancia del sexo y el

erotismo para la cultura del consumo de masas. Las revistas, que medraron en este período, brindaban consejos para triunfar en el amor y resultar atractivos. El culto al aspecto personal, incluido el factor seductor, encajó con el nuevo énfasis en el consumo; de hecho, la salud y la higiene personal constituyeron las categorías del gasto familiar que más rápido aumentaron. La publicidad, las columnas de consejos, la televisión y el cine desdibujaron las fronteras entre la compra de bienes de consumo, la búsqueda de realización personal y el apetito sexual. No había nada nuevo en los reclamos eróticos. Pero el hecho de que la sexualidad gozara ahora de una amplia consideración como forma de expresión personal (tal vez incluso el centro de uno mismo) representó una novedad del siglo xx. Estos cambios contribuyeron a impulsar la transformación, y también atribuyeron relevancia a la «revolución sexual» en la política del momento.

El tercer aspecto de la «revolución» llegó con los avances legales y médicos científicos en la anticoncepción. Los anticonceptivos orales, cuyo desarrollo se aprobó por primera vez en 1959, se convirtieron en la línea central de la siguiente década. La píldora no tuvo efectos revolucionarios en los índices de natalidad, que ya estaban cayendo. Sin embargo, supuso un cambio extraordinario porque era un método sencillo (aunque caro) que permitía a las mujeres usarlo por sí solas. En 1975, dos tercios de las mujeres británicas con edades comprendidas entre 15 y 44 años afirmaban tomar la píldora. Datos como éste señalaron el fin definitivo de las ideas imperantes durante siglos que consideraban el tema del control de la natalidad como un asunto pornográfico, una afrenta a la religión y una invitación al vicio y la promiscuidad. En términos generales, los países occidentales legalizaron los anticonceptivos en la década de 1960, y el aborto, a lo largo de los años setenta. En 1965, por ejemplo, el Tribunal Supremo estadounidense eliminó leyes que prohibían el uso de anticonceptivos, aunque la venta de los mismos siguió siendo ilegal en Massachusetts hasta 1972. La Unión Soviética legalizó el aborto en 1950, tras mantenerlo prohibido durante la mayor parte del régimen de Stalin. Europa del Este tenía unas cifras de abortos extremadamente altas porque los anticonceptivos resultaban tan difíciles de conseguir como otros bienes de consumo, los hombres solían negarse a usarlos y las mujeres, con la carga doble de largas jornadas de trabajo y las tareas de la casa y enfrentadas, además, a una escasez crónica en el hogar, tenían pocas alternativas al recurso del aborto.

Los cambios legales no se habrían producido sin los movimientos de las mujeres de la época. La pelea práctica y simbólica más difícil para las feministas del siglo xix consistió en la conquista del derecho a votar (véase el capítulo 23). Para el feminismo reactivado en las décadas de 1960 y 1970 resultaron cruciales la familia, el trabajo y la sexualidad (todos ellos temas introducidos en la agenda por los cambios sociales del período). Desde la Segunda Guerra Mundial, el supuesto de que el lugar que les

correspondía a las mujeres de clase media era la casa se vio desafiado por el crecimiento constante de la demanda de mano de obra, sobre todo en educación y el sector servicios. Por tanto, muchas más mujeres casadas y muchas más madres de familia pasaron a engrosar la fuerza de trabajo. Es más, en Occidente, las jóvenes de clase media, al igual que ellos, formaron parte del número creciente de estudiantes universitarios. Pero en Estados Unidos, por poner un mero ejemplo, sólo el 37 por ciento de las mujeres que emprendieron estudios superiores en la década de 1950 los terminó, convencidas de que casarse era prioritario. Tal como lo explicó una de ellas: «Nos casábamos con lo que queríamos ser: médicos, profesores, empresarios, etcétera. Las mujeres tenían dificultad para acceder a oficios distintos al de secretaria, recibían sueldos menores por desempeñar el mismo trabajo que los hombres e, incluso estando empleadas, dependían de sus esposos para pedir créditos».

La tensión entre las expectativas que creaban la abundancia, el crecimiento y el énfasis en la expresión personal, por un lado, y la realidad de unos horizontes reducidos, por otro, creó oleadas suaves de descontento. La obra de Betty Friedan titulada *La mística femenina* (1963) sacó a la luz buena parte de este descontento contraponiendo los mitos culturales del ama de casa realizada y feliz a las realidades de la desigualdad económica, el trabajo duro y los horizontes reducidos. En 1949, Simone de Beauvoir había preguntado cómo había llegado la cultura occidental (sus mitos, su literatura y su psicología) a crear una imagen de la mujer como el sexo secundario e inferior; Friedan, que recurrió a un estilo más periodístico y escribió en una época en que el cambio social había hecho más receptivo a sus ideas al público lector, evidenció que los medios de comunicación, las ciencias sociales y la publicidad exaltaban al mismo tiempo la feminidad y reducían las expectativas y posibilidades de las mujeres. Friedan fundó la organización NOW (National Organization of Women, u Organización Nacional de Mujeres) en 1966; en las décadas siguientes se multiplicaron en Europa otros movimientos menores de mujeres y a menudo más radicales. Esta generación de feministas consideró la libertad reproductiva como un asunto privado y un derecho básico, es decir, una cuestión clave para que las mujeres asumieran el control de su propia vida. La ilegalización de los anticonceptivos y el aborto responsabilizaba únicamente a las mujeres de las consecuencias de los cambios que recorrían la vida sexual de Occidente. Para ellas, eran medidas tan ineficaces como injustas. Las feministas francesas lo demostraron de manera palpable mediante la publicación del nombre de 343 mujeres célebres, entre ellas Beauvoir, que reconocían haberse sometido a abortos ilegales. En Alemania se planteó una exigencia similar al año siguiente, y fue seguida por solicitudes de médicos y decenas de miles de partidarios. En suma, los cambios legales llegaron a partir de demandas políticas, y éstas a su vez reflejaron una rebelión apacible o soterrada de muchas mujeres (y hombres) basada en causas

más antiguas. El consumo de masas, la cultura de masas y las velocísimas transformaciones en la vida pública y privada estuvieron íntimamente relacionados.

Movimientos sociales durante la década de 1960

El descontento social de los años sesenta fue internacional. Sus raíces se hunden en las luchas políticas y las transformaciones sociales acaecidas durante la posguerra. De todas ellas, las más importantes se centraron en los movimientos anticoloniales y en favor de los derechos civiles. El éxito de los movimientos anticoloniales (véase el capítulo 27) reflejó el aumento de una conciencia racial y también contribuyó a fomentarla. Los países de África y el Caribe recién independizados recelaron del resurgimiento del colonialismo y la continuada hegemonía económica de Europa occidental y Estados Unidos. La inmigración negra y asiática de esos países creó tensión y violencia frecuente. En Occidente, sobre todo en Estados Unidos, la gente de color se identificó con esas reivindicaciones sociales y económicas.

EL MOVIMIENTO POR LOS DERECHOS CIVILES

La emergencia de nuevos países negros en África y el Caribe fue paralela al aumento de la insurgencia de los estadounidenses de origen africano. La Segunda Guerra Mundial incrementó la emigración del sur de Estados Unidos a las ciudades del norte, lo que intensificó las campañas por sus derechos, dignidad e independencia que se habían iniciado ya antes del conflicto mundial con organizaciones tales como la Asociación Nacional por el Avance de la Gente de Color (NAACP; del inglés National Association for the Advancement of Colored People) y la Liga Urbana Nacional. En 1960, varios grupos en favor de los derechos civiles, encabezados por el Congreso para la Igualdad Racial (CORE; del inglés Congress of Racial Equality), habían empezado a organizar boicoteos y manifestaciones dirigidos a empresas privadas y servicios públicos que discriminaban a los negros en el sur de Estados Unidos. La figura más destacada del movimiento por los derechos civiles en Estados Unidos durante la década de 1960 fue Martin Luther King Jr. (1929-1968). King, pastor baptista, abrazó la filosofía de la no violencia promovida por el activista social y político indio Mohandas K. Gandhi. La participación personal de King en innumerables manifestaciones, su voluntad para ir a la cárcel por una causa que consideraba justa y sus dotes de orador para mover a negros y blancos con su mensaje lo erigieron en el defensor mejor considerado (y más temido) de los derechos de los negros. Su inspiradora carrera acabó en tragedia con su asesinato en 1968.

Martin Luther King y organizaciones como CORE aspiraron a conseguir un país donde existiera una integración total. Otros líderes negros carismáticos e importantes aspiraron a completar la independencia de la sociedad blanca, ante el temor de que la integración dejara a los estadounidenses de origen africano sin los recursos espirituales o materiales necesarios para el orgullo de la comunidad, la dignidad y la autonomía. El nacionalista negro más influyente fue Malcolm X (1925-1965), quien adoptó la X tras deshacerse de su apellido «blanco» (Little). Malcolm X, que durante la mayor parte de su vida fue portavoz del movimiento de los Musulmanes Negros, instó a los negros a renovar su compromiso con su propia herencia, a crear negocios negros para tener autonomía económica y a fortalecer las defensas económicas, políticas y psicológicas contra la dominación blanca. Al igual que King, fue asesinado en 1965 mientras daba una conferencia en Harlem, Nueva York.

Las leyes sobre derechos civiles aprobadas durante el mandato del presidente Lyndon B. Johnson en la década de 1960 otorgaron a los estadounidenses de origen africano cierto nivel de igualdad en relación con el derecho a votar y, en mucho menor grado, en cuanto a la ausencia de segregación en las escuelas. En otros terrenos, como la vivienda y las oportunidades laborales, el racismo blanco continuó. El desarrollo económico pasó de largo en muchas comunidades de afroamericanos, y gobiernos subsiguientes retiraron los innovadores programas de la época de Johnson.

Estos problemas no eran exclusivos de Estados Unidos. Los inmigrantes de la India occidental, la India y Pakistán afincados en Gran Bretaña sufrieron discriminación en el trabajo, la vivienda y la relación diaria con las autoridades, lo que creó frecuentes disturbios raciales en las grandes ciudades británicas. Francia presenció hostilidad hacia la inmigración argelina, Alemania hacia la importación de mano de obra turca. En Europa occidental, como en EE UU, las luchas por la integración racial y étnica ocuparon un lugar central en el mundo poscolonial.

El movimiento por los derechos civiles tuvo un significado enorme para el siglo xx, y también desencadenó otros movimientos. Enfatizó tal vez como ningún otro el abismo entre las promesas de igualdad de la democracia estadounidense y las diferencias reales en el seno de la vida social y política del país, un abismo presente también en otros países occidentales. Las reivindicaciones de los estadounidenses de origen africano eran apremiantes tanto desde el punto de vista moral como desde el político, y el movimiento en favor de los derechos civiles agudizó las críticas de otros grupos hacia lo que consideraban una cultura complaciente, de un individualismo estrecho y materialista.

La intensificación de la guerra de Estados Unidos en Vietnam se convirtió en un pararrayos para el descontento. En 1961, el presidente John F. Kennedy (1917-1963) prometió «asumir toda la responsabilidad» necesaria para combatir el comunismo y para asegurar el triunfo de los modelos estadounidenses de gobierno representativo y economía de libre mercado en los países en desarrollo. El plan de Kennedy conllevó un incremento masivo de la ayuda al exterior, gran parte de ella en forma de armas. Impulsó instituciones humanitarias como el Cuerpo de Paz, destinado a mejorar las condiciones locales y dejar patentes la benevolencia y las buenas intenciones estadounidenses. Pero aquella asunción de responsabilidades también implicó luchar contra guerrillas que pidieron ayuda a los soviéticos. Esto conllevó intervenciones secretas en América Latina, el Congo y, el lugar más importante, Vietnam.

En la época de la muerte de Kennedy, en 1963, casi quince mil «consejeros» estadounidenses se encontraban sobre el terreno junto a las tropas survietnamitas. El sucesor de Kennedy, Lyndon B. Johnson, emprendió un bombardeo estratégico en Vietnam del Norte, y rápidamente envió cientos de miles de efectivos estadounidenses a combatir en Vietnam del Sur. Los rebeldes del sur, conocidos como Viet Cong, estaban bien atrincherados, eran guerrilleros muy experimentados y contaban con el respaldo del profesional y bien equipado ejército norvietnamita al mando de Ho Chi Minh. El gobierno de Vietnam del Sur se resistió a introducir reformas, lo que le costó la pérdida del apoyo popular. Los grandes esfuerzos estadounidenses sólo lograron un estancamiento, la acumulación de víctimas propias y el aumento del descontento.

Vietnam tuvo mucho que ver en la emergencia de los desórdenes políticos de la década de 1960 en Estados Unidos. Tal como señaló Martin Luther King, la guerra (dependiente de una cantidad desproporcionada de soldados negros para luchar contra un pequeño país de color) reveló y magnificó las desigualdades raciales dentro de Estados Unidos. Exasperados por los problemas sobre el terreno, los estrategas americanos siguieron intensificando los compromisos militares sin efecto alguno. Las conversaciones de paz en París se estancaron mientras aumentaba el coste humano en todos los bandos. El reclutamiento involuntario de jóvenes estadounidenses amplió y polarizó la opinión pública. En 1968 las críticas obligaron al presidente Johnson a cejar en sus planes de presentarse por segunda vez. El sucesor de Johnson, Richard M. Nixon, que ganó por estrecho margen con la promesa de poner fin al conflicto armado, se dedicó más bien a extenderlo. Las protestas estudiantiles contra la guerra terminaban a menudo en violencia. El gobierno presentó cargos de conspiración delictiva contra Benjamin Spock, el pediatra más destacado del país, y contra William Sloane Coffin, capellán de la Universidad de Yale, por animar a los jóvenes a resistirse al reclutamiento obligatorio. La evasión del reclutamiento se generalizó tanto que en 1970 se cambió de sistema. Y, desde el punto de vista de otros países, la

Guerra de Vietnam se convirtió en un espectáculo: uno en el que la nación más poderosa y rica del mundo parecía decidida a destruir un territorio de campesinos pobres en nombre del anticomunismo, la democracia y la libertad. La empañada imagen de los valores occidentales ocupó el centro de los movimientos de protesta de la década de 1960 en Estados Unidos y Europa occidental.

EL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL

El movimiento estudiantil en sí puede verse como una consecuencia de las transformaciones de la posguerra: una cohorte en aumento de jóvenes con más tiempo y salud que en el pasado, la intensificación de una conciencia generacional debida, en parte, a la comercialización de la cultura juvenil de masas e instituciones educativas incapaces de manejarse con el incremento del número de alumnos o de las expectativas. En Francia, el censo de estudiantes en la enseñanza secundaria pasó de cuatrocientos mil en 1949 a dos millones en 1969; durante ese mismo período, la matriculación en las universidades se disparó de cien mil a seiscientas mil personas. Lo mismo sucedió en Italia, Gran Bretaña y la RFA. Las universidades, creadas en su origen para formar a pequeñas élites, vieron desbordados tanto al personal docente como sus instalaciones. Las aulas estaban abarrotadas, la burocracia universitaria no respondía solicitudes y millares de estudiantes se examinaban al mismo tiempo. Desde una perspectiva más filosófica, los estudiantes plantearon cuestiones sobre el papel y el significado de una formación de élite en una sociedad democrática, y sobre las relaciones entre la universidad como «fábrica del conocimiento», la cultura del consumo y aventuras neocoloniales como la Guerra de Vietnam y, para los franceses, las guerras argelinas. Las tradiciones conservadoras dificultaron la reforma intelectual. Además, las demandas estudiantiles para reducir las restricciones en la vida personal (por ejemplo, la autorización para llevar a gente del sexo opuesto a los dormitorios universitarios) provocaron reacciones autoritarias por parte de los responsables universitarios. Las oleadas de protestas universitarias no se limitaron a Estados Unidos y Europa occidental. Se extendieron por Polonia y Checoslovaquia, donde la comunidad estudiantil protestó por la gestión burocrática de un partido único, la represión de la intelectualidad y el autoritarismo, y contribuyó a mantener redes de disidentes. A mediados de la década de 1960, las iras contenidas en Europa del Este volvieron a alcanzar un punto peligroso.

1968

El año 1968 fue extraordinario, muy similar a 1848 y su oleada revolucionaria (véase

el capítulo 21). Fue más internacional incluso, un reflejo de los estrechos lazos mundiales. La cultura juvenil internacional fomentó un sentimiento de identidad colectiva. Los nuevos medios de comunicación retransmitían imágenes de protestas por los derechos civiles desde Estados Unidos hasta Europa, y emitían filmaciones de la Guerra de Vietnam en las pantallas de televisión desde Virginia Occidental hasta Alemania Occidental. La oleada de disturbios sacudió tanto al Bloque del Este como al del oeste. Los movimientos de protesta arremetieron contra la burocracia y el coste humano de la Guerra Fría: en el lado soviético, la burocracia, el autoritarismo y la indiferencia hacia la sociedad civil; en el lado del oeste, la parcialidad y los monopolios de los medios de información, el «complejo industrial-militar» y el imperialismo estadounidense. El régimen soviético, tal como se ha visto, respondió con represión. En Estados Unidos y Europa occidental, los partidos políticos tradicionales tuvieron poca idea sobre cómo afrontar esos movimientos nuevos y quiénes participaban en ellos. En ambos casos, los eventos abrumaron con rapidez a los sistemas políticos.

París

El estallido más importante de descontento estudiantil en Europa se produjo en París en la primavera de 1968. La República francesa se había visto sacudida por los conflictos relacionados con la guerra argelina a comienzos de la década de 1960. Pero más importante aún fue que el estallido económico había minado los fundamentos del régimen y el estilo tradicional de De Gaulle. Los estudiantes franceses de la Universidad de París demandaron reformas para modernizar la universidad. Las protestas alcanzaron su punto culminante primero en Nanterre, una ampliación de la universidad construida en un antiguo almacén de la fuerza aérea en un barrio pobre y mal provisto, con grandes carencias de financiación y masificada de estudiantes. Exigencias, manifestaciones y enfrentamientos con las autoridades universitarias viajaron con rapidez desde Nanterre hasta la Sorbona, en el centro de París, y ante el desorden creciente, la Universidad de París cerró sus puertas, lo que lanzó a los estudiantes a las calles y a enfrentamientos más serios con la policía. Ésta reaccionó con represión y violencia, lo que alarmó a los observadores y a la audiencia televisiva, y petardeó el régimen. En seguida se dispararon las simpatías con la causa estudiantil, lo que conllevó otros opositores al régimen del presidente De Gaulle. Estallaron huelgas sindicales masivas. Los obreros de la industria automovilística, trabajadores técnicos y los empleados del sector público (desde las compañías del gas y la electricidad o el servicio postal, hasta la radio y la televisión) se declararon en huelga. A mediados de mayo, la sorprendente cifra de 10 millones de trabajadores franceses había abandonado su puesto. De Gaulle no simpatizaba con los estudiantes:

«La reforma, sí; el desmadre, no», dicen que exclamó en la cresta de los enfrentamientos. En cierto momento pareció que el gobierno se derrumbaría. Sin embargo, el régimen consiguió conformar a los huelguistas con aumentos de sueldo y apelando a las demandas de orden de la población. Los movimientos estudiantiles, aislados, se fueron aplacando de forma gradual y los estudiantes consintieron en reanudar la vida universitaria. El régimen se recuperó, sí, pero los acontecimientos de 1968 debilitaron la posición de De Gaulle como presidente y favorecieron su retirada de la política al año siguiente.

En la década de 1950 había habido protestas y rebeldía, pero los eventos de 1968 alcanzaron una magnitud asombrosa. París no fue la única ciudad que explotó en 1968. Las protestas estudiantiles estallaron en Berlín Occidental dirigidas contra las estrechas relaciones que mantenía el gobierno con el autocrático sah de Irán y contra el poder de las empresas de comunicación. Los enfrentamientos con la policía cobraron un carácter violento. En algunas ciudades italianas, los estudiantes organizaron varias manifestaciones para llamar la atención sobre la masificación en las aulas universitarias. Se cerraron 26 universidades. La Escuela de Económicas de Londres casi se cerró por protestas. En Ciudad de México, un enfrentamiento con la policía acabó con cientos de protestantes muertos, en su mayoría estudiantes, en vísperas de las Olimpiadas de 1968, organizadas por el gobierno mexicano. Aquellas olimpiadas reflejaron las disputas políticas del período: los países africanos amenazaron con boicotearlas si participaba Sudáfrica, con su régimen de *apartheid*. Dos medallistas afroamericanos alzaron el puño a modo de saludo del *black power* (el poder negro) durante la ceremonia de entrega de premios, y el Comité Olímpico los mandó de inmediato a casa. En Vietnam, el Viet Cong puso en duda la proclama estadounidense de haber cambiado las tornas con una nueva ofensiva. La ofensiva del Tet, llamada así por la festividad del año nuevo vietnamita, deparó el mayor número de víctimas hasta la fecha en la Guerra de Vietnam y un estallido de protestas. Las manifestaciones antibelicistas y las revueltas estudiantiles recorrieron todo el país. El presidente Lyndon Johnson, derrumbado por los efectos del Tet y ya desgastado por la guerra, optó por no presentarse a la reelección. El año 1968 también presenció daños y traumas para la política futura del país con los asesinatos de Martin Luther King (4 de abril de 1968) y del candidato presidencial Robert F. Kennedy (5 de junio de 1968). Al asesinato de King le sucedió una oleada de disturbios en más de cincuenta ciudades de todo el territorio de Estados Unidos, seguidos a finales del verano por luchas callejeras entre la policía y estudiantes disconformes durante la Convención Nacional Demócrata de aquel año, celebrada en Chicago. Algunos consideraron la irrupción de las protestas como otra «primavera de los pueblos». Otros la vieron como una larga pesadilla.

Praga

El movimiento estudiantil en Estados Unidos y Europa occidental también se inspiró en uno de los mayores desafíos a los que se enfrentó la autoridad soviética desde la Revolución húngara de 1956 (véase el capítulo 27): la «primavera de Praga» de 1968. Los sucesos comenzaron con la aparición de un gobierno comunista liberal en Checoslovaquia dirigido por el eslovaco Alexander Dubček. Éste había sabido superar las estrategias de los líderes más tradicionales y autoritarios del partido. Defendió el «socialismo con rostro humano»; fomentó el debate dentro del partido, la libertad académica y artística, y la relajación de la censura. Como solía ocurrir, los miembros del partido se dividieron entre los defensores de reformas y los temerosos de que las reformas desataran la revolución. En cambio, los reformadores también consiguieron apoyos fuera del partido, en organizaciones estudiantiles, la prensa y redes de disidencia. Como en Europa occidental y Estados Unidos, el movimiento de protesta desbordó la política del partido tradicional.

En la Unión Soviética, Jruschov había caído en 1964, y las riendas del poder habían pasado a manos de Leonid Brézhnev como secretario del Partido Comunista. Brézhnev fue más conservador que Jruschov, menos dado a tratar con Occidente y propenso a acciones defensivas para salvaguardar la esfera de influencia soviética. En un principio, los soviéticos toleraron a Dubček como excéntrico político, pero los acontecimientos de 1968 acentuaron sus temores. La mayoría de los líderes comunistas de Europa del Este censuraron el reformismo checo, pero en Polonia y Yugoslavia estallaron manifestaciones estudiantiles de apoyo que exigieron el fin del gobierno de un partido único, menos censura y la reforma del sistema judicial. Además, Josip Broz Tito, de Yugoslavia, y Nicolae Ceaucescu, de Rumanía (dos de los comunistas independientes más obcecados de Europa del Este), visitaron a Dubček. Los soviéticos interpretaron estas actuaciones como un ataque al Pacto de Varsovia y la seguridad soviética; también entendieron la intervención estadounidense en Vietnam como una prueba de la intensificación de las acciones anticomunistas en todo el mundo. Cuando Dubček intentó democratizar el Partido Comunista y no asistió a una reunión de miembros del Pacto de Varsovia, los soviéticos enviaron carros de combate y tropas a Praga; era agosto de 1968. El orbe volvió a contemplar ríos de refugiados checos abandonando el país, del cual se hizo cargo un gobierno represor elegido por las fuerzas de seguridad soviéticas. Dubček y sus aliados fueron condenados a prisión o al «exilio interior». El 20 por ciento de los miembros del Partido Comunista checo fue expulsado durante una serie de purgas. Tras la destrucción de la «primavera de Praga», los diplomáticos soviéticos afianzaron su posición de acuerdo con la nueva «doctrina Brézhnev», por la cual ningún estado socialista podría adoptar políticas que dañaran los intereses del

socialismo internacional, y la Unión Soviética podría intervenir en los asuntos internos de cualquier país del bloque soviético si ponía en riesgo el mandato comunista. En otras palabras, las normas represoras aplicadas a Hungría en 1956 no cambiarían.

¿Cuáles fueron los efectos de 1968? El gobierno de De Gaulle se recuperó. El republicano Richard M. Nixon ganó las elecciones estadounidenses de 1968. Entre 1972 y 1975, Estados Unidos se retiró de Vietnam; el fin de esta guerra dio lugar a una crisis de refugiados y a una serie nueva de terribles conflictos regionales. En Praga, los carros de combate del Pacto de Varsovia reprimieron la rebelión y, con la doctrina Brézhnev, el régimen soviético reafirmó su derecho a controlar sus satélites. Serias confrontaciones de guerra fría serpentearon a lo largo de la frontera yugoslava durante la huida de los refugiados al oeste, al igual que en la península coreana tras el ataque de Corea del Norte a un barco espía de la marina estadounidense. A largo plazo, en cambio, las demandas de las protestas y la disidencia se revelaron más difíciles de contener. En Europa del Este y la Unión Soviética, la disidencia fue aplastada, pero no erradicada. El aplastamiento de la rebelión checa causó gran decepción y, en aspectos importantes, los acontecimientos de 1968 prefiguraron el desmoronamiento del control soviético en 1989. En Europa occidental y Estados Unidos, el movimiento estudiantil se calmó, pero sus consecuencias y las políticas pioneras que reivindicó perduraron más. El feminismo (o, con más exactitud, la segunda oleada de feminismo) destacó de verdad después de 1968 y sus dimensiones aumentaron con mujeres pertenecientes a una generación posterior a la de Simone de Beauvoir y Betty Friedan. Estas mujeres habían formado parte de organizaciones estudiantiles en la década de 1960 y su impaciencia con los partidos políticos tradicionales y, a menudo, con sus compañeros masculinos estudiantes, las situó en grupos separados donde defendieron la igualdad entre ambos sexos y dentro de la familia. Recurriendo a un lema que plasmaba algunos de los cambios acaecidos en las décadas de 1950 y 1960, insistieron en que «lo personal es político». Tal como dijo una mujer inglesa: «Queríamos redefinir el significado de la política para incluir en él un análisis de nuestra vida cotidiana», lo que englobaba sexualidad, salud, cuidado de los hijos, imágenes culturales de la mujer, etcétera. El movimiento antibelicista abordó la cuestión de las armas nucleares, un tema especialmente variable en Europa. Por último, el movimiento ecologista hizo su aparición preocupado no ya por la contaminación y los recursos escasos del planeta, sino también de la urbanización vertiginosa y el desarrollo económico desenfrenado que provocó la década de 1960. A la larga, tanto en Europa como en Estados Unidos disminuyó la fidelidad de los votantes a los partidos políticos tradicionales, y aparecieron numerosos partidos menores. De este modo, los nuevos movimientos sociales acabaron formando parte de un panorama político muy diferente.

Estancamiento económico: el precio del éxito

Europa estuvo plagada de problemas tanto económicos como sociales durante las décadas de 1970 y 1980, pero estas adversidades habían empezado con anterioridad. A mediados de la década de 1960, por ejemplo, el crecimiento de la RFA se había frenado. Cayó la demanda de productos manufacturados y en 1966 el país sufrió la primera recesión de la posguerra. Volkswagen, símbolo del «milagro» alemán, introdujo un horario semanal reducido; en total, casi setecientos mil alemanes occidentales fueron expulsados del trabajo. En Francia, una crisis persistente de la vivienda elevó el coste de la vida. Aunque algunas industrias nuevas siguieron prosperando, las industrias básicas (carbón, acero y ferrocarriles) empezaron a acumular déficit. El desempleo subió a la vez que los precios. El compromiso del primer ministro Harold Wilson para reactivar la economía británica mediante la introducción de tecnología nueva fracasó debido a las crisis del valor de la libra en los mercados de divisas, las cuales se vieron agravadas por bajos niveles de crecimiento continuados. El Mercado Común, ampliado en 1973 con la inclusión de Gran Bretaña, Irlanda y Dinamarca y en la década de 1980 con la admisión de Grecia, España y Portugal, se esforzó por vencer los problemas derivados del conflicto entre los reglamentos económicos internos de muchos países europeos y la política de libre mercado imperante en lo que acabaría siendo la Comunidad Económica Europea (CEE).

El precio del petróleo se disparó por primera vez a comienzos de la década de 1970, lo que intensificó las dificultades. En 1973, la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP), eminentemente árabe, inició un embargo de petróleo contra las potencias occidentales. En 1973, el barril de crudo costaba 1,73 dólares; en 1975 ascendió a 10,46 dólares; a comienzos de la década de 1980 su precio había superado los 30 dólares. Este incremento generó una espiral inflacionaria; los tipos de interés subieron y, con ellos, casi todo lo que los consumidores occidentales estaban habituados a comprar. El aumento de los costes provocó reivindicaciones de subidas salariales y huelgas. Las tranquilas relaciones industriales de la década de 1950 pertenecían al pasado. Al mismo tiempo, los fabricantes europeos se toparon con una competencia fuerte, no ya por parte de países altamente desarrollados como Japón, sino también procedente de economías cada vez más activas de Asia y África, donde el oeste había invertido capital con alegría en décadas anteriores. En 1980, Japón había conquistado el 10 por ciento del mercado automovilístico en la RFA y el 25 por ciento en Bélgica. En 1984, el desempleo en Europa occidental afectó a unos 19 millones de personas. Habían llegado los años de las vacas flacas.

En el bloque soviético también se estancó la economía. La expansión de la

industria pesada había favorecido la recuperación en el período de la posguerra, pero, en la década de 1970, el sector dejó de aportar crecimiento e innovación. El Partido Comunista soviético anunció en 1961 que en 1970 la URSS superaría la producción per cápita en Estados Unidos. Sin embargo, a finales de la década de 1970, la producción per cápita soviética no era mucho más alta que en los países menos industrializados del sur de Europa. Además, los soviéticos estaban demasiado volcados en la industria armamentística, la cual se había vuelto ineficiente aunque lucrativa para los miembros del partido que la regentaban. La economía soviética sí recibió un impulso de la subida de precios del petróleo que introdujo la OPEP en 1973 y 1979. (La Organización de los Países Exportadores de Petróleo se fundó en 1961; la URSS no pertenecía a ella, pero, al ser el mayor productor mundial de crudo, se benefició del alza de precios). Sin este empujón, la situación habría sido mucho peor.

Tras el impresionante rendimiento económico a comienzos de la década de 1970, los países europeos del este se toparon con graves dificultades financieras. Su éxito se había basado en parte en los préstamos de capital procedente del oeste. En 1980 esas deudas pesaron mucho en sus economías nacionales. El endeudamiento de Polonia en divisas fuertes de países del oeste, por ejemplo, era casi cuatro veces mayor que sus exportaciones anuales. La solución a este problema, ejecutada en Polonia y otros lugares, consistió en recortar la producción para consumo interno con la finalidad de aumentar las exportaciones. Pero esta política se encontró con una oposición popular firme. Aunque en Europa del Este prácticamente no había desempleo, la población no estaba nada contenta con su situación económica. Trabajaban más horas que en el oeste, y las mercancías y servicios eran escasos incluso en tiempos de bonanza.

Los gobiernos occidentales se esforzaron por reaccionar con eficacia ante el cambio repentino de su situación económica. La nueva líder del Partido Conservador británico, Margaret Thatcher, salió elegida primera ministra en 1979 (y reelegida en 1983 y 1987) con un programa que restó peso a los sindicatos, redujo impuestos para estimular la economía y privatizó empresas públicas. La economía continuó débil con casi el 15 por ciento de la mano de obra desempleada en 1986. En Alemania Occidental, una serie de gobiernos socialdemócratas intentó combatir la recesión económica con programas de formación profesional e incentivos fiscales, ambos financiados con impuestos más elevados. Estos programas repercutieron poco en la recuperación de la economía, y el país se inclinó hacia la derecha.

El hecho de que tanto los gobiernos de izquierdas como los de derechas no lograran restaurar la prosperidad sin precedentes que vivió Europa durante la posguerra, indica hasta qué punto las fuerzas económicas quedan fuera del control de cada estado aislado. El malestar económico continuado renovó los esfuerzos por «europeizar» los problemas comunes. A finales de la década de 1980, la CEE se

embarcó en un proyecto ambicioso de integración. Las metas a largo plazo, acordadas cuando se formó la Unión Europea (UE) en 1991, incluyeron una unión monetaria con un banco central europeo y una sola divisa, y políticas sociales unificadas para reducir la pobreza y el desempleo. Con el advenimiento del siglo XXI, los estados miembros europeos habían empezado a dar varios de esos pasos. Lo que no quedó claro fue si ese nuevo estado «federal» europeo superaría las reivindicaciones de soberanía nacional de sus miembros, o si desarrollaría la fuerza económica y política necesaria para responder a la supremacía mundial de Estados Unidos.

SOLIDARIDAD EN POLONIA

En 1980 el descontento volvió a alcanzar un punto culminante en Europa del Este, esta vez con el movimiento obrero Solidaridad de Polonia. Los trabajadores polacos organizaron huelgas que paralizaron el gobierno del país. Los obreros formularon varias exigencias clave. En primer lugar, rechazaron las condiciones laborales impuestas por el gobierno para combatir una crisis económica severa. En segundo lugar, protestaron por los precios elevados y las carestías especiales, ambos debidos a la política y las prioridades del gobierno. Pero, sobre todo, los trabajadores polacos de Solidaridad reclamaron sindicatos obreros con independencia real en lugar de las organizaciones laborales patrocinadas por el gobierno. En el centro del movimiento radicó el convencimiento de que la sociedad tenía el derecho de organizarse a sí misma y, como consecuencia, a crear su propio gobierno. Los huelguistas estaban encabezados por Lech Walesa, un electricista de los astilleros de Danzig. La carismática personalidad de Walesa no sólo atrajo a la ciudadanía polaca, sino a simpatizantes en todo el este. En cambio, los soviéticos volvieron a apoyar un régimen militar para reinstaurar un gobierno autoritario. El presidente polaco, el general Wojciech Jaruzelski, había aprendido de Hungría y Checoslovaquia, y practicó un delicado juego diplomático para conservar la libertad de acción del gobierno polaco durante la represión del propio movimiento Solidaridad. Con todo, la tácita amenaza soviética continuó.

La remodelación de Europa: el desplome del comunismo y el fin de la Unión Soviética

Uno de los aspectos más fascinantes de la historia radica en su imprevisibilidad. En tiempos recientes no ha existido un ejemplo más revelador de ella que el desplome repentino de los regímenes comunistas de Europa del Este en 1989, el impresionante

fin de la Guerra Fría y la subsiguiente desintegración de la otrora poderosa Unión Soviética.

GORBACHOV Y LA REFORMA SOVIÉTICA

Este colapso repentino llegó, de forma involuntaria, a partir de una nueva oleada de reformas iniciada a mediados de la década de 1980. En 1985, una generación nueva de oficiales comenzó a hacerse cargo del Partido Comunista soviético, un cambio anunciado por el nombramiento de Mijaíl Gorbachov como líder del partido. A sus cincuenta y tantos años, Gorbachov era bastante más joven que sus predecesores inmediatos y estaba menos sujeto a las costumbres de pensamiento que habían determinado los asuntos soviéticos internos y externos. Criticó con franqueza los aspectos represivos de la sociedad comunista, así como su aletargada economía, y no dudó en expresar esas críticas abiertamente. Su doble política de *glásnost* (apertura intelectual) y *perestroika* (reestructuración económica) infundieron esperanzas sobre una Unión Soviética más libre y próspera. Con Gorbachov se liberó a una serie de disidentes encarcelados, entre ellos Andréi Sajárov, el científico conocido como el «padre de la bomba de hidrógeno soviética» y, más tarde, crítico mordaz de la carrera armamentística de la Guerra Fría.

Las medidas políticas de la *perestroika* apuntaron hacia los privilegios de la élite política y la inmovilidad de la burocracia estatal mediante la instauración de elecciones competitivas para puestos oficiales y la limitación de la duración del cargo. El programa de *perestroika* de Gorbachov persiguió la transición de la economía planificada de manera centralista instaurada por Stalin a una economía mixta que combinaba la planificación con el funcionamiento de las fuerzas del mercado. En la agricultura, la *perestroika* aceleró el abandono de una producción cooperativa e introdujo incentivos para la consecución de objetivos de producción. Gorbachov planeó integrar la Unión Soviética en la economía internacional a través de su participación en organizaciones tales como el Fondo Monetario Internacional.

Sin embargo, hasta reformas tan impresionantes se quedaron escasas y llegaron demasiado tarde. El descontento étnico, herencia del imperialismo ruso decimonónico, amenazó con escindir la Unión Soviética mientras los movimientos de secesión acumularon presión en el Báltico y otros lugares. De 1988 en adelante, las luchas entre armenios y azerbaiyanos por una región de etnia azerbaiyana situada dentro de territorio armenio amenazaron con intensificarse hasta el límite de crear un conflicto con Irán. Sólo las tropas soviéticas que patrullaban la frontera y la voluntad de Gorbachov para contener una revuelta separatista en Azerbaiyán por la fuerza disiparon temporalmente el enfrentamiento.

Espoleados por estos acontecimientos en la Unión Soviética, los países del este de Europa empezaron a moverse para lograr la independencia de Moscú. Gorbachov fomentó el debate abierto (*glásnost*) no sólo en su país, sino también en sus estados satélite. Revocó la insistencia de la doctrina Brézhnev en gobiernos socialistas de un partido único, y realizó viajes frecuentes y estimuladores a las capitales de países satélite vecinos.

La *glásnost* reavivó la llama de la oposición en Polonia, donde Solidaridad había sido vencida pero no destruida por el gobierno en 1981. En 1988 el sindicato emprendió otra serie de huelgas. Estos disturbios culminaron en un acuerdo entre el gobierno y Solidaridad que legalizó el sindicato y aseguró elecciones abiertas. Los resultados de junio de 1989 dejaron al mundo boquiabierto: prácticamente todos los candidatos al gobierno perdieron; el Comité de Ciudadanos, afiliado a Solidaridad, consiguió una mayoría considerable en el parlamento polaco.

En Hungría y Checoslovaquia, los acontecimientos siguieron un curso similar durante 1988 y 1989. János Kádár, dirigente húngaro desde la enérgica intervención soviética de 1956, se resignó ante las continuas manifestaciones en mayo de 1988 y fue sustituido por un gobierno reformista del Partido Obrero Socialista húngaro. En la primavera de 1989, el régimen húngaro había sido purgado de defensores del Partido Comunista. El gobierno también empezó a dismantelar las vallas de seguridad a lo largo de la frontera austriaca. Un año después, el Foro Democrático Húngaro se aseguró una mayoría relativa de escaños en la Asamblea Nacional tras comprometerse a restituir todos los derechos civiles y a reestructurar la economía.

También los checos organizaron manifestaciones contra la dominación soviética a finales de 1988. La represión brutal de las manifestaciones estudiantiles por parte de la policía en 1989 radicalizó a los trabajadores del país y provocó manifestaciones masivas. El Foro Cívico, una coalición de oposición, reclamó la creación de un gobierno de coalición que incluyera formaciones no comunistas, la celebración de elecciones libres y la dimisión de los líderes comunistas del país. Reforzó estas demandas con manifestaciones masivas continuadas y amenazas de una huelga general que trajeron como resultado el desmoronamiento del viejo régimen y la elección de Václav Havel, dramaturgo y líder del Foro Cívico, como presidente.

LA CAÍDA DEL MURO DE BERLÍN

El cambio político más significativo acaecido en Europa del Este a finales de la década de 1980 llegó con el desplome del comunismo en la RDA y la unificación de las dos Alemanias. Aunque la República Democrática Alemana era considerada desde hacía tiempo como el más próspero de los países satélite soviéticos, sufrió un

estancamiento económico severo y una degradación medioambiental. Oleadas de alemanes del este manifestaron su descontento ante el empeoramiento de las condiciones a través de una emigración ilegal masiva hacia el oeste. Este éxodo se unió a la evidencia de una corrupción oficial generalizada para forzar la dimisión de Erich Honecker, primer ministro de Alemania del Este asentado largo tiempo en el poder y perteneciente a la línea dura. Su sucesor, Egon Krenz, prometió emprender reformas, pero, así y todo, se encontró con protestas constantes y una emigración masiva continuada.

El 4 de noviembre de 1989, el gobierno hizo un movimiento con el que reconoció su incapacidad para mantener cautivos a sus ciudadanos: abrió la frontera con Checoslovaquia. Este movimiento permitió, en efecto, que los alemanes del este viajaran al oeste. En cuestión de días, el Muro de Berlín (encarnación de la Guerra Fría, el telón de acero y la división entre este y oeste) quedó demolido por grupos de ciudadanos corrientes. Multitudes jubilosas de ambos lados atravesaron los huecos abiertos que ahora permitían a hombres, mujeres y niños dar los pocos pasos que simbolizaban el regreso a la libertad y una oportunidad para la unidad nacional. En marzo de 1990 se celebraron elecciones libres en todo el territorio alemán que dieron la victoria a la Alianza por Alemania, una coalición aliada con la Unión Demócratacristiana del canciller de Alemania Occidental Helmut Kohl. La prosecución de una emigración intensa favoreció que las conversaciones sobre la reunificación culminaran con rapidez en la proclamación formal de una Alemania unida el 3 de octubre de 1990.

Los ánimos de la opinión pública en Europa del Este, y tal vez en todo el mundo, quedaron barridos ante la alegría de aquellas pacíficas «revoluciones de terciopelo» del otoño de 1989. Pero el fin del gobierno de un partido único en Europa del Este no se logró sin violencia. El gobierno más represivo del viejo Bloque del Este, la indiscutible dictadura de Nicolae Ceaucescu en Rumania, cayó con mucho más derramamiento de sangre. En diciembre, ante la oleada de revueltas populares en los países vecinos y los disturbios causados por la minoría étnica húngara afincada en Transilvania, un grupo de funcionarios del partido y oficiales del ejército rumano intentaron conservar su propia posición derrocando a Ceaucescu. Sin embargo, el extenso cuerpo de policía secreta organizó una resistencia al golpe; como consecuencia, hubo casi dos semanas de sangrientos enfrentamientos callejeros en Bucarest, la capital. Francotiradores independientes leales a Ceaucescu siguieron matando a transeúntes civiles desde las azoteas de las casas, con lo que forzó peligrosos esfuerzos para acabar con ellos mientras el resto de Europa del Este celebraba la Navidad y el año nuevo con sistemas políticos nuevos. Ceaucescu y su esposa fueron capturados por unidades militares populistas y ejecutados; las imágenes de sus cadáveres ensangrentados dieron la vuelta al mundo a través de la

televisión por satélite.

En el resto de Europa del Este, los gobiernos formados por un partido único en los países situados al otro lado de lo que quedó del andrajoso telón de acero (Albania, Bulgaria y Yugoslavia) se derrumbaron ante la presión democrática por el cambio. Mientras, dentro de la propia Unión Soviética y animadas por los eventos de Europa del Este, las repúblicas balcánicas de Lituania y Letonia se esforzaron por liberarse del gobierno soviético. En 1990 proclamaron su independencia de la Unión Soviética de manera unilateral y con ello recrudecieron la tensión entre la «unión» y las «repúblicas». Gorbachov reaccionó con una mezcla vacilante de intervención armada y promesas de mayor autonomía local. En el otoño de 1991 Lituania y Letonia, junto con el tercer estado báltico, Estonia, consiguieron el reconocimiento internacional como repúblicas independientes.

EL DESPLOME DE LA UNIÓN SOVIÉTICA

Mientras la influencia soviética en Europa del Este se iba minando, en casa, la improductiva economía soviética siguió alimentando iras generalizadas. Con el fracaso de la *perestroika* (debido en buena medida a la falta de recursos y la incapacidad para aumentar la producción) llegó el ascenso de un poderoso rival político de Gorbachov: su antiguo aliado Boris Yeltsin. Éste, alcalde reformador de Moscú, fue elegido presidente de la Federación Rusa (la mayor de las repúblicas soviéticas) en 1990 con un programa contrario a Gorbachov. La presión procedente del bando de Yeltsin debilitó las posibilidades de Gorbachov para maniobrar con independencia de facciones reaccionarias del politburó y los militares, lo que socavó su programa de reformas y su capacidad para continuar en el poder.

El aumento de los graves problemas internos de la Unión Soviética dio lugar a protestas crecientes en 1991, cuando la política de Gorbachov fracasó en el intento de mejorar (y, de hecho, empeoró) el nivel de vida de la población soviética. Aumentaron las exigencias para que la abotargada burocracia gubernamental aplicara un remedio drástico para paliar el continuo estancamiento económico del país. Gorbachov pareció perder su temple político al ordenar primero y anular después un plan de reformas económicas de «quinientos días», al mismo tiempo que aceptaba negociar con las repúblicas cada vez más disconformes de la unión y que ahora clamaban por la independencia. Al ver peligrar su vida política, un grupo de dirigentes de la línea dura del Partido Comunista organizó un golpe de estado fallido en agosto de 1991. Tomaron prisioneros a Gorbachov y su esposa en su residencia de verano, y declararon una vuelta a la ortodoxia del partido con la intención de salvar lo que quedaba del peso mundial de la Unión Soviética y del poder interno del Partido

Comunista. La ciudadanía soviética, sobre todo en ciudades grandes como Moscú y Leningrado, se opuso a sus autoproclamados salvadores. Encabezados por Boris Yeltsin, quien en cierto momento se subió a un carro de combate en una calle de Moscú para congregarse al gentío, reunieron apoyos entre las repúblicas soviéticas y los militares y triunfaron al retar a los conspiradores a cumplir con sus amenazas. En cuestión de dos semanas, Gorbachov volvió a ostentar el poder y los cabecillas del golpe fueron encarcelados.

Curiosamente, esta contrarrevolución popular devolvió el cargo a Gorbachov al mismo tiempo que destruyó el poder del estado soviético que él dirigía. A lo largo del otoño de 1991, mientras Gorbachov luchaba por mantener unida la Unión, Yeltsin se alió con los presidentes del resto de repúblicas grandes para sacar partido del descontento. El 8 de diciembre de 1991, los presidentes de las repúblicas de Rusia, Ucrania y Bielorrusia declararon la desaparición de la Unión Soviética: «La URSS como sujeto del derecho internacional y como realidad geopolítica ha dejado de existir». Aunque la prosa era mala, el mensaje fue decisivo. La antigua Unión Soviética, fundada setenta años antes por un estallido de fervor revolucionario y violencia, se había esfumado casi de la noche a la mañana dejando tras de sí un conjunto de once naciones que, lejos de ser poderosas, mantenían un vínculo laxo entre ellas integradas en la Comunidad de Estados Independientes. El 25 de diciembre de 1991, Gorbachov dimitió y abandonó la vida política, no expulsado del cargo por la vía habitual sino convertido en irrelevante cuando otros actores desmantelaron el estado. La bandera soviética (la hoz y el martillo que simbolizaban a la nación que durante cincuenta años había tenido subyugada a media Europa) se arrió por última vez en el Kremlin.

La contundente caída dejó problemas contundentes tras de sí. La escasez de alimentos se agravó durante el invierno de 1992. El valor del rublo se desplomó. Las repúblicas no se pusieron de acuerdo en cuanto a políticas militares comunes o para resolver cuestiones complejas y delicadas relacionadas con el control de las cabezas nucleares. La petición de ayuda económica desde el oeste por parte de Yeltsin se tradujo en aportaciones masivas de capital público y privado que, sin embargo, no lograron evitar apuros y trastornos económicos muy serios. La libre empresa trajo consigo el desempleo y favoreció la explotación a través de actividades delictivas. La determinación de Yeltsin para proseguir con su programa económico se encontró con una resistencia firme del parlamento y la ciudadanía alarmada por los rápidos e inexorables cambios que estaba experimentando. Cuando el parlamento se plantó ante las propuestas de Yeltsin en septiembre de 1993, él optó por disolverlo. Eso contribuyó a provocar un intento de golpe de estado dos meses después, organizado por políticos conservadores y mandos del ejército. Los oficiales leales a Yeltsin sofocaron la revuelta con mucha más fuerza que el intento de golpe de 1991

(televidentes de todo el mundo contemplaron el ataque de la artillería contra el edificio del parlamento de Moscú, ocupado por los rebeldes, durante un sangriento bombardeo). Tras la recomposición del parlamento, las elecciones de 1995 sirvieron para sopesar el descontento: los comunistas recuperados consiguieron casi un tercio de los escaños, mientras que los nacionalistas xenófobos encabezados por Vladímir Zhirinovski también obtuvieron un porcentaje notable de votos con su incesante inculcación de Occidente por los problemas de Rusia.

Entretanto, los conflictos étnicos y religiosos plagaron las repúblicas. Durante los primeros años que siguieron a la disolución de la Unión Soviética, estalló la guerra en Georgia, Armenia y Azerbaiyán. El conflicto más serio afloró en la región eminentemente árabe de Chechenia, la cual linda con Georgia por el Cáucaso y había declarado su independencia de Rusia a finales de 1991. Los rebeldes chechenos eran herederos de una tradición de bandidaje y separatismo contra la autoridad rusa que se remontaba al siglo XIX. Cansado de este desafío constante a su autoridad, el gobierno ruso acometió en 1994 un intento coordinado para poner fin a la resistencia. Cuando las fuerzas rusas avanzaban hacia la capital chechena, Grozni, cayeron en una emboscada con una potencia de fuego robada en gran medida de arsenales rusos abandonados. El resultado fue una masacre de los rusos invasores, seguida por un asedio largo y sangriento para tomar la ciudad. Esto alimentó a su vez una guerra de guerrillas larga y especialmente sangrienta entre fuerzas rusas y chechenas, caracterizada por reiteradas atrocidades en ambos bandos. Tras pausas breves en 1995 y 1997, esta guerra chechena se prolongó hasta el cambio de siglo como una reproducción del conflicto ruso en Afganistán (véase el capítulo 27), pero a un nivel más sangriento y más cerca de casa.

El telón de acero había creado una de las fronteras más inflexibles de la historia europea. El derrumbamiento de la Unión Soviética abrió las puertas de Rusia y sus antiguos dominios imperiales. Esta transformación conllevó el fin de la Guerra Fría. Pero también dio lugar a multitud de problemas imprevistos en toda Europa del Este y el mundo industrial avanzado: conflictos étnicos, incertidumbres diplomáticas sobre el nuevo gobierno ruso y la supremacía de una única superpotencia que en ocasiones se ha calificado de «unilateralismo» estadounidense. Dentro de Rusia y varias de las antiguas repúblicas soviéticas emergió una nueva era que algunos han bautizado como el «salvaje oeste» ruso. Empezaron a establecerse relaciones comerciales capitalistas sin relaciones de propiedad claramente definidas ni un marco legal estable. Los ex dirigentes gubernamentales se aprovecharon de su posición de poder para hacerse con el control de sectores enteros de la economía. La corrupción campó a sus anchas. La delincuencia organizada controló las industrias, la Bolsa, un mercado floreciente de estupefacientes ilegales y hasta algunos gobiernos locales. Hasta los gobiernos centrales más enérgicos de las grandes repúblicas como Rusia,

Ucrania y Kazajstán se vieron enfrentados a problemas enormes. La «franqueza» postsoviética sentó las bases de una nueva Rusia democrática, pero también puso en marcha el resurgimiento de viejas formas de tiranía.

PROBLEMAS POSREVOLUCIONARIOS: EUROPA ORIENTAL DESPUÉS DE 1989

Las «revoluciones de terciopelo» de Europa central y oriental infundieron grandes esperanzas: esperanzas locales de que el fin de los gobiernos autoritarios brindara prosperidad económica y pluralismo cultural; y esperanzas occidentales de que esos países se les unieran como socios capitalistas en una Comunidad Europea más extensa. La realidad fue más lenta y dura de lo que previeron los optimistas de 1989. El mayor esfuerzo, que además tuvo consecuencias continuas para el continente europeo, radicó en la reunificación de Alemania. La euforia de la reunificación enmascaró incertidumbres incluso entre los propios alemanes. La desmoronada economía de Alemania del Este continuó siendo un problema. Sumada al resto de complicaciones económicas que aquejaron a la antigua Alemania Occidental durante la década de 1990, creó mucho resentimiento ante la necesidad de «salvar» el este. Lo que el literato Günter Grass describió como el «muro mental» dividió ambos países durante largo tiempo. Aunque se lograron grandes avances en cuanto a la integración de las elecciones y las burocracias de ambos estados alemanes, la unidad económica y cultural resultó mucho más difícil de conseguir.

La adaptación al cambio resultó compleja en toda Europa del Este. Los intentos por crear economías de mercado libre generaron inflación, desempleo y (tras ellos) manifestaciones anticapitalistas. La ineficacia de las industrias, la resistencia a cambiar de la mano de obra, las crisis energéticas, la falta de capital-riesgo y un medioambiente muy contaminado se unieron para impedir el progreso y desvanecer las esperanzas. Los levantamientos en Bulgaria y Albania a comienzos de 1997 estuvieron alentados por la incapacidad de sus gobiernos para resolver problemas económicos y sociales básicos. Además, los conflictos raciales y étnicos siguieron fragmentando las democracias recién liberadas y, con ello, recuperaron las divisiones que desencadenaron la Primera Guerra Mundial y que han acosado a Europa del Este durante toda su historia. Las minorías emprendieron campañas para lograr derechos de autonomía y una separación absoluta que a menudo derivaron en violencia.

La «revolución de terciopelo» de Checoslovaquia acabó en «divorcio de terciopelo» cuando Eslovaquia se declaró independiente de los checos, forzó la dimisión de Havel y frenó las prometedoras reformas culturales y económicas iniciadas en 1989. Polonia disfrutó de un ascenso económico en la década de 1990, después de muchos años de privaciones, pero la transformación le sigue resultando

tortuosa a la mayor parte de la Europa del Este restante. Estas contrariedades han ido acompañadas de la reactivación de tensiones étnicas suprimidas antaño por los centralizados gobiernos comunistas. En toda Europa del Este se ha practicado la violencia contra inmigrantes no europeos como gitanos (*romani*) en la República Checa y Hungría, y contra la etnia húngara en Rumania.

El ejemplo más extremo de estos conflictos llegó con el desplome de Yugoslavia. Tras el fallecimiento de Tito en 1980, el gobierno que había mantenido unido el federalista mosaico étnico de Yugoslavia se desintegró. Las décadas de 1960 y 1970 depararon un crecimiento económico desigual que benefició sobre todo a la capital, Belgrado, y a las provincias de Croacia y Eslovenia, pero las zonas con industria pesada en Serbia, Bosnia-Herzegovina y el minúsculo distrito de Kosovo empezaron a quedarse muy rezagadas. Un grupo de políticos serbios, entre los que destacó Slobodan Milosević, empezó a reconducir la frustración de los serbios ante los apuros económicos hacia cuestiones relacionadas con el orgullo nacional y la soberanía.

El nacionalismo, en especial el serbio y el croata, llevaban mucho tiempo acosando al firme sistema federalista de Yugoslavia. Ese sentimiento estaba muy arraigado entre los serbios. Los mitos nacionales serbios se remontaban a la Edad Media y el país también tiene tradiciones más recientes de separatismo político basado en argumentos étnicos. Milosević y los nacionalistas serbios reunidos en su derredor encendieron esas mechas políticas de tal modo que prendieron en los miedos y frustraciones del momento. Pero lo más importante para Milosević fue que aquello lo catapultó a posiciones cruciales de autoridad. En esos puestos, ofendió a los representantes de las repúblicas no serbias. Inspirados en las transformaciones pacíficas de 1989, los representantes de la pequeña provincia de Eslovenia declararon que se les había negado una representatividad adecuada y el apoyo económico dentro de la república. En 1991, en medio de una oleada de nacionalismo y reforma, los eslovenos se escindieron de Yugoslavia. Tras un breve intento por mantener cohesionada la unión por la fuerza, el gobierno yugoslavo cedió y consintió la declaración de independencia de Eslovenia. Los nacionalistas étnicos de otras repúblicas siguieron el ejemplo. Había comenzado un proceso mucho más profundo y sangriento de desintegración.

La extensa república de Croacia, otrora parte del imperio habsburgués y por poco tiempo estado independiente aliado con los nazis durante la Segunda Guerra Mundial, adujo injusticias por parte de funcionarios serbios en el gobierno yugoslavo, y declaró su independencia como estado capitalista libre. Entre las fuerzas federales yugoslavas y las milicias bien armadas de la independizada Croacia estalló una guerra que acabó con el arbitrio de las Naciones Unidas. La naturaleza religiosa del conflicto (entre croatas católicos y serbios ortodoxos) y el legado bélico de la Segunda Guerra Mundial generó violencia en ambos bandos. Ciudades y pueblos donde serbios y

croatas habían vivido juntos desde los años cuarenta quedaron destrozados cuando cada grupo étnico acorraló y masacró a miembros del otro.

La siguiente disputa se produjo en el mismo lugar donde en 1914 se había librado una guerra mucho mayor: la provincia de Bosnia-Herzegovina. Bosnia era la república yugoslava con más diversidad étnica. Su capital, Sarajevo, alojaba varios grupos étnicos amplios y a menudo había sido elogiada como ejemplo de coexistencia pacífica. Cuando Bosnia se sumó a la sucesión de escisiones de Yugoslavia en 1992, la coexistencia étnica desapareció. Bosnia comenzó la guerra sin un ejército formal: bandas armadas equipadas por los gobiernos de la Yugoslavia serbia, Croacia y Bosnia lucharon entre sí por todo el país recién creado. Los serbios y croatas, ambos hostiles a los bosnios musulmanes, estaban muy bien pertrechados y organizados. Bombardearon con obuses y proyectiles ciudades y pueblos, quemaron casas con familias dentro, encerraron a hombres musulmanes en campos de confinamiento y los mataron de hambre, y violaron a miles de mujeres bosnias. Todos los bandos cometieron atrocidades, pero los serbios orquestaron y llevaron a cabo los peores crímenes. Entre ellos lo que más tarde se denominó «limpieza étnica», que incluyó el envío de tropas irregulares a ejecutar campañas de asesinato y terror por los territorios musulmanes y croatas con la finalidad de incitar la huida de la región de poblaciones mucho más amplias. Durante los primeros dieciocho meses de conflicto murieron cien mil personas, de las cuales ochenta mil eran civiles, en su mayoría, musulmanes bosnios. Aunque aquellas maniobras horrorizaron a los gobiernos occidentales, éstos temían que su intervención sólo condujera a otra Guerra de Vietnam o de Afganistán sin la resolución definitiva de la espantosa matanza étnica. Las fuerzas externas, en su mayor parte tropas europeas de los «cascos azules» de la ONU, se concentraron en la aportación de ayuda humanitaria, en separar a los combatientes y en crear «zonas seguras» para las etnias perseguidas de todos los bandos.

La crisis alcanzó un punto crítico en el otoño de 1995. Sarajevo llevaba sitiada tres años, pero una serie de ataques de mortero en mercados públicos en Sarajevo volvieron a causar la indignación de Occidente y animaron a actuar a Estados Unidos. Las fuerzas croatas y el ejército serbio ya habían dado un giro completo a la guerra en contra de las milicias serbias y ahora contaban con el respaldo de una oleada continua de ataques aéreos estadounidenses. El bombardeo americano unido a la ofensiva bosniocroata obligó a negociar a los serbobosnios. Tropas francesas de élite apoyadas por artillería británica rompieron el cerco de Sarajevo. Las conversaciones de paz tuvieron lugar en Dayton, Ohio. El acuerdo dividió Bosnia de manera que la mayoría del territorio quedó en manos de musulmanes y croatas, y una pequeña «República Serbia» autónoma ocupó zonas que incluyeron territorios que habían sufrido la «limpieza étnica» en 1992. La estabilidad se restableció, pero tres años de guerra

habían asesinado a más de doscientas mil personas.

El legado de Bosnia volvió a estallar en conflicto en Kosovo, tierra natal de los cristianos ortodoxos serbios durante el medievo y ahora ocupada por una población ampliamente albanomusulmana. Milosević acusó a los albaneses de urdir su escisión y de rechazar la presencia serbia en Kosovo. En nombre de una «Gran Serbia», los soldados serbios se enfrentaron a los separatistas albaneses congregados bajo el estandarte de la «Gran Albania», y ambos bandos recurrieron a tácticas terroristas. En los países occidentales creció la preocupación ante el temor de que la disputa se extendiera al estratégico país de Macedonia, también aquejado de divisiones étnicas, y provocara un conflicto global en los Balcanes. Pero la opinión política occidental volvió a indignarse cuando las fuerzas serbias usaron en Kosovo muchas de las tácticas homicidas empleadas con anterioridad en Bosnia. Las potencias de la OTAN respaldaron conversaciones entre el gobierno de Milosević y los rebeldes albaneses, pero a comienzos de 1999 se malograron. Este fracaso fue seguido por una nueva oleada de bombardeos dirigidos por Estados Unidos contra la propia Serbia, al igual que contra las fuerzas serbias en Kosovo. Entonces, otra oleada de limpieza étnica expulsó de sus casas a cientos de miles de albaneses. Como Estados Unidos y sus aliados europeos querían evitar un enfrentamiento armado sobre el terreno en el montañoso e implacable territorio del sur de los Balcanes, se concentraron en ataques estratégicos a puentes, centrales eléctricas, fábricas y bases militares serbias. El gobierno ruso, molesto por aquel ataque unilateral a sus hermanos eslavos, desempeñó, sin embargo, un papel crucial en la negociación de un alto el fuego. Milosević se vio obligado a retirarse de Kosovo para dejarlo en manos de otra fuerza armada de pacificación de la OTAN.

Al final, aquella Yugoslavia de predominio serbio y desgastada por diez años de guerra y sanciones económicas se volvió contra el régimen de Milosević. Las guerras y la corrupción habían destruido sus credenciales como nacionalista y populista. Tras intentar negar los resultados de unas elecciones democráticas celebradas en 2000, su gobierno cayó ante las protestas populares.

A medida que adquirimos perspectivas del siglo xx se aprecia con claridad que las guerras yugoslavas de la década de 1990 no fueron casos aislados de violencia «balcánica». Los problemas de la zona guardan una relación profunda con Occidente. Los Balcanes constituyen una de las fronteras de Occidente, donde culturas influidas por el catolicismo romano, la ortodoxia oriental y el islam confluyen, se superponen y compiten por conseguir supremacía política e influencia. Desde el siglo xix, esta región de una diversidad religiosa, cultural y étnica enorme se ha enfrentado a las implicaciones del nacionalismo. Ya hemos visto cómo se resolvieron en Europa central los conflictos por la creación de nuevos estados nacionales, trazados en su mayoría sobre posiciones étnicas, con muchos ejemplos de terrible violencia. Las

guerras yugoslavas encajan dentro de los mismos patrones.

Conclusión

Las revoluciones acaecidas en Europa del Este en 1989 y el consiguiente derrumbamiento de la Unión Soviética supusieron un momento crítico transformador. Al igual que la Revolución francesa de 1789, no sólo tumbaron un régimen, sino todo un imperio. Como la Revolución francesa, conllevaron violencia. Y, como ella, también tuvieron consecuencias internacionales decisivas. Estas revoluciones y la caída de la Unión Soviética marcaron el fin de la Guerra Fría, la cual había estructurado la política internacional y condicionado la vida cotidiana de millones de personas desde el fin de la Segunda Guerra Mundial. En el último capítulo de este libro veremos de qué modo la Guerra Fría dio paso a relaciones globales más complejas.

Bibliografía seleccionada

- ASH, Timothy Garton, *Historia del presente: ensayos, retratos y crónicas de la Europa de los 90*, Barcelona, Tusquets, 2000.
- BERMEJO GARCÍA, Romualdo, y Cesáreo GUTIÉRREZ ESPADA, *La disolución de Yugoslavia*, Barañáin, EUNSA, 2007.
- BONAMUSA, Francesc, *Pueblos y naciones en los Balcanes: siglos XIX y XX. Entre la Media Luna y la Estrella Roja*, Madrid, Síntesis, 1998.
- BREMER, Juan José, *El fin de la Guerra Fría y el salvaje mundo nuevo*, Madrid, Taurus, 2007.
- CANTOR, Norman, *La era de la protesta: oposición y rebeldía en el siglo XX*, Madrid, Alianza, 1973.
- DOBSON, Andrew, *Pensamiento político verde: una nueva ideología para el siglo XXI*, Barcelona, Paidós, 1997.
- ELEY, Geoff, *Historia de la izquierda en Europa, 1850-2000*, Barcelona, Crítica, 2006.
- ENGELHARDT, Tom, *El fin de la cultura de la victoria: Estados Unidos, la Guerra Fría y el desencanto de una generación*, Barcelona, Paidós, 1997.
- GARCÍA DE CORTÁZAR, Fernando, y José María LORENZO ESPINOSA, *Historia del mundo actual: 1945-1995*, Madrid, Alianza, 1996.
- GIDDENS, Anthony, *La transformación de la intimidad: sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*, Madrid, Cátedra, 1998.

- GRACHOV, Andréi, *Mijaíl Gorbachov: la tierra y el destino*, Madrid, ABC, 2005.
- KAPLAN, Robert, *Fantasmas balcánicos: viaje a los orígenes del conflicto de Bosnia y Kosovo*, Barcelona, Ediciones B, 2005.
- KURLANSKY, Mark, *1968: el año que conmocionó al mundo*, Barcelona, Destino, 2005.
- MARTÍN DE LA GUARDIA, Ricardo, y Guillermo PÉREZ SÁNCHEZ, *La Europa balcánica: Yugoslavia, desde la Segunda Guerra Mundial hasta nuestros días*, Madrid, Síntesis, 1997.
- , *La Europa del Este: del telón de acero a la integración en la Unión Europea*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2002.
- MILES, Barry, *Hippie*, Barcelona, Global Rhythm Press, 2006.
- PATULA, Jan, *Europa del Este: del estalinismo a la democracia*, México, Siglo XXI, 1993.
- PÉREZ SÁNCHEZ, Guillermo, *Crisis, revolución y transición en la Europa del Este*, Barcelona, Ariel, 1999.
- SCHELL, Jonathan, *En primera línea: crónicas de la Guerra de Vietnam*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2006.
- TAIBO, Carlos, *El conflicto de Chechenia*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2004.
- , *La desintegración de Yugoslavia*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2000.
- , *La explosión soviética*, Madrid, Espasa, 2000.
- TELTSCHIK, Horst, *329 días: desde la caída del muro hasta la reunificación alemana*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 1994.
- TERTSCH, Hermann, *La venganza de la historia*, Madrid, El País/Aguilar, 1999.
- VEIGA, Francisco, *La trampa balcánica: una crisis europea de fin de siglo*, Barcelona, Grijalbo, 1995.

CAPÍTULO 29

Un mundo sin muros: la globalización y Occidente

En el siglo XXI el mundo ha vuelto a adentrarse en un período en el que supuestos básicos sobre el papel de los estados-nación, los fundamentos de la prosperidad y las fronteras entre culturas están cambiando con rapidez. Decimos que «ha vuelto» porque, como ya se ha visto, en varios períodos distintos de la historia, la cultura occidental se ha visto invadida por un sentimiento desconcertante de cambio sísmico y apenas comprensible. La revolución industrial del siglo XIX fue un ejemplo y, del mismo modo que *revolución industrial*, un término acuñado a comienzos del siglo XIX, pareció captar la percepción de cambio que notaron los contemporáneos en su propio tiempo, el término *globalización* parece captar la nuestra.

Sabemos por intuición que *globalización* significa Internet, protestas contra la OMC, la externalización de obras y servicios, la Wal-Mart de México, la demolición del Muro de Berlín. Todas ellas constituyen potentes imágenes de grandes novedades enormemente significativas. Internet representa la pasmosa transformación de la comunicación mundial, los medios y las formas de conocimiento. El Muro de Berlín simbolizó en otros tiempos un mundo dividido por la Guerra Fría; su caída señaló una remodelación espectacular de las relaciones internacionales, el fin de la batalla ideológica contra el comunismo, la creación de alianzas, mercados y comunidades nuevos. El ataque contra el World Trade Center en 2001 también dotó el término *globalización* de un significado distinto y aterrador. Destruyó el sentimiento de relativo aislamiento y seguridad que abrigaban muchos estadounidenses. *Globalización*, por tanto, evoca nuevas posibilidades, pero también nuevas debilidades.

Pero ¿qué significa el término exactamente? ¿Qué produce o conduce la globalización y qué efectos tiene? ¿Se trata de algo nuevo? Para empezar con algo simple, la *globalización* significa «integración». Es el proceso que crea un número creciente de redes (políticas, sociales, económicas y culturales) que atraviesan el planeta. Las nuevas tecnologías, los nuevos imperativos económicos y modificaciones legislativas se han unido para agilizar el intercambio mundial y, por la misma regla de tres, intensificar las relaciones económicas, sociales y culturales. La información, las ideas, las mercancías y la gente se desplazan ahora con rapidez y

facilidad más allá de las fronteras nacionales. Pero *globalización* no sólo es sinónimo de «internacionalización», y la diferencia es importante. Las relaciones internacionales se establecían entre estados-nación, mientras que el intercambio global puede ser bastante independiente del control nacional: el intercambio comercial, político y cultural actual suele producirse «por debajo del radar del estado-nación», en palabras de un historiador.

La globalización ha alterado de manera radical la distribución de la industria y las pautas comerciales en todo el mundo a medida que los países asiáticos, sobre todo, emergen como gigantes industriales y las potencias europeas se vuelven cada vez más dependientes de los recursos energéticos procedentes de antiguas colonias. La globalización ha impuesto la reorganización de las empresas económicas, desde la banca y el comercio hasta la industria. Instituciones económicas supranacionales como el Fondo Monetario Internacional constituyen ejemplos de globalización y también trabajan para acelerar su ritmo. Asimismo, el Tribunal Penal Internacional representa una pauta legal importante: la globalización del poder judicial. Formas nuevas, rápidas y sorprendentemente directas de comunicación de masas (*blogs*, campañas políticas a través de Internet, etcétera) han engendrado nuevas variantes políticas cuyos efectos a largo plazo resultan difíciles de predecir. Las campañas internacionales por los derechos humanos, por ejemplo, le deben mucho a las comunicaciones globales y a las comunidades que ellas crean. Pero tal vez lo más interesante estribe en que la soberanía de los estados-nación y las nítidas fronteras de las comunidades nacionales parecen desdibujarse con muchas de las tendencias globalizadoras.

Aunque *globalización* significa «integración», no siempre genera paz, igualdad u homogeneidad. Sus efectos son difíciles de prever. A comienzos de la década de 1900 muchos europeos tenían la firme convicción de que en el mundo reinaría la armonía, al menos en la parte de él sometida al dominio de los imperios occidentales, que se exportaría la cultura occidental, que los valores occidentales se volverían universales, etcétera. La historia se resistió a cumplir aquellas expectativas. El término *globalización* puede resultar engañoso porque sugiere la idea de un proceso uniforme, nivelador, que opera de forma semejante en todas partes. Pero la globalización tiene efectos muy distintos y dispares, efectos forjados por tremendas asimetrías de poder y riqueza entre naciones y regiones, y en las últimas décadas la desigualdad ha aumentado en el mundo. Los procesos globales se topan con obstáculos y resistencias; dividen igual que unen. En el ámbito del contacto humano diario, la globalización ha acelerado nuevas variantes de fusión cultural, pero también ha generado una reacción violenta contra esa fusión. La embriagadora palabra *global* puede distorsionar el análisis o llevarnos en una dirección errónea. Tal como sostiene un historiador, aunque es fundamental que pensemos fuera de «contenedores

nacionales o continentales», sería engañoso creer «que no existe ningún contenedor en absoluto aparte del propio planeta en sí». Por último, la globalización no es nueva, sino que se encuentra en una nueva etapa. Como hemos visto, los imperios, la religión y las relaciones comerciales privadas o entre naciones tuvieron impulsos y efectos globalizadores. La Compañía de las Indias Orientales, por citar un ejemplo, constituyó ciertamente una empresa global; sus diferencias con Microsoft plantean un interrogante fascinante. Los historiadores sólo acaban de empezar a escribir esos hechos.

En este capítulo, por tanto, exploramos tres cuestiones cruciales para los primeros intentos por entender la globalización, sobre todo en relación con el mundo posterior a la Guerra Fría del siglo XXI. El primer tema se centra en la serie de cambios globales que han acelerado la libre circulación de dinero, personas, productos e ideas. La segunda cuestión consiste en lo que se ha dado en llamar la política «poscolonial» (las diversas trayectorias que determinan la situación actual en las antiguas colonias). Por último, ahondaremos en el papel complejo y esencial de la política de Oriente Medio en los asuntos globales actuales. En todo momento aspiraremos a señalar la relación existente entre los cambios recientes y cuestiones históricas conocidas y que ya examinamos en otros contextos.

¿Modernidad líquida? El flujo de dinero, ideas y personas

Un aspecto clave de la globalización ha radicado en la transformación de la economía mundial, acentuada por la rápida integración de mercados desde 1970. Una serie de cambios históricos anuló los acuerdos internacionales que habían regido el desplazamiento de personas, mercancías y dinero desde la Segunda Guerra Mundial. Para empezar, los acuerdos económicos de posguerra aprobados en Bretton Woods (véase el capítulo 27) se fueron erosionando de manera gradual a finales de la década de 1960, cuando los países industriales occidentales se enfrentaron al doble problema de la inflación y el estancamiento económico. En 1971 se produjo un cambio esencial en la política monetaria cuando Estados Unidos abandonó el patrón oro de posguerra y permitió que el dólar (piedra angular del sistema) fluctuara con libertad. Como consecuencia de todo esto se desvanecieron regulaciones formales relacionadas con la moneda, la banca internacional y préstamos entre estados. Fueron sustituidas por una red informal de acuerdos convenidos de forma autónoma por grandes prestamistas privados, sus amigos políticos en los principales países occidentales y agencias financieras independientes como el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial. Los economistas y administradores que dominaban estas redes nuevas se apartaron de las políticas intervencionistas que determinaron la

planificación y la recuperación de posguerra. En su lugar, recurrieron a una amplia variedad de modelos regidos por el mercado y apodados «neoliberalismo». Con una variante de la economía liberal clásica, los economistas neoliberales acentuaron el valor de los mercados libres, los incentivos para obtener beneficio y fuertes restricciones tanto a los déficits presupuestarios como a los programas de bienestar social, ya estuvieran gestionados por gobiernos o por empresas. Los sistemas de préstamos que defendieron arrojaron resultados diversos, de forma que en algunos casos financiaron un crecimiento vertiginoso y, en otros, conllevaron impagos catastróficos. El desarrollo industrial en la economía globalizada ha causado yuxtaposiciones dispares de desarrollo y deterioro en continentes enteros e incluso dentro de ciudades aisladas, un fenómeno descrito como un «tablero de ajedrez de la pobreza y la opulencia».

Al mismo tiempo, las economías locales, nacionales y regionales mundiales establecieron conexiones e interdependencias mucho mayores. Se produjo un florecimiento de las exportaciones y, con los avances tecnológicos de las décadas de 1960 y 1980, cada vez incluyeron una proporción mayor de productos de alta tecnología. El estallido del comercio de las exportaciones estuvo ligado a modificaciones importantes en la división del trabajo en todo el planeta. En el mundo poscolonial aparecieron más trabajos industriales, no sólo en los «tigres» de Asia, sino también en la India, América Latina y otros lugares. Aunque esos puestos manuales fijos y especializados empezaban a desaparecer de los países occidentales (a menudo sustituidos por un trabajo peor pagado de baja categoría), el empleo en el sector financiero y el sector servicios se disparó. El intercambio y el uso de mercancías se volvieron mucho más complejos. Los productos se diseñaban en empresas de un país, se fabricaban en otro y establecían un intercambio cultural más amplio. En conjunto, estas alteraciones económicas tuvieron efectos políticos profundos que forzaron dolorosos debates sobre la naturaleza de la ciudadanía y el derecho dentro de las fronteras nacionales, sobre el poder y las responsabilidades de las empresas transnacionales y sobre el coste humano y medioambiental del capitalismo global.

Otro cambio esencial guardó relación no ya con la difusión global de la información, sino también con la relevancia comercial y cultural de la información en sí. Los sistemas y dispositivos electrónicos diseñados para crear, almacenar y compartir información se multiplicaron, con lo que adquirieron un poder y una accesibilidad asombrosos, aunque ninguno tuvo un impacto más profundo en la vida cotidiana de la gente de todo el orbe como el ordenador personal. A comienzos de la década de 1990 la sofisticación de los ordenadores permitió una comunicación inmediata entre continentes, no sólo a través de medios nuevos, sino también en marcos políticos y culturales nuevos. La comunicación electrónica a través de

Internet atribuyó un significado firme al término *aldea global*. La revolución de Internet compartió características con revoluciones previas en el ámbito de la imprenta: empresarios con ambiciones utópicas; una fascinación por la publicación fácil e informal de material políticamente escandaloso y culturalmente ilícito; nuevos marcos sociales accesibles a grupos específicos, y esfuerzos entusiastas de intereses corporativos grandes y sólidos para aprovechar canales culturales y comerciales nuevos.

Por muy común que parezca su uso, Internet y tecnologías similares han tenido efectos muy diversos en las pugnas políticas de todo el planeta. Minorías étnicas acosadas se han hecho oír a través de campañas en páginas de la Red. La televisión vía satélite probablemente aceleró la sucesión de las revueltas populares en Europa del Este en 1989. Aquel mismo año, los faxes informaron a los manifestantes chinos de la plaza de Tiananmen sobre apoyos internacionales a sus esfuerzos. Mientras, el desarrollo de las tecnologías electrónicas brindó nuevas plataformas mundiales para intereses comerciales. Compañías como Sony, RCA y otras crearon contenidos de ocio, entre ellos música, películas de cine y espectáculos televisivos, así como los equipos electrónicos necesarios para ejecutar esos contenidos. La empresa Microsoft de Bill Gates se erigió en el mayor productor mundial de programas informáticos, con un margen de beneficios superior al producto interior bruto de España. En cuanto a producción, mercadotecnia y gestión, las industrias de la información son globales y se encuentran diseminadas por Estados Unidos, la India, Europa occidental y regiones del mundo en desarrollo. Pero suelen tener sede en Occidente y apoyar políticas neoliberales. Grupos empresariales internacionales de comunicación, información y entretenimiento dirigidos por el australiano Rupert Murdoch, o por Time Warner, por ejemplo, están firmemente vinculados a instituciones y concepciones del mundo occidentales, con lo que cada vez se apartan más de las empresas públicas y ofrecen espacios locales con una versión especial del mercado libre.

Al igual que el tráfico fluido de dinero, mercancías e ideas, la libre circulación del trabajo se ha convertido en un aspecto central de la globalización. Desde 1945, la migración generalizada de personas, sobre todo entre las antiguas colonias y sus potencias imperiales, ha modificado la vida cotidiana en todo el mundo. Grupos de trabajadores inmigrantes han cubierto los escalafones más bajos de las economías florecientes no sólo en Europa, sino también en los estados árabes ricos en petróleo que atrajeron mano de obra asiática y filipina, y en Estados Unidos, donde flujos migratorios tanto permanentes como temporales procedentes de México y otros países de América Latina se han desplazado por todo el continente. Esta fusión de pueblos y culturas ha producido originales encuentros multiculturales que incluyen mezclas impresionantes de música, gastronomía, lengua y otras formas culturales y

sociales populares. Pero también ha creado tensiones en relación con la definición de ciudadanía y de las fronteras de comunidades políticas y culturales (temas ya familiares de la historia moderna). Como resultado de ellas, en los países y regiones de acogida han surgido violentas reacciones xenófobas, intolerancia y extremismos políticos, aunque también han aparecido concepciones nuevas sobre los derechos civiles y la identidad cultural.

Como se ha indicado antes, existen grandes divisiones entre los jugadores mundiales con más éxito y los países y culturas más pobres, desaventajados y, en ocasiones, cercados. Pero, en un sector concreto de la producción, las regiones poscoloniales más pobres han logrado responder a un mercado con un rendimiento regular e inmenso en el oeste. La producción ilegal de drogas como el opio, la heroína o la cocaína constituye un sector próspero en países como Colombia, Myanmar (antigua Birmania) y Malasia. Aunque la comercialización de estas sustancias está prohibida, las frágiles economías de los países que las producen han animado a los poderes públicos y privados a hacer la vista gorda ante su producción, o incluso a intervenir para sacar provecho de ellas. Otras formas semejantes de comercio ilegal también se han desarrollado mucho más allá de la antigua etiqueta del «crimen organizado» en cuanto a estructura e importancia política. El tráfico ilegal de inmigrantes, la gestión de transacciones financieras corruptas, el comercio con sustancias animales ilícitas o con diamantes «de sangre» extraídos de diversas guerras civiles poscoloniales brutales, todo ello es indicativo de esta tendencia. Las organizaciones que hay detrás de este comercio delictivo surgieron de la violencia política y el derrumbe económico de estados poscoloniales débiles, o del tráfico humano y comercial entre estas partes del mundo y las principales potencias económicas occidentales. Esas organizaciones han explotado los resquicios, lagunas y posibilidades sin supervisión que existen en el sistema menos reglado del mercado global y han esculpido centros de poder que no están directamente sujetos a las leyes de ningún estado concreto.

DEMOGRAFÍA Y SALUD MUNDIAL

Los avances de la globalización guardan complejas relaciones con la evolución del tamaño y la salud de la población mundial. Entre 1800 y mediados del siglo xx, la población mundial casi se triplicó y pasó de 1.000 a 3.000 millones de personas. Sin embargo, entre 1960 y 2000, la población volvió a doblarse y ascendió a 6.000 millones o más. Mejoras desorganizadas pero inmensas en pautas sanitarias básicas, sobre todo para niños pequeños y parturientas, contribuyeron al crecimiento, del mismo modo que los esfuerzos localizados para mejorar el medioambiente urbano-

industrial en regiones poscoloniales. Por ejemplo, en algunas zonas de África oriental y meridional, el sur y el sudeste asiático y algunas ciudades de América Latina se lograron mejoras enormes. El conjunto de la población asiática se ha multiplicado por cuatro desde 1900 hasta sumar casi dos tercios de la población mundial actual. Este crecimiento ha forzado un subdesarrollo en servicios sociales, asistencia sanitaria pública e infraestructuras urbanas, lo que aumenta las posibilidades de enfermedades epidémicas y de estallidos de violencia étnica e ideológica alimentados por la pobreza y la confusión.

Una clase distinta de crisis demográfica acosa a partes de Occidente donde el descenso constante de la población debilita los sistemas públicos de seguridad social. Una esperanza de vida más larga, programas más amplios de sanidad pública, el aumento del gasto en sanidad y oportunidades más sencillas y de más aceptación social para el divorcio han contribuido al desafío, pero el factor más decisivo ha consistido en la disponibilidad de métodos fiables para el control de la natalidad y la nueva capacidad para elegir en cuanto a planificación familiar. Mientras Estados Unidos y Gran Bretaña han mantenido poblaciones estables o han registrado un ligero crecimiento gracias a la inmigración, otros escenarios, como Italia y Escandinavia, se han enfrentado a fuertes descensos en la tasa de natalidad que han supuesto la disminución de la población. Durante la década de 1990, Rusia también experimentó un vuelco repentino y potencialmente desastroso en esta dirección, estimulado por la pobreza de la era postsoviética, la emigración y el desorden. El descenso en las tasas de natalidad ha ido acompañado del aumento de la población mayor cuya salud y vitalidad fueron consecuencia de décadas de prácticas médicas mejoradas y programas legales estatales. La solvencia de estos programas a largo plazo plantea decisiones difíciles, sobre todo para países europeos donde se lucha por equilibrar las garantías sociales del estado de bienestar con las realidades fiscales y políticas.

La globalización también ha transformado el terreno de la salud y la medicina pública generando amenazas peligrosas al tiempo que tratamientos prometedores. Por lo común, la mejora y la ampliación de la atención sanitaria ha acompañado a otros tipos de prosperidad y, por tanto, ha resultado más accesible en Occidente. En África, América Latina y otros lugares, el caos político, los desequilibrios comerciales y las prácticas de algunas empresas farmacéuticas grandes a menudo han dado como resultado escasez de medicinas y una infraestructura médica raquítica, lo que dificulta la contención de nuevas oleadas de enfermedades mortales. De hecho, el riesgo mundial a la exposición a enfermedades epidémicas constituye una realidad nueva de la globalización (producto de un aumento de la interacción cultural, la exposición a ecosistemas nuevos para el desarrollo humano y la velocidad de los transportes intercontinentales). En la década de 1970 la aceleración de los viajes aéreos infundió temores de que una epidemia saltara por todo el planeta mucho más deprisa que las

pandemias de la Edad Media. Esos miedos se vieron confirmados por la propagación mundial del virus de inmunodeficiencia humana (VIH), cuya fase final conduce al síndrome de inmunodeficiencia adquirida (sida), aparecido por primera vez a finales de la década de 1970. Cuando el VIH-sida se convirtió en un problema médico mundial (sobre todo en África, donde la enfermedad experimentó una propagación catastrófica), las organizaciones internacionales reconocieron la necesidad de dar una respuesta anticipada, rápida y completa a futuros brotes de enfermedades, tal como evidenció la lograda contención mundial del síndrome respiratorio agudo severo (SARS) en 2003.

Mientras, la labor de empresas multinacionales de investigación médica siguió ampliando las posibilidades de prevención y tratamiento de enfermedades. Una de las herramientas más poderosas de este cometido radica en la ingeniería genética, surgida a partir del excepcional descubrimiento del ADN en la década de 1950. En los años noventa, varios laboratorios se entregaron a la investigación médica más ambiciosa llevada a cabo jamás: la secuenciación del genoma humano, es decir, la elaboración del plano íntegro de la arquitectura de cromosomas y genes contenidos en el ADN humano. A través de este proceso y junto a él, la ingeniería genética desarrolló métodos para alterar la biología de los seres vivos. Parejas con problemas de fertilidad, por ejemplo, pudieron concebir ahora mediante procedimientos médicos *in vitro*. La ingeniería genética desarrolló (y patentó) variedades de ratones y otros animales de laboratorio portadoras de marcadores químicos, células y hasta órganos de otras especies. En 1997, estudiosos británicos lograron producir un clon (una reproducción genética exacta) de una oveja. El estudio del genoma también amplió y tornó más profundo el conocimiento médico de «defectos» y desviaciones biológicas de las normas genéticas del desarrollo humano. Como forma nueva de conocimiento en una era de conexión global, la ingeniería genética cruzó las barreras legales y morales de las sociedades humanas. La cuestión de quién gestionará esos progresos (naciones, organismos internacionales, o comunidades culturales y religiosas locales) quedó abierta a un arduo debate. Lo mismo ocurrió con argumentos recientes sobre dónde trazar la línea divisoria entre la intervención para salvar una vida y las preferencias culturales, entre el agente individual y el determinismo biológico. Al igual que otros estudios científicos relacionados con la humanidad, la genética planteó cuestiones fundamentales relacionadas con la ética, la ciudadanía y la medida de la humanidad.

Después del imperio: políticas poscoloniales en la era global

Incluso después de la desaparición de la rivalidad entre las superpotencias durante la

Guerra Fría, otro legado de la época de posguerra condicionó las relaciones internacionales del siglo XXI. Las llamadas relaciones poscoloniales entre las antiguas colonias y las potencias occidentales surgieron a partir de las luchas por la descolonización detalladas en el capítulo 27. Las antiguas colonias, al igual que otros países sometidos al dominio político y económico de las potencias imperiales, consiguieron una independencia, al menos formal, junto con otras clases de autoridad cultural y política. Sin embargo, en otros aspectos, muy pocas cosas cambiaron para la gente de las viejas colonias. El mismo término *poscolonial* subraya el hecho de que la herencia del colonialismo perduró aun después de la independencia. Dentro de esas regiones, las comunidades políticas nuevas y viejas controlaron el legado del imperio y el futuro poscolonial de varias maneras diversas. En algunos casos, los antiguos colonizadores o sus aliados locales conservaron tanto poder que la independencia formal significó, en realidad, muy poco. En otros, sangrientas luchas por la independencia envenenaron la cultura política. La aparición de estados nuevos y nuevas formas políticas vino impulsada en ocasiones por objetivos económicos, otras veces por el resurgimiento de identidades culturales previas a la colonización y, otras, por conflictos étnicos. Los resultados variaron desde éxitos industriales vertiginosos hasta masacres étnicas, desde una democratización hasta la aparición de nuevos modelos locales de absolutismo. Durante la Guerra Fría, estas regiones poscoloniales fueron con frecuencia la cancha en la que se libró la pugna entre superpotencias. El patrocinio de las superpotencias los benefició pero también los convirtió en el campo de batalla de guerras de poder financiadas por Occidente durante la lucha contra el comunismo. Sus trayectorias diversas desde 1989 indican el complejo legado del pasado imperial en el mundo globalizado que siguió a la Guerra Fría.

EMANCIPACIÓN Y CONFLICTO ÉTNICO EN ÁFRICA

Los legados del colonialismo pesaron mucho en el África subsahariana. La mayoría de las antiguas colonias del continente consiguieron la independencia después de la Segunda Guerra Mundial cuando las infraestructuras básicas acumulaban décadas de deterioro debido a la negligencia imperial. Los largos años de Guerra Fría conllevaron escasas mejoras porque los gobiernos de todo el continente estaban plagados de corrupciones tanto internas como impuestas desde el exterior, miseria y guerras civiles. En el África subsahariana, empezaron a aparecer dos tendencias distintas alrededor de 1989, cada una de ellas determinada por la confluencia del fin de la Guerra Fría y unas condiciones locales inestables.

La primera tendencia se puede contemplar en Sudáfrica, donde la política había girado durante décadas alrededor de políticas raciales brutales de *apartheid* apoyadas

por un gobierno minoritario blanco. El detractor más destacado del *apartheid*, Nelson Mandela, que dirigió el Congreso Nacional Africano (ANC, del inglés African National Congress), llevaba encarcelado desde 1962. La represión intensa y el conflicto violento continuaron hasta los años ochenta y llegaron a un peligroso callejón sin salida a finales de esa década. Entonces, el gobierno sudafricano optó por recurrir a una táctica audaz: a comienzos de 1990 liberó a Mandela. Éste volvió a asumir el liderazgo del ANC y guió al partido hacia la reanudación de las manifestaciones públicas unida a planes de negociación. La política dentro del régimen blanco dominado por los afrikáneres también cambió cuando F. W. de Klerk sucedió como primer ministro al reaccionario P. W. Botha. De Klerk, un pragmático que tenía miedo de una guerra civil y del derrumbamiento nacional por el *apartheid*, formó un buen tándem con Mandela. En marzo de 1992 ambos entablaron conversaciones directas para instaurar un gobierno mayoritario. A ellas les siguieron reformas legales y constitucionales y, en mayo de 1994, durante unas elecciones en las que participó toda la población sudafricana, Nelson Mandela salió elegido como primer presidente negro del país. Aunque muchas de sus iniciativas de gobierno para reformar la vivienda, la economía y la sanidad pública fracasaron, Mandela atenuó el clima de la violencia racial organizada. También adquirió y mantuvo una gran popularidad personal entre sudafricanos blancos y negros por igual como símbolo vivo de una cultura política nueva. La popularidad de Mandela se propagó por el extranjero, tanto dentro del África subsahariana como en todo el resto de mundo. En cierta cantidad de estados poscoloniales más pequeños, como Benín, Malawi y Mozambique, el inicio de la década de 1990 deparó reformas políticas que terminaron con el mandato de un partido o un dirigente único en beneficio de democracias parlamentarias y reformas económicas.

La otra gran tendencia siguió una dirección distinta, menos alentadora. Algunas autocracias dejaron paso a llamadas al pluralismo, pero otros estados del continente se sumieron en despiadados conflictos étnicos. En Ruanda, antigua colonia belga, los conflictos entre los pueblos hutu y tutsi estallaron en una campaña genocida bien orquestada contra los tutsis tras el asesinato del presidente del país. La masacre étnica llevada a cabo por hutus corrientes de todas las clases sociales dejó tras de sí más de ochocientos mil víctimas tutsis en cuestión de semanas. Al final, la presión internacional volvió las políticas locales ruandesas en contra de los responsables de la matanza. Muchos de ellos huyeron al vecino Zaire y allí se hicieron mercenarios a sueldo durante la guerra civil de múltiples facciones que sucedió a la caída de Mobutu Sese Seko, dictador del país durante largo tiempo con fama de haber desviado miles de millones de dólares de ayuda internacional hacia sus cuentas bancarias privadas. Algunos ambiciosos países vecinos intervinieron en Zaire con la esperanza no ya de asegurarse sus valiosos recursos, sino también de resolver los

conflictos con sus propias minorías étnicas diseminadas por la frontera. La lucha se prolongó hasta finales de la década de 1990 y el comienzo del nuevo siglo, y muchos observadores la apodaron «la guerra mundial africana». Los servicios públicos, el comercio normal y hasta la asistencia sanitaria y de seguridad básicas se desmoronaron dentro de Zaire (rebautizado por un gobierno ineficaz establecido en Kinshasa como República Democrática del Congo). Con unas cifras de muertos que alcanzaron millones a causa de los combates, las masacres y las enfermedades, la guerra se adentró sin solución en la década siguiente.

EL PODER ECONÓMICO EN LA VERTIENTE PACÍFICA

A finales del siglo xx, Asia oriental se había convertido en un centro de producción industrial y manufacturera. China, cuyo gobierno comunista empezó a establecer lazos comerciales con Occidente en la década de 1970, consiguió el liderazgo mundial en la producción de industria pesada en el año 2000. Sus empresas estatales adquirieron contratos con empresas occidentales para fabricar productos baratos y en masa con la finalidad de venderlos en los mercados de Estados Unidos y Europa. Con el cambio de rumbo deliberado de las intrusiones europeas durante el siglo xix en el «comercio chino», Pekín creó zonas comerciales semicapitalistas alrededor de grandes ciudades portuarias como Shanghái, una política cuyo interés fundamental radicó en la reclamación de Hong Kong a Gran Bretaña en 1997. Con ello se pretendía que las zonas comerciales fomentaran una inversión extranjera masiva de manera que dejara a China una balanza comercial favorable para su inmenso volumen de exportaciones baratas. En la práctica sólo obtuvieron un éxito relativo. El descenso del rendimiento agropecuario y una amenaza de crisis energética obstaculizaron la prosperidad y el crecimiento económico del interior, pero Hong Kong se afanó por mantenerse como territorio económico y cultural neutral con el resto del mundo, tal como había hecho en los tiempos del comercio del opio (véase el capítulo 22).

Otros países asiáticos también emergieron como potencias comerciales mundiales. La industria floreció en una serie de países, empezando por Japón y extendiéndose a lo largo de la costa pacífica hasta el sureste asiático y Oceanía durante las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial. En los años ochenta, la sólida expansión industrial y el aguante aparente de estos países les valió el apelativo de los «tigres de Asia», en referencia al tigre ambicioso y previsor de la mitología china. El colectivo de estos estados de la «vertiente pacífica» formó la región industrial más importante del mundo aparte de Estados Unidos y Europa. De ellos, Japón no sólo encabezó la marcha, sino que también se convirtió en el modelo más influyente del éxito, con una recuperación después de la guerra que a la larga superó

el «milagro económico» (véase el capítulo 28) de Alemania Occidental. Las empresas japonesas se concentraron en la eficacia y la fiabilidad técnica de sus productos: coches con eficiencia energética, acero de especialidad, componentes electrónicos pequeños, etcétera. La diplomacia japonesa y los grandes subsidios estatales respaldaron los logros de las empresas japonesas, mientras que un programa bien financiado de formación técnica aceleró la investigación y el desarrollo de productos novedosos. Las firmas japonesas también parecieron beneficiarse de la lealtad mutua entre funcionarios del estado y directores corporativos, posturas fomentadas por la dilatada experiencia japonesa en sindicatos gremiales y política feudal. Otros países de Asia oriental, más recientes o menos estables que Japón, intentaron emular su éxito. Algunos, como Corea del Sur y el reducto nacionalista chino de Taiwán, trataron la creación de prosperidad como un deber patriótico esencial. En países poscoloniales como Malasia e Indonesia, los gobiernos se jugaron los recursos nacionales y la creciente mano de obra local (en los cuales radicó su atractivo para las potencias imperiales de épocas pasadas) con el fin de obtener inversiones para la industrialización. Al igual que en China, las fábricas que se crearon fueron, o bien filiales de empresas occidentales, o bien instalaciones operadas en nombre de nuevas versiones multinacionales del sistema de producción a domicilio de la primera industrialización.

Pero el auge repentino de la vertiente del Pacífico también encerró los elementos del primer «fiasco». La confluencia de varios factores a lo largo de la década de 1990 dio lugar a una deceleración inmensa del crecimiento y casi al desplome de varias monedas. Japón sufrió un aumento de los costes de producción, partidas sobrevaloradas, una especulación desenfrenada en su carísimo mercado estatal real y los sobornos habituales que recompensaban la firme lealtad corporativa. En el sureste asiático, países como Indonesia se encontraron con que tuvieron que pagar a los prestamistas occidentales la diferencia del capital industrial sobrevalorado, los cuales impusieron estrictas cláusulas de devolución de deudas. Los descensos económicos motivaron medidas muy variadas. En Corea del Sur, una generación más mayor que recordaba la catástrofe económica que siguió a la Guerra de Corea respondió a las llamadas nacionales de sacrificio, a menudo invirtiendo sus propios ahorros para respaldar a empresas con problemas. Japón emprendió programas de austeridad monetaria para hacer frente al primer pico serio de desempleo en dos generaciones. En Indonesia, la inflación y el desempleo despabilaron graves conflictos étnicos que la prosperidad y la violenta represión estatal habían sofocado en tiempos anteriores. Este país eminentemente musulmán, con una larga tradición de tolerancia y pluralismo dentro de la fe, también presencié estallidos de fundamentalismo religioso violento que solemos asociar a otra región del planeta: Oriente Medio.

Nuevo centro de gravedad: Israel, el petróleo y el islam político en Oriente Medio

Tal vez ninguna otra región ha atraído más la atención de Occidente en la era de la globalización que Oriente Medio, donde una combinación inestable de intereses occidentales militares, políticos y económicos convergió con conflictos regionales muy arraigados y con políticas islámicas transnacionales. Los resultados de esta confrontación existente aún hoy prometen forjar el siglo XXI. En este apartado se tratan tres de los aspectos más importantes de la historia reciente de esta zona. El primero lo constituye la aparición del conflicto árabe-israelí. El segundo lo conforma el desarrollo crucial de la región como centro planetario de producción de crudo. El tercero surge del interior del mundo árabe en gran medida como reacción contra sus relaciones recientes con Occidente. Se trata del avance de una rama específica y moderna de radicalismo islámico que desafía los legados del imperialismo y promete un cambio revolucionario y, en ocasiones, apocalíptico en los países poscoloniales, y cuyos elementos más violentos generan una serie de miedos, iras y, a la postre, un enfrentamiento directo con los gobiernos occidentales.

EL CONFLICTO ÁRABE-ISRAELÍ

Como ya se vio en el capítulo 27, la existencia de Israel se convirtió en un campo de batalla desde el principio. Las aspiraciones nacionales de los inmigrantes judíos procedentes de Europa, decididos a sobrevivir y trascender al holocausto y al violento antisemitismo de posguerra, chocaron directamente con las motivaciones de los panarabistas, es decir, nacionalistas laicos y anticolonialistas que apelaban al orgullo árabe y a la independencia contra la dominación europea. A finales de la década de 1970, tras dos guerras árabe-israelíes, pareció que una generación entera de lucha llegaría a su fin. Los mediadores estadounidenses empezaron a promover conversaciones para evitar más estallidos repentinos de conflicto, mientras los líderes soviéticos permanecieron neutrales pero defensores de los esfuerzos de paz. Lo más notable fue que el presidente egipcio Anwar al-Sadat, que había autorizado y dirigido la guerra de 1973 contra Israel, concluyó que la única respuesta posible a largo plazo al conflicto de la zona consistía en la coexistencia, y no en la destrucción de Israel. Apoyado por el presidente estadounidense Jimmy Carter, Al-Sadat pactó una paz entre Egipto y el líder firmemente conservador Menachem Begin en 1978. Dirigentes de ambos bandos del conflicto creyeron que los beneficios potenciales eran mayores que los riesgos evidentes.

Pero las esperanzas de una paz duradera no tardaron en desvanecerse. Las

hostilidades aumentaron entre Israel y los árabes palestinos desplazados por la guerra árabe-israelí, una confrontación que polarizó a un grupo cada vez más amplio de gente. En cada bando del conflicto palestino-israelí, una mezcla potente de nacionalismo étnico y religioso empezó a controlar tanto el debate como la acción. Los conservadores israelíes alentaron un sentimiento público que antepuso la seguridad al resto de prioridades, sobre todo entre los inmigrantes judíos más recientes, con frecuencia procedentes de la antigua Unión Soviética. En el otro bando, los palestinos más jóvenes, enojados por los fracasos de sus mayores para provocar la revolución, dieron la espalda al radicalismo laico de la Organización para la Liberación de Palestina y abrazaron el islam radical.

En este ambiente político explosivo, los palestinos sometidos a una masificación tremenda en la margen occidental del río Jordán y la Franja de Gaza se rebelaron en 1987 con un estallido de desórdenes callejeros. Este alzamiento (llamado *intifada* — literalmente «sacudida» o rebelión—) se prolongó durante años mediante enfrentamientos diarios entre jóvenes palestinos provistos de piedras y fuerzas de seguridad armadas israelíes. Las luchas callejeras se intensificaron hasta convertirse en tandas de terrorismo palestino consistente, sobre todo, en bombas suicidas contra objetivos civiles y en represalias del ejército israelí. Las iniciativas internacionales para negociar una paz depararon algunos resultados, incluida la autonomía oficial de una «autoridad» palestina encabezada por el dirigente de la OLP, Yasir Arafat. Pero la paz siempre fue frágil, en el mejor de los casos, y tal vez recibió un golpe fatal con el asesinato del primer ministro reformista israelí Isaac Rabin, en 1995, cometido por un israelí reaccionario, y con ataques continuos de terroristas islamistas. Con la llegada del siglo XXI volvió a prender otro ciclo de violencia provocado por una «segunda intifada» palestina a finales del año 2000. Por tanto, la guerra de disturbios y bombas librada por vecinos directos continuó.

EL PETRÓLEO, EL PODER Y LA ECONOMÍA

Las luchas entre el estado de Israel y sus vecinos han tenido relevancia por sí mismas. Pero uno de los motivos más apremiantes por los que este conflicto importó a potencias extranjeras fue material: el petróleo. La demanda mundial de crudo se disparó durante la época de la posguerra y se aceleró desde entonces. Con la llegada de la fiebre consumista en el occidente de la Guerra Fría, los ciudadanos corrientes compraron coches y otros bienes de consumo duraderos propulsados con petróleo, mientras que los plásticos industriales elaborados a partir de subproductos del petróleo se utilizaron para fabricar una abundancia de artículos domésticos básicos. Esas necesidades, y las ansias de beneficio y poder que llevaron aparejadas,

acercaron cada vez más a las empresas y gobiernos a los estados ricos en petróleo de Oriente Medio cuyas vastas reservas se descubrieron en las décadas de 1930 y 1940. Grandes compañías gestionaron una diplomacia conjunta con los estados de Oriente Medio y el gobierno de su propio país con el fin de diseñar concesiones para la extracción, el refinamiento y el transporte marítimo del crudo. Los oleoductos fueron instalados por contratistas en todo el mundo, desde California a Roma y Rusia.

El inmenso valor económico a largo plazo de las reservas petroleras de Oriente Medio convirtió el crudo en una herramienta fundamental para las nuevas luchas por el poder político, y muchos países productores aspiraron a usar sus recursos como palanca con las antiguas potencias coloniales de Occidente. En 1960, los principales productores de Oriente Medio, África y América Latina se asociaron en un cártel para sacar provecho de este recurso vital que dio lugar a la Organización de los Países Exportadores de Petróleo (OPEP), con el objetivo de regular la producción y la fijación del precio del crudo. Durante la década de 1970, la OPEP desempeñó un papel fundamental en la economía mundial. Su política reveló no sólo el deseo de extraer el máximo provecho de los cuellos de botella en la producción petrolera, sino también la política militante de algunos dirigentes de la OPEP que querían utilizar el petróleo como arma contra Occidente en el conflicto árabe-israelí. Tras la guerra árabe-israelí de 1973, la línea dura impulsó un embargo que provocó una espiral de inflación y de problemas económicos en los países occidentales y desencadenó un ciclo de peligrosa recesión que duró casi una década.

En respuesta, los gobiernos occidentales trataron las regiones petroleras de Oriente Medio como un centro de gravedad estratégico crucial, el objeto de una diplomacia constante por parte de las grandes potencias. Si el conflicto suponía una amenaza directa para la estabilidad de la producción petrolera o los gobiernos afines, las potencias occidentales estaban preparadas para intervenir por la fuerza, como se demostró con la Guerra del Golfo de 1991. En la década de 1990 apareció otro frente de competencia y conflicto potencial cuando también aumentaron las demandas energéticas de los países poscoloniales. En concreto, los nuevos gigantes industriales de China y la India contemplaron las reservas petroleras de Oriente Medio con el mismo nerviosismo que Occidente. La fiebre del petróleo también generó un conflicto violento en el seno de los países productores de Oriente Medio. Los ingresos procedentes del crudo produjeron un tipo de desarrollo económico muy irregular. Los grandes abismos existentes entre, o dentro de, las sociedades de Oriente Medio, que diferenciaban entre los «poseedores» del petróleo y los «desposeídos» de él, provocaron hondos resentimientos, corrupciones oficiales continuadas, e impulsaron una nueva oleada de políticas radicales. Cuando los nacionalistas panarabistas desaparecieron de la escena, la creciente fuerza revolucionaria se reunió en torno a interpretaciones modernas de fundamentalismo islámico, ahora ligado a

políticas poscoloniales.

EL ASCENSO DEL ISLAM POLÍTICO

En el norte de África y Oriente Medio, los procesos de modernización y globalización crearon gran descontento. Los países que surgieron de la descolonización compartieron a menudo características de las «cleptocracias» al sur del Sahara: organismos estatales corruptos, amiguismos basados en parentescos étnicos o familiares, deterioro de los servicios públicos, raudos crecimientos demográficos y represión estatal constante de la disidencia. Estas condiciones crearon una gran decepción quizá no superada en ningún otro lugar por la que cundió en la cuna del panarabismo: el Egipto de Nasser. Durante la década de 1960, los académicos y críticos culturales egipcios emitieron juicios similares contra el régimen de Nasser que se convirtieron en el centro de un poderoso movimiento político emergente. Sus críticas ofrecieron interpretaciones modernas de ciertas corrientes legales y políticas del pensamiento islámico, ideas relacionadas lejanamente durante siglos por su asociación con revueltas contra la interferencia extranjera y la corrupción oficial. Ellos tacharon al gobierno nacionalista egipcio de avaricioso, brutal y corrupto.

Sin embargo, había un sesgo en sus denuncias: que las raíces del fracaso moral del mundo árabe radicaban en siglos de contacto colonial con Occidente. El más influyente de aquellos críticos islamistas, Sayyid Qutb (1906-1966), expuso estas ideas en una serie de ensayos por los que fue arrestado en varias ocasiones por las autoridades egipcias y, al final, ejecutado. Su razonamiento era el siguiente. Como consecuencia de influencias corruptas externas, las élites gobernantes de los nuevos estados árabes practicaban políticas que desgastaban lazos locales y familiares, lo que incrementaba las divisiones económicas al tiempo que descuidaba la obligación del gobierno de brindar caridad y estabilidad. Es más, las élites nacionales estaban en quiebra moral, puesto que su vida desafiaba los códigos de moralidad, autodisciplina y responsabilidad comunal arraigados en la fe islámica. Para mantener el poder, las élites vivían sometidas al control de las potencias imperiales y empresariales de Occidente. Desde la perspectiva de Qutb, esta colaboración no sólo generaba impureza cultural, también deterioraba la auténtica fe musulmana. Esta valoración terrible de las sociedades árabes (que estaban envenenadas desde fuera y desde dentro) exigía, asimismo, una solución drástica. Las sociedades árabes debían rechazar no ya los opresivos gobiernos poscoloniales, sino también todas las ideas políticas y culturales que viajaban con ellos, en especial aquellas que pudieran calificarse como «occidentales». Revueltas populares sustituirían las autocracias

árabes por una forma idealizada de gobierno islámico conservador, un sistema donde el islamismo estricto vincularía la ley, el gobierno y la cultura.

Mediante una fórmula conocida para los historiadores de la política europea a lo largo de los siglos XIX y XX, esta forma concreta de política islamista combinaba la ira popular, la oposición intelectual a las influencias «extranjeras» y una visión muy idealizada del pasado. En la década de 1970 empezó a expresarse abiertamente en la política regional. Las ideas de Qutb las llevó a la práctica la organización egipcia Hermandad Musulmana, una asociación secreta pero extendida basada en políticas anticolonialistas, la caridad local y un islam fundamentalista violento. Esas mismas ideas se difundieron entre organizaciones similares de otros países árabes urbanizados y las principales universidades islámicas, que eran centros históricos de debate sobre teoría política y ley religiosa. El islam radical surgió como una fuerza impulsora de crítica y desafío a los regímenes autocráticos árabes. Los críticos laicos e islamistas más liberales que reclamaban elecciones libres y libertad de prensa estaban más escindidos y, por tanto, resultaron más fáciles de silenciar, mientras que la nueva oleada de fundamentalistas consiguió concesiones que le permitieron predicar y publicar mientras no emprendieran revueltas reales. Aunque el movimiento iba en aumento, el giro más espectacular consiguió sorprender a los observadores. Al igual que la irrupción del protestantismo en los displicentes estados alemanes, por ejemplo, o el triunfo de la revolución comunista en Rusia, el momento decisivo para el islam radical como fuerza política se produjo en un lugar inesperado: Irán.

La revolución islámica iraní

Irán brindó uno de los ejemplos más espectaculares de «modernización» frustrada en Oriente Medio. A pesar del inmenso crecimiento económico de los años sesenta y setenta, los iraníes bregaron con la herencia de la intervención extranjera y la gestión corrupta del sah Reza Pahlavi, un dirigente pro occidental que llegó al poder durante un golpe de estado militar en 1953 apoyado por Gran Bretaña y Estados Unidos. A cambio de la amistad del sah con Occidente durante la Guerra Fría, y de ofrecer una fuente constante de petróleo a un precio razonable, el gobierno iraní recibió vastas sumas en contratos petrolíferos, armas y ayuda al desarrollo. Miles de occidentales, sobre todo estadounidenses, acudieron a Irán e introdujeron influencias extranjeras que no sólo pusieron en peligro los valores tradicionales, sino que también ofrecieron alternativas económicas y políticas. Sin embargo, el sah mantuvo esas alternativas a distancia negándose por igual y con rotundidad a otorgar representación democrática a los trabajadores «occidentalizadores» iraníes de clase media y a los estudiantes universitarios de gran fervor religioso. Gobernó a través de una aristocracia reducida y dividida por luchas internas constantes. El ejército y la policía secreta acometieron

campañas regulares y brutales de represión. A pesar de todo esto, y de las protestas públicas que generó en Occidente, gobiernos como la conservadora administración de Nixon acogieron al sah como aliado estratégico vital: crucial durante la Guerra Fría, clave en las alianzas antisoviéticas y fuente segura de petróleo.

Veinticinco años después del golpe de 1953 concluyó el recorrido autocrático del sah hacia la consecución de un país industrial. Tras un período largo de decadencia económica, descontento público y enfermedad personal, el sah reparó en que no podía seguir en el poder. Se retiró de la vida pública bajo presión popular en febrero de 1979. Siguió ocho meses de incertidumbre, la mayoría de los occidentales huyó del país y el gobierno provisional nombrado por el sah se desplomó. La coalición política de más peso entre los revolucionarios iraníes apareció de la nada: un movimiento islámico amplio centrado en el ayatolá Ruholla Jomeini (1902-1989), jefe religioso y teólogo iraní que regresó de su exilio en Francia. Otros líderes espirituales y la inmensa población desempleada del país, estudiantes universitarios de gran fervor religioso, impulsaron el movimiento. Manifestantes laicos privados del derecho a voto se unieron a los islamistas radicales para condenar décadas de indiferencia occidental y opresión del sah. El nuevo régimen combinó cierto populismo económico y político limitado con interpretaciones estrictas de la ley islámica, restricciones a la vida pública de las mujeres y la prohibición de muchas ideas y actividades relacionadas con la influencia occidental.

El nuevo gobierno iraní también se definió contra sus enemigos: contra el sistema religioso sunní de países vecinos, contra el «ateo» comunismo soviético, pero sobre todo contra Israel y Estados Unidos. Los iraníes temían que Estados Unidos intentara derrocar a Jomeini igual que había hecho con otros líderes. La violencia en las calles de Teherán alcanzó su grado máximo cuando estudiantes militantes asaltaron la embajada estadounidense en noviembre de 1979 y tomaron cincuenta y dos rehenes. Aquella actuación se tradujo en seguida en una crisis internacional que anunció un nuevo tipo de confrontación entre las potencias occidentales y los radicales islámicos poscoloniales. La administración del presidente Jimmy Carter consiguió al fin la liberación de los secuestrados, pero no antes de que la retahíla de fallos previos favoreciera la elección del conservador Ronald Reagan.

IRÁN, IRAK Y LAS CONSECUENCIAS INVOLUNTARIAS DE LA GUERRA FRÍA

La victoria de Irán durante la crisis de los rehenes fue breve. A finales de 1980, Irak (vecino árabe de Irán y su rival tradicional) lo invadió con la esperanza de apoderarse de los campos petroleros del sur de Irán en medio de la confusión revolucionaria. Irán contraatacó. Como resultado se produjo un conflicto homicida de ocho años marcado

por el empleo de armas químicas y por oleadas humanas de jóvenes radicales iraníes combatiendo contra iraquíes armados por los soviéticos. La guerra concluyó con la derrota de Irán, pero no con el desmoronamiento de su régimen teocrático. A corto plazo, los líderes religiosos se consolidaron aún más dentro del país gracias a su larga defensa del nacionalismo iraní, mientras en el extranjero invertían los ingresos del petróleo en respaldar al pueblo llano del Líbano y otros lugares comprometidos con el terrorismo contra Occidente. Al final, las amenazas más graves para el régimen iraní provinieron del interior, de una generación nueva de estudiantes jóvenes y trabajadores sin derecho a voto que no apreciaron grandes cambios en sus expectativas de prosperidad y de ciudadanía activa desde los tiempos del sah.

El conflicto irano-iraquí creó otro problema para los intereses occidentales y los gobiernos de los principales estados de la OPEP: Irak. Varios gobiernos (incluida una alianza inverosímil entre Francia, Arabia Saudí, la Unión Soviética y Estados Unidos) apoyaron a Irak durante la guerra con la intención de derribar a los sacerdotes iraníes. Su apoyo condujo a la instauración de uno de los gobiernos más violentos de la región: la dictadura de Sadam Husein. La guerra dejó Irak exhausto política y económicamente. Para reforzar su régimen y restablecer la influencia iraquí, Husein alzó la mirada hacia otros lugares de la región. En 1990 invadió el pequeño Kuwait, país vecino rico en petróleo. Con el retroceso de la Guerra Fría, los defensores soviéticos de Irak no aprobaron la agresión iraquí. Un grupo de países occidentales encabezados por Estados Unidos reaccionó con fuerza. En cuestión de meses, Irak se enfrentó a todo el peso militar de Estados Unidos (muy entrenado desde Vietnam para derrotar fuerzas mucho más potentes que las iraquíes, armadas por los soviéticos) y fuerzas de varios países de la OPEP, tropas francesas y divisiones acorazadas de Gran Bretaña, Egipto y Siria. Esta coalición bombardeó las tropas iraquíes desde el aire durante seis semanas, después las expulsó por la fuerza y retomó Kuwait mediante una campaña breve y bien ejecutada sobre el terreno. Esto cambió el tenor de las relaciones entre Estados Unidos y los productores árabes de petróleo, y alentó no sólo la proximidad entre gobiernos, sino también las iras de los radicales antiamericanos ante la nueva presencia occidental. Asimismo, más que el fin, supuso el comienzo de un enfrentamiento occidental con Irak centrado en el afán de Husein por desarrollar armas nucleares y biológicas.

En otras partes de la región, las pugnas de poder de la Guerra Fría atraparon a ambas superpotencias en las nuevas y crecientes redes de radicalismo islámico. En 1979, el gobierno socialista de Afganistán se reveló contra sus patrones soviéticos. Ante el temor de un resultado como el de Irán, que favoreciera la propagación del fundamentalismo por las regiones musulmanas del Asia central soviética, Moscú respondió derrocando al presidente afgano y poniendo en su lugar una facción pro soviética. El nuevo gobierno, respaldado por más de cien mil soldados soviéticos, se

vio inmerso de inmediato en una guerra contra combatientes que aunaban el conservadurismo local con el islam militante, y que captaban voluntarios entre los movimientos islámicos radicales de Egipto, Líbano, Arabia Saudí y otros lugares. Estos combatientes, autoproclamados *muyahidines*, entendieron el conflicto como una guerra santa. Los muyahidines sacaron provecho de las armas avanzadas y del entrenamiento ofrecido por las potencias occidentales lideradas por Estados Unidos. Quienes prestaron apoyo interpretaron el conflicto en términos de guerra fría, como una oportunidad para agotar los recursos soviéticos con una guerra imperial infructuosa. Desde este punto de vista, la ayuda funcionó; la guerra se dilató casi diez años, se cobró miles de vidas rusas y deterioró la credibilidad del gobierno ruso en su propio país. Las tropas soviéticas se retiraron en 1989. Tras cinco años de guerra entre clanes, facciones islámicas de la línea dura vinculadas a los muyahidines tomaron el control del país. Comparado con su experimento teocrático, el régimen de Irán pareció hasta moderado.

Violencia sin límites: guerra y terrorismo en el siglo XXI

Las redes globales de comunicación, finanzas y movilidad comentadas al principio de este capítulo confirieron a la violencia política radical un carácter preocupante a finales del siglo XX. En la década de 1960, una serie de tácticas terroristas organizadas y sectarias se habían convertido en parte importante del conflicto político en Oriente Medio, Europa y América Latina. La mayoría de estas primeras organizaciones terroristas —incluido el Ejército Republicano Irlandés (IRA), las Brigadas Rojas italianas y diversas organizaciones revolucionarias palestinas— persiguió objetivos específicos, como el separatismo étnico o la instauración de gobiernos revolucionarios. En la década de 1980 y, sobre todo, en los años noventa, estos grupos se vieron complementados, y más tarde reemplazados, por otra variedad de organización terrorista que se movía con libertad por el territorio y los sistemas legales locales. Estos grupos terroristas nuevos y apocalípticos apelaban al conflicto definitivo para acabar con los enemigos y asegurarse el martirio. Algunos de estos grupos surgieron de los trastornos sociales que creó el estallido de crecimiento durante la posguerra, y otros mantuvieron un vínculo directo con algún tipo de religión radical. A menudo se apartaron de las crisis locales que habían espoleado sus primeras iras y recorrieron otros países en busca de reclutas para la causa.

Un ejemplo destacado de estos grupos, y el que pronto alcanzaría mayor notoriedad, lo encarnó la organización aglutinadora de islamistas radicales Al Qaeda, creada por líderes de los muyahidines que habían luchado contra la Unión Soviética en Afganistán. Su cabecilla oficial y patrocinador financiero era el multimillonario

saudí Osama Bin Laden. Entre sus jefes de operaciones figuraba el célebre radical egipcio Ayman Al-Zawahiri, cuya carrera política lo puso en contacto directo con Sayyid Qutb y otros ideólogos fundadores del islam revolucionario moderno. Estos líderes organizaron extensas redes de células terroristas muy autónomas en todo el mundo (desde los territorios islámicos del sureste asiático hasta Europa, África oriental y Estados Unidos), financiadas por miríadas de cuentas privadas, empresas tapadera, comercios ilegales y dividendos corporativos ilegales por toda la economía mundial. Esta organización y sus objetivos sobrepasaron los límites. No aspiraban a negociar por un territorio ni a cambiar el gobierno de un estado concreto. Hablaban de la destrucción del estado de Israel y de los sistemas de gobierno no islámicos de América, Europa y otras partes del mundo, e instaban a la rebelión conjunta, apocalíptica de los musulmanes fundamentalistas para crear una comunidad islámica unida por el vínculo único de la fe. En la década de 1990 participaron en una serie de campañas terroristas locales dentro de países islámicos y organizaron ataques suicidas a gran escala contra objetivos estadounidenses, entre los que destacan los ataques de 1998 a las embajadas estadounidenses en Kenia y Tanzania.

A comienzos del siglo XXI, los organizadores de Al Qaeda arremetieron de nuevo contra su enemigo político más notorio, la cuna simbólica de la «globalización»: Estados Unidos. Grupos reducidos de radicales suicidas, ayudados por la organización de Al Qaeda, planearon el secuestro de aviones comerciales para usarlos como proyectiles aéreos y derribar los símbolos de mayor relevancia estratégica del poder mundial estadounidense. El 11 de septiembre de 2001, ejecutaron esta misión con la serie de ataques terroristas más sangrientos cometidos jamás en suelo estadounidense. En cuestión de una hora, aviones secuestrados se precipitaron sobre el Pentágono, el cuartel general del ejército de EE UU, y las Torres Gemelas del World Trade Center de la ciudad de Nueva York. Un cuarto avión, que posiblemente se dirigía hacia el Capitolio, cayó en un campo de Pensilvania porque el pasaje frustró el ataque enfrentándose a sus captores. Las Torres Gemelas, que se contaban entre los edificios más altos del mundo, se desmoronaron en cenizas y cascotes ante la vista de cientos de millones de espectadores que las contemplaban por televisión o Internet. Durante aquellos ataques simultáneos murieron casi tres mil personas.

Los atentados fueron al mismo tiempo una variedad nueva de terror (debida en buena medida a la globalización, tanto por sus perspectivas como por sus métodos) y algo más antiguo: la violencia extrema y oportunista de grupos marginales contra culturas nacionales durante un período de trastornos e incertidumbres generales. La inmediata respuesta estadounidense consistió en actuar contra la base central de Al Qaeda en Afganistán, un país que caía en picado tras la guerra previa de treinta años. La combinación estadounidense de soldados profesionales versátiles, un equipamiento sin parangón y milicias afganas armadas enojadas con el desorden del

país derrotó con rapidez a los promotores talibanes de Al Qaeda y dispersó a los propios terroristas. Sin embargo, aquella campaña no consiguió identificar y eliminar las redes ocultas de líderes, finanzas e información que propulsan el terrorismo apocalíptico. La reconstrucción y la rehabilitación de Afganistán, consecuencia necesaria de la actuación estadounidense y europea, partió casi de cero en cuanto a administración e infraestructura. La presión de crisis en otros lugares y la naturaleza cambiante de la preocupación popular occidental dificultaron la recuperación.

Uno de los motivos de que grupos como Al Qaeda despierten temores constantes guarda relación con su creciente poder y con la disponibilidad de las armas que podrían usar: sustancias químicas, agentes biológicos que podrían matar a millones de personas, e incluso armas nucleares portátiles. Con el fin de la Guerra Fría, los métodos y las tecnologías que las superpotencias empleaban para mantener el «equilibrio de terror» nuclear se volvieron más accesibles para grupos desplazados con el peso financiero o político necesario para conseguirlos. Otras carreras armamentísticas importantes, centradas, por ejemplo, alrededor de Israel o los conflictos entre la India y Pakistán, contribuyeron a extender la disponibilidad de bases de producción y de recursos para la creación de armas de una potencia espantosa y que ya no se regían estrictamente por los convencionalismos legales y la fuerza disuasoria de las superpotencias. El temor de que el gobierno iraquí de Sadam Husein aspirara a disponer de armas biológicas o nucleares contribuyó a desencadenar la Guerra del Golfo de 1991 y a activar iniciativas internacionales para desarmar Irak a partir de entonces. La inquietud ante la posibilidad de que estados como Irak cedieran esas armas a terroristas apocalípticos (un miedo renovado tras los ataques de Nueva York y Washington) sirvió de base lógica para una invasión de Irak dirigida por Estados Unidos en la primavera de 2003. La campaña, que usó una fuerza tanto terrestre como aérea especialmente reducida, tomó Irak con rapidez y derrocó a Husein. En cambio, no se encontró ninguna prueba de ningún programa de desarrollo de armas reciente o en activo y, en el proceso, Estados Unidos heredó la compleja reconstrucción de un estado destrozado, salpicado de violencia guerrillera y terrorismo contra Occidente.

En Corea del Norte persistió una amenaza similar. Tras la pérdida del patrocinio soviético en 1991, el aislado estado de Corea del Norte se encaminó errático de un desastre económico a otro, con rumores confirmados de inanición en algunas regiones del país y una descomposición del gobierno en feudos militares y políticos. El gobierno norcoreano persiguió el desarrollo de un arsenal nuclear como factor de contrapeso frente al resto de grandes estados del noreste asiático y Estados Unidos. Cada uno de esos vecinos comprendió que existía la macabra posibilidad de que Corea del Norte rebasara el último umbral nuclear, tal vez el más trascendental, y dotara de armas nucleares no ya a estados en apuros, sino a organizaciones no

vinculadas a ningún país. En resumen, en los albores del siglo XXI, la guerra y el tremendo poder homicida de la tecnología moderna amenazaron con eludir el control de los estados nacionales y definieron claramente comunidades políticas.

Conclusión

En un mundo tan complejo, la pérdida de asideros conocidos dificulta la resolución de interrogantes fundamentales sobre comportamiento humano y comunidad política. Los historiadores son reacios a ofrecer lo que el historiador Peter Novick denomina «lecciones sesudas para estampar en las pegatinas de los coches». Tal como lo expresa Novick:

Si se pudiera extraer alguna sabiduría, por usar una palabra pretenciosa, de la observación de un acontecimiento histórico, creo que provendría de enfrentarse a él en toda su complejidad y con todas sus contradicciones; sus semejanzas con otros eventos con los que cabría compararlo y sus diferencias [...]. Si se pudieran extraer lecciones de un encuentro con el pasado, ese encuentro debería producirse con un pasado en toda su confusión; no es probable que se obtuvieran de un encuentro con un pasado pulido para que brinde lecciones iluminadoras.

Los hechos desordenados y contradictorios que los historiadores encuentran en los archivos rara vez exhiben héroes intachables o villanos sin matices. Más bien, un buen análisis histórico evidencia los complejos procesos y dinámicas de cambio a lo largo del tiempo. Ayuda a comprender los múltiples estratos de pasado que se han ido formando y nos restringen a nuestro mundo presente. Al mismo tiempo, revela una y otra vez que esas restricciones no prefiguran lo que ocurrirá después, ni cómo podría modelarse la historia del futuro.

Bibliografía seleccionada

- ACHEBE, Chinua, *Todo se derrumba*, Barcelona, Ediciones del Bronce, 1997.
- , (et al.), *Planeta Kurtz: cien años de «El corazón de las tinieblas»*, de Joseph Conrad, Barcelona, Mondadori, 2002.
- ASH, Timothy Garton, *Mundo libre: Europa y Estados Unidos ante la crisis de Occidente*, Barcelona, Tusquets, 2005.
- BATES, Robert, *Prosperidad y violencia: economía política del desarrollo*, Barcelona, Antonio Bosch, 2004.
- COETZEE, J. M., *Esperando a los bárbaros*, Barcelona, Mondadori, 2004.
- DEHESA, Guillermo de la, *Comprender la globalización*, Madrid, Alianza, 2007.
- FISK, Robert, *La gran guerra por la civilización: la conquista de Oriente Próximo*,

- Barcelona, Destino, 2006.
- HELD, David, y Anthony MCGREW, *Globalización - Antiglobalización: sobre la reconstrucción del orden mundial*, Barcelona, Paidós, 2003.
- HELD, David (et al.), *Transformaciones globales: política, economía y cultura*, México, Oxford University Press, 2002.
- KEDDIE, Nikki, *El Irán moderno*, Barcelona, Belacqua, 2007.
- LANDES, David, *La riqueza y la pobreza de las naciones: por qué algunas son tan ricas y otras son tan pobres*, Barcelona, Crítica, 2003.
- LAQUEUR, Walter, *La guerra sin fin: el terrorismo en el siglo XXI*, Barcelona, Destino, 2003.
- , *Una historia del terrorismo*, Barcelona, Paidós, 2003.
- LEWIS, Bernard, *La crisis del islam: guerra santa y terrorismo*, Barcelona, Ediciones B, 2003.
- LOMBORG, Bjorn, *El ecologista escéptico*, Madrid, Espasa, 2005.
- MCNEILL, John R., *Algo nuevo bajo el sol: historia medioambiental del mundo en el siglo XX*, Madrid, Alianza, 2003.
- NGUGI WA THIONG'O, *Un grano de trigo*, Madrid, Zanzíbar, 2006.
- NOVICK, Peter, *Judíos, ¿vergüenza o victimismo?: el holocausto en la vida americana*, Madrid, Marcial Pons, 2007.
- POWER, Samantha, *Problema infernal: Estados Unidos en la era del genocidio*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 2005
- REINARES, Fernando, *Terrorismo global*, Madrid, Taurus, 2002.
- ROVIRA, Bru, *Áfricas: cosas que pasan no tan lejos*, Barcelona, RBA, 2006.
- SEBASTIÁN, Luis de, *África, pecado de Europa*, Madrid, Trotta, 2006.
- SHILTS, Randy, *En el filo de la duda*, Barcelona, Ediciones B, 1995.
- SHLAIM, Avi, *El muro de hierro: Israel y el mundo árabe*, Granada, Almed, 2003.
- STIGLITZ, Joseph, *El malestar en la globalización*, Madrid, Taurus, 2003.
- TURKLE, Sherry, *La vida en pantalla: la construcción de la identidad en la era de Internet*, Barcelona, Paidós, 1997.

Notas

[1] Por su similitud con el adjetivo *overbearing*, que significa «dominante». (N. de la t.) <<

[2] Periódicos dirigidos principalmente a la clase obrera de Nueva York que costaban un centavo de dólar (*penny*) y tenían un marcado carácter sensacionalista y local. (*N. de la t.*) <<

[3] En francés se usa la misma palabra para «canon» y «cañón»: *canon*. (N. de la t.)

<<

[4] E. M. Remarque, *Sin novedad en el frente*, trad. Manuel Serrat Crespo, Barcelona, Círculo de Lectores, 1989. (N. de la t.) <<

[5] Literalmente, «nuevo reparto». (*N. de la t.*) <<